

LOS DUKAY

LAJOS ZILAHY



se

Lectulandia

Los Dukay es una trilogía formada por: *Los Dukay*, *Kristina y el rey* y *El crepúsculo de cobre*. En las ediciones españolas que he encontrado *El crepúsculo de cobre* ha sido publicada como una novela independiente. En este volumen lo he incluido como en la edición húngara original.

Ésta es la historia, durante los conflictivos años que siguieron a la Primera Guerra Mundial (1914-1939), de la bella Kristina, del inquietante János, del valiente György, y sobre todo de la exquisita Zia, la más joven de las hijas del conde Dupi, nacida en el inmenso castillo de Ararat en una época de esplendor. Una novela histórica que nos hace revivir el crepúsculo dorado de la aristocracia europea.

Lectulandia

Lajos Zilahy

Los Dukay

ePub r1.0

Titivillus 25.06.2017

Título original: *Rézmetszet alkonyat*

Lajos Zilahy, 1949

Traducción: Oliver Brachefeld

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE

EL CASTILLO DE ARARAT

CAPITULO PRIMERO

LAS campanas del campanario exagonal de la época del medioevo daban las ocho de la noche en el pueblo de Willensdorf. La tarde de verano era radiante. El sonido de las campanas se mezclaba con el mugido de una cascada invisible. Sentado en el único banco de la estación, un lacayo joven llamado Tobías, vestido con librea de caza, estaba dando cabezadas esperando un tren que no llegaba. Medio dormido, tenía la sensación de que aquellas campanadas eran como franjas de oro bruñido extendidas a través del murmullo de la cascada. Bajo el pueblo, el río Inn corría a lo largo de su canal amurallado, arrastrando su cola azul como una viuda noble y agitada que hubiese dado la libertad a su cólera diciendo todas las cosas que desde hacia tiempo le abrasaban la lengua. El tumulto estallaba en el molino de agua, y blancas olas espumeaban de indignación. El molino protestaba, agitando sus palas y tratando, enfurecido, de explicar un aspecto de la gran querrela, pero el río no quería escucharlo y se alejaba, salpicando el cabello de los matorrales y sumergiéndolos ocasionalmente bajo su cólera.

La estridencia del silbato de un tren desgarró la tarde de verano, como si alguien hubiese hundido una daga en la barriga del Allenberg. Al pie de la montaña, el tren, como un asesino que huye, avanzaba rápidamente por el valle. Era a fines de julio de 1919.

Sólo un viajero se apeó en la estación; una mujer de avanzada edad, que, después de dirigir inoportunas miradas a sus compañeros de viaje y cerciorarse bien de que aquella estación era Willensdorf, sacó penosamente del vagón su voluminoso pie metido en un informe zapato atado muy arriba, indiferente a la llamada del conductor, *Schnell, schenell, bitt' schön!* (¡rápido, rápido, por favor!), porque no entendía una palabra de alemán. En el momento en que hubo bajado su equipaje al andén y se encontró en tierra firme, un poco aturdida, el suelo pareció empezar a retirarse acelerando su velocidad. Cuando desapareció el tren de su vista y la tierra quedó repentinamente inmovilizada, *madame* Couteaux miró en torno suyo. El buzón postal pintado de negro y amarillo, el jefe de estación con su gorra roja, el lagrimeante tanque de agua, las montañas aprisionando el cortante aire alpino entre sus grandes pilares azules... llevaban escritas en el rostro estas palabras: *Grand Dieu, comme tout cela est étrange!* (¡Dios mío, todo es tan diferente!). ¡Cuan diferente de aquellas llanas y tibias extensiones, de aquellas rutilantes playas del Mediodía de Francia!

Madame llevaba un traje negro, como si estuviese de luto. Su escaso cabello, amarillento y gris por la edad, estaba cubierto por un simple sombrero de fieltro, ligeramente ladeado. Su rostro gris y huesudo era el de una campesina, el rostro favorito de pintores y escultores por ser representativo de un pueblo entero. Las cejas eran escasas, pero las mandíbulas y la boca eran firmes y estaban liberalmente provistas de lo necesario para comer y hablar mucho. Un rostro semejante era vasto campo en el que poner de manifiesto las mayores y más comunes emociones. Sobre

el labio superior de *madame* Couteaux aparecía una considerable verruga de la que brotaban tres pelos como modestas flores de una maceta, pero flores que no son nunca regadas.

El tren hallábase ya lejos y el rostro de *madame* Couteaux mostraba todavía la expresión de terror del que ha sido arrojado a una isla desierta alejada del paso de los hombres. Más aun estaba en terreno «boche», y el infierno de Verdún ardía aún desde hacía menos de un año. *Ah, que tout cela est étrange!* (¡Todo es tan extraño!). Todo había ocurrido tan rápidamente... El miércoles, *monsieur* Pellissier..., sí, el miércoles le había teleografiado preguntándole si estaría dispuesta a ocuparse de la instrucción francesa de una muchacha de nueve años en Austria. Desde luego, desde luego, si *monsieur* Pellissier se lo pedía, aunque no había sido nunca profesora de idiomas... El segundo telegrama le decía que tenía que tomar el tren e informar a Stephan Dukay, de Willensdorf, de la hora de su llegada. Irían a buscarla a la estación. Medio pueblo suyo la ayudó a preparar el itinerario, y entonces escribió la hora exacta de su llegada e incluso envió una fotografía.

Tobías estaba ya a su lado, sonriendo tímidamente, haciéndose cargo del equipaje, que consistía en una maleta atropellada, reminiscencia de la pasada centuria, y un no menos manoseado maletín.

—*Non, merci, merci, mon cher ami* (No, gracias, gracias, mi querido amigo) — dijo *madame* Couteaux, con su voz ligeramente ronca, expresando cordialidad y reconocimiento por el servicio prestado.

Echaron a andar uno al lado del otro, pero sin cambiar más palabras, pues Tobías no sabía ni una sílaba de francés. Al salir de la estación no se dirigieron hacia el pueblo, sino que tomaron la dirección contraria. *Madame* Couteaux tenía que hacer un ligero esfuerzo para seguir el rápido paso del lacayo. Inclined hacia adelante, caminaba agitando las manos como si el aire fuese una barandilla y quisiera agarrarse a él. Mientras caminaba, las líneas de su traje negro delataban su flácido vientre y sus no menos flácidos pechos. En lo alto de la blanca cuesta, con árboles frutales, plantados en sus bordes, aparecía una vieja casa amarilla en el centro de un pequeño parque y varios pequeños edificios al extremo de un jardín. Todo aquello no revelaba nada respecto a los habitantes de la casa ni del significado del nombre: Stephan Dukay; nada respecto a sus funciones ni su fortuna. La vieja mansión se limitaba a mirarla frunciendo el ceño y escuchando sus preguntas, pero no respondía a ninguna de ellas.

Madame Couteaux, que durante el viaje se había abandonado ya a su desconocido destino, era viuda de un francés que fue durante algún tiempo cocinero jefe del Berkeley de Londres. Había visto muchas veces a la corpulenta reina Victoria con su famoso paraguas salmón al pasar en coche por Piccadilly. Hijo de esa feroz

arrogancia de que hacen ostentación quienes, por nacimiento, hablan algunos de los idiomas importantes de la tierra: el cocinero jefe y su esposa vivieron en Londres veinte años sin aprender una sola palabra de inglés. A pesar de que Londres es una especie de bestia de recia piel que rechaza cualquier frase extranjera, no solamente los directores y camareros del hotel, sino incluso los pinches de la cocina hablaban correctamente el francés por la sencilla razón de que la mayoría de ellos procedían de Francia o de Suiza.

Al finalizar el siglo, *monsieur* Couteaux y su esposa, no pudiendo soportar por más tiempo su incurable añoranza del terruño, decidieron retirarse a su pueblecillo natal y allí, al borde del Mediterráneo, convertir en realidad, no sólo su bien guardado peculio de libras esterlinas, sino una vieja ambición. Quería criar langostas, basándose en la teoría de que, si bien el Midland Bank paga tan sólo un uno y medio por ciento de interés, una sola langosta pone trescientos mil huevos o, si está de mal humor, sólo tres mil, pero aun en este caso, el rendimiento es infinitamente mayor. Aquel soleado pueblecillo meridional era uno de esos ricos lugares de Francia dedicados a las industrias derivadas del fuego; casas y más casas formando calles enteras estaban consagradas a la fabricación de pipas de brezo que más tarde habían de llevar la inscripción «Made in England»; los pueblecillos de los alrededores se especializaban en el tallado de mangos para paraguas y sombrillas, y todos los hogares trabajaban las brillantes marmitas de cobre y las cazuelas de arcilla en las que, con el más minucioso aditamento de vino blanco y coñac, tomillo y pimienta se cocinaba lentamente la más sabrosa de las exquisiteces, las renombradas *Tripas á la mode de Caen*. Sin embargo, el pueblecito francés no cumplió aquellas imaginadas promesas, porque la tierra natal no posee generalmente todas esas excelencias que se le atribuyen cuando está uno poseído por su nostalgia. La cría de las langostas fue un fracaso. En realidad, terminó con una serie de persecuciones judiciales, en una de las cuales se demostró tal vehemencia que terminó en pelea y el demandante cerró de un puñetazo el ojo izquierdo de *monsieur* Couteaux, cosa que jamás había ocurrido en la enorme cocina del Berkeley Hotel, pese a que también aquí, en cierta ocasión, el cocinero jefe anduvo a golpes con un camarero al salir en defensa del honor de una mujer que nada tenía que ver con *madame* Couteaux. Después del fracaso de la langosta, el excocinero se entregó a la bebida con el producto de sus acumuladas libras. Durante todo el día podía vérselo saboreando sus aperitivos en la terraza del Café du Grand Monde, donde las cuatro únicas mesas eran de exiguas dimensiones. Allí, el cocinero retirado, con su único ojo inyectado en sangre, se pasaba el día dirigiendo insultos a los transeúntes. Murió pocos años después, dejando en la más sombría miseria a su viuda y una hija. Siguiéron heroicas luchas, espantosos años de necesidad, una tienda de comestibles y un curso de costura, y mientras los años pasaron y no ocurrió nada de particular, la pequeña Louise fue creciendo, pero cuando había ya obtenido una plaza de maestra titular, en pocos días, debido a la epidemia de influenza, olvidándose de todo lo que debía a su abnegada madre, murió

hacía un año.

Sin embargo, el duelo y el decaimiento duraron sólo unos pocos meses. De París llegó el telegrama de *monsieur* Pellissier y ahora estaba ya allí, al lado de aquel lacayo de librea que la acompañaba a algún sitio. Allí, incluso en el hecho de que le llevaran la maleta, hallándose la forma y personificación del final de sus inquietudes y preocupaciones.

Entretanto, la chiquilla de nueve años, habiendo aguardado este momento con gran expectación, escuchando ansiosamente en espera de oír el silbato del tren, iba de ventana en ventana como un pajarillo cautivo va de pared en pared en su jaula. ¿Había llegado ya la francesa?

Tobías tocó el timbre de la puerta. La chiquilla se precipitó a abrir. Durante los segundos que transcurrieron, *madame* Couteaux no sintió su conciencia tranquila, porque la fotografía que había enviado como presentación pertenecía a sus buenos tiempos de Londres y en ella la verruga del labio superior había sido cuidadosamente retocada. Estaba roja de excitación en su ímprobo esfuerzo por dominar el probable desengaño de aquel primer encuentro. Súbitamente se abrió la puerta y ante ella apareció la chiquilla, ruborizada también por el ansia de la espera. Su cabello rubio ceniciento caía sobre sus frágiles hombros. Sus grandes ojos verdeazules brillaban con expectación y júbilo en su rostro delicadamente pecoso. Sus delgados y pálidos brazos se tendieron hacia *madame* Couteaux con tan dulce y tierno ademán, que la viuda lanzó un grito, un grito francés, gutural e inimitable, acompañado de diversas palabras incoherentes con las cuales grabó la imagen de la chiquilla en su corazón, mientras la estrechaba contra su anciano cuerpo fuertemente, interminablemente...

—*Ah!... tu es la... tu seras la mienne... ah... ma petite... aquí... estás... Vas a ser mía... mi pequeña adorada...*

Cogió a la chiquilla en brazos y, con el rostro congestionado, la besó *sin* dejar de dirigirle palabras que parecían reproches o reprimendas. *Madame* Couteaux había imaginado hallarse ante una chiquilla desconfiada y suspicaz y que el encuentro sería frío y cortés, pero al abrirse la puerta de repente, algo totalmente distinto se apoderó de ella. La anciana y la chiquilla, se besaron con pasión, riendo y gritando como dos almas que han conseguido por fin encontrarse. El alegre arranque de la niña pareció casi incomprensible.

«*Elle n'est pas heureuse* (Ella no es feliz) —se dijo cuando, por fin avanzaron por el corredor—. Esta chiquilla no es feliz. No tiene madre. O si la tiene, no cuenta en su vida. Esta chiquilla tiene simplemente sed de cariño».

Había mucho de verdad en su suposición, pero esto era sólo una parte de ese todo que *madame* Couteaux descubrió más tarde. Una institutriz alemana había educado hasta entonces a la chiquilla regañándola y torturándola hasta la exageración según su

sentido del deber. Sólo hacía un día que se había liberado de *fräulein* Elsa.

La chiquilla no sabía una palabra de francés; durante la guerra era imposible procurarse institutrices francesas y, por otra parte, hubiera sido considerado antipatriótico.

Estaban en el corredor, abrazadas aún. Tobías había desaparecido con el equipaje y no salió nadie más que los habitantes de la casa. *Madame* Couteaux, con lágrimas en los ojos, se dirigió a la chiquilla:

—*Quel est ton nom?* ¿Cómo te llamas?

La chiquilla no entendió la pregunta. *Madame* Couteaux se señaló a sí misma.

—*Je... suis... Marianne.* —Pronunciando de nuevo su nombre, se señaló cada vez—: *Marianne! Marianne! Marianne!*

Rápidamente señaló a la chiquilla poniéndole un dedo en el pecho como si hubiera sido la tecla de un piano y quisiera sacar algún sonido de ella.

—*Tu es...? Tu es...?*

La chiquilla comprendió por fin, y, radiante, con un grito, dijo:

—¡Zia!

—¡Ah, Zia!

Riéndose, la niña y la anciana volvieron a besarse como gentes que hubiesen asegurado definitivamente una amistad y su primera enemistad hubiera sido consecuencia de algún equívoco.

—*Ah, tu es Zia...! Un nom charmant... Terezia...?*

—*Ja.*

—*Nicht ja* —exclamó *madame* Couteaux, porque esta palabra constituía todo su conocimiento del idioma alemán. Frunció exageradamente el ceño con la esperanza de divertir a Zia y, como si fuese una palabra dulce dicha de labio a labio, le dio a la niña la traducción francesa de «sí».

—*Oui... oui... oui...*

Y se echó a reír de nuevo.

En aquel momento fue cuando *madame* Couteaux y Zia, adelantándose a Versalles y el Triánón, firmaron el armisticio y restablecieron la paz del mundo.

En *madame*, Zia descubrió de nuevo el oso de terciopelo de sus años infantiles, un poco crecido ya, pero siempre con sus viejos encantos; de manera que la besó de nuevo y con voz plañidera y dulce susurró: «Oh, querida...», sin embargo; el resto de la frase quedó sin ser pronunciado, pero fue substituido únicamente por el brillo de sus ojos. Acaso hubiera deseado decir: «Oh, mi querida *madame*!... ¡Oh, mi querida

Marianne!... ¡Oh, mi querida *Nanny!*», pero instantes después añadió una sola palabra: «Berili», y lo hizo con una especie de estremecimiento de miedo. Era el nombre que había dado a su oso de peluche, y hacía pocos años que, en su deseo de prodigar y recibir cariño, solía estrujarlo en sus brazos, acostarse y jugar con él. En la palabra cariño encontró la expresión justa para la persona que había esperado tan ardientemente, aquella persona distinta de como había imaginado, fea, vieja, pero que irradiaba buen humor y maternal ternura. En el alma de *madame* Couteaux, Louise había vuelto a la vida, su pequeña Louise perdida para siempre, con sus orejas prominentes y la larga nariz heredadas de su padre, con sus cejas oscuras, delicadamente dibujadas, y sus miradas aterciopeladas y tristes. De nuevo y de una manera intensa y exuberante, podía ser madre como una campesina meridional, como la hija que era del fabricante de quesos de Carcasona.

Al extremo del corredor, cuyas paredes estaban llenas de astas de venados alpinos, había un cuarto de forasteros, y Zia hizo entrar a Berili, le señaló el lavabo con un mudo ademán y salió. Berili examinó aquella habitación anticuada y amueblada sencillamente; las paredes estaban también adornadas con diferentes variedades de astas y aves disecadas; algunos cuadros enmarcados delataban la humedad de los muros. Los cuadros, reliquias del pasado siglo, representaban escenas de caza. Berili llegó a la conclusión de que se hallaba en casa de algún acomodado propietario forestal o de un superintendente de bosques.

Media hora después Tobías llamó a la puerta, y la acompañó al comedor. La habitación tenía una curiosa y suave fragancia porque las paredes estaban cubiertas hasta la altura del hombro por ramas de amarillento pino *cirbolya*. Tres personas estaban sentadas en la gran mesa: Zia y dos hombres. Uno de ellos era de tipo atlético, ancho de hombros, con la cabeza completamente afeitada, revelando la conformación de su cráneo. Sus ojos negros y penetrantes parecían demasiado pequeños para su ancho rostro. Se levantó y se presentó a ella. Berili cogió su mano musculada y la estrechó haciéndole mil preguntas, pero él sólo respondió con una mueca que mostró sus dientes amarillos, excusándose porque no entendía el francés.

El otro, que permanecía sentado, ofrecía un aspecto impresionante. Sus ojos de pescado miraban en dos direcciones, uno hacia el techo y el otro al centro de la mesa. Advertíase en el acto qué aquel muchacho era idiota. Un ancho cuello de pajarita rodeaba su cuello de toro como un brazalete. Había en él algo de la conmovedora tristeza del animal y al propio tiempo un no sé qué grotesco. Zia se agitaba en su silla porque en aquel momento en el rostro de Berili vio escritas tan claramente como con tiza sobre una pizarra, dos palabras: Miedo y Horror.

Durante la cena Berili estuvo condenada al silencio. El lenguaje que se hablaba en torno a ella estaba lleno de sonidos guturales como el croar de una rana. Sabía que no era alemán porque en el tren había pasado medio día oyendo alemán. El alemán está lleno de «íes» punzantes, como si quien lo hablara tuviese la boca llena de espinas. *Ich, mich, nicht, wir, dir, sie... Ah. c'et horrible!* Una vez había estudiado el inglés

bajo este aspecto fijándose en la cantidad de «íes» largas que contenía: *I, why, my, right, like...* y aquellos locos italianos que no tienen más que «oes»...

Nada ocurrió en la casa durante cuatro días; parecía una casa encantada. Si Zia no hubiese estado constantemente a su lado, como un gatito joven, se hubiera vuelto loca. La rutina de las comidas era exactamente como el primer día, y los ojos del idiota seguían fijos en las dos direcciones: una mirando al techo y la otra al centro de la mesa. Llegó el quinto día, pero sentíase todavía incapaz de cambiar la menor palabra con nadie. Tenía la sensación de haber caído a un pozo profundo del que no podría salir jamás. ¡Y aquel eterno croar a su alrededor! ¿Dónde estaba la familia? La gran mesa, las numerosas habitaciones, los diversos sombreros y gabanes colgados en el vestíbulo, los artículos de aseo del cuarto de baño, todo el ambiente de la casa hablaba de hombres y mujeres que formaban parte de ella, pero estaban ausentes por alguna razón desconocida.

Al sexto día, al aproximarse el crepúsculo, la situación cambió completamente. Tres automóviles se detuvieron casi silenciosamente ante la puerta y diez personas saltaron de ellos irrumpiendo tempestuosamente en la casa, inundándola de ruidosos clamores, llenando las tranquilas habitaciones con el alborozo y la excitación de algo que debía ser un gran acontecimiento o una sensacional noticia política de alto significado.

La puerta de la habitación de Zia se abrió y un hombre alto entró en ella. Levantó a Zia del suelo, la besó en ambas mejillas y, riéndose, la acuñó en sus brazos como un chiquillo. Bajo su negro bigote oriental se veían sus labios rojos y sus dientes todavía blancos. Podía tener unos cincuenta años. Al principio se rió y graznó con Zia en aquel incomprensible lenguaje, sin dirigir siquiera una mirada a Berili. Tenía un cierto aire oriental y algo inusitadamente distinguido. Al dejar a Zia en el suelo se volvió hacia Berili y tendiéndole la mano con una afable sonrisa, dijo:

—Dukay.

Con voz cálida y suave empezó a hablar en francés. ¡En francés! ¡En francés! *Madame* Couteaux tuvo la sensación de que aquel hombre alto y simpático la había sacado del pozo. Radiante de júbilo le estrechó la mano y casi se la besó, a pesar de que Dukay se había limitado a hacerle algunas preguntas con respecto a su viaje, su llegada, si tenía algún recado de *monsieur* Pellissier y si le gustaba el renacuajo aquél, refiriéndose a Zia.

La madre de la chiquilla entró entonces en la habitación; llevaba sobre los hombros una capa de seda y en el sombrero esa especie de velo —el suyo era de color lila— que las damas usaban entonces para viajar en automóvil descubierto. Parecía tener unos cuarenta y cinco años y era de líneas muy delicadas, pero fría como el hielo. Hablaba perfectamente el francés, aunque con un acento muy duro. Y vinieron los demás: Kristina, de veintitrés años, con su cintura increíblemente delgada y sus

grandes ojos verdes y soñadores; György, grueso y de corto cuello, que no se parecía a ninguno de sus hermanos o hermanas, y János, de trece años, cuyos torpes brazos y piernas le daban el aspecto de una cigüeña. Berili se enteró de que el idiota era el hermano mayor de Zia.

Las habitaciones se llenaron de baúles y todos comenzaron a abrirlos febrilmente. La señora de la casa estaba hablando en el corredor con un austríaco que permanecía delante de ella en actitud respetuosa, sosteniendo en la mano un sombrero adornado con un plumero hecho con la barba de un chivo. A la mañana siguiente la caravana reemprendió el viaje de regreso a Hungría; tres coches de turismo y un remolque atestado de equipajes. El pabellón de caza de Willensdorf debía cerrarse y las llaves fueron entregadas al austríaco del sombrero adornado con la brocha, con quien la señora Dukay estuvo hablando el día anterior en el pasillo, y que ahora siguió haciendo reverencias hasta que el último coche hubo desaparecido en una nube de polvo.

Los viajeros estaban alegres y excitados, como si regresasen tan sólo de una excursión prolongada y sumamente divertida. Los mayores, a decir verdad, habían pasado la mayor parte de la excursión en los grandes hoteles de Viena.

El primer coche cerrado llevaba a los dueños, a Zia y a *madame* Couteaux, conocida ya de toda la familia por el nombre de Berili.

—¿Cuál es su verdadero nombre? —preguntó Dukay a *madame* Couteaux.

—Marianne.

—¡Marianne! —exclamó Dukay como si este nombre evocase para él algo especial. Entonces, cerrando su ojo izquierdo y espaciando cada sílaba como con el énfasis de un santo y seña, preguntó—: *Connaissez-vous Marianne?*

Madame Couteaux, sorprendida ante el vasto conocimiento de Dukay de la Historia de Francia, respondió con un vivo ademán. Levantando su mano izquierda hizo chascar tres veces el pulgar contra su dedo medio. Después se llevó el pulgar a la frente, volvió a bajarlo y señaló con él su corazón y su barriga.

—*Très bien!* —exclamó Dukay, riéndose.

—¿Qué significa esto? —preguntó la señora Dukay con su voz pausada y tranquila, pero siempre algo distante, como alejada de las cosas del mundo. Ni un sólo músculo de su rostro, se alteró al hacer la pregunta.

Dukay, que solía hablar siempre francés con su mujer, le explicó que durante el reinado de Napoleón III se formó en Francia una sociedad secreta para restablecer la República, y los conspiradores, para reconocerse, usaban entre ellos la pregunta: *Connaissez-vous Marianne?* Así fue cómo la efigie de Marianne, con su gorro frigio, se convirtió en el símbolo de la República.

Después empezaron a hablar de otras cosas. Había dicho aquello simplemente por referir una anécdota histórica y alardear un poco de su erudición.

Durante el viaje Berili se enteró un poco más de las causas y motivos del mismo,

a saber, que la Commune húngara se había derrumbado hacía dos días y que la familia Dukay hallábase ahora en situación de regresar a sus propiedades situadas en la parte lejana del Danubio. En marzo, cuando los comunistas se incautaron del poder, Dukay y su esposa cruzaron la frontera disfrazados, él de deshollinador y ella de campesina. La familia desterrada se reunió en el pabellón de caza de Willensdorf, propiedad de la señora Dukay, que era de origen austríaco.

Contemplando desde el automóvil el sinuoso paisaje, Berili iba experimentando la sensación de que aquellas regiones la defraudaban paulatinamente. Pero lo que le parecía traición no era acaso más que ternura; el Este se resistía a avasallar demasiado rápidamente a la hija del fabricante de quesos de Carcasona. Mientras los coches iban descendiendo por las montañas austríacas, las selvas de negros pinos cambiaban lentamente de decorado y se convertían en bosques de robles y álamos. Poco después, como fornidos granaderos, aparecieron los grandes cedros verdes; jamás Berili había visto árboles tan gigantescos. Las angostas calles de las diminutas aldeas austríacas pavimentadas con gruesos guijarros, las apretadas casas de estilo germánico medieval con sus doradas rejas de hierro en las ventanas, las hosterías con sus fastuosas muestras, las tiendecillas, los grandes patios de las alquerías, los vigorosos caballos de tiro con sus adornados arneses, los diminutos jardines llenos de flores, todo desaparecía gradualmente, y en el espacio de una hora las anfractuosidades del Oeste, dieron paso a las grandes llanuras del Oriente sobre las cuales se vertían sin término la luz del sol estival amarillo y sin sombra. Las bicicletas hacíanse en los caminos cada vez menos numerosas, como si la civilización se fuese despidiendo de los viajeros. Enormes carretas de heno avanzaban hacia ellos con sus imponentes cargas rebasando los bordes del camino y sus tiros de cuatro bueyes con su cansino paso, inmensas masas blancas de cuello hercúleo y cornamenta tan grande que llamaba la atención de Berili. Caminaban lentamente, arrastrando su carga como si quisieran hacer especial ostentación de la dignificada calma del Oriente dando así una lección a la locuacidad y ademanes de la francesa. El aspecto de las poblaciones cambiaba también; las rutas se extendían por entre las vastas extensiones de mieses, las casas de techo de bálago parecían aferrarse a la tierra como si durante centurias enteras hubiesen vivido bajo una constante amenaza. Las manadas de gansos se multiplicaban hasta parecer blancas manchas de nieve extendidas a ambos lados del camino; y los automóviles veíanse obligados a moderar la marcha al encontrarse en medio de los grandes rebaños de corderos que balaban con infinita melancolía mientras los vehículos avanzaban por en medio de ellos como en un mar de grasientos vellones. A derecha e izquierda del camino se extendían inmensas manadas de ganado que dibujaban grandes manchas negruzcas sobre el fecundo suelo. Berili tenía la sensación de haber hallado una despensa de fabulosas dimensiones y no se equivocaba, porque este ubérrimo suelo húngaro, como dos enormes pechos, ha nutrido siempre las escuálidas costillas de las montañas austríacas. Los campos arados, sin límites, sin señal alguna, extendíanse hasta el

infinito dando a los viajeros la impresión de hallarse en tierra de gigantes. Modestamente, casi excusándose, una granja aparecía de vez en cuando, con sus pozos de curiosa forma e, invariablemente, el perro lanudo de cabeza redonda que se precipitaba de un salto hasta la cerca, ladrando a los automóviles que pasaban y brincando con el deseo de seguirlos hasta que lo impedía la cuerda atada a su collar.

Hacia el mediodía llegaron a un pueblo llamado Ararat, situado en lo alto de una meseta que formaba parte de una suave sucesión de colinas. Pasado el pueblo rodearon un muro de piedra al parecer interminable y se detuvieron delante de una gigantesca verja de hierro, cuyos pilares soportaban dos ángeles de granito. La verja se abrió al sonido de las bocinas, y comenzó entonces la última etapa del viaje a través del parque, a lo largo de los paseos de arena amarillenta, cruzando puentes que franqueaban sonoros arroyos y bajo la sombra que los árboles centenarios proyectaban sobre los coches. A la izquierda centelleaba un estanque lleno de peces, cuando su tersa superficie era rasgada por sus aletas al huir ante la proximidad de los automóviles. En la ribera opuesta, una pagoda china brillaba bajo el sol del mediodía, destacándose por entre los melancólicos sauces con sus bermellones, azules, negros y amarillos. Después, pasados los rojos rectángulos de unos campos de tenis, llegaron a una vasta extensión de céspedes sobre los que se elevaba el castillo, con sus alas extendidas y la antigua torre de la capilla en su centro, imponente como un monstruo del océano, con sus incontables ventanas.

Frente a la entrada principal, en medio de un estanque circundado por piedras teñidas, elevábase un surtidor que lanzaba las perlas de un arco iris de radiantes colores hasta la altura del segundo piso. Un pavo real arrastraba su exquisita cola por el borde del estanque, mientras unos acrobáticos loros verdes chillaban en ronco coro, y un gran perro danés negro y canela, con las orejas cortadas, examinaba petrificado a los recién llegados como si no quisiera creer lo que le mostraban sus ojos, incapaz de comprender que sus tan suspirados dueños habían ya regresado. Macizos de flores frente al castillo hacían estallar sus rutilantes colores bajo el sol del mediodía y el aire estaba saturado de suaves y embriagadoras fragancias. Todo parecía absurdo, sorprendente. El inmenso castillo de tres pisos, noble y compacto de estilo Imperio, se elevaba bajo la luz radiante, rota la monotonía de sus muros amarillentos por el rojo pompeyano de sus postigos descolorido por el sol.

Los automóviles se detuvieron ante la entrada principal en la que cuatro columnas griegas sostenían en vasto balcón, *Madame* Couteaux contemplaba todo aquello y se limitaba a exclamar:

—*Oh, lá, la...!*

Hombres y mujeres, indudablemente la servidumbre del castillo, se agruparon alrededor de los coches cubiertos de polvo. Pero Berili tuvo la sensación de que la bienvenida de aquellas gentes se manifestaba sólo en sus rostros de una manera muda, silenciosa, impasible. Y quedó todavía más impresionada al ver que los

hombres de más edad besaban la mano no solamente de su señora, sino también la del señor de aquellas tierras. Esto la impresionó tanto como el legendario saludo de los chinos frotando nariz con nariz, saludo del que había oído hablar, pero que nunca había visto.

La familia daba al castillo —extremadamente barroco, con sus noventa y dos habitaciones— el nombre de «la casa». Había en esta denominación, no sólo un sentido de herencia, sino una tácita protesta contra la palabra «castillo» porque durante los pasados cincuenta años no hubo en Hungría villa de tres habitaciones con su diminuta torrecilla, y su viña virgen en la pared lateral, que no hubiese sido llamada «castillo» por el abogado o droguero que la había construido.

Algunos de los muros de la casa de Ararat poseían auténtica historia antigua. Las bóvedas góticas del llamado «viejo comedor» eran los restos del monasterio benedictino que fue el único edificio de piedra en los pantanos y marismas de Panonia en el siglo X, elevándose como una antorcha solitaria en aquella bárbara soledad. Quinientos años más tarde, el rey Segismundo autorizó a Demeter Zoskay, que en 1414 le había acompañado al Concilio de Constanza, para que erigiese una fortaleza en un lugar apropiado; *unum castellum seu fortalitium aedificaré*, según rezaba la licencia original. En noviembre de aquel mismo año, un real decreto concedía a Demeter Zoskay el decreto jurídico de edificar, y en la primavera del siguiente año comenzó la construcción del castillo fortificado. No quedaba rastro de los planos originales ni del valor del castillo, pero sus muros conservaban todavía gran número y variedad de reliquias del Renacimiento húngaro. En aquellos dormitorios y construcciones tuvieron efecto muchos amores históricos, y muchos destinos se decidieron; el más notable de ellos fue la decapitación del viejo Kalemén Dukay, el año 1670, ejecutado en el antiguo almacén de cebollas. En aquella época el castillo llevaba ya más de doscientos años en manos de la familia Dukay. A comienzos del siglo XVIII fue abandonado y durante más de sesenta años sólo los búhos y los murciélagos buscaron en él refugio. En 1759, Lászlo Dukay derribó el castillo y comenzó la construcción del actual palacio barroco. Pero la vieja fortaleza no desapareció completamente. La Torre Vieja, como se la llamaba, se convirtió en el contrafuerte occidental del nuevo castillo, acaso por razones sentimentales o bien por escasez de fondos, y también el antiguo taller del zapatero, contiguo a la Torre Vieja, y el pabellón de los alabarderos, fueron respetados; todavía puede verse hoy la chimenea de este último porque fue más tarde convertida en garaje. Según la tradición familiar, en 1738, María Teresa le dijo a Lászlo Dukay durante un baile en la Corte: «El año próximo las maniobras se celebrarán más allá del Danubio y me alojaré en vuestro castillo». Lászlo Dukay respondió: «¡Os esperaré, Majestad!...», a pesar de que en aquella época no tenía tal castillo, sino simplemente aquel inhabitable nido de búhos y murciélagos y el antiguo torreón. Sin embargo, sacó fuerzas de flaqueza y, un año después el edificio barroco está terminado. Durante tres noches la emperatriz ocupó uno de los dormitorios y desde entonces la habitación fue llamada

el Cuarto de María Teresa.

Durante el siglo XIX continuaron conservando y reparando el castillo y, finalmente, pocos años antes de la guerra, en 1910, el actual propietario, Stephan Dukay, instaló la electricidad, agua corriente y diecinueve cuartos de baño.

El pueblo, antiguo campamento que databa de la época de la primera conquista, era originalmente llamado Hemlice. Pero en la actualidad no estaba situado allí, bajo el castillo, sino tres millas más allá, en las profundidades del valle, donde la blanca cinta de la carretera condal es visible. En 1625 las impetuosas aguas del Danubio devastaron incluso este valle, y debió ser aquélla una prodigiosa inundación porque el Danubio corre muy lejos de allí. En pocas horas las olas torrenciales redujeron a barro las minúsculas chozas de arcilla del poblado. Reuniendo su ajuar y sus ganados, los habitantes buscaron refugio entre los muros del castillo de los Dukay, sobre la loma. Con el curso de los años se dio vida a un nuevo poblado al cual la bíblica fantasía popular dio el nombre de Ararat. A partir de entonces Hemlice existe sólo en el recuerdo.

La propiedad de Ararat comprendía cincuenta y dos mil acres de tierra laborable; por parte de su madre, Stephan Dukay había heredado, además, una propiedad de dieciocho mil acres en Gere, y de su tío Miháil cuarenta mil acres de bosque en el condado de Csík; entre los demás bienes de Dukay figuraba el palacio de Septemvir Utca de Buda y nueve casas de pisos en Pest, el Palacio Dukay de Bösendorferstrasse de Viena y otra mansión de tres pisos, más modesta, en la rué du General Ferreyolles de París; había que contar, además, dos molinos a vapor en Transilvania, las minas de cobre de Hovad y las ocho mil quinientas sesenta y dos cabezas de ganado, tres mil ciento cuarenta caballos, incluyendo las famosas remontas de Ararat, más de veinte mil corderos, cinco mil seiscientos doce cerdos, incluyendo las lechonas, y aproximadamente veinticinco mil volátiles.

Las anteriores estadísticas fueron reunidas por *sir* Lawrence Gomma, durante las horas de aburrimiento, en ocasión de haber pasado unos cuantos meses cazando el musmón en los cotos del castillo. *Sir* Lawrence salió una tarde para dar un largo paseo, pero pronto retrocedió corriendo sin aliento y derribando las sillas a su paso en su afán de apoderarse de un rifle de mayor calibre y luego echó a correr de nuevo sin hacer caso de las advertencias que le gritaban. Más tarde se supo que había pasado la media hora siguiente echado de bruces acechando a dos bueyes de un campesino de Ararat, por haberlos confundido con dos búfalos de El Cabo. Los derribó a los dos. Una de las causas del error del noble prócer fue no haber advertido la considerable diferencia que hay entre Hungría y África; incluso aludió a las campesinos llamándolos «indígenas». Desde luego, lo descubrió la feroz arrogancia de los clubs de Pall Mall, pero consiguió, sin embargo, dar al hecho cierto viso de verosimilitud.

En aquel tiempo, habiendo también catalogado los tesoros de arte acumulados en su palacio de Septemvir Utca, entre los que se contaba una abundante colección de cuadros de Courbet, Delacroix, Renoir, el Greco y Munkácsy, sin olvidar la «Mujer

vestida de púrpura», de Corot, y un fragmento de una tapicería de Ispahán, única en el mundo, además de las joyas de la familia. El mismo *sir* Lawrence Gomma estimó la fortuna de Stephan Dukay en cincuenta y seis millones de dólares.

Esta fortuna sufrió reveses como resultado de la revolución comunista. Aun cuando la policía necesitó tan sólo algunos días para restituirle los muebles que le habían sido robados de la casa, se descubrió una enorme y redonda mancha de grasa en la tapicería de seda verde de uno de los sofás, porque el camarada Ibrik había descabezado allí sus siestas durante la deliciosa temporada estival de la Commune; y el tapicero tuvo que cambiar la seda del asiento del mueble. Por lo demás, la fortuna de los Dukay fue recuperada sin pérdidas sensibles, y después del regreso de la familia, el 4 de agosto de 1919, la vida prosiguió en el punto en que se había detenido en los días de Francisco José.

El personal completo del castillo estaba formado por cincuenta y ocho personas. Sólo cinco no regresaron: *miss* Wenlock y mister Johnson, el caballero, súbditos ingleses que se fueron a su país al declararse la guerra; *mademoiselle* Barbier y *monsieur* Cavaignac, ciudadanos franceses, y Józsi Simón, un lacayo que perdió su brazo izquierdo en 1915, durante la batalla de Chlebowitz, cerca de Lemberg. Más tarde corrió el rumor de que se había convertido en un agitador comunista.

Las Enciclopedias, al hablar de la familia Dukay, dicen lo siguiente: «*Dukay, familia* (de Duka y Hemlice, ducado y condado), una de las estirpes más antiguas de la nobleza magiar; descendiente, según los documentos, de la familia Ordony que, en los días de Arpad y la incursión nacional húngara al valle, por derecho del primer ocupante se estableció en la tierra —es decir, Hemlice y Duka—, que constituye hoy todavía una parte de toda la heredad, tomando el nombre del último poseedor. El clan Ordony, habiendo participado en la concesión original de tierra nacional, se estableció en el condado de Bihar y fue la raíz de diversas ramas familiares, algunas de las cuales se han extinguido. Entre estas familias se hallan los *Özy, Zoskay, Nema, Alacsy*, etc. La familia Dukay, predominando gradualmente sobre las otras en riqueza y posición, alcanzó a través de los siglos un lugar de primera importancia y todavía se muestra floreciente. La autenticidad del origen de la familia está basada en genealogías presentadas en el transcurso de procesos familiares y aceptadas por la curia. De acuerdo con estas genealogías, *Pál* (de estirpe *Ordony*), descendiente de su antepasado paterno *István*, llevó el nombre de Duka en tiempos tan remotos como el siglo xv. Entre sus progenitores figura Endre (muerto en 1593), cuya hija Julia fue la esposa del rey Omello de Nápoles. Miháil Dukay (muerto en 1654), primer Señor Lugarteniente de la familia, fue honrado con títulos de nobleza por sus tierras y elevado al condado por Fernando II. En 1791, György, descendiente de Pal fue elevado al ducado hereditario por el rey Leopoldo II. En 1796 György se casó con la princesa Marie Josephine de Hesse. Murió sin sucesión en 1879, en que la rama de

István asumió la sucesión de la familia. El escudo de la familia es el siguiente: Piedra de molino negra en un escudo cordiforme con dobles barras, azul en campo de plata, bajo un pájaro carpintero verde un polígono estrellado de siete lados o corona de campo rojo».

Las Enciclopedias siguen dando la lista de los miembros más ilustres de la familia, entre los cuales se hallan un palatino que tuvo corta vida, un cardenal, dos obispos, tres diplomáticos, dos chambelanes, un renombrado ganadero, un famoso cazador de leones, un no menos célebre poeta lírico, el dueño de un lupanar costarricense y un chófer de taxi en Ohio. Estos dos últimos no están mencionados en las Enciclopedias, si bien añaden más poesía a la historia de la familia que todos los chambelanes. Del mismo modo, la Enciclopedia observa un discreto silencio sobre Irma Dukay, la eternamente jovial «condesa loca» que a los sesenta años sirvió como doncella y cocinera en casa de un abogado de la ciudad y pasaba sus tardes libres de los domingos tomando parte en los concursos de tiro al pichón de yeso de St. Margaret's Island donde ganó valiosos premios.

Según Prinsault, el genealogista francés, el color rojo del escudo de la familia simboliza heroísmo y bravura, en virtudes; en humor sanguíneo, pasión; en planetas, Saturno; en un signo del Zodiaco, Aries; en piedras preciosas, el rubí; en días de la semana el sábado.

Es, por lo tanto, comprensible que entre las joyas de la familia Dukay figurase gran número de rubíes y que, según las crónicas familiares, la mayor parte de las empresas de los Dukay hubiesen sido realizadas en sábado. Éste era, pues, el motivo por lo cual hicieron tan apresuradamente los equipajes en Willensdorf, a fin de poder salir al día siguiente, ya que era sábado y no deseaban esperar una semana entera. Por consiguiente, llegaron en sábado a su tierra natal, y de nuevo ocuparon sus castillos y vastas posesiones en ese momento de tan significativa trascendencia de su historia.

De acuerdo con la interpretación de Spanberg, el experto alemán en heráldica, el pájaro carpintero de color verde representa la vida humana y la inconstancia de lo circunstancial, una advertencia que tiende a evitar no ser excesivamente confiado en cuestiones de fortuna.

CAPITULO II

ISTVÁN, o Stephan Dukay nació en 1868 en el castillo de Ararat, en el cuarto de María Teresa y asistido por dos eminentes ginecólogos de Viena y Praga, así como por el médico del condado y la señora Puttony, la nonagenaria comadrona del lugar. Los ginecólogos percibieron un salario diario de cincuenta coronas de oro cada uno, y el doctor Birkássy, un *florín* y veinte *kreutzers*.

El niño, primogénito de Peter Dukay, entró en la vida con dos dientes que le nacieron a las cuatro de la mañana. A la mañana siguiente, los dos ginecólogos abandonaron el castillo en un destartalado carromato, envueltos en sus enormes capas, con los bolsillos repletos de excelentes coronas y el aspecto de hombres que han cumplido fielmente con su deber. El doctor Birkássy y la señora Puttony permanecieron a la cabecera de la cama, pero no recibieron gratificación alguna, porque la joven condesa murió de fiebre puerperal tres días después.

La joven condesa fue enterrada con gran pompa en el mausoleo familiar de Ararat. La nación entera estuvo de luto porque los periódicos de la capital dijeron que la joven condesa, nacida baronesa Adrienne Zoskay «había bajado a la tumba como la última representante femenina de la antigua rama Zoskay, descendiente directa de los Ordony». De los especialistas de Viena y Praga llegaron unos discretos telegramas de pésame; el telégrafo era una gran cosa en aquellos días, pero no devolvieron el puñado de coronas.

El recién nacido, cuyo destino lo había depositado —un año después de la Alianza; de 1867— en el umbral de la Monarquía austrohúngara bajo la avanzada edad de Francisco José, fue bautizado con el nombre de István y desde su más tierna edad puesto en manos de institutrices y tutores. Montaba ya excelentemente a la edad de seis años; a los trece, pese a todas las advertencias de su padre, tomó parte en una carrera de obstáculos. La famosa yegua alazana «Adelante» tropezó, sin embargo, en la ría. Salió con una pierna rota, pero el joven conde no sufrió herida alguna porque la yegua se había caído al agua. Cuando lo sacaron de la ría tenía dos pulgadas de barro en el rostro. Al año siguiente, perdió la primera falange de su índice izquierdo a causa de una imprudencia. Los periódicos de la región, al referir el suceso, lo titularon «Por jugar con armas de fuego». Pero esto no desanimó al joven conde en su futura carrera de cazador. En la cacería organizada por el distrito, que se celebró a finales de aquel mismo año, uno de sus disparos alcanzó accidentalmente a uno de los mozos de caballos, János Kalap, en el vientre, y a pesar de que el doctor Birkássy le sacó dolorosamente sesenta y tres perdigones de la barriga, el buen Kalap tuvo que estar en cama durante seis meses y de buena gana se hubiera estado seis más, puesto que la propiedad le concedía diez acres de tierra y una vaca preñada como indemnización.

El joven István Dukay mató su primer ciervo a los quince años, y un año después, en la cacería de Górgeny, en la cual tomó parte el archiduque Rodolfo, mató su primer oso.

A la edad de dieciocho años contrajo simultáneamente dos enfermedades. Conocía entonces a una cortesana de Budapest llamada Angela, de quien, no obstante, se enamoró perdidamente. Pero se curó con éxito. Era un muchacho alto y delgado, con un cabello reluciente y sedoso de color de corteza de pan tostado. Sus ojos caídos eran de un color pardo oscuro y estaban siempre dispuestos a brillar alegremente. Su nariz era delicadamente delgada y ligeramente torcida. En aquellos días había empezado a usar un fino bigote de turco y se había acostumbrado a rascarse el bigotito con el dedo medio de la mano izquierda cuando tenía necesidad de concentrarse, cosa que, por otra parte, no le complacía en absoluto. Aprovechaba la más insignificante oportunidad para reírse con gusto. Tenía la boca grande y, cuando reía, sus labios sensuales y carnosos se abrían súbitamente, mostrando una dentadura sólida, y de su garganta brotaba una risa gutural y firme. Su rostro era francamente bello, su mirada sincera y llena de amable curiosidad. Medido con las normas establecidas, su frente hubiera podido ser ligeramente más alta, y sus bien formadas orejas un poco más grandes, pero daban la impresión de que István Dukay, en el barullo del almacén donde, los humanos van a buscar sus características corporales, había elegido unas orejas un número más pequeñas. Pero esto, aun cuando era visible, no tenía importancia.

En aquel tiempo era conocido en todas partes por Dupi. Incluso los lacayos lo llamaban el conde Dupi. En general, ninguno de los miembros de la aristocracia húngara o austríaca conseguía eludir el apodo de la infancia. Figuras históricas que han sido perpetuadas y frecuentemente a caballo, en bronce, respondían familiarmente a nombres que suelen darse en general a los cachorros. Un ex primer ministro, por ejemplo, era conocido entre su familia y en el Casino por Hunyi, sin contar los numerosos Sityis, Butyis, Pips y Popos, diplomáticos, chambelanes y personalidades cuyos retratos al óleo, de tamaño natural, con la entonces elegante barba recortada al estilo de Enrique IV, brillaban en los más altos sitios de las señoriales mansiones y palacios. Es posible que algún historiador pueda hallar el origen de la decadencia de la aristocracia, en cuanto hace referencia al último cuarto del pasado siglo, en la profusión y dulzura de estos apodos, pero al propio tiempo el erudito tendrá que recordar que la nobleza femenina conservo siempre la belleza histórica de sus nombres: las Elisabeths, Julianas y Susanas, no permitieron jamás que se las llamase Bebis, Jucis ni Zisis cuando la plaga de los diminutivos comenzó a invadir el mundo civilizado.

A punto de terminar el servicio militar el conde Dupi llegó a teniente de los Dragones Vieneses. Hubiera sido difícil obtener una estimación exacta de su capacidad intelectual, porque sus indulgentes preceptores no habían nunca profundizado este problema. En general. Dupi era un muchacho de buen corazón. Dio buena prueba de ello cuando, siendo todavía teniente en Viena, después de haber

aceptado a un amigo una letra de veinte mil florines, no teniendo todavía la edad legal, por consejo del prestamista, ayudó aún más al amigo avalando la letra con el nombre de su padre. Cuando la letra fue presentada a Peter Dukay, el jurista Rainer, consejero de Estado, se precipitó a Viena y después de explicar a Dupi que estos actos son contrarios a ciertas disposiciones legales, le advirtió que se abstuviese de cometerlo en lo futuro, porque Su Excelencia, el anciano conde, no los aprobaba. Dupi, con el dedo encorvado, se rascó pensativamente el bigote. De una forma totalmente altruista había acudido en ayuda de un amigo, sin recibir él ni un solo céntimo. Desde luego, no tenía necesidad alguna de recibirlo, porque su padre, liberalmente, le procuraba abundantes fondos.

Por los alrededores de Navidad escribió una carta a su padre diciéndole que después de madurar reflexiones, había decidido casarse con su primero, único y verdadero amor, Sacy Klein, que era ya tan popular en aquellos tiempos en Viena que incluso su edad era conocida con exactitud. La muchacha, que interpretaba unas canciones de una procacidad increíble sólo mitigada por el «argot» vienes, cantaba en el diminuto teatro Apolo y tenía fama de tener veinte años más que Dupi, que acababa de cumplir los veinticinco.

La respuesta paterna tardó en llegar. Fué, efectivamente, precedida de un orden del Ministerio de la Guerra trasladando a István Dukay de los Dragones Vieneses a los Ulanos de Lebovice.

Lebovice era la guarnición más distante y oscura de Galitzia.

Dupi tenía que abandonar el palacio Dukay de Viena, su lujoso ambiente y sus lacayos de librea que podían apenas atender a sus numerosos huéspedes. Lebovice tenía una población de tres mil almas, pero hubiera sido imposible encontrar en todo el pueblo tanto jabón y tantas toallas como había en el palacio Dukay de Bösendorferstrasse. Los oficiales vivían en barracones y era costumbre dar al oficial de día una hora de guardia extra por cada chinche encontrada en los dormitorios de los oficiales. En toda la historia militar de la monarquía austrohúngara no había una sola unidad que tuviese en su haber tantas horas de guardia extra como la guarnición de Lebovice.

En su dolor, Dupi se entregó a la bebida. Por «dolor» debe entenderse ese grado de melancolía que puede afectar a un teniente de ulanos de veintidós años que en 1890 tenía a su disposición fondos ilimitados. En sus angustiosos paliativos había algo francamente liviano. El antes mencionado historiador hubiera clasificado éstos en tres grupos: frívolos, románticos y sociales.

Un paliativo frívolo fue, por ejemplo, la organización del Círculo Literario de Oficiales. Esta fue la consecuencia de una *Offiziersbesprechung* pronunciada con una voz delgada y estridente por el barón Born-Hedwitz, teniente coronel y comandante de la unidad, mordaz filípica que atacó duramente la incultura sin precedentes de los

oficiales jóvenes, de quienes se decía que no habían leído nunca un libro. Solemnemente les hizo prometer que pasarían por lo menos media hora al día leyendo los libros que él distribuiría entre ellos.

—*Vesprechen das die Herrén?* (¿Esta claro, señores?).

—*Jawohl, Herr Oberstleutnant!* —dijo el coro de voces bajo los diminutos bigotes.

Los libros eran historias militares, principalmente, memorias de generales austríacos. El coronel no podía concebir otra clase de lecturas.

El Círculo Literario de Oficiales comenzó sus manifestaciones de una forma un poco improcedentes, y en virtud de esto, su fama se extendió por toda la Monarquía, y se dijo que, incluso, había llegado a oídos del emperador Francisco José por mediación de Katalin Schratt. Sin embargo, la melancólica dignidad del emperador sobrepasaba el poco sentido del humor que pudiese tener, especialmente en cuanto a su ilustre ejército hiciese referencia. Se ordenó una investigación y Dupi, como fundador y presidente del Círculo, fue condenado a treinta días de arresto, a pesar de que todo fue negado. El caso de Fanny Nathanovics perteneció a la categoría de paliativos románticos. Fanny era una muchacha de dieciséis años, hija del único anticuario de Lebovice. Su escandaloso cabello rojo le recordó a Dupi el acabado de los antiguos muebles de cerezo del palacio de Viena. Fanny era pecosa como un huevo de pavo, condición que realizaba el efecto de sus grandes y soñadores ojos color violeta. Era una muchacha sumamente atractiva que se pasaba el día mordiendo las uñas y soñando. Conoció a Dupi patinando y cogida de su brazo. Como en los dibujos de Lajos Goro del *Sunday News* de aquellos tiempos, giraban sobre el helado arroyo de Lebov; Fanny con su manguito y su gorro de pieles; Dupi con su uniforme gris perla de oficial y la pequeña perla dorada de los Ulanos. La entrada valía diez *kreutzers* y daba derecho a oír a una banda de música que era todavía más insoportable que el frío de varios grados bajo cero. Durante el transcurso de la tarde, mientras ambos intentaban dibujar ochos sobre el hielo, Fanny le reveló que a la semana próxima era su cumpleaños y que su flor favorita era el lirio de los valles.

Al día siguiente, los enviados de Dupi salieron en el expreso de Viena con la orden de adquirir todos los lirios de los valles que se encontrasen en las floristerías de Graven. Por la noche aparecieron en la avenida Mhyliczky unas figuras sigilosas y silenciosamente tomaron las medidas de la ventana, la verja y la reja de la casa de los Nathanovics. La víspera del cumpleaños, Dupi contrató una banda zíngara para dar una serenata a Fanny y mientras el *primás* atacaba aquella conocida canción que comienza *Csak egy kislány van a világon*, sin la cual no había serenata posible ni imaginable en el siglo XIX, los sigilosos confabulados ataban en las ventanas, verja y rejas las guirnaldas que habían preparado. Todos los días, a las seis, Moses

Nathanovics se precipitaba hacia su tenducho y aquella mañana, al salir de su casa, movió la cabeza no dando crédito a sus ojos al encontrar toda su casa cubierta de lirios de los valles. Sollozando casi de emoción trató de valorar aproximadamente el coste de todas aquellas flores en pleno mes de febrero. Muchos de los transeúntes ni siquiera se dieron cuenta de aquel artificioso espectáculo. La blancura de la nieve lo ocultaba porque nevaba en abundancia y hacía un frío feroz. Incluso el timbre de la puerta y las negras ramas estaban cubiertos de exquisitos carámbanos del espesor de un dedo. Todo aquello, incluso el delicado follaje que enmarcaba las ventanas, era muchísimo más bellos que los lirios de los valles, que se marchitaban mordidos por el frío. Cuando, distraídamente, como si pasasen por allí por casualidad, los oficiales fueron a hacer una inspección personal hacia el mediodía y se detuvieron en la esquina alargando el cuello para ver la casa de Nathanovics, llegaron a la conclusión de que las rosas o las violetas hubieran producido un efecto mucho más decorativo. Dupi los miró con mucho desprecio, como no iniciados en un secreto, el secreto de que los lirios de los valles eran la flor preferida de la dama en cuestión.

La adquisición total de las existencias del mercado de Lemberg perteneció a la categoría de paliativos sociales. Esto ocurrió al atardecer, una noche en que, después de haber estado bebiendo sin cesar, Dupi y tres de sus amigos invadieron a caballo el Grand Caffée Krazmer de Lemberg y subieron al primer piso donde, bajo la influencia de sus investigaciones literarias, llevaron a cabo unas maniobras militares por entre los billares, con la espada en la mano y los *kepis*^[1a] de ulano bien asegurados con el barboquejo, siempre a caballo, desde luego. Los tres billares, cuyos ocupantes echaron a correr con taco y todo hacia la habitación contigua, fueron capturados fácilmente por los atacantes a la primera carga. Los anchos y pesados sables de la caballería cortaron a tiras el fieltro verde. Las grandes ventanas y espejos del café siguieron la misma suerte durante la segunda carga de la caballería. Entre tanto, los zíngaros tocaban incesantemente la Marcha Húngara de Radetzsky, con bandejas de metal colocadas entre las cuerdas de los címbalos para obtener así mejor sonoridad. Durante el curso de la batalla, los dueños del establecimiento se retiraron, dejando solas a algunas damiselas asustadas por el fragor de la contienda. Como resultado de la asidua preocupación por la literatura de estrategia militar, los jóvenes oficiales salieron del campo de batalla brillantemente victoriosos, lo cual equivale a decir que ni una sola pieza de cristal o porcelana quedó intacta, e incluso las cucharillas, una tras otra, fueron cambiando de forma. A modo de triunfante epílogo, el contrabajo se vio obligado a mantener en alto sobre su cabeza el voluminoso instrumento mientras los oficiales lo convertían en un colador acribillándolo con sus pistolas. Ante esto, los zíngaros se levantaron con el temor de que pronto les tocase el turno a los violones, y dándose cuenta, además, de la semejanza que había entre sus rostros tostados y sus instrumentos, salieron volando como gorriones. El súbito silencio que siguió a la huida de los músicos fue seguido por el primer destello de sobriedad que hizo ver claramente que toda aquella vajilla y cristalería hecha añicos

tenía que ser barrida. Se buscaron mujeres para efectuar este trabajo, y en interés del orden y la limpieza los oficiales regaron todo el café con champaña francés. El real y dorado licor formaba una espuma gris bajo las escobas. En realidad, nada de esto puede considerarse como una acción social, salvo que las actividades de aquella noche contribuyeran durante la Monarquía a dar impulso a ciertos comercios e industrias. El paliativo de aquel memorable 9 de mayo puede ser incluido en la categoría social debido a lo que ocurrió posteriormente.

Al bajar del primer piso, los caballos, con las herraduras de sus temblorosas y delicadas patas, levantaron chispas de los peldaños de piedra. Bajo la luz incierta del alba, el minúsculo ejército galopó en dirección a la Plaza del Mercado de Lemberg. Dupi llamó personalmente al inspector del mercado y le informó de que cuanto en el mercado estuviese en venta era adquirido por los oficiales. Posteriormente se dio la orden de distribuir al populacho todas sus adquisiciones. En el espacio de algunos segundos se produjo una terrible confusión. Por las calles adyacentes la gente acudía al mercado. Panes de bizcocho, cacharrería de arcilla y de hierro, sombreros, zapatos, botas, salchichas, ropa blanca, gansos que graznaban, cerdos que gruñían, peces y pescados volaban por encima de las cabezas de la muchedumbre y mil manos se tendían hacia ellos. A la luz del alba, aquella ruidosa escena fue la digna apoteosis de una noche transcendental. Los agentes de policía, llamados para restablecer el orden, ensartaban redondos quesos con las puntas de sus espadas para evitar ser heridos o por lo menos contusionados.

La Prensa guardó un discreto silencio respecto a este acontecimiento. Sólo el *Kleine Zeitung*, de Varsovia, habló de él. Dedicó un extenso artículo de fondo encomiando el generoso y noble acto del joven conde húngaro e insinuó incluso que, habiendo ocurrido todo al amanecer, el conde debía ser un hombre, madrugador. Desde hacía tiempo la policía secreta de Varsovia había recibido de la superioridad la orden de vigilar a los directores del *Kleine Zeitung* sospechosos de simpatía hacia los socialistas. En aquellos tiempos, la palabra socialistas sonaba como si hoy le llamasen a uno tecnócrata o eugenésico. No significaba gran cosa más que una peligrosa manera de pensar que, si bien no era ninguna amenaza contra la perpetua seguridad de la Monarquía, era, sin embargo, intolerable. Algunas semanas después, como consecuencia del elogioso artículo del *Kleine Zeitung*, Dupi era expulsado del ejército, solución que sólo para el ejército podía ser desventajosa. Todos estos paliativos y especialmente las partidas de juego con los tratantes en caballos de Lemberg y los aventureros polacos, dieron un rudo golpe a la fortuna de los Dukay; por este motivo, Peter Dukay dio su entera aprobación al nuevo acontecimiento, a pesar del descrédito que significaba. Al fin y al cabo, un Dukay era siempre un Dukay. Dupi, personalmente, estaba cansado de duelos, tratamientos a base de mercurio, vinos y juego. Los escribanos recogieron todos los pagarés que circulaban entre los prestamistas de todo el reino y así terminó la primera fase de la vida del conde Dupi.

Siguiendo los deseos de su padre, se instaló en Ararat y comenzó a interesarse por las cuestiones agrícolas, que consistían principalmente en cazar durante todo el día. Al año siguiente, hizo un viaje a la India provisto de las debidas cartas de presentación y tomó parte en una cacería de tigres con el maharajá de Gehuza. Al regreso de su viaje, trajo consigo un cachorro de tigre de un mes y medio, que fue criado con leche de vaca en Ararat. Pasó ocho meses del año siguiente cazando en África, Abisinia, Kenya y otras regiones más al sur. Hallábase en El Cairo cuando se dio cuenta de que había olvidado sus prismáticos e inmediatamente telegrafió a su ayuda de cámara ordenándole que saliese para El Cairo con ellos. Regresó de la selva africana con gran cantidad de trofeos; los vastos corredores abovedados de Ararat que hasta entonces sólo estuvieron adornados con cornamentas de antes, corzos y ciervos, con cuernos de rebeco, astas de cabré salvaje, cabezas de Jabalí y pieles de osos y lobos, se enriquecieron ahora con cabezas disecadas de jirafas y antílopes, cuernos de búfalos de El Cabo, pieles de león, pantera y hiena, así como algún enorme colmillo de elefante. Pasó el 1893 en París y en 1894 estuvo en Londres, donde contrajo íntima amistad con Eduardo, príncipe de Gales.

En Londres conoció a la princesa Klementina Schäyenheim-Elkburg, de dieciocho años, prima segunda suya por parte de madre y que poseía un *pedigrée* capaz de satisfacer las exigentes demandas de los Dukay cuya nobleza exigía un consorte que tuviera por lo menos dieciséis antepasados nobles por parte de padre y madre. En aquel tiempo, el conde Dupi pensaba seriamente en el matrimonio. Su primera elección, una esbelta condesa ligeramente criolla, estaba fuera de la cuestión porque su estirpe excedía en dos el número de títulos de inferioridad permitidos por los estatutos de la Alianza. Antes de que terminase el año, el conde Dupi se casaba con Klementina Schäyenheim-Elkburg.

La joven condesa era blanca y azul; tenía unos hombros agudos, unos dedos agudos, unos codos agudos y una nariz aguda. Incluso la expresión de sus ojos de porcelana azul era aguda. Era como un carámbano colgando del cielo, sosteniendo en una mano Un lirio y en la otra una enorme herencia que procedía, en parte, de su padre, caballero mayor de los dominios austríacos de Francisco José, y en parte de su madre, hija del conde de Padkinson y de la Midland Bank. El matrimonio vertió un poco de oro en los huecos que el conde Dupi había hecho en la fortuna de los Dukay durante sus años mozos. Los tesoros de arte del palacio de Septemvir Utca en Buda, fueron también aumentados.

Al año siguiente, se presentó al Parlamento como candidato del Partido Nacional. La lucha electoral fue contemplada por la nación entera, conteniendo la respiración, como si fuera un torneo medieval o un proceso por tortura por la Divina Voluntad. Era la lucha entre David y Goliat, en la que hacía el papel de Goliat la administración de Bánffy, que el año anterior había derrotado a sus adversarios por todos los medios del poder político, dinero y corrupción. «¡Un Dukay les enseñará!», se dijeron los

amargados nacionalistas en las pistas de «cróquet» y en el campo, y en verdad el conde Dupi, como David, untó sus junturas con tal cantidad de dinero, que el abogado Hunszkay, candidato de la administración, fue derrotado por nueve votos, muy en honor suyo, que, dadas las actuales circunstancias, era casi una victoria.

En su discurso de recepción en el Parlamento, István Dukay hizo referencia a Francisco José, tratándole de ejecutor y esto fue lo último que la nación había esperado de un Dukay en aquellos días. El conde Dukay había manifestado ya otras veces sus sentimientos anti Habsburgo cuando rehusó aceptar la llave simbólica de su nombramiento de chambelán.

Durante los primeros diez años de su matrimonio, la princesa Klementina dio a su marido cuatro hijos. Pero entre la progenie natural del Conde había algunos que, en las últimas décadas e independientemente del sexo o categoría social, llegaron a ser por derecho propio distinguidos personajes, y heredaron no solamente las características fisiológicas como las armónicas proporciones físicas, una nariz oriental un poco aguileña y los grandes ojos de los Dukay, sino además una obstinada sed de vida que, según los avatares de su destino, los precipitó a presidio o los lanzó a la cúspide de la sociedad. Estos hijos gozaron de diversas relaciones con su padre y la sociedad. Entre ellos hubo algunos a quienes el conde Dupi reconoció como propios y éstos fueron aceptados por pública comprensión como partícipes del romanticismo de fin de siglo. A veces, cuando su esposa se hallaba en algún balneario extranjero celebrábase en el palacio de Septemvir Utca una reunión de las madres, y el mayordomo, como jefe de ceremonial de un instituto de pediatría, las anunciaba una a una al conde, por orden de llegada, mientras las que esperaban en la antesala se apuñalaban unas a otras con la mirada. Las madres, con una sonrisa maternal en los labios, llevaban a sus chiquillos de la mano, a través de las doradas puertas barrocas, especialmente vestidos para la ocasión. Especialmente vestidos para la ocasión quería decir, por ejemplo, que los chiquillos iban tan andrajosos como era compatible con la limpieza y el aseo, con remiendos puestos ostensiblemente algunas veces en sitios donde no eran necesarios. Los zapatitos también estaban rotos en los dedos, como una silenciosa y modesta prueba de necesidad material. El conde Dupi acogía a todos aquellos chiquillos con el mismo «¡Hola, Zizi!» u «¡Hola, Pal!», y agarrándolos por los sobacos, con el mismo ademán, los levantaba a todos, lanzaba al aire a los Zisis o Palis con magistral pericia, les tiraba de la naricilla y distribuía dinero entre sus madres; sumas más o menos generosas que dependían de su humor o del impulso de afecto que experimentaba cuando la madre entraba en la habitación. Al poco rato, las empujaba hacia la puerta porque había otras que esperaban. Con el transcurso de los años los chiquillos fueron creciendo hasta que, finalmente, no fue ya posible

levantarlos hacia el techo y así no fue posible la forma primitiva de la manifestación del paternal afecto. Unos se dejaron el bigote, otros se casaron, otros se alejaron o desaparecieron mientras los obstinados, los persistentes, los pelmazos, continuaron acudiendo a su secretario en demanda de diferentes sumas relacionadas con operaciones de apendicitis, multas y desahucios. Y era su secretario también quien contestaba las cartas, solicitando urgente ayuda, influencia o protección; cartas que delataban claramente que, no teniendo ya acceso a su progenitor, no estaban muy seguros de la forma como debían dirigirse a él. Evidentemente, el saludo a «Su Excelencia el Conde» implicaba una abdicación de ciertos derechos de sangre y sus concomitantes privilegios, pero un cariñoso «Querido papá», hubiera podido provocar desfavorables reacciones. Y sólo las más sutiles diferencias podían tener algún valor entre estos dos extremos.

El primogénito nació en 1895, en la misma habitación de María Teresa, hecho al que se familiarizaron los recién nacidos de la familia Dukay durante la segunda mitad del siglo. El niño fue bautizado con el nombre de Imre, pero desde su más tierna infancia le fue aplicado el diminutivo de Rere, ya que a la edad de diez años era todavía incapaz de hablar ninguna lengua inteligible. Sus respuestas, sus deseos, sus malos humores, sus disgustos y alegrías, eran expresados en una especie de lamento plañidero que sonaba como «rere». Durante la infancia del joven conde, Kalt, el conocido especialista vienes, diagnosticó que esto era un caso de una forma muy rara de idiotez, la «manía depresiva», caracterizada por síntomas alternativos de pasividad y agitación.

Cuando el profesor Kalt pronunció su diagnóstico sobre la incurable enfermedad del chiquillo, la decisión del conde Dupi, acompañada de un gesto de aprobación del especialista, fue mandar al chiquillo a un sanatorio. Pero la condesa, que tenía a la sazón diecinueve años, protestó con lágrimas en los ojos ante la idea de separarse de su primogénito. La experiencia humana nos enseña que no sólo la carne, sino el alma material también, es desgarrada durante la primera infancia, y que la herida sigue sangrando durante toda la vida. Las madres sienten en general una predilección por su primogénito, y cuanto más imperfecto es, con mayor vehemencia y prodigalidad vierte la madre el cariño sobre él. Durante años la condesa rechazó obstinadamente toda súplica, toda persuasión, todo consejo médico; su mudo y decidido ademán de la cabeza sugería una perturbadora amenaza. El conde Dupi abandonó por fin la partida, quizá después de rechinar un poco los dientes, y paulatinamente se fue acostumbrando a Rere. Familiarizarse es el único remedio, incluso contra toda clase de horror.

Siendo todavía niño, Rere tuvo algunas veces emocionantes síntomas de sentimientos humanos. Cuando *miss* Wenlock, la institutriz inglesa ponía a sus hermanitos de rodillas de cara a la pared o los mandaba a la cama sin cenar, Rere

daba al culpable, a título de compensación, los más variados objetos, hojas, ratones muertos, cartuchos vacíos o excrementos de perro que encontraba, ya blanquecinos, en el parque. En estas ocasiones, colocaba los objetos a su lado, con mano temblorosa, con sus grandes ojos vidriosos llenos de lágrimas, y se alejaba sigilosamente, derribando las sillas a su paso. Después de la muerte de su abuela materna, pasó días enteros sollozando en su habitación, como si tuviera algún secreto y personal conocimiento de lo que ocurría en el más allá. Sollozó día y noche, ignorando que la anciana condesa siempre había vuelto la cabeza con horror para no ver al idiota de su nieto, y que en los consejos de familia había sido la más obstinadamente partidaria de que el chiquillo fuese enviado a un, asilo. Una vez, en el calor de la discusión, llegó incluso a manifestar, con refinada perversión e insistencia, que lo mejor que podía hacerse con el chiquillo era suprimirlo.

Rere conocía también el trascendental placer de hacer regalos. Una vez se llevó desde el salón de baile al jardín un jarrón Ming de cinco pies de altura para regalárselo a la hija del jardinero, que tenía tres años. Desgraciadamente, sufría ataques, y el deber de aliviarlos correspondía al señor Badar, que hacía el papel de «tutor» en el castillo. Había sido maestro de escuela, pero perdió su cargo debido a ciertas irregularidades que no fueron enteramente morales. Fué también campeón de boxeo de pesos medios, y un experto profesional del *jiujitsu*. Fué elegido para el cargo porque, entre otras cosas, el joven Rere tenía la fuerza de un toro. Una vez, durante una merienda en los campos que se extendían más allá del bosque, se tendieron sobre la hierba. El tutor bostezó, sacó una novela del bolsillo y comenzó a leer. De vez en cuando dirigía una vigilante mirada a Rere que estaba sentado en cuclillas, como un turco, con la mirada perdida en el vacío. Pronto se dio cuenta de que el joven conde había empezado a desmenuzar una boñiga de vaca, ya seca, reduciéndola a pedacitos. Cortésmente el tutor informó al muchacho de que aquella ocupación no era digna de un caballero. Rere comenzó a gemir de miedo; ante una nueva advertencia arrojó a lo lejos la boñiga de vaca y un destello de enemistad apareció en su mirada mientras sus dedos se crispaban ciñendo el cuello del tutor. Éste se puso instantáneamente en pie y de un soberbio puñetazo tumbó al Conde en el suelo. Esto no fue óbice para que Rere bromease amistosamente con su mentor al recobrar el conocimiento, o le preguntase, al declinar el sol en el horizonte, la distancia aproximada que lo separaba de la tierra. El tutor respondió a esta sorprendente pregunta con la azarosa respuesta de que estaba a dos millones de kilómetros. Hallábase perfectamente a salvo en su conjetura, porque entre las vacas que pastaban tranquilamente no había ningún astrónomo.

El conde Rere era hombre de extraordinarias decisiones. Una vez, después del oficio, con embarazado celo y ferviente secreto, pidió al reverendo Lojzi que le dijese la fecha de su nacimiento y su flor favorita, y con la base de la información recibida comenzó a hacerle una corbata de punto azul celeste, porque sus dedos eran tan hábiles como veloces. Asedió a Viktoria, la doncella de más edad de su madre, hasta

que le enseñó a hacer calceta. Todo el castillo soltó la carcajada cuando la corbata alcanzó los dos metros, pero Rere siguió su trabajo incesantemente, en la soledad de un rincón o en un banco bajo un árbol, con unos movimientos faciales de completa absorción o la contrariedad en el rostro cuando se le escapaba un punto. Fruncía intensamente el ceño y agitaba sus brazos con furia.

Tanto en invierno como en verano Rere vestía unas chaquetas de excelente corte, unos pantalones a rayas y una gorra *derby*, como si estuviese visitando constantemente un campo de carreras. Su rostro caballuno y alegre asomaba bajo la gorra, sus ojos tenían constantemente una mirada de júbilo y admiración y las comisuras de sus labios siempre abiertos estaban húmedas de saliva. Su bigote era fino y de forma de media luna, como los de los mandarines chinos. De su hombro pendían unos gemelos de campaña dentro de un gran estuche de cuero; llevaba, además, en sus diversos bolsillos, un monóculo, una lupa, unos quevedos y unos lentes contra el sol que se ponía siempre que tenía que cruzar una habitación oscura. Esto indicaba que cierta capacidad de asociación no estaba totalmente ausente de su atavío. Tenía una gran cantidad de sortijas de las cuales usaba una, una gran esmeralda, en el pulgar de su mano izquierda. Llevaba un manajo de llaves en el bolsillo sujetas a una de aquellas cadenas que se usaban a principios del siglo XIX. La cadena hallábase sujeta al botón superior del pantalón y caía en una graciosa curva dentro del bolsillo. El manajo de llaves pesaba por lo menos cuatro libras, porque incluía tanto una enorme llave oxidada del cuarto de los trastos viejos como otras pequeñas finamente cinceladas que abrían guardarropas centenarios y otros muebles: en una palabra, todas las llaves que desaparecían incomprensiblemente de vez en cuando, reposaban ahora, inútiles, en el bolsillo de los pantalones de Rere. Demostraba también su afición de coleccionista componiendo sus frases con palabras húngaras, francesas, alemanas e inglesas. Hablaba con una voz nasal y su constante «rere» diluía el sentido de las demás palabras, de la misma manera que la voz grave del violoncelo apaga las demás voces de un cuarteto de cuerda.

Rere no fumaba ni tomaba jamás licores de ninguna especie. Lo intentó una vez, pero el humo del tabaco le daba ataques de tos y en una ocasión en que accidentalmente probó el vino comenzó a estornudar como un perro cuyo hocico ha tocado un sapo viscoso.

Su capacidad intelectual se manifestaba de diferentes formas. Algunas veces pasaba largas horas en la biblioteca leyendo las Memorias de Chateaubriand, completamente abstraído. Desgraciadamente, manchaba a menudo con sus sucias manos los magníficos folios encuadernados en gamuza, incluso los más bellos pasajes de aquella obra maestra de la literatura francesa. Pero leía incesantemente y con fervor.

Rere comía, naturalmente, con su familia. Sólo comía aparte con el señor Badar, su tutor, cuando se invitaban a algunos dignatarios franceses, en ocasión de grandes banquetes. En el círculo inmediato de la familia y los amigos, cuando no eran más de

veinte o veinticinco a la mesa, ocurría a veces que alguien preguntase un nombre o una fecha histórica. En estos casos, durante el cauteloso silencio que seguía, Rere daba súbitamente la respuesta, se tratase de la fecha en que se celebró el Concilio de Trento o cuando subió al trono Károly Robert. Sus observaciones eran infaliblemente acogidas con grandes risotadas. Incluso las fuentes de plata temblaban en manos de los criados porque Rere no equivocaba nunca un nombre ni una fecha. No era esto debido a que lo supiese todo; era sencillamente que sabía lo necesario. En estos casos, bajo el hechizo del éxito se reía con modesta satisfacción.

Dada esta capacidad intelectual, eran tanto más incomprensibles sus rarezas con las gorras. Las poseía en número incontable porque, en el momento y lugar más inesperado, tenía el hábito de poner su gorra en el suelo, bajarse los pantalones y desahogarse sobre ella. Como si conociera lo que exigen las conveniencias sociales, sólo hacía esto cuando estaba solo. Ni las amenazas ni la persuasión podían hacerle perder esta costumbre. Esta obsesión fue comunicada al profesor Kalt de Viena, pero el reputado especialista no supo qué consejo dar. *In dieser Tat des Hochgeborenen Herrn Grafen.* (En esta actividad de Su Excelencia el Conde), comenzaba la abrumadora respuesta, «se advierte un atávico elemento de lo primitivo, la reliquia de una misteriosa ceremonia ritual, rastros de la cual se manifiestan todavía entre los indígenas de las islas Andamán. Aparte de esto, un más minucioso examen de esta actividad de Su Excelencia el Conde —*in der That des Hochgeborenen Herrn Grafen*— revela la existencia de una considerable cordura. Ciertas materias humanas, consideradas desde un amplio punto de vista, tienen un significado distinto del que les da la interpretación convencional. Volvamos a las islas Andamán y consideremos al indígena que no ha visto en su vida una gorra *derby*. ¿En qué piensa cuando le ponen en la mano un objeto de esta forma? Ciertamente no puede imaginar que un ser inteligente se lo ponga en la cabeza, sino en que es para guardar algo en él, y de ello deduce que primero *hay que depositarlo en su interior*».

En aquellos días, el venerable profesor Kalt gozaba de tal fama internacional que el consejo de familia, bien a pesar suyo, tuvo que abandonar el asunto de las gorras, aunque sólo fuese porque la opinión del técnico costaba más que las quinientas gorras consumidas hasta ese momento, procedentes de la casa Locke, St. James Street, Londres.

Indudablemente, el problema de Rere pesaba sobre todos los habitantes de la casa, acostumbrados a las tradiciones aristocráticas, a ese refinamiento de modales que se había infiltrado a través de los siglos en la vida cotidiana, influyendo en el trato social, en las comidas y manera de vestir y en las más insignificantes actividades; modales principalmente ingleses tan severamente dictados que incluso la servidumbre mantenía un aire de religiosa devoción en el cumplimiento de sus deberes, ya anunciando las visitas o sirviendo la pierna de cabrito asado o la caja de

habanos, ya en el sagrado ritual de preparar el baño. Tolerar a Rere —ese horror, ese medio imbécil cuya sola presencia era una blasfemia para todo lo que se consideraba sagrado en una casa y ambiente donde no se escatimaba esfuerzo ni sacrificio para la supresión de los más insignificantes malos olores, ruidos y sabores de la vida— no era solamente una cosa grande, sino un hecho digno de admiración.

Pero también era verdad que Rere proporcionaba inestimables servicios a todos. Las almas conservadas dentro de la armadura de la disciplina, modales y buena educación, tienden a crear llagas y mataduras, como los pies o las axilas no aireadas. La arrogancia con la cual esta gente encierra su sociedad en un círculo encantado en medio del cual, en una base de equidad, se aíslan de todo contacto con sus semejantes, acaba finalmente por emponzoñarlos como el espino oxidado de una alambrada. Los aristocráticos moradores de los castillos, sembrando su mutuo desdén y asfixiándose de aburrimiento, trataban de remediar esta obvia enfermedad invitando a los escritores más representativos, a los actores y músicos más en boga; una especie de panacea de charlatán. Estas reuniones resultaban casi siempre lamentables fracasos. A su llegada, las personalidades artísticas más notables, ante el inesperado honor del «tú» tradicional conferido por el dueño de la casa, parecían derrumbarse como si les alcanzara un martillo pilón, y durante los días restantes aguzaban lo que les quedaba de ingenio, haciendo un poderoso esfuerzo por moverse, hablar, sonreír y modificar su dicción como si también ellos pertenecieran a la familia Kürt o al clan Ordony y hubiesen ido a hacerles una visita desde el castillo vecino. Apresuradamente ocultaban toda su personalidad y atractiva impertinencia, como quien se siente molesto al pensar que lleva sucia la ropa interior. Sin embargo, si el señor del castillo no les hubiese tratado con el «tú» de la familiaridad, se hubieran sentido ofendidos en el alma y, al marcharse, hubiesen pensado seriamente en afiliarse al Partido Comunista. En ambos casos, los habitantes de los castillos lanzaban un suspiro de alivio cuando finalmente conseguían librarse de toda aquella melancólica y desagradable pandilla.

Rere aliviaba esta enfermedad como sólo las fuerzas de la naturaleza, es decir, el viento, la luz del sol, el aire salado y el océano podían hacerlo: imperceptiblemente. Su medicina no estaba envuelta y etiquetada ni podía leerse en ella *antes de las comidas o después de las comidas*. Las medicinas sólo sirven cuando no sabemos que son medicinas; de lo contrario, tienen siempre un ligero sabor de muerte. Los médicos pretenden que producen un cierto alivio, un frenesí de lágrimas o un paroxismo de furia. Una conmoción interna pone en movimiento los músculos del diafragma que, a causa de su posición anatómica, no se benefician con los golpes o conmociones externas. Sólo las fuerzas psicológicas son capaces de llegar a las profundidades, de las cavidades intestinales. De cuando en cuando, Rere daba a estos músculos interiores un vigoroso masaje. El lacayo, riendo incansablemente, corría a la cocina para contar al personal que Rere «le había dado otra vez a la gorrita», y a los pocos instantes el portero del parque estaba ya enterado del asunto. Rere era una

especie de balón de oxígeno para aquel castillo, aquel parque, aquel compartimiento social herméticamente cerrado. Para el personal, Rere representaba una alegre liberación, la posibilidad de señalarse unos a otros con el dedo, unos maliciosos relatos, una misteriosa nivelación de fuerzas, una atenuación del odio latente, porque los semiimbéciles son siempre queridos por la servidumbre. Por la virtud de esta única cualidad, conservando a Rere entre ellos, sentándolo a su mesa, tolerándolo, perdonándolo y rodeándolo de cálido afecto, los condes y las condesas adoptaban a los ojos de la servidumbre un aspecto humano. Pero Rere representaba quizá más todavía a los ojos de la familia. Era el repugnante y horrendo absurdo de la vida. Su rostro jovial tenía una ligera semejanza con los de todos ellos; la frente del padre, los ojos de la madre, las aletas de la nariz de Kristina, los labios gruesos de György; era un Dukay también, pero misteriosa y maliciosamente. Y esto se refleja tanto en sus acciones como en sus grotescos rasgos, acciones de Rere por medio de los cuales los demás se sentían liberados de la propia conciencia de su petrificada y ahogada condición. Rere era el espejo curvado frente al cual la gente se ríe y contorsiona haciendo muecas y diciéndose: «Podría ser así, pero no lo soy. ¡Oh, cuan diferente!». Y Rere era el fenómeno, el fenómeno con chaqueta y pantalones rayados, gorra *derby* y forma humana, que carecía de reservas mentales y era transparente como el cristal. En una casa donde la mirada hacía dolorosa y se introvertía penosamente, de una manera súbita y salvaje, donde la reticente cortesía del silencio era a menudo un dardo para el corazón de su madre, en una casa tal, pese a la esmeralda de su pulgar, las llaves y los instrumentos ópticos, pese a sus *derbies* y su Chateaubriand e incluso su corbata de dos metros, Rere era la zafia pero constante presencia de la cordura, la bondad, la gentileza, la inocencia y el amor.

CAPITULO III

KRISTINA nació en 1896, el año del Milenio, mientras Hungría celebraba intoxicada sus primeros mil años. Esta intoxicación caracterizaba no sólo Hungría, sino Europa entera. Durante los últimos años del siglo, parecía evidente que el poder material y espiritual que habíase desarrollado en la raza blanca como resultado de los primeros éxitos en tecnología —el aeróstato de Andrée flotando aquel verano en el aire en busca del inexplorado Polo Norte, el mismo año en que Henri Becquerel, al dejar distraídamente una rebanada de pan con mantequilla y una placa fotográfica cerca de una partícula de uranio, descubría accidentalmente la radioactividad—, este poder tenía que situar al europeo legítima y perpetuamente sobre todos los pueblos del mundo. Y era cierto: la cultura e ilustración europeas parecían alcanzar una increíble y exclusiva altura. Era creencia general que las vastas hordas orientales de los rusos, hindúes y chinos eran tan estáticas e incapaces de mayor desarrollo como las cordilleras asiáticas, mientras América era considerada simplemente como un extenso terreno de caza destinado a los europeos, donde, en lugar de búfalos, castores, grandes manadas de aves e indios, el dólar había llegado a ser la pieza deseada. Más allá, en África y en las islas del lejano Océano, todo cuanto se llamase humano era simplemente «indígena». Inútil decir que todas las naciones del mundo embarcaron sus materias primas para el uso de las clases dirigentes europeas. Comer y beber todo el café, chocolate, cacao, arroz, naranjas y bananas, fumar todo el fragante tabaco negro de La Habana, usar los algodones del Turkestán y las sedas de la China, consumir las esmeraldas de la India y los diamantes de África del Sur, ésta era la honesta responsabilidad del régimen imperial o lo que Rudyard Kipling llamaba la «carga del hombre blanco», si bien lo decía en el sentido idealista y visionario mediante el cual declarábase tan inclinado a la creencia en los mágicos poderes de ciertas palabras y conceptos como los salvajes de las islas Fidji. Quizá tuviera razón porque lo mágico sirvió magníficamente. No había nada más allá de la autoconfianza europea y de las cuentas corrientes en los bancos. La esperma de la ballena de los océanos árticos, saturada de ámbar gris, luchaba en la punta de un arpón a fin de proveer de deliciosos perfumes a las damas de Lyon o de Varsovia; los árboles de Amboina florecían en las Indias Orientales con el único objeto de permitir a los ebanistas fabricar exquisitos muebles destinados a los centenares de clubs y salones europeos. Nadie parecía darse cuenta de que la Rusia zarista estaba ya enmoheciéndose y tambaleándose como un matorral de arbustos silvestres que parece moverse misteriosamente bajo la brisa cuando reina una absoluta calma. Los ingleses no se preocupaban de esto; mientras galopaban bajo sus cascos coloniales por los campos de polo de Bombay y de Calcuta, aumentaba el número de hindúes que estudiaban en Cambridge absorbiendo, en un solo día, mayor cantidad de los misterios de la vida europea de lo que son capaces de absorber en toda su vida los jóvenes de Mayfair. Llevábanse frases e ideas a su país, ideas que sacudían las

piedras angulares de los grandes sufrimientos con el calor de la intensa llama de un soplador de vidrio. En la cúspide de una Alemania de falsas rutas férreas estaba sentado Guillermo II, demasiado ocupado con las guías de su bigote para darse cuenta de que los chinos, con sus zapatillas de fieltro y su sonrisa glacial, hacía ya tiempo que estaban invadiendo silenciosamente el mercado alemán a fin de acabar con ese país y depositar su cuerpo en el umbral de la nueva centuria, abriendo así con la rebelión de los *boxers*, en el verano de 1900, la edad sangrienta de la humanidad. No, nadie en Europa se daba cuenta de que en el Este, millones de seres humanos, entre los que figuraban hombres cuya comprensión e intelecto podían compararse con los de Lao Tsé y Buda, estaban esperando y preparándose para algo. La razón de todos estos preparativos era muy sencilla: los demás pueblos del mundo habían comenzado a preguntarse si era absolutamente imperativo para ellos tolerar el yugo de la declinación europea; era ésta una regla de la que habían comenzado ya a sospechar como exigencia de un puñado de cortes soberanas, tertulias militares, y grupos industriales y mercaderes y sus secuaces que, como autómatas, distribuían victoriosas sonrisas por la vida. Al final del siglo, Europa, o lo que la vista abarcaba de ella, centelleaba y nacía piruetas al compás de su propio encanto, como un árbol de Navidad sobrecargado de adornos girando sobre una base en la cual una caja de música tocaba el *God Save the King*, el *Deutschland*, *Deutschland Uber Alles*, o los suaves acordes del *Gotterhalte*^[1]. En una mecedora, al pie del árbol de Navidad, estaba sentada la saliente centuria de cabellos blancos; un día fueron brindis de Metternich, de Disraeli y de Bismarck, hoy era la propia imagen de Securitas, matrona de la seguridad, tan venerada de los romanos; pero en lugar de un lanza, su mano izquierda sostenía las agujas de hacer calceta de la Reina Victoria y su índice derecho se apoyaba sobre su rostro regordete como si, sumida en admiración por sus nietos, estuviese a menudo soñolienta.

El árbol de Navidad siguió avanzando, en los *cabarets* de París las mujeres se mostraban completamente desnudas, los obesos burgueses de la diminuta Holanda acumulaban el oro de los lejanos reinos insulares; Italia se limitaba a cuidar de las bellas voces de sus barítonos y en Berlín incluso los policías se volvían homosexuales como consecuencia del sentido de la sumisión y conformidad. Finalmente establecida en esta Europa hallábase la monarquía austro-húngara y firmemente establecido en esta monarquía estaba el castillo de Ararat, no como un exotismo húngaro peculiar, sino como el verdadero índice y coordenada de las clases dirigentes europeas, consecuencia de los esfuerzos de los aristócratas italianos, alemanes, españoles y polacos, y de los industriales griegos y suecos, y de los mercaderes levantinos que desde tan largo tiempo habían mezclado su sangre con la nobleza semiaustríaca. Al mismo tiempo, en los salones de Ararat resonaban palabras alemanas, acentos vieneses, frases francesas e inglesas y modismos húngaros de más allá del Danubio. Los muebles venían de París, y las maravillas de la industria inglesa llenaban los rincones. *Miss Wenlock* tuvo una vez que meter la cabeza en un orinal porque era la

única manera de descifrar el sello azul oscuro que decía: *Sanitas New Real Fayence. Manufactured in Oxford*, descubrimiento que aceleró explicablemente los latidos de su corazón: pero a menudo, sentada en él, se preguntaba si era muy digno por parte de un fabricante que proveía a su soberano *by appointment*, estampar su real escudo, con sus británicos leones, en el interior de aquel receptáculo, exponiendo de esta forma el sagrado símbolo de los dominios imperiales a una desconcertante proximidad y frecuente contacto con el metabolismo animal, si bien era cierto que, aun en esta poco digna posición, el escudo conservaba su divisa original *Honni soit qui mal y pense*, o sea: «mal haya quien piense mal».

La condición exterior de aquel mundo elegante no produjo naturalmente efecto físico alguno sobre la recién nacida, pero la fecha de su nacimiento no puede ser citada sin observar que señala el glorioso apogeo de la nobleza húngara, la cual, a partir de entonces, comenzó su suave declive hasta que con la generación siguiente, en 1919, dio la voltereta y se precipitó en el mismo abismo europeo que, con la terminación de la primera Guerra Mundial, debía engullir a tres emperadores y cuatro reyes.

Cuando el doctor Birkássy, cuya barba se había vuelto gris, anunció la feliz llegada de la recién nacida, István Dukay frunció el ceño. Había esperado un hijo. El título no podía continuar sin un heredero masculino y a Rere, que tenía a la sazón año y medio, se le consideraba ya incapacitado. El agotador trabajo de la reproducción tenía que ser intentado nuevamente al lado de una mujer cuyos pegajosos perfumes detestaba y cuyos pies permanecían eternamente helados aun bajo los más cálidos edredones, mientras el mundo, especialmente de París y Viena, tenía sus casas constantemente abiertas, llenas de brillantes estrellas del teatro, mujeres de todo rango y condición que competían febrilmente por obtener los favores del rico noble húngaro que tenía entonces treinta años y cuyo bello aspecto oriental y atractiva personalidad eran tan conocidos que los semanarios cómicos de París frecuentemente publicaban caricaturas del *charmant comte Dupi*.

Como chiquilla, Kristina no era mona porque la belleza de una criatura depende casi exclusivamente de la salud, y desde su nacimiento fue constante víctima de catarrros intestinales, anginas, tos ferina y principalmente un grave eczema. Su infancia transcurrió casi ininterrumpidamente en la cama. Su delicada piel era tan pálida y sin vida como un *edelweis*^[2] alpino. En los ojos tristes y apagados de aquella chiquilla, estuviesen sombrosos o alegres, había siempre un algo que sugería deseos de venganza, venganza de la gente, de la vida, de la cama, de las almohadas, de las botellas de medicina y de las pestilentes pomadas.

Kristina había heredado de su madre los grandes ojos verdes y la frágil constitución que incluso en la infancia delataba una perfección de formas. Los síntomas de la adolescencia hicieron su aparición un poco prematuramente, a los

trece años, y desde entonces en adelante, Kristina comenzó a prescindir de sus enfermedades como de su vieja piel una serpiente. Por este motivo, aquella condesa de las largas piernas y talle de avispa pudo ser vista en el parque durante todo el día, lanzando al aire su diábolo, porque en 1910 este inocente juego había apasionado de tal modo a las clases acomodadas, que damas de cierta edad y hombres corpulentos y dignos pasaban horas enteras en la intimidad de sus habitaciones haciendo danzar sobre el cordel el diabólico cachivache.

En aquellos años Kristina consumía cantidades de aceite de hígado de bacalao, pócima que en aquel tiempo era tan obligatoria para la juventud de la nobleza rural como la vacuna de la viruela: por la ingestión de esta nauseabunda pócima la raza blanca trataba de curarse de una debilidad cuyas causas y consecuencias no eran claramente comprendidas.

Por entonces Kristina hablaba alemán, inglés y francés perfectamente, o, por lo menos, mejor que el húngaro. Cinco años de tutela de *miss* Wenlock fueron seguidos de la de *mademoiselle* Jacqueline Barbier. Estas institutrices inglesas y francesas, como si fueran prendas de vestir usadas, pero imperecederas, iban de familia en familia y de castillo en castillo, a medida que los chiquillos crecían; pero a menudo regresaban a un mismo lugar cuando aparecían en él nuevos retoños. La francesa era una mujer alta y huesuda, de cuarenta años, que usaba unas blusas de lunares con puños masculinos y altos cuellos almidonados. Su cabello de azabache estaba enriquecido por delante con una trenza postiza que no conseguía nunca, encontrar por la mañana y tenía a menudo que buscar en el cubo de la basura... Tenía un rostro seco y anguloso y dos fundas de oro aparecían entre sus dientes grisáceos como dos adornos dorados sobre el mármol de una tumba. Conocía los métodos modernos de la educación de la infancia y llevaba en las venas la melodía de la lengua francesa, elevando la entonación hasta lo alto de la escala para dejarla deslizarse suavemente después por el pasamanos de la fonética. Devoraba a diario una novela francesa, tocaba *L'après midi d'un faune* sin partitura y, según el conde Dupi, olía a rata. Profesaba principios conservadores sobre todos los temas, pero las doncellas habían observado que de vez en cuando fumaba un cigarrillo y estaban también al corriente de su asunto con mister Johnson, el caballero inglés. Jacqueline era a la vez una madre y una amiga para Kristina, pero sus métodos educativos no tenían nada de suaves. Frecuentemente, aquella chiquilla con calcetines blancos era llevada contra su voluntad hasta los ortigales del parque a fin de que sus piernas desnudas trabasen conocimiento con las dolorosas y punzantes asperezas de la vida. Y durante interminables minutos *mademoiselle* Jacqueline la obligaba a sostener en su temblorosa mano una rana verde, por mucho que la chiquilla temiera. El menor error de Kristina era severamente castigado.

Era entonces cuando Rere recogía guijarros, chinches muertas y demás ofrendas para la pequeña madona arrodillada.

Kristina aprendió a jugar al tenis, tocar el piano, nadar y montar a caballo. Los

caballos miraban y husmeaban cautelosamente el terrón de azúcar en su mano extendida, porque, como si le estuviesen agradecidos por la liviandad de su peso cuando los montaba, la querían y consideraban como una amiga.

El desarrollo de su frágil cuerpo comenzó principalmente en la piscina, como si el agua fuese el elemento ancestral al cual la chiquilla tenía que volver como urgente compensación de cuanto había perdido durante los años de enfermedad, lo mismo que un chiquillo que se ha quedado en la escuela obligado a repetir incesantemente las lecciones hasta, por último, poder pasar de una sola vez y con éxito todos los exámenes. La arena y el sol de la piscina la llenaban de vitalidad y, como un grano de café en el tostador, quemaba su sensible piel blanca dándole un color de oro viejo, atrayendo misteriosos y fragantes óleos a la superficie del cuerpo femenino que se iba desarrollando, cuerpo que se encontraba en la etapa cautelosa y desconfiada en que las curvas están todavía en formación. La piscina había sido construida el año anterior, junto al estanque de los peces, rodeada de una valla, y la cavidad cimentada estaba cubierta de arena blanca y alimentada por el arroyo. La pagoda china del extremo del estanque servía de caseta y de cobertizo para el boté. El arroyo no había existido en el extenso parque. Como una bestia, por entre los bosques y espesuras, había sido capturado el pasado siglo. Lo acorralaron, lo sometieron, lo esposaron y encauzaron, lo aprisionaron entre riberas artificiales a través del parque, lo domaron y fue el manantial del estanque y más tarde de la piscina. Pero el arroyo no olvidó nunca lo que habían hecho con él y sollozaba melancólicamente, vertiendo sus copiosas lágrimas sobre las grandes hojas de los lirios de agua y el encaje de los helechos. Los cuartos de la caseta estaban provistos de lechos de lona, espejos, peines, sandalias de paja y gafas contra el sol; las numerosas firmas del libro de honor encuadernado en piel llenábanse a menudo de churretes al caer sobre ellas las gotas de agua.

Algunas veces, durante el verano, la pagoda china y la piscina vibraban bajo el alboroto de los invitados al castillo, pero esto ocurría raramente, porque István Dukay y su esposa pasaban regularmente los veranos en Reichenau, cerca de Viena, llevándose al cocinero francés y a la servidumbre más importante a la villa de la condesa. En estas ocasiones, Ararat quedábase para los chiquillos, para Rere, Kristina y sus hermanos György y János que tenían algunos años menos. Durante estos meses de verano, la caseta se convertía en el Eldorado de los chiquillos y la rítmica manera de contar del profesor de natación podía oírse desde lejos: «¡Uno... dos...!», mientras les enseñaba a nadar sosteniéndolos en el agua con una larga pértiga y una cuerda. Laci, el profesor, cuyo verdadero nombre nadie sabía, usaba un traje de baño muy breve y desteñido por el sol mientras cumplía con sus deberes que incluían la responsabilidad de calzar con sandalias de paja los pies de sus alumnos cuando salían de la piscina y secarlos luego con una gran toalla de baño. El nadador Laci era una

importación del pueblo y era fama que había sido elegido como maestro de natación porque tenía unos ojos achinados que hacían juego con la pagoda. En un principio había sido destinado al comercio de zapatería, pero pronto abandonó su aprendizaje. En invierno lo mantenía su cítara; tocaba en bodas, fiestas de esquileo y cosechas. Con su cítara de madera tallada bajo el brazo, pasaba los meses de invierno rondando por las colinas cubiertas de nieve, pero a finales de la primavera, como una ave migratoria, estaba siempre de regreso a la pagoda. Sabía otras maneras de hacer música. Una hoja de sauce en la lengua lo convertía en un rruiseñor y de una hoja de hierba apretada entre sus pulgares Laci arrancaba melodiosos sonidos de ocarina. Aquel campesino de dieciocho años hubiera pedido ser un indígena de las islas orientales. Su cuerpo flexible y musculoso era casi tan negro como su taparrabos. Cuando no tenía nada que hacer se sentaba con las piernas cruzadas en el borde de la piscina y se movía sólo para atrapar las moscas de sobre su cuerpo con la rapidez y habilidad de un mono. Algunas veces, para aliviar su calor, se zambullía de cabeza en la piscina y nadaba bajo el agua como una foca. En verano, con sólo la piel y los músculos, era un animal bello y radiante; en invierno, vestido con sus ropas campesinas, no era más que un respetable aprendiz de zapatero.

La hora del baño de los chiquillos terminaba generalmente antes del almuerzo. Pero a Kristina le molestaba la algarabía de sus hermanos menores; casi parecía como si su piel fuese demasiado sensible a las estridencias. Se bañaba por la mañana, cuando el sol era todavía amarillento y las sombras negras y alargadas, y por las tardes hasta el crepúsculo, cuando la tranquilidad era suave como el viento, la arena y el agua. *Mademoiselle* Jacqueline, que no se bañaba nunca delante de los demás y daba la impresión de que no se quitaba la blusa de lunares ni su cuello y puños planchados ni por la noche, leía a la sombra sus novelas de cubiertas amarillas. Con los ojos cerrados y los brazos extendidos, Kristina permanecía echada sobre la sedosa arena como si fuera un ingrátido crucifijo de oro. Al acercarse las cinco, *mademoiselle* Jacqueline comenzaba a mirar nerviosamente el reloj porque estaba celosa de mister Johnson. Un momento después, como un torbellino, salía de su aparente calma y diciendo *Je viens tout de suite* (Vengo enseguida), se alejaba. Estos momentos de «vuelvo enseguida» duraban a veces horas enteras.

Sólo los lirios de agua, cuyas hojas tempranas parecían inclinarse sobre el espejo del agua y la arena cálida, movidas por la curiosidad, podían decir lo que ocurrió durante aquellas largas horas entre Laci el nadador y Kristina. También podían decirlo los zorzales cuando, revoloteando por encima de la pagoda entonaban sus aflautados trinos. Y asimismo los árboles que, sedientos, en medio del crepúsculo del agosto, rojo y malva, contemplaban el agua.

Mademoiselle Jacqueline pasó los meses siguientes en un estado rayano en la locura porque mister Johnson había reñido con ella. Era comprensible, por lo tanto,

que no se hubiese dado cuenta hasta noviembre de lo que le había ocurrido a la joven confiada a su custodia. *Mademoiselle* Jacqueline, en la angustia de su distracción, corrió al pueblo en busca del muchacho, pero el nadador Laci y su cítara habían desaparecido como si se los hubiese tragado la tierra.

Regresó a la casa alrededor de medianoche, y sucia como iba, cubierta de lodo y despeinada, hizo irrupción en el tocador de la princesa. Esta hallábase todavía despierta, haciendo un solitario a la luz de una lámpara de pantalla azul. Cuando Jacqueline, sollozando, gimiendo y retorciéndose las manos, le dio la infausta nueva, la princesa se puso rígida, avanzó el busto y sus manos barrieron inconscientemente las cartas que había sobre la mesa. Pero todo esto no duró más que un instante. La disciplina de los Schäyenheim-Elkburg se apoderó de ella, la impasibilidad glacial de su raza y la triste cordura que, desde el nacimiento de Rere, había acompañado sus largas horas de solitarios, sus interminables devociones y sus obras de caridad. Sabía todo cuanto hacía referencia a los asuntos y aventuras de su marido, no solamente por medio de sobornados espías, sino por inadvertidas expresiones de su rostro, eventuales preocupaciones, vigorosos flotamientos de sus manos o por la forma como se rascaba el bigote con su índice encorvado. Podía interpretar sus más silenciosas e inmóviles abstracciones, era sensible a sus intangibles sentimientos tanto como algunas plantas lo son a los invisibles rayos del sol. Se hizo más fina, más cuerda, más madura y más humilde al saber que, con Rere, había engendrado un horror, y destrozado, con el producto de su propio cuerpo, la vida en torno de ella y de su marido. A menudo, cuando su autodisciplina flaqueaba y la sonrisa se agostaba en sus labios, su mirada se convertía en la mirada del perro que se ha sentado cariacontecido en un rincón de la habitación, porque acostumbrado ya a ello, ha cometido de nuevo alguna fechoría: esa mirada saturada de dolor ante la impotencia de remediar su falta, de barrer la suciedad de la alfombra y dejarla limpia; la mirada que pide eternamente perdón y está perennemente resignada a la correa. En su caso, la correa era la vida extraconyugal de Dupi, que, como compensación de lo ocurrido con Rere, penetraba hasta donde todos somos animales, hasta lo más profundo del alma. Pero en todo esto había un elemento de divino orgullo porque la princesa Klementina no podía olvidar nunca que había descendido de las alturas de la casa de Elkburg para casarse con un Dukay; y los recuerdos de su infancia sobrevivían en ella como grandes muros místicos, Hungría, Ararat y toda la tribu de los Dukay eran, en cierto modo, todavía bárbaros e inferiores, porque la sangre de los Hohenstaufen y los Barbarroja corría por las venas de los Elkburg, y tío Otto —actual habitante del castillo de Elkhart, que con su fortaleza Traumitz había sido construido durante el siglo XIII en tiempo del reinado del emperador Federico II, y cuyos muros con ventanas de mosaico gótico se asomaban al precipicio en cuyo fondo espumeaban las aguas del Drave— sí, tío Otto se sentaba todavía ante una mesa de majestuosas sillas colocadas aún a un solo lado de la mesa, bajo los ventanales, frente a un criado de resplandeciente librea, parecido a un personaje de los tapices medievales, costumbre que hacía la conversación social

algo difícil, pero conservaba el bello legado del pasado de la misma forma que la talla germánica de las sillas; y cuando llegaban los huéspedes, las grandes cadenas cubiertas de herrumbre del puente levadizo chirriaban todavía fuerte y largamente.

Hay gentes a quienes una situación como esta vuelve amargas y crueles. A ella la hizo humilde con cordura y orgullosa con humildad. Estas cualidades se manifestaban externamente de una forma que hizo que la gente la llamase «la buena Menti». *Mit csinál a jó Menti? Was macht die gute Menti?* (¿Qué hace la buena Menti?), le preguntaban a Dupi sus amigos en el Casino Nacional o en el Jockey Club, amigos que, como él, eran libertinos y despreocupados. Pero todo el mundo la quería; después de todo, el afecto era para ella confortable y poco costoso. La servidumbre la quería también con una embarazosa adoración, como si fuese la imagen de una santa que hubiese cobrado vida. En las dependencias de la servidumbre era «la buena condesa Menti», *die gute Gräfin Menti*, porque en aquellas casas era costumbre dar a las esposas el mismo título que al marido, por muy princesa que fuese por nacimiento. Realmente hubiera producido un extraño efecto que un lacayo se hubiese dirigido a la esposa de un Dukay dándole el tratamiento de Su Alteza la princesa, mientras se hubiera referido a su marido como Su Excelencia el conde. La actitud que mantenía esta costumbre en vigor era indudablemente resultado de la más alta perspectiva. Entre la gente ordinaria, abogados y demás, cuando un hombre se casaba con la viuda pobre de un caballero o *baronet*, sus criados recibían instrucciones de usar toda la fuerza de sus cuerdas vocales al decir: «El honorable señor juez no está en casa, sólo está Su Excelencia la baronesa», de forma que todo el vecindario se enterase.

La condesa Menti —cuyo nombre, Klementina, había sido cercenado por ambos extremos como las orejas y la cola de un *Doberman pinscher*—, para llamarla por su diminutivo, hablaba mal el húngaro. Un idioma, al ser imperfectamente hablado, puede producir una gran variedad de efectos; y en general, la pobreza y errónea aplicación de un vocabulario es reveladora del alma, del mismo modo que un batín roto revela el cuerpo. El efecto de un idioma mal hablado puede ser contraproducente, irritante, o agradable y divertido. El acento y la entonación de la condesa Menti eliminaba la jocosidad. Era el ejemplo viviente de la teoría sostenida por el entonces famoso filósofo francés Henri Bergson, que el humor no es nada sino mecánico. El espíritu de la condesa moraba perpetuamente en las alturas de la religión, y dirigía la palabra a su costurera con el preciso tono que emplea un cardenal para saludar a los extranjeros; sin embargo, inocentemente, sentada al extremo de la mesa o conversando en un salón, salpicaba a menudo sus frases con las más escandalosas obscenidades. Los más sofisticados poetas de canciones de *cabaret* hubieran sido incapaces de producir el encanto y el humor que el zafio talento de la condesa conseguía, porque sus inconscientes creaciones llevaban la marca de la

espontaneidad. Sí, eran creaciones, porque el gran arte no se limitaba únicamente a odas y epodas^[3]; un simple resbalón de la lengua puede ser una obra maestra. La condesa Menti era autora de diversas e inmortales obras de arte en este aspecto. Lo que agravaba la situación, sin embargo, era la afición de la Condesa a hablar en público, como si gozase con las gentiles y distinguidas melodías de sus cautelosas y en cierto modo vacilantes frases. El reverendo Lojzi, el capellán, le escribía los discursos que pronunciaba como presidenta de la Unión Católica Femenina, y la Condesa los leía en voz alta con la ayuda de unos impertinentes. Pero incluso una concienzuda impresión, aumentada cada letra al tamaño de la cabeza de un pájaro, no podía evitar que ese diablillo de la impropiedad y la mala pronunciación hiciese su obra. Algunas veces el Obispo se mordía los labios hasta hacerse sangre, mientras los canónigos, en su esfuerzo por conservar la seriedad a toda costa, sólo conseguían adquirir la expresión de estar llorando.

Cuando *mademoiselle* Jacqueline expuso la situación en que se encontraba Kristina, la buena condesa Menti pareció lanzar chispas por los ojos y su primer ademán delató su impulso de saltar sobre la francesa y arrancarle los ojos. Pero esto fue sólo momentáneo y producto de la profundidad de su amor materno. Después, el rubor escarlata abandonó sus mejillas y sus orejas y recobró su usual palidez con aquella prontitud e imperceptibilidad que sólo los pólipos tienen para cambiar de color. Aquietados sus nervios y su mente, comenzó la rápida acción del frío pensamiento. Su primera idea fue que la responsabilidad le incumbía a ella, no a la sirvienta extranjera asalariada. ¿Por qué no había querido nunca a Kristina? Quizá por haber estado enferma durante casi toda su niñez. Y quizá también porque hubiera preferido un niño. Un niño, un niño robusto y sano que sostener en sus brazos como un saco de cal, una criatura de mejillas coloradas, saludable como los zafios chiquillos del hijo de Hortensia; un chiquillo que sería su defensa o su prueba, después de Rere. Su segunda idea midió la extensión de la catástrofe. Al propio tiempo decidió que no despediría a Jacqueline; al contrario, decidió atar a aquella mujer a su lado para el resto de su vida; si la despedía, el hecho sería conocido en toda Hungría en menos de veinticuatro horas. Un mutuo conocimiento de la culpabilidad es el mejor medio de obligar a la gente a guardar silencio.

—¿Quién más lo sabe? —exclamó.

—Nadie —jadeó *mademoiselle*, con el rostro compungido, estrujando con los dedos un fino pañuelo de batista, aunque con cuidado, es verdad, para evitar que se desgarrase.

La condesa Menti inclinó lentamente la cabeza. Hizo sus planes con claridad, rapidez y decisión. Diría a su marido que la muchacha necesitaba un prolongado cambio de clima. Se llevaría a su hija a Suiza, o a algún pueblecillo de las montañas francesas. Pero no comunicó enseguida sus planes a Jacqueline. Con sus cartas

esparcidas por el suelo, continuó sentada en el sillón tapizado de seda, majestuosa y trágica, pero no teatral, reflejando su rostro los signos de una concentración interna. Al cabo de un rato miró a Jacqueline y susurró:

—Por la mañana hablaremos de esto.

En su voz parecía haber cierta simpatía y afecto. Jacqueline sollozó.

—¡Pobre Kristina! —suspiró la Condesa.

Jacqueline extendió sus largos brazos como si recitase una poesía y dijo:

—Una flor se ha abierto y su estigma aprehendió el polen en el aire...

No pudo ser más bien dicho. La ampulosidad de las palabras se adaptaba al ambiente de las circunstancias. En aquel momento *mademoiselle* Jacqueline quedó satisfecha de sí misma. La Condesa asintió fríamente, la conferencia tocó a su fin y la blusa de lunares salió de la habitación.

Al día siguiente la Condesa fue a Budapest y llamó al ministro del Interior a su palacio de Septemvir Utca. Era al mediodía. La cosa no tenía nada de extraordinario porque el nombre de los Dukay era mágico en Hungría en aquellos tiempos. Cuando un miembro de la familia quería algo de un ministro mandaba a buscar al ministro. Era muy natural. La condesa Menti le dijo al Ministro que quería mandar al extranjero a una muchacha del pueblo cuyo indigno padre estaba en la cárcel por diferentes delitos, de manera que la muchacha no tenía que quedarse más tarde sin marido por la conducta de su padre. Necesitaba, por consiguiente, un nombre nuevo, una carta de identidad y un pasaporte para esta muchacha. El Ministro asintió comprensivamente. Sabiendo que la Condesa patrocinaba muchas obras benéficas, encontró natural su petición. Incluso admiró la extensión de su bondad y al propio tiempo se felicitó por haber escapado de la conferencia con tan poco riesgo.

Una semana después, la condesa Menti, acompañada de Kristina y Jacqueline, tomaba el tren. Pero el destino decidió y el chiquillo nació muerto, circunstancia que procuró a la Condesa un indecible alivio en su tortura.

György nació en 1898 en una habitación del Park Hotel de Niza, porque la Condesa estaba indispuesta y pasaba el invierno en la Riviera. El chiquillo, en cuanto abandonó sus ropas infantiles, demostró haber heredado las características físicas y espirituales de la rama materna de su padre, los extintos Zoskay. Se convirtió en un muchachote de cuello recio, musculado, de mejillas coloradas y ojos húmedos, que no se parecía ni a sus padres ni a sus hermanos. En cuanto veía a su hijo, el Conde lo agarraba y lo lanzaba hacia el techo tres o cuatro veces. La familia y la servidumbre lo trataban ya como presunto heredero, puesto que era él quien debía heredar títulos y riquezas.

A los diez años se fue con su preceptor y uno de sus amigos llamado Helmut a pasar el verano en uno de los rudimentarios pabellones de caza de la propiedad, porque el castillo estaba enteramente invadido por obreros que pintaban,

empapelaban e instalaban cuartos de baño.

Helmut había venido de casa de unos lejanos parientes austríacos a pasar sus vacaciones en Hungría. Tenía dos años más que György y una boca de conejo; los dos incisivos delanteros le habían sido arrancados con un instrumento contundente durante una pelea.

A Helmut no le gustaba hablar del incidente. Pero silbaba continuamente a través de las mallas, sin darse siquiera cuenta de ello, emitiendo un sonido desagradable y agudo, desprovisto de toda melodía. Era un muchacho feo y pecoso, hijo de un oficial lleno de deudas, educado por los rudos sargentos de los cuarteles del Séptimo Regimiento de Dragones. En cierta ocasión el guardabosque tuvo que dar caza a Helmut con una espada. Si lo hubiese pillado lo hubiera hecho pedazos, pero Helmut no era fácil de atrapar cuando echaba a correr. György experimentaba en presencia de Helmut esa especie de excitación y terror que hubiera sentido al hallarse ante el cachorro de lobo o de oso por el que había siempre suspirado en secreto. Una vez, Helmut mordió a György en el codo y ocurría frecuentemente que György salía de un altercado con Helmut con un labio hinchado o un ojo amoratado. El preceptor y los dos muchachos se alojaban en el pabellón de caza con la familia del guardabosque que los servía y les preparaba las comidas. El preceptor era un hombre de treinta años, estudiante de artes liberales, tranquilo, con lentes y preocupado; antes de entrar en una habitación tenía buen cuidado en tocar ligeramente el pomo de la puerta con el índice, porque tenía sus buenas razones para esperar encontrarlo untado de confitura o calentado con cerillas; o si la puerta estaba entornada la abría de un puntapié y retrocedía vivamente antes de recibir en la cabeza el cubo de agua. El preceptor dormía siempre con medias, porque algunas veces le ocurría que sus discípulos le metían trozos de papel entre los dedos de los pies y los encendían, práctica conocida con el nombre de «truco de los pies calientes». Durante las comidas tenía que vigilar estrechamente el azucarero, pues su contenido estaba regularmente mezclado con sal. La eterna vigilancia agotaba paulatinamente su sentido de responsabilidad como preceptor y sentíase enajenado de placer cuando los muchachos se alejaban de su lado y lo dejaban solo, si bien incluso entonces tenía que estar sobre aviso porque Helmut era capaz de pasarse la mitad de la noche cosiendo los bolsillos del traje. El preceptor sonreía filosóficamente ante todo esto y se vengaba de ellos ignorándolos completamente. Era un desgraciado estudiante pobre, antiguo becario, que se entusiasmaba ante los bosques de pinos a los que daba la ventana de su tranquila habitación, las limpias sábanas y la excelente comida; se había llevado consigo una maleta llena de material y consideraba aquellas vacaciones una magnífica oportunidad para escribir su primera novela que ocurría en tiempos de los angevinos. Sea como fuere, pocos años después el preceptor irradió como una brillante estrella en el horizonte de la literatura húngara.

Los dos muchachos, sin más ropa que su traje de baño, corrían por el bosque y a lo largo del río durante todo el día. Helmut nadaba como una foca. Una vez, nadando como un cangrejo por debajo del agua, sus ojos abiertos, al inspeccionar los rocosos muros del lecho del río, hallaron un canal submarino. Se apartó del negro agujero, subió a la superficie, llenó sus potentes pulmones de aire y se aventuró de nuevo en su osada exploración submarina. Después de nadar algunos metros vio que el canal se ensanchaba y salió a la superficie. Se encontró en una oscuridad rugiente donde el aire era pesado y denso. Era evidente que había descubierto una caverna subterránea cuya entrada se hallaba a algunos metros bajo la superficie del río. No podía ni aun conjeturar las dimensiones de la caverna porque la oscuridad era completa; sólo podía advertir aquel misterioso rugido y el estruendo del agua. La caverna sin duda respiraba por las grietas de la pared del acantilado porque había aire suficiente. Satisfecho de su descubrimiento, Helmut regresó a la superficie y a su canoa. Jadeante, contó el resultado de su descubrimiento submarino a György, que estaba aterrizado ante su larga desaparición y lo creía ya perdido. Los dos muchachos, chorreando agua, regresaron al pabellón de caza y volvieron con una lámpara eléctrica de mano que Helmut envolvió cuidadosamente en el gorro impermeable. De nuevo se sumergió y se dirigió a la caravana, pero György no se atrevió a seguirlo. Con los dientes castañeteando de emoción, esperó el regreso del intrépido explorador. Entretanto, Helmut había encendido su lámpara en el interior de la caverna. Era una bóveda de formidables dimensiones, grande como la casa de un modesto campesino. El chorro de luz no podía seguir los zigzags de la bóveda llena de estalactitas, de lo alto de la cual una cascada se precipitaba a lo largo del parapeto de piedra tratando de agarrarse a él, quejándose al caer con su voz plañidera como una vieja cantilena, y con el encaje blanco de su espuma posándose sobre su traje negro; todo daba la impresión de la eterna monotonía del encarcelamiento perpetuo.

Helmut volvió a salir para hacer la descripción de lo que había visto. Exageró las dimensiones de la caverna y describió una serie de maravillosas esculturas de animales que eran, quizá, de oro. Se declaró único propietario de la caverna. György protestó enérgicamente sosteniendo que el pabellón de caza pertenecía a su padre. Como contestación, Helmut lo empujó por el pecho con tanta fuerza que György cayó de la canoa. La traidora corriente estuvo a punto de arrastrarlo antes de que Helmut se arrojase al agua y lo llevase a la ribera. Allí continuaron discutiendo sus derechos de propiedad y finalmente convinieron en dividirla en partes iguales.

Pero a György seguía faltándole valor para franquear el canal submarino, porque la idea de meterse bajo la superficie y desaparecer en un agujero negro lo aterrorizaba.

—Tres brazadas y estás dentro..., después subes en busca de aire.

György no contestó; sus dientes castañeteaban. Un cruel deseo de ver la caverna

se apoderaba de él, y quizá más que el miedo de ahogarse, temía que finalmente Helmut acabaría quedándose con ella. Después de larga deliberación se convino en que Helmut entraría primero con el extremo de una larga cuerda y György lo seguiría agarrado al otro extremo, siendo arrastrado por Helmut al interior de la cavernosa tumba en caso de que perdiese el conocimiento. György era ya un hombre de recursos que preveía todas las contingencias.

Después de minuciosos preparativos, Helmut desapareció bajo las aguas con la lámpara y la cuerda. Pronto un tirón de ella advirtió a György que tenía que empezar. El muchacho se metió en el agua con la expresión de quien penetra en su tumba. Su paso, sin embargo, se realizó sin incidente. Helmut, en el borde de la piscina subterránea, lo sacó de las sombrías profundidades. El pecho del muchacho jadeaba afanosamente, más por el terror que por el cansancio. Los rayos de luz llenaban la caverna con una serie de intermitentes destellos amarillos. En aquella extraña luz, la silenciosa mueca de Helmut tenía algo de diabólica. Siempre jadeante, György seguía contemplando el interior de la gruta. Estaba a punto de llorar. Pocos minutos después los dos muchachos procedieron a una nueva exploración de la caverna, hasta donde era posible en la relativamente pequeña área de terreno más alto que el agua. En aquellos sitios las formaciones, rocosas que circulaban el agua formaban admirables bancos donde descansar, pero por todas partes el negro y húmedo acantilado brillaba ininterrumpido en ruda e infranqueable pendiente y se cernía sobre ellos, amenazador. Había transcurrido un cuarto de hora cuando súbitamente el rayo de luz comenzó a flaquear. O el agua había penetrado en el interior de las baterías o éstas se habían sencillamente agotado. El ojo amarillento de cíclope adquirió un tinte rojizo, vaciló y se extinguió completamente, con espantosa desesperación de György.

—No tengas miedo —susurró Helmut al sentir la mano helada de György posarse sobre su brazo. Pero temblaba también, porque la oscuridad era espantosa, más espesa y diferente de las oscuridades de sobre la tierra. Súbitamente el aire parecía haberse acabado. Más aún, en aquel momento Helmut no tenía la menor idea de dónde estaba situada la salida.

—¿Llevas todavía la cuerda atada a la cintura? Métete en el agua también —tuvo que gritar para dominar el ruido de la cascada.

El agua les llegaba casi a la altura del pecho.

—Voy a pasar delante —dijo Helmut, sumergiéndose para buscar la salida. Pero regresó al poco rato a la superficie resoplando como una morsa.

—¡La he encontrado! —gritó; y las estalactitas devolvieron su voz con un curioso eco de órgano.

—Mira bien, voy a meterme debajo.

Pero György esperó en vano el tirón de la cuerda. Aterrorizado hasta morir, comenzó a imaginar a su amigo devorado por algún enorme monstruo marino, habitante de las profundidades de la caverna. Pero Helmut reapareció a su lado.

—No lo era —jadeó cuando hubo recuperado la respiración. Sus pulmones

respiraban agotados György comenzó a sollozar en voz alta.

—¡No llores! —gritó Helmut. Trató de darle un puñetazo en la cabeza, pero en la oscuridad sólo lo alcanzó en los hombros. Esta acción era una defensa contra el terror que había comenzado también a apoderarse de él. El agujero que había tomado por la salida resultó no ser más que un agujero en forma de saco practicado en la pared del acantilado. Ahora se daba cuenta de que podía haber más canales debajo de la superficie, alguno de los cuales conduciría al interior de la caverna y que si tomaba uno de éstos más largos podía agotar su respiración y sentirse imposibilitado de regresar. Dio la vuelta a la piscina, tanteando el fondo con el pie.

—Voy a sumergirme otra vez —dijo al encontrar otro agujero.

György oyó una nueva zambullida y pronto volvió a sentir el tirón de la cuerda. Durante aquel regreso estuvo casi inconsciente. Cuando alcanzó la superficie Helmut estaba ya en la canoa y mientras lo izaba como un cuerpo sin vida, sonreía con excelente humor, pero su rostro estaba verde de miedo. Afuera, todo parecía inusitado; la luz del sol, el sabor del aire, los sauces que gemían bajo la brisa, la increíble altura del lejano cielo. Durante un momento los muchachos estuvieron absorbidos por las grandes maravillas de la vida, que siempre hacen latir aceleradamente el corazón cuando uno cree haberlas perdido para siempre. El sol del mediodía calentaba sus cuerpos temblorosos y los saturaba de su ardiente e invisible peso.

—¡Escúchame! —dijo Helmut finalmente, señalando el acantilado—. Haremos aquí un agujero de un metro y medio de alto a fin de poder entrar con una canoa. Taparemos la entrada y la disimularemos con piedras de manera que no lo sepa nadie más... —Estaba tan satisfecho de su inventiva que de repente empezó a censurarse por no haber pensado en ello antes. Más tarde, el hambre los llevó a casa.

—En la entrada —prosiguió Helmut, elaborando sus planes mientras andaban— dejaremos una toma de aire que nos servirá para dar paso también a la luz.

György estaba excitado por los planes. Miraba a Helmut como si el muchacho fuese un dios en forma humana.

Al preceptor le pareció raro que los muchachos se quedasen en casa aquella tarde. Temiendo cualquier cosa desagradable, tomó sus precauciones. A través del ojo de la llave de su cuarto vio que los muchachos estaban sumidos en conciliábulo en voz baja.

Redactaron por escrito las condiciones de su coparticipación y sellaron el documento con promesas, sangre, juramentos y un apretón de manos por debajo de la mesa. Helmut había trazado planes para la caverna. Había decidido amueblarla con un fogón, utensilios de cocina, un reloj de pesas y también una mujer. Creía que una mujer bastaría para cuidarlos a los dos. Reunidos todos estos objetos planeó trasladarse a la cueva permanentemente, diciendo adiós para siempre al mundo exterior, al mundo de la documentación, del corte de cabello, del obligatorio lavado de las manos y demás horrores de la civilización. Sólo abandonarían la caverna en el

caso de una expedición pirata en busca de sustento.

Por la mañana temprano, armados de un martillo y un escoplo, volvieron al acantilado. Pocas horas después tenían las manos ensangrentadas, pero la dura muralla acerada de granito había resistido a sus esfuerzos.

—Necesitamos un poco de dinamita —concluyó Helmut finalmente, frotándose las doloridas manos.

Sus arduos esfuerzos sólo habían conseguido marcar el sitio de la entrada a la caverna del acantilado.

Decidieron demorar la ejecución de su plan hasta el año siguiente, porque faltaban solamente pocos días para que se terminaran las vacaciones.

Sin embargo, al año siguiente Helmut no acudió porque había sido víctima de un accidente de motocicleta. No quiere esto decir que la motocicleta lo atropellase. Esto no podía ocurrir nunca con él. Durante una discusión familiar, después de haberle dado su padre una soberbia bofetada, robó la motocicleta de su hermano y, a una velocidad de ochenta millas por hora, se fue a las alturas de Semmering, decidido a no regresar nunca más a su casa. Y llevó a cabo su resolución porque al día siguiente fue encontrado muerto en el cruce de caminos, bajo su destrozada motocicleta.

Así György llegó a ser el único propietario del secreto de la caverna. En aquellos días no imaginaba que ésta, durante el infierno de una espantosa época de un remoto futuro, representaría un importante papel en su vida.

CAPITULO IV

CON el transcurso de los años nacieron dos hijos más del matrimonio Dukay. János y Terézia. János nació en 1906 y Terézia en 1910. Los chiquillos jugaron y se rieron al crecer; las habitaciones de aquellos largos corredores abovedados resonaban con sus risas. El castillo de Ararat era habitado ahora durante todo el año; cada una de las chimeneas consumía un pequeño bosque durante los meses de invierno, si bien cada septiembre, después de correr los ciervos, los padres se trasladaban a su palacio de Septemvir Utca en Buda. Acortaban el invierno con diversas excursiones a Saint Moritz o Tátra, y a principios de febrero se precipitaban a dar la bienvenida a la primavera en la Riviera, donde el conde Dupi esperaba siempre de su casa un telegrama de su montero así concebido: «*Llegado agachadizas. Krecsmek*». Husmeando el aire a lo largo de la playa, el conde Dupi aguardaba este telegrama con las maletas hechas, y a veces tomaba incluso el tren sin recibir el telegrama, después de haber husmeado el aire como los cazadores de caribús de Alaska o los nómadas de los desiertos que siguen las emigraciones de la caza, y de esta forma aquel viajero instalado en un compartimiento exclusivo de primera clase del Expreso Niza-Viena, con su voluminoso equipaje de piel de cerdo y de variadas formas, sumido en la lectura de los periódicos franceses y fumando cigarros habanos, tenía algo del hombre primordial que ajustaba su vida en medio de las distracciones y deberes de la civilización a las estaciones de la monta y reproducción de los pájaros y las bestias.

Habiendo trabado ya conocimiento con todos los miembros de la familia Dukay, nos vemos obligados ahora, aun cuando brevemente, a trabarlo con la servidumbre. La servidumbre de Ararat constaba de cincuenta y ocho miembros.

Los miembros del personal estaban graduados en una escala jerárquica de acuerdo con su categoría e influencia. Después del conde Dupi venía el señor Gruber, el secretario particular que, a pesar de su muda expresión, conocía seis idiomas; luego, la señorita Malvin, su taquimecanógrafa, de cuya tendencia a imitar a la condesa Menti en el gesto, entonación, forma de vestir y peinado ni ella ni nadie se había dado cuenta, y *Herr* Jordán, el mayordomo que una vez sirvió al archiduque Carlos Leopoldo y de quien algunos decían ser el vivo retrato en tamaño natural del emperador Fernando V. Su aspecto parecía indicar que podía llevar sangre de los Habsburgo en sus venas, pero nadie lo tenía por cierto y nadie hablaba jamás de ello. Sin embargo, el porte y aspecto de *Herr* Jordán, inspiraba respeto, tanto, que el profesor Schön, bibliotecario del castillo, se quitaba a menudo el sombrero por error al verlo en el parque. El conde Dupi se mostraba también deferente con él, como si se diese cuenta de que Jordán era un emperador sin corona, que vigilaba a su ayuda de cámara mientras cada mañana cumplía su misión de prepararle la camisa y la corbata y disponer el baño. Mientras asumía esta importante responsabilidad que formaba

parte de sus deberes, el mayordomo permanecía inmóvil, con las manos en la espalda. El respeto que el conde Dupi sentía por *Herr Jordán* queda bien palpable en el hecho que sólo le había dado una bofetada una vez, cuando el mayordomo replicó de mal talante una mañana al despertar, y considerando que el humor del Conde al despertarse era el de un león herido, es obvio decir que *Herr Jordán* eligió el momento más inoportuno para olvidar el respeto debido a su dueño. Más tarde, sentado en el baño caliente, el conde Dupi lamentó su violencia, especialmente porque el mayordomo era poseedor de una serie de secretos de familia. Por consiguiente, apretó el botón que había encima de los grifos y ordenó al ayuda de cámara que llamase a *Herr Jordán*.

—*Ich verzeihe Ihnen, Johan...* «Le perdono...» —dijo, y el Conde, sentado en la bañera, tendió la mano al mayordomo.

Herr Jordán, al estrechar con una profunda reverencia la mano tendida, se dio cuenta de que aquel gesto era un arrebató de momento, porque sabía que jamás, en la centenaria historia de la familia, un Dukay había estrechado la mano de su mayordomo. Esta forma de romper con la tradición quedó en cierto modo mitigada por el hecho de que la mano del conde Dupi estaba húmeda y llena de jabón.

En la cúspide de la jerarquía de las sirvientas que rodeaban a la condesa Menti se hallaba el ama de llaves, a quien todos los miembros de la familia llamaban *Fräulein Hilda*. Hilda era una mujer delgada y de hombros caídos, vieja doncella como las que sólo se encuentran en los conventos, cuyo sentido de grave responsabilidad mantenía en continuo temblor las aletas de su nariz, como tiemblan las de los roedores incluso cuando reposan. Su párpado izquierdo paralizado desde la infancia, cubría a medias el ojo y le daba un aspecto sarcástico, de superioridad y suspicacia. En el reino de los asuntos domésticos su autoridad era tan grande que el conde Dupi la llamaba la Regente del Ojo Único. Ni aun la condesa Menti podía tomar una decisión sin ella; había que consultarle el menor detalle, y el terror se apoderaba de la persona que se atrevía a obrar sin que ella lo supiese. Había continuamente incidentes de frontera entre ella, las institutrices y la aposentadora, porque las institutrices reinaban en las dependencias de los chiquillos y la aposentadora en las de los huéspedes. La Regente del Ojo Único daba la impresión de desear constantemente morir por la causa que servía. Su ideal era la casa, la casa de Ararat con sus interminables hileras de armarios de ropa, las salas de baño de la condesa Menti, las máquinas de coser de los cuartos de costura, todo cuanto había en la casa, vivo o inerte, desde los trajes importados de Inglaterra para los niños hasta los cepillos para el perro, desde el último trapo de polvo hasta el joyero de la Condesa. Vigilar todo esto, conservar estos objetos en su debido lugar entre gente que estaba a menudo malhumorada, o enferma, o ebria, o distraída, requería un genio de administración del cual no carecía. Pero

podía, no obstante, ser sobornada con pequeños regalos. Durante años enteros, Bálazs, uno de los lacayos, proseguía sin ser molestado sus abiertas incursiones a los depósitos de cigarros, vinos importados y municiones porque ocasionalmente ofrecía ramos de violetas, lirios, claveles y rosas a la Regente, que se derretía por estas cosas y protegía contra toda sospecha al lacayo de cara de conejo. Pero, desgraciadamente, siendo la naturaleza humana lo que es, Bálazs extendió sus operaciones más allá de los límites de su protección y fue pillado en un tranvía de Budapest con la mano en el bolsillo de un viajero, lo mismo que el cazador de elefantes que, no pudiendo refrenar su pasión, dispara contra una ardilla en la zona residencial. Con su desaparición se apagó un rayo de sol en la vida de *Fräulein* Hilda.

La Regente llevaba siempre traje y delantal negros y tenía, desde luego, derecho a usar sombrero, al contrario de las doncellas que llevaban uniforme azul claro con delantales blancos de encaje cuando estaban de servicio en el castillo y cubrían sus cabezas con pañuelos cuando iban vestidas de calle.

Antes de la guerra, según las anotaciones hechas por el anteriormente mencionado *sir* Lawrence Gomma, la servidumbre de Ararat comprendía: el servicio personal del dueño, a saber: un bibliotecario, un secretario, una taquígrafa, el mayordomo, un ayuda de cámara, un encargado de los zapatos, un chófer y un guardabosque permanente; ocho personas en conjunto. La Condesa tenía a su servicio personal una dama de compañía, el ama de llaves, una doncella de edad, otra más joven y el segundo chófer. Un aposentador y los tres lacayos a sus órdenes se ocupaban de los invitados masculinos, mientras las damas huéspedes del castillo eran atendidas por la aposentadora y tres subordinados. Estos lacayos y doncellas usaban una librea distinta. La clase más baja de la servidumbre consistía en dos mujeres y tres porteros que barrían los corredores y los cuartos de baño, se ocupaban del fuego y transportaban la leña.

La cocina era dirigida por el cocinero francés, con un ayudante que preparaba la comida para el personal. Tres pinches ayudaban al jefe de cocina y dos dispenseras atendían al ayudante. En orden de jerarquía pertenecían a esta división tres lavaplatos, pero no les estaba permitido entrar en la cocina.

El lavado de la ropa estaba constantemente en manos de una encargada, una planchadora y cuatro lavanderas.

Los servicios del exterior eran atendidos por dos porteros, que usaban todavía las libreas de los tiempos de María Teresa, uno para la verja sur y otro para la verja norte de los límites más alejados de las tierras. Vivían con sus familias en pequeños pabellones contiguos a las puertas que guardaban. El parque era atendido por un floricultor que se ocupaba de los centros de mesa, un horticultor para las legumbres y cuatro jardineros para el jardín en general.

Una nutrida brigada regentaba los establos, dirigida por el caballero inglés y el primer mozo de caballos, con mando sobre dos cocheros húngaros, uno inglés y seis mozos de cuadra. Se celebraban frecuentemente manifestaciones hípicas. Esto quiere

decir que se instalaban en las cuadras grandes sillones y se servía en ellas el café y los coñacs. En los días de exhibición, los espléndidos caballos de las caballerizas de Ararat eran almohazados y pulidos hasta tal punto que brillaban más que el sol, y sus crines se adornaban con cintas; los mozos extendían fina arena por el suelo de las cuadras y con el mango de una escoba escribían sobre ella los nombres de los caballos. Los invitados pasaban allí las horas, mezclando la fragancia de sus habanos y su café con el fuerte olor amoniacal de los establos, mientras discutían sobre los importantes problemas que se suscitaban inevitablemente relacionados con los caballos.

Los preceptores e institutrices que cuidaban de los chiquillos constituían una casta especial, el número de cuyo personal oscilaba según el número de chiquillos que los requerían. En los tiempos de *sir* Lawrence Gomma había en el castillo cuatro institutrices, dos alemanas, una francesa y una inglesa y un preceptor.

Dios era atendido por el reverendo Lojzi, el capellán.

En conjunto había cincuenta y ocho personas con residencia permanente en el castillo. Naturalmente, había trabajadores temporeros, jardineros para cortar el césped, costureras del pueblo para las máquinas de coser, enfermeras, doctores, profesores de natación, profesores de música y entrenadores de tenis. La casa no carecía nunca de invitados, de manera que había que comer aproximadamente con cien bocas diarias.

La escala jerárquica del personal requería cuatro mesas separadas en cuatro comedores distintos. El profesor Schön, bibliotecario; el señor Gruber, secretario; la señorita Malvin, taquígrafa, y el reverendo Lojzi comían en un pequeño comedor contiguo a los billares. Estos individuos gozaban, además, del extraordinario privilegio de ser invitados, más o menos frecuentemente, según su rango y ocupación, a comer en la mesa principal, en la que incluso las camisas deportivas eran permitidas durante el almuerzo, pero en la que el traje de noche para las señoras y el *smoking* para los caballeros era de rigor para la cena. Al mediodía, los preceptores e institutrices comían en la mesa de la familia, pero por la noche cenaban con los chiquillos.

En la mesa principal, en la otra ala del castillo, tomaban asiento el mayordomo *Herr* Jordán, la Regente del Ojo Único, el caballero inglés, el mozo de caballos, el aposentador y su esposa. Su refectorio estaba amueblado como el de un subsecretario contemporáneo, un médico jefe provincial o un acomodado propietario. La vajilla y la plata eran del mismo estilo. Las fuentes eran servidas por las doncellas.

En la tercera mesa, en otro comedor más sencillamente amueblado, comían las doncellas, los jardineros, los lacayos y los chóferes, presididos por el ayudante del cocinero. Eran servidos por las despenseras.

El cuarto y más popular comedor contenía mesas de pino sencillas y en él comían

los porteros, fregonas, mozos de cocina, mozos de cuadra, lavanderas y despenseras. Se servían ellos mismos y a pesar de que en esta mesa sólo se servía vino los días de fiestas señaladas, era la más ruidosa y alegre.

Todos los domingos y fiestas de guardar, el personal entraba en la iglesia en el mismo orden. La asistencia a los oficios era obligatoria. Las entradas y salidas tenían lugar de acuerdo con el rango. Primero iba *Fräulein* Hilda, con un fantástico sombrero en la cabeza y en la mano un breviario encuadernado en marfil, regalo de la condesa Menti un día de Navidad. A su lado, consciente de su importancia, iba el mayordomo *Herr* Jordán. Caminaban una al lado del otro como Filemón y Baucis, como si fuese un matrimonio, avanzando como símbolos de la fidelidad de la mitología frigia, mientras en realidad se despreciaban mutuamente y durante el transcurso de los días de trabajo se dirigían los peores improperios contenidos en las lenguas húngara, carintia y alemana, mostrándose las encías y rechinando los dientes como dos perros al pasar uno al lado de otro. Iban acompañados del caballero mister Johnson, del aposentador y su esposa, todos adecuadamente vestidos de negro. Sólo cuando éstos se habían acomodado en sus bancos entraban las doncellas, lacayos y chóferes en la capilla, y tras ellos venían los porteros, pinches y lavaplatos. El Conde y la Condesa ocupaban su oratorio particular, mientras los chiquillos y sus instructores tomaban asiento en el pequeño estrado del centro de la capilla.

Desde su infancia, los chiquillos fueron conocidos para el personal de la servidumbre por condesa Kristina o condesa Zia, conde Rere, conde Gyuri o conde Jani. Pero esta práctica fue abandonada cuando alcanzaron la edad de dieciocho años, y las muchachas se convirtieron entonces en Su Excelencia la condesa Kristina y Su Excelencia la condesa Terezia, mientras los hombres se convertían en Su Excelencia el conde Imre, Su Excelencia el conde György y Su Excelencia el conde János. Los preceptores e institutrices tenían el derecho de llamarlos por el nombre de pila durante las conversaciones privadas, y al entrar en una habitación, los chiquillos les daban la preferencia y caminaban a su izquierda en la calle, mientras los demás servidores debían abrirles la puerta para cederles el paso y darles la derecha, regla de la cual ni aun la Regente era exceptuada.

El mayordomo acompaña al Conde en sus viajes, le entregaba el correo y vigilaba el servicio de las comidas. Escanciaba el vino en la mesa, pero no tocaba las fuentes. Durante las comidas, permanecía de pie con las manos en la espalda vigilando las copas y dirigiendo a los lacayos y doncellas con un mudo destello de sus ojos. El lacayo más antiguo limpiaba la plata, el aposentador recibía a los huéspedes ante la puerta principal de la casa, el segundo lacayo llevaba el desayuno de la Condesa hasta un cierto punto del corredor donde era recibido por la doncella más anciana, pero la Regente era quien lo llevaba hasta la cama de su señora. Los lacayos llevaban librea, el mayordomo chaqué negro con corbata blanca. Las fregatrices usaban un uniforme especial que las distinguía de las doncellas vestidas de azul claro. *Mister* Johnson y el cochero inglés usaban sombrero de copa, a la inversa de los cocheros húngaros que

llevaban dormanes color cerezo y sombreros con plumas de avestruz.

Cada tarde, a las ocho, *monsieur* Cavaignac, el cocinero francés, vestido de blanco y con su alto gorro en la cabeza, entraba en el salón de la Condesa después de haber sido anunciado por el primer lacayo. Libro en mano, deja las minutas para el día siguiente. El conde Dupi solía asistir también a estas conferencias, porque estaba familiarizado con las mas sutiles delicadezas de la cocina francesa y algunas veces consideraba difícil elegir entre un *esturgeon sauce verte*^[4] y un venado frío como entrante para la cena del día siguiente.

SEGUNDA PARTE

KRISTINA Y EL REY

CAPITULO PRIMERO

EN 1911 *El mundo aristocrático*, semanario ilustrado impreso sobre suntuoso papel de hilo, publicó una edición de Pascua ricamente ilustrada; en sus columnas las firmas cuyos nombres alardeaban de gran prestigio rivalizaban en anunciar coñacs, arneses, insecticidas y *lingerie*^[5]. *El mundo aristocrático*, obra maestra de la industria impresora húngara, salía regularmente publicado tan sólo mil ejemplares. Uno podía fácilmente preguntarse si una publicación podía defenderse con tan sólo mil ejemplares. Podía. No más allá de la mitad de las columnas de *El mundo aristocrático* estaba consagrada a noticias de la aristocracia, aunque sólo fuese porque una verdadera aristocracia no pagaría si la revista no contuviese un artículo de su propia composición. Había, es cierto, algunos aristócratas con pretensiones literarias que indignaban al señor Lusics, el editor, al esperar que les fuesen pagados sus trabajos, pero eran tan raros como un cuervo blanco y se tenía buen cuidado en evitarlos. Las columnas restantes eran consagradas a las sobrinas de los fabricantes de drogas, a las incansables hijas de constructores de obras y a los consejeros de Estado logrereros que estaban siempre dispuestos a sacrificarse en aras de la literatura y el arte. Durante aquel tiempo un gran poeta escocés murió en la más horrible miseria al lado de una bujía porque la electricidad hacía tiempo que le había sido cortada, pero se lo merecía, porque no había sabido ver los secretos postes de señales que llevan a los turistas terrestres a la cima del Parnaso. El señor Lusics, que era no sólo el editor de *El mundo aristocrático*, sino su propietario, medía las tarifas para la clase media en pulgadas, según se tratase del retrato de un plebeyo, de un *fox terrier* campeón, o de un auténtico conde. Y barajaba sus reportajes de banquetes, bautizos, nacimientos y muertes con tal maña que al final nadie sabía quién era conde y quién fabricante de baldosas. Por ejemplo, una fotografía titulada «La esposa del doctor Elmer Trock de Lebernye, tomando un baño de sol en la terraza de su villa en Leányfaiu» le valió una pequeña fortuna, porque el señor Lusics aplicaba una tarifa extra por el uso de pseudo títulos tales como *de Lebernye*. Y cuando se considera que los Trock se habían limitado a alquilar la villa de Leányfaiu para pasar los meses de verano hay que reconocer que la tarifa es justa.

El poema siguiente apareció en el número de Pascua de *El mundo aristocrático*.

*En la linde del bosque una pastora
su bandada de gansos apacienta.
¡Cuan dichosa se siente con sus gansos!
Y el cabello le llega a las rodillas.
Mas surge un cazador en la pradera
y un conejo se cruza en el camino.
Es, en verdad, un triste cuento éste*

pues de un tiro mató a la pastorcilla.

El poema relata las desventuras de la pastorcilla con la sucinta brevedad de una sentimental balada. El editor Lusics se limitó a hacer una revisión del manuscrito. En su forma primitiva el último verso del poema decía: «Pues se cargó a la chica». Lusics obró cuerdamente al hacer la revisión, porque en el desarrollo del lenguaje algunas palabras inocentes, especialmente de uso metropolitano, habían adquirido un sugestivo significado que el poeta, cuyo manuscrito llegaba de Viena, no podía saber. Estos empleos inadecuados servían para poner de manifiesto el abismo que se abre entre el lenguaje vivo y las altas esferas de la sociedad; entre las alturas aristocráticas y el mundo cotidiano. En alemán, la palabra *Drek* es tan aceptable y correcta como «cochinada» en castellano, porque «suciedad» y «porquería» figuran entre sus significados subsidiarios. Esto lleva muchas veces a nobles políglotas a suponer, erróneamente, que ciertas palabras que pueden emplearse en determinadas ocasiones pueden ser utilizadas en todos los casos, produciendo en ciertos momentos un frío agudo en el espinazo de algunos dignatarios que las escuchen. Las lenguas no permiten un intercambio de palabras sin el correspondiente cambio de significados. En francés la palabra *aborder* significa «abordar», dirigirse a alguien. En vista de su pronunciación alemana la condensa Menti era conocida por su costumbre de «abordar» a sus amistades en la calle.

El poema titulado «La Pastorcilla» representó una suma de mil novecientas noventa coronas para su autor. Esto era, desde luego, una suma considerable si se tiene en cuenta que los más grandes poetas de la época —poetas con respecto a quienes la historia de la literatura se deshacía todavía en encomios y alabanzas— recibían treinta o cuarenta coronas por poemas que han pasado después a la inmortalidad. Esta suma, sin embargo, no debe ser tomada como punto de referencia tanto del crédito de la liberalidad del señor Lusics como de su talento editorial. *El mundo aristocrático* facturó a su autor una suma de mil coronas por «gastos de impresión» de «La Pastorcilla». Mil coronas más fueron a parar a manos de un joven poeta y periodista vienes que cometió la infamia de traducirlo al alemán. Sin embargo, a cambio de la elevada tarifa, produjo una versión alemana que no tenía dos estrofas sino cuatro, y su traducción se parecía más a uno de los poemas de Schiller que al original. El periódico Vienes *Die hohe Gesellschaft* envió al poeta un cheque de diez coronas, lo cual demuestra que los editores vieneses tienen muchos menos recursos que sus colegas de Budapest. Diversos críticos severos, que consideraron al poema malo en cuanto a su composición y estúpido de contenido, no podían saber que su autor era sumamente joven. El poema apareció bajo la firma de la condesa Kristina Dukay. Los gastos de publicación fueron sufragados con la mayor discreción por el señor Gruber, porque no era el caso de que la joven condesa se desilusionara ante los crudos aspectos económicos de la literatura; sin embargo, el cheque de diez coronas de Viena fue directamente a Kristina, y su intoxicación, desgraciadamente,

provocó nuevas manifestaciones literarias.

Las expansiones poéticas de Kristina delataban tan sólo un leve destello del fuego que ardía en su interior. Se sentía devorada por los ardientes y desencadenados sueños de la perfección. Su inteligencia estaba bastante por encima de la normal y sostenía acérrimas e independientes opiniones sobre la política italiana en Tripolitania, Debussy y Bernard Shaw.

Durante aquellos años fue cuando se produjo una cierta revolución de proporciones mundiales, concebida originalmente en las colonias americanas durante el siglo XVII que, con su perseverancia, transformaron gradualmente el mundo. Su influencia no puede todavía ser fácilmente estimada. Hacia el final del siglo, las mujeres de Viena y Budapest fueron barridas también por la revolución, dos fieles apóstoles de la cual habían ya roto sus paraguas sobre cabezas masculinas. Las dos damas en cuestión eran Emmeline y Christabel Pankhurst, madre e hija. Las sirvientas americanas y las princesas europeas se encontraron en el mismo campo de batalla durante la lucha por el sufragio femenino. Esta revolución, como sabemos, terminó con el triunfo de las mujeres y, a partir de aquel momento, el estado del mundo comenzó a descomponerse rápidamente. Una cierta escuela histórica del pensamiento sostiene que el fanatismo y la histeria que domina nuestro mundo contemporáneo es, en gran parte, el resultado del éxito del Movimiento Sufragista, pero una teoría tan aventurada es claramente imposible de probar. La emancipación de las mujeres fue completada durante los primeros años del siglo, y a partir de cuya época, entre la clase media e incluso en las más distinguidas residencias de Europa, comenzaron a resonar femeninos ataques de tos a medida que las mujeres sucumbían al hábito del tabaco; a decir verdad, la condesa Isabella comenzó a fumar enormes cigarrillos de la Habana. Entonces fue cuando empezaron a liberarse de aquellos peinados de tres y cuatro libras de peso porque, desde tiempo inmemorial, habían conservado un vivo rencor contra el proverbio que reza: «Cabellos largos, ideas cortas». Kristina fue de las primeras en usar el juvenil peinado masculino. Esto fue un tema de constantes discusiones y comentarios en los salones de la época, y el conde Dupi sostuvo obstinadamente que el cerebro de las mujeres no crecería en razón directa a la cortedad de su cabello.

Kristina tomó parte activa en el movimiento sufragista e incluso hizo uso de la palabra en una o dos reuniones. Puesto que las mujeres alcanzaban la madurez biológica a una edad más temprana que los hombres, razonaba, también el voto debía concedérseles antes. Este argumento levantó los aplausos, pero cuando se declaró partidaria del derecho de las mujeres a usar pantalones, incluso las radicales más extremistas la abuchearon.

La emancipación de las mujeres tuvo gran influencia en sus actividades sexuales. Algunas de las hijas más jóvenes de la nobleza se pronunciaron por la nueva libertad de sí mismas, proclamando el derecho de un más amplio sendero que el recorrido por las vírgenes de la clase media o la burguesía. En los círculos masculinos de la

sociedad vienesa se rumoreaba que Kristina era una mujer fácil de conseguir. Kristina cumplió dieciséis años en enero, pero parecía más madura. Las mujeres en general, alcanzan su verdadera belleza después del nacimiento de su primer hijo; pero, prescindiendo de la condesa Menti y de *mademoiselle* Barbier, sólo el doctor Preyberger, el médico de la familia, conocía el secreto de la madura belleza de Kristina. El conde Joachim, el artista que había pintado por Navidad el retrato de Kristina con su traje azul pizarra, consideraba que su sobrina era un tipo caucasiano, de pelo negro, ojos azules, braquicéfala y leptoprosópica —o sea cabeza corta y cara larga— y de mediana estatura. Pero había una cosa cierta: Kristina era bella.

En una tarde de principios de primavera, durante un paseo solitario efectuado al salir de Septemvir Utca, llegó hasta el Lajoshegy donde hizo un extraño descubrimiento. Desde hacía tiempo, los fabricantes de tejas habían minado arcilla blanca en un lado de la colina, y en el hueco de una de estas minas abandonadas descubrió una cabaña subterránea, apenas visible, porque su techo de hojalata oxidada, sus planchas rotas y sus hierbas secas sobresalían apenas algunas pulgadas de la superficie de la tierra. Fuera de la cabaña, sobre el tronco de un árbol, estaba sentada una mujer gigantesca de alguna edad, vestida con un traje negro y un pañuelo de encajes pasado de moda. Los dos cristales de sus lentes estaban rotos y los trozos llenos de polvo y suciedad. Tenía un palo sobre las rodillas y miraba fijamente hacia el espacio, pero sus ojos, agrandados detrás de los gruesos cristales rotos, parecían mirar a uno y otro lado cuando vieron que se acercaba. Unos veinte gatos de variados colores rondaban por allí, pero al aproximarse Kristina echaron a correr y desaparecieron, cosa que los gatos no suelen hacer. Repugnantes restos de comida estaban esparcidos alrededor de la cabaña y varios cachivaches esportillados^[6] yacían por el suelo. El desastrado traje de la mujer, su altivo porte y el pañuelo de encaje anudado a la cabeza, formaban una extraña combinación de miseria y majestad. Su aspecto helaba la sangre. Consternada, Kristina la contempló un momento y le preguntó tímidamente.

—¿Vive usted aquí?

La vieja no volvió la cabeza al oír el sonido de las palabras húngaras y cuando Kristina le repitió la pregunta en alemán, la aparición, agarrando su palo, contestó en perfecto inglés:

—¡Vete al diablo!

En aquellos tiempos, el sonido de las palabras inglesas era verdaderamente raro en el Lajoshegy. Antes de regresar a su casa Kristina se dirigió al Ayuntamiento de Buda a ver al director del Asilo de Ancianos a quien conocía porque la condesa Menti era una de las damas filántropas y a menudo les llevaba pequeños regalos —prendas de lana, imágenes sagradas, viejos butacones— para los ancianos asilados. Kristina refirió su encuentro en el Lajoshegy y pidió que asilasen enseguida a aquella

desgraciada mujer. El director comenzó a buscar en sus cajones y finalmente sacó una revista ilustrada.

—¿Es ésta la mujer a quien se refiere usted?

La fotografía mostraba a la vieja sentada delante de su cabaña en medio de los gatos; pero la foto había sido tomada a distancia, porque sin duda alguna el fotógrafo no se había atrevido a afrontar el palo.

—Condesa, por favor, sea razonable. —dijo el director—. No hay mes en que alguien no descubra a esta mujer quiera meterla en el asilo. Es imposible.

—Pagaré los gastos.

—Otros han hecho la misma oferta. Durante los últimos años la hemos traído aquí dos veces con ayuda de la policía porque esta revista la usaba como propaganda para atacar al alcalde. La segunda vez le destinamos una habitación del segundo piso y la encerramos. A la mañana siguiente no había rastro de ella. Se había escapado por la ventana. Tiene cerca de seis pies de estatura, desde luego, pero, sin embargo, no deja de ser una hazaña porque el médico del establecimiento dice que debe pesar más de ochenta kilos. Tenía una salud excelente y pasa todo el invierno en esa choza. Habla perfectamente francés, inglés y alemán, de manera que suponemos que debió ser profesora de idiomas o institutriz. Debe de haber sufrido alguna impresión porque no está en su cabal juicio. Ronda por las casas de los alrededores donde recoge restos de comida para sus gatos. Es increíblemente orgullosa y no aceptaría dinero de nadie. La gente le llama *Frau* Katz, pero no se sabe nada de su pasado. Se rumorea que dice la buenaventura.

¡La buenaventura! ¡Eso era lo que Kristina necesitaba! Las echadoras de cartas y grafólogos de Viena y Budapest no tenían clientela más asidua que Kristina. Su último céntimo e incluso algunas joyas insignificantes habían caído en manos de los augures cuyas antesalas estaban más atestadas aún que los más reputados salones de belleza, pero Kristina comenzaba a perder la fe en ellos. Sin embargo, de aquella mujer de Lajoshegy emanaba una extraña fascinación y a Kristina le había hecho una especie de sortilegio desde el primer momento.

Al día siguiente volvió a ver a *Frau* Katz en Lajoshegy. Conociendo el rudo carácter de la vieja hechicera, se acercó a la cabaña con circunspección, cantando a media voz, distraída y fingiendo coger algunas flores.

Este ardid la llevó finalmente al lado del tronco donde estaba sentada *Frau* Katz, pero ella no hizo ningún movimiento. Los gruesos cristales rotos de sus lentes estaban fijos en el cielo del sur, por encima de la fortaleza de Buda. Los cristales rotos formaban una barrera que dividía al mundo en dos partes, y si había algo de verdad en la afirmación de que *Frau* Katz era mentalmente difidente, podría decirse que aquellos cristales eran los síntomas exteriores de su esquizofrenia. Kristina siguió canturreando como si estuviese sola y únicamente al cabo de largo rato dijo:

—*Gnädige Frau*^[6a], ¿quiere usted mirarme un poco la mano?

—Déjame verla.

Kristina tendió su mano rosada y abierta. *Frau* Katz escupió en ella y fijó de nuevo la mirada en el cielo del sur.

—¡La palma! —dijo finalmente—. ¿Me toma por una quiromántica cualquiera? La palma de la mano no dice nada. Ven mañana antes del alba y trae un puñado de lentejas secas.

—Estaré aquí —dijo sumisamente Kristina; y secándose la mano emprendió el camino de su casa.

Recordaba una historia referente al maestro de escuela de Ararat que solía decir a sus discípulos: «Mañana, en la clase de Historia Natural, hablaremos de la gallina, de manera que cada uno de vosotros tiene que traer un huevo». Cuando llegó al palacio encargó *monsieur* Cavaignac que le preparase un paquete con cinco libras de las mejores lentejas que hubiese. Por aquellos tiempos, la vida de Kristina era tal que le era más fácil acostarse al amanecer que levantarse antes del alba. Toda la servidumbre, desde *Herr* Jordan, el mayordomo, hasta Margaret, la doncella, recibió instrucciones de despertarla antes del amanecer. El palacio de Septemvir Utca estaba en aquellos tiempos dotado de un automóvil, el tercero de Hungría, pero se hallaba siempre en reparación porque nadie sabía cómo tratar todo aquel intrincado mecanismo. Un ligero olor de amoníaco llenaba todavía el patio de las cuerdas, porque los famosos cuatro caballos grises de los Dukay estaban aún en sus establos tascando sus bocados de plata.

Era todavía de noche cuando la condesa Kristina tomó uno de los coches cerrados y emprendió a la mañana siguiente el camino de Lajoshegy. Kristina ordenó que se detuviera el carruaje al lado del gran peral situado al pie de la colina, tomó sus cinco libras de lentejas y emprendió a pie el camino hacia la choza. Comenzaba a alborear entonces, pero la choza que buscaba era difícil de encontrar; estaba mucho más lejos de lo que había pensado. La fría humedad atravesaba sus zapatos y lo inusitado de la hora le hacía castañear los dientes. El paquete de lentejas *X* se hacía más pesado a cada paso. *Frau* Katz estaba sentada fuera de la choza, como siempre, con el palo entre las rodillas, negra e inmóvil como si fuese un jirón de la noche arrancado por el agudo borde del tronco del árbol. Los gallos se llamaban unos a otros fea las colinas distantes y el resplandor de la estrella matutina hería el alba naciente con una violencia que recordaba un incipiente dolor de muelas. Kristina comenzó a canturrear nuevamente en voz baja y se sentó al lado de *Frau* Katz, pero no le dirigió saludo alguno. Al cabo de largo rato, sin apartar sus ojos bifurcados del cielo del sur, *Frau* Katz dijo:

—¿Has traído las lentejas?

—Sí.

Siguió otro largo silencio durante el cual el aire llenábase de un luz blanquecina y melancólica. Cuando hubo bastante luz, *Frau* Katz se levantó del tronco. Su gran altura se mostró entonces por vez primera. Al lado de Kristina era como una gran

torre negra. Se dirigió hacia la choza, hacia las escaleras que estaban excavadas en el suelo.

—¡Sígueme!

Frau Katz franqueó la puerta doblándose en dos por la cintura. Un horrible hedor de suciedad acogió a Kristina en la choza. Había una tosca mesa de madera, una sola silla, algunas estanterías y, en un rincón, un saco de paja cubierto por una manta siniestra. En las estanterías y en el suelo había aún más escudillas que trascendían un nauseabundo olor de desperdicios de comida. Cuando *Frau* Katz se sentó en la única silla, su cabeza, adornada con el pañuelo, casi tocó el techo de la cabaña. Su voz profunda, dijo:

—Dame un pelo del lado de tu oreja derecha.

Kristina obedeció. *Frau* Katz tomó el pelo, lo examinó atentamente y se lo devolvió enojada.

—No sirve. Arráncalo con la raíz.

Incluso en la penumbra de la choza asombraba cuan penetrante era su mirada a través de los gruesos cristales de sus lentes. De una de las estanterías tomó una pequeña cajita de madera llena de botellitas de medicina azules, amarillas, pardas y blancas. Eligiendo una botella vacía rodeo su cuello con el pelo. El cabello casi no resistía el peso.

—Sostén esto —ordenó, y la mano de Kristina temblaba al sujetar el mechón de cabello.

Frau Katz tomó un puñado de lentejas del paquete y comenzó a contar lentamente. Cada vez que hablaba iba dejando caer una lenteja dentro de la botella, y sus pausas eran tan largas que la luz de la aurora iba aumentando a cada número que pronunciaba. Kristina ya casi no podía sostener por más tiempo el brazo estirado, y la botella comenzaba a bailar furiosamente sujeta por el pelo. La lenteja ochenta y siete rompió el cabello. *Frau* Katz le puso las manos sobre el pecho y permaneció largo rato como sumida en sueños.

Afuera, volvió a sentarse sobre el tronco de árbol y su mirada escrutadora tras los cristales se fijó nuevamente en el cielo del sur, impasible como si estuviese contemplando toda la eternidad. Los bordes de las nubes comenzaron a brillar con tintes violeta cuando se aproximó el sol al horizonte. Kristina se acercó a *Frau* Katz sentada en el tronco de árbol pero no se atrevió a hablar.

—El número ochenta y siete significa niebla y una montaña —dijo *Frau* Katz finalmente—. De momento no puedo decirte gran cosa. Pero una montaña está llena de grandes cosas. La vida te reserva grandes cosas también... Un papel grande, muy importante.

Se volvió hacia Kristina y la examinó de pies a cabeza a través de sus gruesos cristales, casi como si la viese por primera vez.

—¿Quién eres? ¿La hija de Herz, el abogado, de Kruspér Utca?

—No —respondió débilmente Kristina.

Frau Katz no le hizo ninguna pregunta. Sólo se oían los trinos de los pájaros que se despertaban.

—¿No puede usted decirme nada más?, —preguntó Kristina.

—Nada más. ¿No es acaso bastante para ti, cara sucia?

Kristina le dio las gracias y comenzó a alejarse.

—¡Eh!... —le grito *Frau* Katz—. ¡Las len-lentejas, olvidas las lentejas! —Y cuando Kristina se detuvo asombrada, la vieja le gritó bruscamente—: Ven aquí, ¡llévatelas, llévatelas! Uno, dos, tres...

Kristina tuvo que llevarse otra vez el pesado paquete. Alivió su carga haciendo un agujero en el fondo del papel y esparciendo las lentejas a su paso. En aquel momento el disco entero del sol se elevaba por encima de las nubes de humo que arrojaban las chimeneas de las distantes factorías. Los famosos caballos grises de los Dukay tascaban nerviosamente el freno al lado del peral al pie de la colina. El cochero no se tomó la molestia de preguntarse dónde habría ido la condesa y qué podía haber hecho a aquella hora porque estaba acostumbrado a cualquier extravagancia.

De regreso en Septemvir Utca, Kristina se metió en cama. ¡Niebla y montaña! Estas dos palabras creaban en ella una ansiedad con su misterio y su poder. La profecía no decía gran cosa, pero era suficiente para crear en ella un inmoderado sueño de gloria. *Frau* Katz y aquel extraño amanecer parecían totalmente de otro mundo.

A los pocos días los padres Dukay y Kristina trasladaron su residencia a Viena. Los demás chiquillos eran demasiados jóvenes para ir con ellos; György tenía trece años, János cinco, y Zia tenía apenas un año. Rere, medio imbécil y ya de diecisiete años, no acompañaba nunca a sus padres a Viena.

Cada año desde su matrimonio, István Dukay y su esposa habían celebrado una suntuosa *garden party* en su palacio de Bösendorferstrasse, a la que asistía la *élite* y la aristocracia de la monarquía. Aquella temporada la condesa Menti hizo los preparativos con especial solicitud. La larga lista de invitados incluía a seis jóvenes aristócratas, uno de los cuales —por lo menos así lo esperaba la condesa Menti— se enamoraría seguramente de Kristina y pediría su mano. Más que ser una esperanza acaso excesiva, esto representaba, sin duda alguna, un compromiso deliberado con el destino; pero la condesa Menti suspiraba por ver casada a su hija.

Estas *garden parties* comenzaban generalmente a primera hora de la tarde y se prolongaban hasta el alba. Los árboles estaban adornados con faroles para la iluminación durante las horas de la noche. Ciervos, gamos y cabras salvajes llegaban el día anterior procedentes de las posesiones de los Dukay, con objeto de que *monsieur* Cavaignac pudiese elaborar magníficas galantinas y pasteles. Los vinos de los Dukay, de vieja y renombrada fama, desde el Tokay hasta las riberas del Balaton, llegaban en cajas. Los zíngaros de Budapest estaban ya listos desde la mañana y, en

cuanto aparecía el primer invitado, los nogales floridos se estremecían bajo las melodías zíngaras y los populares vales vieneses. Siguiendo la moda del día, las mujeres llevaban sombreros del tamaño de ruedas de molino y guantes que les llegaban hasta el codo, mientras los hombres vestían frac y chistera y desde luego numerosos y deslumbrantes uniformes. Los diferentes cuerpos arcados de la monarquía estaban representados principalmente por la caballería. En aquellos tiempos los ejércitos de la monarquía austrohúngara usaban los cascos más feos que imaginarse pueda. Eran unos cascos altos, desagradables, cuya armazón interior de alambre dejaba a menudo mucho que desear. En aquellos tiempos un barbudo doctor judío llamado Sigmund Freud, estaba ya trabajando sobre su «Síntomas, Inhibición y Ansiedad», estudio en el que aparecían extraños nombres nuevos como *Unheunist* y *Minderwertigkeitcomplex*, y así fueron inventados el subconsciente y el complejo de inferioridad. Las altas gorras de los oficiales servían para prolongar las orejas de los que los llevaban.

Todo el mundo estaba de excelente humor. La fonética del francés y del alemán se mezclaba a los acordes de la música, como la cerveza y el champaña en los vasos distribuidos por deslumbrantes lacayos. La monarquía se mantenía tan firme y sólida como en los días de Metternich, y la insignificante conflagración de la campaña de Italia en Tripolitania no era motivo de inquietud.

El número de invitados no disminuyó después del *buffet froid*, porque los dignatarios de edad avanzada que se retiraban pronto fueron substituidos por un flujo de recién llegados. A las cinco había un concierto en el gran salón, en el que tomaban parte varios artistas de la Opera de Viena. El famoso Hardt-Schlesinger Quartet llenaba el blanco y dorado vestíbulo con las más exquisitas melodías de Mozart, pero la principal atracción del programa era Gertrud Lingel, *tragédienne* del Burgtheater. Después de un poema de Goethe y otro de Heine, procedió a recitar un poema titulado «La Pastorcilla». El señor Gruber había pasadías enteros discutiendo la tarifa de la artista para conseguir que consintiese en recitarlo. Pero la actriz no debió haber puesto inconvenientes porque el poema de Kristina fue recibido con una salva de aplausos: Los oficiales, desde el capitán hacia abajo, patearon furiosamente hasta que Kristina apareció en el escenario. Emocionados apretones de mano fueron otorgados a la condesa Menti que estaba sentada en su gran sillón al lado de la archiduquesa Clarissa.

Muchos se marcharon después del concierto, pero muchos invitados continuaron llegando. La gente joven comenzó a hablar de juegos de sociedad. Estos juegos, reliquias de los abuelos, eran perfectamente estúpidos, en opinión del conde Dupi; pero el conde Dupi, que estaba acostumbrado a otra clase de juegos de sociedad, no era juez en la materia. Tenían un cierto sabor arcaico y daban lugar, además, a un fácil devaneo.

La gente joven formó un círculo de sillas en el gran salón. Los mayores tomaron parte en los juegos sólo para dar ánimos a los más tímidos, o quizá porque eran

todavía jóvenes de espíritu. A ruegos de la condesa Julia, que tenía sesenta años y una voz profunda y metálica, comenzaron a jugar al *Apfelstrudel*. La Condesa arrojó una pelota al regazo del general barón Neuwitch-Pólz y dijo: «¡Apfelstrudel!». El que recibía la pelota debía contestar: «¿Te gusta?». En respuesta a la pregunta del general, la condesa Julia respondió: «Me gusta porque tiene un bonito bigote». Ahora bien, *Apfelstrudel* es bien conocido por el hecho de que lleva bigote, pero las reglas del juego decretan que toda respuesta es aceptable. El jugador que no contestaba con rapidez debía pagar una prenda. Un comité especial se ocupaba de las prendas; para rescatar una pitillera de oro, por ejemplo, el capitán Stolz-Heinburg tuvo que cruzar todo el salón a gatas, exponiendo así sus enormes posaderas a la vista de la archiduquesa Clarissa y de todos los concurrentes. La joven condesa Ersperg-Hegwitz rescató su brazalete subiéndose a una silla y cacareando tres veces. El oculto propósito de este castigo fue hacerle mostrar las piernas que eran como dos salchichas de mamut.

Kristina, todavía bajo el hechizo de su triunfo literario, se había enterado pocos minutos antes de que aquel vulgar y joven capitán con el uniforme de los Dragones de Brandéis y la modesta cinta de la Orden del Toisón de Oro, era el archiduque Carlos, presunto heredero, cuyos párpados estaban visiblemente marchitos por un exceso de coñac y que ahora estaba sentado dándole vueltas a sus pulgares. El Archiduque tenía veinticuatro años, pero parecía más joven. Los labios, bajo su fino bigote, hacían el mohín de un niño de tres años que acababa de tomar un vaso de leche. Carlos era hijo del «bello archiduque», Otto, y salió, afortunadamente para él, a su padre, porque su madre, hija del rey de Sajonia, era una mujer gorda, de grandes pies, con enormes pecas y un cabello de color de zanahoria que se erguía como un general prusiano con botas altas.

Kristina arrojó la pelota al regazo del Archiduque.

—¡*Apfelstrudel!* —gritó.

—¿Le gusta? —preguntó cortésmente el Archiduque avanzando la cabeza.

En aquel momento, si alguien hubiese contestado «No me gusta» o «Me gusta más un ratón de chocolate», el juego pasaba a otros jugadores.

—Sí... —respondió Kristina, insegura, examinando atentamente al muchacho por primera vez, pero pensando que era hora ya de que la montaña llegase y se mostrara la niebla.

—¿Por qué?

—Porque... porque...

—¡Prenda! ¡Prenda! —gritó la concurrencia.

De pie en medio del círculo, Kristina se apartó el pelo de la oreja que relució como la corteza del pan bien tostado y comenzó a soltar una de las perlas que llevaba como pendientes, operación que requirió algún tiempo. La condesa Julia tuvo la sensación de que había un cierto estudio en aquella lentitud, que toda su intención era

mostrar su oreja sonrosada, que era realmente bella, a los presentes. Con un ademán de majestuosa melancolía tendió la perla al Archiduque. El comité se la devolvió con un veredicto que el príncipe Fini, hermano de la condesa Menti, anunció. Habían impuesto a Kristina el más severo castigo; tenía que saltar al pozo. Un murmullo de expectación recorrió la concurrencia. Kristina echó la cabeza atrás y salió de la habitación. Era la actitud con que las vírgenes aztecas subían al ara de los sacrificios para ser inmoladas en honor de la diosa del Trigo de Ixtapalapa. El príncipe Fini se volvió hacia el presunto heredero y ordenó que cumplierse con su deber de caballero sacando del pozo a la Condesa antes de que se ahogase. El Archiduque miró perplejo a su alrededor, porque no conocía las reglas del juego y estaba impresionado por las complicaciones creadas por el *Apfelstrudel*. Pero otros tres jugadores se precipitaron a informarle del reglamento. El salto al pozo, era meramente simbólico; quería decir que la muchacha tenía que pagar su castigo con un beso. Aliviado, el Archiduque asintió comprendiendo.

Kristina, detrás de una de las grandes puertas macizas de roble tallado, aguardaba que su caballero le sacase del pozo. El Archiduque apareció y se cuadró delante de ella haciendo sonar sus espuelas. Tenía una sonrisa afectada, como si se encontrase involuntariamente en una situación que implicase un cierto peligro. Generalmente en estos casos, la muchacha depositaba un beso en la mejilla del muchacho y salía corriendo con agudas risas. Pero Kristina era de una clase diferente. Cerró a medias sus grandes ojos verdes y sus labios se acercaron lentamente a los del Archiduque que olían a tabaco y coñac. Después del beso, Carlos hizo sonar de nuevo las espuelas y ofreció el brazo a Kristina. La concurrencia celebró la salvación de la muchacha con una gran ovación, dirigida especialmente al vivo color de las mejillas del Archiduque. Todo esto demostraba que las abuelas no habían sido tan idiotas cuando inventaron estos juegos.

El juego siguió adelante, otros arrojaron la pelota y otros la cogieron, pero nadie le prestó ya atención. La noticia de la caída de Kristina en el pozo recorrió rápidamente toda la casa. El incidente fue comentado con mayor gravedad que si acabase de llegar la información, procurada por el Ministerio de la Guerra, de que los italianos habían avanzado en Trípoli. El príncipe Andrés consideró que aquello era de muy mal gusto, mientras la condesa Julia se retiraba del juego y murmuraba sus sospechas al oído de su esposo: «Pongo en tela de juicio la inocencia del príncipe Fini. La caída en el pozo no es más que un siniestro plan para favorecer los intereses de la familia Dukay».

Los faroles estaban ya encendidos en el jardín. El tiempo agradable permanecía sin cambio y el perfumado aire de mayo llegaba de todas partes, incluso de Eisberg. Siendo hora de cenar, los invitados que tenían apetito atacaron nuevamente el *buffet*; únicamente no se movieron los que jugaban en las habitaciones superiores porque esta vez los naipes habían hecho su aparición. El conde Carlos, cazador de leones, acababa de perder su posesión de Iper con sus doscientos acres, bosques de acacias,

gallos de gran precio, carretas de bueyes y todo, ganada por el conde de Innsbruck con su monóculo y cuello de grulla. El Archiduque se había marchado ya y la caída en el pozo no tuvo otra secuela aquella noche. Los seis jóvenes aristócratas invitados a causa de los secretos designios de la condesa Menti, fueron apenas favorecidos con un tango, un boston o un vals cada uno, porque los hombres se arremolinaban alrededor de Kristina. Su triunfo literario, pero muy particularmente su caída en el pozo, había aumentado la trascendencia de bailar con Kristina, que estaba arrebatadora, y que con su traje azul celeste bordado con abejas de oro, sus blancos hombros desnudos, su esbelta cintura, su magnífica juventud y su mala reputación, resplandecía audazmente en brazos de su pareja. Pero estaba aturdida por lo ocurrido durante el día. Poco después de medianoche desapareció, pero pasó innumerables horas de insomnio oyendo la música de los zingaros, filtrándose a través de sus ventanas desde el jardín. Se puso compresas frías sobre el corazón y tomó píldoras para dormir, pero todo fue inútil. *Frau Katz*, la gigantesca y siniestra hechicera, se filtraba bajo sus párpados cerrados y la misteriosa profecía comenzaba a cobrar significado. La montaña simbolizada por el número ochenta y siete no podía ser otra cosa que el trono, lejano en medio de la niebla. Pero no estaba todavía convencida del todo. El gran triunfo literario que había precedido a la inmersión en el pozo era un poco confuso. Quizá la montaña auguraba un súbito y estruendoso éxito de la novela que estaba escribiendo. Mandó toda la literatura al círculo más profundo del infierno y decidió regresar a Budapest al día siguiente, y, antes del amanecer de la siguiente mañana, ir a hacer una nueva visita a Lajoshegy.

Los padres de Kristina sabían que estaba trabajando en una vasta novela histórica que se refería a la ocupación original de Hungría, titulada *El Caudillo Ordony*. No pusieron, pues objeción alguna cuando Kristina les explicó la necesidad de su urgente viaje a Budapest declarando que carecía de ciertos datos que sólo podía encontrar en las librerías húngaras. Un viaje de esta naturaleza no podía ser demorado porque era correr el riesgo de que aquel milagroso fervor de creación que da la vida a las obras maestras de la literatura se enfriase y evaporara. Desde la impresionante declamación hecha por Gertrud Lingel del poema de la guardadora de gansos, la condesa Menti había mirado a su hija con una sensación de sagrado terror, porque no se daba cuenta de que los escritores, en la mayoría de los casos, se permiten sus ataques de inspiración con el único fin de infundir el terror en la familia y poner sus crédulos votos a la defensiva.

Exhausta de fatiga, no solamente por lo temprano de la hora esta vez, sino como resultado de dos noches de insomnio, Kristina apareció en Lajoshegy bastante antes del alba. Al apearse del coche al lado del gran peral, tenía el rostro desencajado y los párpados hinchados. Comenzó a trepar la colina, pero pronto se extravió. Un precipicio le cerraba el paso y vio espesos bosques a la izquierda; era evidente que

había equivocado sendero y no tenía más remedio que desandar lo andado, a pesar de que se tambalea de agotamiento. Tenía miedo, además, de llegar tarde, porque el alba estaba peligrosamente cercana. No había en todos aquellos alrededores alma viviente a quien poder preguntar la dirección de la choza de *Frau Katz* y estaba a punto de echarse a llorar de desesperación cuando, en lugar de hacerlo, lanzó un grito de júbilo y sorpresa. Un sendero verde claro y ondulante avanzaba hacia lo alto de la colina como una muda invitación del cielo. Las lentejas habían germinado desde el día en que las sembró por el suelo.

Frau Katz, como siempre, estaba sentada sobre el tronco al lado de su choza, con su bastón en las rodillas, tremebunda y negra, como una temible figura de Neandertal, contemplando el cielo del sur a través de sus lentes rotos. No le hubiera extrañado ver en el suelo, a su lado, un montón de huesos de niños. Estaba sola porque los gatos no habían regresado todavía de sus andanzas nocturnas.

Kristina se sentó en el tronco al lado de *Frau Katz* sin pronunciar una palabra de saludo. Con su rostro verdoso y su chaqueta verde, parecía un pequeño trozo antropomorfo arrancado a la masa de las nubes verdosas que comenzaban a relucir por el este en cuanto los gallos, dispersos por las casas de las distantes colinas, les autorizaron para salir de su escondrijo.

Unos minutos después, *Frau Katz* volvió la cabeza hacia Kristina, pero no dijo nada, dándose simplemente por enterada a través de sus recios cristales de que, en el umbral de su palacio, la llamada sociedad humana de bestias había hecho nuevamente aparición bajo la forma de una muchacha aparentemente fugitiva. Pero no había la menor animosidad en la forma en que volvió la cabeza.

—*Liebe Gnädige* —dijo finalmente Kristina—. Me gustaría que volviese a examinarme, por favor.

Frau Katz no miró a Kristina cuando le respondió con su voz extraña y varonil:

—No hay más exámenes. De todos modos, ya sé lo que te pasa: Estas enamorada.

El corazón de Kristina se llenó de terror y deleite al oír el sonido de esta palabra. Todos nosotros experimentamos algo parecido cuando alguien pronuncia el secreto de nuestra felicidad. Los cristales rotos de los lentes de *Frau Katz* estaban fijos en el espacio con la misma impasibilidad de un telescopio en una habitación vacía. Debió ver algo en aquel binario mundo suyo porque al cabo de un rato dijo:

—Un rey ha entrado en tu vida... —Y un momento después añadió—: Y algún día tendrás en tus manos el corazón de este rey... Kristina cerró los ojos y casi se desvaneció. Todo su cuerpo temblaba. La profecía sumergía su ser en el más estático baño de sensualidad. Permanecía sentada, con los ojos cerrados y la espalda encorvada, con sus puños temblorosos en la boca, en la posición de un embrión en el seno de la madre. En aquel momento, el universo entero era para ella la tibia obscuridad en un fluido amniótico, donde había grandes cosas en preparación, saturadas de misterio. Sólo abrió los ojos cuando un calor peculiar y radiante se filtró

a través de sus párpados cerrados. El sol había salido. Con voz tímida y torturada, Kristina dijo:

—*Liebe, Gnädige Frau...* ¿puede usted decirme cuánto tiempo vivirá Francisco José y el príncipe heredero Francisco Fernando?

Frau Katz asintió.

—Sí puedo. Tráemelos aquí para que pueda examinar los dedos de sus pies.

Kristina comprendió que *Frau* Katz no podía obtener vaticinios del aire puro; pero el examen que proponía estaba fuera de lugar. Bajó el Lajoshegy con una sonrisa de beatitud en los labios, confiándose al sendero de lentejas. Un vientecillo matinal aireaba la colina, viento que, proclamaba al mundo la clara significación de la profecía: «Y algún día tendrás en tus manos el corazón de este rey...».

En el coche cerró lo ojos, incapaz casi de resistir los fuertes latidos de su corazón.

Su primera visita fue para *madame* T., la más famosa pitonisa de Viena, cuyo nombre estaba prohibido pronunciar. A fuerza de insistencia y gracias a la importante cantidad que dio a la introducción, Kristina consiguió ser recibida. *Madame* T. contestó a sus preguntas con una inquebrantable seguridad y le afirmó que el emperador Francisco José moriría el año 1931, a la edad de ciento un años y el príncipe heredero Francisco Fernando, en vista de su lenta consunción moriría tres años después, en 1934. Kristina calculó que en estas circunstancias tendría ya cuarenta años cuando el archiduque Carlos subiera al poder. Esta segunda profecía la desalentó, pero se consoló un poco recordando que Balzac sitúa el apogeo de la vida de una mujer a los treinta años, y pensando que después de la profecía de *Frau* Katz no había que fiarse mucho de las predicciones de una pitonisa como *madame* T.

Al día siguiente, el ama de llaves, llamada por el conde Dupi la Regente del Ojo Único, hizo su aparición en el dormitorio de Kristina y le anunció que la condesa Menti esperaba a su hija en el saloncito de la planta baja. En aquel mensaje había cierta solemnidad amenazadora. Kristina encontró también a su padre en el salón, con un codo apoyado sobre el mármol blanco de la chimenea contemplando el humo de su cigarro.

—Siéntate, Kristina —dijo la condesa Menti, señalándole una silla.

El silencio que siguió fue tan profundo que casi podía oírse el rumor del humo que escapaba del cigarro del conde Dupi.

—Esta mañana —comenzó la condesa Menti—, he recibido una carta sumamente gentil de mi querida amiga Carlota. Sin duda sabrás que Carlota es la madre de Erich.

Hizo una pausa para observar en el rostro de Kristina el efecto de su peroración. El rostro de Kristina no delató emoción alguna.

—La carta —prosiguió la condesa Menti— dice que estuvo muy contenta de ver que Erich demostraba interés por ti y que se consideraría muy feliz si se casaba contigo. He hablado del asunto con tu padre y hemos convenido en que el proyecto merece ser tomado con la debida consideración.

Erich era uno de los seis muchachos que la condesa Menti, por razones particulares, había invitado a la *garden party*. Era un joven de veinticinco años, de cuello largo, estrecho de pecho, con esa delicada y modesta actitud, característica de los aristócratas austríacos, que les da el aspecto de estar siempre medio dormidos. Su castillo era una de las más pequeñas y antiguas fortalezas del valle de Inn, situada en lo alto de un acantilado; una de esas ciudades medievales que sugieren en la mente de los viajeros del *Innsbruck Express* una imagen de la romántica edad de los caballeros andantes. Durante los cuatro últimos siglos el reuma había afligido a todos los habitantes del castillo porque éste hallábase expuesto a los constantes, húmedos y feroces avientos que soplaban en las alturas del acantilado.

En lugar de responder, Kristina se limitó a levantar los ojos hacia su padre que seguía resistiéndose a mirar otra cosa que el humo de su cigarro. Sin embargo, sus pensamientos adquirirían en el aire una forma casi tangible. Otra persona que se hallaba presente en la habitación, muy presente aunque invisible, era el archiduque Carlos. Cuando entró Kristina vestida con un traje de muselina adornado con flores rojas y azules, el conde Dupi encontró a su hija verdaderamente bella. La hermosa y despejada frente bajo su sedoso cabello negro, sus maravillosos y expresivos ojos azules, la delicada nariz, la doble y sensual belleza de sus labios, la línea perfecta del cuello, los majestuosos hombros, pechos y muñecas, el sorprendente dominio de la muchacha, las misteriosas profundidades espirituales tan vivamente expresadas por el firme arco de sus cejas, todo ello, desde el punto de vista del conde Dupi, era mucho más de lo que un simple Erich se merecía.

Los pensamientos que prevalecían en la estancia eran inexplicables. Todo aquello era algo más que una mera cuestión de familia. El príncipe Andrés o la condesa Julia se sumían en pensamientos como éstos cuando miraban hoy a sus hijas pese a que, indiscutiblemente, tenían pocos motivos de esperar. Diez años atrás la aristocracia de Hungría había sido gravemente ofendida cuando Francisco Fernando se casó con una vulgar condesa checa. Era, desde luego, una ofensa de la que nadie se permitía quejarse abiertamente, pero las ofensas de esta naturaleza son las más dolorosas. La aristocracia húngara hubiese podido proporcionar al heredero del trono muchachas más bonitas y familias más venerables. Aquellos checos de grandes narices...; todo hijo de madre checa parecía haber nacido bajo el trombón de una banda militar. Una parte de la aristocracia húngara consideró una ofensa política este matrimonio, porque los aristócratas tenían una increíble tendencia a interpretar todo asunto de familia o clase como de interés nacional. En este preciso caso la elocuencia de sus argumentos tenía cierta lógica: si Carlos se hubiese casado con una muchacha húngara, Hungría, el país más refractario a la monarquía, hubiese quedado apaciguado. Si Metternich hubiese vivido aún, su ancha frente y su nariz aguileña se hubieran inclinado asintiendo aprobadoras ante este secreto pensamiento. Cien o ciento cincuenta años antes, una alianza así hubiese estado fuera de lugar. Pero la rama masculina de los Habsburgo debía extinguirse poco después, y si Francisco de

Lorena —vivo en los recuerdos de la historia como primer premio de sementales de Europa— no hubiese hecho una aparición al lado de María Teresa, ni aun la Sanción Pragmática hubiera sido de gran utilidad para la ley de sucesión de los Habsburgo. Pero Francisco de Lorena (y, según la tradición, también los bellos oficiales de cola de cerdo de la Guardia de Palacio) cumplieron con su deber y la casa de Habsburgo Lorena se multiplicó como los dos conejos de Angora para cuya progenie la condesa Menti, desde que los recibió de Inglaterra como regalo, difícilmente había podido procurarse suficientes conejeras. Las estrictas leyes que regían el matrimonio de la casa de Habsburgo resultaban nulas y sin efecto ante la indomable fuerza de la excesiva proliferación, que generalmente es origen de catástrofes para razas y pueblos. A la vuelta del siglo la situación de las cortes de Europa era tal que sólo los Wittelsbach de Baviera y los Borbones de Italia podían ser tomados en consideración cuando un Habsburgo pensaba unirse con un consorte de igual prosapia. Las demás casas de comparable alcurnia no tenían hijas casaderas. El primero en romper los barrotes de la sobrecargada jaula de los Habsburgo fue el archiduque Johann Nepomuck Salvator que, renunciando a sus títulos, se hizo capitán de un velero y pereció misteriosamente, desapareciendo cuerpo y bienes en las costas de América del Sur. Después de este mal matrimonio de un Habsburgo ocurrió otra y la Prensa del mundo entero fue unánime en declarar que las sensaciones de esta naturaleza iban gradualmente perdiendo su valor. Entonces, naturalmente, en los cafés de Budapest, los vinateros judíos, al ver los grandes titulares de los periódicos anunciando que la hija del archiduque Rodolfo había «pescado» nada menos que a un cierto príncipe W. exclamaron: «¿Y qué más da?».

El silencio de Kristina era elocuente.

—Temo Kristina... —comenzó la condesa Menti. Pero no terminó la frase. Le quedó por decir: «que alguna manía de grandezas se te ha mentido en la cabeza». Pero no dijo ni siquiera esto.

El conde Dupi dio media vuelta y salió de la habitación sin decir una palabra. Al salir se aclaró la garganta pensativo, como de acuerdo con el silencio de Kristina. Tan pronto hubo llegado a sus habitaciones redactó una invitación dirigida al archiduque Carlos, hablándole de la abundancia de musmones en los cotos de Ararat y llamando particularmente su atención sobre la impaciencia con que los machos aguardaban los próximos cuatro días de caza.

Kristina, al enterarse de la invitación por indiscretas palabras del conde Dupi, se entregó al día siguiente a un entusiasmo de esperanzas que sólo tiene parangón con el que experimentaban los pájaros e insectos cuando esperan el alba una vez el aire se ha saturado de rayos ultravioletas. La condesa Menti, suspirando solitaria, comprendió que Kristina no se casaría nunca con Erich y escribió así a Carlota: «... Kristina es todavía una chiquilla inexperimentada, pues tan sólo ha cumplido dieciséis años en enero y le interesan más las muñecas que los proyectos de matrimonio». Y la Condesa continuó viviendo en el eterno temor...

En aquel tiempo, Francisco José era presa de la misma preocupación respecto al archiduque Carlos. Le hubiera gustado ver al presunto heredero del trono subir al altar lo humanamente antes posible, porque era fama que el Archiduque pasara los domingos celebrando ¡fiestas con muchachas de la clase media vienesa; un informe secreto aseguraba que una joven dama, vestida con traje tirolés, le daba lecciones de armónica en el Vienerwald. Según este informe, las lecciones se daban detrás de un gran nogal, y los largos y frecuentes silencios de la armónica indicaban que las clases incluían tanto la teoría como la práctica... A este tiempo pertenece una de las más farinosas observaciones del anciano emperador: «*Spannt's Plachen über Wien, da habt's a ganz grossen Puff*»!, lo cual es como si dijera que si se tendiese un inmenso lienzo sobre Viena no cubriría más que un vasto burdel.

La respuesta del edecán del Archiduque a la invitación a la cacería de Ararat no tardó en llegar al palacio Dukay de Bösendorferstrasse. El edecán manifestó que Su Alteza sentíase eternamente agradecido a una invitación que las exigencias de un viaje al extranjero le impedían aceptar.

Pero sólo Francisco José y la princesa María Antonia de Borbón Parma, sabían el verdadero significado de ese viaje al extranjero. El emperador había llamado a su presencia al presunto heredero y preguntándole con paternal solicitud si era de su gusto hacer un viaje de algunas semanas por el extranjero. Mencionó incidentalmente que la más calurosa acogida le aguardaba en la casa Pianora de María Antonia, en el valle del Po, y añadió, también con negligencia, que la casa estaba llena de muchachas casaderas. Carlos aprovechó la oportunidad porque hasta entonces no conocía del mundo exterior más que algunas guarniciones de Galitzia.

El resto ya lo conocemos. El 14 de junio de 1911 se prometió con Zita María Adelgunde, hija del príncipe Roberto de Parma y de la princesa María Antonia de Braganza. El conde Dupi se enteró de este sensacional acontecimiento en su Club de Viena, pocas horas antes de que fuese anunciado por los periódicos.

A la mañana siguiente, Kristina se enteró del noviazgo al leer la primera página del *Wiener Tageblatt*. Cuando la doncella regresó para retirar el servicio del desayuno, se encontró a la condesita sin conocimiento, en la cama, con los labios manchados de huevo pasado por agua porque la cuchara se le había desprendido de las manos. El té y la miel manchaban las mantas de la cama.

Estuvo varios días en estado comatoso. No llegó ningún informe concreto de la postración que sufrían otras nobles damas, según el príncipe Andrés y la condesa Julia.

Kristina regresó a Budapest cuando se halló en condiciones de viajar. Llegó en el tren del mediodía y estaba demasiado impaciente para esperar el próximo amanecer. El sol del verano había agostado el sendero de lentejas pero el rastro era visible todavía. La sobriedad de la luz solar, el calor, los ruidosos, tranvías, todos los demás rumores que resonaban en la ciudad, reflejaban su propio desaliento. Llegó en un estado de calamitoso desengaño al extremo del sendero. La choza de *Frau Katz* había

desaparecido y el lugar donde existió era apenas reconocible. Un poste decía así: «Sandor Vrabek, Contratista de obras». La edificación de una nueva villa avanzaba vertiginosamente; los cimientos habían ya sido construidos.

Sus exploraciones de los alrededores en busca del rastro de *Frau* Katz, no dieron resultado alguno a pesar de que anduvo por las calles suburbanas de Buda hasta altas horas de la noche, interrogando a todos los que encontraba.

Una noche sombría y sin estrellas había barrido la existencia de *Frau* Katz, su traje negro, su pañuelo negro y sus negras manos de chimpancé. Nada quedaba de ella excepto aquellas breves palabras que quedaron grabadas en la mente de Kristina con la llama azul de una antorcha: «Y algún día tendrás en tus manos el corazón de este rey...».

CAPITULO II

UNOS años más tarde, György Dukay, que bajo muchos aspectos estaba en rebeldía contra los patrones establecidos para los de su clase, se inclinó por la opinión de que la familia Dukay era responsable de la catástrofe de la primera Guerra Mundial. Pero en vista de la situación del mundo, tal como se encontraba entonces, su sentido de justicia lo impelía a modificar en cierto modo su opinión, por muy verdadero que fuese el hecho de poder discernir, en el castillo de Ararat y en los palacios de Septemvir Utca y Bösendorferstrasse todos los síntomas del ambiente moral que prevalecía. Ciertos historiadores, incapaces de expresarse de otro modo que usando términos vagos y ampulosos, llamaron a este ambiente reinante «imperialismo», designación que difícilmente se adaptaría al ademán de la condesa Menti al llamar a su camarera, y difícilmente también sería apropiada por describir la fusta de montar, con puño de plata, con la cual el conde Dupi había golpeado el rostro de uno de los mozos de cuadra al ver mal ensillado el caballo de Kristina.

A lo sumo, las historias tenían razón al afirmar que, a la vuelta del siglo la organización del mundo conducía particularmente a la desencadenada consecución del deseo del hombre de dominar a sus semejantes. Karika, el maestro de escuela de Ararat, vivía con el constante temor del inspector de enseñanza y se dirigía a sus alumnos de una forma destinada a infundirles temor, a pesar de que era un buen hombre, todo corazón. Egry-Toth, administrador de fincas, se estremecía ante la menor palabra pronunciada por el conde Dupi, y sus capataces estremecíanse también a la menor mirada iracunda de Egry-Toth, mientras los campesinos tenía toda la razón viviendo con el temor constante a los golpes y los puntapiés. El orden establecido de las cosas ya fuese en los cuarteles o en los despachos era simplemente el siguiente: quién vivía temiendo a quién y por qué.

En este sentido los hombres eran imperialistas en el mundo entero, y muy especialmente en Europa. Accidentalmente había poetas, como Tennyson en Inglaterra y Petofi en Hungría, que clamaban por las libertades individuales, pero tampoco ellos estaban muy seguros del verdadero significado de la palabra. Cada nación educaba a sus hijos enseñándoles que si el mundo era el casquete de Dios, su tierra natal era la pluma del casquete y los demás no contaban. Cada discurso político o himno militar proclamaba la grandeza de Inglaterra, de Francia o de Alemania, o aseguraba que el mundo entero se postraría de rodillas si un húsar húngaro o un capitán rumano de la guardia sacaba su espada. Cuanto más pequeña era la nación, mayores mentiras decía de sí misma, desde el jardín de la infancia hacia arriba; el sistema educativo conseguía en hacer tan estúpidos a los ciudadanos de todas las naciones, que llegaban a creer que si jamás estallaba la guerra, su abnegación nacional y su valor bastarían para aplastar al mundo entero. Los conceptos de libertad universal y federación mundial jamás estuvieron más alejados de la mente humana

como durante la segunda mitad del siglo XIX.

Esta cuestión merece, sin embargo, un más profundo análisis. Siempre ha estado fuera del alcance del conocimiento humano, incluso hasta nuestros días, investigar la *psicología* de los pueblos o los sistemas políticos. Ningún historiador, al hablar de Inglaterra, de Alemania o de Rusia es tan susceptible de sospecha como si estuviese hablando de Andrómeda, donde no ha estado nunca. Las razas y las naciones de la humanidad consisten en muchos millones de seres humanos cuyo examen individual y clasificación es imposible de realizar, aunque no sea más que porque el hombre no se revela nunca como es ni en el lecho conyugal; y sin la seguridad de una revelación completa, cualquier deducción sería efímera conjetura. Es un defecto de nuestra perspectiva al juzgar a las razas y a los estados, que tomemos solamente en consideración a los que han caído víctimas de un determinado sistema de educación, de una organizada propaganda. Es mucho más probable que no haya una distinta psicología de razas y estados. Ésta era una idea que viene corroborada por el hecho de que los ladrones de todo el mundo tienen, entre sí, una extraordinaria semejanza, no sólo físicamente, sino en el empleo de sus herramientas; al propio tiempo un inglés respetable —por increíble que pueda parecer— delata una sorprendente similitud con un respetable húngaro, por ejemplo, en relación con las cosas importantes de la vida. Así ocurre con todos los pueblos. Estadísticas dignas de crédito pueden obtenerse sólo de hombres como Dickens, Dostoievski, Flaubert o Henry James, porque estudiaron al *hombre* y tuvieron la cordura suficiente para dejar que los historiadores asumiesen la imposible tarea de estudiar la psicología de los pueblos o los sistemas políticos.

En todas las edades ha habido hombres, individualmente o agrupados, lo bastante locos para propagar la falsedad de que hablaban en nombre de la nación entera, falsedad posible tan sólo por la total ausencia de comunión social que persiste incluso en nuestros días. Y así cuando el príncipe Andrés o el conde Cini, en los salones del palacio de Septemvir Utca, usaban frases como «Nosotros los húngaros» o «Nosotros los austríacos», cometían una insolencia rayana en la altivez, fundamentalmente, porque el príncipe Andrés no tenía en absoluto nada que ver con, por ejemplo, János Puska, el encargado de los pastores de las tierras de Véresk, puesto que en Hungría o en cualquier otra parte del mundo había tan sólo un príncipe Andrés por cada ciento veinte mil János Juska. *Herr* Heller, que fabricaba excelentes aparatos de óptica en la Alte Kirche Strasse de Frankfurt, era completamente diferente del emperador Guillermo II, mientras mister Farthing, manejando sus tijeras de sastre en Manchester, tenía unas ideas diametralmente opuestas a las de *sir* Edward Grey, y cuando Iván Sylvestrovich Garinin, en un rincón de Irkustk, caía de rodillas delante del retrato del Zar, no era prueba de que estuviese pensando en la cabeza del Padrecito, lo que hubiera sido un poco difícil, porque el Padrecito no confiaba a Iván Sylvestrovich Garinin sus secretos propósitos.

En estas circunstancias, cuando estudiamos los antecedentes y causas de la

primera Guerra Mundial, no debemos olvidar que tratamos con las actividades de tan sólo un cierto grupo de hombres, respecto a los cuales, sin embargo, podemos aceptar sin reservas la calificación de imperialistas.

En aquellos tiempos, el mundo se componía de seis estados: Inglaterra, Rusia, Francia, Alemania, Italia y la Monarquía de los Habsburgo. El resto no contaba. Podía existir una cierta India y China en el Este, pero no tenía importancia. Con los japoneses no había que contar. El personal diplomático de la embajada japonesa fue invitado una vez a uno de los grandes banquetes de Septemvir Utca, y *Herr* Jordán, el mayordomo, vio a uno de los caballeros de la embajada, lleno de sonrisas, lentes y reverencias, sacar del bolsillo unas tijeritas en el salón para fumadores y cortar rápidamente un trocito de papel de la pared, que se metió en el bolsillo. A través de toda Europa los japoneses estaban apasionadamente apoderándose de la civilización occidental, alegando que edificaban una gran nación para sí solos. Más aún, en las lejanas playas del Océano Atlántico estaban los Estados Unidos, que no podían ser tomados en serio aunque no fuese más que porque su presidente, un individuo de cabeza redonda, llamado Theodoro Roosevelt, usaba lentes. Nos bastaría recordar que durante aquel mismo tiempo el emperador Guillermo II, enfundado en su coraza de plata y vistiendo su nivea capa, visitaba Tierra Santa a caballo y hacía demoler un trozo de la antigua muralla de Jerusalén, porque, de lo contrario, hubiera tenido que echar pie a tierra para entrar por la Gran Puerta. América es muy inferior a Europa en estilo y pensamiento. Por ejemplo en uno de los discursos, Roosevelt dijo que los habitantes de las Islas Filipinas debían ser entrenados a gobernarse por sí mismos y poder de este modo regir sus propios destinos. Y cuando el mundo occidental sofocó la rebelión de los *boxers* en China, los Estados Unidos fueron la única nación que negó reparaciones y mandó en su lugar maestros y doctores a China. Todo esto demuestra cuan poca consideración sentía América por el pensamiento europeo; y cuando en el Casino se hizo mención de este pueblo, un hombre como el príncipe Cini que había recorrido toda América, hablando con experiencia personal, predijo que los mascadores de goma acabarían en la nada.

El destino del mundo estaba, pues, en manos de seis naciones, Inglaterra odiaba a Alemania porque los mercaderes ingleses comenzaron a darse cuenta de que Alemania fabricaba mejores tintes. El emperador Guillermo detestaba al rey Eduardo, a pesar de su parentesco vincular, porque Inglaterra tenía más Océanos y colonias. Francia, cuyo degradante tratado de paz de 1871 había sido dictado por los bigotes de morsa de Bismarck, jadeaba por el desquite. Italia, recientemente unificada, enseñaba sus jóvenes y blancos dientes a la vetusta monarquía que hacía excesivas incursiones a las fronteras del Norte. El zar Nicolás reaccionaba incluso más violentamente al pensar en el rígido bigote del emperador Guillermo desde que Germania había sujetado a la Monarquía con correa.

Los gobernantes, ministros, diplomáticos y generales —trescientos once en total— de estos Estados decidieron que era ya hora de lanzar a sus millones de tropas

unas contra otras, porque era obvio para cada uno que sólo ellos podían vencer. Pero como hombres de escrúpulos y deliberación, conscientes de sus responsabilidades respecto a sus semejantes, celebraron en 1899 una convención de representantes de las naciones soberanas del mundo, promulgando una serie de artículos declarando fuera de la ley el uso de ciertas triquiñuelas, golpes y procedimientos en la próxima lucha. La convención, que tuvo lugar en La Haya, fue llamada «Conferencia de la Paz». A partir de aquel momento estuvieron listos para la guerra, pero sin revelar sus intenciones al pueblo. Ni la querrela italo-turca en Tripolitania, en 1911, ni las dos diminuidas guerras balcánicas que siguieron, fueron considerados pretextos suficientes para lo que tenía que venir, acaso tan sólo porque querían ver el efecto que producirían las nuevas armas secretas, sobre los demás, desde luego. La nueva arma era realmente maravillosa. Mediante un cierto intrincado mecanismo, un solo cañón podía disparar miles de municiones en forma de chorro; por consiguiente, fue llamado ametralladora. Los informes sobre su empleo en los dos ensayos generales de Tripolitania y Balcanes convencieron a los técnicos militares de que la nueva arma era en realidad capaz de conseguir una ubérrima cosecha de sangre y cuerpos humanos.

Finalmente, un estudiante serbio, llamado Gavrilo Princip, hizo el disparo de salida. En Frankfurt, en Manchester y en Irkustk, *Herr* Heller, mister Farthing e Iván Garinin discutieron previamente el asunto con sus esposas y llegaron a la conclusión de que el asesinato del presunto heredero del trono y su esposa era un hecho escandaloso, pero que, después de todo, ellos no tenían nada que ver con el incidente. No se atrevieron sin embargo, a decir tal cosa delante de sus vecinos, que trataban de comportarse como ingleses, alemanes o rusos, si bien no era imposible que hubiesen tenido también parecidas conversaciones con sus esposas.

La muerte del Archiduque y la Archiduquesa impresionó a Kristina mucho más que a los demás. Por, aquellos tiempos fue cuando empezó a escribir su diario. Aparte de su valor como fecha histórica hasta entonces no igualada, el diario revela el desarrollo del estilo literario de Kristina desde los tiempos de «La Pastorcilla», si bien hoy hay que sobreestimar este documento en un sentido literario, porque cuando una mujer empieza a escribir su diario secreto es, hasta cierto punto, interesante por sí mismo, mientras que el diario de un hombre, por importante que sea su autor, es, en general, mortalmente aburrido.

En las primeras páginas del diario se menciona a un misterioso Juan Hwang, sobre cuya nacionalidad, ocupación, edad, aspecto y peso, Kristina no dice una palabra, como si pretendiese deliberadamente velar la persona de este hombre misterioso.

28 de junio de 1914. Budapest.

«He decidido escribir mi diario porque han empezado a ocurrir grandes cosas. Mis nervios no están en muy buen estado, pero no es una ilusión de mis sentidos que

todo esto —Sarajevo, Belgrado, Viena— parece que me haya ocurrido *a mí*.

»Ese verano he pasado dos semanas en Ararat. La familia me aburre: mamá está tierna conmigo, con esa ternura que se reserva para los cancerosos; papá, tan jovial como siempre; György acaba de graduarse y me persigue todo el día con el concepto del coseno y los acontecimientos que llevaron a la paz de Westfalia; János se pasa la vida disparando su escopeta en el jardín, poniendo en peligro a vida de todos; Zia está todo el día colgada le mi cuello, simplemente porque mamá no le hace ningún caso y detesta a *Fräulein* Elsa; pero es Rere, por encima de todos a quien no puedo soportar porque su presencia me ataca los nervios. Detesto cuanto hay en Ararat, los habitantes y las excursiones, todo meros el viejo roble que hay en el fondo del parque, desde el cual no pueden oírse los ruidos del castillo. Desgraciadamente, no me puedo llevar el roble conmigo: pero desde que me marché de Septemvir Utca parezco haber cambiado. Aparte el portero y la camarera, soy la única en la casa. Detrás de las persianas bajadas hay una quietud tranquila y apacible que es lo que más necesito ahora.

»Hoy es domingo; de manera que he asistido a la misa en la capilla del castillo y después he pasado mucho rato en la biblioteca leyendo la obra de Fugger de Babenhusen, *La gloria de los Habsburgo*. Después de comer como de costumbre, me he echado un rato. Hay un pequeño almohadón amarillo que estrecho entre mis brazos durante mis siestas. El almohadón es fresco, su fragancia de ropa limpia se mezcla con el olor del jabón de la colada. No sé por qué, pero me imagino que la piel del hombre que amo debe tener una fragancia como ésta. Aborrezco todos los perfumes; algunos de ellos me ponen carne de gallina.

»Debía ser la una y media de la tarde y la habitación estaba saturada de una penumbra gris azul que trascendía del papel de las paredes. El borde niquelado de uno de los ceniceros, tocado por la tenue luz de la ventana, relucía como la media luna que vi una vez antes del alba sobre Lajoshegy. Más allá de la fresca oscuridad de la habitación, la tarde veraniega bañaba el mundo de calor y de amarillo silencio, y casi me parecía oír un lejano burbujeo como si el asfalto se fundiese en las calles y las viejas bardas de los tejados crujieran a causa del calor. Periódicamente, el sonoro reloj de la iglesia escanciaba sus cuartos de hora, ruido éste que me deleita. Yacía en brazos de una suave y clara melancolía. Pensaba —y no era inusitado porque cada tarde, cada noche, me duermo con estos pensamientos—, pensaba en el dulce y peligroso transcurso del tiempo y que estaba ya más cerca de los diecinueve años que de los dieciocho. Si se lo dijese a alguien, seguramente se reiría de mí, pero en mi vida el transcurso del tiempo es diferente. Sé que la juventud pasa para mí más deprisa que para los demás. Escucho un cuarteto de cuerda de una manera diferente, saboreo una *caille*^[7] Cavaignac de un modo distinto y, al ponerme unos suaves guantes de cabritilla, experimento una sensación que no se parece en nada a la que Agnes o Franciska o cualquiera otra de mis amigas pueda sentir. En rosa pero siempre bello y misterioso contacto es para mí como si estuviese sentada inmóvil en

la quietud de un bosque y un pájaro se posase sobre mi hombro o mi mano; siento el tierno y en cierto modo doloroso pero siempre bello y misterioso contacto de sus garras. Durante los últimos tres años he perdido catorce libras y no me sienta, en absoluto bien. Mis hombros, mi cintura, las líneas de mis muslos no son tan suaves como cuando tenía dieciséis años; Juan Hwang mismo lo dice cuando quiere ponerme a régimen de leche. Pero odio la leche, me hace el efecto de tomar una solución de blanco de España. Me he convertido en la presa de un fuego interno y temo que pronto se apagará. ¿Qué me espera? Si no supiese que me aguardan Grandes Cosas me mataría porque la vida que me rodea es como una muerte lenta de sed o tortura. Las cosas se suceden con lentitud y, cuando las considero objetivamente, me parecen imposibles. Vi por última vez al archiduque Carlos el año pasado, en octubre, en el baile del tío Andrés, en Viena. Había mucha gente y el Archiduque y su esposa se limitaron a hacer una aparición de media hora y se marcharon. Durante esta media hora estrecharon las manos de los invitados tanto como pudieron. Yo estaba en un ángulo del salón, hablando con el conde Cini, cuando el Archiduque llegó a nosotros. Durante un instante creí desvanecerme; era la primera vez que me encontraba tan cerca de él desde mi caída en el pozo. Lo vi durante su boda, es verdad, pero sólo a distancia y me horroriza pensar en aquellos momentos. Tendió su mano a tío Cini como si fuese un trozo de madera que no le sirviese para nada. Sus ojos estaban tan cansados como los de un hombre que ha tenido que reconocer un gran número de rostros por miedo a ofender a alguien. En sus labios había una sonrisa amistosa, una sonrisa agradable fundida en plomo en algún taller secreto de la corte de los Habsburgo, especialmente para estas ocasiones. Cuando me tendió la mano, sus ojos vagos no me habían reconocido todavía. Era una entre tantas, el quinceavo o dieciseisavo traje de noche y puñado de joyas que veía, pero cuando mi mirada se fijó en la suya, inclinó la cabeza hacia un lado imperceptiblemente, como si con una aguja hubiese apenas rozado el globo del ojo. Sin embargo, en mi mirada no había ningún esfuerzo, ningún deseo de que se fijase en mí y me recordase; mas bien una leve expresión de melancólica súplica de perdón..., lo hice maravillosamente, según creo. La fracción de segundo en que hubiera debido haber soltado ya mi mano había pasado y, súbitamente, una especie de jovial destello de complicidad brilló en sus ojos fatigados, estrechó con su otra mano la mía, y dijo... la manera cómo habló fue como si las palabras, ocultas en las silenciosas profundidades de su corazón durante tres años, hubiesen llegado a sus labios de repente... Pronunció las palabras como si estuviesen saturadas de significado, de ritmo..., parecía, por su voz, que todos sus nervios temblaban con la majestad de las palabras al pronunciarlas. Dijo: “¡Ah, Kristina!...”.

»Y echó andar, tendió la mano a alguien *más* y de nuevo aquella sonrisa artificial y sin vida apareció en sus labios. Lo más bello y maravilloso de todo aquello es que nadie se dio siquiera cuenta de lo que había ocurrido durante el contacto, el ardor, de aquellos breves segundos. Pero el momento en que las palabras salieron de sus labios

fue para mí como si la *Montaña* se hubiese abierto, como si la *Niebla* fuese súbitamente atravesada por la luz. No recuerdo quien estuvo después a mi lado ni lo que dije. Durante el resto de la velada la frase cantaba dentro de mí: “¡Ah, *Kristina!*” ..., como si no hubiese oído nunca este nombre, como si acabase de saber quién era, como si me acabasen de dar un nuevo y extraño nombre, lleno de magia y misterio en su significado: “¡Ah, *Kristina!*” ... La palabra cantada en mi interior llena de éxtasis: *Kri-i-istina*, *Kristina-a...* y, más tarde, cuando comenzó el baile, esto era lo que los violines cantaban. No tengo idea de con quien bailé. La frase “¡Ah, *Kristina!*” ... tomaba forma y bailaba ante mí como una ninfa desnuda en un claro solitario de un bosque, echando atrás la cabeza durante sus saltos y nadando en el aire con sólo un prodigioso danzarín sería capaz de hacerlo.

»Sólo tío Fini sabe que estoy enamorada, pero el remoto secreto de mi vida la aspiración final de mi destino... esto no lo sabe. Es algo que sólo Juan Hwang conoce. ¿He dicho que estaba enamorada? La palabra pertenece a mis amigas, a las dependientas de las tiendas y, contenta, se la regalo. Hay cosas que la palabra humana no puede expresar, sencillamente porque son raras y espectaculares, incluso en la historia de una nación que tiene mil años. Debo prepararme para la misión a la cual el destino de mi pueblo me llama. Algunas veces, cuando estoy sola, siento tal piedad de mí misma que rompo a llorar. Me gustaría ser una mujer sencilla, ordinaria, feliz, como cualquiera otra. ¿El destino de mi pueblo me llama? Juan Hwang así lo dijo porque es el único que es capaz de expresar las cosas que hacen temblar mi corazón por su grandeza. ¿Me he vuelto loca? El archiduque Carlos tiene ya tres hijos; y todo el mundo dice que su vida matrimonial es una bendición del cielo. Francisco José vive todavía, y si la profecía de *madame* T. no resulta verdad, Francisco Fernando puede vivir hasta los ochenta años. Y por entonces yo estaré cerca de los cincuenta y de la tumba. Pero la consunción de Francisco Fernando puede volver..., la *galoppierende* puede llevárselo en cosa de algunos meses, y Carlos puede también enviudar, porque el mundo está lleno de accidentes y desgracias. Todos somos mortales, desgraciadamente...

»Éstos eran mis pensamientos cuando el Teléfono de Noticias —que nosotros llamamos el Teléfono de Molestias— sonó. La llamada era particularmente insistente y repetida, y después de haberlo dejado llamar un rato, descolgué los auriculares. Me parece que entendí mal lo que decían, me parece que las palabras que salían de los auriculares no eran más que una secuela de mis vagas ensoñaciones, porque la voz era débil y confusa. Francisco Fernando y su esposa habían sido asesinados hacía una hora y media. Los pormenores eran confusos... Una bomba... Nombres claros de calles... Después una serie de disparos de revólver. Dejé los auriculares y mi cabeza cayó sobre los almohadones medio aturdida. No sabía todavía si era verdad o un sueño. El timbre zumbó de nuevo, como un mugido de la profundidad de la tierra, lloroso y tétrico. Nuevos pormenores..., la bala había seccionado la yugular del Príncipe y había ya muerto al llegar al hospital. Expiró con la cabeza reposando sobre

el regazo de Sofía. Seguían llegando pormenores, pero yo continuaba pensando en que estaba imaginándome aquellas cosas. El zumbido peculiar y aquella extraña penumbra de la habitación perturbaba completamente mis sentidos. Después sonó el teléfono con un sonido puro, claro, argentino. Juan Hwang llamaba: “¿Sabes lo ocurrido?”. Conque era verdad... Antes de dejar el auricular, gritó en el teléfono y fue como si él estuviese en la cima de una montaña, a larga distancia de mí, y yo en otra montaña, y su voz suplicaba, pedía que me despertara; era una voz triunfante de una fuerza trascendental... como si el Tiempo y la Historia hubiesen hecho una bocina con sus manos y estuviese gritando: ¡*Kris-ti-i-i-na!*

»Volví a acostarme. Ahora el canto del gallo rompía el silencio, el ondulante camino de lentejas llevaba hacia las alturas y la luz crepuscular de la aurora se filtraba en la habitación sombría. La *Montaña* se abría de nuevo, lentamente, descubriendo un oscuro y tremendo escenario en sus profundidades. Bajo la extraña luz de este escenario, sentado en un trono monumental, estaba Francisco José tan viejo y encorvado que su cabeza arrugada casi se posaba sobre sus rodillas. Detrás del trono estaba *Frau Katz*, inmóvil y sombría, tan enorme en comparación con Francisco José que éste parecía el infante petrificado en manos de una gigantesca estatua de San Cristóbal. Los gruesos cristales rotos de *Frau Katz* seguían fijos en la nada, y su inmovilidad era impresionante. Dos cuerpos ensangrentados estaban en el suelo delante del trono, con los brazos abiertos, como muñecos desechados. Entonces, con el uniforme de los Dragones de Brandéis, apareció súbitamente por la izquierda el archiduque Carlos, subió veloz los escalones del trono, se cuadró y dijo a Francisco José con su voz clara y cristalina: “*Apfelstrudel*”.

»La cabeza ha empezado a dolerme terriblemente».

6 agosto.

«He aprendido una frase nueva que he oído por primera vez en labios de Juan Hwang: *Guerra Mundial*. Me gusta la expresión. Tiene un sonido agradable, como las profundas notas del órgano de la iglesia de Garrison. Me gusta cuanto posee una incalculable grandeza. ¿Cómo escribiré su nombre? ¿Carlos? ¿El nuevo heredero de la corona? Algunas veces, para mí misma, lo llamo *Lui Seúl*, el único. Ha sido llamado al Cuartel General de Teschen. Juan Hwang me dice que tengo que alistarme inmediatamente como enfermera voluntaria en la Cruz Roja. No será difícil conseguir ser destinada al hospital militar del Cuartel General de Teschen. Juan Hwang me dice que debo hacer todo lo posible, y sin perder un solo día, por estar cerca del príncipe heredero, siempre cerca de él. Me gustaría irme a Teschen desde aquí. Mi retiro en Septemvir Utca ha llegado a su fin. Todo Ararat ha llegado excitado, ruidoso —no puedo comprender por qué—, y parecen felices, como si se preparasen para una forma de caza enteramente nueva, como si unas hordas de dinosaurios y leviatanes hubiesen hecho irrupción en los cotos de caza, Papá sacó un viejo uniforme y la casa está saturada de un fuerte olor a alcanfor».

20 de agosto. Ararat.

«Fue un extraño, extraño verano de anhelo; el ángel del odio batía un tambor en el cielo.

»Estos adorables versos son el comienzo de un poema de Ady que se publicó ayer; se refiere a la noche de la declaración de guerra.

»De nuevo Ararat está atestado de huéspedes. Húsares, dragones y ulanos; sus uniformes relucen en los salones. Ayer jugaron a la baraja hasta el alba.

»Durante la noche salí a dar un solitario paseo por el parque. Me detuve al lado del viejo roble y escuche.

»Pude oír claramente el tambor del ángel del odio en el cielo. Una curiosa aglomeración de nubes describía casi su forma. Veía su rostro —su terrible semblante—, sus rizos metálicos relucían y caían sobre su boca mientras se encorvaban sobre el tambor. El fantasmagórico y hondo sonido del tambor se elevaba hacia el firmamento estrellado como un fluido repulsivo, como si fuese sangre que manase de un enorme cadáver.

»*Extraño, extraño verano de anhelo.* Pollas ventanas abiertas del castillo salía el alboroto de los huéspedes mezclado con el sonido de un piano; se abría paso a través de las ramas de los árboles dormidos, como el resplandor de una luz a través de los párpados cerrados. Era siempre la voz de papá la que dominaba a todas, como el graznido del violín en una distante danza de *zinfianos*. Me parece que en aquellos momentos todo el mundo había bebido mucho».

10 de septiembre. Teschen.

«El Cuartel General está ahora oficialmente situado en la zona de combate, a pesar de que Teschen está a más de seiscientas millas del frente. Es extraño ahora; todos los uniformes han cambiado y todo el mundo va vestido de verde oliva. No había visto nunca estos trajes de batalla. Le he preguntado a uno de los oficiales por qué iban vestidos todos de aquel color y me dijo que para evitar que el enemigo lo viese. En otras guerras no prestaban atención a estas cosas.

»El comandante en jefe es el viejo archiduque F., que usa zapatillas para parecerse a Francisco José. Aquí, en Teschen, ven todo lo que pasa en el frente porque cada tarde, a las siete, se proyectan películas de la guerra. Es exactamente como en Suecia, donde estuve el año pasado a ver a Psylander en persona. Vi cómo se hacían las películas, y el material preparado durante el día era proyectado sin continuidad alguna durante la noche. Estas escenas de guerra tampoco tienen continuidad. Nos permiten entrar en las sesiones y yo me siento en las filas de atrás con los médicos militares y las enfermeras. Como el archiduque F. es sumamente corto de vista, él y su séquito se sientan en la primera fila; por consiguiente, los generales que tienen ya la vista normal tienen que estar allí también y no ven nada. Las películas nos muestran cargas de artillería, caballería e infantería, destrozando

campos y plantaciones de patatas, exactamente como los ojeadores en una cacería. La diferencia es que allí son ellos los cazados. De vez en cuando un hombre tropieza y se queda atrás. Pero lo único que se ve de la verdadera guerra es alguna que otra explosión de una granada, alguna vez frente a ellos; otras, detrás, levantando una gran polvareda. En estas ocasiones el viejo archiduque da un golpe en el suelo con su bastón de mariscal que no abandona jamás y exclama: “¡Bum!”. El viejo mariscal tiene gran experiencia de la guerra y por nada se perdería una sesión.

»Yo miro la pantalla raramente. En la línea delantera, a la derecha, hay el perfil de una cabeza que la luz del proyector enmarca en un halo blanco y yo la contemplo constantemente. Aquí, en esta sala, estoy escasamente a quince yardas del príncipe heredero, pero durante los cinco primeros días no he tenido una sola oportunidad de hablar con él.

»Aquí el hospital es pequeño, demasiado pequeño para albergar heridos graves, y tiene un patio común con los edificios del Cuartel General. Ayer por la mañana encontré al príncipe heredero acompañado de un general muy alto ante la puerta principal. Estaban enfrascados en una conversación y sólo me miró con el rabillo del ojo, pero cuando hube avanzado dos pasos, se calló y tendió las manos hacia mí:

—¡Kristina!, ¿usted aquí?

—Sí, Alteza. Trabajo aquí, en el hospital.

—Eso está muy bien. De veras, muy bien...

»Me estrechó nuevamente la mano y siguió su camino. Esto puede no querer decir nada, pero esta tarde sor Anna, la enfermera Jefe, se inclinó sobre mí y murmuró excitada:

—¿Sabe usted quién es el número siete? ¡El príncipe heredero!

—¿Está enfermo?

—Un ligero resfriado.

«Esta noche estaba de turno. A las nueve relevé a sor Grete, que me dio la gráfica de temperatura del Archiduque, diciéndome que no había que volver a tomársela esta noche porque ya no tenía fiebre. Su alteza quería que lo dejaran descansar tranquilamente. Me pareció que estas instrucciones se aplicaban a todo el mundo menos a mí. Sobre las nueve y media entré en su habitación. El Príncipe estaba acostado sobre la espalda, con los ojos cerrados, como si estuviese muerto. Traté de moverme quedamente, como había visto hacer a las enfermeras profesionales. Arreglé la alfombra y moví un vaso que había sobre la mesilla. El príncipe heredero abrió los ojos y dijo suavemente:»

»—¡Ah, Kristina!

»La manera como lo dijo fue maravillosa. Le pregunté si quería que le calentase la cama. Dijo que no. Apagué la luz, y sólo la luz azul del hospital, que brillaba sobre la puerta, iluminó la estancia. La habitación estaba bañada en una maravillosa neblina azulada. Me acerqué a la cama, arreglé las mantas e inclinándome lentamente, besé sus labios.

»Cuando salí de la habitación vi a alguien desaparecer rápidamente por el extremo del corredor».

12 de septiembre.

»He sido destinada a regresar a Budapest para servir en el hospital de Garrison. No puedo comprender este súbito cambio, pero estamos en guerra y supongo que debe una tener que acostumbrarse a estas cosas».

Al llegar a este punto hay un largo silencio en el diario de Kristina.

La guerra causaba estragos en la vida de todos, desorganizado incluso el preciso y delicado mecanismo del castillo de Ararat, los palacios Bösendorferstrasse y Septemvir Utca. De un día a otro, *monsieur* Cavaignac, el cocinero jefe, mister Johnson, el caballerizo, *mademoiselle* Barbier y la señorita Wenlock, se convirtieron en aliados enemigos y tuvieron que abandonar la Monarquía. La movilización se llevó consigo grandes masas de lacayos, mozos, personal de cocina y porteros, arrebatándoles de las manos las bandejas de plata, los sacacorchos, las riendas y las cucharas. La primera redada redujo en veintitrés miembros el personal de cincuenta y ocho, y el castillo de Ararat no podía ser atendido, aun en la más reducida escala, con los treinta y cinco que quedaban, la mayoría de los cuales eran mujeres. El conde Dupi y la condesa Menti se trasladaron a Viena, pero el resto de la familia regresó a Ararat porque el conde Dupi estaba bien informado por el Ministerio de la Guerra de que ésta no podía durar más de cuatro o cinco semanas. Así, los comunicados de guerra no causaban grandes trastornos; todo lo más, el conde Dupi experimentaba una sensación de malestar cuando un agente de policía de guante blanco le obligaba a obedecer a un signo de su mano, como si fuera un vulgar transeúnte, sensación que, en parte, le irritaba y, en parte, le sorprendía inesperadamente, como si se hubiese dado de cabeza contra un muro invisible, efectuando en el mundo un pequeño descubrimiento de la existencia de un enorme y desconocido poder, más allá de cuyos confines no podía pasar; no acostumbrado a los obstáculos, lo encontraba, cuando menos, inusitado. Se le ocurrió pensar, por ejemplo, que aquella estúpida Guerra Mundial le impediría ir a París en septiembre, a pesar de que había decidido precisamente aquella temporada reparar su casa de París y substituir la tapicería de brocado color vivo del salón del primer piso por un papel de color malva. Le gustaba su pequeño estudio de aquella casa y la forma cómo el rumor de París se filtraba a través de sus ventanas; un rumor infinitamente humano y metropolitano en el que se mezclaban el rodar de los carruajes, los gritos de los vendedores de periódicos, el ruido de algún taller cercano y el andar de las mujeres con sus variados perfumes. Sus trajes y gabanes londinenses veían siempre la luz del día por vez primera en los soleados Campos Elíseos, y en estas ocasiones los tenderos, los propietarios de cafés y restaurantes y los *maîtres d'hôtel* temporeros salían a la calle a estrechar su mano con grandes reverencias y a reírse con él como si formasen parte de un mundo

especial, misterioso e inverosímil, acompañándolo con la cabeza descubierta hasta la esquina, mientras le contaban, con la locuacidad de la lengua parisiense, los últimos capítulos de las accidentadas vidas de tantas Amélies, Charlottes y Loulous; y a pesar de que desde hacía tiempo había olvidado ya los nombres y los rostros de las mujeres, todo aquello lo emocionaba como una música cálida y espaciada, llevándolo hasta el clima en que sus encantadores y obsequiosos amigos le tendían, como el ramillete de flores de despedida, los últimos y más picarescos *potins*^[8]. Consideraba aquel París tan suyo como el engrasado y diminuto ascensor de su casa de la rué General Ferreyolles, o la voz inimitable de Emmanuel, el portero cuyo rostro de granuja era único en el mundo, al recibir a su extranjero dueño y señor, con un «*Bonjour, monsieur le Comte*», a tiempo que barría el suelo con su gorra galoneada de oro. Frecuentemente, el conde Dupi recibía de París cartas anónimas bien intencionadas que silbaban con irrefrenada envidia al informarlo de que Emmanuel había puesto en su casa a la disposición de aventureros durante las horas perdidas, habiéndose creado una clientela regular, con cuyo producto había comprado una villa en Houlgat esto era indudablemente el colmo de la insolencia y una afrenta hecha a su derechos de propietario, pero el conde Dupi seguía rompiendo las cartas a medida que llegaban porque tenía un cierto sentido de justicia social que a menudo le hacía sentirse casi culpable al leer en los periódicos que había gente que vivía en cuchitriles y cavernas, evocando en su mente las innumerables habitaciones vacías de sus casas y castillos cercados en Hungría y el extranjero. A menudo transcurrían dos y tres años sin que visitase sus alojamientos de Viena y París, sin hablar de las villas en Reichenau y Niza, los pabellones de caza de Willensdorf y Hungría, el inmenso castillo de Ararat y el palacio de Septemvir Utca. Por consiguiente, si Emmanuel se permitía alguna vez dejar que un vestigio de vida penetrase en su casa de París, era una insolencia sin precedentes, sobre la cual tenía, no obstante, que cerrar los ojos. El conde Dupi, en su cordura, hacía ya tiempo que se había dado cuenta de que las habitaciones y los muebles existían a fin de cuentas, con cierto propósito determinado. Tan lejos iba en sus precauciones sociales que mandaba siempre a Emmanuel un telegrama anunciando su llegada. Todo esto era el resultado de su sentido de propietario, su liberalidad, su deseo de complacer, o acaso de su cinismo, pero ahora la guerra había bloqueado su cinismo. La guerra había alcanzando los armarios de los dormitorios, violando su correspondencia y cuanto le aguardaba en Niza y en París, dándole la sensación de un insulto a la vez físico y moral.

Veinte años antes, cuando era teniente de los Ulanos de Lebovice, con varias botellas de champaña en el estómago y bajo el acicate de los nervios, la guerra le hubiera parecido una salvaje, maravillosa y apasionante aventura, como les parecía a los húsares y dragones que dieron la carga de caballería de Satanov, inclinados sobre las crines de sus caballos, con sus sables de anchas hojas desenvainados y sus capas y plumas flotando en el aire al penetrar en los bosques desafiando las ametralladoras rusas emboscadas que segaban sus filas, pero el István Dukay de cuarenta y seis años,

se contentaba con servir en el Kriegministerium de Viena, donde, cuando uno de sus subordinados colocaba sobre su mesa un grueso legajo con la anotación *Strengst reserviert*^[9], sus obligaciones implicaban llamar al sargento para que trasladase los documentos a la habitación contigua y los dejara sobre la mesa del Hauptmann Schlösel, quien, en la vida privada, era un registrador de la Propiedad de Linz. Nadie podía censurar a István Dukay su aversión a los documentos bajo cualquier forma en que se presentasen.

Relacionado con la declaración de la primera Guerra Mundial, debemos mencionar al joven José Dukay que, si bien no formaba parte de la familia inmediata del conde Dupi era sin embargo, un Dukay.

El joven Joseph Dukay hizo su año de servicio militar en uno de los regimientos de Húsares antes de la guerra. El comandante del regimiento, el barón Herbert von Plitz-Sieburg, estaba de servicio cuando llegó el momento de proceder a los exámenes para el ascenso a oficiales. Bajo la dirección de un grupo de amedrentados examinados, los cadetes salieron a los alrededores y se detuvieron en campo abierto en una carretera que tenía a ambos lados dos campos de maíz.

—¡Cadete Dukay! —gritó con sonora voz el coronel Plitz-Sieburg, llamando al joven Joseph—. ¿Qué haría usted —preguntó el barón Herbert von Plitz-Sieburg— si se encontrase inesperadamente cogido entre dos ametralladoras al cabalgar por esta carretera a la cabeza de una columna de Caballería?

Sin la menor pausa para reflexionar, Joseph Dukay contestó:

—¡Me caería muerto del caballo, mi coronel!

El caballo del coronel relinchó al oír la insolencia de la respuesta; tal fue el ímpetu con que éste clavó sus agudas espuelas en su montura. Congestionado hasta amarotarse el cuello, gritó una serie de frases incoherentes de las que sólo pudo entenderse esta frase: «*Verfluchter Kerl!*», o sea: «¡Maldito idiota!». La repuesta de Dukay le valió dos semanas de arresto sin contar la pérdida de sus exámenes, a pesar de que todos reconocieron que había dado la única respuesta lógica. Pero hubiera hecho mejor en responder como prescribe el estilo militar, a saber:

—Hubiese dado orden de detenerse a la columna, echar pie a tierra, formar en fila en la carretera y una vez cuerpo a tierra, abrir fuego contra las filas enemigas.

Si hubiese respondido esto, el barón Herbert von Plitz-Sieburg hubiera movido la cabeza en signo de aprobación, exclamando: «¡Bravo!», olvidando tener en cuenta que, si los húsares desmontaban y formaban una hilera a lo largo de la carretera entre el fuego de dos ametralladoras podían perfectamente echarse al suelo, pero no volverían a levantarse jamás, porque ni caballo ni jinete sobrevivirían a tal situación.

Esto fue precisamente lo que ocurrió en la batalla de Satanov en la que el joven Joseph Dukay cayó de su caballo con una bala en el corazón, prueba fehaciente de que su respuesta durante el examen había sido justa. Esto ocurría al principio de los acontecimientos conocidos por Guerra Mundial, en los que la gente docta era dejada de lado y gentes de una inconcebible estupidez eran nombrados generales. El barón

Herbert von Plitz-Sieburg tomó parte en la batalla de Satanov como general de división.

Pero sería una gran deslealtad echarle a él toda la culpa. Los generales austríacos encontraban una fuerte competencia en los jefes militares ingleses, alemanes, rusos y especialmente franceses. El desastre francés de las primeras semanas de la guerra fue consecuencia de la misma obstinada estrategia conservadora que había suspendido a Joseph Dukay en sus exámenes.

Los franceses opusieron al tempestuoso ataque alemán a Bélgica los mismos métodos de defensa abierta que estaban en uso desde el tiempo de las guerras napoleónicas y que eran tan anticuadas como cargar por el cañón las armas de fuego, al lado de las ametralladoras. Pero se consideraban a salvo porque tenían por inexpugnables las fortificaciones de la frontera belga. Habían olvidado completamente que las torres fortificadas de Luttre y de Bruselas habían sido construidas por firmas alemanas, y que el ingeniero *Herr Hoch*, micrómetro en mano, había transmitido las precisas medidas de estas plataformas de acero al ingeniero *Herr Weissmüller*, de otro departamento, y que aquella minuciosidad alemana le indujo en el acto a calcular el cañón que perforaría la mencionada arma de defensa. Esto fue exactamente lo que ocurrió. Bajo el fuego de los cañones de 305 las orgullosas fortalezas de acero se abrieron como una sandía que se cae al suelo. Las fuerzas alemanas penetraron en Francia por el ala izquierda del Norte con una fuerza irresistible y aniquilaron a las tropas inglesas en Yprés.

Recordando los comienzos de la primera Guerra Mundial, debemos tener en cuenta que fueron los taxis lo que, transportando las tropas francesas con la infatigable laboriosidad de las hormigas, detuvieron la maravillosa máquina militar de los alemanes cuando se dirigían hacia la capital de Francia. Esto fue una gran sorpresa para los generales alemanes, porque no habían leído nunca en la historia de la guerra que los taxis pudiesen tomar parte activa en encuentros de esta naturaleza. Los soldados alemanes en el Marne, después de haber visto ya la esbelta silueta de la Torre Eiffel en el horizonte del sudoeste, se vieron obligados a retirarse con las cabezas rotas, lo cual fue tanto más doloroso cuando les habían hecho creer que toda Francia era el producto de la cultura y civilización alemanas, ya que la propia Torre Eiffel era obra de la ingeniería alemana; no se daban cuenta de que aquella estúpida torre de hierro era la cosa que más hería la vista de todo París. Los generales alemanes von Tal y von Cual quedaron tan sorprendidos de aquel espontáneo contraataque de los taxis, como un enorme mastín que se encontrase de repente ante un mono que, de pie sobre sus patas traseras, empezase a abofetearle hasta hacerlo retroceder, ante lo inusitado del espectáculo.

Después del éxito de contraataque francés el frente occidental, como sabemos, permaneció estático durante largo tiempo. Lo mismo ocurrió en el frente oriental. Detrás de los frentes, sin embargo, la vida seguía alegremente porque la población civil no estaba amenazada por ningún peligro. En cuanto a ellos hacía referencia, la

guerra se desarrollaba a larga distancia, casi en secreto, como la limpieza nocturna que se hace en los lavabos públicos en las pequeñas ciudades. En general, la guerra iba resultando una cosa mucho más complicada de lo que la gente había imaginado al principio. Y entre tanto, los soberanos y los hombres de Estado de los países beligerantes declaraban constantemente su deseo de salvar a Europa, si bien no quedaba muy claro en sus declaraciones el motivo por el cual querían salvarla.

En febrero de 1915 se celebró un gran baile a beneficio de los soldados inválidos que se encontraban en el Vigadó de Budapest. Estos bailes eran famosos por dar cabida a más patronos, presidentes, vicepresidentes, directores jefes y miembros de comités de festejos de los que podía contener la sala que había sido construida para dos mil personas. Las notabilidades, entre los que figuraba una pareja de archiduques, tomaban asiento en unos sillones de terciopelo rojo colocados sobre una plataforma aparte; la condesa Menti se hallaba allí también, desde luego, luciendo sus mejores joyas, y a su lado estaba Kristina, que tenía a la sazón diecinueve años. De vez en cuando un húsar de pelliza le pedía un baile, pero el rostro de Kristina estaba tan lejano por encima de la muchedumbre de la fiesta, su fría belleza se hallaba tan ausente, que la condesa Menti, observándola a través de sus impertinentes, súbitamente los dejó y volvió la cabeza, dándose cuenta de que, después de algunas vueltas, las parejas la acompañaban invariablemente a su sitio, creyendo, sin duda, que poco se ganaba bailando con una estatua.

El conde Dupi, de pie al lado de una columna del salón, contemplaba a través del humo de su cigarro los blancos hombros de las mujeres, desnudas hasta el límite máximo de las conveniencias, oscilando al compás de los valeses y mazurcas. El conde Joachim, al pasar con la pequeña princesa Karola de cara de ratón, no pudo dejar de observar:

—El ojo experto de Dupi está eligiendo una mujer a quien invitar a visitar su piso de soltero después de medianoche.

A decir verdad, no había fundamento alguno para esta observación. El conde Dupi estaba sin apasionamiento alguno contemplando a una joven pareja que bailaba, porque la sola visión de la juventud y la belleza pueden deleitar a un hombre que está frisando los cincuenta. Y la joven pareja en cuestión era verdaderamente feliz rayando en el éxtasis. El muchacho llevaba uniforme de cadete y el brazo en cabestrillo. El Conde reconoció en él a Feri Kontyos, el hijo del herrero de Ararat, joven soldado que había hecho orgullosamente una visita al Conde con el plateado emblema de la bravura en su pecho cuando la herida del brazo estuvo lo suficientemente curada para permitirle abandonar el hospital. Incluso ahora sostenía a su pareja con una sola mano, pero el brillo de sus ojos era una amplia compensación. El conde Dupi iba vestido de frac; se había cansado del Kriegministerium de Viena, y en todo caso consideraba que varios meses detrás de una mesa de despacho era ya

suficiente servicio prestado a la patria. En el acto se fijó en que un capitán de Infantería, de pie como un detective al lado de una de las columnas, evidentemente inspector de la guarnición municipal, había hecho una señal al muchacho al terminar el baile. Vio al muchacho cuadrarse delante del capitán y llevarse una mano temblorosa a su cuello del uniforme de cadete, que se había desabrochado durante el baile; indiscutiblemente una seria infracción de los reglamentos. El conde Dupi sólo oyó estas palabras de la severa reprimenda del capitán: «*Geben Sie sofort nach Hause! Morgen um neun Uhr zum Rapport!*». (¡Váyase a casa en el acto! ¡Mañana a las nueve pasará usted por la Consigna!).

Viendo al cadete dirigirse hacia la puerta en cumplimiento de la orden del capitán, el conde Dupi apresuró el paso detrás de él y le puso una mano en el hombro al llegar al guardarropa.

—Espéreme aquí, vuelvo enseguida...

Girando sobre sus talones volvió al salón de baile y se acercó a la plataforma de los grandes personajes buscando al general barón Herbert von Plitz-Sieburg, excompañero suyo de armas, cuyo nombramiento de comandante de la guarnición municipal le daba un bien ganado reposo después de la ardua batalla de Satanov.

—Venga un momento...

Llevando al general del brazo le explicó algo en voz baja y cuando llegaron frente al capitán le dijo, señalándolo:

—Aquí tiene usted al perro cochino...

Y dejó al general solo. La escena que siguió fue como si un tigre hubiese saltado sobre un sabueso que acabara de destrozar un conejo.

—¿Ha entrado usted ya en combate, capitán? —preguntó el general. Su voz era tan obsequiosa como si lo estuviese invitando a cenar.

—Todavía no, mi general —respondió el capitán palideciendo y cuadrándose al tiempo que temía lo peor.

—Vaya usted mañana a las nueve a verme a mi despacho.

Hizo un breve movimiento con la cabeza y se dirigió al guardarropa. Encontró allí al cadete perplejo y le gritó:

—*Herr Fähnrich! Geben Sie zurück und tanzen! Weiter tanzen eins zwei...* (Regrese al salón de baile enseguida. Es mejor bailar dos veces...).

Y esto fue dicho de modo que el capitán lo oyera, quien se puso rápidamente su capote y se dirigió a su casa para despedirse de su mujer e hijos porque sabía perfectamente que la convocatoria del día siguiente representaba su inmediata expedición al frente.

Sin este pequeño incidente —tan lleno de generosidad como de significado— difícilmente podríamos imaginar la psicología de la primera Guerra Mundial. Hombres de uniforme pasaban la mayor parte de su tiempo castigando a sus subordinados. Bajo la influencia del dominante espíritu del imperialismo, el más

sórdido impulso del hombre, el impulso de aplastar a sus semejantes, tenía rienda suelta. Cuando dos pescaderas tenía una desavenencia en el mercado, sus labios secos soltaban frases como ésta: «Espera un poco... ya te enseñaré yo... tienes que saber que mi yerno es sargento, y va a arreglar a tu hijo, el granuja de maquinista ese...». La vida, el honor, la dignidad humana se medía en estrellas de plata y galones de oro; un nuevo sistema de castas se esparcía por el mundo entero como resultado de la movilización de más de doscientos millones de hombres.

Entre tanto, la guerra cosechaba diligentemente sus muertos, inválidos y sus pies helados, a millones condenaba a los prisioneros de guerra a un destino que los hombres civilizados no hubiesen creído concebible unos años atrás. Así pasaron los primeros años de la guerra, y nada más ocurrió hasta finales de 1916 en que la profecía de *madame T.*, según la cual Francisco José tenía que morir en 1931 a la edad de ciento un años, resultó tan infundada e inexacta como la longevidad que había concedido a Francisco Fernando.

Una mañana de noviembre varias cornejas se posaron sobre los árboles ya desnudos del parque de Schönbrunn, acontecimiento que, en sí, no tenía nada de inusitado; sin embargo, el lord Chambelán, duque de Montenuovo, de pie delante de la ventana y contemplando los jardines cubiertos por la niebla, miró las cornejas pensativo. Los dos médicos estaban todavía en el despacho del emperador.

—¿Y bien?... —preguntó el Duque en voz baja al abrirse la puerta y aparecer los doctores.

—La fiebre ha cedido, pero el estado general es peor. Su Majestad tendría que estar en cama, pero es tan obstinado...

EL Duque asintió tristemente.

—Su Majestad cree que si se mete en cama no se levantará más.

El edecán de servicio hizo observar que el Emperador estaba sentado en su despacho desde las cuatro de la mañana, pero estaba tan cansado que su cabeza se caía hasta que la barbilla le tocaba el pecho. Aquella cabeza llena de arrugas, calva y ruda, del emperador Francisco José. La cabeza senil de Europa.

A partir de aquel momento toda Europa supo que aquel anciano emperador de ochenta y siete años se moría. El emperador mismo lo sabía también porque asintió levemente cuando el Chambelán le anunció una visita, y pareció estar dispuesto al ver entrar al capellán de la Corte seguido del sacristán. El anciano Emperador, envuelto en su capote verde oliva, dio un paso adelante.

El pálido prelado comenzó anunciando que era portador de la bendición del Papa, y añadió con voz temblorosa:

—Majestad, es mandamiento de la Iglesia que el Ultimo Sacramento debe preceder a la bendición de Su Santidad...

—*Bitt' schön...*

Frío y cortés, con una triste sonrisa en sus ojos fatigados, el enfermo levantó

ligeramente sus dos manos, como dando ánimos al prelado y al sacristán para que sacasen sus armas de debajo las ribeteadas vestiduras y lo ejecutasen en nombre de una ley a la que ni aun él podía escapar.

El clérigo pasó su estola violeta en torno del cuello del Emperador y escuchó su confesión, medio sentado, medio de rodillas. Un lacayo colocó el crucifijo y dos cirios encendidos sobre la mesa de trabajo. El sacristán tocó la campanilla y el Emperador se persignó.

—*Per sacrosancta humanae reparationis mysteria rentat Ubi omnipotens Deus...*
—pronunció la voz fría del prelado.

En el vestíbulo, el archiduque Carlos y la archiduquesa Zita se informaban con voz apagada del estado del Emperador.

Cuando los visitantes fueron anunciados, el Emperador llamó a su mayordomo e insistió en cambiarse de ropa porque no quería recibir a una mujer en traje de casa.

En el palacio Dukay de Bösendorferstrasse, mientras la tarde iba oscureciendo, la condesa Menti estaba sentada en el amplio salón verde cerca del fuego, con la mejilla apoyada en su índice, mientras el conde Dupi, cigarro en mano, paseaba silenciosamente de un lado a otro. La puerta se abría a cada momento a fin de dar entrada a hombres y mujeres que no se sentaban siquiera antes de dar las últimas noticias, jadeantes y a media voz. Eran parientes y amigos, pertenecientes a las familias Paar, Bolfras y Montenuovo portadores de los mas minuciosos pormenores con respecto a lo que ocurría en Schönbrunn, los escasos privilegiados a quienes cada cuarto de hora llegaban las noticias a través de las puertas.

La puerta que separaba del edecán del estudio del Emperador estaba abierta, y el coronel de servicio vigilaba al Emperador por medio de un gran espejo situado en la pared. El noble anciano estaba sentado delante de su mesa de trabajo, bajo la pálida luz de la estancia. Sus dos manos reposaban sobre los brazos del sillón, su cabeza se posaba sobre el pecho y la respiración era jadeante. De cuando en cuando levantaba levemente la cabeza y abría los ojos con mirada turbia. Poco antes de las cinco, el Emperador levantó la mano sacó un cepillo de debajo del montón de documentos que tenía a la derecha y cepilló el fieltro rojo que cubría la mesa, sin dejar una mota de polvo. Este ademán habitual fue lo último que hizo delante de aquella mesa, en la que durante sesenta y nueve años había efectuado su imperial labor.

Sobre las ocho de la noche se supo, incluso en el palacio Dukay, que María Valeria, la hija única del Emperador, llevaba ya más de una hora arrodillada a los pies de la cama de campaña sobre la cual reposaba su padre. El inquieto presunto heredero Carlos y su esposa Zita, con su pétrea compostura, estaban también arrodillados a su lado. A pocos pasos, cerca del diminuto lavabo, estaban los dos ancianos ayudantes. Paar y Bolfras. Montenuovo, mordiéndose el labio inferior, caminaba de un lado a otro de la estancia como el hombre que tiene mucho trabajo urgente que hacer. Los dos veteranos ayudantes dirigían de vez en cuando miradas melancólicas al rostro del

Emperador moribundo y a la cabeza del presunto heredero arrodillado.

Una violenta tempestad de viento azotaba Viena en aquellos momentos. István Dukay seguía caminando de un lado a otro, mordiéndose su cigarro. La condesa Menti continuaba sentada inmóvil en su sillón. Ambos tenían la sensación de que en la ventana azotada por el huracán ocurría algo de trascendencia. Algo pasaba, algo cambiaba, pero ninguno de ellos tenía un claro concepto de lo que era ni cómo; únicamente sentían su peso y su sombra.

Caminando por entre los negros arbustos y las divinidades griegas del parque de Schönbrunn azotadas por la lluvia, un grupo de periodistas estaba discutiendo sobre el Emperador como si no fuese ya de este mundo. Eran unos diez, incluyendo a tres húngaros y dos berlineses. Eran el tipo de periodistas fieles a su arte que incluso en medio de aquella noche huracanada de noviembre acudían en busca de noticias. Sin embargo, lo que buscaban no eran tanto noticias como interés humano. Uno de los jóvenes reporteros no parecía tener más allá de veinticinco años. Se llamaba Paul Fogoly. Su compañero tenía la misma edad, pero era más corpulento. Se llamaba Imre Pognár, y es otro de los que aparecerán con el transcurso de los años. Tan fuerte era el viento que buscaron amparo tras los muros de palacio. Eran los ocho de la noche.

Comentaban los cinco cuerpos familiares ensangrentados que mancillaban el recuerdo del moribundo, ahora que su pasado había vuelto a despedirse de él. El primero de todos era su hermano, con su rubia barba partida. Maximiliano, fusilado como emperador de Méjico. Después su hijo, el archiduque Rodolfo, y la misteriosa tragedia de Mayerling. Y su esposa Elisabeth... Los periodistas más viejos estaban bien informados de su impresionante y bella corona de pelo, su diminuto abanico negro del que no se separaba jamás, y sus amores con los aristócratas húngaros. No se separaba nunca del abanico porque tenía muy mala dentadura y cuando se reía se tapaba la boca con él. En 1898, en el momento en que estaba a punto de embarcar acompañada de sus damas de: honor, un anarquista italiano le dio una puñalada en el corazón. Según el viejo Bunz, ocurrió esto el 6 de septiembre, según Özessy, que partía su barba rubia exactamente como el emperador Maximiliano, el asesinato tuvo efecto el 10 de septiembre. Se apostaron cien Virginias, esos cigarros largos, estrechos, fuertes y negros que llevan dentro una paja, el cigarro favorito del moribundo Francisco José. Además Sarajevo: el asesino de los príncipes herederos, hecho que provocó la Guerra Mundial. La vida del anciano Emperador no había sido ciertamente envidiable.

El barbudo Özessy llevaba la cámara fotográfica colgada al hombro por la correa, en un estuche del tamaño de una caja de limpiabotas, porque era el representante de la edad prehistórica de la Prensa gráfica.

Mientras los periodistas estaban allí apoyados contra la pared, hablando del moribundo a su manera, el anciano Emperador abrió nuevamente los ojos y dijo:

—Un poco de agua...

Las manos de María Valeria y de Ketterle, su viejo mayordomo, se tendieron hacia el vaso de limón consiguiendo sólo derramarlo. Pero quedó lo suficiente en el vaso para que el Emperador, levantando la mano ligeramente, apagase su sed, si bien poco líquido llegó a su garganta, pues derramó la mayor parte sobre su batín de pelo de camello. Montenuovo entró en la habitación con el pánico reflejado en su rostro y miró a los médicos. El ruido le había hecho creer que se había producido la muerte. Aclarada la situación, regresó a la habitación contigua donde estaba el capellán inmóvil detrás de una gran mesa de mármol negro rodeada de sillas tapizadas de Gobelinos representando grandes espigas de trigo amarillentas y verdes. Parecía un actor entre bastidores, esperando el momento de la gran escena declamatoria. Sobre el reluciente mármol negro de la mesa había un candelabro y a su lado una caja de cerillas y una redoma con los Santos Óleos. La soñolienta pastoral de uno de los relojes *rococó* sonó en la habitación vecina. Eran las nueve de la noche.

Afuera, los periodistas discutían sobre el número de veces que cada uno de ellos había visto de cerca al Emperador, hablando con él o estrechado su mano. El viejo Bunz decía que una vez Francisco José se la había tendido. Un escéptico silencio acogió esta declaración porque era cosa sabida que el Emperador tenía un odio declarado a los periodistas, hasta tal punto que los representantes de la Prensa no tenía derecho a franquear el cordón militar cuando el soberano asistía a alguna parada.

—Fue en la exposición de horticultura de Graz —explicaba el viejo Bunz—. Yo estaba cerca de la entrada, detrás del cordón, cuando el edecán más antiguo apareció súbitamente, rompió el cordón y cogiéndome me llevó hasta Su Majestad a quien me presentó.

Pognár se aclaró la voz para indicar su convicción de que Bunz estaba mintiendo. Pero el viejo reportero continuó plácidamente:

—Su Majestad me estrechó la mano y me dijo: «*Ich gratuliere Ihnen...* (Le doy las gracias...) es usted el único hombre en el mundo de quien existen dos ejemplares». El edecán se puso colorado como una amapola. *Herr Meyerhoffer*, alcalde de Graz, estaba detrás de su Majestad. El edecán me había tomado por el mayor Meyerhoffer porque verdaderamente nos parecíamos mucho.

De esta forma el incidente parecía más digno de crédito. Entonces Özessy, el fotógrafo que se partía la barba a la manera de Maximiliano, un día emperador de Méjico, se apartó del muro. Con un ademán de orgullo y desdén, dijo:

—Caballeros, Su Majestad orinó una voz sobre mí...

Los cigarrillos encendidos se volvieron en el acto hacia él.

—Ocurrió en 1094 —comenzó Özessy—, durante las maniobras de Veszprém. Saben ustedes que Su Majestad no puede ver a un periodista en una legua a la redonda de donde esté él, y debemos conceder, si nos miramos a nosotros, que tiene toda la razón. Sin embargo, conseguí ocultarme con mi cámara fotográfica entre unos arbustos espinosos, a unos veinte pasos de la loma sobre la que sabía se colocaría el

séquito del Emperador. La fotografía prometía ser maravillosa, porque no había una nube en el cielo y podría sacar un bonito grupo. Mi aparato estaba tan bien escondido que sólo el objetivo asomaba por entre las ramas. Los generales estaban ya reunidos y el Emperador en medio de ellos, pero antes de empezar la ceremonia, oí al Emperador decir claramente: «*Verzeihen die Herren...*». (Perdónenme ustedes, señores...), y girando sobre sus talones se dirigió hacia el arbusto donde yo estaba. Un momento después, un líquido tibio y amarillo comenzó a caer sobre mi cabeza, lo suficiente para llenar un tarro de cerveza. Naturalmente, no me atreví a moverme.

Los periodistas dieron crédito a esta historia sin hacer comentario alguno. Fogoly miró a Bunz con aire de triunfo y le dijo con tono de arbitro:

—Esto es más que un apretón de manos.

Pognár se acercó al fotógrafo y cogiéndole uno de los mechones de su barba rubia lo olió. Se volvió a Özessy y le dijo:

—... Es verdad, saben ustedes... ¿Cuántos años hace de eso, camarada?

Con historias de esta índole y crudas bromas, los periodistas, que no respetan nunca la grandeza de un momento trascendental, aliviaban el aburrimiento de la oscura y ventosa noche. En los negros bosquecillos del parque las estatuas de Marte, Minerva, Bellona y Eneas parecían cambiar miradas escandalizadas, con sus rostros brillando bajo la lluvia. El cautivo príncipe del Reichstadt se paseaba una vez por entre estas estatuas y cuando preguntó por su padre, Napoleón, sus guardas le contestaron con una sonrisa sardónica. Murió de consumición allí, en el palacio de Schönbrunn, a la edad de veinticuatro años.

Arriba, en la habitación del moribundo, María Valeria acercó su rostro bañado en lágrimas a la oreja de largo lóbulo del Emperador; la oreja un día colorada pero ahora de color de carne putrefacta.

—¿Quieres un poco más de agua, papá?

El emperador no contestó ni abrió los ojos. El médico de la corte se inclinó sobre la cama y buscó el pulso de la mano izquierda del Emperador, que yacía inmóvil en su batín de piel de camello. Pocos segundos después sus ojos recorrieron el grupo de rodillas y buscó al duque de Montenuovo. Alguien transmitió su mirada a la habitación contigua y entró el lord Chambelán con el capellán, que se inclinó inmediatamente sobre el Emperador y le administró la extremaunción. Una suave fragancia de cera fundida emanaba de los cirios. Todos los de la antesala entraron en la habitación, lacayos y archiduques y todos se arrodillaron. El capellán comenzó a recitar las oraciones de los difuntos con una voz que parecía venir de los siglos pretéritos, y los arrodillados respondían formando un eco con un murmullo que parecía el intermitente ruido de la lluvia.

—*Subvenite sanctos...*

De cuando en cuando oíase el sollozo de alguna mujer que rompía la monotonía del murmullo. El médico no había quitado todavía su pulgar de la arteria del

Emperador, ni apartado su mirada del rostro del agonizante. Al terminar la plegaria devolvió cautelosamente la mano del Emperador a su batín de pelo de camello, se metió el reloj en el bolsillo del chaleco y se volvió hacia el príncipe heredero Carlos con un saludo que jamás hasta entonces voz humana había dirigido el Archiduque:

—Majestad, es mi deber informar que Su Majestad Imperial ha subido beatamente al seno del señor.

Los periodistas se dieron cuenta de algo al ver las sombras cruzar por delante de las ventanas iluminadas y se precipitaron hacia la puerta principal del palacio. Antes de un minuto, un joven coronel apareció en lo alto de las escaleras y el viento azotó sus rubios cabellos.

—¡Caballeros! Su Majestad ha muerto a las nueve y cinco minutos y medio.

En cuestión de momentos, como la explosión de un subterráneo, la noticia corrió por toda la ciudad imperial. Todo el mundo sabía que debía ocurrir, todo el mundo esperaba hacía días la noticia, pero, a pesar de todo, corría veloz y solemne, aterradoramente como un cañoneo increíble y lejano que se pareciese al terrible ruido de un terremoto. Poco tardó el ruido en franquear valles y montañas, en elevarse al cielo, en llegar a los campos de batalla y los océanos. Todo el pueblo tuvo la sensación de que aquel ruido de tormenta sólo podría producirlo una enorme puerta de hierro llena de herrumbre que cerrase la boca de una tumba inmemorial.

En las caballerizas, Hans Karg, primer cochero de los servicios fúnebres imperiales, abrió un cajón para ver si las polillas no habían estropeado su peluca blanca y su sombrero de seda negra.

Aquel día Kristina escribió sólo algunas líneas confusas en su diario:

21 de noviembre de 1816. Viena.

«Hoy la *Montaña* se ha abierto de nuevo y las espantosas profundidades de su deslumbrante interior permanecieron expuestas durante largo rato. He estado orando de rodillas hasta las tres de la mañana. “Y algún día tendrás su corazón en tu mano. *Amén*”».

Cinco días después, un grupo de veinte personas se apeaba del tren en Enns para tomar el que debía llevarlas hasta Steyrdorf. Todos iban de luto riguroso, corbatas negras los hombres y espesos crespones las mujeres. La mayoría de ellas eran jóvenes y causaron sensación al descender del tren; muchos bromeando entre sí y las muchachas corriendo con sus velos flotantes hacia el tren que les esperaba. El jefe de estación, con su roja gorra, y algunas campesinas *estirias*^[10] de pañuelo en la cabeza, se escandalizaban al ver aquel grupo retozón y alborotado que parecía dirigirse a una boda en lugar de una ceremonia fúnebre.

Y éste era el caso. La joven aristocracia se dirigía a la boda de un pariente de Steyrdorf. El luto riguroso era por el Emperador; toda la nobleza de la Monarquía llevaba luto por él. Kristina Dukay formaba parte del grupo. Era la única que no alborotaba. Los síntomas de un amor trascendental estaban impresos en su rostro frío

y macilento. El cambio de monarcas afectó a István Dukay de una forma muy parecida al efecto producido por aquellos cubos de agua fría y caliente que los empleados de los establecimientos termales de Karlsbad arrojaban sobre los cuerpos desnudos de los clientes. Francisco José había muerto; se daba uno cuenta encogiéndose de hombros. Sabían por Juliette, la prima de Montenuovo, que los médicos militares habían ensayado un nuevo sistema de embalsamamiento que no había dado resultado. El rostro del Emperador había adquirido una expresión grotesca y su cuerpo había empezado a descomponerse antes de que hubiese terminado la semana de las exequias. Era un presentimiento sombrío.

El diario de Kristina contiene el siguiente relato del entierro del Emperador:

30 de noviembre de 1916. Viena.

«Hemos visto espléndidamente el entierro desde el segundo piso de la casa de tío Andrés. Toda la comitiva tenía que pasar ante la casa. Bajo un cielo gris, una masa gris de soldados llenaba las calles de Viena y como un arroyo inundaba la plaza bajo nuestra ventana. Las paredes de las casas estaban llenas de carteles anunciando la venta de los bonos de guerra, agotando los nervios en un deseo de convencer a aquellos centenares de miles de personas de que la guerra es la colocación de dinero más segura del mundo. Pero al contemplar aquella plaza he tenido la sensación de que la población entera de Viena estaba constituida por los empleados de una sociedad funeraria en bancarota.

»Mamá, tía Julia y yo ocupábamos la misma ventana. Finalmente se acercó el cortejo. Un tiro de ocho caballos arrastraba el coche funerario, con una gran cruz negra en lo alto, que transportaba el cuerpo del emperador. Tras el coche iba el emperador Carlos, emperador para los austríacos pero rey para nosotros, los húngaros. Es mi rey. Era casi imposible reconocer a la reina, hasta tal punto el espeso velo negro que la cubría ocultaba su cuerpo. Entre los dos, vestido con una capa de seda blanca, caminaba el nuevo príncipe heredero apretando el paso por no rezagarse. En medio de la muchedumbre, aquel chiquillo de cuatro años que, visiblemente, estaba haciendo una serie de preguntas, parecía un ratoncillo blanco en medio de un cortejo de bestias antediluvianas, uno de esos ratoncitos blancos que arrancan con los dientes unas tiras de papeles de colores de las cajas de hojalata en las que va impresa la buenaventura. Pero en aquel momento era innecesaria tal exhibición de ingenio.

»Nuestros gemelos estaban incesantemente fijos en la comitiva, luchando con la dificultad de localizar a papá y a tío Fini porque todo el mundo iba de uniforme vestido de negro. Tía Julia hizo observar que si Francisco José hubiese muerto tres años antes, su féretro hubiera sido seguido por el rey de Inglaterra, el zar de Rusia, el presidente de la República francesa, el rey de España, el rey de Italia, los monarcas de Suecia, Noruega, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Rumanía, Grecia, Servia... todos los reyes del mundo. Pero ahora sólo había un rey en el fúnebre cortejo, Fernando, rey de los búlgaros, y, según opinión de tía Julia, parecía un subalterno. Desde luego, el rey

de Baviera y el de Sajonia estaban allí, pero hacía ya tiempo que no eran considerados como verdaderos reyes, sino como restos despreciados del viejo Imperio germánico, como las estatuas barridas por la lluvia de la antigua Hélade del parque de Schönbrunn.

»Mamá y tía Julia no perdían de vista las proximidades del coche mortuario, en busca de Katalin Schratt, antigua favorita del Burgtheater y viejo amor del Emperador. Tía Julia aseguraba que la actriz había aparecido ante el lecho de muerte del Emperador. El propio emperador Carlos la acompañó, con ya sus sesenta años y enteramente vestida de negro. Según la opinión de mamá, fue una cosa de mal gusto, pero a mí me parece un gesto muy bello y muy humano. Los archiduques y las archiduquesas se marcharon asqueadas de la habitación cuando entró en ella. La actriz colocó un ramito de violetas sobre su batín de pelo de camello y se arrodilló al lado de la cama. Observó que la sortija con el sello real que ostentaba una cabeza de cabra montes en miniatura no estaba ya en la mano del cadáver. Ketterle, el anciano mayordomo, la miró silencioso, porque era el hombre que más sabía con respecto a los secretos del Emperador. La escena había sido descrita a tía Julia por tío Cini que se hallaba presente.

»Ni un sólo instante perdí de vista al rey Carlos con mis gemelos mientras caminaba detrás del féretro. Su paso era indiferente. De vez en cuando levantaba la vista hacia las ventanas atestadas y durante un instante sentí su mirada posarse en la mía. El cortejo avanzaba muy lentamente y en medio de un gran silencio.

»Y entonces ocurrió una cosa espantosa. Oí distintamente el disparo de un revólver a distancia, como un ligero chasquido en la gran plaza. El rey no se dio cuenta de ello, pero la gran masa de velos negros que parecía ser la reina pareció tambalearse. Inmediatamente alguien avanzó hasta su lado y ella se apoyó en su brazo. Yo lancé un grito ahogado.

—¿Qué ha ocurrido? Ha ocurrido algo? —preguntó mamá impaciente.

»Yo no contesté y mis gemelos temblaban en mis manos. Ni ella ni tía Julia se habían dado cuenta de nada. Ni la muchedumbre tampoco, al parecer. El atentado había fracasado y el cortejo siguió avanzando lentamente.

»He visto a Juan Hwang esta tarde. Un gesto mudo me indicó que estaba enterado del asunto. Pero se llevó un dedo a los labios indicando que no debíamos hablar del asunto. El hecho había sido guardado en el más estricto secreto, incluso por la Prensa».

CAPITULO III

ERAN las cuatro de la madrugada. La triste oscuridad de la noche cubría un cielo invernal. Una espesa niebla envolvía el campanario de la iglesia al dar las horas. Era un alba extraña. La luz comenzaba ya a filtrarse en la niebla a través de las ventanas de las casas de Buda y a aquella hora inusitada la luz bajo el sombrío cielo suspendido era como oro bordado en un interminable manto negro arrastrándose en un ocaso cenagal.

La niebla se preparaba para una gran ocasión, semejante a la cual sólo debían verse una o dos durante una centuria. Destacamentos de policía vestidos con uniforme de parada avanzaba por las calles; los húsares se dirigían apresuradamente hacia la real fortaleza, las masas relucientes y sombrías de sus monturas se fundían en la niebla a cada paso. El único ruido era el agudo choque metálico de las herraduras de los caballos sobre el pavimento e incluso eran tan tenue que parecía filtrarse a través del muro del extinguido siglo mientras la población entera de Buda aplicaba su oído a la pared para escucharlo. La niebla convertía la colina entera de Buda, los tejados y las torres en algo que parecía estar a punto de remontar el vuelo hacia algún sitio; las dos grandes águilas de bronce de los pilares de la verja de hierro con puntas de oro que rodeaban el palacio real parecían moverse como si agitaran sus alas. Hombres y mujeres parecían escurrirse de un pórtico a otro; ejército de criados que se habían levantado más temprano para llevar a cabo misteriosos encargos o pedir prestadas unas tenacillas para sus dueñas. De no haber existido en las angostas calles aquellos postes anunciadores, la ilusión medieval hubiera sido completa, porque difícilmente existía en Europa otro rincón que hubiese conservado el ambiente de los siglos pasados como la fortaleza de Buda, emplazada en lo alto de una loma sobre el Danubio, con sus deliciosos palacetes, sus pequeñas ventanas y su arquitectura posterior en declive que recordaban los ojos dulces y las espaldas encorvadas de nuestras viejas abuelas. En aquel momento parecían mirar excitadas; ¿qué indumentaria usarían los bisnietos de sus antiguos señores barrocos, y cómo se comportarían en aquella ocasión? ¿Podían acaso saber que aquélla era la última festividad de esta especie? ¿Podían saber que la muerte, su propia muerte, estaba espiándolos en la niebla negra, no muy lejos de ellos, apenas a algunas décadas? Sus viejas bodegas abovedadas no terminaban donde se hallaban los barriles de vino en medio de un aire frío y al lado de los muros cubiertos de telarañas. Túneles pavimentados con guijarros, chorreando humedad, llevaban desde las puertas angostas y secretas a las profundidades, para reunirse luego en un subterráneo común situado en las entrañas de la colina, a ciento cincuenta pies bajo el suelo, y dispersarse nuevamente. Estos antiguos corredores uníanse en las profundidades como los laberintos subterráneos abiertos por los topos y las cucarachas, las hormigas y los castores. Y todas esas cavernas subterráneas, reliquias de la dominación turca, eran enseñadas también a los extranjeros, quienes temblaban a la luz de las antorchas

al darse cuenta de la presencia de la Edad Media, mientras los guías referían rutinariamente la forma en que los infortunados habitantes de los pasados siglos buscaban en aquellas cavernas subterráneas un refugio contra las hordas asesinas de los turcos. Sobre todo en la vertiente oeste, estas cavernas elevaban algunas veces el suelo hasta los cimientos de una de las casas modernas habitadas jovialmente, como si fuera el espíritu de la tierra vejado por no tener ya utilidad alguna y el Ayuntamiento hubiese comenzado a tratar ya de la conveniencia y forma de rellenar aquellos túneles y cavernas. Afortunadamente las decisiones de los consejos municipales no siguen el ritmo de la historia. Los señores concejales no podían haber previsto el futuro; pero acaso aquellas matronas de hace quinientos años, con sus adornos de encaje en torno del cuello, ¿podían saber que estas profundidades salvarían miles y miles de vidas cuando viniese la tormenta? La tormenta en la que ningún escoliasta húngaro ni califa turco pudo jamás soñar, cuando el cielo arrojase llamas por treinta sitios distintos, cuando centenares de miles de bombas redujesen a cenizas y escombros los deliciosos palacetes, las dormidas y vetustas calles. En sus tiempos estaba escrito ahora que lo sabían, porque las casas pueden algunas veces parecer inefablemente tristes. Pero no revelaban aquel secreto suyo a las interminables columnas de policías y húsares que se dirigían hacia la fortaleza.

En la niebla negra y húmeda las compuestas tropas despedían un olor cálido de vainilla. Los obreros estaban todavía trabajando en el gran catafalco de ricos cortinajes escarlata en la gran nave gótica de la iglesia de San Matías y los grandes chorros de luz penetraban en la niebla sucia a través de la gran puerta de entrada como el celestial contenido de una inmensa sartén de oro que se derramase.

Era el alba del 30 de diciembre de 1916, el día de la coronación de Carlos de Habsburgo y Zita de Borbón en la capital de Hungría.

Grupos de periodistas se apiñaban a la puerta viendo trabajar a los obreros, porque a aquella hora temprana del amanecer no había otra cosa que ver. Había unos treinta, y no sólo fotógrafos, sino conocidos ilustradores y pintores con sus bloques de notas sacando apuntes de lo que veían. Todos los periodistas que habían estado en el parque de Schönbrunn estaban ahora allí; el anciano Kárai, el joven Paul Fogoly y Özessy, el fotógrafo de barba rubia de histórico recuerdo. Estaban fumando cigarrillos con el cuello del gabán levantado, sin sueño y temblando bajo el frío de la niebla húmeda. Esta vez su número había aumentado con colegas no solamente alemanes y austríacos, sino búlgaros y turcos también.

Súbitamente, Paul Fogoly agarró a Pognár del brazo y le susurró al oído:

—¡Venga conmigo!

Y salió corriendo por la niebla, tan espesa que Pognár podía difícilmente no perderlo de vista. Delante de ellos, en la luz que se filtraba por las ventanas, una figura alta y esbelta se dirigía apresuradamente hacia el palacio Dukay de Septemvir Utca. Llevaba un traje de la época angevina, con la toga hasta las rodillas, esa toga que sucedió a las capas de los hunos errantes y fue más tarde usada por los nobles

venecianos. La gruesa seda de color cereza centelleaba de lentejuelas; cortada diagonalmente en el frente y a la izquierda, el cinturón estaba dispuesto de forma que pudiera llevar una pesada espada. Los broches estaban adornados con martas, lo cual, a su vez, delataba la influencia del estilo bizantino. La larga espada recta, con su vaina forrada de terciopelo, colgaba de una cadena de plata sujeta a la cintura, a la manera francesa, y la cadena pasaba por el hombro derecho. Los coturnos eran largos y con las puntas levantadas; el cuero suave, de color amarillo limón, estaba doblado en los tobillos en una anchura de cuatro dedos, y el pliegue era de color pizarra. El caballero llevaba un gorro de terciopelo adornado de piel con el borde sin volver, como el que usaba el príncipe Andrés en el Sínodo de Cividale de Friuli. Sólo faltaba el halcón en su mano enguantada.

En aquellas horas del amanecer parecía un fantasma que, bajo la forma de murciélago y araña, hubiese pasado seiscientos años en los áticos de una de aquellas antiguas casas de Buda.

Paul Fogoly iba sin duda alguna en persecución de aquella figura. Pero antes de que los periodistas pudiesen alcanzarlo, el noble angevino había desaparecido bajo la puerta del palacio de Septemvir Utca.

—¿Quién era? —preguntó Pognár jadeante.

—¿No lo ha reconocido usted? ¡El príncipe Schäyenheim!

El nombre era elocuente. Todo el mundo sabía que el príncipe Fernando Schäyenheim-Elkburg pertenecía al círculo más íntimo del rey Carlos. Su aparición vestido de gala a aquella hora tan temprana sugería únicamente una secreta e importante conferencia en el palacio Dukay, que sólo podía estar relacionada con la cuestión de una paz separada.

—Vuelva a la iglesia y dígaselo a Kárai, pero a nadie más —susurró Fogoly.

Pognár salió corriendo y al poco rato el viejo Kárai, apoyándose en su bastón, al lado de su colega, salió de la niebla como un aparecido. Hablaron cautelosamente en un rincón oscuro, no fuese que alguien los viera, porque contaban con llevar mucha ventaja a los Reporteros extranjeros en cuanto a la conferencia secreta, tan inesperadamente descubierta, y a la entrevista en perspectiva. También el viejo Kárai era de opinión de que la presencia del príncipe Schäyenheim en el palacio Dukay a aquella hora estaba relacionada con algunos trascendentales acontecimiento de política extranjera. El nuevo rey llegaba con la rama de olivo de la paz. Uno de los hermanos de la Reina servía en el ejército belga y otro en el francés. Corría el rumor de que el príncipe Xavier había ya conferenciado con *monsieur* Cambon, el ministro francés de Asuntos Exteriores, informándole de que su cuñado no estaba dispuesto a sacrificar la Monarquía a la causa de la conquista alemana. Carlos había expulsado ya del Cuartel General de Teschen al personal germanófilo.

Los tres periodistas tenían la sensación de que habían tropezado con una de las convulsiones más secretas del sistema nervioso de la historia, y la perspectiva les hacía estremecerse. El viejo Kárai tomó un sitio frente al palacio y Paul Fogoly y

Pognár, respectivamente, a derecha e izquierda de la entrada, a fin de evitar que el príncipe Shäyenheim pudiese escapar a la entrevista cualquiera que fuese la dirección que tomase al salir.

Entretanto, el noble angevino, que no era otro que el hermano de la condesa Menti conocido entre sus amigos y relaciones por Fini, había subido detrás del portero las escaleras del palacio, una vez aquél le hubo acogido con una profunda inclinación a la que ni hizo caso. Ya gruesa alfombra de color verde guisante, absorbía el menor ruido que pudiese producir sus pisadas al subir, y este silencio hacía su andar todavía más espectral, como si notase en el aire. En su paso había una cierta elegancia ligera y juvenil combinada con un ápice de agotamiento; era el tipo de hombre que puede tener entre treinta y cinco y sesenta años. Sus orejas eran ligeramente prominentes, sus ojos marcadamente separados, las aletas de la nariz agudamente definidas y sus gruesos labios daban la sensación de haber sido formados para absorber ostras, champaña, labios de mujeres u otras cosas, como resultado del mismo proceso evolutivo que dio la trompa al elefante y el largo cuello a la jirafa a fin de que pudiesen alcanzar las ramas superiores de los árboles. En el aspecto del príncipe Fini y en la fragancia de su higiene había un cierta elegancia, como si hubiese sido creado para saborear los más altos placeres de la vida y particularmente para los fines del amor en su más artístico sentido. Un producto de la degeneración del hombre; esto es lo que el pueblo mal guiado por el prejuicio hubiera podido llamarlo. La diminuta barbilla del príncipe se metía súbitamente en su cuello. Su rostro pedía ser el de un payaso después de haberse quitado los grotescos colores. Pero el rostro de Fini expresaba algo más que eso: era tierno, risible, simpático; era a la vez cruel y vago.

A lo largo de la escalera ardían todavía algunos globos de luz y de las dependencias de la servidumbre llegaban el rumor de unas voces. Fini llegó al segundo piso, dio la vuelta a la derecha y tomó por un corredor uno de cuyos lados estaba lleno de armarios. Varias camareras, al cruzarse con él, pisando sin hacer ruido con sus mañaneras zapatillas de fieltro, dirigieron un respetuosa saludo al visitante disfrazado. Todas las habitaciones estaban ocupadas por invitados que habían acudido expresamente para aquel día. Fini seguía flotando con la cabeza alta y la espalda erecta como un fantasma familiar que conociese su camino por entre aquellas estancias. Torció hacia la izquierda al llegar a una bifurcación del corredor y, a pesar de que éste estuviese completamente a oscuras, hizo girar sin vacilación el picaporte de la tercera puerta y entró sin llamar. Una tibia oscuridad lo acogió en la estancia. El aire parecía falto de oxígeno y saturado de olores. Buscó el interruptor y encendió la luz. El candelabro de Venecia iluminó una habitación plafonada con grandes cortinas de seda verde que cubrían toda la pared exterior. Aquellas cortinas hubieran dado la sensación de hallarse en una cámara mortuoria al que hubiese visitado aquella

habitación por primera vez. Grandes cuadros colgaban de las paredes, un Courbet, un Delacroix, un Renoir, un Greco. A la derecha, sobre un vasto diván turco, dormía Kristina. Sólo unos mechones de cabello negro aparecían por encima de la colcha, fascinadores en su promesa. La colcha dibujaba los perfiles del cuerpo de la durmiente, acostada de lado, con la espalda encorvada y levantadas las rodillas, con los diez dedos bajo la nariz. Era la posición de un feto soñando deliciosos sueños en el seno de su madre. La gente que duerme en esta posición conserva hasta el final de su vida algo de la floración de la infancia. En el piso de abajo, en una habitación semejante y una cama análoga, dormía la condesa Menti en la misma posición embriona. Hacía dos semanas que había sido nombrada Dama de Honor de la nueva reina. Los billones de células que constituyen el organismo humano están incesantemente en febril actividad en sus presiones linfáticas, llevando a cabo un increíble comercio conocido por la ciencia moderna con el nombre de secreción interna. En el activo laboratorio de las células, se producen también sustancias que no son expelidas con los desechos, sino que regresan al sistema circulatorio para ayudar o impedir la digestión, inhibir o estimular la vida sexual. Estos elementos son conocidos de la ciencia con el nombre de hormonas, pero el mundo se obstina en hacer referencia a ellos llamándoles virtudes femeninas, impulsos criminales o facultades creadoras, si bien es obvio que el constante y misterioso laboratorio tiene muy poca influencia en la elaboración de las leyes de los hombres o de las provinciales reglas de etiqueta.

Fini se acercó a la cama y con su voz rasposa por el tabaco exclamó:

—«*Giddap you're old neck!*».

Fini había aprendido esta expresión mucho antes de la guerra, en América, donde había pasado año y medio, después de haber dicho a todo el Casino que iba a cazar el puma. Fini era un jugador diestro y profesional que arriesgaba cantidades tan importantes que cada noche lo ponían al borde de la ruina o de la fortuna como una canoa que alza y baja correlativamente su proa. Tomó la decisión de irse al extranjero una mañana en que la canoa se hallaba en medio de la corriente, lo cual hizo posible el viaje a América según la duración y estilo a que estaba acostumbrado. El príncipe Fini formaba parte también de la nobleza húngara porque era el propietario de una inmensa propiedad situada al otro lado del Danubio, propiedad que con el transcurso del tiempo se había ido reduciendo a unos ocho mil acres, sumergidos en un mar de hipotecas, contribuciones atrasadas y pagarés a los corredores de apuestas, copiosos como los bloques de hielo que se acumulan en los pilares de un puente al empezar el deshielo de primavera. Fini sabía aproximadamente ocho palabras de húngaro. La pobreza de este vocabulario quedaba en parte subsanada por el hecho de que estas ocho palabras procedían de las más íntimas minas de oro del idioma popular, palabras sonoras y fragantes, normalmente destinadas a decir obscenidades. Fini, algunas veces, pronunciaba estas palabras inoportunas durante las pausas que se producían en

las conversaciones sostenidas en alemán, inglés o francés en las comidas, salones femeninos o funciones diplomáticas, de una manera inesperada y sin premeditación, y a los que las entendían —en general, los criados que servían la mesa— les producían un efecto que sólo hubiera podido conseguirse de otra forma, soltando ratas vivas sobre los manteles y dejándolas que rodasen por entre la cristalería y las porcelanas. Fini deslizaba estas palabras —o breves, pero lamentables expresiones formadas con estas palabras— durante las pausas de la conversación, con el mismo tono y expresión que podía emplear para decir *Michelangelo*, *Sociedad para la Prevención de la Crueldad en la Infancia*, o *Igualdad*, *Libertad*, *Fraternidad*; y en la pronunciación de estas escabrosas palabras había una especie de rebelión del espíritu humano contra el insípido vacío del formulismo, el mortal aburrimiento de la seriedad. La sorprendente e inesperada explosión de estas palabras indicaba también que un príncipe Schäyenheim puede permitírsele todo. Cuando Fini anunció su viaje a América, su actitud fue considerada muy natural, porque incluso bajó un punto de vista internacional, el príncipe pasaba por un cazador formidable y su más reciente triunfo había sido llegar a finalista en el tiro de pichón artificial de Niza. Después de varios meses de ojeo consiguió encontrar el rastro de un puma que usaba gruesos lentes, en Iowa, y era la muchacha más rica de la ciudad de Des Moines. Su padre comía en mangas de camisa y en su despacho ponía los pies sobre la mesa, agarrando sus tirantes con los pulgares, mientras sujetaba, en el lado izquierdo de los labios, un cigarro con la fuerza con que un perro sujeta un hueso cuando tiene miedo de que alguien se lo quite. En lugar de lenguaje, mister Homdike emitía unos gruñidos guturales comprensibles para los *iowanos*, pues también ellos usaban este lenguaje como lengua humana. *Mister Homdike* fiscalizaba toda la industria del cerdo en Iowa, además de lo cual poseía una mina de carbón en Dubuque. A Fini le tenía sin cuidado que todos los miembros de la familia, padre, madre, hija y muchacho de catorce años, pareciesen cerdos cebados, porque Patricia, que frisaba los treinta años, aportaba una dote de varios millones de dólares. Fini, como buen cazador, se acercó a su presa a sotavento hablando con su padre de negocios. Sabía exactamente a qué distancia podía acercarse de la fiera y sabía también que podía colocar la bala en el punto vulnerable. Este punto era la instrucción europea de Patricia que hablaba de una manera tolerante el francés y había leído *El conde de Montecristo*, de Dumas, en versión original. Fini tenía fe en su arma de fuego y esperaba el momento oportuno. La temporada de caza era buena, porque eran aquellos años en que gran número de aristócratas europeos mataban su primera pieza en Wall Street o en las vertientes vírgenes de la industria americana. Pero mister Homdike resultó ser un animal de piel extraordinariamente gruesa, porque después de la reverberación del primer disparo — que fue la petición de la mano de su hija para el príncipe— desapareció, desterró a Patricia y demás parientes a Mount Vemon y rompió toda negociación con Fini. *Mister Homdike* no sabía lo que hacía, no se daba cuenta de que privaba a su hija de la oportunidad de sumergirse en el maravilloso color y sabor de la vida, porque a

aquella rolliza muchacha con lentes el príncipe Fini la hubiera llevado a tiempo de vals de un *savoir vivre* de alto estilo, cuya idea ninguna muchacha de Iowa, acostumbrada a la consumición de insípidas tartas de manzanas, jamás podía haber concebido, sin hablar de que, en manos de Fini, su peculio hubiera podido hacer milagros agrícolas e industriales en su pobre pero deslumbrante hogar europeo, porque Fini no era solamente un jugador, sino también un agricultor perfecto, así como un marido tierno; un caballero de pies a cabeza. Fini no persiguió a su presa, sino que miró hacia otro lado y sacó otra arma mejor: su destreza en los naipes. Sin embargo, las notabilidades de Iowa, con mister Homdike al frente de ellos, lo despojaron de su último dólar en el Club del Halcón Negro, hazaña que puede ser posiblemente atribuida a que aquellos endurecidos luteranos, magnates de la industria del cerdo, eran modelos de sobriedad en un tiempo en que Iowa era uno de los pocos estados en que la venta de bebidas tóxicas estaba prohibida. Habiendo terminado sus municiones, Fini trasladó su lugar de residencia a una ciudad más pequeña, Ames, y en vista de que su cable de petición de fondos parecía haber naufragado en el Atlántico durante su viaje a Budapest, aceptó provisionalmente un empleo de domador de potros, porque además de todas sus otras habilidades entendía mucho en caballos. Gozando de un alma alegre y equilibrada, su aventura lo divirtió enormemente. Varios meses después, cuando volvió a ocupar su mesa de juego en el Casino, las asiduas preguntas obtuvieron tan sólo la respuesta —hecha a través de su larga boquilla— de que no quedaban ya pumas en América.

Ahora, mientras permanecía de pie con su traje de noble angevino al lado de la cama de Kristina, con un fantástico alarde de cintajos en el pecho y su emblema de oro de chambelán colgado en la cadena izquierda, aquel «*Giddap yore old neck!*» — frase que había aprendido con los caballistas de Iowa— parecía verdaderamente fuera de lugar en aquel ambiente y dirigida a una condesa de cuello de cisne dormida bajo la luz de candelabro.

Kristina movió la cabeza y, guiñando un ojo hacia la puerta, dijo con una voz que parecía el primer piar de una pajarillo antes del alba:

—¿Finí?

—Sí, querida.

Respondió en inglés. Era cuestión de humor en él comenzar una conversación en inglés, alemán o francés, porque su espíritu estaba, al fin y al cabo, por encima de los nacionalismos.

—¿Qué hora es?

—Las cuatro. ¿No recuerdas que tenía el encargo de despertarte?

Kristina se sentó en la cama y bostezó formando una O perfecta con sus labios. Después parpadeó con sus sensuales ojos azules.

—Apaga el candelabro.

Al propio tiempo encendió la lamparilla que tenía en la mesa de noche. Fini acercó el amplio sillón de grandes cojines al lado de la cama. Kristina bostezó varias

veces, husmeó, se frotó los ojos con los puños y sacando los pies de debajo de la colcha los metió en unas sandalias caucasianas de punta levantada. Los tobillos de sus blancas piernas estaban todavía rojos por el sueño como si se los hubiese pintado.

—¿Has traído las invitaciones?

—Sí querida.

Kristina saltó de la cama y permaneció desperezándose un momento; la lámpara detrás de ella relucía a través de su camisa de noche de batista malva y miró hacia el cuarto de baño. Cuando regresó Kristina, Fini sacó su cartera con aquel movimiento tan conocido a los habituales clientes de los burdeles de París.

—Aquí están las invitaciones. Una es para la iglesia, la otra para la comida. Búscame en la capilla; procuraré meterte entre las Damas de Honor desde donde verás mejor. A propósito, ayer Su Majestad me preguntó: ¿Cómo está la linda condesita Dukay, *der tullí Katz*?

Se despidió con un movimiento de su mano enguantada de blanco y salió. Su paso al avanzar por los corredores, era tan animado como al llegar y bajó las alfombradas escaleras con el mismo porte de dignidad, la cabeza alta y una cierta expresión nebulosa y soñolienta en el rostro, como los cancilleres de antaño. Ni había cerrado los ojos en toda la noche, habiendo salido del Casino a las tres de la mañana, donde un huésped de los aristocráticos austriacos, venido de Viena para asistir a la coronación, había jugado grandes sumas contra los señores de la *puszta*^[11].

Cuando salió por la puerta abovedada del palacio Dukay, los tres periodistas que estaban al acecho se arrojaron sobre él por tres lados distintos. El viejo Kárai fue quien le dirigió primero la palabra, porque era el único de todos que hablaba bien el alemán. No era simple altruismo lo que había llevado a sus colegas a compartir el secreto con él.

—¿Vuestra Alteza tendría la bondad de decir a la Prensa húngara dos palabras sobre los motivos de...?

No había terminado la frase cuando Pognár, poniéndose delante de él, lo interrumpía hablándole en un alemán atroz:

—*Was ist geschebben in die Dukay Palast?* (¿Que ha ocurrido en el palacio Dukay?).

Pero se arrepintió inmediatamente de su interrupción al darse cuenta de que *Palast* requiere *der* y no *die*^[12].

Fini quedó sorprendido ante el ataque de los periodistas, pero al propio tiempo sintió halagada su vanidad. Levantó ligeramente la barbilla, y con inimitable elegancia, con la inflexible cortesía de la cual sólo era capaz un noble angevino, dijo:

—Caballeros, lo siento infinito pero... sin comentarios.

Dadas las circunstancias hay que reconocer que no había en verdad otra cosa que

decir. Saludó, y desapareció en la niebla de Septemvir Utca. Fini era un miembro importante de la Comisión Organizadora que pasaba la noche en vela. En aquel momento se dirigía a la residencia del comité.

Decepcionados, los tres periodistas regresaron a la iglesia. Pero el interés humano es un factor importante en la profesión de periodista. Pognár se rezagó y a la luz de una pastelería anotó en su carnet lo siguiente:

«4 y media de la madrugada. Los alrededores de la iglesia de la coronación duermen todavía. El príncipe Fernando Schäyenheim-Elkburg ha entrado por la puerta barroca del palacio Dukay de Septemvir Utca llevando un maravilloso traje angevino. Nuestro corresponsal cree que un hecho histórico tiene lugar en estos momentos detrás de las ventanas del palacio. Lentamente, pero con decisión, el destino de la Monarquía toma un nuevo rumbo. Millones y millones de hombres están en esta hora sombría y tempestuosa sufriendo en las húmedas y negras trincheras, teniendo todos ellos cita con la muerte. A las cinco y nueve minutos el Príncipe ha salido del palacio Dukay. Tenía una expresión satisfecha. Se sabe que tiene una íntima amistad con el rey Carlos. No sólo la nación húngara y todos los pueblos de la Monarquía, sino el mundo entero que sufre tiene un deber de gratitud para con el noble príncipe por la influencia que ha ejercido sobre importantes cuestiones de política extranjera durante los cincuenta y siete minutos que ha pasado en el palacio Dukay».

Entretanto, Kristina, sentada en el borde de la cama, estaba examinando con sus ojos ligeramente miopes las dos invitaciones que ostentaban la corona de la casa reinante de Hungría. Fini había cumplido su promesa. No creía una palabra de la pretendida pregunta del Rey con respecto a ella, porque conocía muy bien a Fini y sabía que no vacilaría en decir una inofensiva mentira con tal de complacer a alguien. Y tío Fini era un hombre sagaz porque sus palabras le habían procurado un indecible gozo, a pesar de saber que eran mentira. «*Der tulli Katz*»..., esta frase vienesa, aplicada a las muchachas lindas, era típica de Fini, tan personal suya como podía serlo la cadena de su reloj o su sortija de sello. Pero, ¿era acaso imposible que dos hombres coincidiesen sobre unas mismas palabras como si brotasen del insondable fondo del mar? Quizá fuese verdad. También el Rey empleaba al hablar frases vienesas.

Los hombros de Kristina se estremecieron nerviosa y espasmódicamente, porque estaba cogida en la dulzura de la mentira como un pájaro en la liga. Cerró los ojos, y sus dientes ligeramente irregulares brillaron entre sus labios, como cuando alguien, bajo un intenso dolor, masculla algunas maldiciones. De nuevo se echó de espaldas y con los brazos extendidos sobre la cama.

Ni una sola vez había hablado Kristina con nadie de su amor por el Rey salvo con Fini, quien, como debe recordarse, fue quien la mandó al fondo del pozo. Esto

ocurrió una noche en que se encontraron casualmente solos con varias botellas de champaña. Y Fini quedó muy emocionado por la celestial belleza e inocencia de aquel amor no correspondido.

Eran las seis de la mañana. Los criados y las doncellas comenzaron, como medida preliminar, por encender los candelabros de las habitaciones del conde Dupi, la condesa Menti, sus hijos y los invitados. György, que tenía dieciocho años y era cadete de húsares, era uno de los que llevaban el cetro. El traje de paje aguardaba a János, de diez años. Y Zia, que tenía sólo seis, había sido destinada con su institutriz a una ventana de ala derecha del palacio que daba sobre el paso de la comitiva, desde donde podía ver perfectamente el desfile. La ventana contigua estaba reservada a Rere, con recomendaciones especiales dadas al señor Badar de que no perdiese de vista un instante, porque la excitación de aquella muchedumbre podía provocar imprevistas reacciones en su corto entendimiento.

Testigos de vista que habían asistido a la coronación de Francisco José y Elisabeth en 1876 y, después de la muerte de la reina Victoria, a la coronación de Eduardo VII y Jorge V, aseguraban que la coronación de Carlos IV y Zita de Borbón sobrepasó a todas las demás en pompa y esplendor. Y no había exageración alguna en tal aserto. Por su ancestral origen oriental, el pueblo húngaro y, más concretamente, los miembros de las más altas esferas, que tenían todavía antigua sangre turca, cuyos asiáticos antepasados llevaban tributos en forma de caballos, pieles u oro, saben más de la pompa oriental que ningún otro pueblo de Europa. Además, esta coronación tenía efecto durante el tercer año de la Guerra Mundial, cuando la joven pareja real y la anciana aristocracia estaban saturados de siniestros presentimientos; era una especie de ceremoniosa danza de despedida al solemne tañir de himnos y campanas, al temblor de los órganos en la Misa, mientras el rugido del cañón en la cima de las colinas de Buda resonaba como si siniestros sollozos hiciesen estremecer las crestas de las lomas. Sobre este fondo negro, aquella ostentación de colores era todavía más brillante. Banderas, suntuosos carruajes, trajes de gala, guardas, portadores de escudos, arneses y joyas ancestrales relucían en las profundidades del pasado como las iridiscentes tonalidades de un pez de los abismos del océano; incomparables índigos, inefables carmines, rutilantes verdes y amarillos, blancos y negros, maravillosos tonos de las profundidades que duran mientras la víctima del anzuelo jadea y mueve sus branquias, pero que desaparecen de las viscosas escamas en cuestión de segundos, al quedar solamente un pescado gris en el fondo de la embarcación. La arcaica pompa de la coronación durante aquella mañana nebulosa y fría de diciembre, la virginal hermosura de aquellas *klenodias* de mil años, resucitadas del cristalino catafalco del tiempo, se elevaba por encima de las olas de la Guerra Mundial como una cabeza de Gorgona cercenada por la espada de Perseo de la Entente, que la hubiese separado ya de la antigua nación; pero en esta cabeza

cercenada de la horrenda mueca de su boca, de la acerba maldición de sus labios azules y temblorosos y de las sierpes de su cabello, los artistas afectos a la Comisión de festejos habían hecho una imagen de ideal belleza incluso en medio de las agonías de la muerte, como el pincel de Leonardo y el buril de Daujón con el horrible aspecto de la Medusa. La idealización fue un éxito y la coronación fue bella. ¿El pueblo? El pueblo estaba representado por un puñado de jóvenes y entusiastas periodistas, la mitad de los cuales estaban sumidos en el hechizo de sus propias palabras después de haber sido levantados de la cama a medianoche por las imperativas exigencias del cumplimiento del deber, mientras la otra mitad gruñía y se quejaba, temblando de frío después de una noche de insomnio en el Club de Prensa. La distribución de las invitaciones estaba cuidadosamente restringida a los elementos de toda confianza, ministros de la Corona, generales y sus familias, ayudas de cámara y doncellas de los grandes terratenientes. El pueblo hubiera sido inútil buscarlo detrás del cordón militar que guardaba la fortaleza; la muchedumbre a lo largo del trayecto de la comitiva era escasa y las tribunas reservadas mostraban huecos también. El pueblo —muchos de cuyos hijos habían acudido de distintas alquerías hacia los grandes centros de reclutamiento de la gran ciudad el día en que estalló la guerra, con todos sus bienes en un hatillo colgado de la punta de un bastón, se habían reunido como los hijos de Rákoczi y Kossuth con la idea de que ahora pelearían contra los austriacos y los Habsburgo, porque, ¿qué otra cosa podía amenazar la libertad magiar?—, el pueblo, como consecuencia de un prudente acuerdo lleno de tacto, tomado por el comité, no tomaba parte en la coronación. Cuando uno de los artistas, por ejemplo, sugirió que la más bella escena de ritual, el juramento de la coronación, debía tener lugar en el Baluarte de Pescadores donde la muchedumbre a lo largo de las riberas del Danubio pudiese ver y donde el simbolismo de la ceremonia sería suficientemente interpretado en las llanuras del Este, el Comité rechazó rotundamente la idea, temiendo que el Rey fuese en aquel baluarte abierto un fácil blanco para la bala del asesino. Era mucho mejor conservar a Su Majestad y a los preeminentes dignatarios detrás de los gruesos muros de la fortaleza de Buda, en una habitación bien cerrada.

Sin embargo, la guerra estuvo también presente en la coronación en la persona de cincuenta guerreros. Su grupo en uniforme de campaña formaba la única mancha verde oliva de aquella amalgama de colores, una mancha del nebuloso firmamento de la guerra. Eran los heroicos guerreros de espuelas de oro postrándose de rodillas ante el trono, esperando que el Rey los armase caballeros con la espada de San Esteban. El Comité Organizador, merecía los más calurosos plácemes por no haber olvidado a aquellos que vertían su sangre por su rey y por su patria en los lejanos campos de batalla. Verdad es, desde luego, que un historiador del futuro, al leer estos heroicos cincuenta nombres —que incluían veinticuatro aristócratas y, por una milagrosa casualidad, veintidós cuyos nombres tenían una viva semejanza con los de algunos generales y ministros—, leyendo estos nombres, decimos, el historiador podría ser llevado a la conclusión de que las trincheras, hospitales, campos de prisioneros y

pozos de barro estaban únicamente ocupados por hijos de generales y ministros mientras el pueblo se hallaba tranquilamente en casa fumando en pipa al lado del fuego. Pero al lado de esta aparente desproporción, los futuros caballeros eran gente ya veterana, algunos de ellos con una sola pierna o de otra forma mutilados; y, no obstante, en cierto modo, parecían un triunfo de la química alemana que era capaz de fabricar mantequilla comestible con la grasienta superficie del agua sucia.

El Comité, en su cordura, fue incluso más lejos. De uno de los hospitales militares fue llevado un pelotón completo de inválidos que se estacionó en una de las calle laterales. Los veteranos inválidos cantaban sin cesar alegres canciones humorísticas y la calle entera vibraba con el *Fanny Schneider*, con los marciales acordes del *Őrmester úr fekete subája* o *Vékony héja van a piros almának*; como para demostrar que los que habían perdido una pierna estaban todavía de buen humor, y de no haber habido allí un buen número de policías para contenerles, hasta el último de los presentes se hubiera precipitado hacia los campos de batalla para patearle los sesos al enemigo.

A las seis y media de la mañana era todavía de noche, pero las dos Cámaras del Parlamento estaban ya reunidas en sesión conjunta, dando a la coronación su sanción legislativa de acuerdo con las antiguas leyes del país. Después de una breve reunión, mil quinientos carruajes se dirigieron hacia la fortaleza porque en aquel tiempo los tiros de caballos eran considerados más elegantes que un automóvil. La lluvia caía pausadamente. A las siete era todavía de noche cuando dos guardas de la corona rompieron los sellos de la verja de hierro de la capilla de Loreto y abrieron el cofre, también de hierro, que había dentro. Colocaron la corona, el cetro, el manto y la bola de oro sobre almohadones de terciopelo rojo, guardando un reverente silencio como si expusiesen sacramentos reales al aire mundano. Un destacamento de guardas de la corona vestidos de uniforme vigiló toda la ceremonia.

Entre tanto, la iglesia de San Matías comenzaba a llenarse de espectadores como un vasto teatro. Las maravillas de los antiguos orífices formaban grupos artísticos de caballeros y damas enjoradas con piedras preciosas, diplomáticos extranjeros recamados de oro, prelados con suntuosas vestimentas y generales con plumaje de loro. Los muros y pilares del templo estaban recubiertos de terciopelo escarlata que añadía su nota de color a la brillante amalgama acumulada bajo las arañas resplandecientes. Archiduque y archiduquesa ocupaban sus sitios en el santuario y, aparte el hecho de que la Reina llevaba consigo a los cuatro retoños amados de su corazón, era consolador pensar que la casa de los Habsburgo estaba muy lejos de quedar extinguida.

A las ocho y media, el órgano comenzó a sonar y el coro entonó el *Ecce Sacerdos Magnus*. Los prelados oficiantes entraron formando un arco iris de púrpura, rojo, blanco, negro, oro y plata. Cada uno de ellos tenía que representar un papel determinado en la liturgia. Un obispo especial, el *infulistus*, llevaba la mitra del Príncipe Primado. Un canónigo especial, el *bugifer*, llevaba el cirio episcopal. El

personal era dirigido animadamente por el *pastoralistus* que tenía tanto empeño en guardar la compostura como si no tuviese confianza en sus subalternos. El incienso y los incensarios eran llevados por los *turiferi*. Un *librifera* llevaba el enorme libro de plegarias y detrás de él iban los portadores de cirios, o *acolythi* y los *lotores* o portadores de lavatorios. El Divino Servicio siguió adelante sin una falta, armoniosamente. El desacuerdo entre la colocación de los invitados fue relativamente grande. Un anciano de larga nariz con un cuello rojo como el de un pavo amonestó en voz alta al Comité Organizador porque él, único invitado real a la coronación, había sido sentado en el mismo palco que un chiquillo de cuatro años. Este caballero, que usaba el rojo uniforme de general húngaro, era Fernando Coburgo, rey de Bulgaria. En vano trataron de explicarle que el chiquillo era Otto, el príncipe heredero, su igual en el trono de la monarquía austrohúngara; sus ojos lanzaban chispas mientras le daba la espalda moviendo su mano con cólera, como si supiese por alguna misteriosa fuente de información el exacto valor de este trono.

En general, todos estaban ofendidos por haber sido colocados donde estaban porque se habían mirado en el espejo con sus trajes de gala antes de salir de casa y habían decidido que su indumentaria —y más particularmente la persona enfundada en ella— alcanzaba una perfección y belleza que sería difícil sobrepasar. Cada uno de ellos pensaba, por lo tanto, que los demás impedían el lucimiento de su esplendor, causa de que los carámbanos de la insultada alteza pendiesen de las narices y los labios de todos ellos.

Kristina buscó entre la muchedumbre al príncipe Fini, permaneciendo de pie y tratando de ver algo por encima de las *épaulettes* de oro. Finalmente consiguió hallar su mirada a través de la masa de cabezas contiguas. Fini le hizo una señal con un amistoso guiño de su ojo izquierdo. Un momento después se abrió paso hacia ella a través de la muchedumbre y exclamó nerviosamente, con tono de reproche y casi con rudeza: «¿Qué significa eso de venir tan tarde?», y habiendo alejado así toda sospecha de especial privilegio, agarró a Kristina por la muñeca y se la llevó entre las Damas de Honor, a pocos metros tan sólo del santuario y del treno, posición desde donde se gozaba de la mejor vista.

Kristina estaba de pie al lado de una columna, con la mano derecha en su garganta como si temiese que de su yugular se escapase un chorro de sangre. Cercana al desvanecimiento, cerró sus ojos durante unos segundos. Esperaba al Rey, esperaba el introito. El canto del coro y el mugido del órgano le daban la sensación de ser ingrávida; le parecía elevarse por encima de toda ceremonia, impelida por sus joyas y su atavío.

El rey se acercaba. La carroza real que una vez había transportado a María Teresa, había salido ya de la fortaleza arrastrada por ocho caballos bayos. Palafreneros de peluca montaban los primeros y los últimos caballos; caballerizos de rodela trotaban

a los lados del suntuoso carruaje dorado; los cortesanos y escolta real venían detrás. La escolta a pie precedía al carruaje, mientras un escuadrón entero de húsares cerraba la marcha. Los pañuelos revoloteaban en las ventanas y tribunas; el populacho estaba frío, pero, a pesar de ello chillaba. En la iglesia los dignatarios tendieron un palio sobre la cabeza de la pareja real.

Estallaron entonces las charangas, y los timbales redoblaron. El conde Carlos, el cazador de leones, hizo observar a la condesa María, que estaba a su lado, que todo aquello tenía cierta semejanza con los ceremoniales *huli-huls* de los indígenas de Uganda, y que se parecía todavía más si todos los presentes se desnudasen. La Condesa, ofendida, volvió su cara de pájaro hacia el otro lado. Las almas estaban profundamente impresionadas por la grandiosidad del momento Kristina no veía casi nada a través de sus lágrimas. El presunto heredero, con sus cuatro años, vestido de satén tan blanco como la nieve, se quitó su gorrito de *aigrettes* y lo agitó en todas direcciones mientras trataba de reunirse con los adultos agitando sus piernecitas. Los vítores aumentaban a medida que la real pareja se acercaban al altar, tal como había sido ensayado el día anterior, tal como concienzudos actores, envueltos en impermeables, hubiesen declamado a Shakespeare en un escenario vacío delante de una platea desierta. La ceremonia empezó. Los prelados se dirigieron mutuas preguntas y respuestas en latín, entonando el arcaico poema de los textos tradicionales cuya simplicidad había llegado a nosotros desde distantes centurias; todo aquel helado esplendor, toda aquella espectacularidad no estaba desprovista del rústico encanto del espectáculo de la Pasión. «¿Es vuestro deseo elevar al más perfecto caballero aquí presente a la dignidad real?», preguntó uno de los prelados, y el otro entonó: «¿Os es sabido que merece tal dignidad?». Y una voz, con una cantinela, respondió: «Sí, lo sé y lo creo». Ante lo cual el Príncipe Primado declaró: «Deo gracias». Gracias a Dios todo está conforme, vamos a coronar a este excelente caballero. Sí, indudablemente en todo aquel antiguo ritual había algo del encanto de las representaciones populares, algo de la fresca dulzura de la tierra que saturaba aquellos artificiosos diálogos de los prelados al simular que todo dependía de la respuesta del arzobispo de Kalocsa; que todo iría de una manera diferente si el Arzobispo, por ejemplo, comenzara a rascarse la nariz con el índice en que brillaba el anillo pontifical y respondía: «No se lo tome a mal, Reverendo Padre, pero, a decir verdad, no estoy muy seguro de que este digno caballero aquí presente, suficientemente bien educado, pero no muy reacio a empinar el codo de vez en cuando, sea idóneo para ocupar el trono en estos difíciles tiempos». Y si el Arzobispo hubiese contestado esto, el Príncipe Primado hubiese dicho: «Entonces, ¿qué está usted diciendo, venerable hijo? Llévase usted a este muchacho a casa y esperemos a encontrar el hombre digno de ocupar el trono de San Esteban. Y en cuanto a ustedes, damas y caballeros, a casita que llueve, la ceremonia de la coronación se ha aplazado». Afortunadamente tal peligro no amenazaba el drama tradicional, porque el autor era la propia historia de aquel rutinario ceremonial que no admitía cambio en el

texto, pero cuando la ceremonia haya terminado, cuando sea demasiado tarde, la representación misma demostrará que aquel muchacho de veintinueve años que acaba de arrodillarse en los peldaños de un trono de púrpura y jurado la constitución, era verdaderamente inadecuado para su misión y hubiera hecho mejor solicitando una pensión de capitán de dragones mientras estaba a tiempo o abrir una zapatería o una pollería en una de las calles secundarias de Viena o hacerse plantador de tabaco en Sudamérica, la mejor manera de criar con decencia a sus siete hijos en perspectiva. Pero, ¿quién puede prever el porvenir? Quizás el Palatino, tan sólo, el primer señor de la tierra, aquel barbudo noble protestante de gruesos lentes que puso la corona, sobre la cabeza del Rey y cuyo sino estaba ya escrito en su rostro; porque sólo dos años después los rifles de la revolución habían de derribarlo en el vestíbulo de su casa.

Pero entonces, en medio de la excitación del fausto y esplendor, nadie pensaba en el futuro; ni aun entre los periodistas había ninguno suficientemente cínico para permanecer imperturbable cuando —con gran sorpresa de todos ellos— el Rey tocó con su frente el peldaño del trono, demostrando su profunda humildad cristiana, guiado en aquel momento no sólo por la dirección escénica de su papel sino por los dictados de su propia alma. Entonces, en aquel acto de obediencia, el drama alcanzó su apogeo, un drama que trascendía de los muros de la catedral y que era el de millones y millones de hombres que se hallaban en las trincheras húmedas de los distintos campos de batalla.

Súbitamente, de forma inesperada, el sollozo de una mujer rompió el silencio, procedente de la dirección donde Kristina estaba. Era como si ella y su sensibilidad constituyesen el nervio único que sufría la increíble tensión espiritual que prevalecía en toda aquella iglesia atestada. Por otra parte, se oían también otras mujeres que lloraban más quedamente, como en un funeral.

—*Accipe gladium!* (¡Coja la espada!) —dijo la voz del Primado cuando el maestro de ceremonias, el senescal y el chambelán, asistidos por los obispos, ciñeron la espada milenaria del primer rey santo en la cintura de su rey que se había puesto de pie. El Rey desenvainó la pesada espada, se volvió hacia la concurrencia y la blandió tres veces, después secó la hoja en su manga tres veces más y volvió a envainarla con la expresión de un malabarista que tiene buen cuidado en no hacer un falso movimiento. En aquel momento tenía una vez más el aspecto de un pelele sin vida.

Al terminar la ceremonia de la coronación, el Rey abandonó la iglesia al lado del Ministro de Asuntos Exteriores recamado en oro y fue acomodado en la silla ante la puerta principal por un abanderado que estaba pálido de emoción porque había llegado demasiado tarde para la ceremonia. Mientras se vestía se dio cuenta de que la maravillosa insignia magiar de su dignidad, cuajada de pedrería, había desaparecido. Una minuciosa investigación reveló que su hijo de dieciocho años le había echado mano pocos días antes para pagar unas deudas de juego. La tienda del Prestamista estaba cerrada a aquellas horas del amanecer, y la corona de San Esteban había ya

ceñido las sienes de Carlos IV cuando las joyas pudieron ser recuperadas.

Ahora la comitiva iba guiada por un escuadrón de milicianos a caballo, detrás de los cuales iba el alcalde de la ciudad y los consejeros municipales seguidos de los representantes de la Justicia, de los condados y de las poblaciones, con sus tradicionales estandartes. Venían después los miembros de la Alta y Baja Cámara, caminando con dignidad. Tras ellos, las once banderas de la nación, llevadas por jinetes con uniforme de gala, flotaban a la brisa; es decir, hubieran flotado si hubiese habido brisa, pero sólo una lluvia menuda caía del cielo encapotado. Las once banderas eran los estandartes de Bulgaria, Eslovaquia, Rumanía, Ladomerie, Halicz, Servia, Rama, Croacia, Dalmacia, Transilvania y finalmente la propia Hungría; de nuevo —y por última vez—, pasaron sin ondear ante las tribunas medio vacías; fúnebre reliquia del poderoso rey Matías y los angevinos. Tras la masa de colores cabalgaba el Heraldo Real, el Primer Mayordomo y los portaestandartes, llevando los simbólicos almohadones del ritual. Venía después el Palatino, con el texto del juramento de la coronación en la mano y tras él avanzaban los archiduques a caballo. Diez metros detrás de él venía el caballo de batalla del Rey. La corona se posaba sobre la frente del Rey, el manto de San Esteban sobre sus hombros y la espada del Rey Santo colgaba a su lado. Evidentemente, el caballo, del Rey era más fogoso de lo que hubiera convenido porque súbitamente Su Majestad se llevó una mano a la cabeza y agarró la corona que se deslizaba hacia sus sienes. Ante aquel espectáculo se heló la sangre de todos. Un obispo, con la cruz apostólica en la mano, cabalgaba a la derecha del Rey, montando no solamente el caballo más viejo del monarca, sino que para aquella ocasión le habían administrado unas píldoras somníferas. El Príncipe Primado, el Nuncio y el arzobispo de Kalocsa, apartáronse del ejemplo de los pasados siglos, consideraron más prudente avanzar en coche. Los espectadores a pie seguían a los consejeros privados, chambelanes y otros dignatarios, y un escuadrón mixto de húsares cerraban la comitiva.

Una de las paredes del palacio de Septemvir Utca daba al paso de la comitiva. Las ventanas estaban llenas de servidumbre que no había salido de la casa, con los dos hijos Dukay, Zia y el inocente Rere. Mientras pasaba la comitiva ocurrió un hecho infortunado que interrumpió durante unos momentos la solemne exaltación de los que desfilaban. En la excitación de la fiesta, todo el mundo, incluso el señor Badar, había olvidado a Rere; al quedarse solo en la habitación donde estaba el árbol de Navidad, el semiimbécil comenzó a roer los adornos que pendían de él. Una tras otra, no sólo las nueve doradas y los chocolatines, sino las rutilantes estrellas y las candelas de cera de colores, acompañadas de algunas espigas de pino, desaparecieron en las profundidades sin fondo del estómago. Rere tenía en realidad un estómago de avestruz, pero cuando oyó el ruidoso clamor de los vítores y corrió a asomarse a la ventana, apretó el estómago contra el antepecho con el resultado de que la decoración entera del árbol despojado salió disparada por la boca, acompañada de una serie de gruñidos y en el preciso momento en que pasaban por debajo de la ventana los

representantes de la Alta Cámara. Las cabezas desaparecieron en el acto de las ventanas, y dos lacayos ayudaron al señor Badar a sacar a Rere fuera del alcance de las escandalizadas miradas, tarea nada fácil, pues Rere oponía a sus esfuerzos hasta la última onza de su voluminosa energía.

Después de la coronación tuvo lugar el «florecimiento de la espada» sobre un terraplén elevado con este propósito cerca de la Fortaleza Real. El terraplén estaba compuesto de diez libras de tierra del suelo de cada uno de los condados, mezclada con igual cantidad de cada uno de los famosos campos de batalla de todo el reino. El Rey subió a caballo sobre el terraplén, desenvainó la sagrada espada y señaló con ella los cuatro puntos del horizonte. En las coronaciones de antaño, cuando reinaba la paz sobre la tierra, el «florecimiento de la espada» significaba que el Rey defendería a su país contra los ataques de cualquier parte. Era una escena meramente simbólica, y la espada sólo cortaba el aire. Ahora, sin embargo, la espada señaló hacia Rusia por el Norte, Rumanía por el Este, Servia e Italia por el Sur y Francia e Inglaterra por Occidente. Durante un momento, los espectadores volvieron a la realidad; recordaron que la vieja espada no había tenido nunca tanto que hacer durante el transcurso de la historia. Desde una ventana de palacio, le Reina y el príncipe heredero contemplaron la ceremonia, los nefastos presagios de la cual sólo quedaban mitigados por el hecho de que todo el mundo esperaba una pronta paz bajo el nuevo monarca, incluso al precio de tener que enfrentarse con Alemania.

Pero el tiempo pasaba y el banquete de la coronación estaba todavía en el programa. Una mesa en forma de herradura, dispuesta para seis cubiertos solamente, estaba puesta debajo de un baldaquino de terciopelo rojo sobre un estrado en el salón del trono. Había seis fuentes de oro sobre la mesa, y un enorme cuenco de oro en el centro ostentaba un ramillete. Vino primero el ritual del lavatorio. Una vez la real pareja se hubo quitado los guantes, el Palatino vertió de un jarro de oro algunas gotas de agua sobre sus manos, y el Príncipe Primado les ofreció la toalla. Pajes de noble sangre los ayudaban. Antes de que el Rey se sentase, el Príncipe Primado pronunció la acción de gracias y, cuando el Rey ocupó su sitio a la cabecera de la mesa, el senescal le quitó la corona de la cabeza porque al fin y al cabo no es muy correcto comer con el sombrero puesto. Puso la corona sobre una bandeja de oro que depositó sobre una mesa especial, y dos guardas reales la escoltaron durante toda la comida. El banquete se compuso de diecinueve platos, comprendiendo todas las maravillas de la gastronomía húngara y francesa, porque los austríacos no entienden una palabra en comida. La comida empezó con el «Homage» asado y continuó con los pollos a la parrilla «a la Reine», seguidos por un jamón «Coronation». Vino después un filete de cerdo de Hortobágy, enormes truchas del Tátra y una serie de exquisiteces frías, postres y dulces de frutas que sólo los cocineros enajenados son capaces de preparar cuando se remontan a las alturas de la poesía con un cuchillo de cocina en la mano.

Se podría suponer que la comida de diecinueve platos duró cuatro horas. Pero no fue así porque los servidores se limitaban a hacer su aparición con las fuentes en la mano, presentarlas con una reverencia y volver a marcharse, como si quisieran infligir el suplicio de Tántalo a los invitados que estaban a punto de caerse de la silla a causa del hambre. Pero todos ellos seguían rígidos e inmóviles en sus sillas, obedientes peleles de una antigua ceremonia. Durante el breve y simbólico banquete, la sala del trono estuvo atestada de gente que había recibido invitaciones para el «Banquete Real». Permanecían allí viendo el rápido aparecer y desvanecerse de las fuentes. Se pronunciaron sólo dos discursos y no hubo motivo de queja con respecto a su extensión. El rey se levantó, elevó su copa y pronunció las siguientes frases en un húngaro impecable y sin alterar siquiera el orden de las palabras: “¡Dios dé larga vida a nuestra tierra!”. Fue recibido con aclamaciones desde los cuatro ámbitos de la sala. El segundo discurso fue pronunciado por el Príncipe Primado, y los oradores húngaros de los banquetes hubieran podido aprender también de su brevedad. Dijo meramente: “¡Dios dé larga vida al Rey!”. Y de nuevo el discurso fue recibido con otra salva de aclamaciones.

Después del banquete, la pareja real se retiró a sus habitaciones y comió rápidamente, discutiendo con excitación los incidentes de la mañana, los estruendosos éxitos y los pequeños fracasos, como exuberantes y agotados actores después de una noche de estreno. Pero el programa no había terminado todavía. Fieles representantes de ambas Cámaras del Parlamento esperaban en el salón del trono, después de lo cual en el gran salón de fiestas del palacio le fueron presentadas a la Reina más de cuatrocientas damas privilegiadas. Pálida y agotada, la Reina se limitaba a hacer un pequeño movimiento con la cabeza como si practicara unos ejercicios de cuello que le hubiesen sido recetados. Hacía una inclinación de cabeza delante de cada una de las damas, mientras éstas hacían ante ella una tan profunda reverencia que sus piernas y rodillas desaparecían debajo de las faldas. Llegaban en fila india por la puerta de la izquierda y salían en igual formación por la de la derecha.

El maestro de ceremonias estaba frenético porque la Reina le había dado orden de terminar las presentaciones en media hora y las damas avanzaban demasiado lentamente. Cada una de ellas quería producir una impresión, cada una de ellas estaba convencida de que su nombre y su fascinadora personalidad quedarían impresos en la mente de la Reina, y ni una sola dejaba de esperar, contra toda esperanza, que la Reina sostendría una conversación con ella. Los minutos pasaban con una alarmante celeridad y el maestro de ceremonias obligaba a las presentadas a apretar el paso hasta que llegaron a pasar por delante de la reina casi corriendo. Como consecuencia de ello, el movimiento de cabeza de la reina se aceleraba también hasta que llegó a parecer una máquina cuyo mecanismo se ha estropeado. Las mujeres se arrojaban ahora a los pies de la reina como el cartero arroja las cartas al suelo cuando tiene prisa; y en vista de que no había tiempo de pronunciar los nombres, la condesa Eszterházy fue presentada como *Ensa Sztrhzy*. Jadeantes después de la carrera, las

damas más ancianas y corpulentas se desplomaban sobre los sillones al llegar a la antecámara.

La razón de estas prisas era que el tren esperaba y la real pareja quería salir para Viena aquella misma tarde. No tenía idea de cuan profunda herida debía dejar aquella prisa en el corazón de los fieles a la monarquía de la nación, nación de la cual habían aceptado el regalo de la coronación consistente en diez mil coronas de oro, el tañir de las campanas de las viejas catedrales, los saludos del cañón cuando el Príncipe Primado exclamó: «¡Dios conceda larga vida al Rey!», y el sincero homenaje cordial de toda la nación, mientras ellos permanecían reloj en mano por temor a perder el tren de Viena. ¡De Viena! Éste era el mal. La desilusión hubiera sido menor si hubiesen salido para Berlín o Estambul, pero durante cerca de cuatrocientos años Viena había sido siempre la ciudad por la cual los reyes de Hungría habían despreciado su palacio real de Buda. Lo mismo que ahora, acababan apenas de jurar eterna fidelidad al país cuando levantaban ya sus tiendas para dirigirse a Viena, lo cual se parecía mucho al escandaloso comportamiento de un recién casado que fuese directamente del altar a casa de su amante, sin preocuparse un solo instante de lo que podía haber en el corazón de la joven desposada bajo los velos de su traje de novia. Poco hacía que se habían marchado cuando comenzaron las censuras. Al día siguiente, en efecto, los periódicos dirigieron acerbos ataques contra el Comité Organizador por la brevedad de la fiesta, porque hubiera sido digno de un libelo manifestar su franca opinión sobre la conducta de los Reyes. Las informaciones sobre la ceremonia real fueron francamente adversas. El ministro de Hacienda no había representado bien su papel, no había montado a caballo de acuerdo con la antigua costumbre; y la crítica censuraba muy severamente que no habían arrojado dinero al pueblo. En cuanto al despilfarro de dinero, el ministro de Hacienda no dejaba lugar a queja dados los gastos militares; y con respecto a montar a caballo, el pobre hombre no había montado en su vida y tenía incluso miedo de acercarse a un jamelgo. Había quejas de que el Comité había despreciado a la Cámara de los Diputados dando preferencia y supremacía a la Alta Cámara. La opinión pública, en general, consideraba aquella coronación como un asunto particular de la aristocracia.

Por la tarde comenzaron a ser descolgadas de la iglesia de San Matías las tapicerías escarlata. Una de las mujeres de la limpieza encontró en el suelo, cerca del altar, un enorme topacio. También esto fue considerado como un mal augurio. Pero los que asistieron a la coronación quedaron profundamente impresionados por la rutilante pompa y la física rapidez de la historia.

El diario de Kristina contiene la siguiente nota referente al día de la coronación:

30 de diciembre de 1916. Budapest.

«Un día vacío, aburrido. Tengo dolor de cabeza y he tomado las píldoras que me recetó el doctor Freyberger. El doctor está enamorado de mí. Siempre me toma el pulso más tiempo del necesario. Algunas veces su silenciosa mirada es bella. Es un

hombre feo, cargado de espaldas. Es soltero».

Al día siguiente tiene algo más que decir:

Día de Fin de Año.

«Un día sombrío, lluvioso, de viento. La vida parece hoy más melancólica para todo el mundo. A las nueve en punto estaba de guardia en el hospital de la guarnición donde un joven teniente de artillería y un capitán de la reserva están locamente enamorados de mí. Contando a Freyberger y al nuevo interno, son ya diecisiete. Voy bien, o muy bien... El teniente Hüvelyes, que pidió al médico jefe que le diagnosticase una desviación del *septum* para poder pasar algunas semanas más en el hospital, me ha escrito una larga carta diciéndome que su padre era chambelán de la corte imperial; que una tía suya está casada con un barón; que él heredará quinientos acres de tierras; que se estaba preparando para el Cuerpo Diplomático, que había tenido razón cuando dije que Puccini era el autor de *Cavalleria Rusticana* y que quería casarse conmigo. Le he recetado cataplasmas frías.

»Me puse la bata blanca y cogí la lista de los servicios que me había dado Tessa. Tenía que empezar por bañar al número 7. Tessa es hija de un fabricante de argamasa y parece hecha de argamasa también. Al principio probó de tratarme con familiaridad, pero le paré los pies y ahora estamos en buenas relaciones. Extendimos una sábana de goma debajo del enfermo, que no puede moverse a causa de la herida de su estómago. Le quitamos la chaqueta del pijama y, cuando estuvo completamente desnudo sobre la sábana de goma, comencé a enjabonarlo con una esponja y agua caliente. Tessa sostenía la jofaina. Durante la operación se apoderó de mí tal deseo de estar cerca del Rey, que me detuve súbitamente en lo que hacía y, volviéndome hacia Tessa, le dije:

—Sigue tú, ¿quieres?

»Me lavé las manos, me quité la bata y salí del hospital como si anduviese sonámbula.

»Tomé el tren de la tarde hacia Viena».

CAPITULO IV

LA subida de Carlos de Habsburgo al trono y el colapso del trono de Rusia durante la primavera de 1917, dio un nuevo y vigoroso impulso a los asuntos del mundo y estremeció los comatosos campos de batalla. Estos acontecimientos han perdido toda su significación para las generaciones actuales, como ocurre siempre con la historia humana. A pesar de que hay estudios históricos e incluso libros de texto que no vacilan en pronunciar un juicio final, presentan una tal contradicción en el relato de los acontecimientos que el crédulo lector queda en la más completa confusión. El estado del mundo indica claramente que incluso hoy la humanidad sigue siendo incapaz de comprender su pasado o de dar cuenta inteligible de sus planes para el futuro.

Como su tono lo demuestra, el diario de Kristina no tiene pretensiones de autoridad histórica, si bien la pretensión hubiera sido perfectamente justificada por el hecho de que pertenecía al círculo más íntimo del Rey durante aquellos días infortunados. Ciertamente es que aquella noble muchacha húngara que daba alas a sus sueños de llegar a ser Reina, con las palabras agoreras de su propia belleza vio los acontecimientos a través de los ojos de sus sueños; pero es verdad también que Kristina, en los más lujosos camerinos y compartimientos de la historia, deshizo sus elegantes maletas decoradas con los colores de los Dukay, y su juego de tocador de plata embellecido con el escudo del pájaro carpintero. Teniendo la oportunidad, es, por consiguiente, digno de atención consignar aquí sus notas.

18 de enero de 1917. Ginebra.

«Aun cuando no hay peligro de que este diario caiga en manos ajenas, no me atrevo casi a describir la comisión que me ha traído a Suiza. En forma de carta me han sido confiadas las condiciones de paz del Rey para con sus hermanos políticos, los dos príncipes Borbones que sirven en las fuerzas enemigas y son esperados aquí dentro de pocos días. Suiza bulle verdaderamente de espías, contraespías, agentes secretos, aventureros políticos y fanáticos locos de todas las nacionalidades. Sólo tengo que temer a los agentes alemanes. He traído conmigo dos clases de veneno. Si me encuentro perdida tendré oportunidad de suicidarme.

»Mis credenciales fueron obtenidas por la ayuda confidencial del Rey Alfonso de España, cuya madre es una archiduquesa austríaca. Incluso el Rey comprendió que, sola, no podía hacerme cargo de la empresa. He elegido a Juan Hwang para que me acompañara. Nuestros pasaportes están extendidos a nombre de Juan Vango, tratante en vinos de Barcelona y su esposa doña Cristina Caldera. Mi pasaporte español y mi uniforme de la Cruz Roja me dan una sensación de seguridad. Me gusta el uniforme de enfermera. El mismo Rey dice que el velo azul me sienta muy bien.

»He tenido que compartir mi secreto con Juan Hwang. Nadie puede en realidad

comprender nuestras relaciones. Juan Hwang es como mi propio cerebro. Su mano, cuando echa una carta al correo o enciende una luz, es mi propia mano, pero más tranquila. Los ojos con que mira las cosas, los oídos con que escucha las cosas por mi cuenta, son mis propios ojos y oídos. Según un cuento oriental, Nishra cortó en dos mitades con una espada los primeros seres creados; una mitad se convirtió en hombres y la otra en mujeres. Así, divididos, andan rondando por el mundo desde entonces, vertiendo sangre, desesperados y perdidos, buscando su otra mitad sin conseguir encontrarla. Algunas veces me parece que Juan Hwang y yo somos dos excepciones: los únicos que conseguimos encontrarnos mutuamente y volver a ser, auténticamente, físicamente, los mismos.

»Nuestra unidad espiritual es todavía más importante. Sin él estaría completamente perdida. No sería más que unas cuantas maletas y varios vestidos, y los agotadores dolores de cabeza que los acompañan. El efecto de la profunda y sorprendente cultura de Juan Hwang es hacerme sentir constantemente rodeada de todos los volúmenes de la Enciclopedia Británica, en forma de su clara y profunda voz. Es maravillosamente rápido y astuto en acercarse a la gente y a las cosas. Es el único que puede expresar de una forma clara y sucinta las grandes interconexiones de este desconcertado mundo. Obra con la rapidez del relámpago, pero no falla nunca.

»Juan Hwang llegó a Ginebra dos días antes que yo. Alquiló un piso de tres habitaciones amuebladas, hazaña hoy casi imposible en Ginebra. Nuestro domicilio está en la rué Chantepoulet —la calle del “Pollo cantor”, como tradujo, riéndose, Juan Hwang—, y en el dormitorio hay una cama muy grande cómodamente capaz para dos personas. El cuadro de *La fuite du fantôme*, de Paul Klee, cuelga sobre la cabecera; es una pesadilla ultramoderna, pero, de todos modos, bella. Cuando llegué ardía un maravilloso fuego en la chimenea, y el aire estaba saturado de fragancias de uno de mis perfumes favoritos. Desgraciadamente, los ladrillos del cuarto de baño son azul celeste, color que me hace tiritar de frío por caliente que esté el agua. Por lo demás, el piso está amueblado de una forma más adecuada a un sibarita como Juan Hwang que a un respetable tratante en vinos de Barcelona llamado Juan Vango. Pero conseguiré arreglarlo. Nuestra única sirvienta es una mujer de cincuenta años llamada Astade, que tiene una nariz increíble y ridículamente pequeña, y tiene fama de buena cocinera; pero su principal ventaja es que se ha tragado cuanto le hemos dicho sobre Barcelona.

»Me he acostado inmediatamente después de cenar. El viaje agotador y particularmente los trenes sin calefacción de Austria, me han metido el helado aire alpino en los huesos. Desde luego, hemos estado despiertos hasta tarde, hablando. Le hablé a Juan Hwang del trozo de papel que el Rey me había dado, antes de marcharme, con la dirección de un suizo, *monsieur* Robert de Varaillet, que vive aquí, en Ginebra, en la rué Pradier. Tengo que ir a verlo mañana. Juan Hwang me escuchó atentamente sin respirar. Por tranquilo y sereno que sea, no puede rehuir la sensación extraña y a la vez maravillosa e inquietante de la tarea que hemos emprendido. ¡Dios

mío, estamos envueltos en nubes!

»Juan Hwang abrió uno de los armarios. Con gran sorpresa mía vi que estaba lleno de los rojos y dorados vinos de España.

—Mi muestrario —dijo con un ademán de cortesía.

»Mi primera noche en Ginebra fue magnífica. Me quedé dormida en los brazos de un éxtasis dorado y rojo. Soñé que estaba echada sobre un gran charco de sangre, con los brazos extendidos y una banderita blanca plantada en mi corazón. La bandera de la paz».

20 de enero.

«Un día frío, pero hace un sol magnífico. El viento norte ha barrido completamente la humedad de la nieve y mi dolor de cabeza ha desaparecido también. He escrito una larga carta a Septemvir Utca. En casa no tienen la menor idea de la misión que me ha traído a Suiza. Mamá tendría un desvanecimiento si lo supiese; papá estaría orgulloso de mí, pero se lo contaría a todo el mundo en el Casino.

»*Monsieur* Varaillet me espera esta tarde a las cuatro. Hemos salido de casa temprano a fin de dar un largo paseo alrededor del lago. Juan Hwang me enseñó el sitio preciso donde el anarquista italiano Luccheni clavó una lima en el corazón de la reina Elisabeth en el momento en que ésta salía de excursión en barco a finales del siglo pasado. Se lo había oído contar muchas veces a tía Luisa, que era dama de honor de la reina y la acompañaba en aquel trágico momento. La versión de tía Luisa varía con el tiempo, y al final acabó contando que un tal Lombroso (?) arrojó primero a la Reina por la borda y después hizo fuego sobre ella mientras se ahogaba. Desde entonces, tía Luisa se ha vuelto completamente sorda y no oye ni su propia voz. La escena del crimen no guardaba el menor vestigio de lo que había ocurrido allí. Las olas verdeazules del lago resplandecían sin delatar la menor emoción. ¡Qué horrible destino ser Reina!

»Mientras nos dirigíamos hacia la rué Pradier, Juan Hwang me aconsejó decir lo menos posible a *monsieur* Varaillet. Era inútil que tratase de sacarle información alguna, pero, de todos modos, no me diría más que lo que le habían dicho que me dijese. Debía muy especialmente evitar sonreír de la forma que suelo hacerlo, porque así se desvanece mi llamado encanto. Me dijo que me mantuviese digna, que recordase que era una Dukay y que no olvidase, por encima de todo, la importancia del asunto que tenía entre manos.

»Mientras cruzábamos el Pont du Mont Blanc tuve la sensación de que dos hombres nos seguían con las manos en los bolsillos del gabán. En estos momentos tengo un miedo feroz de los agentes alemanes. Juan Hwang me aseguró que no tenía importancia alguna, porque en Ginebra todos se vigilan unos a otros y que era incluso probable que aquellos dos hombres tuviesen miedo de que nosotros los vigilásemos a ellos.

»Juan Hwang me esperó en la calle mientras yo iba a ver a *monsieur* Varaillet. Tengo que confesar que mi corazón latía con fuerza cuando apreté el pulsador del timbre del tercer piso. Un criado anciano y encorvado me abrió la puerta.

»—*Tout de suite* —dijo con un ademán de cortesía haciéndome entrar en un saloncillo y desapareciendo con mi tarjeta española en la mano.

»La habitación estaba amueblada con el desastroso gusto de los años setenta. Las sillas estaban acolchadas, los jarrones parecían usar corsé y los cortinajes tenían enormes bolas. Traté de imaginar cómo sería *monsieur* Varaillet, porque no tenía la menor idea de si era joven o viejo, gordo o delgado. A juzgar por sus muebles, lo imaginaba con un ramillete en el ojal, envueltas sus orejas en unas fundas de seda y con una sonrisa helada y vaga en los labios, como aquellos complicados dibujos de las tapicerías que daban a los sofás tan glacial expresión. El olor de los nardos de la habitación se mezclaba con el de las cebollas fritas que llegaba desde la cocina. Los dos olores que más detestaba. Pasaban los minutos y tuve que llevarme el pañuelo a la nariz. Finalmente la puerta se abrió y reapareció el anciano sirviente. Con gran sorpresa por mi parte, acercó un sillón, se sentó en él, dio un golpe con las manos en sus rodillas y con aire preocupado, dijo:

»—*Alors, mademoiselle la comtesse...*

»Mis suposiciones habían sido erróneas porque él era Robert de Varaillet. La forma de dirigirse a mí me dijo que mi falsa tarjeta de visita no le interesaba porque sabía exactamente quién era yo.

—Anoche —dijo finalmente— hablé con el secretario de nuestra casa en Parma y me dijo que los dos quintales de alquitrán llegarán a Ginebra en este mes. —Lo miré confusa. Con una sonrisa seca, dijo—: Mi querida condesa, tendrá usted que empezar a aprender nuestra forma de hablar. No hay precaución superflua. Los dos quintales de alquitrán hacen referencia a los dos príncipes Borbones. Tengo entendido que tiene usted una carta importante para ellos de parte del Rey.

—Sí, pero está en doble cifra. Tengo instrucciones escritas de no abrirla ni descifrarla hasta que mi entrevista con los príncipes sea una certidumbre.

—En cuanto lleguen los dos quintales de alquitrán se lo haré saber —dijo *monsieur* Varaillet con un énfasis que me puso en guardia con respecto a hablar de Borbones ni príncipes en su presencia.

«Juan Hwang no estaba en la puerta al salir yo de la casa, pero salió de entre los transeúntes y me saludó como si no nos hubiésemos visto desde hacía mucho tiempo. Estoy asombrada de tantas precauciones hasta ahora para mí desconocidas. Hay algo horrible en todo esto».

2 de febrero.

«Tarde de viento, pero salí a dar un paseo a última hora. Trato de no andar por la calle con Juan Hwang, porque juntos no somos gente muy ordinaria y el vendedor de cigarrillos de la esquina tenía una curiosa expresión en la mirada cuando nos vio

juntos por segunda vez.

»Todos los escaparates de Suiza están llenos de relojes. Mientras estaba parada delante de uno de ellos, sentí que un hombre se detenía a mi lado, pero no volví la cabeza. Pocos momentos después dijo, en húngaro:

—Buenas tarde, condesa.

»Su voz era más gentil y simpática que indiscreta. Miré su rostro moreno y a la vez pálido que parecía indicar haberse establecido de una enfermedad reciente.

—¿Cómo es que me conoce usted?

—Me cuidó usted en el hospital.

»Los soldados heridos son absolutamente irreconocibles vestidos de paisano. Me pareció que era el soldado que tenía la herida en el estómago, a quien había bañado al día siguiente a la coronación.

—¿Qué está usted haciendo en Suiza?

—Estoy esperando una respuesta —dijo distraídamente, fijando la vista en el escaparate.

»Sus ropas estaban en buen estado y su sombrero verde parecía nuevo.

—¿Cómo se llama usted? Lo he olvidado.

—*Krblfr*.

»El viento que viene del lago sopla cortante en estas angostas calles, y esta vez se llevó todas las vocales como el cascabillo en un molino de harina. No quise preguntarle su nombre de nuevo, pero decidí llamarle Florián. En su rostro, en toda su personalidad había una cierta melancolía impresionante, una sensación de fidelidad y misteriosa inteligencia para la cual, de momento, el nombre de Florián era la mejor expresión que podía encontrar.

»—*Au revoir*, condesa —dijo cuando me marché; y en su *Au revoir* había una curiosa entonación.

»Le he explicado a Juan Hwang mi curioso encuentro. En su opinión, Florián no es más que un inofensivo desertor que piensa que una bala en el estómago es suficiente tributo pagado a la patria».

4 de febrero.

El viento de anoche me ha ocasionado un ligero resfriado. Fue una estupidez por mi parte salir a la calle llevando sólo los pantalones de seda debajo del traje. Siento unos pinchazos en la vejiga, pero no hay necesidad de llamar al doctor, porque ya los he tenido otras veces y me he traído las píldoras. Estoy esperando impacientemente la llamada de *monsieur* Varaillet a fin de saber cuándo deben llegar las dos toneladas de alquitrán. ¿Semillas de adormidera o alquitrán? Juro que no me acuerdo. Algo negro, en todo caso.

5 de febrero.

«Mi resfriado ha desaparecido completamente y hacia última hora de la tarde he

vuelto a salir a dar una vuelta. No puedo soportar estar encerrada en una habitación. Florián pasó inesperadamente por mi lado mientras paseaba por el borde del lago. Se limitó a quitarse el sombrero y no demostró intención de pararse. No sé por qué tengo la impresión de que está siempre a mano».

6 de febrero.

«Una tarde turbulenta. Durante mi habitual paseo por la calle Chantepoulet fui a salir a la pequeña Plaza Grenus. La plaza estaba oscura y desierta, salvo por un automóvil cerrado parado en la acera. Súbitamente dos hombres se apoderaron de mí; uno de ellos me puso la palma de la mano en la boca y me agarró la muñeca izquierda con su mano libre, mientras el otro me agarraba por la cintura y me levantaba para meterme en el auto como un paquete. No podía gritar; sólo un sonido ronco salía de mi garganta, porque estaba medio inconsciente de sorpresa y terror. La mano que cerraba mi boca tenía un vago olor de aceite de máquina. Un momento después me soltaron porque una tercera figura se juntó a ellos y empezó una salvaje lucha a puñetazos que terminó sólo cuando el auto salió a toda velocidad de la Plaza de Grenus dejándome sola con el tercer hombre que jadeaba mientras recogía su sombrero verde. Era Florián. Me agarró de los brazos, porque estaba a punto de desvanecerme».

—Condesa, ¿por qué anda usted sola a estas horas? —me preguntó con tono de reproche.

»Mientras me acompañaba a mi casa, mi corazón angustiado fue recuperando paulatinamente las fuerzas y por fin pude hablar al llegar a la entrada. Pero mi voz era demasiado débil para poder decir otra cosa, que: “¡Gracias, Florián!”.

»Juan Hwang me esperaba impaciente. Me desplomé en una silla y le conté exactamente, excitada, lo que había ocurrido. Juan Hwang estaba pálido mientras me escuchaba. Por largas que fuesen mis pausas, no hizo comentario alguno. Después, andando de un lado para otro, comenzó lentamente a analizar el incidente. Dijo que mi temor de ser raptada por los agentes alemanes estaba completamente desprovisto de fundamento. Los alemanes, cuando emprenden una cosa de este género, no son tan descuidados. Tienen a su disposición una serie de técnicas; para empezar hubieran empleado cloroformo. Mis atacantes, en su opinión, eran desertores extranjeros, de los que está llena Suiza en estos momentos. Podían ser italianos, franceses, belgas, o incluso alemanes. Probablemente habían robado el coche y querían raptar mujeres. Las raptaban, las violaban y las abandonaban. Era decididamente contrario a dar parte a la policía. Le pregunté qué pensaba de Florián y me dijo que no le sorprendería que la próxima vez se quitase el sombrero y me dijese: “Perdóneme, condesa, ¿tendría usted la bondad de prestarme veinte francos por algunos días?”.

8 de febrero.

«Por esta vez Juan Hwang estaba equivocado. Fuimos a dar un paseo juntos a la

caída de la noche, pero no nos movimos de nuestra calle que está muy iluminada y llena de transeúntes. Consideraba casi natural encontrar a Florián. Lo invité a tomar una taza de té y cuando me informé de su situación financiera me dijo que disponía de fondos y, además, que tenía algunos amigos; añadió que estaría encantado de sernos útil si andábamos escasos de dinero. Florián tiene unas muñecas fuertes y sus manos son las de un comerciante. Pero su rostro es demacrado y ceniciento, como si hubiese salido de una tumba para visitar a los vivientes. Este curioso personaje tiene algo, una tranquila pero poderosa espiritualidad. He visto a menudo a los heridos graves adquirir este aspecto cuando se restablecen, como si tuviesen la sensación de haber escapado a la muerte por milagro. Cuando se marchó, Juan Hwang dijo que, en su opinión, Florián pertenecía a alguna sociedad secreta pacifista que adora con tanto fervor el altar de la paz como otras sectas los altares de sus dioses».

10 de febrero.

«La señora Astade está enferma con un ataque de bilis, de manera que estamos sin servicio por algún tiempo. Juan Hwang barre el suelo con movimientos de bailarín. He tratado de preparar el desayuno, pero cada vez que quería buscar una cuchara en el cajón encontraba un sacacorchos. Desde chiquilla he detestado los sacacorchos; son unos objetos repulsivos, retorcidos, serpentinos, sin carácter. Finalmente, nos sentamos para desayunar. Equivocadamente he puesto azúcar en el salero en lugar de sal, de manera que los huevos estaban dulces. Pero no estaban mal; todo es cuestión de hábito. Hemos decidido que el trabajo doméstico puede producir un efecto calmante sobre la gente... durante medio día».

11 de febrero.

«Finalmente ha sonado el teléfono. Era *monsieur* Varaillet.

—Han llegado los dos quintales de alquitrán, señora Vango; si le interesa todavía puede usted ver las muestras en mi casa esta tarde, a las cinco.

»Y ha colgado el teléfono. Saqué las dos cartas que me dio el Rey. Una de ellas era la carta, la otra la clave para descifrarla. El Rey selló las cartas en mi presencia; el mensaje estaba escrito sobre papel blanco, la clave sobre papel azul. Lo único que sabía de su texto es que exponía las cuatro condiciones de paz. Uno de los sobres estaba cosido dentro del forro de mi abrigo azul y el otro en mi caja de medicamentos. Encima escribí: “Para la hiperacidez”. De no haber estado tan bien ocultas Juan Hwang no hubiera sido capaz de refrenar su tremenda curiosidad. Me ha pedido más de una vez que sacase las cartas y las descifrásemos, pero yo he seguido las órdenes del Rey al pie de la letra. Ahora ha llegado el momento. Los dos estábamos en ascuas, porque aquellos dos sencillos sobres contenían grandes cosas. Me es difícil encontrar las palabras para describir nuestros sentimientos. Hospitales, trenes ambulancia, frentes de batalla, alambradas, ciudades en llamas, millares de desgraciados prisioneros de guerra...; sólo Dios sabe cuántas otras cosas estaban en

nuestra mente, pero más bien sentíamos que pensábamos estas cosas, y nos acongojaba el corazón. El primer párrafo de la hoja blanca, decía así:

Negra prima anemona con erizo amarillo Tía Ilona por tanto arrastra.

»Me llevé súbitamente las manos a la cara y estallé en sollozos presa de un ataque nervioso. Es absolutamente cierto que si Juan Hwang no hubiese estado a mi lado, si hubiese emprendido la misión sola, si me hubiese encontrado sola con el mensaje, en la misma habitación, hubiera perdido la cabeza. En aquel momento estaba saturada de la espantosa conciencia de profundizar en las más secretas células del cerebro del mundo y no hallar más que aquellas palabras ridículas, estúpidas e incoherentes. Los otros tres párrafos estaban redactados en términos similares. El primero, descifrado, decía así:

Armisticio secreto con Rusia. Recíproca neutralidad concerniente. Estrechos y Constantinopla.

«Proseguimos descifrando hasta llegar a la frase: “La restauración del Congo Belga”, lo cual, para mí, no era más claro que “Negra prima anémoma”. ¿Qué era lo que restauraban y dónde? ¿Las selvas llenas de gorilas o de volcanes apagados? ¿Por esto había sido herido Florián en el estómago? ¡Dios mío, qué horrible era todo aquello! Cuántas subterráneas cavernas de palabras, cuántos negros abismos sin fondo están reservados a esta palabra tan sencilla, tan piadosa: ¡Paz! Juan Hwang me puso una mano tranquilizadora sobre el hombro mientras yo sollozaba histéricamente.

»Finalmente, resolvimos los últimos párrafos: “La Monarquía no tiene inconveniente en renunciar, en favor de Francia, a la pretensión alemana sobre Alsacia y Lorena”. “Servia, Bosnia, Herzegovina, Albania y Montenegro serán unificadas como un reino sudesloveno dentro de la Monarquía, regido por un archiduque húngaro”.

»Cuando Juan Hwang hubo terminado de escribir la última palabra dejó el lápiz, se levantó y comenzó a andar de un lado para otro con las manos en la espalda como era su costumbre cuando estaba sumido en hondas reflexiones. Pocos minutos después, agotado, se desplomó sobre el sillón, como si hubiese andado treinta millas. Estaba inusitadamente triste. No le he preguntado el motivo, porque ya sabía que sus ideas estaban perdidas en los laberintos de la política internacional; estaba pensando en términos de mapas, estrechos, pueblos y estadísticas económicas. En cuanto a mí, seguía con la misma impresión de cuando empezábamos a descifrar el mensaje, que estábamos excavando el cerebro del mundo con nuestros delicados cinceles y martillos de plata. El cerebro estaba en un estado de completa descomposición. “Con erizo amarillo... Tía Ilona por tanto arrastra...”. El lenguaje secreto de la diplomacia. Asuntos internacionales en el más amplio sentido de la palabra».

Las ocho de la noche.

«Acabo de regresar de la Gran Reunión. He aquí lo que ha ocurrido.

»A las cinco en punto he llamado a casa de *monsieur* Robert de Varaillet de la rue Pradier. Me abrió él mismo la puerta y de nuevo me hizo entrar en el salón con aquel ademán suyo de “hágame el favor...”. Sentada en aquella habitación que seguía oliendo a nardos y cebollas fritas, no di la menor muestra de agitación. Pero mi corazón latía furioso. El sofá, con unos adornos de porcelana, parecía mirarme como una especie de cráneo gigantesco.

»La puerta se abrió y los dos quintales de alquitrán entraron en la habitación silenciosamente, como en un sueño. ¡No! ¡Dos espléndidas panteras negras, mejor! Los príncipes de Borbón, morenos como dos italianos. Uno llevaba uniforme de oficial francés, y el otro de oficial belga; sin embargo, se parecían como si hubiesen sido gemelos. Grandes charreteras de oro brillaban sobre sus hombros, cosa a la cual mis ojos se habían desacostumbrado, porque los uniformes de los oficiales austro-húngaros son feos, mal cortados y de mal gusto. Las grandes charreteras doradas parecían las alas recortadas, pero relucientes, de dos ángeles. Y esto es lo que eran los dos: dos ángeles de la paz. Brillantes chispas llenaban el aire como cuando se encuentran dos alambres de alta tensión. Sí, ha sido un momento de inexplicable grandeza. La horrible guerra lleva ya dos años de sangre y horrores y ahora, por primera vez, dos oficiales de las fuerzas enemigas habían entrado en la habitación donde yo estaba con la carta secreta del Rey guardada en mi bolsa de seda negra.

»Me puse de pie, porque eran Altezas Reales. Se presentaron cortésmente, y en la mirada de sus brillantes ojos negros leí una expresión de amistad. Desde los primeros momentos me han tratado como podrían tratar dos muchachos bien educados a una mujer joven y, digámoslo así, de cierto atractivo. Entre tanto, un criado trajo el té; estaba tan absorta en mis pensamientos que ni siquiera me fijé en su rostro, limitándome a ver su mano enguantada de blanco cuando pasaba por delante de mí. Al quedarnos solos, una de las voces de los Borbones tomó un nuevo tono de tranquila seriedad.

—Condesa, tiene usted para nosotros una carta importante de nuestro hermano político.

—Sí —contesté, y saqué los sobres que contenían el mensaje secreto y su traducción al francés.

»En el rostro del príncipe se reflejó el asombro mientras miraba el mensaje y el sobre en todos sentidos. Finalmente, dijo:

—¡Pero, si esto es la cuenta del zapatero...!».

—¡Oh, perdónenme! —exclamé sonrojándome hasta las orejas.

Le di precipitadamente el sobre debido. Los cuatro ojos negros me miraron sonriendo. A los hombres les gusta ver a las mujeres confusas, con un verdadero rubor en el rostro.

»Los dos príncipes estaban de pie al lado de la ventana estudiando con los rostros impasibles los cuatro párrafos de las breves condiciones de paz. Se pasaban la carta de una a otra mano, volviéndola a leer profundamente concentrados, silenciosos.

»Los dos príncipes se miraron y sonrieron; una sonrisa larga, amarga, casi sarcástica. Después, uno de ellos, con la carta en la mano, se volvió hacia mi y dijo malhumorado:

—Condesa, esta proposición que han condimentado en Viena es tan ridícula, tan infantil, que no podemos someterla a Poincaré. ¡Un reino de Sud-Eslavonia regido por un archiduque austríaco! ¡Y la Monarquía «no se opone» a que Alemania renuncie a sus derechos sobre Alsacia y Lorena! Es una cosa que suena mal incluso a nuestros oídos. No puedo creer que mi hermano político sea responsable de tal contrasentido. ¿Quién redactó este absurdo documento?

—Por lo que sé, tío Cini.

—¿Y quién es tío Cini?

—El ministro de Asuntos Exteriores de la monarquía dual. El primo de mi madre. Pero no me importa que hablen ustedes mal de él.

»Se miraron uno a otro e hicieron un enérgico gesto de asentimiento. Después se sentaron y permanecieron largo rato con la mirada vaga, sin decir nada.

—¿Quisiera usted regresar a Budapest mañana por la mañana, condesa? —dijo finalmente uno de ellos—. Mandaremos a nuestro hermano político una carta sobre este asunto.

—Estoy dispuesta a hacer lo que sea.

—Le enviaremos la carta a su casa, mañana, por la tarde.

»Al acompañarme a la puerta y decirme adiós, uno de ellos me miró los pies y dijo:

—¡Qué lindos zapatos! ¿Los ha comprado usted aquí, en Ginebra?

»Se miraron sonriendo. De nuevo no eran mas que dos hombres cuyo mundo estaba lleno de ocultos significados especialmente cuando sus ojos pardos brillaban de entusiasmo. Dos panteras negras».

12 de febrero.

«He pasado la mañana haciendo los equipajes y preparándome para el viaje. Por la tarde llegó Florián inesperadamente. Le he hecho entrar, pero le he dicho estaba sumamente ocupada. Su visita no me convenía en absoluto, porque estaba esperando de un momento a otro al mensajero de los príncipes con la carta para el Rey.

»Mientras estábamos hablando, Florián me dejó sorprendida con la siguiente pregunta:

—¿Qué impresión le han producido a usted los Borbones, condesa?

—¿Qué Borbones? —pregunté yo confusa—. No conozco a ningún Borbón en Suiza.

—Los que conoció usted ayer durante el té en casa de *monsieur* Varaillet.

»Sin respirar lo miré fijamente durante algún tiempo.

—¿Cómo lo sabe usted?

»El rostro ceniciento de Florián sonrió tranquilamente.

—Yo serví el té. Pero no me miró usted siquiera.

»Metió la mano en el bolsillo y sacó tranquilamente un sobre.

—Aquí está la carta de los príncipes al Rey.

»Se levantó, me dijo adiós y salió tranquilamente como había entrado.

»Cuando la puerta se hubo cerrado tras él, Juan Hwang y yo nos miramos sin decir nada. Después de haber andado largo rato por la habitación, Juan Hwang resolvió el enigma de Florián. Florián es un confidente enviado por la corte de Viena; enviado para protegerme, pero acaso para vigilarme también.

»Salimos para Viena en el tren de la noche.

CAPITULO V

14 de febrero. Viena.

Llegamos a Viena a las cinco de la mañana y a las nueve estaba esperando en la antecámara del Rey en el Palacio Imperial de Luxemburgo, en las afueras de Viena. La carta secreta de los príncipes de Borbón estaba en mi bolso. Yo llevaba mi uniforme de la Cruz Roja, al que me he aficionado mucho desde que el Rey me dijo que el azul me sentaba muy bien.

«Cuando llegué, la antesala estaba llena de gente inquieta que esperaba ser recibida. Había generales con carteras bajo el brazo y paisanos con espadas al cinto. Esto último no es del todo verdad, desde luego, pero éste es el efecto que me ha producido el ambiente. Ninguno de los presentes era inferior en categoría a un jefe de protocolo o almirante. Sus ojos se agrandaron de sorpresa al ver que yo era la primera en ser recibida en el despacho del Rey por su ayudante.

»—*Gutten Morgen, Gräfin* (Buenos días, condesa) —dijo el Rey avanzando hasta la puerta para recibirme. Usaba un uniforme verde oliva de campaña, sin otra condecoración que el Toisón de Oro. Su rostro y su mirada eran mortecinos, pero sus ojos relucían con su azul matinal. Al mediodía, sus ojos se volvían de un color gris verdoso. Mantuvo mi mano entre las suyas durante largo rato y me la estrechó repetidamente. La habitación estaba llena de una especie de peculiar neblina gris a través de la cual emergían con aspecto taciturno los perfiles de los muebles Luis XIV, los marcos dorados de los cuadros y los tonos rojo oscuro de las alfombras. Súbitamente, una especie de estandarte amarillo y negro de larga asta salió de la niebla y se convirtió en un hombre ante mis ojos. Era tío Cini, el ministro de Asuntos Exteriores, cuya corbata negra y lívido rostro le hacían parecerse a la bandera austríaca.

»—*Grüss Gott, Kristina* (Buenos días, Kristima) —dijo con voz ronca mirándome con sus ojos de pescado. La nieve de la calle reflejaba una luz fantasmagórica en la habitación.

»Entregué mi carta y el Rey se acercó a la ventana para leerla. Mientras la leía, reinaba tal silencio en la habitación —y, me parecía a mí, que se extendía sobre todo el mundo— que el leve crujido del papel cuando el Rey volvió la página me pareció un ruido insoportable. Visiblemente deprimido al terminar su lectura, el Rey la entregó a tío Cini, y su ademán fue casi exactamente el mismo con que uno de los Borbones había tendido al otro la carta del Rey al terminar de leerla.

»Mientras tío Cini leía la carta, el Rey levantó sus ojos azules hacia los míos y me preguntó, en voz baja, para no estorbar al ministro de Asuntos Exteriores:

—¿Qué piensa usted de los acontecimientos de Rusia?

»Era evidente que, como una úlcera, tenía la pregunta pegada a la lengua y que la

hacía a todo el mundo que se cruzaba con él, e incluso a sí mismo. Yo levanté mis ojos y asentí silenciosamente, porque no podía dar mi opinión sobre este extremo. No tenía la menor idea de lo que había ocurrido o estaba ocurriendo en Rusia.

»El rostro de tío Cini quedó helado al terminar la carta. Delicadamente, dejó la leve hoja de papel sobre una esquina de la mesa. Su ademán tenía algo de definitivo.

»En aquel momento una terrible explosión desgarró el aire e hizo temblar los cristales de las ventanas. Yo lancé un grito y eché mis brazos alrededor del cuello de Su Majestad. La puerta se abrió al oír mi grito y el ayudante entró precipitadamente. Afortunadamente, tío Cini estaba en la habitación con nosotros; de lo contrario, el ayudante hubiera podido deducir suspicaces conclusiones al encontrarme en brazos de Su Majestad. Pero comprendió la situación en el acto y se marchó. La explosión había sido debida al reventar en la calle un grueso neumático de un pesado camión. EL Rey estaba también mortalmente pálido de terror. Al estrecharme contra él sentí su corazón latir agitadamente. De los tres, tío Cini era quien mejor conseguía disimular su miedo; viendo el rostro pálido del Rey, trató de aliviar el embarazo de Su Majestad y se volvió hacia mí con una sonrisa.

—La próxima vez que tengas miedo échame a mí los brazos alrededor del cuello y no a Su Majestad.

»El Rey se echó a reír y el rubor cubrió mi rostro. De la habitación contigua, como un eco de la explosión, llegó el llanto de un niño. Una de las dos puertas del gabinete del Rey se abría sobre su vida privada, la otra hacia la historia. Los ojos del Rey brillaron alegremente al ver mi embarazo y me tendió la mano.

—Muchas gracias, mi querida condesa. Cuando tengamos de nuevo necesidad de usted, se lo haremos saber.

»Un taxi me esperaba a la puerta para volver a llevarme a Viena, a Bösendorferstrasse. Durante el camino una frase acudió a mi mente, pero no pude recordar quién la había escrito ni dónde la había leído: “Los reyes no nacen; son producto de una alucinación universal”. Por primera vez me parecía entender el pleno significado de estas palabras. El Rey era un ser humano. El “azul” matutino de sus ojos, el niño llorando en la habitación de al lado, el inocente beso del *Apfelstrudel* de un día ya lejano, el furioso latir de su corazón... el corazón que “un día tendré en mis manos”, acababa de dar señales de vida, y era el corazón de un ser viviente. El rey que había en él era una alucinación; la muchedumbre de generales con carteras, de paisanos con espadas, la masa de preocupaciones militares económicas y políticas de la Monarquía... La forma de estar allí de pie, al lado de la gran mesa de estilo francés, y tío Cini, amarillo y negro detrás de él... Parecía como si el ministro de Asuntos Exteriores fuese el águila bicéfala de la bandera austríaca, sosteniendo el cerebro ensangrentado del Rey entre sus garras. No, no un águila, un buitres. Éste era el cuadro que aparecía ante mí después de nuestro breve encuentro.

»En el acto la pregunta a Juan Hwang. ¿Qué pensaba de los acontecimientos de Rusia? Poco podía decir aparte algunas generalidades. El pueblo ruso, en su opinión,

no estaba dispuesto a tolerar por más tiempo la increíble depravación de la Corte y de los cortesanos zaristas, ni los sangrientos desvaríos del zar, sólo justificados por una mente supersticiosa.

»Juan Hwang se preguntaba muy particularmente qué podía haber detrás de la pregunta del Rey cuando mencionó a Rusia. El Rey debía tener algunas noticias inquietantes. Dos posibles fuentes de inquietud aparecían en su pregunta. Una de ellas relacionada con los alemanes, cuya estúpida arrogancia había envalentonado los síntomas de desorden en Rusia. Ésta podía ser la explicación de la famosa proclama del emperador Guillermo II publicada el mes anterior y en la cual tronó contra la Entente en términos como éstos: “¡Nuestros enemigos han arrojado sus máscaras!... Con palabras de crueldad e hipocresía repudian nuestros deseos de paz, nuestra humanidad y las honrosas condiciones que propusimos en diciembre último”. (Olvidaba añadir que las proposiciones de paz de Alemania fueron hechas cuando Rusia pisaba todavía terreno firme). “Nuestros enemigos han confesado su sed de conquista... su deseo de ver el aniquilamiento de Alemania... Tratan de esclavizar a los pueblos de Europa... Están cortejando a Grecia para sus bajos propósitos... pero tenemos una respuesta para ellos... No sólo nuestras tropas, sino incluso las mujeres y los niños de Alemania están unidos en un fin común y un común destino consagrado a la victoria definitiva o a la definitiva destrucción”. El Emperador se envalentonó al hacer tal alocada declaración, no sólo por los síntomas del colapso ruso, sino por los tranquilizadores informes que le eran enviados por el embajador de Alemania en Washington. Según estos informes, lo único que les interesaba a los americanos era hacer dos dólares de cada uno. La pacífica e interesada nación no podía ser arrastrada a la guerra; pero incluso si se veía mezclada en la contienda, los Estados Unidos no podían mandar más allá de cinco o seis divisiones en lo que faltaba de año, y mucho antes de que terminase. Hindenburg y Lüdendorf habrían hecho su trabajo. A juicio de Juan Hwang, este endurecimiento de la confianza alemana no favorecía los proyectos de paz del Rey. Ahora que la situación había cambiado, sus mismos consejeros engancharán su vagón a la causa alemana y ofrecerán seria resistencia a cualquier proposición de paz. Al decir esto, Juan Hwang, vi de nuevo a tío Cini sosteniendo el pobre cerebro ensangrentado del Rey entre sus garras de buitre.

»La otra posible fuente de preocupación del Rey era el trono de los Romanov. A los reyes no les gusta ver tambalearse los tronos de los vecinos, ni aun cuando sean enemigos suyos».

16 de febrero.

«He recibido una carta de papá en la que me manda copia de una carta de tío D. Tío D. es el conde Dmitri Ormovski, que tiene una propiedad de medio millón de acres en Razan y vino a Hungría por primera vez el año en que yo nací. Formaba parte del séquito de un Gran Duque, primo del Zar, que estuvo un día cazando en

Ararat. Entonces fue cuando el joven oficial ruso conoció a tía Mira, hermana menor de mi padre, que era la más bella de las hijas Dukay. Se casaron y han vivido en San Petersburgo desde entonces. Cada año solían pasar algunos meses en París, cruzando Hungría y deteniéndose siempre en Ararat o Septemvir Utca algunas semanas. Papá les hizo también una visita antes de la guerra, y llevándose sus más potentes rifles se fueron a cazar el búfalo no sé en qué lugar del centro de Asia. Con la declaración de la guerra su correspondencia, en lugar de interrumpirse, ha aumentado, lo cual sólo viene a demostrar que nuestro círculo, a través de los matrimonios concertados, existe en unas alturas internacionales y tiene modos de hallar el camino de unos a otros, por encima de los campos de batalla. La correspondencia de papá con tío Dmitri, que se cursa a través de Estocolmo con la ayuda de la madre de tío Adams (que es hija de un fabricante de hojas de afeitar sueco), no constituye en absoluto espionaje porque tío Dmitri es tan incapaz como papá de entender nada de los asuntos de Estado. La carta de tío Dmitri está fechada en San Petersburgo el 10 de enero y da cuenta detallada del asesinato de Rasputín durante una cena celebrada la noche del 29 al 30 de diciembre. Tío Dmitri lo conocía personalmente y nos dice lo incongruente que resultaba la presencia de aquel tipo barbudo y con botas en medio de los resplandecientes uniformes y los trajes de noche de las recepciones del Palacio de Invierno. No había hablado nunca con Rasputín, pero una vez estuvo junto a él y dice que despedía un hedor intolerable. Al parecer no había tornado un baño en su vida. Pero, desde luego, todo el mundo lo cortejaba porque dominaba enteramente a la familia imperial con su fanatismo. Ha sido una buena obra asesinarlo porque hacía gran daño al prestigio del Zar. Aquella noche era muy fría, de manera que se llevaron el cadáver a la orilla del Neva y lo metieron debajo del hielo. La carta del tío Dmitri estaba llena de ansiedad por el futuro del Zar. Por lo tanto, Juan Hwang estaba en lo cierto cuando dijo que le pareció ver en la pregunta del Rey, referente a los acontecimientos de Rusia, su terror ante la perspectiva de la caída de un trono.

»La fecha del asesinato de Rasputín me ha dado que pensar. Durante el alba sombría del 30 de diciembre, mientras las aguas heladas del Neva arrastraban el cuerpo de Rasputín, nosotros nos estábamos preparando para la coronación. Recuerdo perfectamente todo lo que ocurrió aquel día desde el alba al crepúsculo. ¡Qué amanecer más sorprendente! Aquí emergía de la niebla un nuevo trono; allá, el de los Romanov comenzaba a tambalearse. Sí, la historia del mundo es una constante preocupación. Me pregunto dónde me llevará. Mi seno izquierdo está todavía un poco hinchado. En el momento de la explosión me abracé al Rey con tanta fuerza que su botón del Toisón de Oro se clavó en mi pecho».

19 de febrero.

«Esta tarde he ido al Café de Salzburgo donde se reúnen los periodistas. Hugo Storm, que tradujo mi poema “La Pastorcilla” hace seis años, me llevó allí por primera vez. Son buenos chicos y están orgullosos de mi compañía; me tratan como a

uno de sus colegas. Soy particularmente popular porque les llevo siempre un pastel recién hecho que se reparten y toman con el café. Hay mucha gente que ha muerto ya de hambre en Viena. Mientras devoran el pastel, los transeúntes, y especialmente los chiquillos, se detienen y pegan la nariz al cristal mirando el pastel como si fuese una especie de milagro. ¡Un pastel de harina blanca! Hacía mucho tiempo que no había ido al café, pero ellos seguían allí con sus galeradas y manuscritos. Quería hablar con ellos porque empiezan a intrigarme también los asuntos de Rusia. Los muchachos me enseñaron los últimos cables que llegan vía Suiza y hacen frecuentes alusiones a dos palabras extranjeras: *menchevique* y *bolchevique*^[13]. Han buscado estas dos palabras en todos los diccionarios, pero sin éxito. En aquel momento se juntó con nosotros Edelsberg, que es un veterano periodista vienes que usa monóculo y botines color manteca, incluso en invierno, habla nueve idiomas y es un conocido políglota. Todo el mundo escuchó atentamente mientras Edelsberg explicó el significado de las dos palabras. *Menchevique* y *Bolchevique*, dijo, son variaciones del *Sbasblik*. El *Sbasblik* es carne de cordero cortada a trozos, asada y servida en un largo pincho. *Menchevique* es lo mismo, pero hecho buey. *Bolchevique*, por otra parte, está hecho con carne de cerdo, con la diferencia de que se pone un diente de ajo entre cada pedazo de carne. Pero ni aun el omnisciente del Edelsberg pudo decirnos nada más referente al curso de los acontecimientos en Rusia.

»Alguien citó a Dostoievski cuando dijo que “El hombre es un animal adaptable, un ser que se acostumbra a todo”. Hugo Storm declaró que en cuanto a él hacía referencia, era un animal que se adaptaría muy fácilmente a tomar todas las tardes un pastel como aquél con su café».

5 de marzo.

«Una dama alta y distinguida ha entrado en el compartimiento de primera clase del expreso Budapest-Viena. Hizo una aparición sensacional porque tenía un pecho del tamaño del de esas nodrizas campesinas capaces de criar cuatro chiquillos a la vez. Sus caderas parecían atacadas de elefantiasis. Su cintura era de un tamaño inusitado. Y todo esto era sostenido por unos tobillos delgados y unas muñecas frágiles. Los aduaneros austríacos la hicieron bajar del tren y se la llevaron a las oficinas de la Aduana, a pesar de sus protestas y amenazas. Pocos minutos después volvió a salir de la Aduana, pero sin su enorme pecho, sus hinchadas caderas y su ancha cintura. Con gran regocijo, los aduaneros la habían despojado de cincuenta libras de harina. Era un sistema de llevar harina a su hermana, que se estaba muriendo de hambre en Viena.

»¿Podía esta mujer ser alguien más que mamá? Esta anécdota demuestra su ilimitada candidez y su maternal corazón de oro».

23 de marzo.

«Un gran día, una fecha histórica. A las tres de la mañana estábamos todavía

despiertos; Juan Hwang está paseando de un lado a otro mientras comentamos los acontecimientos de las últimas horas. Mi cerebro y mi corazón están completamente agotados por tantas emociones. Algunas veces me quedo dormida de cansancio, pero sólo unos pocos minutos. El torbellino de mis pensamientos me mantiene despierta, como el clamor de las trompetas. Trataré de dar cuenta ordenadamente de los acontecimientos.

»Sobre las diez de la mañana de ayer, mientras estaba todavía en cama, entró mi doncella Margaret diciéndome que traían una carta para mí, pero que el portador quería entregármela personalmente. Ya había recibido otras cartas en estas condiciones; pedigüños o comerciantes astutos. Pero esta vez no quiso marcharse; mandó recado diciéndome que venía de Schönbrunn. Al oír esto me precipité fuera de la cama y me puse las chinelas. Asomé a la puerta mi cabeza alborotada y vi a un hombre de cierta edad con el sombrero en una mano y una carta en la otra. Su rostro me pareció familiar; era aquel rostro azul pastel del afeitado que delata a los lacayos de la Corte, incluso de paisano. Entornó los ojos mirando mi cabellera despeinada; cuando me hubo identificado bien, me dio la carta, hizo una reverencia y se marchó. Mi corazón latía con fuerza mientras volvía a meterme en cama. El sobre era blanco y barato; en su interior había una nota escrita a lápiz, que decía:

—Tenga la bondad de hallarse en el Departamento Ocho del —primer piso del número 15 de Blaue Lampe Strasse, hoy, las seis de la tarde.

No había firma, pero yo sabía que era la escritura inclinada, inconfundible e inquieta del Rey.

«Echada sobre la espalda, sin parpadear, fijé mis ojos en el techo. Mi mano derecha, extendida, sostenía todavía la carta, casi como si la hoja de papel se hubiese pegado a mis dedos. El Rey me había dado una cita.

»Poco después Juan Hwang entró en la habitación. Le tendí la carta sin decir una palabra. Estuvo largo rato leyéndola como si no fuese una sola frase sino una carta complicada. Al terminar dejó la carta sobre la cama sin hacer ningún comentario y fijó la vista en el espacio. Me pareció que compartía mis sensaciones. ¿Qué debía hacer aquella tarde? ¿Debía ser la amante del Rey? En este caso había el peligro de convertirme en una insignificante querida y nada más. ¿Debía hacer el papel de mujer inaccesible cuyas virtudes despiertan las pasiones de los hombres? El peligro en este caso era que el Rey, teniendo como tenía poco tiempo que dedicar a su vida privada, abandonase pronto la caza y para siempre. Las mujeres no tienen la cordura suficiente para enfrentarse con un problema de esta especie. En muchos casos es el fruto prohibido el que, hasta su grado máximo, es el acicate de la pasión del hombre; pero nada liga más estrechamente un hombre a una mujer que la intimidad de un asunto amoroso. El cuerpo de una mujer tiene, por encima de todas las cosas, una fragancia, un perfume, un fuego. La virtud no tiene fragancia, ni perfume, ni fuego.

»Esta tarde puede ser decisiva. La cuestión no estriba en entregarme o no a un hombre de veintinueve años; en estos momentos la maravillosa alucinación que representa el Rey ha entrado verdaderamente en mi vida. Algún día tendré en las manos el corazón del Rey. Creo en la profecía que ha hallado eco en mi vida con el misterio de todas las inalcanzables y maravillosas alucinaciones, y creo que las grandes cosas supremas del mundo —el amor, incluso la guerra misma— son alucinaciones dolorosamente bellas. Si el Rey fuese soltero todavía, el sendero que llevaba hacia la profecía sería casi demasiado recto y fácil. Pero la Montaña puede tener todavía sorprendentes cosas almacenadas. Finalmente, Juan Hwang, dijo:

—Esta carta me hace el efecto de una orden militar. «Preséntese en tal sitio a tal hora». Tiene algo de autoritaria.

»Las melancólicas palabras de Juan Hwang me volvieron a la realidad. Lo que dijo era bastante lógico, porque la última vez que me separé del Rey convino en mandarme a buscar si me necesitaba. Pero, ¿por qué en un apartamento privado de Blaue Lampe Strasse, en los elegantes suburbios del norte de Viena?

»Pasé la tarde entera decidiendo qué ropas usar. Estuve largo rato poniéndome las prendas que había comprado en Ginebra el mes pasado, últimas creaciones de París; esos modelos a los que sólo las manufacturas textiles francesas saben imbuir una delicada y casi poética liviandad. Después de larga indecisión me incliné por el perfume Chanson du Narcisse. Me puse mi traje azul que evoca el profundo y calido azul de un cielo de verano. Azul, porque hace seis años, cuando nos encontramos por primera vez y el rey “me sacó del pozo”, yo iba vestida de azul, pero mucho más claro, desde luego. Me parecía que en aquel azul profundo y oscuro había un cierto énfasis secreto. Me puse los pendientes de rubíes que papá me había traído de la India. Estuve largo rato delante del espejo y quedé satisfecha. Me eché el pelo hacia atrás, rígido, de forma que mi rostro fuese tan abierto como mi corazón.

»Juan Hwang me acompañó durante el gran viaje. Los cristales del taxi estaban completamente tapados por la niebla y avanzábamos sin decir una palabra. Parecía que estuviésemos en un arca que navegase por aguas fantasmagóricas. Soplaba una tormenta de nieve huracanada; el invierno estaba gastando sus últimas energías en aquella tarde de fines de marzo.

—Sé hábil. Me parece que estamos ahora en un momento político importante —dijo Juan Hwang estrechándome la mano al apearme del taxi frente a la casa de Blaue Lampe Strasse.

»Mi llamada fue respondida por la misma persona de rostro azul que me había entregado la carta por la mañana. De nuevo se inclinó profundamente y me hizo entrar sin decir una palabra. Parecía el piso de soltero de un oficial de caballería. Una vitrina estaba llena de copas de plata y otros objetos como los que se dan como premios de las carreras de caballos. Un gran lecho cubierto por un manto, con una gran abundancia de almohadones de seda, formaba uno de los rincones. Tuve la sensación de que cada almohadón era el regalo de una mujer diferente. Eran

probablemente la labor manual de alguna belleza de la clase media que trataba por este medio de perpetuar el recuerdo de su breve y pecaminosa aventura en la mente del hombre. El fuego acababa de ser encendido en la estufa de ladrillos y hacía tanto frío que mis manos eran de color de púrpura. Las manos frías eran inútiles. Bebí dos grandes copas de coñac y permanecí de pie delante del fuego. Una agradable sensación se apoderó de mí y me di cuenta de que cuanto me rodeaba adquiría un carácter de alucinación. El mudo rostro azul pastel que me había dado entrada parecía una alucinación también.

»Súbitamente se abrió la puerta y entró un hombre barbudo que llevaba lentes amarillos. El cuello de su gabán estaba subido hasta las orejas y el sombrero se hundía hasta los ojos. Copos de nieve se fundían sobre sus hombros y el borde del sombrero. Arrojó su gabán y su sombrero sobre una silla y se quitó los lentes amarillos y la barba. Era el Rey. Llevaba un traje gris de calle. Su rostro reflejaba un inusitado agotamiento. Me estrechó la mano nerviosamente y dijo:

—Mis hermanos políticos están en territorio austríaco desde el alba. Este piso pertenece a uno de mis hombres de confianza que fue un día oficial mío en los Dragones de Brandéis. He combinado la entrevista aquí, porque no me fío ni de Schönbrunn ni de Laxenburg. Ya no sé qué miembros de mi séquito son espías alemanes. —Me miró como excusándose—. ¿Se da usted cuenta de que su vida está también en peligro?

—Sí, Majestad.

—La he llamado a usted aquí —prosiguió el Rey pausadamente— porque desde el principio ha sido usted una de las pocas personas que han tomado parte en este asunto tan tremendamente azaroso. Es posible que tenga usted que hacer otro viaje; quizá esta noche misma. Mis hermanos políticos me traen un importante mensaje.

»Se detuvo delante del fuego y se llevó una mano a la frente durante un largo rato. Yo permanecía silenciosa no queriendo turbar sus pensamientos.

»Me sentía menos que nada. Y sólo una persona que se siente avergonzada ante sí misma, no ante los demás, puede sentirse menos que nada. En aquel momento me avergonzaba de mis vestidos y de todas las ideas que me había hecho sobre esta cita. ¡Qué malvada mujer soy! Pero al instante salí de aquella sensación de vergüenza porque sentía que había llegado verdaderamente a ser la misteriosa y gran alucinación que el Rey representaba, mientras estaba allí, de pie delante de la estufa, con la frente apoyada en la palma de la mano.

»¡Cuántas veces he oído decir a los médicos ante un hombre herido por una bayoneta: “Si la punta de la bayoneta se hubiese detenido una pulgada antes, el herido se hubiera salvado”! ¿Hasta qué profundidad había penetrado la bayoneta de la guerra en el cuerpo de Europa? A una profundidad que tenía ya más de dos años y medio. Y ahora cada día que pasaba era una nueva fracción de pulgada. Juan Hwang dijo una vez —y esto es lo que decían también los muchachos del Café de Salzburgo— que los efectos de la guerra se manifiestan, no solamente en las tumbas en los campos de

batalla o en las estadísticas de los hospitales, sino en algo más lejano, más profundo, en las vísceras de Europa, en sus vasos sanguíneos, en las tenues e invisibles membranas de su cuerpo, en la nerviosa red de delicadeza de ensueño; y la extensión de este agotamiento será únicamente conocida en realidad, cuando hayan crecido los chiquillos hambrientos de Viena. Esto último fue la aportación de Edelsberg, mientras comía grandes bocados del pastel.

»La situación en los frentes de batalla es hoy un equilibrio de fuerzas. Esto quiere decir que la guerra puede durar años. Y cada vez la punta de la bayoneta se acerca más al corazón, o al hígado, o a los riñones. Pero si el Rey consigue negociar una paz rápida y secreta, el peso de la balanza se desequilibrará y Alemania, rabiosa y frenética, se desmoronará; sus frentes se desharán rápidamente, porque todos los soldados alemanes dirigirán una mirada de envidia hacia la seducción de la paz austrohúngara; la bayoneta se detendrá en el pecho de Europa, quizá en el punto crucial. Sí, a esta hora, en aquella habitación, podía decidirse el destino de las futuras generaciones. La cuestión de la supervivencia de Europa.

»Se oyó una tímida llamada del timbre de la puerta y el Rey se agitó nerviosamente delante de la estufa. Transcurrieron varios momentos, los suficientes para que los recién llegados se quitasen los gabanes. Entonces se abrió la puerta y entraron tres hombres de paisano; los dos príncipes Borbones y Florián, que los habían acompañado.

»Fue un encuentro conmovedor. Al dirigirse rápidamente el Rey hacia ellos el príncipe de más edad, se cuadró, abombando el pecho, e hizo sonar sus tacones con rígido estilo militar, pero el Rey lo estrechó entre sus brazos. Abrazó a su otro cuñado de la misma forma. El Rey estaba espantosamente pálido y sus labios temblaban. Vi la escena de una forma borrosa a través de mis lágrimas, pero no la olvidaré jamás. Todos los presentes teníamos la sensación de que no se trataba solamente de una reunión de familia. Dos oficiales de los ejércitos hostiles de Francia y Bélgica abrazaban al rey emperador de la monarquía austrohúngara.

»El Rey reaccionó y con un cierto embarazo en su sonrisa humana, dijo:

—Sentaos...

»En aquel momento el bolsillo de la chaqueta del Rey llamó la atención de uno de los príncipes, que incluso inclinó la cabeza sorprendido. La barba postiza del Rey asomaba por el bolsillo izquierdo donde la había metido. El príncipe no comprendía a qué venía aquel manojito de pelos, pero el Rey no prestó atención a las miradas atónitas de su hermano político. Estaban sentados alrededor de la mesa, en el centro de la cual había una cesta con frutas. Florián sirvió vasos de coñac. Se saludaron levantando los vasos, cada cual entregado a sus propios pensamientos.

—¿Habéis traído algún mensaje para mí? —preguntó el Rey con cierta tensión en la voz.

»Transcurrieron algunos instantes antes de que uno de los Borbones contestase:

—Hemos ofrecido a *monsieur* Poincaré la oportunidad de los términos de vuestra

reciente proposición. Desgraciadamente, el presidente de la República opina que el plan no tiene valor alguno. La importancia estriba en Alsacia y Lorena.

»El Rey asintió pensativo.

—La semana próxima tengo que ir a Alemania, al Cuartel General de los Ejércitos en Hamburgo, donde me entrevistaré con el emperador Guillermo. Pienso hacer todo lo posible por conseguir la aquiescencia alemana.

»Los dos Borbones comenzaron a mover la cabeza al unísono, lenta y negativamente. Por fin el segundo dijo:

—Vuestro viaje a Alemania será en vano. Es completamente inútil contar poder vencer la insana arrogancia de los generales alemanes. Pero aun cuando consiguieseis ganar al Emperador, no habríais resuelto nada, porque la Entente no está ya dispuesta a negociar con Alemania.

—Debéis comprender la situación —añadió su hermano—. La Entente está dispuesta a negociar y concluir la paz con vos. Pero con Alemania..., ¡no! Piden la rendición sin condiciones del emperador Guillermo.

»El Rey, inquieto, miró primero a uno y después a otro de sus dos cuñados.

—¿Una paz separada? —preguntó con voz débil y conmovida, mirando hacia la vitrina como si temiese que hubiese en ella un general alemán escondido. Después tomó una manzana, mordió y comenzó a comer glotonamente. En realidad, era más un síntoma de nerviosidad que de hambre—. Le he pedido al ministro de Asuntos Exteriores que venga —dijo con la boca llena—. Tenemos que tratar de eso delante de él.

»Los príncipes no hicieron comentario alguno a esta declaración del Rey. Comenzaron a hablar de otras cosas. Cuando la conversación giró sobre Italia, el Rey se puso rojo y su mirada se endureció. ¡No, no, no haría concesión alguna a Italia!

»De nuevo resonó el timbre de la puerta, esta vez con vigor y determinación. Tío Cini no tardó en entrar, alto y esbelto, y de nuevo su aspecto vacilante y su corbata negra me hicieron recordar la bandera austríaca.

»Después de hechas las presentaciones y saludos, se sentó a la mesa. Florián y yo, conscientes de nuestro deber, estábamos sentados a alguna distancia. El Rey hizo un breve resumen de la situación y de lo hablado hasta entonces. Mientras el Rey hablaba, tío Cini, con los brazos cruzados sobre el pecho, dirigía miradas de aprecio a los dos príncipes, por quienes sentía, por alguna razón, un cierto menosprecio. Cuando el Rey terminó su relato, Cini tomó la palabra en un tono que daba la impresión de que era el jefe y que había estado escuchando aquel relato como si hubiese sido el informe de un subordinado. Observé los rostros de los dos príncipes y vi que su tono los irritaba. El rostro cansado y enigmático de Florián estaba también saturado de contenida furia. Con voz fría, mientras su mirada recorría lentamente las cabezas de los demás, tío Cini dijo con desdén:

—La actual situación militar no impone a la Monarquía la imperativa necesidad de implorar de rodillas la paz. En todo caso, bajo ninguna circunstancia, no puedo dar

mi aprobación al plan de una paz separada. Italia ha merecido el desprecio de todo el mundo por haber traicionado a sus aliados. Su Majestad no puede en modo alguno ser inducida a traicionar su tratado de alianza con Alemania.

—Los alemanes traicionaren a la Monarquía hace ya tiempo —dijo uno de los Borbones tranquilamente, mirando con fijeza a los ojos a tío Cini—. Han prometido ya los territorios del sur a Italia. Debe usted reconocer, conde, la famosa frase de Bismarck: «Estoy moralmente dispuesto a cometer la mayor canallada en interés y al servicio de mi patria». Los alemanes son buenos patriotas. Lo cual equivale a decir que nuestro hermano político se encuentra frente a los más grandes canallas de la tierra.

»Tío Cini respondió ligeramente. En general, su forma de conversar con los príncipes era aquella mezcla de suavidad y fastidiosa cortesía que es siempre entre la alta aristocracia signo evidente de un apasionado odio.

—No tratemos de buscar subterfugios a nuestras acciones —dijo tío Cini siempre con la mirada vaga en el espacio— porque podríamos llegar a la conclusión de que Vuestras Altezas no han venido aquí en interés de la Monarquía, sino de Francia. Y bajo el punto de vista de Vuestras Altezas, el supremo interés de Francia no puede ser sino el retorno de los Borbones al trono.

»Los dos príncipes cruzaron una rápida mirada. Ocultas bajo las palabras de tío Cini, sentían las delicadas pullas de la sospecha, menosprecio y desdén. Pero un silencio de escasa duración fue su única respuesta. Como era su costumbre, el Rey permanecía con las manos abiertas sobre sus muslos, mirando alternativamente a los locutores.

—¿Qué cree usted que podría ocurrirle a la Monarquía, conde —dijo el segundo de los príncipes alcanzando una manzana—, si..., es una suposición, Alemania ganaba la guerra? En el momento de la victoria Guillermo echaría del trono a nuestro hermano político y Alemania absorbería la Monarquía.

—Estas suposiciones —dijo tranquilamente tío Cini, arreglándose con un ademán de indiferencia la corbata en su altísimo cuello de pajarita— nos apartarían muy lejos del tema que nos ocupa. Ni Vuestras Altezas ni yo podemos prever el futuro. Lo mismo podríamos decir que Rusia o la China engullirían un día a la Monarquía. Atengámonos al presente.

»No sé por qué Florián, en su excitación, se puso súbitamente de pie. Pero no se movió del lado de su silla.

»Tío Cini, tranquilamente, continuó:

—Las ilusiones de Francia respecto a Alsacia y Lorena no pueden interesarnos. De nuevo quiero hacer constar que Su Majestad no puede romper su tratado de alianza con Alemania.

»Y entonces, inesperadamente, Florián intervino. Su voz era dura y aguda, como si después de las sedosas y veladas amenazas de la conversación hiciese restallar una recia correa en el aire.

—Su Majestad tiene un aliado mucho más importante que Alemania.

»Ante la inesperada declaración, todas las cabezas se volvieron para mirar a Florián. Pero tío Cini no levantó su mirada, tras sus entornados párpados, más allá de las rodillas de Florián. En su expresión había una cierta dosis de tolerante paciencia, pero también la intimación al interlocutor de que no tenía más altura que un perro.

»Con la vehemencia de la acusación y el reproche, la voz de Florián siguió como un azote dirigiéndose al Rey:

—El Rey prometió la paz a su pueblo en su discurso de coronación. No es el pueblo quien firma los tratados de alianza, sino granujas de la calaña de Bismarck. El Rey no puede romper el tratado, ¿verdad? No, pero, ¿y sus promesas hechas al pueblo? ¿Puede romperlas?

»El rostro ceniciento de Florián era ahora terrible y fantasmagórico, mientras miraba a tío Cini con inflexible mirada. Sus ojos centelleaban y la córnea estaba inyectada en sangre.

»Esta vez tío Cini levantó la mirada de las rodillas de Florián, no hasta su rostro, sino algo por encima de su cabeza... De nuevo bajó la cabeza lentamente y pareció mirar hacia el mundo por encima de su larga pero bien cincelada nariz.

—Mi buen amigo, Su Majestad no tiene necesidad de que se le recuerde la palabra dada. Como puede usted ver, en este preciso momento Su Majestad está haciendo cuanto está en su mano en interés de la paz. Pero la observancia del tratado de alianza es cuestión de honor histórico. Y éste es un punto que no estoy dispuesto a discutir con usted.

»Destellos de rabia enajenada cruzaron por el rostro de Florián. Súbitamente, se quitó el chaleco, se arrancó la camisa y expuso la cicatriz de una profunda herida.

—¿Y esto qué es? ¡Mírelo Vuestra Excelencia! ¡No se avergüence de mirarlo, aunque no quiera discutir conmigo! ¿Qué es esto?

»El Rey se levantó y con un ademán tranquilizador se llevó a un rincón a Florián que estaba visiblemente fuera de sí.

»Entre tanto, el conde Cini se había levantado también. Hizo una profunda reverencia y se despidió ceremoniosamente de los príncipes. El Rey lo acompañó un momento hasta el vestíbulo. Florián seguía de cara a la pared, tratando con sus manos temblorosas de poner orden en su indumentaria.

»El Rey regresó, se aclaró la voz y colocó cuidadosamente de nuevo las sillas alrededor de la mesa. Estaba poniendo en orden la habitación. Al sentarse, uno de los príncipes de Borbón rompió el silencio:

—¿Quién decide aquí el destino de la Monarquía? ¿Vos o vuestro ministro?

»El Rey buscó en el bolsillo de su chaleco, sacó un cuchillito, abrió la hoja y colocó una manzana frente a él.

»El otro Borbón dijo:

—*Monsieur* Poincaré nos espera. Si no nos dais una carta en la cual reconocéis inequívocamente los derechos de Francia a Alsacia y Lorena, podemos considerar

como terminada nuestra misión.

»A los pocos minutos, en vista de que no había respuesta, los dos se levantaron. Y entonces Florián se arrojó de rodillas a los pies del Rey. Retorciendo sus manos juntas, suplicó con una voz que era casi un gemido:

—¡Majestad, yo os imploro! ¡Escribid la carta!

»Súbitamente su cabeza cayó en el regazo del Rey y sus hombros comenzaron a estremecerse con frenéticos sollozos. El Rey, sin mirarlo siquiera, tocó levemente su cabeza con un ademán angular de su mano izquierda. El ademán hizo levantarse a Florián, pero parecía también como si fuese a pedirle su bendición. Después, tranquilamente, cortó la manzana en dos. Los dos Borbones permanecían inmóviles. Una pepita de la manzana saltó hasta el lado opuesto de la mesa. El Rey la cogió con las uñas y se la llevó a la boca. Apretándola contra los dientes con el dedo mediano, comenzó a roer la diminuta y resbaladiza semilla. Al propio tiempo su mirada vagaba, casi danzaba por los aires hasta que llegó a ser casi atemorizadora. No he visto jamás una expresión humana penetrar tan intensamente en el infinito y, al propio tiempo, en uno mismo. Con un lento ademán, el Rey empujó la manzana partida a un lado y dijo:

—Traedme un poco de papel y una pluma.

»Florián se levantó de un salto y salió en busca de lo necesario.

»Eran ya las diez de la noche. Y entonces comenzó la redacción de la carta que debía durar hasta la una de la madrugada, porque se necesita tres veces más tiempo para escribir una carta entre tres personas que para escribirla una sola. Cada frase fue pesada cuidadosamente, analizada, limada, pronunciada en voz alta mientras los demás la escuchaban. Entre tanto, nos comimos todas las manzanas, porque no había otra cosa que comer. La prodigiosa alucinación de la historia nos apartaba de todo lo demás. La atmósfera de la mesa era la de tres oficiales pobres discutiendo un asunto de herencia familiar. Cuando el Rey dijo: “No quiero renunciar al Tirol del Sur”, dio la sensación de decir. “No quiero renunciar a la mesa de caoba. La abuelita me la había dado en vida”. Alsacia y Lorena figuraron en el inventario como si se tratase de una huerta de las afueras de la población, con cuatro perales y algunas legumbres que hubiese que sacrificar, aun cuando fuese con el corazón acongojado, en interés de la unidad.

»Y así fue redactada durante la noche del 23 de marzo de 1917, en un exiguo apartamento de la Blue Lampe Strasse de Viena, y dirigida al príncipe Sixto de Borbón, la carta con la cual Carlos de Habsburgo, como jefe de la Casa de Lorena, reconocía los indiscutibles derechos de Francia a Alsacia y Lorena, traicionando así la alianza con Alemania. Y todo esto sin que se enterase de ello su ministro de Asuntos Exteriores».

24 de marzo.

«Esta mañana he ido a la Stefanskirche y he orado de rodillas durante largo rato.

Los príncipes de Borbón han salido al alba con gran sigilo llevándose la carta del Rey para mostrársela a Poincaré. Heorado por el éxito de su empresa. Traiciones, tratados de alianza... ¡Dios mío, cuan vacíos, falsos, hipócritas, son estos conceptos! Acuden a mi mente las palabras de Tolstoi: “La guerra es una cosa tan horrenda, tan atroz, que no hay hombre, especialmente cristiano, que pueda asumir la responsabilidad de comenzarla”. He empezado a leer Anna Karenina por segunda vez».

26 de marzo.

«—Mientras tengamos nuestros falsos documentos de identidad —ha dicho Juan Hwang—, ¿por qué no volvemos a Suiza? Hemos dejado nuestro alojamiento de la rue Chantepoulet con el aviso de que quizá regresáramos pronto. Es una buena idea. Estoy sin cigarrillos egipcios. Empiezo a suspirar por chocolates, naranjas y dátiles. No puedo soportar por más tiempo la visión de toda esta gente hambrienta de Viena.

»La principal razón que tiene Juan Hwang para querer ir a Suiza es enterarse lo antes posible de lo que contesta la Entente a la carta del Rey. Su ansiedad es tan grande que se pasa horas enteras yendo de un lado a otro de la habitación, y cuando le hablo no me contesta».

3 de abril. Ginebra.

«Nuestra primera semana en Ginebra ha transcurrido sin acontecimientos. Ambos estamos impacientes esperando que ocurra algo, lo cual significa que la comida es insípida, no descansamos durmiendo y todo ha perdido su olor. Los periódicos suizos de esta mañana dicen que el tren del Rey ha salido para Hamburgo (a pesar de todo), dirigiéndose hacia el Cuartel General de los Ejércitos Alemanes. El Rey y el Emperador se besarán al encontrarse, como es costumbre entre monarcas. No importa; la carta al príncipe Sixto debe estar ahora en manos de Poincaré. Según los periódicos, tío Cini asistirá a la reunión vestido con el uniforme de coronel de ulanos. Me parece verlo desde aquí, con aquella fácil gracia suya, con su mano izquierda en la cadera, de pie al lado de Hindenburg y oír su molesto acento vienes cortejando las duras palabras nórdicas y prusianas de Hindenburg, salidas de debajo su rígido bigote engomado. Tío Cini se desplomaría en el acto sobre el suelo si supiese lo que contiene la carta secreta del Rey».

14 de abril.

«Esta mañana Juan Hwang me ha anunciado inesperadamente que se iba a marchar por algunos días. Sus maravillosas y misteriosas fuentes de información han traído la noticia de que la Entente toma en consideración la carta del Rey. Además de Poincaré y del primer ministro Ribot, sólo el rey de Inglaterra y Lloyd George tienen conocimiento de la carta. Se dice que tratan ahora de discutir el asunto con Italia en una conferencia secreta. Rusia no cuenta ya para nada. No me gusta que Juan Hwang

se haya marchado. Tengo miedo a la soledad. No me gusta que me dejen sola con mis alucinaciones. Se me ha reproducido el eczema en la rodilla izquierda».

20 de abril.

«¡Un día trágico! Debería orlar de negro esta página de mi diario. La Entente ha respondido a la carta del Rey, y tengo la sensación de que el destino del mundo ha sido sellado. Juan Hwang ha regresado esta madrugada a las dos y estaba medio loco de dolor y preocupación. He aquí el relato de lo ocurrido.

»Ayer por la mañana, en Saboya, al detenerse el tren de Turín, en la pequeña estación de Saint Jean de Maurienne, de un compartimento de tercera clase se apeó un panadero anciano llevando a la espalda un saco de harina medio lleno. Nadie hubiera reconocido en él a Lloyd George, primer ministro de Inglaterra. Un cuarto de hora después, una monja vieja de rostro masculino se apeó de otro tren: era Ribot, primer ministro de Francia. El barón Sonnino, que había llegado a la población disfrazado de deshollinador, los esperaba. Su grupo de técnicos militares, económicos y políticos no iban disfrazados, porque nada en ellos delataba al técnico, ni siquiera sus cerebros. Uno de los técnicos franceses era amigo de infancia de Juan Hwang; así fue cómo supo los pormenores de la conferencia secreta. El panadero, la monja y el deshollinador comenzaron sus discusiones en una sacristía. Su gran secreto y sus grotescos disfraces podrán parecer incomprensibles a los ojos de las generaciones futuras. Es algo parecido a lo de “negra prima anemona”.

»Sería interminable especificar todas las interminables discusiones que hubo entre el panadero, la monja y el deshollinador detrás de la puerta cerrada de la sacristía. Lloyd George entró en la conferencia con la intención de negociar una paz separada con la Monarquía, porque el ejército inglés había comenzado ya a tomar parte en la lucha en el sector de Arras, y los ingleses tenían interés en debilitar a los alemanes provocando la defección de la Monarquía. Estaba decidido a abofetear a Sonnino si Italia trataba de morder demasiado en los territorios del sur de la Monarquía. Pero Sonnino no cedía. Golpeó la mesa con su cartera y sacó nerviosamente documentos que probaran, en forma de pacto secreto angloitaliano, que Inglaterra había prometido los territorios del sur de Austria a la monarquía italiana a cambio de su entrada en la guerra. Durante la discusión, uno de los papeles cayó al suelo y Ribot, con la verdadera corrección francesa, se inclinó para cogerlo. Pero cuando su cabeza calva reapareció por encima de la mesa, su rostro era de color de púrpura, porque una mira subrepticia dirigida al documento le había revelado que Inglaterra había prometido también a Italia ciertas regiones reservadas a Francia en las previsiones del tratado secreto anglo-francés.

»La conferencia terminó con una terrible pelea. Lloyd George, el untuoso abogado galés, consiguió salvar la situación proponiendo que se redactase un memorándum en el cual se comprometían mutuamente a no admitir ninguna futura proposición de paz, ya que tales esfuerzos sólo conseguían turbar la paz entre las

Naciones Aliadas.

»Jamás en la historia del mundo se redactó documento más ignominioso. El significado de la nota promulgada por la conferencia de Saint Jean de Maurienne, fue: Si el rey Carlos de Habsburgo, tocado por la divina Luz, se arrojase a los pies de la Entente, diciendo: “Mandadme al destierro, tomad todas mis tierras, pero poned fin a esta carnicería”, la Entente, según la nota, no tendría más remedio que contestar: “¡Vete al diablo, loco, estás perturbando nuestra unidad!”.

»Señor, ¿qué le has hecho al mundo?

»He empezado a hacer los equipajes en el acto para regresar a Ararat. Después de esto, no podría pasar en Suiza ni un momento más».

CAPITULO VI

8 de mayo de 1917. Ararat.

«Los nogales del parque empiezan a florecer. Su fragancia, las plegarias matutinas en la capilla, los alrededores familiares y los rostros de la anciana servidumbre evocan recuerdos de mi juventud. Me aíslan de la guerra, del Rey y de las turbadoras alucinaciones de la Historia. He buscado refugio en una adorable alucinación de otra especie; me he puesto seriamente a escribir una novela sobre el caudillo Ordony, un antepasado de nuestra familia. Paso días enteros en la biblioteca del castillo y, en las estepas asiáticas del gran período migratorio, durante el cual siete tribus —nuestros antepasados húngaros— emprendieron el camino del oeste durante el siglo IX después de Jesucristo, empiezo a encontrarme como en casa. Una de las tribus iba capitaneada por Ordony. Juan Hwang me es de gran ayuda para la busca de fuentes de información; su presencia, afortunadamente, no ha llamado la atención de mi familia, porque pasa inadvertido en la inmensidad del castillo y entre las bandadas de huéspedes. Mamá me reprocha constantemente que eluda la compañía. Pero todos me aburren inmensamente; en estos momentos no me interesa más que la novela.

»¿Cómo debieron ser mis antepasados de las estepas de Asia de hace mil años? Me basta asomarme a las ventanas que dan al parque donde los prisioneros de guerra rusos están cortando la hierba. Entre ellos hay algunos tipos maravillosos. Uzbeks, perfiles turcos primitivos del Cáucaso, o mongoles de ojos rasgados. Asia ha invadido nuestro parque de Ararat, pero pacíficamente, desde luego. Cuando pasamos por donde están los prisioneros rusos, se quitan el gorro, se cuadran, rígidos y levantan sus hoces como si presentasen armas. Son hombres tranquilos, buena gente. Están contentos de estar aquí, bien tratados y bien alimentados. Es mejor estar aquí, segando la hierba bajo la sombra de los nogales en flor que en los campos de batalla, siendo segados por la muerte. Ninguno de los rusos está aquí por casualidad. Papá y tío Dmitri incluyen siempre una lista de nombres en sus cartas. Requisan de los miserables campos de concentración a sus protegidos y se los llevan a sus tierras o alquerías. Algunos veces vamos a ver una de sus fiestas y vemos aquellas interminables y agotadoras danzas, con los brazos cruzados en alto y saltando sobre sus tacones. Tienen un increíble don de la danza. Cantan encantados para nosotras, y sus canciones a cuatro voces son verdaderamente bellísimas. Juan Hwang está constantemente entre ellos y tiene ya recogidas más de doscientas palabras que son comunes a los idiomas ruso y húngaro. Estos rusos han aprendido muy aprisa el húngaro. Su facilidad se ve fortalecido por el hecho de que las viudas de guerra del pueblo están más que encantadas de compartir sus rayadas sábanas con todos estos Ivanos y Nikolais. Supongo que las Katuskas de las propiedades de tío Dmitri deben hacer lo mismo con los húngaros. De esta forma el pueblo, si le dejasen, pasaría encantado toda la guerra entre las sábanas.

»Ayer por la tarde, mi hermano Rere dio una gran representación de circo en el parque. Encontró el cochecillo al que solía enganchar a mi burrita blanca Mici, cuando era pequeña. Mici tenía unos ojos azules grandes como ciruelas. En vista de que no tenía asno, Rere se puso él mismo los arneses y sentó a uno de los rusos en el cochecito, que lo azotaba con un látigo, jugando, desde luego. El juego fue idea de Rere, porque los idiotas, en el fondo, son como chiquillos. Era una cosa risible ver a un conde con gorra *derby* enjaezado con unos arneses y arrastrando un carruaje como un animal de tiro mientras un prisionero ruso azotaba su espalda con un látigo. Todo el mundo se reía a carcajadas.

»Juan Hwang, a mi lado, no se ha reído. De nuevo en sus facciones se filtraba aquella sorprendente alucinación de cuando estaba abstraído en sus pensamientos. Tiene la inquebrantable teoría de que las fuentes del rejuvenecimiento del mundo residen en los hombres primitivos de las grandes cavernas del Oriente y que los pueblos de Occidente son débiles y decadentes. Me es imposible seguir sus razonamientos pero sus palabras quedan grabadas en mí. Esta noche, mientras estaba paseando por el parque pensando en un capítulo de mi novela, me detuve a escuchar. Las cuatro voces armónicas de una canción rusa llegaron a mí desde los heniles. Era bello y aterrador, parecía como si toda Asia estuviese cantando y el viento barriese las voces desde las estepas de los *kirghises*^[14]. El melodioso poder de las armonías, cuando alcanzaban el clima de la melancólica canción, parecía casi amenazar al castillo».

15 de mayo.

«Es inútil, no puedo aislarme del mundo exterior. La proximidad de la guerra es evocada constantemente, no sólo por la presencia de los prisioneros rusos, sino por el gran mapa clavado en uno de los salones de la planta baja. El señor Gruber es quien tiene la misión de mover adelante o atrás las diminutas banderitas de colores, según los comunicados de los periódicos de la mañana. Y cada uno de estos movimientos puede quizá representar setenta mil bajas. Zia es quien tiene la misión de fabricar las banderitas y está muy orgullosa de ello. Tiene sólo siete años, pero, en lugar de hacer vestidos para sus muñecas, hace banderitas de colores que representan los frentes de batalla. Después del desayuno, papá se pone delante del mapa, fumando su cigarro, con las piernas abiertas y anota la situación militar satisfecho o contrariado. En general, todo el mundo discute la situación militar durante el día entero; y todo el mundo lo hace con un tono que parece sugerir que sólo él está en posesión de los grandes secretos militares, pero que no quiere revelar más que fragmentos de los mismos. Yo siento una sola cosa, una especie de incurable jaqueca; la guerra sigue adelante y la punta de la bayoneta va penetrando hacia el punto fatal del cuerpo del mundo. El Rey es para mí un pensamiento de gran importancia».

17 de mayo.

«Un día magnífico y muy feliz. Los escritores como yo siempre están satisfechos de ver su obra impresa. Estoy particularmente satisfecha porque he sometido mi manuscrito bajo un nombre de guerra, “Pájaro Azul”, y una revista literaria llamada Luna Llena, ha aceptado imprimirlo. Es una novela corta que se desarrolla así:»

EL ANIMALITO MISTERIOSO

Antes de quedarse dormido, el rey Mondolfred XVII alcanzó su vaso y bebió otre sorbo de leche, procedente de unas cabras alimentadas con pétalos de rosa. Su chambelán cerró las pesadas cortinas del endoselado lecho y salió de puntillas del dormitorio real alumbrado por la tenue lamparilla puesta delante de la imagen de la Santa Virgen.

Una hilera de inmóviles alabarderos montaba la guardia a lo largo de los corredores del palacio. La luna lanzaba su luz fantasmagórica a través de las ventanas ojivales emplomadas. Debía ser cosa de medianoche cuando un curioso animalito apareció sobre el suelo de mármol del corredor y, saltando como una pelota de goma, consiguió desaparecer por una hendidura de la puerta principal. Era del tamaño de una rata, pero más redondo, y bajo la luz de la luna parecía de un color de púrpura oscuro.

—¿Qué ha sido esto? —preguntó Andrés de Berulia, que estaba cerca de la puerta.

—Una comadreja, me parece... —dijo el alabardero a su lado.

—No era una comadreja —dijo otro más alejado sin mover ni siquiera ligeramente la cabeza al contestar.

—¿Qué es eso? ¿De qué habláis? —preguntó una tercera voz.

—De un curioso animalito que acaba de pasar.

—Estáis viendo visiones —dijo Michael de Gorma con voz grave, quien era capaz de quedarse dormido de pie con los ojos abiertos.

Los alabarderos no prosiguieron su discusión sobre el curioso animalito. El silencio y la luz de la luna reinaron de nuevo en los corredores del real palacio.

Pero el misterioso animalito reapareció al día siguiente a medianoche. Esta vez fue visto por todos, dos de los alabarderos lo vieron incluso aparecer por una rendija de la puerta en la cámara real. Andrés de Berulia arrojó su alabarda sobre el fugitivo animal. El arma, con su chirrido peculiar, resbaló sobre el mármol, en persecución de la víctima, y llegó incluso a él, pero el animalito hizo un hábil regate, esquivándola, y consiguió escabullirse por la rendija de la puerta, a pesar de que esta grieta era tan estrecha que apenas entraba en ella la punta de la alabarda. Evidentemente, el animalito tenía la curiosa habilidad de poder cambiar a voluntad la forma de su cuerpo.

Esta vez los alabarderos pusieron lo ocurrido en conocimiento del chambelán mayor. A la noche siguiente montaron una guardia en el dormitorio

con la orden de mantener las miradas fijas en el soberano. Bajo la influencia de la leche de cabra, Mondolfred XVII, con las manos cruzadas sobre el pecho, dormía apaciblemente bajo su dosel. La débil luz azulada de la lamparilla tocaba apenas su barba de un rubio rojizo. Sobre medianoche la guardia vio al extraño animalito salir de las mantas del Rey. En cosa de pocos segundos se produjo en el corredor exterior un terrible alboroto. Las alabardas volaron en dirección del animalito, pero en vano. La rígida hilera de alabarderos zumbaba de emoción, y algunos de ellos aseguraron que el animalito no tenía cuerpo, sino que era una sombra.

Al día siguiente los consejeros del Rey pasaron el tiempo discutiendo la forma de atrapar y dar muerte al misterioso animal. No le dijeron nada al Rey por temor a perturbar su descanso. Por la noche el montero mayor del Rey apostó a la puerta del palacio los mejores sabuesos de las perreras reales. Los monteros sujetaban los perros con las traíllas, que temblaban ya ante la expectación de la cacería.

Súbitamente se oyeron, procedentes del corredor, los gritos de los alabarderos y el metálico chocar de las armas contra el suelo. Bajo la luz de la luna se vio claramente al animal aparecer por debajo de la puerta y bajar zigzagueando las escaleras, dirigiéndose hacia el parque. En aquel momento los monteros lanzaron un agudo grito y las jaurías se precipitaron hacia el animalito desencadenando una tempestad de furiosos ladridos. Saltando por encima de los setos en su loca persecución, los manchados sabuesos parecían casi volar bajo la luz de la luna. El animalito, corriendo a una velocidad vertiginosa, buscó refugio en la esquina del alto muro de piedra que rodeaba los últimos establos. Los alocados ladridos de los perros se convirtieron de repente en una locura ensordecedora. Se caían de espaldas al saltar y durante un momento la forma purpúrea del animalito apareció entre los colmillos de uno de los perros, pero de nuevo se deslizó al suelo y con una portentosa ostentación de fuerza describió un arco en el aire alcanzando otra vez el muro de piedra. Furiosos, los perros se lanzaban contra el muro y su ímpetu les hizo casi alcanzar la cumbre, pero sólo consiguieron arañar la arista con sus patas delanteras y caer de nuevo de espaldas al suelo. La caza había resultado infructuosa.

El propio comandante de las fuerzas tomó parte en la conferencia del día siguiente. Los mejores arqueros, lanzadores de picas y lanceros del real ejército se estacionaron alrededor de palacio formando cerradas filas. La fiebre de la batalla se apoderaba de todos los soldados, y los consejeros del Rey consideraban que su honor y dignidad dependían de la destrucción del pequeño animal.

A medianoche, cuando de nuevo se oyó el tumulto en el corredor, un diluvio de dardos y flechas cayó sobre las escaleras. El huidizo animal halló

milagrosamente un camino entre la densa selva de las piernas de los soldados. Uno de ellos consiguió alcanzarlo con su bota claveteada pero el animalito escapó por debajo; sin embargo, su carrera fue pronto cortada. Un momento después, la acerada punta del pico del hábil piquero Juan de Zorhin, alcanzó el blanco. Un triunfante aullido de victoria sonó en el aire. Todos se arremolinaron alrededor del héroe, que se precipitó por el corredor con su pica en alto porque los consejeros del Rey esperaban impacientes. Llevaron una antorcha para examinar mejor la presa capturada.

La punta de la pica atravesaba un corazón humano.

18 de mayo.

«Le he dicho a Juan Hwang que he escrito con el seudónimo de “Pájaro Negro” y le he dado a leer mi cuento. Me dijo que estaba bien, pero no me pareció tan entusiasmado como esperaba. Desde luego, no quiere a los Habsburgo y en su opinión el Rey no es más que un instrumento inútil. No les he enseñado mi cuento a papá y mamá porque son incapaces de comprender ningún simbolismo. Pero no he podido resistir la tentación de dárselo a tío Cini. Su opinión ha sido desalentadora. Sostiene que escribir de esta forma es peligroso y desmoralizador. Todo él mundo tiene el deber de orar por la victoria alemana. Explicó la situación militar y el fiasco de la ofensiva francesa. Su rostro estaba congestionado al hablar de la victoria alemana: y comprendo que es un Schäyenheim de cuerpo entero».

4 de junio.

«Los días transcurren monótonos. El verano es particularmente caluroso y asfixiante este año. Algunas veces paso horas enteras en un banco del jardín, sentada inmóvil en medio del perfecto silencio de la caída de la tarde, sin que la más leve brisa mueva las hojas. No puedo quitarme de la cabeza la espantosa tormenta que azota al mundo entero. Envidio a Zia y a todos los chiquillos que no experimentan esta sensación y pueden entregarse a los placeres del verano.

»Ha llegado otra carta de tío Dmitri, vía Suecia, después de una demora de unas seis semanas. La carta ha traído dos tristes noticias; por una parte, la abdicación del Zar, y que a Miroshka (tía Mira) han tenido que amputarle un dedo del pie que se le heló durante una cacería en el mes de enero. El Zar abdicó el 15 de marzo y el mundo entero lo supo pocos días después, pero tío Dmitri habla del asunto como si fuese una cosa confidencial familiar, encargándonos que no propalemos la noticia. ¡Cuan sorprendentemente ingenua puede llegar a ser la gente! La carta dice así:

»Después del asesinato de Rasputín la Corte hizo cuánto pudo por salvar lo que podía ser salvado y yo mismo tuve dos audiencias con el Zar. A fines de febrero las demostraciones de hambre en Moscú y San Petersburgo han alcanzado proporciones

de verdadera revolución y el Gobierno ha tratado en vano de aplacar a la Duna. No ha servido de nada dictar autos de detención contra los jefes del partido liberal. El Gobierno ha tenido que dimitir e Iki fue nombrado nuevo Primer Ministro (es un primo mío a quien puedes recordar haber conocido en mi casa). Pero cuando parecía que el gobierno Lvov iba a conseguir dominar la situación, ha aparecido en la escena política un abogado de poderosa palabra; es un hombre que conozco muy bien porque intentó un proceso difamatorio contra mí poco antes de la guerra; referíase al mantenimiento de una muchacha y sobornó a unos testigos para probar que pasé dos noches con una mujer llamada Olga Ilovna en el Hotel Georgia de Moscú, disfrazado de tratante en pieles bajo el nombre de Simitcs; ni una palabra de todo esto es verdad porque pasé tan sólo media hora hablando con esta mujer en su habitación. Y así, este sucio abogado, Kerenski, se apoderó del poder y convirtió a mi desgraciada patria en una República. Ya sabes lo que significa la palabra “república” y si no lo sabes te aconsejo que no lo averigües, porque este canallesco abogado socialista está engatusando a los campesinos con promesas de todas clases y distribución de tierras. Pero la Entente le hará pronto tragar sus palabras. Ayer mismo, hablé con *sir* Evelyn Johnson quien me dijo confidencialmente que una parte de la escuadra inglesa estaba ya en camino por el Báltico, y que Inglaterra pondría orden en los asuntos internos de Rusia.

»Papá quedó visiblemente anonadado después de haber leído esta carta. Distribuyó una caja entera de cigarros entre los prisioneros rusos que trabajan en el parque. Esto es algo que no había hecho jamás».

10 de junio.

«Según los comunicados, la estrella germana está en ascenso. El Rey ocupa mi mente; me gustaría estar a su lado para aliviar su sobrecargada responsabilidad. Temo que debe haberse arrepentido desde hace ya tiempo de su carta al príncipe Sixto porque los hechos han demostrado que tío Cini tenía razón.

»Juan Hwang ronda a solas por el parque durante horas y horas, con aspecto desesperado. Hay una gran conmoción en el mapa del salón de la planta baja porque las banderitas avanzan triunfantes y todo el mundo tiene su pregunta o su comentario que hacer.

»Si alguna vez escribo una novela moderna tomaré al señor Gruber, el secretario de papá, como modelo de uno de mis personajes. Uno de sus ojos es verde y el otro pardo, y ambos se destacan en medio de sus facciones pulcramente afeitadas. Pese a su pesada corpulencia es ligero en el andar. Cuando explica algo tiene la costumbre de apoyar un dedo en la nariz abriendo sus ventanas para aspirar el aire. Después, al terminar la frase, suele empujar con el índice a su interlocutor, que generalmente pierde el equilibrio. Pero termina la mayoría de sus frases con un resoplido y agita los brazos en el aire con tal fuerza que parece que tengan que desconjuntarse sus articulaciones, haciendo chascar los dedos con tal rapidez que nadie puede darse

cuenta de sus movimientos. De repente se aleja unos pasos, se detiene, mira con sus ojos, desiguales a la víctima de su elocuencia, retrocede y lanza un resoplido ante su rostro con un rasposo *Oh, la, la!*... emitido con voz gutural lanzando al aire los acentos al terminar la frase, como hace un malabarista con sus pelotas blancas; hace sus preguntas como si le interesasen mucho las respuestas, pero se contesta él mismo, acercando su rostro al mío y en estas circunstancias sus ojos se acercan tanto uno a otro que no se sabe cuál es el verde y cuál el pardo. El señor Gruber es alemán por parte de su padre, pero su madre era francesa. ¿Qué puede desear un hombre así? ¿Se alegra de los avances alemanes o se entristece de las derrotas francesas? No puedo averiguarlo. Lo observo por que me parece verme a mí misma en él; también yo soy esta mezcla, sangre húngara y alemana. Algunas veces siento un gran deseo de poseer el espíritu oriental de Juan Hwang, mientras otras veces no puedo soportar su presencia y pienso en tío Cini».

27 de julio.

«Después de la gran derrota francesa en la *Champagne*, con su gran pérdida de sangre, la última ofensiva rusa se ha derrumbado también y la estrella alemana asciende cada vez a mayor altura. Tío Cini está alegre como un pájaro porque está borracho a partir de la mañana. Durante semanas enteras el aire ha estado saturado de emociones y soy incapaz de continuar mi novela, como tampoco tengo ganas de proseguir este diario. El calor es insoportable, como si el mundo entero estuviese en llamas. Esta mañana Juan Hwang me ha brindado este resumen de la situación.

»Kerenski, antes de lanzar su ofensiva contra los alemanes, imploró de sus aliados occidentales que aprobasen la conferencia de Estocolmo sobre el socialismo internacional, porque sólo una conferencia de esta naturaleza puede traer consigo una verdadera paz democrática, además que esta conferencia puede también inducir a los pueblos hambrientos de Alemania y la Monarquía a la rebelión. Los miembros de las naciones de la Entente no quieren, sin embargo, aprobar la conferencia de Estocolmo, porque temen que podrían prestar nuevas fuerzas al espíritu revolucionario que ha sacudido ya a toda Europa. Por extraño que pueda parecer, el moderado Kerenski está tan alejado de sus corazones como el emperador de Alemania. Creen que Kerenski no tiene por qué mezclarse con los asuntos internacionales; su deber es cumplir con sus compromisos contractuales y atacar a los alemanes. Kerenski, como un chico obediente, los ha atacado. No sólo los cadáveres de los rusos quedaron colgando de las alambradas de espino del frente oriental, sino también el último vestigio de la paciencia del pueblo».

26 de octubre.

»Cuando comenzaron las hostilidades, el emperador Guillermo dijo que la guerra habría terminado cuando las hojas comenzasen a caer. Desde entonces las hojas han caído tres veces, incluso en el parque de Ararat. Hemos pasado estos últimos dos

meses en Septemvir Utca. Hace ahora seis meses que vi al Rey por última vez y no he sabido nada de él desde entonces. Imagino que debe ser feliz porque los periódicos vienen ahora llenos de las decisivas victorias conseguidas por la ofensiva austroalemana dirigida contra los italianos en Caporeto».

23 de marzo de 1918. Viena.

«Han transcurrido cinco meses desde que escribí la última palabra en mi Diario. Tampoco ha adelantado mi novela; desde entonces mi estado mental parece haberme exigido una completa ruptura con todas las preocupaciones del mundo. Como un globo flota al capricho del viento. Estas últimas semanas las he pasado con Juan Hwang en nuestra casa de Bösendorferstrasse. He regresado a Viena par estar cerca del Rey. Algunas veces me parece que me ha olvidado completamente. Cuanto más se eleva la estrella alemana, más parece alejarse de mí. Los grandes titulares de los periódicos dicen que los alemanes del frente occidental han conseguido incluso dispersar totalmente las unidades de caballería del general Gough. Sí, la estrella germana, y con ella la de la Monarquía, asciende cada vez a mayor altura, pero al propio tiempo, el hambre en Viena ha llegado a ser algo grave. No sé lo que sería de mí sin las provisiones de mi casa. El fértil cerebro del señor Gruber ha organizado un pequeño servicio de contrabando en beneficio de mi modesto personal doméstico. He estado pensando en solicitar una audiencia con el Rey, con una excusa cualquiera. Es terrible pensar cuan lejos, a cuánta altura, se ha situado de mí. Ayer era domingo y estuve sola en casa, porque la servidumbre había ido a divertirse al Prater. Como recuerdo, arreglé las sillas en el salón de la misma forma que estaban aquella tarde de mayo de hace siete años. ¡Dios mío, cuántas cosas han ocurrido en siete años! Recuerdo perfectamente al Rey, tan alejado todavía del trono en aquellos tiempos, sentado en aquel sillón forrado de rojo oscuro. He encontrado en mi guardarropa el traje azul celeste que llevaba aquel día, y me lo he puesto. He representado la escena de nuestro primer encuentro. Todo a mi alrededor cobraba vida; la música zíngara y la fragancia de los árboles en flor entraba en la habitación por la ventana; me parecía oír ruido de voces, pero al mismo tiempo todo me parecía también una horrenda alucinación. He arrojado la pelota al sillón tapizado de rojo: *Apfelstrudel!* Y me he quitado el pendiente saliendo de la habitación para pagar el rescate; me he detenido detrás de la puerta esperando que viniese mi caballero errante a sacarme del pozo. Pero no ha venido. Esperé así media hora, una hora, y lentamente comenzó a obscurecer. El miedo y una sensación de impotencia se apoderaron de mí; empecé a llorar quedamente en la oscuridad, y tendí la mano en busca del corazón del Rey que me había prometido la profecía de *Frau Katz*.

»¿Por qué me ha abandonado de esta manera desde hace un año? Lo he servido abnegadamente, incluso con riesgo de mi vida, en Ginebra...

»Esta noche he orado largo rato. He encontrado esta frase en el libro de San Ignacio de Loyola: “Enséñanos, Señor, a trabajar, y no pedir recompensa”.

17 de abril.

«La estrella alemana sigue ascendiente, rutilante. Rumanía está a los pies de Alemania desde Navidad; el tratado de Brest-Litovsk selló el destino de la destrozada Rusia hace algunas semanas, los periódicos de esta mañana anunciaban triunfalmente el arrollador avance alemán desde Yprés hacia París. El barón K., del Ministerio de Asuntos Exteriores, me ha llamado esta mañana. Dice que la victoria final está ya asegurada y que se están ya haciendo planes en Schönbrunn. El archiduque Maximiliano ha sido elegido para gobernar el nuevo estado eslavónico del sur cuando entre a formar parte de la Monarquía. Toda Rumanía y las regiones del sur de Polonia caerán bajo el dominio húngaro. La Monarquía será más grande y más poderosa que nunca.

»El Rey ha desaparecido de mi vista exactamente como el día de la coronación. Pero esta vez se ha alejado mucho más y a mayores alturas.

»Un día de acontecimientos, un día fatal. Ha caído como un estallido después de la enojosa y triste monotonía de los tiempos recientes».

20 de abril

«Todo ocurrió exactamente de la misma forma que hace un año. Estaba en el baño sobre las once de esta mañana cuando entró mi doncella Margaret diciéndome que un desconocido deseaba hablar conmigo. Margaret no tiene memoria para las fisonomías. Le dije que lo despidiese (debía ser un pedigüeño o un corredor). No quería irse, era portador de una carta que tenía que entregar en mis manos; una carta de Schönbrunn. Cuando salí despeinada a la puerta me encontré con los mismos ojos cercanos que escudriñaron mi rostro. Era aquel hombre de rostro impasible y azulado. La carta estaba escrita en la misma clase de papel y lápiz:»

Le ruego se halle en el apartamento número 15 de Blaue Lampe Strasse, donde nos reunimos hace un año, a las seis de esta tarde. Muy importante.

«Esta vez las dos últimas palabras indicaban claramente que el Rey no me invitaba a una cita de amor. Juan Hwang ha salido esta mañana temprano y no ha regresado todavía por la tarde. Le he dejado una nota diciéndole dónde iba; imagino con qué impaciencia ha debido esperar mi regreso.

»En él taxi tuve la sensación de que la *Montaña* había temblado de nuevo y que, más que nunca, estaba a punto de abrir sus profundidades.

»De nuevo el hombre de azulado rostro me abrió la puerta y el Rey estaba ya en la habitación. La tristeza se impuso al latir de mi corazón; ¡cuánto había cambiado en el transcurso de un año! Parecía diez años más viejo. Su voz era suave y afectuosa al precipitarse hacia mí tendiéndome la mano. Después, su rostro se ensombreció súbitamente.

—¡En valiente lío me ha metido su tío Cini!

«Esto fue para mí una sorpresa, porque hasta ahora siempre había llamado a tío Cini, “mi ministro de Asuntos Exteriores”. Y ahora, de repente, se convertía en su tío Cini».

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha pronunciado un disparatado discurso. Contestando a las tentativas de paz de los franceses, ha declarado que Alsacia y Lorena pertenecían de derecho a Alemania, y que la Monarquía no había albergado jamás la menor duda sobre los derechos de Alemania. Ante lo cual Clemenceau ha tenido un ataque de rabia y contestado por medio de la Agencia Havas diciendo que el ministro de Asuntos Exteriores mentía como un villano, porque la Monarquía había apoyado la pretensión francesa el año pasado.

»Me quedé sin aliento.

—¿La carta a Sixto de Borbón?

»El Rey asintió silenciosamente.

—Esta mañana me han llamado por teléfono. Tío Cini estaba al otro extremo del alambre, en Bucarest, donde acababa de dictar las condiciones del tratado de paz con Rumanía. Estaba furioso y me preguntó si les había dado a mis cuñados alguna carta relacionada con nuestra entrevista del año pasado. Le dije que se calmase, que no había escrito ninguna carta. Pero no quedó convencido; ha tomado el tren inmediatamente y estará aquí mañana por la mañana.

»El Rey buscó mi mano.

—Kristina, usted estuvo presente a la entrevista desde el principio al fin. Ahora escuche bien las palabras que tengo que decirle. Ya sabe usted cuál es la situación militar; los alemanes avanzan sin detenerse. Cuando un hombre se encuentra en un apuro se agarra donde puede. Esto es lo que está haciendo ahora Clemenceau conmigo. Quiere dar a la publicidad mi carta dirigida a Sixto. Si los alemanes se enteran de ella, habrá sido inútil la alianza de la Monarquía a los victoriosos; todos nuestros sacrificios habrán sido estériles, los alemanes romperán con nosotros como aliados traidores. Conozco a Lüdendorf y es capaz de hacerme fusilar.

»Quedó mirando en el vacío, y en aquel momento su expresión era tan lastimosa como la de un chiquillo. Su traje de paisano mal cortado acentuaba su aspecto infantil.

—Tome una hoja de papel, por favor —dijo, saliendo de sus meditaciones—, y escriba exactamente lo que le diré, porque cada palabra es importante. Aquí tiene usted lo que pasó en esta habitación en marzo último. Los cinco nos quedamos aquí después de la marcha de tío Cini. Los dos Borbones, usted, yo y Osear.

—¿Florián?

—No, no, Florián —dijo en rey con énfasis—. ¡Oscar!

—¿Oscar? ¿Qué Oscar?

»El rey señaló hacia la puerta.

—El que le ha abierto la puerta. El que le ha entregado la carta. Mi hombre de confianza. Se llama Oscar.

»Tomé buena nota de ello, porque olvido fácilmente los nombres. Así, pues, aquel hombre de rostro mudo de color de pizarra se llamaba Oscar.

—Cuando terminé mi carta a mi cuñado Sixto —prosiguió el Rey—, miré a mi alrededor con la carta en la mano y después se la di a Oscar para que la metiese en un sobre. Por favor, subraye esto. *Fue a la habitación contigua*. Estuvo fuera tanto tiempo que lo llamé: «¿Qué ocurre? ¿Es que no encuentra usted un sobre?». Y Oscar contestó: «Estoy buscando uno en los cajones de la mesa». Después, cuando apareció otra vez a la puerta, estaba mojando el sobre con los labios con objeto de cerrarlo. ¿Ha anotado usted todo esto?

—Sí, Majestad.

»El Rey se levantó, recorrió dos o tres veces la habitación con las manos en la espalda y salió súbitamente. Cuando regresó a los pocos segundos me fue difícil reconocerlo. Llevaba la barba postiza, el cuello del gabán levantado hasta los ojos y el sombrero hundido hasta la frente.

—Tengo que marcharme ahora, Kristina, porque hay mucho que hacer. Tenga la bondad de estar mañana, por la mañana, en Schönbrunn a las nueve. A las nueve en punto. Y relea usted varias veces lo que ha escrito a fin de no cometer ninguna equivocación.

»Tomó mi mano entre las suyas y dijo, casi en tono de excusa:

—Le estoy muy agradecido. Adiós.

»Dió rápidamente media vuelta y desapareció.

»En casa, con gran sorpresa por mi parte, no solamente me esperaba Juan Hwang, sino también Florián, a quien no había visto desde la entrevista celebrada con los Borbones. Después de tanto tiempo me produjo una impresión peor que la que me había producido el Rey. Su rostro era más gris y anguloso que nunca, y ahora parecía realmente como si no fuese de carne y hueso. Tuve que explicarles todo lo ocurrido, con todos los pormenores mientras ellos me escuchaban atentamente, inmóviles. Cuando hube terminado, Juan Hwang apartó la silla a un lado y se asomó a la ventana. Florián continuó con la mirada vaga, inmóvil. Juan Hwang fue el primero en romper el silencio.

—El Rey es inexcusablemente estúpido. Está bajo el hechizo de la victoria alemana; es sordo y no puede oír lo que pasa a su lado. La Monarquía está exactamente en el punto en que estaba Rusia el año pasado. —Florián asintió nerviosamente. Juan Hwang continuó—: Berlín y Viena no pueden sostenerse de hambre. En los alrededores de la Baja Cámara húngara se puede oír hablar abiertamente de una ruptura con Austria. Viena está llena de socialistas, mientras los checos... El Rey tiene que estar completamente ciego para no ver lo que quieren los checos.

»Hizo un gesto de reprobación con la mano. Florián dijo:

—El Rey no puede hacer más que una cosa. Cuando tío Cini vaya a verlo mañana para pedirle cuentas, en lugar de repudiar la carta de esta forma estúpida y cobarde, tiene que decirle: “Sí, escribí la carta y asumo la responsabilidad”. Y si tío Cini está dispuesto a discutir, tiene que hacerlo detener en el acto.

—¡Exacto! —exclamó Juan Hwang.

—EL Rey tiene que declarar un armisticio inmediatamente y ponerse al frente de las tropas contra los alemanes. Es la única forma de salvar algo de la situación.

»Juan Hwang se acercó a mí diciéndome apasionadamente:

—Escucha, Kristina, Florián tiene razón; es el único camino. Pero el Rey es demasiado cobarde para seguirlo. El destino ha puesto este importante papel en tus manos. Tú eres más grande que el Rey y tío Cini juntos. Más grande, porque eres bella y apasionada. En momentos como éste es siempre la belleza y la pasión de una mujer la que decide el curso de la Historia.

»El rostro ceniciento de Florián asintió.

—Mañana —prosiguió Juan Hwang— debes desenmascarar la infantil falsedad del Rey. Debes agarrar al Rey y arrastrarlo contigo hacia abajo. ¿Abajo? ¡Arriba! Si haces lo contrario de lo que te pide, no lo traicionarás... ¡salvarás su vida!

—El Rey es un hombre honrado —dijo Florián—, pero es terriblemente débil e indeciso. Estoy de acuerdo con Juan Hwang en todos los puntos. El futuro de la Monarquía, del Rey y de todos nosotros, será decidido mañana.

»No puedo recordar cuánto duró la discusión. Me fui a la cama sin haber probado bocado y mi corazón y mi cerebro parecían completamente turbados. Las profundidades de la *Montaña* estaban abiertas y mostrábanse amenazadoras. La Gran Misión, la Misión Importante de *Frau* Katz aparecía de nuevo; entraba finalmente en mi vida. Juan Hwang y Florián rodeaban mi cama con pasos silenciosos, y antes de quedarme dormida oí palabras como éstas:

—Recordad, condesa, que la vida de millones de soldados depende de lo que ocurra mañana...

—Serénate y tranquiliza el corazón del Rey. El Rey te escuchará. El Rey te ama».

21 de abril.

«Pocos minutos antes de las nueve de esta mañana estaba ya en la antecámara del Rey en Schönbrunn. El ayudante se limitó a decirme que el ministro de Asuntos Exteriores estaba con Su Majestad. La antesala estaba llena de altos personajes militares y de Estado que discutían la situación en voz apagada. Sus palabras demostraban con claridad que creían inminente la victoria alemana. Juan Hwang y Florián seguían rondando a mi alrededor como dos sombras y cuanto me habían dicho me parecía una torturante alucinación. Allí, en aquella habitación blanca y dorada, cada una de las palabras —Somme, Gough, Lüdendorf, el Marne— y cada una de las ventajas militares alemanas adquiría una substancia deslumbradora.

»El ayudante abrió la puerta y se inclinó delante de mí. Mi corazón latía en mi

garganta. Tío Cini, con su flotante corbata negra, estaba sentado frente al Rey. El Rey llevaba el uniforme de mariscal de campo, con una profusión de estrellas y —quizá fuese a causa del resplandeciente uniforme y el antiguo marco de la gran habitación — Carlos era ahora el rey y emperador, potente y majestuoso. Avanzó unos pasos hacia mí y me saludó con marcada frialdad.

—Buenos días condesa.

»Pero al estrecharme la mano vi en sus ojos un guiño de confabulación. Después inició la conversación, mientras tío Cini estaba de pie al lado de la mesa, alto, negro y amarillo.

—Le he rogado que viniese usted, condesa —dijo el Rey con tono malhumorado y severo—, porque quisiera que nos dijese exactamente lo que ocurrió cuando la carta que el príncipe Sixto se llevó de Laxenburg le fue entregada el año pasado. Trate de recordar todos los pormenores y no diga más que la verdad.

»En aquel momento una muda súplica apareció en sus ojos; fue sólo un instante, pero penetró en mi corazón.

»Mientras repetía lenta y tranquilamente la lección aprendida de memoria, tío Cini fijaba sus ojos fríos en mí. Cuando terminé, me hizo una pregunta.

—¿Así Osear puso la carta en un sobre?

—Sí.

—¿En la habitación contigua?

—Sí, lo recuerdo perfectamente.

»Tío Cini se inclinó sobre la mesa, cruzó sus largos brazos sobre el pecho y volvió hacia el Rey una mirada sardónica.

—Majestad, este incidente del sobre me parece demasiado infantil. Temo que Clemenceau tenga razón.

»El Rey se levantó violentamente de la silla y gritó con voz apasionada:

—¿A quién das crédito, a Clemenceau o a tu emperador?

»Tío Cini quedó impassible ante la reprimenda. Con la misma sonrisa respondió:

—Majestad, permitidme que os conteste con una conocida anécdota. Un viajero fatigado llegó a una alquería y le pidió al granjero que le prestase su mula. El granjero dijo que lo sentía mucho, pero que el día anterior había prestado la mula a un vecino suyo. En aquel momento la mula relinchó en el establo y el viajero exclamó: «¡Pero su mula está aquí!». El granjero se puso rojo de rabia y gritó: «¿A quién cree usted, a mi mula o a mí?». —Tío Cini hizo una leve inclinación delante del Rey—. La mula, desde luego, es Clemenceau. —En el acto la sonrisa desapareció del rostro de tío Cini y con una expresión pétrea se apartó de la mesa para dirigirse a su cartera que había dejado sobre uno de los sillones. Abriéndola, sacó un ejemplar de *Le Temps* —. Acaso Vuestra Majestad —dijo— ignore la clase de prueba que Clemenceau tiene en su posesión. —Extendió el periódico sobre la mesa—. Aquí... el periódico reproduce un facsímil de la carta, escrita por la propia mano de Vuestra Majestad, en la cual admitís la justicia de las pretensiones francesas sobre Alsacia y Lorena.

»El Rey cogió el periódico, examinó la reproducción y dijo con calma:

—Ésta no es mi escritura.

»Tío Cini se inclinó de nuevo sobre la mesa, cruzó sus brazos inverosímilmente largos, semejantes a tenazas, sobre su pecho, y con una sonrisa en la que se combinaba la deferencia del subordinado con el más insolente sarcasmo, dijo:

—Seguramente Vuestra Majestad conoce la historia que se cuenta respecto al conde de Bombelles, el médico del emperador José II. Bombelles era un hombre muy elegante y una vez dijo en un grupo de amigos que un verdadero caballero no usa nunca zapatos de color. Alguien miró al suelo y dijo: «¡Pero si Vuestra Excelencia usa ahora zapatos de color!». Bombelles bajó la mirada a sus pies y respondió: «¡Éstos no son mis pies!».

»Inclinándose levemente, tío Cini miró al Rey a través de sus párpados entornados. El Rey no sonreía. Apretó un pulsador fijado en el ojo de un pez de ónix que había sobre la mesa y cuando entró el ayudante, dijo:

—Haga entrar a ese hombre.

»Tuvimos que esperar un momento, pero nadie dijo nada. Tío Cini se puso el monóculo rápidamente y el círculo que el cristal describió en el aire pareció un halo de desdén. El Rey estaba de cara a la ventana, mirando hacia el parque. Yo cerré los ojos, porque estaba a punto de desvanecerme.

»Cuando la puerta se abrió vi a dos guardias armados hacer entrar a Oscar, el hombre de rostro azulado, mientras ellos permanecían afuera. Sólo el ayudante acompañó a Oscar dentro de la habitación y volvió a salir. Oscar estaba de pie delante de la puerta blanca y dorada, con la cabeza ligeramente baja, como un condenado a muerte. Embarazado, sostenía su sombrero entre sus manos. El Rey se volvió hacia él.

—Tenga usted la bondad de decirnos...

»Pero tío Cini lo interrumpió bruscamente.

—No hay necesidad, señor. Es la tercera vez que oigo esta historia.

»Comenzó a frotarse sus largas y huesudas manos delante del rostro del Rey.

—Majestad, quisiera que comprendiese que todo esto es inútil. ¿Cree Vuestra Majestad que los franceses han perdido la cabeza?

»El Rey miró fríamente a tío Cini de pies a cabeza y con una calma y dignidad que hasta cierto punto no le cuadraba en aquel momento, dijo:

—Una vez más, conde, le digo que yo no he escrito esta carta. —Golpeó el periódico con la palma de la mano y exclamó con calor—: ¡No es mi escritura! ¿Quiere usted mi palabra de honor?

»Tío Cini seguía frotándose las manos.

—¿De qué me serviría creer en la palabra de Vuestra Majestad? ¡Es Clemenceau quién debe tener la prueba!

—¡*Monsieur* Clemenceau la tendrá! —gritó el Rey—. Tome una muestra de la escritura de este hombre.

»Se acercó a la mesa, tomó papel y pluma y se volvió hacia Oscar.

—Siéntese y escriba lo que le dicte.

»Oscar soltó su sombrero sobre el suelo y extendió sus muñecas esposadas. El Rey pulsó el timbre y a un signo de su mano el ayudante liberó las muñecas de Oscar. Éste se sentó y se frotó las muñecas antes de empezar a escribir. El Rey comenzó a dictar:

—La Monarquía reconoce el inalienable derecho de Francia a Alsacia y Lorena...

»Oscar escribió deprisa. Tío Cini se puso el monóculo y tomó la hoja de papel con una sonrisa de desprecio. Después buscó nerviosamente el periódico y confrontó la reproducción y la escritura de Osear. La sonrisa de desprecio se desvaneció en sus labios.

»Yo me acerqué y miré las dos escrituras. Mi corazón se detuvo. Eran sorprendentemente semejantes.

»Cini estaba atónito y embarazado cuando el Rey dijo secamente:

—¡Mire éstas, por favor! ¡Jamás las he curvado de esta forma!

»Tío Cini dirigió una mirada de pez al rostro azulado de Oscar.

—¿Cómo ha osado usted hacer esta falsificación?

»La cabeza baja no contestó. El Rey volvió a apretar el pulsador, el ayudante reapareció, volvió a poner las esposas en las muñecas de Oscar y se lo llevó. El Rey se volvió hacia tío Cini.

—Haga que Clemenceau se entere en el acto que hemos encontrado al falsario y haremos lo necesario para que él mismo pueda examinar su letra. Tome las precauciones para que el prisionero sea transferido a la custodia de la Entente. Y ahora voy a enviar al emperador de Alemania un telegrama que redactaremos juntos. Siéntese y se lo dictaré.

»El Rey estaba al otro lado de la mesa, con un puño en la cadera y el otro descansando sobre la mesa. Su voz tenía un timbre metálico.

Querido Guillermo: He silenciado las bajas y falsas acusaciones de Clemenceau. La voz de mis cañones darán en el frente occidental la respuesta a los franceses por lo que han tratado de hacer. Sinceramente, Carlos.

»Esperó a que tío Cini hubiese escrito la última palabra y súbitamente echó la cabeza atrás.

—¿Merece este mensaje el honor de su aprobación?

»Tío Cini asintió sin una palabra. El Rey se levantó de la mesa e hizo sonar sus espuelas de oro. La conferencia había terminado.

»Yo no recobré la serenidad hasta que el taxi estuvo en la puerta de Bösendorferstrasse. Subí las escaleras con el corazón angustiado Juan Hwang y Florián me recibieron con el fuego cruzado de sus miradas. Era difícil empezar con todo lo que tenía que decir. Comencé diciendo que la realidad, el momento, la situación, era distinta del futuro que no podía ser previsto. Después di cuenta de lo

que había ocurrido mientras los cuatro ojos me iban mirando con creciente frialdad. Cuando terminé, Juan Hwang fue el primero en hablar. Tenía una palidez mortal.

—¿Es verdad eso? ¿Es eso todo lo que has hecho?

—No he hecho nada —dije yo aterrada.

»Se precipitó hacia la puerta y agarró el puño del picaporte como si se dispusiese a salir corriendo, como si hubiese algo todavía, en alguna parte, que pudiese ser salvado.

»Y entonces ocurrió una cosa horrible. Juan Hwang, súbitamente, dio un salto desde la puerta y comenzó a estrangularme mientras rugía con su voz ahogada:

—¡Maldita prostituta!... ¡Maldita prostituta!...

»Rodamos por el suelo; los dedos de Juan Hwang se habían clavado en mi garganta y dirigí una mirada de súplica hacia Florián. Pero Florián no se movió, no acudió en mi ayuda. Su rostro cetrino, cruel y mudo, mirándome desde arriba, era el rostro de una terrible e ignota imagen del Juicio. Sólo vi que tomaba su sombrero y salía de la habitación.

»Y Juan Hwang me dejó allí, en el suelo. Salió con tal violencia que las macizas puertas de roble estallaron al cerrarse con la voz, profunda del cañón. Mientras yacía sobre la alfombra, medio inconsciente, la explosión repercutió por los corredores y los ecos fueron creciendo hasta parecer que los cañones de los campos de batalla estallaban a mi lado. Me desvanecí».

26 de abril.

«Éste es el quinto día transcurrido desde la desaparición de Juan Hwang. El escándalo causado por la carta a Sixto de Borbón ha trascendido a la Prensa internacional. ¿Qué puede haber sido Oscar? Probablemente los franceses lo habrán ejecutado ya. Las tropas alemanas avanzan en todos los frentes como una tormenta».

28 de abril.

«El barón K. me ha hecho esta mañana otra corta visita. Me ha confiado, bajo promesa de secreto, que Schönbrunn está bajo la fiebre de la excitación. Ayer por la tarde la Reina fue a Viena en su coche cerrado para asistir a la inauguración de un nuevo hospital militar. Cuando regresaba, sobre las ocho de la noche, una vez el carruaje hubo entrado por la puerta principal del parque fueron disparados dos tiros de revólver desde los arbustos laterales, alcanzando los dos a los cristales del vehículo. Los dos caballos se asustaron y se dirigieron hacia el palacio a una velocidad desenfrenada. La Reina no sufrió daño alguno y la dama de honor que la acompañaba sólo tuvo un agujero de bala en el borde del sombrero. Desde entonces se han puesto detectives detrás de todos los arbustos y la guardia ha sido cuadruplicada. No hay rastro de quién pueda ser el asesino. El incidente se guarda en el más estricto secreto.

»Cuando el barón K. se marchó escondí el rostro entre las manos. Tengo la

sensación, si bien no podría decir por qué, de que Florián es el culpable de este atentado, aunque no tengo la menor prueba de ello. Esta cuestión hállase suspendida en mi interior como una especie de siniestra vestidura, cuya presencia es inquietante, terrible, mientras su propietario no sea conocido. Ahora se me ha ocurrido pensar que el otro atentado, el del día del entierro de Francisco José, pudo ser también obra de...

»¿O Juan Hwang, quizá?«.

CAPITULO VII

24 de mayo de 1918. Budapest.

«Representación de gala en la Opera esta noche. Casi todos los concurrentes a aquella sala atestada eran tíos o primos míos. La aristocracia de Austria y Hungría enteras estaba allí, como si hubiese acudido de la coronación en Buda dando un prodigioso salto de un año y medio. Usaban las mismas ropas y joyas, y el esplendor de la concurrencia, su fausto oriental, las curvas espadas en sus vainas de terciopelo, amenazaban eclipsar en esplendidez la representación del escenario.

»Experimenté algo terrible y siniestro en toda aquella ostentación, pero Juan Hwang no estaba a mi lado para descifrarme el secreto significado de estos vagos presentimientos. Y quizá sea mejor que no haya estado hoy a mi lado con sus eternas profecías de Casandra.

»Cuando el Rey y la Reina aparecieron en el palco real todo el mundo se levantó y la orquesta atacó el himno nacional húngaro. Todos cantaban y el himno era emocionante como el día de la coronación. Pero esta vez había en él cierto aire de triunfante intoxicación, acaso porque estaba tan cerca de la orquesta que los acordes sonoros de su majestuoso ritmo eran verdaderamente bellos.

»Cuando se bajó la luz de la gran lámpara central, volví la cabeza hacia el palco real, pero en la penumbra no conseguí ver del Rey más que las dos manchas blancas de sus guantes con los brazos cruzados. ¡De nuevo tan lejos de mí y a tan inconmensurable altura! No tengo la menor esperanza de verlo durante los dos días de su estancia en Budapest. El barón K., sentado a mi lado, me ha dicho que el Rey es muy feliz estos días. Según el comunicado de hoy, los alemanes se acercan al Marne y la caída de París es esperada en el espacio de pocas semanas».

29 de mayo. Ararat.

«El despreciable pueblo de Pest susurra que la real pareja no ha venido a Hungría sin motivo. Los vieneses y los austríacos se están muriendo literalmente de hambre y fueron a cortejar el envío de harina de los húngaros; a pesar de que el pan que se sirve en los restaurantes es verde de moho y medio líquido, las alforjas de los campesinos están bien provistas de panes blancos cuando se sientan a comer un bocado en la cuneta a la sombra de las acacias. En cuanto a Ararat hace referencia, la guerra ha afectado poco nuestras cocinas. Los molinos de la propiedad siguen produciendo incesantemente, y a pesar de que la requisita es sumamente severa, hay siempre suficiente harina que *se cae* de los sacos para darnos de comer. El cocinero sigue mandando notas escritas de pedido a los cazadores de Zas tierras diciéndoles cuántos ciervos, conejos o faisanes deben mandar; las naranjas, limones, dátiles e higos desaparecieron hace ya tiempo, desde luego, pero no podemos quejarnos después de

saborear las maravillosas y jugosas cerezas de Ararat, las mantecosas peras de oro rojo, los aterciopelados melocotones que, al abrirlos, trascienden la fragancia de una redoma de perfume cortada por la mitad. El nuevo cocinero, conocido simplemente por señor Barta, trata en vano de competir con el recuerdo dejado por *monsieur* Cavaignac. ¡Pobre Cavaignac! Papá y sus amigos están sentados alrededor de la mesa levantando sus copas por la victoria alemana mientras *monsieur* Cavaignac, como leal francés, está metido en una de las fangosas y sangrientas trincheras del Marne, rechazando el avance de los alemanes hacia París. Mi hermano György ha regresado hace poco del frente con una ligera herida en una pierna. El mismo fusil de *monsieur* Cavaignac pudo habérsela producido.

»Apoyándose en su bastón, György se pasa el día paseando por el parque lanzando al aire piñas para que su perro vaya por ellas. El cachorro de *pointer* corre con tal vehemencia detrás de la piña que no puede pararse cuando la alcanza, y rueda por los suelos. Sus ojos tienen una brillantez de felicidad indescriptible cuando regresa con la piña entre sus colmillos. Y cuando la deja a los pies de György su mirada suplicante implora que vuelva a arrojársela. Comprendo que esto entretenga a György más que cualquier otra distracción. György es un muchacho curioso. Es tan diferente, con su cuello corto y su cabeza redonda, de todos nosotros... Algunas veces tengo la sensación de que no ha sido su pantorrilla sino su alma la que ha sido herida. No toma nunca parte en las conversaciones durante las comidas ni dice nunca sus opiniones sobre los alemanes y los franceses. La semana pasada, cuando recibió una medalla por haber sido herido, la arrojó al suelo con rabia. Esto ha reforzado mis sospechas, porque he examinado su herida. Nosotras, las enfermeras, tenemos mucha experiencia de estas cosas. La trayectoria de la herida recorre diagonalmente la pantorrilla y la bala ha evitado cuidadosamente el hueso. Es la típica herida producida por uno mismo. Si esto es lo que ha ocurrido, György tuvo razón de hacerlo. Tiene veinte años y, por lo que sé, no ha estado todavía enamorado.

»En Ararat hay constantemente una cantidad de chiquillos que hacen el verano ruidoso. Algunas veces, cuando paso cerca de la caseta de baño china, veo esbeltos y bronceados cuerpos juveniles que se zambullen desde lo alto de ella.

»No he estado en la pagoda china desde el accidente. La sombrilla azul de mamá reluce al sol al dirigirse hacia el castillo, de regreso de su horaria visita de inspección a la caseta por miedo de que le ocurra algo a alguna de sus juveniles parientas. Están tan ajenas a la guerra en su desenfrenada exuberancia como los pájaros que cantan en los árboles.

1 de junio

«Esta mañana papá ha salido muy excitado a la terraza llamando a György. Se lo llevó ante el gran mapa frente al cual estábamos todos agrupados, incluso la servidumbre. ¡Los alemanes alcanzaron el Marne ayer! La caída de París es cuestión de días. György no se unió a las manifestaciones de alegría de todo el mundo y siguió

lanzando piñas a su perro».

2 de julio.

«Días tristes, muy tristes. Ayer hubo una tormenta y relámpagos; un rayo partió en dos el viejo roble».

21 de julio.

«Ya era hora de que ocurriese algo importante, pero hasta ahora nadie sabe lo que significa. Pocos minutos antes de las nueve, el señor Gruber se precipitó en la “fábrica de banderas”, que es el cuarto de estudio de Zia.

—¿Qué significa esto? ¿Es que no están listas las nuevas banderas?

»Cogió las terminadas y salió para ir a modificar la posición del frente occidental de acuerdo con los comunicados de la mañana. Papá estaba ya delante del mapa, con las piernas abiertas, fumando su cigarro con deleite. El avance de las banderas ha vacilado visiblemente durante las últimas semanas como si la ascendente estrella de Alemania hubiese llegado a una pausa. Las inesperadas tropas de Foch han detenido a los alemanes en los suburbios de París e incluso los han hecho retroceder hasta cierto punto; pero la posición esta mañana era incluso más sorprendente. Los alfileres de unas banderitas nuevas y hasta entonces desconocidas se clavaban en el mapa.

—¿Qué es eso? —preguntó malhumorado, volviéndose hacia el señor Gruber.

—Banderas americanas, Excelencia —respondió inclinándose como siempre que alguien la dirigía una pregunta.

—¿Americanas? —preguntó papá, torciendo la nariz. Hacía ya tiempo que desde la declaración de guerra de los Estados Unidos en abril del año pasado había habido rumores de desembarco de tropas en los puertos franceses, pero tío Fini, que es el único americano de la familia, nos ha tranquilizado a todos asegurándonos que sólo se habían mandado algunos centenares de funcionarios y comerciantes y que los oficiales franceses de reserva los instruían lejos del frente con fusiles de madera. Tío Andrés, que posee excelentes fuentes de información a través de Suiza, confirmó todo esto cuando estuvo aquí la semana pasada, añadiendo que los representantes de hojas de afeitar y los oficiales con corbatas de nudo hecho hacían su instrucción golpeando los talones con una plena marcialidad del espíritu americano. Y ahora, de repente, todas a la vez aparecían en el mapa aquellas banderitas americanas, extranjeras e intrusas, repulsivas, pero al mismo tiempo inquietantes. Si el presidente Wilson hubiese cogido entre sus dedos una de aquellas banderitas y la hubiese examinado atentamente se hubiera desvanecido de terror, porque las banderitas indicaban que treinta y seis de los cuarenta y ocho estados de la Unión habían sido tragados por la tierra. Sólo doce estrellas brillaban en aquellas banderas. Las restantes se habían desvanecido en manos de los fabricantes en virtud de aquella característica de la goma arábica que se pega siempre donde no tiene que pegarse. Así, por ejemplo, Carolina del Sur puede encontrarse en la nariz de Zia y Nebraska e Illinois

en los lóbulos de sus orejas; otros once estados, en sus bucles dorados y el resto en su muslo al rascarse la picadura de un mosquito. Otras estrellas brillaban en los brazos del sillón y en las hojas de las tijeras. La «fábrica de banderas» sirvió el urgente pedido reduciendo a doce las cuarenta y ocho estrellas de la Unión; pero afortunadamente nadie se dio cuenta de ello, porque ni aun papá sabía lo que representaban las estrellas. El delito fue descubierto cuando apareció tío Cini. Todo esto me ha dado mucho que pensar. Indudablemente, nuestro círculo es el más culto de todas las clases sociales, pero somos completamente ignorantes del mundo. Tío Cini sabía también cuántas estrellas había en la bandera americana y por qué figuraban en ella, sólo porque había pasado más de un año en América. Permaneció delante del mapa durante largo rato frunciendo intensamente el ceño. Por la tarde nos reunimos todos en la biblioteca como si hubiese sido convenido de antemano. Y comenzamos todos a leer la historia de los Estados Unidos. Aquellas banderitas han despertado súbitamente nuestro interés por aquellos viajeros de comercio que usan corbatas con el nudo ya hecho.

2 de agosto.

«Los forasteros han abandonado el castillo. El clamor de las voces infantiles ha cesado en la caseta de baño. Pero cada tarde misteriosos automóviles franquean las verjas del castillo. Gente forastera viene a conferenciar con mi padre y vuelve a marcharse. Algunas veces entre ellos hay algunos conocidos de la corte de Viena; el barón K., por ejemplo, o tío Lajos, que fue ministro de Francisco José. Durante las comidas parecen haber perdido la lengua. Incluso los comentarios más elementales parecen una carga; todo el mundo, por lo general, come poco y tiene la vista fija en el plato. El gran mapa del salón no reúne tampoco ya a aquel grupo ruidoso ni provoca alborotadas discusiones. Todo el mundo va a ver el mapa secretamente y sólo para dirigirle algunas miradas. El mapa empieza a parecer una especie de tumor repulsivo que haciéndose cada día más feo hasta que el paciente lo examina únicamente en privado y no se atreve a mostrarlo al médico por temor a que éste pronuncie su sentencia de muerte.

»El aire estaba saturado de una gran tensión y temor. Duermo mal y a menudo me levanto por la noche para ir a pasear por el parque. Ayer, sobre las dos de la madrugada, me encontré con una figura que paseaba distraídamente por entre la doble hilera de álamos que lleva al estanque de los peces y me asusté de momento, pero pronto reconocí a tío Cini. No era difícil adivinar la causa del insomnio. Pero nuestra innata disciplina y discreción sirvió maravillosamente y comenzamos a hablar de música, como si fuese lo más natural del mundo pasearse como dos fantasmas timoratos por el parque a las dos de la mañana. Cini me dejó sola al cabo de media hora, pero seguí sentada al borde del estanque. La luna se reflejaba en las profundidades del agua durmiente. El silencio era completo, y sólo se oía el lejano ladrido de algún perro del pueblo, pero a tal distancia que parecía proceder de otro

planeta. El cielo nos reserva siempre algunos sorprendentes y portentosos secretos. Una cosa es cierta, y es que el cometa alemán está en declive y al inclinarse sobre un árbol con los ojos cerrados me parecía sentir su aproximación, imponderable, con su tamaño y calor desconocidos, próximo a caer en algún rincón del parque».

15 de agosto.

«Tío Peter, primo hermano de papá y emparentado a través de su esposa con Lüdendorf, que procede de una familia prusiana muy noble, ha pasado al servicio de Lüdendorf como enlace con la Monarquía. Ha sido realmente su sed de informaciones lo que le ha inducido a unirse al Cuartel General alemán porque tío Peter, aun cuando no tiene más que cuarenta años, es un historiador profesional, miembro de la Academia. Esta tarde ha llegado inesperadamente. Fue rodeado inmediatamente y todos dependíamos de sus palabras. Trataré de dar cuenta detallada de lo que ha dicho.

»Alrededor de él estábamos papá, mamá, tío Cini, György y yo. El señor Gruber se hallaba un poco más apartado. El hecho de que se quedase en la habitación es una falta a la disciplina, pero la curiosidad le hizo echar raíces en la alfombra. Cada frase de tío Peter era seguida de un diluvio de preguntas. Comenzó diciendo que la moral de las tropas sufrió un rudo golpe con la gran derrota alemana del 8 de agosto. Tío Cini dijo que no podía todavía comprender, basándose en los comunicados, la razón de esta derrota.

—¡Gracias, Dios mío, muchas gracias! —exclamó tío Peter llevándose las palmas de las manos a su rostro ceniciento.

—»*Was ist ein Tank eigentlich?* (¿Qué es realmente un tanque?) —preguntó mamá, poniendo una entonación netamente insultante en la expresión *eigentlich*.

Tío Peter fingiendo no oír la pregunta, prosiguió diciendo que las tropas de reserva que fueron mandadas a reemplazar las de primera línea habían sido recibidas con amenazas y abucheos en las trincheras; con gritos de que eran unos traidores y emboscados que acudían a prolongar la guerra. Jamás en el transcurso de la guerra había ocurrido una cosa semejante. El 9 de agosto el coche imperial llegó al Cuartel General en medio de una gran nube de polvo. Después de un rápido almuerzo comenzó la inspección y todo soldado en un radio de setenta y cinco metros, incluso los heridos, fue puesto en guardia. El auto imperial fue de una población a otra y el Emperador revistó las tropas con su bastón de mariscal en su mano paralizada, sosteniendo con la otra, con un ademán familiar, los pliegues de su capa blanca. Su coraza de plata casi cegaba el sol que lanzaba sobre ella los rayos oblicuos de la tarde. Tío Peter, con la escolta imperial, le seguía de cerca. A las siete terminó la inspección y se fijó un gran consejo general para las ocho y media en la Villa Ray, donde Hindenburg tenía su Cuartel General. La flotante capa blanca subió las escaleras a tal paso que el viejo general Plessen no podía casi seguirlo. Hindenburg,

Lüdendorf y los ayudantes, el capitán Stocknagel y tío Peter, esperaban en la sala de mapas del primer piso. Cuando entró en la habitación, el Emperador estaba visiblemente pálido. Después de las rituales presentaciones los dos ayudantes se retiraron a la habitación contigua, que sólo estaba separada por una cortina. Ninguno de los dos, naturalmente, pudo resistir la tentación de escuchar lo que se decía y mirar por una rendija. Lüdendorf comenzó por inclinarse sobre el mapa que había sobre la mesa y exponer la situación. Esto requirió mucho tiempo. Con las manos en la espalda, Hindenburg estaba de pie al lado de la mesa como una estatua labrada en piedra. El viejo Plessen estaba con los brazos cruzados mientras el Emperador apoyaba sus codos sobre el mapa. Cuando Lüdendorf llegó al final de su relato, el Emperador se dejó caer en uno de los sillones sin decir palabra, retorciéndose el enhiesto bigote, y sólo después de una larga pausa, dijo:

—Bien... sí, cosas de la guerra. Pero nos hemos encontrado en pasos más difíciles En el Mame, el año 14, y cuando la ofensiva de Brussilov.

»Lüdendorf tomó un lápiz y pareció dirigirse a la punta del mismo.

»—Majestad, no es sólo la situación militar la que es catastrófica. Cuando he solicitado la presencia de Vuestra Majestad es por razones mucho más graves.

»El emperador volvió la cabeza de una manera provocativa hacia Lüdendorf que seguía examinando la punta del lápiz. El Emperador dijo secamente:

—Si hacemos una ejecución pública de algunos cobardes, granujas, insolentes...

»La cabeza pétrea y cuadrada se movió en signo de desaprobación. Por debajo de su recio bigote, haciendo un esfuerzo, salió su voz de soldado:

—La Patria está cansada, Majestad. No se puede detener una inundación con mondadientes. Temo que hayamos ya perdido a nuestros aliados. Las noticias de la Monarquía son decepcionantes. Turquía, Bulgaria... hace ya tiempo que no significan nada. —Plessen dirigió una mirada primero al Emperador, después a Hindenburg, y Lüdendorf prosiguió—: No nos queda otra cosa que hacer que vender cara cada pulgada de terreno cuando nos retiremos.

»Esta declaración parecía contradecir rotundamente el cauteloso ademán con que colocó la punta del lápiz sobre el centro del mapa.

»De nuevo el Emperador comenzó a retorcerse el bigote concienzudamente, como si quisiese exprimir una solución de aquel engomado montón de pelos.

—¿Y con los gases?

»Lüdendorf atravesó la habitación en toda su longitud y al llegar a la pared opuesta apoyó sobre ella su dedo medio como si quisiera simplemente tomar su temperatura; en él, esto era síntoma de profunda reflexión.

—¿Los gases? —replicó—. Es cierto que antes de un año no conseguirán encontrar ningún antídoto a nuestro gases de mostaza pero esto no nos hará ganar la guerra; todo lo más la prolongará. Además, hay que preguntarse también qué clase de gases tienen ellos. Nuestro servicio de espionaje en Washington comunica que los americanos tienen muchas sorpresas en reserva.

»El Emperador se atusó el bigote con gran rapidez y se puso súbitamente en pie.

—Les espero a ustedes mañana en Spaa, señores —dijo dando un brusco apretón de manos.

—¿Cuándo ha ocurrido esto? —preguntó papá después de haberse aclarado cuidadosamente la voz. Tío Cini no dijo nada, pero se limitó a agarrarse el labio inferior con los dedos.

»Todo el mundo tenía la mirada vaga en el espacio y nadie se atrevió a sentarse. El largo silencio, añadiendo a que todos estábamos de pie, era muy extraño. De nuevo mamá preguntó, muy tímidamente esta vez: *Was ist ein Tank eigentlich?*; pero tampoco en esta ocasión obtuvo respuesta, lo cual es el colmo de la descortesía por parte de los hombres. Entonces mi hermano Rere, que ha sido presa últimamente de una pasión por los uniformes, entró por la terraza. En cuanto puede se viste con alguna especie de uniforme. La semana pasada cambió su chaqueta por el mono kaki, sucio, grasiento y destrozado, de uno de los prisioneros rusos, y fue necesario emplear la más sagaz astucia para despojarlo de él porque mordía y pataleaba, protestando. Esta vez había conseguido apoderarse de uno de los pantalones rojos de ulano de papá, comido por las polillas, que había encontrado en uno de los armarios del piso de arriba. Llevaba estos pantalones bajo su chaqueta, pero sin zapatos, desde luego, perché en verano Rere es muy aficionado a andar descalzo. Y así fue como entró en la habitación, con la gorra *derby* en la cabeza, caminando de puntillas sobre la alfombra para no molestar a nadie. Se detuvo al lado del señor Gruber, a cierta distancia del grupo que rodeaba a tío Peter. A pesar de lo grotesco de su aspecto, nadie se rió de él porque había en aquel atavío un algo trágico y terrible, y hubiera sido crueldad mofarse. De nuevo se me ocurrió reflexionar sobre Rere en aquel momento. ¿Quién era este ser humano? ¿Era simplemente una vacía y horrenda caricatura, o su presencia sobre la tierra tenía algún misterioso mensaje significativo para nosotros? Había ya pensado mucho en ello. Ahora, al aparecer inesperadamente con aquella extraña y al mismo tiempo repulsiva indumentaria, tenía la sensación de que en cada acción de Rere, por extravagante y sin sentido que pudiese parecer a primera vista, había siempre un elemento de sorprendente y trascendental significado para el mundo entero. Rere es indiscutiblemente idiota, pero, ¿no podía haber allí, en el mecanismo de su comprensión y en la de todos los idiotas en general, una cierta interioridad instintiva, más fuerte que la nuestra y capaz de comprender los furtivos y ocultos secretos del universo? Muchas de las acciones de Rere delatan inteligencia, ternura y a menudo, la mayoría de las veces caballeridad. El inconveniente es que su amor o su rabia se manifiesta algunas veces de forma extravagante. Sin embargo, tengo que confesar que sus actos son frecuentemente poéticos, simbólicos, admonitorios y prescientes. Recordé la escena del año pasado en el parque, cuando se divirtió sentando a Iván, el prisionero ruso, en el carrito rojo después de haberse puesto él los arneses, y recordé la risa con que recibía los suaves e inofensivos latigazos de Iván. Todo el mundo se rió al verlo entonces, y desde entonces hemos

sabido muchas cosas referentes a la revolución rusa. No hemos tenido noticias de tío Dmitri desde hace un año. ¿Qué ha sido de la aristocracia rusa?

»Con un violento movimiento de sus cejas, el señor Gruber echó a Rere de la habitación. Rere obedeció con una mueca, pero sigo creyendo que en su aparición había alguna intención inintencionada; el secreto de los idiotas. Su diabólica mascarada militar y sus pies descalzos parecían decir al mundo: ¡Miradme, soy el armado poderío destrozado de Alemania y la Monarquía!

»Salí de allí al poco rato y no bajé tampoco a cenar. Mis ideas giraban tan rápidas que parecía que tuviese cuchillas revoloteando en mi cerebro; era uno de aquellos dolores de cabeza que no alivian las píldoras más eficaces. Me eché de espaldas sobre la cabecera de la cama y permanecí con los ojos abiertos y fijos en el vacío, lo cual aumentaba mi dolor a medida que se cansaban. Juan Hwang y Florián estaban delante de mí en nuestra casa de Bösendorferstrasse. ¡Dios mío, hacía tan sólo pocas semanas que la estrella germana estaba en el cénit y tan sólo el mes de abril pasado Juan Hwang y Florián me estaban dando instrucciones con respecto a mi comportamiento en Schönbrunn cuando el Rey me enfrentase con tío Cini por el asunto de la carta al príncipe Sixto! ¡Y cuando regresé, y cuando Juan Hwang se arrojó sobre mí tratando de estrangularme! Y aquel horrible momento en que, en el suelo y temiendo por mi vida, vi a Florián implacable, cruel, mirándome con su cara cenicienta... ¿Qué hubiera podido conseguir obrando según sus instrucciones? ¿Y si hubiese persuadido al Rey de que cambiara sus opiniones? Ahora que todo ha terminado no puedo creer siquiera que haya existido nunca. El Rey no hubiera seguramente salido con vida.

»Destino: la palabra existe, está vivo. El Rey se me antoja ahora como una especie de Dhritarashtra, en el poema épico hindú, que ascendió ciego al trono. Estaba constantemente a la merced de los vientos, balanceándose sobre un solo dedo del pie con los brazos levantados hacia el cielo. Ninguna voluntad humana rige nuestros destinos. Nuestro destino está escrito en las estrellas. No creo más que en una sola ciencia verdadera: la adivinación por los astros».

21 de agosto.

»La sensación dominante en el castillo es de que uno de los incontables dormitorios destinados a los invitados está ocupado por un cadáver desconocido, víctima de un asesinato o suicidio o envenenamiento, que perteneciese a la familia; pero que por una razón ignorada no puede ser enterrado: por consiguiente, el empalagoso olor de la muerte y la putrefacción, se filtraba con creciente fuerza por las ventanas. No teníamos manera de saber el nombre del cadáver; algunas veces se llama *Monarquía*, algunas veces *Patria*; otras simplemente, *Ararat*. Yace descalzo en su ataúd, bajo el resplandor de los cirios, vestido con unos pantalones rojos de ulano y una chaqueta a rayas, y unas patillas que crecen en un rostro parecido al de Francisco José. Me encuentro completamente desorientada ante la estructura física de las cosas y su significado interno. Ahora, por primera vez, empiezo a entender la

pintura surrealista de Paul Klee *La fuite du fantôme*, que colgaba en la cabecera de nuestra cama en la casa de la calle Chantepoulet, de Ginebra.

»Durante las comidas la atmósfera de nuestra mesa, un día alegre y bulliciosa, daba la sensación de que el castillo y todas las tierras que lo rodeaban debían ir a pública subasta la próxima semana, sin un céntimo a favor en los saldos de papá.

»Trato alternativamente mi abominable malestar espiritual con dosis de medicamentos y biblioteca. Pero nada sirve. Ayer por la tarde, inventé un juego nuevo; recorría las estanterías con los ojos cerrados, elegía un libro al azar y, abriéndolo, ponía mi dedo sobre una línea del texto. Entonces abría los ojos y anotaba la frase. Era mi manera de interrogar a los grandes espíritus del mundo. Y éste es el resultado: “La tierna gracia de un día muerto no volverá jamás a mí”. (Tennyson). “Reparad los irreparables destrozos del tiempo...”. (Racine). «Los monarcas tendrían que condenar a muerte a los autores e instigadores de la guerra como si fueras sus peores enemigos y como peligro para sus Estados». (Elisabeth, reina de Inglaterra). «¡Ahorcad a los reyes!». (Petófi). «Nuestras orgías han terminado ya...». (Shakespeare).

»He salido huyendo de la biblioteca y de estas voces fantasmas. Al pasar junto a los garajes del ala Este del castillo, las puertas de las cuales ostenta todavía la antigua ornamentación renacimiento, he observado una gran grieta negra en el muro, como una oscura vena azul en el brazo de un hombre viejo. Acertó a pasar por allí el aposentador, quien me dijo que un arquitecto, al hacer recientemente la inspección del muro, encontró una peligrosa resquebradura en el suelo.

»Al llegar al estanque de los peces he encontrado uno de los cisnes muertos debajo de unos jazmines. Sus patas amarillas y rígidas estaban en una posición que indicaban una frenética lucha por agarrarse al aire y a la vida. Las moscas revoloteaban en torno del animal y las plumas de su pecho estaban ya cubiertas de gusanos.

»Al parecer, el mundo está lleno de dolor, resquebraduras y gusanos. Vivimos por la gracia de una feliz ceguera, pero las pupilas se agrandan escapando a nuestras almas durante las horas de pánico y dolor y con ellas, como las de los gatos y mochuelos, podemos ver en el mundo en tinieblas tal como realmente es.

»Según la información llegada hoy, Inglaterra habría reconocido a Checoslovaquia como nación beligerante. Éste es primer síntoma oficial del colapso de la Monarquía».

15 de septiembre.

«Desde hace semanas los periódicos dan cuenta detallada y viva de las públicas ejecuciones de los desertores. Por el estilo de los artículos se ve que están escritos bajo instrucciones encaminadas a servir de ejemplo a los demás. Éstos son esos mondadientes con los cuales quieren detener la inundación.

»Esta mañana, una campesina apellidada Ibrik ha pedido verme. No tenía la

menor idea de por qué querría verme particularmente. La hice venir a mi cuarto, a pesar de que estaba todavía en cama. Es emocionante ver cómo se viste esta gente del campo cuando tiene que hacer alguna visita a alguien que está por encima de ellos. Sus cabezas van envueltas en pañuelos de seda negros, único adorno de sus vidas. Los pañuelos de seda negros no están en absoluto en concordancia con sus pies de color de tierra, descalzos, cubiertos por el polvo del camino. El pueblo de donde venía estaba tan lejos que tuvo que emprender la marcha a medianoche. Me costó trabajo entender lo que mascullaba, porque mantenía cuidadosamente un pañuelo doblado que olía a clavo, delante de su boca desdentada. Bien, lo que ocurría era que su hijo Laci había venido a hacerle una pequeña visita después de estar un año y medio en el frente, pero la policía lo había detenido como desertor y ahora se hallaba en una situación peligrosa. La habían llamado ya para que se despidiese de él. La ejecución estaba fijada para pasado mañana.

—Me he tomado la libertad de venir —añadió—, porque mi hijo Laci estuvo empleado aquí, en la casa del baño, hace ocho años...

»Hasta entonces no me di cuenta de quien se trataba. ¡Laci, el nadador! Súbitamente vi a aquel ágil animal salvaje arrojarse desde lo alto describiendo un gracioso arco y nadando bajo el agua como una foca.

»Y ahora, desde su celda de condenado a muerte, el desgraciado me había enviado a su madre, porque era él quien la había mandado, desde luego. Me vestí rápidamente y una hora después estaba camino de Budapest con una carta de papá. El general von Plitz-Sieburg, actual comandante de la guarnición municipal, que firmaba todas las sentencias de la corte marcial, era uno de los oficiales compañeros de mi padre en los Ulanos de Lebovice. Me recibió muy amablemente y sostuvimos una larga conversación sobre Mozart, porque es un gran amante de la música. Conseguí obtener la gracia de Laci, el nadador a quien el general fue al principio incapaz de localizar en ninguno de los archivos; estuvo telefoneando a todas las parte y por fin recordé que se llamaba Lászlo Ibrik».

22 de octubre de 1918. Budapest.

«Cinco semanas han transcurrido desde que abrí por última vez mi Diario. Han sido días sombríos de letargo, coronados por todos los acontecimientos históricos y —para mí— mi incesante dolor de estómago. Pero éstas son las noticias: mañana llegará el Rey a Hungría No hará más que pasar por Budapest, dirigiéndose hacia Debrecen, la Roma de los calvinistas, donde los sentimientos anti Habsburgo son más fuertes. Este viaje tiene una peligrosa semejanza con el del emperador Guillermo de Avesnes, donde pasó revista a las tropas alemanas con su capa blanca y su coraza. Pero el mágico encanto ha perdido su fuerza. Los ferroviarios de Galitzia han adoptado la lengua polaca durante las horas de servicio y le parten la cabeza al que dice una palabra en alemán. En Viena, el viaje del Rey se explica diciendo que ha huido a Hungría».

24 de octubre.

«Han transcurrido medio año desde que dejé de ver a Juan Hwang. Hoy he estado en la galería de los Pares de la Cámara Baja del Parlamento, mucho antes de que la sesión comenzase, esperando que asistiría a una reunión que prometía ser tempestuosa. Al inaugurarse la sesión, en la gran Cámara roja y dorada reinaba una gran tensión. Casi no se oía locutor a pesar de sus gritos. A Juan Hwang no se le veía en ningún lugar de la atestada sala, pero más tarde el presidente pronunció su nombre. Estaba sentado a la izquierda de la Cámara, cosa que me sorprendió. Su alta figura esbelta se inclinó levemente apoyándose sobre sus puños. Su lustroso cabello negro caía sobre su frente como una llama negra. Su voz era clara y metálica, pero no contenía la menor insinuación de la retórica ironía ni de persuasiva elocuencia; quizá por esta razón tenía un aire declamatorio. Trágico, imperativo y casi excesivamente triste, su tono impuso el silencio en cuestión de segundos. Dijo cosas como éstas:

—Debemos conservar la calma en el momento más catastrófico de la historia de nuestra nación. El Gobierno que ha vendido a Hungría a los alemanes debe dimitir en el acto. Tenemos que llegar a una decisión sobre el pleito que ha prevalecido entre Austria y Hungría durante los últimos cuatrocientos años. Nuestro deber es romper con Austria ahora mismo y destronar a los Habsburgo. Las tropas húngaras deben deponer las armas sin un instante de demora.

»Dijo esto y se sentó, tan visiblemente agotado como si hubiese vertido toda su alma con estas palabras. Después de su discurso, el silencio duró lo que tarda la chispa en saltar de la mecha a la dinamita. La Asamblea se convirtió en una casa de orates. La campanilla del presidente trataba en vano de sofocar el tumulto. El presidente bajó de su alto estrado después de haber indicado con un signo que la sesión había terminado. Los diputados se dirigieron hacia las salidas.

»Fui arrastrada también hacia el corredor pero no pude ver a Juan Hwang. Parecía que durante el discurso no hubiese sido más que una voz desencarnada, una impresionante expresión humana del Este, que pedía la restitución de sus desgraciados hijos, los magiares, que se encontraron erróneamente incluidos en el lado alemán.

»Corrí al guardarropa y pregunté si el diputado Juan Hwang había salido ya. Dijeron que no. Esperé durante hora y media, y casi no podía ya sostenerme de pie por más tiempo. Los diputados comenzaron a salir formando pequeños y grandes grupos. Pero no vi rastro de Juan Hwang».

31 de octubre.

«Sobre medianoche, con una lluvia torrencial de otoño, el terror se ha apoderado de la ciudad. Nadie de nosotros se acostó en Septemvir Utca. Toda la noche hemos estado escuchando los lejanos disparos de fusil que se interrumpían de vez en cuando para volver a empezar, presagiando la tragedia. Conque así es una revolución... Papá

estuvo fumando cigarrillo tras cigarrillo, a pesar de que jamás le había visto fumar otra cosa que el habano, György seguía con una piña que se había traído de Ararat y durante meses parecía haber crecido en sus manos. Estaba dándole vueltas, absorto en sus pensamientos. Mamá estaba sentada en un gran sillón, cerca del fuego, envuelta en los pliegues de su traje malva, con la mejilla apoyada sobre su índice derecho. Ahora, como siempre, estaba tan bella como un cuadro. De repente, en medio del largo silencio, inesperadamente, preguntó: *Was ist ein Tank eigentlich?*, como si la respuesta solucionara para ella todos los misterios del mundo y de la vida. Pero nadie respondió. A medianoche, después de una prolongada descarga de fusilería, se puso en pie y llamó a toda la servidumbre, conservando maravillosamente su pictórica compostura. Su suave voz dirigía la operación de llenar los baúles, prestando atención a todos los detalles. Pocos momentos después las diversas habitaciones estaban llenas de maletas y baúles atestados de estuches de joyería, vajilla de oro, pieles y todas las demás cosas que tenían mayor tendencia a desaparecer. Mamá quería salir mañana para Willensdorf, en Austria, a uno de los pequeños pabellones de caza de los Schäyenheim. Papá no estaba decidido todavía. Me asomé al dormitorio de Zia y la vi dormida con el sueño apacible de la infancia. Un ronquido de cerdo salía de la habitación de Rere. Mi hermano János, que tiene doce años, saltó de la cama al oír las descargas de fusilería y se asomó a la ventana abierta. Cuando entré, su primera pregunta fue: “¿Dónde es la cacería?” y “¿Dónde están cazando?”.

»¿Qué nos espera al alba y a la mañana siguiente? Sé que papá, mamá y György, como yo misma, estamos continuamente pensando en la última carta de tío Dmitri, en la que nos daba los pormenores de la ejecución de la familia del Zar en los sótanos de una casa de Ekaterinburg. Escribió incluso que el pequeño zarevich, cuando su padre se lo llevó hacia el sótano, preguntó: “¿Dónde vamos, papá?”. Y que en el último momento su padre lo cubrió con una manta para que no viera las balas.

»Hemos trabado conocimiento con la revolución y de momento no tenemos para preservarnos de ella más que nuestro miedo».

Más tarde.

«Al aproximarse el alba, el fuego aumenta. A las ocho de la mañana era nutrido y continuo como una granizada. Llegaban noticias de que los soldados disparaban al aire sin herir a nadie. Ante esto, György y yo nos armamos de valor y salimos a la calle. Íbamos a pie, György con su capote de servicio y yo con mi uniforme de la Cruz Roja. Al llegar al Puente Colgante, encontramos a tío Lajos, a quien no había visto nunca yendo a pie por la calle. Llevaba el cuello del gabán levantado hasta los ojos y, al salir corriendo, respondió solamente a nuestras preguntas, cerrando los ojos y susurrando: “¡Horrible...!”.

»Las calles estaban atestadas de hombres, mujeres y niños en un estado de embriaguez como no había visto nunca. Las mujeres, con el cabello en desorden, se agarraban a los cuellos de los caballos de la policía, que penetraban en aquella

corriente humana y elevaban sus crines espumantes por encima del torrente pardo. La muchedumbre parecía haber brotado del pavimento como el agua de una cañería que hubiese reventado. Pero no era sólo la intoxicación alcohólica; era más bien el éxtasis de la liberación. Las gentes bailaban como derviches aulladores sobre el cadáver de la guerra. Los soldados avanzaban cantando en camiones sobrecargados, disparando sus fusiles hacia las nubes grises como en cumplimiento de un mecanizado ceremonial pagano con cuyos ritos nadie estaba familiarizado. Había grandes montones de flores, llevadas al mercado para la festividad de Todos los Santos y que eran ahora desparramadas en una lluvia floreal por las manos del pueblo. Caía la lluvia; por doquier había fango y lodo, y mientras se acribillaban de flores blancas, y acribillaban a los caballos de la policía y los camiones, parecía que el barro negro se iba convirtiendo en un blanco lecho de flores. Los desconocidos se dirigían unos a otros, se abrazaban y cambiaban besos mojados por las lágrimas. György estaba pálido y, agarrándome el brazo con firmeza hasta estrujármelo, murmuró: “¡Maravilloso!”. Evidentemente, el juicio sobre una revolución no varía según las clases sociales, sino con la edad. Cuando llegamos a la plaza, un soldado con un capote lleno de barro y la gorra ladeada se colocó súbitamente delante de György, blandiendo un cortaplumas abierto, y su reluciente hoja acerada buscó la yugular de György. Pero en lugar de atravesar su cuello resbaló bajo los puntos de la insignia de su jerarquía. Durante su acción, el soldado se reía groseramente a la cara de György, y todo aquello daba la impresión de que con las estrellas de oficial estuviesen cortando un cáncer de la carne de György.

»La lluvia cesó durante nuestro regreso, pero unas nubes de color de tinta cubrían el cielo y, a pesar de que el reloj estaba dando las doce, el tiempo era negro y sombrío. Un cierto número de camiones abiertos pasó por nuestro lado mientras seguíamos los muelles. Iban también llenos de soldados, pero éstos ni cantaban ni disparaban sus fusiles. Se mantenían rígidos en los camiones con las manos en los bolsillos de sus capotes. Iban mudos, ajenos a todo placer y sus rostros parecían lamentables, como si se apoderase de ellos algún extraño y amenazador intento. Florián estaba en el primer camión que pasó. Su rostro ceniciento estaba petrificado hasta la inmovilidad. Parecía que fuese el cabecilla del progreso entero. Pero los camiones desaparecieron con la misma rapidez con que habían venido, y no tuve tiempo de hacerle un signo con la mano. Y quizá no fuese él, después de todo».

1 de noviembre

«Papá y tío Cini acaban de regresar del palacio real de Gödöllő. No dicen gran cosa, pero por sus pocas palabras he podido ver que la ansiedad y el desorden es grande allí. El Rey conferencia con exministros y con unos personajes mugrientos y desconocidos salidos de la calle. Ha perdido la cabeza por completo y está confiriendo frenéticamente cargos, misiones y honores. Papá ha obtenido el Toisón de Oro. El Rey ha otorgado el título de príncipe a tío Cini, olvidando que los

antepasados de tío Cini nacieron príncipes desde hace siete generaciones. Tío Cini estaba visiblemente deprimido por todo esto. La revolución ha estallado también en Viena.

»Esta tarde ha llegado la noticia de que el Rey salía para Viena en el tren de la noche. La Reina y los chiquillos se quedarán en Gödölló de momento para que el viaje del Rey no sea considerado una huida. Austria, después de todo, promete una mayor estabilidad».

20 de noviembre de 1918. Alta Austria.

«Son las siete de la tarde y todas las ventanas de nuestro coche cama están cerradas por las cortinas. El Rey y la Reina ocupan el primer compartimiento. La Reina espera su sexto hijo. El Rey lleva el mismo traje de paisano que llevaba en el piso de Blaue Lampe Strasse. Su rostro demacrado parece todavía más pequeño con aquel traje mal cortado y ancho. Permanece con las palmas de las manos sobre sus rodillas mirando en el vacío. Los tres compartimientos siguientes están reservados a los cinco chiquillos y la institutriz, que cuida de ellos. El resto del vagón está destinado al séquito y la servidumbre. Yo estoy en el mismo compartimiento que la condesa M., una de las damas de honor de la Reina. Nos dirigimos hacia el castillo particular de Eckartsau, en las remotas regiones de las vertientes del Danubio Norte.

»El tren se ha detenido en despoblado durante más de media hora. La razón de la demora es que los trabajadores socialistas de la estación del ferrocarril de una ciudad cercana se han enterado de la huida de la familia real y no quieren dejar pasar el tren. Luis XVI de Francia fue detenido de una manera similar por un maestro de postas de Varennes. Nuestro tren salió de Viena sin incidentes, si bien no en secreto. El ambiente reinante entre los vieneses se parecía al que prevaleció en París durante la Revolución Francesa; estaban dispuestos a ahorcar a cualquiera que hiciese daño al Rey y a matar a quien le dirigiese vítores.

»Finalmente, el barón K. regresó después de haber conferenciado con el alcalde de la localidad. Traía malas noticias que se resistía a comunicar al Rey. El alcalde no disponía de ninguna fuerza armada con que dominar a los obreros. El barón K. se volvió hacia mí con la idea de que quizá sería mejor tratar con ellos. Las palabras de una mujer desinteresada pueden en estos casos ser de gran ayuda.

»Salimos en el auto del alcalde que estaba estacionado al lado de la vía. No había más de ocho kilómetros hasta la estación en la que se arremolinaban miles de obreros. Pero iban llegando todavía más con carteles que decían: “¡Muera Carlos! *Tod dem Kaiser!*”. Nos abrimos paso por entre la muchedumbre mojada por la lluvia y nos dirigimos hacia la consigna de la estación, donde los dirigentes habían establecido su cuartel general. Encontramos a tres hombres en aquel local mal iluminado y quedé estupefacta al ver que uno de ellos era Florián. Llevaba un cinturón con dos revólveres en sus fundas de cuero sobre un impermeable manchado de aceite. Mi corazón comenzó a latir más aprisa y pude insinuar al barón K. que había encontrado

un amigo. Toqué el hombro de Florián que estaba hablando con los otros dos hombres y se volvió hacia mí. Pero su rostro no reflejó mi sonrisa. Era el mismo rostro demacrado e impasible, pero, al fijar sus ojos azulados sobre mí, me pareció un hombre totalmente desconocido.

—¿Podría hablar con usted un momento?

—¿Qué desea usted? —dijo con impaciencia, sin moverse. Era el mismo hombre que había conocido en Ginebra, pero un espíritu totalmente nuevo se había apoderado de él. Le expuse mi misión con algunas palabras mal expresadas. No quería hablar muy fuerte para que los demás no me oyesen, y mis palabras fueron apenas audibles, porque el alboroto de la muchedumbre iba aumentando por momentos. Florián cortó en seco mis palabras.

—¿Usted sabe mejor que nadie que el Rey ha traicionado la paz!

—El Rey...

—Por favor, no tenemos nada más que decir.

»Me volvió la espalda y siguió conversando con sus compañeros. Se apartaron algunos metros de allí juntando las cabezas. Traté de acercarme nuevamente a él pero alguien me agarró del brazo y me retuvo. Era el alcalde. Me hizo una indicación con los ojos señalándome la puerta. Mientras se abría paso hacia el coche a través de la muchedumbre, me susurró al oído, sin soltar mi brazo:

—No hay tiempo que perder. Las cosas pueden ponerse peor a cada minuto. Será mejor que el tren regrese a la próxima estación donde puede tomar otra línea y alcanzar Eckartsau, incluso si esto significa una vuelta.

»Era un austríaco de rostro pálido, ojos azules y patillas, de la vieja escuela que permanecía fiel al Emperador».

Más tarde

«No sé lo que fue decidido en la otra estación pero sobre las nueve de la noche, bajo una lluvia pertinaz, el tren se puso en marcha en dirección a Eckartsau.

»Yo estaba sentada en la silla del revisor, en el pasillo. Quería estar sola con mis pensamientos porque no podía soportar por más tiempo las lamentaciones de la condesa M. A poco salió de uno de los compartimentos un guardia de corps y abriendo la ventanilla respiró el aire frío y lluvioso. Con botas de gala hasta las rodillas, con rutilante uniforme bajo su capote de piel de leopardo, parecía un pesado candelabro de oro que el asustado Rey podía agarrar mientras se hundía en las negras olas, si bien sólo le hubiera servido para hundirse más deprisa.

»¿Hacia dónde nos dirigíamos y con qué fin en la noche oscura? Comencé a sentir una infinita piedad por el Rey. Las lágrimas me ahogaban mientras trataba de analizar cuál era el sentimiento que mi corazón experimentaba hacia él.

»Me parecía oír, claramente, ahora, el febril redoble del Tambor de Damasco. Fue todavía antes de la guerra cuando una compañía japonesa pasó por Viena y asistí a las representaciones para ver trabajar a Seami. Se llamaba *Aya No Tsuzumi*, “El Tambor

de Damasco”. El antiguo argumento versaba sobre un pobre jardinero que se enamoró locamente de la princesa Kinomaru, y cuando uno de los guardas de palacio informó de este amor a la dama de sus pensamientos, la Princesa mandó un mensaje al enamorado jardinero diciéndole que de la rama de un bejunco que crecía des tras del Estanque de los Laureles colgaba un tambor de damasco y que abandonaría el palacio en secreto y se reuniría con él cuando hiciese sonar el tambor. Y al cerrar la noche del día siguiente el jardinero golpeó el tambor. Pero el tambor de damasco no producía sonido y la princesa no acudió. Cada noche el jardinero golpeaba el tambor con más fuerza, pero éste permanecía mudo. La última noche golpeó el tambor frenéticamente hasta el alba, en que se agotaron sus fuerzas, y entonces en un arranque de desesperado dolor, se arrojó al estanque y se ahogó.

»La lluvia azotaba los cristales con creciente furia. Recordaba la representación claramente; el gorjeo de los actores, el silencioso paso de sus zapatillas de fieltro, el blanco rostro y los ojos almendrados de la princesa bajo su parasol de papel de color, la curiosa escenografía y la melodía de un arpa invisible. Mientras el tren iba avanzando hacia Eckartsau, cerré los ojos y dejé que mi fantasía gozase de aquella evocada belleza.

»La puerta de otro compartimiento se abrió y salió la institutriz. Al franquear el obstáculo del guardia de corps que seguía sorbiendo el aire de la noche, vio dos diminutos orinalitos que se utilizaban para las necesidades fisiológicas de los reales chiquillos. Desapareció en dirección a los lavabos.

»La lluvia y las ruedas del tren cantaban suavemente ahora, casi silenciosamente, y estos sonidos produjeron un cambio en mí. Tuve la impresión de que era yo quien estaba golpeando el tambor de damasco, con un fervor desesperado y suicida.

»Pero el Rey no lo oía. Seguía sentado inmóvil en su compartimiento, con sus dos manos sobre las rodillas y la mirada en el espacio...

CAPITULO VIII

6 de abril de 1919. Willensdorf.

«Después de un silencio de casi cinco meses me veo obligada a insertar una nota en mi Diario. El día que cumplí diez años decidí llevar un diario de los acontecimientos importantes. Lo primero que escribí fue: “*Mademoiselle* Barbier se ha puesto hoy una blusa malva. Papá ha encendido un cigarro a las cuatro y cinco de esta tarde. György ha salido esta tarde al parque con una nueva escopeta en persecución de un cuervo, pero lo ha fallado”. Y así sucesivamente. Años después tuve que hojear mi diario sin terminar porque el doctor Freyberger quiso saber cuándo tuve ni primer ataque de peritonitis y cuándo fui operada. Pero el diario guardaba un discreto silencio sobre este punto.

»Lo mismo me pasa ahora con respecto a los meses transcurridos en el vacío de nuestra huida a Eckartsau. El colapso de la Monarquía, seguido de nuestra propia “Revolución Kerenski”, después de la subida al poder de la Commune Húngara, todo, por un motivo u otro, ha sido omitido en mi diario. Es posible que los diarios sean en cierto modo como las cosas vivientes, como las costumbres de los árboles, que algunas veces olvidan florecer. Quizás estén reposando, o esperando misteriosos signos de la tormenta y el suelo. Estamos aquí, en Willensdorf, desde febrero, con dos perros y la más esencial servidumbre. Mis padres no cruzaron la frontera hasta marzo, cuando la declaración de la Commune; mamá iba disfrazada de campesina y papá de deshollinador. Casi todos los de nuestra clase han huido hacia el Oeste. Ahora ya nos hemos enterado de que “bolchevique” no quiere decir nada semejante a «shashlik», ni tiene que ver con el cordero asado en un pincho. Pero respecto a lo que hacen los bolcheviques en Rusia ni cuales son sus aspiraciones, nadie tiene la menor idea. De cuando en cuando, mamá, inesperadamente, pregunta: *Was ist ein Bolshevik eigentlich?* (¿Qué es en realidad un bolchevique?), pero nadie se atreve a responder.

»El pabellón de caza de Willensdorf tiene un ligero olor a ratas, pero por lo menos aquí estamos en seguridad. He estado leyendo un número considerable de obras históricas relacionadas con mi novela sobre los Ordony y así sé ya que durante los últimos mil quinientos años estos Alpes austríacos han oído el fragor del combate de estas vastas olas que invadieron Europa como una inundación torrencial desde las interminables estepas asiáticas que se extienden entre el Mar Caspio y las selvas de Siberia. Ahora han invadido de nuevo las tierras bajas de Hungría, como en los tiempos de *Völkerwanderugen*, y más tarde las invasiones tártara, *kuman* y turca. Una de las olas de la presente invasión ha llegado hasta Baviera, donde los comunistas se han apoderado también del poder.

»La familia real está en Suiza, en el seguro refugio de Prangins. De momento es todo lo que sé de ellos.

»Willensdorf está situado a dos horas de auto de Viena, de manera que a menudo vamos a la ciudad. Sólo la planta baja de nuestra casa de Bösendorferstrasse está abierta. Sería peligroso tomar servicio de nuevo. El concepto de lealtad de un nuevo criado se ha desvanecido desde que comenzó la revolución. Un excoronel que no ha conseguido cobrar su pensión, ha pedido a papá que lo tome como criado. Papá rechazó su proposición diciendo que él enseñaba a los criados a llegar a coroneles, pero no a los coroneles a ser criados.

»Los acontecimientos han producido un cambio increíble en todos los órdenes de la vida. Cada palabra, cada idea, cada verdad, ha cambiado de significado. Ayer el barón K. me decía que había sido toda su vida el hombre más conservador del mundo —hasta el punto de economizar la pasta de afeitar—, mientras su hermano Alfred dilapidó su parte de patrimonio en pocos años. Alfred daba grandes comidas y bebía tres botellas de champaña francés al día aunque estuviese solo. La situación presente es que el barón K. no tiene un solo céntimo a su nombre por haber perdido su fortuna en bonos de guerra, mientras Alfred vive espléndidamente porque su criado tenía la costumbre de almacenar al ático las botellas de champaña vacías y acumuló por consiguiente el consumo de veinte años. Hoy en día en Viena se pagan precios increíbles por las botellas de champaña vacías que tengan etiquetas conocidas. Se llenan de licores espúreos^[15] y se venden a precios fabulosos en les grandes restaurantes nocturnos, como en el nuevo *Schiébers*, a los que se aprovechan de las circunstancias y fomentan la inflación. Según el barón K., el caso de su hermano Alfred es el más plausible comentario a la estructuración económica de la Europa de la postguerra.

»Hay que andar con mucho cuidado por las aceras de Viena para no tropezar con la piernas de madera de los veteranos de guerra inválidos que se sientan al lado de las paredes. Anuncian sus mercancías con voz débil, cordones para los zapatos y piedras para encendedor. Me recuerdan en cierto modo los cubos de basura de los hospitales militares, llenos de miembros amputados y vendajes manchados de sangre y pus».

21 de abril. Viena.

«Esta mañana he tenido la sensación premonitoria de que ocurría algo muy importante. Unas nubes llenas de lluvia primaveral cubrían el cielo, pero los rayos del sol las atravesaban en algunos lugares produciendo irisaciones malva y oro. Boucher pintó un paisaje como éste, con unos árboles calcinados por el rayo en el fondo, que me gusta mucho. Estas extrañas manifestaciones del tiempo siempre auguran algo importante para mí.

»He salido de la Stefanskirche alrededor de mediodía después de haber estado orando largo rato porque hoy es el primer aniversario de la gran escena fatal en Schönbrunn, en la que el Rey negó la carta escrita al príncipe Sixto en presencia de tío Cini. ¡Dios mío! ¿Hace sólo un año? ¡Cuántas cosas han ocurrido en el espacio de un año! Frente a la iglesia, en la plaza, cruzaba un enorme furgón cargado de ladrillos

arrastrado por dos caballos blancos de raza Lipican; dos animales nobles de gran belleza, con sus cuellos arqueados, largas colas y belfos sonrosados que era imposible no identificar como caballos de las reales caballerizas. Hace un año iban enganchados, quizá, al carruaje del Emperador o de algunos de los archidukes.

»Me dirigía hacia el Graben cuando de repente vi a Juan Hwang que se aproximaba hablando con otras personas. Me reconoció y me miró, pero no dijo nada. Sin embargo, su mirada fue más elocuente que cualquier saludo. Yo seguí caminando sin volver la cabeza y me detuve junto a la gran columna barroca conmemorativa de la plaga. Sabía que vendría. Y vino pocos minutos después. Se acercó a mí, me tomó la mano, me miró con fijeza y, tranquilamente dijo:

—¿Quieres cenar conmigo? Llevas un bonito sombrero...

»Así ocurrió nuestra reconciliación. Tan sencilla y tan conmovedora como esto.

»Hombres... ¡escuchad! Pegad a una mujer, pisoteadla con vuestros tacones, pero si alguna vez se apodera de vosotros el feroz deseo de perdonar y ser perdonado, no os echéis de rodillas a sus pies, no sollocéis delante de ella; decidle sencillamente: “¡Es bonito este sombrero que llevas!...”.

»Es imposible implorar un perdón con palabras menos significativas. No es porque las mujeres seamos vanas y tontas, no. Pero no hay nada tan bello, tan dramático, como una escena dramático no representada. Lessing dijo: “El verdadero diálogo dramático es el arte de la omisión”.

5 de junio 1919.

«El ritmo de la vida se ha acelerado en nuestra casa de Bösendorferstrasse. Papá celebra a puerta cerrada conferencias con personajes importantes del mundo político y financiero, en previsión de la caída de la Commune. Mamá da ceremoniosos té que se distinguen a veces por aburridísimos recitales de poesías. Desde Suiza nos llegan noticias del mundo exterior, y hemos restablecido también comunicación con la real familia, aunque sea sólo por correo. Nuestros círculos legitimistas tienen mucho trabajo. Tenemos también a menudo noticias de Ararat y la más interesante de todas, para mí, es que el Comisario del Pueblo en Ararat es Lászlo Ibrik, alias Laci, el nadador. Yo tengo veintitrés años ahora, de manera que él debe tener por lo menos veintisiete. Dicen que se comporta de la manera más insolente que pueda imaginarse. Lo primero que hizo cuando ocupó el castillo “en nombre del pueblo” fue pedir unos pantalones rayados y un monóculo porque quería vestirse como un conde. Yo tengo un punto de vista diferente sobre su conducta, desde luego. Me pregunto qué recuerdo tiene de mí en su imaginación y qué represento para él. Según referencias, se pasa el día yendo de un lado a otro de las habitaciones, juega al billar solo, toca el piano con un dedo durante horas enteras, se hace servir a la mesa por tres criados en el comedor de gala, come pato asado con coles rojas a cada comida y tira los huesos sobre la alfombra. A mi modo de ver, todo esto no son más que variaciones al mismo tema de un amor no correspondido en un corazón desesperado».

1 de agosto de 1919.

«La Commune Húngara ha caído. Como una pacífica marea, el influjo espiritual que estalló en el Este se ha retirado a su lecho fluvial asiático. ¿Pacificado? Para los que lo creen así. Afortunadamente, hemos conseguido atravesarlo nadando.

»Nos vamos precipitadamente a Willensdorf a hacer nuestros equipajes.

»Nuestro destierro ha terminado».

3 de agosto. Ararat.

Llegamos ayer tarde y hoy el pasado nos parece ya una pesadilla de la que acabamos de despertarnos. En las habitaciones y los corredores hemos vuelto a encontrar los rostros familiares de la vieja servidumbre, las libreas, los trajes negros de los lacayos y las camareras de azul claro. Los prisioneros rusos que cortaban el césped han desaparecido del parque. Mamá reunió a toda la servidumbre para pasar revista. De todos ellos sólo un lacayo llamado Józsi se había hecho comunista y ocupa un importante puesto en Budapest. Recuerdo muy bien su rostro alargado. Faltan también *monsieur* Cavaignac, mister Johnson, el caballero inglés, *mademoiselle* Barbier y la señorita Wenlock. Pero hemos traído del Oeste una nueva maestra en la persona de *madame* Couteaux, la nueva institutriz francesa de Zia. Es una especie de vieja bruja divertida.

»He oído decir que Laci el nadador ha escapado a Rusia».

8 de septiembre.

«En 1871, después del fracaso de la efímera Revolución Francesa, las mujeres elegantes empleaban las puntas de sus sombrillas para metérselas en los ojos a los *communards*^[16a] hechos prisioneros. La opinión pública en Hungría está poseída de un frenesí histórico muy semejante. Oficiales contrarrevolucionarios, con plumas de águila, recorren los caminos. Ayer capturaron a Józsi, el lacayo, y lo fusilaron en el acto. Juan Hwang, que ha estado aquí en Ararat unos días, dice que estos oficiales de patrulla son la expresión del ambiente reinante en Europa. Las tropas francesas e inglesas han desembarcado en Arkangel, mientras desde la Polonia rusa, los generales contrarrevolucionarios avanzan con armas inglesas hacia Ucrania para sofocar el bolchevismo.

»Por las tardes papá se sienta en el banco del estanque y se ve claramente que reflexiona sobre el futuro del mundo, cosa que solía hacer antes. Tiene ya cincuenta y un años y su cabello ha comenzado a platear sus sienes. Ayer me senté a su lado y traté de adivinar sus pensamientos. Con su índice encorvado se rascaba pensativamente el bigote recortado que lleva ahora, mirando con sus ojos impasibles el reflejo opalescente del crepúsculo estival sobre el agua del estanque. Siempre le han gustado estas luces crepusculares. Al regresar lo hemos encontrado todo igual. El estanque era él mismo, pero estaba cubierto de lirios de agua porque una de las

características más desagradables de la revolución es que sus seguidores olvidan limpiar debidamente los estanques. Una vez los lirios de agua han arraigado es casi imposible exterminarlos. Las grandes hojas verde gris cubren el espejo del agua como si fuese un tapete roto en diversos sitios sobre una mesa barnizada. El estanque, claro como el cristal, está así cubierto de andrajos. Papá dice que todo el mundo está por el estilo. Está en garras de una sensación que no tiene substancia, nada más que una temperatura inusualmente baja. La fría sensación que envuelve su corazón es un temor delicado, uno de esos sombríos matices violeta del temor de la muerte. Es una especie de miedo que se manifiesta en unas cortas e inesperadas punzadas mientras está uno, en el baño afeitándose, o entre dos cucharadas de sopa, o mientras juega a la baraja; hace palpable su presencia por medio de cortas y excéntricas apariciones, con momentáneos contactos y guiños, como si quisiera dar a conocer de una manera indistinta su constante y cercana proximidad. Papá no teme a la muerte; es demasiado valeroso, demasiado cínico, demasiado católico para eso. Teme la muerte de una manifestación de la vida que no puede llamarse la muerte de la aristocracia. Y en la destrucción de esta forma de la vida ve la pérdida de sus hijos, a quienes no considera suficientemente fuertes ni capacitados para enfrentarse con la nueva forma de las cosas. Éstos eran los sentimientos de papá manifestados débil, pero claramente, mientras se tiraba de las guías del bigote. El estanque estaba vacío. El parque estaba vacío. Todo el país estaba vacío. Y el firmamento que nos cubría estaba vacío también. Faltaba un Rey».

18 de noviembre de 1919. Budapest.

«La vida social no había sido quizá tan activa ni tan intensa en nuestra casa de Septemvir Utca como ahora. Mamá da té de ciento y ciento cincuenta personas cada día, parte con fines benéficos dedicados a las instituciones de huérfanos de guerra y mutilados y parte con propósitos católicos y legitimistas. No son los personajes en sí a quienes invita a estas fiestas, sino a sus bolsas. Pero las bolsas no suelen, por lo general, acudir solas a estos té, de manera que la concurrencia está bastante mezclada. Los llamados *nuevos ricos* están allí, con sus manos más regordetas y coloradas que las de los empleados de los barrios bajos de la ciudad antes de la guerra, en Londres o las ciudades hanseáticas, mientras su refinamiento es, en relación, mucho más delgado. Miran las obras de arte de Septemvir Utca de una forma que parece un insulto personal. Una mujer llegó incluso a hacer el siguiente comentario:

—Estoy tentada de comprar un cuadro de Rafael, el famoso pintor alemán. Kornstein, de Váci Utca, pide ciento veinte mil francos suizos por él.

»Su hija, sentada a su lado, contestó frunciendo el ceño con desdén:

—¿Cómo puedes decir estas tonterías, mamá? La tienda de Kornstein no está en Váci Utca.

«Grupos políticos recién formados y sociedades militares secretas de todas clases

están introduciendo el antisemitismo en Hungría con el mismo ímpetu con que se implantó el cultivo de patatas durante el siglo XVIII».

10 de diciembre. Viena.

«Llevo en Viena varios días; necesito en realidad un descanso después de los rigores de Septemvir Utca. Me gusta verdaderamente la tranquila elegancia de la casa de Bösendorferstrasse, con los muchos recuerdos que guardan sus estancias. Era hora de abandonar Budapest aunque no fuese más que porque mamá quiere casarme con uno de mis primos. Aparte de que me da la impresión de que es homosexual mis instintos están firmemente opuestos al *Insucht*, de la aristocracia.

»El sábado fui a la Opera con Juan Hwang. Representaban *Die Tote Stadt*^[16]. ¿Ha sido pura casualidad la elección del título? Viena es realmente una ciudad muerta, la cabeza decapitada de la Monarquía, separada ya del tronco y de los miembros que viven y se mueven por sí solos. La circulación de su sangre es algo asombroso. Durante la Commune estaba llena de aristócratas que huían; ahora de comunistas en fuga.

»Pero la cabeza decapitada es capaz todavía de reírse de corazón. Ayer estuve en un *cabaret* donde el público entero —y yo entre los demás— nos reímos estúpidamente con un cuadro llamado *El paraguas de Napoleón*. Giraba sobre el tema de que los nuevos ricos de hoy compran toda clase de trastos apolillados con tal que se les pueda convencer de que son antiguos. Un vendedor ofrecía en venta el paraguas de Napoleón, sin darse cuenta de que era el del propio cliente que lo había puesto sobre el mostrador con los demás objetos. Después de la representación, mientras estábamos cenando en un restaurante, Juan Hwang, que siempre piensa largamente antes de hablar, soltó la siguiente retahíla:

—Dos cosas caracterizan la mentalidad europea de hoy. Los guantes grises de Suecia de Clemenceau, que no se quita ni para asistir a una conferencia, y el último discurso de Lloyd George. Lloyd aseguró que Europa había llegado ahora a la encrucijada decisiva y que tenía que elegir entre la libertad de empresa o el comunismo. Su voto estaba a favor de la libertad de empresa, pero prosiguió diciendo que si el capital privado persistía en su indiferente actitud respecto a la miseria del trabajador y el apasionado y desesperado deseo de encontrar trabajo de tantos millones de desocupados, el sistema, a su modo de ver, tenía que derrumbarse por su propia falta de conciencia. Todo el mundo entendió esta posición y estuvo de acuerdo con ella, pero pronto fue olvidada. El mundo está lleno de obreros descontentos y sin trabajo. Frente a ellos están los que compran el paraguas de Napoleón. El capital privado ha comenzado una vergonzosa política de especulación. Hay en Inglaterra una escasez increíble de alojamientos, pero es imposible incrementar la construcción porque los especuladores han inflado los precios de los materiales de edificación. Respecto a los precios de las comodidades básicas, prevalece la misma situación en todas partes. La guerra ha producido varias agencias fiscalizadoras de racionamiento

y precios —en Hungría tenemos la Agencia de Producción de Guerra, el Instituto de Distribución de Carbón y la Central de Textiles—, pero los especuladores han minado rápidamente la estructura básica de esta economía colectivista incipiente, porque vieron en ella una peligrosa forma de competencia. Han obligado al Gobierno a retirarse a sus estaciones de policía, colegios, y demás instituciones estatales. El cuero para los zapatos encontró las primeras escaramuzas del colectivismo en pleno conflicto y el cuero de los zapatos resultó el más fuerte. El futuro de Europa, como el de todos los asuntos internacionales, está en manos de una burguesía estúpida y rapaz. Los guantes de Suecia de Clemenceau son el indicativo de la resistencia de Europa a renunciar a ciertos atavíos ideológicos.

»Un agente de policía vestido con un uniforme de color verde-espinaca pasó al lado de nuestra mesa, con su gorra de visera plana. Juan Hwang, señalando al policía con el pulgar, dijo:

—El nuevo uniforme de la policía vienesa fue regalo de un *Schieber* que está en la cárcel.

»Cuando pedimos la cuenta, en *maître*, que hace tiempo me conoce, me preguntó por papá y mamá. Pero no me dio ya el título de condesa. El Gobierno socialista de Viena ha prohibido el uso de títulos aristocráticos. Pero todo en vano, porque al pueblo le gustan los títulos. En 1789, cuando los Estados Unidos eligieron su primer presidente, el Senado quería dar a George Washington el título de “Su Alteza”. Washington expresó su preferencia por “Su Poderío”.

3 de enero de 1920.

«Hemos pasado unas fiestas muy tranquilas. El día de Año Nuevo siempre tiemblo y mis dientes castañetean como si tuviese los pies metidos en un invisible mar helado.

»Hemos tenido noticias de una muerte. Ante el nacimiento todo el mundo es igual, y diferente ante la muerte. Las circunstancias de la muerte de una persona revelan su ocupación, su carácter, su entera personalidad. Cae en un campo de batalla: es un soldado. Se bebe una botella de lejía: una sirvienta enamorada no correspondida. Muere de un tiro al tratar de huir: un ladrón. Ataque al corazón: un director de banco. Caída de caballo durante un salto: mi abuela.

»La abuela Jefe murió ayer de fractura de la columna vertebral. Tenía sesenta y cinco años. Como castigo papá ha pegado un tiro al caballo, que se llamaba *Rayo*, lo cual no me parece leal porque papá detestó siempre a su madre política mientras vivió».

26 de junio de 1920.

«¡Diario, despierta de tus sueños color de rosa! Negros estandartes flotan en las torres del castillo y negras colgaduras cubren sus balcones. Se ha firmado un tratado de paz en el Triánón que despoja a nuestra tierra milenaria de dos terceras partes de

su territorio. Papá oró al recibir la noticia, y he visto emociones análogas en los rostros de los campesinos. Sólo en los grandes extremos del dolor se encuentra unido un pueblo.

»Las proporciones de nuestras tierras, en un país reducido, parecen todavía mayores. Es realmente una sensación que da miedo. Esto es lo que debía probablemente pensar György cuando estábamos sentados en el gran banco de mármol estilo Imperio, ornamentado con guirnaldas, donde mi abuela Jefe solía sentarse con una silenciosa dignidad después de haberse peleado con papá. György tiene ya veintidós años y va a la escuela técnica. Es el primer Dukay que aspira a un título en la ciencia agrícola. Quiere estudiar también leyes y economía política, con preferencia en el extranjero. En nuestras familias ha habido miembros que coleccionaron mariposas del Brasil, fustas de montar o mechones de pelo de mujer. György es el primero que tiene la pasión de coleccionar títulos. Por algunas palabras que ha dicho al azar he podido adivinar que tiene grandes planes para cuando la herencia recaiga sobre él, pero no habla nunca de ello a papá. Padre e hijo: dos mundos totalmente diferentes. György está ahora en la edad de la transición “en que los pesares comienzan a parecer esperanzas y las esperanzas pesares”, como dice Turgeniev en su obra *Padres e Hijos*.

»Una calma melancólica, estival, reinaba mientras silenciosamente sentados contemplábamos el castillo enlutado. Las banderas colgaban lánguidamente, inmóviles. Pero de repente se levantó una brisa, desesperado y polvoriento heraldo de una lluvia de verano, las ramas comenzaron a zumbar, las banderas cobraron vida en un abrir y cerrar de ojos, su negra superficie se agitó con furor al viento y las colgaduras de los balcones comenzaron a azotar la piedra como las grandes alas de una hechicera fugitiva y temerosa. El violento estallido del viento no solamente lanzó al aire las flores y las ramas muertas, sino que arrancó los pesares de mí. Mundos, imágenes y voces, revoloteaban en mí en un interno torbellino, y cuando en un destello de recuerdos vi el espectáculo de dos caballos blancos de las caballerizas reales arrastrando un furgón lleno de ladrillos, estirando sus tendones, comencé a sollozar en voz alta. Los sollozos me producían tales estremecimientos que György se vio obligado a tomarme entre sus brazos. Cuando me preguntó por qué lloraba no pude decirle que era a causa de aquellos dos caballos blancos, porque en aquel momento me hubiera tomado por estúpida».

7 de septiembre de 1920.

«Feri Kontyos, el hijo del herrero de nuestras tierras, estaba de pie en el mismo rincón del salón donde estuvo colocado el gran mapa durante la guerra; había pasado cinco años en un campo de concentración y acababa de regresar de Tashkent con su esposa rusa y dos chiquillos. Su tren consiguió atravesar las áreas azotadas por el hambre sólo porque llenaron de pan el tender del carbón y arrojaban panes a las hordas hambrientas que trataban de detener el tren por la fuerza de las armas. Durante

su cautiverio trabajó como albañil en Tashkent y dice que los rusos son buena gente. Esto fue dicho también a causa de su mujer que permanecía silenciosa porque no entiende una palabra de húngaro. Es una rubia sencilla de rostro redondo y dos ojos azules asustadizos que cerraba de vez en cuando como si le deslumbrasen los muebles del castillo, los largos cigarros de papá y los niveos botines de tío Cini.

»Cuando se marcharon comenzó una larga discusión sobre Rusia. Tío Peter estaba presente también, así como el doctor Kliegl, a quien mamá trajo de Viena como preceptor para János. La discusión no llevó a ninguna parte, pero yo quedé particularmente impresionada por lo que dijo tío Peter, porque le gusta tomar de las cosas un punto de vista escolar y desapasionado. Hizo un verdadero discurso sobre el tema de que la Guerra Mundial debería ser considerada como una promoción divina, una advertencia de que Europa debía revisar y reformar las leyes bajo las cuales los hombres viven en comunidad. En lugar de esto Europa se ha contentado con un tratado de paz baladí y el predominio de los que se aprovechan de las situaciones, que son quienes comprometen el principio de la libre empresa una vez y para siempre. Europa ha cedido a Rusia la oportunidad del gran experimento altruista. Pero en lugar de decirles: “Mirad, muchachos, tenéis un inmenso país sin límites, y vuestro es el derecho de ensayar algo nuevo a costa de vuestros propios pellejos, nosotros vigilaremos y os ayudaremos y veremos lo que hay que hacer si sale algo digno de interés de vuestro peligroso experimento”..., en lugar de decirles esto, Europa ha mandado a Inglaterra y Francia a que con sus tropas les saltasen los sesos a los experimentadores. Y cuando vieron que los faroles de la calle estaban tendidos a través de las aceras de San Petersburgo, cuando vieron que las tiendas estaban cerradas y que el pueblo usaba sandalias de corteza de árbol en lugar de zapatos, dijeron: “Es una lástima malgastar pólvora; este sistema comunista caerá por su propio peso dentro de pocas semanas”. Y retiraron sus tropas.

»—*Es war die grösste Blödheit!* (¡El colmo de la estupidez!).

»Tío Cini interrumpió con un grito apasionado:

—Mientras estaban allá, media compañía de soldados ingleses hubieran bastado para apoderarse de este puñado de judíos comunistas y Europa no estaría ahora en este estado de tensión.

»Tío Fini se puso de pie, levantó su índice y pulgar formando anillo en el aire y con fervor oratorio, marcando cada palabra, exclamó:

—¡Nada incita tanto a un gran desquite como el trabajo a medio hacer!

»Después, como el que acaba de dar en el clavo, se sentó sobre el sofá, se arrellanó en un extremo y cruzó los brazos sobre el pecho.

—No discuto ahora este punto —prosiguió tío Peter con tono sombrío—, pero los desembarcos en Arkangel y la ayuda a los generales contrarrevolucionarios no han conseguido más que una cosa: han convencido al pueblo ruso y sus dirigentes de que Europa es su enemiga mortal. Consideremos la actual miseria. Ya han oído lo que ha dicho Kontyos hijo. Y he sabido por otras fuentes que el pueblo, en su agonía, come

hierba y excrementos y han descuartizado incluso cadáveres, sacándolos de sus tumbas. Jamás en el curso de la historia hubo catástrofe igual. Dicen que han perecido de hambre treinta millones de personas. Y al mismo tiempo los graneros de Europa están repletos de trigo. El mundo no ha estado jamás tan desprovisto de amor fraternal y humanidad como ahora. Sólo los cuáqueros han tratado de ayudarlos. Europa ha hecho saber a los rusos que no hay merced para ellos en el Oeste.

»Al llegar a aquel punto, cuando Kliegl comenzó un ampuloso y complicado discurso sobre las diferencias entre la cultura oriental y la occidental, abandoné la discusión. Un poco más tarde, mamá cruzó también el saloncillo y no se dio cuenta de que estaba allí. Comenzó a arreglar las porcelanas y a hablar sola como hace siempre. Súbitamente, puso sobre su mano un pato de porcelana de Copenhague y le preguntó: *was ist ein Bolshevik eigentlich?* (¿Qué es realmente un bolchevique?)».

9 de octubre.

«Papá estaba completamente fuera de sí Cuando regresó hoy de caza. Había estado cazando en una granja de la cual la nueva frontera checoslovaca ha cortado ocho mil acres. Mató un conejo y es sabido que los conejos suelen dar un gran salto final antes de caer al suelo, si es alcanzado en el cuello al correr. Este conejo cayó del otro lado de la línea fronteriza. Un guardafronteras checo que estaba allí cerca acudió enseguida y se quedó con él. Comenzó una gran discusión sobre la pertenencia de la pieza. El guardafronteras sostenía que el conejo era propiedad checoslovaca. Papá mantenía, en cambio, que el conejo había saltado desde terreno húngaro y fue llevado a través de la frontera únicamente por la fuerza de la gravedad. En el fuego de la discusión estuvieron los dos a punto de matarse. Papá está furioso y dice que llevará el caso al Tribunal Internacional de La Haya.

»Una de las nuevas fronteras nacionales pasa justamente por en medio del billar del café del pueblo».

1 de enero de 1921. Budapets.

«¡Un año más! ¡Brrr!».

6 de febrero.

«Días vacíos. Estos días vacíos son como los cadáveres de los que se han suicidado por motivos desconocidos.

»¡Gracias a Dios que *monsieur* Cavaignac está de nuevo entre nosotros y parece hallarse en plena forma! Se reúne todas las tardes con el resto de la servidumbre y les cuenta toda la guerra en su atroz húngaro. *Mister* Johnson hace también seis meses que ha regresado. Le fue concedida la medalla del valor en campaña, pero no habla nunca de sus sensaciones durante la guerra».

19 de marzo. Viena.

«Este año cumpliré veinticinco años. Los historiadores califican este lapso de tiempo de “cuarto de siglo”. Idea horrible...».

24 de marzo.

«Hoy hace quince días que llegamos a Viena. Hemos regresado de la Opera alrededor de las once. Hemos cenado pollo frío y Juan Hwang se ha ido directamente a la cama, porque estaba muy cansado. Yo he escrito dos cartas a mamá y a Zia. Es una mala costumbre ésta de escribir en la cama, primero porque me da dolor de cabeza, y segundo, porque he destrozado ya varias sábanas vertiendo el tintero sobre ellas. No era todavía medianoche cuando entró mi doncella Margaret sumamente asustada, diciéndome que un hombre quería verme con gran urgencia. Dijo que tenía aspecto de detective. Le mandé decir que me había acostado y que volviese mañana. Margaret regresó diciendo que el hombre no se quería ir y que venía de Schönbrunn. Al oír esto salté de la cama. ¡Dios mío, la tinta! La palabra “Schönbrunn” ejerce sobre mí un efecto mágico. ¿Podría ser Oscar? Si no era Oscar, era, por lo menos, un mensajero del Rey; esto era seguro.

»En zapatillas y con un salto de cama me dirigí hacia el corredor que estaba sólo iluminado débilmente. Un hombre barbudo me esperaba; su rostro aparecía casi oculto por unos grandes lentes de automovilista con borde de piel. Llevaba un pequeño maletín en la mano. No se movió; por consiguiente, me acerqué a él. Reconocí la tela gris de su traje. ¡El Rey!

»Se subió los lentes a la cabeza, pero no se quitó todavía la barba. Se llevó un dedo a los labios y miró a su alrededor tímidamente.

—Acabo de llegar en secreto de Suiza. ¿A quiénes tienen ustedes invitados? ¿Estoy en seguridad aquí?

—No hay más que un huésped en la casa, señor, y Vuestra Majestad puede confiar en él.

—¿Quién es?

—Juan Hwang.

»El Rey comenzó a buscar en su memoria.

—Sí, ya recuerdo... el diputado que propuso mi destronamiento en el Parlamento. ¿No me delatará?

—No, señor. Respondo con mi vida.

—¿La servidumbre?

—No hay en la casa más que mi doncella. Y el portero. Podemos confiar en ellos.

»El Rey se quitó la barba y se la metió en el bolsillo.

—Más adelante me gustará también hablar con su huésped. Me gusta ver a mis notables enemigos cara a cara.

»Lo llevé al salón, donde se dejó caer sobre un sillón, agotado.

»Dejó en el suelo su modesto maletín de fibra. Sus zapatos estaban polvorientos, su traje arrugado y su rostro sin afeitar.

—Mi querida Kristina —dijo con una sonrisa amistosa y ligeramente embarazada—, antes que todo, tengo hambre.

—¿Desea Vuestra Majestad lavarse, entre tanto?

»El Rey examinó atentamente sus manos sucias.

—Sí, no me haría ningún daño. He viajado en tercera. Mi nombre es Carlos Ringl y soy viajante de sastrería que está de viaje. Más adelante le diré el porqué. ¿Puede usted darme alojamiento por una noche? O; mejor dicho, ¿es usted suficientemente valerosa para alojarme por una noche? Si los socialistas de Viena saben que estoy aquí puede tener disgustos.

»Tomé el maletín del Rey y lo llevé hacia una de las habitaciones reservadas para los invitados. Tuvimos que pelearnos para llevar el maletín. Al final ganó él. Mientras el Rey se aseaba, me ocupé de la preparación de la cena. Desperté a Juan Hwang de su profundo sueño.

—El Rey está aquí.

—Ya lo sé —dijo. Cerró los ojos y se volvió a dormir. Lo sacudí de nuevo.

—¡Despiértate! ¡El Rey está aquí!

—¿Qué Rey? ¿Francisco José?

»Le arrojé un vaso de agua a la cara.

—¡Vístete enseguida! Quiere hablar contigo.

»Le arranqué las sábanas y lo ayudé a vestirse mientras le refería los detalles de la llegada del Rey. Su rostro soñoliento iba volviendo a la vida, pero trataba todavía de ponerse la chaqueta sobre la del pijama.

»Me precipité de nuevo al salón donde, con gran sorpresa, encontré al Rey esperándome vestido con su uniforme de mariscal de campo y todas sus condecoraciones. Estaba recién afeitado y las espuelas de oro reseñaban en sus altas botas de cuero. El pequeño maletín había hecho maravillas. Sólo pude explicarme aquel súbito cambio por la idea de que no quería encontrarse ante un miembro de la oposición política húngara vestido como un dependiente de comercio. El uniforme de mariscal operó un cambio en sus gestos, en su tono y en su expresión.

—Ahora le podré decir —dijo con una sonrisa— por qué he elegido el empleo de viajante de sastrería. Cuando los aduaneros abrieron mi maleta en la frontera suiza tuve que dar alguna explicación por causa de mi uniforme.

»La cena que Margaret le trajo en la mesilla de ruedas era muy apropiada para un viajante de comercio, pero resultaba un poco frugal a la vista del uniforme. Pollo frío, ensalada, pastel, compota y una botella de vino.

—¡Espléndido! —exclamó el Rey arrojándose sobre la comida como un lobo.

»Había dado orden a Margaret de no mirar a mi invitado mientras le servía la comida. Hizo cuantos esfuerzos pudo por obedecer y esto daba a sus ojos una rigidez de muñeca pintada. Accidentalmente, sin embargo, sus ojos despedían una especie de relámpago hacia el Rey, como si las miradas de Margaret fuesen de goma y pudiese estirarse y encogerse a voluntad. Sus ojos fijos estaban llenos de terror hasta el punto

de casi sollozar, como si hubiese visto a un fantasma entrar en casa.

»En su presencia el Rey hablaba inglés con un fuerte acento vienes. Sus “íes” sonaban casi como “huevo” en alemán: *ei*. Las «v» se convertían en «f».

—Me encuentro ante una decisión definitiva —dijo el Rey, luchando con una pata de pollo—. Quiero salir para Hungría mañana por la mañana. He pensado en su coche; espero que tenga los papeles necesarios para pasar la frontera.

—¿Es Vuestra Majestad esperada en Hungría?

—Nadie conoce mi viaje. Es mejor que mi llegada al palacio de Buda sea una sorpresa. Desde primera hora de esta mañana hasta ahora he tardado en venir de la frontera suiza a Viena. Durante mi largo viaje y gracias a la barba postiza, he entrado en conversación con mis compañeros que eran viajeros de comercio o campesinos tiroleses. Mientras fui emperador me alegré de saber que me llamaban siempre «Karl». Jamás llamaron a Francisco José por su nombre. Era simplemente «El Emperador». Y, «Karl», parecía estar más cerca de su alma. El empleo del nombre era como una palmada en el hombro, un abrazo. Y ahora... el austríaco es un pueblo terrible. Cerca de Innsbruck subió una pescadera obesa de ancho rostro y se sentó a mi lado. Llevé la conversación sobre mí mismo y comencé a dirigirme alabanzas, diciendo que Karl era un buen hombre, porque no comenzó él la guerra y cuando ascendió al trono a lo único que aspiraba era a la paz. ¿Sabe usted lo que respondió la pescadera? *Karl? Der bödl Karl!* (¡El cochino Carlos!). Y comenzó a explicarme detalladamente cómo había repudiado la carta al príncipe Sixto.

»Preocupado, el Rey agotó hasta la última gota de su plato de compota.

—Bien... si, éste fue mi error. Confieso que sueño en esto cada noche, como el jugador que tiene que elegir entre rojo o negro y pierde toda su fortuna en una sola vuelta del tambor de la ruleta. Su tío Cini... perdón, mi ministro de Asuntos Exteriores, ese toro de frente de alabastro, me tenía en la palma de su mano... demasiado. ¡Si tan sólo hubiese tenido a alguien a mi lado en aquel momento que me hubiese sacudido un poco!

»Al decir estas palabras cerró súbitamente los ojos, tan grande era el dolor de su corazón.

»Juan Hwang entró como un fantasma en la habitación. Hizo una profunda reverencia ante el Rey, que se levantó y le tendió la mano con una sonrisa amistosa.

»Margaret trajo el café y nos instalamos en los sillones. El Rey siguió hablando en el mismo tono animado que había empleado conmigo, pero su animación no parecía del todo natural; parecía haber tomado alguna especie de estimulante. Yo comprendía su estado de espíritu; era una mezcla de felicidad, incertidumbre, esperanza y temor, todo a iguales dosis. Imagino que al hacer ostentación de su buen humor, ha tratado de parecerle campechano a Juan Hwang. Se volvía hacia mí, pero sus continuas miradas a Juan Hwang indicaban su deseo de que compartiese nuestra conversación.

—¿Conoce usted el origen del nombre Habsburgo, Kristina? Durante mi infancia

mi padre me contó que fue uno de nuestros antepasado, Ruelf, que vivió durante el siglo x y fue un respetable e industrioso barón saqueador dentro de las mejores tradiciones de la Edad Media. Cuando hubo cosechado suficiente oro robando a las caravanas de mercaderes en los caminos de la Moldavia, construyó una gran fortaleza feudal en lo alto de un pico. El hombre desbordaba de entusiasmo y felicidad ante la idea de poseer su propia fortaleza, e incluso cuando declinaba ya hacia la senilidad, seguía repitiendo, ya en público ya en su soledad: *Ich habe eines Burg!* (¡Tengo un castillo!). Pero como hablaba germano medio con un acento duro y comiéndose las palabras, al decir: «¡He levantado una fortaleza propia!», pronunciaba: «*Hab's Burgln* No sé hasta dónde la historia es verdad, pero sí sé que soy el primer Habsburgo que puede clamar: *Ich habe keines Burg!* (¡No tengo ninguna fortaleza!).

»Nos reímos cortésmente. Entre tanto, Juan Hwang me hizo saber, con un furtivo guiño de sus párpados, que deseaba quedarse solo con el Rey y buscando el pretexto de llevarme las tazas de café salí de la habitación. Pero no cerré las macizas puertas de roble y me detuve a escuchar.

—Celebro tener una oportunidad de hablar con usted —comenzó el Rey—. Quisiera saber su opinión sobre mis planes de regreso.

—¿Vuestra Majestad piensa ir a Budapest con la idea de recuperar el trono de Hungría?

—Naturalmente...

—Considero la idea verdaderamente desafortunada.

—¿Por qué? —respondió el Rey sorprendido y ofendido a la vez—. Durante mi estancia en Suiza al pueblo húngaro me ha dado emocionantes pruebas de su fidelidad al trono. No, no me refiero solamente a la aristocracia. He recibido objetos de madera tallada de los pastores y encajes de las campesinas como regalo, acompañado todo de cartas laboriosamente escritas por manos rústicas. La semana pasada llegó un enorme queso de cabra. Personalmente detesto el queso de cabra, pero un queso de este tamaño puede contener el corazón de todo un pueblo.

—Señor, los húngaros son indudablemente leales a su Rey. Pero no son amigos de los Habsburgo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Desde hace tres siglos y medio han luchado incesantemente por liberarse de los Habsburgo.

—No olvide que el Este hubiera absorbido a Hungría desde hace mucho tiempo si no hubiese sido por los Habsburgo. Ni aun usted puede negar que Hungría ha florecido económica y culturalmente durante su reinado.

—Aparte de esto, Majestad, el pueblo húngaro no goza hoy más que de una aparente independencia... Las presiones políticas de fuera...

»Pero el Rey lo interrumpió.

—Tengo la seguridad del apoyo de la Entente. De lo contrario no lo hubiera intentado.

—No sé, y no preguntaré a Vuestra Majestad, qué círculos de la Entente os indujeron a hacer este viaje. Sin embargo, una cosa es cierta: Checoslovaquia, Yugoslavia y Rumanía movilizarán en el acto. La Pequeña Entente tiene toda la razón en oponerse a ver un Habsburgo en el trono de Hungría.

»Mientras hablaban, el Rey se levantó alguna vez y dio unos pasos por el salón. En estas ocasiones, Juan Hwang se levantaba también; lo sé por los ligeros ruidos que producían.

—Celebro conocer su opinión y la he escuchado con interés —dijo el Rey—, pero mi decisión permanece inalterada. ¿Entonces considera usted mi retorno completamente sin esperanzas?

—No hay nada sin esperanzas, Majestad. Es solamente sin esperanzas tal como Vuestra Majestad lo describe. Os ruego encarecidamente que no os sometáis a una penosa humillación.

—No hay nada sin esperanzas, dice usted. ¿Qué solución vería usted?

—No me considero con derecho a aconsejar a Vuestra Majestad.

—Su opinión me interesa y me es útil a la vez. Quisiera que aceptase usted el título de conde como prueba de gratitud.

—Gracias, Majestad; pero por diferentes motivos no puedo aceptar.

—Veamos su solución —insistió el Rey con empeño.

—¿Tengo la venia de Vuestra Majestad para hablar con entera franqueza?

—Es mi ferviente deseo.

»Acerqué más el oído a la rendija de la puerta a fin de oír mejor. Recordé que hacía diez años había estado en aquel mismo y preciso sitio esperando que viniese el pequeño capitán de dragones a sacarme del pozo. El recuerdo de aquel furtivo beso real resonaba en mi corazón como una campana sonora. Diez años... hará diez años en mayo. ¡Cuan sorprendente es que este extraño idilio y los acontecimientos de la vida me hayan traído nuevamente aquí, detrás de esta maciza puerta!

—El pueblo húngaro se encuentra hoy frente a un curioso dilema —prosiguió la voz de Juan Hwang—. Quisiera ver en su trono al hombre cuyas sienes han ceñido ya la corona de San Esteban, porque tienen una fe religiosa en el poder mágico de la corona. Al propio tiempo no quieren un Habsburgo. ¿Por qué quiere Vuestra Majestad regresar al trono como *Habsburgo* cuando este nombre, por mucho que Vuestra Majestad lo niegue, implica no sólo la restauración del trono de Hungría, sino de la entera Monarquía, lo cual tiene infaliblemente que llevar a la guerra?

—Por consiguiente...

—Por consiguiente, Vuestra Majestad puede reconquistar el trono de Hungría únicamente abandonando el nombre de Habsburgo y...

—¿Y...?

—Y casándose con una húngara.

»El Rey se levantó de un salto como si no hubiese oído bien. Mi mano se posó sobre mi corazón. ¿Se había vuelto loco Juan Hwang?

—¿Qué ha dicho usted? —preguntó el Rey irritado.

—Lo repetiré —dijo Juan Hwang con calma—. Vuestra Majestad debe abandonar el nombre de Habsburgo y casarse con una húngara. Antes de empezar a reflexionar sobre esto, Majestad, pensad que una sonrisa no es nunca suficiente para recuperar un trono. Algunas veces son necesarias las armas, otras un golpe maestro. Sargon, según creo, rey de los acadios, que reinó en el siglo III antes de Jesucristo, recuperó su trono con la condición de que quemaría a su esposa en la hoguera. Pero, en su lugar, ataron en la hoguera a una esclava, envuelta en velos, y el rey vivió feliz con su esposa hasta el final de sus días, porque una puerta secreta llevaba hasta su dormitorio. Podría citar idénticos ejemplos en la dinastía de los Chou de la China, los merovingios e incluso en la historia de los Borbones. Considerad esto, Majestad, un bello día la Agencia Havas puede anunciar la triste noticia de la muerte de la reina víctima de un accidente de esquí en Suiza.

—Mi mujer no esquía —dijo el Rey nerviosamente.

—¡Tanto mejor! Es, por consiguiente, mucho más lógico que se haya caído al fondo de un precipicio. Puedo recomendar a Vuestra Majestad el paso de Hurdli del Cantón de Valais. No se ha encontrado jamás a ninguno de los turistas que desaparecieron en este abismo de hielo. En aquel momento Su Majestad la Reina, estará sentada con los lentes en la punta de la nariz y bajo el nombre de viuda *Frau Schmidt*, al lado del fuego de un pequeño hotel de Suiza, haciendo un cálido chaleco para el joven príncipe Otto o leyendo una novela. El mundo la llorará debidamente durante un cierto tiempo y la olvidará a los tres días. Olvidarán incluso que hubiese sido una Borbón. Que Vuestra Majestad no olvide que los Borbones han traído siempre la desgracia de los Habsburgo. Pensad en la hija de María Teresa, que se casó con Luis XVI y terminó en la guillotina.

—La Reina está dispuesta a cualquier sacrificio —dijo el Rey con calma, pensativo—. Pero su plan es tan fantástico que me hubiera reído con ganas de él si no me hubiese usted recordado a María Antonieta.

—No es más fantástico que el destino que Vuestra Majestad decretó para Oscar en relación con la carta del príncipe Sixto. Recordad, señor, que la historia del mundo es una serie de feroces aventuras y extraños horrores. Cuanto menos lógica parece una cosa, más cercana está de la verdad histórica. El siglo XIX ha acostumbrado a toda la humanidad, y a los reyes muy especialmente, a la apacible mentalidad de... digamos un notario público. Pero ahora estamos en el siglo XX, sin embargo, y acabamos de pasar por una Guerra Mundial. Estoy seguro de que aquel Ruelf estaría de acuerdo conmigo.

»El Rey se echó a reír y se levantó.

—Muchas gracias por esta conversación tan interesante.

»Entré en la habitación en el momento en que Juan Hwang se marchaba. El Rey miró su reloj.

—¡Las tres de la mañana! No podré dormir mucho. Alguien vendrá a buscarme a

las ocho para acompañarme a Hungría.

«Estaba visiblemente agotado. Lo acompañé a su dormitorio».

25 de marzo.

«Después del desayuno, un viajante de sastrería llamado Carlos Ringl, tomó su maleta, porque el auto, con un hombre al volante, esperaba en la puerta. Al despedirse, me miró fijamente a los ojos y yo le hice el signo de la cruz en la frente. Se marchó sin decir una palabra, visiblemente emocionado. Estaba ya cerca de la puerta cuando le detuve, asustada, con un siseo. Le hice una muda señal indicándole que había olvidado ponerse la barba. Sonrió, la sacó del bolsillo y se la ajustó delante del espejo. Fui presa de pánico al ver que Hans, el portero, de pie, inmóvil al lado de la puerta, con sus manos en la espalda, había observado toda la escena. Cuando el Rey se marchó me volví hacia Hans con una sonrisa embarazada:

—Es un actor de cine. Se va a los estudios.

»El portero sonrió mudo y tristemente. Me parecía imposible que no hubiese reconocido al Rey. Afortunadamente este Hans es bastante estúpido y la gente torpe es la más fiada.

»Yo tenía media hora para tomar el expreso de Budapest».

25 de marzo. Budapest.

«Siete y media de la tarde. Las ventanas brillaban en la fortaleza de Buda. El Rey llevaba horas enteras conferenciando con el Regente. Mi automóvil, con el mismo desconocido al volante, esperaba al Rey a la puerta de la verja de la entrada principal, en la que dos enormes águilas de bronce abrían sus alas en lo alto de los pilares. En el asiento posterior reconocí el modesto maletín de fibra que debía contener el raído traje de paisano con la barba en el bolsillo de la chaqueta.

»Caminé ante la puerta, bajo la lluvia. Pocos minutos antes de las ocho sonaron las cornetas en el patio interior, mandando presentar armas. Esto quería decir que el Rey salía. Oí perfectamente las veces de mando y los rígidos movimientos de los soldados al presentar las armas.

»Y salió el Rey, con su reluciente uniforme brillando bajo la lluvia a la luz de los reverberos. Al acercarse acompañado del barón K. su paso reflejaba una profunda melancolía. Las cornetas seguían tocando y su toque era como una charanga del adiós postrero. Yo estaba cerca del auto cuando el Rey subió a él, pero no me dirigió la menor mirada a pesar de que estoy segura de que sabía que estaba allí, al lado del pilar. La leve sonrisa de embarazo de su pálido rostro debió costarle un enorme esfuerzo. El barón K. despidió con una profunda reverencia el automóvil que arrancaba. Avancé hasta su lado y pregunté, con un susurro:

—¿Qué ha ocurrido?

»Respondió con un solo ademán volviendo las palmas de sus manos hacia la lluvia. También estaba espantosamente pálido de emoción.

»Una vez más, Juan Hwang había tenido razón».

CAPITULO IX

10 de abril.

«Los días tan transcurrido terriblemente vacíos desde la marcha del Rey. Pero ayer ocurrió algo. Sobre las seis de la tarde apareció en la puerta de Septemvir Utca un hombre barbudo, desaliñado y con el traje destrozado. Insistió en ver a papá, pero el portero, naturalmente, se negó a ello. No hablaba ni una palabra de húngaro y muy poco alemán. El portero estaba a punto de arrojarlo de allí violentamente cuando papá, que suele irse al Casino a aquella hora, apareció súbitamente bajando las escaleras. Después de haber tratado de descubrir los rasgos del forastero tras su enmarañada barba abrazó súbitamente al vagabundo. Era tío Dmitri, cuya correspondencia había totalmente cesado desde la revolución rusa. Estábamos todos convencidos de que tío Dmitri había sido también asesinado por los bolcheviques. Después de tres años de vivir oculto había conseguido fugarse a través de Polonia y llegó a nuestro palacio en un estado de total agotamiento. De su medio millón de acres de tierras en Kazan no le quedaban más que aquellos harapos, que llevaba encima. En el espacio de pocas horas tío Dmitri sufrió una transformación radical. Mientras se bañaba sus ropas fueron quemadas en el patio. Al salir de la bañera encontró al barbero de papá, Husnik, que le esperaba con todo su equipo. A la hora de la cena, vestido con uno de los *smokings* de papá, había reanudado la conversación casi en el mismo punto en que la había interrumpido diez años antes, la última vez que estuvo con nosotros de paso para París. Su esposa, la pobre tía Mira, había muerto hacía dos años mientras estaban ocultos en un pueblecito de Polonia llamado Hirlice; tío Dmitri la amortajó con un mantel cavando él mismo la tumba sobre la que puso una sencilla cruz de madera en la que grabó estas simples palabras: *Tempora mutantur*^[17].

»Pero esta tarde ha hecho su reaparición en el Casino para probar nuevamente fortuna en las mesas de *baccarat*. Con el dinero de papá, desde luego. Evidentemente, la frase *Tempora mutantur* se refiere solamente a la muerte. La vida, desde el momento de la concepción, no cambia ni un ápice».

28 de octubre de 1921.

«Con mi camisón de noche, mi cabello despeinado, de pie en medio de la habitación, me sentía presa de una angustia apocalíptica. Todo el contenido de mi guardarropa, de mis cajones, de mis maletas yacía en desorden sobre la alfombra, sobre la cama, sobre las sillas y sillones. De nuevo mi doncella Margaret abría mis cajones vacíos; no, no había la menor traza de él; mi Diario se había extraviado. Desde la mañana lo había buscado en vano y era casi como si hubiera perdido toda mi vida. Ahora no había más que un caos; las medias revoloteaban por la habitación,

paquetes de cartas de amor, frascos de medicamentos, joyas, paquetes de algodón, zapatos de baile, todas aquellas cosas que constituyen la vida de una mujer inútil como yo. Guardaba siempre mi Diario en mi caja de joyas; era un libro encuadernado en verde, con un cierre. Recuerdo claramente haberlo devuelto a su sitio habitual la noche del 25 de marzo, después de haber anotado la marcha del Rey; tengo las llaves, las joyas y la caja, pero el Diario ha desaparecido, a pesar de que no me falta ninguna de las joyas. Es incomprensible y desesperante. He telefoneado ya a Viena y a Ararat y lo han buscado por todas partes. Estoy convencida de que los objetos inanimados tienen alma, carácter, deseos y capacidad de venganza.

»Lo han encontrado. Andrés, el aposentador de Ararat, ha telefoneado hacia mediodía para decir que el libro estaba en el cajón de mi escritorio y estaba ya en camino en manos de un mensajero. El Diario se había encontrado, pero yo estaba perdida. Si mi memoria podía traicionarme de aquella manera es que estaba a punto de perder la cabeza.

»Sí, estoy perdida y preparándome para la muerte como un bello e ilimitado viaje, envuelta en las suaves manos de mis más poderosos soporíficos. He vivido casi veinticinco años. La vida no reserva ya nada para mí. Esta última semana, de viernes a viernes, durante la cual tuvo lugar el segundo regreso del Rey, ha sellado el destino no sólo de la dinastía de los Habsburgo y de Hungría, sino también de mi vida. Antes de morir quiero anotar los acontecimientos de esta semana fatal; si dejo sin terminar mi novela sobre los Ordony, dejaré, por lo menos, acabado mi Diario.

»El doctor Preyberger vino a las cuatro de la tarde. Es mi médico personal desde la infancia; durante veinte años me ha estado mirando como a través de los rayos X y conoce mis vértebras, mi hígado y mi pulso mejor que el tic-tac de su reloj. Conoce mis eczemas, el zumbido de mis oídos, mis fiebres primaverales, mis desórdenes menstruales, el pequeño lunar de detrás de mi axila izquierda, mi neuralgia, mis encías que sangran y mis pesadillas, mejor que a sí mismo. Aparte de mamá, es el único que está enterado de mi accidente de infancia en la caseta de baño china.

»Le he dicho que pensaba matarme esta noche. No debía ni disuadirme de ello ni dar la alarma. Con gran sorpresa por mi parte, no trató de que rechazara tal idea. Con su tranquilidad habitual, en un tono contrito, pero en cierto modo tranquilizador, dijo solamente: “Todo el mundo tiene el derecho de hacer lo que quiera con su vida”. Cuando le pregunté cuáles serían los efectos de las pastillas, cómo obraban y cuánto duraría el conocimiento después de haber absorbido la dosis fatal, me dijo que no había ningún médico que hubiese muerto en esta experiencia, que lo que yo preguntaba, era, por consiguiente, un secreto conocido de la muerte misma. Se despidió de mí con un simple *Au revoir*; parecía que estuviésemos combinando una cita para el otro mundo. Cuando se marchó me di cuenta de cuánto había representado en mi vida aquel buen hombre encorvado y feo, cuánta paz, cuánta cordura, cuánto calor me había proporcionado. Mi concepto de él se reveló en aquel momento en mí como si hubiese vivido en la inconsciencia durante los pasados veinte

años.

»Antes de comenzar el relato de este fatídico viernes, haré mejor en dar un resumen de los acontecimientos de estos últimos siete meses...

»Desde que el Rey fue puesto en la puerta de la fortaleza de Buda, tan delicada y despiadadamente, a finales de marzo, no he visto ni una sola vez a Juan Hwang. No tengo ganas de verlo, porque la idea de que ha tenido razón una vez más, me haría sentir insignificante en su presencia, sensación parecida al envenenamiento por la ptomaína. Los asuntos de Estado internos y externos se tranquilizaron después de la marcha del Rey. Secretamente, sin embargo, los legitimistas trabajaban más activamente que nunca. Este verano vinieron también muchos automóviles extranjeros a Ararat y diariamente se celebraban conferencias detrás de las puertas cerradas del estudio de papá. Mamá y yo no estábamos autorizadas a asistir, desde luego, pero sabíamos que los emisarios del Rey lo mantenían en constante contacto con Hungría. Estaban preparando algo, y no podía ser sino un segundo regreso del Rey, esta vez más cuidadosamente preparado. No tuve jamás ni un solo momento de confianza en ello.

»A partir de abril, mamá hizo esfuerzos por casarme. Desde la escena del *Apfelstrudel*, hace diez años, ha sospechado que mi corazón estaba henchido de fantásticos sueños centralizados en el Rey; pero ahora supone que ya estoy curada de esta enfermedad y puso todas sus fuerzas en casarme. Era uno de sus viejos temores; el temor de que me viese envuelta tarde o temprano en uno de esos escándalos sociales, como ocurrió con la baronesa S. en una casa de prostitución de los Balcanes: este temor volvía a ella con redoblada intensidad, como el reumatismo de mi abuela Jefe. Quizá había oído hablar de mi amistad con Selly. Selly era un actor de segunda categoría, quien me recordaba al célebre luchador francés, pero más tierno, más elegante, desde luego. A su nombre no le faltaba más que una H para ser igual que el del célebre poeta que escribió el "Himno a la Belleza Intelectual", cuyos versos me gustan tanto: "Las terribles sombras de algún ignoto poder flotan entre nosotros invisibles"... Y su espíritu tiene también algo de la delicada figura del poeta inglés. Estaba segura de que nadie nos sorprendió cuando íbamos a cenar a las tabernas de Buda durante el verano. En mi vida he visto un piso de soltero más sucio y desordenado que el suyo. Pero era muy divertido. Dos fotografías enmarcadas y dedicadas colgaban de las paredes; una de ellas era de la diosa latina de ojos negros con la cual había trabajado una vez accidentalmente. La dedicatoria decía: *A mió carísimo amico, Eleonora Duse*. La otra era de un hombre calvo, de media edad, con esta emocionante dedicatoria: *¡Maestro! ¡Por favor, déme algo a cuenta! Sam Bloch, sastre inglés*. Mis amores con este Shelley sin H fueron como una tormenta de verano; efluvios de lluvia, vientos, relámpagos y después alegres risas. Cuando estaba a mis rodillas sollozando y jurándome amor eterno, me parecía oír los grandes órganos de la iglesia de San Esteban cuyos acordes profundos me han conmovido siempre. Me llamaba su reina, su cisne blanco, su orquídea negra, tenía palabras

exquisitas para mí, palabras en las que algunas veces yo adivinaba los acentos de Verlaine o de Rilke. Una vez, después de una de estas explosiones de amor, se puso súbitamente en pie y me abofeteó con toda su fuerza. Más tarde, cuando recuperamos el juicio y le pregunté por qué había hecho aquello, respondió: «Estaba pensando en algo».

»Entre tanto, las demandas de matrimonio llovían a mi alrededor como mosquitos. El archiduque L. apareció de nuevo en Ararat; actualmente es subdirector de una fábrica de cerveza en Viena y lleva el mismo impermeable desde hace años, invierno y verano. La cerveza que fabrica es infame, pero lleva un bonito nombre: Lúpulo de Habsburgo. Tiene unas manos tan demacradas como un paralítico. Mamá y yo repetimos la escena de “Erich” de hace diez años, cuando Su Cervecería pidió mi mano por primera vez. Todas nuestras relaciones se unen a mamá en su propósito de casarme. Están acechando el momento oportuno de meterme dentro del traje de novia. Tía Julia protege al embajador de Grecia, y cuando estamos solas hace girar los ojos hacia el cielo y dice que no ha visto jamás un perfil masculino más bello. Aparte de la longitud de los nombres griegos, en los cuales las palabras *Agrópolis* y *Protágoras* aparecen varias veces, Su Excelencia es, a mi modo de ver más parecido a un jefe de estación austríaco que al Hermes de Praxíteles.

»Durante los pasados siglos, a los herederos del trono húngaro se les daba una sección del país para que practicasen el arte de gobernar. Sobre una base similar, papá le ha dado a György el absoluto dominio administrativo de nuestros terrenos de caza y bosques. György puso inmediatamente manos a la obra, haciendo pagar a cada cazador extranjero doscientos dólares por cada ciervo que matasen y cincuenta por cada musmón. Así acudieron en septiembre a Ararat elegantísimos grupos internacionales, entre los cuales figuró *monsieur* Fragonard, un belga fabricante de armas con una barriga redonda y un bigote rojo canela, entre cuyos antepasados figuraba Honoré Fragonard, el conocido pintor rococó francés. Tío Cini fue quien me susurró sus honorables intenciones en mi oído.

»Después de todas mis negativas, mamá acabó por abandonar sus planes con una delicada sensación de melancolía y una vana esperanza de conservar mi chifladura secreta tanto tiempo como me fuere posible. No me extrañó que pensase en mí de aquella forma, porque ni yo misma era ya capaz de entenderme. “La horrible sombra de algún invisible poder...”. Sí, la profecía de *Frau* Katz estaba todavía viva en mí este verano, como una intranquilizadora puñalada de dolor, extraña y siniestra.

»Ahora ya sé que era la proximidad de la muerte. Era el definitivo secreto de la *Montaña*.

»La semana pasada, el 20 de octubre, al alba, el Rey apareció en el horizonte húngaro, como un cometa fatal que volase hacia su recorrido final, describiendo una parábola de fantasma. Llegó en avión acompañado de la Reina. Aterrizaron en unos prados de la Hungría occidental y fueron alojados en un castillo próximo. Media hora después fuimos avisados de su llegada por una llamada telefónica a Septemvir Utca.

Papá se metió inmediatamente en un automóvil y salió disparado. A partir de entonces, el teléfono estuvo llamando constantemente, y cada media hora llegaban mensajeros que volvían a marcharse precipitadamente cinco minutos después. Estábamos asediados por los periodistas que se hallaban presentes durante los acontecimientos, de varias fuentes nos llegaban noticias.

»Por la noche la situación era la siguiente: El Rey tenía el plan de entrar al día siguiente en Budapest a la cabeza de algunas divisiones reunidas por él en las guarniciones del Oeste, mientras las tropas leales de la capital detenían por la noche a las fuerzas de la oposición, de manera que la ciudad pudiese ser engalanada con banderas y el pueblo recibiese con vítores el regreso de su Rey.

»A la una de la mañana fuimos informados de que la real pareja había sido despertada y trasladada a los cuarteles de Sopron, porque el castillo no se consideraba suficientemente seguro. Los guardias de los cuarteles eran considerados dignos de confianza, pero el Rey y la Reina no tenían para dormir más que un camastro de campaña cada uno.

»A la mañana siguiente, las tropas fueron revistadas en el patio del cuartel y presentaron juramento de lealtad al Rey que llevaba uniforme de mariscal de campo con bayoneta al costado y sin condecoraciones. El comandante del cuartel fue ascendido de mayor a coronel. Papá llegó a Sopron a las seis de la mañana y telefoneó cada media hora a partir de aquel momento. Tío Cini fue destinado al teléfono y a su lado estaba el barón K. que salía corriendo de vez en cuando con secretas misiones.

»Por la mañana, los Reyes aparecieron en las calles de Sopron donde los habitantes de la ciudad —por llamarla así— les tributaron una entusiasta ovación.

»A mediodía, el Rey nombró a papá Caballerizo Mayor. Según la opinión de tío Cini, era cuestión de días que la rama paterna de nuestra familia fuese elevada al ducado que el rey Leopoldo había concedido a György Dukay en 1791 y quedó extinguido con la muerte de éste en 1829. Mamá estaba roja de emoción mientras iba cantando a media voz aquella vieja canción alemana *Ach du lieber Augustin, Augustin!*... No lo había oído cantar desde mi infancia.

»A las once, la real pareja tomó un tren especial en Sopron, en el que se metieron también tropas reales. Nosotros no cerramos los ojos en toda la noche. De cuando en cuando abría una ventana y escuchaba. La noche era tranquila. A las tres de la mañana papá telefoneó diciendo que el tren esperaba todavía en la estación de Sopron. Tío Cini encontraba el retraso inexplicable y estaba fuera de sí de rabia.

»A las nueve de la mañana siguiente, un sábado, nos enteramos de que el tren avanzaba muy despacio, porque se había ocupado todos los puentes por miedo a que fuesen volados. La incertidumbre, la perplejidad y el temor reinaron en Budapest durante aquellas horas. Corrí hasta la iglesia de Garrison, pero no pude entrar; estaba tan atestada que la gente se hallaba arrodillada incluso en la calle orando por el Rey. A mediodía hubo grandes llamadas telefónicas; la guarnición de Győr, sólo a setenta

y cinco millas de Budapest, había prestado juramento al Rey, cuyo tren fue recibido con el himno nacional en la estación. Papá pronunció también un discurso. Mucho me temo que empezase como hizo una vez tío Geza: “¡Mis queridos campesinos!”.

»A las tres de la tarde, el tren real estaba detenido en campo abierto; los raíles próximos a Komárom habían sido volados con dinamita. Entre tanto, representantes del Gobierno, en automóviles y en tren especial, habían acudido al encuentro del Rey, diciéndole que la Entente había protestado contra una restauración y tratando de persuadirlo de que se volviese atrás. Por consejo de sus oficiales el Rey se negó a recibirlos. El tren prosiguió su camino, pero eran ya las ocho de la noche cuando los raíles quedaron reparados. En la estación de Komárom hubo vítores, himno nacional y también banderas. Faltaban sólo cincuenta millas para Budapest.

»Sobre las nueve regresó Gruber de la ciudad y me llamó aparte.

—Estoy preocupado por Su Excelencia. Es inquietante que esté en el tren real. La guarnición de Budapest está alerta y las fuerzas del Gobierno van a defender la ciudad. Están distribuyendo armas entre los estudiantes de la Universidad. Temo que estalle una guerra civil. Han hecho creer a las tropas que el Rey está mandando fuerzas austríacas y checas contra la ciudad.

»A las once telefoneó papá diciendo que el tren se había detenido para pasar la noche. Ante esto nos fuimos también a la cama.

»A la mañana siguiente, domingo, el teléfono sonó de nuevo; el tren se encontraba sólo a doce millas de Budapest.

»Pero pronto, a las ocho, llegaron noticias inquietantes; la infantería disparaba contra el tren real desde las colinas circundantes. El Rey se resistía a dar una orden de ataque porque quería evitar el derramamiento de sangre. Se llamó a un sacerdote para que recibiese la confesión del Rey en el despacho del jefe de la estación. Esto requirió bastante tiempo. Después quiso ir a la población y oír misa, pero fue imposible porque el camino que llevaba a la iglesia estaba ya bajo el fuego. Ordenó, por consiguiente, que se dijese una misa de campaña a lo largo del tren. Pero todo esto requirió mucho tiempo porque fue difícil encontrar una campanilla, vino de mesa, un cáliz y una cruz. Durante la misa estuvo arrodillado al lado de la vía, sobre el barro. Los oficiales se roían las entrañas de rabia porque a cada momento llegaban noticias de que las fuerzas enemigas iban ocupando los puntos estratégicos.

»Al mediodía el tren seguía parado y los generales imploraban del Rey que diese la orden de ataque. Pero el Rey decidió afrontar solo las hostiles y descarriadas tropas húngaras. Tenía todavía fe en la magia de una testa coronada. Llegó incluso a encaramarse en una de las locomotoras. Papá, tío Zsigmond y otros le siguieron. Pero la locomotora desenganchada había apenas arrancado cuando tuvo que detenerse, porque rugía el cañón y se encontraba bajo un fuego graneado. El maquinista no quería ir más lejos.

»A las dos de la tarde, una división de guardias reales inició el ataque. Las bajas comenzaron a producirse, una tras otra. Entre tanto, continuaban las negociaciones

por teléfono entre Budapest y los partidarios del Rey. Cada partido conminaba al otro a que se rindiese... o enviarlo al patíbulo.

»A partir de este momento no sé con exactitud lo que ocurrió aquella tarde. A las siete, mi doncella Margaret me encontró dormida sobre la alfombra delante del fuego, donde me había caído aniquilada por el agotamiento. Me dijo en voz baja que Juan Hwang quería hablarme con urgencia. Me llevó a los sótanos y en uno de los dormitorios de servicio encontré a György con las ropas llenas de sangre.

—No he querido que se lo llevaran al hospital —susurró Juan Hwang— porque su nombre aparecería en las listas de los heridos.

»Vi la situación clara desde el primer momento.

»György era uno de los estudiantes de la Universidad que habían tomado las armas contra el Rey. ¡Y contra su padre! ¡Dios mío, si papá se enteraba alguna vez! ¡No, no debía saberlo jamás! Tenía los pantalones desgarrados por la rodilla y llenos de barro y sangre. Había llegado hasta la línea de fuego por la vertiente rocosa de la colina. La herida del hombro no parecía grave, afortunadamente. Fui por mis vendas y mandé a Margaret a buscar al doctor Freyberger. Juan Hwang estaba también cubierto de barro. Llevaba una cartuchera en bandolera sobre su elegante gabán. Hasta entonces no me di cuenta de un fusil *Mannlicher*, con la bayoneta calada, que estaba apoyada contra la pared en un rincón. Cogió el arma y se volvió a marchar hacia la línea de fuego.

»Sobre medianoche llegaron noticias del armisticio y las negociaciones habían comenzado al alba.

»A las nueve de la mañana del lunes telefoneó tío Zsigmond diciendo que todo había terminado. Dijo una corta oración por teléfono: “Dios salve a nuestro país de los estragos de una guerra civil”. Las condiciones ofrecidas por el gobierno eran inaceptables; exigían la abdicación inmediata del Rey y su salida de tierra húngara. Su oficialidad le aconsejaba un ataque rápido e inmediato, pero ya en aquellos momentos esto estaba fuera de lugar. Las tropas leales flaqueaban, comenzaban a murmurar que el Rey las había traicionado porque no estaba apoyado por la Entente. Comenzaron a preguntarse cuál de sus dos juramentos era válido, si el prestado al Rey o al regente. Los oficiales habían comenzado también a tener la sensación de haber sido cortados en dos por las espadas del Este y el Oeste. El destino susurraba a los generales promesas de baronías en un oído y de patíbulos en el otro.

»La batalla seguía con furia por la tarde. Abriendo la ventana he podido oír el distante cañoneo. Mamá seguía rondando de habitación en habitación, arreglando las porcelanas, pero el rubor había desaparecido de sus mejillas. Tío Cini estaba sentado al lado del teléfono, silencioso, royéndose las uñas.

»Y el teléfono no llamó hasta las siete de la tarde. Las fuerzas del Rey estaban completamente cercadas. Su tren se había visto obligado a retroceder hasta Komárom. Durante el camino, el propio Rey aconsejó a sus oficiales que se vistiesen de paisano, saltasen del tren y procurasen salvarse.

»A las ocho el Rey fue hecho prisionero.

»Al mediodía de la mañana siguiente, martes, telefoneó András, el aposentador de Ararat, diciendo que el tren real acababa de pasar por la estación hacía diez minutos. El Rey y la Reina eran llevados a los claustros de Tihany bajo guardia militar. Las cortinas de las ventanillas del tren estaban todas bajadas.

»Miércoles, jueves... No puedo ya recordar estas horas. Papá y tío Zsigmond han sido también hechos prisioneros. Los periódicos del mundo entero hervían de expectación; el Consejo de Embajadores decidió mandar al Rey al destierro. Mamá se ha pasado dos días sin decir palabra. Tío Cini ha desaparecido. El señor Gruber consolaba a mamá diciéndole que los prisioneros gozarían de una gripe grave.

»El viernes la pareja real fue embarcada en el Danubio a bordo del cañonero inglés *Glowworm*, bajo la vigilancia de oficiales de la Entente. Tía Julia estuvo presente en su despedida final. Una vez más, antes de su marcha, el Rey apareció en cubierta y dirigió un mudo saludo a los espectadores. No llevaba ya la bayoneta en su cintura, porque se la había quitado arrojándola sobre la mesa en Tihany delante de los oficiales de la Entente.

»A las cinco de la tarde el *Glowworm* zarpó llevándose a un perpetuo destierro en la isla de Madeira.

»Es el final. *Consumatum est*.

»¿Por qué no he hecho un esfuerzo por reunirme con el Rey durante estas horas fatídicas? Mi conciencia me ha hecho caer de rodillas. Porque todo es culpa mía. No seguí el consejo de Juan Hwang y Florián; no desmentí al Rey cuando repudió la carta al príncipe Sixto.

»Y ahora... ¡ven a mí, Muerte!».

6 de noviembre de 1921. Oriente Exprés.

«He cambiado de parecer. Estoy en camino hacia Lisboa y de allí a Funchal, capital de Madeira. Compartiré el destierro del Rey mientras tenga vida. Esto es, después de todo, una muerte mucho más bella».

CAPITULO X

LOS fragmentos del Diario de Kristina hasta ahora citados no arrojan una nueva luz sobre la tragedia de los Habsburgo; todo lo más, nos han acercado al desarrollo de los acontecimientos al permitirnos seguirlos a través de la experiencia personal de un testigo de vista que era, por sus sueños y deseos, copartícipe de la tragedia.

Esta sección final, sin embargo, contiene pormenores que hasta ahora no han figurado en la literatura de los Habsburgo. Hasta aquí ha sido necesario condensar el Diario, porque Kristina, como todos los que lo escriben, tiende a veces a divagar durante páginas enteras. Pero las siguientes son reproducidas en su integridad.

26 de noviembre de 1921. Navegando por el Atlántico.

«Ayer embarqué en Lisboa para un viaje de tres días hasta Madeira. El mar reluce bajo el sol, pero está muy alborotado, desgraciadamente. He pasado el día acostada y estos diminutos camarotes me dan la sensación de que estoy en mi ataúd.

»Y tengo muchísimos motivos para sentirme como un cadáver».

28 de noviembre.

«Me encuentro muy mal esta mañana, pero he conseguido trepar hasta cubierta. El sobrecargo me ha dicho que a las tres estaremos en Madeira. La isla no tiene puerto; los barcos grandes fondean a una milla de Funchal y desembarcan los pasajeros en una lancha a motor».

Más tarde.

«A las dos de esta tarde la isla ha aparecido por el horizonte de Poniente. Los gemelos temblaban en mis manos cuando he visto las palmeras del paseo marítimo de Funchal y tras ellas el Hotel Azuria, blanco y reluciente bajo el sol. Todavía no es mayor que un terrón de azúcar. Las lanchas del barco parecen reunir toda su fuerza y las olas, bañadas por el sol del océano, danzan alocadamente. Han aparecido las gaviotas chillando y revoloteando alrededor de las chimeneas, como si quisieran ayudar al barco a seguir su camino. Se levantó una súbita brisa; parecía que los vientos quisieran unir sus fuerzas a la velocidad del barco hacia la playa. Bajo los gemelos he visto el Hotel Azuria aumentar de tamaño. Ahora era ya grande como una sombrerera. Los rayos blancos que refleja son casi cegadores.

»El Rey vive en el Hotel Azuria».

29 de noviembre. Hotel Azuria.

«El señor Camilo Camillian, director del hotel, me ha recibido con excepcional amabilidad cuando ha visto mi nombre. Contestando a mis preguntas me ha dicho que el Rey y la Reina llegaron a Funchal hace ocho días. Obrando bajo las

instrucciones del Consejo de Embajadores, puso las veinte habitaciones de la Villa Amalia, ala completamente separada del hotel, a la disposición de Sus Majestades, que viven ahora en una soledad absoluta. No ven a nadie. El Rey aparece accidentalmente en el exiguu jardín de la villa para respirar un poco de aire.

»El señor Camilo Camillian es un hombrecillo con una barbita de chivo y lleva un traje perfectamente cortado. La fuerza de su perfume casi me ha mareado. Sus facciones y la forma de su cabeza me recuerdan la del rebeco disecado que había en la sala de billar de Ararat, que tanto miedo me daba de chiquilla. No hay nada que me inspire tanto terror, aun hoy, que los ojos amarillos y aparentemente cuadrados de una cabra.

»Necesito descanso, pienso pasarme todo el día en cama. Pero mañana solicitaré una audiencia con el Rey».

30 de noviembre.

«Esta mañana he dado un largo paseo y he aprendido mucho sobre la isla que se ha convertido en la nueva Santa Elena inglesa. Funchal, la capital, se extiende a lo largo de la orilla del mar, y sólo la parte posterior trepa hacia la vertiente de la montaña. Las palmeras de los paseos y las plantas tropicales de los pequeños parques, cubren castamente la desnudez de la playa. La ciudad en sí no se diferencia mucho de las pequeñas poblaciones latinas del Mediterráneo, con sus tranvías y automóviles, algunos hoteles palaciegos y los bancos en la orilla del mar, mientras en la parte de atrás, los diminutos jardines encerrados entre muros de piedra y las callejuelas sujetas entre las viñas, tratan frenéticamente de escapar al asfixiante calor trepando montaña arriba. La ciudad entera parece llena de indecisión; la playa suspira por el mar y el mar suspira por la montaña.

»La enorme montaña que domina la ciudad ha resistido evidentemente a todos los ataques desde que el primer hombre paleolítico desembarcó aquí en su canoa para darle un nombre de humana referencia considerando su nomenclatura estar en relación con su dignidad; y así, incluso hasta nuestros días, la montaña ha sido llamada simplemente *Monte*. A media altura de la montaña circundando una gran iglesia de dos campanarios, yace un diminuto pueblecillo cuyos habitantes, todos trabajadores, suben y bajan mediante un funicular que funciona sólo por la mañana y por la noche. La isla tiene una población de ciento cincuenta mil habitantes que hablan portugués, a pesar de que son una amalgama de la mayoría de las razas europeas, latina, germana y eslava. Prácticamente, todos los estados de Europa tienen el privilegio de ostentar el escudo de su país en las puertas de sus casas, hacerse imprimir papel y tarjetas con títulos retumbantes, usar condecoraciones modestas y, en general, dar a la pacífica población de la isla la impresión de que son una especie de barcos de guerra humanos».

1 de diciembre.

«El camarero que sirve a la real pareja en Villa Amalia se llama Arturo. Le he pedido a Arturo que diese a Su Majestad una breve nota en la que solicitaba una audiencia. A las once de la mañana, estaba sentada en el saloncillo del hotel, completamente desierto, cuando —con gran sorpresa por mi parte— alguien me ha puesto la mano sobre el hombro. Era el Rey. Llevaba una traje de paisano y me ha parecido más delgado que cuando lo vi por última vez. Lleva un bigote muy grande y esto ha alterado sus facciones. No me permitió levantarme, lo ha impedido apoyando una mano en mi hombro y se ha sentado en el sillón contiguo. ¡Cuan extraño era que me hubiese recibido sin una palabra, sólo con un ademán y una sonrisa! Ha sido como si fuese ya un fantasma. Ni un sonido ha salido de mi garganta. En la sonrisa del Rey había algo infantil y embarazoso. Los muchachos que fracasan en los exámenes suelen sonreír así. El Rey parecía avergonzado, incluso en mi presencia, del fracaso de su segunda tentativa.

—¡Con que está usted aquí!

»Éstas fueron sus primeras palabras y una huella de emoción y gratitud al pronunciarlas. Comenzamos a hablar y cuando me informé sobre su viaje, me contó brevemente que había tenido que abandonar el *Glowworm* en el Bajo Danubio, porque no había calado suficiente. Un tren los llevó hasta el Mar Negro donde un crucero inglés los recogió para traerlos a Madeira. Mientras hablaba, miraba a su alrededor nerviosamente.

—¿Puedo hacer algo por Vuestra Majestad?

—Quisiera hablar con el director del hotel. Encuentro nuestra cuenta demasiado elevada. No tengo secretos para usted... He llegado a Funchal con muy poco dinero. Quizá sepa usted que mis hijos y mi servidumbre están todavía en Suiza. La Reina y yo ocupamos sólo dos habitaciones y el hotel nos carga el precio de las veinte de Villa Amalia, con la alimentación de otras tantas personas. Me parece excesivo, la verdad.

»Indignada, me precipité hacia el despacho del señor Camilo Camillian y lo informé de que Su Majestad quería hablar con él. Salió en el acto al salón, se inclinó hasta el suelo delante del Rey y siguió haciendo reverencias mientras le regaba que entrase en su despacho. El Rey me hizo una señal disimuladamente. Tuve la sensación de que tenía miedo de quedarse solo con aquella cabra perfumada y cuando Camilo Camillian preguntó en qué pedía servir a Su Majestad, el Rey se volvió hacia mí un poco confuso.

—Quizá la condesa tuviera la bondad...

»Le dije al director lo que pensaba el Rey.

La mano de Camilo Camillian agarró en el acto su barbita y permaneció perplejo.

—Es un problema difícil, pero le encontraremos solución, desde luego. Probablemente Su Majestad no se habrá dado cuenta de que tiene el perfecto derecho a consumir veinte desayunos cada mañana, almorzar veinte veces al mediodía y cenar veinte veces por la noche y, lo que es más, nuestros directores no tendrían

inconveniente en que Sus Majestades ocupasen las veinte habitaciones; es por consiguiente, su derecho más estricto levantarse cada media hora para ocupar un nuevo lecho fresco y recién hecho... —Me levanté de un salto, pero Camilo Camillian me detuvo con un nuevo torrente de corteses y amable palabras—... por favor, no he terminado. Sólo deseo poner las cosas bien en claro. Si Sus Majestades no están conformes con este arreglo por alguna razón y deciden ocupar tan sólo... digamos cuatro habitaciones... nos veremos obligados, bien a pesar nuestro, a poner a disposición de interesados las restantes dieciséis habitaciones, porque las demandas son legión... ¡legión! Tenga la bondad de ver estos telegramas de *Sir Henry Robertson*, del príncipe Obcaelena, de mister Haywood. Todos pidiendo habitaciones. Éstos han llegado esta misma mañana y en este montón de telegramas son todos lo mismo. Su Majestad tiene que comprender que, como director del hotel, tengo que proteger los intereses de los accionistas.

»El Rey permanecía mirando en el vacío y su expresión delataba claramente que lamentaba todavía más aquella excursión al despacho del señor Camilo Camillian que su última excursión en Hungría cuando fue recibido a cañonazos. La frase final “tengo que proteger los intereses de los accionistas” sonaba tétricamente en su oído, tanto más tétricamente cuanto que el señor Camilo Camillian, que hablaba perfectamente el alemán, al excitarse, intercalaba algunas palabras portuguesas en su discurso. Era la voz de un orden social completo, y era una voz que jamás había estado tan cerca de la oreja y la bolsa de un monarca cuyo trono había sido el principal apoyo de este orden. “Los intereses de los accionistas”... sí, había oído esta expresión, a la caída de la tarde, en los lamentos que lo llamaban al trono durante los días de la revolución. ¡Había que proteger los intereses de los accionistas! En días pretéritos fueron «¡La Dalmacia debe ser protegida!»... «¡Transilvania deber ser protegida!»... «¡Francia insiste en sus pretensiones sobre Alsacia y Lorena!» o «¡Turquía no quiere rendir el Bósforo!». El Rey sabía lo que significaban todas estas palabras amenazadoras, y sabía también que, como príncipe soberano, no podía negarles su santidad, porque eran el soporte del trono mismo. Sí, los intereses de los accionistas del Hotel Azuria debían ser protegidos. Sin decir una palabra, el Rey sacó la cartera y extrajo de ella mil ochocientos cuarenta y cinco francos suizos, importe de la factura de la primera semana de hotel. El señor Camilo Camillian hizo una profunda reverencia al hacerse cargo del dinero, y era imposible saber si la reverencia iba destinada a Su Majestad o al dinero.

6 de diciembre.

«Esta tarde estaba invitada a tomar el té con Sus Majestades. El estado de la Reina es ya claramente visible. ¡Dios mío, su octavo hijo está ya en camino y hace poco tiempo celebraron el décimo aniversario de su matrimonio! Los dos se quejan de que el jardín de Villa Amalia tiene apenas diez pasos de ancho y que sus verjas de hierro están llenas de curiosos de la mañana a la noche.

—No nos atrevemos a aventurarnos al jardín hasta la caída de la tarde —ha dicho el Rey—; de lo contrario tenemos la impresión de ser un par de gorilas recientemente llegados al parque zoológico. Cuando un barco turístico visita Funchal la situación es sencillamente intolerable. La gente se pisotea para llegar hasta la verja.

—Cuéntale lo de la vieja inglesa —dijo la Reina, que estaba haciendo una chaquetilla de lana para su futuro hijo.

—¡Oh, sí! —dijo el Rey riéndose—. Una tarde tranquila una vieja inglesa con gruesos lentes se apostó en la verja de Villa Amalia hasta que consiguió llamar la atención de una especie de criado que salía de la villa. Lo llamó y le ofreció cinco libras si la dejaba entrar y nos enseñaba a ella. Quería saber si era verdad que estábamos encadenados. El hombre demostró su lealtad volviendo la espalda a la vieja inglesa y desapareciendo de la villa.

—¿Quién era? ¿Arturo? —pregunté.

—¡Era yo! —exclamó el Rey, riendo y echando la cabeza hacia atrás. La Reina se echó a reír también con gusto. En aquel momento el Rey se golpeó la frente con la palma de la mano—. Pero, ¡qué idiota soy! ¡Hubiera debido aceptar las cinco libras!

»Una deliciosa sensación de felicidad se apoderó de mí, si bien no me uní a sus risas. Seguramente Dios tiene que amar a la gente capaz de reírse así».

14 de diciembre.

«Al parecer, las maravillas no terminarán nunca. Estaba sentada esta tarde en mi habitación cuando entró inesperadamente Juan Hwang. Se detuvo en el umbral y durante largo rato permanecimos mirándonos frente a frente sin decir una palabra. Yo estaba paralizada de sorpresa. Juan Hwang estaba pálido. Se acercó a mí, me besó en la frente y preguntó, con aquella voz tierna que se emplea para preguntarle a un individuo cómo sigue:

—¿Puedes vivir sin mí?

»Con palabras así me daba a entender generalmente que no podía vivir sin mí. Yo moví la cabeza pausadamente. Se echó a reír con una risa que me hacía quererlo todavía más, y se sentó a mi lado con aquellos movimientos de pantera que tanto admiro en él. Rodeó mi cuerpo con su brazo y me miró a los ojos, no con aquella mirada húmeda y honda de los enamorados, sino con la fidelidad de nuestra desgraciada y trágica amistad. Entonces empezamos a hablar y nos contamos todo lo que había ocurrido desde que estuvimos juntos la última vez.

»Juan Hwang tomó la habitación contigua a la mía y apartando el armario un poco pudimos dejar expedita la puerta de comunicación. No había casi nadie en el hotel; naturalmente, no había una palabra de verdad en lo de los telegramas a que el señor Camilo Camillian había hecho referencia en presencia del Rey.

»Después de cenar me fui a la cama, mientras Juan Hwang andaba de un lado a otro de mi habitación. Estuvimos mucho rato charlando. De cuando en cuando se detenía cerca de la pared y en estos casos desaparecía en las sombras porque mi

lamparilla de noche era la única que alumbraba la habitación. Su voz llegaba a mí como si viniese de muy lejos, como una voz que se oye estando medio dormido.

»La conversación me aterró de tal manera que no puedo recordar lo que dijimos. Comenzó por decirme en síntesis lo que le había dicho al Rey la primavera pasada en Bösendorferstrasse. No sabía que había estado escuchando detrás de la puerta entornada. En resumen, la síntesis de sus observaciones fue la siguiente:

—Ni aun el Rey puede ya dudar un solo instante de que no es posible que alcance nuevamente el trono por los medios empleados hasta ahora. Aparentemente, toda esperanza está perdida. Aparentemente, fíjate bien. En sus más profundos instintos, los húngaros son todavía adictos a la corona. Sin embargo, sólo como jefe *nacional* Carlos puede volver al trono de Hungría. Lo cual significa que también él debe convertirse en un húngaro, abandonar el nombre de Habsburgo y casarse con una húngara.

—¿Estás loco? ¿Cómo puedes imaginar una cosa parecida? Aparte del hecho de que el Rey ama a su mujer es imposible pensar siquiera en un divorcio.

»Desde la obscuridad del muro, Juan Hwang respondió con calma, pausadamente:

—Un escritor romano, Artius, dijo una vez que el cerdo se alimenta de bellotas, la cigüeña de serpientes y la historia de vidas humanas. Algunas veces se traga cien mil soldados, otras, un hombre solo. Todavía es más bello abandonar esta vana y breve vida terrenal bajo las siniestras pero espléndidas estrellas de la historia que morir de apendicitis. La muerte en brazos de la historia es sólo una muerte que contiene la semilla de la vida, como el patrón que se injerta en un árbol. El Rey no aceptó mi proposición, que era suprimir fingidamente la vida de la Reina por medio de un accidente simulado en Suiza... Ahora es ya tarde. —Un segundo después añadió, en voz baja—: La Reina debe morir.

»Me cubrí el rostro con terror y gemí plañideramente:

—¡No, no!... ¡No digas nada más!

»En aquel momento, a pesar de que no tenía prueba alguna, estaba enteramente convencida de que Juan Hwang había estado complicado en los atentados dirigidos contra la vida de la Reina; primero durante el entierro de Francisco José y después en Schönbrunn.

—¡Sal de mi habitación!... ¡Sal de ahí! —grité cubriéndome todavía el rostro con las manos.

»Más tarde, cuando me serené, Juan Hwang no estaba ya en mi habitación».

20 de diciembre.

«Por la mañana llevé mi máquina portátil a Villa Amelia a fin de ayudar al Rey a despachar su correspondencia. Me dictó varias cartas conmovedoras para sus hijos y su abuela, la archiduquesa María Teresa, que está con sus hijos en Suiza. El Rey tiene todavía una copiosa correspondencia. Recibe cartas de todo el mundo. Un anciano maestro húngaro escribe desde el territorio rumano ocupado pidiendo ayuda en el

restablecimiento de su pensión. Un guardabosque tirolés, escribe preguntando si Su Majestad desea comprar un rifle de caza a bajo precio. Una mujer de Zagreb escribe pidiendo que el Rey no tire las ropas usadas de sus hijos sino que se las mande, porque tiene once chiquillos y su marido murió en el frente de Italia. Todo esto es como si los cadáveres putrefactos de la guerra estuviesen sangrando todavía. Eso es lo que ha quedado de la Monarquía. Yo contesto a todas estas cartas comenzando siempre con: “En nombre de Su Majestad Imperial tengo el sentimiento de informarle que...”.

»Todo el mundo le pide cosas al Rey, quien, a veces, permanece con la mirada fija en el vacío, sumido en meditaciones, porque no sabe cómo se las compondrá para mantener a su familia. Ayer se quejaba de nuevo de que las exorbitantes facturas del hotel iban convirtiéndose en la principal fuente de sus preocupaciones.

»Esta noche he escrito una larga carta a papá, dándole clara cuenta de la situación. Evidentemente, el frente de nuestro país no ha sanado todavía de los recientes acontecimientos».

1 de enero de 1922.

«Los días pasan con invariable monotonía y nada señala siquiera las fiestas. Me pregunto qué nos traerá el año próximo... Desde nuestra última conversación, Juan Hwang evita hablar de política y así conseguimos seguir adelante sin pelearnos.

»No tengo todavía noticias de casa. No he tenido contestación a la carta que escribí a papá, a pesar de que yo también comienzo a andar escasa de fondos. Estos días me encuentro muy débil. El eczema ha aparecido de nuevo en mi rodilla. Creo que es el resultado del clima de aquí y del régimen de comidas».

6 de enero.

«La Reina ha recibido por fin autorización para visitar a sus hijos en Suiza. Embarca mañana».

7 de enero.

«Un día horrible. La Reina subió a bordo antes de mediodía. Yo fui también en la lancha motora para despedirla y cuando regresé encontré una carta de Juan Hwang escrita a mano en mi habitación. La carta consistía en una sola frase sin firma:

Me he marchado.

»Me dejé caer sobre la silla, y quizá haya estado incluso sin conocimiento durante algún rato. ¿Por qué se ha marchado? ¿Dónde ha ido? Una vez más me parecía oír su voz... “el cerdo se alimenta de bellotas, la cigüeña de serpientes, la historia de vidas humanas...”. ¿Qué debo hacer? ¿Debo prevenir al Rey? ¿Debo telegrafiar a la Reina

y prevenir a toda la policía del mundo?

»... las siniestras pero espléndidas estrellas de la historia... Temo volverme loca. Estoy completamente abandonada. He ido a la pequeña capilla de los Carmelitas y he orado durante mucho rato».

13 de enero.

«Esta mañana el Rey me ha enseñado un telegrama de la Reina diciendo que había llegado perfectamente a Suiza y encontrado a los chiquillos con magnífica salud, salvo el archiduque Roberto que estaba en cama con un ataque de apendicitis. La Reina estará en Suiza hasta que Roberto esté completamente bien».

17 de enero.

«Actualmente el Rey y yo estamos completamente solos. No solamente me ocupo de su correspondencia antes del mediodía, sino que paso con él las horas de la tarde. Algunas veces jugamos a la baraja. Esta tarde, cuando nos cansamos de los naipes comenzamos a jugar *Apfelstrudel* para recordar los maravillosos días de nuestra juventud en Viena. El Rey está de buen humor, y lleva la cuenta de los días que le faltan para poder ver de nuevo a sus hijos.

»Esta noche, mientras estaba sola en mi habitación, una terrible ansiedad se apoderó nuevamente de mí. He recordado el día en que Juan Hwang, en Ginebra, me mostró un rincón del lago en que el anarquista Luccheni clavó una lima en el corazón de la reina Elisabeth».

20 de enero.

«Otro telegrama: Suiza ha dado orden a la Reina y sus hijos de salir del país inmediatamente. Nada es más significativo de la gentileza del gobierno suizo que el hecho de haber autorizado al archiduque Roberto a permanecer allí hasta su total restablecimiento, momento en que tendrá que marcharse también. Ésta es Suiza, el país de la miel y la leche, que ha conseguido mantenerse apartada de la guerra. Al parecer, el mundo entero ha olvidado el significado de la palabra “gracias”.

»Mi corazón latía furiosamente al despertarme de un corto sueño esta tarde. He soñado que el Rey era coronado nuevamente en Buda en medio de gran pompa y esplendor. Pero en lugar de un helado día de nieve de diciembre, era un bello día de mayo, y yo era la reina.

»Tengo el corazón acongojado. Ojalá fuese una obscura maestra de un remoto pueblecillo de Hungría. Hubiera tenido un jardín con un viejo nogal en el centro. ¡Oh, Dios mío, protege a la Reina de todo mal, apártala de las siniestras estrellas de la historia!».

2 de febrero.

«Éste ha sido el día más maravilloso de mi vida. Ha llegado la Reina con los seis hijos. He permanecido en tierra mientras el Rey embarcaba en la gasolinera para ir a bordo del *Avon* a recibir a la Reina. Cuando desembarcaron el Rey se fue directamente hacia la Villa Amalia con su hijo menor en brazos. Los otros cinco chiquillos revoloteaban alrededor de su padre como gorriones alborotados. La escena era tan emocionante que los presentes la contemplaban con lágrimas en los ojos».

14 de febrero.

«El personal de la familia real ha llegado de Suiza esta mañana. La pobre Reina se hallaba verdaderamente en un estado terrible, teniendo que ocuparse de todos estos chiquillos.

»El Rey me ha enseñado una carta que Camilo Camillian ha recibido de la Dirección. Saturada de servilismo, con las más profundas lamentaciones la Dirección manifiesta que le es imposible esperar por más tiempo el pago de las notas atrasadas. Hace dos semanas que el Rey no ha podido pagar sus facturas.

»No puedo comprender que mis cartas a casa no hayan sido contestadas».

21 de febrero.

«El Rey es feliz porque, de momento, ha mejorado la situación. Un noble caballero portugués de buen corazón, habiendo oído hablar de las dificultades económicas de la real familia, ha ofrecido el libre uso de su villa que está vacía, situada en la falda del Monte».

28 de febrero.

«La real familia y su séquito se trasladaran a la villa del Monte, ayer tarde. Formaban un grupo de diecisiete personas, comprendiendo dos damas de honor, un preceptor austríaco y uno húngaro, dos chóferes la doncella de la reina, la institutriz suiza que cuida de los dos pequeños y la mujer de uno de los chóferes. Iban acompañados por el conde Dalmea, español, y su esposa. Diecinueve en total».

4 de marzo.

«Todo el mundo está de buen humor; el pequeño archiduque Roberto, completamente restablecido, ha llegado esta mañana con su bisabuela, la anciana archiduquesa María Teresa. Toda la familia está, por fin, reunida. Pero los ocupantes de la villa son ahora veintiuno y el alojamiento es muy modesto. Esta noche he escrito la siguiente carta a Septemvir Utca:»

Querido papá:

No puedo comprender por qué no contestas a mis cartas. Date prisa, por

favor, y ayuda a la real familia antes de que sea tarde. Déjame que te dé una idea de la situación.

La Villa Madaro está construida en la ladera del Monte, a unos mil cuatrocientos pies. El jardín es grande y agradable, pero la vegetación, a esta altura, no tiene nada de tropical. La villa tiene sólo un piso, está pintada de un rojo amarillo y desde una de las ventanas se goza de una vista maravillosa sobre las montañas, Funchal y el Océano. La villa es pequeña, porque fue construida pensando en los tres miembros de la familia Madaro.

Dentro, una parte da a un vestíbulo octogonal. La instalación es como sigue: Los seis chiquillos y la institutriz suiza viven en las tres habitaciones de la izquierda. La habitación más grande de la derecha está ocupada por la archiduquesa María Teresa, y después viene el comedor, tan exiguo que a veces las comidas hay que servir las en tres turnos. Las dos habitaciones siguientes — cubiletes, en realidad— albergan a las dos damas de honor. Los Reyes eligieron para ellos las dos diminutas habitaciones del ático; allí pueden gozar de una cierta tranquilidad, porque la agitación de la planta baja es mayor que en las calles de Funchal.

En un edificio más pequeño, cercano a la casa, están las cocineras, y dos exiguas habitaciones en el ático han sido destinadas al conde Dalmea y su esposa. Los dos preceptores, uno de los cuales es un clérigo húngaro y el otro un maestro de escuela del Tirol, viven en la granja, iluminada únicamente por lámparas de aceite. El resto del personal está hacinado en una especie de caseta del portero.

Os doy la situación del alojamiento tan detalladamente para que os hagáis cargo de que no puede ser más miserable. ¡Papá, mamá, si tan sólo pudieseis ver cuan espantoso es! ¡Por favor, papá, piensa en las ochenta habitaciones vacías de Ararat, sin contar las de las demás casas, en Septemvir Utca y en otros sitios! El destino ha sido generoso contigo; la servidumbre de casa, en los tiempos en que vivimos, asciende todavía hoy a cincuenta personas. No quiero hablar de “caballerosidad nacional”, pero, ¿cómo podéis, tú, tío Andrés y tantos otros, traicionar vuestra conciencia permitiendo que nuestro Rey sufra de esta forma cuando todos vosotros debéis vuestras fortunas a los Habsburgo? Si no quieres creerme, mandad una comisión de encuesta, pero, por favor, haced algo por ayudarlo, haced algo lo más pronto que os sea posible.

6 de marzo.

«Esta mañana, al llegar a Villa Madaro, he encontrado gran confusión en el vestíbulo. El Rey estaba en mangas de camisa aserrando una plancha en dos. La sotana del clérigo húngaro estaba cubierta de serrín. Estaban construyendo una pequeña capillita debajo de la escalera. Estuve contemplándolos largo rato, y recordé

el terciopelo carmesí, las góticas alturas de la iglesia de San Matías y el magnífico esplendor de la coronación. Pero me parece que esta capillita debe ser más querida del corazón de Dios.

»Al mediodía, la capillita estaba lista, y el clérigo dijo la Misa. El Rey y el pequeño Otto actuaban de monaguillos».

7 de marzo.

«Esta mañana, el Rey, los chicos mayores y los dos chóferes, han ido al mercado de las afueras del pueblo donde han comprado treinta gallinas y seis gallos. El Rey en persona llevaba dos de las pesadas canastas. Su plan es criar pollos en el jardín, donde hay un gallinero vacío. Los he encontrado frente al Hotel Azuria, y he tratado de aliviar al Rey de uno de los canastos, pero se ha negado riéndose. Plácidamente, me dijo:

—Ahora tengo menos francos suizos que pollos. Pero me parece que la cría va a divertir a los chiquillos, porque cada cual tendrá sus obligaciones y responsabilidades. He descubierto, además, un maravilloso secreto para economizar. Estas gallinas van a poner huevos frescos cada mañana, y los polluelos crecerán y se convertirán en pollos bien gordos, y entonces podremos comérmolos...».

8 de marzo. Villa Madaro.

«Esta madrugada, a las dos, he sido despertada por Juan Hwang, que acababa de regresar de la ciudad.

—Despiértate —dijo, tan pálido y nervioso como no lo había visto nunca. Encendió la luz y comenzó a andar por la habitación como un loco. Salté de la cama y me tapé con algo—. Acabo de enterarme —dijo, dejándose caer sobre una silla— de que hay una conspiración preparada contra el Rey. ¡Quieren asesinarlo!

—¿Al Rey?

»Juan Hwang bajó la cabeza melancólico.

—Es un asunto serio. No he conseguido averiguar quién hay detrás de esta conspiración, pero tengo la seguridad de que existe un poderoso apoyo. El Rey es una carga para los poderes mayores de Europa; mientras viva puede ocasionar perturbaciones en cualquier momento. Una cosa, sin embargo, he averiguado como cierta. La ejecución del atentado ha sido confiada a una especie de demonio con barbilla.

—¿Camilo Camillian?

»De nuevo Juan Hwang asintió tristemente. De pie, en medio de la habitación, con una manta echada sobre mis hombros, mis piernas comenzaron a temblar. No tenía ningún motivo para dudar de las palabras de Juan Hwang, porque su inteligencia, en esta clase de cosas, siempre resultaba exacta. Tenía fuentes secretas de información en la política subterránea. Comencé a vestirme apresuradamente, pero Juan Hwang me detuvo.

—¿Qué vas a hacer? ¿Correr a la policía? ¿Decírselo al Rey? De momento todo esto no sería solamente inútil, sino peligroso. Mientras no sepamos cuáles son las fuerzas que están frente a nosotros, no podemos hacer más que vigilar y esperar.

»Estuvimos hablando hasta el alba; no volví a acostarme. A primeras horas de la mañana trepé por la montaña y comencé por hablar con el conde Dalmea. Siguiéndolas instrucciones de Juan Hwang no le dije exactamente lo que pasaba, pero le advertí que tuviese constantemente cerradas las verjas de la villa. Dalmea me tranquilizó diciéndome que las verjas estaban siempre cerradas con llave y me recordó la presencia de su perro lobo *Ripp*, que no permitía que nadie entrase en el jardín. *Ripp* es verdaderamente un animal terrible. Un brillo frío y verde reluce constantemente en sus ojos, sus fauces están siempre goteando saliva, y su pelo es reluciente. Está tan delgado, que se pueden contar sus costillas, a pesar de que consume gran cantidad de comida.

»He hablado también con Anna, la mujer de uno de los chóferes. Le he encargado que probase toda la comida destinada al Rey.

»He seguido concienzudamente todas las instrucciones de Juan Hwang, pero estando en el jardín he tenido la sensación de que todo aquello era una fantasía suya. En la pequeña loma que se levanta frente a la Villa hay un álamo plateado adorable, y en aquel momento su belleza estaba realzada por la niebla. El árbol fue plantado para celebrar la muerte de Napoleón. Me parece que la celebración fue un poco prematura.

»Ha llegado la primavera, pero el jardín está todavía envuelto en la niebla. Ahora, en los primeros días de marzo, los dos mil pies del Monte comienzan a quitarse el gorro de nieve, como si diesen la bienvenida a la estación que se avecina. La consumación de su gesto requerirá cuatro semanas, según me explica el conde Dalmea; las montañas se mueven más despacio que los hombres. Cuando la montaña presiente la aproximación de la primavera, envuelta en el manto azul y oro del mar, comienza a gritar de júbilo y sus lágrimas corren hacia el océano. Un serpenteante riachuelo corre a través de nuestro jardín. Abajo, en Funchal, se ha instalado el calor del verano, pero aquí arriba, el Monte está todavía bañado en las apocalípticas neblinas de su milagrosa metamorfosis. Una niebla cálida cubre el Monte desde la mitad de su altura hacia abajo y los robles no necesitarán más de ocho días para florecer bajo esta niebla».

9 de marzo. Hotel Azuria.

«El Rey ha ido de compras esta mañana a la ciudad, porque mañana es el cuarto cumpleaños del pequeño archiduque Carlos. Cuando regresó a casa, por la tarde, el chiquillo estaba en cama con fiebre alta, y ni los juguetes ni las golosinas le han proporcionado ningún placer. La Reina y uno de los chóferes están enfermos también; de manera que tengo una gran oportunidad para lucir mis conocimientos de enfermera. Ésta ha sido la primera vez desde hacía mucho, muchísimo tiempo, que no tenía ocasión de lucir mi uniforme de la Cruz Roja. La institutriz suiza y yo,

termómetro en mano, vamos de una habitación a otra».

12 de marzo.

«Esta mañana he subido a Villa Madaro. He encontrado al Rey dando de comer a los pollos en el gallinero; hace tres días la pequeña archiduquesa Ethel fue atacada de neumonía y ayer el archiduque Félix tuvo que acostarse con la misma enfermedad. Hay también una parte de la servidumbre enferma, aumentando, por consiguiente, el trabajo, de manera que el Rey en persona se presta a ocuparse de la alimentación de los pollos.

Llevaba un delantal verde y sucio y acababa de llenar de agua las gamellas.

—Créame usted —me ha dicho—, ocuparse de una granja como ésta no requiere menos cuidados que responsabilidades un gobernante.

»Con un ademán extraño, sacó un puñado de trigo del bolsillo de su delantal.

»—*¡Pi pi pi pi pi!* Mire aquel pollo pequeño con el cuello pelado... Se comporta como Eslovaquia. Y aquellos dos gallitos, allí, el blanco y el rojizo, se están peleando constantemente, como los servios y los croatas. Aquel gallo grande, por el contrario, aterroriza a todo el mundo, e incluso ha tratado de hacerme frente a mí. *¡Pi pi pi!*...

—¿Hungría?

—Sí —dijo riendo el Rey—. Y le voy a cortar su maravillosa cola negra como castigo y me la pondré en mi sombrero de caza».

14 de marzo.

«Esta mañana los pollos, las gallinas y los pollitos esperaron en vano que su encargado pusiese agua en las gamellas. Desde hace días el Rey ha ocultado su fiebre creciente, incluso a sí mismo, pero ahora también él está en cama».

17 de marzo.

«Son las diez de la noche. Acabo de llegar de Villa Madaro donde he estado cuidando al Rey todo el día. Quiero anotar estas líneas rápidamente, antes de que se desvanezcan en mi mente. Ayer los chiquillos se pasaron el día entrando en la habitación de su padre, pero desde esta mañana les está terminantemente prohibido el acceso. Ahora sólo se les permite pararse ante la puerta a la caída de la tarde para dar las buenas noches. Yo estuve allí por casualidad cuando los cuatro chiquillos —los otros tres eran todavía enfermos— treparon por las angostas escaleras que llevan al ático y se detuvieron frente al umbral. Y los cuatro chiquillos, uno tras otro, chillaron con voces idénticas e idéntica entonación: *Gute Nacht, Papi!*... En aquella escena había algo que destrozaba el corazón. Soñoliento, pero con marcada ternura, el enfermo repetía: *Gute Nacht, Otto...* *Gute Nacht, Roberto...* *Gute Nacht, Rodolfo...* *Gute Nacht, Franz Joseph...* Parecían seis centurias de Habsburgos dando al mundo su postrero adiós... El Rey los llamaba por su nombre, a pesar de que su agudo

saludo, *Gute Nacht, Papi!*... debió ser en todos ellos muy parecido a través de la puerta cerrada.

»Juan Hwang dice que la enfermedad del Rey no es grave. Está todavía preocupado por la conspiración que yo casi he olvidado. Dice que está en la buena pista y que pronto sabrá algo más sobre el asunto. El peligro, a su manera de ver, no ha cesado. ¡Muy al contrario!«.

20 de marzo

«Esta mañana he encontrado al cocee Dalmea en el jardín de la Villa. Llevaba un sombrero de paja ribeteado y un traje ligero con una rosa en el hojal, atavío que parecía extraño bajo la niebla, porque el jardín está todavía cubierto de ella. Acababa de bajar de la habitación del Rey, y dijo que éste estaba planeando ir a matar el musmón la semana próxima en Isola Deserta. Esta mañana no tuvo casi fiebre. El conde Dalmea se iba a la ciudad a hacer los preparativos para la cacería. Mientras me acompañaba por el jardín, su perro *Ripp* anduvo rondando nuestros talones. Se desvanecía en la niebla y reaparecía. Aunque me gustan mucho los perros, no puedo soportar la presencia de esta bestia repugnante».

21 de marzo.

«Anoche la temperatura del Rey era de 38 grados y esta mañana ha descendido un poco. Cuando llegué a la Villa antes del mediodía, la archiduquesa María Teresa me llamó aparte para decirme que era hora ya de llamar a un doctor, porque hasta entonces ni él ni los chiquillos habían tenido la menor asistencia médica. Andan tan escasos de dinero que se resisten a llamar a un médico. He regresado inmediatamente a la ciudad y después de mucho llamar por teléfono, el doctor Nuno Roteimon y el doctor Leito Aldao han venido al hotel. Aldao, el más joven de los dos, habla inglés bastante bien, mientras el viejo Roteimon habla sólo portugués y algunas palabras de alemán. Les dije lo que quería de ellos y salieron para Villa Madaro en el acto. Diagnosticaron un catarro bronquial, no ajeno a una ligera congestión que creían localizar en la parte superior del pulmón derecho. Ambos declararon que la cosa no era grave. Han prometido volver mañana. El conde Dalmea los ha acompañado a la ciudad a fin de comprar municiones para la caza del musmón».

22 de marzo.

«Esta mañana, temprano, estaba ya en Villa Madaro. Después de la Misa me senté en el vestíbulo y esperé. El doctor Aldao fue el primero en bajar por la angosta escalera del cuarto del enfermo. Se precipitó hacia mí y me susurró, casi metiéndome en los ojos: ¡*Inflamación de los pulmones!* Bronconeumonía. Todo el mundo quedó sin habla al oír el diagnóstico. Los médicos se preguntaban dónde instalar al enfermo porque encontraban mal sana aquella habitación. Después de estudiar la casa

decidieron instalar al Rey en la habitación del piso bajo ocupada hasta entonces por la archiduquesa María Teresa. La Reina subió a decírselo al Rey, pero éste no estuvo conforme porque dijo que no quería molestar a su abuela. El viejo doctor Roteimon se puso serio y volvió a mandar a la Reina con el encargo de que debía haber algún error porque no había hablado del traslado del Rey como una conveniencia, sino como una orden facultativa. Mientras la Reina estuvo arriba, el doctor Aldao se asomó a la ventana que daba al jardín, cubierto todavía por una espesa niebla. Me hizo seña de que me acercase y dijo en voz baja:

—¿Quién aconsejó al Rey que viniese a vivir a esta villa?

—Temo que haya sido una necesidad económica.

—¿No sabe usted que no ha venido todavía nadie a vivir a estas villas? El Monte es muy malo en marzo para los pulmones. La población indígena lo sabe muy bien, pero, naturalmente, nadie lo dice, a causa de los turistas. Durante estas semanas, el Monte es como un animal salvaje cuando cría: no admite la presencia de nadie.

»El doctor Aldao se volvió otra vez hacia la ventana y siguió contemplando el jardín lleno de niebla que trepaba alrededor de los árboles como si se dispusiese a iniciar un ataque con todas sus fuerzas contra Villa Madaro.

»Entretanto, la doncella y la institutriz suiza habían extendido sábanas limpias en la cama de la planta baja y el Rey bajaba ya las escaleras, en pijama y zapatillas, con un gabán de invierno sobre los hombros. Pero la Reina tenía que sostenerlo porque apenas podía tenerse en pie. Me precipité delante del doctor Aldao para ayudarlo, pero apenas había espacio para los tres en la angosta escalera. Era la primera vez que lo veía desde que había caído enfermo y fue ésta una visión lastimosa. El cabello había encanecido en las sienes y en las raíces de su bigote. ¡Y pensar que no tenía más que treinta y tres años! Los médicos recetaron cataplasmas de linaza y quinina para rebajar la fiebre. Hasta aquí llegaban sus conocimientos médicos.

»Más tarde, en casa, cuando le dije a Juan Hwang lo que había dicho el doctor Aldao respecto a la niebla, vi con claridad que estaba profundamente impresionado».

27 de marzo.

«*El reino de Dios es una vasta música...* El poema de Rilke acude a mi mente. El Rey ha recibido los Santos Óleos. Yo estaba allí, en su cuarto, pero me es imposible describir cuanto vi y sentí.

»A las cuatro de la mañana todos estábamos todavía en el vestíbulo, sin dormir. Los dos doctores pasaron la noche a la cabecera de la cama. El viejo Roteimon fue el primero en salir de la habitación del enfermo y, extendiendo los brazos dijo: “¡El corazón, el corazón falla!”. Lo dijo en portugués, pero todos entendimos lo que quería decir.

»El Rey estuvo sin conocimiento desde la una de la madrugada. Alguien telefoneó y otros comenzaron a redactar telegramas».

»¡El Rey ha recuperado el conocimiento! La fiebre ha descendido y el corazón

recobra fuerzas. Según Roteimon, está fuera de peligro. Trajeron los chiquillos a verlo durante un momento. Después, el doctor Aldao le quitó un poco de sangre de la región dorsal. El conde Dalmea fue conmigo a la ciudad a hacer nuevos preparativos para la caza del musmón».

31 de marzo.

Noticias inquietantes; la inflamación se extendió al otro pulmón y el Rey está en estado comatoso desde la mañana. A la caída de la tarde le han dado unas inyecciones de turpentina y adrenalina. No puedo aguantar más con los ojos abiertos. He regresado al hotel a medianoche después de haberme quedado dormida en el auto. Juan Hwang me esperaba con impaciencia. Cuando le di cuenta del estado desesperado del Rey tuvo súbitamente un acceso de rabia. Rechinaba los dientes y golpeaba las paredes con el puño.

—¡El cochino! ¡Ha podido más que yo este cochino!

—¿A quién te refieres?

—¡Al canalla ése! ¡Nos ha engañado a todos! ¡Yo mismo creí que quería matar al Rey con un revólver o un puñal, con veneno o una bomba! ¡Pero no! ¡Qué ingenioso ha sido! ¡Lo ha matado con la niebla! ¡Lo ha atado a Villa Madaro! ¡Ahora, ahora puedo ver para qué servía la niebla!

»Me pareció que Juan Hwang tenía razón. Y ahora comenzaba a comprender por qué no había recibido respuesta de mis cartas a papá. Probablemente Camilo Camillian interceptaba mi correo».

1 de abril. Villa Madaro.

«A las siete de la mañana, Arturo, el camarero, me arrancó de mi profundo sueño diciéndome que tenía que ir a Villa Madaro inmediatamente. Me vestí a toda prisa y salí con Juan Hwang que me estaba esperando ya vestido. Una espesa niebla cubría el jardín. Cuando llegamos estaban preparando una nueva cama para el Rey. Tenía conocimiento, pero sucumbía de cuando en cuando a unos desvanecimientos. Abrimos la ventana. La niebla penetró en la habitación, blanca como un fantasma que quisiera llevarse al Rey. El doctor Aldao administró oxígeno y la institutriz suiza ponía botellas de agua caliente debajo de las mantas. A las nueve y media su estado empeoró súbitamente. La fiebre subió de una manera alarmante y el pulso se debilitó. Pero el Rey recobró inesperadamente el conocimiento e incluso se incorporó débilmente en la cama. Con voz clara y pausada, dijo: *Ich möchte...* (Me gustaría...). Y no dijo más, pero todo el mundo comprendió lo que quería y el clérigo húngaro trajo la Sagrada Eucaristía. Cuando el Rey la hubo recibido pidió otra almohada en la espalda y de nuevo su voz fue completamente clara. A las once y media el doctor Aldao se llevó los balones de oxígeno porque no tenían ya utilidad alguna. Un sudor frío cubría el rostro del Rey.

»A las doce se abrió quedamente la puerta y la archiduquesa María Teresa entró

en la habitación trayendo en la mano al príncipe heredero. Otto que tiene ahora diez años. No hay nada tan impresionante como el rostro de un chiquillo asustado.

»Se dio al Rey una inyección final. El doctor Roteimon dejó el pulso del enfermo, sacó el reloj del bolsillo de su chaleco, y la habitación —en la que no se había oído más que susurros durante mucho tiempo— resonó bajo su voz vibrante, casi demasiado fuerte, cuando dijo en un grito: “¡Las doce y veintitrés minutos!”. Fue dicho en portugués, pero todo el mundo lo entendió, porque todos miramos nuestros relojes. Y comprendimos también otra cosa: el Rey había muerto.

»Juan Hwang me agarró del brazo, me llevó a la ventana y susurró, con una voz lejana, señalando al jardín por la ventana abierta:

—¡Mira!

»Poseída del terror me cubrí el rostro con las manos para no ver lo que veía. Ahora, por primera vez, la niebla se había levantado de Villa Madaro, y un sol resplandeciente cubría el jardín. Como un asesino, la niebla había huido del lugar del crimen».

Las cinco de la tarde.

«Hay días que son más largos que la vida misma. Estoy sola en un banco de la Villa Madaro. El pobre Rey hubiera hecho mejor en caer al frente de sus tropas en los campos de batalla o en sucumbir bajo el cañón de los revolucionarios; hubiera sido mejor morir en el altar de la paz en manos de los ejecutores secretos alemanes. La historia no perdona nunca una bronconeumonía, los balones de oxígeno y las ventosas.

»Una vez, antes de la guerra, papá, mamá, tío Cini y yo fuimos al circo en Viena. Los empleados del circo llevaron una muñeca de madera de tamaño natural, la pasearon por delante de las primeras filas sosteniéndola por las axilas, la manosearon para demostrar a los espectadores que su rostro era de madera pintada y sus ojos de cristal, y que manos y pies eran rígidos. Por último, dejaron caer accidentalmente el muñeco que dio un fuerte golpe contra el suelo. Entonces vino la sorpresa. El muñeco de madera, inmóvil hasta aquel momento levantó lentamente una mano y se puso en pie con sorprendentes movimientos, como movido por un ingenioso mecanismo. El espectáculo llegó a su apogeo cuando la muñeca comenzó a cantar y bailar con gran arte y salió de la pista en medio de una salva de aplausos, porque la muñeca era realmente un ser humano. Esto fue lo que ocurrió con el Rey. Aquí, en Funchal, lo vi volverse un ser humano. Aquél era el hombre a quien sentaron en el trono en medio de una guerra que no había provocado. Durante su reinado, los alemanes y sus consejeros estuvieron constantemente reprendiéndolo y engañándolo, porque, como un chiquillo travieso con una idea obsesionante, si no le hubiesen vigilado estrechamente hubiera hecho la paz enseguida. Aquél era el hombre que habían matado —Juan Hwang tenía razón— con facturas de hotel y con la niebla, pero, a mi modo de ver, más con hipocresía que con otra cosa. El conde Dalmea me ha dicho

que acaba de ser informado de que los banqueros ricos de Funchal, cuando se enteraron de la angustiada situación financiera del Rey en enero, votaron conceder a la familia real un crédito ilimitado. Lo que ocurrió fue que omitieron poner en conocimiento del Rey su generosa oferta. ¡En cuanto a la aristocracia austríaca y húngara!... Papá es una excepción. Papá intervino por fin; en cuanto fui a Telégrafos la semana pasada y le mandé un telegrama conminatorio y explicativo, envió en el acto cincuenta mil francos suizos con promesa de nuevas remesas. Y hubo otras excepciones que ayudaron también. ¿Excepciones? ¡No, excepciones, no! Su ayuda ni fue ni suficiente ni vino a tiempo. El Rey ha muerto; esto habla más elocuentemente que todo lo demás respecto a su ayuda. Todos fueron lamentablemente pusilánimes y despiadados con su Rey, todos ellos, cada uno de ellos, el Consejo de Embajadores, el gobierno suizo, todos los potentados y maharajás del mundo entero.

»Uno de los chóferes me ha dicho que *Ripp*, la perra del conde Dalmea, ha tenido esta mañana nueve perritos. ¡Brr!... Un estremecimiento de frío recorre mi espinazo cuando pienso en esta horrenda bestia».

Más tarde.

«Han decidido hacer la autopsia. En entierro no se celebrará hasta dentro de cinco días y sopla una ráfaga de calor tropical».

Medianoche.

«A las nueve de la noche, el doctor Roteimon y el doctor Aldao han entrado en la cámara mortuoria con otro médico cuyo nombre ignoro. El cadáver del Rey yacía sobre la cama con la mandíbula atada y su rostro, ya desencajado. Los médicos prepararon sus instrumentos y comenzaron el trabajo. Como ayudante, yo iba con la bata blanca. Escalpelos, tijeras y sierras de extrañas formas brillaban bajo la luz. Sentaron el cadáver en la cama, le quitaron la camisa y volvieron a tenderlo. Abrieron su pecho y sacaron el corazón del Rey. Después inyectaron una solución de formaldehído en las arterias, a fin de evitar la descomposición.

»Yo sostenía la bandeja de metal cuando el doctor Aldao puso sobre ella el corazón del Rey; era una masa repulsiva y sanguinolenta, de color púrpura. Los bordes de las arterias principales eran blancos donde las tijeras las habían seccionado y la sangre manaba todavía en ellas.

»Súbitamente, la bandeja comenzó a temblar en mis manos. Como un siniestro rayo de luz, la profecía de *Frau Katz* acudió a mi mente: “¡Y algún día tendrás el corazón del Rey en tus manos...!”.

Al alba.

«La autopsia duró más de dos horas. Mas tarde, sentada en una silla del vestíbulo,

me quedé dormida de agotamiento. Cuando abrí los ojos había ya luz de día. Empecé el camino de casa, pero di una gran vuelta hacia la entrada principal, porque quería dar un poco de agua a los pollos. Creí que debía esto a la memoria del Rey. Y quise ver, por última vez, aquel polluelo de cuello pelado, Eslovaquia; y los dos pollos pendencieros, uno rojizo y el otro blanco, los servios y los croatas; y el gran gallo leonado y dominante, Hungría... todo me recordaba la Monarquía.

»El hoyo para la basura está detrás de los gallineros. No sé cómo ha debido ocurrir... Probablemente, los médicos arrojaron el corazón del Rey en el cubo y las criadas, no sabiendo qué era, lo han tirado al hoyo de la basura.

»Cuando pasé por allá, *Ripp* estaba en el borde del hoyo mascando algo. Reconocí el corazón del Rey entre sus fauces en el momento en que se lo tragaba».

CAPITULO XI

UNAS memorias dignas de fe han descrito el destierro del Rey en la isla de Madeira, sus últimos días y las circunstancias de su muerte, exactamente como las consigna el Diario de Kristina Dukay, con la diferencia de que estas memorias, no hacen mención de su presencia entre el séquito del Rey. Esto no excluye, sin embargo, la posibilidad de que Kristina se hallase presente en Funchal en aquel tiempo; hay que suponer, en el mejor de los casos, que los cronistas no mencionan su nombre, porque no lo consideran digno de ser notado.

Este Diario está lleno de declaraciones que no corresponden a la verdad histórica. Es cosa notoriamente sabida que los príncipes de Borbón no se entrevistaron con el Rey en Ginebra, sino en Neuchâtel. No hubo jamás ningún atentado contra la vida de la reina Zita. Parece también altamente improbable que el rey Carlos hubiese dado a una muchacha tan joven como Kristina Dukay un papel tan importante en las conferencias secretas, del resultado de las cuales dependía la suerte no solamente de la Monarquía, sino, por decirlo así, del mundo entero. No hay duda de que Kristina conocía al Rey y estuvo a menudo en su compañía; pero, en general, no hay ninguna prueba histórica de que hubiese ocurrido entre ella y el Rey todo lo mencionado en el Diario.

Uno de los historiadores que leyó este Diario mientras estaba todavía en manuscrito, lo definió con estas palabras: *Una sarta de audaces mentiras*. Debemos tener en cuenta, sin embargo, que este mismo historiador consignó falsedades de la más osada especie y lo hizo sin pestañear siquiera, llamó la atención, por ejemplo, sobre los nombres que aparecen en el Diario. No hay en Funchal ningún hotel que se llame Azuria, ni nadie ha oído nunca hablar de un director de hotel, con una barba de chivo, que se llamase Camilo Camillian. Los nombres de los médicos que asistieron al Rey eran Leito Monteiro y Nuno Porto. La familia real, al trasladarse al Monte, no vivió en la Villa Madaro, sino en la Villa Rochemachado; por lo demás, la descripción de la villa es sumamente fiel. Entre los fieles seguidores que se prestaron a seguir al Rey en sus penalidades figuraba el conde Almeida de Portugal y su esposa Donna Constanza de Gama, pero las crónicas no mencionan a ningún conde español Dalmea. Es verdad que la noche de la muerte del Rey los dos médicos, Monteiro y Porto, extrajeron el corazón, porque era tradicional extraer el corazón de todos los Habsburgo después de su muerte. Pero la reina Zita lo conservó como sagrada reliquia y, por lo tanto, difícilmente puede ser verdad que el sabueso de un conde español inexistente lo devorara al encontrarlo en el montón de la basura a la mañana siguiente.

A pesar de todo esto, el Diario de Kristina no debe ser descartado por ser considerado falso. De acuerdo con el concepto general de la mentira, el embustero, con el deseo de engañar a sus semejantes, tiene intención de hacer parecer verdad lo que no lo es. La persona que hace las afirmaciones hechas por Kristina, no es un

mentiroso, sino un poeta. No tiene en realidad gran importancia saber si Kristina, o un policía vestido de paisano, actuaron como emisario secreto del Rey, como tampoco la tiene que tío Cini o Florián u otra persona diferente se hallasen presentes en el fatal encuentro de Laxenburg. Lo importante es el espíritu que satura este monumental drama.

Considerando el Diario de Kristina bajo este aspecto, llegamos a la conclusión de que cada una de sus declaraciones está conforme con el hecho histórico.

Pero antes de emprender la tarea de demostrar la autenticidad histórica de este extraño Diario, debemos familiarizarnos primero con el destino final de Kristina.

Desde Funchal se fue a España, donde vivió una serie de años de inquietud, mandando a su familia las más breves cartas, las cuales contenían únicamente un relato fragmentario de su vida. Las cartas a su padre eran particularmente vehementes, calurosas y truculentas, especialmente aquéllas en que le pedía dinero. Algunas veces hacía una inesperada aparición en Ararat o Septemvir Utca para volver a marcharse de repente. Sus amistades la vieron algunas veces en las mesas de juego de Deauville o Montecarlo y su fotografía apareció accidentalmente en algunas revistas de sociedad, vestida con un traje de polo, con un rifle en la mano, con una caña de pescar y un monstruoso pez espada o un atún gigantesco colgado boca abajo. Una vez fue elegida como «la mujer mejor vestida del mundo»; otra vez consiguió escabullirse a duras penas de un formidable escándalo en que se vio mezclada relacionado con cheques falsos y que tuvo gran resonancia, pero en el que figuró meramente como amiga íntima de uno de los canadienses complicados.

Hacia finales de los años treinta, sin duda se cansó de viajar y de la vida en hoteles y coches cama, porque fijó su residencia permanente en casa de sus padres. Tenía entonces cuarenta años, y el cabello, que tanto había fulgurado bajo los tintes rojizos del fuego, comenzaba a blanquear en las sienes, pero no se lo tiñó. Se la veía generalmente a caballo, o en Ararat o por las calles de Buda.

Hacia finales de 1939 se casó con Iván Borsitzky, diplomático húngaro, y esta decisión fue para la condesa Menti un gran consuelo. Pero Kristina, por razones sólo de ella sabidas, se divorció de Borsitzky a las dos semanas de matrimonio y estuvo enferma durante varios meses. Al año siguiente se volvió a casar, sorprendentemente, con su médico, el doctor István Freyberger. Kristina tenía entonces cuarenta y cuatro años, y el médico sesenta.

Kristina sobrevivió veintitrés años a la tragedia de Madeira. En enero de 1945, después de la ocupación de Budapest por las fuerzas soviéticas, mientras las ruinas de la ciudad humeaban todavía a causa de los incendios provocados por el sitio, una comisión de veinte miembros avanzó por las calles cubiertas de nieve en dirección a una de las casas del *ghetto* a comprobar los asesinatos y preparar la deposición notarial similar a la que se hizo en la fosa de Katyn. En el patio, entre los centenares de cadáveres amontonados en una masa helada, hallaron el cuerpo demacrado de una mujer, totalmente desnuda y cubierta tan sólo por una manta raída. Uno de los

profesores de la Universidad, que formaba parte de la comisión, quedó extrañado al reconocer en ella las facciones de Kristina Dukay. Sus piernas desnudas salían de debajo de la manta, y las uñas de los pies, cuidadosamente pintadas, tenían un tono amoratado y sombrío.

István Freyberger era descendiente judío, un poco jorobado, que no contaba entre las notabilidades médicas. Ignoramos las ventajas de su matrimonio, pero podemos suponer que Kristina, al casarse a los cuarenta y cuatro años con aquel hombre cuerdo y apacible, descubrió al final la tranquilidad de la vida y su postrer encanto. Sabemos que Kristina estaba atormentada por diferentes enfermedades leves desde su infancia, zumbidos en los oídos, calambres en las piernas, dolores de estómago y eczemas. Es también probable que su cuerpo delicado experimentase un alivio con la constante proximidad de un médico. Pero no tratamos de ser los detractores del sombrío esplendor de la muerte de Kristina, digna de la vida agitada y amarga que llevó, vida de majestuosos sueños. Su matrimonio duró cinco años, y los que la conocieron dicen que fue una unión conmovedora y tierna. Eran felices. Cuando los judíos se encontraron ante el espantoso suplicio bajo la dominación nazi, Kristina compartió la suerte de su marido. Su muerte tuvo lugar sin patetismo ni heroísmo. Lo que ocurrió fue lo siguiente: cuando los ejecutores de Hitler llegaron para llevarse a su marido, ella protestó, de palabra primero y después luchando ferozmente con los dos asesinos, quienes, sencillamente, la mataron.

Su Diario fue hallado en un cajón cerrado; estaba escrito en alemán, que era, al parecer, el lenguaje que hablaba con mayor facilidad. En la descripción de la casa que ocupó en Ginebra en 1917, Kristina menciona el cuadro de Paul Klee, *La fuite du fantôme*, que tenía en su cuarto. Paul Klee pintó este cuadro en 1929. De esta forma Kristina delata que escribió su Diario apartada de los hechos, acaso durante los años que precedieron a su muerte. Esto se evidencia por el hecho de que no recuerda algunos nombres. Consignó las cosas desde una perspectiva de hacía casi veinte años, como apacible esposa de un médico cargado de espaldas; a la primera lectura experimentamos la sensación del astrónomo, a quien su telescopio revela por primera vez la débil, pero fabulosa luz de una estrella que estalló hace muchas centurias.

Interpretar estos signos no era cosa fácil. Quedamos profundamente intrigados por la misteriosa personalidad de Juan Hwang, porque el Diario afirma que formaba parte del Parlamento húngaro e incluso que hizo un importante discurso en un momento decisivo. No ha habido jamás un miembro del Parlamento que se llamase Juan Hwang. Kristina, indudablemente, usó este nombre para ocultar la identidad de alguien.

En los anales de la literatura china hemos tropezado por azar con la fuente de este extraño nombre. Durante el segundo siglo después de Jesucristo, un doctor budista de gran piedad emprendió el camino hacia Sian Fu, la capital de la provincia de Shen-Si y pasó dieciséis días en la India. Escribió un libro sobre su largo viaje, *Memorias de los Países Occidentales*, que es considerado una de las obras clásicas de la literatura

china, porque fue de los primeros chinos que llegaron a Occidente. Es probable que Kristina, mientras estaba entregada a sus investigaciones para su novela sobre el caudillaje de Ordony, leyera alguna obra que tratase de este Marco Polo chino y que el nombre de Juan Hwang —conocido también como Yüan Cwang y Hsüan Tsang— arraigase en su imaginación y floreciese en ella.

De acuerdo con esta suposición, el Juan Hwang del Diario no es sino un espíritu oriental, transplantado al Oeste desde la profunda Asia y que se hallaba presente en la constitución espiritual de Kristina. Cuando Kristina escribe que dormía en la misma cama que Juan Hwang, en el piso de la rué Chantepoulet de Ginebra, debemos pensar en algo más que en el amor físico.

Quizá no fuere Juan Hwang quien deseaba matar a la Reina, sino la misma Kristina, idea que hasta cierto punto se justifica después del beso del *Apfelstrudel*, en la primavera de 1911, al abandonarse al absurdo sueño de llegar a ser reina de Hungría. Acaso alimentara sus deseos en la forma de Juan Hwang, cuyas funciones políticas son una actualidad histórica.

Fue el espíritu de Juan Hwang el que rechazó al Rey en las afueras de la ciudad cuando imploraba el trono de Hungría, y es el espíritu de Juan Hwang el que, desde hace siglos, arroja de los tronos de Europa Oriental a los jefes de sangre germana. La figura de Juan Hwang es el lazo vivo entre la sangre y el instinto que existe todavía en los húngaros, búlgaros, rumanos y, hasta cierto punto, en los eslavos del valle del Danubio hasta Asia.

Prosiguiendo esta exhibición de simbolismo podemos también desenmascarar a Florián. Lo encontramos primero como soldado herido, en un hospital militar. Después, inesperadamente, se encuentra en Ginebra y, más tarde, es uno de los más íntimos consejeros del Rey. Aparece donde pueden ser servidos los intereses de la paz, y más tarde, cuando el Rey, perdiendo su valor y su equilibrio ante el apogeo de la tragedia, capitula ante los alemanes, Florián guía a la furiosa muchedumbre revolucionaria contra el monarca.

A nuestro modo de ver, Florián tiene una cierta semejanza con el Soldado Desconocido. Florián es la herida del estómago en las diplomáticas y delicadamente cinceladas frases de tío Cini. Florián es la realidad histórica que se hallaba verdaderamente presente en las fatídicas conferencias de los castillos imperiales de Laxenburg y Badén. Estaba más presente en verdad que si hubiese estado de pie al lado de la mesa, porque hallábase presente en el corazón del Rey, siempre preocupado por sus sufrientes soldados.

En cuanto a Camilo Camillian, es probable que Kristina quisiera simbolizar con el barbudo personaje las clases dirigentes de Europa, cuya falta de corazón precipitó a la muerte al desgraciado monarca, después de lo cual se secaron las manos con extensos telegramas de pésame. El hecho histórico es que el Consejo de Embajadores desterró a una desgraciada familia a una isla desierta, porque no hay isla más desierta en la moderna civilización que la impagada factura de un hotel. Y para terminar: *Ripp*, el

feroz sabueso. De nuevo la verdad histórica aparece en defensa del Diario de Kristina. *Ripp* devoró el corazón del Rey en el montón de basura. No era un corazón de carne y sangre, sino otro, el corazón paternal del hombre que llevaba paquetes, construía capillas, criaba pollos, el corazón de aquel hombre sencillo que amaba a su mujer, le gustaba el buen humor, adoraba de vez en cuando un vaso de vino, idolatraba la paz y a su Dios y hubiese querido hacer algo bueno, pero era sorprendentemente parecido a tantos millones de semejantes suyos y, en los momentos de decisión, su debilidad y su ineptitud lo hacían demasiado simple para que pudiera llevar a cabo «algo bueno».

Este corazón gentil, el de millones y millones de hombres pacíficos, era el corazón devorado por *Ripp*, el feroz sabueso, nada más que la bestialidad del espíritu europeo que realmente parió una carnada de nuevas bestias en el borde de la segunda guerra. Como análisis final, por consiguiente, el Diario de Kristina resulta ser una mezcla de verdad y poesía. En el ulterior desarrollo de esta historia volveremos a encontrar a Kristina, pero sólo como personaje secundario. Los capítulos en los que narraremos, por tanto, la continuación de esta historia serán el contenido de otro libro. Estos capítulos transcurren durante los años que culminaron en la segunda Guerra Mundial. Y mientras estos años avanzan hacia su obra de destrucción, la principal figura será la más joven de las hijas Dukay, Zia, que a la muerte del Rey, en 1922, tenía doce años.

TERCERA PARTE

EL CREPÚSCULO DE COBRE

CAPITULO PRIMERO

MANDRIA, solitario pueblecillo de la isla del mismo nombre, está situado en el extremo noreste del Adriático, cerca de la costa dalmata y de esos verticales acantilados de color violeta que se levantan a diez millas de distancia, ensombreciendo y ocultando las ruinas de las puertas de antiguas ciudades, santos patronos reposando en sus tumbas de plata, bandas de osados y audaces contrabandistas, sucios mercados de pescado y que dieron refugio, hace setecientos años, a la melancolía de un monarca húngaro que, escapando de los tártaros, buscó amparo en aquellas húmedas regiones.

La isla de Mandria perteneció a la monarquía austrohúngara durante varios siglos y, después de la Guerra Mundial, formó parte de Italia, cayendo de este modo en el error de creer que seguiría así eternamente. Como consecuencia de esta creencia, la plaza principal de la población fue llamada plaza Vittorio Emmanuele, formalidad a la vez innecesaria y superflua por una variedad de razones. En primer lugar, la población no tenía más plaza que ésta y era, por consiguiente, superfluo pensar que se pudiese confundir con otra. Además, si el triunfante rey de Italia hubiese visto aquella plaza, con su ornamentación de entrañas de pescado y tomates podridos, en la que los chiquillos en pleno día —y los adultos una vez cerrada la noche— se entregaban a funciones que el hombre civilizado de nuestros días suele efectuar en la intimidad de un recinto cerrado, si la hubiese visto, decimos, hubiera seguramente protestado de la adjudicación de su nombre. Propiamente hablando, no era siquiera una plaza, porque la mayor parte de su extensión la ocupaba una especie de remanso de poca profundidad, prolongación del puerto, que daba abrigo a la modesta flota pesquera y estaba lleno hasta el fondo, como si fuese un singular acuario, de harapos negros y colorados, de viejas faldas y pantalones hechos jirones, medios limones putrefactos, plateadas latas de conserva vacías, blancos y agujereados orinales llenos de herrumbre, todo ello brillando con el policromado esplendor de los peces tropicales. El nombre de aquel diminuto monarca estaba acostumbrado a la suntuosidad y belleza de las plazas latinas. Pero no podemos tomar a mal que Mandria denominase así la única plaza que había llevado el nombre de Francisco José durante treinta años hasta convertirse en Vittorio Emmanuele, porque era el siglo en que puentes, calles y plazas tomaban nuevos nombres con persistente regularidad.

La isla era más fácilmente abordable desde Zara y Lussin, y es útil saberlo, porque Mandria era un lugar termal de reposo, o por lo menos como tal era anunciado en los prospectos de propaganda que enumeraban, en realce y alabanza de la isla, atractivos tales como el paseo de Francisco Fernando y el recién construido *bagno*, modesto camino que serpenteaba a lo largo de la playa sin la menor sospecha de que pocos años más tarde se vería abofeteado con unos rótulos en los que podía leerse: Corso Mussolini.

Entre muchas otras atracciones de Mandria figuraban el cáliz de oro del altar de la

Iglesia de San Simeone, obra de Mediolani y regalo de Elisabeth de Anjou: las dieciocho liras dianas de la pensión Zanzottera; el agua corriente del Albergo Varcaponti; la uniforme perfección del servicio; el maravilloso aire del mar y otras irresistibles ventajas. Sin embargo, el prospecto informativo omitía decir que en Mandria no había agua potable y que la isla era a veces, durante semanas enteras, completamente inaccesible a causa del estado del mar. Tampoco advertía que las cañerías del Albergo Varcaponti estaban fuera de servicio desde la guerra y seguían sin ser reparadas. Según opinión de Occhipinti, el droguero, que era conocido por sus irónicas observaciones, las tuberías del Albergo Varcaponti sólo serían reparadas si se conseguía desobstruir también la tubería de la glotis del digno propietario. Al *signor* Varcaponti y su náutica barba, podía vérselo durante todo el día en la terraza de la Trattoria Marica, con una botella de vino *rosso* medio vacía a su lado.

El cartero llevaba a diario al palacio Dukay de Septemvir Utca un enorme paquete de prospectos impresos procedentes de todas las partes del mundo. El nombre de los Dukay atraía tanto los departamentos de propaganda de Londres y los catálogos de las firmas belgas, como los anuncios de las casas de negocios francesas, suecas, holandesas o americanas. El mundo le daba noticias de yates de vapor en venta, sostenes de última moda, secretos garitos, animales domésticos, astrólogos, sacacorchos automáticos, ratas blancas amaestradas, cruceros a Groenlandia, sales para adelgazar y la celebración del cincuentenario de las sociedades de canto alemanas. El globo terráqueo no fue jamás tan rico ni ofreció sus mercancías con tanta abundancia como después de la Primera Guerra Mundial, si bien en aquellos tiempos el comercio mundial tenía algo de almoneda. La historia nos enseña que no son los dictadores los que pueden prever el porvenir, sino los tratantes en ropas usadas. Deauville, Biarritz, Carlsbad, Venecia y el resto, los más famosos hoteles y sanatorios del mundo como parientes pobres, mandaban de vez en cuando noticias suyas a los Dukay, no fuese que los olvidasen. No es, pues, de extrañar que en la avalancha e inundación de listas de precios y catálogos, el prospecto de Mandria, como un mensaje de auxilio, llegase a las playas de Septemvir Utca dentro de una botella confiada a las olas.

Bien por azar, el prospecto de Mandria fue pescado entre los papeles viejos por Zia, la más joven de las hijas de Dukay; educada, como sabemos ya, por *madame* Couteaux, «Berili», según la llamó la chiquilla dándole el nombre del oso de peluche favorito de su infancia.

El trilingüe prospecto cautivó la atención de la chiquilla. Quizá fuese el mismo nombre de Mandria, que tiene tan extraña música. El nombre huele a laureles mezclados con el céfiro del mar, especialmente después de haber leído el periódico. Es imposible saber qué fue lo que encantó el espíritu de la chiquilla. Quizás el cáliz de oro de San Simeone, quizás el mar, con aquel azul pintado en el prospecto, que no existe en la realidad, o quizás el agua corriente del Albergo Varcaponti, que se convertía en su imaginación en un riachuelo cristalino que cruzaba las habitaciones.

Pero lo más probable es que los pozos de fantasía del alma infantil se agarrasen sencillamente a Mandria como los tentáculos de un pólipo agarran el trozo de tela roja puesto como cebo. Las chiquillas hacen pronto muy ceremoniosos preparativos, tanto anímicos como corporales, para lo que tiene que venir. Los pájaros jóvenes tienen fama de transportar hojas y ramitas en sus picos mucho antes del tiempo de hacer el nido, y las chiquillas guardan los prospectos de lejanos atractivos desconocidos y los autógrafos, pródigamente distribuidos con real desdén por las «estrellas» de cine de tercera categoría. Zia se contentaba con Mandria. A los siete años había ya decidido pasar su luna de miel en Mandria, si bien en aquellos tiempos no sabía que la luna de miel consiste en algo más que las comidas y la conversación. Era como la princesa Oasika de orejas de conejo, del cuento brahmán, que pidió prestadas sus alas a un halcón, y con la ayuda de tigres y elefantes construyó, en la cima de la Colina de las Naranjas, una ciudadela escarlata de doradas torres sin otros materiales que su vago deseo. Este cuento de hadas alemán fue impreso en Leipzig y era solo asequible a los bolsillos de los chiquillos ricos por venderse a un precio escandalosamente alto. El libro, bellamente ilustrado e impreso con letras góticas, cada una de ellas del tamaño de una golondrina pequeña, le fue regalado a Zia un año por Navidad, y al siguiente cumpleaños de la condesa Menti, recitó el poema entero sin un solo error; todo lo más pronunció Oakisa en lugar de Oasika, pero, afortunadamente, este resbalón fue notado por *Fräulein* Elsa, su institutriz en aquel tiempo, que la castigó teniéndola de rodillas en un rincón después de su proeza. Ésta fue una de esas ocasiones en que el semiimbécil conde Rere lanzaba al lado de su hermana castigada de rodillas un cartucho vacío y otras de sus habituales ofrendas, ya blanqueadas por el tiempo, que encontraba en el parque.

Con el transcurso de los años veremos cómo Mandria decidió el destino de Zia. Una simple palabra, un gesto, puede no tener apenas valor ni significado al penetrar en el alma de una chiquilla y, sin embargo, puede echar raíces allí, hojecer y convertirse en el poste de señales de un caprichoso destino. Las selvas primaverales crecen a veces así, cuando un solitario pájaro de paso describe círculos sobre una llanura desierta y suelta sobre ella una semilla mal digerida.

No todas las almas humanas son terreno fértil para los sueños y visiones. En la mayoría de los casos el duro cansancio físico de las lecciones de natación y de piano sirven para dispersar a los redentores o asesinos de ángeles visionarios de la adolescencia. Pero el alma de Terezia Dukay era un buen terreno para las visiones. Tras las doradas plantaciones de naranjas de Mandria arraigó una nueva visión sombría que ella llamó El Crepúsculo de Cobre, porque en estas frases inexpresivas y extrañas se expresaba cosas a sí misma, sin pronunciar las palabras en voz alta. El Crepúsculo de Cobre tomó su origen en la biblioteca, cuando la niña se encontró con un viejo grabado francés que representaba a María Antonieta. Sobre esta pintura desarrolló su historia de un crepúsculo otoñal.

Madame Couteaux llevaba ya tres años al lado de Zia, y la muchacha de once años hablaba un excelente francés. Desde el principio había hecho rápidos progresos en el estudio de la lengua de la misma manera que un niño de pecho aumenta rápidamente de peso si la leche materna es abundante. Y come una robusta campesina cuya leche escapa y mancha su blusa aun después de haber alimentado un glotón mamoncillo Berili era una fuente de aromática leche para aquella chiquilla que había tomado en su corazón el sitio de la desaparecida Louise. De la mañana a la noche, el galo lenguaje manaba de los labios de Berili; su ágil palabrería fluía en impropias historias o largos cuentos, vulgaridades campesinas o absurdas rimas, y en estas ocasiones, aquella verruga del tamaño de un guisante, con la creciente mata de pelos de su labio superior, se agitaba en constante y rítmico acompañamiento.

El primer poema que enseñó a Zia fue uno llamado *Le roi Dagobert*. La historia giraba alrededor de un buen rey llamado Dagoberto, que se puso los calzones al revés una mañana al salir a cazar, y cómo ese mismo rey que aquel mismo día había ordenado a sus hombres morir como héroes en el campo de batalla salió huyendo al galope en cuanto vio el primer conejo.

Y un día, cuando el demonio fue a buscarlo al alcanzar una avanzada edad, el rey rogó a San Elías que tuviese la bondad de morirse en su lugar. Al siguiente cumpleaños de la condesa Mentí, Zia recitó inocentemente este poema, dando como resultado qué, después de la fiesta, la condesa mandase llamar a *madame* Couteaux urgentemente y le soltara una violenta arenga prohibiendo en lo sucesivo la menor mención al poema del rey Dagoberte. Éste fue el primer conflicto abierto entre el espíritu meridional y el palacio Dukay.

Los métodos educativos de Berili eran distintos a los de la *Fräulein* Elsa. Cuando la chiquilla se saltaba una lección de piano o una hora de escritura, no le espetaba aquellos largos e impresionantes sermones que le hacían saltar las lágrimas. No la hacía arrodillar nunca en un rincón. Presa de pasiones animales, se limitaba a dar una bofetada a la chiquilla, pese a que todo castigo corporal estaba terminantemente prohibido en el palacio Dukay. Por otra parte, encontraba la cosa más natural del mundo que la chiquilla le devolviese la bofetada. A menudo se escupían mutuamente. Y de este modo su amistad, su cariño y su fundamental respeto mutuo crecía de día en día. Berili era una, mujer esencialmente alegre; sin embargo, ella fue quien imbuyó en el espíritu de la chiquilla aquella muda y temerosa ansiedad que tenía que llegar a ser el manantial de decisiones tomadas en momentos cruciales de su vida ulterior. Este pesado y misterioso temor es una carga común a todas las almas humanas. Las terroríficas ceremonias rituales y los horrendos y sanguinarios sacrificios de las religiones primitivas, ya los de la prehistoria o de las civilizaciones «encharcadas» de los esquimales, nómadas o polinésicos, tienen su origen en este gran temor. El temor de la muerte guía hacia la vida, pero el temor de la vida conduce a la muerte. Frecuentemente, sin embargo, el hombre teme a la vida, y ésta es una de las más peligrosas especies del temor. El hombre teme siempre algo y la mayor parte

de las veces es la muerte. Los parientes y la policía se arremolinan asombrados alrededor del cuerpo de los suicidas jóvenes; ha sido el gran temor lo que los ha matado. En la mayoría de las personas, esta herida abierta sana finalmente sola, pero hay sistemas nerviosos sensibles y delicados en los cuales la herida sigue latiendo incesantemente bajo la tenue película del tejido. El miedo se manifiesta de diversas maneras en los adultos. Hay hombres valientes y guerreros que por una razón ignorada tienen la obsesión del miedo a los pavos, y otros que por nada del mundo comerían un budín de arroz. Los profesores de la nueva psicología atribuyen estas aberraciones al temor a las injusticias de la juventud. Sin saberlo, ni quererlo *madame* Couteaux infligió una grave herida en el alma de la chiquilla confiada a su cuidado.

El incidente tuvo efecto a finales de 1922, una tarde de octubre, en el palacio de Septemvir Utca. El crepúsculo descendía sobre los tejados de Buda y la atmósfera tenía un extraño resplandor cobrizo que parecía, bajo el techo abovedado de la habitación, llegar desde la lejana distancia de las pasadas centurias. Esta curiosa y rarificada modulación de la luz y del aire es necesaria, evidentemente, para la presentación y origen de las historias, leyendas, maravillas o temores. Así el Evangelio habla también de un «huracanado viento tempestuoso», según dice la carta de Lucas el Evangelista al físico Theophilus. Lenguas de fuego descendieron sobre el espíritu humano, y Pedro, que era —según sus contemporáneos— un hombre humilde y cauteloso, comenzó a pronunciar las ardientes palabras de Joel, el antiguo profeta hebreo.

Madame Couteaux estaba sentada al lado de la ventana, terminando una media con sus largas agujas de hacer calceta, porque se negaba a admitir los progresos de la ciencia, como ocurría en el siglo xvii en Inglaterra. No solamente sus medias, sino sus cubrecorsés con encajes y sus chambras de lana eran confeccionadas por su mano. Zia estaba sentada en una esquina, en un sofá de tapicería, acurrucada hasta encogerse lo más que podía, con el puño apretado sobre sus dientes que castañeteaban. Estaba escuchando una historia. El papel de Joel, el antiguo poeta hebreo, era en aquellos momentos representado por Luden Veyrac, abuelo de Berili, que murió en 1866 y había servido en los ejércitos de Lafayette siendo joven. Durante los años sesenta cumplió sus noventa años y, como dijeron los periódicos parisienses de la época, fue uno de los diecinueve supervivientes que habían tomado las armas durante la gloriosa Revolución Francesa. Los hijos del fabricante de quesos de Carcasona habían crecido y desparramádose por el mundo; sólo Marianne, que tenía entonces ocho años, conocida ahora por Berili, se quedó en su casa, y de esta forma no sólo conoció a Luden Veyrac, sino que estuvo constantemente al lado de su abuelo durante los años decadentes del anciano veterano. En casa del diligente fabricante de quesos, donde todo poseía cien manos, nadie tenía tiempo de ocuparse de ellos. Hubiera sido imposible decir si la chiquilla era confiada a la vigilancia del viejo o el

viejo a la de la avisada chiquilla. El abuelo Lucien usaba medias blancas o calzones hasta la rodilla, y peinaba todavía sus cabellos formando una cola de cerdo en la nuca. Todavía, incluso, tocaba algunas veces el violín con sus dedos temblorosos, pero había que vigilarlo estrechamente porque, en cierta ocasión, a punto estuvo de pegar fuego a la casa y algunas veces, confundiendo la botella de vino, se tomaba un trago de petróleo; en cierta ocasión le falló la silla, se quedó en el suelo y estuvo medio día sin poder levantarse. Estos días de la infancia de Berili transcurrieron en las rodillas de uno de los exsoldados del general Lafayette; bajo las armas de los relatos del abuelo Lucien, las hojas amarillentas de la gran época histórica penetraron profundamente en el corazón de la chiquilla. Debemos suponer que Lucien Veyrac no mintió a su nieta o, por lo menos, no más de lo que imponen las exigencias de una narración. En todo caso, aquella gran capa descolorida azul tórtola, con sus botones metálicos y el ajado cuello contra el que la chiquilla solía apoyar sus mejillas, eran todavía parte y esencia de la gloriosa Revolución Francesa. Y ahora, mientras Berili le refería todas las historias a Zia, cobraban éstas tal realidad, que aquellos ciento cincuenta años transcurridos parecían desvanecerse y la campana del Crepúsculo de Cobre se oía resonar mientras los violines tocaban: '«¡Richard, oh, mi rey! ¡Abandonado del Mundo!», en el Salón de Hércules, porque Lucien Veyrac, experto violinista como era, pertenecía a la banda militar y dada esta habilidad asistió a aquel memorable banquete dado en honor del rey y la reina por cien oficiales suizos, flamencos y de la Guardia Nacional de Versalles, los últimos soldados que mantuvieron su fidelidad a su soberano en una Francia carcomida ya por la revolución. El champaña corrió a raudales y el canto de las copas de cristal se mezclaba con los apasionados discursos. El último, según el recuerdo del abuelo Veyrac, fue notable por su estupidez. Visiblemente fatigado por un día de caza, el rey seguía sentado en su sitio. Finalmente se abrieron las puertas del gran salón de recepciones y apareció la reina con el Delfín en brazos. Los muros hicieron retumbar los vítores al ponerse en pie todos los asistentes, y centenares de espadas salieron de sus vainas, pero no para rendirlas ante una revolución en aquel momento, sino por un acto espectacular, para recibir, con la copa en una mano y la espada en la otra, a su reina, que ofrecía un aspecto realmente majestuoso y melancólico con el Delfín en brazos. Los húngaros, que están familiarizados con los pormenores de su historia, sabían que la enfermiza María Antonieta había hallado los pormenores teatrales de esta escena en los archivos de la familia Habsburgo, y tomó como modelo de aquella impresionante escena el emocionante cuadro de su madre, la emperatriz María Teresa, en la Dieta de Presburgo en 1741, en la cual hizo su aparición ante todos aquellos mostachudos magiares sosteniendo a su heredero en brazos y provocando la misma reacción; el ruido de las espadas fuera de sus vainas y el famoso grito de *Moriamur pro rege nostro María Teresa*^[18]! Este cuadro, la Madre y el Hijo, no deja nunca impasible al corazón masculino, particularmente cuando la madre es una reina *bona fide*^[19] y el hijo un auténtico heredero aparente. Acaso involuntariamente el

mayordomo de la corte de Viena se hubiese inspirado para esta escena en algún cuadro de Rafael o Botticelli;’ la Madona con el Niño en brazos. En aquella entrada de la reina había algo calculado y teatral, reminiscencia de representaciones homenaje dadas a beneficio de viejos actores acuciados por las deudas que tenían el alguacil a sus talones. Era una escena para reinas turbadas; el chiquillo acunado en sus brazos. Además de María Teresa y María Antonieta, hay otra escena similar, la tercera y última, en la historia de los Habsburgo; la rema viuda Zita, con el príncipe heredero Otto en sus brazos. Pero en aquellos tiempos, faltaba la habitación llena de espadas desnudas y el cuadro en sí, la Madre y el Hijo, llegó a Hungría sólo como un envío fotográfico de Lequeito, y su resultado, en lugar de hacer sacar las espadas de las vainas, fue el de sacar bolsas de los bolsillos; pero sólo de los de unos pocos aristócratas húngaros, obispos católicos e industriales judíos, que aportaron su apoyo para mantener vivo su ideal legitimista en la persona de la despojada y perseguida familia real, hallando muy propiamente la herencia del feudalismo y la expansión del capitalismo del siglo XIX en terreno mucho más firme en la proximidad de un trono que en todos estos movimientos pugilísticos y revoluciones que convertían en primeros ministros a cuatro leguleyos suburbanos y aprendices de cerrajero.

Una nueva observación de Lucien Veyrac durante aquel banquete en el Salón de Hércules fue que María Antonieta tenía las piernas hinchadas y gruesas, que las líneas de su rostro eran duras y sus manos nada bonitas, y las uñas de sus gruesos dedos ridículamente cortas; como Berili refería la historia con sus más mínimos y vivos pormenores, infundiendo una vida espectral en el Crepúsculo de Cobre, no omitió mencionar que durante los intervalos los músicos solían hacerse señas aludiendo unos a otros a los bellos y mostachudos suizos y flamencos que habían tenido algo que ver con la reina. Berili no se daba cuenta de que con el relato de estos pormenores estaba franqueando los más estrictos límites impuestos en la casa Dukay, porque aquella chiquilla acurrucada en un rincón del sofá de tapicería, que escuchaba ahora su relato, había nacido de una princesa Schayenheim y, por lo tanto, debía considerarse parienta de María Antonieta. La decapitada reina de Francia, aunque fuese de una forma remota y vagamente, tenía una relación familiar con el palacio de Septemvir Utca, por lo menos a los ojos de la condesa Mentí, que calculaba muy justamente que el príncipe Rodolfo Schayenheim se había casado con la prima de María Antonieta, la archiduquesa Elisabeth, de la casa de Habsburgo. Los hijos Dukay, por muy ignorantes que permanecieran sobre otras cuestiones relacionadas con el sexo, eran debidamente informados desde la cuna sobre este punto. Pero Berili no sabía nada de todo esto. Trabajando enérgicamente con sus agujas de hacer calceta, continuaba sus irrespetuosas observaciones sobre la «cochina austríaca». No tenía la menor idea de que en aquel preciso momento el crepúsculo de Cobre estaba plantando su tienda de siniestra brujería en el corazón de aquella chiquilla de once años.

De la gloriosa Revolución Francesa, el abuelo Lucien vio algo más que aquel tumultuoso banquete celebrado en el Salón de Hércules.

—*Sais-tu, ma petite* —(las agujas seguían laborando en la media)—; todo este cochino asunto ocurrió porque Francia tenía un rey imbécil (*un roi complètement gaga*) que no consiguió siquiera terminar sus estudios debidamente. Tuvo la desgracia de casarse con una puerca, María Antonieta. ¿De qué servía que fuese hermana del emperador de Austria? ¡Era una puerca! ¡Y qué puerca! *Ah, quelle garce!*

Metiéndose cautelosamente una de las largas agujas de hacer calceta en el oído con el fin, sin duda, de quitarse un poco de cera, Berili pronunciaba estas palabras como si hubiese conocido a María Antonieta tan íntimamente como a una vendedora de ostras de Toulon llamada *madame* Rabaut con quien había vivido diez años, y que por las tendencias socialistas de sus amores no desdeñaba siquiera al barrendero municipal Gérard. Así, dicho sea de paso, es como se forjan los eslabones de una tradición oral, por causa de aquellos que resucitan las nebulosas figuras de la historia; por asociación con sus propias familias, cuyos gestos y miradas inventan los narradores. Sus personajes son arrancados a personas vivientes, parientes, amigos conocidos; sus robos se extienden incluso hasta las filas de inocentes desconocidos, y bajo este concepto difieren poco de los carteristas que frecuentan los tranvías. Son *raconteurs*^[20] que parecen novelistas. Berili no debe, por consiguiente, ser censurada por su ligera confusión de María Antonieta con la vendedora de ostras. Muchos otros, desde Carlyle hasta Stefan Zweig, se han asido a las faldas de la desgraciada reina al tratar de sacar a la realidad su nebulosa figura.

—*Antoinette* —proseguía Berili usando el nombre de pila de la rema, como si tuviese el más perfecto derecho a ello, ya que dirigirse de esta forma a los reyes y reinas es un derecho que los historiadores se han irrogado desde los tiempos antiguos —, *Antoinette* era una despilfarradora. Tenía un amante que se llamaba Colombe (la historia lo conoce oficialmente por Colonne) que la obedecía a un signo de su dedo. ¡Qué sacase dinero de las entrañas de la tierra, si era necesario! ¿Qué otra cosa podía ser aquel rubio petimetre sino ministro de Finanzas? ¡Naturalmente..., ministro de Finanzas! —Dio a su media otro vigoroso empujón después de haber limpiado en su falda la extraída cera del oído y pegada a la aguja, en la creencia de que su gesto pasara inadvertido tal como imaginan los que se entregan a tales menesteres—. ¿Y de dónde iba a sacar el granuja de Colombe todo este dinero? Del pueblo. ¡De los pobres! ¡Exprimían el dinero del pueblo oprimido para que la puerca de la austríaca celebrase sus banquetes! Para sus bujías de cera, su champaña, sus sedas y polvos y perfumes... porque en aquellos días la gente rica y distinguida no pagaba siquiera impuestos. ¿Quién soportaba la carga? ¡Naturalmente, el pueblo!

Las tortuosas narraciones de Berili coincidían algunas veces con la verdad histórica. Las dos amigas iban en ocasiones a dar un paseo, pero sin ningún deseo por

parte de ambas de trabar más íntima amistad.

—Mi abuelo solía decir que eran nueve hermanos y hermanas, y tan pobres que su madre no les daba muchas veces más que una rebanada de pan con manteca para cenar tan delgada como el papel. ¿Y de dónde cree que su mamá sacaba la manteca? ¡Manteca! ¡Qué se imagina! *Que penses-tu?* En aquel tiempo su madre estaba criando a su hijo menor. Tenía siempre un niño de pecho. Su madre ordeñaba su propia leche, la batía y extendía una ligera capa de manteca sobre la delgada rebanada de pan. ¡Leche humana! *Beurre humain!* Afortunadamente tenía leche abundante. La pobre mujer hacía esto en secreto, pero el abuelo Lucien tenía diez años entonces y se enteró de lo que hacía.

—¿Qué era el padre del abuelo Lucien? —pregunto Zia desde el rincón del sofá con la vocé en la infantil de la criatura que ha estado escuchando una historia.

—Era carrero. Pero había muy poco trabajo, y cuando hizo un poco de dinero se lo quitaron en seguida con los impuestos. Él abuelo salvó a toda la familia haciéndose lacayo del castillo del marqués de Raverney.

—¿Tenía un sueldo grande? —preguntó Zia con el deseo de hacer inclinar la balanza en favor de la aristocracia.

Berili inclinó la cabeza en dirección al sofá y dirigió a Zia una mirada de desprecio.

—Algunas veces haces preguntas idiotas, querida. ¡Un sueldo grande! ¡Para un lacayo! ¡Y en aquellos tiempos! Pero el abuelo era un muchacho inteligente y quería mucho a sus hermanos y hermanas, y era temeroso de Dios, de manera que robaba todo lo que podía en el castillo. Fruta, queso, asado... Una noche se llevó al granero un saco de trigo. *Mais naturellement!* —Berili levantó al aire las dos agujas de hacer media sin más explicación. Después prosiguió—: Afortunadamente no lo pescaron. Llevaba cuatro años de servicio en el castillo cuando vino el alboroto. ¡El gran alboroto! Era en 1778, el veintiocho de julio, a las nueve de la noche —(Berili cometía un error de diez años, pero éstas son cosas que pasaban también a Tácito)—. El pueblo estaba en un rincón apartado por el que el cartero no pasaba más que una vez al mes, de manera que en el castillo no tenían idea de que la revolución hubiese estallado en París quince días antes, que el pueblo se había amotinado y tomaba la Bastilla para liberar a los inocentes que el canalla de Colombe había aprisionado allí por mandato (desde luego) del rey y la reina. Bien, pues nadie en el castillo tenía la menor idea de lo que se fraguaba en París. Para cenar había perdices trufadas con salsa al vino tinto. *Perdreaux truffés!* Además del abuelo, había otros criados, Jean, Michel, Paul, que servían a la mesa, todos ellos con magnífica librea con botones de plata. Las bujías rosa relucían en los grandes candelabros sobre la mesa. Un reloj musical tocaba las primeras notas de *Au clair de la lune*. Había diez personas sentadas alrededor de la mesa, el marqués Raverney, su esposa, su hija mayor, Jacqueline, Pierre y Georges, ambos ya crecidos y, además, dos niños de seis y siete años, las dos institutrices y un invitado, el anciano conde... ¿cómo se llamaba?

(Zia se inclinó hacia adelante para escuchar. El cuadro era peligrosamente parecido al de los comedores de Ararat o del palacio de Septemvir Utca).

—La marquesa era una rubia delgada con una nariz grande y una boca pequeña. El abuelo solía decir que la consideraban una buena persona. El marqués Kaverney tenía tres cuerpos diferentes, uno en su barriga, otro más pequeño bajo la barbilla y otro en el occipucio de su calva cabeza, donde un bulto había llegado a adquirir el tamaño de una nuez. Ésta era la descripción de Michel que tenía siempre la cabeza llena de tonterías. El marqués tenía gran cariño a un chaleco de un verde escandaloso y llevaba constantemente un reloj del tamaño de una patata en cada uno de los bolsillos. El abuelo no tenía nada que objetar. Generalmente, en verano, comían bajo los nogales, a la luz de linternas, pero aquel día había habido una gran tormenta por la tarde y la lluvia amenazaba todavía. Se dio, por consiguiente, orden de servir la cena en el comedor, que tenía dobles puertas, una de las cuales daba a la terraza, dejando así pasar el aire fresco. Era alrededor de las nueve y media y el abuelo estaba sirviendo la perdiz al marqués cuando llegó del jardín un fuerte vocerío, voces de hombres y mujeres que parecían irse acercando. En cosa de pocos segundos todo un regimiento de gente del pueblo entró en el comedor por la puerta de la terraza. El alboroto fue espantoso, algunos estaban borrachos, otros llevaban patas de mesa en las manos u horcas para el heno o antiguas armas de fuego; incluso las mujeres llevaban palos y estacas de todas las especies, en la punta de las cuales habían clavado cuchillos y puntas de espada... Eran todos los del pueblo, pero había de otras aldeas también, y en medio del clamor era imposible entender lo que decían. Tollier, el carpintero, que era el más borracho de todos, avanzó de un salto hasta el lado ;de la marquesa y poniéndole su manaza en la nuca exclamó: *Ah, Madame notre bonne marquise!*, y empujó su cabeza hasta hacerle meter la nariz en el plato lleno de salsa al vino tinto. Alguien agarró una punta del mantel y lo derribó todo al suelo; la porcelana y la cristalería quedó hecha añicos... los candelabros se tambalearon y cayeron... las bujías rodaron por el suelo... una de ellas ardía todavía y pegó fuego a los bellos visillos de encaje del balcón. Las llamas provocaron una algarabía y gritos que helaban la medula y los huesos. Debió de ser horrible...

—¿Les hicieron daño? —dijo Zia con voz temerosa.

Berili levantó los ojos al cielo y dijo simplemente:

—*Mon Dieu!*

—¿Y el lacayo, su abuelo... no los protegió?

De nuevo Berili volvió la cabeza hacia el sofá. Durante algunos segundos suspendió su labor. Finalmente, dijo:

—Su mismo padre estaba entre ellos.

Después, como protesta a la idea no formulada, levantó los brazos al aire como desvaneciendo las sospechas que pudiesen pesar sobre cuatro generaciones de Veyracs.

—¡Pero no tocó a nadie! *Ah, non non! Lui, il n'était pas un de ces types!* (¡Oh, no,

no! Él, que no era uno de esos tipos). No era así. Es verdad que había llevado su hacha, pero no la usó más que contra las paredes. Se sentó en una silla e hizo pedazos todos los retratos antiguos de la familia y los recuerdos enmarcados en piel de la noble estirpe de los Raverney. Como toda su vida fue un hombre diligente estuvo hasta el alba yendo de una habitación a otra. Y el abuelo Lucien no tomó tampoco parte en las obscenidades. No puso un dedo sobre nadie. Pero dos de los lacayos, Michel y Paul, que permanecían allí con una expresión atónita en el rostro y minutos antes estaban sirviendo las fuentes de plata... ciertamente dieron un buen empujón al carro... *Oh, mon Dieu!*

—¿Mataron también a los chiquillos? —dijo Zia con voz temerosa desde su rincón del sofá.

Berili respondió evasivamente.

—El abuelo solía contar que cuando llegó el alba, el corredor del castillo, pavimentado con grandes baldosas de mármol, tenía una gran franja roja de punta a punta. Habían arrastrado a la marquesa por el corredor cogida por los cabellos.

Zia ocultó su rostro en el almohadón de seda. Veía ante ella el cuadro del corredor del castillo de Ararat con la condesa Mentí arrastrada del mismo modo por el pavimento de mármol.

Berili se dio cuenta de ello y prosiguió tranquilizándola:

—Estas barbaridades no se cometieron en todas partes. En algunos castillos se limitaron a llevarse a los propietarios. Algunas veces los nobles se disfrazaron de campesinos y consiguieron escapar. —Berili dobló pensativamente la media a medio acabar y clavó las largas agujas en la pelota de lana—. De esto hace mucho tiempo... olvidémoslo —concluyó.

Se fue cojeando hacia su habitación. Cojeaba porque sufría arterioesclerosis. El endurecimiento de sus arterias le daba periódicamente dolores de estómago y le hacía cojear.

Zia estaba sola en su cuarto. El Crepúsculo de Cobre era cada vez más sombrío. Estaba casi a punto de gritar. Temblando, se refugió en un rincón del sofá y apretó su pequeño puño todavía más convulsivamente contra su boca. Hacía apenas tres años de su regreso de Willensdorf, de donde habían escapado al estallar la revolución «comunista» en Hungría. Esta pronunciación errónea de la palabra era peculiar en ella, de la misma manera que durante mucho tiempo pronunció «aranjas» en lugar de naranjas, pero no tenía todavía idea de lo que significaba la revolución «comunista». Estaban ya desde hacía algún tiempo en Willensdorf cuando llegaron el conde Dupi y la condesa Mentí. El conde Dupi iba disfrazado de deshollinador y la condesa Mentí de campesina, con un pañuelo a la cabeza y una cesta al brazo. Con muy buena voluntad, el conde Dupi hubiera podido pasar por un deshollinador, pero la condesa Mentí, pese a sus refajos, sus enaguas almidonadas, sus medias abigarradas y sus

zapatillas Szeged, trascendía a media legua su origen Schayenheim, porque hablaba el húngaro deplorablemente, sin contar con que su blanco rostro y sus delicadas manos, envueltas en su pañuelo campesino, le daban un aspecto de porcelana de Sajonia. Este asunto de los disfraces era como si alguien hubiese querido, con unas cuantas piezas de ropa, convertir a una jirafa en un borrico. Todo aquello parecía muy divertido de momento, y los chiquillos, riéndose, rodeaban a sus padres, disfrazados porque, el haber conseguido cruzar con éxito la frontera, lo atribuían a su habilidad en disfrazarse ignorando que el señor Gruber, su secretario, que había combinado su fuga, había sobornado tan eficazmente a dos guardias austríacos de la frontera que el conde Dupi y la condesa Menti hubieran podido cruzar el puente vestidos de emperadores alemanes con corazas de plata y la corona en la cabeza sin que los guardas volvieran la cabeza hacia ellos para mirarlos.

De todo esto, la mente infantil de Zia sólo recordaba que papá y mamá se habían disfrazado de campesinos. ¿Por qué se habrían vestido con ropas de campesino como los aristócratas franceses de los tiempos del abuelo Luden? ¿Tenían miedo también? Su cabeza bullía con tantos misterios.

Comenzaba ahora a turbar particularmente a la chiquilla un recuerdo relacionado con un pato asado. Ocurrió hacía dos años, en agosto, en casa de tío Paul. Tío Paul se había casado también con una Schäyenheim y vivía en un castillo casi tan grande como Ararat. Estos parientes propietarios de castillos solían visitarse mutuamente con frecuencia y en estas ocasiones los dormitorios de forasteros estaban ocupados durante semanas enteras. La condesa Menti y el conde Dupi tomaron a Zia y a Berili y se fueron a hacer una visita a tío Paul que en aquellos momentos tenía un huésped notable; un elefante vivo, no más alto que un ternero. Tío Paul había comprado aquel elefante, para diversión de los chiquillos, a un circo ambulante que había hecho bancarrota y tenía el plan de ceder el animal, cuando creciese, al jardín zoológico. El animalito estaba completamente a sus anchas paseándose por aquel parque y parecía que desde hacía varias generaciones sus antepasados habían vivido en aquellos ambientes; pacientemente toleraba los gritos y el alboroto de los chiquillos que danzaban alrededor de él. La expresión de *Adalberto* —era el nombre del elefante— estaba llena de maliciosa cordura. Sus pestañas negras de un dedo de longitud recordaban las de aquella actriz de cine que había rodado una película en su castillo aquella primavera, con la diferencia de que la actriz, al terminar la sesión, empleando sus dedos como pinzas, se quitaba las pestañas y las daba a guardar a su doncella, cosa que *Adalberto* no podía hacer porque, en primer lugar no tenía doncella y porque sus pestañas eran auténticas pestañas de elefante, como explicó la condesa Menti a la incrédula chiquilla. *Adalberto* tenía un gran talento de malabarista, pese a que su forma y extremidades negasen la posibilidad de tal destreza. Su instrumento era una pelota hinchada de aire que no volvía a tocar al suelo una vez se le había lanzado, porque *Adalberto*, sin moverse, usando ahora su cabeza, ahora su trompa, ahora la punta de la cola, la mantenía constantemente en el aire. Movía imperceptiblemente la

cola o una de sus gruesas patas y la pelota saltaba al aire sin que *Adalberto* le hubiese dirigido siquiera una mirada, casi como si tuviese también ojos con largas pestañas en sus pezuñas o en su cola de ratón. Y cuando se cansaba del juego ponía la trompa de lado como el bastón de jugador de *baseball* y lanzaba la pelota a las ramas más altas de algún árbol cercano. Parecía dirigirse a la esfera de goma como si fuese algún gigantesco insecto: «Ahora, basta ya, no hagamos más tonterías». Era para morirse de risa, y a fe que no faltaban las risas juveniles.

Los diez días de estancia en medio de los primos y de *Adalberto* comenzaron magníficamente, pero al segundo día hizo su aparición en la mesa un pato asado, cosa que, en sí, no tenía nada de extraordinario. Los criados servían las fuentes de plata lo mismo que en casa, y estaban todos saboreando el succulento plato cuando tía Stefi, con el acostumbrado ademán de su rubia cabeza ya gris, dijo con voz suave desde el extremo de la mesa:

—*Wisst Ibr, Kinder...*, ¿sabéis qué clase de pato es éste, chiquillos?

Y contó que el jardinero jefe había confiscado a una anciana dos patos, porque a pesar de la estricta prohibición, habían estado rondando por los cotos del parque, pero el señor Hórcher tenía ojos de halcón (*er ist ein Mann mit Adleraugen*) y como un halcón se había arrojado sobre estos dos patos.

Tía Stefi tuvo un gran éxito con la descripción que hizo del señor Horcher arrojándose sobre estos dos patos, y los chiquillos lanzaron grandes risotadas. Pero entonces ocurrió una cosa curiosa e inesperada. La condesa Mentí dejó su tenedor y su cuchillo, luego su servilleta sobre el plato y levantándose salió del comedor. Estaba visiblemente pálida. Tía Stefi y tío Paul se miraron asombrados e incluso los criados siguieron su salida con la mirada, pero lo hicieron sin mover la cabeza. Una súbita frialdad cayó sobre la mesa, una frialdad que fue notada incluso por los chiquillos porque se posó sobre su piel pese a que no sabían lo que significaba. Una parte del secreto le fue revelado a Zia algún tiempo más tarde, pero no se lo dijo a nadie, ni aun a Berili, que pinchó y acució en vano a la chiquilla con sus curiosas preguntas. *Qu'est-ce que c'est que ça? Qu'est-il arrivé?* (¿Que es eso? ¿Qué ha sucedido?).

La habitación de la condesa Mentí estaba al lado de la suya y sólo una tenue puerta las separaba. Después de la cena, tío Paul y tía Stefi fueron a la habitación de la condesa Mentí, y allá, detrás de la puerta cerrada estalló una pelea. Zia se pegó a la puerta y escuchó. Era la primera vez que se enteraba de los secretos de los mayores. Tan agitado era el cambio de palabras alemanas que Zia no entendió gran cosa, pero el solo hecho de que su madre, que jamás elevaba la voz, se expresase ahora acaloradamente, era tan inusitado, incluso tan aterrador, que parecía que una nueva mamá hubiese entrado en este mundo. Pero una frase dicha con voz aguda e imperativa por la condesa Mentí fue suficientemente clara para Zia.

—*Wenn jemand ein Rittergut von sechzigtausend Joch hat, ist er keinen solchen Gänsebraten!* (¡Nadie que tenga sesenta mil acres de tierra tiene derecho a comer este

pato!).

Berili, al lado de Zia, con el rostro congestionado, estaba excitadísima y asediaba a la chiquilla a preguntas:

—*Que disent-üs? Qu'est-il arrivé?* (¿Qué dicen? ¿Qué ha ocurrido?)

Pero Zia se limitó a encogerse de hombros y no le tradujo siquiera la única frase que había entendido, porque comprendía que encerraba algún misterio familiar. Berili no podía contar más que con los recursos de su imaginación. Abrió los brazos plañideramente.

—*Mais je ne comprende pas...* No lo entiendo. El pato estaba muy bueno, no olía mal. Tengo olfato.

Pero la chiquilla de nueve años supo desde entonces que el pato apestaba. No era la peste de la carne descompuesta, sino algo más, una peste más profunda, que la condesa Mentí —alma sensitiva— había percibido. Al cabo de una hora, el coche estaba ante la puerta y se marchaban. La condesa se marchó sin despedirse. Es probable que con el curso de los años interviniesen otras causas, pero éste fue el principio del alejamiento entre la condesa Mentí y la familia de tío Paul.

En aquel tiempo, Zia sólo tuvo una vaga comprensión de lo ocurrido. Ahora, sentada en medio de la neblina del Crepúsculo de Cobre, abandonada de Berili y sola con la historia del abuelo Lucien, comenzaba a comprender que un lazo siniestro relacionaba el pato asado con el ensangrentado cuerpo de la marquesa Raverney. Y ahora, también, comenzaba a comprender el nexos entre este asunto y la historia que tío Dimitri empezó a contar durante una cena en presencia de todos ellos una noche de la pasada primavera y que la condesa Mentí cortó en seco con una frase en inglés, después de la cual tío Dimitri se puso a hablar súbitamente de caballos. La llegada de tío Dimitri aportó a Zia el mismo misterioso mensaje de Rusia que había resonado en la historia del abuelo Lucien, un mensaje que parecía indicar que algún día le exigirían el pago de aquel pato asado, del pequeño elefante, de las grandes fuentes del parque y de todo lo que la había rodeado. Por primera vez, aquella tarde de finales de octubre todas estas oscuras asociaciones se encontraron, se mezclaron y se fundieron en el alma de Zia. Un leve sentido de responsabilidad arraigó en el alma de la chiquilla durante el atardecer de aquel Crepúsculo de Cobre.

Berili seguía buscando en el cuartito de la habitación contigua, porque Berili estaba siempre buscando algo, si bien no sabía nunca en realidad lo que buscaba. Podría suponerse que Berili había tramado un cobarde desquite de la gente humilde sobre la juvenil condesa confiada a sus cuidados, envenenándola deliberadamente con una infiltración de miedo, pero Berili era inocente. El grifo no es censurable porque alguna vez deje correr agua turbia en lugar de clara. La culpa no es del grifo, sino de la herrumbre de las cañerías, del pozo y de bajo la tierra.

CAPITULO II

LA vida estaba dividida entre el palacio de Septemvir Utca y el castillo de Ararat, de manera que los meses de verano se pasaban en Ararat y el invierno en Septemvir Utca, mientras la primavera y el otoño transcurrían en la villa de Reichenau o en Niza. Lo mismo en el castillo de Ararat que en el palacio de las colinas de Buda, cada chiquillo disponía de tres habitaciones: una para dormir, otra para la institutriz o preceptor a él afecto y otra para sus necesidades sociales. Las habitaciones contiguas pertenecientes a Kristina llevaban ya tres años vacías. Después de la muerte del rey, Kristina se fue a España y cada medio año mandaba a alguno de sus hermanos una tarjeta postal que, con Sus palmeras y sus playas índigo o sus moradas buganvillas trepando por los rutilantes muros blancos de las calles españolas, parecía una leve pluma dejada caer en la maleza de los brezos por alguna ave exótica de paso; pero Kristina, en persona, no volvió a aparecer. Se había desvanecido en las nubes de la real tragedia. Las habitaciones del conde János se hallaban en el ala norte y las de Gyorgy estaban también vacías, porque estaba en su primer curso de Cambridge donde estudiaba leyes y economía política. Fue el primer Dukay que obtuvo un título agrícola mientras estuvo en Hungría, porque de todos los Dukay fue el primero en prepararse con un profundo sentido de la responsabilidad para asumir, a la muerte de su padre, el gobierno de las propiedades. János cursaba sexto año en un colegio parroquial de Budapest, y su preceptor, el doctor Kliegl, estaba encargado de su educación. El conde Rere y el señor Badar tenían las habitaciones en el corredor de la planta baja, cerca de las dependencias de servicio, circunstancia que demostraba que Rere no era considerado como una persona completamente humana.

Antes de la guerra, la casa resonaba con los chillidos de los chiquillos y la torre de Babel del alemán, francés e inglés de los preceptores e institutrices, pero desde entonces se había apaciguado mucho. Las habitaciones de los chiquillos no se parecían en nada a los bulliciosos dormitorios de los niños de la clase media, con sus gritos, sus cortinas blancas y sus muebles pintados. Aquí los dormitorios eran abovedados, con gruesos cortinajes, muebles oscuros y más viejos que Matusalén y viejas pinturas nebulosas, reminiscencias —como el resto de las habitaciones— de que los Dukay, como miembros del clan Ordony, tenían ya cerca de mil años de existencia. Incluso en la carne rosada y la tierna estructura ósea de los chiquillos Dukay había un elemento del fósil humano.

El bálsamo del amor maternal era ajeno al corazón de la condesa Mentí como el canto del ruiseñor en la garganta del avestruz. Había consumido toda la pasión animal del instinto maternal en su primogénito imbécil. No sentía por los otros hijos el menor amor maternal, en el sentido convencional de la palabra, según la clase media. Y no hubiera sido digno de una princesa Schayenheim informarse de las nimiedades de sus pequeños ni mecerlos en sus rodillas, ni murmurarles cosas con una voz ridícula, ni, en una palabra, entregarse a todas esas ridiculeces que hacen las madres

de la clase media, como, por ejemplo, masticarles la comida y metérsela con su propia saliva entre las desdentadas mandíbulas. Incluso en sus relaciones con sus hijos, la condesa Menti guardaba la distancia que su dignidad exigía. Sus habitaciones del primer piso estaban no sólo geográficamente, sino espiritualmente a una gran distancia de las de los chiquillos, en las cuales se aventuraba con poca frecuencia y siempre por accidente. Pero el hecho es que su presencia no era necesaria, puesto que la responsabilidad maternal estaba debidamente atendida por un preceptor o institutriz para cada uno de sus hijos. Y esta persona, fuese preceptor o institutriz, tenía la obligación, de acuerdo con la precisa estimación de la condesa Menti, de ejercer su misión con todo rigor en el más literal sentido de la palabra. La función de preceptor (o institutriz) es como los paraguas o las bicicletas, cuyos puños o manillares pueden ser de distintos modelos y manufacturas; el preceptor (o institutriz) puede ser francés, inglés o alemán, hombre o mujer, joven o viejo, pero a fin de cuentas es un *preceptor* y nada más. El hecho de que estos cargos de preceptores o institutrices se encarnasen en seres humanos cuyas individualidades y capacidades espirituales podían reflejarse en los chiquillos, escapaba completamente a la comprensión de la condesa Menti que no veía en ellos más de lo que veía en los criados; unas libreas que contenían unos mecanismos dotados de extremidades y destinados a abrir puertas, servir las fuentes, hacer profundas reverencias, cumplir con rapidez las órdenes recibidas, abrir los labios para contestar a las preguntas, pero no para hacerlas, ojos que no ven y orejas que no oyen más que aquello a que la necesidad obliga. Hubiera sido un error suponer que esta actitud hacia la servidumbre era hija de una insensibilidad o un exceso de orgullo por parte de la condesa Menti. Era el arte de mandar lo que le imponía considerar a los inferiores de esta forma. El conde Dupi, cuya bulliciosa juventud y exaltado espíritu lo había acercado a la vida mucho más que la condesa, se veía obligado a adoptar la misma actitud respecto a los preceptores, institutrices y servidumbre.

Y así los padres Dukay no tenían la menor idea de las dos diferentes direcciones que sus dos hijos más jóvenes, Zia y János, iban tomando en el cumplimiento de sus diversos destinos, allá en las alas norte y sur del castillo, bajo la tutela de *madame* Couteaux y el doctor Kliegl; Zia hacía una vida de luz y salud; János, hasta el límite más completo y lamentable de la destrucción. No sabían ni podían darse cuenta de hasta qué punto aquellos dos dispares destinos debían ser el resultado de una primera educación, pero nosotros, considerando el destino de los chiquillos y nuestra historia retrospectivamente, nos vemos obligados a ponernos al lado de Taine, quien sostenía —durante la gran controversia que tanto revuelo produjo a finales de siglo— que, aparte de la raza y el tiempo, el ambiente es de capital importancia en la determinación de los motivos. Yendo más lejos aún, el destino de los chiquillos Dukay nos desafía a tener en cuenta una hipótesis más osada todavía, a creer, en contradicción con la hoy vetusta teoría de la predestinación, sostenida por el obispo de Hippo, que la educación es capaz de producir hombres *enteramente* nuevos,

hombres independientes de los industriosos gérmenes y cromosomas del claustro materno, independientes en general de las dignidades heredadas.

Consideramos un hallazgo inusitadamente feliz haber establecido el concepto de *fósiles humanos* para los hijos Dukay, descendientes del clan Ordony. Pero si esta seductora metáfora poética tiene que resistir la prueba de la verdad, debemos continuar diciendo que en el caso de Zia, los fósiles fueron atacados y disueltos por el ácido de la hija del fabricante de quesos de Carcasona. En su convicción de que la influencia de *madame* Couteaux sobre Zia no se extendía más allá de los límites de la enseñanza del idioma francés, los padres Dukay cometían un error análogo al de la persona que tomase sales sulfúricas concentradas en lugar de aceite de ricino para curarse el estreñimiento. En las habitaciones del primer piso del castillo, la condesa Menti y el conde Dupi, iban envejeciendo y llevando una vida seria —pero especialmente la condesa—, se hacían denodados esfuerzos, aún después de la caída del régimen de los Habsburgo, para preservar, dentro de la constitución de sus almas, en el clima de su castillo y el comportamiento de la servidumbre, la observancia de las más barrocas formas de la alta clase húngara, mientras en el piso medio del ala sur del castillo su hija menor estaba sujeta a influencias que escapaban a su fiscalización, influencias que jamás hasta entonces penetraron en aquellos muros ancestrales. Durante el viaje de regreso al castillo desde su destierro austríaco, después del efímero episodio revolucionario comunista, cuando el conde se enteró durante su corta conversación con *madame* Couteaux de que su nombre era Marianne, más para hacer alarde de su erudición que por otra cosa preguntó con un cómico guiño: *Connaissez-vous Marianne?*; pero, ¿cómo podía sospechar que aquella vieja y fea francesa no solamente conocía a Marianne, sino que en el verdadero fondo de su alma era la auténtica Marianne de gorro colorado, el espíritu inmortal y diabólico de la revolución, eternamente joven? Podría suponerse por todo esto que *madame* Couteaux, disfrazada de institutriz francesa, se había abierto camino hasta el interior de aquel castillo abovedado de Ararat, con objetivos semejantes a los de los agentes secretos durante una revolución actual, que amontonan maletas llenas de dinamita en los pilares de los puentes durante la oscuridad de la noche para hacer saltar los expresos de lujo, mientras los inocentes viajeros duermen en los coches cama con sus pijamas de seda, pero no hay tal.

Nada estaba más lejos de la mente de Berili que semejante objetivo. Era una de esas personas que no tienen objetivo alguno, que existen sencillamente, pero cuya existencia es más importante que cualquier objetivo determinado. La existencia de Berili al lado de Zia era la constante presencia de las lejanías del sur de Francia y no hay en el mundo entero otro sitio donde la alegría humana brille con una llama tan consumidora. Son gentes que no respetan nada de lo que los hombres en general consideran digno de respeto. Son gente temerosa de Dios, pero esto no evita que, incluso los adultos, prendan un papelito en la espalda del párroco o gasten bromas semejantes. Durante la Consagración y en los momentos más reverentes de la Misa,

su humildad es profunda y sincera al arrodillarse sobre las losas de la iglesia al sonido de la vibrante campanilla, pero cuando están de pie no pueden refrenar el impulso de mirar a una mujer, por desconocida que sea, pero lo hacen como si esto formase parte del acto de estar de pie y, por consiguiente, sus rostros conservan la seriedad apropiada al divino acto. Carecen de la capacidad de respetar las formas de la sociedad, de las pálidas bellezas de la tradición o de la impresionante pompa de las observancias patrióticas nacionales, a pesar de que difícilmente se hallaría otra raza más estrechamente aferrada a su herencia y más plenamente imbuida de amor patrio. Han dado vida al alcalde de pueblo, que celebra con grandes festividades la erección de un urinario público en la plaza mayor del pueblo, y que es el primero, en cuanto se han acallado los ecos de los discursos oficiales, en penetrar —con la chistera puesta, el grueso gabán sobre los hombros y las evocadoras patillas de la majestuosa dignidad de Maupassant— y consagrar el verdaderamente útil e indispensable recinto de la salud pública y bienestar, mientras las cornetas y tambores entonan el himno nacional. Y entre ellos se halla también el promotor de las reformas escolares de las muchachas, que ha saturado de conceptos morales un volumen titulado *La Salvación de la Virtud Femenina*, pero que ha tenido que ser expulsado de su cargo porque se ha observado que un gran número de sus alumnas no habían sido salvadas precisamente. Son gente que se dispone a recibir la visita de algún personaje influyente, metiendo primero la mano en el agua a fin de cumplimentar a los dignatarios con un húmedo apretón de manos y una profunda reverencia; son capaces de jugarse su puesto o su licencia comercial por gastar la más insignificante broma. Berili, como régimen diario, le contaba estos y otros similares incidentes a Zia. Los protagonistas de sus historias no respetaban ni el sufrimiento ni la muerte. *Madame* Couteaux estaba torturada por unos calambres hipertónicos que acompañaban la arteriosclerosis y de vez en cuando quedaba seriamente imposibilitada. Se ponía pálida de dolor, o se cubría de sudor frío, pero en cuanto recobraba la respiración, soltaba un chiste o una broma. Era el tipo de persona que no inspira siquiera respeto. En aquellos días, Berili se acercaba ya a los sesenta años. Usaba pantalones de franela que le caían más abajo de las rodillas y tenían un borde de encaje.

Los pechos de Berili colgaban tan ostensiblemente bajo su traje, que pocos días después de su llegada fue obligada por la condesa Mentí a usar corsé, y éste le oprimía de tal manera que les daba la forma de dos largos panecillos que saliesen de una cesta. Sus pies eran nudosos, y las venas de las corvas azules y negruzcas a causa de las varices. Sus hombros eran encorvados, su pelo desarreglado y sin peinar. Con los pies descalzos y en pantalones, delante del espejo mientras se vestía, no paraba de hablar un instante:

—¡Mira la vieja bruja ésa! ¡Puá! ¡Mira esos pies! *Regardez ces pieds!*

Se mofaba tanto y tanto de sí misma, con tan cruel sinceridad, que Zia no podía por menos que reírse.

Su constante falta de respeto ante todo era, en un análisis final, una ilimitada

adoración de la vida, la juventud y la belleza. Este tipo humano Vía sido recientemente metamorfoseado por Pagnol y Giono, e indiscutiblemente en los grandes éxitos de caracterización de Kaimu. *Madame* Couteaux era la contrapartida femenina de César en el *Marius* y del panadero de Giono. La hija del fabricante de quesos de Carcasona tenía, además, una cierta semejanza con el queso del sur de Francia, en el cual la suavidad de la leche se combina con la fragancia especiada de las colinas espinosas, los salados cabos blancos del Golfo de León y los tomillos de los Pirineos. Esta amalgama de olores es un poco apestosa, pero está saturada de inmensas cantidades de luz solar. El gran fabricante de quesos que creó el Mundo, añadió un pellizco de la furia del roedor, una gota de suero de la maledicencia y una salpicadura de toda especie de prevaricación, y con todo ello confeccionó el marco espiritual de *madame* Couteaux. El carácter de Berili era limpio y claro, pero salpicado por algunas manchas, como el delantal de una cocinera con sus lamparones. Por ejemplo, hablaba demasiado incluso cuando estaba solar sostenía conversaciones con objetos inanimados, los reñía, los llamaba al orden, los elogiaba o los mandaba a paseo según su humor. Así, todo a su alrededor cobraba vida, adquiría un aspecto diferente, ya amable, ya cruel: sus ropas, sus diminutas tijeras, sus dientes postizos, sus agujas de hacer calceta, el corsé que la condesa Mentí le había hecho poner, los muebles y los cajones de su ropero. Adoraba y llevaba al más alto grado de la perfección el arte de convencer, que consistía principalmente en emitir juicios no enteramente imparciales sobre nuestros semejantes. Se tomaba dos días libres cada mes, y los pasaba en Budafok, donde había descubierto varias familias francesas en la destilería de champaña y la fábrica de esmaltes. La forma como consiguió dar con ellos queda clara únicamente para aquellos que están familiarizados con los secretos de los insectos o los peces, guiados por los instintos en las vastas extensiones de las selvas o los océanos. Budapest no ha tenido nunca una colonia francesa considerable. Los años de guerra se habían tragado los escasos franceses que seguían dispersos por la ciudad, de manera que los miembros de la colonia de Budafok tenían algo de piezas de museo. Y en realidad no eran otra cosa: *monsieur* Gastón Deleriaux y su esposa Germaine en la destilería, y *monsieur* Bottin con su madre y su anciana hermana en el taller de esmaltes. *Madame* Couteaux fue el sexto miembro de esta colonia en miniatura. Pasaba los domingos con ellos, peleándose y discutiendo, les llevaba regalos y los aceptaba en retorno, y si bien Zia no había visto nunca a ninguno de los miembros de la colonia, Berili se llevaba a casa tantas precisiones respecto a ellos que las figuras iban cobrando gradualmente vida hasta que Zia fue capaz de imaginarse a *monsieur* Deleriaux dándose cosmético en el bigote, embellecimiento que, al decir de Berili, le daba al bigote un aspecto de clavel y contenía más suciedad que cosmético. Zia sabía que las caderas de Germaine eran un poco postizas, que el obeso *monsieur* Bottin tenía halitosis, que la vieja *madame* Bottin era sorda como una campana y que *mademoiselle* Deleriaux, tenía bastante más de cincuenta años, a pesar de que *monsieur* Deleriaux le echaba sólo treinta y

seis.

Además de estos seres vivientes, Berili gozaba de otra sociedad más populosa y llamativa; los recuerdos de su infancia, de su juventud, y los subsiguientes años de Londres, de los cuales brotaban los seres humanos con tanta vida como los de los domingos de Budafok. Y, así, las tres habitaciones que encerraban a una condesa adolescente y una anciana institutriz francesa en el ala sur del castillo de Septemvir Utca eran más vivas y ruidosas de lo que nadie hubiera podido imaginar. Cuando salían las dos de sus habitaciones producían la impresión debida y adecuada, eran la condesa Zia y la anciana francesa; pero cuando estaban solas el cuadro cambiaba, eran como una osa vieja y su cachorro adoptado en el seno de alguna selva oscura. Sabemos ya que en el preciso instante de su encuentro en Willensdorf, *madame* Couteaux había prendido en su corazón a aquella chiquilla de pelo rubio ceniza y miembros frágiles, no sabiendo apenas quién era, pero entronizándola realmente en el lugar dejado vacante por Louise, a quien la epidemia de gripe se había llevado.

Por todo esto puede verse que nada estaba más lejos de *madame* Couteaux que aquel concepto que suele tenerse de las institutrices, atribuyéndoles un cierto método, cultura y propósito. Con la mejor voluntad del mundo *madame* Couteaux no podía ser llamada culta. Tenía noción de la existencia de Napoleón y opinión sobre él —*le pauvre petit caporal*—, sencillamente porque ésta había sido la impresión que su abuelo había tenido, basada en sus impresiones personales. *Madame* Couteaux sabía la tragedia de Mayerling y del archiduque Kodolfo porque la parte romántica de este asunto había producido mayor impresión en los salones y cocinas de toda Europa al final del siglo que, más tarde, la declaración de guerra. Hombres y mujeres ansiosos de emoción, refocilaban sus salaces imaginaciones con el erotismo de la historia. También Berili relató a Zia durante la «hora de historia» el hecho tal como lo había oído contar en la cocina del hotel de Londres. Sus otras capacidades culturales comprendían una formidable habilidad en el arte de hacer media y, cucharón en mano, era docta en mezclar la sal, la pimienta, el vino blanco, el laurel y el tomillo, además de otras especias, con la maestría con que un violinista mezcla las armonías, porque es sabido que el arte culinario alcanza su más alta perfección en las regiones que se extienden hacia el sur de Lyon.

La falta de cultura de Berili no quería decir q-e no apreciase aquellos misteriosos destellos de belleza artística de los cuales la vida está tan saturada, pese a los pocos que son capaces de sentirla y comprenderla. Esta sensibilidad está solamente descrita de una forma adecuada llamándola fuerza de la poesía popular, que tiene no solamente capacidades expresivas, sino receptivas también. Hay gente de las clases sociales más bajas, estibadores, prostitutas de los puertos destrozadas por las enfermedades y costureras empobrecidas, que ven las fascinadoras maravillas de la vida con mayor claridad que todos los presidentes de frente de mármol de las academias. *Madame* Couteaux pertenecía a esta educación perceptiva y entusiasta. No había destello de belleza, por insignificante que fuese a este mundo, que no le

hiciese exclamar: *Ah, ça c'est magnifique!* (¡Ah que bello es esto! Cuando iba a pasear por Buda con Zia y llegaba a la gran puerta estilo renacimiento de alguna antigua casa, su voz ronca parecía arrulladora con su *Ah, ça c'est magnifique!*, si bien ignoraba que los restos pétreos de la vieja puerta habían sido identificados como de la época renacimiento por una presunción, ignorada de ella, de la inteligencia humana. Las viejas escaleras de piedra de Gülbaba Utca merecían su más alto encomio: «*Ah, ça c'est magnifique!*», exclamaba cuando pasaban por allí a la caída de la tarde. Iban a dar paseos en bote por el Danubio, y cuando en alguna isla se inclinaban unos sauces sobre el agua, reflejándose en la plateada corriente, Berili exclamaba: *Ah, ça c'est magnifique! C'est comme un bateau vert qui avance!* (¡Ah, es magnífico! ¡Es como un barco verde que avanza!). Y en el entusiasta frenesí de su admiración parecían cantar las palabras. Cuando se segaba la hierba de los prados que rodeaban el castillo o durante uno de sus paseos por el campo y el rítmico movimiento de los segadores, el color de los prados y del cielo enmarcaba el cuadro y el cuadro en sí poseía la dulce musicalidad de la emoción... *Ah, ça c'est magnifique!*, exclamaba. Este *Ah, ça c'est magnifique!* formaba tanta parte de la esencia de la *madame* Couteaux como aquella excrecencia velluda que desde su nacimiento tenía sobre el labio. El curso del arroyo corría por las piedras musgosas, y las ramas de los helechos formaban rayas verdes y amarillas con la luz del sol sobre el agua; Berili entornaba los ojos y hacía un marco con sus manos nudosas para aislar de cuanto lo rodeaba este pormenor; *Ah, ça c'est magnifique!* Cuando en algún pueblo veía alguna muchacha campesina con los pies descalzos, se detenía para hacer observar a Zia la magnificencia del inculto pelo que le caía sobre la nuca. Y así, sin la menor intención pedagógica, simplemente por la expansión de su inmenso amor a la vida, iba ensanchando los horizontes del mundo en el alma de Zia y le enseñaba que las radiantes bellezas de la vida podían ser halladas, no solamente en el castillo y en el palacio de Septemvir Utca dentro del estrecho círculo de su propia existencia, sino por todas partes, esparcidas generosamente por todo el mundo. Este medio de educación era ya de por sí un acto revolucionario.

El día que cumplió doce años, Zia recibió como regalo de su padre una máquina fotográfica. El conde Dupi era el único miembro de la familia que accidentalmente penetraba en sus habitaciones, llevando siempre algo para su críquet, un parasol, joyas, guantes, gemelos de teatro y finalmente una cámara fotográfica. Por consiguiente, Zia, cuando salía de paseo con Berili tomaba constantemente fotografías. Al principio fue Berili y los objetos que la rodeaban lo que llamaron la atención, pero de pronto se acostumbró a fijar sus ojos en las demás bellezas de la tierra: los brillantes colores del colibrí, el cachorro de *basset* con la barriga tocando el suelo, cautelosamente apoyado contra uno de los indiferentes leones de piedra del puente colgante; el funcionario, con su cartera bajo el brazo, caminando

apresuradamente hacia la oficina, y el viejo caballo de alquiler, reflexionando pacientemente sobre la creación del mundo.

Madame Couteaux no tenía tampoco la menor cultura literaria, a pesar de que leía bastante durante sus horas de aburrimiento. Se agarraba a los libros franceses de la biblioteca del castillo y los almacenaba en su cuarto. De la misma manera que un ratón en la despensa puede distinguir entre la caja de pasas y el bote de los clavos, sabía perfectamente qué literatura escoger para distraer sus viejos ojos cansados. Leía silenciosamente durante largo rato para exclamar, de repente, echándose los mechones de pelo gris detrás de la oreja: *Ah, ca c'est magnifique! Ecoute ca, c'est bien trouvé! (¡ Ah, eso es maravilloso! Escuche eso, se ha encontrado!*

CAPITULO III

EN aquellos tiempos, la escuela filosófica de Modling luchaba con la dificultad de clasificar al hombre en dos categorías, según los rasgos de su carácter y su manera de pensar. Había una imperativa necesidad de ello; después de la Primera Guerra Mundial, el eventual lector de periódicos, consternado, dejaba a menudo éste y se iba a la cama con dolor de cabeza. Era ya imposible seguir un orden de ideas intelectual; no había manera de comprender por qué el general Zeligovski había dado un golpe militar en Polonia, por qué los italianos mandaban barcos de guerra a la isla de Corfú, por qué los rusos se agitaban, por qué el presidente del Consejo de Ministros, Eduardo Dato, era asesinado en Madrid, qué significado tenía la Constitución Vidovon de Yugoslavia, por qué el sultán Mehmet se veía obligado a huir, cuál era la meta final de los liguistas, separatistas, sionistas y legitimistas; las ramificaciones de la escena internacional eran más difíciles de seguir que la teoría de Einstein, que en aquellos días estaba creando la revolución más grande conocida en el mundo matemático. En los restaurantes los clientes esperaban en vano poder encargarse de la comida, porque los camareros se retiraban a un rincón a discutir la teoría de la relatividad. Gente conocida por su estupidez declaraba con aires de suficiencia que entendían perfectamente los nuevos conceptos, si bien no se ofrecían a explicarlos y se limitaban a justificar su silencio con una frase compasiva: «¡No pueden ustedes entenderlo!». Respecto a las fórmulas políticas del mundo su actitud era la misma y, entretanto, los «ismos» y las «istas» se multiplicaban en Europa como renacuajos después de la lluvia.

Ésta era la lamentable condición que la escuela filosófica de Schmidt y Kooper esperaba remediar. Determinaron que había dos tipos de seres humanos: el *cultivador del suelo* y el *criador de animales*. Comenzaron su clasificación con Caín y Abel y prosiguieron a través de toda la historia humana. Según Schmidt y Kooper, Caín fue el cultivador del suelo, mientras Abel era pastor. La diferencia entre los dos tipos estribaba en que el cultivador representaba al hombre de *orden establecido*, que mide la tierra con su paso o por un palo, traza límites y fronteras y corta un surco *recto* con un arado, mientras el ganadero depende simplemente de la reproducción de su ganado, que padece o *su antojo* siguiendo senderos *irregulares*. Los ganaderos no son esclavos de una regulación o precedentes, herencia ni tradición, y son por consiguiente, capaces de una mayor consecución en todas las ramas de la vida, porque cuanto más perfecto es un sistema más sensible es a la desviación y desorden. El «sistemático». Berlín es un cultivador. Todo lentes y reglamentos. Por otra parte, París, en cuyos diminutos teatros se asocia la liviandad con el arte, es un ganadero. En las grandes fábricas de automóviles, los trabajadores emigrados búlgaros trabajan al lado de sus camaradas cubanos en el esfuerzo de llegar a un común denominador de ideas. Poetas futuristas, pintores cubistas y músicos, declaran la guerra a los valores y significados en los cafés de Montmartre. En París, incluso los fluidos

cerebros de las ostras parecen estar tramando alguna vaga reunión clandestina de cerebros. Por esto Berlín, incluso con cincuenta millones de habitantes, sería siempre un pueblo, mientras París, aun con su población reducida a cien mil habitantes, sería siempre una capital.

Arnold Toynbee había ya escrito el folleto de *Un estudio de Historia* sobre un trozo de papel, decidiendo que había dos tipos de hombre; el *ptolomeico* y el *copernicano*. El primero sigue creyendo todavía que el sol gira alrededor de la tierra, mientras el segundo se ha dado cuenta de que somos nosotros los que giramos alrededor de *algo*, de acuerdo con nuestra historia nacional, nuestros partidos políticos, nuestras oficinas de ingresos interiores, nuestros libros de oraciones, nuestros cepillos para los dientes y nuestras úlceras. El labrador y el ganadero son tan fáciles de distinguir bajo este concepto como en las especulaciones de Du Noel, que dividía los hombres en *adaptados* y *evolucionistas*, los que se conforman y los que evolucionan.

Desgraciadamente, estas valiosas abstracciones no son aplicables aquí aun cuando no fuese más que porque no sirven para explicar las diferencias obtenidas en las alas norte y sur del castillo de Ararat. A nuestro modo de ver, durante aquellos años que siguieron a la Primera Guerra Mundial había dos tipos de hombres: los *deferentes* y los *irreverentes*. Esta cualidad no difiere mucho de las agrupaciones de Schmidt-Kooper, Toynbee o Du Noel y tienen la ventaja de ser más fácilmente aplicables a los pantalones de franela de *madame* Couteaux y los brazos en la espalda del doctor Kliegl. Al propio tiempo su paradigma se refleja por todo el mundo y especialmente en la Europa de los años veinte.

En el fondo de su corazón, los deferentes están dispuestos a considerar un verdadero dios al pintor de paredes austríaco que estaba todavía saboreando su solitaria cerveza en un *Bierhalle* de Munich. Los hombres parecían sentirse poseídos por el deseo de venerar toda forma de deferencia y buscaban hambrientos los objetos de su veneración. El poderío de los nuevos dictadores, Kemal Pachá, Mussolini, Pilsudski, Primo de Rivera, Camera y Waldemarás, había nacido en el amniótico fluido de la deferencia. Semejantes mareas políticas opuestas se encuentran en los resortes de la deferencia, se encuentran en secreto, pero no por casualidad, como el profesor de matemáticas padre de seis hijos, que encuentra a sus antiguos alumnos en un burdel. Fingen no conocerse, pero sus intenciones son las mismas. La deferencia busca su nivel en todas las direcciones. Los poetas turcos escriben odas en loor de Mustafá Kemal Pachá, que estaba a menudo tan borracho que se caía por la barandilla de su palco en los *cabarets* de Ankara y andaba a gatas por entre las parejas que bailaban. Las exageradas facciones romanas de Mussolini eran recortadas en cartón a gigantesco tamaño y reproducidas como papel de empapelar de clase ínfima, invadiendo los más insignificantes pueblecillos de Italia como las hormigas el cuerpo de un animal muerto. La deferencia no reconoce límites. Fotografías del archiduque Otto aparecían en las primeras páginas de las revistas monárquicas de Hungría con

esta mención: «El Rey Legítimo con su Bicicleta Favorita». Las lágrimas acudían a los ojos de hombres y mujeres al admirar la bicicleta. Comenzaron a hacer verdaderas orgías de deferencia, como si sospechasen la enorme falta de respeto que estaba amenazando al mundo. Inventaron nuevos títulos a fin de ser más deferentes unos con otros. Las noticias de las muertes, con interminables genealogías, asombraban con la fonética de los títulos de nobleza. Las villas de escaso valor embellecían sus fachadas con el ansia de la renovación.

Naturalmente, las grandes orgías de la deferencia tuvieron efecto en el reino de la política internacional. Como resultado de su sed de respeto, los pueblos comenzaron a teñir sus camisas de diferentes colores. El resplandor de la Europa deferente se vio aumentado con los rayos de las tierras del Sol Naciente, donde los pilotos japoneses se hacían el harakiri si volaban accidentalmente sobre el palacio del Templo violando así la deferencia debida a su emperador. Cuando el embajador japonés Shiratori dejó que se supiese a través de los canales secretos de la diplomacia que el Japón estaba dispuesto a firmar un pacto tripartito con Alemania e Italia, este pacto se convirtió en lugar de reunión histórico de la Deferencia. Los miembros de una misión agrícola de Tokio llegaron a Roma y observaron consternados que los funcionarios italianos que acudieron a recibirles usaban sombrero de copa y levita. El mal estaba en que los japoneses no llevaban más que traje gris. Excusándose un momento, los hijos de los nipones se precipitaron a sus habitaciones y volvieron vestidos de levita y con chistera. Pero los italianos habían desaparecido. Media hora después regresaban habiendo cambiado sus levitas por un traje gris a fin de que los japoneses no se sintiesen embarazados. Así corría el mundo detrás de su propia cola de la Deferencia, hasta que el deferente alcanza el punto en que su más interno santuario de deferencia quedó establecido: las cámaras de gas. Todo esto se inició por los años veinte, en cuyo tiempo la sed de deferencia se convirtió también en legislación. En Hungría se dictó un código de deferencia en forma de ley. Francisco José no tenía necesidad de esta ley porque era la autoridad misma. Pero había que afirmar algo bajo las destrozadas ruinas de la Monarquía a fin de sostener sus tambaleantes paredes. El regente de Hungría brotó de la baja nobleza, y la institución de la regencia misma debía ser conservada viva en una incubadora. El principio de la deferencia se extendió de arriba abajo con la velocidad de una epidemia contagiosa. La Federación de Deshollinadores descubrió que poseían cualidades que eran evocadoras de deferencia, y a cambio pidieron que una comedia llamada *El Amor de Chocolate* fuese prohibida porque en el segundo acto un deshollinador engañaba a su mujer. La película *Go it, Gipsy!* mostraba a un periodista poco escrupuloso que pedía prestados diez pengos a un amigo suyo. La Asociación Rural de Periodistas movilizó una manifestación de protesta a la luz de las antorchas y el empresario tuvo que pedir perdón de rodillas públicamente porque la inversión del productor se hallaba en peligro. Declaró que tal periodista no existía en realidad; que sólo uno había caído tan bajo y que era él mismo. Se hacía cuando fuese necesario para preservar la deferencia

en sus varias formas, y cuando esto no se consiguió en cantidad suficiente, hubo quien comenzó a sospechar que la deferencia no puede ser engendrada artificialmente.

Hasta ahora, sólo hemos hablado de los labradores; ptolomeicos o adaptadores. En oposición a ellos tenemos a los ganaderos, copemicanos o evolucionistas; el *irreverente*. Podemos decir sin vacilación que *madame* Couteaux pertenecía a la categoría de los irreverentes, mientras el doctor Kliegl, el preceptor, era el verdadero prototipo del deferente.

El preceptor escribió su disertación doctoral sobre Metternich y la tituló *Metternich y el Status Quo*. Su discurso fue un gran éxito porque demostró que significaba exactamente lo mismo que había significado para Metternich: ¡Deja que todo siga como estaba! Por consiguiente, los tronos que habían sido derribados por Napoleón (¡aquel toro corso!) debían ser restaurados. Siendo Metternich el verdadero resorte de la legitimidad, el doctor Kliegl tenía una base sólida en su convicción de que el desterrado Carlos IV debía ser restablecido en el trono de los Habsburgo. Su firme convicción no sufrió en lo más mínimo por el hecho circunstancial de que las revoluciones de 1848 en París, Viena y Budapest habían destrozado completamente la doctrina de Metternich, ni lo perturbó otra anomalía, el hecho de que en 1815 Metternich fuese el representante de una Austria victoriosa en el Congreso de Viena, mientras el doctor Kliegl estaba apoyado por una Austria a quien no quedaba más allá de una pluma colgando después de una riña de gallos.

Sería un error suponer que la aristocracia húngara que huyó de la revolución comunista refugiándose en Viena en 1919, pasó su tiempo aletargada, o que en la gran confusión de las habitaciones de brocado burdeos, tan evocadoras de los tiempos de Francisco José, no ocurrió nada.

En Viena ocurrió algo más. Se celebraron importantes conferencias con vistas a la restauración semejantes a las actividades realistas de la nobleza francesa que escapó a la Alemania del nordeste después de la Gloriosa Revolución. Una de las sedes de estas conferencias fue el palacio Dukay de Bösendorferstrasse, donde las grandes estufas de ladrillos blancos repitieron con frecuencia los ecos de los grandes discursos. En una de estas ocasiones, un hombre de treinta años avanzó hacia la mesa de patas doradas que hacía las veces de tribuna. Su despejada frente y, en general, su aspecto entero tenía una agradable semejanza con Grillparzer, sin aquella espesa sangre del dramaturgo del siglo XIX, pero con aquel sublime valor y su impulsiva y amenazadora nerviosidad. Su voz tenía una ternura ligeramente soñadora que delataba el *schongeist*, la belleza del alma que dormitaba en su interior. No muchos de los asistentes sabían quién era, porque estas reuniones se organizaban bajo la consigna de *Les amis de mes amis sont mes amis* (los amigos de mis amigos son mis amigos). El tópico del orador fue *Metternich y el Status Quo*. Para el doctor Kliegl el concepto del *Status Quo* significaba de una manera palpable la necesidad histórica del retomo de Carlos IV al trono. Sólo discursos como éstos pueden tener un éxito

rotundo; discursos que siguen el curso de la lógica que lleva infaliblemente a los deseos del espectador. Danton difícilmente hubiera alcanzado éxito alguno con este público, a pesar de que también montó a menudo el corcel de la lógica histórica delante de la Convención Nacional.

De la misma manera que María Antonieta había sostenido antaño una frecuente correspondencia con el conde de Artois, el príncipe de Borbón y otros nobles partidarios de la causa realista que habían buscado refugio en el extranjero, así las cartas de la reina Zita, franqueadas en Suiza y dirigidas a los legitimistas húngaros, llegaban a Viena. El propio conde Dupi atesoraba estas cartas de Zita, que le eran remitidas por mediación de Kristina.

En agosto de 1919, cuando la familia Dukay regresó a su antigua residencia después de la caída de la Commune húngara, el primer acto de la condesa Menti fue ofrecer a Otto Kliegl el cargo de preceptor de su hijo János. El conde Dupi dejaba la educación de sus hijos enteramente en manos de la condesa porque en aquellos tiempos estaba constantemente ocupado con las cuestiones de las propiedades recuperadas. En todo caso, su hijo János no le producía entusiasmo alguno. Al hablar de él lo llamaba «el muñeco alemán», porque el conde János era típicamente un Schayenheim, con los ojos azules y una mandíbula estrecha y firme.

El doctor Kliegl llegó al castillo los primeros días de setiembre. Su modesto equipaje contenía dos trajes, uno azul oscuro y un *smoking*. Este último era un poco estrecho de hombros y las mangas un poco cortas, pero el doctor Kliegl sabía que entrar en el castillo de un noble sin un *smoking* era casi como entrar desnudo. Pero llevó consigo algo más importante que su indumentaria; su profunda y reverente devoción por la aristocracia, la piedra angular de toda su perspectiva histórica; también Metternich había sostenido siempre que los dos puntales del principio monárquico eran la Iglesia Católica y la aristocracia. Para el doctor Kliegl, toda persona nacida aristócrata era un ser extraordinario, como los santos lo son para los católicos. Sus ademanes e incluso las modulaciones de su voz inspiraban en él una especie de devoción. Se hizo cargo del conde János cuando tenía trece años, como si el muchacho fuese una especie de Santo Grial que él tenía misión de llenar, gota a gota, con el claro vino de la ciencia y la moralidad. El preceptor era un hombre delgado y frágil, y su físico le permitía moverse silenciosamente. Su andar era pausado y sin esfuerzo. Mientras conversaba en medio de un grupo tenía la habilidad de cruzar fuertemente los brazos en la espalda debajo de los omoplatos hasta dar la sensación de que sus extremidades no tenían hueso. Una actitud como ésta es siempre reveladora de una tensión interior y es calificada por los psiquiatras como un complejo de inferioridad y tiende a menudo a la represión de inconscientes, pero poderosos, impulsos agresivos dirigidos hacia la inmediata vecindad. Pero el doctor Kliegl no delató jamás estar dominado por estos deseos, porque era todo humildad, celo y agradecimiento. Todo esto contribuyó a la fuerte impresión que la condesa Menti produjo sobre él la primera vez que la vio en Viena. Aquel aire frío y agradable

que emana de una mujer verdaderamente bella; las líneas de su esbelta cintura y sus piernas delgadas, atractivas en aquella coquetería que las piernas bien formadas de una mujer pueden raramente evitar, sus largos muslos, el perfecto equilibrio de su figura, las anchas espaldas que parecían moverse tan fácilmente, como el cuello de un cisne, si bien sólo se movían raramente, el noble arco de su garganta, que podía extender insospechadamente en una expresión de duda o disfavor, su cabello rubio ceniza, exquisitamente matizado ya con los primeros toques de gris, y sus ojos, sus ojos maravillosamente azules, realzados por el blanco marco de su rostro y saturados de una combinación de altiva humildad y excesivo aburrimiento; todo esto, representaba para el doctor Kliegl el ideal de la femineidad y después de tan sólo tres entrevistas en Viena, el profesor se encontró elevado por el amor puro hasta las esferas que sólo los espíritus verdaderamente religiosos son capaces de alcanzar. Esta rara capacidad de transfiguración, este gótico manantial latente parece ser la característica peculiar de la raza germana en su aspecto austríaco, y queda expresada tanto en la música de Mozart, como en el lírico simbolismo de Stephan George y Hugo von Hofmannstahl. Inútil decirlo. La transfiguración del doctor Kliegl no perdió nada de su potencia cuando se enteró de que la condesa Mentí era una princesa Schäyenheim, ni cuando, por una observación accidental, supo su parentesco con los Habsburgo.

Siguiendo a su llegada, la conversación tomó durante la comida la orientación del regreso del rey, y el doctor Kliegl inclinaba la cabeza en todas direcciones como excusándose cada vez que tomaba la palabra. Más tarde, cuando pasaron a discusión varias soluciones de la situación política general, intentó cautelosamente un par de opiniones antisemitas, pero no eran más que patrullas de reconocimiento dirigidas por un terreno hasta entonces no explorado. Cuando sus observaciones no hallaban eco, encauzaba la conversación por otros tópicos.

Después de la cena, la condesa Mentí se retiró al saloncito verde con el doctor Kliegl a fin de establecer los pormenores de la educación de János. Un criado colocó a su lado una bandeja con dos frascos de licores. El doctor Kliegl expuso sus principios pedagógicos. Sus ideas brotaban con facilidad de su vasta frente despejada y las palabras fluían con la ligereza de la pluma. Nadie hablaba más elegantemente que él la lengua austrohúngara, sin el menor rastro del pegajoso acento vienés. Pronunciaba la palabra *deutsch*, como *teutsch*, como solía escribirla Klopstock, delatando así la palabra *teutón* que yacía oculta en ella.

Todo había empezado maravillosamente. La inesperada pompa del parque del castillo a su llegada; el ceremonioso y aristocrático nivel de vida, que el salón y la blanda estufa del palacio Dukay de Bosendorferstrasse habían vagamente insinuado; la cena, el elevado nivel de la conversación y ahora la brillante belleza del salón, y la condesa; pocas y bien raras son las ocasiones en que un hombre se encuentra súbitamente ante tal abundancia de dones. El discurso pedagógico del doctor Kliegl, acompañado de los suaves movimientos aprobatorios de la condesa, versó sobre la

necesidad de apartar al joven conde cuanto fuese posible de las nocivas influencias de la vida, de atemperar su pensamiento y su carácter a la única salvación de la Iglesia Católica y a las exigencias de su noble cuna y alta posición. El doctor Kliegl terminó su magnífica peroración con un golpe de efecto y se levantó para retirarse. Con un delicado ademán, la condesa, de nuevo, le señaló, sin embargo, un sillón tapizado de terciopelo verde para que se sentase. Era una mezcla de delicados tonos que sólo se encuentran mezclados en el plumaje de algunas aves tropicales. Uno de los tonos más claros tiraba a azul. El doctor Kliegl no gozó de la amable invitación de la condesa porque tenía sus motivos para buscar la soledad. La condesa reanudó su lectura de *Metternich y el Status Quo*, cuyo argumento básico conservaba fielmente en su memoria, pero había algunos aspectos, especialmente los relacionados con las maquinaciones de Talleyrand, sobre los cuales deseaba algunas aclaraciones. El doctor Kliegl cruzó las piernas, entrelazó sus dedos formando una especie de enrejado, levantó el codo derecho hasta la altura de la cabeza, apretó el puño contra su mejilla y agarró su muñeca derecha con los dedos de la mano izquierda, movimientos todos ellos indicadores de que prestaba la más solícita atención a las preguntas de la condesa. Desgraciadamente, no era éste el caso. El doctor Kliegl comenzaba a lamentar haber bebido el vaso de ardiente licor. Durante la comida no había sido capaz de resistir la tentación de una espumeante cerveza, después de la cual se había permitido saborear fuertes bebidas espirituosas, y todo aquello no dejaba de producir su efecto. No, no era el efecto del alcohol. El doctor Kliegl no había estado nunca tan sereno como en aquel momento. Pero desde su nacimiento su *musculus detrusor vesicae*^[22] había sido débil. Los médicos vieneses que había consultado en diferentes ocasiones le explicaron que si el delicado mecanismo muscular entre la vejiga y la uretra es débil, el impulso mingitorio se impone y la vejiga es incapaz de retener una cantidad considerable de orina durante largo tiempo.

La condesa Mentí quería saber, muy especialmente, cómo se las había compuesto Talleyrand para conseguir que después de todo lo ocurrido —¡todo lo ocurrido!— Francia fuese reconocida como nación de mayor importancia en el Congreso de Viena de 1815. La pregunta no podía ser contestada con una palabra. Durante este tiempo la copita de ardiente licor había hecho su recorrido a través del estómago, hígado y vejiga y creaba en aquel momento una mayor conmoción que el retorno de Napoleón al Congreso de Viena. El doctor Kliegl apeló a sus mayores esfuerzos espirituales y físicos para escapar a la prisión de su propia elocuencia, por una parte, y, por otra, salir de aquella habitación antes de que el daño fuese demasiado grande. El exquisito salón de delicado verde había perdido todo encanto para él y le parecía más bien una sala de tortura. En aquel momento no deseaba siquiera ponerse en pie, pensando que relajar la tensión de sus muslos podía tener fatales consecuencias. Pero atm en el caso en que consiguiese ponerse de pie, cuando hubiese encontrado el recinto indicado en aquel inmenso —y para él todavía desconocido— castillo, sería ya demasiado tarde, porque en estas circunstancias las puertas tienen una obstinada

tendencia a ocultarse con una fría e irrefrenable crueldad. Dos veces en el transcurso de su vida el doctor Kliegl se había encontrado en análoga dificultad, lo cual fue origen de que fuese a exponer su dolencia al médico. La gente introspectiva, agobiada por el peso de la inferioridad, carecen de la naturalidad que permite a otros, en semejantes circunstancias, elevarse por encima de la momentánea pausa que sigue al levantarse para abandonar la estancia por un corto tiempo, sin más explicación. Mientras las frases del doctor Kliegl revelaban el misterio del carácter de Talleyrand, sus músculos en tensión temblaban bajo el esfuerzo; su rostro tomó casi imperceptiblemente un aspecto lacrimoso y en aquel preciso instante sintió un inesperado calor que humedecía sus pantalones. Pero no perdió completamente las esperanzas, porque recordó que antes de cenar, había cambiado su traje gris de viaje por el azul oscuro, color que tiene la propiedad de no delatar la humedad. El espíritu sensitivo de la condesa Mentí debía despertar ante los sufrimientos físicos de su huésped, porque cuando esta vez se levantó no lo retuvo ya, pese a que no habían agotado el tema y todavía faltaba Wellington a ser discutido. Al inclinarse sobre su mano, el doctor Kliegl dirigió una mirada furtiva al sillón verde y lo que vio dejó una herida incurable en su corazón. Una mancha oscura como la palma de su mano sobre el asiento verde delataba a gritos la húmeda infiltración como si se hubiese vertido sobre él una botella de tinta. El doctor Kliegl llegó a su habitación tan consumido por la vergüenza que se arrojó sobre la cama y, pretextando fatiga, no hizo su aparición en la mesa a la hora de la comida. Un mundo entero se había derrumbado en su interior, junto con Metternich y el Congreso de Viena. ¡Cuán cruel y espantosa puede ser la vida! ¡Cuán repugnante y soez puede ser la carne cuando el alma se eleva a las más encumbradas alturas! ¿Se secaría aquella horrenda mancha negra sin dejar rastro sobre la exquisita tapicería? No era probable. La orina tiene un efecto corrosivo, especialmente sobre estas telas teñidas. No solamente los técnicos de la I. G. Farben sino los perros lo han demostrado con incontables experimentos. Era imposible que la condesa no hubiese visto aquella mancha oscura y no se hubiese dado cuenta de lo ocurrido. Acaso, con este principio, perdiese incluso su empleo. Esta agobiadora ansiedad demostraba que el doctor Kliegl no conocía la compostura moral de la condesa. Su espíritu poseía una vasta capacidad de perdón y excusa de esta clase de debilidades físicas, porque era la madre de Rere y quien había insistido en que Rere permaneciese en el castillo. Cuando la torturada imaginación del doctor Kliegl evocaba el cuadro de toda la familia agrupada alrededor del sillón, riéndose de él, sólo daba muestras de la mezquindad de su alma, porque la condesa Menti hubiera sido capaz de asumir personalmente la responsabilidad antes que exponer a la mofa y el escarnio a uno de sus semejantes. Pero el preceptor era incapaz de medir toda la magnanimidad del alma de la condesa y a la mañana siguiente, cuando oyó unos martillazos en la terraza y se asomó para mirar por la ventana, tuvo la sensación de que estaban clavando los clavos de su propio ataúd. Afuera, en la terraza, un tapicero estaba clavando una nueva tapicería en el sillón.

Durante semanas enteras, cuando el doctor Kliegl se iba a dormir, aquel trozo de terciopelo verde con la mancha negra como la palma de su mano aparecía ante sus ojos en cuanto cerraba los párpados, tal como la había visto en el preciso instante en que besaba la mano de la condesa. Esto podría provocar una gran angustia mental en un hombre que era hijo de un funcionario austríaco, educado en la atmósfera austera y reverente de los buenos modales que prevalecían en la casa paterna. Su infancia había sido tan melancólica y sin alegrías como una tarde de lluvia en Salzburgo. Perdió a sus padres siendo muy joven todavía y se fue a casa de una tía que vivía en Hungría. Hablaba bien el húngaro, pero podía observarse con facilidad su desprecio de la lengua al hablarla.

Si quisiéramos hacer objeto de nuestras investigaciones el sistema pedagógico del preceptor, sería mejor que empleásemos el sistema comparativo. Si la personalidad de *madame* Couteaux puede ser comparada a un mantecoso y perfumado queso del mediodía de Francia, el doctor Kliegl podría ser comparado a una de aquellas pesadas y macizas tartas de habichuelas que tienen la característica de tener un olor que no es ni de tarta ni de habichuelas. Pero es una comida nutritiva. Es decir, para aquéllos a quienes les gusta. Por otra parte, si al hablar de los hijos de Dukay como fósiles humanos decimos que el fósil Zia estaba atacado y disuelto por el ácido de *madame* Couteaux y su espíritu meridional, podemos decir también que el doctor Kliegl secó el fósil János hasta un grado superior de dureza y trató de privarlo de su natural frescura. Bajo su forma tosca y algunas veces obscena, *madame* Couteaux infiltraba en Zia el amor a la humanidad y a todos sus miembros, le abría las puertas de la vida en todas direcciones. El doctor Kliegl encerró el muchacho dentro de sí, cerró todas las ventanas, le enseñó la inmolación de sí mismo en lugar de la humildad, y lo estimuló a una masturbación espiritual, con las repetidas clases pedagógicas de historia. Hemos dicho ya que el conde Dupi se inclinaba ante las tendencias de los tiempos cuando las guerras y las revoluciones hubieron terminado, y una de las órdenes que se dieron fue la prohibición a la servidumbre de ayudar a poner los zapatos a los chiquillos. ¡Qué se calzasen solos y con sus propias manos! El doctor Kliegl no aprobó esta orden y no sólo permitió, sino que dio orden al ayuda de cámara José de que siguiese arrodillándose al lado de la cama para ayudar a calzar al conde János, porque consideraba peligrosa la menor infracción de la regla establecida, del *Status Quo*. Y tenía toda la razón. La historia no puede ser forjada por medio de compromisos en una u otra dirección; de lo contrario, ¿qué sería de los conflictos que crea la historia? Al propio tiempo, Berili, aun cuando la orden relativa al calzado no afectaba a los miembros femeninos de la familia, la primera mañana en que Julia, la doncella, se acercó a la cama de la joven condesa con el propósito de calzarla, la echó de la presencia de Zia como una gallina mojada.

Durante años enteros, aquella mancha negra, como un cuerpo posado en el asiento del sillón, seguía acudiendo a la imaginación del doctor Kliegl.

Nos hemos visto obligados a analizar la enfermedad del preceptor y las dolorosas consecuencias de su estado de interés del estudio del personaje. Una mancha tan negra en un sillón, a la fuerza tenía que hacer a un hombre vengativo, cruel, implacable, no solamente contra los individuos, sino contra el mundo entero, si la ocasión se presentaba. Sabemos que Robespierre era un hombre de gran cultura iluminada por los más sublimes principios. Como resultado de que su ilustre mente se viese obligada a habitar un cuerpo imperfecto dotado de un sistema nervioso exacerbado, mil trescientas sesenta y seis víctimas, según los registros de la época, cayeron bajo la guillotina durante los escasos cincuenta días de régimen, y la historia ha hecho de este acontecimiento una sensación que ha durado siglos enteros. La debilidad *musculus constrictor* del doctor Kliegl, a través de la manifestación de su influencia sobre el conde János veinticinco años más tarde, a finales de 1944, reclamó muchas, muchísimas más vidas que el reino de terror de Robespierre.

CAPITULO IV

El calor del mes de julio del año siguiente, 1923, fue asfixiante. Durante los meses de verano la familia solía comer en la gran terraza ventilada y barrida por la brisa, pero ahora tuvieron que refugiarse entre los espesos y frescos muros del gran salón comedor. Corrieron incluso las cortinas y encendieron los candelabros. Por deferencia hacia el huésped, Rere y el señor Badar no fueron invitados a acudir a la mesa. El huésped era en realidad un personaje distinguido. Su excelencia el conde Zsigmond Dukay, obispo consagrado de la Iglesia Católica y primo hermano del conde Dupi. Su consagración databa de doce años antes, cuando contaba apenas treinta, y durante el breve reinado de Carlos IV había ejercido el cargo de verdadero consejero. Formaba parte de la ancestral herencia de los Dukay contar siempre en el cónclave con un cierto número de prelados, y el conde Zsigmond llegó a ser un verdadero príncipe de la Iglesia, conocido por su vasta cultura y deslumbrante humanitarismo. Los miembros de su diócesis se deleitaban con *La calma de la noche*, libro de oraciones que había escrito con el más elegante estilo.

Mientras el obispo estaba sentado a la mesa a la derecha de la condesa Menti, con su cruz pectoral en el cuello y su solideo morado en el occipucio, y una atmósfera de inusitada solemnidad reinaba en la mesa, esta atmósfera era mayormente visible en la reverente expresión del doctor Kliegl. Los criados servían las fuentes de lomo de venado con gelatina y salsa vinagreta, una de las especialidades culinarias de *monsieur* Cavaignac. Afuera reinaba un calor espantoso, hasta el punto de que era imposible tocar con las manos la barandilla de hierro de la terraza. A través de los gruesos muros del comedor y por los pesados cortinajes se filtraba el calor, y el sudor comenzaba a aparecer en los rostros de todos los comensales. Una leve gota de sudor perlaba cada uno de los pelos de las cejas del obispo. Berili, sentada en un extremo de la mesa, al lado de Zia, se volvió hacia ella y su voz ronca que era incapaz de bajar al diapasón de un susurro, comenzó a decir, como una cita bíblica.

—*Chaqué poil de son corps avait sa goutte de sueur...*

Un trozo de venado cayó sobre el plato desde la boca de Zia, que fuese presa de un ataque de risa que en vano trató de disimular detrás de la servilleta. A modo de evasión metió la cabeza debajo de la mesa.

La condesa Menti y el obispo sostenían su conversación en inglés porque el conde Zsigmond estaba orgulloso de su acento, del más puro *cambridgiano*, y porque los acentos guturales se acordaban a sus ágiles labios, los suaves músculos de su rostro y la delicada complexión de su voluminoso cuerpo renacimiento. Su conversación versaba sobre la forma y manera de reorganizar la Unión Católica Femenina, de la cual la condesa Menti era presidenta, a fin de que las mujeres jugasen menos al *bridge* y cubriesen un área mayor de sus cuerpos de lo que los exiguos trajes de baño de la época les permitían mostrar. Últimamente, la condesa Menti había convocado al ministro del Interior a su casa y su conferencia había sido fructífera, pues desde

entonces los gendarmes de chacó con plumero recorrían las playas del Balaton y median los trajes de baño con un centímetro a fin de cerciorarse de que estaban dentro del límite prescrito. La conversación, por lo tanto, versaba sobre estos altos y, podríamos decir incluso, exaltados temas.

Al principio, nadie se dio cuenta de que Zia hubiese desaparecido, como el conejo de un prestidigitador, en las entrañas de la tierra. Pero unas risas ahogadas llegaron procedentes de debajo de la mesa. Todas las cabezas se volvieron en aquella dirección y reinó un súbito silencio. El silencio mismo era tan amenazador que la cabeza de Zia comenzó a emerger de debajo de la mesa. Su rostro, sin embargo, era él de uno de esos desgraciados que miran en tomo suyo presa de frenesí al ver una ilimitada masa de agua que rodea su cuello. El cuello de la condesa Mentí se estiró hacia ella con un movimiento del que sólo son capaces las aves. Sus ojos se fijaron en los de la chiquilla con la frialdad de unas esposas de acero. Parecía casi increíble que la gentil condesa Mentí, *die gute Mentí*, poseyese en su repertorio una mirada como aquélla. Un sencillo y casi imperceptible guiño de esta mirada ordenó a Zia salir de la habitación. La impertinente y juvenil condesa salió del comedor.

El rostro de la condesa Mentí adoptó de nuevo en el acto la expresión de *die gute Mentí*, y se volvió hacia el obispo con una sonrisa que era gentil y suplicante a la vez, pero majestuosa también.

—Perdóname... ¡Dios mío, estos chiquillos...!

El conde Zsigmond perdonó con un movimiento de cabeza. Pronunció otra frase inglesa a la cual, con el debido respeto por el idioma de Cambridge, sólo podríamos calificar de sollozo.

Comprendiendo la sentencia contenida en la mirada de la condesa Mentí que condenaba a Zia a no continuar la comida en la mesa, el criado retiró su plato. Durante un momento pareció como si la rígida autodisciplina de la condesa Mentí hubiese borrado de la solemne formalidad de la estancia todo rastro de la infame conducta de aquella chiquilla mal educada.

Entonces, inesperadamente, el ultraje se definió con plena fuerza. Llevándose a la boca su mano de bruja, con tal fuerza que la dentadura cambió de sitio, *madame* Couteaux emitió un aullido peculiar, reminiscencia de aquellas singulares llamadas que a menudo se oyen en las aterradoras profundidades de las selvas o en las vastas llanuras de un desierto de arena. En el acto las miradas se posaron sobre ella. Esta vez el cuello de la condesa Mentí alcanzó una extensión insospechada e inmediatamente apareció en su rostro la expresión Schayenheim, profetizadora de catástrofes. Como una grúa, la mirada levantó de la silla el anciano cuerpo de *madame* Couteaux y la precipitó hacia la puerta. El rostro de Berili estaba rojo y lleno de ansiedad. Ya hemos dicho cuánto sufría a causa del endurecimiento de las arterias, que no sólo le producían dolores internos, sino que recargaban y entorpecían sus miembros. Y así, cojeando, se dirigió hacia la puerta, tratando de agarrarse al aire como si fuese una barandilla.

Rasgos de rabia y temor aparecieron en el sensible rostro del obispo, como la súbita aparición de águilas y lobos en un suave y apacible prado. Con el dedo de su mano izquierda encorvado, el conde Dupi se rascó el bigote y con aquel rudo, pero colorido, lenguaje húngaro que no estaba al alcance de todos los nobles, dijo señalando a *madame* Couteaux:

Mit röhögnek azek a markán? (¿De qué diablos se ríen esos dos imbéciles?).

No era una voz de rabia ofendida, sino más bien una indignada protesta, como cuando uno se ve expulsado de una agradable diversión. Al conde Dupi le gustaban las bromas de cualquier clase que fuesen, porque había pasado la mayor parte de su juventud en compañía de frívolos oficiales de caballería, prostitutas, camareros, gitanos, actrices, escritores y otros agradables entes inútiles. En aquel momento en su voz parecía haber una especie de celos.

El conde János, con sus diecisiete años, permanecía inmóvil y en su rostro parecía verse escrita la frase: «Deja en mis manos que venga el honor y la dignidad de la progenie Dukay». El doctor Kliegl estaba visiblemente pálido, con el terror en los ojos, como si un rayo divino estuviese a punto de caer sobre la mesa.

Una vez más la condesa Mentí opero el milagro del dominio de sí misma. Con implacable delicadeza de ademanes se consagró en el acto al venado con gelatina pinchando diminutos fragmentos con su tenedor, y procediendo con tal arte al acto de alimentarse, que el macizo servicio de plata parecía moverse encima de la vajilla de porcelana como los bolillos de las encajeras de la antigua Venecia.

Henri Bergson, McRoy y otros grandes pensadores han aportado su valiosa cooperación a la literatura tratando de la psicología de la risa, pero no han conseguido explicar el misterio del contagio. Contrariamente a la regla, Andrés Hidi, el anciano aposentador de blancos cabellos, que iba vestido como un chambelán del pasado siglo, se apartó del puesto que le estaba señalado a seis pasos de la mesa y se dirigió hacia el aparador donde, vuelto de espaldas, comenzó a estremecerse como si una misteriosa corriente recorriese su cuerpo. Jamás cosa parecida había ocurrido durante sus cuarenta y dos años de servicio y el hecho era tanto más sorprendente cuanto que no podía saber de qué se habían reído de aquella forma la condesita y su institutriz francesa. Sólo un criado se dio cuenta al principio del estremecimiento de hombros del viejo aposentador. Había tres criados de servicio, con guantes blancos de algodón, corbatas blancas y ostentando en sus libreas y chalecos los botones de plata con el pájaro carpintero, la corona de once puntas y los colores de los Dukay. Tres hombres impecablemente afeitados, que se movían como autómatas. Tres hombres, con la antigua disciplina y humildad en la sangre, descendientes de las tribus de los Sklav y Khazar, cuyos padres eran los fieles servidores un día sacrificados sobre las tumbas de sus dueños hunos y turcos muertos. Sin embargo, las rígidas máscaras de aquellos tres hombres comenzaron a descomponerse, los labios se estrechaban, la piel de la nariz se arrugó y las fuentes de plata comenzaron a bailar en sus manos.

El obispo sintió la misteriosa tormenta eléctrica que se avecinaba e imaginó que

la había desencadenado él hablando inglés. Atacó entonces el húngaro y empezó a hablar de la cuestión del rey. Relató confidencialmente la nueva de que Otto, el «legítimo» rey que tenía a la sazón nueve años, acababa de recibir su primera bicicleta. Con tanto arte evitó nombrar a la persona que le había regalado la bicicleta que se vio en el acto que el propio obispo había sido el donante.

Pero no sirvió de nada. El viejo Andrés, el aposentador, había desaparecido ya y las fuentes de plata bailaban cada vez más peligrosamente en manos de los criados. Un inminente peligro amenazaba la autoridad de la Iglesia y la barroca pompa de la noble mesa, el obispo tuvo la impresión de que sus acólitos le abandonaban al pie del altar a mitad de la Misa. La condesa Mentí comenzó a ponerse pálida. Lentamente extendió la mano hacia la campanilla de plata que estaba siempre a su alcance y llamó. Llamó furiosamente. Pero no acudió nadie.

Entretanto, Berili subía cojeando la vasta escalera, agarrándose al dorado pasamanos de la barandilla. Zia la esperaba impacientemente. En cuanto estuvieron las dos solas detrás de la puerta, se echaron una en brazos de la otra riendo, chillando y perdiendo la respiración a causa de tanto regocijo. Se desplomaban de una silla a otra, apretándose los ijares, saltándoseles las lágrimas, quizá sin recordar ya siquiera de qué se reían, como un chaparrón torrencial que cae sin saber por qué. Suspirando y gimiendo, se metieron en cama sin dejar un instante de reírse.

Elisabeth, la doncella, escuchaba, con el oído pegado a la puerta. Ignorante del motivo de la risa, se asustó al principio, pero al cabo de un momento se llevó las manos al estómago y estalló también en carcajadas, recorriendo los corredores sin cesar de reír; y era la suya una risa atroz, sin significado. Segundos después, la revolución estalló en todo el castillo. No, no había motivo para alarmarse, era tan sólo la explosión del espíritu, peculiar pero siempre incomprensible. Afuera, en el patio, las escobas se detuvieron en manos de los porteros, y cuando uno de los criados centró en la cocina doblado en dos y sosteniéndose la barriga, *monsieur* Cavaignac buscó un cucharón para bautizarlo, pero antes de que pudiese hacerlo, comenzó a reír también y su gorro blanco se estremecía con las risas. Así avanzaron las llamas llegando al corazón de las muchachas de la despensa, lavanderas y fregonas, y de ellas pasaron a los establos. El cochero de roja librea se reía ya, hasta que *Mr.* Johnson, el caballero de cara de teja, se vio obligado a mostrar también sus dientes amarillos.

¿De qué se reían? No lo sabían. Quizá fuese una inconsciente rebelión contra la monotonía y la rigidez de la vida del castillo. Acaso fuese esa especie de risa que compromete la seriedad en medio de un grave sermón o una oración fúnebre exagerada. O quizá fuese el presagio de lo que debía ocurrir entre aquellos muros veintiún años más tarde, en 1944: en la galería de los retratos ancestrales los disparos agujerearon la capa de piel de leopardo de FÉRENC Illyesházy; las hachas de guerra

cortaron la cola de cerdo de la peluca de Palatine István; las botas pisotearon los cristales de Venecia de las lámparas; los muros quedaron desnudos, plumados como pollos, despojados de la belleza de las tapicerías de seda rojo cereza, amarillo oro, verde manzana, arrancadas del techo; y las balas de hierro hicieron añicos las chimeneas de mármol. ¿Por qué, por qué, por qué? Quizá sea el ciego e irresistible desquite de los padres de Sklav y Khazar, porque fueran sacrificados simplemente por una cuestión de pompa y ceremonial.

Asomándose a la ventana, Berili y Zia vieron el enorme automóvil azul del obispo, desaparecer detrás de los nogales haciendo crujir bajo sus neumáticos la arena del paseo. Pocos segundos después se oyeron pasos en el corredor y Hilda, la primera ayudanta de la condesa Menti, conocida por el conde Dupi con el nombre de La Regente del Ojo Único a causa de su párpado paralizado, hizo su aparición, cosa realmente inusitada. Con voz seca informó a *madame* Couteaux de que Su Excelencia la condesa deseaba verla.

—*Tout de suite... tout de suite...!* (¡Enseguida, enseguida!) —dijo Berili agitando sus demacrados dedos con ademán tranquilizador. Pero la Regente del Ojo Único no se movió mostrando así su decisión de conducir a *madame* Couteaux hasta el lugar de la cita. Berili sólo tuvo tiempo de arreglar algunos álbumes de música sobre el piano, acción completamente infructuosa en aquellos momentos, y salió por la puerta no sin haber dirigido una rápida mirada al pálido rostro de Zia.

Mientras se iban aproximando a las habitaciones de la condesa, Berili iba palideciendo. Se daba perfecta cuenta del peligro que la amenazaba. Sabía con qué fría indiferencia la condesa solía introducir un cambio en el personal del castillo compuesto de cincuenta y ocho personas, y que contra sus decisiones no había apelación posible. A menudo se veían en las dependencias de servicio rostros llorosos o acongojados.

La condesa la recibió en el saloncito verde. El índice de la mano derecha parecía sostener su rostro preocupado. La Regente del Ojo Único hizo una reverencia y se marchó dejándolas solas. A Berili le parecía oír los latidos de su corazón. En actitud militar, como una persona cuyo encorvado cuerpo no responde a lo marcial de su posición, permanecía en pie delante de la condesa. Finalmente la condesa dijo:

—*Chère madame...* —Hizo una pausa con la mirada fija en la alfombra, sin apartar el dedo de su mejilla. Al modo de ver de Berili, la frase no tenía más que una continuación: «... tiene usted que abandonar su empleo». Y se daba cuenta también de lo que esta frase significaría para ella. Dentro de pocos años moriría en uno de los asilos de Tolón, sin un céntimo para comprar las medicinas con que aliviar los dolores de sus endurecidas arterias. Pero la aterraba todavía más la idea de perder a Zia.

Con toda la impetuosidad de su raza se arrojó a la brecha abierta por esta causa. Si la condesa pronunciaba su fallo, su destino estaba echado. Una palabra pronunciada en aquella circunstancia no sería retirada nunca, ni por reflexión ni por

presentar excusas.

—*Excusez-moi...* —dijo con todo el fuego de su pasión, ensanchando con todas sus fuerzas la brecha de la iniciación. La condesa le dirigió una mirada. Una mirada que decía: “Todas las excusas son vanas”.

Pero la lengua de Berili comenzó a zumbar como los neumáticos de un auto al rodar sobre el asfalto. Su ronca voz adquirió fuego y los vigorosos ademanes de sus brazos parecían transmitir ánimos a las palabras. En aquel momento era la hija de los asesinos de Danton y lo que decía no era su defensa, sino como apasionada acusación. Una acusación dirigida contra una vieja loca llamada *madame* Couteaux que era la desgracia de la humanidad y cuya abominable conducta —*a-bo-mi-na-ble*— podía ser tan sólo atribuida a su segunda infancia. Pero no, no, ni aun esto era una excusa para lo ocurrido. *Ah, no, no, no!* Su rostro era de fuego, sus ojos brillaban, mientras se rebajaba a sí misma como un gusano. ¡No había, no podía haber perdón para ella! Su pie nudoso golpeaba el suelo.

—*Im-par-don-na-ble!* —Levantó el brazo y señaló la puerta con un dedo—. ¡Fuera de aquí! ¡Fuera de esta casa en el acto! —Y pronunció la frase que con mayor horror estaba anclada en su corazón—. ¡Que se vaya a Tolón, a morir en un asilo de viejas...! ¡Y no es bastante, no, no es bastante castigo para ella...!

Sólo los fulleros enmascarados de los antros de Tolón son capaces de defenderse con tal fuego y tempestuosa elocuencia, tal psicología y tesón, cautivando y dejando perplejo al riguroso gendarme, deteniendo no sólo sus palabras, sino su respiración. ¿Qué otra cosa podía hacer la condesa Mentí sino inclinarse ante aquella pobre francesa que, delante de ella, se le ofrecía en holocausto, ardiendo de agitación?

Al terminar su larga y tempestuosa acusación, Berili hizo una pausa, se llevó las manos al estómago y dijo, con voz suave, pero con el tono del Juicio Final:

—No, no..., no hay salida..., tiene que ser despedida en el acto...

Berili sabía que al pronunciar aquella sentencia final, violaba las leyes tácitas del castillo, porque las decisiones finales pertenecían siempre a la condesa. Pronunció una frase más contra sí misma, como si se dirigiese a una tercera persona.

—... de todos modos, con sus arterias endurecidas no vivirá mucho tiempo.

La condesa Mentí sabía su enfermedad. Y porque era *die gute Mentí*, la princesa Schayenheim de momentos antes comenzó a flaquear. Después de un pequeño intervalo preguntó, sin apartar su dedo de la mejilla:

—¿Y cuál fue el motivo de esta grosería?

Berili levantó los brazos al cielo en signo de perplejidad. Tuvo la suficiente audacia para acercarse más y señalar el brazo del sillón con un dedo al tiempo que explicaba que el tapón de una botella de vino había caído en el plato de la condesita Zia; *la pauvre petite* quedó tan confusa por la presencia de Su Ilustrísima y tenía tanto miedo de él, que se comió el trozo de corcho en lugar del pan, y la inocente criatura comenzó a reírse:

—*C'est tout!*

Después de una breve reflexión, la condesa Mentí declaró que no había de qué reírse. Con un movimiento de su cabeza indicó que la conferencia había terminado.

Berili había sobrevivido a su hora de tortura. Pero mientras se celebraba la conferencia, Zia, con el rostro pálido, caminaba de un lado a otro de su habitación. Sabía que su madre tenía la intención de despedir a Berili. Sabía también que sus súplicas no servirían de nada. Aun cuando sólo tenía trece años, su sangre Dukay comenzaba a bullir, su espíritu no reconocía obstáculo ni toleraba contradicción.

Se levantó de la silla y con los brazos en alto exclamó:

—¡No, no, no toleraré que despidan a Berili!

Se sentía segura de su decisión. Su mente volaba hacia su padre, hacia la recia voz, del conde Dupi. Papá y su gruesa voz eran todavía la autoridad final en el castillo y todos los dominios de los Dukay.

En el momento de la marcha, el obispo se vio turbado por otro incidente y fue una suerte que los habitantes del castillo no se enterasen de él.

Estamos ya al corriente de la costumbre del conde Rere de usar chaquetas rayadas y gorras *derby* durante todo el año porque su naturaleza primitiva no admitía cambios. La única variación que se permitía cuando el calor apretaba era quitarse los zapatos y los calcetines; inútil decir que los olvidaba inmediatamente en algún rincón del parque y que la servidumbre tenía que salir en el acto en su busca. *Sumí*, el *pointer*, hacía a menudo alguna triunfante aparición con uno de los zapatos del conde Rere, llevándolo como si regresara de caza y con un faisán.

El conde Rere estaba acostumbrado a tirar muchas cosas importantes. Ya lo conocemos como ferviente lector. Leía apasionadamente a Baudelaire durante muchas horas, del mismo modo que podía leer un catálogo de semillas si caía en sus manos. No leía las palabras, sino únicamente las letras; sus labios estaban en continuo movimiento como si estuviesen mascando semillas de calabaza. Su pasión por la lectura causaba grandes destrozos en la biblioteca del castillo, porque se llevaba volumen tras volumen en sus solitarios paseos, y cuando su caprichoso cerebro estaba cansado de la lectura arrojaba el libro a lo lejos, como un gorila arrojaría una naranja después de que sus sedientos labios hubiesen sorbido todo el jugo. De esta forma los jardineros o los jornaleros alquilados para cortar el césped, tropezaban a menudo con libros admirablemente encuadernados, descoloridos ya por el sol, al lado de algún matorral o desecados ya por la acción de la lluvia junto al arroyo.

Después de comer, el conde Rere estaba andando a lo largo del arroyo refrescando sus enormes suelas en sus ondulantes aguas. Sus pantalones a rayas estaban subidos hasta las rodillas y en sus piernas velludas y desnudas brillaba el barro húmedo. De corvas abajo no era más que un gitano caminando por el barro, mientras que de rodillas para arriba, con sus pantalones, chaqueta y gorra *derby* se convertía en un perfecto conde, y el cuadro palidecía tan sólo ante sus numerosos instrumentos ópticos, sus sortijas y la estrafalaria colección de llaves que llevaba. De sus hombros colgaban los enormes gemelos de campaña que no había sacado jamás

de su estuche de cuero. Avanzando a grandes pasos, seguía el lecho del arroyo como si fuera un extraño pájaro acuático, con esa expresión de felicidad en el rostro propia de los imbéciles. Cuando vio arrancar el automóvil del obispo, Rere saltó del arroyo, salpicándose en su precipitación, y en dos saltos se encaramó en la parte trasera del automóvil, mientras el vehículo, como una nave serpentea al capricho de las olas, iba siguiendo las ondulaciones de las avenidas del parque. El conde Rere se sentía incapaz de refrenar sus impulsos juveniles que lo inducían a dar un paseo. Agarrado allí, parecía una mona negra. Ser arrastrado por una extraña energía externa es un impulso primitivo.

Al llegar a la gran verja norte, el portero, vestido con la librea de los tiempos de María Teresa, estaba perfectamente al corriente de esta costumbre del conde Rere y a menudo lo había hecho apearse de los vehículos que pasaban, antes de abrir la verja. Así ocurrió esta vez. Sin embargo, no era únicamente el deseo de dar una vuelta, lo que le había hecho agarrarse a la parte trasera del automóvil de Su Ilustrísima, sino el afecto familiar también. Rere llevaba exacta cuenta de todas las relaciones familiares y estaba, además, familiarizado con ellas. Sabía exactamente cuál era el grado de parentesco que lo unía a cada miembro del clan Dukay. A Rere le encantaba estar emparentado con alguien y aprovechaba todas las ocasiones de estrecharle la mano, mostrándose, en opinión de muchos, excesivamente efusivo. Mientras el portero abría la pesada verja y el vehículo se detenía un instante, Rere abrió la puerta del automóvil con la más benigna sonrisa de afecto fraternal y extendiendo su sucia mano derecha, en cuyo pulgar llevaba un anillo de sello, se inclinó hacia Su Ilustrísima el obispo y con la voz preñada de emoción, exclamó:

—Hallo, Thigmond!

Las delicadas facciones del obispo delataron su temor y su contrariedad al ver aquella cara de caballo bajo la gorra. Se echó atrás contra los muelles almohadones azules del automóvil y extendió en un gesto defensivo su delicada mano derecha, blanca como la de una mujer, en la cual relucía la sortija pontifical de su jerarquía, la esmeralda en la cual la propia archiduquesa solía poner sus labios. Con un ademán autoritario ordenó a Rere que se retirase. Pero estos ademanes no ofendían nunca a Rere. De nuevo dirigió al obispo una sonrisa saturada de afecto y cerró la puerta obedientemente. Después, con los brazos cruzados y las piernas llenas de barro, con una ruborosa sonrisa en su rostro, como el que acaba de ganar una medalla de alta distinción, esperó ver partir el automóvil. Al cabo de un rato, con las piernas llenas todavía de barro, regresó al arroyo a gozar una vez más de los simples placeres de la vida y de la estación estival.

Bajo el efecto de la emoción por la que habían pasado, Zia y Berili estuvieron tranquilas durante unos cuantos días. Caminaban de puntillas, incluso detrás de la puerta cerrada de sus habitaciones. Pero pocos días después resonaron de nuevo los acordes del *Mi-rontorirmironton-mirontairie*, la impúdica canción, y *La petite Amélie*, como ave cautelosa que se muestra cuando ha callado la voz de los fusiles.

Una semana había escasamente transcurrido cuando Berili, delante del espejo, reanudaba sus danzas medio vestido con sus pantalones de franela.

CAPITULO V

NO lejos del Arco de Triunfo, en el séptimo *arrondissement*^[23] de París, languidece una callejuela excepcionalmente desolada, con su pavimento impecable y limpio como si acabase de pasar por él un aspirador. La placa azul con letras blancas, que tanto contribuyen a la alegría de París, ostentaba esta inusitada expresión: *Rué du Général Ferreyolles. Voie privée. Circulation interdite*^[24]. Ni aun los más antiguos inquilinos del barrio sabían por qué se trataba de una vía privada y estaba cerrada al tráfico y, según todas las probabilidades, las prohibiciones no estaban ya en vigor. Era una calle corta, con cuatro casas en uno de sus lados que parecían mirar suspicazmente a las cuatro de enfrente. Con sus altos tejados de pizarra parecían cuatro muchachas con pañuelo a la cabeza y que no estuviesen en cordiales relaciones con las otras. Eran casas construidas en los tiempos de Napoleón III, en aquellos tiempos tétricos de 1848 en que la República desterró la monarquía de los Orleáns para ser sucedida por el Imperio, y era comprensible que las marcas de ansiedad apareciesen en las frentes y en los rostros de aquellas casas solteronas, porque en aquellos tiempos a Bismarck le había sido ya concedido el título de conde, y la recientemente unida Alemania, con sus agudos y bélicos bigotes y su casco en punta parecido a una urna, avanzaba ya hacia París con sus pesadas botas y su paso firme.

Fue en aquellos días cuando Peter Dukay, padre del conde Dupi, compró la casa número 4 al hijo del general Bonaparte, el marqués de Ferreyolles, que se había casado con Susana Dukay. La casa era relativamente pequeña, pero teniendo en cuenta el escaso número de maletas de piel de cerdo adornadas con los colores de los Dukay y la corona de once puntas que habían aparecido en la mansión durante los últimos ochenta años, apariciones tan raras como las de las especies de gansos árticos sobre el Sena, la casa resultaba más que suficiente para los Dukay que caían en París de cuando en cuando. A la izquierda del diminuto patio que había respirado los suaves efluvios del Imperio se elevaba una bella reliquia de la pasada centuria: la estatuilla de Nike, obra de Chapu, viejo bronce hoy verde por los años, con una expresión de reproche en su rostro ante el olvido en que se había condenado a su belleza. Frente a la entrada se veían tres grandes puertas dobles y sobre la del centro había una cabeza de caballo de mármol, delatando el secreto que aquellas puertas encerraban: que tales instalaciones habían sido cuadras y cocheras en los tiempos en que por el Bois sólo rodaban carruajes arrastrados por caballos. El príncipe Cini, que a menudo aprovechaba sus derechos de parentesco para tener un alojamiento gratis en París, era muy agudo en sus observaciones y dijo que aquella cabeza de caballo de mármol, puesta sobre la puerta del establo, pertenecía a la galería de retratos de la familia de los Dukay, observación que no estaba del todo desprovista de fundamento porque cuando el príncipe Cini puso una gorra *derby* sobre la cabeza del caballo, su parecido con el conde Rere fue una cosa sorprendente. En estos viejos abolengos

había siempre un algo de ese innato desprecio de los Schäyenheim por los Dukay y su sangre turca de los hunos, porque eran, al fin y al cabo, descendientes de las hordas asiáticas.

A la derecha del patio estaba la entrada de la residencia de Emmanuel, quien, con su esposa, servía a la vez de portero y de mayordomo, amistad nuestra a quien conocemos de antes de la guerra y de quien sabemos que durante largos meses, o acaso años, subrepticamente, había alquilado las blasonadas y vacantes habitaciones del palacio a internacionales aventureros en busca de pastoral refugio, creándose así una sólida clientela y unos ingresos que le permitieron, en el transcurso de dos décadas, adquirir una villa en los alrededores de Houlgat.

Durante el otoño de 1925, cuatro taxis procedentes de la Gare de l'Est produjeron un gran alboroto en la soledad y retiro de la rue du Général Ferreyolles. Algunos días antes, Emmanuel había recibido el consabido telegrama notificativo que le permitió expulsar al ocupante del primer piso, anciano fabricante de sedas de Lyon que acudía allí una vez al mes, y vaciar también el segundo, ocupado por un fabricante de cigarrillos de nombre impronunciable cuya recomendación había llegado a Emmanuel por misteriosos conductos subterráneos, que había instalado un harén en las habitaciones del conde Dupi. Desde la recepción del telegrama el rostro de Emmanuel delató la más profunda congoja, porque los términos del mensaje hacían presagiar una larga presencia.

Pero con el entusiasmo de antaño, su gorra galoneada de oro describió en el aire un arco al conde Dupi cuando salió del angosto taxi. El lenguaje francés empleado por Emmanuel al recibir a su dueño desde tanto tiempo perdido, tuvo una melodía que sólo las huestes de la Comédie Française pueden emular al representar las tragedias de Racine.

—*Bonjour, monsieur le comte...!* —Después, dirigiéndose a la condesa Menti, y con un nuevo arco descrito por su gorra, añadió—: *Bonjour, madame la comtesse!*

—*Bonjour, Emmanuel* —exclamó el conde Dupi con una afable sonrisa, dando una palmada en el hombro de aquel francés de la larga nariz y cabello grisáceo en cuyas órbitas brillaban dos ojos de cuervo. El amable gruñido y la sentimental sonrisa no iban dirigidas a Emmanuel, a quien tenía por el granuja más depravado del mundo, sino a París, su propio París, del cual, no sólo el malvado Emmanuel, sino él mismo, el *comte Dupi*, había formado un día parte hasta un tal grado de popularidad que su retrato, con su bastón de puño de oro, su monóculo y chistera, su frac impecablemente cortado, su eterno clavel blanco en el ojal, su bigote enhiesto y engomado, aparecía en las publicaciones humorísticas de París, y una de estas caricaturas lo representaba paseando entre la muchedumbre del Boulevard de la Madeleine con una actitud que París sólo puede atribuir a los nababs orientales, con su vasta sonrisa bajo el bigote y de cada brazo una mujer adornada, según el estilo de

la época, con unos sombreros de plumas de avestruz del tamaño de una rueda de molino, guantes hasta el codo, zapatos de altos tacones y, por lo demás, completamente desnudas. Aquélla era la primera visita del conde Dupi a París desde hacía once años. Al acariciar el hombro de Emmanuel, le parecía recibir la bienvenida del viejo París de la preguerra.

La condesa Mentí acogió con una fría sonrisa las ceremoniosas reverencias de Emmanuel. Mientras esperaba a los demás en la puerta, su porte tenía algo de majestuoso. Fiel a sus deberes matrimoniales, no había engañado nunca a su marido, pero en treinta años de matrimonio se había enterado de muchas cosas referentes a la vida privada del conde Dupi. A sus ojos, París no era sino un inmenso burdel. En todo caso, despreciaba todo lo francés. En aquel momento, de pie en el umbral de la puerta, con el índice apoyado en su cuello, era de nuevo la princesa Schäyenheim que acababa de pisar lo que era todavía tierra enemiga, incapaz de perdonar a aquellos excitables y físicamente sucios franceses que habían arrancado la bandera de la victoria del férreo puño de Hindenburg. No había olvidado que dos de los tres oficiales que habían tratado a Carlos IV como un preso común a bordo del barco del Danubio, uno era francés, y, por consiguiente, no respondió casi a Juliette, la esposa de Emmanuel, que acababa de aparecer en el umbral para dar la bienvenida a la noble familia. Muy especialmente no olvidaba lo que una Schäyenheim no puede olvidar jamás: que aquel pueblo grosero había decapitado a María Antonieta.

Emmanuel se hizo la observación de que el conde Dupi, que tenía a la sazón cincuenta y cinco años, había envejecido mucho durante los once que habían transcurrido. Sin embargo, mientras descargaba las maletas y ayudaba a bajar a los demás de los otros taxis, dijo con su inagotable verborrea, exactamente lo contrario.

—*Vous avez bonne mine! Vous avez rajeuni!* (¡Tiene buen aspecto! ¡Ha rejuvenecido!) —exclamaba sin apartar ni un segundo la vista del rostro del conde.

El conde János y su preceptor doctor Kliegl, se apeaban del segundo taxi; del tercero bajaba Zia, que tenía ya quince años, y Berili; mientras del cuarto descendían la Regente del Ojo Único, la doncella llamada Elisabeth, el mayordomo *Herr* Jordán y un criado llamado Joseph. La familia y las seis personas de servicio llenaban el palacete. Sólo dos habitaciones permanecieron desocupadas, pero a los pocos días llegó Gyorgy de Cambridge y Kristina de España.

Los padres se reunieron con sus hijos desde tanto tiempo no vistos y pronto se dieron cuenta de que no tenían nada que decirse. Gyorgy, que tenía ya veintisiete años, había desarrollado extraordinariamente sus hombros con el ejercicio del remo. Pero su cuello era todavía un poco escuálido, pensó el conde Dupi. Estudiaba en silencio al heredero de sus tierras, cuya cabeza redonda, cuerpo relativamente corto y mirada afectuosa de sus ojos, delataba la sangre Ostyak de la extinguida rama de los Zoskay, la cual, como un pariente pobre que no osase aventurarse más lejos, no aparecía más allá de una o dos veces cada centuria en la rama Dukay de nariz aguileña. El padre celebraba estas conferencias con cautelosa objetividad y el hijo

con una cortés y generosa franqueza, como si estuviesen discutiendo con una persona a quien vieses por primera vez, el sueldo de un empleo delicado. El muchacho no le produjo mala impresión; Gyorgy no le pidió dinero, ni había contraído nunca deudas de ninguna clase.

Las exigencias de Kristina eran mucho mayores. Anunció su inminente marcha hacia Tokio, porque era el año de la ascensión de Hirohito al trono imperial.

—¿Vas sola?

—El conde Harakoshi irá conmigo. Está muy bien visto en la Corte.

Kristina llevaba las uñas pintadas de color rojo oscuro.

—Sólo las mujeres de baja categoría usan estas cosas —dijo la condesa Menti, que tenía el don de las expresiones refinadas.

Pero Kristina le contestó que la reina Victoria de España usaba el mismo color que ella.

—Dime, Kristina —le preguntó el conde Dupi al día siguiente—, ¿es verdad que también te pintas de rojo las uñas de los pies?

—Desde luego...

—Déjamelas ver.

Kristina se sacudió su zapato de piel de cocodrilo y se quitó la media de seda.

—¡Hum! —dijo el conde Dupi, contemplando las uñas rojas.

No había visto jamás una cosa parecida. No podía haber visto nada así porque Kristina era una de las precursoras de la moda. Entró Zia, y luego los hermanos. Kristina enseñó las piernas como si fuesen extrañas aves capturadas en Andalucía. La condesa Menti apartó la vista. Recordó que Kristina tenía ya veintinueve años.

Habían planeado que aquella estancia en París duraría tres semanas, a fin de iniciar a Zia y János en los misterios de la gran ciudad, por una parte, y permitiría, además, a la condesa Menti renovar y proveer sus numerosas *toilettes*, discutir con el propio *monsieur* Cartier la compra de algunas piedras y llevar a la familia a las representaciones de la Opera y la Comédie Française, sin lo cual su cultura hubiera sido tan deficiente como un par de zapatos rotos.

Algunas veces el conde Dupi se aislaba de su familia e iba solo al *Follies Bergère* o *Le Rat Mort*, pero tenía la sensación de estar en un cementerio. La última década y la guerra habíanse llevado a la tumba a todo aquel mundo. Los camareros, los dueños de *cabarets* y las clientas no se precipitaban ya a darle la bienvenida al verlo entrar; no oía ya a su alrededor aquellos murmullos de «*Je comte Dupi...*». Era un cliente más, igual que el droguero de Amsterdam o el abogado de Barcelona, o cualquier otro que dispusiese del dinero necesario para franquear el umbral de la vida alegre de París.

Se sentó solo a una mesa y pidió una botella de champaña, pero casi no la probó.

En el diminuto escenario de *L'Enfer*, un hombre de chistera cortejaba a una

mujer. Su chorro de declaraciones apasionadas era puro como si fuese un discurso pronunciado en un colegio de señoritas, y el público estaba perplejo encontrando aquello sospechoso. Todo el mundo sabía que una cosa de aquel género en la escena de *L'Enfer* sólo podía llevar a alguna obscena conclusión. El actor de chistera seguía declarándose con cándidas frases, durante las cuales tenía infinitas dificultades con el sombrero; no veía un colgador, no había una silla, no había donde ponerlo. En su agitación se pasaba el sombrero de una mano a otra, lo cual aumentaba su dificultad de abrazar, aun respetuosamente, al objeto de sus amores. Una y otra vez, mientras las palabras brotaban de sus labios, en vano miraba a su alrededor; la escena era divertida. El público sonreía con los ojos brillantes, esperando la solución de la percha. Pero fue imposible oír el resto de lo que decía, porque el público acabó retorciéndose de risa. La entrada valía cinco francos. París proporcionaba la esencia de la más audaz alegría a precios bajísimos y, por cruda y soez que fuese la representación, el espíritu de Molière parecía estar presente, oculto en alguna parte.

El conde Dupi no contribuyó a la general explosión de alegría más que con una leve sonrisa. No se quedó para ver el resto del programa, sino que se marchó, un poco tristemente, con la sensación del que ha dejado una cuenta impagada. Había perdido su buen humor de antaño y no había tenido dinero para pagarlo. Estaba ya en la calle cuando los camareros, que iban vestidos de diablos, corrieron tras él con sus largas lenguas de tela colgantes, y haciendo reverencias lo acompañaron hasta la esquina, dando muestras de gratitud por los mil francos de propina que había dejado en la bandeja, suma en aquellos tiempos tan inusitada en París que, al principio, no podían creer lo que veían. Como una alfombra de rosas ponían a sus pies frases de agradecimiento, sin darse cuenta de que aquel caballero, ya entrado en años, pero todavía alto y delgado, era la espectral aparición de la Europa de fin de siglo. El conde Dupi no hizo caso de aquella cuadrilla de diablos encapuchados. De la misma manera que un león se abriría paso por entre una jauría de enfurecidos lebreles, se alejó de la muchedumbre de Montmartre.

A la segunda semana se había rendido ante su destino y permanecía tranquilamente al lado de la condesa Mentí en el palco de la Opera, dando cabezadas al escuchar las más rebuscadas arias de Debussy, porque su afición a la música comenzaba y acababa con las variaciones de la música zíngara. La condesa Mentí apoyaba los codos sobre el antepecho y, con un ademán habitual en los amantes de la música, se llevaba las manos a la garganta. Su capacidad de resistencia musical soportaba las más duras pruebas.

En cuanto a la gente joven, bajo la vigilancia del doctor Kliegl y *madame* Couteaux, seguía los más diferentes senderos en sus explotaciones de la vida de París. Desde el primer día siguieron caminos distintos. El doctor Kliegl hablaba un francés de aquellos que se encuentran en los manuales de conversación francés húngaro,

fáciles de hallar en las librerías de lance, y que contienen frases como éstas: *El pintor ama (está enamorado) de su abuela. El camello entró (se metió dentro) en la habitación. Dame esta pulga.* Inversamente, desde que el *Orient Express* cruzó la frontera francesa en Basilea, *madame* Couteaux se precipitó sobre su lengua materna con el ímpetu de una trucha capturada que consigue saltar de nuevo a la corriente. En cuestión de segundos las aletas pectorales y dorsales de su irrefrenable locuacidad se convirtieron en una torrencial corriente de agua helada. A la mañana siguiente, aun cuando no tenía nada que comprar, Berili se fue al mercado, se puso en la cola con las demás mujeres, se metió en sus conversaciones, tomó parte en el juego de sus perspicaces miradas, de sus risas, sus chascarrillos y sus ingeniosas frases, y en sus alegres protestas, que suenan al oído del extranjero como la ruidosa aspiración de la sopa perfumada con la misteriosa especia de la lengua materna. A pesar de que no tenía para ella importancia alguna, se unió a sus protestas contra los altos precios; durante aquellos años, abundaban en París los precios bajos, pero en todas las partes del mundo los precios establecidos han provocado invariablemente la misma tempestad de protestas en las tiendas y mercados. Como si el contacto con su tierra natal hubiese curado súbitamente a Berili de su intermitente timidez, aprovechaba cualquier ocasión para meterse por las calles adyacentes, entrar en las tiendecillas y, sin intención de comprar nada, asomarse por encima de los mostradores y, a través de las cortinas, mirar las habitaciones donde el dueño de la tienda, en mangas de camisa, comía con su familia. Berili clasificaba los diferentes platos, quedaba embriagada por el perfume de los *moules mariniere*^[25], desde el codo a las cejas imprimía el sello de su apreciación de las diversas Yvones, Germaines y Madeleines, y el reticente pueblo francés, que jamás detestó tanto a los extranjeros como durante los años veinte, no solamente aceptaba la osada impudicia de *madame* Couteaux como cosa natural, sino que le pagaba recíprocamente con mayor afabilidad. Sin detenerse en ceremoniosidades, Berili se convertía en un miembro de la familia durante aquellos minutos cuando se arrojaba sobre ellos con sus impulsivas visitas para volver a marcharse precipitadamente en el acto, como alguien que lleva ya tiempo bajo el deber de llevar a cabo sus urgentes obligaciones de ver nuevamente su tierra natal. Hablaba con los porteros que barrían el patio. Paraba a los carteros en la calle, los agarraba por la cartera de la correspondencia y no los soltaba hasta que había agotado con ellos el tema de su escaso salario, amenazando con su paraguas al Director General de Comunicaciones de Francia, y de repente los soltaba tan inopinadamente como se había dirigido a ellos para demostrarles su afecto. Como un loro soltado de su jaula, se refocilaba y retorció en las sutilezas de la lengua francesa. Llamaba a los cristales de los escaparates, detrás de los cuales pálidas Suzannes y Amélie manejaban las agujas, les hacía extravagantes visajes, largas y grotescas muecas a modo de conversación y trataba de dirigir una furtiva mirada a sus rostros. Parecía hallar la presencia de la desaparecida Louise en las profundidades de aquellos talleres, aquella Louise de cejas increíblemente delicadas y orejas transparentes que

la epidemia de gripe de 1918 había arrebatado como cosa suya. Tardó días en saciarse de los efluvios del pasado, y las aletas de su nariz vibraban al percibir los agrios olores de las remotas y sucias callejuelas, la inconfundible mezcla de plátanos podridos, ajo, conchas de ostra y jabón barato que caracteriza la rué de la Révolte o la rué Cambronne. La bendita podredumbre de París era como un bálsamo para sus sedientos pulmones.

El conde Dupi encorvó la falange de su índice izquierdo levantado en el aire y se dirigió al doctor Kliegl cuando éste hablaba de ir a dar una vuelta nocturna por París con János.

—¡Mucho cuidado!

Con una muda inclinación, el preceptor aceptó la advertencia que sólo podía interpretar como el aviso de que tuviera cuidado al cruzar las calles. Cierto era que el tráfico de París jamás había sido tan inmenso como durante la gloriosa década que siguió a la terminación de la primera guerra. Pero el conde Dupi tenía algo más en la cabeza. Consideraba natural que un preceptor experimentado se llevase al «pelele alemán», cuyo bigote comenzaba a florecer, y que estaba en París por primera vez, y lo metiese vigorosamente en los eróticos vericuetos del cosmopolita laberinto. Y sabía por propia experiencia que en aquel reino de la actividad se requería no poca cautela. Cuando los teatros han vaciado su contenido sobre los bulevares a primeras horas de la mañana, unas sombrías figuras emergen de la sombra al rumor de pasos de los extranjeros a los que reconocen infaliblemente y acompañan durante kilómetros enteros, haciendo sonar en sus oídos las más variadas promesas, todo ello de acuerdo con las obras de Suetonio, el emperador romano que recopiló increíbles cosas en el comportamiento de los Césares de los tiempos de Nerón. Con el doctor Kliegl a su lado, János no corría el peligro de caer en la inmunda pocilga. La misión del preceptor era introducirlo en la pura belleza de la vida y sólo las anchas escalinatas del mundo cultural podían llevar a ella. Porque éste era un París de otra especie también, el verdadero París, por hablar propiamente, ausente y etéreo, oculto y casi escondido en medio de las avenidas, las callejuelas, los malolientes burdeles y las botellas de champaña detonando en los casinos internacionales. Este París era la mansión del tesoro de la poesía, de la música, del arte, de las más nobles reliquias de la historia, el estuche de joyería de las maravillas espirituales de la humanidad. Hacia estas alturas, el doctor Kliegl llevó al conde János. Se ponían en camino cada mañana a las diez después de haber desayunado copiosamente.

La vieja Opera estaba aquí —decía el preceptor deteniendo a su discípulo en medio del tráfico—. En febrero de 1820, el príncipe Berry fue asesinado aquí mientras veía bailar a Virginie Oreiller, de quien estaba enamorado.

Y seguían adelante.

—En esta casa —se detenía de nuevo el preceptor— vivió Lulli director de la Royale Académie de Musique, nacido en 1633 en Florencia, muerto en París, en 1687.

Siguieron su camino. El preceptor se detuvo súbitamente. Una camarera con trenzas sorprendentemente bonitas se asomaba a una de las ventanas del primer piso de una de las casas de la rue de Rivoli. Estaba precisamente sacudiendo el polvo de una alfombra sobre la cabeza de los transeúntes, en el momento en que el doctor Kliegl levantó la mano para señalar hacia la ventana. La muchacha de las trenzas vio el ademán, la alfombra dejó de sacudirse y durante algunos instantes la linda doncella miró a los desconocidos con una sonrisa; después, al ver que el preceptor seguía mirándola, se echó a reír y sacudió sus trenzas con una inconfundible indicación de que deseaba extender sus relaciones.

—Ésta es la habitación donde asesinaron al almirante de Coligny la noche de San Bartolomé del año 1572 —prosiguió el preceptor, siempre con el brazo levantado, habiendo olvidado totalmente a la doncella. Los dos hombres debían ir equipados con aquellos milagrosos lentes que eluden la luz del sol, pero dejan ver el esqueleto bajo una luz fosforescente. Con gran decepción de la muchacha de las trenzas, siguieron la estatua ecuestre de Luis XIV, obra de Bossio, o las dos musas, cómica y trágica, esculpidas en la fuente de Molière por Seurre, merecieron una frase explicatoria. En medio de su gótica belleza, la iglesia de Saint Germain l'Auxerrois parecía casi hallarse en espléndido aislamiento. Tuvieron que detenerse y explicar que dos veces al día el carillón tocaba la *Marche de Turenne* y las más exquisitas canciones francesas, entre ellas una canción antigua de Chopin, mientras las agujas del reloj marcaban no solamente las horas, sino los días, e incluso las fases de la luna. Fechas, nombres y hechos brotaban de los labios del doctor Kliegl, y el conde János tenía toda la razón del mundo al admirar la profundidad de los conocimientos de su preceptor, sin sospechar que el preceptor habría olvidado todo aquello al día siguiente, por haberlo aprendido de memoria tan sólo el día anterior, gracias a aquella útil publicación que se llama *Guide Bleu*. Antes de irse a la cama, solía dedicar una hora al estudio del programa del día siguiente. Nada importaban los medios; lo esencial es que cuando hablaba sabía lo que estaba diciendo, lo sabía, podemos añadir, perfecta y concienzudamente. Naturalmente, era él quien decidía el itinerario y llevaba en la cabeza la necesaria información como materias alimenticias de poca duración. De esta forma recorrieron el Louvre, la Ecole des Beaux Arts, el Pantheon, Fontainebleau, Versalles y cuanto pudieron situar en el espacio de tres semanas. Todas las indicaciones del recorrido de las históricas reliquias sólo tendían a demostrar una cosa: la palpable prueba de que esta abundancia de bellezas podía sólo tener origen en una época de reyes y emperadores.

Al llegar a medianoche a su casa y enterarse por Emmanuel de que su hijo no estaba todavía en casa, el conde Dupi sostuvo con un suspiro de satisfacción que el granuja estaba obsequiando con champaña a algunas ciudadanas de Francia en algún lugar de Montmartre. Pero su suposición carecía totalmente de fundamento. Estaban tranquilamente sentados en una desierta terraza de un café delante de una copa de *fine*, y el tema de la disertación del preceptor era que la cultura francesa no hubiera

podido alcanzar su actual estado de desarrollo sin la influencia germánica. Cuando una descarada *grue*^[26] muy pintada, según denomina la lengua francesa a estas aves nocturnas, se detuvo al lado de su mesa con una sonrisa invitadora, el doctor Kliegl desvaneció su insistencia con un ademán de su mano sin hacer la más leve pausa en su discurso, de la misma manera que un obispo hubiera hecho que se desvaneciese una mosca que se hubiese posado sobre su nariz durante un sermón.

Berili y Zia siguieron otro camino. De la mañana a la noche saciaron su voraz sed en los escaparates de las tiendas. Cogidas de la mano se daban codazos, gritando incesantemente: *Regarde ga!* ¡Mira esto, mira lo de más allá!, fuese ropa interior de mujer, automóviles, encajes, zapatos o perfumes. Berili en particular hacía un más minucioso estudio de las cosas con sus *Ah, ça!* y los gritos de «*Ça c'est magnifique!*», agitando los brazos con una gran dosis de orgullo, como si ella misma representase los automóviles franceses con sus rutilantes neumáticos, y con sus largas agujas de hacer calceta fabricase todos los artículos franceses. Tenían a su disposición una respetable cantidad de dinero para hacer compras, pero esto interesaba menos a Berili que la admiración que sentía por sí misma y la emoción de encontrar alguna ganga. Por su expresión, al entrar en alguna tienda, se la hubiera podido tomar por un agente secreto de alguna comisión fiscalizadora de precios. Daba rienda suelta a su indignación cuando se enteraba de que pedían ciento veinticinco francos por un par de guantes verde claro que habían llamado la atención de Zia en el escaparate. Amonestaba al dueño de la tienda y lo trataba con desprecio, asegurándole que los mismos guantes se vendían por setenta francos en la Rué Royale —afirmación, desde luego, completamente gratuita—, hasta que el propietario se sentía casi dispuesto a dárselos gratis con tal de atajar aquel torrente de palabras que entorpecía la atención de otros clientes. Cuando salían de la tienda, Berili le guiñaba el ojo a Zia y la empujaba con el codo, haciendo notar de esta forma su consumada picardía. ¡Cierto era que conocía bien París! Recordaba la dirección de *madame* Goujon, viuda de un fabricante de drogas de Nevers, que vivía en la rué Payenne y fabricaba una esencia casera de jazmines por la cuarta parte del precio que se pagaba en la tienda. ¡Vamos a casa de *madame* Goujon! Por rara coincidencia, la anciana mujer vivía todavía y no solamente vivía en el mismo sitio, sino que no había subido la loción más que un franco durante el transcurso de los últimos veinte años, cosa que Berili no dejó de hacer observar con reproche, a pesar de que el franco no valía ya ni la décima parte de su valor primitivo.

Una de sus peregrinaciones las llevó al Musée Carnavaleé La entrada las atrajo, a pesar de que los museos y galerías no figuraban nunca en sus programas para el día. Berili era también la primera vez que visitaba aquel almacén del histórico pasado. Al principio rondaron distraídamente por el museo de trajes y de repente se encontraron en la sala de Luis XIV del primer piso. En la vitrina de cristal de la Salle du Temple descubrieron las medias blancas de algodón usadas por María Antonieta, la navaja de afeitar del monarca y, en un rincón, la guillotina. En el acto, Zia sintió la depresión

del Crepúsculo de Cobre. La historia del abuelo Lucien cobró vida alrededor de ella y un frío estremecimiento recorrió su espinazo. De esta forma, con interrupciones de algunos años, el Crepúsculo iba dejando sentir su presencia, como el agudo pinchazo de un dolor de oído o como un sufrimiento que penetra en el hígado lo mismo que un cuchillo. Apartó a Berili de la guillotina, si bien ésta no estaba más conmovida por aquel objeto que por la presencia de una rueda antigua. Zia le comunicó su emoción interna con un: *Allons, chérie...!* (¡Vamos querido!).

Ya bajo la luz del sol recobró la calma, pero hasta muy avanzada aquella noche siguió viendo hasta el último hilo las blancas medias de María Antonieta, en las cuales se había hecho ya algún burdo zurcido. Eran las medias que llevaba la infortunada en el Temple antes de que la decapitasen.

Los días de las tres semanas en París se desvanecieron rápidamente como el hielo bajo el calor. Sólo quedaban algunas migajas sobre la bandeja; la partida fue fijada para el jueves y los coches cama fueron reservados para dicho día. Una tarde Zia hizo irrupción en el cuarto de su padre. El conde Dupi estaba leyendo la última edición del *Fígaro* que relataba la violación de la frontera húngara por el ejército griego y su verdadera batalla con los centinelas húngaros en Demir Gate. Zia se acurrucó en sus rodillas como solía hacer cuando era pequeña. El conde Dupi supuso que aquella felina ternura era precursora de alguna importante petición.

—Papá, déjanos quedar un poco más a Berili y a mí.

—¿Qué diablos quieres hacer aquí, en París?

En lugar de responder en seguida, Zia retorció cuidadosamente una de las cejas del conde Dupi como si fuese un bigote miniatura.

—Quiero estudiar fotografía.

La idea se le había ocurrido el día anterior. Durante una de sus exploraciones había tropezado con el álbum de Hugo Mongés, *La photo artistique*, en el escaparate de una gran librería. El libro valía quinientos francos, y esta vez toda la diplomacia y habilidad de Berili no consiguió hacer rebajar ni un céntimo. Pero a Zia le parecía que el libro lo valía, cualquiera que fuese el precio. Con texto y ejemplos sentaba la nueva teoría de que la verdadera fotografía estaba hoy en día al nivel de la pintura. En aquellos días Mongés era en París el Picasso de la fotografía. Era uno de los que liberaron a la fotografía de su prisión de nubes de lana, paisajes marítimos, ganado paciendo, olas que caían, fiestas lugareñas y otras trivialidades. Fue él quien, a medida que su equipo mejoraba año tras año, dio a los aficionados a la fotografía la oportunidad de que era posible fotografiar otros objetos que *La abuelita con su gato favorito* o la *Prima guapa dando un salto en el aire en la pista de tenis*; que había otros secretos destellos significativos, tristes o alegres, en la vida de estos objetos. La gente comenzó a fijarse en él antes de la guerra, cuando ganó un primer premio con una fotografía de un cubo de basura a la puerta de una casa de los suburbios, con

cáscaras de huevos, botellas vacías, un par de zapatos de niño destrozados y algunas mondaduras de patata enroscadas en el borde del cubo. Los jueces opinaron que la fotografía, aparte la excelencia de la luminosidad, tenía un contenido.

El álbum contenía una selección de fotografías de Mongés. Otra de ellas, también premiada, se llamaba *La apuesta* y representaba uno de aquellos inmensos estanques de mármol de Versalles, un estanque dormido de mágica belleza. En el borde del estanque había dos pilluelos de la calle descalzos, de cinco o seis años, con las piernas separadas y las greñas caídas sobre la cara. Estaban compitiendo por ver cuál de los dos conseguía lanzar el dorado chorro líquido más cerca del centro del estanque. Antes de Mongés, sólo los rollizos ángeles de piedras de las fuentes monumentales podían hacer tal cosa en el dominio de la fotografía. Una tercera fotografía mostraba un violín sobre una mesa, al lado de un vaso de leche y un trozo de pan. La primera cuerda estaba rota y arrollada al cuello del instrumento. Había algo cruel, algo implacable en aquel movimiento de la cuerda. Parecía que estuviese ahogando al violín con asesino abandono. La fotografía era una sombría balada de un amor no correspondido, y el músico, aun cuando no estuviese en el cuadro, hallábase presente. Zia permaneció hasta altas horas de la noche devorando con los ojos aquellas fotografías y sus anotaciones. Zia, apasionada por la fotografía, contemplaba aquellos cuadros como el pintor provinciano que descubre por primera vez un Kubens después de haberse pasado toda la vida pintando cabezas de buey para los rótulos de las carnicerías del pueblo. Paul Ducreux había escrito un prefacio al álbum y ondeaba la bandera de la moderna pintura francesa en reconocimiento de la maestría de Mongés. ¿Qué ocurriría si se presentaba en el estudio del propio Mongés? La idea era tan apasionante que Zia despertó a Berili, que dormía en la habitación contigua lanzando unos ronquidos que parecían destinados a asustar a alguien. Cuando estuvo despierta y se enteró de lo que Zia llevaba de cabeza, se sentó en la cama y juntando las manos las levantó y exclamó: *Quelle idée!* ¡Sólo Dios podía haberle inspirado aquella idea maravillosa! Desde hacía días el corazón de Berili se acongojaba al pensar en la partida. Ahora aquella chiquilla la había arrancado a su angustia con la perspectiva de pasar el invierno entero en París. Ardientemente acunó a Zia en sus brazos meciéndola de un lado a otro exclamando: *Oh, mon enfant! Mon enfant seul!* (¡Oh, mi hijo! ¡Mi único hijo!).

El conde Dupi escuchó, murmurando, la exposición del plan de Zia. Hojeó cuidadosamente el álbum con ella, pero no hizo comentario alguno. Era una actitud astuta por su parte; quería retardar la decisión, provocar toda clase de halagos por parte de Zia. Porque éste era realmente su único deleite, que su *cricket* se arrellanase en su regazo de vez en cuando, le echase los brazos al cuello, le frotase el bigote con sus puños o le tirase de las cejas. No había petición que Zia pudiese hacer a la que el conde Dupi no accediese. Estaba contento, además, de que su mente volase hacia estas cosas serias. Como manía, en todo caso, era más digna de valor que si le hubiese dado por criar gatos de Angora o coleccionar las prescripciones de los

derviches de la India.

Sobre mediodía del día siguiente, Hugo Mongés hizo su aparición en la calle que llevaba el nombre de General Ferreyolles. Sabía a quién honraba con su visita porque por aquellos días el nombre de los Dukay tenía todavía su resonancia popular. El maestro parecía más bien un tratante en vinos de Arras que un apóstol precursor del arte fotográfico artístico. Era gordo, voluminoso, y su rostro de un blanco grasoso como si hubiese sido ya condenado de antemano a muerte por alguna grave enfermedad de los riñones.

Las guías de sus bigotes eran sumamente agudas y cuando movía la cabeza parecía despedir chispas de perfume en torno suyo.

Avanzó su barbilla hacia adelante en una actitud característica mencionada ya en el prefacio del álbum por Ducreux. La estrecha cinta roja de la Legión de Honor adornaba el ojal de su chaqueta de un gris de semilla de amapola. Las uñas de sus dedos ostentaban las inevitables manchas de los ácidos fotográficos. No tenía la menor idea, al principio, de lo que podía querer decirle aquel conde austríaco cuyo nombre pronunciaba *Duké*.

La conferencia tuvo algo de un encuentro de monarcas. *Monsieur* Mongés entendió en seguida lo que se pretendía de él y cuando se llegó al aspecto económico de los seis meses de instrucción, se agarró la barbilla con la palma de la mano derecha como si temiese que aquella excrescencia carnosa se le cayese al suelo. Durante algunos segundos permaneció reflexionando, levantó los ojos al cielo y pronunció una suma. El conde Dupi no podía casi creer lo que oía. Era demasiado pequeña. Los ojos del maestro, sin embargo, siguieron el anuncio de la suma con una expresión que parecía indicar su temor de que el conde telefonease inmediatamente a la policía. *Monsieur* Mongés pidió ver a su futura discípula. Cuando Zia entró se precipitó hacia ella, le agarró las dos manos en la suya, y permaneció mirándola casi con lágrimas en los ojos, como si se tratase de una chiquilla comprada por el conde durante su infancia a una tribu de gitanos que la habían robado y acabase de descubrirse que Zia era la hija de *monsieur* Mongés desde hacía tantos años desaparecida. El encuentro entre padre e hija difícilmente hubiera podido ser más conmovedor.

La marcha comenzó al día siguiente. Kristina salió para Madrid por la mañana, mientras por la tarde, György regresaba a Cambridge. El jueves por la tarde, los Dukay se acomodaron en los coches cama del *Orient Express* en dirección a Hungría. Sólo en el último momento *monsieur* Emmanuel se enteró de que la joven condesa y su anciana institutriz debían pasar todo el invierno en París. Se puso lívido. A primera vista, le era imposible calcular a cuánto ascendía el perjuicio que esto le irrogaba. Su sonrisa, al inclinarse ante sus señores que se marchaban, era tan amarga como si se hubiese pasado todo el día comiendo ciruelas verdes.

Cautelosamente le dio la infausta nueva a su esposa Juliette.

Si Berili hubiera sido el mismo Ángel de la Tolerancia para quien las palabras

fuertes y el calor de la discusión son desconocidos, no hubiese conseguido tampoco evitar el estallido. Y así, por la mañana del día siguiente, estalló una pelea. Juliette se puso con los brazos cruzados en medio del patio interior y comenzó a chillar en dirección a una de las ventanas del piso superior desde la cual Zia estaba tratando en vano de refrenar ¡a exuberancia de lenguaje de Berili.

Emmanuel intervino intentando una conciliación, con el resultado de que a los pocos momentos estaba gritando en dirección a la ventana, vociferando más que su propia mujer. Una cañería reventada o una tubería principal que se vertiese no hubieran sido nada al lado de los epítetos que se prodigaban unos a otros. Las frases más soeces estallaban en el aire como bombas. *Vieille garce, va! Et va done, fils de putain!* (¡Vieja bruja, va! ¡Y por lo tanto hija de puta!). Con las catapultas corrientes en las provincias del noroeste de Francia, Emmanuel y Juliette dirigían sus improperios contra la ventana, mientras Berili, en el fragor del ataque, vertía todo el crudo repertorio del mediodía de Francia. Se amenazaban con el puño y con la promesa de mandar a buscar a la policía. Finalmente, después de gran derrame de sangre, recuperaron la serenidad. Todo esto no impidió que Emmanuel y Juliette fuesen desde entonces cada domingo al cine con Zia y Berili, especialmente siendo la condesita quien pagaba las entradas. Liquidaban sus querellas cada media hora, tratándose en estas ocasiones con la gentileza, el respeto y los corteses matices de la obsequiosa cortesía de los descendientes de siglos de caballería francesa.

Puntualmente cada mañana a las diez, ella aparecía en el estudio de *monsieur* Mongés, situado en el quinto piso de una casa de una de las calles adyacentes a la Avenue Víctor Hugo. El estudio no tenía nada que ver con el álbum ni con la elocuencia del prefacio de *monsieur* Ducreux. Era un pobre estudio fotográfico como tantos centenares bajo los techos de París, con unas cortinas verdes descoloridas por el sol y los restos de unos pobres muebles dorados. El único ayudante, sobre la que recaía la parte más laboriosa del trabajo, era *madame* Mongés, que se pasaba el día bañando fotografías en emulsiones contenidas en unas cubetas de diferentes tamaños. Pero, teniendo en cuenta los alojamientos en que vivieron y murieron Verlaine y Baudelaire, era cierto que aquel ambiente en nada disminuía el mérito artístico de *monsieur* Mongés. Como instructor, *monsieur* Mongés se mostró también un maestro de primera clase. Cada día perdíase por los vericuetos parisienses con Zia. Llevaban cámaras semejantes en su caza de modelos y fotografiaban las mismas escenas. Las fotografías resultantes, reveladas y ampliadas, les proporcionaban material para su estudio. ¿Por qué una fotografía era buena y la otra pobre? ¿Qué error había en el empleo de la luz? ¿Dónde falló la exposición, ¿eran inadecuados los objetivos? Las alabanzas y las censuras eran aplicadas igualmente a las obras del maestro y la discípula Zia se revelaba no sólo una entusiasta discípula, sino también inteligente. Al cabo de pocas semanas sabía lo fundamental, la relación entre el fondo y las

formas predominantes, los principios de la iluminación y especialmente los sutiles acentos del ambiente «musical» y «dramático». *Monsieur* Mongés solía usar expresiones como éstas: «El fotógrafo competente puede arreglar la luz y las sombras como los pliegues de un vestido... El arte del ambiente es el arte de la omisión... No es absolutamente necesario que la Torre Eiffel brote del sombrero de la figura central como la cola de un faisán... Espere, vamos a bañar este mojón de piedras con unos rayos de luz...».

El maestro estaba coleccionando un nuevo álbum con doce «cantos». ¿Qué hace el parisiense corriente durante los doce meses del año? Había fotografías de los sitios donde trabajaba, la cocina de su casa, la sala de espera de un médico, la taquilla de un cinematógrafo, el dormitorio, todo de acuerdo con la estación. La tragedia humana en doce escenas. No habría más que doce fotografías, pero cada una de ellas estaría saturada de alegre lamento, amarga risa, rebelde nostalgia y forzada apatía. Prometía ser una obra maestra. Dante debió componer su *Infierno* de la misma manera que Mongés preparaba su álbum. En aquellos momentos estaba trabajando en «julio». Cuando Zia entró en el estudio una mañana, la escena estaba ya preparada. Un sofá, una mesita a su lado, copas de champaña, una botella de soda y medio limón estrujado y sin jugo..., símbolos de un calor asfixiante, de un día terrible. Pocos momentos después un hombre y una mujer salieron del laboratorio que servía también de vestidor. *Monsieur* Mongés trabajaba como si estuviese en el inmenso escenario de la Opera. Llamaba a la mujer *madame*, pero se dirigía al hombre llamándolo *Monsieur le Général*.

—Imaginemos la calurosa tarde de un domingo. No tienen ustedes dinero suficiente para ir a Deauville, de manera que se han quitado ustedes la ropa y bajado las cortinas, a pesar de lo cual el sol penetra todavía por las rendijas. *Madame*, por favor, tiéndase sobre el sofá, contemple el humo de su cigarrillo y piense en un recuerdo lejano. Ahora representan ustedes un matrimonio. General, siéntese en el borde del sofá, al lado de su esposa.

—¿Es general? —preguntó Zia con un susurro.

—No, es un modelo que hace dos días que no ha comido. Lo llamo general porque tiene una raya en la pierna, es la marca dejada por las ligas. ¡Bonito tema! La carne pálida y torturada del hombre moderno. ¿Está a punto?

Después de la primera exposición, el hombre anduvo por la habitación como si estuviese en un centro de reclutamiento militar.

—Familiarizaos con los productos que empleáis —le dijo el anciano Perugino al joven Rafael—. Hacedos vuestros pinceles y mezclad vuestros colores.

Zia se familiarizó también con los accesorios, cámaras, luces y productos químicos.

Monsieur Mongés citó esta frase la primera vez que le puso a Zia una bata blanca y la colocó delante de una cubeta con agua para lavar fotografías. Acaso el anciano Perugino no dijese jamás nada parecido al joven Rafael, pero la cosa no tenía

importancia. Es la melodía lo que cuenta. *Monsieur* Mongés era un hombre suficientemente práctico para emplear a Zia en el trabajo de la cámara oscura, que su mujer no podía ya soportar. Había tres cubetas de *papier mâché*^[27], una negra para el fijador, una blanca para el agua y una amarilla para el revelador. La bombilla infrarroja, los bastidores para secar, las luces difusas y los baños de bromuro, los reveladores ortocromáticos y pancromáticos, los filtros rojos y anaranjados, los espejos reflectores, el reflector, la lámpara difusora, la prensa de contacto, la ampliadora, los papeles alisados, las tijeras, cuchillos, balanzas de precisión... Zia descubría algo nuevo; el febril sabor de la industria, el íntimo secreto que los castores, las hormigas y las abejas no han revelado todavía al hombre. Cada día *monsieur* Mongés la escoltaba al bajar hasta la puerta, y le daba la despedida con una profunda reverencia.

Cada mañana, al dirigirse hacia el estudio, Zia pasaba por el Bois de Boulogne. Berili la ponía siempre en guardia.

—Cuidado con los hombres. El Bois es especialmente peligroso.

No fue difícil poner a Zia en guardia contra este aspecto de la vida.

Es una lástima que en París pase también el tiempo. La llegada de la primavera a la Avenue Foch fue ¡una cosa verdaderamente conmovedora, con su esplendor de colores y matices. Pero era necesario preparar la marcha. Como despedida, Zia le regaló a *monsieur* Mongés una gran cigarrera de plata con una inscripción grabada que decía: *Al maestro, de su agradecida discípulo. Madame* Mongés recibió una sortija con un diamante.

Emmanuel acompañó a las viajeras hasta el tren. Una vez éste hubo arrancado, salió de la Gare de l'Est con la expresión del que sale curado por las puertas de un sanatorio después de haber pasado seis meses de grave enfermedad.

El tren pasaba por delante de Chalons-sur-Mame. De vez en cuando cruzaban vastos cementerios militares con las hileras de cruces formando hayas de vegetación de la muerte. Se acercaban a la frontera. Francia se iba haciendo pequeña, pequeña. Pequeños se hacían también los grandes espejos verdes de las aguas primaverales en medio de los cuales los jóvenes abedules dejaban caer sus ramas blancas hasta las rodillas, como en los paisajes de Miller. Los *cheminots*^[28] franceses, con sus blusas azules, se iban haciendo más raros a lo largo de las vías.

Berili estaba sentada al lado de la ventanilla contemplando el paisaje. Fuera, en el corredor del coche cama, una pareja alemana hablaba sin cesar. La mujer debía estar con un embarazo muy adelantado, porque su abultado vientre parecía albergar una sombrilla bajo el traje. Obstruía completamente el angosto corredor.

Eran gentiles, modestos e infortunados. Era imposible encontrar un sitio en el tren atestado. Finalmente, el marido, con un humilde «*bitt' schön*», entró en el compartimiento de Zia. ¿No podría su mujer sentarse allá un rato? Naturalmente, Zia

los invitó a entrar a los dos. No hablaban una palabra de francés, y una explosiva mirada suplió las palabras de agradecimiento.

Francia iba haciéndose pequeña, pequeña. Los aduaneros de gorra colorada habían abandonado el tren a su destino. Berili continuaba mirando por la ventanilla. Su rostro era gris ceniza. Tan desfallecida estaba en el momento de arrancar el tren que tuvo que subir ayudada por Emmanuel. Y ahora, al dejar la frontera tras ella, las furtivas torturas de la arteriosclerosis comenzaban una vez más a roer sus entrañas. Mirando a través de la ventana, llevaba impresas en su rostro las marcas del adiós y de la muerte en sus gruesos labios azules y en la mata de pelo de la verruga de su labio superior. Sabía que no volvería nunca más a ver a Francia. El recuerdo de los pasados seis meses la llenaba de siniestros presagios. ¿Era capaz de prever el futuro? Difícilmente. Era la aprensión del chiquillo que ve a su madre después de una larga ausencia y busca su expresión con el secreto temor de que haya tenido un cáncer o tenga que ser atropellada a los pocos días por un tranvía. Berili tenía la sensación de que no debía haber abandonado su patria a sí misma; que su presencia, por alguna ignorada razón, era indispensable e imperativa, como si el destino de Francia dependiese de la continuación de sus discordias con Juliette y Emmanuel. En su ausencia, la Torre Eiffel, dotada repentinamente de piernas de jirafa, podía derrumbarse o desaparecer en las profundidades de las selvas de Vincennes; o el bello puente de Luis Felipe podía de pronto tener el capricho de revolcarse como un cerdo en el fango del Sena; o las puertas metálicas del almacén de novedades de *monsieur* Franquet podían cerrarse con un horrendo mensaje manuscrito pegado en el exterior y dirigido al mundo.

Zia dirigió su ansiosa mirada a Berili quien debió sentir algo en ella; se aclaró la voz cuidadosamente, contempló un momento a la mujer alemana y comenzó a murmurar:

—*Ah, ça, je me demande pourquoi tous ces sales boches fabriquent-ils cette masse éffarante d'enfants...!* (No sé por qué estos alemanes fabrican estas cantidades pavorosas de chiquillos...).

Estaban en Suiza. Los postes telegráficos desfilaban delante de las ventanillas con un ruido sarcástico, como brujas montadas en escobas, y las masas rocosas de las colinas parecían inclinarse también hacia la tierra de Francia como deseosas de emigrar. Cuando el tren avanza hacia el Oriente se tiene la sensación de que la tierra gira hacia el Oeste.

Apareció el conductor suizo que hablaba francés y alemán. Trató gentilmente de echar de allí al matrimonio alemán que no tenían camas reservadas. Su «*bitte schön*» fue menos suave, pero sin resultado. Súbitamente, con un gran chorro de palabras, Berili intervino en la discusión. Comenzó suavemente, pero a la tercera frase llamaba ya al conductor por su nombre y lo reñía como a un chiquillo.

—¿Es que no ha tenido nunca madre? ¿Ha caído acaso del cielo? ¿Qué es usted? ¿No es usted un hombre? Es usted suizo, de acuerdo, han conseguido ustedes

mantenerse al margen de la guerra y, no obstante, no tienen más humanidad que el negro de mi uña. El compartimiento es nuestro, la dama es nuestra invitada y lo demás no es asunto suyo. ¡Reglamentos! ¡Examine su corazón, mi buen amigo, y mire usted cuántos reglamentos ha observado en toda su vida!

Con los brazos cruzados, el conductor aguantó aquella avalancha con una sonrisa. Varias ramas de su familia eran francesas y aquella mujer le recordaba a una de sus tías. Adoptó su tono familiar y se dirigió a ella tuteándola campechanamente.

—No seas tan generosa a costa de la Compañía de los Coches Camas. Tú no perderás el empleo, pero yo sí.

Se llevó a los alemanes, pero su corazón se había conmovido y les prometió encontrarles sitio. Mientras avanzaban por el angosto pasillo, el enorme vientre de la mujer formaba un verdadero bloque contra el tráfico europeo. La gente se metía en los compartimientos y los lavabos al verlo avanzar y los que no tenían donde meterse huían al coche siguiente como los miembros de una excursión turística búlgara que abandonasen sus atrincheradas posiciones. Los rostros delataban una gentil cortesía, pero también terror, como si el enorme vientre alemán amenazase con dar a luz otros ochenta millones de alemanes allí mismo, en el tren.

Estaban ya en Austria y el tren trepaba tan alto por las montañas del Tirol que les parecía viajar en aeroplano. Los diminutos pueblecitos del fondo parecían de juguete.

Berili mantenía un curioso silencio. Bajo la luz crepuscular de la primavera que caía de las nevadas cumbres, la palidez de su rostro era aterradora.

—¿Te encuentras mal? —preguntó Zia suavemente.

—*Pos du tout!* Nada absolutamente...

Cenaron y se acostaron temprano. Zia trepó a la cama de arriba. Se durmieron pronto, omitiendo por una vez sus susurros y confidencias después de acostarse.

Durante toda la noche el tren avanzó por los desfiladeros montañosos de Austria. Por la mañana el sol brillaba y se acercaban a Viena cuando Zia se despertó. Se oían ruidos en el pasillo y el conductor no tardó en llamar diciendo que llegarían a Viena dentro de una hora. Zia llamó a Berili, pero no tuvo contestación. Temiendo cualquier cosa, saltó de la litera.

Madame Couteaux estaba muerta. Tenía la boca abierta como si fuese a decir algo. La vidriosa mirada de la muerte aparecía a través de sus párpados entornados.

Zia no sabía lo que había ocurrido. Comenzó a vestirse precipitadamente, como si la vida de Berili dependiese de que pudiese dar con su imperdible a tiempo.

Llamó. Vino el revisor. Zia se limitó a señalarle el cadáver. Después acudieron dos extrañas mujeres a arreglar un poco el cuerpo haciendo, entretanto, preguntas a Zia. Una de ellas le preguntó patéticamente:

—¿Era su madre?

Zia, medio confusa, contestó:

—Eh..., sí... *nicht!*

El cadáver ocupaba todo el compartimiento. El tren avanzaba monótonamente.

Zia estaba sentada en una de las banquetas del pasillo y sollozaba ocultando su rostro en el pañuelo. Algunas veces una mano compasiva se posaba sobre su hombro y la muchacha dejaba de llorar durante algunos instantes.

Los viajeros hablaban de la fatalidad. Pronto llegó el conductor con la noticia de que, durante la noche, una viajera alemana había dado a luz un niño sobre la banqueta de un vagón de tercera clase. En uno de los compartimientos, alguien trataba de explicar la muerte de la pobre mujer.

—Una vieja francesa ha muerto en el tren y en él ha nacido un niño alemán...

Las palabras sonaban como una amenazadora profecía de la historia.

Zia entraba de vez en cuando en el compartimiento y besaba la frente de Berili que iba enfriándose rápidamente. Después volvía a sollozar a su banqueta. El revisor le recordó la necesidad de mandar un telegrama a Budapest desde Viena. Sería mejor que la ambulancia esperase en la estación.

La muerte de *madame* Couteaux no produjo en el palacio de Septemvir Utca mayor emoción que si se hubiese extraviado por el camino la llave de una de las maletas.

Enterraron a Berili al día siguiente por la tarde en el pequeño cementerio de Buda. Al lado de Zia, la noble familia estaba representada por el señor Gruber, y la servidumbre por la Regente del Ojo Único. Los tres eran los únicos en llevar el luto. Nadie más.

Pero, ¡cuidado! Había alguien más. Zia los reconoció en seguida, a pesar de que no había visto nunca a ninguno de ellos. Eran los miembros de la pequeña colonia francesa, *monsieur* Deleriaux de la destilería de champaña, cuyo bigote engomado contenía más suciedad que cosmético, con su esposa Germaine, cuyas caderas eran un poco encorvadas, y el viejo *monsieur* Bottin y su halitosis, de la manufactura de esmaltes, y su madre, sorda como una campana, y su hermana, *mademoiselle* Bottin, que se quitaba dieciocho años y tenía amores clandestinos con *monsieur* Deleriaux. Sí, eran ellos. Seres absurdos, fingimientos de la imaginación que incluso ahora estaban sólo excepcionalmente en una incursión en la realidad, pero que volverían al reino de la fábula en cuanto hubiese terminado el entierro.

El señor Gruber y la Regente del Ojo Único en su representación oficial, asistían al entierro con la expresión del testigo llamado a comparecer para atestiguar que una tal *madame* Couteaux había cometido la incorrección de morir.

Cuando el sacerdote terminó, *monsieur* Deleriaux avanzó hacia la tumba abierta. Las lágrimas goteaban de su bigote y sus mandíbulas temblaban como si, antes de empezar su oración fúnebre, quisiera terminar de mascar rápidamente algo. ¿Qué diría un francés en una situación análoga? Dio el postrero adiós del pueblo francés a su compatriota sin hogar y tranquilizó a la difunta asegurándole que aquel trozo de tierra en que reposaba era ahora, para ellos, una pequeña parte de Francia.

Todos los miembros de la colonia sollozaban en voz alta. *Mademoiselle* Bottin estaba a punto de gritar. Zia tenía la sensación de que no lloraban a Berili, sino el dolor del destierro que llenaba sus corazones.

Al día siguiente, en las profundidades de su escritorio, Zia encontró las últimas voluntades de Berili, redactadas en una forma tan ceremoniosa y legal como si dejase vastas propiedades, considerables inversiones en valores e intereses industriales. Dejaba sus agujas de hacer calceta a *mademoiselle* Bottin. El corsé con que la condesa Mentí la había martirizado lo dejaba a *madame* Deleriaux en vista de sus defectuosas caderas. Su paraguas era legado a *mademoiselle* Bottin, y sus ropas, zapatos y ropa blanca, divididos también entre las tres mujeres. *Monsieur* Bottin recibía la destrozada maleta que *madame* Couteaux había depositado en el andén de la estación de Willensdorf seis años antes. Su sortija de oro quedaba para *monsieur* Deleriaux, con quien Zia la mortificaba siempre diciéndole que debía divorciarse de su mujer y casarse con ella. Al desaparecer, se despedía de él con un último guiño de coquetería.

Reservó su libro de oraciones para Zia. En ello había una cierta contradicción póstuma con la vida que había llevado, y quizás un fondo de arrepentimiento por sus irreverentes canciones.

En un sobre había escrito a mano: *Pour mon cercueil et pour mon enterrement* (Para mi féretro y mi entierro). En el sobre había tres mil coronas en billetes, economizadas sobre su sueldo en los primeros años. Aquello delataba en ella a la campesina. Las viejas pordioseras guardan también dinero para su entierro, pensando con temor en todo lo que les espera sobre la tierra después de su muerte.

Algunos años antes, las tres mil coronas le hubieran podido proporcionar un entierro muy digno, pero Berili había olvidado una cosa. Después de la guerra, una implacable enfermedad atacó los vasos sanguíneos de todas las naciones y los corpúsculos blancos aumentaron en proporciones alarmantes. Entretanto el valor de la moneda húngara había caído tan bajo que las tres mil coronas no hubieran podido proporcionarle siquiera una caja de cerillas.

CAPITULO VI

CUATRO años habían transcurrido desde el invierno pasado en París, y el mundo apenas había cambiado. Desde finales de 1925 a finales de 1929 la vieja Europa se detuvo en la vuelta del camino para descansar un poco porque el sol comenzaba a calentar con un insólito ardor. Se quitó la vieja túnica militar constelada de rutilantes condecoraciones, se tendió bajo un árbol y comenzó a comer. En una sola sesión consumió cuatro millones de automóviles comprados en su mayoría en las tiendas de ultramarinos americanas, pero en parte también criados en casa. Después encendió la pipa y contempló los anillos de humo. Allí estaban Briand y Stresemann abrazándose en el vestíbulo del Hotel de Locarno y en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Inglaterra, jurándose, ante los ojos del mundo que jamás Francia y Alemania volverían a tomar las armas una contra otra. Alemania formó parte de la Sociedad de las Naciones, lo cual satisfizo tanto a los hombres de Ginebra que lanzaron sus sombreros hacia el techo y abandonaron en el acto la vigilancia y fiscalización de la Alemania militar. Los ministros europeos del Exterior no tenían ya tiempo para jugar al golf ni aun los domingos, tan ocupados estaban formando tratados de amistad; los términos de la convención italoabisinia eran particularmente conmovedores. Todo aquello daba la impresión de que, en cualquier momento, un transeúnte podía detener a un desconocido en la calle y decirle:

«Perdóneme usted, caballero, pero, ¿tendría inconveniente en entrar en esta taberna a tomar un vaso de vino conmigo? De paso firmaremos un contrato comprometiéndonos a no darnos nunca en la vida una patada en las posaderas». Esto es lo que hicieron un escritor alemán y uno francés ante todo el mundo, publicando su correspondencia con la mutua obligación, a pesar de que no se conocían personalmente, de no tomar parte jamás en una guerra entre sus países. Ambos eran unos reputados sablistas. Los ingenieros franceses habían comenzado a construir la Línea Maginot, mientras los hombres avisados aseguraban a la humanidad que aquella nueva *Van-Li-Chang-Cheng* no estaba destinada a detener el ataque de los alemanes, sino a solucionar el problema de la falta de trabajo en Francia. Más tarde pudimos comprobar que la afirmación había sido cierta. El mundo no quería dolores de cabeza mientras dormitaba con sus sueños de paz. Inglaterra y la Unión Soviética podían quizá sostener relaciones diplomáticas durante algún tiempo, pero la cosa no causaba mayor conmoción que el rugido de dos leones disputándose, a la hora de la comida, un trozo de carne de caballo detrás de los barrotes de la jaula. El petróleo era la causa de estas ligeras desavenencias.

Después de la guerra mundial, Europa se sacudió como un perro que sale del río y, como dicen los antimonárquicos destruyeron siete insectos parásitos; siete tronos reinantes. Para aplacar a los monárquicos comenzaron a elegir Reinos de Belleza. París, desde luego estaba en primera fila. El festival tuvo incluso efecto en la Opera y el Presidente de la República fue el primero en besar a la reina elegida. Naciones más

pequeñas se apresuraron a imitar a Francia, con la única diferencia de que los jefes de Estado no besaban en público a la elegida, porque esto hubiera comprometido su dignidad. Podría decirse sin exageración que durante la segunda mitad de los años veinte la mayoría de los pueblos, especialmente en los países del sudeste de Europa, estaban ocupados con los concursos de belleza, lo cual produjo un considerable incremento de la adoración de la belleza femenina. Cada raza quería demostrar que sus hijas eran las más bellas del mundo, pero los maliciosos partidarios de la teoría racial no estuvieron de acuerdo porque la belleza búlgara resultó ser hija de un ingeniero de minas sueco que vivía en Sofía, mientras la Reina de la Belleza polaca resultaba hija de un griego tratante de caballos. El sueño del futuro, los Estados Unidos de Europa, estaba simbolizado en la imagen de *miss* Europa en traje de baño, retratada en el momento en que iba a probar la tibieza del océano con sus lindos pies. Incluso la inminencia del gobierno del mundo arrojaba su nombre en la persona de *miss* Universo. En el espacio de algunos segundos las Reinas de Belleza se convertían en estrellas de la pantalla y esposas de millonarios americanos. «¡La esperanza es la realidad!», cantó una vez Guillermo de Aquitania, y el radiante ángel de la esperanza hizo su aparición instalándose en la noble residencia del patriarca ortodoxo griego de Bucarest, detrás de los mostradores de los departamentos de Bruselas y en los burdeles de Varsovia, donde se habían colocado jóvenes muchachas en las diversas esferas de la actividad. Almirantes retirados, directores de molinos en activo y escultores sin trabajo estaban en pugna en el tumulto general para conseguir formar parte de las comisiones que debían juzgar. Los miembros tenían la reputación de dejarse sobornar por las candidatas, pero es inconcebible mezclar a unos jueces serios en la corrupción material.

¿Recordáis cuán maravillosa era la Europa de finales de los años veinte? ¿Historiadores, atrás! ¡Idos a otra parte! En cuanto a nosotros, por las undosas llanuras de las desnudas extensiones del recuerdo, estamos en la pista de los huesos y vértebras de un dinosaurio ya desaparecido: el extinto y alto espíritu de Europa.

El tremendo monstruo antediluviano debió ser de un formidable atractivo, porque, cada vez con mayor frecuencia, comenzó a producirse una frase en el mortal aburrimiento de América: *Descubrir Europa*. El acento de Dallas y del Lejano Oriente comenzó a ser cosa corriente en los alrededores de las casitas de un solo piso en las callejuelas de Buda y los rebaños de corderos del *American Express* hacían a menudo descubrimientos tan sorprendentes y poéticos como sólo la gente de las lejanías es capaz de hacer. Comprobaban, por ejemplo, que las casas americanas eran mayores que las de Buda, pero que el firmamento era mucho más vasto sobre Buda que encima de Nueva York. Tomemos la cosa como es, esta conclusión significa una considerable ganancia de territorio para el desmembrado país productor de los artículos revisionistas del lord Rothermere, que tanta aceleración a los latidos del corazón provocaron aquellos años. Los porteros de los hoteles de las riberas del Danubio eran asaltados por grupos de turistas en demanda de lo que había que ver. Y

la respuesta caía como si fuese un disco de gramófono.

—Visiten la iglesia de San Matías. El Baluarte de los Pescadores. La piscina del Hotel Gellért y sus olas artificiales. Y cada día, antes de las doce, va a bañarse allí una auténtica archiduquesa. Podrán tocarla.

Sí, señor, hubieran podido tocarla, si hubiesen querido, sin pagar ningún suplemento. En las aguas superficiales del *Hullámfürdő* flotaba realmente una corpulenta archiduquesa. Así debía el rey de las bestias reposar en las selvas africanas. Las olas artificiales agitaban sus grandes pechos y blando vientre, hasta producir en los vendedores de calzado de Chicago que rondaban alrededor de Su Alteza, una sensación de acoquinamiento, y vacilaban en tocarla. Finalmente —ya que el espíritu americano está siempre dispuesto a la aventura— hacían una gran aspiración, fingían cegarse detrás de los gruesos lentes y nadaban directamente hacia aquella carnosa abundancia, fingiendo liberarse sólo difícilmente, como si se encontraran en un histórico baño de barro, susurrando luego entre balbuceos; «¡Oh, perdóneme!». Pero una vez en su país relataban a los miembros de su club cómo habían tenido en sus brazos durante más de diecisiete segundos a una verdadera archiduquesa de Habsburgo.

¿Qué más ocurrió durante aquellos años? ¡Ah, sí! Sintiendo insuficiente respeto por el Océano Atlántico, Lindbergh voló por encima de la masa líquida. En general, esta proeza fue considerada producto del Frente Irreverente. Los mineros irreverentes de Inglaterra se declararon en huelga. Tres individuos irreverentes hicieron un infructuoso atentado contra la vida de Mussolini, si bien según algunas fuentes de información, el atentado fue preparado por los fascistas a fin de demostrar la invulnerabilidad del Duce. En Hungría un grupo clandestino de patriotas inventó una nueva arma secreta silenciosa que tenía la considerable ventaja de no causar daño a la vida humana o propiedad, pero se consideraba sin embargo, suficientemente efectiva para obligar a Francia a caer de rodillas por haber metido el mutilado cuerpo de Hungría en la camisa de fuerza de la Pequeña Entente. El arma secreta silenciosa fue una delicada prensa de impresor que comenzó a falsificar billetes franceses en grandes cantidades. Los osados y resueltos patriotas fueron pescados llenándose los bolsillos con el producto del arma secreta, franqueando diferentes fronteras y destruyendo la vida económica de Francia. Encargaban caviar y *crepes Suzette* en los restaurantes y tiraban el dinero en los casinos en una escala que ni aun el conde Dupi hubiera podido soñar en sus tiempos dorados. Desgraciadamente, el producto del arma secreta era fácilmente identificable a diez pasos, hecho que dijo mucho en descrédito del arte tipográfico de Hungría. Pero subsistían todavía los héroes del nuevo humanismo, aquellos que distribuían billetes de mil francos en lugar de heridas. Los círculos oficiales de Hungría condenaban públicamente el cobarde ataque y ordenaron una vigorosa acción contra los culpables, que no dio resultado alguno durante mucho tiempo porque se supo que el jefe superior de Policía nacional era la cabeza de la banda. Un nuevo tema embelleció las canciones de las revistas de

París, pero, por lo demás, no hubo gran daño. Europa continuó radiante de buen humor.

Rumania creaba una organización con el espléndido nombre de Guardia de Hierro, mientras, en otoño de 1928, Albania elegía a Zog como rey, hecho que produjo gran revuelo entre las damas casaderas de la aristocracia húngara. Antiguo teniente de infantería de la Monarquía, era, por lo menos, soltero, y aun cuando el trono que ocupaba no era mayor que el guisante de los cuentos populares, era cuando menos un trono. Kristina se fue en el acto a Albania porque su médico español le dijo que su traqueítis sólo podía aliviarse en las playas albanesas.

Nada más interesante ocurrió tampoco en los alrededores de Septemvir Utca. Zia encargó una hermosa lápida para Berili y a menudo iba a visitar su tumba. Más tarde fue con menos frecuencia. El año pasado fue sólo el día de Todos los Santos. En noviembre el conde Dupi celebró el sexagésimo cumpleaños en los reducidos límites de la familia. De todos sus hijos sólo se hallaban presentes Itere y Zia, pues György estaba todavía en América y János proseguía sus estudios agrícolas en Leipzig, habiéndose llevado no solamente al doctor Kliegl para que pensase por él, sino a su ayuda de cámara Joseph, a fin de tener alguien que le pusiese los zapatos por la mañana, porque los criados alemanes estaban tan imbuidos de la conciencia nacional de Hitler que no querían servir. La condesa Mentí consagraba todas sus horas a la Unión Católica Femenina; en sus discursos y conferencias, seguía reformando la moral del mundo con grandes esperanzas de éxito. Zia instaló una pequeña cámara oscura en el palacio de Buda. Recientemente comenzó a interesarse por el retrato fotográfico. No sólo todo el personal del palacio entero, sino los habitantes del pueblo estaban ya cansados de servir de modelo.

Zia tenía ahora más de dieciocho años y en opinión de aquellos que entendían de estas cosas, no era considerada como una de las «deslumbrantes» bellezas de la aristocracia húngara, una de aquéllas cuyo nombre era moneda corriente. Sus cejas eran un poco demasiado finas y unas cejas como aquéllas privaban a una muchacha de ese soñador misterio que las grandes cejas arqueadas pueden dar a un rostro femenino. Las mujeres subsanan este defecto afeitándose las cejas y dibujándose otras enteramente nuevas sobre la torturada piel. Los salones de té conocidos comenzaban a llenarse de imperfectas imitaciones de *Tutankamen*, todo porque un bélico faraón egipcio se cansó de la sublime quietud de su mundo subterráneo e inesperadamente salió de su cuatro veces milenaria tumba de oro. El hábito de la depilación fue ganando terreno gradualmente hacia los sobacos de las mujeres y llegó incluso más lejos.

(Quince años después el mundo debía encontrarse también con otra gran sorpresa: el *ripmaus* como cosa corriente. ¿Qué es *ripmaus*? Imposible decirlo, exactamente. Es un inesperado e intangible acto criminal de dimensiones cósmicas para el cual no

tenemos palabra adecuada, de la misma manera que no la había para denominar el oxígeno antes de Lavoiser. Un acto tétrico, sombrío, criminal, informe, de alcance sorprendente y ahora sabemos que fue cometido por un anciano, un anciano con una bella y vasta frente. Volviendo del revés sus bolsillos hallamos en ellos uñas de los pies pintadas de rojo, sobacos y otras concavidades depiladas. Es posible que todo esto no tenga conexión con el crimen, y no obstante, las uñas Tojas parecen sospechosas. Tenemos que examinarlo todo, la miga de pan, el susurro de la amenaza, el aeroplano, el olvidado tratado de alianza, la semilla del átomo, germinada cruel, y artificialmente. ¿De dónde son, cómo llegó a ellos, desde cuándo los tienen? ¿Por qué lleva consigo ese poema futurista escrito en 1927 por un poeta parisién que empieza?: «Hay una máquina de coser en la tiza de la pizarra...». Vamos a ver el otro bolsillo. ¿Un catálogo confidencial y completo de todos los homosexuales del mundo? No tiene importancia. Lo sabemos ya por la encuesta posterior a la caída de Roma. ¿Qué hay en el resto de sus bolsillos... dónde ha ocultado el cuchillito afilado cuyo fin es seccionar el *vaso deferens* para quedar esterilizado? Debemos interrogarlo; dónde, cuándo, cuántas veces a qué bajas profundidades se ha visto relacionado con la Literatura, la Ciencia... *Ripmaus*. La palabra fue pronunciada por un chiquillo de dos años cuya madre fue raptada delante de sus ojos después de haber matado a su padre por haber figurado en la resistencia. *Ripmaus*: rapiña, pánico, asesinato, violación, sospecha... Todavía no sabemos en qué especie de neblinas la mala predestinación de esta palabra ha nacido. El chiquillo dijo: «Cuando vino el *ripmaus*...»).

Un peluquero de la ciudad, el delicado *Mr. Rudera*, hizo leves y cautelosas insinuaciones a Zia de que debía depilarse las cejas, pero Zia se negó a ello. Y tenía razón. Las personas con las cejas naturales dan la sensación de que no se encuentran delante de una puerta conocida, detrás de la cual los muebles y la vajilla de porcelana son conocidos también, e incluso el perro ladra de una manera afectuosa. Este efecto estaba realzado por el fuego de la mirada de los ojos de Zia, que eran verdes como el capullo de una manzana. Una vez posó delante de su tío el conde Joachim, que era un conocido pintor de retratos.

—Si consigo reproducir el color de tus ojos —le dijo durante una de las sesiones — quedaré satisfecho.

Con la pipa inglesa en la boca hablaba incesantemente.

—Tu boca no es tampoco fácil. Hay en la comisura de tus labios un algo que me recuerda a los pájaros novatos. ¿Y de dónde has sacado esta nariz? Hoy día no se encuentra 3a nariz de los Schäyenheim más que en las estatuas de Policleto, mientras la nariz de los Dukay tiene aquella ligera curvatura de los camelleros caucasianos. Dollin la hubiera llamado una nariz de yatagán.

—¿Qué tiene de malo mi nariz, tío Himi? —decía Zia sin mover la cabeza y mirando en la dirección requerida.

—Tienes una nariz encantadora, pero tiene un ligero toque... ¿cómo lo diría yo...? un ligero toque de eslovaco. Ya lo sabes. No te muevas, te estoy pintando la

nariz ahora. Es curioso; tu nariz está ligeramente movida del centro. Hay algo que cautiva en estas narices.

Zia no hacía caso de las divagaciones de tío Himi con su barbilla Enrique IV de color de torta, porque estaba pensando qué cámara fotográfica se llevaría a la mañana siguiente a la caza del musmón. En todo caso, el tema no la interesaba sobremanera. Pero no porque tuviese una naturaleza frígida. Su cuerpo frágil y atractivo era frecuentemente presa de deseos que eran como suaves céfiros sobre un mármol en flor. Pero Zia suspiraba por algo de una belleza supraterrrenal, por la pureza de un amor celestial que es, a menudo, como una música etérea en el corazón de una chiquilla. Esta especie de deseo tomó posesión del hombre durante algún tiempo del remoto pasado perteneciente quizá al período auriñaciense, cuando aparecieron las primeras versiones del redoble del tambor que han sido desde entonces la única forma de diferenciación entre el hombre y la bestia. Zia esperaba impaciente y solemnemente la primera floración del amor, pero éste se negaba a llegar. Cuando favorecía de vez en cuando al Park Club con su presencia luciendo un esbelto cuerpo y grácil cintura, se veía inmediatamente rodeada de una serie de muchachos que — pese a sus nombres de Kuki, Sigi, Fufu, Ubi, que les daba cierta semejanza con cachorros de perro doméstico— no eran en modo alguno despreciables, esbeltas figuras tostadas por el sol de las pistas de tenis o los paseos a caballo; y si había algún ejemplar paliducho por las largas estancias alrededor de las mesas de juego de los clubs nocturnos, eran, no obstante, muchachos guapos en general, no en el sentido de *beau garçon*^[29], sino en la herencia de la raza, con sus facciones aristocráticas, particularmente distinguidos por su buena educación, sus ademanes moderados y la suave modulación de la voz peculiar de la gente distinguida, que los hijos de la gente del campo, propietarios *suabios*^[30] o fabricantes judíos, en sus esfuerzos de emulación, convertían en anchos hombros, acentos fingidos y absoluta idiotez. Para estos últimos, las horas matinales eran conocidas por «*ma-ti-na-lis*», con lo cual querían indicar las horas de antes del mediodía, y cuando iban al *Gerbeaud* a comer algún pastel relleno de carne encargaban un *vol-au-vent*, tal como se lo oían pronunciar a la condesa Sarolta, y al día siguiente menospreciaban a sus padres porque les oían pedir «picadillo». Se hacían cortar el pelo en casa de Froling porque una vez el príncipe Andrés entró en aquella peluquería por casualidad, y se mecían en la feliz ilusión de que todo aquello compensaba para los siglos venideros su insuficiencia de sangre, raza, nervio e intelecto. Eran como carros de coles, como una bandada de aduladores andando detrás de la estrella favorita; pero sólo tenían las cáscaras y los desperdicios de la basura como única cosa con que contar.

No había ninguno de los imitadores, ni aun de los imitados, que interesase a Zia. Pero le gustaba estar con ellos porque era joven; le gustaba el tenis y el baile, y muy particularmente reírse. Las comisuras de sus labios, parecidos a pájaros novatos, esperaban el estallido de la risa. La juventud es en general de espíritu volador. Pero después de la Guerra Mundial ocurrió algo inexplicable: la juventud de la clase media

y de la clase trabajadora perdió su buen humor de antaño. La alegría prevalecía tan sólo entre la descendencia de la gente del campo y de la aristocracia. La naturaleza protegía el buen humor del pueblo, incluso en la adversidad, porque vivían cercanos a la naturaleza y el pueblo protegía el humor de la aristocracia, que vivía tan alejada como podía del verdadero pueblo que se preocupaba de su despreocupada existencia. En las clases intermedias, en los despachos y manufacturas, prevalecía un humor artificial y sofisticado manchado de tinta. Los obreros estaban mal pagados, y de todas las partes expropiadas del país, que eran ahora una tercera parte de su primitiva extensión, como un chorro de sangre de una arteria seccionada, venía una vasta corriente de funcionarios húngaros despojados. Éstos se limitaban a vegetar ahora, o desposeían de un empleo a quienes no se habían movido de casa, y no había motivos de risa entre la clase media. Si realmente quería uno reírse tenía que pasar la tarde con el joven conde Sigi, que hacía interminables discursos políticos cuando estaba completamente borracho y tenía una habilidad grande en imitar los gestos y entonaciones de voz de su padre el ministro del Gabinete. Explorando errores deliberados de pronunciación y resbalones de la lengua, llenaba sus ampulosos discursos políticos con las más escandalosas obscenidades. Se ha dicho que un secreto conocido de dos personas no es ya un secreto. Pero es un profundo error. Editores asalariados de las guías telefónicas de Szabolcs y barbudos propietarios de Zalá, recorrían grandes distancias para oír los discursos del conde Sigi, pero ni una sola palabra de ellos alcanzaba los oídos del paternal ministro, con tan gran fidelidad guardaba el público el secreto. El taimado público cometió un grave error: hubiera debido reír, en su lugar, de los discursos del paternal ministro. Pero éstos, en cambio, los escuchaban con temor.

Ahora que Zia era ya una muchacha casadera, los jóvenes de buen humor de la aristocracia asistían con frecuencia a los bailes del palacio Dukay o a las cacerías de Ararat, e incluso durante su sueño, Zia se echaba a menudo a reír recordando algunos de sus *mots*^[31] o algunas de sus picardías. Había aquella anécdota del joven barón Ubi, que estaba invitado a una fiesta en la cual todo el mundo tenía que ir vestido de chiquillo. Llegó vestido de niño de tres años cabalgando en un palo en uno de cuyos extremos había una cabeza de caballo con bridas y todo. Llegó tarde, cuando la concurrencia se había ido ya a cenar. Ubi entró galopando en el comedor luciendo chacó de papel en la cabeza, y en el acto se dio cuenta de que se había equivocado de piso porque todo el mundo iba vestido de noche. El director de una compañía tabacalera celebraba su cumpleaños y el maestro de ceremonias se hallaba a la mitad de su panegírico. A fin de conseguir un mayor efecto, Ubi había dejado salir por detrás de los pantalones infantiles el faldón de su camisa; incluso lo había manchado un poco de color pardo; imperturbable, sin disminuir ni sus aullidos ni su loca carrera, siguió azotando su caballo como un pura sangre que se acerca a la meta; dio la vuelta a la mesa y desapareció. Después de su marcha las opiniones se dividieron en dos bandos; la mayoría sostuvo que no había ocurrido nada, tan inverosímil les

había parecido todo aquello. Sí, estos muchachos eran gente alegre, pero la pasta de que estaban hechos no se amoldaba a la clase de amor que Zia estaba esperando.

Por cierto que fuese que la aristocracia saliera de sus estuches después de la guerra —la condesa Sofía anunció el final de las diferencias de clase y dijo que tutearía familiarmente a todas las mujeres con quienes efectuaba las colectas para la Obra Infantil—, por cierto que fuese, los miembros de la nobleza preferían todavía mezclarse libremente con los diplomáticos extranjeros. Zia se sentía un poco inclinada hacia el agregado militar de la Argentina, de azulado rostro.

Una mañana de setiembre, muy temprano, el conde Dupi subió las escaleras y entró en la habitación de Zia.

—Oye, *Cricket* —dijo dejándose caer en un sillón—, ¿te gustaría ir conmigo?

—¿Adónde?

—A Venecia. Vamos a paseamos un rato...

—¡Oh, es una idea maravillosa! —Zia hacía una imitación perfecta de *miss Roberts*, la hija del embajador británico—. ¿Cuándo salimos?

El conde Dupi buscó en su bolsillo y sacó el delgado y atropellado reloj de oro que no había abandonado desde que era teniente de dragones.

—Nos vamos dentro de media hora. Podremos cenar a las nueve en la Plaza de San Marcos.

Poco después un gran coche de turismo se detenía ante la puerta de la casa. Oscar, el chófer, que por alguna misteriosa razón parecía un mercader de pieles persas, examinaba el mapa. Si salían inmediatamente podían estar en Venecia a las ocho, a tiempo de darse un festín. Su Excelencia el conde Dupi y la condesita Zia bajaron las escaleras seguidos de varios criados llevando las maletas de piel de cerdo con las rayas rojas y azules, maletas que eran tan viejas ya que habían adquirido el color de la espuma de mar.

Arrancaron. Un adiós a mamá y otro a Rere, a quien vieron en el parque con un estropajo en la mano. Permaneció mirándolos por debajo de La visera de su *derby* como si viese un automóvil por primera vez en su vida.

Les gustaba marcharse así a los dos, de vez en cuando. La voz grave del conde Dupi tomaba una nueva entonación cuando podía presentar a Zia a alguien en un coche restaurante o el salón de un hotel.

—Es mi hija...

Estaba orgulloso de la cintura esbelta y los ojos verde manzana de su hija. Aparte el afecto paterno la compañía de una mujer bonita le era todavía indispensable. Era un excelente compañero de viaje. Decía una serie de tonterías, pero ayudaban a vencer el sueño y eran especialmente efectivas contra el siroco que azotaba el italiano suelo. Resultó que Zia, inexplicablemente, no había estado nunca en Venecia. El conde Dupi le contó que en el periódico de la mañana había leído que una famosa

compañía dramática italiana, debía dar una representación al aire libre de *El Mercader de Venecia* en la Piazza San Tomaso, al día siguiente.

Estaban cerca de Klagenfurt. El poderoso automóvil hacía más de setenta millas en línea recta. Al revés de los húngaros, los austríacos habían comprendido que mantener sus rutas en excelente estado era una magnífica inversión, porque el número de vehículos aumentaba en Europa y éstos acudían a las buenas carreteras como abejas a una madre selva. Siempre e inevitablemente, el conde Dupi tenía sueño cuando oía el zumbido del motor. Zia contemplaba el rostro del durmiente. ¡Pobre papá, se iba haciendo viejo...! Después miró por la ventanilla los enebros de la carretera, tan típicos de los caminos de Austria, desfilando y quedándose atrás. Sus ramas parecían mancharse de harapos amarrotados.

Zia no podía imaginarse lo que le esperaba en Venecia. Como podía saber... el primer amor de una muchacha llega más silenciosamente que la primera agachadiza en el marcerero atardecer azulado de las selvas en capullo. Comenzó a leer *El Mercader de Venecia* del cual sólo había una traducción francesa en la biblioteca.

Llegaron a la hora prevista y encontraron la Piazza San Marcos atestada de sus amistades, casi como si hubiese ido con ellos todo Budapest. Como Zia y el conde Dupi, sus amistades habían ido a ver aquella representación.

—¿Localidades? —La princesa Karola se echó a reír con incredulidad—. Es imposible encontrarlas. Quizás a cambio de amor, pero no de dinero...

Era siempre imposible adivinar los métodos que utilizaba el conde Dupi para solucionar esta clase de problemas. A la noche siguiente, sin embargo, estaba en primera fila con Zia, no lejos del rey Alfonso de España y del Secretario Americano de la Tesorería, Andrew Mellow. Las tribunas, construidas para aquella ocasión, estaban atestadas de hombres y mujeres con traje de etiqueta. Hubiera sido difícil afirmar si era Shakespeare o las *couturières*^[32] de París las que constituían la atracción principal. Indudablemente, el traje de Mrs. Ryan era más discutido que la tragedia del gran genio inglés. Y en cuanto a la representación en sí, de nuevo era imposible distinguir en ella al deferente del irreverente.

—Ah... es *maravilloso*! —exclamaba miss Roberts que, naturalmente, estaba también allí. Los Schiaparellis y las Molineaux encontraron el espectáculo embriagador. No así los irreverentes. Cerca del centro de la tribuna, en medio de la ceremoniosa pompa de los trajes de etiqueta, había dos hombres con traje de calle. En medio de tal ostentación de fracs, aquellos hombres con el cuello de la camisa abierto, sólo podían pertenecer al mundo intelectual. Y así era precisamente: dos escritores húngaros. El del bigote se llamaba Pognár, porque un oficial alemán había escrito mal el nombre de Bognár cuando volvieron a entrar en los días de dominación alemana. El destino de Hungría quedó sellado cuando los abuelos magiares sometieron sus nobles apellidos a los estragos de los pozos de tinta alemanes y a los destrozos de las plumas de los amanuenses austríacos con pelos en las orejas. Los hijos y los nietos usaban aquellos nombres destrozados como si fueran narices rotas y

viejas cicatrices que desfiguraban. Durante la precedente temporada una crítica maliciosa de una obra de Pognár no había omitido comentar que «toda la autoridad de autor de Pognár no es más que la consecuencia de un error de pluma». El otro escritor se llamaba Paul Fogoly. El nombre de Fogoly había sido más circunspecto; había eludido cuidadosamente los estragos de los secretarios registradores del tiempo de los Habsburgo, porque era una transformación magiar de *Fürst*, afectado después del Compromiso Austrohúngaro. Desde entonces, la sangre magiar vertida en la copa de los *Fürst* había lavado toda traza de antecedentes germanos.

Los dos hombres, a quienes conocíamos ya de antemano, pertenecían a ésa clase que es mitad autor, mitad periodista. Debían tener aproximadamente la misma edad, entre treinta y cuarenta años. Trabajaban en la misma editorial y estaban enamorados de la misma muchacha, llamada Eva Kócsag, la atolondrada actriz, conocida por *la artista* incluso de los tramoyistas. Se pasaban la vida censurándose mutuamente artículos y comedias y cada uno de ellos soñaba con la súbita muerte del otro. Pognár a menudo se acercaba a la mesa de Paul Fogoly con un rostro radiante.

—Oye, ¿sabes lo que soñé anoche?

—Sí, que un tranvía me cortaba a pedazos.

—Mucho más terrible. ¡Que tu última obra era un éxito!

Todo esto era indicativo de la franqueza de su carácter y de lo sincero de su amistad. Cuando uno de ellos se ausentaba para trabajar sobre alguna obra, el otro aparecía a los pocos días para obstruccionarlo. Así fue como se encontraron en esta ocasión en Venecia.

La representación seguía su curso. Bassanio, Lorenzo y Graziano acaban de iniciar la escena de la calle del primer acto.

Pognár contemplaba la bella plazuela de San Tomaso.

—Fíjate en todos los ventajistas de los tejados y las ventanas. Parece que estemos esperando que ahorquen a alguien en el patio de la cárcel de nuestro país.

La palabra «ahorcar» suscitó una leve protesta de Paul Fogoly que conocía la manera de pensar de su amigo. Cuando Pognár terminó, Fogoly le dijo:

—¿Y a quién habría que ahorcar aquí?

—A Shakespeare.

Paul Fogoly no hizo comentario alguno. Su silencio significaba asentimiento. A ninguno de ellos les gustaban los actores alemanes. En su opinión, sólo los franceses y los rusos sabían cómo había que representar. Y, bueno, sí, desde luego, los húngaros. ¿Actores húngaros famosos? ¡Pethes! ¡Csortos! A este respecto no prosiguieron la enumeración, pero el nombre de Eva Kócsag apareció en la mente de ambos y, desde luego, sin justificación alguna porque Kócsag la artista, ciertamente...

La brisa arrebató las palabras de los labios de los actores y las lanzó hacia los tejados como trozos de papel. Sin embargo, el acento de Dresden era netamente perceptible en labios de Bassanio.

—¡Cuánto mejor es el original! —dijo Paul Fogoly, comenzando a recitar...

*O my Antonio! Had I but the means
To hold, rival place with one of them...*

A su lado estaba sentado un crítico teatral de Londres, cuya compañera le había informado de que sus locuaces vecinos eran mal educados porque eran húngaros. Oyó la cita en inglés y se volvió hacia su mujer.

—¡Qué interesante! ¡Jamás hubiera creído que la lengua húngara se pareciese tanto a la inglesa!

Indiscutiblemente, el acento inglés de Paul Fogoly era detestable, y si hubiese pronunciado la cita en swahili la diferencia no hubiera sido mucho mayor. Pero Paul Fogoly sabía de memoria varias de las obras de Shakespeare desde el principio hasta el fin y todas en inglés. ¡Que la Europa occidental haga otro tanto, si puede!

—Mira la luna —murmuró Pognár.

Ciertamente la actitud de la luna era fantástica. Era casi llena y aparecía por los espacios claros dando la sensación de que daba vueltas alrededor de la Piazza San Tomaso.

—Mira cómo se ríe —prosiguió Pognár—. Se ríe en las manchas de luz.

En aquel momento los reflectores brillaban sobre el traje de Porcia.

—¡Ya lo creo! Según la obra estamos ahora en casa de Porcia. Si la una supiese la dirección escénica no estaría ahora aquí. Pero no la sabe. ¿Y qué diablos hace toda la Piazza San Tomaso en casa de Porcia? Por esto he creído siempre que las representaciones al aire libre son una tontería. Una obra escrita para la escena, es decir, para interiores casi siempre, no puede ser representada al aire libre. El viento se lleva la voz de los actores, con lo cual no se pierde gran cosa, desde luego. ¡Fíjate cuán bella es la luna! ¡Parece brillantes burbujas de jabón lavando los viejos tejados de las casas! ¡Divino! ¡Y Reinhardt quiere que sus horribles reflectores compitan con esto! Ahí está Shylock por fin. ¿Cómo está usted, *Mr. Shylock*? No está mal la caracterización. Pero Fíjate como cruje el escenario bajo sus sandalias. ¡Y ahora observa estos maravillosos puentes de piedra, de estilo renacimiento, de hace cuatrocientos años! ¡Con qué firmeza y, sin embargo, con qué elegancia unen los dos bordes del canal! ¡Este puente no cruje, amigo mío! ¡Señor, Señor, cuán serenos pueden ser los puentes bajo una luna como ésta! ¡Cuán bello sería estar aquí, en esta plaza, sólo con la luna y sin Reinhardt!

Paul Fogoly recordó que hacía un año Reinhardt había rechazado la obra de Pognár *Los chiquillos crecen*.

—Te equivocas completamente. La representación es excelente. Cállate. No me dejas oír una palabra.

—No diré que la representación sea mala. Pero, ¿sabes qué impresión me produce? Como si cogiesen un paraje previsto para una escena de bosques y lo

colgasen de un mohoso tronco en medio de la magnífica oscuridad gótica y la impresionante altura de las ramas, donde el esplendente artesonado renacimiento, verde y trenzado por el oro del sol... ¿me escuchas o no me escuchas...?, donde los susurros de los pájaros y las aves del paraíso brillan como turquesas y rubíes. Supongamos que Gauruin lo hubiese pintado. ¿Qué? Lo malo de esta representación es que el escenario es demasiado grande. Demasiado tremendo. Demasiado bello. ¡La misma Venecia! Incluso Shakespeare queda enano delante de este ambiente. Ahora bien, mi nueva comedia... —¿Vas a tener la desfachatez de hablar de una obra tuya durante una representación de Shakespeare?

—... no tendrá decorado. Sólo dos sillas y una mesa. ¡Sé original! ¡Sé poeta! La imaginación del público es capaz de suponer el Himalaya, las cataratas del Niágara, el desierto de Gobi, la pagoda dorada del emperador Cho Chin..., lo que quieras. No quiero siquiera ver más esta farsa. Esto no es arte, es un sacrilegio sobre una base económica. ¡Una producción de un turista para los turistas! ¿Te quedas? Es típico de ti. Perfectamente, nos veremos en el «Florión».

Pognár pesaba cerca de doscientas libras y cuando quiso marcharse todo el suelo de la tribuna comenzó a crujir. No era cosa fácil de salir de en medio de tanta gente. El crujido de la madera, se imponía al reverente recitado, como los gruñidos de un acordeón roto, hasta que por fin Consiguió salir. Los *smokings* y los trajes de noche lanzaron un suspiro de alivio cuando el balcánico de camisa abierta hubo desaparecido.

Zia avanzaba su cuello hacia el escenario, reservando su atención para los escasos momentos que hacían reír. El tono mate y dorado de su traje Verde manzana acentuaba el brillo de sus ojos. Llevaba alrededor del cuello un fabuloso collar de perlas, regalo del año pasado cuando su decimoctavo aniversario. Durante los últimos años, su cabello amarillento había tomado un tinte dorado, hasta adquirir el tono de trigo en sazón. Bajo las mecánicas maravillas del peluquero resplandecía ahora sedoso. Sus exquisitos hombros redondos, en cuya línea había todavía un algo infantil, brillaban audazmente por encima del traje de noche y parecían tan blancos como el clavel del ojal del conde Dupi. La opinión del conde Dupi era que los actores alemanes querían demorar el final de la representación tanto como pudiesen. Verdaderamente defendían sus papeles con heroísmo, pero finalmente tuvieron que abandonar la lucha cuando Graziano se vio obligado a declarar que nada será para él más tierno que conservar a salvo la sortija de Nerisa, y la representación llegó a Un inevitable desenlace. Las sandalias hicieron crujir el escenario por última vez. Un cortés aplauso, y los que se hallaban en las tribunas se levantaron mezclando sus abigarrados colores a los de la plaza. Los mosqueteros comenzaron también a bajar de los tejados.

Los trajes de etiqueta y los vestidos de noche, regresaron a sus hoteles para

reunirse media hora más tarde en el palacio del marqués Delfrate, que daba una suntuosa fiesta después de la representación al aire libre. El conde Dupi conocía al marqués desde antes de la guerra. Éste no había sido nadie en aquellos tiempos, pero desde entonces había conseguido hacer una brillante carrera y hoy era considerado por todo el mundo como uno de los hombres más ricos, no sólo de Italia, sino de Europa. Su esposa era hija de una opulenta dinastía judía de Suiza. El marqués era sumamente adicto a Mussolini y, por consiguiente, la recepción en el palacio del Gran Canal prometía un brillante cuarteto compuesto de fortunas, política, arte y personalidad.

La marquesa mandó sus góndolas particulares en busca de los invitados más notables, una de ellas para *Mr. Chellon*, lord Rothermere, príncipe Olaf de Suecia, Chesterton, Reinhardt e István Dukay, que figuraba también en la primera categoría. El conde Dupi y Zia embarcaron en la góndola negra y dorada, impelida por los gondoleros de calzones escarlata y blanca camisa. Las anchas mangas de sus blusas llevaban los bordes de encajes. Silenciosamente impelieron la góndola hasta el Palazzo Delfrate, que bañaba su fachada, con sus adornos y balcones, en las dulces y estancadas aguas de la laguna, doradas y resplandecientes. Reinaba gran animación en la ancha escalera flanqueada a ambos lados por unos moros de color negro azabache con sus trajes de época y sus alabardas que parecían una secuela de la representación al aire libre. Los *smokings* y los trajes de noche subían silenciosamente a la entrada, lujosa como el interior de una catedral italiana. Su ascensión tenía algo del climatérico momento de una procesión a través de las Puertas Celestes. Era incomprensible que entre toda aquella concurrencia suntuosamente vestida pudiesen hallarse hombres con traje de calle y camisas abiertas: Imre Pognár y Paul Fogoly.

Zia no se daba cuenta de que estaba en realidad ascendiendo hacia el cielo. Arriba, en uno de los salones, se hallaba Filippo María Ozzolini, el joven príncipe de Perusa, teniente de la Prima Aviazione italiana.

A la entrada del gran salón de baile, el marqués y su esposa acogían a sus invitados. Había una frase francesa, inglesa, italiana o alemana para cada huésped, envuelta en la más cautivadora de las sonrisas. Pero era la misma frase para todo el mundo, de la misma longitud y el mismo texto. Los invitados llenaban los salones de suelo de mármol, cuyas obras de arte echaban de menos la paradisíaca atmósfera de los acantilados rocosos de Cadore, los bosques de Asís o los vetustos estudios de Florencia. Las famosas e inapreciables pinturas de fama mundial estaban de tal modo iluminadas por reflectores ocultos detrás de las cortinas o suspendidos en lo alto, que parecían salir de sus marcos, y los personajes de tamaño natural daban la sensación de mezclarse con los asistentes. Otras pinturas parecían invitar a los recién llegados a entrar en sus tiendas de luz. Los rayos luminosos resbalaban por los brillantes mármoles de las paredes y se fijaban en los aterciopelados tonos de los Gobelinos. En aquellas salas, *Mr. Ryan* —el esposo de *Mrs. Ryan*, desde luego— tenía la sensación

de que acababan de acusarlo de haber fabricado billetes falsos. Inmediatamente después de la guerra, cuando el poder adquisitivo del dólar apareció en la arena europea con los músculos de un atleta campeón, había amueblado su casa de Park Avenue al estilo veneciano. Hizo desmantelar completamente un palacio del Gran Canal, y las tejas de mármol, los marcos de las puertas y ventanas esculpidos en piedra, las doradas vigas del techo comidas de los gusanos, las delicadas y herrumbrosas cerraduras, los picaportes de las puertas, los muebles, pinturas, tapicerías y candelabros, fueron embalados separadamente y expedidos a Nueva York. Ahora se daba cuenta de que había hecho una cosa vana y fútil. Las habitaciones tenían aquí una maravillosa ingravidad, debido acaso a la circunstancia de que los techos parecían haberse elevado ligera, lenta e imperceptiblemente de una posición original. Una de las columnas de mármol verde estaba netamente inclinada y torcido el decorado dintel de una puerta. En algunos sitios las paredes de mármol mostraban un ligero abultamiento de convexidad; en otros, parecían abolladas y cóncavas. Leves grietas insinuaban que desde hacía cuatrocientos años el palacio entero iba hundiéndose silenciosamente, en concordancia con su dignidad; no más aprisa de lo que se hundió en otros tiempos la Atlántida; y esto era indudablemente obra de la laguna que curvaba imperceptiblemente las escaleras y torcía los artesonados de Spavento, dándoles insinuantes expresiones que parecían guiñar el ojo, no solo violando la rígida geometría gótica, sino prestando también a su tosca rusticidad una predominante y sublime belleza. En la casa de Park Avenue todo era recto y simétrico, las piedras y las telas perdían la delicada música de su disolución; y lo que es más aún: perdían aquel incesante trabajo, aquella misteriosa fuerza que como es sabido dibuja exquisitas franjas en los guijarros de Escocia.

Los invitados pasaban bajo los arcos iluminados de las pinturas como si quisieran presentar a los viejos maestros las modernas mutaciones de la raza blanca. Los escandinavos eran fáciles de reconocer por sus altas estaturas y sus largas cabezas. Las inglesas lucían unas manos huesudas en las cuales estaban más en su sitio las raquetas que los leves abanicos; los ojos e gacela de las españolas fulguraban, mientras el cabello de color de zanahoria y los brazos llenos de pecas, sobrecargados de diamantes, delataban a las holandesas. Algunas de las italianas llevaban el cabello muy apretado al cráneo, como si fuese un estrecho y rutilante casco de ébano. Los prusianos se reconocían de espaldas por el rapado corte de cabello sobre sus orejas, los franceses por su pobre aspecto y el vivo movimiento de sus cabezas. Accidentalmente, aparecía el rostro característico de un judío. Los austríacos, suizos, polacos y daneses, se mezclaban indistintamente, como precursores de un mundo unido, y el único símbolo de la belleza oriental era la nariz de camellero caucasiano del conde Dupi. En medio de la plenitud de diamantes y perlas se veían jadee y calcedonias, y no pocas y enormes sortijas que sonaban a baratija. Lo único que faltaba eran sortijas en los dedos de los pies, pero en aquellos tiempos sólo exhibían las uñas de los pies ensangrentadas, asomando por entre las tiras de sus sandalias de

oro y plata.

Mientras el desfile de invitados se detenía delante de las pinturas, se oían observaciones como ésta:

—Durero alcanzó el *súmmum* de la perfección artística con las alas de uno de sus pájaros, pero el suave movimiento de estas alas no ha sido jamás superado.

Se detenían delante de un Tintoretto. En general eran los italianos quienes llevaban la voz cantante.

—El Veronés usaba azafrán para sus tonos anaranjados y escarlata oscuro para sus rojos. ¿Lo cree usted sublime? No me atrevería a afirmarlo. El verdadero arte no impresiona la imaginación, sino que permanece dentro de los confines de la humanidad en su más estricto sentido. Piense en Fray Angélico; vio los goces terrenales de las vírgenes florentinas, que no eran enteramente morales, en las vírgenes que cruzaban las puertas celestiales.

Pognár y Fogoly, a quienes *Mr. Ryan* tomó por detectives, estaban de pie al lado de la pared, contemplando la vía láctea de invitados, como si todo el espectáculo hubiese sido organizado en honor suyo.

Zia se estaba preguntando cómo podría escapar al incesante «¡Ah, es maravilloso!» de *miss Roberts*, cuando su inquieta mirada se fijó en el esbelto italiano que estaba conversando con alguien bajo un inmenso Tiziano. No hablaban evidentemente de pintura. Su actitud era altanera, en la boca sostenía una boquilla negra adornada con un círculo de diminutos diamantes y estaba casi vuelto de espaldas a ella. La mirada de la muchacha se apartó en el acto, pero volvió a posarse sobre él como para cerciorarse de que era realmente un ser viviente, porque bajo la luz parecía una de aquellas figuras periféricas del gran Tiziano que pendían de la pared. Cuando sus ojos volvieron a él por tercera vez lo examinó minuciosamente. Era ancho de hombros y de formas atléticas, pero sin gracia ni ligereza alguna. Era delgado, pero no demasiado alto. Su perfil era delicado, sus labios rojos y gruesos, a la manera italiana. Tenía unos ojos grandes e italianos con largas pestañas. Las orejas eran pequeñas y hubieran podido ser incluso más grandes. Su cabello ondulado y lustroso era el adecuado a su rostro moreno; era el cabello castaño oscuro de los italianos que ha alcanzado un tono más sombrío a causa de los baños de sol. Probablemente todo su cuerpo debía ser del mismo color. Su frente hubiera ganado con ser un dedo más alta. Tal como era, la frente daba a su rostro una expresión de apasionada sensualidad. Zia apartó la vista. Pero pocos segundos después el oficial atrajo de nuevo sus miradas, a pesar de que no parecía darse cuenta de la mirada de aquellos ojos verdes. ¿Sería un oficial de marina o un aviador? Zia era incapaz de decirlo a juzgar por su guerrera azul oscuro. En la presencia de aquel uniforme bajo la luz suave había un algo soñador y atractivo. Esta vez, al mirarlo Zia por quinta vez, se dio cuenta de un leve temblor nervioso. ¿Es posible que los cuerpos humanos sean también emisoras de radio, que, como las mariposas, puedan transmitirse mensajes a través de grandes distancias, gracias a microscópicas longitudes de onda de sus

antenas? El italiano no estaba a más de siete pasos de Zia. Es posible que la sacudida que Zia experimentó en su sistema nervioso fuese un mensaje de su cuerpo tostado por el sol. En medio de una frase la mirada del joven oficial en torno de la sala pasó por el brillo de los ojos verdes manzana de Zia. Pero se detuvo. Continuó su frase como si sus hombros se hubiesen limitado a describir un semicírculo para dar mayor énfasis a sus palabras. ¿Con quién hablaba? Era imposible ver a su interlocutor porque sólo aparecían bajo la luz la parte alta de un *smoking* y unos hombros y ¡o demás permanecía en las sombras. Si hubiese estado completamente a plena luz, Zia no hubiera visto más de lo que veía ahora.

—Sí, *darling* —dijo asintiendo hacia *miss Roberts*, por más que no tenía la menor idea de lo que le decía la inglesa.

Tenía que conocer a aquella visión; lo había decidido ya. En realidad —esto era un rasgo Dukay—, había ya empezado a pensar en aquel hombre como en algo que le perteneciese.

El rostro azul ciruela del agregado argentino se unió a los dos hombres. Allí estaba la oportunidad. Con un vago *Excusez-moi!*, abandonó a *miss Roberts* y se dirigió hacia el señor Calandra. Dos manos tendidas le aportaron su *Bon soir, cher ami*, como si fuese una copa.

Entonces ocurrió una cosa extraña. Una voz femenina llamó desde cerca: *Filippo!* y la visión desapareció antes de darse cuenta de la aproximación de Zia. Al llegar Zia sólo estaba allí el argentino y el otro, y de éste únicamente lo que el rayo de luz le había permitido ver de lejos, unos enormes hombros colgando de una especie de gancho de carnicero. El señor Calandra estaba emocionado por el inusitado calor del recibimiento de Zia, porque no había sido invitado al último banquete de los Dukay y esto le escocía todavía un poco. La aparición de Zia en el círculo de amigos y el afectuoso timbre de su voz parecían indicar que aquella proposición de la cual había sido Elisabeth mensajera no estaba definitivamente desechada. Presentó al otro invitado de *smoking* quien, al salir del círculo de luz, se convirtió repentinamente en una especie de hipopótamo con lentes que respondía al nombre de Chesterton.

En vano Zia volvía la cabeza de un lado a otro; la visión había desaparecido del atestado salón. Ahora trataba de liberarse lo antes posible de las interminables exclamaciones del señor Calandra: *Ah, comme vous etes ravissante!* (¡Ah, estas radiante!). Tenía la sensación de un caballo de carreras pisando con un casco la arena movediza.

—¿Te has preguntado alguna vez —dijo Pognár de pie al lado de la pared, a Fogoly—, por qué el arte florece en realidad solamente durante los períodos en que abundan en la vía pública los más horribles y sanguinarios crímenes y la brutalidad? No pienso únicamente en el Renacimiento. ¡Los aztecas! Las tribus salvajes y sedientas de sangre han vivido siempre en los lugares donde se han encontrado las

más bellas ánforas y el más hermoso arte decorativo. Mira, ahí viene de nuevo la muchacha holandesa. ¡Qué espaldas más divinas tiene! ¡Maravilloso!

Un destacado miembro de las derechas del Parlamento húngaro los reconoció y se acercó a ellos.

—¿Les parece a ustedes que es una manera correcta de vestir? Están ustedes deshonrando a su país.

Pognár puso su mano sobre el hombro del político.

—Mi querido amigo, cuando lo lleven a usted a la horca dentro de algunos años, consuélase pensando que cuando hemos telefonado al marqués Delfrate le hemos dicho que íbamos con traje de viaje. Sin embargo ha insistido en que viniésemos. In-sis-ti-do...

Durante unos instantes el diputado contempló la nuez de Adán de Pognár y después levantó la vista lentamente...

—¿Cree usted que van a ahorcarme?

—Tenga la absoluta seguridad —dijo Pognár con el tono del maquinista de un tren, que afirma que éste saldrá puntualmente a las catorce diecisiete. Fogoly movió la cabeza con mudo asentimiento a la afirmación de su amigo.

El político se alejó de ellos riéndose. No podía saber, entonces, que la profecía debía cumplirse.

Una tarea envidiable la de invisible clarividente errando por los espléndidos salones del palacio del marqués Delfrate, porque es el único invitado que puede ver en el futuro. Puede contar cuatro italianos y quince alemanes, entre ellos una mujer italiana y dos alemanas, cuyas vidas acabarán en la horca o ante los pelotones de ejecución. *Herr Wilhelm Schmidt*, con su frac admirablemente cortado y su frágil copa de champaña entre dos dedos, está de excelente humor, mientras habla de la correspondencia italiana de Goethe con el embajador polaco Izvolsky, sin delatar que, pocos años después, como uno de los jefes del *Aktionsgruppe* de Himmler, él mismo asesinará a setenta mil polacos. ¡Cuán emocionante, por ejemplo, esta frase suya!: Oh, ja, ja, Excellence! Goethes Letzte Worte: *MEHR LICHT*» verbiden uns alle Europäischen^[33]!

Todo Europa estaba allí reunida en medio de aquellos radiantes Peruginos, Borgognones, Tintoretos y Rafaeles. Las celebridades no se festejaban más que a sí mismas y no quedaban casi alabanzas para aquellas obras de arte que parecían estar allí sombrero en mano, como mudos pordioseros, pidiendo con los ojos la limosna de una alabanza del siglo actual, como si temiesen que su inmortalidad no fuese más que una ilusión. Un pequeño Lorenzo Lotto, que representaba una mujer de Padua que, en el momento de una obsesiva pasión, suplicaba con lágrimas en los ojos un poco de atención por la pincelada de su vestido de seda. Un Veronés ofrecía el plumaje de sus pavos, de color gris acerado, con la vehemencia de una pescadera en el mercado y a

su lado un Correggio mostraba voluptuosamente la suave blancura del cuerpo desnudo de una mujer. Pero Schiaparelli y Moüneux suscitaban mayores discusiones que Donatello y Leonardo. Sin embargo, todavía quedaban algunos corazones sensibles que tenían piedad de los mendigos. El barón Kohlstein estaba explicando a una extravagante rubia escandinava, cuyos ojos, bajo los rayos de luz, eran cuadrados como los de una rata blanca, que Miguel Ángel era el maestro del dibujo mientras el Tiziano lo era del colorido. La maestría del artífice, explicaba, ejerce su influencia sobre los bastidores como la voluntad del viento sobre las olas del océano. Afortunadamente, Pognár no estaba cerca; de lo contrario, hubiera hecho observar que fue Ruskin quien hizo esta observación, si bien no en relación a Miguel Ángel, sino acerca de Reynolds.

El diminuto, pero exquisito bronce de Bellano, decía Giraudoux en aquel momento, la estatuita de la Aurora en aquella esquina, estaba tan saturada de inspiración que todo el *quattrocento*^[34] ondulaba en sus llamas, y sus líneas estaban forjadas con la melodía de los cielos lombardos. Con el rostro serio y oficioso, el conde Dupi se acercó a una extranjera de color de nuez y le aseguró que su cuello era el cuello femenino más bello que había visto en su vida. La dama se asustó muchísimo porque no entendía una palabra de francés, y llevaba dos años con el constante temor de que su marido, que hacía negocios ilícitos con el intercambio internacional, fuese detenido de un momento a otro. *Sir Evelyn*, conservador de minerales del British Museum, rogó a la marquesa Delfrate que le prestase un instante su sortija de esmeralda. Del bolsillo de su frac sacó una lupa, la examinó un instante y se la devolvió con estas palabras: *Next to biggest!* Había determinado que aquella esmeralda era la segunda en tamaño, del mundo. Durante el peritaje, la marquesa no apartó un solo instante sus ojos de azabache de *sir Evelyn*, porque no le había gustado el gesto con que se metió la mano en el bolsillo, y en el fondo de su corazón, incluso cuando se volvió a poner la sortija, sentía una cierta ansiedad de que aquel inglés de rubio bigote no le hubiese dado un cambiazo con la esmeralda con un imperceptible truco de sus manos, porque la marquesa había sido durante mucho tiempo la amante de un prestidigitador italiano llamado Zuccarelli, quien le había enseñado que en materia de magia nada era imposible.

Ahora que están todos reunidos aquí, el invisible clarividente se halla dotado del secreto poder de arrancar la voz del Señor de las obras de Madách y proclamar, a gritos, desde los dorados artonados del techo, la verdad de lo que tiene que ocurrirle a Europa dentro de quince años. Pero no, no turbemos su paz. El pobre Pognár no tiene por qué saber que durante un interrogatorio en la antigua Villa Harlecky, convertida en cuartel general de la Gestapo, un teniente alemán le arrancará un ojo con una estatuilla de bronce que, por mera casualidad, será una copia de la Aurora de Bellano, y más adecuada para este propósito que el original. ¿Quince años? Las cosas que tienen que ocurrir están más próximas de lo que parecen. *Mr. Byan* no se reiría tan jocosamente de las bromas que la condesa Innamorati gastaba sobre el

vientre de Reinhardt si supiese lo que tenía que sucedería dos meses después en el New York Stock Exchange, porque estamos ahora en setiembre de 1929.

En otro grupo estaban conversando sobre la primera película sonora, *El cantor de jazz*, que todos ellos habían visto. El conde Karg hizo observar que, a su juicio, el cine le producía el mismo efecto que una bellísima mujer, pero muy tonta, que cometiese el error de abrir la boca. Todos estaban de acuerdo en que el cine sonoro no tenía porvenir. Roger Tollier, que estaba preparándose para batir el récord del vuelo trasatlántico, se unió al grupo. Este tema tomó su turno en el interés general. Alfred Kriegs, fabricante de municiones en Suecia, expresó su opinión de que los grandes aviones de pasajeros no lograrían nunca afrontar las grandes tormentas y distancias sobre el océano. En general, todas sus predicciones demostraban con qué clarividencia preveían el futuro. El futuro, para ellos, no era sino la orden del día previamente preparada para una junta general de accionistas de una gran corporación.

Los mezclados grupos de concurrentes oscilaban en una uniforme dirección como el sonoro viento Norte sobre un mar agitado, hasta que decide súbitamente cambiar de sentido y comienza a mandar las olas hacia el Sur. Todos se dirigieron hacia el *buffet*.

¡Oh, Giorgione, Tiziano, Velázquez y Tintoretto, dejad a este desgraciado escritor vuestros pinceles a fin de que pueda describir estas mesas! El noble pescado envuelto en el pálido amarillo de las gelatinas, las sonrosadas carnes de los fiambres, los colores de las estrelladas tartas, la alegre risa de las cestas de frutas... Deteniéndose delante de un esturión de un metro y medio, el barón Kohlstein informaba a la belleza escandinava, cuyas rojas pupilas se habían vuelto moradas, de que hacía una semana había pescado un esturión mucho mayor en la bahía de Pago con un anzuelo relativamente pequeño, pero la afirmación no produjo el efecto esperado.

En el espacio de algunos minutos las bellas mesas se convirtieron en un montón de desperdicios. Manchas de vinos de la Dalmacia maculaban la blancura de los manteles; las espinas de los pescados tenían un aspecto tétrico, mientras los pellejos y las pepitas de las uvas de Sicilia mancillaban los alrededores de un *rosbif* intacto. Las botas parecían haber pisoteado los magníficos pasteles multicolores y los restos de un *foie gras* trufado parecían repulsivos desperdicios sobre los platos. Las desportilladas escudillas de los trabajadores y mendigos jamás delataban tales pruebas de la naturaleza caníbal del hombre después de haber comido. Los ojos de Zia buscaban incesantemente su aparición, pero, al parecer, las visiones no se alimentaban.

En medio del patio cuadrado del Palazzo Delfrate había una bellísima fuente. Encima de su borde de mármol se levantaba una ornamentada verja de hierro, como las plumas de la cola de un pájaro lira. En cada piso del palacio había balcones y la muchedumbre se agolpaba ahora en ellos para oír a la tripulación del yate del marqués Delfrate, especialmente convocada para aquella ocasión. Los curtidos marineros de Chioggia vestían de blanco con un pañuelo de seda azul alrededor de la cintura. Se sentaron en el borde del surtidor y en las rodillas de uno de ellos una

mandolina comenzó a cantar, suave como la fragancia de las flores primaverales en el Piamonte o la emoción de un primer amor. Los bronceados barítonos entonaron viejas canciones italianas y Pognár observó que el marqués Delfrate había batido a Reinhardt en su propio terreno. La visión sobre el patio, con el surtidor bajo la luna, mientras los marineros componían artísticos grupos, escuchar las melodías de *O mia fiamma bellissima*, cantada a cuatro voces con acompañamiento de mandolina, marcando las armonías básicas con la ternura de la luz celestial de las rosadas y doradas nubes de Fra Angélico, era realmente maravilloso. Zia no podía soportar aquella belleza que se filtraba en su corazón. Se volvió para buscar a su visión. Su brusco movimiento derramó una copa de champaña sostenida por una bronceada mano masculina, a continuación de la cual vio a la visión en persona. El embajador de Polonia, Izvolsky, a quien Zia conocía muy bien, estaba a su lado. El champaña se vertió sobre la guerrera del uniforme azul.

—¡Oh, lo siento muchísimo! —exclamó Zia en inglés, acaso porque era con *miss Roberts* con quien había estado hablando últimamente.

—No tiene importancia —dijo fríamente la boquilla de ébano, casi descortésmente. Incluso al decir esto, la boquilla, con su diminuta corona de diamantes, no se movió de su boca, como si quisiera revelar al mundo la blancura de sus dientes entre sus labios gruesos.

Para Izvolsky fue sólo cosa de un ademán presentarlos, pero los nombres fueron pronunciados demasiado indistintamente para ser comprendidos. La inutilidad de la presentación fue agravada por el hecho de que Izvolsky dijo Eszterházy en lugar de Dukay, y aun cuando se dio inmediatamente cuenta de su error, se excusó en el acto con una exquisita sonrisa que alcanzaba el sùmmum de su diplomacia. Con su minúsculo y perfumado pañuelito, Zia comenzó a secar las perlas de champaña que se habían instalado sobre la chaqueta azul en la región del corazón. Inmóvil, la boquilla de ébano toleró la acción complacientemente, y cuando la operación hubo terminado, alzó su copa de champaña medio llena y la vertió sobre el mismo sitio. Acercando su corazón a Zia, dijo simplemente:

—Por favor...

Fue un bello gesto. Bello gesto, con un rostro tallado en madera y poco conciliador. Riéndose, Zia comenzó de nuevo a enjugar las gotas de champaña. Como broma, Izvolsky levantó su copa llena, amenazando verterla sobre el cabello negro de cuervo de Filippo. Pero en aquel momento un susurro de voces les mandó callar. Desde las profundidades ascendía hacia la luna la melodía de una nueva canción. Zia debía volverse de espaldas. Cuando se volvió pocos momentos después, la visión había desaparecido. Sólo Izvolsky estaba allí. Por lo menos, podría preguntarle quién era aquel muchacho empapado de champaña. El título de príncipe no la impresionó porque ya en la mesa familiar había aprendido que en Italia del Norte todo el que lleva pantalones es príncipe.

Los marineros no parecían estar dispuestos a terminar sus cantos. De todos los

invitados Zia era la única que encontraba aquel concierto demasiado largo. La concurrencia estaba conmovida y escuchaba en silencio. Después de cada canción, en el patio estallaban los aplausos como una avalancha. Pero también esto tuvo un final.

La música comenzó en el salón de baile y el señor Calandra, al acecho como una pantera negra, se arrojó sobre Zia para un *fox*, durante el cual ella se dio cuenta de que los dientes del agregado eran de un amarillo tirando a castaño y que sus recias orejas, aunque cuidadosamente depiladas, eran todavía peludas. No le sorprendió que la visión en persona se presentase como segundo candidato porque supuso que en el intervalo se habría informado cerca de Izvolsky de quién era ella. Y en estos casos no hacía ningún daño ser una Dukay. Los músculos del brazo de Filippo eran duros al tacto, como una columna de madera cubierta de tela. Si Pognár hubiese estado allí, se hubiera visto una vez más obligado a sostener que el baile no era sino un contacto sexual estilizado. Pero no hubiera tenido razón. El ágil cuerpo de Zia lo era todavía más bailando, pero no había en ello la más mínima sensualidad. ¿Cómo lo había dicho el desconocido *smoking*? Incluso en las vírgenes franqueando la Puerta celestial Fra Angélico percibía los terrenales goces de las doncellas florentinas. Los tesoros de arte del marqués Delfrate llenaban aquellos salones con los invisibles rayos de la belleza celestial, y Zia también se convertía en una participante de aquella celebración. Mejor que nadie, ellos bailaban sin hablar.

La pantera negra saltó otra vez. Desgraciadamente era necesario pagar las consecuencias de aquel imprudente *Bon soir, cher ami*. Nuevas parejas se acercaron. Pero sus brazos no tenían la firmeza de la columna de madera. Los labios exangües exhalaban olores de tabaco y de sudor agrio, los pesados cuerpos perdían el ritmo; jadeando asmáticamente, no cesaban de charlar y exigían algunas veces una respuesta. Más de una hora transcurrió de esta forma y Zia sintió que la Visión había finalmente desaparecido. Los invitados aumentaban en efervescencia. Y entonces, detrás de su oído izquierdo, de nuevo inesperadamente, la boquilla de ébano dijo en francés:

—Su padre me ha dicho que es Su primer viaje a Venecia. La luna es bellísima. Los palacios duermen profundamente a esta hora. ¿Quiere usted tomar una góndola a través de los canales? Soy veneciano y me consideraré muy feliz siendo su guía.

Más tarde, mientras Filippo ayudaba a Zia a subir a la góndola, se dio cuenta de que su mano era cálida y seca como el cuero de alta calidad. Debían de ser las dos de la mañana. El conde Dupi dirigió primero la góndola hacia el hotel. Presumía de conocer mejor los canales de Venecia que las avenidas orladas de acacias de Ararat. Hizo esta comparación por deseo poético, pero era perfectamente cierto. Al despedirse, hizo la siguiente observación a Filippo:

—No olvide Usted enseñar a mi hija el Palazzo Ferri.

Filippo dio en voz baja instrucciones a los gondoleros. El arco de diamantes de la boquilla lanzaba destellos bajo la luz de la luna y sus dientes blancos relucían entre los labios. Estaban sentados frente a frente sobre los almohadones de terciopelo.

Habían llegado a uno de los canales angostos y los gondoleros tenían buen cuidado de hundir silenciosamente sus largas pértigas en él agua bañada por la luna, por temor a turbar el sueño de los viejos palacios. Tan de cerca rozaban las fachadas de las casas, que, extendiendo el brazo, hubieran podido tocar los muros donde el desconchado del yeso había dejado grandes manchas y las minas de las ratas delataban definitiva ruina. Todo aquello, visto de cerca era feo y aterrador. Desde lejos, sin embargo, los negros tejados renacimiento formaban impecables siluetas sobre el cielo de plata. La joven pareja no hablaba y su silencio era quizá más cautivador para los corazones. Parecía que toda Venecia estuviese esperando en la noche el mágico momento en que el inesperado y frenético grito de las sirenas rompería el silencio y con un gran estruendo y emoción los viejos palacios, llegada su hora, desaparecerían bajo las sombrías aguas de la laguna.

—Palazzo Dándolo —dijo Filippo discretamente—. Gótico primitivo. Siglo xi.

Y los nombres de diez o doce palacios se sucedieron uno tras otro, a largos intervalos, diciendo a Zia que sólo la voz de Filippo era cálida y agradable. Palazzo Malipiero; incluso una frase como aquello sonaba como: *Te amo...*

Súbitamente se dio cuenta de que la góndola se había detenido a la entrada del hotel. Miró el reloj de pulsera. Eran las tres y media. Bajaron. La mano firme de un hombre está indicada para ayudar a una frágil mujer a saltar desde una góndola a tierra firme. De nuevo Zia sintió la semejanza entre la mano de Filippo y una suave correa de cuero perfumado.

—¿Quiere usted cenar con nosotros mañana?

—Lo siento —respondió Filippo—, mañana por la mañana tengo que incorporarme a mi regimiento.

Con un grácil ademán se llevó la mano a la gorra. Zia le tendió la suya silenciosamente y a esta mano muda, Filippo dijo:

—Dentro de dos semanas la veré a usted en Hungría. Una comisión italiana parlamentaria va a reunirse en Budapest.

De nuevo saludó y de nuevo los dientes blancos relucieron tras la boquilla.

Zia subió las escaleras como si fuese perseguida.

Cuando llegó a su cuarto se detuvo inmóvil al lado del candelabro. Su mirada estaba fija en el vacío, y comenzó a roerse la uña del dedo medio de la mano izquierda, acción que no era habitual en ella. Su rostro estaba lleno de lágrimas. No tenía a nadie a su lado a quien contar lo que le había ocurrido.

CAPITULO VII

ES sorprendente cuán vacía puede resultar una ciudad, cuán triste, incluso cuán repulsiva, en la ausencia de la persona que ha cautivado vuestro corazón, y Venecia no es una excepción de la regla. Al día siguiente, Zia pasó por debajo de la maravillosa *loggia* del Palazzo Ducale con la misma indiferencia que hubiera pasado ante una cabina telefónica de Septemvir Utca. Los poetas, desde Petrarca hasta Paul Fogoly, han representado el despertar del amor como una aparición del ideal. Pero todos están sobre la falsa pista. Cuando uno considera que Laura le dio a su marido Hugo de Sade once hijos, pormenor que, sin duda, escapó a la atención del poeta lombardo que, después de su muerte, siguió escribiendo con virgilianos acentos: «Han enterrado su bello cuerpo *virginal* en la iglesia de la Minoritá...» se ve en el acto que el amor ideal de toda la literatura resulta un fraude completo. No era tampoco ningún secreto para Paul Fogoly que la *artista* Kócsag era la querida de un tratante de vinos de Miskolc, ni que sus maravillosos labios, que arrancaban acentos musicales a las delicadas frases de Augier o Pailleron, pese a la dureza de sus «e» húngaras, seguían cantando la misma melodía francesa en el lecho del mercader. El poeta sabía todo esto perfectamente y, no obstante, seguía escribiendo, en *Sueño para Eva...*

*¡Luz de las estrellas, Eva! ¡Oh, almiar
iluminado por estrellas, desgranado
en luz y oro en el suelo de mi fe...!*

No, el amor no tiene gran cosa que ver con el ideal. Filippo era un hombre guapo, pero un tipo que puede encontrarse a docenas sentado en los altos taburetes de los bares o en traje de baño en las playas de moda, sabemos también que mujeres bellísimas experimentan en algunas ocasiones un inexplicable deseo de chimpancés humanos, mientras vivientes esqueletos femeninos atraen la ciega pasión de los príncipes masculinos. Hay algo más que interviene en el amor, algo al lado de lo cual la belleza física o espiritual y la sensualidad parecen accidentales. Tampoco es cierto que el amor necesite cantos de pájaros, crepúsculos, paseos por desconocidas callejuelas sin nombre, góndolas venecianas a la luz de la luna y otras trivialidades. El amor naciente persigue a su víctima hasta la sala de espera del dentista y no lo abandona ni en el cuarto de baño. Además del placer y del goce, el horror y el terror son los principales constituyentes del amor. Sus efímeras manifestaciones son a menudo similares al silbido de la bala en el oído del soldado en el campo de batalla y se parece algo al terror que experimentamos al ver el ascensor detenerse entre dos pisos cuando nos preguntamos si se va a ir al fondo del pozo. Todo esto es comprensible cuando se reflexiona que los ciegos impulsos del amor llevan al alma a

un sacrificio substancial, un sacrificio de cuerpo y alma, un desbordamiento de ideas más allá de lo soportable una oferta del honor, de pólizas de seguros de vida, de salud, de dos pequeñas cómodas, o de la casa alquilada que forma parte de la dote, pero por encima de todo sacrificio de tiempo, el primer tesoro de nuestras vidas, la inapreciable obra de arte de la cual no existen copias porque es un artefacto compuesto de cumpleaños y presión arterial normal. Algunos escritores llaman obra de arte al desvanecimiento de la juventud. Y, sin embargo, debemos hacer el considerable sacrificio; no hay escape; es el destino que nos ha sido decretado en las subterráneas galerías de nuestros instintos.

—¿No querías entrar un momento en la Basílica?

Obediente, Zia siguió a su padre. Una vez dentro se arrodillo sobre la losa fría.

Dos horribles peligros amenazan a la víctima del amor. Uno de ellos es que la visión se desvanezca y al desvanecerse, deje nuestra vida estéril; es una pobreza más dolorosa que la miseria, más desesperada que la tumba. El otro peligro se extiende más ampliamente; cuando el objeto de nuestro amor se convierte en propiamente nuestro, después de haber aceptado modestamente todas nuestras ofrendas y sacrificios, nos es imposible saber qué es lo que se oculta en las profundidades de su carácter o de sus enfermizos riñones: ¿muelles almohadones o aceradas púas? Nos damos cuenta tan sólo de la inminente zambullida. ¿Qué es amor? A la edad de trece años, Imre Pognár terminó su primer cuento con estas palabras: «El amor toma el sitio de todo, pero nada toma el sitio del amor». A pesar de que la frase tiene un cierto sabor a anuncio de huevos en polvo, no hay ningún poeta que haya hecho una más profunda revelación del verdadero secreto del amor.

—Vamos a casa, papá —dijo Zia después de haber sucumbido también a la trivialidad y fotografiado los pichones de la Piazza San Marcos.

—¿No te gustaría que fuésemos a Roma unos días? Puesto que hemos venido ya tan lejos...

De nuevo Zia, obediente, se doblegó ante los deseos de su padre. Tenía tan poca importancia... Roma o los campos de lava de Thingvellir... se hablaba de un crucero a Islandia para aquel verano. El mundo había perdido todo su significado y, sólo recobraría la vida con luz y ruido dentro de dos semanas.

—Papá, ¿sabes algo de una comisión parlamentaria italiana que parece tiene que ir a Budapest dentro de quince días?

—He perdido todo interés por la política desde que han dado un título a Schurler. Si salimos en seguida podemos estar en Roma a la caída de la tarde. Tenemos todavía tiempo de tomar un helado en el «Florián».

Sí, hacía ahora ya diez años que un cierto Schurler había dado dolor de estómago al conde Dupi como una comida indigesta a base de celuloide. El viejo Schurler había sido su ayudante militar, pero se había visto obligado a despedirlo mucho antes de la guerra a causa de sus descarados robos. Su hijo, Robert, era de la edad del conde y había estudiado en Oxford, en París y en las universidades alemanas. Robert Schurler

apareció en la escena de la política poco después de la guerra. Actualmente era miembro del Parlamento y hacía pocas semanas había sido elevado a la nobleza. En el Casino era el primero en gritar: «¡Hola, Dupi!», y era difícil rechazarlo porque era un apóstol del legitimismo, ala de las derechas y partidario de la Iglesia. Granuja de talento, se había aproximado a Jesucristo, al príncipe Otto y el concepto del racismo magiar. Ostentaba constantemente el traje de gala nacional y había echado barriga con los continuos festejos a costa del revisionismo. Una refrenada aversión hacia Robert Schurler había empezado a nacer en István Dukay y los descendientes de otras familias cuyos antepasados habían figurado entre los primeros iniciadores, pero la cosa no pasaba de alguna que otra murmuración de este género.

Aquella noche llegaron a Roma. En aquellos tiempos Roma estaba bañada por la luz de una paz eterna. Los periódicos italianos publicaban fotografías de las tropas inglesas, con sus mantas de colores al hombro, retirándose de la Renania al son de las gaitas escocesas. Los editoriales de la Prensa no guardaban en secreto el hecho de que la consolidación de la paz de Europa no dependía más que de un hombre. Este hombre era Mussolini. Había bastante de verdad en esta afirmación. El poderío político y la popularidad del Duce estaban en su cénit.

A la mañana siguiente el conde Dupi y Zia fueron a sentarse en una de las terrazas de la Vía Umberto. Se aburrían desesperadamente.

—Dime, *Cricket*, ¿no te gustaría tomar una fotografía del *monsieur noir*?

Los ojos verdes manzana centellearon.

Hay que saber que en aquellos tiempos no era correcto pronunciar el nombre de Mussolini en los lugares públicos. Las *trattorias* donde se comen los *spaghetti*, las terrazas soleadas, las freidurías de pescado, los foros latinos encerrados entre cristales, los vagones de ferrocarril y las playas italianas estaban llenas de gente que susurraban: *monsieur noir*, el hombre de negro. Todo aquello parecía el profundo murmullo de la letanía de un claustro.

El conde Dupi se levantó para ir al teléfono.

—No conozco personalmente al *mandamás*. Pero tengo un amigo en el Gran Consejo Fascista.

Estuvo un momento ausente. Cuando volvió, brillaba en sus ojos una expresión de contento.

—Mañana por la mañana a las doce y trece minutos. Pero no tendrás más que dos minutos. En el Palazzo Venezia.

Zia levantó la nariz.

—¡Magnífico!

Las campanas de Santa Rita daban las campanadas de las doce cuando Zia, con una pesada cámara fotográfica al hombro, subía las escaleras del Palazzo Venezia al día siguiente. El estuche contenía el aparato más moderno, un trípode de aluminio

plegable, un disparador de magnesio y varios proyectores. Nadie la detuvo. Lo mismo hubiera podido llevar kilos de dinamita en el estuche. Pero en aquellos días no era necesario velar sobre la persona del Duce porque estaba protegido por los ángeles de la Paz.

Un secretario melancólico y aburrido apareció por fin para preguntarle su nombre y el objeto de su visita. El secretario había sido informado de su visita y la acompañó a una silenciosa habitación de paredes de mármol donde no había más que una gran alfombra. En francés y con el tono que debió ser corriente entre los adoradores paganos de los antiguos tiempos de Rómulo y Remo, repitió: «A las doce y trece minutos». Dos minutos solamente. *Seulement deux minutes!* Y la dejó sola, probablemente para dar tiempo a la dama para que rezara una oración y meditase un poco.

«La luz de la habitación —pensó Zia—, era excelente. No tendría necesidad de disparadores». Cuando hubo decidido por dónde entraría Mussolini y dónde se detendría preparó su cámara. Pero, ¿y si no se detenía, después de todo? Era difícil prever los caprichos de los dictadores. Decidió hacer uso del disparador de magnesio, con lo cual podía disparar incluso sobre su cabeza si así le parecía. Esta idea le daba vueltas en la mente, porque la figura de un tirano evoca siempre estas ideas incluso en los espíritus más apacibles. Mientras se aproximaba el momento del encuentro, Zia no sentía emoción alguna. Una Dukay, ante la perspectiva de tal encuentro, permanecía impasible. —Más bien se preguntaba cómo fotografiar al Duce I sonriendo, en una actitud humana, porque el mundo estaba lleno de fotografías en las cuales ocultaba su huesudo cráneo bajo un casco de acero, avanzando su recia quijada y con una mirada tan feroz que el iris de sus pupilas se anegaba en el blanco de sus ojos como si pretendiese con ello infundir pavor de una vez para siempre a Haile Selassié, Barthou, Hoover, José Stalin y la tímida *damisela* italiana que le ofrecía un ramo de flores. ¿Cómo podía esperar obtener una fotografía del Duce sonriente, natural y sin reservas? Las palabras de *monsieur* Mongés revoloteaban en su mente: «El hombre, el hombre, el hombre que hay bajo la piel...».

Miró el reloj. Eran las doce y trece minutos. Ya el mármol de los corredores resonaba bajo el enérgico paso de unos talones. Venían unas cinco personas.

El Duce y su escolta entraron en la habitación.

Mussolini dirigió a Zia un seco movimiento de cabeza, avanzó hasta el centro de la habitación y con un rápido ademán cruzó los brazos sobre el pecho. Avanzó la mandíbula hacia adelante y sus ojos se convirtieron en dos puntos negros amenazadores situados en campo blanco. ¿Quién podía saber qué sentencia había interrumpido en su gabinete de trabajo? Su rostro temblaba de salvaje cólera. Zia comprendió que la situación era insostenible. Era el momento de pronunciar la frase consagrada de los fotógrafos: «Sonría, por favor...». Un hombre de su estatura no podía ser arrancado a su temperamento histórico en cuestión de segundos. Y los segundos transcurrían de una manera amenazadora. Pero Zia no perdió la

compostura. El Duce llevaba un traje claro de verano de impecable hilo, una camisa de seda y una corbata amarilla. Su voluminoso cráneo había sido cuidadosamente rapado y casi brillaba de blancura. Todo esto, como la corona de flores en las sienes de Calígula, le infundía cierta jovialidad. Hubiera sido una maravillosa fotografía natural si no hubiera ostentado aquella feroz expresión de casco de acero. Los pliegues de su chaqueta, sin embargo, requerían un cierto arreglo; un fotógrafo concienzudo no puede verse negado este privilegio. Con calma, Zia avanzó hacia la inmóvil figura que era el Duce. No era corta de vista, pero sus ojos, como todos los ojos verde manzana, tenían que entornarse cuando querían ver algo de cerca. Bajo la amarilla corbata de lazo, en un espacio que dejaba al descubierto la abierta camisa de seda, vio algo semejante a unas pequeñas plumas que, desde luego, había que quitar de allí. Cogiéndolas entre el pulgar y el índice, entornando todavía más los ojos, trató de quitarlas, pero se escaparon a sus dedos. De nuevo las capturó y tiró de ellas. El Duce bajó la cabeza para mirar. El movimiento torció sus labios y sus mandíbulas parecieron todavía mayores. Tan cerca de Zia que sus palabras parecieron tocar su cabello, dijo:

—No se moleste, son de mi propiedad privada.

Y con un dedo metió las plumas dentro de su camisa. Era un mechón de pelo de su pecho. Zia puso su atención en la cámara. Una carcajada resonó en la habitación. El Duce no había podido contener la risa.

—*S'il vous plait!* (¡Si le apetece!).

Y el magnesio dio su resplandor. El Duce hizo una inclinación de cabeza y comenzó a andar.

—*Encoré une fois!* (¡Una vez más!) —ordenó Zia, inmovilizándolo de nuevo en su sitio como una domadora de perros corrigiendo a un díscolo discípulo.

Obedientemente, el Duce detuvo sus pasos, pero inmediatamente después su rostro adquirió la severa expresión de antes.

—*Merci, Excellence!*

Zia miró el reloj. Los dos minutos no habían transcurrido aún. Rápida y furtivamente, empaquetó sus instrumentos y bajó las escaleras. Sentía deseos de bailar, pero el peso de su impedimenta le imponía un mayor decoro. La segunda fotografía no valía un ochavo, pero la primera..., la idea sola la excitaba prodigiosamente. Entró en la primera casa de fotografías que encontró y se presentó como colega, y su elocuencia, además del buen puñado de billetes, le abrió las puertas de la cámara oscura. Reveló las placas ella misma, en el calor de la emoción. ¡Excelentes, excelentes! Con los brazos cruzados sobre el pecho, el Duce se inclinaba ligeramente hacia adelante con un movimiento obligado por los músculos del diafragma al reírse y el movimiento de su cuerpo añadía un toque de humanidad y confianza a la por lo demás lamentable pompa de la posición de su pecho abombado. Pero no, no, no era una risa forzada saliendo de la oscura caverna de una boca abierta. Una encantadora sonrisa latina flotaba en sus labios cerrados y la misma sonrisa se

insinuaba en sus ojos, que brillaban ahora con una alegría ajena a todo misterio o circunstancia. La sonrisa era una puerta que conducía al corazón. Los labios prietos, los huesos prominentes y las mandíbulas sonreían también al retirarse de su expansión para recuperar su sitio, como caballos de circo que regresan a las cuadras una vez terminado su número. La pequeña corbata amarilla sonreía también, así como la punta del pañuelo del bolsillo de su pecho. Zia besó súbitamente la prueba mojada. Antes de que hubiese terminado la tarde había visitado una agencia nacional de noticias. Le arrebataron la fotografía y pasó de mano en mano. Luego firmó diversos contratos, después de haber rechazado diversos puntos y sustituido otros. Había aprendido esto de *monsieur* Mongés. Recibió un adelanto de doscientos dólares. Era el primer dinero que había ganado en su vida.

—Oye, *Cricket*, ¿no me vas a pagar una botella de champaña con este dinero que has ganado? le preguntó el conde Dupi durante la cena después de haber escuchado el relato de su aventura.

Zia movió la cabeza negando silenciosamente. Estaba pensando en *monsieur* Mongés y en los codos remedados de la blusa de laboratorio de *madame* Mongó. Había aprendido un nuevo secreto, un secreto horrible y al propio tiempo de una gran belleza.

En el espacio de un cortísimo tiempo, la única fotografía que se conocía del Duce sonriendo, cubrió las páginas de los periódicos ilustrados desde Melbourne a San Francisco, desde Capetown a Estocolmo. Paul Beylard basó un artículo en el *Demain*, de París, en la fotografía, titulándolo «La *Sonrisa de la Paz*». Escribió: «El delicioso monstruo ha abandonado por fin su máscara de hierro. Sorprendido, el mundo lanza un suspiro de tranquilidad al ver la sonrisa de Pompilio y de Marco Aurelio esbozarse en sus labios y en su rostro. Que las pequeñas naciones se regocijen, que Albania y Abisinia gocen del favor de la historia, que les ha permitido firmar un pacto de amistosa alianza con Italia. Todos conocemos la fuente de la sonrisa del Duce; es la más dulce bienvenida a la paz. Que las madres se regocijen; porque esta sonrisa protege las vidas de sus hijos».

El mundo lo creyó bajo palabra y se regocijó. Zia no se enteró de casi nada de lo ocurrido porque la principal ventaja de la excursión a Roma fue, a sus ojos, que había hecho transcurrir cinco días de las dos semanas. Pasaron tres días en Abbazia, pero cuando llegaron a su casa quedaban todavía cinco días. El libro de las llamadas telefónicas de su casa contenía cuatro veces el mismo nombre: Calandra. El noble «señor» seguía todavía bajo la influencia del extravagante *Bon soir, cher ami*, de Zia, como si fuese un inusitado y poderoso afrodisíaco que exacerbaba considerablemente sus sexuales energías. Había varias invitaciones, una para la Embajada británica, una para: una cacería en casa de tío Andrés, y otra para la nueva modista de sombreros, Anci Vóros; un cierto número de tarjetas postales ilegibles recibidas del extranjero, cuyos autores son raramente identificables y tres cartas. Éste era el correo que la aguardaba. Elisabeth escribía desde Biarritz hablando con descocada franqueza de sus

nuevos amores con un campeón de tenis canadiense. La segunda era de Kristina, desde Deauville, donde la temporada estaba todavía en pleno apogeo. «Verdaderamente, querida Zia —escribía Kristina—, podrías decir a papá que fuese un poco más generoso. No ha contestado siquiera a mis dos últimas cartas, pese a que sabe muy bien qué necesito imprescindiblemente la pequeña suma de dinero que le pedí hace tiempo. Tendré que vender mi collar...». Zia estaba enterada de lo de la «pequeña suma de dinero», porque durante el viaje de regreso el conde Dupi se había quejado de la prodigalidad de Kristina. Su más reciente petición había sido de medio millón de francos y el conde Dupi sospechaba que había caído en manos de algún «tipo listo». Las cartas de Elisabeth y Kristina entristecieron a Zia y no la alegró mucho tampoco la invitación del Park Club a una fiesta. Pero la carta de Gyorgy era más alentadora. György llevaba dieciocho meses de estancia en América y en marzo del año anterior había acompañado a una peregrinación de húngaros al descubrimiento de la estatua de Luis Kossuth en Nueva York.

Zia buscó refugio en su cuarto, contra la impresión de las cartas de los últimos días, porque perturbaban su visión de la misma manera que la proximidad de zorros y lobos inquieta al ciervo en el borde del estanque. Filippo le parecía tan lejano e imposible como el melancólico tañido de las campanas de la iglesia de San Juan y San Pablo, la camisa malva de aquel *gentiluomo* de rizos pintados por Sebastiano del Piombo, o el tejado del Palazzo Contarini, destacándose como un encaje negro sobre el cielo veneciano. Quería estar solo con el iridiscente brillo de los diminutos diamantes de la boquilla de ébano, y todo lo demás la distraía; el campeón de tenis de Elisabeth, la tienda de sombreros de Anci Vóros, el velludo pecho de Mussolini y la estatua de Kossuth en Nueva York.

A la mañana siguiente fue al cementerio a ver la tumba de Berili. Hubiera querido alguna contestación, pero ni la losa de mármol se levantaba ni las flores le respondían. Las brisas de setiembre mecían los morales, abriéndose impudicamente paso para la bienvenida al otoño. El silencio del cementerio estaba, sin embargo, escarnecido por el ruido y cruel estruendo de los tranvías de las calles adyacentes, y los escandalosos ruidos del tubo de escape de una motocicleta escarnecían la beatitud de los *Requiescat in pace*.

El príncipe Fini fue aquella noche a cenar. Por aquellos tiempos la condesa Mentí había comenzado a invitarlo cada vez con menor frecuencia, pese a que figuraba entre los favoritos, entre sus hermanos y hermanas; lo cual quiere decir que era el único de todos aquéllos con quien estaba en relaciones amistosas. Desde hacía un cierto número de años el príncipe se había portado de una manera intolerable. Los signos de senilidad comenzaban a manifestarse en la creciente obscenidad de sus epigramas, como si fuese una forma de recordar a la olvidada humanidad los desvanecidos privilegios de los Schäyenheim. En el momento en que Zia lo acompañaba hacia la puerta, el criado anunció que el señor Calandra aguardaba al teléfono. Zia rechazó la llamada con un movimiento de su mano. El príncipe Fini, que

siempre lo sabía todo sobre todo el mundo, se abrochó rápidamente el impermeable.

Este señor Calandra —hizo observar— se pasea por la sociedad como un gorila macho por las selvas ancestrales armado con un gran palo.

Tendía su mano a Zia con un inimitable gesto de despedida.

—*Grüss Gott mein Kind!*

Indiscutiblemente, la buena voluntad y la protectora benevolencia de un tío experimentado brillaba en su observación.

«Una selva ancestral; sí, eso es lo que es», pensó Zia mientras pisaba la muelle alfombra verde que cubría las escaleras del palacio de Septemvir Utca. Tío Fini tenía razón, era una selva ancestral por la cual rondaban los monos; con juegos de cartas, saltando de árbol en árbol en el último sombrero de Anci Vóros, echando mano de sabrosas historietas francesas, bombardeándose unos a otros con platos de colección o fotografías de Otto. No era leal con su hogar paterno, Pero los hijos a punto de volar no lo son nunca. El Pájaro espera impacientemente el momento de arrancar su primer vuelo, el plumón de su pecho y de su cola rechazado por la basura y la podredumbre de su nido.

Ahora le parecía oír claramente el tañido de las campanas de la iglesia de San Juan y San Pablo.

Cada mañana pedía con impaciencia los periódicos. Los leía cuidadosamente, cosa que no había hecho jamás, en busca de la noticia de la llegada de una comisión parlamentaria italiana. Pero era una de esas personas sin práctica en la lectura de los periódicos, capaces de encontrarlo todo menos lo que buscan. La noticia estaba allí, desde luego, pero Zia fue incapaz de encontrarla. Las cegueras de esta especie son probablemente debidas a que estos lectores parten del principio de que los titulares del buscado artículo comienzan por «O o P» y sus ojos se deslizan sin detenerse sobre todo lo que no sea esto.

Y finalmente transcurrieron las dos semanas. JU tiempo, con gran dificultad, las había consumido, como el lobo acaba devorando inconcebiblemente el enorme esqueleto que al principio nadie hubiera creído que fuese capaz de engullir. Lentamente, pulgada a pulgada, las puntas de los blancos colmillos y el ácido de la saliva hacen su obra sobre los huesos acerados. Una tarde, Zia se disponía a ir a dar su paseo acostumbrado. Llevando colgada de su hombro la cámara fotográfica de la cual, como el cazador de fieras su fusil, no se separaba nunca, emprendió el descenso de la vieja fortaleza de Buda. Avanzó por entre las gentiles ondulaciones de las crestas del noroeste, siguiendo las callejuelas de los suburbios, donde algunos industrioses picapedreros estaban esculpiendo horrendas gárgolas en las puertas de una villa destinada a algún nuevo director de Banco enriquecido, o algún fabricante de tejidos o a un escritor de comedias de actualidad. Se dirigía hacia la cima de la atalaya Józsefhegy, que convenía a su propósito, pues era un mero parapeto de piedra de la altura de la rodilla sobre el que podía sentarse. La ciudad, a sus pies, se extendía hacia el Este, llana y profunda, limitada por los humos de las fábricas detrás de las

cuales las llanuras parecían extenderse sin fronteras hasta el Asia. A aquella hora, el sol brillaba detrás de las vertientes del Oeste, ya en declive, creando grandes sombras negras que parecían multiplicarse después de la ligera lluvia de mediodía. Zia adoraba aquel vasto panorama, su aspecto oriental y medieval, y los pequeños pormenores de la colina de la fortaleza de Buda, con la brillante cinta del Danubio corriendo a sus pies avanzando hacia el Norte, por entre las isletas que llegaban a Vac, y hacia el Sur, desapareciendo por momentos detrás de las negras montañas de Gailértheygy y Sashegy, con su color de plomo fundido, como si el río tratase de verter su entera masa en el oído de la rebelde Vata. El viejo Buda del pasado, por donde el río penetra en la ciudad, estaba rodeado de muelles, como hombres de paisano rodeando a un asesino; y uno tras otro sus puentes hacían chirriar sus cadenas. En primavera, cuando este cuadro está enmarcado por el blanco y el rosa de almendros y melocotoneros, el señor Calandra había hecho observar en esta misma atalaya que la belleza de la escena sólo es comparable a la del Bósforo o la bahía de Río de Janeiro.

A Zia le hubiera gustado vivir allí, en una tranquila villa, lejos —pero no demasiado lejos— de los palacios de Septemvir Utea o de Ararat.

Unos cinco coches oficiales trepaban la cuesta en dirección al pie de la torre. Era la excursión obligada, y los forasteros no dejaban nunca de ser llevados allí. Las negras silueta subían ya las duras escaleras y entre ellas había algunas con camisas negras. ¡Sólo podían ser los miembros de la comisión parlamentaria italiana! ¡Si podía oír incluso la fonética de la lengua italiana! Ahora llegaban a la cima de la torre de vigía como negros cuervos sobre un árbol desnudo. Pero Filippo no estaba entre ellos. El Estado húngaro, equipado con un uniforme y un claudicante conocimiento del francés, guiaba a los visitantes. Con una tímida modestia, como si fuese propiedad privada que acabasen de heredar de una tía muerta de un ataque al corazón, les enseñaban la isla de Santa Margarita y el puente colgante. Había oído hablar mucho de la hospitalidad oriental tan conocida en los húngaros; un telegrama de bienvenida y un ramo de flores a la llegada, botellas de coñac y soda, botes de exótico tabaco y bandejas de frutas sobre la mesita de noche. Mientras Zia estaba sentada en el parapeto su falda corta dejaba al descubierto la sonrosada redondez de la rodilla enfundada en su media de seda. Los italianos lanzaban exclamaciones de *Molto bello!* o *Meravigliosissimo!* al precipicio de las bárbaras bellezas de la ciudad y sus puentes, con cierto aire protector, como los Césares de antaño solían lanzar ramos de flores a los ensangrentados gladiadores de la arena. Sus ojos estaban acostumbrados a la formidable antigüedad de la cuenca del *Bello Sguardo*, como los negros y taciturnos cipreses de Florencia puntuando las misteriosas brumas verde oliva como signos de admiración. El diputado fascista de ojos saltones dirigió otra elocuente mirada a Zia, y visiblemente decepcionado tomó la cola de la columna que comenzaba a descender las escaleras.

Filippo no estaba entre ellos. El hecho impresionó a Zia como una noticia de muerte. Regresó a casa por el usual camino como si unas diminutas gotas de sangre

fuesen dejando un rastro por donde pasaba. Decidió acostarse en seguida, sin cenar. A fines de temporada había siempre invitados, los habituales diplomáticos y aristócratas. Pero cualquier rostro humano, cualquier frase le hubiera sido dolorosa. Por mera rutina se detuvo delante de la mesa de mármol del vestíbulo donde, en un marco de cuero, un plano indicaba la colocación de todos los comensales en la mesa. Se acercó un poco más y un nombre brilló delante de sus ojos entornados: Achile Ozzolini. Pero, ¿dónde estaba Filippo? En ninguna parte. Se llevó la carpeta de cuero a los ojos y buscó el nombre de Filippo, pero no lo halló en ninguna parte. ¿Quién sería aquel Achile? ¿Su hermano o un pariente? Tendría que asistir a la cena, desde luego. Cuando se hubo vestido y entró en el salón, los italianos estaban ya allá, hablando con los húngaros. Indudablemente, el grupo de excursionistas a la atalaya debían haber sido de segunda categoría porque no veía a ninguno de ellos allí. Durante las presentaciones, los nombres, desde luego, fueron totalmente ininteligibles. Pero recordó el sitio destinado a Achile Ozzolini y volvió la vista hacia él durante la comida. Achile era un hombre de unos cincuenta años, casi calvo, y con una expresión que negaba la posibilidad de curación, ni del mundo ni de su dispepsia. No se parecía en nada a Filippo. Era obvio que no había entre ellos más analogía que el apellido.

Después de la cena, Achile Ozzolini, entre otros, se acercó a Zia. Le preguntó si le gustaba Puccini; si había comido *faisán en oasserole*; si había visto la última obra de Pirandello; o qué pensaba de la dimisión de Chincerín; qué le parecía Litvinov; si le gustaba esquiar y si conocía a Gambo, el nuevo ministro de la guerra húngaro, personalmente. Hizo estas preguntas con el tono de fiscal general que no está muy convencido de la culpabilidad del asesino, y, mientras tanto, estaba mirándose la mano, ya la palma ya el reverso, como si estuviese dándole vueltas cuidadosamente a un bistec sobre el fuego. No era antipático. Zia tenía en la punta de la lengua la intención de preguntarle por Filippo Ozzolini, pero temía que el temblor de la voz la traicionase. El corazón guarda su secreto en estas ocasiones, tan celosamente como una mano aliviaría una herida abierta al hacer un brusco movimiento. Si conocía a Filippo o traía algún mensaje, de una manera u otra lo diría. Pero Achile, mientras seguía tostándose la mano al fuego, se limitaba a dar una explicación muy favorable sobre la expedición de Byrd al Polo Sur. Zia no tardó en escabullirse de aquel ambiente.

El conde Dupi enseñó a sus huéspedes italianos las habitaciones de su palacio de Septemvir Utca y les explicó el reinado de Matías Corvino. En esta casa fue donde Regiomontanus trazó sus planos para la Academia del Danubio; desde luego, de esto pasó a hablar mucho de Beatrice, que salió de la conversación como una mujer que abandonó a su real padre en Nápoles y se casó con el rey Matías, con el único propósito de que la comisión parlamentaria italiana se encontrase más a sus anchas y como en su casa durante su estancia en Budapest.

El palacio de Septemvir Utca no tenía nada de qué avergonzarse delante de los

italianos. Las obras de Courbet, Delacroix, Renoir, el Greco, Munkácsy y especialmente la *Dame en pourpre*, de Corot, estaban ahí como las escaleras de piedra de los monasterios benedictinos, centurias atrás, en las llanuras de Panonia. No era tampoco despreciable la biblioteca. El conde Dupi les enseñó una edición del siglo XVIII del Dante, encuadernada en piel humana, que había comprado en París. El *signor* Lampronti, director de la Biblioteca Nacional de Roma, tomó el volumen en su mano, lo examinó cuidadosamente y lo devolvió sin hacer comentario alguno. Se había tranquilizado al comprobar que la encuadernación no era de piel humana, sino de piel de pescado. Estaba familiarizado con el tipo de bibliógrafo capaz de comprar cualquier chuchería con tal que le convenzan de que el libro tiene alguna extraña historia. Es triste decirlo, pero el conde Dupi pertenecía a esta categoría. Veinte años antes pagó una pequeña fortuna por tres bolas de biliar con las cuales, según la tradición, había jugado Napoleón cuando era teniente de artillería. Hacia el final del novecientos, en París, le hicieron cargar una noche con una modistilla pálida y de larga nariz con el cuento de que era sobrina de Andró. El nombre de este infortunado aeronauta era moneda corriente en todo el mundo por aquellos tiempos.

Enteramente vestida, Zia yacía echada sobre la cama, contemplando el techo con los ojos fijos, como una persona alcanzada por un rayo.

A la mañana siguiente, cuando Achile Ozzolini abrió los ojos en el hotel de la ribera del Danubio, cogió el teléfono y pidió comunicación con Venecia. Segundos después, dada la comunicación, el diálogo consistió en esta sola frase:

—*Poi venire*. (Puedes venir).

Dejó el receptor y se volvió a dormir. Jamás conversación definitiva entre padre e hijo pudo ser más concisa: porque ya hemos empezado a comprender que Achile era el padre de Filippo. Preliminar a esta conversación fue la petición de Filippo, pocos días después de la recepción del marqués Delfrate y el paseo en góndola, de que su padre lo llevase con él a Budapest. ¿Por qué? Un gran lazo de amistad prevalecía entre padre e hijo. Filippo relató su encuentro con la joven condesa húngara que tan honda impresión *les* había producido. Jamás se había sentido tan conmovido en presencia de una mujer. Alma devota, había orado ante Santa Rita que se ocupaba de los asuntos de familia, y en la quietud del Duomo de Milán la santa le había dado ánimos. Achile lo había escuchado atentamente y con emoción, sin dejar entretanto de tostarse el anverso y reverso de la mano en el invisible fuego. Entonces levantó el índice en el aire, y, moviéndolo, dijo:

—No debes ir a Budapest todavía. Iré yo primero y veré a la familia.

Achile Ozzolini era devoto también, pero no quería fiarse de Santa Rita para todo. Aparentemente, la información que recogió sobre el lugar referente a la familia Dukay y su fortuna, lo impresionó favorablemente, dando por resultado el *Poi venire*. La paternal cautela no debe ser mal interpretada. Como consecuencia del colapso del

trono de los Habsburgo, se encontraban a menudo jóvenes aristócratas austríacos de renombrados títulos que alternaban como bailarines en las salas de baile, así como no pocas mujeres que habían abandonado los confines de su tierra natal y no representaban la nobleza húngara con la debida dignidad.

Budapest está a una hora y media de avión de Venecia. Filippo llegó aquella misma tarde. Y el receptor temblaba en las manos de Zia al responder:

—*Oui... non...* venga a cenar esta noche...

En el último momento, Rere y el señor Badar fueron mandados a su rincón. La carpeta de cuero permaneció vacía; no valía la pena llenarla por un solo huésped.

Filippo, de *smoking*, esperaba en el salón cuando Zia entró. Los diminutos diamantes brillaban en la boquilla de ébano y, tras ella, la blanca dentadura.

«Tiene constantemente esta boquilla entre los labios —pensó Zia—, tendré que quitarle esa costumbre».

Es maravilloso con qué rapidez el corazón desalentado olvidaba toda preocupación. Éste era el estado de espíritu de Zia al sentarse a la mesa. De esta forma todos estaban al lado uno de otro y Zia tenía la impresión de que Filippo, sin pausa ni ceremonia, se había convertido en un miembro de la familia. Hablaban de los deportes al aire libre, del marqués Delfrate, del desarrollo de la industria del aire italiana, pero sus pensamientos estaban en otro sitio, como las manos de un prestidigitador mientras escamotea los huevos. La condesa Mentí se informó de si la *Azzione Cattolica* era muy activa en Italia, y, entretanto, iba pensando que el muchacho se parecía a un profesor de italiano que había tenido durante su infancia.

Poco después de cenar, los padres se retiraron y Zia y Filippo quedaron solos en el saloncito azul, bajo la penumbra de la pantalla de una lámpara china, saboreando de vez en cuando el coñac en las grandes y opalinas copas. Zia decía cosas como ésta:

—Me impresiona mucho lo que describió Palladio acerca de la arquitectura, o sea, que no es en realidad sino la simetría de los miembros del cuerpo humano. Es lo que los griegos habían llamado ya euritmia...

Ahora se daba cuenta de cuán oportunas fueron las lecciones de *monsieur* Mongés, porque Filippo dispensaba generosamente citas de Vassan y Wolfflm.

Una o dos frases y de nuevo reinaba el silencio largo rato; mirándose uno a otro ambos trataban de analizarse. Y en el preciso instante en que el ardor de sus cuerpos y de sus almas alcanzaban el punto álgido en que estaban en un tris de unirse sus labios, con los dientes agudizados, Filippo habló. Ahora era él quien llamaba en su ayuda a los helados témpanos.

—En mi opinión, el error de Nobile en su expedición fue no haber comenzado tomando rumbo hacia el Este...

Un nuevo silencio y los ojos volvieron a suplicar, mudos. Entretanto, seguían estudiándose mutuamente en los más mínimos pormenores, la forma de la unas, los

poros de la piel, la línea de arranque de la nariz, la resonancia de las palabras pronunciadas, en todo lo cual hallaban elocuentes impresiones digitales, porque ambos se daban cuenta de que estaban en escena, ambos sabían que había ya ocurrido algo y que era necesario establecer nada menos que quienes eran y cuántos participantes habían sido envueltos, porque compartían al propio tiempo el mutuo conocimiento de que en ellos mismos, como en todos los seres humanos, vivían varios espíritus y que estos cómplices identificados, ocultando sus rostros y facciones exteriores, se hallaban también presentes en la encuesta. Zia se fijó en que las orejas de Filippo estaban muy pegadas al cráneo, que una larga cicatriz, reliquia probablemente de la infancia, corría a lo largo del dorso de su mano izquierda y que pronunciaba la palabra francesa *je*, con el acento italiano *ze*. Filippo descubrió que los dientes de Zia eran de un color ligeramente gris pardoso y que parecían como blandos, pero sus hombros eran bellos y una inefable dulzura emanaba de todo su cuerpo e incluso de su voz.

Sólo una vez sucumbieron a la tentación de intimidad de cogerse las manos al final de un largo silencio y levantarlas en el aire para comparar, finalmente, la notable diferencia de tonalidad entre las dos. Las manos de Zia eran de un blanco de lirio, porque su sensible piel no le permitía tomar baños de sol, y *seguía* usando todavía la loción comprada por Berili a *madame* Goujon en la rué Payenne. Así quedaban los difuntos immortalizados por las lociones para la piel. Las manos de Filippo, al lado de las de Zia, parecían las patas de un cachorro mimado. Su risa ante ello era significativa, como si en aquel momento, sus pensamientos se hubiesen aventurado a ir más lejos, hasta la desnudez negra y blanca de sus cuerpos, el enlazamiento de los cuales apareció en sus imaginaciones tan vivo que tuvieron que cerrar los ojos. Entonces vino otra de aquellas triviales observaciones:

—¿Cree usted que si Briand cae, Tardieu será presidente del Consejo de Francia?

Así siguieron hablando. Filippo le aseguró que sería desmovilizado en diciembre. El tono de su voz parecía un recordatorio de que difícilmente podrían verse hasta diciembre. En una posterior observación manifestó su opinión de que Europa estaba en el umbral de una pacífica expansión económica, y que el futuro de la aviación para el servicio de viajeros en la Europa Central era brillante. En pocas palabras expresó su ambición de fundar una importante línea aérea. Había incluso pensado en el nombre: *L'Uccello italiano*, pero Achile encontraba lo de «pájaro» demasiado poético. Llamaba siempre a su padre «Achile» y hablaba de él como si se tratase de un amigo más joven cuya opinión se veía obligado a seguir algunas veces.

A las dos de la madrugada, Filippo se levantó para marcharse, y en el umbral del saloncito azul la mirada italiana de un color pardo de nogal y la mirada húngara de un color verde manzana, se encontraron de nuevo. Fue una larga, muy larga mirada, saturada de súplica, impulsión, pregunta y respuesta, mezclada con algunas lágrimas y algunas risas; una mirada apenas perceptible, pero que produce, no obstante, un dolor físico en la cúspide del corazón, una mirada de la cual las más cálidas arias de

Puccini extraen su ardor, una mirada que representa el más alto pináculo de la exaltación espiritual.

De nuevo Zia subió corriendo las escaleras como había hecho en Venecia, como si escapase de algo, cogiéndose con ambas manos la larga falda de su vestido, lo que la hacía parecerse a una viviente encarnación de una de las damas rococó de los relojes de porcelana. Y de nuevo se echó sobre la cama como herida por el rayo. Sólo había sido besada una vez en su vida, hacía un año, por Sigi, en la terraza superior del Park Club. Pero cuán diferente, cuánto más rica había sido aquella mirada muda que aquella serie de besos húmedos oliendo a tabaco.

A la mañana siguiente, el conde Dupi se sentó en una silla en el dormitorio de Zia.

—Dime, *Cricket*, ¿anda detrás de algo ese italiano?

Los relucientes ojos verdes manzana contestaron sólo con una sonrisa.

El conde Dupi se dio varios golpes en el bigote con el índice izquierdo encorvado y salió de la habitación aclarándose la garganta. Se metió en su cuarto y se sentó delante del escritorio. Un movimiento de su mano acercó la mesa. Era esto en él un innato ademán Dukay. No acercaba la silla a la mesa, prefería mover el pesado mueble. Era en él un elemento de la furia ancestral, dirigida contra la mesa del escritorio y, en general, contra toda ocasión que requería obrar. Dicen que el carácter húngaro es impulsivo y rápido en la decisión. En realidad es meramente impulsivo. ¿Rápido en la decisión? Es una afirmación que hacen los que confunden el carácter magiar con la costra germana que se ha puesto encima. Los magiares trajeron de Asia su sentido de *tiempo suficiente*, primo hermano del ruso *sichas*, que significa *inmediatamente*, a pesar, incluso, de que a menudo dela a todo Einstein en la medida de su referencia a la curva abierta del tiempo, procedente de Mongolia, saltando después sobre el estrecho de Behring, dirigiéndose hacia el Sur con un disfraz indio y mezclándose finalmente con la sangre de los españoles de Hernán Cortés, es un pariente lejano del mejicano *mañana*, un mañana capaz de contener toda la infinita curva del tiempo. Al conde Dupi no le gustaba decidir y obrar. Sin embargo, éste era un punto que afectaba a Zia. Al principio pensó en pedirle al marqués Delfrate informes sobre la familia Ozzolini, pero recordaba que, una vez, hacía muchos años, el marqués sostuvo en el Club de Oficiales de Viena que durante una cacería de ciervos en Bosnia, se había caído con su yegua en un precipicio de ochenta pies. Un hombre no olvida más esto que una bofetada en pleno rostro. El conde Dupi temía que el marqués pegase otro salto en el vacío. ¿El senador Do Voto, de Roma? Era un viejo que chocheaba y rechinaba los dientes ya y lo abandonó al fin. Llamó a su secretario. Enojado ya, escribió el nombre con sus caracteres de imprenta sobre un trozo de papel. Escribió Ozzolini con una sola «z» porque el conde detestaba las letras dobles, incluso en húngaro. Dio orden al señor Gruber que obtuviera informes de la familia Ozzolini por mediación de algún abogado italiano de confianza. El señor Gruber salió con una ceremoniosa reverencia, indicadora de que había comprendido

perfectamente cuál era su misión.

¿Qué hace un Gruber en un caso como éste? Fue a ver a uno de sus amigos abogados de Uri Utta y allí encontró el nombre de Arrigo Tandardini, procurador de Venecia, en un Anuario internacional. ¿Por qué Arrigo Tandardini en particular? Porque el nombre sonaba como los siete primeros compases de un *lied* de Schubert, y el señor Gruber era muy aficionado a tocar al piano. Regresó a su casa, cogió una hoja de papel de escribir, liberalmente grabada con el pájaro y la corona de once puntas de los Dukay y empleando las frases de cortesía francesas, informó al procurador veneciano del motivo de su carta.

¿Qué hace un Arrigo Tandardini cuando recibe una carta de esta especie? Se levanta de la mesa, en la que el montón de asuntos pendientes forman una pila tan alta que amenaza matar a los dos pobres gatos que duermen al lado de la carpeta; y, después de haber telefoneado al príncipe Ozzolini pidiéndole una inmediata cita, se cepilla laboriosamente su negro gabán, porque es un pobre soltero de cuyo aseo nadie cuida, y después de haber cruzado el Ponte del Rialto, una alegre sonrisa de su rostro da la bienvenida al placer de aquel cambio, porque, habitualmente, está especializado en los procesos por difamación. En Venecia había desde luego, una cantidad satisfactoria de difamadores, aunque no fuese más que como reminiscencia de los tiempos en que los Dux tenían sanguinarios puñales a su disposición. Sin embargo, después de treinta años de procesos difamatorios, las cosas se habían vuelto monótonas. Iba pensando en las palabras indicadas para informar al príncipe —de cuya tacañería había oído hablar— de su misión, haciéndole saber que esperaba honorarios por sus servicios.

Una semana había transcurrido escasamente cuando la información estaba sobre la mesa del conde Dupi, escrita en excelente francés y firmada por Arrigo Tandardini, pero redactada por Achile Ozzolini. Iba acompañada de la modesta factura de cincuenta mil liras del *signor* Tandardini. Y el conde Dupi leía la información a través de sus lentes.

«La familia Ozzolini tiene sus raíces en la Lombardía, y su primera aparición en la Historia data de mediados del siglo XIII, en que Matteo Ozzolini combatió valientemente al lado de los Visconti, contra la familia Della Torre, por la posesión de Milán. En el siglo XIV Bernardo Ozzolini se casó con la hija del rey de Francia, Juan II, el Bueno, y fue uno de los 1 guerreros más célebres de su tiempo. Conquistó Pisa. Perusa y Bolonia, y fundó el monasterio de Certosa en Padua. En 1376, el emperador de Germania, Wenceslao, le confirió el título de príncipe de Perusa, y de no haber muerto de la peste, se hubiera sentado en la; silla arzobispal de Milán al año siguiente. Su hijo menor, Giangaleazzo Bianca, levantó armas contra Venecia, aliado al rey Segismundo de Hungría. De acuerdo j con los archivos de la familia, puede dejarse establecido sin sombra de duda, que el cuadro de Rafael *Ritratto di un*

Gentiluomo, es el de Luchino Ozzolini, mientras Miguel Ángel utilizó a Liliana Ozzolini como modelo para la Aurora del sarcófago de Lorenzo de Médici.

»Actuales miembros de la familia son el príncipe Rodolfo Ozzolini, general retirado, de ochenta y tres años, imposibilitado; su primo Achile Ozzolini, que se casó con la marquesa Orsola Ghezzi, y sus hijos Orsola Annunziata y Filippo María, de veinticinco años. Los Ozzolini, a pesar de que no poseen una fortuna familiar considerable, son financieramente independientes y pueden vivir de una manera apropiada a la situación. Achile Ozzolini, uno de los principales hombres de Estado de hoy, es miembro del Gran Consejo Fascista presidente de la Sociedad Vidriera Cadore y director de la Federación Misurina para la Explotación Comercial de las Escamas de Pescado».

Es evidente, por todo lo dicho, que Achile Ozzolini había redactado un modesto y reservado informe sobre sí mismo. El conde Dupi quedó especialmente satisfecho de la circunstancia de la falta de fortuna personal, porque esto, por lo menos, era digno de crédito. Al propio tiempo, era una familia antigua y católica, y esto, más que nada, era importante. Se dirigió hacia la habitación de Zia y de nuevo sus ojos parecían hacer un guiño. En la mano izquierda llevaba la carta de Arrigo Tandardini.

Si alguien hubiese querido acusar al conde Dupi, o al señor Gruber, o a Arrigo Tandardini de superficialidad, o incluso de irresponsabilidad en esta materia, podemos darle la seguridad de que durante el siglo XIV el emperador Wenceslao por muchos que hubieran sido sus esfuerzos, hubiese sido incapaz de determinar si aquella pareja, después de haberse mirado en los ojos, llevarían una vida feliz o no.

Las primeras cartas a Italia empezaban con la frase *Mon cher ami*, pero en noviembre hubo una que encabezaba con *Miò caro Filippo!* Zia estudiaba italiano con un profesor llamado *signor* Vallencic que el señor Gruber le había procurado; vestido de chaqué y haciendo sonar sus tacones, aparecía cada mañana a las once llevando bajo el brazo una notable gramática italo-húngara que contenía frases como éstas: *La hermana política de mi padre come pan. El gorrión ha hecho su nido en el peral de la hermana de la madre política de mi primo.*

No sin objeto, citamos aquí estas maravillas gramaticales en las cuales podía oírse el estertor de la muerte de un continente entero. La población europea de quinientos millones, dividida en treinta y ocho naciones y sabe Dios cuántas nacionalidades, hablaba setenta y nueve lenguas dentro de los límites de un territorio apenas mayor que los Estados Unidos y ni siquiera la mitad de la extensión de la Unión Soviética. La gente que vivía a un tiro de piedra unos de otros eran incapaces de entenderse. Gramáticas que gozaban de la más vasta circulación cambiaban recíprocas frases y sentencias que eran como ratas muertas envueltas en genitivos y empaquetadas en

pulidas cajas de madera. Sólo los tratantes en granos, las *cocottes* y los diplomáticos se expresaban en la mayoría de las lenguas vivas de Europa; los estudiantes Permanecían notoriamente con la boca cerrada. Pero incluso estos privilegios lingüísticos eran de una naturaleza limitada. Los agentes de Bolsa aprendían a Prevaricar con elocuencia sólo dentro de los límites en la jerga profesional. Los aristócratas eran informados por el propio Galsworthy de que *Forsyte* se pronunciaba *Forsit* y no *Forsite*, pero una palabra como *kalapácsnyél*, por ejemplo, los confundía en el acto. Las *cocottes* se familiarizaban solamente con los nombres de ciertos productos y las terminologías propias de las minutas, mientras los diplomáticos explotaban solamente el aspecto del lenguaje que les permitía negar en una cláusula subordinada lo que habían afirmado en la principal. Aparte del reino de los tratados y proclamas en el cual conocían todas las tuercas y tornillos tan bien como un cerrajero conoce el funcionamiento de una cerradura, en cuanto tenían que tomar el cuchillo y tenedor o el blasón de paseo de otro lenguaje, se mostraban torpes en el acto. Fue durante aquellos años cuando el ministro de Asuntos Exteriores de Hungría dirigió al Quai d'Orsay un documento en el cual se traducía Hogar de los Necesitados de Clothilde por *La Maison d'Amour de Clothilde*. Afortunadamente, la benevolente archiduquesa Clothilde no se enteró jamás de que en los círculos oficiales franceses se sabía que había fundado una casa de mala nota en lugar de un refugio para los indigentes. Vistos desde el humanismo comparativo de las edades medias del latinismo, los lenguajes modernos languidecían aislados uno al lado de otro, yaciendo en un destierro impuesto por ellos mismos, como pintarrajeados esqueletos de animales grandes o pequeños, en los cuales los gusanos del rencoroso nacionalismo rondaban alegremente y ansiosamente se festejaban, los esqueletos a los cuales los políticos y la Prensa diaria, engordados por los hígados cancerosos, hacían referencia hablando del patriotismo y altos principios. Había algunos que estaban asustados por todo esto. Los esperantistas se escribían cartas unos a otros tan febril y clandestinamente como los protestantes en los tiempos de Calvino. Feroces hombres de negocios se precipitaban sobre los fabricantes de Linguaphone, sólo para hacer bancarrota pocos meses después. Las emisoras de radio introducían horas de lecciones de idiomas sin darse cuenta de que en cuanto sonaban las primeras frases de *Die Familie Schuster* o *We are in the home of Mr. Brown*, Europa cerraba precipitadamente el aparato y cogía el periódico de la mañana en el cual: el artículo de fondo exponía el punto de vista, claro aun cuando cauteloso, de que ciertas razas tenían que ser aniquiladas hasta el último ser. Así, con mucha circunspección al principio, pero más tarde con creciente ardor, Europa iba preparándose para la muerte. Sólo muy rarísimas veces los bélicos lenguajes se bombardeaban unos a otros con frases no más mortíferas que el invisible rayo de luz de aquel *Miό caro Filippo!*

Filippo y Zia mantenían la correspondencia en francés. Las cartas en italiano eran como una mera ostentación, como el primer trabajo de bordado que se hace para el cumpleaños de mamá, representando dos tortolitas besándose aun cuando muchas

veces las tortolitas parezcan cuervos. Pero las cartas en francés estaban saturadas de poesía pura, como las que las fuentes secretas de literatura procuran incluso a los carpinteros y las fregonas en plena gloria, aun cuando sea sobre una base a corto plazo. Cartas como éstas conocen el aherrojado encarecimiento de la pasión; en sus frases, pero especialmente en los puntos suspensivos, se oculta estremeciéndose y gesticulando la definitiva tormenta de la emoción extática, como en los versos de François Villon o las sinfonías de Beethoven.

A principios de diciembre llegó a Septemvir Utca una carta de Venecia, coronada con el león rampante de Perusa, en la cual el príncipe Achile Ozzolini pedía, para su hijo el príncipe Filippo María, la mano de la condesa Terezia, la joven y adorable hija del conde István Dukay. La carta comenzaba con la palabra *Excellent!* y su tono recordaba la que Víctor Manuel mandó una vez en ocasión del tratado de alianza con el sombrío emperador de Abisinia de quien el rey de Italia sospechaba ocasionales festines de carne humana en la intimidad de su tienda de seda. Por muy Dukay que se sea, el Oeste, invariablemente, se imagina un húngaro como el epítome del Este, llevando escudo de Piel y tragando grandes cantidades de leche de yegua, sin que, en el fondo, esté muy lejos de la razón. El escudo del pajarraco y las once puntas de la corona contestaron con mayor ternura y emoción. El conde Dupi escribió personalmente la carta en francés, pero su intento de emular el tono cristalino de la carta de Venecia no tuvo más que un mediano éxito. Probó una y otra vez, pero algún sentimental afecto húngaro, una especie de abrazo cariñoso, se deslizaba en sus frases, y expresiones como *votre charmante personnalité* (vuestra encantadora personalidad) sonaban como *mi querido hermano*.

Pocos días después llegó Filippo y el 19 de diciembre, día en que Zia cumplía sus diecinueve años, el noviazgo fue anunciado oficialmente a la familia. Sólo fueron invitados el reverendo Alajos Galovics, el capellán y el príncipe Fini y antes de la cena, la condesa Mentí llamó a este último a su habitación y le hizo prometer solemnemente que se abstendría de hacer observaciones procaces. Desde luego, el príncipe permaneció silencioso y triste, como el chiquillo a quien le han quitado un juguete para castigarlo. El discurso de ceremonia fue pronunciado por el reverendo Lojzi, cuyo áspero cabello había sido cortado para aquella ocasión y sus grandes pecas y su cuello de pavo parecían haber sido pulidos con especial cuidado. Su discurso fue bello, pero demasiado largo. Hizo alusión, pero sin nombrarla, a cierta misteriosa personalidad que aparecía, desaparecía y, en general, revoloteaba por el incierto futuro. ¿A quién había querido referirse? El conde Dupi y Zia se miraron varias veces perplejos. En la mente del conde Dupi se formaba la imagen de un tipo oriental con barba que tenía cierta semejanza con el arzobispo ortodoxo griego. Zia estaba conforme con lo de la barba, pero se imaginaba un rabino, porque sabía que en el fondo de su corazón el reverendo Lojzi era un acérrimo y untuoso antisemita que se aferraba a su obsesión.

En cuanto los anillos de platino estuvieron en los dedos de los prometidos, las

copas se levantaron y el discurso tocó a su fin.

Filippo pasó las fiestas de Navidad en Budapest. El consejo de familia había decidido no hacer aparecer a Rere por ahora, pero Zia había hecho referencia a un hermano suyo gravemente enfermo. Entretanto el desgraciado imbécil había aprovechado un momento de descuido para devorar, en su remoto dormitorio de la planta baja, usando dientes y uñas, un jamón crudo entero que había conseguido robar de la despensa.

En el saloncito azul, bajo la suave pantalla de seda de una lámpara china con el pie tallado en negra madera *hu mu*, las bellezas *hsiu hua* de ojos almendrados, de lindos parasoles paseándose por entre serpientes de mar, globos de perla y granos de arroz, leones que jugaban a la pelota, hierbas azotadas por el viento, gansos salvajes, nubes de bordes luminosos y flores de simbólica longevidad hubieran podido contar un cuento. Parecía que su historiada ordenación y sus actitudes estaban concebidas para ser elocuentemente expresivas sobre todo lo que había ocurrido en aquel sofá de brocado rojo bajo el círculo de luz de la lámpara. Vieron mucho, pero oyeron poco, salvo algún torbellino excepcional, largo y apasionado, del aire interior, obra de los pulmones después de retener la respiración durante largo tiempo. Besarse es el privilegio de los prometidos. El intermitente ruido del reloj acompañaba su soledad en la penumbra de la noche y tan profundo era el silencio que parecía oírse el batir de las alas de los gusanos al volar en dirección de las lejanas nubes de la pantalla de seda. Pero Zia rechazaba obstinadamente toda osada tentativa de las manos de Filippo.

Era un invierno duro. Los guardabosques de la propiedad daban cuenta de hallazgos de dos o tres cadáveres de ciervos muertos de frío, y después del invierno anterior, excepcionalmente frío, comenzaron a correr rumores de que todas las perdices de la región habían sucumbido. Bajo el viejo Buda, camiones de cinco toneladas cruzaban y volvían a cruzar por encima de la helada superficie del Danubio.

Por las tardes, Zia iba a dar su habitual paseo hasta la atalaya. Los árboles de las colinas de Buda y los bigotes de los policías se llenaban de carámbanos de hielo y el invierno húngaro sorprendía incluso a Filippo, porque no tenía la menor semejanza con el soleado invierno de las nevadas pendientes de las pistas de esquí de las montañas de Italia. El invierno aquí, era el aliento de lobo de la invernal Rusia.

El señor Gruber dio cuenta de que se estaba reparando una villa de Fuga Utca, y que estaría en condiciones de ser ocupada a primeros de mayo. Fueron a verla, pero no pudieron ver gran cosa, porque la villa era como una mujer cuando se pone un recio abrigo de piel de cordero; es imposible decir si tiene buen cuerpo o no, porque sólo es visible la punta de la nariz y aun ésta se halla enrojecida por el frío. El tejado estaba oculto bajo dos pies de nieve. Entraron sin embargo, y visitaron la casa desde

el sótano a los áticos. Entre aquellos muros de ladrillo sin enyesar, les parecía ver ya las *chaise-longues* tapizadas de finísimo terciopelo donde ahora no se veían más que feos sacos de cemento.

—¿No crees que tendríamos que derribar esa pared, Filippo? Y el platero también tendríamos que cambiarlo de sitio...

Las dimensiones y la distribución interior de la casa eran satisfactorias.

Después de Navidad, Filippo volvió a marcharse. Durante enero y febrero las notas de las conferencias telefónicas alcanzaron alturas alarmantes en el palacio de Septemvir Utca. En marzo se habló de la posibilidad de que Zia fuese a pasar una semana en Venecia, pero, desde luego, la idea fue abandonada porque había demasiadas cosas que hacer entre preparativos, compras y proyectos.

A mediados de abril se trasladaron al castillo de Ararat. Filippo telefoneó alrededor del mediodía diciendo que acababa de llegar a Budapest y que en breve saldría para el campo. No, no había necesidad de que le guardasen comida; no, no había necesidad de que le mandasen un coche porque había conseguido un pequeño automóvil que le habían prestado en la Embajada italiana. No, no se perdería, tenía el mapa en las manos y encontraría el camino. Sí, sí, la primera a la izquierda después de la capillita del camino.

Era a finales de abril y la retrasada primavera parecía jadear ruborosa como el colegial que acelera el paso para no ser castigado. Los prados, bosques y nubes rivalizaban en desatar sus colores bajo la perfumada luz del sol.

Zia se acercaba frecuentemente a la ventana con este movimiento de cabeza y expresión que han sido patrimonio de las novias desde tiempos inmemoriales. Las ventanas del primer piso dominaban la avenida de arena que, desde debajo el dosel de los nogales salía describiendo una curva y se acercaba a la entrada del castillo. El camino, antes de serpentear por la colina, seguía el borde de un vasto estanque poblado de peces, tan suavemente como una mano que pulsa el arpa. Las pifias plateadas y las hayas en flor daban a la luz un matiz de ensueño. El agua ostentaba una espesa capa de lirios y nenúfares y raras veces los cisnes blancos cortaban aquella masa verde, como las tijeras de una recia tela, para dejar al descubierto el brillo metálico de la masa acuática bajo el manto vegetal. Un poco más lejos, el negro y rojo del tejado de la caseta de baño en forma de pagoda china se asomaba por entre las ramas de los sauces. Los nogales, ¡ah, los nogales...! Sólo puede hablarse de ellos lanzando exclamaciones, viéndolos de un día a otro florecer con sus blancos conos de arriba abajo como si hubiesen sido invadidos por una clandestina inmigración. Parecían haber pillado todas las flores de los campos y florestas, haber arrancado todos los blancos y amarillos que pudieron encontrar y engalanarse profundamente ahora con ellos. Zia dejó la ventana abierta a fin de poder oír el suave ruido familiar del bosque de hayas y emprender la subida. Eran ya las cuatro de la tarde y Filippo no

había llegado todavía, a pesar de que hubiera debido ya estar allí. Lo que le había ocurrido era sencillamente lo que' le sucede a todo automovilista en el mundo: después de haber pasado la capillita de la carretera general había tomado, no el primer camino, sino el segundo, a la izquierda. En estas ocasiones, a fin de vejar a los viajeros, el primer cruce suele ocultarse bajo una mancha de luz cegadora o agazaparse bajo la espesura de un olmo. En realidad, un pequeño insecto se disponía a posarse sobre su nariz en el preciso momento en que el automóvil llegaba a la bifurcación. Al pasar delante de ella, un solo ademán defensivo de su mano bastó para ocultar a su vista el camino que se le brindaba. El insecto salió volando a contarles a las campanillas azules que había conseguido hacer equivocar de camino al automovilista. El segundo camino, por el contrario, hizo cuanto estuvo en su mano por atraer la atención del conductor. «Sí, ya sé el camino». Era un camino ancho y de buen piso, y llegaba su felonía en el engaño hasta mostrar huellas de neumáticos de automóvil. Pero al poco rato se convertía en un mero sendero de corderos que llevaba hacia los rediles. ¿Llevaba? ¡Absurdo! Se limitaba a irse estrechando para convertirse en una serie de fangales resbaladizos, copia en pequeño de los más ingeniosos obstáculos antitanques jamás imaginados.

Esto fue lo que le había ocurrido a Filippo. El pastor que allí vivía y su familia son ya duchos en esta materia; desde larga distancia sus brazos tendidos llamaron la atención del conductor hacia el sendero que llevaba a la entrada principal del parque y el joven Sándor corría ya en busca de la pareja de bueyes a fin de sacar del barrizal al enfangado automóvil, mientras la esposa del pastor hacía rápidamente un puente de planchas a fin de que el automovilista no se manchase de barro los pantalones.

Sin más desventuras Filippo llegó a la verja del parque y la encontró abierta. Los álamos y las albahacas le dieron la bienvenida. Luego, cuando después de haber pasado a lo largo de los cuadriláteros de las pistas de tenis llegó a la vista del castillo, le produjo la misma impresión que había producido a *madame* Couteaux la primera vez que lo vio; con sus innumerables ventanas, pequeño a distancia, y con la antigua torre negra en el centro, el castillo parecía un enorme trasatlántico que hubiese fondeado en la cumbre de la colina, sobre el pueblecito de Ararat. Si la torre hubiese echado humo, como la chimenea de un barco, la ilusión hubiera sido completa.

Filippo llevaba un traje de hilo crudo que realzaba el color moreno de su piel. Incluso entonces la boquilla de ébano con los diminutos diamantes, brillaba entre sus dientes. Había dejado todo lo demás en el coche. Estaba en el punto en que el camino tocaba el borde del estanque.

Y entonces ocurrió una cosa horrenda.

Una forma tocada con una gorra *derby* salió de detrás de un seto, descalzo y con los pantalones subidos hasta las rodillas mostrando sus piernas velludas. La gorra había sido magníficamente adornada con plumas de gallina, gallo y faisán; prontas sus garras, rechinando sus grandes dientes de caballo, la aparición agarró a Filippo por la cintura a sus espaldas y, antes de que éste pudiese defenderse, lo levantó en el

aire y lo arrojó cuán lejos pudo al estanque.

El señor Badar se acercaba ya corriendo jadeante y con un simple puñetazo en la nuca derribó al culpable. El jardinero acudió corriendo, así como los criados del castillo. Zia, que había visto toda la escena desde la ventana, lanzó un grito y tuvo un ataque de llanto. Dos criados con librea y el propio señor Badar se metieron en el estanque con agua hasta la cintura a fin de acudir en auxilio del prometido, cuya preocupación era sin duda la boquilla que seguía sosteniendo entre sus dientes. Por lo demás era imposible reconocerlo; parecía que un manto verde y viscoso lo cubriese de pies a cabeza, e incluso cuando salió al borde del estanque seguía pareciéndose a una esposa mahometana con el rostro espesamente velado. Los cisnes se habían acercado y graznaban celebrando lo ocurrido, como si hubiesen sido los instigadores. Rere estaba echado sobre la hierba, con los pies desnudos y vueltos despreciativamente hacia el mundo. No había querido hacer daño a nadie y sólo deseaba jugar. Se lo llevaron rápidamente, como un saco. Cubrieron los hombros de Filippo con una manta y fue acompañado al cuarto de baño.

El conde Dupi estaba lívido. El destello de sus ojos al dirigir una mirada a la condesa Menti era digno de verse, pero también lo fue la expresión de hielo de los ojos que se negaron a recibir el mensaje.

—¡Di al señor Badar, que venga al instante! —No podía ir porque tenía los pantalones mojados—. ¡Dile que venga! —añadió rechinando los dientes.

Y el señor Badar, con los pantalones chorreando agua, tuvo que acudir al cuarto del conde Dupi. Parecía como si alguien hubiese empezado a pintarlo de verde de pies a cabeza, pero se hubiese cansado abandonando el trabajo al llegar a la cintura. Un león rugiente lo recibió en el cuarto del conde.

—Excelencia, tengo que presentar mi dimisión... Me es imposible mantener al conde Rere constantemente encadenado.

La refrenada cólera comenzó a ceder. Bien, bien, ¿qué había ocurrido? El conde Rere había estado cuatro días leyendo el *Vinetau* de Cari May y los cuentos indios de aquellas historias del Oeste se le habían subido a la cabeza como el vino. Fue mera casualidad que tomase al novio por adversario.

Después de una breve consulta con la condesa Menti, se dictó sentencia. Rere y el señor Badar eran desterrados a un pabellón de caza situado a cuatro millas del castillo. Estaba estrictamente prohibido acercarse a él. Un guardabosque armado fue puesto de centinela. Debía salir en el acto. Rere, que entre tanto había recuperado la serenidad, sacó el *Vinetau* del bolsillo y siguió leyendo como si no hubiese ocurrido nada...

En realidad, nada de importancia había sucedido. Dos bueyes experimentados habían sacado el coche de Filippo del lodazal, y, recuperada la maleta, se puso ropa limpia. El insecto culpable del desafuero estaba zumbando alrededor de la melosa cabezota de una campanilla. Zia seguía sollozando en su cuarto. Filippo entró y cogió a su desgraciada prometida en sus brazos. Mientras se vestía, Filippo se enteró de

todo lo relativo a Rere y como consuelo le explicó que también j en su familia había una imbécil; una prima, tanto más peligrosa cuanto que era incendiaria y una vez j había tratado de matarle con un cuchillo de cocina. Hay que decir en honor a la caballerosidad del muchacho que no había una palabra de verdad en toda 3 aquella historia, pera ésta produjo el efecto deseado, j puesto que Zia dejó de sollozar y le explicó que Rere no era malo, fundamentalmente, sino algunas veces j extravagante, pero que también tenía arranques de bondad. Le explicó los regalos con que trataba de consolar a sus hermanos y hermanas cuando habían sido castigados de rodillas en un rincón por los preceptores y Filippo se unió a sus risas. No habló para nada de las gorras *derby*.

Hay cosas que parecen grandes catástrofes al principio, pero pronto el peligro se disipa; el miedo que j han causado, en verdad, deja el espíritu aliviado. La más alegre atmósfera prevaleció durante la cena.

Después de la comida hubo que enseñar todo el castillo a Filippo. Las habitaciones de los padres en la planta baja, incluso el dormitorio de brocado amarillo de la condesa Mentí donde había nacido Zia, la gran habitación comedor que acogería a sesenta invitados durante el banquete de bodas, el segundo comedor reservado para comidas de menor cuantía, y el más pequeño capaz para doce personas. Vio el gran salón rojo, el salón naranja, el salón verde, las dos salas de fumar, la biblioteca, la galería de retratos, la sala de billar, los interminables corredores con su selva de astas de ciervos, gamos y rebecos, el dormitorio donde durmió María Teresa en el entresuelo, las dos habitaciones que había ocupado Eduardo VII cuando todavía era príncipe de Gales, y las habitaciones para los invitados, y en cuanto Zia y Filippo se quedaron solos un momento, cayeron uno en brazos de otro y comenzaron a besarse apasionadamente como si aquélla fuese la primera y última ocasión. Todo aquello era muy fatigoso, pero finalmente fondearon en la habitación de Zia. El castillo dormía ya. En vista de que la boda era inminente y acaso pensando que se lo merecía por el baño administrado por Rere, Filippo se mostró insistente con Zia y pasó su brazo en torno de su cuerpo. Pero el ágil cuerpo de Zia se escurrió de debajo del suyo. ¡No, no, no!

La boda fue fijada para el último domingo de mayo.

CAPITULO VIII

DOS días antes de la boda, los invitados italianos llegaron de Venecia en avión especial. Zia y el conde Dupi los esperaban en el aeródromo. El celoso policía de servicio reconoció al conde Dupi y consideró un deber dirigirle un ceremonioso saludo, porque el popular conde era miembro de la Alta Cámara Legislativa. Las románticas aventuras de la carrera de húsar de István Dukay eran a menudo tema de conversación en las mesas familiares cuando había corrido el vino o durante las largas noches de conversación en las tabernas rurales. Las historias crecían como el delicioso *Ramayana* hindú y se convertían en un pequeño poema húngaro; nuevos pormenores se añadían a las licenciosas reuniones del Círculo Literario de Oficiales de Lebovice, hasta que no sólo la casa de Fanny Nathanovics, sino el barrio judío entero era cubierto de guirnaldas de lirios de los valles en medio de una tempestad de nieve, en pleno invierno, y se afirmaba que el conde Dupi había dirigido personalmente la operación de regar con champaña francés no sólo el Café Kazmer, sino toda la plaza del mercado. Estos incidentes se convertían en los poemas épicos y las canciones legendarias que constituían una fuente de inspiración para los oscuros empleados que luchaban con un sueldo de quince florines y estaban cosidos de deudas, y los estudiantes de Derecho, jugadores de billar. El inspector de policía se detuvo a tres pasos del conde Dupi, se cuadró y, saludándolo, anunció:

—Excelencia, el avión italiano estará aquí dentro de pocos instantes.

El conde Dupi sabía cómo corresponder a aquella inesperada muestra de cortesía con una complacencia en la cual no había ni un ápice de superioridad. Sonriendo, se dirigió al policía y se presentó:

—Dukay. —Y mientras le tendía la mano, le dirigió una mirada cálida y afectuosa como si se tratase de un viejo amigo o una íntima relación. Esta cálida y afectuosa familiaridad, sea en un conde o en un campesino, es un típico rasgo húngaro—. Muchas gracias por tu atención.

El conde Dupi empleaba siempre el familiar «tú» con todos los que iban de uniforme. A menudo empleaba simplemente el apellido con vicesecretarios de Estado, siéndole difícil dar importancia a ninguna jerarquía por debajo de la de ministro. Presentó al policía a Zia, pero ésta, después de haberse opuesto a que le besase su enguantada mano, no deseando entrar en conversación, se alejó unos pasos. El conde Dupi le guiñó el ojo al policía y susurró por debajo de su cigarro:

—Está esperando a su novio.

Ahora incluso su padre le era un peso a Zia. En aquellos momentos finales de espera, el aire parecía llenarse de zumbidos y susurros. Quizá fuese debido a la extensión del campo de aviación y la altura del cielo, fresco y azul, en el cual se deslizaban las tenues nubes de mayo con ceremoniosa calma; Zia contenía el aliento y miraba en dirección al Sur en busca del ansiado aeroplano.

Súbitamente un leve punto plateado apareció en aquella dirección, muy bajo en el

horizonte. Zia se llevó su mano enguantada a la garganta para ahogar un grito. En aquel momento las campanas del campanario del pueblo comenzaron a dar las doce. Sus tonos metálicos, suavizados por la distancia, parecían ya un recuerdo. Inesperadamente tañeron para dar la bienvenida al avión que llegaba. Era la voluntad de Dios que tañesen en aquel momento. Los creadores de la aviación no sabían la bendición que representaba para las prometidas esperar que el novio cayese de las nubes. El motor se detuvo durante el último círculo dado alrededor del campo y el avión, con angélicas alas, se posó, silenciosamente, sobre la tierra. Filippo fue el primero en saltar de él. Zia se precipitó a su encuentro y cayeron uno en brazos del otro como si fuesen también ángeles. Zia era un ángel azul, con un velo azul en el sombrero, mientras Filippo era un ángel amarillo. Recogió' los faldones del impermeable mientras corría hacia Zia. El segundo ángel que saltó a tierra llevaba uniforme de general italiano y en su mundana existencia, respondía al nombre de Lucio Paccapuzzi, comandante del Primer Cuerpo de Aviación Italiana. Era un hombre de baja estatura que daba la sensación de tratar de imitar la enana figura de Víctor Manuel como signo de fidelidad al monarca, pero la tentativa no tenía éxito completo. Los negros ojos de cordero que brillaban en su rostro cetrino decían más en favor de su buen carácter que de su marcialidad. Era el superior jerárquico de Filippo, y el futuro novio rindió honores al ejército italiano pidiéndole que fuese uno de sus padrinos. Los futuros suegros se apeaban del avión y detrás de ellos bajó su hija, la princesa Orsola, con su rostro en forma de hoja de laurel. Finalmente, bajo una pareja de ancianos, los parientes más cercanos de los Ozzolini, el marqués Farriello Ghezzi y su esposa, que en aquel ambiente parecían unos parientes pobres, El marqués usaba un cuello de una altura musitada y puños almidonados, prueba evidente de que durante los últimos treinta años había obstinadamente rechaza o todo atentado dirigido a alterar la moda masculina. Su esposa iba vestida de una manera que la condesa Mentí no hubiera tolerado ni en la Regente del Ojo Único. Los padres de Filippo, sin embargo, el príncipe Ozzolini y su esposa eran extraordinariamente distinguidos, no sólo por su aspecto, sino por el tono de su voz. En sus primeras palabras trataron de insinuar que no solamente descendían de grandes alturas —el avión había volado a una altura de quince mil pies por encima de los Alpes—; sino también de ciertas alturas históricas y espirituales, visitantes venidos de las tierras de las deidades emperadoras romanas y de la patria de Leonardo de Vinci. En la voz de la marquesa al dirigirse a Zia había un tinte de condescendencia, una cierta conmiseración por la derrota de Hungría al lado de los Poderes Centrales durante la Guerra Mundial. Algunas veces, cortaba la frase a media palabra, porque la considerable altura no había mejorado su asma. Zia no se dio cuenta de nada de esto. Apoyándose sobre un solo pie, agarraba con sus dos manos el brazo de Filippo, que había ido a ella en alas de las campanas. Se dirigieron a los coches. De nuevo el conde Dupi se fijó en que el padre de Filippo tenía una viva semejanza con un violinista gitano que había conocido en el ejército, pero cuyo nombre había, desde

hacía mucho tiempo, olvidado. Sentía la presión atmosférica que emanaba del matrimonio Ozzolini e, imperceptiblemente, moduló su voz, tan llena al principio cuando se dirigió amistosamente al policía, dándole aquel suave tono de cortés desconfianza que empleaba el sultán Semzanes, uno de los jefes de la tribu Bactrian, para dar la bienvenida a los extranjeros que rondaban por los salados desiertos asiáticos de su país.

Dejaron a Filippo en el hotel, por quien los muchachos de la aristocracia húngara habían organizado una cena para aquella noche. Todos los demás se fueron a Ararat.

Kristina, Gyorgy y János recibieron a los huéspedes italianos ante la puerta principal del castillo. La condesa Menti esperaba en el gran salón rojo. Hay momentos en que las madres se embellecen y aquél era uno de ellos. De pie en el centro del salón, con un frágil abanico de marfil en las manos, parecía estar posando de nuevo para el retrato de tamaño natural que le hizo Lenbach treinta años antes, poco después de su matrimonio. Tenía ahora cincuenta y cinco años, pero apenas había cambiado. En aquel momento había en su postura algo de resentimiento de Federico Barbarroja por la derrota que su caballería había sufrido durante el siglo XII ante un puñado de *condottieri*^[35] de las sucias ciudades de las llanuras de Lombardía, y al propio tiempo algo también de la expresión del emperador Federico II, cuyas tropas forzaron al Papa Inocencio IV a buscar refugio en suelo francés, cien años después. ¿Qué debe decirle una princesa Schäyenheim, emparentada con los Habsburgo, a la esposa de un príncipe de Perusa, cuya madre era una Strozzi y contaba a los Médici entre sus antepasados? Naturalmente, le habló del viaje y de la hora y media pasada en él avión. Pero el tema de la conversación no era nada comparado con la rigidez que reinaba. Sus frases iban de una a otra como cuerpos celestiales, inexorablemente y sin peligro de colisión. El embarazo fue considerablemente aliviado por el general Paccapuzzi, que tomó parte activa en la conversación y hablaba un francés tan cómicamente malo que hubiera tenido un gran éxito en una ópera parisiense. Los viejos Ozzolini fueron aposentados en la habitación ocupada un día por María Teresa y más tarde por Eduardo VII cuando era todavía príncipe de Gales, circunstancia que el señor Gruber, que daba escolta a los invitados, no omitió mencionar aunque fuese casualmente, mientras abría las puertas de la suntuosa habitación.

—Este botón blanco llama a la doncella. María Teresa durmió en esta cama. Aquí tienen la alcoba con el escritorio..., fue usado por Eduardo VII.

La cena de solteros duró hasta las nueve de la mañana. Filippo llegó al castillo bastante avanzada la tarde, un poco pálido y los ojos con dos círculos morados, y justamente a tiempo porque el funcionario municipal, el señor Makkosh, ostentando los colores nacionales en su banda cruzada sobre el pecho, esperaba ya detrás de la mesa del salón rojo para celebrar el matrimonio civil. El funcionario usaba un pequeño bigote y era un hombre delgado de tez morena magiar, uno de esos estudiantes que comienzan la carrera de Derecho, pero tienen medios de afrontar el

gasto de terminarla. No hizo ceremonia alguna con el matrimonio civil ni aprovechó la oportunidad para espetar un discurso. Sin embargo, la calidad de su voz profunda decía claramente que tendría muchas cosas que decir si tal fuese su capricho. Parecía que hubiese algo que él supiese ya y los demás ignorasen, de manera que, con gran tacto, se abstuvo de mencionarlo. Después de las formalidades, levantó su copa a la salud de la joven pareja, pero poco después desapareció, como quien comprende perfectamente que no como Endre Makkosh había sido invitado al banquete nupcial del día siguiente, sino como funcionario cuyo nombre era, por casualidad, Endre Makkosh.

Entretanto, los automóviles iban llegando a cada minuto durante todo el día, y las ochenta habitaciones de invitados fueron llenándose de huéspedes. La última vez que el castillo había albergado a tanta gente fue en 1895 cuando la boda del conde Dupi con la condesa Mentí.

Era deseo del conde Dupi que la boda de Zia se celebrase de acuerdo con las tradiciones conservadas en los archivos Dukay y en concordancia con las antiguas costumbres húngaras. Esta decisión no fue tomada sin razón. El conde Dupi creía tener esta deuda para con su país. El prometido era italiano, e Italia —aliada de las naciones victoriosas durante la Guerra Mundial— estaba haciendo insinuaciones de sincera amistad hacia la desfigurada tierra de Hungría. Era necesario, pues, demostrar a los italianos lo que significaba Para la hija de un Dukay casarse con un Ozzolini. Era un rasgo oriental característico del noble magiar que llevaba dentro, no ahorrar sacrificio cuando se presentaba ocasión de desplegar la pompa de su pasado, de su alcurnia y de sus tesoros, especialmente ante los ojos del Oeste. Hacía quinientos años, el rey Matías hizo lo mismo cuando se casó con Beatrice, la hija del rey de Nápoles. El castillo de Ararat se preparaba, por decirlo así, para una coronación menor. ¡Que los italianos abriesen los ojos y se admirasen! El señor Gruber era lo suficientemente precavido para tener la seguridad de que la Prensa italiana asistiría a la boda. Y, en efecto, el *signor* Ghiringhetti, el periodista, llegó a su debido tiempo acompañado del fotógrafo. El *signor* Ghiringhetti era napolitano, hecho que quedaba palpablemente demostrado por la forma rígida como señalaban al cielo las cerdas de sus sienes, lo mismo que si brotasen de un manantial de pelo. Fue alojado en la habitación de Garibaldi, llamado así, no porque Garibaldi hubiese dormido nunca en ella, sino por el retrato de tamaño natural del libertador que adornaba una de las paredes. Ghiringhetti se había precipitado con entusiasmo sobre la invitación, porque en aquel tiempo la opinión pública de Italia simpatizaba con el aspecto húngaro de la política exterior de Italia. Hitler empezaba a meter ya demasiado ruido en Alemania y los italianos pensaban que no estaría mal poner un geográfico casco de acero sobre la cabeza de Italia. El papel de casco de acero era adjudicado a Hungría, el país que se había levantado en armas para expulsar a Carlos IV; por otra parte, la historia del

pueblo húngaro no era más que una ininterrumpida serie de luchas defensivas contra la opresión germana. En realidad, Italia estaba ahora aproximándose al máximo apogeo de su historia desde los tiempos de Federico Barbarroja. Éste era el punto de vista histórico del *signor* Ghiringhetti, y con esta disposición espiritual llegó al castillo, donde pensaba llegar al fondo de alguna trascendental historia; es decir, qué había de verdad en los rumores de que los magiares querían instalar a uno de los príncipes de la Casa de Saboya en el trono de Hungría. En aquellas ocasiones, el señor Gruber, acompañado del mayordomo que actuaba de llaverizo, acompañaba a los huéspedes a sus habitaciones y les abría las puertas de los alojamientos. Cuando se encontró a solas con el periodista en la habitación, el señor Gruber se informó respecto a sus necesidades, pero Ghiringhetti siguió levantando en el aire una mano de protesta, explicando en francés que se consideraba el representante de la opinión pública italiana sumergiéndose en un discurso sobre el tema de la amistad italo-húngara. Tan entusiasmado estaba con el calor de su oratoria, que siguió hablando italiano. El señor Gruber, aun cuando no entendía una palabra de esta lengua, consideró su deber contestar y procedió a pronunciar la expresión de su gratitud, en nombre de la nación húngara por las calurosas palabras del periodista... en alemán, desde luego, lengua que el *signor* Ghiringhetti desconocía totalmente. Pero esto no impidió que los dos hombres estuviesen uno frente a otro dirigiéndose mutuas arengas durante más de media hora. El señor Gruber estaba a medio discurso cuando uno de los criados, con una expresión de súplica en los ojos, entró seguido del fotógrafo italiano y, sin decir una palabra, señaló el manojito de llaves que el señor Gruber tenía en las manos. El señor Gruber, aun cuando había advertido la mirada suplicante del criado, no interrumpió la frase que había comenzado:

—*Wir wissen schon* (Ya lo sabemos) —dijo mientras le tendía las llaves el criado — *wir die italienische ungarische Freundschaft pflegen sollen. Mit unseren Herzen!* (Sabemos cómo debemos cultivar la amistad italo-húngara. ¡Con nuestro corazón!).

Pero cuando llegó al final de la frase, el fotógrafo italiano se había marchado.

El Consejo Supremo que había planeado y preparado la estrategia del día, incluía, además del conde Dupi, al príncipe Fini como maestro de diversiones, al conde Péter Dukay, al agente administrativo de las tierras, Egry-Toth, y al señor Gruber, el secretario. El conde Péter era considerado un docto historiador porque pertenecía a la Academia, y sus dos volúmenes de historia del arte metálico en Hungría durante los siglos XVI y XVII eran tenidos en alta estima en los círculos profesionales. Había encontrado la mayor parte de su material en los archivos de los Dukay y era, por consiguiente, el más calificado para ocuparse de la resurrección de las antiguas costumbres matrimoniales cortesanas. Las tradicionales costumbres habían empezado a desvanecerse un poco durante los últimos cien años.

El conde Péter decidió que la boda de Zia se celebraría sobre el modelo de la ceremonia nupcial de Katalin Dukay, que se casó con Férénc Illyesházy en el año 1632. La descripción de la ceremonia, incluso en sus más mínimos pormenores,

figuraba integra en los archivos de los Dukay.

Es, pues, el momento de dirigir una mirada circular a aquella vasta sala del castillo de Ararat y evocar el recuerdo de la boda de Katalin, porque fue en aquella misma vasta sala donde se celebró la nupcial ceremonia hacía trescientos años; y la antigua matrimonial pareja se hallaba presente también, si bien pasado el crepúsculo de sus vidas dentro de los marcos de los cuadros. El primer retrato de tamaño natural, que colgaba de los muros de la galería, representaba a Katalin Dukay, y con sus ojos rígidos y vidriosos y su falda más parecida a un barril de vino que a una falda. Incluso los técnicos encontrarían difícil determinar con exactitud si el animal echado a sus pies es un perrito *chow* o un gato de Angora, pero a ella es fácil reconocerla, porque su frente y el rasgado caucásico de sus ojos delatan a una Dukay. El cuadro de al lado representa a Férénc Illyesházy llevando un dormán de color rosa clavel y un manto de piel de leopardo sobre sus hombros, con su cabeza oval y sus sienes protuberantes. Tenía una indiscutible semejanza con el viejo Dome, que era uno de los ayudantes del jardinero del parque, y esta semejanza sólo podía ser debida al hecho de que los caballeros de los tiempos de Férénc no habían renunciado todavía a su interés por las mujeres de los vasallos; en realidad, ejercían todavía el *ius primae noctis*^[36].

A lo largo de los muros de la gran sala estaban también los seis morteros ornamentados con el estilo Renacimiento, que solían disparar salvas en honor de los desposados en los viejos tiempos, pero ahora sólo servían para hacer tropezar alguna que otra vez a los criados. Las arcas familiares conservaban todavía el velo nupcial, con su borde de oro, de todas las hijas Dukay, y la «copa del beso», al aguamanil de plata y otros bienes parafernales usados y pertenecientes a las antiguas desposadas.

El enorme comedor tenía setenta y cinco pies de largo y al menos treinta de ancho. Balcones del entresuelo se abrían a los dos extremos. Durante la boda de Katalin Dukay, los músicos de la novia tomaron asiento en uno de los balcones, y la orquesta particular del novio en el otro. Durante la boda de Zia, aquellos balcones serían aprovechados, todo lo más, para acomodar a los fotógrafos, porque las orquestas palaciegas, un día sostenidas por los nobles, habían sido sustituidas desde hacía largo tiempo por profesores de piano, discos de fonógrafo y aparatos de radio.

Durante la boda de Katalin Dukay, siempre según los inagotables archivos de palacio, fueron consumidos treinta y seis bueyes, diecisiete búfalos, ciento dieciocho terneras e innumerables corderos, cerdos, ciervos, conejos, faisanes, capones, gansos, huevos, salmones, truchas, cangrejos y langostas. Referente a los búfalos, debemos hacer notar que el último fue muerto en Hungría en 1814, pero en los tiempos de la boda de Katalin Dukay había todavía gran abundancia de ellos en las selvas de Nógrád y Hont, que formaban parte del patrimonio de los Dukay en aquellos tiempos. En cuanto a los salmones, debemos mencionar que eran de una bella especie manchada de negro que se pesca en las riberas del Mar Negro, muy abundantes en aquellos días, particularmente en los estrechos, donde se pescaban a menudo en

enormes cantidades. En aquel tiempo, el pescado era ya considerado un manjar digno de la mesa real. Prosiguiendo la enumeración, a la comida de boda fue aportando lo siguiente: un quintal de pimienta negra, jengibre, clavos, nueces, azafrán y limones, y dos quintales y medio de miel silvestre, traídos de Viena en furgones tirados por cuatro caballos porque en aquellas épocas no había tiendas de ultramarinos.

Por sólida que fuese la fortuna del conde Dupi, no podía pensarse, en 1930, en una fiesta de esta categoría. Cerca de tres mil invitados, con sus cinco mil caballos, asistieron a la boda de Katalin Dukay. En aquellos tiempos un ejército de esta importancia era a veces suficiente para ganar batallas que harían época. A la boda de Zia se esperaban veinticinco automóviles y se preparaba comida para sesenta comensales. Sesenta exactamente, porque la vajilla de oro era para este número de invitados. Las fuentes del servicio eran, naturalmente, del mismo metal. Esta vajilla de oro de sesenta cubiertos era tan sabida de todo el mundo como que el Danubio es el río mayor de Hungría. El servicio fue adquirido en 1816 por Cristóbal Dukay y era el único de esta importancia en el país. En tiempos de Katalin Dukay la costumbre quería que cada invitado llevase consigo sus propios utensilios para comer, un cuchillo en una vaina de cuero a la cintura; y con este cuchillo comían la carne de búfalo hervida en pimienta, con el mismo cuchillo con que se daban después de puñaladas, cuando estaban muy borrachos.

Había otros aspectos tradicionales de las bodas, que no podían repetirse. No era gran problema sacrificar un buey en el parque para toda la población rural, pero procurarse estribos de oro, costosas pieles e incluso sillas de montar como regalos para todos los invitados, era una munificencia que no podía repetirse, porque no había ya siervos, mientras en los días de Katalin Dukay los siervos soportaban todos los gastos de la boda, incluso los usuales errores de contabilidad. Cuando se celebraba una boda en los tiempos antiguos, la fortuna de los Dukay no solamente no disminuía, sino que más bien aumentaba ligeramente.

Finalmente, amaneció el gran día; el día de la boda de Zia.

A las ocho de la mañana, el reverendo Lojzi dijo una misa en la capilla del castillo a la que asistieron Zia, Filippo y los demás que se hallaban presentes en la casa. Todos ellos comulgaron. El *signor* Ghiringhetti no asistió a la misa, y mientras ésta se celebraba, envió a su periódico esta nota, como avanzadilla de una serie de artículos.

Después de almorzar ha ocurrido una cosa sorprendente. Han venido unos criados a mi habitación y han Levantado todas las alfombras. Lo mismo se ha hecho en las demás habitaciones de invitados; más tarde me di cuenta de que incluso las apreciables alfombras de los vastos corredores y salones de la planta baja eran sacadas de allí. Pude ver por los rostros de los criados que había ocurrido algo inesperado y desagradable que venía, a perturbar el comienzo del

día de la boda. Vi a unos individuos taciturnos y oficiosos que rondaban por el parque y sólo pude llegar a una conclusión: el Juzgado había aparecido en el castillo de los Dukay en el momento más inoportuno posible.

Después de la misa todo el mundo fue a cambiarse de ropa, incluso la servidumbre. Las camareras y las damas de honor ayudaron a Zia a ponerse el traje de novia. Éste era el traje nacional hecho de seda blanca con una cola de diecisiete pies de largo sobre la cual había otra de la misma longitud hecha de encaje de Brabante. Sobre la cabeza llevaba una diadema de treinta y seis diamantes que había sido separada, cuando su nacimiento, de entre las joyas de los Dukay. De acuerdo con una inveterada costumbre de honor, ni Filippo ni ninguno de los hombres tuvieron el derecho de acercarse a su habitación mientras se vestía. La operación no se realizó sin lágrimas. Las doncellas y las damas de honor sollozaban también.

Finalmente, faltaron tan sólo cinco minutos para las diez, hora en que Zia debía hacer su aparición en el gran salón rojo para la formalidad de la ceremonia de la «llamada a la novia». El ramo nupcial estaba en su mano, con el breviario y los guantes. Seis jóvenes primas, de cuatro a ocho años, estaban al lado de la cola para llevar sus dieciocho pies. Esta cuestión de prioridad y emplazamiento no se lleva nunca a cabo sin dificultades. El barón Akos, de seis años, le dio un puñetazo en la nariz a una de las damitas, la princesa Olga, de siete años, y le produjo una hemorragia nasal que hizo caer una mancha de sangre del tamaño de un dólar sobre la cola del traje de Zia. ¡Agua fría y jabón, pronto! Una de las niñeras le dio al barón Akos tan vigoroso pellizco que unos espantosos berridos comenzaron a brotar de los labios del chiquillo que iba vestido como el príncipe Otto el día de la coronación. Los chiquillos más jóvenes, de cuatro y cinco años, se unieron en el acto al clamor. ¡Un poco de chocolate, pronto! Finalmente, no sin dificultades, el orden fue restablecido, pero la sangre y las lágrimas, habían mancillado ya la cola de Zia. Faltaban tres minutos. Rápidos, como los latidos del corazón, pasaban los segundos. Las campanas comenzaron a tañer en la capilla. La comitiva empezó a avanzar.

Todos los invitados a la boda estaban ya reunidos en el salón rojo, formando un círculo alrededor de la condesa Mentí, que estaba en el centro de la habitación con el abanico de encaje y marfil en las manos, esperando desempeñar su tan bien ensayado papel. Los criados abrieron la doble puerta de la terraza y el conde Lajos entró, orgulloso y rígido, pese a sus setenta años, llevando en la mano el bastón de oro que era el emblema del primer padrino del novio. Llevaba el uniforme de gala húngaro de terciopelo claro y la insignia del Toisón de Oro alrededor del cuello. Con un espléndido golpe de sus espuelas, se cuadró delante de la condesa Mentí y se llevó la mano a su sombrero *de aigrettes*.

—Vengo a buscar a la novia en nombre del príncipe Filippo Ozzolini.

La condesa Mentí hizo una reverencia y respondió con el tono de una actriz aficionada:

—Mis respetos al príncipe. Os traeré a la novia en seguida.

Desapareció detrás de una puerta y regresó un momento después trayendo de la mano a... Vira.

El conde Lajos dio ceremoniosamente una vuelta alrededor de la muchacha de pelo bronceado, levantando sus altas botas de charol al andar, como si siguiese el compás de la música, y después de haber examinado a su nieta de pies a cabeza, declaró que no era la novia.

De nuevo la condesa Mentí desapareció, y esta vez trajo a la Regente del Ojo Único, en cuyo rostro se dibujaba una mueca que la hacía parecer a la cabeza de la reina egipcia Nefertitis, existente en el Museo de Berlín. En el gesto de su nariz se reflejaba el resentimiento solteril de haber sido elegida para desempeñar aquel papel. En el fondo de su corazón, le hubiera gustado ser la verdadera novia aquel día y con aquella concurrencia.

El conde Lajos dio de nuevo una vuelta alrededor de la Regente del Ojo Único, andando como un gallo, y volvió a declarar que no era aquélla la novia. Las cristalinas perlas de la risa de la baronesa Renée brotaron del grupo de invitados a la boda.

Las puertas volvieron a abrirse y la condesa Mentí desapareció de nuevo para traer esta vez a la señora Dome, de setenta y tres años, lavandera. Ante este espectáculo, incluso la ruidosa risa del barón Adam estalló en el salón.

Mientras el conde Lajos rondaba alrededor de la señora Dome, la jorobada iba girando con él y mirándolo como si fuese un sátiro de Budapest lleno de perversas intenciones. Pero fue inútil; de nuevo el conde Lajos sostuvo que no era aquélla la novia.

En aquel momento un violín zingaro comenzó a tocar detrás de la puerta y los acordes del instrumento se mezclaban con las melodías de *Csak egy kislány van a világon*, que quiere decir «en el mundo no hay más que una mujer para mí».

Mordiéndose las uñas, el conde Péter contemplaba aprensivamente el desarrollo del espectáculo que él mismo había organizado. Cuando sonó la música, se abrieron las dos hojas de la puerta como por sí solas y Zia entró en el salón con su cola sostenida por tres diminutos cortesanos y tres infantiles damas de honor. La diadema de la frente parecía lanzar llamas. Pero el brillo de sus ojos verde manzana era más fuerte todavía, porque estaban anegados en lágrimas.

El conde Lajos comenzó a rondar alrededor de Zia también, pero la cola le estorbaba. Se detuvo un instante, perplejo. El conde Péter se mordió las uñas nervioso, mascullando: «¡Diablos, no he pensado en la cola!». Pero el conde Lajos había solucionado ya el problema. Dando media vuelta desanduvo lo andado e informó a la condesa Mentí de que aquélla era, en efecto, la novia.

Un aristócrata habitual de los casinos gritó:

—¡Será mejor volver a comprobarlo!

Así terminó la ceremonia del «reconocimiento de la novia», tal como se había

celebrado durante la boda de Katalin Dukay. Todos se dirigieron hacia el patio del castillo.

La rica confusión de colores producida por la pompa oriental de los magiares era la misma que tantas veces se había producido durante los pasados siglos, cada vez que se casaba una hija Dukay. El *signor* Ghiringhetti contemplaba el espectáculo desde una de las ventanas del primer piso, viendo a los invitados reunirse en el patio. Sacó febrilmente su carnet de notas e hizo la siguiente anotación:

Está nobleza húngara cuando se reúne con los trajes nacionales, da idea de un gallinero. Indiscutiblemente, el uniforme de los gallos es el más elegante, con sus espadas en sus vainas de terciopelo, sus gorras con plumas de águila o aigrettes, sus capas de seda roja, azul, verde o negra. Algunos de ellos llevan también altas botas amarillas. El plumaje de las gallinas no tiene tanto colorido.

El príncipe Fini, cuyo bastón pintado de verde lo designaba como Maestro de Ceremonias, reunió a la comitiva, haciendo la llamada de las parejas tal como aparecían en la lista. Las parejas obedecían colocándose en fila a medida que oían pronunciar sus nombres como reclutas en un centro de alistamiento. Los nombres alemanes e italianos no le producían dificultad ninguna, pero su pronunciación era un tartamudeo cada vez que se encontraba con los atravesados nombres húngaros.

Zia y el conde Dupi abrían la marcha de la comitiva. El conde Dupi llevaba el traje verde oscuro adornado con armiños que había usado el día de la coronación. La segunda pareja la formaban la condesa Ozzolini y su hijo Filippo, éste con el uniforme azul oscuro de la Aviación italiana, llevando en tomo del cuello un ancho cordón rojo y blanco de una inidentificada Orden del Mérito. Iban seguidos de las parejas puestas por orden de alcurnia ascendente, seguidos a su vez de las parejas de los parientes más lejanos de los contrayentes. La condesa Mentí y Achile Ozzolini cerraban la marcha. Una orquesta zíngara de veinte músicos seguía a la comitiva, y los colores de los Dukay en las policromas escarapelas relucían sobre el negro terciopelo de los trajes. El príncipe Fini levantó su bastón verde en el aire y la comitiva comenzó a avanzar. Los zíngaros atacaron la canción llamada *Nincs cserepes tanyám*. Al pasar por el lado de la fuente que se levantaba en medio del patio, un operador cinematográfico encaramado sobre una mesa de cocina comenzó a rodar, con un zumbido que parecía que quisiese regar a la comitiva con una ametralladora. El jardín estaba lleno de hierbas nuevas. No cruzaron el parque, sino que se dirigieron hacia la puerta oeste, después de la cual comenzaban las afueras del pueblo. La iglesia, situada a unos quinientos metros de la puerta del parque, estaba ya atestada de gente, además de una inmensa multitud agolpada afuera. Hubiera sido imposible acomodar a toda aquella gente en la capilla del castillo. Apenas habían salido por la verja del castillo cuando, con gran sorpresa suya, el *signor* Ghiringhetti

vio las desaparecidas alfombras cubrir el suelo hasta la puerta de la iglesia. La ostentación de las alfombras había sido idea del conde Péter, porque así se había hecho también el día de la boda de Katalin Dukay. El funcionaría Makkosh, que parecía asistir a un entierro, observó que aquellas alfombras habían sido traídas para proteger las botas de cordobán y la seda de los zapatos de la nobleza contra el polvo de la tierra, los centenares de miles de acres de tierra que permitían el sustento de la familia Dukay.

Una doble fila de campesinos a caballo cubría los dos flancos de la alfombrada senda, campesinos con camisas sin cuello, pantalones de anchas formas y policromados chalecos ribeteados de oro. Iban tocados con unos sombreros planos adornados con hierbas y llevaban pequeñas hachas en las manos. Entre sus monturas había algunos caballos que atraían las miradas, pero en general, montaban cansados animales de tiro. Manos femeninas, sin embargo, habían adornado sus crines con cintas de colores y los robustos animales se parecían ahora a sus dueños, que usan sus mejores galas únicamente en una ocasión: la celebración de una boda. Los campesinos de los alrededores se agrupaban detrás de los jinetes, ataviados con los trajes de los domingos. Los hombres iban solemnemente vestidos de negro, las muchachas con faldas moteadas y pañuelos en la cabeza. Gritaban, pero sus gritos no eran ni muy alegres ni muy fuertes; cubrían, sin embargo, liberalmente las alfombras de flores procuradas por el jardinero jefe. El conde Dupi estaba emocionado al abrir la marcha llevando a Zia del brazo. Caminaban solos, separados del resto de la comitiva por la longitud de la cola del traje de novia. Zia estaba pálida de felicidad y por la grandiosidad del momento.

Y entonces una cosa desagradable vino a turbar la beatitud de la atmósfera. Un truhán borracho se acercó a la comitiva, vio al conde Dupi abriendo la marcha, se echó al cogote el sombrero adornado de peonías y gritó, con todas sus fuerzas:

—¡Larga vida a la gran propiedad!

La voz no era hostil. Tenía la calidad del perturbador de las reuniones políticas. El inesperado grito arrancó la risa de la muchedumbre e incluso el conde Dupi esbozó una sonrisa. Dos gendarmes con sombreros adornados con plumas de gallo se acercaron al florido borracho y le ordenaron que se callase.

Pero el grito fue una puñalada en el corazón de Zia. Algunas veces sentimos en sueños puñaladas como éstas asestadas con puñales hechos de niebla, puñales sin filo, pero no por esto menos aterradores. Su corazón era muy sensible en aquellos momentos y el grito parecía un emisario del Crepúsculo de Cobre.

El príncipe Finí corrió a la cabeza de la comitiva para detenerla a la entrada de la iglesia, levantando su bastón verse. La condesa se calló. Esperaban a la condesa Mentí, que dejó la cola de la comitiva, avanzó hacia delante y entró sola en la iglesia. Una ancha nave entre dos hileras de bancos llevaba hasta el altar. La condesa Mentí llegó al extremo de la nave y se detuvo delante de los anchos escalones de piedra gastados por el roce de las botas de tantos centenares de años. Permanecía como una

estatua dispuesta a desempeñar su papel. Los bancos estaban atestados y muchas personas estaban de pie apoyados contra los muros; entre ellos algunos periodistas, representantes de diarios liberales que habían acudido sin invitación.

Fuera de la iglesia, entretanto, el conde Dupi soltaba el brazo de Zia y la condesa Ozzolini apartaba su mano enguantada del brazo de su hijo. El novio ofreció su brazo a la novia y al entrar en la iglesia el órgano comenzó a tocar en el coro que se hallaba también atestado de espectadores. El maestro de escuela nanita, tocaba la *Canción Nupcial*, de Beethoven.

Cuando la joven pareja hubo franqueado la doble hilera de bancos, la condesa Mentí avanzó y les cerró el paso. Zia y Filippo se detuvieron. La condesa se quitó lentamente el guante de la mano derecha y, con dignidad, lo levantó en el aire y abofeteó el rostro de Zia. Después agarró a Zia por los hombros y la empujó hacia el altar. El bofetón no resonó ni el empujón fue violento; todo el mundo comprendió claramente que era una escena simbólica que formaba parte del ritual del matrimonio.

Había ocurrido también cuando el matrimonio de Katalin Dukay. Un astuto canonista introdujo el ajilimójilis de la bofetada durante la ceremonia de la boda en el siglo XVI; si el matrimonio resultaba desgraciado permitía a la esposa argüir, durante el proceso del divorcio, que había ido al altar obligada por la dureza paterna. Y en vista de que las autoridades eclesiásticas de las previas centurias no dieron carácter de excepción a esta costumbre, el obispo Zsigmond no hizo objeción alguna al suave bofetón de la condesa Mentí cuando fue sometido el proyecto de la ceremonia nupcial a su alta aprobación.

El intercambio de votos fue precedido de una misa que celebró Su Eminencia el obispo Zsigmond, con la asistencia del reverendo Alajos Galovics.

Entretanto, los zingaros se habían retirado bajo la sombra de los árboles, fuera de la iglesia. No tenían nada que hacer dentro. Eran los paganos de una vida mundana y pasaban el platillo después de as cas y frívolas veladas. Mientras la campanilla resonaba en el interior de la iglesia, obligando a los fieles a postrarse de rodillas, dos de los músicos se sentaban sobre la hierba y comenzaban una partida de *veinte y uno* con un juego de naipes sucio y abarquillado como una teja. Otros, entretanto, estaban afinando sus violines.

El intercambio de votos comenzó. El obispo Zsigmond dirigió un bello discurso a los contrayentes Comparó el matrimonio con un navío azotado por la tormenta de la vida, pero un navío sagrado que no puede zozobrar. Les recordó sus deberes hacia su religión, su patria, su sociedad y sus padres. Hizo alusión a la infortunada familia real que se hallaba presente sólo en espíritu. Esta frase hacía referencia al telegrama firmado por Otto y Zita que se había recibido desde Bélgica aquella mañana, el texto del cual el señor Gruber había comunicado inmediatamente a la prensa.

Terminada la ceremonia de la boda, el príncipe Fini levantó de nuevo su bastón verde y reunió a la comitiva fuera de la iglesia.

Entretanto, las flores desparramadas sobre las alfombras se habían mustiado bajo el sol y las hileras de

curiosos habían disminuido considerablemente. Las campanas daban las doce. De vez en cuando, alguno de los demacrados caballos de labor relinchaba bajo la crujiente silla del jinete. Parecían mandar mensajes a distancia, a sus lejanos camaradas. Makkosh, el funcionario municipal, creyó poder encontrar alguna similitud entre sus relinchos y los aullidos del beodo del sombrero adornado con peonías.

El mayordomo *Herr* Jordán esperaba a la entrada principal del castillo con la cinta de su condecoración militar en el ojal de su frac. Se inclinó profundamente delante de Zia, mucho más profundamente incluso que antes y dijo, de una forma ligeramente afectada.

—*Je vous salue, Madame la princesse.*

Era el primero que la llamaba *madame*. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

El banquete debía empezar a la una, de manera que, para los hombres uniformados, había tiempo suficiente para respirar y arreglar las condecoraciones, y, para las mujeres, componer los collares que estuviesen torcidos y recuperar, por medio de polvos y colorete la frescura perdida durante el largo sermón del obispo Zsigmond. Por las ventanas abiertas del primer piso salían al aire libre los ruidos de los lavabos que parecían hallarse en franca competencia.

Todavía hubo tiempo, antes de comer, para que los invitados visitasen los regalos, *res paraphernales*, para emplear la expresión del conde Péter, que era tan aficionado a estas frases como los médicos a los nombres latinos para designar las enfermedades. Los regalos estaban expuestos en el vasto salón de billares. Los objetos de verdadero valor hubieran cabido sobre una mesa, pero el conde Dupi quiso que los regalos de los campesinos se exhibiesen también y éstos ocupaban considerablemente más espacio, aun cuando su valor representase considerablemente menos. Una tarjeta bajo cada regalo, indicaba el nombre del donante.

Un pequeño regalo yacía aislado de los demás, casi perdido en medio de la vasta mesa cubierta con un tapete verde. Era un devocionario femenino encuadernado en marfil, *La Calma de la Noche*, volumen que ya sabemos era obra del obispo Zsigmond. Bajo el libro de oraciones había una tarjeta con estas palabras: «Donativo del Legítimo Rey». Era evidente que este regalo era consecuencia de una correspondencia entre el obispo y Otto y que el príncipe había aceptado esta solución del problema del regalo. Los invitados lo rodeaban y lo miraban con temor, a pesar de que aquel librito parecía un trozo de hielo en medio de la mesa, y había motivos para temer que se derritiese. El agente Egry-Toth, que era el único que estaba al corriente de los gastos de las propiedades Dukay, hizo mentalmente y con rapidez el cálculo y llegó a la conclusión de que el devocionario había sido onerosamente adquirido en forma de asistencia prestada por István Dukay a la desterrada familia real.

Naturalmente, los demás regalos no merecían mesas separadas. Pero también éstos estaban ordenados por categorías. Sobre un cuadro de piel de Suecia de la mesa

adyacente, había una pintura medieval enmarcada, no muy grande, de unos sesenta y cinco centímetros de anchura por unos cuarenta y cinco de alto. La tarjeta al pie rezaba: «Breughel: *Nacimiento de Venus*. Obsequio del príncipe Achile Ozzolini». Había una aglomeración alrededor de la mesa.

—No tiene precio —susurró alguien.

El conde Joachim fue el único que no hizo ninguna observación. Una sola mirada le bastó para ver que el cuadro era, en efecto, obra de Breughel; pero no de Peter el Viejo, sino de Jan. Si hubiese sido de Peter, el cuadro hubiera valido, por lo menos, cuarenta mil dólares, pero, en realidad, no valía siquiera ochocientos. No dijo una palabra hasta que se suscitó a su alrededor una discusión sobre la forma cómo había que pronunciarse Breughel.

—*Brüchel* —baló, dando a su voz una entonación holandesa que dio la impresión de que estaba atacado de laringitis.

Y dando media vuelta se dirigió a otra mesa.

En la mesa de al lado había la ingeniosa contraseña del regalo del conde Lajos; una placa de automóvil recientemente lacrada. El sedán limón a que pertenecía estaba en el parque. El resto de los regalos no era interesante. Bandejas de plata, una estola de zorro azul, cubiertos con mango de cuerno, modestas joyas, un rifle femenino de caza, un icono dorado efervescente de perlas (regalo de tío Dmitri), una cámara fotográfica, una raqueta de tenis y otros objetos similares. En todos los regalos había, en general, más cálculo que corazón.

Zia llevaba ya el regalo de su novio, la sortija con un gran solitario, en el dedo. El regalo de sus padres, los tres mil acres de terreno que, después de largas conferencias, habían decidido seccionar de la propiedad de Dukay, no podía ser puesto sobre la mesa, pero todo el mundo lo supo al día siguiente de haber sido anunciado el compromiso. Tres mil acres no eran gran cosa, si se tiene en cuenta la totalidad de las propiedades de los Dukay que ascendían a ciento diez mil acres, pero hay que tener en cuenta que las hijas de la nobleza están siempre perjudicadas en materia de herencia. Las damas de honor y los muchachos recibieron como regalos pitilleras de oro, fustas con puño de oro, pequeñas joyas y juegos de escritorio de valor.

Sobre las mesas de billar estaban los regalos de la servidumbre y los campesinos. Allí había más que ver. En la primera mesa, como si fuese en una exposición de arte popular, había un antiguo cayado de pastor. Según la tarjeta era «Donativo de Maté Balog, pastor jefe de las Propiedades». En letras grabadas con el cuchillo de monte alrededor de la madera de cerezo, podían leerse los siguientes versos: «Maté Balog me hizo. ¡Larga vida a Mi Señora!». Durante la guerra, el viejo pastor se aventuró a entrar en el parque, donde no había estado nunca y dirigió sus pausados pasos hacia Zia que hacía rodar un aro. Ella tenía entonces ocho años.

—Señorita, ¿no podría usted ayudarme? Mi hijo está ahora en el hospital de Lebovice, herido tres veces. Quisiera traerlo a casa.

Zia lo escuchó con el temor dibujado en su rostro al oír aquella voz áspera salir de

debajo de unos bigotes que parecían las alas de un cuervo y llamaban su atención como una delicada telaraña. Y entonces sin una palabra, echó a correr. Maté Balog pensó haber ofendido a su dueña con su intromisión. Sin embargo, no podía haberse dirigido a nadie mejor; los chiquillos suelen tomarse siempre a pecho la primera cosa que se les pide. Pocos minutos después, Zia estaba colgada del cuello del conde Dupi, se expendía un telegrama al Ministerio de la Guerra de Viena y desde allí se daba la orden oportuna al general Pflanzner-Baltin, quien la transmitía al hospital de Lebovice. Por esto, doce años más tarde, recibió aquel regalo del pastor; Maté Balog le había mandado el cayado en que se había apoyado durante cuarenta y tres años.

Allí estaba también el enorme pan cocido por la señora Hecsedí, grande como una rueda de molino todavía con el calor del horno, cuya tostada corteza expresaba su gratitud por haber conseguido que su hijo hubiese sido colocado como mozo de equipajes en la compañía del ferrocarril el pasado año. La vieja Compo, pese a que su vista era cada vez más débil, le había bordado seis diminutos pañuelitos con sus propias manos, decorando las esquinas con hojas a las que sólo les faltaba el penetrante perfume de *patchulí*. Y las dos jarras de confitura de zarzamoras de la señora Domack; el tremendo ramillete de flores silvestres mandado por el Club Católico de Muchachas; el frasco forrado con piel de potro; un escritorio de madera de cedro, obra de Beccki, carpintero de la propiedad, con tulipas grabadas al fuego por todas partes; la cesta para ropa, grande como una bañera, que Paul Bandi, el ciego veterano del pueblo, le había tejido con varillas de sauce; y jarros para flores y ceniceros que proclamaban claramente: sabemos lo que nos toca hacer. Había, además, chucherías niqueladas y cromadas compradas en las tiendas del pueblo que ni aun los dormitorios de las criadas hubieran querido contener. A su lado un bol para fruta, hecho con el fondo de un sifón, parecía un tesoro de arte popular. El herrero de la propiedad estaba representado por una parrilla para el campo, y el cerrajero por un decorativo pisapapeles que ostentaba las letras «Z-I-A» artísticamente hechas con alambre de un dedo de grueso. Sí, allí estaba el pueblo, el corazón del pueblo y la gratitud del pueblo, diseminado por aquellas mesas. Pero el señor Makkosh, el funcionario municipal, al ver aquellos regalos, pensó para sí que había algo más en todo aquello. Veía algo siniestro en el cayado de Balog, en el milagro del pan de la señora Hecsedí y en el tremendo ramillete de flores silvestres. La gente de Ararat se había vendido por el licenciamiento de un soldado, por una visita médica y, particularmente, por cartas de recomendación que procuraban empleos en las estaciones de ferrocarriles, en las oficinas del Estado; en la tesorería nacional; cartas que daban origen a maestros de escuela, aduaneros, conserjes con gorra de uniforme en las oficinas del Estado, policías, guardas de los jardines..., daban origen a todo esto y después los abandonaban en el primer peldaño de la escalera del avance social. «Si su Excelencia el conde tuviese la amabilidad de hablar con el ministro». «Si su Excelencia el conde quisiera mandar una nota al director...». Y las blasonadas hojas de papel de escribir no se resistían, tanto más cuanto que muchas veces bastaba con

que las firmase el secretario señor Gruber. Se vendían —se dijo el señor Makkosh— a fin de hallarse entre los pasajeros elegidos de la barca bíblica el día que llegase el holocausto. Traicionaban a millones y millones de hermanos que, con su pobre hatillo a la espalda, eran mandados a América por el dueño absoluto de aquellas tierras, o se pudrían en el país, empobreciéndose sin esperanzas, consumiéndose. El funcionario era un hombre de espíritu revolucionario.

Hubiera sido injusto pasar en silencio los regalos le Rere, si bien éstos, por diferentes razones, no figuraban sobre las mesas. Rere, como es sabido, estaba todavía en el destierro a que había sido enviado por haber arrojado al estanque al príncipe de Perusa. Cada mañana, a partir de aquel día le había preguntado al señor Badar si el casamiento de Zia se celebraría al día siguiente. Sus regalos eran modestos, pero brotaban del corazón. Le mandó un enorme ciervo volante con la barriga completamente excavada por las hormigas, y a una de las patas del insecto ató una tarjeta con esta anotación: *Para Filippo*. Era un regalo que se expresaba sólo con la débil voz de la contrición y el arrepentimiento. A Zia le mandó un ramillete de flores silvestres que sólo tenía de anormal que contenía hongos, plumas de faisán, cardos borriqueros desecados y un pincel empapado de la pintura verde que el guardabosques había recientemente aplicado a las ventanas. Inexplicablemente mandó también un largo listón arrancado al gallinero, que llevaba todavía los clavos oxidados. El señor Badar, que se había dado cuenta de la reciente excitación de Rere desde hacía algunos días, no hizo oposición alguna, por temor a que la menor contrariedad provocase en él un ataque de rabia. En su calidad de censor, leyó también la carta que escribió a la novia. Durante sus quince años de vigilancia de Rere, el señor Badar había pasado mucho tiempo leyendo; era el más asiduo lector de la biblioteca del castillo; tenía por consiguiente, un cierto juicio literario. La carta de Rere le impresionó profundamente. Jamás ni Safo, ni Villon, ni el moderno Cocteau se habían expresado con más sentimiento humano. Rere consagró varias horas a la redacción de la carta, durante las cuales hizo enorme consumo de papel. La carta decía así:

Mi pequeña querida Zita: En esta ocasión déjame aprovechar esta ocasión que Dios bendiga. Te quiere, Rere.

No sólo sus ojos, sino su cerebro se llenaron de lágrimas de emoción. Tristan Tzara, moderno poeta que estaba en vigor por aquellos tiempos, sostenía que el sonido no debe tener sentido; en la carta de Rere las negras alas aguileñas del espíritu del contrasentido se agitaban frenéticamente en su esfuerzo de remontarse a las más maravillosas alturas del sentido.

Zia recibió la carta y los regalos de Rere la última noche. Y temprano, por la mañana, antes de la misa se fue a hacer una visita a Rere. Llevaba en su corazón la celestial merced del perdón al que pensaba consagrar aquel día. Rere, al ver acercarse

el carruaje de Zia, se arrojó hacia fuera y abrió con tal ímpetu la puerta de la habitación del señor Badar, que se quedó con el botón del picaporte en la mano.

—¡Zia está aquí! —gritó.

Zia se apeó, cogió el rostro acaballado de Rere entre sus manos y permaneció largo rato contemplándolo. Después le besó la frente. Le acarició la cara con la mano izquierda y volvió a marcharse sin decir una palabra...

Rere se retiró a su habitación después de la visita y no se le volvió a oír hasta el mediodía. Sobre las doce hizo irrupción de nuevo en la habitación del señor Badar.

—¡Zia ha estado aquí!

Por alguna razón que él sabría, sintió la necesidad de poner al señor Badar al corriente del gran acontecimiento, olvidando que su preceptor había sido testigo presencial del encuentro entre los dos hermanos.

A la una en punto exactamente, *Herr* Jordán apareció en el gran salón rojo y, haciendo una reverencia delante de la condesa Mentí, anunció que la comida estaba servida. Los invitados se dirigieron hacia el gran comedor de gala en cuya puerta había dos lacayos sosteniendo el antiguo aguamanil de plata. Con un ademán simbólico, cada invitado que pasaba metía sus dedos en el agua. Estas jofainas habían sido usadas durante la boda de Katalin Dukay, pero en aquellos tiempos lavarse las manos era una cosa más necesaria.

La gran mesa oval, capaz para sesenta cubiertos, relucía con los servicios de plata, porcelanas de Meissen y de Sévres, jarros de cristal y floridos centros de mesa sobre los blancos manteles adamascados. Los lacayos estaban de pie detrás de las sillas, dispuestos a acercarlas a medida que los invitados se sentasen. Este honor era concedido únicamente a dieciséis invitados de frac, otros con rojas pellizas y botas altas relucientes como un espejo; unos con uniforme negro; otros con adornos verdes, charreteras de plata y botones de cuerno. Todos ellos usaban el escudo de los Dukay y guantes blancos de algodón, y los que llevaban chaleco ostentaban bajo la corbata blanca las franjas rojo y azul de los colores de los Dukay.

Las dos sillas del centro de la mesa estaban ocupadas por los recién casados. El conde Dupi estaba sentado a la derecha de Zia y la condesa Mentí a la izquierda de Filippo, de manera que parecía que los padres Dukay envolvían a la joven pareja con su protección. La plaza de honor de enfrente estaba reservada *ecclesia praecedent* al obispo Zsigmond. La princesa Ozzolini estaba a su derecha y el anciano marqués de Farriello a su izquierda. El conde Lajos, padrino, estaba sentado al lado de la princesa Ozzolini, y el príncipe Ozzolini al lado de la condesa Menti. Los restantes sitios estaban ocupados, no por orden de jerarquías, sino de consanguinidad. Makkosh, el funcionario municipal, estaba en un extremo de la mesa y el señor Gruber en el otro.

Los fotógrafos estaban dispuestos en los dos balcones de los extremos del gran comedor. El italiano que acompañaba al *signor* Ghiringhetti ocupaba uno de ellos y el

representante del *Mundo aristocrático*, el otro, el cual pensaba dedicar una edición especial a la aristocrática boda.

El conde Lajos levantó su insignia de Primer Padrino y el príncipe Fini la suya de Maestro de Ceremonias, y *Herr* Jordan supo que podía empezar el banquete nupcial. A un ademán suyo los dieciséis criados con sus múltiples uniformes, entraron en acción. La comida empezó. Las minutas sobre la mesa daban el ⁰¹ den de los platos. *Monsieur* Cavaignac se había superado. Pero la minuta tenía poco interés para los que sabemos que se consumieron diecisiete búfalos y ciento ochenta pavos reales en el banquete de Katalin Dukay. Podríamos comparar esta fiesta a un banquete de diez platos del Royal Danieli o del Waldorf-Astoria, pero no enteramente, porque, a instigación del conde Péter, *monsieur* Cavaignac había conseguido elaborar de nuevo algunas de las exquisiteces servidas trescientos años antes: pavos reales asados rellenos de uvas y almendra. Y había, también, algo más. Los criados presentaban las fuentes de manera que los muchachos de honor se veían obligados a servirse unas patatas rellenas especialmente preparadas para ellos. Estas patatas rellenas contenían cordones de zapatos, cerdas de cochino y grandes clavos. Eran las bromas que se habían gastado a los muchachos durante la boda de Katalin Dukay.

El fotógrafo del *Mundo aristocrático* se cubrió con el paño negro y miró nuevamente tras el vidrio esmerilado. Estaba encantado de lo que veía. Un fabricante de joyas falsas debería tener la misma sensación en una visita hecha a los subterráneos del maharajá de Kapurtala. Hablando en términos de joyas de históricos nombres, podríamos decir que alrededor de aquella mesa se sentaban caballeros Kohi-o-nor de calvas cabezas y afiladas narices; damas de esmeralda o de rubíes acaso enfermas del corazón, y con presión arterial y pálidas y finas perlas orientales de juvenil belleza.

Pero aquellos extraños pájaros de la muerte de las selvas ancestrales no sabían que estaban allí reunidos por última vez; reunidos para gorjear y alisarse las plumas de la cabeza, exhibiendo mutuamente la belleza de su plumaje, las ornamentadas empuñaduras de sus espadas en sus vainas de terciopelo, las joyas de familia, los sables y dornanes de fulgurante esplendor y aquella pompa tártara, en la cual el transcurso de los siglos los había envuelto; aquellas palabras y entonaciones de voz de la alta cultura, sorprendentemente discutibles más allá de un cierto punto; y las refinadas y compasivas opiniones respecto a la clase baja, con aquella obstinada persistencia a cerrar los ojos ante los asuntos del mundo.

No olvidemos que estamos en mayo de 1930 y que toda Europa fulgura bajo el esplendor primaveral. El Pacto de Letrán con el Gobierno fascista ha sido ya firmado por el Vaticano. Francia ha restituido los bienes confiscados a las órdenes monásticas y Stalin ha desterrado a Trotszki a Turquía. Sí, había motivos para creer que las cosas volverían a estar como antes. El obispo Zsigmond acababa de decirle en voz baja a la princesa Ozzolini, como si fuese un trascendental secreto, que su pariente Otto acababa de recibir el regalo de su primera escopeta de caza y andaba ya detrás de los

faisanes en los vedados de Bélgica. Ocultó con tanto arte el nombre del donante de la escopeta, que la sagaz percepción de la princesa Ozzolini comprendió en el acto que no era otro que él.

Por la puerta abierta que daba al salón para fumadores, llegaban los acordes de una orquesta zíngara que entonaba la canción «El lago está seco...», tocada, con suavidad, pero con profunda expresión. El primer violín tenía la parte de las cuerdas levantada hacia el cielo.

Mientras la comida prosigue, tenemos la última oportunidad para averiguar algo relativo a algunos de los huéspedes que no conocemos todavía.

Debemos conocer al conde Lajos, el padrino, que fue miembro de uno de los gabinetes de Francisco José a fines del siglo y recibió el Toisón de Oro en aquel tiempo, cuando la visita de Eduardo VII al anciano emperador en Viena, con los sentimientos que un afectuoso sobrino experimenta hacia su opulento y severo tío. Había una diferencia, por lo tanto, entre aquel Toisón y el que ostentaba el conde Dupi en el cuello de su capa de terciopelo verde, por mucho que se pareciesen, porque las cartas credenciales de éste estaban firmadas por Carlos IV en el palacio de Gödölló durante los días de la revolución, pocos minutos después de haber elevado a un tratante en joyas a la jerarquía de barón. Todo esto lo sabemos por la condesa Betty, esposa del conde Lajos, que está sentada frente a su marido, entre Achile Ozzolini y el general Paccapuzzi. Ha estado explicando la diferencia entre las dos Órdenes del Toisón de Oro, puramente por exactitud histórica. Es una mujer de sesenta y cinco años, todavía muy erguida, la única allí que tiene una bella nariz curvada. Es el prototipo de la *grande dame* húngara y es una lástima que no haya llegado a reina. Detesta a los alemanes. Sólo su médico sabe que tiene un principio de cáncer en el estómago.

Kristina está sentada al lado del conde Lajos y a su lado tiene el conde Aaron. Tiene noventa y cuatro años y es tan sordo que no oiría ni la detonación de los cuatro morteros que tiene a la espalda si hiciesen luego a la vez. Pero a Rodin se le hubiera hecho la boca agua al ver el mondo cráneo del conde Aaron. Su traje de gala es una simple capa negra galoneada del modelo usado durante el siglo pasado por los grandes hombres. El conde Aaron procede de Transilvania, lo cual es digno de ser anotado, porque los aristócratas de Transilvania son mucho más pobres, mucho más sagaces, mucho más longevos, mucho más magiars en su sangre y en sus ideas que los condes y príncipes occidentales por quienes sienten —en lo más profundo de sus almas— un desdén que es liberalmente recíproco.

Son pobres porque sus antepasados libraron batallas de liberación contra los Habsburgo. Usan también pocos Toisones porque son generalmente protestantes. Viven más años porque se bañan menos que los occidentales. Han dado a Hungría algunos artistas y escritores, mientras los occidentales se limitan a hacer de Mecenas;

si bien dotes de esa naturaleza, no siempre pueden ser minuciosamente examinadas. A juzgar por su aspecto, cualquiera creería que el conde Aaron sufre una espantosa añoranza de su tierra, pero se limita a lamentar haber olvidado en casa su chibuquí de metro y medio. Fijémonos en cómo le hace un signo a uno de los criados por tercera vez, porque come y bebe como cuatro. Ha matado treinta y cinco osos en el transcurso de su vida y todavía tiene una buena figura a caballo. Según testigos dignos de fe cortejó con éxito a una cajera de Kolozsvár el año pasado. No hay ninguna razón para dudar de este testimonio, porque fue aportado por la cajera misma, llamada Brunhilda, que esparció la feliz noticia por toda la ciudad al día siguiente.

Pero su larga vida no es tanto debida a su enorme apetito como a la prolongada sordera que desde hace cuarenta años lo ha protegido contra todos los discursos políticos de Hungría durante las pasadas décadas.

Su esposa, la condesa Sarolta, sentada a la derecha del marqués Ghezzi, cumpliría ochenta y nueve años aquella primavera. Este acontecimiento se celebraría simultáneamente con el septuagésimo aniversario de su feliz vida matrimonial, en cuya ocasión el Casino Nacional invitaría a cien huéspedes en su honor. A mitad de la comida la condesa Sarolta levanto inesperadamente su blanca cabeza de águila y comenzó a hablar:

—Quisiera decir una vez más, y acaso por última vez que soy ahora la única mujer, viva todavía, que fue besada por Sándor Petöfi, nuestro gran poeta nacional, que murió hace ahora ochenta y un años. Recuerdo perfectamente todavía la tez ligeramente morena del poeta, sus estrechos hombros y su fino bigotito. Llevaba siempre en la mano una Pipa de largo tubo y usaba unas camisas de color de café. Recuerdo también su voz aguda y vibrante. Yo era una chiquilla de seis años y el incidente tuvo lugar a las cinco de la tarde del 2 de octubre de 1847, cuando mi difunto padre y yo fuimos a hacer una visita a Koltó, donde el joven poeta y su mujer estaban pasando su luna de miel.

Sólo dijo esto y volvió a sentarse. Su narración no produjo el efecto que había imaginado. Mencionar el nombre de Petöfi, especialmente ante el príncipe Andrés, podía ocasionar desagradables observaciones. Para el príncipe Andrés, la palabra *poeta*, era sinónimo de comunista.

A la derecha del Matusalén actual, el conde Aaron estaba sentada la princesa Karola, moviendo su nerviosa cabeza de rata de un lado para otro. Persistía en olvidar que el conde Aaron estaba a su izquierda y sus incesantes salidas rebotaban como una pelota contra una pizarra en la sordera del nonagenario, que no hacía más que beber champaña.

Frente al conde Dupi, un poco a la derecha, entre dos damas todavía no identificadas, está el propio príncipe Andrés, también con el collar del Toisón de Oro (de Francisco José) alrededor del cuello. El príncipe aparenta unos sesenta años y está afectado desde hace tiempo por la enfermedad de Addison, estado anémico causado

por perturbaciones de las glándulas suprarrenales y acompañada de oscuros pigmentos de la piel. Como consecuencia de ello es generalmente conocido por El Príncipe Negro, denominación a la vez poco leal y exacta, porque el rostro del príncipe Andrés es más una mezcla de ceniza y bronce, motivo por el cual esta enfermedad es conocida por «la enfermedad de bronce». El príncipe Andrés es el único húngaro que lleva sangre de la Casa de Arpád en las venas, y la pretensión en sí es puramente circunstancial, basada únicamente en su parentesco con Otto Morva, que se casó con Eufemia, hija del rey Béla I, en 1903. Según los mismos historiadores, el nombre de Eufemia era, en realidad, Buzilla. Otra escuela de historiadores sostiene que el nombre no era Buzilla, sino Odola, que se casó con el príncipe Magnus de Sajorna. Necesitamos todas estas informaciones a fin de comprender la constitución del alma del príncipe Andrés, que tenía la reputación de ser el hombre más rico de toda la Europa Central. Hungría tiene que agradecer al príncipe Andrés la primera cosecha de arroz, la introducción de la inoculación de Laocyn contra la fiebre porcina, el sistema de canalización del río Pónya y el suicidio de Mari Kádár, la más bella actriz de Hungría de fines de siglo, con quien el príncipe se negó a casarse a pesar de su promesa. Los modales del príncipe son esencialmente atractivos. Su voz es suave y casi suplicante. Ni bebe ni juega, pero cada mañana hace ejercicios gimnásticos desnudo. Monta una hora a caballo todas las tardes. Ha adquirido su enorme fortuna no sólo por herencia, sino por una inagotable capacidad de trabajo, y es conocido como un experimentado y apto agricultor. Es uno de los tres hombres en Hungría que posee avión propio, pero no es en él una manía. Pilota él mismo y cae regularmente de las nubes sobre sus vastas propiedades para inspeccionar el labrantío, la trilla, la irrigación, los piensos y ver si sus inspectores se pasan la tarde durmiendo. El príncipe tiene sólo una obsesión dominante. La ciencia médica no ha descubierto todavía la fuente esencial de las obsesiones. Podemos suponer que el cuerpo humano (y el alma) es un vaso cerrado lleno de albúminas, sales, células, fibras, bacilos, impulsos y muchas otras cosas. En alguna de estas partes nace la obsesión y más tarde se abre camino. Uno se convierte en jugador de ajedrez, otro en pescador de caña, el tercero es adicto de la nicotina, alcohólico o floricultor; hay quien se muerde las uñas y así sucesivamente. Una de estas obsesiones de alma del príncipe Andrés le disponía a ser cirujano, pero mucho antes de terminar sus estudios eligió otra profesión y se hizo pintor. No escuchemos las observaciones de los demás; fue el conde Joachim quien hizo el descubrimiento. Cada mañana, después de su baño y desayuno, el príncipe Andrés pinta un paisaje grande. Pinta sus paisajes con los dientes apretados y a una increíble velocidad, pálido de furia. Según su mujer, lo excita el fuerte olor de la esencia de trementina de la pintura. En su opinión, cualquiera puede pintar un cielo y unas nubes; por consiguiente, es deber de su ayuda de cámara tenerle pintado cada mañana un cielo, a primera hora de la mañana, en cuyo momento el príncipe entra en el estudio. E, fue quien le mandó a Zia una raqueta de tenis como regalo de boda.

Su esposa Marie, nacida condesa austríaca, estaba entre el anciano marqués Ghezzi y el joven-conde János, luciendo un collar de diamantes de un tamaño tal que hubieran podido tomarse por falsos. La princesa era rubia ceniza, y ligeramente chatilla, lo cual le daba un cierto atractivo incluso seductor. Los bordes de sus párpados estaban frecuentemente inflamados, como ocurría ahora, y sus ojos se hallaban rodeados de un círculo rojo que le daba una cierta semejanza con ciertas variedades de pollos de la India. Sus muñecas eran cuadradas, sus manos huesudas y fuertes. Antes de la comida, el conde Dupi le agarró otra vez su increíblemente delgada cintura para ver si podía rodeársela con sus dos manos. Y tristemente dijo: «¡Es inútil, mis dedos comienzan a acortarse!». La condesa Marie, conocida en la familia por el nombre de Bibu, era la más famosa amazona de la Monarquía antes de la guerra y su cintura es todavía maravillosamente esbelta. Cuando aparecen sus cuatro robustos hijos, la gente se pregunta cómo han podido salir aquellos cuatro ganapanes de tan frágil cuerpo. Sin embargo, no cabe la menor duda, ni hay engaño; es bien su madre. Pero que el príncipe Andrés sea realmente el padre de los cuatro muchachos es motivo de populares conjeturas. Todo el mundo quiere a la princesa Marie. Sus modales son simples y sin reserva, su conversación alegre e ingeniosa. Años antes, uno de sus primos, barón austríaco arruinado, la asedió con su pretensión de ser administrador de sus tierras cuando Jéznaák, entonces administrador, estaba gravemente enfermo. En el entierro del buen hombre, el barón asedió de nuevo a su prima y le preguntó: «¿Qué te parece, puedo hacerme cargo ahora del puesto de Jéznaák?». A lo cual la princesa Marie, mirando el ataúd, respondió: «Si la familia del muerto no se opone, no tengo ninguna objeción que hacer».

El conde Henrik, sentado al lado de la condesa Karola de cabello blanco, es hermano gemelo del conde Joachim. Durante su juventud el parecido entre los dos hermanos era sorprendente, especialmente en Viena, donde ambos sirvieron al mismo tiempo en los Ulanos. La similitud de su uniforme aumentaba su semejanza y era imposible distinguirlos. Se movían, no obstante, en diferentes círculos. Joachim era un jugador de billar mediano, mientras Henrik era un verdadero campeón. Una tarde, en el Café Leopold, Joachim apostó diez chelines a cien puntos dando veinte de ventaja. Su adversario, conociendo la mediocridad de juego de Joachim, pensó que su amigo tenía un ataque de locura o de generosidad y aceptó encantado la apuesta. Tenía ya noventa y tres puntos cuando su adversario estaba tan sólo a veinticinco. Cuando le tocó de nuevo jugar a Joachim, dejó su taco sobre el fieltro verde y con el habitual: «¡Perdóname un momento!», desapareció en dirección a los lavabos, para ser sustituido a los pocos momentos por su hermano Henrik quien tomó el taco y no volvió a dejarlo hasta haber ganado la partida. El desgraciado contrincante fue incapaz de darse cuenta de la sustitución. Joachim solía afeitarse habitualmente en una célebre barbería de Kohlmakt. Una mañana le dijo a *Herr* Pfunzmeyer, exbarbero de la corte del archiduque Rodolfo, que reservaba sus servicios para la dignidad de general para arriba: «No sé lo que me pasa con sus dependientes. Mi barba crece al

cabo de media hora cada vez que me afeita alguno de ellos». El canoso maestro barbero se sintió ofendido: «Por favor *Herr Gmf*, voy a afeitarlo yo mismo esta mañana y si no está usted perfectamente afeitado al cabo de media hora me comprometo a afeitarlo todas las mañanas gratis durante el resto de su vida». El rostro de Joachim era limpio y suave como el mármol cuando se levantó del sillón, pero al cabo de media hora regresaba con una barba de cinco días. Durante su juventud les gustaba gastar bromas con su errónea identidad, pero más tarde se cansaron y vieron los inconvenientes, razón por la cual Joachim decidió usar barbita a lo Enrique IV y lentes de concha. Los gemelos sólo se parecían exteriormente. El conde Henrik vivía en las mesas de juego, no por obsesión, sino más bien por profesionalismo. Se levantaba todas las mañanas a las tres, tomaba una ducha fría después del baño y se pasaba media hora levantando pesas de gimnasia. Brillante y fresco aparecía por el Casino a la hora en que el cabello de los jugadores comenzaba a caer delante de los ojos, éstos parecían saltárseles y la ilimitada consumición del coñac francés había hecho su efecto. El conde Henrik manejaba los naipes como un campeón de esgrima maneja su florete. Es verdaderamente un misterio saber cómo consiguió, a pesar de todo, perder, en el curso de los años, doce mil acres de terreno. No frecuentaba la sociedad y había renunciado a todos los placeres del mundo. Por la tarde se encerraba en su habitación y el silencio sólo era turbado por el suave zumbido de la bola de una ruleta experimental. Rodeado de tratados matemáticos, estaba trabajando en una nueva martingala que tenía que hacer saltar las bancas de Montecarlo. Estaba tan absorto en sus estudios como los científicos alemanes en las investigaciones atómicas en las cuales trabajaban ya febrilmente en aquellos tiempos.

Su esposa, la baronesa Renée, era hija del barón Jakab, que obtuvo el título en 1921 por servicios prestados a la floreciente industria húngara. La actitud de la baronesa Renée acerca de la sociedad aristocrática es la de un perro con un roedor; lo coge con la boca y le da vueltas, pero no se lo traga. Si algunas risas ahogadas y argentinas resuenan accidentalmente en el extremo de la mesa, debemos dar las gracias por ello a la baronesa Renée; se divierte siempre en aquel ambiente y le da vida con su ingenio.

De momento volveremos a los chiquillos portadores de la cola, porque están comiendo en otra habitación. Por increíble que parezca, hay entre ellos un muchacho judío de nariz aguileña y orejas separadas, que, al hablar, levanta las cejas hasta el centro de la frente, echa los hombros atrás, muestra las palmas de sus manos y chilla con voz estridente. Pero los hombres de las S. S. alemana hubieran quedado asombrados al oír su nombre cuando invadieron Hungría, porque el chiquillo es nada menos que el conde Herbert Hohenstauf-Maringen y realmente no tiene la culpa de haber salido el vivo retrato de su abuelo el barón Jakab.

El conde Carlos, cazador de leones, que estaba allí con su esposa Clara, la política, iba vestido con la pelliza azul claro de los antiguos Húsares de Nádasy. Por algún egregio favor, un negro bigote turco estaba pegado a su rostro, por lo demás

idéntico al del Dante. Debemos recordar que la escuela Modling de filosofía distingue dos especies diferentes de caracteres humanos, el cultivador del suelo y el criador de bestias; pero en esta última categoría, incluyen una subdivisión especial para los *cazadores*, que tienen mucho menos método que todos los demás y, careciendo de paciencia para criar animales, arrojan toda su fortuna en arcos y flechas, rifles con telescopio, viajes y exploraciones, acciones y bonos, juegos de naipes, comedias en tres actos o instrumentos de robo. El conde Carlos era el prototipo del cazador en su sentido más estricto, con los ojos de sus halconeros ancestrales. Así podemos comprender su aversión hacia la política y la decadencia del hombre moderno. Las emociones de una noche africana en la reserva de Massawan, los aullidos de las hienas que luchan, los gruñidos de los machos impalas, los ululatos de los búhos o el batir de alas de murciélagos, son para él más significativos que o ruido que pueden meter músicos, cantantes u oradores. La visión del conde Carlos en traje de baño es para helarle la sangre a cualquiera. Su pecho derecho estaba ferozmente desgarrado hasta el hombro, lo mismo que su cadera izquierda. Las feas honduras de sus heridas demostraban que a su cuerpo le faltaban varias libras de carne. El accidente tuvo efecto hará unos veinte años en las vecindades del Llano de Kapiti, cuando se metió en la selva detrás de una insignificante leona que había herido. Desde aquel día aprendió que cuando se cazan leones es más importante cargar el rifle con municiones que el estómago de coñac. Desde hace tiempo el conde está arruinado. La suma de sus deudas, sin embargo, sería suficiente para amortizar la Deuda Pública de Hungría. Su frase favorita es: «Vivimos tan sólo mientras pagamos». Pero lo curioso del caso es que el conde Carlos no paga. Los trofeos de su casa lo imposibilitan casi de moverse. Los muros están cubiertos de cabezas de búfalo, cuernos de antílope, pieles de tigre y de pantera y colmillos de elefantes altos hasta el techo. Los ceniceros están hechos de huevos de cocodrilo; el paragüero de la entrada, de pezuñas de hipopótamo aserradas y cuernos de otros animales, y cuando Schütz, el usurero, hace su cotidiana aparición, cuelga su sombrero de la nariz de un rinoceronte. Muchas veces, en su excitación, ha agujereado su sombrero.

Sólo nos queda una pareja de importancia: el conde Samu y su esposa, la baronesa Leona. Ambos eran oriundos de Transilvania. El traje de gala del conde es de color malva y lleva un vendaje negro sobre el ojo izquierdo, debido a la pérdida del mismo en un duelo contra un fiscal rumano. Es un hombre alto, curtido por el aire, que da la sensación de ser capaz de agarrar el arado en su pequeña propiedad de Marosmente. Es posible que lo haga. Es protestante contrario a Otto, y uno de sus antepasados gobernó Transilvania durante un corto tiempo. Su esposa, la baronesa Leona —su nombre es conocido de todos los aficionados a la música—, es una pianista de fama mundial y su rostro se ve con frecuencia en los carteles del Albert Hall de Londres o el Carnegie Hall de Nueva York. Zia insistió en que se les invitase, porque pasó con ellos un verano inolvidable el pasado año. Le parecía que los gorriones eran mucho más grandes en Sebesd que en Ararat, pero esto era debido a

que el castillo de Sebesd era sumamente pequeño. Es uno de los castillos más bellos y antiguos de Transilvania. Las habitaciones son tan bajas de techo que pueden tocarse las vigas levantando el brazo, y es difícil comprender cómo aquellas diminutas habitaciones pudieron aguantar tantos siglos de resistencia a los germanos y a los turcos. Un riachuelo azulado corre por el patio cubierto de hierba, y al abrir una ventana, el viejo peral de negras raíces tiene sus ramas cargadas de frutos. Sofía, la hija del conde, es la mejor amiga de Zia.

La gente joven no nos interesa de una forma particular, porque apenas hemos oído hablar de ella. Conocemos ya a la meliflua rubia Elisabeth; Vira, de pelo bronceado, a quien volveremos a encontrar, y Sofía, de Transilvania. En cuanto a los muchachos, fijemos nuestra mirada en el barón Ubi, que tendrá un breve, pero importante papel en la vida de Zia. Es el que entró galopando, vestido de niño de tres años, en la sala de un banquete dado en honor de un plantador de tabaco. Ahora mismo está volviendo constantemente la cabeza hacia la novia, porque, a pesar de que no tiene más que diecisiete años, está locamente enamorado de Zia.

El conde Ferenc, de cuello corto, que debe casarse con Vira el mes próximo. Conocemos ya a Sigi y no hay ninguno más entre ellos que nos interese.

Pero, ¡alto! Allí está mis Gwen Steele, la muchacha que Zia invitó con su madre a petición de Gyorgy, aun cuando no dijo por qué. Y *Mrs.* Steele está sentada al lado del conde Henrik. Es la copia exacta de su hija, si bien su rostro rosado y juvenil está ya enmarcado de plata. Ambas poseen las mejores cualidades de la belleza norteamericana. Llegaron a Europa con György y es la primera vez que visitan Hungría. Sentados a la mesa, parece que estén contemplando una corrida de toros en España.

¿Quién falta? El primero y principal de los ausentes es el doctor Kliegl, a quien el conde Dupi no hubiera invitado en ninguna circunstancia pese al expreso deseo del conde János. Faltan también el conde Zoltán y su esposa Rosamunda, que no han podido acudir porque están de luto por su segundo hijo. Perdió la vida en un accidente de aviación la pasada semana.

Y los dos hubieran impresionado a *Mrs.* Steele y a su hija, porque Rosamunda es americana también; perteneciente a una familia tan importante que vacilamos en dar su nombre. Es de una clase del nivel de los Astor, los Morgan y las Vanderbilt.

El *signor* Ghiringhetti había entablado una confidencial conversación con la pequeña condesa Hannah sobre temas de alta política; era una muchacha inocente, de dieciséis años, que no tenía ningún inconveniente en el entronizamiento de un príncipe de Saboya en Hungría. Ghiringhetti se llevaría la noticia a Roma como opinión general de los más exaltados círculos húngaros.

Entre los que estaban vestidos de paisano reconocemos al señor Gruber, el secretario; a Makkosh, el lugarteniente general, y Hóig, el jefe de policía del Condado. El capellán del pueblo parecía una sotana con un hombre dentro. El apoderado del conde, Egry-Toth, tendrá también un papel en la vida de Zia dentro de

algunos años. Sentados al extremo de la mesa, pertenecen a esa gente cuyos nombres son una molestia cuando se hacen las listas de los invitados, pero son finalmente inscritos en el redil con la frase: «Desgraciadamente tenemos que invitarlos...». Son guijarros humanos de grandes dimensiones y así se sienten ellos también. Hablaban unos con otros. El policía le dice a Egry-Toth:

—¿Cuánto diría usted, Józsi?

Masticando unos riñones salteados, reserva su contestación hasta haber recorrido con la mirada la concurrencia.

—No tanto. Pero casi.

También él había estimado que cerca de un millón de acres de terreno estaban sentados alrededor de aquella mesa, de los cuales sólo el príncipe Andrés representaba ciento cuarenta mil. Si incluimos el *fundus instructus*^[37], los molinos, factorías, inmuebles urbanos, tesoros de arte, joyas de familia e inversiones extranjeras, llegamos cerca del billón de dólares al cambio actual de la moneda.

—No comprendo —hizo observar Makkosh— por qué, cuando una tal ostentación puede reunirse alrededor de una mesa, tiene este país siempre que enseñar sus lacras.

El tono de su voz era tal que Egry-Toth no respondió.

—La estimación no es correcta —dijo el lugarteniente— porque no hemos deducido del total las deudas del conde Carlos.

—Por otra parte —respondió Höig—, podemos añadir los millones americanos de la condesa Rosamunda. Y tampoco el barón Jakab es grano de anís, ¿no creen ustedes? Su fortuna entera irá a parar a Renée. Es una contabilidad complicada en la cual no podemos ahora enzarzarnos, porque el conde Lajos ha levantado ya dos veces su bastón de oro. Y el príncipe Fini ha respondido a la señal del conde levantando el suyo dos veces también.

La música zíngara se detuvo y cesó el ruido de vajilla en la mesa. El conde Lajos se puso en pie, levantando el bol de plata, cuatro veces centenario, que tantas veces había sido vaciado durante las ceremonias nupciales de los Dukay. Y el brindis pronunciado por el padrino no había sido modificado mucho durante las pasadas centurias. Con pocos cambios, dijo lo que, en estas ocasiones, ha sido dicho siempre en todo el mundo por los padrinos. Su voz delataba que se encontraba un poco desconcertado en este reino de la oratoria.

Después del siguiente plato, se levantó el príncipe Achile. Habló en francés pronunciando el *je* como *ze*, tal como la mayoría de los italianos. Comenzó su discurso con la más desdichada frase:

—En vista de que la Casa Ozzolini eleva a esta muchacha hasta ella...

La frase provocó un cambio de miradas en toda la mesa. Las cejas de los rígidos rostros de las damas se movieron con especial elocuencia, elevándose hasta la mitad de la frente como si fuese una señal convenida. «¿Quién ha sido elevado?». Y «¿quién hacía la elevación?». Esto era lo que preguntaban las cejas. El cándido

príncipe de Perusa no se daba cuenta de que alrededor de aquella mesa había hunos sentados y que una observación como la suya provocaba, en el fondo de sus almas, la respuesta de que una vez el papa León cayó de rodillas delante de Atila implorando la paz. El conde Dupi se aclaró la garganta ruidosamente y pareció como si esto fuese una objeción. Cualquiera cosa que a partir de aquel momento hubiese podido decir el príncipe —que tenía cara de violinista **zíngaro**— nadie le hubiera escuchado. La sangre de los Ordony y de Elisabeth Habsburgo corría por las venas de la «florecente muchacha» de manera que, ¿qué había que elevar? Ésta era la sensación general. El conde Péter comenzó a descargar su conciencia de algo que tenía desde hacía tiempo en la cabeza. En voz alta, cosa que dejó indiferente al orador, comenzó a decirle al barón Adam, que estaba sentado frente a él, que, a su manera de ver, no había sido Bernabo Ozzolini, sino Giangaleazzo Visconti quien se había casado con Isabella, la hija de Juan el Bueno, de Rancia. Esto lo sabía todo el que tuviese una leve noción de historia. En cuanto al título de príncipe, no había sido concedido, sino comprado por los Ozzolini, porque el emperador Wenceslao de Alemania había sido un borracho perezoso que no servía para nada, que aprovechaba sus posesiones italianas sólo para la corrompida práctica de vender títulos a bajo precio. En aquellos tiempos cualquier mercader era nombrado príncipe.

Entretanto, el príncipe Ozzolini había terminado su discurso y se sentó satisfecho del éxito. Su satisfacción fue principalmente debida a las ruidosas melodías que los músicos tocaron cuando terminó su peroración.

Ahora un discurso sucedía a otro, con un acompañamiento de vajilla que comenzó siendo discreto y fue aumentando gradualmente en intensidad. El príncipe Fini brindó por la salud de los padres de la novia y por el novio, y el barón Adam, en vista de que iba de uniforme de ulanos, creyó su deber brindar a la salud de todo el ejército italiano en la persona del general Paccapuzzi. El general de ojos de carnero, que no había entendido una palabra de todo lo que se decía, pareció tan sorprendido de oír su nombre como si le hubiesen dicho que iban a ahorcarlo. Fue, pues, para él una inesperada sorpresa porque el orador lo pronunció con gran énfasis, deletreando bien *Pac-capuz-zi*, no fuese que le saliese Puzzapacci por accidente. Cuando su vecino le hubo explicado de qué se trataba, el general se puso en pie para hablar. Empleando frases cortas y militares, brindó por las fuerzas armadas de Hungría, pero sus observaciones parecían particularmente a los que no entendían el italiano ser una broma dirigida a los criados. Esto fue principalmente debido a que no fijó su mirada en la concurrencia, sino que dejó que sus ojos anduviesen vagando de un lado para otro, poniendo un signo de exclamación detrás de cada palabra: *Armata!*, *Gloriosa!*, *Ungherese!*

—¿Qué hay de glorioso? —preguntó en voz alta el conde Carlos que opinaba que el nuevo ejército húngaro no tenía ninguna brillante acción de que vanagloriarse, sin contar con que los generales de nombres alemanes se multiplicaban como conejos.

En aquel ambiente, no era una idea muy feliz citar un ejército cuyos jefes habían

arrojado del trono a un; soberano.

—¡Qué cosa más rara! —observó la princesa Farola a su vecina—, en boca de un general la lengua italiana suena como un arrastrar de cadenas.

Apenas los músicos iniciaban una canción, una mano les imponía silencio y se levantaba un nuevo orador. Se brindaba por el obispo, por el maestro de ceremonias, por las damas de honor y los muchachos, pero a las cuatro de la tarde la mesa se levantó después que hubo hablado el último orador.

La vasta terraza invitaba al baile. Pero estos bailes eran hoy simple imitación, pálidos símbolos de los saltos y giros de otros tiempos. El conde Péter había proyectado que siete muchachas danzasen en ronda alrededor de la novia llevando antorchas encendidas en las manos, de acuerdo con una antigua costumbre. Pero el conde Dupi puso el veto a este número del; programa diciendo: «El imbécil de Ubi le va a pegar fuego a la novia».

Zia y Filippo bailaron los primeros, pero no más allá de un minuto. El maestro de ceremonias, príncipe Finí, se acercó al obispo con una bandeja sobre la que había un velo verde oscuro recamado de oro, una de las más antiguas reliquias de los Dukay. El obispo; Zsigmond, cogiendo el velo por un extremo, se acercó a la novia y Zia cogió el otro extremo. Los zíngaros atacaron una antigua danza húngara que habían reservado para aquel momento. Sosteniendo los dos extremos del velo y manteniéndose a corta distancia, el obispo y la novia dieron algunos pasos. La misma ceremonia se celebró en el casamiento de Katalin Dukay hacía trescientos años. El velo tenía por objeto mantener al obispo separado, porque los clérigos no pueden tocar la cintura de una mujer.

Ahora le tocaba el turno al padrino. Como miembro del estado laico, el conde Lajos tenía derecho a sujetar con fuerza a la novia por la cintura. Y esto fue lo que hizo el anciano noble, con un guiño de picardía en sus ojos.

Después, los siete muchachos de la corte de honor bailaron alrededor de la novia. El conde Péter no quiso ser excluido de este honor. Pero no blandían antorchas encendidas y no había, por consiguiente, peligro de pegar fuego a la novia. De todos modos, ya lo tenía dentro De pie, en el centro del círculo, con su diadema y sus ojos llenos de lágrimas, parecía una gran llama blanca.

A través de las ramas de los árboles, procedente de la Vega de Klementina, llegó el sonido de una banda tocando a distancia. Parecía una invitación a los instintos primitivos. El sonido de las trompetas recordaba el que producen las de los elefantes. Tocaban *Ladi-ladi-lom*, casi la única pieza que sabían.

La nobleza se dispuso a tomar parte en los regocijos de la gente del campo. Como lugar para la celebración pública, el conde Péter había elegido el claro que se extendía entre el parque y el coto de caza conocido por Vega de Klementina, porque la condesa Mentí solía descansar allá algunos momentos durante sus paseos de la tarde. El prado estaba cubierto de grandes tiendas de campaña, a fin de poder cobijar a aquellas mil personas en caso de lluvia. Toda la población de Ararat estaba allí, y

muchos habían acudido de los pueblecillos cercanos. Todo estaba dispuesto para la fiesta. La cucaña de treinta pies estaba levantada, pulida y engrasada, con una cesta en todo lo alto que contenía jamones, salchichas, una bolsa, una navaja, un ondulator para el bigote, un cuchillo de monte, un espejo de bolsillo y otros tesoros mundanos. La cesta sería para el primero que consiguiese trepar por el palo sin resbalar por la grasa. Los muchachos que rodeaban la cucaña se escupían en las manos dispuestos a probar fortuna. Y las mujeres estaban ya cociendo la gran tarta de frutas de seis pies de diámetro que más tarde sería puesta en el suelo sobre la hierba, rodeada de los contrincantes con las manos atadas a la espalda. En el centro de la tarta había una moneda de cinco *pengos* para aquel que pudiese cogerla con los dientes. El espectáculo prometía ser muy divertido, pues los muchachos, en el pandemónium que se armaría con este motivo, se empastarían la cara y el pelo.

Pero el momento álgido de los festejos llegaría con el buey asado entero. Entre los archivos familiares se había encontrado un minucioso relato del buey asado servido durante la boda de Katalin Dukay. Desgraciadamente, no fueron capaces de encontrar a nadie capaz de llevar a cabo la hazaña. *Monsieur* Cavaignac, que asistió a las conferencias preliminares, declaró que todo aquello era un mito; era imposible desollar a un buey; y, asarlo de una sola pieza. Pero el cocinero no conocía a los magiars, para quienes nada relacionado con el estómago es imposible. Finalmente, de un lejano! condado, se trajo al viejo János Kigyó, que era el tan raro maestro en el difícil arte y que el pasado año; había sido mandado a buscar ex profeso de Budapest para asar el buey del día de San Esteban. Y el maestro Kigyó hizo su aparición; era un hombre tan pequeño y arrugado que había que preguntarse cómo conseguía almacenar tanto conocimiento. Blandiendo su bastón de cerezo, dio secas órdenes que brotaron por debajo de su bigote gris. Vigiló personalmente cada pormenor del preparativo, probándolo todo. Tomó los cuchillos, los platos, los pinchos y los atizadores, probando incluso los trozos de tocino y la sal. Mandaba a todo el mundo en su tarea, gritando:

—¡Está bien, déjalo así!

Comenzó por desollar el buey, después de explicar que la cabeza y las pezuñas debían ser dejadas en su sitio. Abrió la garganta a fin de dar paso al espetón, que era gordo como un palo de telégrafo y salía por la cala después de haber pasado bajo el espinazo. Hizo un agujero en el estómago lo bastante grande para contener un ternero que remplazaría las tripas, el estómago y los pulmones. Pero los riñones fueron dejados en su sitio. Cuando todo esto estuvo listo trajeron una codorniz envuelta en un trozo de tocino. El maestro Kigyó tomó la codorniz y la miró.

—¿La has salado por dentro, Julia?

¡Salarla, válgame Dios, claro...! No hagas tantas preguntas.

—¡Está bien, déjalo...! —y el maestro Kigyó entregó la codorniz a uno de los pinches.

Metieron la codorniz dentro de un capón plumado. «¡Está bien, déjalo así...!».

Después metieron el capón en el estómago de un cordero y el cordero dentro de una ternera. Y finalmente la ternera fue metida en el estómago del buey. El pobre buey no podía jamás haber sospechado tener un día aquella preñez.

Metieron el tremendo espetón por el cuerpo del buey relleno. Y ahora venía la parte más difícil. Kontyos el herrero de las tierras, trajo bajo el brazo cinco espigas de hierro de cinco pies cada una. Metieron estas espigas a través de la columna vertebral del buey fin de que penetrasen en el espetón y saliesen por el vientre. Era un trabajo duro que requería gran habilidad. Fue más difícil todavía clavar las patas del buey en la paletilla de forma que pareciese que estuviese arrodillado, porque el buey tenía que ser servido, en su integridad, desde el centro de la mesa. Finalmente se consiguió. Veinte hombres fuertes se necesitaron para izar el buey hasta los soportes del asador. Allí, un mecanismo similar al de las machacadoras haría girar el animal. Desde luego, Cengos, el carrero de la propiedad, había preparado ya una rueda para el extremo del espetón, lo suficientemente alejada del fuego para que los que le diesen vueltas no estuviesen expuestos a sus devoradores ardores. Probaron la rueda y vieron que funcionaba perfectamente. «¡Está bien, déjalo...!». Las dos mil libras de buey comenzaron a dar vueltas.

—¡Muy bien, muy bien! ¡Encended el fuego! ¡No nos demoremos!

El maestro Kigyó pronunciaba estas frases con su fuerte acento magiar.

Pero, en todo, la leña debía ser dispuesta debidamente y esto requería considerable técnica. Los leños fueron colocados a lo largo del asador, ninguno de ellos más largo que el buey, y lo suficientemente lejos de la carne para que ésta estuviese afectada por calor, pero no tuviese el tacto de la llama. ¡Si tan sólo no hubiese viento! Porque si se levantaba viento habría que colocar el fuego de manera que se hallase contra él y, por lo tanto, era cuestión de volver a empezar de nuevo. Los cuernos y las pezuñas fueron envueltos en trapos mojados para que no se les prendiese fuego durante el asado. Que se encendiese un cuerno y todo el mundo saldría corriendo huyendo del hedor.

Las mujeres hacían fundir la manteca y la mezclaban con sal en una gran olla. La mezcla tendría que ser vertida sobre el buey. Estaban atando ya sartenes a los extremos de un mango de escoba.

—¡Bien está, déjalo así...!

Encendieron la hoguera. Las chispas comenzaron a saltar, los secos tocones de roble parecieron quejarse y el humo comenzó a ensortijarse trepando hacia el cielo, como lo había hecho un día en Asia, en la ancestral mansión. Lentamente, el buey comenzó a girar el compás del rítmico *Ladi-ladi-lom*, porque los brazos! de los que hacían girar la rueda tomaban involuntariamente el ritmo de la canción.

Aparecieron los jarros de cerveza y las jarras de vino. Las faldas revoloteaban, las manos golpeaban; las botas y la danza comenzó entre todos los que estaban en condiciones de bailar. La banda de música volvió a atacar el *Ladi-ladi-lom*, única pieza que sabían, pero esto no tenía importancia si consideramos que la charanga

estaba compuesta por muchachos como Laji Hal y Józsy Szunyog, uno de ellos ciclista de correos y el otro mozo de cuadras. Ninguno tenía más de quince años.

Eran más de las cinco de la tarde cuando la abigarrada concurrencia de la nobleza apareció en el prado por debajo de las ramas de los árboles del parque. Con rápida determinación, la charanga atacó otro número, en opinión de algunos la Marcha Húngara. Estallaron los vítores y los sombreros volaron por el aire.

El conde Dupi distribuía sus apretones de mano generosamente, si bien no conocía a uno solo de sus vasallos por el nombre. Un círculo de muchachos rodeaban a Zia. Filippo recibió también el homenaje de unas manos callosas. Bajo los bigotes húmedos de cerveza le dirigían discursos, y desdentadas mujeres se acercaban a él asediándolo.

—¡Cuán bello es, querida! Un príncipe, ¿verdad? ¡Eso es, un príncipe! ¿Cómo es que no habla húngaro? ¡Si lo habla, es que está asustado!

El conde Dupi sacó a bailar a la esposa del juez Para, variar, la charanga tocó el *Ladi-ladi-lom*. Paulatinamente, todos los invitados a la boda iban siendo absorbidos por el grupo de gente del campo. Las manos que se habían endurecido en los mangos de guadañas y azadones se posaban sobre las cinturas de las condesas, y dejaban sus marcas en las delicadas sedas de los trajes.

Filippo y Zia consiguieron alejarse de los bailarines. Era ya hora de vestirse un traje de viaje.

Desde luego el barón Adam y la princesa Karola contemplaban la danza. El príncipe Fini se unió a ellos después de haber hecho girar a una linda campesina en sus brazos.

—*Diese Bauerin* —comenzó su explicación—, estas reinas emplean su olor para precaverse contra los ataques de los caballeros. En los viejos tiempos no ocurría así. Nuestros antepasados olían tan mal como la gente del campo.

—¿No podría usted hablar de otra cosa? —preguntó la princesa Karola.

El príncipe Fini fingió no haber oído la observación. Las hiniestas puntas de sus espuelas angevinas se levantaban sobre la hierba y la pesada cadena de ninfa que cruzaba su pecho sonaba al ajustarse la espada que pendía de ella a su lado.

—El creador me ha dado el castigo de un olfato excesivamente sensible. He estado a punto de desmayarme mientras bailaba en medio de los campesinos. János Kigyó se quitó el sombrero e hizo sonar los talones delante del conde Dupi.

—Pongo en conocimiento de su Excelencia el conde que el buey está a punto.

Trescientos años antes, un cierto Andorjas Kucs hizo la misma declaración, con el mismo tono de voz, ante Lászlo; éste, era uno de los frutos de las investigaciones del conde Péter en los archivos.

«El buey» llevaba cerca de cuatro horas dando vueltas en su asador sobre el fuego intensísimo. Lentamente fue deteniéndose. Apartaron el fuego a ambos lados y quitaron también las ollas a fin de dejar sitio para los trinchadores. Se quitaron los trapos mojados con los que habían sido envueltos durante la cocción los cuernos y

pezuñas. El maestro Luzstig, el pintor de las propiedades, estaba allí con su cubo y sus pinceles, dispuesto a pintar de oro unos y otros. Cuando estuvo hecho, el maestro Kigyó ató personalmente el sello de los Dukay con su corona de once puntas entre los dos cuernos.

—Está bien, déjalo...

Cinco carretillas fueron colocadas debajo del buey y diez hombres forzudos levantaron el asado de sus soportes, lo colocaron sobre una gran mesa que Berecki había construido para aquella ocasión. El buey yacía sobre la mesa, las patas recogidas bajo el cuerpo, en la posición de un buey sentado, con la diferencia de que éste se había sentado para asarse. ¡Y había sido asado! Su tostada superficie mostraba todas las entonaciones de los ocres y los rojos hasta el pardo oscuro, porque había sido incesantemente regado con grasa mientras se asaba. Allí yacía aquel enorme buey con el emblema de los Dukay en medio de sus cuernos de oro, con todo su esplendor renacimiento. El conde' Péter estaba satisfecho de su obra maestra. ¡Que fuesen en seguida a buscar a *monsieur* Cavaignac para que viese de lo que son capaces los húngaros! Una maravillosa fragancia se extendía por los prados de Klementina.

El baile se había interrumpido y Laji Hal cesó también su *Ladi-ladi-lom*. Cordura de esta especie se transmite de padres a hijos.

—¡Los cuchillos! —ordenó el maestro Kigyó. Y las mujeres trajeron los cestos llenos de cuchillos de cocina. Ahora venía el espectáculo final; centenares de cuchillos se clavaron simultáneamente en el buey asado. La multitud de mangos negros de los cuchillos daba al buey el aspecto de una colosal ave prehistórica desplumada.

János Kigyó ofreció al conde Dupi un largo cuchillo y cuando lo vio mirar al buey con recelo le susurró al oído:

—De los lomos, Excelencia, de los lomos; es lo mejor.

Más tarde, cuando los hambrientos cuchillos comenzaron a descuartizar el buey, la nobleza se retiró al castillo.

El mayordomo apareció por detrás de unos avellanos.

—¿Se han marchado ya Sus Señorías?

—Acaban de vestirse.

El mayordomo desapareció de nuevo detrás de los arbustos.

—Entonces vamos. Jolán, veamos qué pasa aquí...

Y pronto apareció el maestro de escuela Karika con su esposa, y el director de la tienda de la cooperativa, y el dispensero, y el maestro del jardín de la infancia; todos aquellos que se habían avergonzado un poco de mezclarse con la ruidosa muchedumbre en presencia de la nobleza porque se consideraban de clase gentilicia. Esto era una prueba de su orgullo de clase media; un orgullo que había sido ferozmente atacado y subyugado por la fragancia del buey asado que se extendía a muchas leguas a la redonda.

Entretanto, Zia y Filippo se habían cambiado de ropa. Se acercaba la escena final del matrimonio. Eran las ocho de la tarde y había todavía bastante luz, pero el sol se había ocultado ya detrás del follaje de los nogales. Los huéspedes proyectaban alargadas sombras mientras iban reuniéndose en el salón.

La despedida de la novia se acercaba. La condesa Mentí y el conde Dupi estaban de pie en el centro del salón. Zia apareció, en traje de viaje, con el sombrero envuelto en un velo y unos zapatos deportivos. Se acercó lentamente a sus padres y se arrodilló delante de ellos. La escena tenía una cierta belleza bárbara. Repitió las mismas palabras que Katalin Dukay, arrodillada sobre la misma alfombra, había dicho a sus padres:

—Gracias por haberme criado... por haberme amado... por haberme dado en matrimonio...

Fue incapaz de continuar. Encogió sus hombros y escondiendo su rostro' entre sus manos enguantadas comenzó a sollozar.

La condesa Mentí no se movió. El conde Dupi estaba pálido. Se inclinó hacia su hija arrodillada, la levantó y la estrechó entre sus brazos. Las lágrimas corrían también por su rostro.

Faltaban sólo segundos para que se marcharan.

Salieron en el regalo del conde Lajos. El coche amarillo desapareció del parque como un canario que se escapa de la jaula.

Los acordes del *Ladi-ladi-lom* se oían todavía en los prados lejanos. En el castillo los zingáros comenzaban también a tocar, y la gente joven inició el baile.

Las botellas de champaña estallaron hasta el alba, pero cuando el sol se levantó, el último invitado había ya abandonado el castillo, y hasta muy pasado el mediodía reinó una gran calma como si de él hubiese desaparecido el último vestigio de vida.

A primera hora de la tarde siguiente, la condesa Mentí mandó un mensajero al pabellón de caza diciéndole a Rere y al señor Badar que podían regresar al castillo.

Hacia la caída de la tarde, un débil cañoneo resonó en el parque. Estaban sacudiendo las alfombras. Después, el cañoneo fue desvaneciéndose dejando sólo lejanos ecos plañideros. La propiedad estaba silenciosa como un cementerio. Vino el crepúsculo y cerró la noche.

En la Vega Klementina, aparecieron varias zorras que comenzaron a devorar los diseminados restos del buey.

Una suave brisa procedente de los morados acantilados de la Dalmacia descendía sobre las aguas de las playas nordeste del Adriático. Los peces voladores saltaban al agua como plateados gorriones, pero sólo durante algunos segundos. El barco iba aproximándose al puerto.

Zia y Filippo habían llegado a Mandria.

CAPITULO IX

EN abril, el señor Gruber había sido invitado a Mandria para ver si podía encontrar una villa disponible y a la vez conveniente para albergar a los recién casados. Debía hacer toda clase de esfuerzos porque la novia sería muy desdichada si no podía pasar su luna de miel en Mandria. Y así, un día al caer la tarde, el señor Gruber desembarcaba en la isla, después de un complicado viaje. El pequeño barco que recorría los puertos del este del Adriático no salía de Fiume más que una vez por semana. Ningún otro navío tocaba Mandria. Cualquiera que tuviese dinero podía fletar una lancha motora que lo desembarcase en Mandria, pero nadie que tuviese dinero pensaría jamás en ir a esta isla. Esto lo vieron inmediatamente los penetrantes ojos del señor Gruber en cuanto dirigió una mirada circular a la Piazza Vittorio Emmanuele y vio los montones de basura llenar la sólida laguna que formaban las aguas del puerto. El *signor* Occhipinti cuya farmacia contenía más estropajos y aparejos de pesca que aspirina y yodo, tuvo la bondad de explicarle que la Pension Zanzottera era el único sitio donde acaso pudiese encontrar un lugar vacante. Si no le nombró el Albergo Varcaponti, ya sabemos que es porque no estaba en buenos términos de amistad con el *signor* Varcaponti. Tranquilizó su conciencia recordando que en el Albergo no se había reparado todavía la canalización del agua. No era ciertamente éste un pormenor que embarazase al propietario de la Pensión Zanzottera, porque no había habido jamás canalización de agua en el hotel. La *signora* Zanzottera le mostró al señor Gruber el espacio disponible. Debemos ya saber que aquélla era la única habitación que jamás fue alquilada en la Pensión Zanzottera. La casa consistía únicamente en dos habitaciones, y la viuda alquilaba la más bonita a fin de aumentar ligeramente el importe de un modesto seguro, legado por su difunto esposo.

La habitación no era desagradable, suficientemente alta de techo y vasta, y su pequeña terraza daba a un diminuto jardín lleno de higueras y naranjos. La situación le parecía imposible al señor Gruber. Había sido comisionado para procurarse una villa con, por lo menos, tres habitaciones y cuarto de baño. Las inquisitivas miradas de la *signora* y su entera personalidad parecían compensar todos los huéspedes que uno pudiese encontrar en una pensión populosa. En aquellos tiempos el coste de vida en toda Italia era extremadamente bajo y especialmente en Mandria. Sin embargo, la *signora* le confió con cierto recelo los precios de la pensión: cinco liras diarias con las comidas, pero sin vino, y tres liras diarias con sólo el desayuno. El señor Gruber tomó su desquite de las inquisitivas miradas que casi le asaetaban hasta los cordones de los zapatos, encontrando las tarifas demasiado altas. Sin embargo, reservó la habitación por dos días para su uso. Mandria era la última escala del barco; después de un día de descanso, emprendería el viaje de regreso. Tenía, pues, un día entero para resolver el problema que le parecía insoluble.

¿Por qué la condesa Zia habría escogido Mandria, habiendo tantos otros sitios? El

señor Gruber no podía saber que aquel folleto a todo color que Zia, siendo chiquilla todavía, encontró un día en una papelería, había abierto para ella un mundo de ensueño y un país de hadas en su corazón y que ahora, cuando todos sus sueños parecían convertirse en realidad, no podía ser desleal con Mandria. Pero no entraba en la naturaleza del señor Gruber buscar la razón de las cosas. Por esto era un secretario ideal. Ya le habían dado extraños encargos durante el pasado. Saber para las seis de la tarde si Hubermann había tocado algo de Tchaikowski después del primer entreacto en el concierto de Bruselas del pasado año. Procurarse un espolón de narval de por lo menos cinco pies de largo para el jueves a las ocho de la mañana. Comprar, a nombre suyo, el cine «Dominó» de Zurich. El miércoles por la tarde, entre cinco y seis, en el café Meteoro de Budapest, abofetear a un personaje conocido por Ervin Kugyec. Un buen secretario no busca razones sino que obtiene resultados.

¿Qué hacer, pues, entonces? Desde la terraza de la Trattoria Marica contemplaba el pueblo de Mandria. En lo alto de la colina había una villa cercada por un muro rojo. A su alrededor se veía un jardín cuadrado, con cipreses, magnolias y parras, todo ello cercado por un muro alto de piedras. ¿De quién sería aquella villa? Pertenecía al general Hasparics. ¿Era grande? Cuatro habitaciones. ¿Estaba por alquilar? Imposible. El general retirado ocupaba una de las habitaciones y sólo el año pasado había prometido alquilar las otras tres a una familia por un período de seis meses y ya se había instalado en ella. Era la familia Gospodin Tomsics.

—Vaya a ver al general en el acto. Dígale que vengo en nombre del exministro austríaco de la Guerra para tratar de su pensión.

En menos de diez minutos el general llegaba cojeando a la Trattoria Marica. Parecía tener unos sesenta y cinco años, vestía de paisano y era seguido de sus cuatro perros. El último era un *basset*, y en medio había otro cuyos antepasados pudieron ser cruce de *basset* y San Bernardo, un perro de aguas cuyo padre pudo ser foxterrier y un foxterrier cuya madre pudo ser de aguas. Los perros parecían la caricatura de los pueblos meridionales de la un día Monarquía, tal como habían sido arrojados a las costas de Mandria: italianos, austríacos y dálmatas en una confusa mezcla y amalgama.

Gruber se presentó al general, quien masculló un nombre parecido a Hindenburg. El rostro del general delataba el temor. Desde el colapso de la Monarquía las pensiones militares estaban en constante peligro. Sobre el rostro congestionado del general e incluso sobre su nariz se extendía una delicada red de venas, como fotografías de relámpagos, de un color azul que casi era negro. Conocía bastante bien el alemán, el italiano y el húngaro; hablaba húngaro con acento alemán, alemán con acento italiano e italiano con acento croata, puesto que ésta era su lengua materna.

—Su pensión es muy pequeña —dijo el señor Gruber para iniciar la conversación.

—Pues... sí, lo es —respondió el general Hasparics con voz un poco asmática.

—La cosa puede arreglarse. Alquíleme usted la villa por un mes.

El general no sabía qué hacer ante este inesperado desarrollo de los

acontecimientos.

—Desgraciadamente no me es posible. La villa...

—Lo sé. Pero los Tomsics se marcharán.

—¿Ha hablado usted con ellos?

—Ni he hablado ni pienso hablar.

—Entonces no se marcharán... ¿Por qué diablos se van a marchar? ¡Ni sueñan en marcharse!

—Se marcharán —aseguró el señor Gruber—. Escúcheme. ¿Cuánto le cuesta a usted la villa? Le doy el doble. Y sólo la quiero por un mes, del 20 de mayo al 20 de junio. Después puede usted alquilarla otra vez.

El general estaba pensativo. Por fin movió la cabeza.

—Los Tomsics no se marcharán. Son gente rica. Él es fabricante de cuerdas.

—¡Se marcharán!

El señor Gruber asintió como si estuviese en posesión de un secreto. Apoyó suavemente su dedo sobre el pecho del general.

—Un hombre o es general o es hijo de...

Con este tono, el conde Dupi no se hubiera dirigido jamás a un general. Sólo sus secretarios se atrevían a hablar de aquella forma. En este caso, sin embargo, la intimidad del tono no tuvo consecuencias, porque, en realidad el general no era más que teniente coronel. La pública opinión de Mandria lo había ascendido a general, menos por consideración a los Hasparics que por el prestigio de la isla, a fin de elevar el nivel de la sociedad. El panadero Fanfoni, aseguraba saber de fuente cierta que Hasparics no era teniente coronel, sino comandante, no había estado nunca en el frente, cojeaba por culpa del reumatismo y había construido su villa con fondos procedentes de su actuación en el cuerpo de Intendencia.

Gruber y el general cenaron juntos. En realidad, incluso los cuatro perros gozaban de la hospitalidad del conde Dukay. Al día siguiente, el señor Gruber telegrafió a Zia que las negociaciones iban por buen camino, pero que se necesitarían algunos días para cerrar tratos y que tendría que esperar el barco siguiente. Su respuesta telegráfica le dio instrucciones de quedarse y ocuparse de todo. La contestación complació al señor Gruber, aunque no fuese más que para poder disponer de una semana de reposo. Sus deberes respecto a la complicada boda lo habían agotado totalmente, pese a que estos preparativos estaban todavía en un estado preliminar. Marica sabía cómo guisar una *orada*^[38] o un *branzino*^[39] en aceite, con ajo y perejil frito. ¿Y qué había del *sam-pietro*^[40] con pimienta y vinagre? ¿Y los *scampi*^[41] asados sobre ascuas de carbón? ¿Y el *brodetto*^[42] hecho con filetes de pescado y mejillones? *Monsieur Cavaignac* era un gran artista, cierto, pero no hay quien escuche a Debussy de la mañana a la noche durante años enteros. Indudablemente, a veces conviene cambiar.

Dos días después, el señor Gruber se dio cuenta de que sus ojos no se ofendían ya ante los colores rojos y negros de los vestidos, el amarillo de los medios limones, los plateados fondos de las latas vacías o el blanco lacado de los viejos orinales que

yacían en el fondo de la laguna. A última hora de la tarde, además, cuando el feroz calor del sol había secado los excrementos humanos depositados en la Piazza Vittorio Emmanuele, la fragancia del laurel que desciende de las colinas es bastante intensa y todo Mandria respira lo que podríamos calificar de emocionante aire de candor. Candor, es decir, en cuanto al mundo y a la naturaleza hace referencia. El pueblo en sí está compuesto de un hatajo de granujas y embusteros, característica que, sin embargo, ayuda a dispersar la amenaza de aburrimiento que ataca a Mandria con mayor violencia que el loco viento del Norte.

Al tercer día los Tomsics comenzaron a hacer sus equipajes y por la mañana del cuarto zarparon en una lancha motora especialmente fletada para este fin. Accionando acaloradamente, el fabricante de cuerdas y el general continuaron su discurso incluso en el mismo muelle. Los ademanes del general revelaban perplejidad.

La lancha motora se había apenas alejado con su «tuf-tuf» llevando a bordo a la infortunada familia Tomsics, cuando el señor Gruber comenzó las reparaciones de la villa. Compró en materia de polvos insecticidas la existencia entera de que disponía el farmacéutico Occhipinti. Colocó nuevos mosquiteros sobre las camas porque los viejos tenían unos agujeros de un tamaño tal que no solamente podían entrar los mosquitos, sino los murciélagos y aun alguna águila no de gran tamaño. Hubo que sustituir algunos muebles. Los amigos del general aportaron toda su ayuda a las nuevas modificaciones. De nuevo el general le pidió si por lo menos los perros podían quedarse en la villa, porque se encontraría con dificultad para alojarlos, ya que la gente de Mandria, en general, no era aficionada a perros; nadie los quería, a pesar de que eran animales dóciles y obedientes que no decían nunca nada. Eran mudos como carpas. ¡No, no podían quedarse! A pesar de que la villa estaba a bastante distancia de la Pensión Zanzottera, el señor Gruber no podía cerrar los ojos en toda la noche a causa del concierto de ladridos a cuatro voces que procedía de la casa del general, como si las siete plagas hubiesen caído sobre Perrilandia y los cuatro heraldos lo proclamasen a todos los vientos. Sólo se permitió la permanencia en la casa a *Frau Kunz*, viuda vienesa que el señor Gruber contrató para cuidar la casa. Prepararía el baño, haría el desayuno, limpiaría los zapatos; una viuda vienesa sabría lo que era necesario hacer para una pareja en plena luna de miel. ¿Quiénes eran los aristócratas inquilinos? Después de ligera reflexión, el señor Gruber eligió el nombre de conde de Oszverfalvy por dos razones: primera, porque era un nombre que no habría nadie en Mandria que fuese capaz de pronunciarlo, y segunda, porque es costumbre rebajar siempre un grado de nobleza cuando se viaja de incógnito. El príncipe Ozzolini se convirtió en el conde Oszverfalvy. En ciertas circunstancias, y acaso no sin su significado, el conde Dupi usó una vez el nombre de barón Torowich.

Entretanto, los Tomsics habían llegado a Trieste. Aquella misma tarde Gospodin Tomsics fue a ver a sus amigos y les comunicó sus sospechas. Los italianos debían haber descubierto algo acerca de su Sociedad Irredentista secreta, para la anexión de

Trieste a Yugoslavia. Lo sospechaba por las cosas extrañas que le habían ocurrido en Mandria. No había ocurrido nada durante las dos primeras semanas. Después, una monstruosa peste invadió su comedor una tarde. Durante la noche, o al amanecer, todas las entrañas de los pescados del mercado que generalmente eran arrojadas al mar habían sido depositadas debajo de sus ventanas. Había un montón enorme que comenzó a pudrirse bajo el sol a medida que pasaban las horas. Llamaron al general en el acto, lo encontraron igualmente perfumado y fueron juntos a quejarse al Podestà, Sí, ¿cómo se llamaba el Podestà? Felipe Pascoli. ¡Un nombre tan italiano que se olía a la legua! Los recibió con marcada frialdad, porque el general era también yugoslavo y cuando se marcharon fueron de opinión, que el general compartía, de que no se tomaría la molestia ni de levantar el dedo. Tomsics tuvo que hacer quitar a su costa el montón de podredumbre. Pero a la mañana siguiente había otro montón en el mismo sitio, tan grande que debía incluir al del día anterior. ¿Quiénes eran los que habían llevado aquello? ¡Italianos! ¡Desde luego, italianos! Desgraciadamente, era imposible contratar a nadie más en Mandria. Pero esto no era más que el principio. A la tarde siguiente, unas enormes ratas comenzaron a infestar las habitaciones y la señora Tomsics encontró tres sapos vivos bajo su almohada. Durante la noche fue lanzada una carta por la chimenea; no llevaba texto, pero sí unos cráneos con unos signos de exclamación. Durante dos días no se atrevieron a comer y se sustentaron con higos secos. En aquel momento el propio general les aconsejó que se marchasen. Prueba de la nobleza de su carácter fue la devolución del alquiler de tres meses. Tomsics terminó su discurso en la reunión de la Sociedad Irredentista declarando que los sentimientos italianos antiyugoslavos eran indiscutiblemente muy fuertes en Mandria.

Pero las latentes diferencias italo Yugoslavas no nos interesan de momento, porque si quisiéramos ocuparnos de todos los conflictos fronterizos italo franceses, francogermanos, checorumanos, griegoturcos, búlgarorusos y sabe Dios cuántos más que estaban incubando en 1930 como la gota en tiempo húmedo, no podríamos dirigir nuestras miradas a la villa Hasparics, donde los pintores se ocupaban de dejarlo todo listo antes de la partida del señor Gruber. Y así se hizo. Cuando llegó el próximo barco, la villa del general estaba pintada y sin mácula, esperando a sus misteriosos ocupantes. El señor Gruber se llevó al general y sus cuatro perros y los instaló en el hotel de Fiume, con objeto de que no se quedasen en la villa por descuido. Consideró muy natural que Occhipinti, el farmacéutico, comenzase a llamarlo *Herr* Barón los últimos días de su estancia, y que Eligió Fanfoni lo acompañase incluso hasta el muelle el día de su marcha, despidiéndolo con una reverencia y diciendo: *Arrivederci, Excellence!*

Y así fue como Filippo y Zia entraron en el puerto de Mandria por la tarde del día siguiente al de su matrimonio. Era un lunes. Oscurecía.

—¡*Frau* Kunz! —gritó Zia, siguiendo las instrucciones del señor Gruber. La viuda apareció y la comitiva se puso en marcha hacia la villa de Hasparics, seguida

de una caterva de chiquillos negros y medio desnudos que llevaban los equipajes. Van trepando por la colina, y los débiles círculos de luz de los reverberos son como la luna, descienden a la tierra y danzan de felicidad mientras guían a los amantes hacia el lecho nupcial.

Dejémoslos solos ahora. No es correcto, ni en nuestro caso, turbar la paz de su luna de miel. Tampoco los seguiremos cuando, a finales de junio, abandonen Mandria, para continuar por Suiza, Francia y más tarde Escocia. Dejémoslos solos..., al final volveremos a encontrarlos en Budapest.

Debemos recobrar el aliento después del suplicio de la boda. De momento es hora de ver un poco qué pasa por el mundo.

Empecemos por España. Las cartas de Kristina desde España informaban que la dictadura de Primo de Rivera había terminado en manos del general Berenguer como primer ministro. Las últimas cartas de Kristina hablaban de una nueva orientación de la historia por estar enterada de la cual la Prensa americana pagaría una suma considerable, pero la carta recomendaba insistentemente a la condesa Menti que no hablase de ello a alma viviente. El hecho era que el rey Alfonso de España había decidido abdicar, lo cual quería decir que en España se proclamaría en breve una República. Es fácil imaginar el efecto de tales noticias en la condesa Menti.

Dirijamos una breve ojeada a Budapest. Era el último día de junio y la mayoría de los teatros celebraban su postrera representación. Hacía ya rato que sonó medianoche y las terrazas de los cafés estaban relativamente desiertas. Estas terrazas son como tamices. A medianoche el grano fino había pasado por el tamiz y se había ido a la cama, quedándose solamente los guijarros que no pasaban por el cedazo, gordos como avellanas o nueces, que vivían generalmente ocultos bajo tierra durante el día y rondaban por la noche en torno a las mesas, en grupos de dos, o tres, proponiendo irse a la cama. Y tenían razón; las noches de Budapest son muchísimo más dulces a esta hora. Los tranvías han silenciado sus ruidosos chirridos y una fresca brisa procedente del Danubio deslizábase por las terrazas. A aquellas horas las brisas del río tienen algo de sirenas desnudas.

Cuatro de estos guijarros gruesos como el puño, estaban en el cedazo de una de aquellas mesas. Pognár, Paul Fogoly, Eva Kócsag y un mercader de vino de Miskolc, que habían estado jugando al *barlcova*. Según Paul Fogoly, este juego le recordaba la antigua cetrería húngara, pero no explicó nunca minuciosamente la semejanza. Quizá se refería a los rápidos e ingeniosos golpes inherentes al juego y a aquella agudeza interna que es algo más que la visión física. En el transcurso de los años, el juego fue muy perfeccionado durante las largas noches húngaras, de la misma manera que el húngaro licor de melocotones llegó a la perfección en los viñedos de Kecskemét. Un

jugador se ausentaba de la habitación mientras los demás elegían la palabra que debía adivinar. Si la adivinaba en el espacio de quince minutos, recogía los veinte pengos que había sobre la mesa; de lo contrario, tenía que añadir más. Las apuestas se hacían sobre el que tenía que adivinar, y se valoraba según el valor de sus agotadores esfuerzos mentales. Las preguntas tenían que ser contestadas *sí* o *no*, daban en la raíz del problema como hachazos; el interés del problema aumentaba a medida que iba progresando. El hallazgo de la palabra secreta era un proceso de eliminación. Si no era un animal, no podía ser más que un objeto o una idea. Si no era sólido ni gaseoso no podía ser más que líquido. Si no era un hombre sería probablemente una mujer. Si no era blanco ni verde... y así sucesivamente. Pognár era un *barkovista* famoso; hacía una semana había adivinado el Gulf Stream en siete minutos, y para encontrar una ladilla sólo necesitó ocho. Sin embargo, fracasó con la palabra testigo, porque un testigo puede ser hombre o mujer, joven o viejo, y abandonó la partida agotado, después de hora y media de lucha. La maldita trampa había sido inventada, naturalmente, por Paul Fogoly.

—Tú sales, Imre —dijo Eva a Pognár.

Apoyando las dos manos sobre la mesa, Pognár levantó sus cien kilos de la silla.

—¿Tengo vuestro artístico permiso para utilizar mi ausencia con otro propósito?

—Ve, ve... —dijo Eva. Y cuando Pognár se hubo marchado acercaron las cabezas. El mercader de vino propuso la palabra «ácido acético» que se produce en la fermentación del vino. Fogoly prefería la palabra *üver*, conocida solamente de quien sea seis veces políglota. Es una sustancia cristalina y blanca llamada también «cristalita» y erróneamente «escaltina». Explicó laboriosamente que la población de Vérhalom, que literalmente en húngaro significa «colina de sangre», se llamaba originalmente Uvérhalom, o «colina de esmalte». Pognár blasonaba siempre de conocer la más insignificante palabra del idioma húngaro. Pero la señorita Kócsag, la *artista*, se aferraba a su idea, de la que no quería apartarse. La susurró a los demás, pero obtuvo una fría acogida.

—Lo adivinaré en minuto y medio —dijo Paul Fogoly moviendo la cabeza.

Pero tuvieron que aceptarlo, aun cuando no fuese más porque el tiempo concedido para la consulta se agotaba y Pognár se acercaba ya. El campeón depositó sus diez pengos al lado de los veinte del mercader de vinos y Paul Fogoly, reloj en mano, actuó de árbitro.

¿Animal? No. ¿Vegetal? No. ¿Hay alguno sobre la mesa? No. ¿Y en Budapest? No. ¿Y en Alemania? Sí. ¿Sólo uno? Sí. ¿Mayor que mi dedo? No. ¿Feo? Sí. ¿Oscuro? Sí. ¿Muy feo? Sí.

Pognár se apoderó del dinero.

—¡El bigote de Hitler!

Paul Fogoly dirigió a la actriz una mirada de desprecio y le volvió la espalda incluso con la silla. Las cejas de Eva Kócsag temblaron de emoción al ver la velocidad con que Pognár había resuelto la dificultad. Estaba convencida de que era

insoluble. Pocos segundos después, el tratante en vinos, dijo, casi para sí mismo:

—El ácido acético hubiera sido mucho mejor.

Pero había sido un notable instinto de orientación femenina elegir el misterio que llenaba el aire, que estaba presente en la imaginación de todo europeo: el bigote de Hitler. Ahora, quisiera o no, la conversación tenía que girar sobre la política. Un periódico que había sido leído hasta quedar hecho jirones yacía sobre una de las sillas, mostrando a gritos los titulares: '«Las tropas francesas se retiran hoy del Ruhr».

Kócsag, la *artista*, comenzó a bostezar. Las discusiones políticas le producían siempre el efecto de una píldora soporífera en su vaso.

—Me pregunto qué debe pensar en privado Mussolini de Hitler —dijo Pognár, a media voz.

—Es muy sencillo —respondió Fogoly—. Supongamos que tú eres Mussolini. Y supongamos que tu comedia es un gran éxito. Es una suposición difícil, pero supongámoslo. Ahora entro yo; soy Hitler. Lo primero que hago es robarte el esquema principal de tu obra, volver a escribirlo y hacerlo representar con un repertorio mucho más extenso. Y ahora viene una cosa que te sorprenderá. Mi comedia tiene un éxito mucho mayor que el tuyo. ¿Qué dices a eso, Pognár-Mussolini?

Pognár se limpió un diente con una cerilla rota y quedó pensativo. «La analogía, pensaba, no era tan mala como eso».

El tratante en vinos se acercó a la mesa y dijo que había recibido noticias importantes de Polonia. El Gobierno polaco estaba en conversaciones secretas con Francia y las dos naciones habían decidido declarar una guerra preventiva a Alemania, si Hitler ocupaba el poder. En este caso, Italia participaría también de la guerra preventiva. Los intereses italianos y alemanes habían sido siempre irreconciliables. Pero todo esto eran *nonputarem*; las elecciones alemanas de setiembre borrarían a Hitler del mapa.

Por aquellos años los judíos tenían un vasto número de argumentos, estadísticas y suposiciones que debieron ser para ellos una gran fuente de consuelo. Pognár no tenía un punto de vista tan brillante de las actividades nazis en Alemania. Relacionado con su teoría racial, comenzó a hablar del instinto de masa del hombre.

Alguien llamó desde la acera.

—Kócsag, ¿va usted al ensayo mañana o no? Porque si no va usted, tampoco iré yo.

Pognár, que daba la espalda al recién llegado, volvió su silla para verlo. Se trataba de representar su obra aquel verano. Con un grito dio la respuesta a una pregunta que no hubiera sido hecha si el que la formuló hubiese sabido que el autor de la obra se hallaba presente.

—¡Estará en el ensayo y a su hora! Y si llega usted medio minuto tarde le retiro el papel. ¡Granuja!

Al ser pronunciado este insulto el actor Ludasi apareció en la terraza. Era un

hombre sumamente corpulento. Con el rostro sombrío, se detuvo a cinco pasos de la mesa y preguntó con tono amenazador:

—¿Iba esta observación para mí?

Pognár señaló la calle desierta.

—¿Lo duda usted, Romeo? ¿Hay acaso algún otro granuja además de usted?

El actor quitó el periódico del evacuado Ruhr de la silla y se sentó. Se llevó una mano al corazón, como el hombre que acaba de correr un grave peligro.

—Me había asustado usted... Creí que se refería a alguien más...

¿Hubiera sido lógico irse a casa? ¿Dejar inacabadas aquellas dulces noches de Budapest? Los bostezos desaparecieron de los finos labios de Kócsag, y el tratante en vinos encargó champaña.

Pero en vista de que la actriz ha evocado ya en nuestra imaginación el bigote de Hitler, dirijámonos a Alemania y vayamos directamente a Munich, a un piso de la Maximilianstrasse donde, después de una pausa de varios años, podemos volver a encontrar a nuestro amigo el doctor Otto Kliegl, el preceptor, en compañía, desde luego, del conde János. No hablaremos ya de ellos como preceptor y discípulo, pues János ha cumplido ya los veinticuatro años. Ahora se dirige a su preceptor llamándole sencillamente Otto y éste le llama János y no Su Excelencia. Otto está ocupado ahora escribiendo un libro. Ha dedicado el libro a Adolfo Hitler y le ha dado el espléndido título de *Dein Kampf*. Hitler no tendrá objeción alguna que hacer al libro, porque está lleno de adulación, continuas alabanzas, por decirlo así, suficientes para autorizar a cualquier autor a dar el familiar «tú» al objeto de sus adulaciones. Los ingenuos lectores de este libro, amigos de Otto principalmente, pueden recibir, sin embargo, la impresión de que Otto estaba en realidad en íntimas relaciones con Hitler, cosa no poco meritoria, pues Hitler sólo permitía a tres hombres el familiar tuteo y, además, debió considerar el número excesivo, pues no tardó en despachar a uno de ellos, el capitán Roehm, al mundo de las sombras. *Dein Kampf* era una obra de formidable profundidad, fruto de minuciosas investigaciones históricas. Sólo faltaba la revisión final. El libro esgrimía el hierro de la lógica demostrando que la actual situación catastrófica de Europa no era sino la culpa de Metternich durante el Congreso de Viena de 1815. En un mundo dinámico que gravita hacia el principio de la supremacía de la raza, el concepto del *status quo* era *wie ein vereiterter Blinddarm* — como un apéndice infectado—. (Durante la redacción del libro, János había sido operado de apendicitis en un sanatorio de Munich). Un capítulo aparte estaba dedicado a los legitimistas húngaros partidarios del príncipe Otto y demostraba que estas actividades eran notablemente similares a la repulsiva e inútil costumbre de muchos pacientes: *den entfernten Blinddarm im Spiritus aufbewahren* (la costumbre de conservar en alcohol el extirpado apéndice).

Otto y János habían llegado a ser amigos inseparables. A pesar de que disponían

de cuatro habitaciones en Maximilianstrasse, incluyendo dos dormitorios separados, dormían generalmente en la misma cama. Esto era el resultado de la importancia que daba Otto a los ejercicios atléticos que hacían cada mañana, al unísono y desnudos. Más tarde comenzaron a hacer los ejercicios al acostarse también. Otto tenía un cuerpo bonito y afeminado, afeado por un lupus del tamaño de una mano debajo de la tetilla izquierda, que a fuerza de exponer a los rayos de las lámparas solares, tratarlo con ungüentos y cubrirlo con polvos de color de carne había conseguido hacer prácticamente invisible. El dedo pequeño de su pie izquierdo cruzaba hacia su vecino de una forma curiosa, como un gusano sobre una ramita y por consiguiente había que hacerle el calzado especial y más ancho en este sitio.

Del preceptor y sus preceptos sólo quedó una cosa, que mientras recorrían las calles de Munich, Otto seguía llevando la conversación y su tono de voz era el de otros tiempos, pero ahora no eran las históricas bellezas de la ciudad bávara lo que retenía su interés. Cruzaron el bello puente de Luitpold sin comentario alguno, ni prestaron tampoco atención alguna a la estatua del conde Rumford.

Se detuvieron frente a la antigua taberna Sternecker.

—Aquí estamos —dijo Otto, quitándose el sombrero antes de entrar. Se retiraron a un pequeño saloncillo donde eran los únicos clientes a aquella hora. Con un delantal verde, el único camarero puso delante de ellos los blancos jarros de cerveza, tan respetuosa y silenciosamente como el sacristán tendiendo el Salterio en una iglesia protestante, porque aquel tipo de cliente le era ya familiar. Gruesas sillas de madera tallada, algunos jarros de latón, varios pares de astas de ciervo, una ardilla disecada y un halcón también disecado decoraban la estancia, así como la amarillenta fotografía, enmarcada y ensuciada por las moscas, de uno de los clubs alegres de Munich. Levantaron sus jarros blancos, se miraron y bebieron.

—Aquí es donde empezó —dijo Otto, después de haber vuelto a dejar su jarro sobre la mesa y con la mayor precaución por no turbar aquel religioso silencio. Su reverente expresión no estaba realizada por el bigote de mandarín, blanco de espuma de cerveza, que había omitido limpiar.

»Fue en mayo de 1919 —prosiguió—, cuando el comandante de la Segunda División de Infantería mandó a uno de sus hombres asistir a una reunión del Partido de Trabajadores Alemanes y observar qué ocurría. El soldado llegó, se detuvo a la puerta. —Otto señaló hacia la ardilla disecada—. No consiguió, encontrar asiento porque había ya veinte personas en la sala. Gottfried Fedor hablaba. El soldado esperó hasta el final de la larga y aburrida conferencia y, entonces, juzgando que había oído ya bastante, se disponía a marcharse cuando empezó el período de la controversia y un hombre de edad, de tipo de profesor, con monóculo y chaqué, se levantó a hablar. Hizo trizas el análisis de Fedor sobre la supremacía del pensamiento alemán, y lo contradijo con el sorprendente argumento de que Baviera debía separarse del Imperio germánico. Austria se uniría en breve a ella cuando se convirtiese en Estado independiente. Al llegar a este punto el soldado pidió la palabra

y en términos inconfundibles le dijo al del monóculo lo que pensaba de él. Cuando terminó la reunión, un hombre con aspecto de campesino se acercó al soldado y le pidió su nombre y dirección. Varios días después recibió una postal informándole de que había sido aceptado como miembro del Partido de Trabajadores Alemanes. Al soldado le hizo gracia y al mismo tiempo le irritó aquella forma de reclutar miembros, pero fue, no obstante, a la siguiente reunión, con la intención de anunciarles que no quería pertenecer al partido.

—*Zahlen bitte schon!*

Otto pagó las consumiciones prácticamente en medio de una frase y salieron silenciosamente a la calle, fueron hacia Herrenstrasse y entraron en el Alte Rosenbad, uno de los más pequeños y sucios restaurantes de Munich. De nuevo Otto encargó dos cervezas y se volvió hacia János.

—El grupo celebró su siguiente reunión en este restaurante. Cinco muchachos jóvenes se instalaron en esta misma mesa bajo las viejas luces de gas y acogieron efusivamente al soldado cuando lo vieron aparecer por la puerta. —Al referir el hecho, en la voz de Otto había algo del tono del Nazareno contando acaso por milésima vez la historia del nacimiento del Niño en un pesebre.

—El soldado no hizo todavía su declaración. Esperaba la apertura de la sesión. *Herr Harrer*, presidente de la Federación Imperial, llegó entonces. No había nadie más; tan sólo dos presidentes y cuatro miembros. Formaban el partido entero y el soldado sólo había ido a protestar de su involuntario alistamiento. —Otto echó un largo trago de su vaso de cerveza y de nuevo su bigote de mandarín quedó blanco de espuma—. Las minutas de la última reunión estaban listas y aprobadas. Vino después el informe financiero. El activo del club (se llamaban todavía club a sí mismos) era de siete marcos con cincuenta *pfénig*. Cinco de los concurrentes dieron al tesorero un voto de confianza. Sonrojándose embarazado, el joven tesorero se puso de pie y saludó. El soldado no había dicho todavía una palabra; se limitaba a ver y esperar...

Otto se levantó, se dirigió a la gentil propietaria y preguntó dónde estaban los lavabos. Estamos ya familiarizados con la debilidad de su *musculus constrictor vesicae*.

Al quedarse solo en la mesa, János fijó la mirada en la cerveza y se preguntó hasta dónde iría aquel misterioso soldado. El muchacho apartó de su frente el rubio mechón de pelo; su nariz era una nariz tan Schayenheim, tan recta, que sólo podría compararse con la de Policleto, como hizo observar una vez el conde Joachim. La expresión de la boca era taciturna, y había una cierta vaciedad y frialdad en su sombría mirada azul. Tenía veinticuatro años, pero pocas cosas más podían saberse sobre él porque raras veces hablaba.

Otto regresó de los lavabos, abrochándose los pantalones, lo cual es siempre síntoma de que el hombre está preocupado con sus pensamientos. Se sentó delante de la cerveza y prosiguió:

—Entonces Drexler, el presidente, leyó la respuesta de *Herr Harrer* a varias

comunicaciones de fuera de la ciudad que fueron unánimemente aprobadas. El soldado escuchaba los ridículos procedimientos del club con una mezcla de lástima e irritación. No tenían siquiera un sello oficial. Cuando llegó el momento de iniciarlo en la cofradía, el soldado no quería ofender a aquellos bien intencionados muchachos y dijo que lo pensaría mejor y pidió una copia del reglamento, que no era más que una serie de frases de propaganda escritas a máquina sobre una hoja de papel. Regresó a su diminuta habitación del cuartel y se entretuvo, como hacía siempre, en darles migas de pan a los ratones. Le gustaban aquellos animalitos porque también él había pasado mucha miseria en su vida. Entretanto, leyó varias veces el reglamento de la sociedad y llegó a la conclusión de que era una palabrería huera y sin sentido. Después de dos días de reflexión, decidió reunirse con sus colegas y aceptar su admisión. Le fue entregada una tarjeta provisional de identidad con el número siete. *Zahlen, bitte schon!*

Mientras esperaban que viniese la propietaria, Otto añadió los siguientes pormenores a la historia del Alte Rosenbad.

—Distribuyeron invitaciones escritas a mano entre sus amigos y el soldado repartió ocho, pero el resultado fue decepcionante. Sólo acudieron siete de ellos a la reunión. Pero el número de asistentes fue aumentando de quincena en quincena; doce, trece, diecisiete, veintitrés, treinta y cuatro.

Otto se levantó y se arregló los tirantes que cruzaban su camisa verde. Antes de marcharse, János miró de nuevo la baja habitación con la mirada que emplean los turistas al examinar las cavernas de granito en las que las misteriosas fuerzas de la naturaleza han creado una inmortal estatuaria de reluciente humedad, dando vida a criptogramas de piedra.

Así se fueron a la bodega de la Hofbrauhaus, de la misma manera que habían visitado una vez París, cuando Otto se detuvo bajo una ventana de la rué de Rivoli mostrando la habitación que había sido testigo del asesinato del almirante Coligny, la noche de San Bartolomé del año 1572. Entonces, como ahora, los hechos eran auténticos, con la diferencia de que las fechas retenidas de memoria procuradas por el *Guide Bleu* eran olvidadas al día siguiente, mientras estos pormenores de ahora brotaban del material de la fuente que había permitido escribir el *Dein Kampf*, y estaban profundamente grabados con letras capitales en el corazón de Otto.

En la bodega de Hofbrauhaus contó la reunión que tuvo efecto allí con la asistencia de ciento once personas. El soldado hizo su primer discurso en aquella ocasión, a finales de 1919. Su petición de fondos produjo un total de trescientos marcos en medio de un ambiente entusiasta.

De allí fueron a la bodega de Eberlbräu. Los muniqueeses contemplaron a aquellos dos hombres de camisa verde, pero algunos de ellos sabían ya que la camisa verde era el uniforme de los nazis húngaros, cuyo emblema era una flecha y una cruz.

—En octubre acudieron a la reunión ciento treinta personas. Dos semanas después, aquí, en este mismo sitio, había ciento setenta.

Prosiguieron hacia el Deutsches Reich. Era un establecimiento mucho más grande.

—La primera reunión aquí atrajo a doscientas tres personas; la segunda a una multitud compuesta de doscientas setenta.

La voz de Otto iba agudizándose al pronunciar estas cifras. Prosiguieron su peregrinación.

—El 24 de febrero de 1920 la primera reunión de masas del nuevo movimiento tuvo efecto en esta sala. Dos mil personas asistieron a ella, los jarros de cerveza volaron por el aire; sangrientos puñetazos interrumpieron los discursos y los revólveres dispararon en el estrado. Pero los cuarenta y cinco muchachos designados para el mantenimiento del orden lucharon como lobos y finalmente consiguieron expulsar de la sala a algunos centenares de la oposición.

Sólo faltaba ver el Stadium, en el que algunos meses ante cinco mil seiscientas personas llenaron las gradas de los anfiteatros. El soldado había abandonado el polvoriento uniforme de la Segunda División de Infantería y era ahora el Führer, de pie en el estrado, con una camisa parda sobre la cual ostentaba un cinturón y un brazal. Enormes esvásticas decoraban el estrado, estandartes basados en el dibujo de un dentista de Stamborg. El dentista había dibujado una esvástica sobre un fondo blanco, con las puntas dobladas, como las tenazas que utilizaba para arrancar las muelas. El dibujo original fue hecho por el propio Führer, que era un hábil dibujante. Durante semanas enteras discutieron la cuestión de los colores. Negro, negro y rojo, negro, rojo y oro. Blanco y negro, blanco y azul... y, finalmente, el Führer tomó una decisión; el fondo debía ser rojo, color que excita a las masas. El campo blanco simbolizaría el nacionalismo germano mientras la esvástica negra representaría la supremacía de la raza aria y el fondo rojo el socialismo. Según el Führer esto servía para atraer al partido la masa del socialismo germano, pero no evitó que Rosenberg, el primer publicista del partido, tratase incluso a Sócrates de cochino socialista.

Durante el transcurso de los días siguientes, Otto dirigió una respetuosa petición al Cuartel General del partido, solicitando, en nombre de Otto Kriegl y del conde János Dukay de Hemlice y Duka, una audiencia del Führer.

La solicitud no fue contestada durante dos semanas. Una segunda petición tuvo la misma suerte. Otto imaginó que los dirigentes del Partido no consideraban oportuno hacer llegar la petición hasta el Führer; evidente, el nombre de Dukay no surtía el efecto deseado. Políticos extranjeros, especialmente los de las naciones del sudeste de Europa, luchaban ya impetuosamente por obtener entrevistas con el Führer en aquellos tiempos. La mayoría de ellos estaban poseídos de una inmoderada pero infructuosa ambición política, y querían azotar hasta la muerte la oposición de su país con el asta de la bandera de la esvástica. En relación con el futuro de Europa, el Führer era el *barrage*^[43] de artillería que precede al ataque. No era fácil conseguir acceso hasta él.

La tercera solicitud de Otto estaba redactada en términos más dignos y, en cierto

modo, ofendidos. Esta vez no destacaba el nombre de los Dukay, sino el hecho de que representantes del partido de las Flechas de Hungría, que profesaban ideales similares a los del Nacionalsocialismo, trataban de entregar la milenaria nación húngara al campo del Führer, una nación cuya tradición militar era históricamente demostrable y fuera de duda. A pesar de que Otto no había traído tal comisión de Hungría y el partido de las Flechas contaba en aquel momento escasamente con siete miembros, los dirigentes del partido en Munich miraron con gran interés esta solicitud y la sometieron al Führer; pocos días después fueron informados de que se les había fijado una audiencia con el Führer para las cuatro y cinco minutos de la tarde del jueves. La audiencia duraría diez minutos.

—¡Diez minutos! —exclamó Otto agitando la mano—. ¡Una vez esté dentro permaneceré por lo menos una hora y media!

Con sumo tacto, excusándose, informó al conde János de que durante algunos días tendrían que dormir en habitaciones separadas, porque pensaba trabajar de noche. Preparó cuidadosamente su discurso ante Hitler. A través de la puerta, János le oía pronunciar acaloradas declamaciones que parecían las de un actor aprendiéndose su papel.

El jueves por la mañana vino un barbero y se hicieron cortar el pelo; vinieron también la manicura y el pedicuro, y Otto devolvió dos veces los zapatos a Joseph, el ayuda de cámara, porque no brillaban lo bastante.

Al llegar al Cuartel General unos guardias armados que ostentaban la insignia del *Sturm Abteilung* les exigieron mostrar el pase. En la antesala tomaron la cartera de Otto y registraron su contenido. Sonrieron levemente al ver el título de *Dein Kampf* en la cubierta del original dactilografiado, pero volvieron a meterlo en la cartera. Los dos fueron conducidos a la sala de espera.

En vista de que tenían todavía que esperar una hora y media, vamos a dejarlos allí de momento. Es hora ya de profundizar un poco en el pasado.

Es la primavera de 1906 y nos hallamos en Viena, en el jardín del palacio Dukay de Bosendorferstrasse. Los acontecimientos del mundo exterior han dejado intacto el jardín. ¿A quién le interesa la Conferencia de Algeciras? ¿Quién se acuerda todavía de ella? Sin embargo, aquel día, el 7 de abril, la conferencia se dio por terminada. Bélgica, Francia, Alemania, Inglaterra, Holanda, Italia, Portugal, Rusia, Suecia, los Estados Unidos y la Monarquía austrohúngara estuvieron representados. Es la conferencia en la cual, por primera vez, se vio claramente que Alemania sólo tenía un amigo en el mundo: La Monarquía. Las otras delegaciones eran contrarias a la forma de llevar la discusión de Alemania. Tenemos también que saber algo más referente a la escena internacional de aquel tiempo; es decir, que el Gobierno zarista de Rusia llevaba a cabo ejecuciones en masa a fin de ahogar conspiraciones y atentados. Por lo demás, Europa dormitaba tranquilamente en brazos de la Paz y la Tranquilidad.

La condesa Mentí baja las escaleras semicirculares que llevan al jardín. Tiene sólo treinta y un años en aquel momento. De sus cinco hijos, János y Zia no han

nacido aún, pero János ya está en camino. Esto se ve claramente por la figura de la condesa, pues se halla en su séptimo mes de embarazo. De una de las ventanas del piso llega hasta ella el sonido del piano durante la lección del profesor; Kristina, que tiene diez años, está haciendo escalas. En el rostro de la condesa se dibuja la indignación. Hace ya días que dos obreros han estado trabajando en el jardín, porque la condesa Mentí traza ella misma los planos de los macizos de flores e insiste en ver florecer a tiempo sus flores favoritas. Ha exhortado a los jardineros a que terminasen su trabajo cuanto antes, pues era ya un poco tarde. El más viejo sigue trabajando, pero el joven se ha retirado más de una vez a un rincón del parque a descansar. Ahora mismo, lleva más de una hora sentado sobre una roca. Imagina que nadie lo ve, pero ignora que la condesa lo ha estado contemplando desde la ventana durante todo el día. ¡Ahora verá! La condesa avanza, en dirección al jardinero, por el lecho de tierra medio cavado, con gran rumor de faldas. El indolente ha visto aproximarse a la condesa, pero no se levanta, no se mueve, sigue sentado donde está, con los codos en las rodillas. La indignada condesa se detiene delante de él, pero antes de haber podido decir una palabra se fija en que la hierba, a sus pies, está manchada de sangre, signo evidente de que el hombre ha echado sangre por la boca.

—*Sind Sie krank?* (¿Está usted enfermo?).

—*Ja.*

—*Tuberkulose!*

—*Ja.*

El joven jardinero parece todavía un muchacho. Su pelo oscuro le cae sobre la frente. Su bigote ha empezado apenas a apuntar.

—*Ah, mein Gott!*

(¡Ay, Dios mío!).

La falda de seda cruje al dirigirse al palacio, ocultando su enorme vientre hábilmente disimulado bajo un amplio manto. Manda llamar al señor Gruber, cuya figura es todavía arrogante y su cabello profuso. Usa un cuello de aletas tan alto que sería la envidia de una jirafa. Y el señor Gruber llama al joven jardinero a su despacho.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Diecisiete.

Escribe la dirección de un médico de Viena en una hoja de papel y manda al muchacho a que vaya a visitarse gratis. Al propio tiempo le da al muchacho doscientas coronas, regalo de la condesa.

No proseguiremos esta historia, en parte porque el resto no tiene interés y en parte porque acaba de abrirse la puerta del Führer y ha salido un personaje con camisa parda y cruz gamada. Otto y el conde János entran. La habitación está amueblada con un juego de sillones de cuero, un sofá y una mesa. El Führer está sentado en el sofá y se pone de pie, pero no da un paso para recibir a sus huéspedes. La primera impresión es que su bigote y su cabello son castaño oscuro, a pesar de que hayan parecido

negros en las fotografías. Tiene dos bolsas de igual tamaño debajo de los ojos. Sus manos son del tipo que la gente llama artísticas; dan la impresión de hallarse a sus anchas sobre un piano o modelando arcilla. Las venas del dorso de sus manos son salientes como cuerdas, incluso hasta las puntas de los dedos. Lleva el pelo echado hacia atrás y la piel desnuda brilla desde sus orejas hacia el codo.

—*Setzen Sie sich* (Siéntese) —dijo su voz ronca una vez terminadas las presentaciones y los apretones de mano: aquella voz tan familiar a todos los poseedores de un aparato de radio del mundo.

En la habitación hay dos hombres más con camisas pardas y la cruz gamada en sus brazales, sus codos bien rapados y en el rostro las cicatrices de los días de las escuelas prusianas. Pero no se sientan; abiertas las piernas y las manos en la espalda, permanecen a cada lado del sofá. Otto tiene en la punta de la lengua un discurso de una hora y media. Y se demostró que tenía razón; la conferencia duró en efecto una hora y media, pero la diferencia fue que apenas pudo articular más allá de un par de *bitt' schon*. La voz ronca habló incesantemente durante hora y media, gruñendo con fuerza de vez en cuando, y el puño, que parecía estar atado con un lío de venas, golpeaba la mesa rítmicamente. Comenzó por las causas del colapso nacional, se internó en la política internacional del partido, censuró a los vieneses por su impureza racial, que era la fuente de toda corrupción, discutió la falsa faz del federalismo, los problemas de propaganda y organización y tuvo tiempo de dedicar un *brave Soldaten* a los húngaros, mientras se extendía sobre la política alemana de alianza y expansión oriental. De vez en cuando había lugar para alguna observación humorística que inducía a la risa y en aquellas ocasiones las dos figuras de los lados del sofá estallaban en un ¡ja, ja, ja! como dos sincronizadas máquinas para reírse. El Führer sonreía también, una sonrisa que contorsionaba completamente sus facciones. Sus mandíbulas se abrían como si fuesen de goma; la larga barbilla retrocedía y la expresión de su rostro era la de un tiburón de buen genio que se estuviese divirtiendo. La oratoria del Führer era rapsódica. Sus años juveniles se mezclaban al tema de las alianzas, y el problema judío con las dinastías vienesas. Decía cosas así:

—Mi padre quería que fuese funcionario civil. Cuando le dije que quería ser pintor, me dijo que estaba loco.

—¡Ja, ja, ja! —rieron los dos estafermos.

Y en cuanto al problema judío:

—La limpieza física es ajena a los judíos. Desgraciadamente, esto se ve incluso con los ojos cerrados.

—¡Ja, ja, ja! —dijeron las dos máquinas rientes, mientras Otto se agitaba en la silla como si lo estuviesen pinchando.

Una hora y media después el Führer se levantó. Se volvió hacia el conde János.

—¿De qué Dukay es usted hijo, *Herr Graf*?

—De István Dukay.

—¿Tienen ustedes un palacio en Viena, en Bosendorferstrasse?

—Lo tenemos todavía.

—¿Vive su madre?

—Sí.

—¿En buena salud?

—Sí.

El Führer se quedó un momento contemplando la alfombra. Estaba pensando en los pocos días que había pasado en aquel jardín como jornalero cuando tenía diecisiete años. Otto no había tenido razón. No había sido la oferta de vender a Hungría lo que había hecho posible la conferencia, porque aquella Hungría que blasonaba de mil años de proezas militares había sido ya ofrecida en venta, sobre bases más sustanciales y de una forma más efectiva, por políticos que llevaban nombres magiares. En este caso fue el nombre de Dukay lo que impresionó al Führer, y nadie se dio cuenta porque el señor Gruber no había preguntado su nombre al tuberculoso. El Führer tendió la mano al conde János y dijo:

—Recuérdeme usted a su madre...

Los dedos de Otto temblaban buscando en la cartera. Sacó una fotografía del Führer y le pidió, balbuciendo y ruborizándose, que le pusiese una dedicatoria. El Führer frunció el ceño y su bigote pareció achicarse.

—*Ich bin keine Schauspielerin!* (¡No soy ninguna actriz!).

La negativa fue casi brusca, de manera que Otto no creyó oportuno leerle fragmentos del *Dein Kampf*. Los dos acólitos de camisa parda avanzaron hacia la puerta, arrastrando casi a los visitantes consigo. Sonrieron al oír la palabra *Schauspielerin* y al abrir la boca el más pequeño apareció debajo del bigote un diente de plata. El bigote era de la exacta forma que el del Führer y su tonalidad alcanzaba desde el morado hasta el bermellón.

Otto y el conde János anduvieron durante largo rato por las calles sin decir una palabra. Había una razón para su silencio. Otto estaba ofendido por la contestación recibida, y no haber conseguido dos palabras escritas al sesgo en la fotografía le hacía sentirse ridículo a los ojos de János. Sin dejar de caminar, se quitó una mota de polvo de la camisa verde y dijo únicamente:

—¡Es igual! ¡Espera a que se publique *Dein Kampf!*

Dejemos ahora a las dos camisas verdes avanzar por Maximilianstrasse y volvamos a Hungría.

Zia y Filippo regresaron a fines de setiembre.

La casa de Fuga Utca estaba dispuesta y esperando, lo mismo que el motor de un automóvil. Es como decir que las ventanas recién pintadas se abrían fácilmente, que los macizos de flores estaban ya sin ellas y que la casa había perdido aquella crudeza que es como la sensación de una camisa nueva cuando no ha sido lavada todavía. La servidumbre estaba en la casa desde mayo: se componía del portero, el chófer, el cocinero, el ayuda de cámara y Elisabeth, la doncella que había estado en París con los Dukay. Todo el personal había sido elegido tan cuidadosamente por la condesa

Mentí y la Regente del Ojo Único en la estirpe Dukay, que todos ellos procedían de familias que habían servido a los Dukay durante tres generaciones. Lo mismo había ocurrido con los muebles, elegidos después de otro minucioso escrutinio efectuado en las habitaciones de los áticos de las mansiones Dukay, que olían a alcanfor.

Mientras estuvieron prometidos, Zia y Filippo habían trazado minuciosos planos de cómo amueblarían cada una de las habitaciones. Filippo era, indiscutiblemente, el que tenía más inventiva en materia de decoración interior, pero Zia le pisaba los talones. La aristocracia húngara posee ese sencillo secreto del gusto que la clase media acomodada no consigue adquirir. Hasta cerca de Navidad, Filippo había pasado largas horas con el arquitecto inclinado sobre el papel azul de los planos. A pesar del fruncimiento de ceño y el desaliento del señor Stendhall, hizo quitar la ornamentación de estuco de la fachada de la villa, borró con su lápiz las dos urnas de cemento de los pilares de la puerta y transformó toda la apariencia externa de la casa con la noble simplicidad de su gusto propio. Los italianos son maestros en este arte. También en tiempos de Beatrice fueron ellos quienes trajeron aquellos lindos palacetes a Buda a bordo de sus galeras de hierro.

Filippo y Zia, como la mayoría de los que regresaban de la luna de miel, llegaron sin alharacas. Sus padres y amistades examinaron a Zia como si fuese un paciente que acabase de llegar de un sanatorio después de una grave operación; en realidad, los comienzos del matrimonio son algo por el estilo. Esto es consecuencia del cambio de clima, el cambio de sangre, el efecto curativo o venenoso de las palabras extrañas y las frases extranjeras. Sus padres y amigos quedaron tranquilizados: Zia era feliz.

No sólo la villa aguardaba a Filippo, sino también las modernas oficinas de *L'Uccello Italiano*, en el centro de la ciudad, con sus ventanas cóncavas, sus letreros de neón, sus divanes verdes, circulares para comodidad de los clientes, y sus diversos departamentos cerrados por un espeso cristal sobre el cual pendían de unos cordones de seda las placas que los identificaba; billetes, equipajes... Sobre una cortina de color tabaco pendía otra placa trilingüe *Presidente, President y Elnók*, que significaba lo mismo en húngaro. Naturalmente el presidente era Filippo. Desde hacía cuatro meses, los seis empleados de la casa habían agotado todas las existencias de novelas, desde Walter Scott hacia abajo, de la cercana librería circulante, porque no tenían nada que hacer. La firma, financiada por el conde Dupi como principal accionista, no había hasta entonces corrido el riesgo de ningún accidente de aviación, porque su única flota consistía en la hélice del escarapate principal. Pero esto no era tan importante como que los empleados recibiesen puntualmente un sueldo de una generosidad tal, que la oficina de la renta interior hubiera podido atribuir el incremento de los zumbidos de los aviones sobre el cielo de Budapest a las actividades de *L'Uccello Italiano*. Sin embargo, no hay que suponer que aquel diván de color *upistache* no fuese frecuentado. Cada mediodía veía la aparición del conde Sigi que proclamaba tener un santo terror a los viajes aéreos y cobraba ánimos a cada visita consumiendo media botella de coñac francés que le facilitaban en el

departamento de equipajes. Quienquiera que se acercase al departamento de billetes y pidiese un billete para Bombay recibía un excelente café recién tostado, mientras la taquilla de informaciones le procuraba un succulento *vol-au-vent*. El portero, vestido con un uniforme azul pizarra con las palabras *L'Ucello Italiano* bordadas en la gorra, iba continuamente de la oficina al restaurante contiguo. Era el único de la firma que recorría millas diarias. *L'Ucello Italiano* se convirtió en el punto de reunión de la sociedad aristócrata; el conde Charles, el cazador de leones, aparecía por allí casi todos los días informándose de cuándo tendría lugar el primer vuelo para Alaska, porque quería cazar osos grises; acudieron también el conde Henrik, el jugador; la baronesa Renée, e incluso el príncipe Andrés en cuanto se enteraron que las exquisiteces consumidas en *L'Ucello Italiano* eran gratuitas. No es, pues, sorprendente que el primer balance semestral no arrojase el menor beneficio. Pero es imposible esperar que una firma arroje beneficios desde el principio. El conde Dupi lo comprendió perfectamente cuando celebró su conferencia comercial con Filippo.

Estábamos ya en 1931. ¿Qué género de vida llevaba en Europa una pareja de recién casados? Si es que podemos llamar Europa a la villa de Fuga Utca, ¿y por qué no?, puesto que estaba ocupada por un príncipe Ozzolini y una condesa Dukay, emparentados con toda Europa por una red de amigos y relaciones. La red alcanza incluso a los Estados Unidos. Su cuarto de baño es idéntico a los de los castillos del Loira y sus criados se movían con el mismo ceremonial que los de los castillos de Escocia.

Comenzaremos por el desayuno. Se despertaban a las diez, lo cual es comprensible si se tiene en cuenta que no se iban nunca a la cama antes de las dos. A la llamada del timbre, el ayuda de cámara y la doncella entraban con el desayuno en una de aquellas bandejas plegables que pueden apoyarse sobre la cama. Té, pan tostado, jamón, huevos pasados por agua, mantequilla, mermelada y pomelos; en aquellos tiempos los pomelos no eran caros y podían obtenerse fácilmente en las fruterías de Budapest. En la forma cómo estaba arreglada la bandeja, en la manera cómo la tetera de plata se mantenía caliente, en la cazoleta qué conservaba los huevos en su punto y en el rosado de las lonjas de jamón, había matices y pormenores de buen gusto, pero de momento no tienen gran importancia.

Con algo de dolor de cabeza y un poco de ojeras, jugaban un partido de tenis en su pista después del desayuno y el baño, y trazaban sus planes para el día. Era ya cerca de mediodía. Filippo saltaba al coche amarillo (regalo de boda del conde Lajos a Zia) y se iba a sus tareas presidenciales donde los clientes le esperaban impacientemente. Zia se quedaba en casa, escribía alguna carta, se encerraba en la cámara oscura o se iba a dar uno de aquellos solitarios paseos a los que tan aficionada era. A las dos se reunían para la comida de mediodía que, naturalmente, no guardaba ninguna relación con aquella forma de llenarse el estómago de los húngaros, con los blancos manteles y las servilletas atadas al cuello formando orejas de conejo, y su desfile de sopas calientes, grasosas costillas de cerdo, grandes cantidades de verduras

y tallarines como remate. Siguiendo la costumbre extranjera hacían una comida ligera que era más bien un simulacro de almuerzo. Al terminar, Filippo se instalaba en un cómodo sillón de brazos, y pasaba media hora medio dormido; pero ni aun entonces la comisura de sus labios abandonaba su presa: la boquilla de ébano con su círculo de diminutos diamantes. Los esfuerzos de Zia por quitarle esta costumbre habían sido estériles. Zia, regularmente, se instalaba en el suelo rodeando con sus brazos las rodillas de Filippo como si fueran bañistas en la playa sobre los colchones de caucho frente a la rompiente de las olas. La cabecita rubia de trigo reposaba sobre el regazo de Filippo, su rostro en la región del corazón.

Las reuniones y los cócteles ocupaban sus horas de la tarde, reuniones diseminadas por toda la ciudad como los buzones de correos, ya se celebrasen en los aboyados palacios de Buda, en las Embajadas extranjeras o en el elegante Museo Utca. Concierto, opera o teatro, por la noche; después, la cena en alguna casa particular, con los *scampi* ya un poco pasados, a pesar de haber sido llevados en avión, truchas ahumadas de Yugoslavia, o *grouses*, rezumando ya, procedentes del norte de Inglaterra. O bien cenaban en alguno de aquellos restaurantes cerrados donde los camareros sabían que a la princesa Marie le gustaba el agua fría, pero deseaba el agua mineral que el barón Adam no tomaba sal con la langosta al estragón y que el conde Joachim, con su barbita a lo Enrique IV, pedía el *padlizzán*^[44] hecho según la receta que había traído de Constantinopla. Los zingaros daban la nota íntima con sus canciones favoritas, canciones que volvían a la actualidad cada diez años como si estuviesen siempre a mano bajo el címbalo, de manera que una mirada bastaba para que el primer violín sorprendiese al barón Adam, recordándole una canción que fue su favorita hacía doce años. En aquellos momentos, mientras los violines entonaban la suave melodía del *Cserebogar, Sárga Cserebogar*, los ojos se llenaban de lágrimas; era un momento saturado de sincera felicidad, el más bello momento de este mundo cruel. Una mujer de edad, vestida como la esposa de un médico de provincias, reinaba en los adyacentes lavabos. Después de cenar había que pasar «solo media hora» en «La rata ciega», el Monterrey Bar o acaso al Andalucía Club, donde Zia volvía a encontrar otra vez a *Adalbert*, el diminuto elefante de tío Paul, apenas crecido y cubierto de pintura dorada desde la trompa a las patas, con la señora Lidanda (conocida por Rose Liebschutz después de las horas de trabajo) con sus flotantes trenzas a lo Lorelei caídas por la espalda, y recitando con voz vibrante las últimas composiciones líricas de Erno Hiplic en honor de aquellos levantinos tratantes en caballos, borrachos perdidos, o de aquellos cambistas que parecían diplomáticos y llevaban en sus camisas blandas enormes diamantes y acompañaban a atractivas amantes calzadas con sandalias de oro, hijas de generales retirados o de zapateros de Rákoscsaba.

Los domingos servían para aliviar la monotonía semanal. Misa por las mañanas, después golf en Svabhegy, o quizá todo el día en el campo, o una cacería, dependía del tiempo. Había ocasionalmente tiempo para leer alguna que otra novela corta, pero

el máximo esfuerzo de voluntad no pasaba de abrir algún capítulo del *Jean Christophe*, de Román Rolland, o *Forsythe Saga*, de Galsworthy. Frecuentaban, sin embargo, el salón literario de la princesa Karola.

El salón literario de la princesa Karola no carecía de variedad. Allí podían encontrarse los más notables escritores, actores y artistas creadores, que parecían fracasadas imitaciones aristocráticas; pero su tema de conversación era como una ilimitada llanura sobre la cual, como jinetes al galope, emprendían la persecución de *El Puente de San Luis Rey*, o el último concierto de Golvonsky, o de cualquier otro motivo de discusión que apareciese sobre el tapete a instigación de la dueña de la casa. Estos intelectuales temían una inagotable reserva de anécdotas de teatro o del mundo literario, historias que, desde hacía diez años, eran consideradas pólvora mojada en sus clubs, pero que se contaban con seguridad en el salón de la princesa Karola. El salón era el lugar de reunión de las radiantes luces de la inteligencia y una invitación confería un cierto rango a los recipiendarios, como socios de alguna secreta Academia, pero algunas veces se presentaba también alguien, como Erno Hiplic, dispuesto a ofender a los habitantes con su mera presencia. Su invitación estaba basada en el rumor que alcanzó a la princesa Karola antes que a nadie de que uno de los empresarios teatrales había, al parecer, aceptado su primer *libretto*. Hiplic se apresuró a acercarse al conde Joachim con el fraternal tuteo y su segunda frase fue la declaración de que no consideraba que Bernard Shaw fuese un escritor. Ocasionalmente, pero a título de excepción, los verdaderamente grandes hacían también su aparición allí, respondiendo a la repetida insistencia con que la princesa Karola telefoneaba y mandaba telegramas amenazándolos con ofenderse si no iban. Estaban, al parecer, bajo el peligro de ser perseguidos. Estas aves raras parecían tristes, como si hubiesen perdido su última ilusión, y envueltos ya en la taciturnidad de sus propias estatuas parecían estar mirando atrás desde otro mundo. A menudo usaban zapatos de color con el *smoking*.

Éstos eran los senderos que seguían Zia y Filippo un poco monótonamente, como el péndulo del reloj siguiendo el impulso de su mecanismo. Celebraron el primer aniversario de su boda quedándose tranquilamente en casa. Pero al día siguiente volvieron a comenzar y continuaron.

Una tarde de setiembre, Ferenc telefoneó preguntando si querían ir al teatro. Su mujer y él tenían un palco. ¿Qué daban? ¡Ah, no se habían fijado en el cartel! Era la noche de estreno, de todos modos. Ferenc se había casado con Vira, la belleza bronceada que había sido muchacha de honor de Zia y tenía diez años menos que su marido. Las dos jóvenes parejas eran casi como el célebre enganche de cuatro caballos del conde Dupi, tan regularmente salían juntos por Budapest durante las noches.

Esposa obligada, Zia tomó a su cargo ir traduciéndole la comedia a Filippo a

medida que avanzaba. Pero cometió el error común a muchos de los espectadores de los palcos. Su explicación se expresaba así: «Ahora entra, una mujer vestida de verde... saca un revólver y dispara contra él...». Sólo raras veces salvaba alguna frase del diálogo: «La mujer dice que ayer...». Pero era incapaz de traducir lo que la mujer había dicho porque el dialogo era rápido y ocupaba toda su atención para no perder nada de él. La mantenía en un constante estado de excitación, y, accidentalmente, traducía algunos fragmentos de frase como: «Mañana por la tarde... ¿Tú también...? Hay que impedirlo...

No, no debe producirse... ¡ Oh, espera...! ¿Cómo lo decís...?». Inclino la cabeza y apoyó su índice derecho en la sien, pero la palabra no vino. Entretanto, el dialogo en la escena seguía corriendo, como un caballo de carreras al ver al rival colocarse a su lado. A Zia le era imposible coger el hilo de la historia.

El primer acto terminó entre aplausos. El conde Ferenc comenzó una discusión sobre las diferentes maneras según las cuales se celebraban las noches de estreno en los diferentes países, sosteniendo que el carácter de éstos se reflejaba en estas diferencias. Según la tradición de la Comedie Française, el nombre del autor ni siquiera aparecía en el programa. Al final de la representación, el primer actor avanzaba en el proscenio, se quitaba la peluca y decía: «*Mesdames et Messieurs*: la comedia que hemos tenido el honor de representar ha sido escrita por Fulano o Mengano...». El público podía aplaudir o silbar, pero el autor permanecía invisible. Desde luego, toda la ciudad sabía desde meses antes quién era el autor de la obra, pero el teatro había conservado aquella vieja tradición de anónimo, de la misma manera que ha conservado esa serie de golpes en el suelo del escenario para indicar que la representación va a comenzar. Los actores franceses salen a saludar en los entreactos, pero los ingleses no. Los aplausos resuenan después de cada acto pero no se levanta el telón hasta el final. Un autor inglés está siempre en el teatro el día del estreno, pero no sale nunca a escena. Si la obra es un éxito, da las gracias a los aplausos desde su palco. En Nueva York el nombre del autor figura en el programa, pero ni sale a escena ni se halla presente en un palco. Ésta, decía el conde Ferenc, es la forma correcta. En Viena y Alemania reinaban otras costumbres. Arrastran al autor delante del telón y el público contempla con terror el infortunado cadáver. Hay dos razones para ello. En primer lugar, el autor está pálido de excitación y ansiedad. Y segundo, y más importante, los actores van pintarrajeados de diferentes gamas de ocre, de manera que el autor, aunque estuviese rojo de emoción parece siempre entre ellos una mosca en un plato de leche. Experimentados autores subsanan este inconveniente pintándose también. Entre bastidores el autor finge que ha tenido que hacer un supremo esfuerzo antes de que llegara el momento de ser arrastrado al escenario, pero, en su excitación, lo olvida a menudo un momento y grita, dando una patada en el suelo: «¡Venga, venid ya a sacarme por el amor de Dios!». Dicen que los compositores de operetas vienesas popularizaron esta lucha delante del telón, pero en la escena húngara también se desarrolla un verdadero circo entre los actos. Primero

sale todo el repertorio. Después las dos estrellas. Después una tras otra. Después el autor con dos tercios del repertorio, y luego el autor con la mitad. El autor y la primera actriz. El autor con los dos primeros actores separadamente. Finalmente el autor solo. Lápiz en mano, el director del teatro anota el número de llamadas a escena después del primer acto; cuántas para toda la compañía, cuántas para los dos tercios, cuántas para las estrellas y cuántas para el autor. El encargado de levantar y bajar el telón trabaja tan febrilmente como el cordón de policía para contener la exaltación de la muchedumbre cuando se produce un gran incendio. Arriba, abajo, arriba, abajo; el telón parece una enorme bomba que, a cada movimiento del pistón, inhalase el frenesí de la concurrencia y, al siguiente, a modo de compensación, precipitase a los actores y al autor. Entretanto, el movimiento del telón crea un fuerte viento que lanza sobre los espectadores de primera fila, y los peinados de las damas recién salidas de manos de los peluqueros, todo el polvo acumulado en el escenario. Vira le pregunté a Filippo si los actores italianos salían también a saludar durante los entreactos. El dueño de la boquilla de ébano respondió que durante los entreactos los actores italianos daban vueltas con carretillas de mano por delante del telón.

—¡El autor! ¡El autor!

Con sus doscientas libras de carne metidas dentro de un ajustado *smoking*, Pognár hizo su tercera y solitaria aparición en el escenario. Estaba mortalmente pálido, pero sabemos ya las razones de su palidez. Su encrespado y negro cabello parecía una guirnalda sobre su frente. El telón seguía subiendo y bajando frenéticamente. Entonces ocurrió una cosa terrible. El autor, que momentos antes había permanecido delante del telón, con su abundante cabello, apareció de pronto calvo como un melón, porque un adorno del telón descendiente había movido de su sitio a su tupé y en alas de la corriente de aire fue a parar al palco de un archiduque. Afortunadamente, el público no se dio apenas cuenta de ello, porque Pognár se cubrió súbitamente su bola de billar con las dos manos y desapareció detrás de la cortina. Rechinando los dientes se precipitó hacia el encargado del telón, gritando:

—¡Villano! ¿Qué has hecho de mi cabello?

De buena gana hubiera abofeteado a aquel hombre, pero tenía las dos manos ocupadas en proteger su cráneo y no se atrevía a separarlas de él. El maquinista no tenía idea de lo que pasaba. Entretanto, el director se había dirigido al palco real y, a cuatro gatas, buscaba el peluquín y explicaba a Su Alteza al propio tiempo, que el autor le había arrojado su tupé como deferencia.

Entre bastidores había también otros motivos de excitación. Maquinistas, reporteros, tramoyistas, fotógrafos, parientes y vestidos rondaban de un lado para otro. La modista no había entregado aún el traje a la actriz que debía aparecer en el segundo acto. La actriz estaba de pie en medio de su camarín y gritaba con toda la fuerza de sus pulmones; quiso también arrancarse el cabello, pero no podía porque su madre le sujetaba uno de los brazos y su novio el otro por temor de que se volviese loca. Entretanto, el telón había ya absorbido todos los aplausos del público y los

actores se iban a fumar cigarrillos; sólo los estudiantes del tercer piso seguían gritando:

—¡Kócsag! ¡Kócsag!

Pero el telón se había parado, Kócsag, la *artista*, vestida de verde, se acercó al telón y miró por la mirilla. Sólo ella sabía a quién buscaba entre el público. Lo único que podemos suponer es que no era al tratante de vinos de Miskolc. Entretanto, el peluquero había vuelto a pegar la volante peluca de Pognár.

Pognár, con expresión de agotamiento, recibía a sus amigos que lo saludaban con mudos apretones de mano o volubles felicitaciones cuyo sentido es a veces difícil de interpretar: «¡Imre, hombre! ¡Jamás en tu vida has escrito una obra como ésta!». Frase que no explica claramente si quiere decir tan buena o tan mala. En cuanto a los mudos apretones de mano pueden perfectamente ser una forma de consuelo, algo como: «No importa, hombre, ya escribirás algo mejor otra vez». Pero el espíritu de Pognár flotaba todavía en una incierta nube de esperanzas. Minadas de problemas y tareas bullían en su cerebro como acero fundido. Las últimas instrucciones a los actores, la técnica del alumbrado, el arreglo de la escena («No ponga otra vez el piano tan cerca del sillón»), pero sus fuerzas se acababan. Pensaba que si el empresario vienés que estaba en la sala se decidía a comprar la obra y ésta conseguía un éxito mundial, podría comprar aquella villa de Sashegy, y, a pesar de todo, casarse con Eva Kócsag. Este sueño interno le hacía acudir las lágrimas a los ojos. Incorporándose súbitamente y despidiéndose con una inclinación de todos los bien intencionados, subió al vestidor común del segundo piso y le gritó a un actor vestido con la librea de criado, que estaba leyendo una novela policíaca:

—¡Oiga usted, calamidad! ¡Ha dicho usted otra vez Consejero Resnovsky! ¡Es Greznovsky, Greznovsky, idiota!

Y se fue hacia otro vestidor.

Entretanto, la hermana viuda de Pognár, en su papel de espía y curiosa como siempre, se mezclaba con el público y escuchaba sus observaciones. No podía comprender cómo, después de un primer acto como aquél, la gente podía discutir de la salida al campo al día siguiente, de la dimisión del ministro de Obras Públicas o de la importancia textil. Disfrazada en la oscuridad de su propia identidad, conseguía oír algunas frases de una conversación entre varios agentes y el empresario vienés, los cuales, en un grupo aparte, estaban pesando ya la posible venta a Hollywood. Uno de ellos observó:

—El primer acto es excelente.

—Éste es el mal —repuso otro con lentes de concha—, los escritores húngaros no han aprendido todavía el secreto de los autores franceses que consiste en escribir un tercer acto excelente, un segundo mediocre y un primero infame.

El segundo acto estaba a punto de empezar. Filippo volvió a su sitio como si fuese al sillón del dentista y Zia tomó de nuevo su papel de traductora. El público no se había dado cuenta todavía de la inminente catástrofe que se preparaba en la escena;

en el calor de la excitación uno de los tramoyistas había olvidado retirar la escalera con la cual había estado arreglando la lámpara. Los actores, al entrar en escena, quedaron sorprendidos al encontrar aquel nuevo y silencioso actor en el reparto. Aquello les impedía moverse debidamente porque cada paso tenía que ser cuidadosamente preparado. Pognár estaba entre bastidores, con el rostro oculto en sus manos y de cara la pared. ¡Todo estaba perdido! Conferenciando agitados, el director de escena y el empresario estaban tratando de encontrar algún rasgo genial que permitiera sacar la escalera de escena, porque estorbaba en la comedia como una monstruosa espina de pescado clavada en la garganta. El actor Ludasi salvó inesperadamente la situación. Vestido de chaqué y con la chistera en la mano, tenía que dirigir esta frase a su esposa:

—Adiós, querida, tengo que irme a conferenciar con el secretario de Estado.

En lugar de esto, dice:

—Adiós, querida tengo que irme a conferenciar con el secretario de Estado; es un personaje muy alto, ya lo sabes...

Y sale con la escalera al hombro.

Un huracán de aplausos y risas estalla en el público. La risa argentina de la baronesa Renée parte de uno de los palcos. El conde Ferenc y Vira hacen coro a Zia y cuando Filippo por fin comprende que el secretario de Estado de Hungría es un personaje tan alto que sólo puede llegarse a él por medio de una escalera, estalla también en carcajadas. La rígida actitud del Regente se suaviza gradualmente con una sonrisa y se une asimismo a los aplausos, pero sólo como si quisiera demostrar el arte del aplauso con lentos movimientos. El aplauso de sus manos hallaba eco en el archiduque al otro extremo del palco. Alguien hizo observar que aquélla era la primera frase ingeniosa de la comedia. Las zorras biliosas del teatro se hicieron signos de comprensión. Al oír el estallido de los aplausos, Pognár apretó la frente contra la pared, como hizo años más tarde, durante los bombardeos, porque suponía que se avecinaba la catástrofe final! La verdad es que la escena de la escalera franqueó el puente del aburrimiento en la primera mitad del segundo acto. Se enteró también de lo ocurrido y abandonó su proyecto de asesinar al autor de la catástrofe al terminar la obra. Pero, sin embargo, le dijo a Ludasi, a quien el director y los demás actores estaban felicitando entre bastidores:

—¿Qué significa esto de improvisar en mi obra?

Cuando terminó el acto, comenzaron nuevamente los saludos, con la diferencia que esta vez Pognár, con el dedo medio de su mano derecha, sostenía su bisoñé sobre su cabeza, creyendo que nadie se daba cuenta de ello.

Los cuatros amigos se marcharon antes de comenzar el tercer acto. Fueron a cenar a su sitio habitual, aquel excelente y diminuto restaurante donde, al entrar, los músicos miran su librito secreto y comienzan a tocar las piezas favoritas de Zia, y Vira y del conde Ferenc, una después de otra. Saben que la canción favorita del conde Ferenc es una inglesa que empieza: *Tomorrow evening...* Casi todas las mesas están

ocupadas por conocidos suyos, pero no con sus esposas, generalmente. La princesa Marie está con un individuo alto y huesudo y conversan en francés. Elisabeth está con un desconocido de *smoking*, y el conde Carlos, el cazador de leones, con una conocida actriz. La princesa Karola iba acompañada de toda su tertulia literaria. En una mesita solitaria al lado de la pared había dos representantes de la fidelidad conyugal. El conde Péter y su esposa Margaret, que era conocida por el nombre de Margarita Cruz Hoja por sus actividades relacionadas con esta institución. Después de medianoche —era cerca de la una, en realidad— el conde Ferenc, levantándose, hizo su habitual proposición.

—Vamos un rato a «La rata ciega».

El sedán amarillo siguió obedientemente en pos del *roadster*^[45] azul oscuro del conde Ferenc.

Sigi estaba ya en «La rata ciega», borracho perdido y haciendo un discurso. Cuando vio a Filippo comenzó una larga disertación sobre la conveniencia de la amistad italo-húngara. Su discurso fue necesariamente fragmentado porque, a causa de la deferencia debida a las distinguidas damas allí presentes, pronunciaba las palabras incorrectas en voz tan baja que sólo podían ser oídas por los que le rodeaban, quienes, por otra parte, tenían motivos para soltar la carcajada. Y tuvo que cortar su discurso a la mitad cuando una pareja de baile comenzó su número en la pista.

A las dos de la mañana llegó otro grupo: Pognár y Paul Fogoly saludaron al conde Ferenc con un frío «¡Hola, Ferenc!», saludo que mencionamos sólo porque hubiera sido incomprensible cien años antes. En sus cartas al conde de Keszthely el vasto cuerpo y el igualmente vasto espíritu del escritor Daniel Berzsenyi se retorcían con repulsiva bajeza. El grupo teatral obtuvo una mesa al lado de la de Zia y la conversación se generalizó entre los dos grupos. Vira y Zia habían conocido vagamente a Pognár y Paul Fogoly en el salón de la princesa Karola, pero, desde luego, habían olvidado los nombres de los escritores. Éstos, por el contrario, sabían perfectamente los de las dos condesas. Un oficial de policía le pareció también conocido a Zia. Las damas no conocían todavía a Eva Kócsag, la *artista*. Después de la segunda botella de champaña, Ferenc propuso: «Vamos a reunimos todos», y las dos mesas fueron puestas una al lado de la otra. Los dos grupos se fundieron en uno solo. Al hacer las presentaciones, Eva Kócsag, que sabía que Filippo no hablaba húngaro, le tendió la mano diciéndole:

—*Good bye!*

Su conocimiento de las lenguas era escaso, pero quiso demostrar que sabía elegir la palabra oportuna. Sólo en alemán conseguía poder hacerse entender suficientemente por los extranjeros. El policía se volvió hacia Zia.

—Quizá no se acuerde usted de mí, princesa. Estaba de servicio en el aeródromo cuando fue usted a esperar a su prometido.

Los dos grupos entraron en franca cordialidad. Lo único que ocurrió era que Pognár, suponiendo que el «Vamos a reunimos» no había de tardar en llegar, había

puesto en guardia a Eva contra sus habituales y crudas observaciones delante de las condesas, que eran muy sensibles. Por consiguiente, Eva adoptó el tono y los ademanes de *lady Windermere*, papel que había representado en escena la temporada pasada. Las condesas no sabían gran cosa de la actriz, que había salido recientemente a la luz pública y era considerada, en general, como de segundo orden, pero el conde Ferenc no escatimaba las alabanzas por su actuación de aquella noche. Pognár quería particularmente saber qué pensaba del tercer acto. Sus preguntas confundieron un poco a las dos parejas, pero la presencia de espíritu del conde Ferenc acudió en su ayuda.

—Me encantó. La última escena entre el hombre y la mujer es positivamente formidable.

Consideraba seguro suponer que toda comedia tiene una escena final entre un hombre y una mujer. Pognár asintió pensativamente.

—¿Qué le parece a usted la escena en que el marido coge del cajón las tijeras para la manicura?

—¡Perfecta!

Cuando le explicaron a Filippo que Pognár era el autor de la comedia que había visto lo felicitó efusivamente, diciendo que la escena de la escalera era, a su juicio, un golpe de genio literario. En aquel momento, Ludas i se aclaró la voz ostensiblemente, pero tuvo suficiente sentido del honor entre ladrones para abstenerse de traicionar el secreto delante de aquella distinguida concurrencia. Los ojos de Zia y Vira estaban fijos en Eva. Estudiaban la línea de sus cejas, depiladas y Vueltas a marcar, y sus suaves labios, su cabellera castaño oscuro y su indolente y aterciopelada, pero, sin embargo, provocativa mirada; examinaban las aletas de su delicada nariz, la casi deslumbrante blancura de su piel, y las mal cortadas y enrojecidas uñas de sus gordezuelas manos; contemplaban todo su cuerpo, que rayaba la obesidad. La contemplaban como si fuese algún animal raro y extraño, cuyos hábitos de nutrición y reproducción, cuyo género de vida, no fuese aun totalmente Conocido de la zoología. Paul Fogoly, a su vez, fijaba sus miradas en Zia, en la dorada guirnalda de su cabello rubio, en el brillo verde manzana de sus ojos, en la delicada y curiosa forma de sus labios que habían llevado al conde Joachim a compararlos con jóvenes pajarillos, en la bella forma de sus uñas sin pintar, en sus bellas y ágiles manos, en la maravillosa curva de sus hombros, en el delicado tinte de sus dientes, en su nariz — que estaba imperceptiblemente descentrada— y en las aletas que tenían un suave brillo. La miraba así porque estaba buscando un modelo de heroína para su próxima novela. La mirada de Ludasi, sin embargo, estaba centrada en Vira. Estaba visiblemente subyugado por su bronceada belleza.

Bailaron, cada uno con todos los demás. Sólo Pognár y sus doscientas libras permanecieron sentados, declarando: «No tengo talento para el baile».

—Ni para nada más —hizo observar Paul Fogoly.

Eran las cinco de la mañana cuando, finalmente, se marcharon. El cochecillo

amarillo cruzó al galope las calles desiertas al amanecer y, de vez en cuando, un agente de policía sacaba su carnet. La policía sabía ya que a aquellas horas de la mañana no era la bencina lo que hacía andar los coches, sino el champaña.

De la comedia y de todo lo de aquella noche sólo una imagen quedó grabada en la mente de Zia: la visión del profuso cabello bronceado de Vira reposando sobre el hombro de Filippo mientras bailaban. Se había agarrado a él con tal fuerza que su rostro estaba completamente oculto mientras ondulaban al compás de un *foxtrot*. Zia sabía cómo los músculos del brazo de Filippo buscaban la suavidad del pecho, y sabía también la muda elocuencia de sus piernas. Era cierto que también de esta forma bailaba Ludasi, pero estuvo pensando en Filippo todo el tiempo. Sin embargo, ¿estaría Filippo pensando en ella mientras el torrente de bronce se aferraba a sus hombros? Los celos penetraron por primera vez en su pecho, como el misterioso dolor de una desconocida y fatal enfermedad.

CAPITULO X

HABÍAN transcurrido quizá seis semanas. Era a finales de octubre y el otoño desplegaba su esplendor una vez más. Las selvas de las colinas que circundaban Buda parecían brillar con sus escarlatas bajo la luz del sol otoñal y los tonos avellana de los jardines de Buda irradiaban una luz purpúrea. Zia estaba en la terraza, vestida con su bata roja, en aquella maravillosa terraza que dominaba la ciudad entera. En el cochecillo amarillo limón, Filippo iba descendiendo por la rápida pendiente de Fuga Utca, silenciosamente, porque no había puesto en marcha el motor. La boquilla de ébano estaba entre sus labios como siempre y, volviendo la cabeza, hizo un ademán con la mano para decir adiós. En la terraza, Zia respondió con el mismo ademán, sin pensar que aquel rígido saludo no pertenecía tanto a ella como a los legionarios romanos que Mussolini había arrancado de sus tumbas. Zia copió simplemente el ademán de Filippo, como le copiaba tantas cosas; por ejemplo, el ademán de rascarse la cabeza con el índice encorvado puesto en alto, cuando estaba preocupado por alguna cosa. Y también algunas veces se daba cuenta de haber copiado la errónea pronunciación *ze*, típica de los italianos, en lugar de *je*, así como convertir en *u* castellana la pronunciación silbante de la *u* francesa. Esta tendencia era el caudal de su deseo, la sumisión de una mujer enamorada, una fusión de su alma con los ojos cerrados.

En la terraza, la mano tendida permaneció un momento en el aire, como un semáforo rojo. Los ojos de Zia iban siguiendo el cochecillo amarillo de Filippo por entre las ramas de los árboles de las calles de Buda, viéndolo desaparecer detrás de una esquina para verlo de nuevo pasar como una flecha amarilla por detrás de un huerto. Finalmente desapareció en dirección al Puente de Margarita. Hasta entonces no bajó su brazo. Su mano cayó con un ademán de tristeza y ansiedad. Una iglesia cercana daba las doce y las campanadas resonaban en la neblina nacarada como habían sonado una vez en el campo de aviación. Filippo no saldría de su despacho de la presidencia de *L'Uccello Italiano* hasta las dos. No volvería a verlo hasta dentro de dos largas horas.

La llamada del teléfono llegó a la terraza, incierta, casi como si viniese de la villa vecina. Zia corrió a él, quizá llamaba Filippo. Al principio llamaba siempre al llegar a la oficina, tan sólo para preguntarle: *Comment vas tu?* No había motivo alguno para esta pregunta, puesto que acababan de separarse hacía tan sólo algunos minutos, pero ¿quién busca lógica en el amor, en el tono arrullador de unos recién casados? Son tonos que no consiguen siquiera velar el amor, en frases tan triviales como «no olvides pagar la nota del gas» o «no olvides traer la aspirina». Aquellos *Comment vas-tu?* no eran más que reminiscencias de lo pasado entre ellos por la noche, continuación de algo que jamás saciaba.

La voz de una mujer resonó en el teléfono con cierta vacilación. El primer «oiga...» fue seguido de una pausa reveladora de que el que llamaba había esperado

hablar con otra persona.

—¿Está en casa Su Alteza el Príncipe?

—Acaba de Salir hace un momento. ¿Quién llama?

Un momento de silencio.

—Muchas gracias. Llamaré por la tarde.

La desconocida colgó el receptor. Era la voz de Vira; Zia la había reconocido en el acto. Era la «voz de miope» de Vira, porque parece como si el defecto de la vista tuviera su influencia en la voz también. Era imposible que no hubiese reconocido la voz de Zia. Y por esto colgó sin dar el nombre. ¿Qué querría de Filippo? ¿Es que habría algo entre ellos? Durante largo rato Zia permaneció inmóvil al lado del teléfono, con la mirada fija en él, hasta que sintió dolor en los ojos por la rigidez de su mirada. Apartó la vista, echó la cabeza atrás, cerró los párpados para dar descanso a sus ojos y, al volver a abrirlos, los fijó nuevamente en el teléfono. ¡Cuán obstinado, cuán sombrío, cuán amenazador puede ser el silencio de un teléfono! De todos los objetos inanimados es el único que se ha convertido en un sistema nervioso mecánico para la humanidad y es capaz, a la inversa de tantos otros objetos, de mantener un elocuente silencio. Tenía que llamar a Vira, decirle que era ella quien había contestado al teléfono, preguntarle qué quería. Quizá se imaginaba cosas, acaso se tratase de algo sin la menor importancia, después de todo. Quizá Vira estaba todavía en cama, medio dormida, cuando telefoneó, cansada de la noche pasada sabe Dios dónde. O quizá debería llamar a Filippo y decirle que llamase a Vira porque había telefoneado y quería hablar con él. Quizá la voz de Filippo la tranquilizaría. Pero la disciplina de los Dukay le dijo que no descolgase el teléfono. El rostro y la silueta de Vira se le apareció tal como la había visto en «La rata ciega», con su abundante cabello bronceado sobre el hombro de Filippo mientras bailaban. Era extraño que no hubiese visto a Vira desde entonces. Antes siempre salían juntos, era como el enganche a cuatro. ¿Por qué se habrían alejado? Quizá también esto fuese significativo. Con tanta fuerza la llamada telefónica evocaba en ella la visión de la cabeza de bronce de Vira sobre el hombro de Filippo, que parecía que la corriente eléctrica de los hilos hubiese hecho estallar la imagen en la imaginación de Zia, como si fuese un infernal artefacto disfrazado en la casa en forma de cenicero o bombonera. Y la explosión servía para derribar muros, para revelar cosas y mecanismos ocultos. Hacía tan sólo tres semanas que se había tropezado con Filippo y Vira en plena ciudad. No era nada; en realidad, no significaba nada, como tampoco tenía significado aquel ligero golpe que había sentido en el corazón el día de «La rata ciega» y que toda joven esposa siente cuando ve a su marido con otra mujer. Pero ahora las imágenes y recuerdos cobraban súbitamente vida.

Filippo tenía algo que ver con Vira. Había empezado no hacía mucho; el momento preciso de su iniciación podía ser determinado con exactitud. Todos los pormenores que se habían ido almacenando desordenadamente en la mente de Zia comenzaban a moverse. Se agitaban, se ponían en orden hasta formar una vaga

realidad. Hacía diez días que Filippo la había tocado por última vez. Sí, diez días exactamente; la última figuraba señalada en su calendario; el miércoles hizo ocho días. Desde su noche de bodas no había olvidado marcar en el calendario algo cuyo nombre no sabía en ningún idioma, ni siquiera en francés, porque era la única palabra que Berili le había siempre ocultado. La marca era un puntito colorado, el leve toque de la punta del lápiz y sólo ella podía saber lo que significaban estos puntitos colorados. Tras los puntitos rojos se ocultaba algo en lo cual pensaba en términos de una palabra que ella misma le había dado, pero que jamás pronunció en voz alta. *Packhaus*, una palabra asociada al vivo recuerdo de la metamorfosis de la virginidad en la feminidad, que le ocurrió una noche cuando el expreso de Fiume estuvo parado en algún lugar de la baja Austria y ja joven esposa corrió la cortina de su compartimiento para asomarse. Ésta era la primera palabra sacada de la realidad de una vida de la cual había vivido separada a una distancia estelar, y todo el rechinar de dientes, terrores y maravillosos resplandores de las grandes distancias tocaban a su fin con la súbita parada del tren, y las distancias desaparecían, y a través de las cortinas de un compartimiento que acababa de gravitar por los espacios interestelares se asomaba la mundana realidad de la vida con una sola palabra: *Packhaus*; una palabra escrita en una' de las puertas de la estación de ferrocarril austríaco, un rótulo que en su integridad decía *Gepiickhaus*, un rótulo que cumplía monótonamente los deberes de un signo y no sabía que un poste telegráfico había tapado la primera sílaba; no sabía que unos ojos femeninos nebulosos, a través de la cortina levantada del compartimiento de un coche cama, captarían el mutilado fragmento como símbolo de algo con lo cual el rótulo nada tenía que ver, de algo con lo cual el rótulo estaba inocentemente complicado. El rótulo decía solamente *Gepiickhaus* seca y racionalmente, con la pintura que empezaba a caer de los bordes y el orín formándose sobre el hierro de las letras. *Packhaus* ocupó su lugar al lado del Crepúsculo de Cobre del alma de Zia, en alguna parte del fondo de su corazón, como secretos documentos de decisiva importancia ocultos en los más remotos escondrijos de un subterráneo abovedado.

Los diminutos puntitos rojos aparecían en todos los días del calendario; algunas veces había dos; otras, tres. Cada mes tenía tres o cuatro omisiones debidas a causas naturales. Y después, en febrero, había un lapso de ocho días, cuando Filippo tuvo un ataque de gripe y estuvo en cama con fiebre. No había pues, una explicación alguna para este lapso de diez días, y hasta entonces Zia no la había buscado. Pero ahora la explicación aparecía, inesperadamente y saturada de siniestros pronósticos, como un feroz animal erguido sobre sus patas traseras, sediento de sangre y dispuesto a saltar.

Vira. Su espesa cabellera bronceada reposa sobre el hombro de Filippo y ahora la música de un foxtrot llena la habitación. El soñoliento sollozo de la trompeta de plata se oye claramente, y entonces aparece el rostro del músico con los ojos medio entornados mientras toca el instrumento; pero la imagen revoloteaba por la estancia como un murciélago que entra al ver la ventana abierta, describe dos o tres círculos

alrededor de ella y desaparece como ha venido.

Vira. Tiene unas uñas grandes y un poco esponjosas, y en todo su cuerpo femenino hay una cierta fuerza brutal y vulgar. En sus movimientos, en la forma como sabe mover los hombros al comenzar a andar. Su defecto de la vista...; en sus ojos cercanos hay algo amenazador cuando los fija en algo o en alguien. ¿Vira, bella? Su cintura es increíblemente flexible, extraordinariamente estrecha en comparación con sus anchas espaldas. En el claro color de su piel y en la natural riqueza de su cabello hay quizás una especie de magnetismo que afecta sólo a los hombres. La boca es grande y fea. Es una boca hambrienta. Sus ropas exceden del límite permitido a una condesa. Aquel traje rojo remolacha que llevaba en «La rata ciega» la hacía parecer una *cocotte*. Desde luego, tío Fini sostiene que hoy en día las condesas y las *cocottes* se visten de la misma forma, fenómeno que tiene la simple explicación de que todas las *cocottes* quieren ser condesas y las condesas *cocottes*, y ambas, algunas veces, lo conseguían. Vira es una *cocotte* de pies a cabeza. Indiscutiblemente engaña a Ferenc. Se lo dicen mutuamente todo, es verdad; pero hay una cosa de la cual Vira no habla nunca. No todo el mundo es como Elisabeth.

Hacía tres días, Filippo había telefoneado diciendo que no iría a cenar porque tenía una conferencia de negocios. Era cierto que los directores de la Corporación Aérea de Roma estaban en Budapest y tenía que cenar con ellos. Pero Filippo regresó a casa a las seis de la mañana. ¿Dónde estuvo hasta el alba? Ahora mismo, al marcharse, volvió a llamar desde la puerta para decir que vendría a almorzar, pero que tenía otra conferencia por la tarde.

Zia se sentía tan débil que casi no podía sostenerse de pie. Se tendió sobre el sofá y fijó los ojos en el techo, sin moverse durante largo rato. Su respiración parecía la de alguien muy enfermo. Entonces se levantó, se vistió, se pasó un par de veces delante del espejo el enorme peine violeta por el cabello y se fue a dar su paseo habitual. Automáticamente colgó de su hombro la cámara fotográfica con su estuche de cuero. Iba a algún sitio, pero no sabía exactamente dónde. Llevaba largo rato caminando cuando se detuvo súbitamente. Dio media vuelta. Sabía dónde había querido ir.

Por las cercanías de Sas Utca, en una de las callejuelas llenas de tiendas había un letrero que decía: «Grünberger y Compañía. Exportadores de Huevos». Varios empleados descargaban canastas de huevos de un carro tirado por dos caballos, metiéndolas en la sórdida tienda. Un hombre joven, cubierto con una especie de batín castaño, vigilaba la operación Carnet en mano, iba anotando el número de canastas descargadas, pero, cuando el momento lo exigía, se metía el carnet y el lápiz en el bolsillo del batín y ayudaba a descargar las canastas, tarea que requería la experiencia de un profesional, dada la fragilidad de los huevos. El muchacho era un hombre robusto, de anchas espaldas y pelo rubio y sedoso que le caía sobre la frente; casi tan rubio como la cola y las crines de los dos robustos percherones enganchados en el

carro. El muchacho difícilmente aparentaba veinte años. Tenía la frente llena de puntitos rojos, como si alguien la hubiese estado usando como alfiletero. Dentro del establecimiento, en una especie de jaula de cristales con el rótulo «Despacho», estaba Grünberger en persona ocupándose de un aspecto más intelectual del negocio, rodeado de montones de facturas azules y rojas y conocimientos de embarque. A través de la puerta, gritó:

—Venga un momento, barón.

Sí, el muchacho era el barón Ubi, a quien encontramos la última vez como guarda de honor, en la boda de Zia, vestido de uniforme magiar con la espada al cinto.

—Voy en-n-n seguida —respondió el barón Ubi, con una ligera inclinación, reliquia de su educación esmerada.

Tartamudeaba ligeramente, pero sólo con la letra «n», inclinando siempre un poco la cabeza hacia un lado. El año anterior el barón Ubi había ganado la copa en una carrera de motocicletas en Viena. A los dieciséis años dio tal salto mortal con su máquina que estuvo cinco meses en la cama. Desde entonces inclinaba la cabeza hacia un lado y tartamudeaba un poco, pero sólo con la letra «n».

Él fue quien, vestido de niño de tres años hacía bastante tiempo, entró galopando sobre una escoba en plena fiesta en casa de un plantador de tabaco. Ubi pasaba sus noches implacablemente vestido de etiqueta, bailando en el Park Club en compañía de los más aristócratas de toda la aristocracia. El aristócrata tratante en huevos era una especie de mutación transitoria, en el mundo del cambio social, como los peces pulmonados de Australia, o como Ochoppus, el pequeño caballo hallado en la época eocena, que, aun apenas mayor que un gato, era, no obstante, un caballo. Ubi era realmente un tratante en huevos, pero en los principios de su desarrollo. Comparado con él, Grünberger era un verdadero Mecklemburg de los tratantes de huevos. Koux, que tantas revelaciones hizo en el estudio de los secretos de la personalidad individual entre las clases inferiores a finales del siglo pasado, hubiera gozado con aquel apuesto muchacho si hubiese sido capaz de circunscribir la humanidad dentro del alcance de su microscopio y de su teoría. Detrás de la palabra Compañía que figuraba en el letrero de la puerta de la calle, asomaba el barón Ubul Lerche-Friis, porque en aquellos años los nombres aristocráticos eran demasiado modestos para figurar en los rótulos comerciales. En vista de que tenían suficientes recursos para iniciar una asociación —lo cual quiere decir que Grünberger tenía algo de dinero y el joven barón útiles amistades en el Ministerio de Industria y Comercio—, Grünberger tomó bajo sus alas al hijo del exembajador danés y lo cubrió con las palabras «y Compañía», de la misma manera que una gallina que incuba alberga a sus polluelos. Podemos también hacer la observación incidental, pero no enteramente superfina, de que, diez años después, cuando comenzó la persecución de los judíos en Hungría, el rótulo de la tienda fue modificado y podía leerse «Barón Lerche-Friis y compañía». Inútil decir que era Grünberger quien se ocultaba entonces tras las palabras «y Compañía», cosa no fácil por dos principales razones, no sólo porque Grünberger

pesaba sus buenos ciento diez kilos, sino porque se movía y agitaba continuamente pretendiendo esconderse, como el muchacho obeso que, jugando al escondite, quiere ocultarse bajo la cama y deja fuera su posterior. Se engañaba a sí mismo creyendo que nadie lo descubriría.

El nombre de barón Ubul Lerche-Friis daba a todo el mundo la impresión de que alguien había puesto una capa de piel de leopardo magiar sobre los hombros del frac de un diputado danés. La explicación del antiguo nombre húngaro de Ubul era que la madre del joven barón había sido la condesa Irma Dukay, la cual eligió esta forma de dotar a su hijo con el constante recuerdo de que procedía del clan Ordony por línea materna. Después de haberse dedicado con pausada perseverancia e increíble tenacidad a la disipación del último céntimo de su fortuna y la de su mujer en las carreras de caballos, el embajador danés —como hombre que ha conseguido el fin de su vida— procedió a hacerse saltar la tapa de los sesos, dejando a su viuda e hijo en una situación financiera verdaderamente acongojante. La naturaleza y la amarga experiencia habían, sin embargo, endurecido a la viuda. No había infortunio capaz de privarla de ilimitada efervescencia. La gente que está constantemente de buen humor agradecen al destino cuanto éste les depare, considerándose felices por comparación de situaciones que pueden inducir a los demás al suicidio. Irma Dukay no estaba agradecida al destino sin motivo. Su matrimonio había sido sumamente feliz. El barón Cari Lerche-Friis la rodeaba de esa ternura y adulación de la que sólo una conciencia culpable es capaz. Los verdaderos jugadores de alma, perfectamente educados, son los mejores maridos. Cuando ganan, les compran un regalo a sus mujeres porque han ganado, y cuando pierden llevan siempre algún obsequio a casa no sea que sus esposas sospechen que han perdido. Estos momentos llegan a ser la propiedad esencial del recipiendario, y ni los usureros ni los alguaciles pueden quitárselos. Con un matrimonio sumamente feliz en su pasado, la viuda, eternamente de buen humor, estaba saturada de buena voluntad y amor al prójimo. Prima hermana del conde Dupi, pasó diez años de cocinera en casa de un abogado del barrio de Jozsefváros, donde, a petición suya, todo el mundo la llamaba Irma. Eran de lo más discretos con ella, no le discutían ni daban importancia a que hubiese nacido condesa, ya que, como un horrible cáncer de la piel, era una cosa que no podía censurársele. El rico abogado y su familia eran gente muy discreta. No alardeaban del origen de su cocinera delante de sus amistades. Cuando tenían invitados, no la llamaban con cualquier pretexto, como mucha gente hubiera seguramente hecho, para dar a sus huéspedes la ocasión de ver a una excondesa Dukay frente a frente mientras le preguntaban: «¿Qué tenemos hoy para cenar, Irma?»; no la ponían en evidencia como si fuese la Mujer con Barba de la feria. ¿Cómo era posible que le hubiese ocurrido tal cosa a una prima hermana del conde Dupi? Por dos razones. En primer lugar, la aristocracia no está dotada de ese espíritu de solidaridad que es considerado natural y lógico, por ejemplo, entre las familias judías. No es que tenga corazones de piedra; es, sencillamente, que no tienen la costumbre. No conocen las reglas del juego, no

practican siquiera el juego, de la misma forma que juegan al *cricket* en lugar de a los bolos. La otra razón es que los aristócratas sin fortuna conservan su orgullo incluso en la pobreza. Una persona bien criada no come el pan de la caridad; prefiere sucumbir. No podemos hablar de Austria; pero en toda Hungría, Irma Dukay era la única cocinera en aquellos años que pasaba las tardes de los domingos en la isla de Santa Margarita y era una asidua concurrente al tiro de pichón de arcilla, en cuyos concursos ganó más de un premio. No tomaba parte en estas tiradas con ánimo de mezclarse con sus aristocráticos parientes. Al contrario, solía mostrarse altanera y alejada con ellos.

Su hijo Ubul, conocido en sociedad por Ubi, había ido a la escuela del Estado porque no podía pagar la Universidad. Y así fue como se dedicó al comercio de huevos. Las relaciones entre él y el gordo Grünberger, que tenía diez años más que Ubi, difícilmente hubieran podido ser llamadas tiernas, pero se respetaban, y estimaban uno a otro, tanto como es posible entre dos asociados. Los dos eran fundamentalmente laboriosos y honrados. Y esto fue lo que los mantuvo unidos toda la vida. A los diecinueve años, Ubi era el único descendiente consanguíneo del clan Ordony que no solamente se ganaba la vida, sino que comenzaba a acumular una pequeña fortuna. Había amueblado un piso para su madre; las relaciones entre madre e hijo eran bellas y enternecedoras. Parecía que hubiesen conservado, fruto de su aristocrático pasado, su gusto interno y las delicadas insignificancias de una buena educación.

Zia tocó a Ubi en el hombro. Se volvió y, cuando vio a Zia, los puntitos rojos de su frente desaparecieron. Se sonrojó de tal manera, que el color rojo de la piel absorbió el de los puntitos. Hemos dicho ya que Ubi estaba locamente enamorado de Zia. Lo desesperanzado de aquel amor le daba verdadera fragancia y pureza. Ubi hacía cuanto estaba en su mano para ocultar sus sentimientos hacia Zia, pero esto era tan imposible como para un indígena del Nyam-Nyam ocultar la negrura de su piel. Las mujeres tienen una notable tendencia a tomar una dirección errónea cuando valoran estas cosas, pero lo cierto es que no les escapa ni la más leve vibración del alma masculina. Zia acariciaba algunas veces la mejilla de Ubi; una vez su mano se deslizó hasta el cuello de Ubi y éste, que había inclinado la cabeza hacia un lado, mantuvo su mano prisionera entre la mejilla y el hombro, de la delicada manera como se sujeta un pajarillo entre las palmas de las manos. Era todo lo que había ocurrido entre ellos, y de esto hacía dos años, cuando Zia era todavía soltera y Ubi tenía diecisiete años.

—Quisiera hablar contigo. ¿Puedes disponer de un minuto?

Ubi se volvió hacia la suspicaz jaula de cristales.

—*Mr. Grünberger...*, estoy *co-n-n* usted *den-n-tro* de un *momen-nto*.

Se quitó rápidamente el batín de los hombros como si quisiera hacerlo jirones en su vehemencia. Se peinó con los dedos bien abiertos y se volvió hacia Zia, con una ligera reverencia.

—A tus órdenes.

Salieron a la calle. Zia parecía muy tranquila.

—Quiero pedirte un gran favor.

—Estoy a tu disposición.

Entretanto, Ubi había recuperado su presencia de espíritu, con lo cual los puntitos rojos reaparecieron en su frente, como esos microscópicos insectos rojos que se posan sobre las hojas de los árboles de las selvas.

—¿Qué haces esta tarde? Es posible que te necesite toda la noche.

Ubi abrió las manos que estaban bastante sucias por las canastas que había estado descargando. Su mudo ademán preguntaba: «¿Qué otra cosa puedo yo hacer cuando tengo una oportunidad de ayudarte?». Pero se limitó a decir:

—Estoy a tus órdenes.

Siguieron caminando. Zia encendió un cigarrillo, cosa en ella verdaderamente inusitada: en aquellos tiempos las mujeres no fumaban en la calle.

—¿Conoces ese pequeño parque de la esquina de Fuga Utca? Estate allí con tu motocicleta esta tarde a las seis. Fíjate en cuando Filippo salga de casa. Quizá tengas que esperar algún tiempo. Ya conoces el coche; el sedán amarillo... cuando lo veas, síguelo, pero sin que se dé cuenta. Sigue su pista y telefonéame de cuando en cuando. ¿Quieres hacerlo?

Asintiendo, Ubi movió vigorosamente la cabeza dos veces, como consecuencia de lo cual su suave cabello color de paja cayó sobre su rostro. De nuevo tuvo que peinarse con los dedos.

—No debes decírselo a nadie. ¿Prometido?

Ubi asintió de nuevo, lo cual requirió otro peinado con los dedos. Zia se detuvo y le tendió la mano. La mano Be extendió con rapidez, en un ademán masculino, porque significaba, al mismo tiempo, sellar lo convenido, Ubi la cogió estrechándola efusivamente y dejó la huella de la suya en el guante de gamuza. El apretón de manos, con toda su temeridad, brotaba del corazón, donde los más bellos impulsos de caballerosidad, sacrificio y honor están localizados. Antes de dar la vuelta a la esquina, Zia se volvió de nuevo y dirigió un saludo a Ubi moviendo los dedos de la mano, a la moda francesa.

Se dirigió rápidamente hacia su casa, ligeramente aliviada. Cruzó a pie el puente colgante y estaba tan absorta en sus pensamientos que ni siquiera volvió la cabeza para mirar cuando algunos sombreros se levantaron a su paso. Sabía que la clave definitiva del misterio estaba ahora en sus manos, porque Filippo no conseguiría escapar a la motocicleta de Ubi. Había dos Zias ahora que se dirigían a casa, dos Zias que caminaban de lado y que no se habían encontrado jamás. Una de ellas era una desgraciada mujercita traicionada, engañada, mientras la otra era una hija Dukay orgullosa y fuerte, capaz de obrar y vengarse. Una Zia cuyos antepasados habían dado alguna vuelta a la rueda de la historia en el transcurso de las extintas centurias. Sentía una profunda pena por Filippo, El pobre Filippo no era de censurar; había

simplemente caído en las garras de Vira. Tranquilamente, Zia pensaba en lo que tendría que hacer cuando la prueba definitiva estuviese en sus manos. Ne le diría nada a Filippo. ¡Pobre Filippo! No tenía que saber nada de esto. Buscaría a Vira, y durante la hora del té, diría con voz indiferente, como si hablase de la Exposición Canina:

—Lo sé todo. Te doy tres días para irte un año al extranjero. Puedes regresar dentro de un año, pero no volverás a ver a Filippo en tu vida.

Abriría el bolso y con el ademán de la mujer que saca su compacto de polvos, sacaría un pequeño revólver, diciendo:

—Si no haces lo que te digo, te mataré.

Podían ocurrir dos cosas. Vira se echaría probablemente a reír, diciendo: «De acuerdo». Vira estaba familiarizada con las reglas del juego y conocía a los Dukay. Mujer inteligente, cumpliría su palabra. La otra posibilidad era que no se asustara por la amenaza. Tres días después, en este caso, Zia abriría de nuevo su bolso y dispararía los seis tiros contra Vira, fuese en la calle o en el banquete de la Embajada francesa.

—*Grüss Gott, Zia!*

Alguien la agarraba por el brazo. Era Ferenc. Pero salió corriendo a los pocos segundos porque el autobús de Buda acababa de detenerse.

Filippo llegó a almorzar a las dos, como de costumbre. Parecía sumamente preocupado. Almorzaron en la terraza que estaba ya en la sombra a aquellas horas. El sol daba todavía en el extremo de la terraza, pero iba retirándose también mientras comían. La cola de oro del sol parecía ir enganchándose en todas las espinas de los arbustos de la baranda de hierro de la terraza, mientras iba deslizándose perezosamente.

—¿Se ha marchado ya Ascarelli? —preguntó Zia, mojando un gordo espárrago en la salsa verde. Tenía mucho cuidado en aparentar perfecta calma.

—De ninguna manera —dijo Filippo con voz de dolor de cabeza—. Ya te he dicho esta mañana que vamos a continuar la conferencia esta noche.

—¡Ah, sí, es verdad! —dijo Zia distraída y como excusándose.

Al dejar a Ubi, Zia había ido al hotel de la ribera del Danubio y se enteró de que el *signor* Ascarelli, director de la Corporación Aérea de Roma, se había marchado el día anterior por la mañana. Durante la comida Filippo, en una de las pocas observaciones que hizo, se extendió sobre las dificultades de estas conferencias. Estas declaraciones, que giraban alrededor de inversión de capitales, rutas aéreas y negociaciones de contratos, no tenían sentido ni consecuencias; como sonidos, se diferenciaban del de la porcelana únicamente en que tenían timbre humano. Las pausas entre cada observación eran penosas y opresivas. Zia hacía toda clase de esfuerzos por fundir, con alguna sonrisa, los carámbanos de los silencios, y le hacía preguntas como ésta:

—¿Planeáis hacer vuelos separados a Bucarest?

—Nnnn... —gruñó Filippo sin dejar de comer; pero fue imposible saber en qué estaba pensando. Mientras miraba furtivamente el negro bigote de Filippo sobre su

moreno rostro italiano, mientras sentía la caricia del aire, y observaba que los movimientos del criado eran los mismos que el día anterior, Zia se sentía presa de la incertidumbre. Pensaba que su llamada a Ubi había sido prematura. ¿Y si todo aquello era imaginación? ¿Y si Vira no había reconocido su voz y la había tomado por la doncella? Pero, ¿por qué habría dicho el portero del hotel que el *signor* Ascarelli se había marchado? Pudo equivocarse... El lapso de los diez días era mucho más importante. Pero Zia encontró también explicación a ello. Hasta ahora, si no siempre, había sido ella la que tomara la iniciativa, sólo con palabras increíblemente insignificantes, es cierto, que estaban tan lejos de su verdadero significado como el *Packhaus* y sólo representaban el inocente piar de deseo del lenguaje pajaril del amor. Durante diez días no se había aproximado a él. Con un ápice de resquemor pensaba ahora en que Ubi debía estar ya preparando su motocicleta y engrasándola, no fuese que alguna avería impidiese la proyectada caza. Había momentos, especialmente mientras comían las fresas, en que la expresión de Filippo parecía tan inocente, que Zia sentía deseos de sentarse en sus rodillas y pedirle perdón entre sollozos.

Después del almuerzo, fueron, como de costumbre, al gabinete de Filippo para el café y los cigarrillos. Cuando quedaron solos, Zia se sentó en el suelo, al lado de Filippo, como era su costumbre a aquella hora.

Y cuando hubieron terminado el cigarrillo ocultó su rostro en su regazo fingiendo un ligero sueño. En estas ocasiones la mano de Filippo se posaba sobre la cabeza de Zia, sobre su cuello. Pero esta vez la mano no se movió. En lugar de su mano, inesperadamente, fueron sus rodillas las que se movieron, cortésmente, casi excusándose, indicando el deseo de levantarse.

Y Filippo se levantó, se desperezó, hizo crujir sus nudillos y se dirigió al cuarto de baño. Por el camino comenzó a silbar ligeramente, pero su silbido no tenía otra intención que atenuar el embarazo de su rechazamiento, el embarazo que flotaba en el ambiente como una fresca y casi discernible y palpable corriente de aire.

Zia no se movió. Permaneció en el suelo, sentada como el pedestal de una estatua abandonada del personaje principal y, por consiguiente, sin significado. Su posición era ridícula y desagradable. Atentamente, comenzó a trenzar la franja del sillón con dos dedos. No se puso de pie hasta que la puerta del baño estuvo cerrada. Ahora no le cabía ya la menor duda de que Filippo la engañaba. Salió de la habitación y bajó desconsolada al jardín. Trató de leer, llevándose un libro inacabado que Berili, una vez, encontró en la biblioteca: *Iphigénie*, de Racine. ¿Por qué tenía que sufrir de aquella manera? ¿Merecía acaso aquel destino cruel? El padre de Ifigenia había ofendido a los dioses dando muerte al ciervo sagrado y sólo la sangre de Ifigenia podía aplacar la cólera de los dioses vengadores. Zia tenía la sensación de ser Ifigenia, sumergida en una espantosa tragedia, pero sin el menor deseo de desempeñar este papel. Se daba sencillamente cuenta de que había vengativos poderes que obraban, algunas veces conocidos como la diosa Artemisa, otras como Vira, otras como una enfermedad o un accidente de aviación; y estos vengativos

poderes elegían a sus víctimas, entre los inocentes. ¡Cuán terrible era la vida! Reinaba una calma tal en el jardín que podía oírse el crujir de las hojas secas al caer sobre el suelo. Súbitamente, Zia volvió su atención al gabinete de Filippo. Por la ventana abierta llegaban hasta ella unos sonidos que Zia reconoció por su ritmo, pero no los había oído nunca así, a distancia. Era como un profundo gruñido suave, como el de una escoba barriendo un suelo helado. Eran los ruidos que Filippo producía al roncar. Con el libro en su regazo, Zia permaneció largo tiempo escuchando los acompasados y largos ronquidos de Filippo. Era incapaz de comprender cómo una conciencia culpable podía dormir tan apaciblemente.

Durante toda la tarde, rondando de una habitación a otra, luchó con las sombras de la soledad y contra un hasta entonces desconocido abandono. Trató de trabajar en su cámara oscura. Los negativos que reveló se estropearon y la pavorosa luz de la bombilla verde no contribuyó a aliviar su espíritu. Sobre las seis salió a sentarse en la terraza. El crepúsculo de octubre tenía el color de un zorro azul y el aire era suave al tacto. A sus pies, la ciudad se disponía a comenzar sus aventuras de la noche; la vasta extensión amarillenta del cielo crepuscular era el espejo de la ciudad mientras ésta se engalanaba de amarillo. El Danubio ponía brazaletes de esmeralda en las muñecas de la ciudad: los puentes iluminados.

Sobre las siete Filippo apareció en la terraza con un sombrero blanco sobre la frente. No había nadie tan resplandeciente como Filippo vestido de *smoking*. Si esta prenda no hubiese existido hubiera sido necesario inventarla para él. El mal del *smoking*, como de la mayoría de las prendas negras, es que generalmente dan al hombre un tinte pálido. El rostro cetrino iluminado de Filippo contrarrestaba ventajosamente este inconveniente. Otro de los inconvenientes es que, en general, da al hombre un aspecto solemne que es siempre un poco repulsivo. Filippo estaba tan natural de *smoking* como envuelto en un impermeable de caza lleno de agujeros, acaso porque usaba siempre camisas flojas del mejor lino y su corbata tenía siempre el lazo impecablemente hecho. Su cabello era negro, como su pequeño bigote. Su boquilla era negra también, salvo los diminutos diamantes que brillaban alrededor de ella.

—*Au revoir, chérie.*

Zia le tendió silenciosamente la frente para el beso. Hay besos que constituyen un recuerdo de toda la vida, como las cicatrices profundas. Pero sólo el tiempo les da esta calidad. Cuando se dan o se reciben, pasan inadvertidos y no parecen nada. Así era este beso.

Inclinándose sobre la balaustrada de la terraza, Zia vio a Filippo tomar el coche de manos del chófer que lo había llevado del garaje. Lo llamó.

—¿A qué hora vendrás?

—Temo que muy tarde.

Hizo un ademán con la mano y desapareció dentro del coche.

Zia le dirigió también un adiós con el saludo fascista de su brazo. Sus ojos

seguían al cochecillo amarillo mientras iba bajando, sin sospechar nada, la pendiente de Fuga Utca. Había apenas pasado el pequeño parque de la esquina cuando salió de él una motocicleta que emprendió el camino siguiéndolo. Su corazón comenzó a latir aceleradamente. De nuevo reapareció el coche amarillo y detrás de él la motocicleta. Después, la distancia y la oscuridad se los tragaron.

Cosa de un cuarto de hora después sonó el teléfono. El timbre resonó como si vibrasen los millones de nervios de la ciudad entera. Ubi daba su primer parte.

—Ha ido al Teatro Nacional.

—¿Solo?

—Solo.

—¿Qué dan?

—*Bánk Bán*.

—¿Dónde estás?

—En un teléfono público.

—Espérame en la entrada del restaurante «Corvia». Estaré allí.

Zia encargó un coche y comenzó precipitadamente a vestirse. Antes de salir vaciló algún tiempo en la elección de los gemelos de teatro. Los cazadores de leones, antes de lanzarse a la selva, eligen sus armas tan minuciosamente como ella.

Fue fácil encontrar a Ubi. Parado en su motocicleta delante del «Corvia» parecía un toro amarrado que amenazase soltarse de un momento a otro. Allí, entre los automóviles detenidos junto a la estatua de Tinódi, estaba también el coche de Filippo, invisiblemente acechado por la motocicleta de Ubi. Hablaron en voz baja.

—Ve y tómate un palco de arriba.

La taquilla estaba todavía abierta y Ubi regresó pronto con la localidad.

—No te muevas de aquí —susurró Zia—. No pierdas de vista el coche. Es posible que salga durante la representación.

—¿Dónde estarás, entonces?

Zia miró a su alrededor y señaló el cercano restaurante «Runcsik».

—Allí, en aquel restaurante. Lo más cerca posible del teléfono.

—Bien. Preguntaré por ti bajo el nombre de Terez Hemli.

—¿Hemli?

—Hemli. No puedes olvidarlo. Terezia Dukay de Duka y Hemlice, es decir, las dos primeras sílabas de tu nombre y las dos del último apellido.

No había quien le ganase a Ubi teniendo ideas geniales.

Zia le dirigió un saludo con los dedos y se metió en el teatro. Mientras entraba se le ocurrió pensar que Filippo no entendía una palabra de húngaro y qué, por lo tanto, era difícil imaginar que *Bánk Bán*, el famoso drama clásico histórico de Hungría tuviese mucho atractivo para él. Probablemente había quedado en encontrarse con Vira en la platea o en las profundidades de un palco. El palco de Zia se encontraba en

el tercer piso. La sala estaba ya a oscuras y sólo el escenario se hallaba iluminado. Cautelosamente, Zia se acercó al borde del palco. No había visto nunca un teatro desde tal altura. Desde allí la platea parecía un enorme caldero, tan profundo que era casi amenazador. El techo adquiría proporciones monumentales mientras el vasto escenario quedaba reducido al tamaño de un teatro de un café. Los actores parecían muñecos de un teatro de polichinelas. La reina Gertrudis, según el argumento, estaba en aquellos momentos susurrando una frase, pero su susurro se convertía en realidad en un chillido, con el laudable propósito de que, pese al susurro indicado por el autor, las galerías oyesen lo que decía. Pero a Zia no le interesaba el escenario. Sus gemelos de teatro buscaban en vano dos rostros conocidos. Todo estaba confuso en el inmenso caldero; la luz del escenario sólo iluminaba los rostros de las primeras filas. Todo lo más podía distinguir las cabezas de los hombres de las de las mujeres, pero estaban todas de espalda. A juzgar por la silueta había lo menos veinte hombres que hubieran podido ser Filippo. Fue en vano también que observara los palcos que estaban dentro de su campo visual.

Finalmente cayó el telón y la gran lámpara del centro se iluminó. Fue como si hubiesen levantado un negro velo sobre el público, tantas veces llamado la hidra de las mil cabezas. El velo levantado, Zia pudo ver con sus gemelos que el terrible monstruo estaba compuesto de gente conocida en los casinos, inofensivas madres de familia con sus retoños, matrimonios jóvenes y enamorados que se estrechaban las manos.

¡Filippo! ¡Allí estaba, en tercera fila! Pero a su derecha e izquierda no había más que hombres. Los gemelos de teatro lo seguían ansiosamente mientras se dirigía hacia la salida. ¡Vira! ¡Allí estaba, por fin! Acaba de levantarse y salía de la platea con su traje verde y su hebilla de oro que tan bien conocía. Pero Ferenc, su marido, estaba a su lado. Su cabeza rechoncha y casi sin cuello parecía un grano en medio de la muchedumbre. Entretanto, Filippo se había levantado también, se encontraron y cambiaron saludos. Estuvieran charlando un momento y se dirigieron hacia la salida. ¿Qué significaba todo esto? ¿Por qué estaba allí su marido? Era típico de Vira; no quería aparecer sola con Filippo en un lugar público. ¿Irían los tres a cenar juntos? ¿Cómo se libraría Vira de su marido? Porque era indudable que los dos querían escabullirse a alguna parte. ¿Qué razón habría dado Filippo para justificar que Zia no hubiese ido al teatro con ellos? ¡Oh, cuán ignominioso era!

El público regresó, el teatro quedó a oscuras, y el segundo acto comenzó. ¿Qué importancia tenían ni el segundo ni el tercer acto? ¿Cuál sería el desenlace del drama? No del drama del escenario... ¿A quién le importaba éste...? Sino del que se desarrollaba entre el público y del cual era Dios el autor. Zia intentó o por lo menos fingió, mirar al escenario. No oía una sola palabra de lo que decían los actores. Estaban representando su propia tragedia, repitiendo su papel, como los actores que permanecen entre bastidores, vestidos con cascos y sandalias y van repitiendo mentalmente los yambos y endecasílabos de sus papeles hasta que el director de

escena les pone la mano en el hombro para darle la salida, como si fuesen grandes timbres eléctricos destinados a hacer sobre la escena los ademanes apropiados.

La comedia tenía cinco actos. Después de cada descenso del telón, Vira, Ferenc y Filippo volvían a reunirse para dar algunas chupadas a un cigarrillo, pues los entreactos no duraban más allá de un tercio del mismo. Por esto las obras en cinco actos eran preferidas por aquellos buitres grotescos que se amontonaban en las salidas, los buscadores de colillas. Cuanto más cortos los entreactos, más largas eran las colillas. Pero hay gente tan mezquina que llega incluso a escupir sobre el fuego para apagar el cigarrillo, quita la parte consumida y se mete el resto disimuladamente en el bolsillo, guardándose para el próximo entreacto. Esta gente son la desgracia de la clase media, y no merecen más que una mirada despreciativa por parte de los andrajosos buitres apoyados en la pared. Y cuando se anuncia una obra en dos actos, los buitres —dotados de un desarrollado sentido del dramatismo— no aparecen por el campo de batalla.

Los actos parecían no acabar nunca. La obra no terminaría jamás. Los actores recitaban, recitaban y recitaban. Zia no podía comprender cómo el público podía soportarlo, cómo alguien no se levantaba como un gigante y levantando el puño amenazador no exigía que la representación terminase de una vez. Bánk sacaba un puñal y lo clavaba en el corazón de la reina. Las espadas se agitaban en el aire, los colores medievales relucían, los escuderos y los caballeros protegían al asesino. Mientras todo esto ocurría, el rostro de Zia daba la impresión de que se estaba verificando en la escena una serie de enojadísimos ejercicios gimnásticos.

Finalmente cayó el telón y el público se arremolinó en dirección al guardarropa. Sólo veinte o treinta entusiastas permanecieron para las llamadas a escena; eran gentes que ocuparon las filas de atrás y avanzaban hacia el escenario aplaudiendo con las manos en alto y gritando el nombre de los actores. Era su forma de expresar su agradecimiento por las localidades gratis; sin excepción, todos los entusiastas eran parientes pobres, de los actores. Primos y tíos dignos de mejor suerte, mantenían el telón en plena actividad. Uno de estos billetes gratis representaba una pequeña catástrofe para los beneficiarios, porque el importe de los tranvías, guardarropía y acomodador hacía mella en sus magros ingresos; pero había que hacer el sacrificio, el aplauso familiar estaba destinado a producir el «clamoroso éxito», y en alguna callejuela de Buda o del vecino Zugló, tenía cierta importancia que Matilde, en su droguería, preguntase: «¿Es verdad que es usted parienta de la Csókas, la actriz?». En aquella calle era signo de gran importancia.

La concurrencia de entusiastas iba disminuyendo y el tramoyista que manejaba el telón comenzaba a cansarse. Los actores iban ya apareciendo menos frecuentemente: Biberach, que tenía prisa en irse el «Runcsik», empezaba a quitarse la peluca.

Las acomodadoras aparecieron en la platea y comenzaron a recoger los programas y los papeles de los caramelos arrojados al suelo. Iban batiendo y empujando el montón de papeles, como ratas en un desierto desván. Y eran ratas en realidad, las

ratas' de aquella gran catedral, pobres mujeres grises cuyas manos tenían una increíble habilidad en encontrar alguna cartera o sortija de gala; pero eran hallazgos que sólo ocurrían una vez cada veinte años en la historia del teatro. Sin embargo, era una esperanza que mantenía infatigablemente sus espaldas encorvadas. Y la esperanza es una cosa eterna, como Buda, que había sido cincuenta y ocho veces rey, cuarenta y ocho el espíritu de un árbol y seis veces elefante, sin contar sus demás encarnaciones. La semana anterior las acomodadoras encontraron un monóculo en la platea de la Opera, un guante gris sólo y un pañuelo de mujer manchado de sangre.

Zia permanecía oculta por la pared del palco. Sólo su rostro osaba asomarse y aun así estaba oculto por los gemelos de teatro. Era imposible verla desde abajo.

Y entonces ocurrió una cosa extraña; una escena extraña de una extraña comedia. La escena decisiva, la que orienta definitivamente el drama en una nueva dirección en un instante. El punto culminante que entra como un torbellino para destrozarlo todo y agarrar al espectador por la garganta. Algo que nadie hubiera podido prever; como ocurre a menudo con las comedias policíacas, cuando la verdad salta sobre la escena como un monstruo, esa verdad que consiste en que no fue la mujer del conserje la que asesinó a la vieja millonaria, sino el propio juez.

Lo que ocurrió fue que cuando los grupos de entusiastas fueron desapareciendo sólo quedó al lado de la concha del apuntador un hombre vestido de *smoking* que continuaba con su solitario aplauso. Y sólo una de las artistas seguía saliendo delante del telón para corresponder al «clamoroso éxito»: la reina Gertrudis.

Y en ella, bajo los chorros de cabello rojo de su propia peluca, bajo los ampulosos trajes reales, los temblorosos gemelos de teatro de Zia reconocieron las facciones de Eva Kócsag.

Además de las ratas grises, sólo quedaban dos personas en la vasta platea. Filippo y Eva Kócsag. Estaban haciendo su escena ahora, haciendo del esplendor del templo de Talía un descarado y sacrílego uso. Los dorados querubines que sostenían los palcos, cuyos rostros rígidos habían visto tantas generaciones de comedias y tragedias sin una sonrisa, jamás habían contemplado una tan osada escena de amor. Es posible que en ciertos momentos los objetos inanimados puedan vivir y razonar; por lo menos parecía que las inmóviles caras de los querubines escuchaban aquella mutua declaración de amor con la respiración contenida, porque era una escena de depurado estilo y gran novedad, y acaso los querubines supiesen también que el drama tenía un tercer acto, una condesa de veintiún años en un palco del tercer piso, cuya mano había dejado caer los gemelos y cuyo rostro estaba apoyado contra la pared mientras contemplaba la escena desde la oscuridad. Hacía algunos minutos que el enloquecido Bánk había hundido su puñal en el corazón de la reina Gertrudis. Ahora los papeles habían cambiado y la reina Gertrudis había resucitado y estaba saludando, y cada uno de sus saludos era un puñal que se clavaba en el corazón de la desgraciada esposa que había cometido la locura de creer enérgicamente en el juramento que el príncipe de Perusa había prestado, escasamente un año y medio antes, en presencia del obispo

Zsigmond. Los querubines observaban todo aquello. Las ratas no prestaban atención. Las encorvadas espaldas pasaban de una fila a otra, como los chinos de la leyenda que, según dice la gente, van toda su vida cargados con el peso de la maldición. Andaban buscando carteras y sortijas y una vez más no había ninguna. Arriba, en la primera galería, las ratas diseminaron las cáscaras de cacahuets, porque algunas veces se encontraba alguna estilográfica.

La gran lámpara central se apagó súbitamente. La oscuridad absorbió a los actores. Sólo con la luz de la calle que entraba por las ventanas, Zia consiguió bajar las escaleras. Hizo el alarmante descubrimiento de que todas las salidas del teatro estaban cerradas. Se oían pasos a distancia. No se atrevía a gritar y comenzó a golpear la puerta con sus puños. El uniformado portero acudió con su manajo de llaves. Dirigió una profunda mirada a Zia antes de dejarla salir.

—¿Qué hace usted aquí tan tarde? —preguntó con suspicacia.

—Había perdido algo —dijo Zia, casi jadeante.

El malhumorado portero quedó sin duda convencido con la explicación, pues le abrió la puerta, pero le preguntó al mismo tiempo:

—¿Lo ha encontrado usted?

En lugar de responder, Zia le puso un billete en las manos, con lo cual el buen hombre llegó a la conclusión de que había perdido algo valioso, pero que, afortunadamente había vuelto a encontrarlo.

Zia consiguió atravesar la plaza sin ser vista y llegar a la entrada del «Runcsik», donde Ubi la estaba esperando a la sombra del muro y no movió siquiera la cabeza cuando Zia se reunió con él. Era como un *setter* acechando la presa. Comenzaron a hablar en voz baja.

—Tendremos que esperar. Tiene que quitarse el maquillaje.

Ubi no preguntó quién tenía que quitarse el maquillaje. Sólo un momento después comenzó a decir algo, pero se paró a media palabra porque Filippo acababa de hacer su aparición en la plaza desierta, con su negra boquilla entre los labios. Se acercó lentamente al coche que brillaba con amarilla soledad junto a la estatua. Zia agarró a Ubi por el brazo; sólo se oía el ruido de sus respiraciones. Ubi consideraba incluso superfluo respirar, pese a que estaban completamente a salvo. Hallábanse bastante lejos y, además, en un sitio completamente oculto por la oscuridad. Filippo apoyó el codo sobre la carrocería del coche y se echó el sombrero un poco hacia atrás. Así permaneció varios minutos. Después empezó a caminar al lado del coche con las manos en la espalda. Cuando se cansó volvió a apoyarse sobre el coche. De cuando en cuando encendía un cigarrillo y fumó, así varios de esta forma, ávidamente. La llama de su mechero iluminaba su rostro momentáneamente. Aun cuando con la distancia no podía verlo, Zia creía reconocer el mechero de oro que le había regalado con motivo de su último cumpleaños. Contemplaba a Filippo como si fuese una

forma ultraterrenal que no perteneciese a la realidad. Y su mano se aferraba al recio brazo de Ubi como si quisiera estrujarlo. Ninguno de los dos apartaba los ojos de Filippo. De nuevo Zia observó cuán ligero era su paso, como si lo estuviese viendo por primera vez en su vida. O por última; como si aquélla fuese su mirada de adiós a un condenado a muerte que no lo supiese todavía. Lo estudiaba con atención; ¡cuán inimitablemente elegante era con el codo apoyado en el techo de su coche, un pie en el estribo, con el cigarrillo en la boquilla sostenida por la mano sobre la cual reposaba su barbilla! Los minutos pasaban lentamente.

Fuese cual fuere la nerviosa impaciencia y las irreproducibles palabras con que se maldice a una mujer, una reina medieval necesita más de algunos minutos para desembarazarse de su capullo de seda. Empleemos, pues, este intervalo para dedicar algunas palabras a la cuarta actriz de esta extraña comedia que se halla en estos momentos cenando con su marido en un restaurante del centro de la ciudad. No hay una palabra de verdad en la versión de que Vira tuvo un pasado con alguien cuando era muchacha. Y menos verdad es todavía la fábula del negro. Y no fue ella, sino su prima, la que tomó una parte importante en la vida amorosa del ministro del Aire francés. Vira era tan virginal cuando se acercó al altar como lo fue Zia. Si la fidelidad marital existía todavía en aquellos tiempos entre los hombres blancos, Vira era el emblema de la virtud femenina. Ni aun con el pensamiento había engañado a su amazotado Ferenc. Y nada estaba más lejos de su mente que la idea de seducir al marido de su más estimada amiga. Pero hay mujeres cuya presencia estimula la fantasía de los hombres; son provocaciones que se producen también en los animales. Los perros atacan sólo a los que les temen, porque el extraordinario desarrollo de su olfato les permite olisquear el miedo cuando se manifiesta en la invisible humedad esparcida por el sistema nervioso sobre la superficie de la piel. Son estos ocultos impulsos y también irritadores lo que hacen la vida humana tan de temer, tan incomprensible y al propio tiempo tan deslumbrante. Hay mujeres cuya mata de pelo, cuya voz, cuyos movimientos, cuyas penetrantes miradas evocan el deseo. Y más aún, las mujeres respetables están siempre rodeadas de la envidia de sus menos respetables amigas. Una mujer de buena reputación perdona siempre el desorden de vida de una amiga suya, pero una mujer desordenada no perdona nunca la virtud. Y las mujeres respetables están rodeadas de algo más: el rencor de los desechados pretendientes. Cuando un hombre corteja con éxito una mujer no habla generalmente de su triunfo, porque los hombres son, en general, galantes y hallan su satisfacción en su logro mismo. Pero cuando fracasan en su intento hacen cuanto está en su mano por dar la sensación al mundo de que está en íntimas relaciones con la dama, todo fruto de su ultrajada vanidad. Así es como se forjan las leyendas de los porteros negros con las Viras, mientras mujeres que tienen relaciones con los chóferes gozan de un respeto generalmente reservado a las abadesas. Las fantasías de los hombres, por una razón u otra, no atacan a las mujeres de esta última especie, ni las murmuraciones las alcanzan, de la misma manera que la madera no se pega a la argamasa. No fue Vira

quien telefoneó aquella mañana, sino Eva Kócsag. Pero en cuanto a los auriculares telefónicos hace referencia, es a menudo nuestra propia convicción la que decide la que debemos oír traída a nuestra mente por la imaginación, y a partir de este momento la voz no sale ya del teléfono sino de la infinita serie de voces almacenadas que revolotean por nuestro cerebro. Fue mera coincidencia que Vira y Ferenc estuviesen aquella noche en el mismo teatro.

Pero en la imaginación de Zia no había sitio para Vira en aquel momento. Todo lo más, reflexionaba en que sus disposiciones habían sido encaminadas a dar la batalla a Vira, y esto no le había parecido imposible porque conocía a su adversaria. Vira no solamente era mujer sino condesa además, y de la misma edad y educación que Zia. Podían preverse los golpes ofensivos y defensivos. Podrían predecirse la dirección y dimensiones de los saltos hacia adelante y hacia atrás. Este conocimiento procuraba las bases sobre las cuales elegir las armas del calibre adecuado y las municiones de suficiente poder penetrante. Pero, ¿qué podía saberse de una actriz? Era un animal que Zia no había jamás encontrado. En aquel momento hallábase como un cazador que penetra en la selva en busca de una pantera y se encuentra súbitamente frente a un monstruo desconocido que sale de la maleza, cuya sola visión es ya aterradora, porque es a la vez como un reptil mesozoico con dientes y garras de tigre, como una reina Gertrudis o como la hija de un conserje suburbano; y los movimientos de este dinosaurio y las dimensiones de sus saltos, son completamente desconocidos; por consiguiente, la elección de la fuerza penetrante de las municiones no es segura, porque se ignora el espesor de su piel, si tiene o no cerebro y corazón y en qué parte del cuerpo es vulnerable. Era imposible saber nada de Eva Kócsag. Filippo era no solamente un príncipe de Perusa, sino un auto, joyas, un palacio. ¿Quién podía saber qué saltos y qué ataques tenía aquella actriz reptil a su disposición, saliendo de la ciénaga medieval de la pobreza y las privaciones?

Y allí estaba Eva Kócsag saliendo por la puerta del teatro. Llevaba unos zapatos de altos tacones y su corta y estrecha falda obstaculizaba su paso. Su cabello castaño salía de debajo de un sombrero verde y no tenía ya semejanza alguna con la reina Gertrudis. Zia trató de evocar el recuerdo de aquel rostro tal como lo había visto la noche en que estuvieron juntos en «La rata ciega». Aquellos ojos indolentes, aterciopelados y, sin embargo, provocativos lo eran sin duda a causa del conjunto de sus facciones. Su piel lisa y sin tacha era blanca, demasiado blanca, de un blanco casi nauseabundo, de una blancura que daba a su cuerpo la sensación de estar cercano a la obesidad. Había en su personalidad algo antiguo, algo como un erotismo que hubiese sobrevivido a la actualidad. Las mujeres de los harenes de los sultanes debieron ser así. Era curioso que esta observación proviniese de Filippo cuando, a la mañana siguiente del encuentro en «La rata ciega», hicieron comentarios sobre los diferentes miembros del grupo. Quizá el severo comentario fue hecho ya con intención de disimular la aventura con *la artista*.

Zia clavó sus uñas en el brazo de Ubi y al muchacho le pareció oír los latidos de

su corazón. Filippo cogió a Eva Kócsag del brazo y la llevó hacia el coche. Desaparecieron en el interior del auto como si se ocultasen bajo la tierra, entrando por un pequeño orificio.

Un sonido gutural sano de la garganta de Zia, sonido muy semejante al que escapa al ser arrastrada una muela inflamada, por muchos anestésicos que se pongan. Pero era el momento de obrar. Ubi se liberó de la presa de Zia y montó en su motocicleta tomando el manillar. El motor y los músculos aguardaban el momento de arrancar. La motocicleta temblaba bajo las explosiones del motor y sacudía el asiento de cuero. Es extraordinaria la forma cómo algunas veces los objetos y las máquinas han aprendido a imitar y expresar el temblor de los nervios humanos. Pero el coche de Filippo no arrancaba. Permanecía tan estacionado e inmóvil como media hora antes, cuando estaba vacío. Esta pausa presagiaba algo que la mejor voluntad del mundo no podía atribuir a la simple conversación o incertidumbre. La actitud de Filippo al dirigirse a Eva, la forma como la llevó hasta el coche casi a rastras, sugería otras conclusiones.

Y, finalmente el coche comenzó a avanzar, casi inesperadamente, dando saltos y sacudidas. Apenas había dado la vuelta a la esquina en dirección al Puente Elisabeth, la motocicleta salió detrás de él como una flecha hábilmente disparada desde el interior de la maleza. La caza había comenzado, persecución de motores y corazones, entre los cuales, como análisis final, no hay apenas ninguna diferencia de estructura.

Eran cerca de las once. La estatua en su aislamiento y la plaza en su soledad parecían no tener significado alguno. De vez en cuando brillaba una luz amarillenta en alguna de las ventanas del hospital Rókus. Moría gente allí. A la izquierda, en la planta baja, el cristal esmerilado de la sala de operaciones reflejaba una luz azul. El trabajo proseguía allí toda la noche. Abrían los estómagos o arrojaban miembros humanos amputados al cubo lleno de sangre. En la entrada de los establecimientos «Corvia», apoyada con la mano contra la pared, había una mujer, nacida Dukay, bella, joven, rica. En aquellos momentos hubiera sido difícil decir dónde alcanzan mayor profundidad los golpes del hacha del sufrimiento, si en resacos impulsos internos de la apatía y la renunciación o en los internos capullos de la juventud y la riqueza y en sus exigentes demandas de felicidad.

Después de la ligera vacilación, Zia se dirigió hacia el restaurante «Runcsik» donde el vago olor del agua de la fregadera, se mezclaba a otros aromas, el aroma de la cerveza, el del café, la fragancia de los perfumes baratos y el acre olor de las colillas en los ceniceros. Todo esto le era extraño. ¿Qué podía pedir una condesa Dukay en un sitio como aquél cuando no tenía hambre y le eran tan desconocidos los alcoholes que, difícilmente hubiera distinguido el sabor de la cerveza del coñac?

—Un vaso de agua de Vichy, por favor.

El camarero levantó la vista al techo esperando el final de la petición. Es la actitud habitual del camarero cuando espera que el cliente termine de formular su deseo. En vista de que no decía nada más se volvió.

—¿Qué desea?

—Un vaso de agua de Vichy.

—¿Nada más?

—Nada, gracias.

El camarero se alejó, pero no fue en busca del agua de Vichy, sino en busca del *maître d'hôtel*, dijo algo y señaló de una manera visible en dirección a Zia. No quería asumir solo la responsabilidad de una orden inusitada. El *maître* se dirigió hacia la mesa de Zia y al llegar a ella arregló las dos puntas del mantel. Todo camarero, desde Hong-Kong a Acapulco, hace eso cuando busca un pretexto para acercarse a la mesa de un cliente.

—¿Ha encargado algo?

—Agua de Vichy.

Los viejos *maîtres d'hôtel* aprenden más en un momento cerca de un cliente que cualquier pariente en toda la vida. El estuche de cuero de los gemelos sobre la mesa, la calidad de sus guantes, la forma de las manos de la clienta, la fragancia de su perfume y particularmente el tono levemente humilde de su voz descubrieron instantáneamente al *maître* que estaba tratando con algo muy diferente de un vaso de Vichy.

—¡En seguida! —dijo amablemente.

Apoyado contra una columna, el camarero esperaba la decisión de su superior.

—¡Ocúpese de esta señora! ¡Y cuidado con los modales!

El camarero le llevó a Zia su copa de Vichy en una bandeja de plata. Había pocos clientes en el restaurante. En una de las mesas, como siempre, unos actores tomaban cerveza. Eran aquéllos cuyos nombres figuraban al pie de los programas y cuya estatura artística escasamente alcanza la de los tramoyistas entre bastidores. Eran, por consiguiente, gente pacífica, alegre, familiarizados con la virtud de la fraternal solidaridad y tranquilos goces de un vaso de cerveza. Este placer les daba paciencia para escuchar las mismas historias repetidas una y otra vez durante años enteros, noche tras noche. Acaso en el transcurso de veinte años alguno de ellos tenía la oportunidad de remplazar a algún actor enfermo y alcanzar así las celestiales alturas de la parte superior del programa. Esto había ocurrido una vez quizá en treinta años, pero en el grupo se hablaba de esos papeles como si los representasen cada noche.

El muchacho del teléfono apareció en la sala y gritó:

—¡Teléfono para la señorita Teréz Hemli!

Pasó dos veces por el lado de Zia, pero ésta hacía ya rato que había olvidado que se trataba de ella. La voz cantante recordaba la de los vendedores de periódicos o de caramelos en las estaciones. Con el rostro impassible, Zia permanecía sentada detrás de su vaso de agua, intacta, que había perdido ya las burbujas de la efervescencia.

El muchacho del teléfono se detuvo delante de la mesa de los actores y cantó de

nuevo:

—¡Teléfono para la señorita Teréz Hemli!

—¿Para quién? —preguntó un viejo actor inclinando su oreja peluda hacia el muchacho cuyo canto había interrumpido una historia que estaba refiriendo por segunda vez.

—¿La señorita Teréz Hemli?

—Soy yo. —El viejo artista hizo un ademán de levantarse, produciendo un estallido de risas ante los tarros de cerveza. Pero se volvió a sentar y le gritó al muchacho—: ¡Idiota! ¿No ves que aquí no hay más que hombres? ¡Vete al diablo!

El muchacho dio media vuelta guiñando el ojo y se marchó. Miró alrededor de la sala y se dirigió a Zia porque era la única figura femenina del establecimiento. Esta vez no pregonó el nombre, sino que se limitó a preguntarle:

—¿La señorita Teréz Hemli?

Zia volvió en sí. Cualquiera en su estado de espíritu hubiera derribado las sillas para dirigirse a la cabina telefónica. Ella se levantó y se dirigió hacia allí más despacio incluso de lo que era necesario. Oyó la voz de Ubi.

—Han ido al piso de la actriz en Mmen-n-ta Utca. ¿No olvidarás la dirección?

—No, no...

—Toma un taxi. El chófer sabrá dónde está el lugar, está en Rózsahegy, en Buda.

—Pero, ¿qué hacen allí?

La pregunta no era realmente muy indicada, pero fue su voz temblorosa quien la hizo. Era la chiquilla aterrada que hace preguntas misteriosas a los adultos. Ubi tenía una contestación.

—Están cenando. En el camino se han detenido en el «Hungría» y el camarero ha metido un paquete en el coche. Debían haber *en-n-n-cargado* la cena antes.

—¿Hay alguien más con ellos?

Ubi tardó en contestar porque el tono de la voz de Zia delataba que se agarraba a la última brizna de esperanza.

—N-n-n-o. Están-n solos.

—Voy a ir allá.

—¡Un minuto! —gritó Ubi, temiendo que Zia hubiese colgado ya—. ¡Repite la calle y el número de la casa!

No hubo respuesta. Zia había olvidado ya la calle y el número.

—Ya lo ves. Estás agitada. Escríbelo; te lo dicto.

—No lo olvidaré.

—¡Escríbelo!

—¿Cómo quieres que lo escriba? Estoy en la cabina oscura... no tengo lápiz... ¡Oh, Dios mío!

—Piensa en tu madre.

—¿Por qué quieres que piense en mi madre?

—Tu madre se llama Men-n-ti. El nombre de la calle es Men-n-ta. Así no lo olvidarás. Repítelo, ahora...

Sólo un comerciante en huevos puede ser tan práctico. Una vida de negocios y de conocimientos de embarque proporciona estos rasgos de ingenio, para ejercer la memoria.

—Número catorce. Piensa en un caballo, porque tiene cuatro cascos y añades diez que es número redondo.

Ubi se daba perfecta cuenta de que era más difícil recordar la explicación que el número catorce solo. Su voz brotó en la oscuridad con una nueva idea.

¿Sabes qué? No sería muy hábil ir directamente a la casa. Párate en el número uno. No puede olvidársete.

—Muy bien, muy bien... Iré al número uno. Salgo en seguida.

Zia salió de la cabina y como suele ocurrir en estas circunstancias dio algunos pasos en dirección equivocada.

—Quisiera un taxi y la nota —le dijo al *maitre* del hotel.

—En el acto —dijo el buen hombre saliendo a la calle a hacer un signo con el dedo. La parada de taxis estaba frente al restaurante. Al regresar, dijo con el tono del hombre que acaba de hacer levantar de la cama al presidente de la Asociación de Carricoches:

—El taxi está esperando.

Hizo la nota, que, desde luego era modesta y no se sorprendió cuando vio que la dama no quería el cambio del billete de veinte pengos que había dado. Se precipitó hacia la puerta, la abrió para dar paso a la clienta que salió despedida como una pelota de goma y le abrió la portezuela del taxi. Su reverencia fue tan profunda al cerrar la puerta que su frente tocó casi el estribo. No era por los veinte pengos. Había recibido cien veces veinte pengos de propina de manos de financieros borrachos, ricos propietarios, campesinos de altas botas y damas de vida airada y saturadas de morfina. No sabía quién era aquella clienta, pero era sensible al raro fenómeno de la belleza unida a la buena crianza y se inclinaba ante ella como un *cornac* caería en éxtasis ante las alas azules de una mariposa durante una pausa de su trabajo.

Ubi estaba en medio de la calle para detener al taxi que se acercaba. Menta Utca era una de aquellas calles que bajaban de la colina de Buda, metamorfoseadas con su antiguo aspecto de pasto de cabras después de la guerra. Los árboles del borde de las aceras eran jóvenes, no tenían apenas diez años, como las mismas villas, grandes y pequeñas, particulares y de alquiler, prueba evidente que la Gran Guerra, no solamente allí, sino por el mundo entero, había dorado la tierra como un chaparrón de mayo, en la víspera del cual los síntomas del bienestar de la clase media brotaban en los suburbios, fuesen de Bruselas o de Belgrado, enormes como coles ganadoras del

primer premio en una feria agrícola rural. Los síntomas eran también patentes en Menta Utca, con sus terrazas de ladrillos y toldos de lona, sus lujosos macizos de flores enmascarados entre las pequeñas rocas plateadas, y las casitas para el perro, y los frisos en la tierra cocida de las fachadas, con imitaciones de la *Madonna* de Lucca della Robbia, manufacturadas en tan gran cantidad que podían adornar las casas de todo el mundo creyente. Los cimientos de las villas de Menta Utca estaban basados en los tratados del Trianón de Versalles, la Alianza de Lorcano y el Pacto Kellog. Algunos años más tarde, fue necesario darles el suplemento de los garajes, destruyendo así la afable simetría de su proyecto original. El suave viento de las tardes de octubre, saturado del olor de las hojas marchitas, el resplandor de la media luna, algún que otro lejano ladrido de perro, el jadear de un motor trepando la colina, todo rodeaba a las villas de Menta Utca en el seno de una Calma paradisíaca como si el héroe de la Edad de Oro de la leyenda de Irlanda, O'Donoghue, reinase todavía sobre la tierra que se levanta de las profundidades esmeraldinas del lago Killarney en medio de las huestes de radiantes hadas y galopa en deslumbrante esplendor sobre el espejo del agua, montado en su níveo corcel. Así eran las tardes de Budapest en aquellos tiempos. Las villas de Menta Utca no podían tener la menor sospecha de que al cabo de diez años más las vengativas cabras regresarían a reclamar su pastoreo.

Ubi cogió a Zia del brazo y la llevo bajo las ramas de los árboles hacia el número 14 como un anciano pariente acompañando a la viuda recién llegada del extranjero yendo a visitar la tumba de su difunto esposo. La motocicleta descansaba apoyada contra la verja con el manillar vuelto hacia fuera y su cruel mirada de acero fija en el auto amarillo. Daba la impresión de que estaba dispuesta a salir corriendo detrás del automóvil, si se atrevía a moverse del número 14.

Estaban ocultos tras las ramas de los árboles. Ubi señaló el primer piso, en una de cuyas ventanas brillaba una luz. Las ventanas adyacentes sólo despedían el vago resplandor de alguna lámpara decorativa.

—Están allá arriba —dijo en voz baja porque las ventanas estaban abiertas.

—¿Cómo lo sabes?

—Se lo he preguntado al portero. Ella se llama Eva Kocsag —añadió como si Zia no lo supiese. Después siguió explicando—: No te preocupes, lo he hecho todo muy cuidadosamente y no sospechan nada. He llamado y le he dicho al portero que buscaba al doctor Fuchs.

—¿Quién es el doctor Fuchs?

—No lo sé. Un nombre. El portero dijo: «Aquí no vive ningún doctor Fuchs». «Claro que sí, —dije yo. Vive en el primer piso». «No, dijo él, en el primer piso vive Eva Kócsag, la actriz». «No lo entiendo, dije entonces, ésta es la dirección que me han dado. Quizá la actriz da alguna fiesta y el doctor está allí». «Me parece que se equivoca usted, respondió un poco bruscamente. En casa de *miss* Kocsag no se da ninguna fiesta». Y así es como lo supe.

Una tan talmúdica forma de razonar no hubiera sido propia de un barón Ubul

Lerche-Friis. El espíritu de Grünberger se infiltraba en la mente del muchacho para acudir en su auxilio en casos como éste, porque el asociado comercial no había dejado de ejercer su influencia. Era una combinación recíproca; Grünberger no era sólo instructor, sino también instruido. Había aprendido de Ubi que sólo los camareros de restaurante usan corbata negra con el frac, que la palabra «inteligencia», no se pronuncia «inteliguencia», ni «detective», «detestive», y que no era necesario insistir en besarles las manos a las damas. En su ambiente, Grünberger hacía tanto uso de sus recientes conocimientos como Ubi de los miles de años de experiencia que el espíritu judaico le procurara para solventar los momentos escabrosos y complicados de la vida. En resumen, Ubi era quien hacía mejor negocio.

Zia y Ubi se sentaron sobre el bajo muro de piedra de la villa de enfrente y contemplaron las dos ventanas iluminadas que brillaban por encima de los árboles. Eran más de las doce y en las villas vecinas no había el menor signo de vida. Era fácil adivinar que a ventana más iluminada era la del comedor donde tenía lugar la cena. Se oía ruido de platos, abrir y cerrar las puertas y murmullo de voces, pero dada la anchura de la calle, era imposible entender lo que decían. ¿Qué lenguas hablaban? Alemán, la lengua que habían usado en «La rata ciega». También con un escaso vocabulario se pueden expresar muchas cosas. La ventana de la luz más tenue era evidentemente el dormitorio. De vez en cuando Zia aguzaba el oído al oír el lejano zumbido de un auto. Contra toda esperanza seguía esperando que una nube de coches apareciera súbitamente invadiendo Menta Utca, trayendo a Vira y Ferenc y veinte personas más; y a veces sentía deseos de telefonar a su casa, no fuera que hubiese para ella el recado: «Ven en seguida al número catorce de Menta Utca, nos estamos divirtiendo mucho en casa de Eva Kócsag».

Pero el zumbido del motor era absorbido cada vez por la noche. Así pasó quizás una hora. Súbitamente el resplandor amarillo se apagó y Zia agarró el brazo de Ubi. Pocos segundos después, una forma negra apareció en el tenue cuadrilátero de la ventana del dormitorio. Parecía una silueta en un marco. Era claramente Filippo, sentado en el antepecho de la ventana, incluso su negra boquilla de ébano podía distinguirse saliendo de su boca.

Ubi no tenía la menor idea de lo que esperaban, de lo que seguirían ni de cuál sería su papel. En todo caso, había llevado consigo su revólver. Si Zia, la presión de cuya mano sobre su brazo era cada vez más feroz, le hubiese ordenado: «Sube y mátalos a los dos», lo hubiera hecho sin un segundo de vacilación. Mientras contemplaba fijamente la silueta de Filippo estaba pensando que sería un blanco magnífico. No le hubiera sido difícil buscar el corazón de la silueta desde su magnífica situación. Era un tirador excelente, cualidad que había heredado de su madre. Tenía la sensación de que el «favor» que Zia le había pedido por la tarde, no se lo había hecho todavía hasta ahora. Ubi era un Dukay también y sabía que los Dukay expresan las cosas más complejas de la manera más simple. Cuando Zia se prometió con Filippo los suyos analizaron a fondo su personalidad así como sus

orígenes, y sabía que una de sus antepasadas había sido Lucrecia Borgia, la hermana de César Borgia, y que los muros de los palacios de Florencia todavía rezumaban sangre de sus numerosos crímenes. Durante la pasada primavera, Grünberger abofeteó en un café a un tal Zilder que había hecho proposiciones a su mujer. Esto era una respuesta de la clase media. Pero la silueta de Filippo en la ventana, allí en medio de la noche, evocaba con extraordinaria fuerza los procedimientos del siglo XVI, porque el que ha llegado a ser tratante en huevos es capaz también de elevarse a las más grandes alturas cuando se presenta la ocasión de obedecer los dictados de los ancestrales Dukay, y muy especialmente cuando éste es un muchacho de diecinueve años.

La silueta de Filippo se desvaneció de la ventana. La ventana se cerró y cayeron las cortinas como el disparo final de una ametralladora hecho desde un mundo exterior. Ubi y Zia se levantaron. Un momento después, el silencio fue roto de nuevo por un ruido que parecía gemidos de dolor. Era Zia que sollozaba, mordiéndose los labios con unos sollozos histéricos, aterradores, como Ubi no los había oído jamás. Cogió a Zia en sus brazos. Todo su cuerpo temblaba y Ubi sentía la feroz presión de Zia sobre sus hombros. Sus sollozos tenían un sonido absurdo, lujurioso y aterrador, algo de los maullidos lúbricos de los gatos que se oyen por los tejados.

—Viene alguien —susurró Ubi tan cerca de ella que sus labios tocaron el lóbulo de su oreja.

Zia se rindió. Su cuerpo estaba en sus brazos como un cadáver. Un policía se acercaba. El pausado golpear de sus talones sobre la acera daba la sensación de un metrónomo humano midiendo el tiempo de un modo peculiar. El policía pasó sin detenerse, dirigiéndoles sólo una mirada de reojo. Agarrados en aquella forma, uno en brazos de otro, sin separarse siquiera cuando alguien pasaba, un muchacho y una muchacha como aquéllos no debían de llevar útiles para el robo. En aquel momento se estaba cometiendo otra clase de robo. Eran dos formas infinitas en la noche tibia; su inmovilidad, el policía lo sabía muy bien, era como la de los cuerpos celestiales, las estrellas y la luna.

Cuando los sonoros pasos del policía se hubieron desvanecido en la distancia, Ubi hizo sentar a Zia en el muro de piedra.

Zia husmeó y con voz temblorosa dijo:

—¿Tienes un pañuelo?

Ubi buscó rápidamente con las dos manos, como si corriese una rata por su cuerpo. Pero no encontró ningún pañuelo, sólo llevaba pañuelo cuando iba de etiqueta. Zia sostenía su mano debajo de la nariz con un ademán que exigía rápidamente un pañuelo. Ubi buscó bajo su chaqueta, sacó el faldón de su camisa y un fuerte tirón arrancó un trozo del tamaño de un pañuelo.

—A tu servicio.

La solución no fue solamente práctica; consiguió hacer reír a Zia. Zia tomó el inusitado pañuelo y se sonó vigorosamente. Entonces, sosteniendo el pañuelo bajo su

nariz, comenzó a reírse, convulsivamente, con creciente intensidad, en un *crescendo*, de una forma extraña que hizo temer a Ubi que hubiese perdido la cabeza. Su extraña risa no tenía nada que ver con la razón, era como la llama azul que algunas veces brota de un cuerpo ardiente, elevándose en el aire. Súbitamente, dejó de reírse. Dio el pañuelo a Ubi con un ademán natural y encendió un cigarrillo. Aspiraba tranquilamente su cigarrillo, y de repente, *con su voz tranquila, pausada, casi ella misma ya*, hizo una sorprendente observación:

—Dios le mande al infierno...

No había recuperado enteramente el equilibrio, pero el momento de abnegación había pasado. No es tan fácil hollar el sendero que lleva de las arenas de la locura hasta la claridad conocida por el vago nombre de razón.

Zia habló de nuevo.

—¿Sabes de algún garaje por aquí? Quiero llevarme el coche. Tengo mi llave. El coche es mío al fin y al cabo; todos los papeles están a mi nombre.

Esta fría conclusión sorprendió grandemente a Ubi. Encontraba extraordinario que en aquel momento el sentido de la propiedad fuese lo primero que acudiese a su mente. Pero se alegraba de ver cuán razonable era. Y al propio tiempo sentía una cierta desilusión. La extraña noche que su imaginación había empezado a convertir en un deslumbrante cuento renacimiento, se convertía en la insignificancia de una venganza de mujer: le quitaba el coche a Filippo. Pero Zia llevaba algo más en la cabeza. Necesitaba el coche como prueba concluyente.

—Puedes usar el patio de nuestro almacén. Hay tres garajes allí.

Zia se dirigía ya hacia el coche. Por primera vez Ubi podía verlo a su sabor porque durante la persecución no fue para él más que un punto amarillo. Mientras Zia buscaba la llave, la contemplaba con los ojos del hombre que no tiene más que una motocicleta. Pensó que el coche era una maravilla.

—Sígueme —susurró Zia desde el volante.

El policía no estaba a la vista afortunadamente porque de lo contrario hubiera detenido a los ladrones de coches. También aquella calle formaba pendiente, de manera que pudieron alejarse por la cuesta de Menta Utca sin producir el menor ruido.

Ubi tenía la llave de la entrada trasera del patio y el garaje; así equipados, pudieron meter el coche en el garaje sin que nadie los viese.

—Ahora búscame un taxi —dijo Zia.

—No hay necesidad; siéntate detrás de mí y agárrate a mi cuello.

Zia aceptó. Ubi arrancó lentamente y con precaución, aunque no fuese más que para prolongar la sensación de aquel gentil peso de la pasajera sobre su espalda, con la presión de sus manos en el cuello. En esta presión de sus manos había una cierta tristeza infantil. No hay en la vida ningún sentimiento tan bello como apoyar, socorrer, ayudar a alguien. La motocicleta solitaria avanzaba a través de la noche desierta. Esta vez los policías, desde los umbrales de las casas, no sacaron el carnet

de notas.

El jardinero les abrió la verja. El arco voltaico iluminaba la entrada, y su blanco resplandor puso un punto final a la magia de la extraña noche.

Zia tendió la mano a Ubi.

—Adiós, gracias —dijo simplemente. Y antes de desaparecer detrás de la rechinante verja levantó de nuevo la mano y le dirigió un ademán de despedida a la moda francesa.

Eran cerca de las tres de la mañana.

Sobre las cinco, Filippo salió de la casa de Menta Utca. Era todavía de noche. Al no encontrar el coche, permaneció atónito y se echó el sombrero hacia atrás. Se puso las manos sobre los ijares. La negra boquilla castañeteaba entre sus dientes yendo de derecha a izquierda de la boca como si también hubiese adivinado la situación. La puerta de hierro estaba cerrada. Filippo preguntó con las manos dónde estaba su coche. En lugar de contestarle, el portero se quedó mirándolo con ojos soñolientos.

¡*Tut-tut!* —explicó Filippo, haciendo semblante de tocar una imaginaria bocina. Hubiera sido mucho más sencillo decir meramente «auto», que es una palabra común a todas las lenguas, pero de momento no se le ocurrió. En todo caso, consideraba que el húngaro no era una lengua para seres humanos. El portero comenzaba a comprender lo que pasaba. Salió a la calle, miró a su alrededor, levantó las manos, se encogió de hombros y en la misma lengua dijo:

—*Tut-tut... nincs tut-tut.*

La cosa no era de gran utilidad, porque Filippo lo sabía ya. Permanecieron algunos momentos desconcertados. Abandonó la idea de volver a casa de la actriz que estaba soñando sus más dorados sueños cuando él saltó de la cama. ¿Qué hacer? Era imposible decirle al embrutecido portero que telefonease pidiendo un taxi. Despidió al portero con un movimiento de su mano y comenzó a descender Menta Utca abajo.

Llevaba los puños cerrados como si transportase dos pesadas maletas, Si su boquilla no hubiese sido de duro ébano, la hubiera hecho pedazos entre sus dientes. Era italiano y difícilmente podía dominar su furia. La desaparición del coche era tanto más desconcertante cuanto que mientras estaba en cama, entre apasionados abrazos, se lo había regalado a Eva. Era un gesto de cierta desfachatez, aun cuando noble, fruto de su incapacidad para eludir sus insinuaciones. Estipuló únicamente que lo hiciese pintar de nuevo, porque todo el mundo sabía a quién pertenecía aquel cochecillo amarillo. Esto por lo menos, se lo debía a su mujer. Eva había aprendido a conducir con aquel coche, y así fue como empezaron las cosas, y es cosa sabida que todo el mundo se enamora del primer coche que conduce. Esta misteriosa relación entre el motor y el dueño, el hombre y la máquina, no ha sido todavía puesta en claro. No hay duda, sin embargo, de que en la aquiescencia inicial de la máquina a nuestros

pies y manos hay algo de la primera sumisión del amor. La idea de Filippo era que Eva le pedía el coche no sólo porque quería tener un coche, pues era, después de todo, un alma modesta y refinada; sino que quería precisamente *aquel coche*, y esto era comprensible. Las joyas eran otra cosa. Pedía joyas a fin de tener joyas; ciertamente, en aquellas circunstancias, una mujer tiene derecho a una joya de ciertas dimensiones. Era cierto que por lo menos una cuarta parte del capital de *L'Uccello italiano*, había sido destinada a este propósito, pero en este mundo todo cuesta dinero. Lo peor de todo era que Filippo no sabía dónde iba. Al principio rondó de una calle a otra mientras iba bajando, pensando que una u otra le llevaría a alguna gran plaza, pero sus pasos sólo le llevaron a una especie de hondonada donde las casas eran más raras todavía y de la cual partían otras calles en cuesta. Comenzó a tener miedo. Había visto ya a un tipo sospechoso acercarse a él y cruzo al otro lado de la calle. Una noche, en un parque de Niza, le había ocurrido una aventura semejante. Dos hombres disfrazados de marineros intentaron robarle, y uno de ellos llevaba un cuchillo en la mano. Afortunadamente, una pareja de policías en bicicleta pasaban por el parque en aquel momento. También en aquella ocasión iba de *smoking*. Dos *smokings* están muy indicados para los teatros o interiores, pero no para las calles de los suburbios en plena madrugada, en una ciudad extraña cuya lengua uno no conoce. Además, empezaba a llover. ¿Llover? Era un verdadero diluvio. Si pudiese echarle mano al ladrón del coche en aquel momento... Lo hubiera seguramente ahogado. Siempre, en todas partes, los taxis huyen de la lluvia. Se ponen a cubierto en cuanto caen cuatro gotas. Pero quizá fuera sólo una ilusión óptica. En todo caso, eran cerca de las siete de la mañana cuando Filippo llegó a casa, lleno de barro y mojado, en pleno día.

Durmió de un tirón hasta las tres de la tarde y desayunó en casa sin preocuparse de la hora. Se bañó y vistió a fin de estar en el Círculo a la hora de su póquer cotidiano. Mientras se bañaba se acordó del auto. Tendría que dar parte a la policía, pero para esto habría de decir dónde estaba, y el suceso podía salir en los periódicos. Estaba atrapado; se había atrapado a sí mismo. No hay nada que enfurezca tanto a un hombre como ser víctima de sí mismo, engancharse el bolsillo de la chaqueta en el pomo de una puerta o cerrarla sobre el cinturón del batín. Mientras se estaba friccionando el pelo, Filippo llegó a enfurecerse tanto que casi prendió fuego a su cabeza con las puntas de los dedos.

Después, cuando estuvo a punto de marcharse, encontró a Zia en el salón. Acercándose a ella con una sonrisa, le dijo tranquilamente:

—Imagínate la cosa estúpida que me ocurrió anoche. Me han robado el coche.

Zia estaba de pie en el centro del salón, rígida como un candelabro. Rígida y pálida.

—Me lo llevé yo anoche de la puerta de la casa de Eva Kócsag.

La mano de Filippo se heló en el aire. Tan sorprendido quedó al oír aquellas palabras que permaneció sin poder hablar y sólo su rostro se alteró, adquiriendo una

expresión de miedo. Su mirada aterciopelada que podía saturarse de tanta imploración era ahora fría y despedía un resplandor desconocido. Se acercó un poco a Zia y su voz fue algo que jamás había oído. En su ronquera había furia contenida.

—*Comment as-tu-osé?* ¿Cómo te has atrevido?

—El coche es mío —respondió tranquilamente Zia, levantando ligeramente la barbilla.

Una rabia bestial echó llamas por los ojos de Filippo. Su labio superior se levantó repulsivamente mientras descargaba el puño con toda su fuerza sobre el rostro de Zia. Zia rodó por el suelo y permaneció allí como una prenda de vestir rechazada. Quedó sin sentido algún rato y sólo volvió en sí al oír el portazo de Filippo que salía.

Se levantó lentamente del suelo, como en sueños.

Le parecía no tener mandíbula. Era una sensación extraña, pavorosa, como la que experimentó una vez en casa de un dentista cuando tuvieron que anestesiarle la mitad de la cara. Aquello ocupó todas sus ideas durante un momento. Después comenzó a gritar. Era un grito escalofriante. Pero su grito consistía en una sola palabra, tres sílabas articuladas:

—¡Be... ri... liiii!

El largo sonido convertido en agudo grito llegó hasta donde es posible que llegue la voz humana cuando alguien pide socorro al encontrarse ante un grave peligro. Aterrada por su propio grito, se estremeció y corrió, castañeteándole los dientes, al cuarto de baño. ¿Había oído alguien su grito? Filippo estaba ya en la calle, pero era incapaz de oír nada que no fuese los alaridos de su propia cólera. Era todavía menos probable que hubiese sido oída por la persona a quien imploraba.

Su grito indicaba que Zia no tenía nadie a quien acudir. ¿Su madre? La opinión de la condesa Mentí hubiera sido que en estas circunstancias una condesa finge no enterarse de nada y en ningún caso grita.

¿Su padre? El conde Dupi hubiera refunfuñado y gruñido; la hubiera tomado sobre sus rodillas consolándola como una chiquilla que llora porque se ha clavado una espina en un pie o se ha hecho un corte en un dedo. Todo lo más hubiera sido capaz de decir: «¡Qué tontería!».

Zia llamó una hora después. Entró Elisabeth, la doncella que estaba a su servicio desde la infancia. Debió estar muy cerca para haber acudido tan apresuradamente.

—Llame al chófer y al ayuda de cámara. Que se presenten inmediatamente.

Zia no se preocupaba de si la marca del golpe era todavía visible en su mejilla. Daba órdenes con calma. Se dirigió al ayuda de cámara:

—Telefonee a la estación. Reserve una cama para esta noche en el expreso de Trieste. Después venga a ayudarme a hacer los equipajes.

A Elisabeth y al chófer les dijo:

—Tráiganme todos mis baúles.

Rechazó dos maletas de piel de cerdo, que ostentaban el escudo de la corona de once puntas, que se había llevado de casa de sus padres. Primero desmontó toda su

instalación fotográfica. Sus lámparas, cubetas, aparatos y accesorios, y lo metió en un baúl plano, con cuidado para que no se rompiese nada. Hubo suficiente trabajo para el chófer y el criado. Otro gran baúl fue llenado con libros. Después Elisabeth la ayudó a guardar sus ropas. Viajar, como hacer equipajes, requiere una alta perspectiva cultural. Las mujeres de la clase media, frente a viajes más cortos y con mayor tranquilidad espiritual, se encuentran perplejas ante las maletas vacías. Por razones desconocidas son capaces de llevarse un voluminoso jarro de flores y olvidar el cepillo para los dientes. Aquí el problema de hacer el equipaje estaba ayudado con la eficacia de los grandes cirujanos en una operación de gravedad, en la que los ayudantes les tienden los instrumentos, y durante las cuales los objetos y las manos trabajan en una maravillosa colaboración, incesantes, sin vacilar. También, bajo otro aspecto, este hacer los equipajes se parecía a una operación grave. La sangre manaba también de allí, pero invisible, y las estrambóticas extremidades de la vida eran asimismo separadas de la carne. Inventario en mano, Zia iba dirigiendo la operación. Páginas separadas de este inventario estaban consagradas a abrigos, trajes, ropa interior, zapatos, medias, cinturones, artículos de aseo, sombrillas, guantes, misteriosos objetos femeninos, devocionarios, fotografías de familia. Cada objeto tenía su número y su sitio en los cajones y en las bandejas. Cuando llegaron los dos taxis los baúles estaban ya cerrados y ante la puerta. Un taxi tomó al criado y los equipajes. Zia se metió en el otro.

Antes de marchar le dio al chófer dos cartas que debían ser entregadas aquella misma tarde. Una de ellas iba dirigida a Septemvir Utca, a su padre.

Querido papá:

Quisiera ahorrarme y ahorraros a todos el relato de lo ocurrido. De todos modos, los pormenores no tienen importancia. No te inquietes, no te preocupes por mí. Me voy a descansar un poco; más, más que nada, necesito soledad.

ZIA

La otra carta era un gran sobre dirigido a Su Excelencia el barón Ubul Lerche-Friis. La carta decía:

Ubi:

Te adjunto los papeles necesarios y la carta de transferencia del coche. Es tuyo.

ZIA

No miró hacia atrás, ni a su habitación ni a su casa. No dijo a nadie dónde iba.

CAPITULO XI

EL barco que salía de Fiume una vez a la semana para vagabundear por los puertos del Adriático llegó a Mandria a las ocho de la noche. Desembarcaron seis naturales de la isla. El primero en desembarcar ágilmente fue Ettore Domeneghetti, el barbero; ágilmente porque no llevaba en su maletín de barbero más que algunas pastillas de jabón y unos frascos de loción para el pelo. Ettore Domeneghetti no usaba nunca sombrero; en sustitución llevaba en la cabeza la marca de su profesión, a modo de anuncio. El anuncio tomaba la forma de su peinado porque llevaba el cabello partido en el lado y extendido por su cráneo formando enormes ondas, tales como las que sólo la matinal brisa conocida por *tramontana* puede levantar en las del mar que se despierta. Ahora, como siempre, tres peines de considerable tamaño mantenían en su lugar a su ambulante anuncio. Detrás de él desembarcó Aldo Faggiani, el carnicero, con un poco más de dificultad porque en ensangrentado saco que llevaba a la espalda contenía toda una mitad de ternero. Este medio ternero constituía la provisión de carne de Mandria para toda una semana, porque sólo comían carne las personas cultas y aun así con rara frecuencia. Hoy, como siempre, Faggiani había ido al mercado de Lussinpiccolo en la pequeña gasolinera de Pietro Torriti y, como siempre también, había elegido este sistema más seguro de regresar a su casa con su preciosa carga. La larga nariz del carnicero, inclinada sobre su boca y los redondos músculos que acolchonaban su cuerpo le daban el aspecto de un tapir bien domesticado y al que se ha enseñado a hacer varios trucos inteligentes. El tercer pasajero era una mujer gruesa, de negra piel, Amalia, la esposa de Niccolini, el droguero, quien había ido también a Lussinpiccolo en busca de género. Jadeaba bajo el peso de una maleta de fibra atada con cordeles. La cuarta pasajera fue Eulalia, con el cabello partido en la mitad, con los ojos negros y a quien le faltaban dos dientes. Era la dueña de la lechería. Sus bultos no la embarazaban porque traía tan sólo un pequeño queso y algunos paquetitos de mantequilla. Tras ella bajaron por la pasarela el reverendo Muzmics y Nyinyin, el campanero, que regresaban de una visita oficial al obispado. El anciano párroco tenía un ancho rostro de campesino respirando el buen humor y una eslava nariz aguileña; en lugar de cabello, su cráneo escarlata estaba cubierto por una espesa capa de diminutas cerdas amarillentas que parecían simientes de cebada brotando en un parterre. El párroco tenía el pecho de un pavo. El campanero Nyinyin parecía el más sensato de los dos, pero acaso sólo porque llevaba lentes, una de cuyas patas estaba rota y un cordelito negro la mantenía en su sitio. Según Occhipinti, el farmacéutico, que tenía fama de ser hombre de agudas frases, Nyinyin usaba lentes para que le ayudasen a tocar las campanas. Los lentes y su propietario se pasaron recientemente dos meses en la cárcel de Fiume por contrabando, pero esto, en opinión del párroco Muzmics, había ya sido perdonado por el Señor. Éstos eran los seis pasajeros de Mandria.

La séptima pasajera era una mujer joven que llegó con gran cantidad de

equipajes. Durante el viaje los *mandrianos* estuvieron comentando su presencia, pero no consiguieron llegar a ninguna satisfactoria conclusión. Durante el verano hubo diecinueve forasteros que pasaron las vacaciones en Mandria, pero se habían ido todos. Evidentemente, siendo Mandria la última escala, la viajera iba a Mandria. Finalmente, el párroco Muzmics resolvió el problema. La viajera era tuberculosa. Durante los pasados cuarenta años había acompañado a diecisiete tuberculosos en su último viaje al cementerio de Mandria, todos ellos condenados que acudían a la isla porque el aire del océano era su única esperanza. Los *mandrianos*, reunidos en un rincón de cubierta, estuvieron de acuerdo con las palabras del anciano párroco. La mujer estaba sentada en el otro extremo de cubierta y miraba al cielo durante horas enteras como si sus ojos verdes manzana estuviesen ya explorando la ultratumba. Aldo Faggiani, el carnicero, no le daba más de unos cuantos meses de vida. La estimación de Nyinyin, el campanero, estaba determinada por el número de campanadas que tendría que tocar en su entierro, y se preguntaba si tendría o no dinero para cubrir los gastos del entierro, porque, desde luego, aquel rubio Linz que murió el año pasado, no había dejado sobre la tierra más que dos pañuelos de bolsillo. Nyinyin se consolaba viendo los grandes baúles de la pasajera. Los *mandrianos* desembarcaron con la convicción de que la isla tendría pronto un cadáver más.

No era ciertamente cosa fácil llevar aquellos equipajes a tierra. Un gran baúl casi arrancó los brazos a los muchachos semidesnudos que rondaban por el embarcadero. Era el que estaba lleno de libros. El segundo, plano y largo, contenía todo el material fotográfico. El tercero, lleno de ropas y diversas cosas, era el más ligero. ¿Dónde podría encontrar una habitación? Occhipinti, el droguero, la favoreció con una respuesta.

—Sólo la Pensión Zanzottera puede ser tomada en consideración.

Se proporcionaron algunos carretones y la comitiva se dirigió hacia la Pensión Zanzottera. La noche había cerrado y también esta vez buscaban el camino a través de las angostas callejuelas con la ayuda de una lámpara portátil, pero para Zia la luz brillaba de una manera muy diferente de cómo había brillado hacía un año y medio mientras trepaba hacia la villa Hasparics. El olor de pescado frito los recibió a su entrada en el vestíbulo. ¿Había alguna habitación? Había una habitación, desde luego, respondió excitada la señora, secándose el aceite de la barbilla. Con cada sonrisa aparecían en su boca dos hileras de dientes averiados. Zia vio la habitación que un día había ocupado el señor Gruber y salió también a la terraza. La encontró satisfactoria. En el espacio de unos segundos amuebló de nuevo en su imaginación la estancia, que era lo suficientemente grande para permitirle instalar una cámara oscura en un rincón. ¿Cuánto valía la habitación? La *signara* se frotó por última vez la barbilla antes de responder y al hacerlo fue con una pregunta:

—¿Para cuánto tiempo?

Zia miró al aire, como si se encontrase ante la obligación de responder a la más importante cuestión de su vida: el tiempo que transcurriría antes de que Filippo fuese

por ella. Que iría por ella era cierto, pero lo difícil era saber cuándo. Durante su luna de miel, sentados una vez en la terraza de la villa Hasparics, mirando hacia abajo la maravillosa beatitud de la bahía, Zia le había dicho:

—Aquí es donde vendría si alguna vez me encontrase en apuros.

Sus ojos se llenaron de lágrimas al decir estas palabras, porque los más dulces momentos de felicidad tienen siempre algo de tristes. Filippo se dio cuenta de las lágrimas y trató de bromear sobre ella. Sacó un carnet de bolsillo y con gran seriedad dijo:

—Espera un momento; voy a apuntarlo, no sea que se me olvide.

Y escribió: *Si a Zia le pasa algo, dirección: Mandria*. Pero no había necesidad de escribirlo. En el transcurso de una vida hay frases que permanecen en la memoria tanto tiempo como los dientes en la tumba. Si Filippo quería ir a buscarla sabía dónde tenía que ir. Pero ¿cuándo iría? Esperando pacientemente, la *signara* se inclinó para arreglar la punta del tapete.

—No lo sé definitivamente todavía, pero tomaré la habitación para un mes.

La respuesta satisfizo a la *signara*. A pesar de que no había ya aceite en su barbilla comenzó a restregarse otra vez.

—Treinta y cinco liras diarias, pensión completa.

Zia sabía los valores del cambio, al contrario de su familia y amistades; sin embargo, casi no podía creer en un precio tan bajo. Se volvió hacia la *signora* y ésta se asustó al ver su movimiento.

—Digamos treinta y dos —corrigió precipitadamente, mientras sus dos hileras de dientes aparecían como la lengua de una serpiente. Zia asintió por temor a que la *signora* rebajase todavía más.

—¿Y *Frau Kunz*?

—No está ya en Mandria ni es probable que vuelva, porque el año pasado tuvo una pelea con Giuseppina, la mujer del carnicero.

Esto tranquilizó a Zia. *Frau Kunz* era la única persona que hubiera podido reconocerla. Durante el mes de estancia allí. Filippo y ella no se habían movido apenas de la villa Hasparics y usaron lentes contra el sol durante sus raras excursiones a la Piazza Vittorio Emmanuele. Antes de su fuga de Utca había tenido mucho cuidado en no llevarse ni un solo traje de los que había usado durante su anterior estancia.

—¿Ha estado ya la señora aquí otras veces? —preguntó la *signora*.

—Una vez hace mucho tiempo; pero sólo de paso.

Los maleteros, que habían aumentado hasta más de veinte por el camino, llevaron los baúles. Los mayores no podían tener más allá de quince años. Cuando la *signora* vio los elegantes equipajes enseñó los dientes con una sonrisa que destilaba vinagre. Su corazón se llenaba de congoja al pensar en las tres liras rebajadas de la pensión diaria. Abrió el registro para inscribir a Zia. Sin vacilar, escribió el nombre que había decidido usar durante el viaje: *Teréz Hemli*. Profesión: *Fotógrafo*.

—¿Desea usted cenar?

—No, gracias. He comido en el barco.

—¿Puedo ayudarla a deshacer los equipajes?

—Muchas gracias; no hay necesidad.

La *signora* extendió sábanas limpias sobre la cama diván del estudio y dejó sola a la fatigada huésped. El largo viaje había realmente agotado a Zia. Allí, en Mandria, se sentía tan alejada de Budapest como si la Pensión Zanzottera no estuviese siquiera sobre la faz de la tierra. No sacó del baúl más que un salto de cama malva; lo demás podía esperar hasta mañana. Colocó sus chinelas coloradas al lado de la cama. Acababa apenas de dejarlas cuando su presencia le produjo un dolor en el corazón. Las dos chinelas no decían nada ni tenía ya significado alguno; tenían ahora un aspecto aterrador, parecían dos pies ensangrentados arrancados a sus tobillos. En su casa aquellas dos chinelas las había llevado ¡siempre hasta su vasta cama y hacia Filippo. Se sentó en el borde del diván y comenzó a llorar. Era una forma solitaria de llorar y sus lágrimas corrían por el rostro hasta ser a veces recogidas por la lengua que gustaba su sabor salado; la mano no tenía fuerza suficiente para sacar el pañuelo. Zia se metió en cama. Se echó de espaldas, con ambos brazos a lo largo de sus muslos. Gradualmente las lágrimas de sus córneas fueron enfriándose hasta llegar a parecer gotas calmantes. La fatiga pronto extendió el sueño sobre ella.

A la mañana siguiente la *signora* llamó a la puerta y le llevó el desayuno en una bandeja; un huevo pasado por agua, café, pan tostado y un poco de mermelada. ¿Podía sentarse un momento? El *signor* Occhipinti, el droguero, tenía una radio descompuesta y se sentía encantado prestándosela a la señora si estaba dispuesta a pagar el coste de la reparación. «No, muchas gracias». La *signora* seguía hablando intensamente del *signor* Occhipinti y Zia supuso que habría algo entre los dos. La *signora* era una mujer de unos cuarenta años. Morena, ojos penetrantes, nariz aguileña y una vasta frente, daba la idea de una pasada belleza.

Zia no quería enterarse de la existencia de un mundo exterior. La radio no le interesaba ni había dado orden de que le enviaran alguna. Nadie, salvo la libretita de Filippo, sabía que estuviese en Mandria. Su impulso la inducía ahora a convertirse en una auténtica princesa Oasika que una vez edificó, con la ayuda de tigres y elefantes y sin otros materiales que sus recuerdos, una ciudadela escarlata con torres amarillas sobre la Colina de los Naranjos.

Hay una frase que dice que el primer día de la tumba es el más duro. La descomposición empieza, los cartílagos se ablandan y las clavículas pierden su presa para dejar a la podredumbre invadir libremente las cavidades del cuerpo. Aquel primer día, Zia resistió los embates de sus recuerdos y memorias, ocupando sus horas en el trabajo. Después del desayuno fue a la droguería de Niccolini en la Piazza Vittorio Emmanuele donde, naturalmente, se vendían también telas. Verdad era que no había más que tres diferentes modelos de percal, pero Zia encontró un dibujo verde y castaño que creyó le serviría y, con gran sorpresa del larguísimo cuello de

Niccolini, compró toda la pieza. Dos pequeños Niccolinis le llevaron la tela a su casa. Las lecciones de italiano tomadas dos años antes con el *signar* Vallencic le eran muy útiles ahora y el italiano aprendido con Filippo le fue también de gran utilidad. En la pensión le pidió prestada la máquina de coser a la *signora* y comenzó a trabajar. Recordaba ahora cómo la Regente del Ojo Único había reprochado a Berili haberle enseñado a coser a máquina a la edad de trece años. La habitación de Zia, además de la cama diván, contenía dos sillones, una silla de mimbre, una mesita que servía de escritorio, otra mayor para las comidas y dos lindos armarios antiguos de cerezo. Había también un lavabo de mármol, pasado de moda, y al lado el bidet, oculto por un biombo. Los colores de los tapetes y cubrecama chocaban escandalosamente, así como el biombo, destruyendo una atmósfera que, de lo contrario, hubiera podido ser bastante agradable. Pero las mujeres saben el sereno secreto de amueblar una habitación y Zia sabía que si sustituía todas aquellas detonantes telas por un dibujo y color uniforme, el ambiente de su cuarto cambiaría en el acto. Pero no había que ahorrar tela. La máquina de coser zumbó en el cuarto hasta muy avanzada la noche. La cinta métrica volaba en sus manos y las grandes tijeras no estaban ociosas. Incluso la *signora*, cuando entró, quedó sorprendida al ver el nido en que el dormitorio se había convertido. El cubrecama tenía sus volantes y la misma tela remplazaba las feas cortinas color borgoña. La misma tela cubría también la mesita tocador sobre la cual relucía el gran espejo de plata que Zia se llevaba siempre en sus viajes. Su juego de tocador de concha, regalo de boda de la princesa María, estaba dispuesto bajo el espejo. Sólo le faltaba hablar con la *signora* de la cuestión de la cámara oscura. Serían necesarios solamente algunos estantes, unas cuantas planchas de madera y un carpintero. El exterior sería recubierto con la misma tela.

Por la tarde del día siguiente el cuarto oscuro estaba terminado y por la noche cubierto. Los armarios se llenaron y los baúles fueron mandados al altillo. El olor levemente nauseabundo de percal nuevo saturaba el aire. Sus febriles esfuerzos hicieron pasar a Zia los dos primeros días.

Por la mañana del tercero entró en la iglesia de San Simeone que había visitado repetidas veces con Filippo. Esta vez estaba sola de rodillas ante el altar. El párroco Muzmics y el campanero Nyinyin salieron de la sacristía y avanzaron por la nave desierta. Se detuvieron para contemplar un momento a la tuberculosa, pero no hablaron de ella.

Había llegado el otoño. El barco de Fiume cambiaba su itinerario y tocaba Mandria sólo una vez cada quince días, a las cuatro de la tarde. Los días eran cálidos todavía y los chiquillos se remojaban en la playa. Nada expresa de una manera tan angustiosa el fin del verano como una playa desierta. La música de los gramófonos, los gritos de los chiquillos y los azotes de las mamás no salían ya de las casitas abandonadas; en el agua verde faltaban los bustos de los mayores y las zambullidas

de delfín de los más jóvenes, y los cuerpos bronceados, diseminados como focas, no cubrían ya la arena. El sol brillaba todavía con fuerza durante las horas del mediodía, pero los días que se acortaban sobre las playas desiertas cantaban el responso del verano.

Dos veces al día Zia recorría la distancia hasta la playa. Pasaba más allá de los baños, y sólo daba la vuelta al llegar al puente de piedra que franqueaba el ancho, pero seco lecho del río que descendía de las montañas. El árido fondo de piedras que formaba una constante e irregular cinta blanca que descendía de las alturas, parecía como si el fuego y no el agua lo hubiese cubierto un día, abrasándolo hasta convertirlo en cenizas. En realidad, en aquella época del año, el fuego dorado del otoño descendía de las colinas como un chorro para verterse en el lecho del río. Zia se sentaba sobre el pretil del puente para descansar. Llegar hasta allí requería sus buenos tres cuartos de hora. Así pues, caminaba una hora y media cada mañana y cada tarde. Estas tres horas de ejercicio eran lo que mantenía vivo en ella el espíritu. Nadie se aventuraba hasta tan lejos. Las suelas de goma de sus zapatos hacían sus pasos silenciosos y esto aumentaba la sensación de paz y soledad. Ahora era la princesa Oasika que, ayudada por tigres y elefantes sin otros materiales que sus recuerdos, edificó un palacio escarlata con tres torres amarillas. Se sentaba en el pretil del puente de Mandria de la misma manera que se había sentado una vez en el parapeto de la atalaya de Buda, a horcajadas, mostrando la rosada forma de su rodilla enfundada en seda o un águila que volaba a tan gran altura que parecía un gorrión. Contemplaba el proceso de la construcción y sus pensamientos eran análogos a los de aquel fabricante que una vez se sentó en una carretilla puesta boca abajo vigilando la construcción de su casa de Fuga Utca. Los elefantes brahmanes movían grandes vigas con sus trompas y estas vigas tenían una gran semejanza con los dorados artesonados de Spavento que cubrían el techo de los salones del marqués Delfrate. Los tigres rayados de amarillo subían a la cumbre de la colina bellezas desnudas del Correggio, de blanca carne, entre sus colmillos, y el abrasado lecho del río cantaba *O mia fiamma bellissima!* De los acantilados violeta de la Dalmacia llegaban distantes sonos de mandolinas. Sus ojos se fijaban en una magnolia vecina que empezaba a parecerse a la puerta del cuarto de baño de Filippo. Abría la puerta y allí estaba Filippo desnudo al lado de la bañera, con un pie apoyado sobre la silla, cortándose con unas tijeras las uñas de los pies. Las duras uñas saltaban en el aire con un leve estallido. Incluso entonces sus blancos dientes sujetaban la boquilla de ébano en la comisura de sus labios y los diminutos brillantes destellaban alrededor de ella.

El barco llegaba los martes a las cuatro de la tarde. Faltaban todavía tres días. ¿Llevaba ya once días? No lo sabía. Tampoco sabía la fecha de su salida de casa. Tuvo que hacer muchos cálculos para llegar a la conclusión de que había salido el veintiocho y llegado a Mandria el treinta. Daba por descontado que Filippo llegaría en el barco del jueves. Era mejor que las cosas hubiesen ocurrido así, que Filippo la hubiese abofeteado. Cuando Filippo se marchó después de aquella escena, salió a

Fuga Utca y debió ir a pie hasta la primera parada de taxis. ¿Qué había en su corazón al salir? Estos golpes siempre acongojan más al que pega que al que los recibe. Después, como un breve pero alarmante ataque de fiebre, la furia abandona el cuerpo. Pero esta furia sí, es obra del cuerpo, de los nervios. Filippo tomó un taxi. ¿Dónde pudo ir? Iría probablemente al Casino a sentarse ante una de las mesas de *bridge*. Le parecía ver el movimiento de sus manos al manejar los naipes. Su pulgar moreno, con la uña corta y el dorso curvado. ¿Qué pasó después? ¿Vio a Eva Kócsag aquella noche? No era probable. Filippo debió regresar a casa, quizá sin cenar. Andaría de un lado a otro del salón, alrededor del gran sofá rojo remolacha, hacia el comedor, y hasta la biblioteca de su cuarto que era el itinerario que siempre seguía cuando reflexionaba sobre la empresa *L'Uccello Italiano*. Andaba así horas enteras hasta después de medianoche. Algunas veces se detenía, levantaba la mano derecha y se rascaba el occipucio con el índice. Esto era síntoma de que sus trabajos espirituales comenzaban a desanimarse. Pero su humor cambiaba por momentos. Algunas veces se echaba sobre el gran sofá remolacha que les habían llevado del palacio de Septemvir Utca; se lo habían llevado porque en él transcurrieron las más bellas horas de su noviazgo, a la luz de la lámpara china. Allí estaba Filippo sentado en el sofá rojo remolacha y de repente ocultaba su rostro entre sus manos. Sí, Filippo lloraba. Lloraba por lo que había hecho. Zia lo imaginaba perfectamente.

Ahora los tigres y los elefantes daban la vuelta en la cúspide de la colina y bajaban por el lecho del río en busca de nuevos materiales. Los elefantes subían con sus trompas a la cumbre grandes toneles de lágrimas de Filippo. Los tigres, incapaces de subirlos, con sus colmillos, arrastraban los informes despojos de negros búfalos y rinocerontes por las piedras agudas; eran el dolor de Filippo y sus remordimientos de conciencia. Los ánades silvestres, saliendo de las nubes de la pantalla de la lámpara china lanzaban espantosos graznidos de terror.

Filippo llegaría el jueves. Se situaría en la proa del barco y los amarillentos faldones de su impermeable flotarían al viento. Llevaría una pequeña boina vasca en la cabeza, un poco inclinada sobre una oreja, y la línea negra de la boquilla se destacaría en su silueta.

Once días. ¿Qué había ocurrido desde entonces? Al marcharse sólo había enviado dos cortas notas a su padre y a Ubi. ¿Por qué no había escrito a su madre? Aun cuando lo ignoraba, había en ello una cierta muda venganza, porque, durante los últimos momentos de la boda, cuando rompió a llorar y se arrodilló delante de sus padres, la mano enguantada de blanco de la condesa Mentí, que con tanta majestad sabía sostener el abanico de marfil, no se había movido. Fue el conde Dupi quien se inclinó hacia ella y la ayudó a levantarse. Este momento resumía todo lo que había ocurrido entre Zia y sus padres desde su nacimiento.

Ahora, súbitamente, se preguntaba si su padre estaría vivo. Desde la inesperada muerte de Berili en el coche cama y desde la muerte de tío Paul de un ataque al corazón en el espacio de pocos minutos, había pensado a menudo en su padre tal

como lo había visto cuando el monótono zumbido del auto le había dado sueño yendo hacia Venecia. El rostro del durmiente se había quitado la máscara, delatando las marcas secretas de la próxima muerte.

El jueves por la tarde, media hora antes de que el barco debiese zarpar del lejano puerto anterior, anduvo de un lado a otro entre la caseta de los aduaneros y el bolardo de hierro en que se amarrarían las estachas del vapor. El inspector de aduanas, Guido Castelli, salió de su caseta porque atribuía el paseo de aquella mujer al irresistible poder de su masculina belleza, ante la cual sucumbían, víctimas de ella, todas las mujeres de Mandria si así se le antojase a él. Sin embargo, en la aparición de aquella mujer joven había un cierto desdén y al propio tiempo un cierto encanto atractivo. Guido Castelli, que era un italiano fuerte y moreno, se dio súbitamente cuenta de que su sonrisa no surtía efecto y un inexplicable embarazo le impidió dirigirse a la desconocida. Pero, finalmente, sus dientes amarillos asomaron por entre sus gruesos labios rojos y cuando la mujer pasó por delante de él le preguntó atrevidamente.

—¿Está usted esperando a alguien?

Pero casi no reconoció su voz. Llevaba una cinta roja a lo largo de sus pantalones gris tórtola y la forma de su gorra era la que el mundo entero conoce por haberla visto sobre la cabeza del rey de Italia. Guido Castelli tenía la costumbre de ponerse la guerrera sólo cuando el barco había atracado. Ahora llevaba tirantes sobre su camisa sudada, que formaban una gran «X» sobre su espalda y estaban atados con nudos, pues el caucho había perdido elasticidad. Innegablemente en aquel rostro, en el color de su cabello y en su tez morena había algo que recordaba a Filippo. Pero era más gordo y más alto que Filippo, y considerablemente más sucio, desde luego. Visto de espaldas, las dos nalgas protuberantes de debajo de la «X» mayúscula, eran suficientes para dos hombres. «Mi buey gordo», era como Occhipinti, el farmacéutico, conocido por sus ingeniosas frases, solía llamar al inspector de aduanas cuya pregunta a Zia: «¿Está usted esperando a alguien?», parecía una especie de presentación. Todo Mandria sabía las conquistas del inspector de aduanas, como sabía también que le era imposible liberarse de sus amores con Eulalia, la dueña de la lechería, que se acercaba a la cuarentena, llevaba el cabello negro partido por la mitad y le faltaban dos dientes. Comprensiblemente, este asunto no contentaba a Guido Castelli. Eulalia, por otra parte, lo estaba amenazando constantemente con matarlo si la engañaba. Guido Castelli se había quejado frecuentemente de esto a Niccolini, el droguero, que era su íntimo amigo. Al detenerse delante de Zia y preguntarle embarazado: «¿Está usted esperando a alguien?», en los ojos castaños del inspector de aduanas brillaba una feroz expresión de lujuria.

—Sí —dijo Zia después de una ligera vacilación. Y dando media vuelta dejó plantado al aduanero de pantalones color tórtola.

El humo del buque apareció por el Noroeste, misterioso e insignificante como los primeros hilillos del fuego de un bosque que parecen insignificantes e inofensivos hasta que las llamas devoran toda la selva.

Los borbotones de humo del barco que se acercaba iban aumentando. La gran «X» mayúscula sobre los pantalones color tórtola, después de haber pasado tres veces por delante de Zia con las manos en la espalda, no se daba cuenta de que estaba más lejos de la posibilidad de hacer una conquista de lo que estuvo jamás hombre alguno.

El barco se acercaba rápidamente. Podían ya verse algunas siluetas sobre cubierta. Pero la proa estaba desierta. Sin embargo, allí..., ¡sí, allí, al lado de la chimenea, estaba el impermeable color de arena! Las nubes de humo tapaban algunas veces el barco y después, cuando viró, los rayos del sol cegaron los ojos de la única espectadora. Finalmente amarró al lado del muelle. Sólo un pasajero desembarcó, el carnicero, con el medio ternero en su saco de lona echado a la espalda.

Este saco era lo que le había parecido a Zia la gabardina color arena.

Volvió a casa y, al sentarse en el sillón al lado de la ventana, un terrible temor se apoderó de ella. Al día siguiente era viernes. ¿Cómo lucharía contra aquel día? ¿Por qué era aquel viernes tan amenazador? No había ninguna razón especial, pero la gente tiene algunas veces estos inexplicables presentimientos. Tememos el mañana, pero sólo mañana, porque pasado mañana será ya un día cualquiera. ¿Qué amenazaba este mañana? Nada. Es este mismo nada, lo que es terrible.

Por la mañana del siguiente día el *signor* Occhipinti, el farmacéutico, fue a presentar sus respetos a Zia. Dijo que se acercaba el día del vigesimoquinto aniversario de su boda y quería una fotografía suya y de su mujer. Se informó de los precios. Zia le dijo que con mucho gusto le haría la fotografía, pero que no podía aceptar dinero, porque no tenía el permiso comercial italiano. Occhipinti lo comprendió perfectamente y al día siguiente compareció con su mujer, Riña, quien, a pesar de lo gorda que estaba, no parecía ser feliz. Dos días después la fotografía estaba lista y recorrió las manos de todo Mandria. Occhipinti le regaló un tubo de crema para las manos, de su propia fabricación, pero a Zia le pareció que olía a pescado de una manera insoportable. Resultó muy útil para engrasar las articulaciones de su trípode fotográfico y los goznes de las puertas. Una mañana apareció Aldo Faggiani, el carnicero, y le dijo que tenía un hermano en el Canadá, que hacía doce años que no se habían visto y que le gustaría ser fotografiado con su familia. Se informó de los precios. Zia le explicó que no podía aceptar dinero porque carecía de permiso comercial italiano. La fotografía fue sacada gratis y constituyó un verdadero éxito.

Faggiani le mandó a Zia dos libras de ternera que olía ya un poco. Zia entregó el regalo a la *signora* que estuvo muy contenta. Al día siguiente apareció Niccolini, el droguero, y le dijo que tenía una hermana a quien no había visto hacía ocho años, que vivía en El Cairo. Se enteró de los precios. Zia le dijo que... La fotografía de Niccolini le procuró una caja de galletas rancias. Y así sucesivamente. Compareció todo Mandria. Desharrapados pescadores se presentaron preguntando precios, porque ya habían oído decir que no cobraba nada. Pero no quedaron en deuda; le regalos de pescado o langostas. Todo esto ayudaba considerablemente a la *signara* y de

momento abandonó su proyecto de aumentarle el precio de la pensión. Las fotografías gratis crearon un lazo de amistad entre Zia y la población de Mandria. La avalancha fotográfica fue debida a un rumor que el párroco Muzmics había esparcido por todo Mandria afirmando que la dama de las fotografías estaba tuberculosa y le quedaba poco tiempo de vida. Así se precipitaron todos a obtener una fotografía antes de que fuese demasiado tarde. Entre ellos, comenzaban a llamar a Zia la *fotógrafa morta*. A los *mandrianos* les causaba placer ver un cadáver viviente pasear entre ellos con la cámara colgando de una correa en el hombro, usando zapatos de tenis y trajes sencillos, pero de calidad. El cadáver se convirtió en una cliente regular de la droguería de Demetrio Niccolini, donde compraba grandes cantidades de caramelos y bombones que distribuía entre los chiquillos de Mandria. Cada día compraba un par de litros de leche en casa de Eulalia y se los llevaba a lo alto de la colina en una cestita, a distribuirlos en algunos hogares pobres, especialmente entre los chiquillos huérfanos de Egislo. Dos años antes, los azotes del *bora* habían mandado al fondo del mar una de las *bragozzas*^[46] y a Egislo con ella.

Las dos semanas siguientes transcurrieron de esta forma. Y así, por segunda vez, el humo del barco apareció en el desierto horizonte del Noroeste un jueves por la tarde, y por segunda vez Aldo Faggiani, el carnicero, bajó a tierra con su medio ternero metido en un saco en la espalda.

Llegaron los últimos días de noviembre; los chiquillos dejaron de bañarse en el mar; el olor del aire soleado fue haciéndose más fuerte, y una noche Zia se despertó al sonido de un apagado cañoneo. El *bora*, el terrible viento norte, azotaba Mandria. Las monstruosas olas parecían arrancar los sesos de los arrecifes, tal era la furia con que se arrojaban contra ellos. Negras nubes cubrieron el cielo todo el día y furiosos chubascos azotaban los tejados de las casas. Las *bragozzas* buscaron refugio en el remanso interno de la laguna, con sus velas amarillas fuertemente aseguradas. Sus grandes formas negras cubrían enteramente la laguna, así como el sucio acuario hasta el fondo. Pero incluso allí, en el fondo del remanso interior, bailaban y se golpeaban, haciendo crujir sus cascos y golpear sus mástiles. Algunas veces llegaba tal ola del mar que el agua desbordaba en la orilla, se abría paso hasta la iglesia y la droguería de Niccolini y barría el suelo de ladrillos con silbante espuma. Pero esto no era una novedad en Mandria. La espuma salada hacía incluso mucho bien a los sucios ladrillos. Era imposible salir de casa. Zia se aventuró, sin embargo, para contemplar la maravillosa furia del mar. Pero por la ventana de su caseta Guido Castelli la avisó que no fuese hasta el paseo, porque hacía algunos años, durante una tempestad semejante, una ola inesperada había arrebatado a un comerciante de Klagenfurt, en el Corso Mussolini, arrojándolo al mar. El *bora* era capaz de agarrar a una persona y lanzarla al aire. Zia aceptó su buen consejo y se fue a casa.

La furia del *bora* duró dos semanas y Zia llegó al cuarto volumen de *Jean*

Chistophe. No podía ir a pasear. Incluso los tigres y los elefantes del lecho del río suspendieron su construcción.

Mientras el *bora* sopla sobre Mandria regresemos a Budapest y veamos qué había ocurrido entretanto. Filippo no pasó la noche de su abandono como Zia lo había imaginado. Su versión era sólo exacta hasta el momento en que Filippo salió efectivamente a Fuga Utca y anduvo a pie hasta la primera parada de taxis. El taxi, sin embargo, no lo llevó al Casino, sino a casa de Eva Kócsag. Eva comprendió muy difícilmente lo que había ocurrido, porque sostenían la conversación en alemán, lengua que ambos hablaban bastante mal. Además, la descripción de la escena hecha por Filippo era nerviosa y confusa y se calló la circunstancia de haber abofeteado a Zia. Lo único claro de todo el incidente era que Zia se había llevado el coche amarillo de la puerta de la casa y esto encolerizó considerablemente a la artista. Durante la cena hicieron sus planes. Decidieron irse al extranjero dentro de algunos días. Filippo llegó a su casa a primeras horas de la madrugada, pero, al día siguiente, compareció a *L'Uccello Italiano* a las diez de la mañana. Era la primera vez que una cosa así ocurría. Llamó al señor Hardt, el cajero, y le dio su autorización presidencial de retirar inmediatamente del Banco la totalidad del capital de la firma. En el Banco, el señor Hardt se encontró con una gran sorpresa. Había un obstáculo, al parecer, para retirar nuevos fondos. El señor Hardt se precipitó al encuentro de Filippo, quien telefoneó en el acto al director del Banco, quien a su vez, le informó que su suegro le había llamado por teléfono en cuanto el Banco abrió las puertas dándole orden de suspender todo pago. ¿Con qué derecho? En primer lugar, porque era el primer accionista. La firma, por otra parte, no tenía una cuenta particular; hasta ahora, todos los cheques presentados habían sido cargados en la cuenta Dukay.

—Gracias —dijo Filippo, tanto al teléfono como al señor Hardt, que estaba pálido, de pie, al lado del sillón presidencial.

Cuando el *signor* Tandardini recibió el encargo de recoger informes respecto a la familia Ozzolini omitió una cosa. Si hubiera hecho pesquisas entre los camareros y *maîtres d'hôtel* de los cafés y restaurantes de la Piazza San Marcos, se hubiera enterado de muchas cosas referentes a Filippo Ozzolini. Le hubieran dicho que el joven príncipe era el miembro más frívolo de toda la aristocracia veneciana; que tenía muy mal genio y que había muy pocos lugares públicos de Venecia donde él no hubiese armado algún escándalo. En la mayoría de los casos las peleas eran con mujeres. La responsabilidad de esta desordenada conducta no recaía sobre los padres de Ozzolini, que eran generalmente tenidos en considerable estimación. Cuando Filippo le dijo a su padre que quería casarse, Achile —que había pasado ya muchas amarguras a causa de Filippo— tuvo largas y profundas conversaciones con su hijo exhortándole a que cambiase de vida. Filippo juró por el cielo y por la tierra que así lo haría e hizo toda clase de promesas. En opinión de Achile estaba todavía en garras

de la exuberante adolescencia.

Los amores entre Eva Kócsag y el príncipe Ozzolini no podían permanecer secretos en Budapest ni durante medio día, especialmente cuando la *artista* misma fue la primera en difundir los rumores que corrían. En el transcurso de pocas semanas los precisos pormenores del asunto eran conocidos del príncipe Fini, el señor Calandra, la rubia Elisabeth y, en general, en los primeros salones de la ciudad. Todo el mundo salvo Zia estaba enterado. El conde Dupi lo supo también porque se lo dijeron en el Casino. Quedó contrariado, pero pensó que sería una cosa pasajera. En todo caso, le era difícil erigirse en árbitro de moral. El día de su separación Zia se había marchado a las nueve de la noche, y media hora después la doncella Elisabeth estaba ya en el palacio de Septemvir.

Utca solicitando una audiencia urgente de la condesa Mentí. Elisabeth adoraba a Zia y poseía esa facultad del pueblo húngaro para ocultar estas cosas; era de la misma edad de Zia y, como la más joven de toda la servidumbre, había crecido con ella en el parque de Ararat. Este aspecto de los métodos de la condesa Mentí de criar a sus hijos decía mucho en su honor. No mantenía a sus hijos apartados de los demás chiquillos de Ararat; antes bien, era su deseo expreso que se criasen en constante contacto con ellos. En esto se diferenciaba completamente de su hermano Stefi y de su hermano político Paul, los cuales prohibían estrictamente a los chiquillos de los campesinos poner siquiera el pie en sus tierras. Varios chiquillos descalzos y chiquillas de trenzas a la espalda se encontraban como pez en el agua, entre ellas Elisabeth, en las habitaciones de Zia. Era una muchacha de buen corazón y compartía con ella sus dulces y naranjas y sus juegos. Más tarde, Elisabeth entró a servir de doncella en Fuga Utca. Estaba constantemente al lado de Zia, no sólo en espíritu sino físicamente, dispuesta a evitar cualquier inesperado peligro. No se le había escapado el estado de espíritu de Zia el día de la separación y se dio cuenta de que aquel mismo día ocurría algo. No escuchó detrás de la puerta; simplemente se hallaba cerca cuando ocurrió la violenta escena. De pie detrás de la puerta del salón, oyó la creciente violencia de la discusión en francés; oyó a Filippo cerrar la puerta de un golpe y en particular oyó el angustioso grito de Zia cuando pronunció el nombre de Berili con toda la fuerza de sus pulmones. Entonces se dio cuenta de la marca en la mejilla de Zia. Por la precipitación con que fueron hechos los equipajes y se llevó a cabo su marcha, no era difícil adivinar lo ocurrido.

La Regente del Ojo Único escuchó atentamente el relato y juzgó el asunto suficientemente serio para someter la demanda de la muchacha a la condesa Mentí. La entrevista tuvo efecto cuando, después de la cena, la condesa se retiró a su habitación para hacer un solitario. Mientras escuchaba el relato, el rostro de la condesa Mentí tenía la misma expresión que cuando seguía la rutina de una reunión de la Unión Femenina Católica o el Instituto Antituberculoso. Pero cuando la doncella se hubo marchado, consideró el asunto suficientemente grave para justificar una visita a la habitación de su marido; hecho, en sí, totalmente inusitado. El conde

Dupi estaba ya en la cama, leyendo una sabrosa novela francesa. Una vez oído el relato permaneció largo rato sin decir nada, pero estuvo rascándose el bigote con el índice izquierdo, encorvado. Después saltó súbitamente de la cama. Sin embargo, aquel salto no debía tener gran importancia, porque después de ponerse laboriosamente las zapatillas fue hasta la ventana y cerró cuidadosamente la cortina, cosa, en aquel momento, completamente innecesaria. Después se volvió a la cama sin hacer ningún comentario. La condesa Menti le dejó solo.

Dos días después, Filippo y Eva Kocsag huyeron secretamente. La actriz, que había pedido súbitamente un «permiso por enfermedad», se marchó como el que deja todos los grifos abiertos en una bodega. La versión corriente entonces era que Zia y la *artista* se habían agarrado del pelo mutuamente, pero las versiones situaban la batalla en diferentes lugares. Finalmente, el señor Runcsik, el propietario del restaurante donde Zia había tomado la copa de agua de Vichy mientras esperaba noticias de Ubi, aportó su testimonio. El señor Runcsik confesó al director de un periodiquillo semanal que el escándalo se había producido en su casa. Lo que ocurrió exactamente fue que la princesa Ozzolini se presentó en el restaurante sobre la medianoche en un visible estado de embriaguez y encargó una botella de coñac. Al cabo de media hora entraron Eva Kócsag y el príncipe italiano. Se sentaron sin darse cuenta de la presencia de la abandonada esposa que estaba meditando en su soledad. Acababan apenas de sentarse, cuando la princesa se levantó de un salto, se acercó a la mesa y golpeó dos veces a la *artista* con su parasol. El príncipe se puso en pie y agarró los brazos de su esposa, mientras la *artista* arrojaba el salero a la princesa alcanzándola en la frente. El príncipe sacó a su mujer a la calle donde la abofeteó de lo lindo. El dueño del restaurante enseñó incluso el roto parasol, pero omitiendo que lo había recogido en el campo de batalla después de una pelea entre una prostituta y un tratante de caballos borracho.

—Pero, por favor, *Szerkesztő úr* (Señor editor) —susurro el señor Runcsik—, ya sabe usted que sólo se lo digo porque es usted un antiguo cliente y no espero sacar nada de la información, pero puesto que el destino ha decretado que este desgraciado asunto ocurriese en mi casa, me permito rogarle que diga usted dos palabras de alabanza sobre nosotros cuando escriba el artículo El instinto de Zia estuvo acertado cuando decidió marcharse de casa sin dejar disposiciones para recibir noticias. En aquellos días el escándalo creó una sensación en Hungría mayor que la invasión japonesa de Manchuria, contra la cual el secretario de Estado americano, Stimson, considerándola una violación de lo estipulado en el Pacto de París, elevó una violenta protesta. Stimson pidió a Francia e Inglaterra que tomasen la misma actitud, pero estas naciones no se sentían inclinadas a suscitar una guerra contra el Japón y confiaron el asunto a la Liga de las Naciones que se había revelado como un admirable recurso cuando los poderes principales querían eludir sus responsabilidades. En aquellos tiempos, en noviembre de 1931, nadie sospechaba que las simientes de la destrucción de Hiroshima y Nagasaki estaban ya contenidas en la

protesta de Stimson.

Después de haber verificado sus cotidianas compras y celebrado sus chismorreos en la tienda del *signor* Niccolini una mañana de principios de diciembre, la *signora* regresó a la Pensión Zanzottera y cruzaba el comedor cuando oyó el rumor de una voz masculina en la habitación de la dama fotógrafa. Se detuvo a escuchar ante la puerta. Al principio pensó que el general Hasparics había ido a hacer una visita a Zia, pero no tardó en darse cuenta de que las voces eran extranjeras y hablaban un idioma lleno de fuertes sonidos.

El conde Dupi estaba fumando un cigarro, sentado en una de las sillas de mimbre. Algunas gotas de agua salada del mar manchaban su rostro. En el puerto, la enorme lancha a motor se mecía en las olas. El muelle estaba lleno de curiosos, pues jamás, que recordase alguien, había ido a Mandria una embarcación de aquel tamaño.

—¿Cómo has averiguado que estaba aquí, papá?

He pedido a Scotland Yard que siguiese tu pista.

—En serio...

—Simple lógica...

Zia sabía que en estos casos la simple lógica quería decir Gruber.

—¿Y cómo has sabido que estaba en el Zanzottera?

Zia temía que su padre hubiese revelado su incógnito al hacer investigaciones.

—Ha sido mucho más sencillo de lo que te figuras. La lancha no había amarrado todavía al muelle cuando ya alguien me gritó: «¿Viene usted en busca de la dama de la fotografía?». Al principio no he entendido lo que quería decir con lo de la fotografía, pero en el acto me he dado cuenta de que no podías ser más que tú.

El conde Dupi inspeccionó la habitación.

—¿Cuánto tiempo piensas estar en esta celda?

—Mientras sea feliz en ella.

Zia comenzó a preguntar por su madre y sus hermanos. Estuvieron hablando durante una hora sin mencionar el nombre de Filippo para nada. El conde Dupi sacó del bolsillo del chaleco el reloj de oro que había sido su compañero inseparable desde sus días de teniente de dragones y preguntó dónde iría a comer. Zia le enseñó su álbum antes de marcharse, apoyándose en el hombro de su padre, dando los nombres de los diferentes rostros. El álbum estaba muy lleno ya. Comenzaba por Occhipinti, el farmacéutico, y su infortunada esposa, y terminaba con la hija de quince años de Luigi, el pescador, Domenica, de pie al lado de las redes para la pesca de los atunes puestas a secar, con un ánfora en equilibrio sobre su cabeza, con el fondo de un mar enfurecido y los lejanos acantilados violeta de la Dalmacia. Un fuerte viento azotaba las redes, el largo cabello de Domenica y apretaba el leve vestido contra el grácil y virginal cuerpo de la muchacha, desnudándola casi. Era la fotografía que el conde Dupi contempló con mayor interés.

Por el camino hacia la comida, Zia explicó a su padre cómo la fotografía le había permitido hacerse amistades y ganarse el afecto de toda la sociedad de Mandria.

—¿Sabes una cosa, papá? He descubierto aquí, en Mandria, una cosa que hasta ahora no conocía. Me refiero a la seguridad. ¿Comprendes lo que quiero decir?

El conde Dupi asintió. Estaba pensando en el difamatorio chisme que corría sobre su hija y en el asqueroso artículo sensacional de cierto semanario. No sospechaba que Zia no supiese nada de todo esto. Imaginaba que estaba en estrecha correspondencia con sus mejores amigas y que la habían informado de todos los pormenores.

Anduvieron un rato sin hablar.

—No creas que no ocurre nunca nada aquí en Mandria —dijo Zia—. Cada día sé exactamente lo que tienen para comer en casa del farmacéutico; por qué Eligió Fanfoni, el panadero, abofeteó a su mujer ante la puerta del mercado del pescado el pasado miércoles, y hasta dónde Ettore, el hijo del barbero, ha llegado con la hija menor de Eulalia. Hace dos semanas Luigi capturó un enorme tiburón que se había metido en las redes. Es una cosa que suele ocurrir cada dos años. Tuvo derecho a una recompensa de seiscientos cincuenta y una liras, que es el número de libras que el tiburón pesaba. Pero sólo consiguió capturarlo disparándole cinco tiros, y como no tenía permiso de arma le pusieron una multa por valor de las mismas seiscientos cincuenta y una liras. Es lo que Sigi acostumbraba a llamar *toma y daca*.

En la terraza de la Trattoria Marica no había nadie. La tripulación de la lancha ocupaba otra mesa del extremo. Zia encargó una *orada* frita en aceite, con ajo y perejil.

—¿Qué sabes de la familia real de Bélgica?

—Pregúntaselo a Schurler —gruñó el conde Dupi—. Desde que este granuja ha pretendido tener vela en este entierro me he desinteresado del asunto.

Zia sabía que su padre juzgaba toda la política húngara a través de la persona de Robert Schurler, cuyas fotografías aparecían en toda la prensa cristiana y legitimista de derechas, usando el traje nacional, con una espada al cinto y un manto imperial, inaugurando monumentos o ferias de ganadería.

—Somos todos idiotas; lo he dicho muchas veces en el Casino. Hemos invertido sumas considerables en el apoyo de la política legitimista y católica. Mantenemos una Prensa que no es buena más que para publicar cada domingo artículos de alabanza de Schurler. Es imposible fiscalizar la Prensa por más tiempo. ¡Excelente!

Este «¡excelente!» no iba dirigido a Schurler, sino al pescado frito que Marica depositara sobre la mesa, hirviendo en su aceite todavía. Terminaron la comida con una fruta. El conde Dupi encendió un cigarro:

Zia tenía una pregunta en la punta de la lengua: «¿Qué hace Filippo?».

En lugar de hacerla, estaba haciendo montoncitos con las migas de pan esparcidas sobre la mesa. Todo su ser estaba saturado de esta pregunta. ¿Por qué no hacerla? ¿Era autodisciplina, vergüenza o miedo? Más bien esto último. Temía que su pregunta mereciese una respuesta como: «Está muerto. Se pegó un tiro». O bien: «Se

ha casado con aquella actriz». O quizá: «Se ha vuelto loco y lo han metido en un manicomio». Estas respuestas parecían ondular en las volutas del humo del cigarro de su padre. Entonces todo habría terminado, las solitarias plegarias de rodillas sobre la piedra de San Simeone perderían su sentido, el humo del barco que se acercaba elevándose sobre el horizonte, y no existiría ya la bandera negra de la esperanza; el medio ternero metido en el saco de lona no tendría ya importancia, su lenta aproximación no produciría ya aquel lento, agudo y dulce dolor de su corazón.

Su atención fue llamada por una mujer que estaba de pie a pocos pasos de ellos en el muelle. Dos chiquillos se agarraban a su falda. Zia la conocía; era Tonia, la mujer de Luigi, el pescador. Y allí venía la *bragozza* de Luigi, luchando contra las olas a la entrada del puerto, con su vela amarilla medio desplegada. La mirada de Tonia estaba fija en la embarcación, pero estaba demasiado lejos todavía para ver el rostro de su marido. El suyo, delgado, seco, estaba saturado de paciencia, abnegación y sufrimiento. Luigi apareció en la proa de su *bragozza* y sus ojos se fijaron en los de su mujer. Casi imperceptiblemente, Tonia levantó la barbilla con un ademán que sólo podía decir una cosa: «¿Qué habéis pescado?». Las dos palmas de la mano de Luigi, vacías, parecían los vientres de los peces plateados cuando se vuelven para hundirse de nuevo en el fondo. Con un ademán, Luigi volvió la cabeza. Tonia ahogó un sollozo y se alisó el delantal, la *bragozza* se acercó al muelle, pero las grandes tinajas de madera que generalmente contenían *scampi*, calamares, *asinellos*, *sam-pietros* y *testarossas*, amontonadas unas sobre otras, estaban vacías sobre cubierta. Luigi bajó a tierra con un simple calamar pendiente de su dedo, un calamar, que parecía un repulsivo harapo mojado y maloliente. Los chiquillos, al volverse para seguirlo hacia casa, no dijeron nada, pero desaparecieron silenciosamente por la callejuela que subía hasta la fábrica de salazones.

El conde Dupi había observado también la escena a través del humo de su habano, pero la expresión de su rostro no delató hasta qué punto la había comprendido. Zia contemplaba aquel mudo drama, cuyo significado era aumentado, quizá, por el telón de fondo; el mar alborotado que casi metió a la fuerza las *bragozzas* en el puerto. Aquella ancha embarcación pesquera tenía una proa combada y recubierta de cobre que conservaba las bellas líneas de las antiguas naves romanas, y su interior disposición no había apenas cambiado desde hacía doscientos años, pero ahora la embarcación se mecía sin vida al extremo de una driza, como si no tuviese objeto ni propósito en la vida. Sí, durante aquellos meses de invierno el mar azul oculta sus tesoros de peces negros, rojos y plateados a las redes de las *bragozzas*, y el pan cotidiano del pescador, incluso la *polenta* amasada con el trigo de la tierra, era aleatorio. Era el mudo grito de este temor lo que había aparecido en los mudos ojos de Tonia al ver a su marido. La Prensa italiana de aquellos días estaba constantemente lamentándose de que el pescado del Adriático había disminuido considerablemente. La *bragozza* de Luigi, amarrada frente a la Trattoria Marica, había llevado a tierra el mismo problema social, pero más simple y más comprensible. Había muchísimo más

dramatismo en aquel mudo encuentro de Luigi y Tonia que en la representación al aire libre de *El Mercader de Venecia*. El humo que se elevaba del grueso habano parecía fuera de lugar en la terraza de la Trattoria Marica, porque era un lugar acostumbrado a los escuálidos cigarrillos y las pipas de los naturales de Mandria. El humo azul del cigarro bailaba su seductora danza de los velos por encima de la mesa y se acordaba del nuevo primer ministro de Hungría, conde y hombre de inmensa fortuna, que prohibía el empleo de los automóviles oficiales después de las horas de trabajo y daba ejemplo de la virtud de la economía empleando el tranvía, con la feliz ilusión de que podía ocultar cien mil acres de tierra bajo un billete de tranvía. Sí, había algo en este mundo, una cierta e implacable demanda de cuentas, que era desconocida en los tiempos de Francisco José. Ser rico en aquellos tiempos era un estado virtuoso y gastar mucho dinero un acto de virtud. Ahora era un pecado, un delito social. El humo azul del dinero recordaba los felices días de Lebovice; la carga de caballería en el café Lemberg; la compra total del mercado de Lower Platz con los gruñidos de los cerdos, los peces vivos y muertos, mientras los zapatos, las botas y las ropas que quedaban volaban por el aire. Y después París, el París del *charmant conté Dupi* y de todo lo de la vida que era maravilloso y loco. Parecía que el mundo se estuviese muriendo. Esta aproximación de la muerte se reflejaba en la rígida faz y en la sombría mirada de la pobre mujer italiana. El cigarro se daba cuenta de ello también. Como repulsivos tumores, brotaban del suelo reproches contra los hombres ricos frente a la tierra enferma. No eran las masas las que querían un cambio, intranquilidad, revolución. Los pobres seguían queriendo recibir fuertes propinas y las masas disfrutaban llevándose cerdos gruñones, gallinas y botas y zapatos que volaban por el aire. La intranquilidad era obra de los aventureros políticos y ya era hora de Sujetarles las alas. El pueblo estaba loco si creía que seguiría un mundo mejor si barría de su alrededor el mundo de la riqueza. Los ricos no se llevan a la tumba más que el último de los pordioseros. Las riquezas se quedan para consolar a más de los que manejan las tapas de los barriles de oro. Y es indudable que no hay hombre racional que pueda pretender que todo el mundo es igual y ha nacido para gozar de los mismos derechos.

Éstos eran los pensamientos del humo azul del cigarro mientras hacía ondular sus velos en el aire en la terraza de la Trattoria Marica, con los movimientos de una mujer enlutada tratando de librarse de un fangoso pantano. Alberto, el contratista de los baños, y Ettore Domeneghetti, el barbero, con sus adornos capilares y sus peines en la ondulada melena, se habían instalado en la mesa vecina y daban grandes golpes sobre la mesa con unas cartas mugrientas.

Las migas de pan que, bajo los dedos de Zia formaron primero una línea y ahora una cruz, discernían el Crepúsculo de Cobre en la sombría mirada y rígida expresión de Tonia, y veían que Tonia era la madre de Lucien Veyrac, que hacía manteca con la leche de sus pechos para salvar a sus hijos de morir de hambre mientras se servían perdices con trufas sobre fuentes de plata en casa del marqués de Raverney.

El conde Dupi encontraba que la terraza de la Trattoria Marica albergaba una concurrencia demasiado abigarrada, especialmente cuando desharrapados pescadores comenzaron a sentarse en las desnudas mesas cerca de él.

—*Pagare* —llamó a Marica...

Cuando le entregaron la cuenta dirigió a Manca y después a Zia una larga mirada. No estaba acostumbrado a aquellas módicas cifras. Antes de marcharse metió debajo del plato un billete de mil liras del tamaño de una manta de cama. Zia cogió el billete.

—No, papá, estas cosas llaman la atención aquí y, además, no me convienen. Marica no pasa apuros, hace buen negocio con su restaurante. Ya le encontraré yo alguna utilidad mayor.

Salieron. Todos los comerciantes de la Piazza Vittorio Emmanuele estaban ante sus puertas, porque la llegada de la lancha había excitado la fantasía de los *mandrianos*. Occhipinti, el farmacéutico; Niccolini, el droguero; Aldo Faggiani, el carnicero, todos estaban ante la puerta de sus tiendas como si poseyeran una entrada especial para tener el derecho de contemplar a la dama fotógrafa y su misterioso y anciano caballero. Incluso Guido Castelli, el inspector de aduanas, salió de su caseta para contemplar a aquel alto y elegante caballero que se alejaba al lado de Zia hacia la pensión Zanzottera.

Pocos minutos después, la tostadora eléctrica llenó la habitación con la agradable fragancia del café. Pero poco les quedaba ya por hablar.

—¿Piensas pasar aquí las fiestas? —preguntó el conde Dupi contemplándola de espaldas mientras ella preparaba el café. En aquel momento su corazón se identificaba con el de su desgraciada hija. Zia asintió distraída. A través de la ventana llegaba a ellos el creciente ruido del romper de las olas.

—¿Necesitas dinero?

—No, gracias; tengo todo lo que necesito.

—¿Qué gastas aquí?

Zia hizo una rápida enumeración y dijo una cifra que el conde Dupi encontró sumamente razonable. Sin embargo, cuando Zia le dijo que la suma no representaba el gasto diario, sino mensual, comenzó a gruñir en voz alta. Después sacó su plano reloj de oro del bolsillo del chaleco y se levantó para marcharse. Puso sus dos manos sobre los hombros de Zia y la besó en la frente. Tardó en soltarla. Durante varios minutos permanecieron mirándose fijamente. Dos arrugas que Zia no había visto nunca aparecieron al lado del bigote del conde Dupi. Y su mirada también era extraña. Después retiró las manos de los hombros de Zia y se dirigió hacia la puerta. Se dirigieron sin decir una palabra hacia la lancha motora. El conde Dupi embarcó y se volvió con un guiño en el ojo.

—Este cochino mar nos va a dar un buen baile.

Miró hacia el mar. La lancha soltó su amarra y avanzó hacia las olas grises con un furioso rugido de motores. El conde Dupi estaba de pie en la popa y decía adiós a Zia con los dedos de un guante. Zia respondió de la misma manera. Y así, siguieron

saludándose hasta que las lejanas olas ocultaron la embarcación.

No había nadie cerca de ella, afortunadamente, y así nadie pudo ver el rostro de Zia. Nadie vio cómo echaba a correr hasta el extremo del muelle cuando la lancha no era ya casi visible. Nadie vio el ademán con que se llevó las dos manos al rostro. Era como si habiendo formado bocina con las manos hubiese gritado en dirección a la lancha, con todo su corazón:

—¡Papá...! ¿Qué hace Filippo?

La lancha que se había llevado su secreto llegó a Fiume a última hora de la tarde, después de haberse abierto difícilmente camino por el mar tempestuoso. El conde Dupi pasó la noche en el hotel, donde Oscar, su grueso chófer, que tenía gran semejanza con un tratante de alfombras persas, le aguardaba con ansiedad. A la mañana siguiente emprendieron el regreso. En Viena, el conde Dupi mandó detener el coche delante de la ferretería de María Hilferstrasse y entro.

Regresó al coche con dos manojos de llaves con sus correspondientes llaveros. Era el regalo para Rere, porque pensaba que de toda la familia Dukay, Rere había sido el único que había dado muestras de tener un poco de sentido común, arrojando al estanque al príncipe de Perusa.

Zia entró en la iglesia de San Simeone en el preciso momento en que salían el párroco Muzmics y el campanero Nyinyin. Se saludaron con una inclinación de cabeza, como es costumbre en presencia de Dios. Los dos siervos del Señor se volvieron para ver a Zia en el momento en que ésta se arrodillaba delante del altar. La expresión del rostro de la muchacha no les había pasado inadvertida. Se miraron uno a otro y sus miradas dijeron que el estado de salud de la enferma había empeorado y que su muerte era solo cuestión de semanas. Mientras desaparecían en dirección de la Piazza Vittorio Emmanuele, el párroco Muzmics iba ya haciendo el cálculo mental de la tumba de la dama fotógrafa; en el ángulo izquierdo del cementerio, entre dos tumbas, en una de las cuales reposaba la primera esposa de Faggiani, el carnicero, que murió de parto, y en la otra el viejo Giuseppe Fanfoni, que subió beatamente al seno del Señor a la edad de ochenta y cinco años.

CAPITULO XII

EL señor Gruber colocó un nuevo calendario sobre la mesa del conde Dupi y cogió violentamente el otro con intención de romperlo y arrojarlo a la papelera, pero el viejo calendario no cedía; el papel era, por lo visto demasiado grueso. El señor Gruber, después de una vana lucha, arrojó el calendario a la cesta tal como estaba. Parecía que el año 1931 se agarrase a la vida frenéticamente, resistiéndose a entregarse con tanta facilidad. Parecía saber que los días y meses del nuevo año se acercaban cargados de siniestros fardos en la espalda, y que estos fardos contenían máquinas infernales que tenían que ser colocadas al lado de los pilares de Europa.

Sí, aquel año de 1932 trajo consigo grandes cosas. Hubo, en primer lugar, el día en que Briand estrechó muy efusivamente la mano de Stresemann en el Ministerio de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña, con el solemne voto, delante del mundo entero, de que Francia y Alemania no volverían jamás a levantar las armas una contra otra. Briand escapó a su promesa. Escapó muy lejos, donde no hay hombre viviente que pueda ir contra él, después de haber cedido su sitio a Laval, el hombre de rostro cetrino. Durante los primeros meses, los alemanes repusieron a Hindenburg en la Presidencia, pero el mundo entero parecía darse cuenta de que aquel veterano mostachudo de cabeza cuadrada no era más que un abuelo sordo, sentado en un sillón, que maneja todavía el matamoscas de derecha a izquierda, pero tan debilitado que no puede matar siquiera una mosca.

Convengamos, para empezar, en que el mercader de vinos de Miskolc se había equivocado. Las elecciones alemanas, en lugar de barrer a Hitler del mapa, le dieron doscientos treinta sitios en el Reichstag, en cuyo momento Otto Kliegl saltó de junto a la radio que acababa de anunciar el resultado, diciendo al conde János, con ademán de su mano:

—¡Ya te lo había dicho!

No todo el mundo adoptó esta indiferente actitud delante del hecho. Consideremos a Imre Pognár, por ejemplo. Después de leer *Mein Kampf* detenidamente dos veces, llegó a la conclusión de que el libro estaba escrito por un loco. No solamente llegó a esta conclusión, sino que así lo dijo en uno de sus artículos. En aquellos tiempos, la Prensa liberal húngara, judía y cristiana, mostraba un casi increíble valor atacando a Hitler. La prensa del ala derecha fue girando paulatinamente hacia el nazismo germano, sólo como tentativa al principio, y también, por fin, ellos fueron absorbidos por el Führer, como pedazos de papel frente a una hélice aspirante. Así es como ocurrió generalmente en toda la Europa Central.

Según Paul Fogoly, el artículo de Pognár no era meramente objetivo; *Mein Kampf* no podía ser condenado por la simple premisa de que estaba escrito por un loco. Innegablemente, Pognár había tratado de conservar una semblanza de objetividad y aportaba incluso algunas estadísticas. Contó el número de veces que las siguientes voces aparecían en las cuatrocientas setenta páginas del libro: *granuja, sangre,*

ahorcar, exterminación y piojo legislativo. Dedicó una sección especial a la frase *aunque no fuese más que* aparecía cincuenta y tres veces en el libro. Citó esta frase de la página 14 del *Mein Kampf*, en la cual el autor habla de su carrera como pintor: «Admiro todo cuanto tenga que ver con la guerra y los guerreros».

Según la opinión de Pognár, no había sido escrito jamás un certificado de enajenación mental mayor que este libro.

La semana siguiente, Paul Fogoly escribió una contestación a Pognár con la moderación propia de la controversia de los artículos que aparecen en el mismo periódico. Paul Fogoly tomó como punto de partida los dogmas de la *Massenpsychologie und Ich-Analyse*^[47] de Freud. Era de opinión de que la *libido*, el impulso social sediento de amor, yace aletargado en el alma de la mayoría de la gente, y que esta necesidad latente contiene tremendas energías. El público, esta reprimida e insatisfecha *libido* adopta el señuelo de alguna forma de ideología. En el caso de Hitler adoptó el aspecto de la teoría racial. La *libido* latente en el alma de las masas, precipita en forma de *libido manifiesta*. Paul Fogoly consideraba sumamente importante el modo de manifestación o *publicidad*. Sostenía que no solamente en los tiempos de Demóstenes, sino que tan sólo hacía diez años, la conducta de Hitler hubiera sido totalmente ineficaz, porque la radio no había llegado todavía a la sazón. Paul Fogoly sostenía que en la voz de Hitler había una magia sensual. Estaba de acuerdo con Hitler en que un texto impreso no puede nunca competir con la magia de la palabra pronunciada. La radio, no solamente magnificaba esta magia, sino que la hacía accesible a las masas en cantidades jamás igualadas en la historia del espíritu humano. Mussolini tampoco hubiera sido capaz, sin la radio, de agarrar al pueblo italiano por la garganta. Paul Fogoly deploraba el empleo de la palabra *loco* hecho por Pognár, diciendo que era similar al tono que Hitler empleaba con los judíos.

La tarde después de la publicación de este artículo, Pognár se detuvo al lado del escritorio de Paul Fogoly en la sala de redacción y le dijo:

—¡Hola, Fust! ¿Cómo está tu *libido*?

Su observación hacía referencia al hecho de que las trompetas teutonas que resonaban en Nuremberg, tendían a volver a la vida los orígenes germanos de todo el mundo.

Pognár, que había aprendido muy bien el alemán durante los dos años que estuvo en Viena después de la muerte de Francisco José, tuvo la idea de dar una vuelta por Braunau, lugar de nacimiento de Hitler. En aquellos tiempos, las posadas de los pueblecillos austríacos de la frontera bávara estaban ya ocupadas por un número de extranjeros e incluso corresponsales de ultramar, cuya lengua materna había sido un día el alemán. A fin de convencer a los neutrales del país de que no eran más que inocentes veraneantes, llevaban en la boca las pipas de porcelana. Se daban prisa en recolectar cuanto perteneciese a la pasada infancia de Hitler, porque en aquellos tiempos los rastros no habían sido totalmente borrados. También Pognár llevaba su pipa de porcelana en la boca, con lo cual los habitantes comprendieron en el acto que

era un periodista extranjero. Se entregó también furiosamente al consumo de la cerveza de las hostelerías alemanas con el resultado de que a las dos semanas había ganado cuatro kilos. Al mismo tiempo, dicho sea entre paréntesis, comenzó un asunto amoroso con una viuda llamada Elsie, cuyas mejillas eran rojas como una manzana de verano. Pognár regresó de su viaje de exploración con sensacionales descubrimientos. Se había cerciorado de que Hitler era judío por parte de padre. En Braunau se enteró de que el padre de Hitler se había casado tres veces, siendo su tercera esposa la doncella de la segunda. Esta moza de cocina fue la que dio a luz a Adolfo. Es cosa comúnmente sabida que el viejo Hitler era sumamente dado al alcohol. La cerveza abate a un hombre, el *whisky* lo remonta, pero el vino lo hace brutal. El viejo Hitler no bebía más que vino. Según opinión de Pognár había incluso pruebas de ello en el *Mein Kampf*. Aun cuando las evocaciones que Hitler hace de su padre están llenas de alabanzas, unas cuantas páginas después, en la página 13, escribe ya cómo la mayoría de los chiquillos están sujetos a escenas de doméstica discordia y brutalidad frizando la violencia, escenas que suelen ser resultado de la paternal intemperancia y, a juzgar por las propias palabras de Hitler, también las había presenciado a menudo. Como todos los escritores, se traiciona cándidamente entre líneas. Las posadas de Braunau tienen mucho que decir sobre la forma como la madre de Hitler tenía frecuentemente que pedir prestadas pequeñas sumas a un tratante de maderas, un judío. Este tratante en maderas trataba siempre a la madre de Hitler con la mayor ternura. Nadie podía saber lo que pasaba entre ellos, desde luego nadie había metido una vela por la ventana del judío. Pero Pognár emprendió el sendero de la lógica y no era difícil reconocer la técnica de *barkova* en su manera de pensar. De sus estudios de filosofía recordó los procesos inductivos y deductivos de la inferencia y, en el caso de Hitler, decidió emplear el proceso inductivo. Lo cual quiere decir que lo *universal* debe ser deducido de lo *particular*. Pognár estableció los siguientes *particulares* referentes a Hitler. El color de su cabello era oscuro; tenía un increíble sentido de la propaganda; sus ademanes eran generalmente insulsos; y su mano, cuando hacía el saludo fascista, colgaba como un guante vacío; era excepcionalmente sensible y lloraba con facilidad. Todo esto eran rasgos judíos. Según Pognár, un antisemitismo extremado era también una característica judía. Citó el ejemplo de Otto Weininger, el filósofo vienes que halló la muerte pocos años antes de la guerra; escribió un libro fanáticamente antisemita pese a su origen judío. Sobre esta base afirmaba que los más encarnizados antisemitas son aquéllos cuyos orígenes son inciertos. De esta forma su teoría aproximaba el tratante de maderas de Braunau a la madre de Hitler.

—¡Este bigote, este bigote, amigo mío! —decía Pognár golpeando la mesa del Club de Prensa—. ¡Quiere ocultar algo bajo ese bigote! ¡Todo es cuestión del subconsciente!

Por primera vez en la historia del periódico liberal donde trabajaba, el director se negó a aceptar la serie de artículos de Pognár. Encontró a la vez sus conclusiones

demasiado osadas y las pruebas excesivamente débiles. Estas afirmaciones no pueden hacerse sobre la base de una chismografía de taberna. Pognár no abandonó la lucha. Mandó sus artículos a Inglaterra, pero se los devolvieron también. Sus tentativas, de todos modos, le dieron el privilegio de figurar entre los primeros nombres de las listas secretas de los que debían ser ejecutados cuando llegase el momento oportuno.

La gente no hablaba ya de la erótica aventura de Eva Kócsag con el príncipe italiano. El suelo de alguna tierra extranjera se los había tragado. *L'Ucello Italiano* era ahora un verdadero *Express*, y no hubo que hacer más modificaciones que cambiar el rótulo por el de *Airline Express*. La señorita Piroška seguía sirviendo el café donde había la taquilla de los billetes. Sabrosos bocadillos, filetes de pescado y ensaladas se servían graciosamente donde estuvo la taquilla de equipajes, pero no era gratis ya. La idea había sido de Piroška y el conde Dupi le había cogido por la palabra. Los dependientes estaban bien pagados y *Lo Ucello Italiano* comenzada a ser un buen negocio para sus accionistas.

El concepto de la Gran Alemania y el ensordecedor trompeteo que acompañaba las crueles exaltaciones de la teoría racial podían oírse en el palacio condal de Septemvir Utca por las ventanas abiertas de las casas colindantes, mientras la voz ronca y feroz de Hitler se vertía por las calles como un río de lava. Pero sólo por las ventanas vecinas, porque la condesa Mentí prohibió estrictamente a la servidumbre escuchar la radio. Conocemos ya la adhesión al antisemitismo que se ocultaba tras las untuosas frases del reverendo Alajos Galovics. El señor Gruber, que no tenía de alemán más que el nombre, y sus orígenes no estaban muy claros, fruncía el ceño mientras caminaba rumiando de un lado a otro de su habitación. La *libido* de cada cual obraba de diferente manera. El conde Dupi acogía la marea de los acontecimientos de Alemania con un odio refrenado y tranquilo. La condesa Mentí, que también se' había arriesgado a aventurarse en la lectura del *Mein Kampf*, arrojó el libro lejos de sí con repulsión en cuanto llegó a las páginas en que calumniaba a la dinastía de los Habsburgo. Gyorgy mandaba de vez en cuando una carta desde Chicago, pero con poca frecuencia. Dijo que, teniendo en cuenta el número de americanos de descendencia alemana, hay cuarenta millones de alemanes que viven en los Estados Unidos. Se alcanza esta cifra, según Gyorgy, considerando que Roosevelt, por ejemplo, es alemán. Era de opinión de que el espíritu alemán vibraba ya en miles de americanos. Hubiera sido difícil decir por qué parte del mundo rondaba Kristina. János y Otto Kliegl eran vistos a menudo por las calles de Budapest y de Munich. Las relaciones entre János y sus padres se habían roto desde hacía ya tiempo, hasta tal punto que se hospedaba en un hotel cuando iba a Budapest. Y a Otto Kliegl le habían sido cerradas las puertas del palacio. Los hijos Dukay estaban diseminados por el mundo, y sólo Rere permanecía con sus padres.

Una noche, de vuelta del Casino, el conde Dupi llegó a casa echando chispas y juró que no volvería a poner los pies allá. Su Excelencia Roberto Schurler había empezado a explicar que Hitler tema razón bajo un cierto número de puntos de vista.

Ocasionalmente, el viejo Sándor, en su portería, trababa conversación con Bogó, portero del vecino ministro del Interior. Ambos eran oriundos de Ararat. Cuando habían terminado de analizar a fondo los últimos acontecimientos, el viejo Sándor retorció su espléndido bigote plateado y expresaba su opinión con estas palabras:

—Listos, estos alemanes...

El caso de Jozefin era más interesante. Había venido de Alemania durante la guerra y entró en palacio como segunda doncella de la condesa Mentí. El novio de Jozefin era un comunista alemán, un espartaquista fugitivo, y es fácil comprender por qué Jozefin detestaba a Hitler. La condesa Mentí se enteró con satisfacción de los sentimientos antinazis de su doncella, tanto más cuanto que ignoraba la existencia del prometido comunista. Una tarde salió para dirigirse a una reunión de la Unión Femenina Católica y apenas estuvo en la calle cuando se dio cuenta de que había olvidado el manuscrito del texto en un cajón de su mesa escritorio. Con el ruido, Jozefin no se dio cuenta del regreso de su señora. La radio funcionaba a toda potencia. Sentada en el suelo, Jozefin estaba escuchando con verdadero éxtasis un discurso de Hitler. La voz ronca y sensual la había hecho sentar en el suelo. Estaba vencida por la *libido* de aquella voz que había mostrado ya el camino a millones y millones de hombres. Dos semanas después, la condesa Mentí se privaba de los servicios de Jozefin por haber roto descuidadamente un cristal del cuarto de baño.

El 12 de agosto, Hindenburg recibió a Hitler por primera vez. Todo el mundo comprendió que aquello señalaba el comienzo de algo, pero nadie sabía exactamente qué. Los cielos de Europa no eran tan negros todavía, pero las chispas de los rayos flameaban en el horizonte. Uno de ellos mató a Doumer, presidente de la República francesa. Otro mató a Inokai, Primer Ministro del Japón. En Hungría, un muchacho de extraordinaria simpatía hizo saltar con dinamita el mayor viaducto del país y el expreso de noche de Viena rodó por las profundidades del precipicio. El culpable no fue castigado, porque los médicos le declararon irresponsable. Los historiadores de los tiempos futuros estarán en situación de afirmar, con plena convicción, que durante estos años la locura era no solamente el más seguro salvoconducto en Europa, sino la mejor manera de triunfar.

¿Qué había ocurrido entretanto en Mandria? Hemos dejado a Zia en diciembre de 1931 entrando en la iglesia de San Simeone después de la marcha del conde Dupi, o sea, vagamente hablando, hace un año. Debemos recordar que el párroco Muzmics y su campanero Nyinyin salían de la iglesia en aquel momento y le dirigieron una mirada inquieta. En su rostro vieron que la dama de la fotografía tenía sólo algunas semanas de vida, y el párroco Muzmics le había incluso reservado ya una tumba entre la primera esposa de Aldo Faggiani y la del viejo Giuseppe Fanfoni que descansó en la paz del Señor a los ochenta y cinco años. Nyinyin había empezado a calcular cuánto cobraría por tocar las campanas.

Durante los meses que siguieron nada ocurrió en Mandria, salvo el hecho de que la dama fotógrafo se resistió a morir; al contrario, pagó cincuenta liras por un cachorro a una de las hijas de Niccolini, con la intención de criarlo. Esto, de por sí, delataba el propósito de permanecer muchos meses con vida. Jamás nadie en Mandria, desde que el mundo es mundo, había dado un céntimo por un cachorro, puesto que por lo general, se arrojaban al mar; por consiguiente, el pago de cincuenta liras por un perro parecía una cosa inusitada, casi un mercado inmoral. Como consecuencia, al día siguiente en que la noticia de la adquisición se hubo esparcido por toda la isla, la *signora* apareció en la habitación de Zia y, lamentando el incremento de sus gastos, elevó el precio de la pensión diaria de treinta y dos liras a treinta y cinco. Zia se sometió después de un simulacro de resistencia. Al día siguiente, Eligio Fanfoni, el panadero, asomó su cara de rata a la puerta cuando ella pasaba y, entre excusas y saludos, le dijo que desde noviembre tenía una nota de dieciséis liras que sin duda había olvidado pagar. Zia le dio dieciséis liras, a pesar de que no había comprado nunca nada en la tienda de Fanfoni. Cuando llegó a su casa sobre mediodía se encontró en ella a Jacopo Torriti, el cerrajero, que sufría una hernia. Le presentó una factura de veintidós liras, declarando que Zia había encargado una llave de su puerta en agosto, pero dijo que no tenía dinero en aquel momento y que se la pagaría después de Año Nuevo. Él no había podido ir a cobrarla a causa de su hernia que lo mantuvo en cama. Zia le dijo que no estaba siquiera en Mandria en agosto y le pagó la factura. Comprendió que todo esto era consecuencia del cachorro y decidió frenar estas prodigalidades que en el futuro podían atraer la atención sobre ella.

El cachorro tenía sólo algunas semanas y fue bautizado con el nombre de *Fifi*. Un psicólogo hubiera podido fácilmente pretender que el nombre estaba relacionado con algo más, que había comprado el perro sólo para poder repetir el nombre una y otra vez en el Corso Mussolini frente al océano. ¡*Fifi*! Ciertamente era que no había usado nunca este diminutivo con Filippo, pero la sílaba *fi* era ya el fragmento de algo, de algo que no se atrevía a pronunciar por completo.

La obstinada persistencia de la apacible vida de la dama fotógrafo era una constante sensación en Mandria. Muchos, el farmacéutico Occhipinti, el primero, tuvieron que admitir definitivamente el hecho de su supervivencia. Una tarde, sentados a la orilla del mar, la *signora* le explicó este raro fenómeno al párroco Muzmics, diciéndole que la dama fotógrafo poseía una milagrosa droga contra la tuberculosis, llamada *Anlesitina*. Vio un día el nombre en la botella, mientras hacía la limpieza y se lo había incluso apuntado para ella misma.

Era cierto que Zia usaba estas pequeñas píldoras amarillas, aunque no con regularidad. El nombre de la medicina, sin embargo, no era *Anlesitina*, sino *Entalisina*. No era contra la tuberculosis, sino para regularizar el funcionamiento de los intestinos, particularmente para la gente expuesta a cambios de clima y de régimen alimenticio. La medicina era de origen mejicano y le había sido

recomendada a Kristina por uno de sus amigos españoles. Kristina, que, como sabemos, estaba siempre enferma desde chiquilla, llevaba constantemente una verdadera farmacopea en sus equipajes. El año anterior, cuando estuvo en Budapest, le dio dos frascos de *Entalisina* a Zia. Zia se llevó los dos frascos a su destierro de Mandria, porque había una cosa que temía por encima de todo: la apendicitis. El barco tocaba Mandria sólo una vez cada quince días; en caso de urgencia podía contar con la lancha a motor de Pietro Torriti, pero estaba siempre con complicaciones con las bujías y cuando el mar estaba alborotado era inutilizable. Era posible, por consiguiente, que un ataque de apendicitis pusiese a Zia en grave peligro. La apendicitis era frecuente en la familia Dukay. Todos los demás miembros habían sufrido la extirpación del apéndice; recientemente en Munich incluso Rere y János habían pasado también por la apendectomía. Zia era la única que seguía llevando el fatídico y vermicular órgano. A pesar de que la *Entalisina* no tenía que ver con el apéndice, le daba, sin embargo, una paz mental y esto, al fin y al cabo, era lo más esencial.

Fifi, el cachorro, no tomaba *Entalisina* y estaba por consiguiente, continuamente sujeto a perturbaciones intestinales. Esto era una fuente de serias preocupaciones para Zia. Recordaba la noche en que estuvieron en «La rata ciega» con los actores y los escritores, aquella noche fatídica en que Filippo conoció a Eva Kócsag, y recordaba el efecto de su observación, especialmente sobre Filippo, cuando la *artista* dijo que su perro era anticallejero. Con esto quería decir que el animalito se negaba rotundamente a cumplir con sus deberes en la calle y los reservaba para las alfombras. Cuando le tradujeron la observación, Filippo la encontró graciosísima. Bajo este aspecto, *Fifi* era rotundamente anticallejero y acaso tenía sus motivos para desconfiar del Corso Mussolini o la Piazza Vittorio Emmanuele. Pero estas maternales preocupaciones y disgustos *minoris* daban nuevo color a la vida de Zia. Por lo demás, *Fifi* era una mezcla de perro de aguas, *fox-terrier*, galgo, sabueso y San Bernardo como la mayoría de los perros de Mandria, desde luego, y hubiera sido difícil que este complicado árbol genealógico aventajara su aspecto físico. Sus piernas de sabueso eran blancas, lo cual acentuaba su torcedura. La enorme cabeza degenerada de San Bernardo tocaba casi al suelo porque su cuello débil de galgo no la podía soportar. De foxterrier sólo tenía la cola, que las tijeras de sastre de Mungu habían respetado a petición de la hija de Niccolini, porque Mungu, en sus ratos perdidos, era sastre. *Fifi* coleccionó cestas, almohadones, cazos para el agua, cazos para la comida, correas, peines, trozos de caucho en forma de hueso, líquidos insecticidas y muchas otras cosas, y todo esto llevó hasta cierto punto un poco de vida a la solitaria habitación de la Pensión Zanzottera. En alguna parte, más allá de los remotos límites de la realidad, en medio de los dulces y dolorosos ecos de su aislamiento, *Fifi* respondía al nombre de príncipe Achile Zia Ozzolini di Perusa y era un chiquillo humano y maravillosamente bello. Las mujeres sin hijos prodigan los huérfanos tesoros de su instinto maternal sobre perros, gatos y canarios.

En aquellos días, ahora que el terrible *bora* era menos frecuente, Zia reanudó sus paseos cotidianos. Los paseos seguían llegando hasta el puente de piedra, bajo el cual corría el lecho blanco del río, bajando de la colina. Los tigres y los elefantes reanudaban su trabajo en la construcción de la ciudadela; algunas veces, sin embargo, mientras Zia estaba sentada en el petril del puente, no conseguía verlos en ninguna parte. *Fifi* no aprobaba estos paseos. A menudo se sentaba en el camino y algunas veces mostraba tal obstinación que había que arrastrarlo, y en estas ocasiones resbalaba algunos metros sobre el vientre. Tenía la aferrada opinión de que era mucho más cuerdo estar echado sobre las piedras cálidas del puerto con las patas y el rosado vientre expuestos al sol.

A finales de febrero floreció la bouganvilia de la pared del Albergo Varcaponti, que daba frente al patio, y los chiquillos de Niccolini se atrevieron a meterse en el mar.

Con dos jóvenes compañeros que no eran de Mandria, Luigi, el pescador, emprendió el 6 de marzo un viaje de tres días. Mungu lo acompañó en otra *bragozza*. *Salían siempre por parejas, y las velas anaranjadas de las dos bragozzas se convertían en verdaderos globos mientras las embarcaciones desaparecían en las olas azules festoneadas de blanco en dirección de los acantilados violeta de la Dalmacia. Era un hermoso día de primavera. Al día siguiente volvió el bora con una violencia que parecía hervir de rabia por haberse dejado dominar por la primavera. El cielo se convirtió en una sombría masa de plomo que amenazaba descender sobre las colinas de Mandria y aplastarlas con su gigantesco peso. El viento huracanado sopló con tal violencia que destrozó la caseta de aduanas y derribó la chimenea de la Trattoria Marica. Las olas inundaron la laguna de cemento y barrieron toda la Piazza Vittorio Emmanuele, como si estuviesen exasperadas por su inmundicia. Gran parte de ella fue arrastrada a la tienda de Niccolini, que era la más baja de la plaza y fue dejada allí como si fuese una broma cruel. Las olas mugientes inundaron el suelo de San Simeone y llegaron hasta el mismo altar, cosa que no había ocurrido desde hacía diez años. El viento era tan furioso que nadie se atrevía a aventurarse fuera. Al día siguiente, el tiempo amainó y la gente formó pequeños grupos contemplando el mar que retiraba las grandes olas a su seno indiferente, pero con cruel continencia. Todo el mundo era presa de ansiedad pensando en las dos bragozzas. Tonia, la esposa de Luigi, estaba en uno de los grupos con el rostro apoyado sobre el pulgar y el índice de su mano izquierda, y sus ojos, rodeados de arrugas, se llenaban de lágrimas y mortal tristeza mientras contemplaba el mar silenciosamente. Eligió Fanfoni, el panadero, manifestó en voz alta su opinión de que las dos bragozzas no regresarían. Pasó el sábado, que era el día que debían regresar. El domingo, el tiempo era claro, y sobre mediodía uno de los hijos de Nyinyin salió corriendo al Corso Mussolini gritando con todas sus fuerzas que las bragozzas*

estaban a la vista. Todo Mandria se precipitó hacia el puerto. Y era cierto; hacia el Norte la vela anaranjada de una de las bragozzas oscilaba bajo la leve brisa. Pero sólo regresaba Mungu y apenas pudieron arrancarle una palabra cuando desembarcó. La tormenta les había pillado en los alrededores de Punta Dura, sobre las dos de la mañana. El mar se tragó la bragozza de Luigi y los tres hombres se perdieron. Tonia estaba en medio del grupo, escuchando el relato, con el rostro apoyado entre el índice y el pulgar de su mano izquierda. Su rostro permanecía inmóvil; parecía que sus grandes ojos italianos, rodeados de profundos surcos, no pudiesen expresar un mayor dolor. La muchedumbre fue desvaneciéndose lentamente. La catástrofe no produjo en Mandria grandes perturbaciones. De acuerdo con la ley tácita de estas playas, el mar reclamaba una bragozza cada tres años.

Durante las semanas que siguieron era cosa corriente ver a Tonia en el pueblo, con su barbilla apoyada entre el índice y el pulgar de su mano izquierda, contemplando el mar. Occhipinti, el farmacéutico, que había estado en América durante su juventud y era conocido por el ingenio de sus frases, hizo observar que Tonia estaba en el puerto de Mandria como la Estatua de la Libertad en la entrada de Nueva York. Había algo de verdad en esta inoportuna y cruel observación. La figura de Tonia, de pie en el extremo del muelle, con tres chiquillos agarrados a sus faldas, expresaba algo más, algo más profundo que una mera tragedia de la vida de un pescador, porque la imperturbable mirada de aquellos ojos italianos contenían la desesperada tristeza de todo el azotado mundo de la pobreza.

La tragedia de la miseria, la amarga lucha por la mera existencia, impresionaron a Zia mucho más profundamente allí que en el palacio de Septemvir Utca o en Ararat. Contemplaba a Tonia destrozada, mientras la pobre mujer, medio loca, parecía esperar que el mar asesino le devolviese a Luigi. ¿Expresarían sus ojos la misma tristeza, se preguntaba Zia, mientras cada quince días esperaba que el barco que se aproximaba le devolviese a su Filippo?

Una tarde de marzo, a última hora, la *signora* y el general Hasparics estaban sentados en un banco cerca del mar. Zia, con un gorro colorado, nadaba no lejos de ellos. Se bañaba siempre a aquella hora, cuando el sol había desaparecido bajo el horizonte, porque su piel blanca y sensible no resistía las quemaduras de los rayos solares.

Con una voz que crujía como si hubiese estado rompiendo nueces, el general dijo: —Daría dos mil liras por este gorrito rojo.

La *signora* dirigió una mirada de soslayo al general, con su nariz temblorosa y su tez azulada de venas en el dorso de la mano. Cruzando sus brazos sobre su escuálido pecho, esbozó una sonrisa de desdén. Durante los últimos siete años desde el retiro del general a Mandria, habían consumado diferentes hazañas de este género.

—Ridículo... —dijo al cabo de un rato la *signora*, sacando los dientes para dar mayor fuerza a la observación. El general se volvió hacia la *signora* con una expresión de voracidad y de lujuria en sus ojos.

—¿Cuánto?

La *signora* tardó en contestar. No era la primera vez que se sentaba en aquel banco para hablar de la dama fotógrafo. Entendidos ambos, habían comentado a menudo la belleza de sus hombros redondos, de sus firmes y pequeños pechos, de la increíble esbeltez de su cintura, de la bella línea de sus piernas y de la distinguida facilidad y elegancia de todos sus movimientos. Pero aquélla era la primera vez que el general hacía una oferta precisa. El año anterior había pagado a la *signora* dos mil liras por *Fräulein* Wissmann. La *signora* comenzó una larga peroración. ¿Cómo podía el general imaginarse que aquella parisién podía compararse, ni por educación ni por edad, a *Fräulein* Wissmann, quién —la *signora* estaba ahora dispuesta a admitirlo— no era en realidad la esposa de un procurador, sino la institutriz de un procurador de Klagenfurt? ¿Podía acaso compararse a Klagenfurt con París? No, no; era mejor dejarlo; era imposible discutir sobre estas bases.

El gorrito rojo nadó por tercera vez mar adentro, hasta parecer tan sólo una minúscula manzana. Esto, por lo visto, excitó al general, pues prosiguió la discusión. Varias veces había mirado ya como cosa suya a aquella mujer cuando pasaba a menudo por su lado en el curso de sus paseos vestida con un impecable traje de hilo que realzaba sus formas, despidiendo en el aire su sana fragancia femenina. Era extraño también ver cómo los cuatro perros del general volvían la cabeza hacia ella al pasar, cosa que no hacían con nadie más. Los blancos zapatos de tenis de la dama fotógrafo parecían siempre nuevos, y el estuche de cuero de la cámara fotográfica que pendía de su hombro tenía una cierta elegancia. Dirigía siempre a los perros una mirada amistosa, pero jamás se dignó darse cuenta de la presencia del general. Solo en su habitación, luego de su tercer cuartillo de *vino rosso* de después de la cena, entre los pesados olores de la comida, el general forjaba desde hacía semanas en su imaginación la imagen desnuda de la dama fotógrafo y, en estas ocasiones, sus ojos nublados por el vino brillaban con un resplandor lúbrico y sensual. A menudo había comprado caballos por cuenta del ejército y sabía los pros y los contras de un astuto chalaneo. Comenzó a emitir desfavorables juicios sobre la dama fotógrafo para contrarrestar sus anteriores elogios. Era demasiado delgada. Sus piernas, principalmente, y sus tobillos estaban lejos de ser impecables. Su aspecto carecía de entera confianza en sí misma y esto podía ser indicio de una enfermedad venérea. A cada observación la *signora* respondía con un «¡Uff!», volviendo la cara ciento ochenta grados; hasta que finalmente convinieron cinco mil liras.

Aquella noche, después de cenar, la *signora* llamó a la puerta de Zia. Zia estaba ya en la cama, fumando Un cigarrillo con una almohada bajo el codo, leyendo el libro de Ferrero sobre la caída de Roma. La *signora* hizo irrupción en el dormitorio con su más cautivadora sonrisa, mostrando más que nunca los dientes. Zia subió su cubrecama de piqué hasta el cuello porque estaba desnuda en la cama. Preguntando si la molestaba, la *signora*, sin esperar respuesta, cogió una silla y se sentó al lado del diván. Su actitud era musitada porque Zia le había hecho perder la costumbre de

entrar en su habitación sin ser llamada. Después de explicarle sin venir a cuenta que el almacén de cueros de Piccolo se había quemado la noche anterior y que el hijo del *podestá* se había roto el brazo izquierdo, la *signora* enfocó el asunto general. Citó los nombres de diferentes ciudades en las que el general había librado victoriosas batallas: Lirini, Mantin, Godanza..., nombres que acudían a su mente, recuerdos de su infancia, y el hecho de que en ninguno de estos lugares se hubiese librado jamás ninguna batalla no la perturbaba en lo más mínimo. Finalmente, dijo que el general deseaba que le hiciese una fotografía y que la esperaba mañana a las seis en su villa. Le explicó cómo encontrar la villa del general, de tejado rojo, en lo alto de la colina, sin sospechar que había pasado un mes entero en ella el año anterior. Zia, cuya imaginación era incapaz de sospechar una alcahuetería, no vio la sonrisa de embarazo de la *signara* y contestó simplemente:

—Lo siento, pero no puedo ir. No tengo permiso italiano.

—El general es muy rico. Pagaré tres mil liras por las fotografías.

Y en vista de que Zia continuaba moviendo la cabeza, la *signara* inclinó súbitamente la suya hacia un lado, sacó más hacia fuera su dentadura y miró a Zia significativamente durante algunos instantes; después, le dio jovialmente un golpe con el dedo en el costado y dijo:

—No tendrá usted que sacar ninguna fotografía. —Cruzó los brazos sobre el pecho, se inclinó hacia adelante y murmuró—: ¡Pero puede usted ganar igualmente las tres mil liras!

La prominente dentadura decía ahora claramente a Zia de qué se trataba. Estiró el brazo y aplastó su cigarrillo sobre el cenicero. Con este ademán sus hombros desnudos salieron de debajo del cubrecama. Eran los bellos hombros redondos para los cuales incluso la lengua balbuceante del general había encontrado palabras adecuadas. Durante algunos segundos la calma mirada de Zia sostuvo la repulsiva expresión de la *signora*. Su primer impulso fue arrojar de allí en el acto a aquella mujer. La sola idea de ser por tres mil liras la querida de aquel borracho repugnante en las mismas habitaciones donde había vivido con Filippo la felicidad de su luna de miel, la llenaba de horror. Casi sollozó en voz alta al ver aquel pozo sin fondo de la vida, negro de horror, en la lúbrica sonrisa de la *signora*. Al mismo tiempo hubiera querido echarse a reír. Decidió adoptar tal actitud. Fríamente, dijo tan sólo:

—Dígale al general, por favor, que tampoco tengo permiso para eso.

El ademán con que cogió el libro y comenzó a leer dijo claramente a la *signora* que la acechaba. Se levantó, no sabiendo casi cómo emplear las palabras que tenía en la punta de la lengua. ¡Cuatro mil liras! Pero no se atrevía porque al lado de la dama fotógrafo perdía siempre esa desdeñosa seguridad que tenía con los demás huéspedes femeninos de la pensión. Antes de salir de la habitación, lanzó un seco «Pst...» hacia Zia, que resumía la ofensa por la repulsa, el deseo de limpiarse de toda sospecha con respecto a haber mantenido indecentes propósitos y especialmente la exasperación que sentía ante la pérdida de lo que considerara una ganancia segura.

Al día siguiente, el general se dio cuenta de que la dama fotógrafo, cuando pasaba por su lado durante su paseo, omitía por primera vez dirigir a sus perros una mirada y sacó de ello la consecuencia de que las negociaciones de la *signora* no habían tenido un éxito espectacular.

A Zia no le sorprendía hacer estas conquistas, porque verdaderamente en Mandria no tenía rival en este terreno. Por otra parte, puede decirse con exactitud que tales conquistas no le producían ningún placer. Pocos días antes había descubierto también algo inusitado en la mirada del farmacéutico, Occhipinti. Eligió Fanfoni comenzó asimismo a dirigir hacia ella su cara de rata desde que se supo que, como resultado de una droga milagrosa, la *fotógrafa morta* no se moriría en absoluto. En cuanto a Guido Castelli, el inspector de aduanas, hacía completamente el ridículo con las devoradoras miradas que le dirigía dondequiera que la encontrase. Los grandes ojos de carnero de Guido eran exactamente los de Paccapuzzi. Mientras pasaba por la Piazza Vittorio Emmanuele, con las manos en la espalda, camisa remangada, gorra echada atrás sobre el cogote, cruzado por los tirantes, Guido parecía dedicado a hacer una exhibición ante las damas de Mandria. Cuando se encontraba frente a frente con Zia se ponía delante de ella, sus ojos saltaban más que de costumbre, y, sonrojándose hasta el cogote, decía:

—Hace más calor que ayer...

Soltaba frases como éstas. Y todas rezumaban lujuria carnal.

—Sí, es verdad —decía Zia amablemente, volviendo la cabeza y dejándolo boquiabierto.

Eulalia, a menudo, se asomaba para dirigir una ojeada a su amante. Como un cuco en un reloj estropeado, se asomaba a la ventana, pero no cantaba. Cuando su mirada barría toda la Piazza Vittorio Emmanuele, hubiera podido creerse, en verdad, que era capaz de matar a su amante si la engañaba.

A principios de julio comenzaron a llegar los veraneantes. Desde los más remotos recuerdos, el número de veraneantes había siempre oscilado entre quince y veinte, pero variaban cada año, porque jamás una persona que hubiese veraneado en Mandria volvía allí. Aquel verano, sin embargo, hubo una excepción. Eric Pringsheim, médico vienés y neurólogo, que regresaba, después de una ausencia de nueve años, a la Pensión Zanzottera. La esposa tuberculosa del doctor había muerto en la habitación que Zia ocupaba y Pringsheim venía a visitar su tumba. En honor suyo la *signora* le cedió su propia habitación, cosa que no hubiera hecho por nadie más, y puso un colchón en el suelo de la cocina. El doctor Pringsheim tenía el proyecto de estar allí dos semanas. Tenía cerca de los setenta años y exudaba la atmósfera de la Viena de la pasada centuria. El color de sus patillas era el de los tapices familiares, entremezclados con hilos de plata y negros. En el iris de sus ojos húmedos había algunos reflejos dorados. Su cuello estaba aprisionado en un alto cuello almidonado,

como sus vastos puños, que algunas veces hacían ruido al andar. Por mucho calor que hiciese, no se separaba jamás de sus guantes de algodón y de su paraguas. Zia lo conoció el mismo día de su llegada y a partir de entonces estuvieron frecuentemente juntos. Como náufragos en una isla desierta, descubrían mutuamente Europa en cada uno de ellos. Después de cenar se sentaban en el jardín, en el banco rojo bajo la higuera a la luz de la lámpara de la terraza. Pringsheim solía cruzar, sobre la barriga sus manos con los dedos entrelazados, como si ocultase algo bajo las palmas, pero al hablar las mostraba súbitamente como si quisiera demostrar que no tenía nada escondido. Hablaba con este suave acento de los vieneses al que Zia estaba acostumbrada entre sus amistades. El doctor Pringsheim hablaba con sentimiento de la vieja Viena y del colapso de la Monarquía. Pero veía las cosas desde un punto de vista médico, y en vista de que una acumulación de moléculas protoplásmicas indolentes en las células producen inevitablemente la senilidad de los órganos, el resultado final —sostenía— era ineludible. Como todos los médicos, daba por descontado que el interlocutor sabía qué eran moléculas protoplásmicas.

La radio aullaba en el Albergo Varcaponti y de vez en cuando el cadencioso entusiasmo rugiente del inmenso público del Sportpalast puntuaba el discurso de Hitler.

La conversación giraba alrededor de la política, y Pringsheim simbolizaba las actividades de Hitler y de Mussolini como peligrosas congestiones del cerebro senil de Europa. Después de uno de sus breves instantes de silencio, Zia dijo:

—Quisiera que me reconociese usted antes de marcharse. No es que crea tener nada; es sólo para aprovechar la suerte de tenerlo a usted en esta isla desierta.

—No puedo, no tengo licencia italiana. —Pringsheim parodiaba las palabras de Zia, quien le había referido sus aventuras fotográficas durante sus paseos por la playa, sin omitir la oferta del general, cosa que produjo en el médico una larga y jocosa hilaridad.

El reconocimiento tuvo efecto la tarde siguiente. Zia no había sufrido nunca un reconocimiento tan minucioso y su sentido del pudor recibió un rudo golpe cuando Pringsheim le dijo que se desnudase completamente. Hasta entonces sólo Filippo la había visto sin ningún velo. Pringsheim examinó sus pulmones, su corazón; su estómago. «Échese de espaldas... Échese sobre el vientre... Respiré hondo...». Lo hacía con un toque de aburrimiento, ahogando de vez en cuando un bostezo que persistía después de la siesta de la tarde. Su primera mirada al cuerpo desnudo le dijo que no había nada grave. Después vinieron las preguntas: cigarrillos, licores, pastillas para dormir, régimen de comida, costumbres, sueño, tos, dolores reumáticos, saludos de los padres, de los hermanos... Entretanto, Pringsheim tomó la temperatura y la presión arterial de Zia y comprobó los reflejos, después de lo cual dijo, con un imperceptible bostezo: «Vístase». Cuando hubo guardado cuidadosamente sus

instrumentos en su cartera negra, preguntó:

—En resumen, ¿qué es lo que cree usted que no va?

Zia ató el cinturón de su albornoz estrechamente alrededor de su estrecha cintura. Tardó en contestar. Se sentó y apoyó su barbilla en la mano, como si estuviese hablando sola de estas cosas y por primera vez.

—Estoy inquieta. No sé... nerviosa, extraña. Y esto me preocupa mucho algunas veces. Recuerdo a mi tío Stefi que rechinaba los dientes por la noche. Llegaba a gastar el esmalte y el médico le hizo hacer una pieza de goma para usarla mientras dormía. No rechino los dientes, pero... ¿cómo decirlo...?

Cerró los ojos y juntó los puños cerrados uno contra otro con un estremecimiento.

—A veces me parece que es mi cuerpo entero el que rechina... No sé si me expreso claramente...

Pringsheim dejaba que las palabras saliesen solas sin decir nada. Llevaba cuarenta y cinco años de experiencia. Estaba tan familiarizado con el chirriar de los dientes de tío Stefi como otro hombre cualquiera pudiese estarlo con la llave de su casa. Una vez ahogó disimuladamente un bostezo.

—Estoy inquieta —decía Zia, buscando las palabras—. Me agito en la cama... algunas veces me muerdo los brazos... Hay algo dentro de mí de lo que quisiera liberarme. Pero no es como nada fijo... En otras palabras, no sé.

—¿Cuántos años tiene usted?

—Veintiuno.

—¿Casada?

—Divorciada.

Pringsheim se asomó a la ventana. De acuerdo con sus cuarenta y cinco años de experiencia, esta palabra descubría a las entretenidas, la clase alta de las *cocottes*. Además, el día de su llegada, la *signora* le había insinuado la visita de un caballero muy rico que era el amante de la dama fotógrafo.

—¿Qué clase de vida sexual tiene usted?

Era la primera vez que Zia oía estas palabras dichas de aquella forma. Era probable que las hubiese encontrado en libros que había leído, pero no se fijó en ellas. El significado era claro, sin embargo, y lo entendió en el acto. Casi sin voz, pero comprensible, con una media sonrisa en los labios, dijo:

—Ninguna.

Zia tenía la sensación de que las grises frases de Pringsheim convertían la secreta y ardiente materia del *Packhaus* en ceniza. Seguía su lección con los ojos abiertos y el corazón palpitante, porque comenzaba a ver que detrás del *Packhaus* había una maravillosa y poco frecuente culminación de la vida de la cual Filippo le había privado, y esta realización produjo en ella tal estallido que sus rodillas comenzaron a temblar un poco.

Pringsheim se levantó, se acercó a la ventana y miró al jardín. Hubo una pausa la cual hizo parecer que estaba consultando con la higuera respecto al caso presente.

Regresó de la ventana y cogió la cartera de sus instrumentos, pero no se dispuso a marcharse todavía.

—*Ja, mein Kind!* Éste es el inconveniente de este mundo moderno y nervioso. Por eso hay tantos divorcios. Los hombres, especialmente los hombres jóvenes, son egoístas. Llevan prisa y no piensan más que en su propia satisfacción. Nosotros, los médicos, llamamos a esto *ritmo deficiente*.

Zia se llevó el dedo medio de la mano izquierda a la boca y comenzó a morderse la uña, cosa que raramente hacía. Pringsheim miró en el vacío y asintió silencioso; su gesto era de la rara e inusitada variedad que indica abnegación más que asentimiento.

—Quizá espera usted que le recete algo. Puedo prescribirle tan sólo algunas drogas para calmar sus nervios, o decirle que haga una cura de agua fría, nade y reme lo más posible, pero todo esto sería como decirle a un hombre agotado que leyese las obras completas de Tolstoi o tocase el piano ocho horas diarias. *Ja, mein Kind!* —Abriendo ambos lados de su chaqueta comenzó a rascarse la espalda bajo la hebilla del chaleco diciendo al propio tiempo—: Hay muchas clases de pobreza en el mundo. Una de las peores es la pobreza sexual, acerca de la cual, estúpidamente en realidad, se ha dicho muy poco. —Desde la silla Zia levantó la vista con incertidumbre hacia el médico, que vio su mirada y comprendió el significado—. Tiene usted veintiún años, hija mía. Está usted perfectamente sana y muy bella. ¿Consejo? No le puedo dar ningún consejo. No le puedo aconsejar siquiera que acuda a la *signora*, a pesar de que me imagino que en este preciso campo de la miseria humana, la *signora* debe ser una verdadera benefactora.

Pronunciadas con el agradable acento vienés estas últimas palabras *eine wirkliche Wohltätigkeitsdame* (una verdadera dama caritativa) brotaban de entre las plateadas patillas como los arpegios mozartianos sobre las teclas del piano a la luz de los candelabros.

Riendo, Pringsheim se dirigió hacia la puerta. Zia lo detuvo y le preguntó cuáles eran los honorarios de su consulta. Pringsheim frunció el ceño.

—Lo siento, no tengo licencia italiana... —repitió, echándose a reír.

Una vez más Zia le dijo que esperase un momento, y corriendo a su escritorio sacó de un cajón una fotografía ampliada y enmarcada y se la dio sin una palabra. Pringsheim la miró, y después, con un gesto brusco, la apartó de sí volviendo la cabeza. Parecía que estuviese ofreciendo la fotografía a uno de los armarios, pidiendo que la aceptasen.

Durante algunos instantes reinó un curioso silencio en la habitación. Pringsheim se volvió y metió un dedo bajo los cristales de los lentes para enjugar una lágrima. Después miró de nuevo la fotografía.

—¡Hermosa! ¡Hermosa...! —susurró sinceramente.

La fotografía era verdaderamente bella. Zia había dado muestras de su gran arte y maestría al hacer esta fotografía. Pringsheim estaba de pie al lado de la tumba de su esposa en el cementerio de Mandria. Su expresión y su actitud eran completamente

las de un hombre abstraído. Tenía el sombrero en la mano derecha y el paraguas gris colgaba de su brazo izquierdo. En el fondo, a la derecha, sombra negra sobre el fondo de luz, se elevaba un ciprés que expresaba todo lo que decía el rostro de Pringsheim. En el fondo, lejano, veíase el mar, con los perfiles, leves como, el aliento humano, de las colinas violeta de la Dalmacia. El cielo brillaba con la clara y resonante felicidad que era la consecuencia de un afortunado encadenamiento de las nubes. Parecía un trozo de la tierra helada después de que la escoba ha barrido la nieve, cuando sólo queda sobre ella la parte que se ha congelado. Así era cómo el *ponente* había barrido las nubes de lana del cielo de Mandria, y la felicidad de aquel cielo decía que todo dolor había sido barrido también del mundo. Por peligrosamente cercana que estuviese al arte fotográfico, aquella fotografía reflejaba una pura y maravillosa tranquilidad.

Lentamente, Pringsheim acercó hacia sí con una de sus manos la cabeza de Zia, la besó en la frente y salió rápido sin decir una palabra.

Se marchó al día siguiente.

Los otros veinte veraneantes que quedaban eran italianos, austríacos y yugoslavos sin pretensiones. Los italianos eran generalmente más gordos que los austríacos, y los yugoslavos de mejor humor que los italianos. De todos ellos, quizás el nombre de *Herr Stem* es el único digno de ser mencionado. Era un agente de seguros de Fiume con un doble mentón redondo, numerosas sortijas en los dedos y un bigotillo de color azafrán, recortado de una manera tan similar a Hitler que a distancia parecía que le manase un líquido rojizo de la nariz. Por ligera exageración, *Herr Stem* se inscribió *Von Stem* en el libro de registro del Albergo Varcaponti y, por consiguiente, el panadero Eligió Fanfoni lo llamó a partir del día siguiente *signor barone*.

En cuanto los veraneantes estuvieron en todo su esplendor, las campanas de Mandria comenzaron a tocar. En el campanario de San Simeone había cinco campanas; dos maestras, una mediana y dos pequeñas. Las maestras eran graves, la mediana melancólica y las pequeñas chillaban maliciosamente. Es decir, sólo chillaba una, porque la otra estaba rota desde hacía tiempo y cada vez que el badajo la golpeaba producía un sonido de cacharro roto. Nyinyin y sus cuatro chiquillos subían al campanario a las cuatro de la mañana, y a partir de aquel momento hasta las nueve las campanas no dejaban de doblar y lamentarse, a veces las cinco; otras, tres, y en algunas ocasiones la chillona sola persistente en su soledad. Durante días enteros los veraneantes de Mandria rondaron por la isla con los párpados entornados, con dolor de cabeza y zumbidos en los oídos. ¿Por qué tenían que tocar las campanas incesantemente? Nadie lo sabía, de lo contrario se hubiese dado una respuesta. No había escapatoria posible. A veces parecía que querían poner fin a su concierto para volver a empezar un instante después. Tañían y golpeaban y a veces parecía que tenían que estallar.

Occhipinti le dijo al barón Stern, quien había amenazado con marcharse en el acto y mandar una carta de protesta al *Corriere della Sera*, que era debido a una vieja costumbre de Mandria que consistía en que cuando una mujer de edad tenía malos pensamientos, iba a encontrar a Nyinyin con algún pescado o un poco de dinero y le decía que alejase el maligno con sus campanas. Pero esto era una costumbre del pasado. No eran los malos sueños, sino el dinero y los pescados lo que había disminuido en Mandria.

Los veraneantes se reunían a veces en la Piazza Vittorio Emmanuele formando un grupo amenazador y dirigían desesperadas miradas al campanario, contemplando el juego de las cuerdas y el batir de las campanas en alocado pandemónium.

Bajo la presidencia del barón Stern, los veraneantes fueron a ver al *podestá*, pero éste se limitó a encogerse de hombros y dijo que no quería intervenir en los asuntos de la Iglesia. Esto ocurrió el cuarto día después de que el párroco Muzmics saliese de Mandria para un viaje. Finalmente, uno de los veraneantes tuvo una idea salvadora. Entraron en negociaciones con el campanero. Esta diplomática medida resultó un éxito espectacular; a cambio de una modesta retribución, Nyinyin estuvo dispuesto a no tocar más ni una sola campana. Los veraneantes recaudaron en un instante el dinero necesario.

A partir de aquel momento la vida fue diferente en Mandria. El silencio, un silencio maravilloso y celestial descendió sobre la Piazza Vittorio Emmanuele y el Corso Mussolini. En algunas ocasiones era posible oír la débil música de la brisa conocida por *tramontana* y el gentil canto de las olas. Los nervios de los veraneantes comenzaban a normalizarse. Nyinyin estaba todo el día sentado en la terraza de la Trattoria Marica, delante de media botella de *vinò rosso*. Sus cuatro hijos pescaban en el puerto, lo cual era también una actividad que requiere silencio.

Pero una tarde, inesperadamente, las campanas comenzaron a tocar de nuevo. El esbelto campanario de piedra casi temblaba bajo su rugir. Nyinyin y sus cuatro hijos tiraban de las cuerdas como si les fuese la vida en ello. Nadie sabía lo que había ocurrido y todo el mundo temía una catástrofe, un terremoto, un bosque en llamas o una ola gigantesca que inundase la isla. Pero el pánico sólo se apoderó de los veraneantes; los naturales no mostraron la menor inquietud. Occhipinti, de pie en el umbral de su botica, limpiándose los dientes, era la imagen de la indiferencia. En la terraza de la Trattoria Marica, Aldo Faggiani, el carnicero y Ettore Domeneghetti, el barbero, continuaban golpeando la mesa con sus mugrientos naipes. Finalmente, el barón Stern se enteró por Marica de que Nyinyin se había bebido su último céntimo aquella noche.

Los veraneantes se congregaron al pie del campanario. Agitaban trajes de baño y pijamas en señal de rendición. Algunos mostraban monedas de plata.

Nyinyin se asomó desde el campanario y al ver las monedas de plata enmudecieron las campanas.

Zia trabó amistad tan sólo con una de las veraneantes, Helen Gieseler, maestra de

Innsbruck. Paseando por el Corso Mussolini una tarde, Helen se detuvo delante de Zia, hizo sonar sus tacones y dedicándole un saludo se presentó. Llevaba un rústico traje tirolés con la falda partida y unas flores silvestres en su cabello pajizo. El azul de porcelana de sus ojos era más azul todavía que los ojos de los Schayenheim. Su cuello y sus pantorrillas estaban enrojecidas por la súbita exposición al sol de Mandria. Pidió permiso para acompañar a Zia un rato. Parecía una muchacha simpática. Al día siguiente, en la playa, Zia se dio cuenta de que un grupo de bañistas estaban escuchando un discurso y se reían a carcajadas. El orador era Hitler, que llevaba una falda tirolesa y tenía las pantorrillas quemadas por el sol. Helen, con un trozo de franela se había hecho una peluca a lo Hitler, se pegó un bigotito en el labio superior y pidió prestado al barón Stern su impermeable. De todo lo dicho se deducirá que la vida en Mandria no dejaba de tener sus atractivos.

El barco entraba en el puerto cada semana a las siete de la tarde de los jueves y Zia era la primera de estar allí esperándolo. Andaba de un lado a otro de la caseta de la aduana hasta el bolardo donde se amarrarían las estachas del buque. Guido Castelli salía inmediatamente de su caseta en cuanto veía a Zia y quedaba inexplicablemente embarazado. Como si, atontado por la emoción, fuese incapaz de decir otra cosa que: «¿Está usted esperando a alguien?», o «Hace calor hoy, ¿verdad?». El barco amarró y la forma de color de arena al lado del mástil que parecía ser Filippo resultó una vez más el carnicero Aldo Faggiani con su saco manchado de sangre a cuestras, conteniendo el medio ternero.

Hélen pasaba cada día más tiempo con Zia. Ahora, después de comer, solía ir a menudo al jardín de la Pensión Zanzottera y sentada en el banco rojo debajo de la gran higuera entonaba canciones tirolesas con bastante habilidad. Su amistad era casi una carga para Zia a causa del fogoso temperamento que animaba a la muchacha. Una noche, estando todavía sentadas en el jardín, cuando la *signora* se había retirado ya, Helen le pidió a Zia que le mostrase las fotografías de la excursión de pesca que habían hecho la semana anterior. Estuvo encantada de las fotografías, charlaba incesantemente y con notable excitación y no hizo el menor caso de la insinuación de Zia sobre lo avanzado de la hora. Finalmente Zia, bostezando, dijo que quería irse a la cama. *Schon*, dijo Helen sentándose en el borde de la cama y comenzando a cantar viejas canciones alemanas tan suavemente y con tanto encanto que Zia no tuvo valor para echarla de allí. Con los ojos cerrados, gozaba de la clara simplicidad de las melodías. Cuando Helen se hubo marchado se sintió presa de contrariedad y tristeza. Recordó las palabras de Pringsheim, cuando dijo que una alarmante miseria sexual prevalecía en el mundo. Ésta era ahora su perspectiva en Mandria y en el lejano mundo. Guido Castelli se estaba volviendo cada vez más impúdico. Aquella misma tarde se había sentado al lado de ella en el banco de la orilla del mar, pero su excitación era tan grande que fue incapaz de decir una palabra. Sus grandes ojos negros mostraban una tal prominencia que parecían saltarle de las órbitas. Tenía unos ojos horriblemente feos, pero había en ellos algo que le recordaban los de Filippo.

Era incapaz ya de pasar tranquilamente por delante de la farmacia, porque los ojos de Occhipinti flameaban todavía con más fuerza y al pasar sentía la mirada del farmacéutico agarrarse a sus tobillos, sus piernas y su falda como una liana en la espesura. Y también Eligió Fanfoni y la forma como la lujuria invadía su cara de rata en cuanto la veía, sin contar al general Hasparics, cuya enorme nariz temblorosa parecía iluminarse y la red azul de las venas de sus manos querer estallar, mientras su mirada se hacía nebulosa al verla dirigirse hacia el banco donde estaba él sentado con sus cuatro perros. Parecía que el aire de Mandria diese especial fuerza a las pasiones. Se dio cuenta de que era verdad también en ella, porque cuando estaba en la intimidad de su habitación durante las horas calurosas de la tarde, no podía liberarse de los recuerdos del *Packhaus* y su agitación crecía de día en día. Sí, era imposible tener veintiún años y ser rica en inocencia, especialmente cuando se soporta el legado de la más alta sensualidad, el legado de aquella reserva que habitaba su cuerpo refinado.

Por lo demás, los días transcurrían tranquilamente en Mandria turbados sólo por el continuo chillar de los chiquillos en el baño. Después de la escena de las canciones, Zia rompió su amistad con Helen. La relativa calma era turbada tan sólo una vez a la semana por el estallido de las campanas que venía de lo alto de la torre como tocando a rebato. Pero los veraneantes sabían ya la regla del juego, y apagaban pronto el incendio con algunos centenares de liras.

A finales de setiembre el último veraneante se marchó de Mandria. Los bellos rincones del borde del mar adquirirían una desesperada tristeza en aquella época hasta que conseguían reconciliarse con la inevitable aproximación del otoño. Era el lento éxodo de los forasteros y la gradual desaparición de la abigarrada colección de trajes de baño puestos a secar; todo aquello parecía la caída de las hojas, y al mediodía, la desierta tranquilidad de la terraza de la Trattoria Marica hablaba también de abandono y soledad. Durante aquellos días de otoño los años transcurridos decían al corazón humano que iban alejándose y no volverían jamás.

Zia comía todos los días *brodetto*, sopa italiana de pescado que la *signora* preparaba a la perfección. Un día sintió su estómago un poco perturbado y, como siempre que esto le ocurría, decidió tomar dos píldoras de *Entalisina*. Quedó aterrada al ver que sólo quedaba una píldora en el frasco; y más aún al saber que tenía dos botellas y que no ¡había manera de encontrar la segunda. Entonces recordó que había dado una a Elisabeth. Este descubrimiento la desalentó. En su actual existencia en Mandria, la *Entalisina* era una especie de talismán alrededor del cuello del marinero veterano, sin el cual su vida está perdida. Zia sintió que el agotamiento de la *Entalisina* abría una puerta previamente cerrada para ella que dejaba paso abierto a la arbitraria entrada de la muerte. La llegada del otoño y la súbita sensación de soledad contribuía a agravar el desaliento. Y había también el asunto *Fifi*, que hacía tres

semanas había desaparecido. Incomprensiblemente, *Fifi* se había encariñado con el hijo menor de Nyinyin, Moco, que llevaba lentes. Debió ser un caso de ciega pasión, pues en cuanto a nutrición debía de comer peor en casa de Nyinyin. Tan completa era su deslealtad que incluso volvió el hocico cuando vio a Zia en la Piazza Vittorio Emanuele. Zia se detuvo y lo censuró duramente. Le dijo que era una cosa vergonzosa abandonar de aquella forma el regazo de una amante madre y comenzaron a entrar en negociaciones en vista de perdón y de regreso al redil. *Fifi* fue dando la vuelta bajo la influencia del sermón moral hasta que acabó enseñándole el rabo. Trozos de queso comprados en casa de Niccolini no surtieron tampoco efecto. Venciendo la tentación, *Fifi* echó a correr arrastrando su enorme cabezota y dejando los trozos de queso en el suelo. En esto había algo risible, pero también un punto triste y tremebundo. Zia era abandonada por todos y por todo.

Pasó el 30 de octubre en su habitación. Era el primer aniversario de su vida en Mandria. Fue a la iglesia a primera hora. Quería hablar a solas con Dios y hacía dos visitas diarias a San Simeone, por la mañana y a la caída de la tarde, donde se encontraba sola en medio de la fragancia de los ramos de flores que se mustiaban y de los cirios de los exvotos; bajo aquella luz peculiar de los ventanales de colores y la sombría soledad característica de las iglesias italianas que parecen un artículo que sólo es posible encontrar en aquella tierra.

Zia había sufrido mucho durante aquellas últimas semanas. Estaba torturada por un nerviosismo, intranquilidad y jaquecas, especialmente durante los últimos períodos mensuales. La conversación con Pringsheim había destrozado su equilibrio espiritual.

El 10 de noviembre le ocurrió algo importante. Como de costumbre, hizo su aparición en el muelle media hora antes de la llegada del vapor. Tibias ráfagas jugaban con el mar y las arenas de la playa y su sendero podía seguirse a simple vista porque marcaban el surco sobre las aguas como animales entre las altas hierbas. Era imposible verlas, pero la cinta de la ola marcaba su paso con exactitud. Daban al aire una curiosa vivacidad. Algunas veces chocaban y en estos casos parecían desvanecerse con un débil grito. Otros parecían reunirse delante de Zia y susurrarle al oído extrañas cosas. Al lado del bolardo había un montón de tablones que esperaban el barco Las tibias brisas esparcían por el puerto y el mar la resinosa fragancia de la madera cortada. Guido Castelli, el inspector de aduanas, salió de la caseta con sus pantalones color tórtola sostenidos por la «X» de su espalda, y al pasar por delante de Zia le informó con una significativa sonrisa de que el otoño estaba en todo su esplendor. El brillo sensual de sus ojos castaños era más fuerte que nunca.

El barco no era visible todavía, pero su sirena rugía desde detrás de la masa de niebla crepuscular. En aquel momento la sirena de niebla resonó como una especie de rugido ultraterrenal que tenía algo de extraordinariamente humano. Era una mezcla de grito de auxilio con una estremecedora fascinación. Las tibias ráfagas comenzaron a danzar con loca exaltación y también el mar se cubrió súbitamente de olas.

Algo en el aire le decía a Zia que Filippo llegaría, que estaba ya cerca, a menos de milla y media detrás de la cortina de niebla. El rojo y amarillo de diversas luces brilló en la masa oscura y ondulante, y las flores descubrieron la cresta de las olas con pétalos rojos y anaranjados.

El barco se acercó lentamente al muelle. La mancha amarilla era ya visible al lado del mástil. El corazón de Zia latía furiosamente, porque sabía con toda certeza que esta vez no era el saco conteniendo el medio ternero de Aldo Faggiani el carnicero, sino la gabardina de Filippo. Hacía trece meses que estaba en Mandria, y aquélla era la quincuagesimaséptima llegada del barco. No había estado nunca tan segura de que Filippo llegaba. Todo aquello era a la vez tan terrible, tan maravilloso y tan emocionante que Zia no podía sostenerse sobre las piernas. Agotada, se sentó sobre la cabeza roma del bolardo.

El barco amarró por fin y la mancha amarilla se dirigió hacia la pasarela. No era Filippo, sino, una vez más, Aldo Faggiani. Se dirigió hacia Zia. Gotas de sangre caían sobre las grandes piedras desiguales que cubrían el suelo.

A los pocos minutos el puerto estaba de nuevo desierto. Zia permanecía sentada sobre el bolardo, contemplando las manchas de sangre con la mirada fija. De la misma manera que había estado segura de la llegada de Filippo un cuarto de hora antes, tenía ahora la certidumbre de que no llegaría nunca, y esta seguridad llenaba su cuerpo de un espantoso vacío. Comenzaba a oscurecer.

Cuando se levantó para regresar a casa, Guido Castelli, el inspector de Aduanas, se acercó a ella para informarla de que los días cálidos pronto terminarían para dar paso a los más fríos. Y aquélla fue la primera vez que Zia sostuvo con sus ojos la mirada del aduanero, la sostuvo durante un tiempo inconscientemente largo, ante lo cual Guido Castelli comenzó a temblar, pero no supo qué decir. Súbitamente, Zia volvió la cabeza y miró a otro sitio. No volvió la cabeza, pero tuvo la sensación de que los pantalones color tórtola la seguían.

La *signora* no estaba en casa. Como una sonámbula, Zia cruzó el vestíbulo, pero dejó la puerta abierta. Cuando llegó a su habitación comenzó a desnudarse y, como era su costumbre, se tendió desnuda sobre el vasto diván susurrando dulcemente «*O mia fiamma bellissima...!*», la melodía que acudía ahora a su memoria con cristalina claridad. Pero el oído de Pringsheim hubiera probablemente encontrado algo inusitado en su susurro, algo que parecía una intoxicación del espíritu y era casi demencia sin llegar a ser demencia. Zia no solía canturrear. Era la primera vez que lo hacía y era casi como si una especie de locura la poseyese ya, una rebelión de las ciegas fuerzas que azotaban la tierra y eran conocidas de Pringsheim. La habitación estaba casi a oscuras, pero una jama desnuda de la higuera dejaba entrar un poco de luz por la ventana.

De momento no le cabía la menor duda de que tendría que marcharse de Mandria cuanto antes y comenzó a hacer el equipaje cautelosamente, no fuese que despertase a la *signora*. Cruzaba la habitación como una sonámbula y una vez, cuando miro hacia

a la ventana, vio claramente la silueta de la rama desnuda y mustia. Cuando apagó la lámpara era completamente de día. Se echó sobre la cama, agotada, y durmió hasta mediodía. Pero tampoco se movió de su cuarto. Le dijo a la *signara*, que no se encontraba bien y que no quería que la molestasen. Pidió que a día siguiente le llevasen los baúles vacíos porque se marchaba. ¿Dónde iba?, preguntó temerosa la *signora*. A París. Sí, había decidido ir a París. Comprendía, que no tenía a nadie en el mundo fuera de *monsieur* Mongés.

Pero no llegó a realizarse aquel viaje. La vida, que algunas veces interviene con inesperada brutalidad, resolvió el problema. Tres días después ocurrió un acontecimiento que emocionó no sólo Mandria, sino que hizo temblar como si fueran hojas los titulares de toda la Prensa italiana durante varios días. Entre el domingo por la noche y el lunes por la mañana, Eulalia, la lechera esposa de Alberto, contratista de los baños, la mujer del cabello negro partido en dos a quien faltaban dos dientes y a quien todo Mandria consideraba querida de Guido Castelli, inspector de aduanas, mató de un tiro a su infiel amante, a las cinco de la mañana, en la Piazza Vittorio Emmanuele, después de haber estado acechándolo mientras el inspector pasaba la noche con la mujer del barbero. Ettore Domeneghetti, el barbero, no estaba en Mandria. Cuando Guido Castelli salió de casa del barbero bajo la luz crepuscular, a las cinco de la mañana, Eulalia lo atacó y se originó entre ellos una violenta disputa. El inspector de aduanas fue incapaz de calmarla, y cuando llegaron a la droguería de Niccolini, cerrada por una puerta de hierro a aquella hora, golpeó a su desdeñada amante. Comenzó una pelea y Eulalia, consiguiendo apoderarse del revólver que el inspector llevaba en el bolsillo trasero de los pantalones color tórtola, le pegó un tiro y después, revólver en mano, corrió hasta la casa del barbero y disparó cinco tiros a través de la ventana. Estos cinco disparos no hirieron a nadie pero una de las balas se metió en la almohada de la hija menor del barbero. En aquel momento la gente salía ya de sus casas y se pudo detener a la enfurecida y alocada Eulalia.

Cuando Zia salió por la mañana para ir a la iglesia, no sabía nada de todo esto. Al verla, Eligió Fanfoni, el panadero, la agarró por el brazo y la llevó a casa de Niccolini, donde una gran muchedumbre se había reunido. El panadero se abrió paso a la fuerza arrastrando a Zia. Zia todavía no sabía qué había ocurrido; imaginaba que alguien había pescado un tiburón, un pez luna o un pulpo gigante, que era siempre motivo de excitación y alboroto. El cuerpo del inspector de aduanas yacía en el suelo, cubierto con una lona manchada de sangre, que se parecía al saco en que Aldo Faggiani el carnicero, llevaba su medio ternero. Eligió Fanfoni se apartó cortésmente y levantó la lona para que Zia viese el cadáver. Tenía una bala en el vientre, y debió morir sufriendo mucho, porque la lengua, amoratada y negra, y completamente mordida, asomaba por la comisura izquierda de la boca, mientras pequeñas moscas verdes revoloteaban ya en torno de ella. Profundas y sangrientas huellas de uñas

femeninas aparecían claramente visibles en su mejilla izquierda. Zia volvió la cabeza y estuvo a punto de desmayarse. Cuando llegó a la iglesia de San Simeone se tambaleaba y cayó desfallecida de rodillas ante el altar. Sólo entonces se dio cuenta de lo que había ocurrido y de lo que hubiera podido ocurrirle a ella. Vio un sobrenatural oráculo en la imprevista, pero terrible solución: tenía que quedarse en Mandria.

La acostumbrada sonrisa había desaparecido ahora del rostro de Eulalia y, por lo tanto, el hueco dejado por los dientes no era visible. Su ancho rostro y su negro cabello partido por la mitad, eran en aquel momento una desolada imagen de trágico esplendor.

La muchedumbre y los chiquillos sólo vieron a la asesina. Si Pringsheim hubiese estado entre ellos hubiera visto otro aspecto de la mujer maniatada. Hubiera discernido el negro aspecto de las ciegas fuerzas que azotaban con fuerza de huracán el mundo, una víctima de la miseria sexual que acechaba por todas partes. Esto es lo que hubiera visto en Eulalia, la dueña de la lechería de Mandria.

CAPITULO XIII

UN día de primavera de 1906, en Viena, un joven jornalero dejó su azadón y se alejó para vomitar sangre en el jardín del palacio Dukay de Bosendorferstrasse, y veintisiete años después, el 30 de enero de 1933, este joven jornalero cuya vida había salvado la condesa Mentí, se convertía en el Canciller Imperial de Alemania.

A partir de entonces los acontecimientos se sucedieron en Alemania con increíble celeridad hasta que el mundo quedó deslumbrado. Después del ascenso de Hitler al poder, los comunistas alemanes trataron de persuadir a los socialdemócratas y los sindicatos cristianos de que se uniesen en una huelga obrera común contra la elección que había hecho Hindenburg de Hitler como Canciller, pero no era ya posible imaginarse este frente unido de la labor alemana. A finales de febrero los nazis incendiaron el Reichstag y cargaron la responsabilidad a los comunistas. Las grandes columnas de humo y llamas del Reichstag eran necesarias para poner de relieve el unánime consentimiento de la opinión pública alemana a la extirpación del partido comunista. En los primeros días de primavera el Parlamento Nazi de Potsdam invistió a Hitler con su ilimitada autoridad, y con estos poderes en la mano, pronto despojó de su independencia a los Gobiernos de los Estados separados. El 14 de julio prohibió la formación de toda clase de partido político en Alemania.

Aquel día, a las cuatro de la tarde, Mandria no había despertado todavía del sopor e inmovilidad propias de una tarde calurosa. Éstas son las más encantadoras horas de las playas del Adriático, cuando la vida humana está aletargada. Esto es lo que debieron ser las horas de la tarde en los días ardientes de julio en los tiempos de los emperadores romanos semidiosos hace dos mil años, las horas de la siesta, cuando la togada plebe descansaba en las vastas habitaciones de alto techo pavimentadas de mosaico. Todo movimiento cesa y únicamente la arena de los relojes sigue cayendo silenciosamente.

A aquella hora no aparecía alma viviente por la Piazza Vittorio Emmanuele. La calma era casi aterradora, como si el universo no respirase ya. El mar brillaba bajo el sol como si fuese plomo recién vertido, liso como si se hubiese solidificado. El aire caliente era como oro compacto en el cual se movían con dificultad las alas de las gaviotas. En estas ocasiones las aves se posaban sobre diminutos islotes cubiertos con sus propios excrementos y esperaban la resurrección del universo. El único signo de vida en el cielo desierto eran los arcos de las alas de un cernícalo que volaba a gran altura y que batían con rapidez de vez en cuando, como si quisieran almacenar nueva fuerza tendiendo a una nueva inmovilidad, como comisionado por las vastas y distantes selvas de laureles a velar sobre un sueño de la tarde. El mismo encantado tono de inmovilidad reinaba sobre la laguna del puerto, que generalmente parecía una letrina. La gente pescadora dormía al pie de las casas, en las estrechas franjas de sombra que el sol cegador, con gruñidora condescendencia, había salvado de su chorro de luz. Dormían sobre la piedra cruda, con las palmas de las manos como

única almohada, tan inmóviles que parecían un montón de cadáveres en un campo de batalla. No les molestaba en lo más mínimo el vecino montón de entrañas de pescado, próximo a sus cabezas.

Durante aquellas horas la superficie de las encantadas y amarillentas aguas de la laguna se veían invadidas por las manadas de *branzinos* de ocho o diez libras, en grupos de cuatro o cinco, largos husos plateados, el más astuto pez del Adriático. Pero al parecer también ellos eran incapaces de sucumbir a la curiosidad, porque se volvían sobre sus flancos para examinar las mondas amarillas del limón, el brillo plateado de alguna vieja lata de conservas o los harapos negros y rojos que aumentaban de tamaño a través del agua, como una mosca bajo una lupa. Cuando estos grandes peces, volviéndose de flanco, mostraban súbitamente la sólida y reluciente plata de su delicado vientre, parecía que se convirtiesen en realidad sólo durante aquellos fugaces segundos para volver de nuevo a su soñadora, irreal e ingrátida forma. La aparición de aquellos majestuosos peces en aguas para ellos peligrosas, era como la ascensión a las cimas del Mont Blanc efectuada por turistas elegantes con riesgo de sus vidas, o el descenso de neurasténicos millonarios extranjeros a los antros apaches de Montmartre, donde saboreaban las ardientes especias de la vida. Mientras avanzaban lentamente por encima del fondo de basura bajo el cristal de escaparate de la laguna, sus translúcidas aletas rozaban la superficie del agua con una suavidad que era la definitiva quintaesencia de la agilidad. Había algo impresionante y sorprendente en sus movimientos, expuestos en todo instante a tener que escapar hacia las profundidades del océano, a poner en movimiento en cualquier momento su prodigiosa fuerza muscular, como flechas saliendo del arco si oían un ruido o veían una sombra, porque el incesante terror estaba escrito en sus nervios. Y su terror no era sin fundamento en aquel momento, porque en la transparente sombra de la vela de una de las barcas estaba sentado Mungu, con sus pies negros metidos en el agua amarilla blandiendo un arpón en su mano levantada. Oscuro y brillante como el aceite, los músculos de su cuerpo semidesnudo estaban bajo la tensión de una postura que parece va a explotar y al propio tiempo está petrificada. Mungu bajó su brazo sin sospechar que la rara presa estaba sólo a algunos metros. Desde luego, los grandes *branzinos* escaparon al ver su gesto y cuando Mungu levantó de nuevo su arpón, adoptando una rígida inmovilidad, cuando hirió el fondo de la laguna con la expresión de sus primitivos antepasados en los ojos, sólo encontró una agua vacía y cenagosa.

Cerca del mercado un gatito escuálido, con el pelo sin brillo, estaba sentado delante de un nido de ratas; tenía las pupilas dilatadas, su ágil cuerpo lleno de ese reprimido poder de una disposición a saltar que sólo los felinos pueden tener mientras están inmóviles. Una telaraña se extendía entre las puntas de hierro oxidadas del borde superior del muro de piedra del Albergo Varcaponti y estaba en una hendidura de piedra, sus nervios en tensión, como un revólver. Y arriba, los ojos maravillosamente potentes del cernícalo escudriñaban sentenciosamente el más

mínimo pormenor del paisaje que tenía a sus pies. Asesinos instintos acechaban por doquier en medio de aquella paradisíaca tranquilidad y reposo. En esta hora una de las coles del establecimiento de Niccolini salió para su último destino. Este olor prevalecía en toda la plaza, dominando incluso el dulce e incesante hedor del mercado de pescado. Según opiniones autorizadas, una col podrida tiene una potencia odorífica superior a diez cadáveres humanos en avanzado estado de descomposición.

¿Y qué le habrá ocurrido, entre tanto, a la dama fotógrafo muerta? Todos los síntomas indicaban que la *fotógrafa moría* seguía viviendo, porque en la Pensión Zanzottera, en el jardín, tendida entre un naranjo y la vieja higuera hay una cuerda, y de esta cuerda, puestas a secar, cuelgan medias sutiles como telarañas y *lingerie* femenina ligera como los sueños.

El reloj del campanario dio las cuatro, anunciando que el final de la clásica siesta se aproximaba. Sus graves sonidos cayeron en medio del silencio como hojas de metal en el agua. Este prevaleciente silencio demostraba al propio tiempo que también en aquellos días las *liras* de los veraneantes habían vencido la furia estridente de las campanas de Nyinyin. En la caseta de la aduana en lugar de Guido Castelli había otro inspector, Fabrizio Scorzi, cuyo aspecto era completamente distinto del de Guido. Fabrizio Scorzi estaba dormido en su caseta, sobre la mesa, con la frente apoyada en su muñeca. Miró el reloj que daba las horas y detuvo el pausado ritmo de sus ronquidos, como un acordeonista cuando alguien le empujaba el codo, pero la música reanudó su ritmo a cuatro tiempos: *Gruu... hrraa... Gruu... hrraa...* Todo Mandria dormía aún.

Como siempre, Zia estaba sobre el diván de su habitación oscurecida, completamente desnuda como era obligatorio a aquellas horas del día en Mandria. Yacía cara arriba con los brazos doblados debajo de la almohada y los ojos abiertos, sin dormir, porque no conocía las delicias de los sueños diurnos. Sólo llevaba las chinelas rojas. Sus ojos estaban fijos en el espacio. El alma humana siempre absorbe algo de la atmósfera que le rodea. Las ideas de Zia eran nebulosas; también ella esperaba el momento de la resurrección de Mandria que no estaba lejano. A las cuatro y media de la tarde la Piazza Vittorio Emmanuele comenzaba a llenarse de gente que bostezaba desperezándose. Occhipinti, el farmacéutico, aparecía en el umbral de la puerta limpiándose las uñas con un cortaplumas. Tonia, la hija mayor de Domenica, levantó con gran estrépito los postigos de la lechería. Desde que Eulalia había sido sacada de allí esposada, Tonia se ocupaba de la lechería.

Los dos silenciosos actores del drama recientemente ocurrido, Alberto, el contratista de los baños, y Ettore Domeneghetti, el barbero, con sus peines sujetos en el pelo, estaban sentados en la terraza de la Trattoria Marica, golpeando la mesa con sus naipes mugrientos. Eulalia había sido sentenciada a cuatro años de presidio. Cuando regresase, la vida recomenzaría como antes porque en Mandria era desconocida la institución del divorcio.

El clamor de los chiquillos de Niccolini resonaba desde el baño. El panadero,

Eligió Fanfoni, tomó la bicicleta que estaba apoyada en la puerta de su establecimiento y se alejó.

El escuálido gato de piel sin brillo, en vista de que su caza de ratones era, al parecer, hasta ahora infructuosa, se detuvo sobre una cálida piedra abrasada por el sol y comenzó a roer una cabeza de pescado.

Mientras yacía tendida en el vasto diván de su habitación oscura, los recuerdos revoloteaban por la mente de Zia como los *branzinos* en la laguna superficial, rozando con sus aletas los policromados restos de pasadas horas. La conciencia de Zia volaba por lo alto como las alas del cernícalo; y su sensualidad, como los agudos dientes del gatito, roía deliciosamente alguna marchita reminiscencia.

El timbre de la puerta resonó en el vestíbulo transformando la casa dormida en una perturbadora realidad. Pocos momentos después Zia oyó abrirse a puerta de la casa y le pareció que la *signora* estaba de mal humor. De nuevo se oyó el sonido de la puerta y el ruido de cuatro pies que avanzaban sobre la alfombra de paja. Dos de los pies se acercaron a la puerta de Zia y la señora llamó.

—*Signora! Vi cerca un signore!*

Zia saltó de la cama con tanta vehemencia que una de las chinelas saltó en el aire y tuvo que buscarla debajo de uno de los armarios Agazapada el suelo, buscando bajo el armario con el brazo tendido, gritó en dirección a la puerta:

—*Un momento! Vengo súbito!*

Rápidamente se puso su *deshabille*^[48] color que le llegaba a los tobillos, y con manos temblorosas lo anudó alrededor de su angosta cintura. Sus rodillas temblaban y sus piernas no tenían casi fuerzas para sostener el liviano peso de su cuerpo. Ahora, de repente, la opresiva y deprimente calma que se había apoderado de sus nervios, su cerebro y su cuerpo, estallaba súbitamente en llamas, como un almiar que prende fuego bajo el calor del verano. Una idea acudió a su mente con doloroso y penetrante esplendor. ¡Filippo estaba allí, había ido por fin! ¿Cómo? En una lancha motora alquilada, probablemente. El papel que había imaginado desempeñar en este momento, la espera del barco en el extremo del muelle bajo la luz incierta del crepúsculo, las palabras, la expresión, los ademanes, incluso el traje, todo esto quedaba ahora reducido a nada. Se sentía estafada, como una actriz que se viese obligada a hacer el papel de Julieta, no vestida con blanca toga de seda en un balcón de Verona, sino con un rostro fatigado y sin pintar en el sórdico vestíbulo de la Pensión Zanzottera, llamada a desempeñar un papel trivial y sin relieve en lugar de un personaje de Shakespeare. Se sentó delante de un espejo para ponerse en razón, pero el espejo miró tan compasivamente su ceniciento aspecto que ocultó desesperada su rostro entre sus manos, sabiendo que se volvía inexplicablemente fea durante los días de su periódico malestar o en momentos de nerviosismo o ansiedad. Su corazón latía alocado en su garganta, y estaba a punto de desfallecer de dolor y éxtasis. Pero todo esto duró sólo algunos segundos; nuevas fuerzas acudieron en su auxilio. Corrió hacia la puerta y la abrió un poco teatralmente.

Un desconocido estaba de pie, en el vestíbulo delante de un paisaje colgado en la pared, con la actitud de un hombre que espera. No llevaba más que sandalias y un traje de baño, indumentaria muy indicada para hacer visitas en Mandria. Hubiera sido sorprendente, en verdad, que hubiese ido más vestido a aquella hora. Dobladas en el brazo llevaba varias prendas de ropa. Al oír abrirse la puerta se volvió.

Zia lo reconoció al instante como el veraneante a quien había puesto de mote Frente Ancha. Con nombres así distinguía generalmente a los veraneantes de quienes no sabía nada. Entre los de este año había Piernas Cortas, Cuello Largo, Barriguita, Calzón Roto, Gordinflona y Zanahoria. Éste era Frente Ancha, que llevaba siempre con él libros y notas doquiera fuese, ya en la playa, en un banco del Corso Mussolini o en la terraza de la Trattoria Marica.

Había una franca imploración en los ojos de Frente Ancha.

—Soy el doctor Miháil Ursi. He oído decir en el restaurante que es usted húngara y fotógrafo. He perdido mi pasaporte y necesito urgentemente unas fotografías para el nuevo.

La actitud de Zia en el umbral de la puerta era la de una mujer que había creído encontrarse frente a Filippo: su brazo derecho extendido agarrando el pomo de la puerta, y dramáticamente expresiva en una animación a la vez de júbilo y dolorosa, poseída de profundo reproche y exaltado olvido. Es sorprendente cuantas cosas pueden expresarse con la misma actitud bajo diferentes inspiraciones. En aquel momento su aspecto tenía una gran semejanza con la aparición desconcertante de una mujer solitaria cuya siesta ha sido turbada.

Ursi, sin duda, se dio cuenta de algo y se apresuró a añadir:

—Sé que es un encargo urgente lleva consigo ciertos inconvenientes, de manera que le pido que me lo haga a tarifas normales.

Algo en la expresión de aquel hombre delataba que se daba cuenta de que no hubiera debido ir con traje de baño a visitar a una mujer cuya altiva actitud imponía respeto sin, no obstante, inspirar antagonismo.

—No tengo licencia italiana —dijo Zia— y las autoridades italianas son sumamente estrictas con esta clase de cosas.

Los cinco dedos del visitante desaparecieron bajo su suave y tostado cabello que arrancaba muy alto de la frente. Entretanto, su expresión era la del hombre que acaba de recibir un inoportuno telegrama.

—El hecho es —dijo, mirando al suelo—, el hecho es que serán necesarios por lo menos diez días para obtener otro pasaporte. Mis vacaciones terminan pronto. Si tengo que esperar el próximo barco por culpa de las fotografías pierdo cuatro días. La lancha a motor sale por casualidad mañana y podría llevarse mi solicitud.

Después de haber discutido profundamente el asunto con uno de los bloques de mosaico del suelo, rascándose la cabeza y examinando sus pies, con una sonrisa de agradecimiento y en tono de súplica, añadió:

—¿No podría usted sacarme del apuro?

Y luego:

—Sólo porque somos compatriotas...

Sus últimas palabras dejaron a Zia indiferente, rió reconoció ni su oportunidad ni su simpatía. Era un torpe resultado de su educación, de aquel círculo mágico de los Dukay que involuntariamente los aislaba del contacto con las clases inferiores, simplemente por razones de origen histórico y situación financiera. Momentos como aquél eran la prueba evidente de que viajando exclusivamente por sus propios medios había ciudadanos del mundo que se habían vuelto cosmopolitas; un mundo en el que un marqués Delfrate o un Earl Hamson eran mucho más compatriotas suyos que un doctor Ursi o como se llamase. La primera súplica produjo gran efecto en Zia: «¿No podría usted sacarme de un apuro?». Lo mismo que la leve sonrisa amistosa que la había acompañado, creando entre ellos una especie de complicidad. Fue Berili quien arraigó en el alma de Zia el profundo significado de la palabra *ayudar*. Y el corazón de una chiquilla absorbe estas simples palabras más que cualquier lección, que algunas veces aparece tan desnuda en el libro de texto como las preguntas y respuestas de la hoja de declaración de renta. Fundamentalmente, Zia pertenecía también al tipo de mujer en quien es una cosa instintiva prestar ayuda. *Ayuda*; sus glotonos corazones no pueden saciarse con la dulzura de la palabra.

—Entre —dijo soltando el pomo de la puerta.

Ursi entro con circunspección. En aquellos momentos la atmosfera del estudio fotográfico se parecía peligrosamente al despacho de un médico. Pero en este caso lo acogió una atmósfera completamente diferente. El cubrecama del diván conservaba todavía la débil impresión del cuerpo de Zia, como un dibujo sobre la arena, delatando un poco del íntimo misterio de un dormitorio femenino. Con dos leves ademanes de su mano, Zia arregló el cubrecama y la huella desapareció, se alejó de la mente del visitante como un habitante de otro mundo súbitamente despertado de su sueño. Zia cogió la pantalla de tela que usaba para hacer retratos. Pocos instantes después la cámara estaba dispuesta sobre sus piernas de zancuda, y los poderosos destellos a punto. Zia empujó uno de los taburetes bajos hacia la pantalla.

—Siéntese, por favor.

Su voz era pausada y profesional. Estudiaba a su víctima como un cirujano preparándose para una operación importante. Tendría que amputar a su paciente del abdomen hacia abajo, pues la fotografía de pasaporte sólo exige la cabeza y los hombros.

¿No quiere usted vestirse?

—Sí —dijo Ursi—. Aquí tengo la ropa.

Y comenzó a ponerse la camisa de manga corta y la chaqueta de hilo que había llevado consigo.

—No he traído pantalones.

Acababa apenas de decir estas palabras cuando se dio cuenta de cuán fuera de lugar sonaban estas palabras en la fragante soledad de una habitación femenina; un

caballero diciéndole a una mujer joven durante su primer encuentro, que no había llevado pantalones. La propia Zia, que estaba esperando al lado de la cámara sonrió. Ursi se dio cuenta de su sonrisa y quedó embarazado. Entretanto, había terminado de vestir, si es que la cosa podía llamarse tal. La camisa cubría su traje de baño, pero los muslos aparecían bajo ella y los grandes huesos de sus rodillas y de sus musculadas piernas daban súbitamente una impresión de impudor. En lugar de haberse puesto la ropa daba la sensación de haberse desnudado. El propio Ursi se percataba de lo incongruente de la situación que en sus prisas y excitación no había previsto. Su embarazo aumentaba considerablemente por el hecho de haber ido a casa de un fotógrafo profesional en busca de fotografías para el pasaporte y haber encontrado en su lugar con una mujer joven en cuya personalidad había una hechicera y delicada melancolía un refinado sentido de discreción y al propio tiempo una enorme porción de femineidad y corrección que se manifestaba desde el primer momento en su sonrisa. Éstos eran sus pensamientos mientras estaba sentado en el bajo taburete, vestido de cintura hacia arriba como una persona decente y, más abajo, desnudo como un salvaje. El taburete resultó demasiado bajo para un hombre de su estatura. Trato de adoptar una expresión que produjese un efecto tranquilizador a los suspicaces aduaneros de Europa.

Al lado de la cámara, Zia entornó un poco los ojos mirando el modelo que fotografiaba. Una bonita cabeza. La ancha frente desaparecía en una curva elegante bajo el cabello castaño y suave. El rostro era ligeramente mongólico, rasgo que se acentuaba en su sonrisa, los pómulos marcaban una ligera prominencia y los ojos estaban levemente separados. La boca, grande. Los labios incoloros, suaves. Asomaba la leve raya plateada de un diente postizo, obra sin duda de un dentista barato. Una profunda hendidura cruzaba su robusta mandíbula. Dos líneas igualmente profundas aparecían en su rostro, a ambos lados de la nariz, revelando la finura de su piel. Estas líneas, por lo demás añadían una severidad a su rostro y una juvenil masculinidad, y lo revestían de una dignidad intelectual. Esta intelectualidad altiva y vigilante era la aparente característica de aquel hombre. Zia no había encontrado un rostro como aquél. En sus ojos pardos había una expresión de buena voluntad y constante y profunda preocupación. Zia, que con *Monsieur* Mongés en París había aprendido mucho sobre el análisis de los rostros, recordaba ahora los grandes ojos intoxicados de Ady, o los horizontes internos de los enormes ojos introspectivos de Eleonora Duse, una especie de sombrío velo de terciopelo que cubría toda su alma. No había nada semejante en los ojos de este hombre. Su mirada se dirigía hacia fuera en lugar de hacia dentro. Zia conocía esta mirada; la había visto a menudo en varios miembros de su familia. El conde Joachim pintó una vez a Péter Dukay en traje de halconero con un halcón encapuchado en su puño. Tío Himi llamaba a esto la mirada asiática y había algo de ella en la de aquel hombre sentado en el bajo taburete. Unos músculos recios descendían de su ancho cuello hacia sus hombros, anchos y huesudos, pero no de aspecto atlético. El vientre liso, los músculos largos y delicados de sus brazos, sus

muslos, y sus hombros delataban algún deporte sin violencias, la caza o el golf. Sus recias muñecas tenían algo de rectangular y sus manos eran grandes, pero bien formadas. Las fuertes uñas de su mano tenían una forma casi delicada, lo cual es siempre una característica intelectual.

—¿Es usted médico? —preguntó Zia, después de mirar en la cámara.

—No; soy astrónomo.

En la cara exterior del muslo izquierdo del astrónomo había una cicatriz del tamaño de un dedo, del tipo tan liberalmente prodigado por la Guerra Mundial. Por ella podía juzgarse que podía tener, por lo menos, treinta y tres años.

—Está usted demasiado serio. ¿No podría usted sonreír un poco? —preguntó Zia, cuyos dedos habían agarrado ya la pera de goma del disparador.

Una amplia sonrisa apareció en el rostro del astrónomo que súbitamente se iluminó con las atractivas facciones asiáticas. La sonrisa era natural y jocosa, y en consecuencia, probablemente, más de lo peculiar de la situación, fruto de su indumentaria, que dé la orden venida de la cámara. Pero antes de que Zia pudiese apretar el disparador la sonrisa del astrónomo se congeló en esa expresión estática y violenta que la mayoría de los rostros humanos adoptan al ser fotografiados, esa mueca artificial culpable de que la mayoría de las fotografías de los pasaportes den una expresión de imbecilidad. Ursi hizo ademán de levantarse, pero Zia le ordenó que no se moviese.

—Un momento, voy a hacer otra. Trate de no pensar en nada...

En la actual situación su ruego parecía imposible de ser complacido, especialmente en el caso de aquella vasta frente y aquella mirada. Y la natural expresión de un hombre que ha estado toda la mañana pensando en su extraviado pasaporte, difícilmente podía ser otra que preocupación. Relajó sus músculos faciales y el resultado fue que adquirió la expresión de un condenado a muerte.

La cámara disparó y Zia hizo un gesto con los labios.

—Las fotografías no serán ciertamente nada de que enorgullecerse; pero para un pasaporte bastara —dijo, mientras sacaba la cámara del trípode y conectaba los soportes de aluminio.

Ursi se vistió rápidamente, lo cual en este caso quería decir que se quitó rápidamente la ropa. Sólo cuando quedó en traje de baño, con sus ropas en el brazo, adquirió de nuevo el aspecto de un veraneante de Mandria, revestido de su piel curtida por el sol.

—¿Cuánto le debo a usted?

—Ya le dije que no podía aceptar dinero.

Una sonrisa samoyeda de satisfacción apareció en el rostro del astrónomo.

—¿Teme usted que sea un *agent provocateur*? ¿Quizá un agente secreto del Concilio Económico Italiano?

Con los ojos medio entornados, Zia dirigió al astrónomo una mirada cruel.

—Quizá.

—¿Cuándo estarán listas las fotografías?

Zia tardó en contestar. Estaba ocupada poniendo la pantalla de fondo junto a la pared. Vacilaba un poco entre su vanidad artística y la falta de familiaridad que remaba entre ella y el astrónomo. Finalmente, la primera venció.

—Están ya —dijo, sin volverse.

Ursi la miró con una mirada suspicaz, como un chiquillo que sabe que le van a gastar alguna broma, pero que está dispuesto a aceptarla. Zia sacó su álbum de fotografías y lo abrió. Una ampliación mostraba al astrónomo sentado en la terraza del Albergo Varcaponti, haciéndose la manicura sobre una toalla blanca puesta sobre la mesa del jardín. El pulgar de su mano izquierda formaba ángulo recto con su pecho mientras manejaba cautelosamente las tijeras; su nariz estaba un poco inclinada hacia la izquierda y por sus labios asomaba la punta de la lengua que seguía la trayectoria de las tijeras, sumido en profunda concentración. La fotografía era tan humana, tan risible, que Zia la consideraba uno de sus mayores éxitos, y le parecía oír ya la risa de *monsieur* Mongés cuando se la enseñara. Sólo raramente puede conseguirse perpetuar sobre un papel aquellos rasgos más íntimos de un rostro en humana concentración. La fotografía había sido sacada secretamente, desde detrás de la parra que cubría la valla de hierro del Albergo Varcaponti.

Ursi fijó la vista en la fotografía y la bella y franca sonrisa samoyeda invadió lentamente sus facciones. Contempló la fotografía durante largo rato y, como para sí mismo, sin el menor rastro de cortesía, dijo:

—¡Maravilloso...!

No podía apartar sus ojos de la fotografía. Al inclinarse sobre el álbum de fotografías su hombro desnudo se aproximó a Zia, la cual se dio cuenta de que la piel del astrónomo tenía una agradable fragancia.

—¿Me permite? —preguntó.

Y comenzó a hojear el resto de las fotografías. Había el gatito de pelo sin lustre hincando sus colmillos en una cabeza de pescado podrida. Había un perro llamado *Fifi* que volvía la cola al mundo con el más profundo desprecio. Un caballo regalándose con unas cortezas de melón ante la puerta de la droguería de Niccolini. «El Remiendo de las Redes». «La Procesión de Pascua» y, finalmente, «El Barco Esperado», en infinidad de posiciones, sin que ninguna de ellas ofreciese la prueba a las generaciones futuras de si llegaba o se iba.

Ursi tenía el aspecto de un hombre entendido mientras contemplaba la silueta del barco medio velada en medio del mar tranquilo; la cortina de humo no parecía proceder del barco. Era más bien el barco el que parecía haber caído de las nubes de humo, como las semillas de los cuerpos celestiales nacen de feroces gestos. Ursi no podía saber qué eléctricas tempestades de esperanza y tristeza desencadenaba la llegada de aquel barco en el corazón de la mujer que estaba a su lado, cuyo cuerpo y *deshabillé* rojo vino despedían una ligera fragancia de lirios del valle. Ursi se volvió hacia ella y miró fijamente sus ojos verde manzana que siempre tenían aquella

extraña y húmeda impresión; los miró como si se diese cuenta por primera vez de la existencia terrenal de la dama fotógrafo. Mantuvo su mirada durante largo tiempo y dijo secamente:

—Tiene usted mucho talento.

—Gracias —respondió Zia brevemente, con ese gesto ligeramente amargo y sarcástico que aparecía a veces en sus labios que no la aventajaba ciertamente, pero que formaba tanta parte de su esencia como la deformación de una uña o una cicatriz visible en otra persona. Al mirar nuevamente la fotografía había en su gesto algo que aceptaba, pero más bien menospreciaba la alabanza del desconocido, aunque fuese sólo por lo que el barco representaba para él.

—¿Puedo preguntar su nombre?

—Teréz Hemli —respondió Zia con la mente en otro sitio, mientras encendía un cigarrillo sin ofrecerle ninguno a Ursi.

—Hemli... —repitió Ursi como para sí mismo; y añadió—: Parece un nombre suizo.

—Soy húngara —dijo Zia, lanzando una bocanada de humo hacia el techo con una casi involuntaria reticencia en la voz y una imprescindible sombra de altivez al pensar en los fundadores del clan Ordony, cosa que una Dukay, en lo más profundo de su alma, jamás olvidaba.

—¿Tiene usted un estudio en Budapest?

Zia respondió con un movimiento negativo de la cabeza, con el cigarrillo en la comisura de los labios y cerrando un ojo a causa del humo, costumbre que subsistía en ella desde París. Cerró cuidadosamente el álbum y lo volvió a su sitio.

—He trabajado en París. En el estudio de *monsieur* Mongés.

Pronunció el nombre de Mongés con aquella reverencia profesional que la gente emplea para mencionar los nombres de los maestros de su profesión. Esta vez volvió la cabeza hacia Ursi.

—Me parece que entiende usted algo en fotografía.

—Soy fotógrafo también. Pero fotografío nebulosas y estrellas.

De nuevo su sonrisa samoyeda apareció en su vasta frente, pero esta vez era ligeramente inquisitiva.

—¿Cuál es su lengua materna?

Zia no pudo evitar echarse a reír.

—¿Tan mal hablo el húngaro?

—Lo habla usted con la «r» francesa. —Zia no contestó. Había en su silencio algo que parecía indicar que la conversación había terminado. Ursi dijo—: En vista de que me es imposible utilizar en mi pasaporte esta maravillosa fotografía de manicura, ya que los aduaneros italianos creerían que le estoy sacando la lengua al Duce, tengo que repetir mi pregunta sobre cuándo estarán listas las fotografías.

Zia echó atrás la ancha manga de su *deshabillé*, mostrando su blanca muñeca como si fuese alguna maravillosa obra de arte con la cual quería asombrar al visitante

y miró el reloj.

—Vuelva a las seis. —Y añadió—: Quizá haya usted encontrado su pasaporte, entretanto.

No hay Peligro —dijo Ursi con tristeza—. He ido a remar en mi bote esta mañana temprano. Cuando el sol ha estado alto me he quitado la chaqueta y el pasaporte se ha caído del bolsillo interior al mar. Lo he visto deslizarse hacia el fondo oscilando en el agua.

—Es una manera un poco extraña de comportarse para un pasaporte —dijo Zia, tendiéndole la mano con una sonrisa.

Ursi se inclinó justo lo que correspondía a su indumentaria, porque un hombre en traje de baño saluda a una mujer de una manera distinta que cuando va de *smoking*.

Cuando Zia estuvo sola se puso al trabajo enseguida. La aparición del astrónomo había sido un acontecimiento que rompía la monotonía de los días. Y aqueja sonrisa samoyeda, cuando accidentalmente iluminaba su severo e inusualmente inteligente rostro, era como el instantáneo destello de los exquisitos secretos plateados que los peces revelaban cuando mostraban sus barrigas. Había en aquella sonrisa algo que Zia no había visto jamás en un rostro humano.

La doble puerta de la habitación de la *signora* estaba siempre ligeramente entreabierta, permitiéndole así ver lo que ocurría en el vestíbulo sin ser vista a su vez. Cuando abrió la puerta respondiendo a la llamada del timbre para dar entrada al forastero, su obstinada y estrecha mentalidad concluyó que Zia debió trabar amistad con el desconocido en la playa, fijando la cita para aquella tarde. Esto es lo que habían estado haciendo sus pensionarías femeninas durante años enteros. Las visitas solían celebrarse a horas inusitadas cuando no circulaba un alma viviente por las calles de Mandria. La hora del fuerte calor y sol deslumbrante pasaba, bajo el punto de vista de discreción, por la noche cerrada. La *signora* conocía aquellas discretas llamadas breves detrás de las cuales había siempre un hombre en traje de baño. Ni por un momento se le ocurrió pensar que dentro de la habitación se hacían fotografías. Un hombre puede querer fotografiarse en traje de baño, pero sólo en la playa. Así, cuando la puerta se cerró tras ellos, la *signora* notó, con un complicado estremecimiento de deleite, que la vida de su reclusa pensionaría había comenzado a seguir el debido sendero. La dama fotógrafo llevaba año y medio viviendo allí, pero, aparte aquel caballero anciano de voz gruesa que hasta ahora la había visitado tres veces, aquél era el primer hombre detrás del cual la puerta se había cerrado. La *signora* aguzó el oído mientras seguía haciendo calceta, tratando de oír los sonidos ahogados que solían salir de la habitación contigua. A su modo de ver, el hecho de que hablasen una lengua extranjera confirmaba la exactitud de su primera hipótesis. Eran compatriotas y se conocían de antemano. Quizás el hombre del traje de baño que había llegado hacía poco a Mandria, era el inevitable joven con quien las leyes de

la naturaleza y de una vida sexual ordenada complementaban la presencia del rico anciano en la vida de una mujer reclusa joven y bonita. Las agujas de hacer media adquirían velocidad en las manos de la *signora*. Muy comprensiblemente, su concepto de la casta existencia de la dama fotógrafo era más bien de resentimiento, pues había representado para ella una considerable pérdida financiera. Quizá dentro de poco podría hacerle nuevamente la oferta del general Hasparics. Sabía por experiencia que en cuanto una pensionista de la Pensión Zanzottera abría la puerta de su habitación, incluso después de haber rechazado las ofertas de la *signora*, no era nunca un hombre solo el que conseguía ser recibido. Ahora, después de la partida de Ursi, la *signora* miró al reloj y observó que la visita había durado treinta y seis minutos. No era mucho, pero lo suficiente para vivir un aspecto de la vida.

El timbre de la puerta resonó de nuevo a las seis. El hombre del traje de baño estaba de nuevo a la puerta, pero esta vez completamente vestido. Llevaba una chaqueta de hilo azul visiblemente recién planchada pero bastantes veces lavada ya, brillante por la plancha donde estaban las costuras. Su pantalón de franela gris era nuevo y al ver brillo en sus zapatos de color, la *signora* dedujo que se los había limpiado él mismo, porque no había en Mandria quien fuese capaz de sacarles aquel brillo. En la mano izquierda llevaba una cestita de paja trenzada llena de frutos especiales del Mediterráneo, racimos de uvas gigantes, grandes higos de color de púrpura y naranjas de Sicilia. La forma de la cestita revelaba que todo venía de la droguería de Niccolini. El visitante hizo un menudo ademán señalando la habitación de Zia. La *signora* puso al descubierto sus dientes y esbozó una misteriosa y leve sonrisa que quería indicar que estaba perfectamente al corriente de la situación.

Después de llamar, Ursi entró en la habitación y dejó la cestita sobre la mesa.

—Puesto que no quiere usted aceptar dinero, acepte por lo menos estos frutos — dijo, mientras una especie de atrayente e infantil expresión aparecía en su rostro.

—¡Oh...! —exclamó Zia, con un brillo en sus ojos verde manzana, aprovechando el círculo de la boca formado por su «¡Oh!» para meter en ella un grano de uva.

—¿Están listas las fotografías?

—Sólo la primera. La de la sonrisa.

Ursi las miró.

—¿Tan guapo soy?

Mantuvo las seis copias a distancia, como si fuese un juego de naipes.

—¿Qué le ha ocurrido a la segunda?

—No ha salido bien —dijo Zia con profunda seriedad. Pero en el acto volvió la cabeza y estalló en una risa irrefrenable, una risa de aquellas que van aumentando a medida que más se trata de refrenarlas, como si estuviesen sometidas a las leyes que gobiernan las explosiones. Mientras se alejaba elevando los hombros para ocultar su cabeza, todo su cuerpo parecía estremecerse con la risa que iba ganando a Ursi también. Comenzaba a sospechar a qué era debida su hilaridad. Sin pedir permiso, cogió las seis copias de la fotografía que estaban sobre la mesa y al verlas comenzó a

reírse también. Al parecer, Zia había cambiado subrepticamente el objetivo entre las dos exposiciones y así la segunda fotografía no era un busto, sino una fotografía de cuerpo entero. Era una fotografía magnífica. La parte superior del cuerpo completamente vestida, pero con los muslos y las piernas desnudas. El astrónomo estaba sentado en el bajo taburete con la expresión desesperadamente triste de un chiquillo sentado en el orinal cuando sus padres le han administrado una reprimenda.

—¿Podría también tener copias de éstas? —preguntó Ursi cuando se hubo serenado.

—Como usted quiera —dijo Zia, secándose con el dorso de la mano lágrimas de risa de la comisura de los ojos.

El astrónomo se despidió con un apretón de manos.

Cuando Zia quedó de nuevo sola fue presa de una inexplicable melancolía. El alma se comporta a menudo así después de haberse reído mucho. Una tan grande hilaridad es como un fluido que mana del alma de la misma manera que la sangre mana del cuerpo. Una profunda tristeza sigue muchas veces a una gran alegría de esta especie. La mirada de Zia se fijó en la cesta de frutas. Los grandes ojos de las uvas se habían llenado de tristeza también.

Al día siguiente se produjo un cambio en el viento. Algunas veces el *bora* visitaba Mandria durante la más violenta ola de calor. En alguna parte del Norte las masas frías de aire se cansaban del eterno temblor y conseguían escapar a sus encapuchados guardianes de nieve. Con gritos de alegría salían corriendo de los Alpes austríacos para llegar al Adriático a pasar algunos días de vacaciones. Brotan del cielo con los oscuros fardos hinchados y negros en los cuales traen el viento y la lluvia. Barren los baños de sol, las focas humanas de color de chocolate de la terraza de los baños, invaden las playas acantiladas con sus grandes olas heladas y grises y hacen limpieza completa de la Piazza Vittorio Emmanuele. El aspecto de Mandria cambia completamente en estos casos. Los aficionados a los baños de sol se ponen ropa de invierno y son irreconocibles.

Por la tarde del cuarto día, el *bora* amainó y a las seis asomó el sol por entre las grietas de las nubes en retirada. El chorro de oxígeno de los tres días de *bora* había bañado los pulmones y los nervios, así como los árboles, los arbustos y las flores, y los perfiles de las cosas eran más claros cuando la niebla se desvanecía.

Las sucias velas de las *bragozzas* parecían más claras también, el campanario de San Simeone se había puesto camisa nueva y el tejado rojo de la villa Hasparics parecía que acabase de salir de casa del barbero. A las seis, el paseo marítimo estaba atestado de gente. Uno tras otro iban apareciendo. Piernas Cortas, Cuello Largo, Barriguita, Calzón Roto y Zanahoria, como los había apellidado Zia. Los cuatro perros del general Hasparics saltaban alocados con la alegría de la liberación, corriendo por entre bancos y chiquillos. El sol lanzaba su calor sobre la calma como

una estufa en una habitación pequeña y las bufandas y gabanes volvían a sus cajones de la cómoda. En el espacio de algunos minutos Mandria recobraba su aspecto de alegría y trajes de baño.

También Zia se echó al hombro el estuche de cuero y salió a la caza bajo el súbito estallido del sol. A su regreso a casa, vio al astrónomo en la terraza de la Trattoria Marica con su sombrero imitación de Panamá en una silla a su lado. Sobre la mesa había algunos libros esparcidos y, como siempre, estaba trabajando. Las suelas de goma de Zia no delataron su aproximación y durante algunos instantes permaneció contemplando la ancha frente inclinada sobre el manuscrito. Entonces habló con ese tono suave con el cual, sin pretender afectar, se impresiona no obstante el corazón, un tono cuyas inefables formas delicadas sólo una mujer retraída consigue alcanzar.

—¿Qué está usted haciendo?

Ursi levantó la cabeza. La miró con esa mirada del hombre abstraído en su trabajo que olvida momentáneamente cuanto lo rodea y la persona que tiene delante. Después la sorpresa y la alegría se dibujaron en su rostro. Dejó el lápiz sobre el cuaderno y de momento no respondió, como si buscara una respuesta adecuada a una pregunta difícil. su voz, al contestar, era la del hombre que acaba de hacer un esfuerzo intelectual y ha llegado a una solución satisfactoria.

—Estoy trabajando.

Zia parecía estar buscando las palabras para una nueva pregunta, porque hay momentos en la vida en que muchas cosas dependen de cada letra y palabra de una pregunta. Después de reflexionar, dijo:

—¿En qué está usted trabajando?

—Estoy escribiendo un libro.

En lugar de hacerle más preguntas, Zia tendió su mano enguantada y cogió uno de los libros abiertos. Un ademán como éste poco se diferencia de la familiaridad de arreglarle la corbata a un hombre o apartarle el pelo de la frente. Hay mujeres que manipulan estos ademanes' como un virtuoso del violín las más tiernas entonaciones de su instrumento. *Historia de la servidumbre*. Un gesto de repulsión casi risible apareció en el rostro de Zia, la expresión de un chiquillo que abre una caja tentadora y se encuentra con una rana viva en lugar de los esperados chokolatines. Miró la página de otro libro. *La vida aristócrata de Hungría en tiempos de los angevinos*. Quedó sorprendida al ver el nombre del autor; era inesperado ver impreso el nombre de los Dukay. Conocía la existencia del libro por tío Péter, pero no lo había leído nunca. Cerró el libro y miró a Ursi, como para cerciorarse de que no se había delatado.

—Me dijo usted que era astrónomo —dijo en tono levemente desilusionado.

—En estos momentos estoy en viaje terrestre, pero sólo excepcionalmente —dijo la sonrisa samoyeda que aparecía de vez en cuando en su rostro, no tanto como característica racial como elemento desconocido visto en un lejano asteroide a través de los delicados prismas de un espectroscopio.

Zia Sacó una cajita de marfil del bolsillo de su chaqueta de hilo y encendió un cigarrillo con esa facilidad y delicadeza de movimientos que sólo las mujeres poseen, ya manejando utensilios de cocina, instrumentos de coser, cosméticos y afeites o encendedores. Pensando en otras cosas, ofreció uno a Ursi.

—Gracias, no fumo.

Aquella delicada cajita de marfil llena de cigarrillos egipcios, a todas luces de origen no *mandriano*, le dijo algo a Ursi, como cuando un débil rayo de luz comienza a brillar en la oscuridad de un jeroglífico asirio. Zia permaneció un momento contemplando el humo sumida en sus pensamientos. También aquel corto silencio tenía su significado propio.

—¿Quisiera usted andar un poco?

—Con mucho gusto.

Ursi recogió su manuscrito y sus libros, se los puso bajo el brazo con un ademán estudiantil y echaron a andar.

—¿Por qué está usted leyendo una historia del servilismo?

—Es una fuente de material. Estoy escribiendo un libro acerca de nuestro problema contemporáneo de la posesión de las tierras.

—Entonces se ocupa usted también de política... —fue el comentario, casi reproche, que hicieron aquellos ojos verde manzana que vagaban ahora por el aire sin fijarse en ninguna parte.

—Si usted quiere... No pertenezco a ningún partido político ni tengo ambición política alguna.

—¿Ha recibido usted su pasaporte?

—Todavía no. Espero que llegue mañana. Ya sólo me quedan cinco días de estancia en Mandria.

Caminando uno al lado del otro, sentían deseos de saber cuánto al otro hacía referencia. Pero su curiosidad no se extendía hasta las preguntas. A Zia le parecía discernir el origen de clase media de Ursi; su padre debía ser médico o profesor, su madre debió vestir un traje de tafetán púrpura y un pequeño crucifijo de oro en el cuello. Por otra parte, Ursi decidió que la impresión que le producía la dama fotógrafo era rotundamente opuesta a la que había deducido de los chismorreos de las mujeres de Mandria. En el aspecto de Teréz Hemli había una especie de ingravidez soñadora. Con aquella chaqueta de hilo verde claro recientemente planchada y sus albos zapatos de tenis, parecía más pequeña que cuando estuvo tomándole fotografías envuelta en el *deshabillé* que le llegaba hasta el suelo y la tapaba hasta el cuello. Hay mujeres jóvenes de constitución masculina cuya misma masculinidad las dota de una excepcional femineidad. La mujer a quien Zia había denominado «Gordinflona» caminaba delante de ellos en el Corso Mussolini. «Gordinflona», siguiendo la última moda, llevaba pantalones de franela, con el resultado de que su contorno físico, especialmente vista desde detrás, era el de una sola nalga redonda a cuya extremidad había pegadas dos piernas de araña.

Zia y Ursi llegaron al lecho seco del río y Zia se sentó sobre el pretil del puente para fumar un cigarrillo y descansar. En aquella tranquilidad, se oía la radio de una de las casas vecinas transmitiendo un discurso de Goebbels, a menudo interrumpido por las explosiones de los aplausos de la muchedumbre. La casa era invisible, de manera que parecía que el universo vociferase de aquella manera en honor exclusivamente de los caminantes. Zia fumaba su cigarrillo apaciblemente y Ursi se quitó el sombrero y lo dejó sobre el pretil del puente exponiendo su vasta frente a la brisa de la tarde. Mungu se acercó procedente de la playa; tenía el aspecto del concepto que tendría un pintor veneciano de un pescador bíblico; descalzo, con la planta de los pies curtida, los recios pantalones arrollados hasta la rodilla y la camisa abierta en el pecho. En la mano izquierda llevaba una cesta medio rota y en el hombro una larga caña de pescar que se cimbreaba al ritmo de su paso. Inesperadamente, apasionadamente, la voz de Goebbels aumentaba y en aquel momento parecía que estuviese amenazando a Mungu, que apresuró el paso visiblemente, como alguien empujado por una súbita ráfaga de viento.

—¿Sabe usted exactamente qué pasa en el mundo? —dijo Zia mirando con aire abstraído el humo de su cigarrillo.

—No sabemos nada con exactitud —dijo Ursi, siguiendo con la mirada las cabriolas de dos delfines que saltaban al unísono sobre las aguas como dos botellas verdes oscuro lanzadas al aire para desaparecer de nuevo en las olas suaves.

—Me parece que soy muy ignorante —dijo Zia, tirando de su falda para ocultar castamente la delicada forma rosada de una de sus rodillas enfundada en la gasa de la media.

—No es usted la única en no andar equivocada —dijo Ursi sin dejar de mirar los delfines. Era el género de conversación que dos personas sostienen sin mirarse; se hacen las preguntas al mundo, lo mismo que las respuestas—. El hombre moderno es espantosamente ignorante —prosiguió Ursi— y lo poco que sabe está esparcido en su interior como las piezas de una motocicleta. Cuando llega el momento de juntarlas queda perplejo al ver el enredo que ha armado. En todo caso, sería una tarea sin esperanzas de éxito porque faltan un cierto número de piezas y muchas de las que tiene son de un tamaño inadecuado.

—¿Es usted ignorante también? —preguntó Zia entornando los ojos.

—Yo soy una excepción. Pero puedo decirle a usted en confianza que el saber que nosotros, las excepciones, científicos, escritores y algunos pocos más, hemos acumulado, no consiste sino en el conocimiento de la forma de manejar distintas claves. Podemos encontrar fácilmente la respuesta a una cosa que ignoramos.

Hemos aprendido nuestro camino a través de los sencillísimos laberintos de las bibliotecas.

—Tengo una proposición que hacer. Dice usted que dispone todavía de cinco días en Mandria. Pues bien, deme usted cinco lecciones de historia a última hora de la tarde, como ahora, cuando no tenga usted nada que hacer. La próxima vez que

vengamos aquí, por ejemplo, me gustaría entender qué diablos está chillando Goebbels.

—No se lo garantizo, porque ni el mismo Goebbels lo sabe. Sé de fuente enteramente fidedigna que Hitler, Goebbels y Hess siguen diferentes senderos y se desprecian mutuamente.

—¿Qué los mantiene unidos entonces?

—No quieren perder el poder que tienen ahora.

A Zia le gustaba la rapidez y espontaneidad de sus respuestas.

—¿Cómo puedo pagar estas lecciones?

Ursi miró en el vacío entornando los ojos.

—Deme usted cinco fotografías de su álbum. Una por cada hora.

—Entendido. Puede elegir las usted mismo.

La mano enguantada desapareció en la de Ursi un momento. Sellaron el trato con un apretón de manos.

A la mañana siguiente, la *tramontana*, la brisa matinal del Adriático, desplegó sus leves alas de verde oro a primera hora, como un pavo real indiferente, y un calor sofocante reinó de nuevo en Mandria. Los pellejos humanos se extendieron de nuevo sobre las arenas de los baños bajo el sol ardiente como las *oradas* en el aceite hirviendo de las sartenes de Marica. Los intolerables olores de la Piazza Vittorio Emmanuele habían desaparecido ante los estragos del *bora*, pero ahora se aventuraban de nuevo en dirección a la Pescadería y desde los montones de basura depositados frente a las casas.

A las cinco de la tarde, como habían convenido, Ursi entró en el jardín de la «Pensión Zanzottera» y, deteniéndose al pie de la vieja higuera, llamó hacia la ventana abierta de la habitación de Zia:

—¡Teréz!

Era la forma más corriente que había encontrado de dirigirse a ella. La cabeza desordenada de Zia apareció en la ventana.

—¡Bajo en seguida! —dijo con tono apagado, de una forma que casi sugería una cita de conspiración.

Sentado bajo la higuera, en el banco rojo cinabrio, Ursi pensaba que la vida era bella, sensación que acude al hombre sólo raras veces con tan cristalina claridad. No tuvo mucho que esperar. Zia estuvo al momento a su lado; aproximándose silenciosamente gracias a sus suelas de goma, pareció haber caído de las ramas de la higuera.

—Vamos.

Llevaba un traje de hilo color ladrillo. La correa del estuche de cuero de su

cámara colgaba de su hombro y despedía el agradable aroma del cuero. En la mano derecha llevaba una bolsa que contenía su traje de baño. Sus facciones delataban el buen humor y la infantil alegría.

—En nuestra lección de hoy —dijo Ursi exagerando intencionadamente el tono doctrinal—, consideraremos los principios del mundo y el origen del mundo. Preste mucha atención, por favor, e interrúmpame si hay algo que no entiende.

—Perfectamente.

—Empezaremos por el principio. La bóveda del universo, el espacio, en el cual nuestra Tierra no es más que un mero grano de arena, está, como podríamos decir, vacío, teniendo en cuenta las enormes distancias entre los cuerpos celestes. ¿Qué entendemos por estrella fija?

—Una estrella que está estacionaria.

—¡Nada de esto! —exclamó Ursi con vehemencia. Zia estiró el cuello con interés—. Las estrellas fijas —prosiguió Ursi— se caracterizan porque se mueven en el espacio. Lo cual viene a demostrar que incluso el lenguaje de la ciencia está lleno de expresiones ambiguas. Las estrellas fijas, sin embargo, se mueven tan lentamente, que se necesitan miles de años para observar su cambio de posición.

Se encontraron frente a frente con dos veraneantes conocidos por Zanahoria y Calzón Roto que iban hablando de la industria de la venta de segunda mano en un bajo dialecto de la lengua alemana.

—Algunas veces —prosiguió Ursi, la gente olvida su constante participación en las tremendas y variadas movilidades del universo. Pero volvamos al punto de partida. El comienzo del mundo.

Hay científicos que demuestran una profunda emoción cuando hablan de temas queridos de sus corazones. Sus palabras son como los volcanes, cuyo humo y lava son meramente muestras del mar de fuego que albergan en sus entrañas. Se les pueden hacer todas las preguntas que se quiera, pero no llegarán nunca, en el transcurso de su vida, al final de todo lo que querían decir. Zia escuchaba atentamente mientras él iba explicando, con ordenadas y concisas frases, que el sol brillaba con muchísimo más ardor sobre la tierra cuando la vida comenzó, que había espantosas tormentas y grandes terremotos, que las mareas alcanzaban mucha mayor altura porque la luna estaba entonces mucho más cerca de la tierra. Explicaba que la vida, de acuerdo con la moderna biología, había empezado por pantanos nebulosos, principio que no había dejado rastro porque los primeros seres vivientes eran sumamente minúsculos y blandos.

—Cuando llegemos a los baños —dijo Ursi—, habremos terminado con los dos primeros billones de años, porque tiene usted sólo cinco palabras que aprender. La primera hace referencia al más temprano período de la historia geológica de la tierra, que fue también el más largo, puesto que duró ochocientos, millones de años. Lo llamamos azoico, lo cual quiere decir literalmente, la Era Sin Vida. Pero, sin embargo, también existió sin duda una determinada vida durante esta Era.

—¿Qué quieren decir ustedes cuando dicen «probablemente»?

—Muy buena pregunta. Cuando la historia o la política dicen «ésta es la verdad» o algo parecido, la afirmación, generalmente, no es siquiera probable. Cuando la ciencia natural dice «probablemente», estamos, hasta cierto punto por lo menos, en el reino de los hechos. El óxido de hierro rojo y negro se encuentra a menudo en los antiguos sedimentos rocosos, lo cual nos lleva a suponer la existencia de cosas vivientes. ¿Cuál hemos dicho que era el nombre de la primera era geológica?

—Azio...

—A-z-o-ico.

—¡Azoico!

—La segunda era, que ha dejado rastros de protozoos y medusarios en el lodo seco es conocida por Protozoaria.

—¡Oh, oh, oh...!

—No se asuste. No quiere decir más que Principio de la Vida. Repítalo conmigo: «Pro-to-zo-a-ria, pro-to-zo-a-ria».

La época protozoaria le dio a Ursi por lo menos la ocasión de coger a Zia por el brazo durante un momento como si fuese para ayudarla a salir de una sima.

—Protozoaria.

Su alegre expresión demostraba claramente que estaba fuera de peligro. Zia comenzó a repetir una y otra vez la palabra, con creciente rapidez: «Protozoaria, protozoaria, protozoaria...».

—Excelente, la próxima vez que se encuentre usted con esta palabra en un libro o diccionario ya podrá usted acogerla como un viejo amigo de blanca barba. Y si, por casualidad, está usted entre científicos que se dan cuenta de que no se figura usted que Protozoaria es una crema para el sol, yo lloraré de emoción como un salvaje del Congo a quien, en pleno Nueva York, un hombre blanco se le dirige en su lengua materna. Después de la Protozoaria viene la Era más corta de los invertebrados, que dura aproximadamente trescientos millones de años. La ciencia reconoce, sin embargo, que cuando dice algo como «cien millones de años», puede tratarse en realidad tan sólo de diez millones. Esta tercera es la llamada Paleozoica. Pa-leo-zo-i-ca.

—Paleozoica.

—Es la era de los escorpiones de tres metros de longitud. El nombre de la cuarta Era es más fácil de recordar: Mesozoica, piense en *mezzosoprano*. Es la Edad Media de la geología, la edad de los monstruos, de los grandes reptiles de voluminosas barrigas y cortas extremidades. Seguramente habrá usted visto el dibujo de un dinosaurio. Esta Era duró ciento cuarenta millones de años en total. El nombre de la quinta Era es también fácil. Cenozoica. Comienzan a aparecer los primeros mamíferos en las estepas de hierba y en las selvas de la *tierra firme*. Le he dicho a usted que el espacio está muy vacío; pues bien, el tiempo lo está igualmente porque durante aquellos centenares de millones de años el desarrollo de la vida hace

escasamente algún progreso. Y de repente estalla en llamas, porque lo que sigue ocurre tan sólo medio millón de años antes de Jesucristo. Y el tiempo al que tantos miles de volúmenes hacen referencia, el tiempo que en general llamamos época de la civilización, tiene escasamente seis mil años.

Habían llegado al puente de piedra. Con su ademán habitual, Zia se encaramó en el pretil y encendió un cigarrillo. Ursi se quitó el sombrero y lo dejó también sobre el pretil, pero no dijo nada hasta al cabo de un largo rato.

—Cuando me acuerdo del príncipe Eszterházy, no puedo menos que pensar que durante la Era paleozoica, Su Alteza el Príncipe, como yo, no era más que un crustáceo triploblástico.

El nombre de Eszterházy era casi como si Ursi hubiese pronunciado Dukay. Zia le dirigió disimuladamente una mirada preguntándose siempre si no había sospechado algo. Pero el rostro del astrónomo delataba claramente su abstracción en el pasado.

—Le haré ahora una breve recapitulación —dijo Ursi cuando emprendieron el camino de regreso— de la historia de este medio millón de años en cuanto hace referencia al origen del hombre. Conocerá usted probablemente el darwinismo. Hay muchos contemporáneos de Darwin que viven todavía y, por consiguiente, es casi como si estas profundas controversias hubiesen tenido lugar ayer. No hay nada tan característico de nuestra infancia intelectual como el hecho de que hace algunas décadas las universidades inglesas se oponían todavía violentamente a las teorías de Darwin.

»No hay necesidad de suponer —prosiguió Ursi— que nuestros antepasados hayan sido gorilas ni chimpancés. Podríamos decir que son simplemente parientes de ramas colaterales, como los hotentotes, por ejemplo, pero más lejanos.

Cuando llegaron a las proximidades de la población, Ursi le había explicado cómo se habían hallado restos de hombres primitivos en un pozo de arena en las afueras de Heidelberg, en el Neandertal, cerca de Düsseldorf y en la isla de Java; restos de esqueletos del hombre primitivo que era muy alto, ancho de rostro, con una nariz protuberante y un cerebro sumamente desarrollado. Y la cavidad endocraneana de uno de los cráneos femeninos era mayor que el cerebro normal de nuestros días.

—Este cráneo había sido partido de un solo golpe, lo cual viene a demostrar que las costumbres domésticas no son de reciente creación.

El recuerdo del rostro de Filippo acudió a la mente de Zia; vio a los dos frente a frente en el salón de Fuga Utca; aquella mirada hosca de sus ojos avellana que, capaces de tanta ternura, despedían entonces un brillo feroz y lejano. Su labio superior se torció en una mueca de desdén mientras la abofeteaba con toda la fuerza de su puño.

Ursi se detuvo y señaló hacia el mar.

—Hace tres mil años, o acaso treinta mil, el fondo de este mar era todavía una habitación humana. El Mediterráneo era entonces una serie de lagos unidos todo lo más entre sí por ríos. Durante la Era Glacial el fondo de este mar consistía en una

serie de colinas de clima moderado y el hombre de piel blanca y cabello negro de la época neolítica se instaló en ellas. El nivel del agua de estos bellos lagos era mucho más bajo que el de los océanos, como el Mar Muerto o el Caspio de nuestros días. Entonces vino la catástrofe. Con un estruendo, el océano, procedente de Gibraltar, hizo irrupción en esta cubeta cerrada, sumergiendo a los hombres y a los animales en sus devastadoras olas. Es la catástrofe que algunos identifican como Diluvio Universal del Antiguo Testamento, cuando Noé se salvó en el arca con algunos animales elegidos, y se posó después sobre la tierra en el Monte Ararat del Asia Menor...

(Otra palabra que conmovió a Zia).

—El desarrollo de la idea primitiva —continuó Ursi—, el papel del miedo y la consecución del deseo en la religión primitiva, la comprensión de las estrellas y estaciones, el comienzo y ramificación de los lenguajes humanos y las razas, la historia de las civilizaciones primitivas, son cosas que se necesitaría mucho tiempo para siquiera delinearlas aquí y, en todo caso, no soy autoridad en estas materias. Si quiere le puedo indicar algunos buenos libros que tratan de estos asuntos.

—Cuando regrese usted a Budapest puede elegirme unos quince o veinte libros que puedan ilustrar un poco mi ignorancia. ¿Lo hará usted?

—¿Cuánto tiempo va usted a estar aquí, en Mandria?

Zia se encogió de hombros como para indicar que no lo sabía. El ademán podía querer decir también que prefería no contestar a la pregunta.

—Voy a nadar un poco —dijo con sencillez, sin responder.

Miró en torno suyo y desapareció detrás de un árbol para desnudarse.

En momentos como éste, cuando nos damos cuenta de la presencia de una mujer bella y desnuda cerca de nosotros, hay siempre una cierta tensión peculiar en el aire, incluso si no la vemos. Es como si pasase un pajarillo volando. Zia se desnudó en cuestión de segundos. Un traje de baño tomó el sitio del traje de hilo color ladrillo. Tendió su bolsa a Ursi.

—Puede usted vigilar mis cosas, entretanto.

—Voy a buscar mi bote. Tengo ganas de remar un poco.

Ursi regresó al muelle y remó pausadamente hacia Zia. Las ropas de Zia estaban en el asiento de enfrente.

La punta de la leve combinación de seda asomaba por debajo del traje cuidadosamente doblado. Los zapatos blancos de tenis y la ropa estaban saturados de femineidad. Entretanto, Zia seguía nadando, alejándose de la playa, tan lejos que Ursi no podía casi localizar el gorrito rojo sobre las olas. Remó hacia ella. También él iba en traje de baño.

—Ha venido usted demasiado lejos. Algunas veces hay tiburones por aquí.

—No les tengo miedo a los tiburones.

—No diga tonterías, suba.

Dejó los remos y comenzó a izar a Zia. El cuerpo emergente, ingrátido un

momento antes, recobraba gradualmente los cincuenta kilos de que el agua salada le había privado. Los brazos húmedos de Zia se agarraron al cuello de Ursi.

Aquella noche cenaron juntos en la terraza de la Trattoria Marica.

Las lecciones de historia recomenzaron al día siguiente. Hasta el puente de piedra, durante su paseo, la segunda lección se versó sobre los nómadas, los súmeros, los asirios, los caldeos, la historia del Egipto antiguo, de la India y de la China en su forma más sencilla y abreviada. Los primeros dioses, reyes y sacerdotes hicieron su aparición en el fondo del paisaje del puente de piedra y, al llegar a los baños, aparecieron a la vista los primeros esclavos y más tarde el sistema de castas de la India y las órdenes de los mandarines de la China. La tercera hora fue consagrada a las Sagradas Escrituras de los tiempos de los profetas, el papel prehistórico de los pueblos arios, de los griegos y de los persas, Alejandro el Grande y la Escuela de Alejandría, los orígenes del budismo y los emperadores romanos con sus vestiduras purpúreas, asentados entre las inmensas llanuras asiáticas y los mares occidentales. Ursi gozaba describiéndole vivientes imágenes. Se guardaba mucho de sobrecargar el cerebro de su discípula con fechas y pormenores superfluos. El hecho de que no recordaba de memoria muchos pormenores históricos hacía su tarea más fácil. Pero lo cierto era que hollaba los senderos de los antiguos milenios con la misma firmeza que el suelo del Corso Mussolini, cosa que le hubiera sido difícil a cualquier otro conseguir. Al cuarto día se trató de Judea, del advenimiento de Cristo, la gran emigración, Mahoma y el Islam y la decadencia del Imperio Romano, los merovingios y Carlomagno, la separación de los francos y los germanos, las Cruzadas y la lista de los grandes papas; desde el puente de piedra hasta casa se trató de Gengis Khan, del renacimiento de la civilización occidental y de la apertura de las grandes rutas marítimas.

—Observe —dijo Ursi durante el quinto y último paseo— que cuanto más nos acercamos al presente, menos años podemos analizar en una sola sesión. Recordará cómo nos saltamos dos billones de años durante la primera sesión, en el trozo comprendido entre la Pensión y los baños. Esto pone en evidencia, mejor que cualquier otro razonamiento, la arquitectura de nuestros conocimientos históricos, que tiene la forma de una pirámide perfecta.

—¿Cuál es la forma de la astronomía? —preguntó Zia.

—Hiperbólica —respondió Ursi después de una ligera reflexión.

—¿Y la política...?

—... la de un hombre de mente obtusa hasta el extremo, gritando desafortadamente.

Durante su último paseo, interpolaciones de este género amenizaron la edad de los soberanos, parlamentos y grandes poderes y el nacimiento de las democracias de Francia y Alemania, la carrera de Napoleón a través del «visionario» siglo XIX, hasta

llegar a la Guerra Mundial y a las claras causas de la catástrofe del moderno imperialismo. Oscurecía ya cuando regresaron las voces de Mussolini a través de la radio hacían temblar los árboles del jardín del Albergo Varcaponti.

Cerca de la iglesia de San Simeone se sentaron en un banco, tibio todavía del calor del sol.

—¿Cuál sería hoy la situación del mundo, me pregunto, si Hitler y Mussolini hubiesen caído en cualquier sitio de los campos de batalla de Flandes o del Isonzo?

—Es imposible saberlo —respondió Ursi después de un momento de reflexión—. Hay dos maneras de pensar respecto a este punto. Según la primera, la situación hubiera sido exactamente la misma, con la diferencia de que Mussolini se hubiera llamado Vasolini o Dalconi y Hitler sería Himmler o Hess o Priemel, porque la historia no está formada por los individuos, sino por la voluntad de las masas que, podría decirse, elevan o, mejor dicho, lanzan con catapulta a los jefes de la oscuridad. Una bombilla eléctrica no daría luz, un teléfono no sonaría si la corriente eléctrica no circulase por las paredes y las conducciones subterráneas.

—¿Y la otra manera de pensar...?

—Según la opinión opuesta, las masas, en este sentido, son una entidad inexistente. La masa no tiene voluntad, ni intelecto, ni determinación. Es posible imaginarse las masas como una gran caverna vacía que se limita a repetir las frases de propaganda que otra le dicta. Imaginemos por un momento que Alemania fuese una gran selva. ¿Puede una selva incendiarse sola? No es fácil. Y si está húmeda, o verde, imposible. Es incluso imposible, en estos casos, prenderle fuego. Si Alemania estuviese verde o húmeda, es decir, si las cosas fuesen bien en Alemania los esfuerzos de Hitler por prenderle fuego serían vanos. Pero el país está seco y quebradizo; la Guerra Mundial lo secó y las condiciones del Tratado de Versalles lo han hecho quebradizo, combustible, como la yesca. Pero esto solo no quiere decir que tenga que declararse un incendio. Ha habido muchas selvas en la historia del mundo que estaban en condiciones de arder y no ardieron nunca; al contrario, florecieron y fructificaron gradualmente. Piense en China, por ejemplo, en los días en que las casas reinantes del Norte gobernaban. O en diferentes edades de la India.

Zia se echaba hacia adelante escuchando la explicación de Ursi, cuyo fundamental significado no conseguía comprender por entero.

—Así usted cree...

—Creo —dijo Ursi, metiéndose en la brecha de su vacilante pregunta— que estos dos formidables personajes son como dos peligrosos piromaníacos en las selvas «resacas» de Alemania e Italia. Si Mussolini y Hitler hubiesen hallado la muerte durante la guerra como usted sugiere, el mundo no estaría ahora amenazado por el incendio.

—¿Cree usted que va a haber guerra?

—No lo sé. Las masas son inflamables y, al mismo tiempo, increíblemente estúpidas. El pueblo en general, espera una especie de milagro, espera que el cometa

germano, aproximándose a la tierra a una velocidad aterradora en medio de una espectacular ostentación de luz y sonido, no caerá sobre los tejados de Europa, sino que se detendrá súbitamente en alguna parte a la altura de un rascacielos, y se convertirá en un cuerpo celeste edificante y maravilloso, un espectáculo digno de ser visto que causará la admiración de los chiquillos.

La voz de Mussolini no venía ya del Albergo Varcaponti. La radio tocaba una suave música de baile inglesa, y la fragancia de los laureles descendía de las colinas como si hubiese estado esperando aquella invitación a la danza.

Cenaron juntos en la terraza de la Trattoria Marica.

—¿Se va usted mañana? —preguntó Zia durante la cena.

—Sí, mi barco sale a las diez.

Durante los momentos anteriores a su embarque, Ursi recorrió en vano las callejuelas que rodeaban la iglesia de San Simeone y llevaban a la «Pensión Zanzottera» esperando ver a Teréz; pero no fue al muelle a despedirse por última vez de él. Entre los recuerdos de la muchacha fotógrafo que se llevaba impresos en su alma figuraba el momento de izarla al bote, cuando sus brazos fríos y húmedos rodearon su cuello; aquella mirada de sus ojos verde manzana, inquisitiva, atenta, desfallecida y reluciente; el casi inaudible susurro de sus zapatos de tenis..., todos estos recuerdos eran como ciertos resplandores sólo visibles por los alrededores de Andrómeda y de la Osa Mayor, pero cuya presencia no ha sido todavía satisfactoriamente explicada.

CAPITULO XIV

A comienzos de noviembre hubo lo que se llamaba una «cena íntima» en el palacio de Septemvir Utca. La familia Dukay había llegado de Ararat hacía unos días e incluso Kristina había pasado el verano allí esta vez, aunque no hubiese sido más que porque el conde Dukay tiraba un poco de las riendas en materia de gastos. Estos últimos tiempos, Kristina había llegado a ser una habitual de las casas de juego de Deauville y Montecarlo. Estaba aburriéndose en Ararat desde mayo con un aire de persona profundamente ofendida, como una primera actriz a quien retiran el papel porque se ha peleado con el director.

Aquella noche había once personas alrededor de la mesa que asistían a aquella «cena íntima». Además de los miembros de la familia, los invitados eran la princesa Karola y su marido, el barón Adam; Péter Dukay y su esposa; el conde Joachim y su esposa; el conde Sigi —el un día popular orador de los restaurantes nocturnos, hoy más sobrio, casado y metido en la carrera diplomática— y su esposa Sofía, condesa y oriunda de Transilvania, que era la amiga más íntima de Zia. Al retirarse al salón después de la cena, el conde Sigi se acercó a la radio y puso una transmisión de música zíngara. Una de las melodías suscitó una controversia entre el conde Dupi y la condesa Uona, uno sosteniendo que era el «Kiöntött a Tisza vize», mientras el otro mantenía que se trataba de «Korcsmáronsné jón a pandur». La discusión terminó en la apuesta de un potro de dos años, que fue ganado por la condesa Ilona, esposa del conde Joachim, que hablaba húngaro con el aromático acento del Alto Tisza. Hablaba francés y alemán con la misma entonación. Aparte del encanto de su pronunciación, poco era lo que debía a su línea paterna, fuera de aquella fría y aristocrática arrogancia con la cual trataba de compensar la falta de nobleza de su familia, pese a que era de una de las más antiguas y distinguidas estirpes húngaras con una *genealogía* que se remontaba al siglo XIII. La condesa era el tipo clásico de la alta sociedad con una piel de color de nuez y un rostro que tenía también cierta semejanza con este fruto, porque desde los treinta años había tenido una ligera tendencia a la obesidad. Aparte esta tendencia, pocas más tenía, salvo la inclinación a clasificar como comunista peligroso y carne de presidio a todo aquel que no pudiese comprender o no estuviese dispuesto a pensar exactamente como ellos en materia de política, literatura, ciencia, arte y música. Desde el primer momento se vio que la condesa Ilona ganaría la apuesta, puesto que su familiaridad con las canciones magiares, si no otra cosa, era enciclopédica.

El conde Sigi, que manipulaba los mandos, empezó a buscar noticias del extranjero y cogió una voz alemana, en el momento en que notificaba la retirada de Alemania de la Sociedad de las Naciones. El trascendental acontecimiento originó una calurosa discusión. El barón Adam, que contemplaba el mundo con inquietud a través de sus ojos azules y que tenía un cutis blanco y rosado heredado del fabricante

de hojas de afeitar sueco de su línea materna y gozaba de excelentes relaciones en Suecia, expresó su opinión de que la economía alemana era como una locomotora con una excesiva presión, que estallaría de un momento a otro. El conde Joachim era de una opinión enteramente contraria. Basaba su punto de vista en informes facilitados por los fascistas ingleses. Según él, la guerra era inevitable y esta vez la guerra sería de Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos contra Italia, Francia y la Unión Soviética. La gente que ocupaba los sillones de brocado del salón de los Dukay tenía las más fidedignas fuentes de información gracias a sus relaciones familiares o financieras y, no obstante, sus opiniones resultaban absolutamente contradictorias. Según el conde Péter, Inglaterra incitaría primero a Alemania contra la Unión Soviética, y después prescindiría desdeñosamente de los dos ensangrentados antagonistas. Así discutieron hasta medianoche sin lograr convencerse unos a otros. La condesa Menti sólo intervino una vez preguntando cuál sería el papel de Otto de Habsburgo en la Nueva Europa.

Su pregunta fue seguida de una larga y silenciosa pausa más elocuente que cualquier palabra. Nadie se movió durante el silencio, las manos no buscaron el vaso, las cenizas mantenían una rígida inmovilidad en la punta de los cigarros y cigarrillos, y aquel profundo silencio parecía el de ese minuto con que se ha puesto de moda conmemorar a las víctimas de la Gran Guerra. Cuando se vio claramente que el silencio constituía una descortesía para con la condesa Menti, la princesa Karola volvió su rostro de rata hacia ella y se informó de la salud de sus hijos. La condesa Menti reveló con un tono distante que su hijo Gyorgy estaba todavía en América mientras János seguía en Alemania.

—¿Y Zia?

—Mi hija Zia está viviendo con una de sus amigas en Italia y viaja mucho.

La princesa Karola no insistió sobre el tema, porque los socios del Park Club le habían dado toda clase de datos sobre las actividades de Zia. Según el rumor público, había más de una persona que había visto a Zia en Roma en compañía del príncipe de Aosta, amistad que no requería más amplia explicación.

De lo dicho resulta claramente que en el mundo había dos Zias: una era la silueta que cobraba vida en la imaginación de la gente después de la suntuosa boda y a quien se daban nuevos papeles que representar en sus imaginaciones, y la otra la verdadera Zia, que —mientras los lacayos distribuían silenciosamente el coñac en las grandes copas de cristal en el salón del palacio de Septemvir Utca una noche ventosa de noviembre, arrojando gruesos troncos de leña al gran fuego de la chimenea— navegaba sobre las negras olas del Adriático en el camarote único, sin ventilar, de la *bragozza* de Mungu, dada la vecindad de Punta Dura, donde el año anterior la cólera del *'bora* había enviado al fondo del mar la *bragozza* de Luigi.

¿Qué estaba haciendo Zia en la *bragozza* de Mungu por aquellos peligrosos mares

a aquella hora? Después de la marcha de Ursi, y durante los días que siguieron, cuando el último veraneante hubo abandonado la isla, la otoñal soledad que descendió sobre Mandria fue más profunda de lo que hasta entonces había conocido. Decidió que si Filippo no llegaba en el último barco de la temporada, zarparía con Mungu en su *bragozza* el primer día de *bora*. No era una romántica idea de coquetear con el suicidio lo que la indujo a tomar tal decisión; sin embargo, se expuso a los peligros de la expedición con la vaga idea de que no regresaría. Había en ella algo de la arrogancia de los Dukay y de ese vago deseo de la muerte que se había apoderado de ella. Las viejas fórmulas de su vida en Ararat, en Septemvir Utca, en el Park Club, le repelían más que la atraían. Los cortantes y sangrientos matices de esta existencia cubrían el corazón de Zia, lacerado desde el día en que Filippo la golpeó. Mandria, en el umbral de su tercer otoño, parecía tan carente de sentido, tan penosa, tan desolada como la dolorosa e irreductible ruptura abdominal del viejo Torriti, o la oreja de Mungu que una explosión de gasolina había quemado, o la puerta de la Pensión Zanzottera, en la cual la vieja pintura asomaba bajo la nueva como si estuviese afectada de una fea enfermedad de la piel; hay cosas que cuando el alma se encuentra en un cierto estado hacen insolente ostentación de su repulsivo aspecto. No habían sido así de gran provecho para Zia las cinco lecciones. El Crepúsculo de Cobre tomaba forma visible y palpable en su imaginación, mientras Ursi le explicaba las constelaciones de la historia humana, la perversidad del hombre en la muchedumbre, la malvada condición que a veces ruge como el mar durante el *bora* y ataca la tierra con olas devastadoras brillando sombríamente, derribando la chimenea de la Trattoria Marica y arrasando la caseta de la Aduana; espuma de odio que invade la droguería de Niccolini, esparciendo las mercancías de los toneles de arenques e higos secos y se abre paso hasta el altar de la iglesia de San Simeone. Nadie en Mandria le habló jamás de pobreza o necesidad, nadie se quejaba. El fresco aroma del laurel y el aire vigoroso y salado que daban vida, y la potente luz del sol, prevalecían en la isla; pero la pobreza y la indigencia aparecían en Mandria, mudas, involuntariamente, cuando el dolor humedecía los ojos de Tonia al contemplar el mar que era de una suavidad aterciopelada para los bañistas, pero para ella un infierno asesino de negras fauces; o cuando el viejo Torriti se retorció en el suelo a la puerta del Albergo Varcaponti, bajo el dolor de su hernia irreductible. Las lecciones de historia habían echado raíces en ella, y ahora veía claramente que su educación y su sociedad le habían revelado el significado de la vida bajo una luz curiosamente refractada, bajo unos rayos deformados y artificialmente teñidos, entre los cuales la forma de Berili, vestida con sus festoneados pantalones hasta la rodilla, danzaba tan adecuadamente hoy día que la risible fealdad de sus piernas pisoteaban simplemente los rayos inflexibles y oblicuos; porque *madame* Couteaux no podía reflejar estos rayos sin destruirlos primero. Fue necesario el advenimiento del astrónomo para levantar de su manera de ser y pensar la pesada y refractaria losa de cristal para dejar que los rayos intactos alcanzasen las profundidades de su alma, como los pinchazos de un dolor físico hasta

entonces desconocido.

Y así, una tarde, Zia se metió en la *bragozza* de Mungu que hasta entonces no había visto más que desde el muelle. Una escotilla situada en medio de los dos palos daba acceso a las oscuras profundidades de la embarcación, una escotilla tan angosta que sólo podía pasar por allí una persona. Por aquella especie de laringe se podía penetrar en el interior sin necesidad de escalera, con un simple ejercicio acrobático. Abajo había sitio para moverse, pero andando encorvado. La oscuridad estaba saturada del corrosivo olor de brea y el dulzón aroma del pescado, porque las destilaciones del pescado y moluscos habían ido goteando durante varias generaciones por cubierta y en el hueco de las redes. Zia miró a su alrededor y llegó a la conclusión de que jamás taller humano pudo ser menos presuntuoso, más lamentable, más cercano a la muerte. Bajo la abertura de cubierta había un fogón. Las ascuas estaban dentro de un caldero de hierro y los asientos consistían en ladrillos enterrados en arena; la escotilla de entrada servía de chimenea. Aquel remedo de habitación humana entre dos paredes de madera estaba decorado con una estampa barata de la Virgen rodeada de una guirnalda de flores mustias, y aquel grabado de colores parecía mayor y más significativo que la maravillosa *Virgen de las Guirnaldas* de Rubens. Una luz votiva ardía en un pequeño vaso bajo la imagen y su tenue luz parpadeaba en la oscuridad como extrañas alas de un murciélago gigante. Arrimadas a las negras cuadermas había tres jarras de tierra y la primitiva gracia de sus formas tenía reminiscencia de inmortalidad de los cultos de Isis y Serapis en Alejandría. Una de las jarras contenía agua potable, sacada probablemente de alguna cisterna de Mandria en la que anguilas vivas elegidas para este fin, devoraban la inmundicia del agua. Otra de las jarras manchada de negro debió contener *vino rosso*, pero estaba vacía sabe Dios desde cuándo. La más pequeña exhalaba olor a aceite, De las dos mugrientas sartenes colgadas en la pared, una de ellas debió ser para freír pescado, mientras la otra servía para la preparación de la *polenta*, amasada con maíz, básico sustento. El único lecho era las planchas desnudas del suelo, y la ropa consistía en varios harapos indescriptibles, pantalones con las costuras rotas, chaquetas e incluso alguna falda de mujer. Esto constituía todo su acondicionamiento. Así era, entonces, lo que había sido la tumba viviente de Luigi y de tantos otros pescadores del Adriático. El resto del espacio entre las dos cubiertas era un depósito de cuerdas, dos cubos oxidados y algunas latas de conserva vacías guardadas como artículos de especial valor, con clavos torcidos y tapones de corcho viejos, conteniendo, además, un trozo triangular de espejo y una masa delgada, oval y sucia, que debió haber sido un día jabón de afeitar. Ramitas secas y algunas pinas para el fuego se amontonaban en un rincón.

Algunos días antes de zarpar, Zia tomó parte en la procesión del Día de Todos los Santos. No era la primera vez que lo hacía. El mar y la laguna sólida de la Piazza

Vittorio Emmanuele estaban rodeados de un estrecho canal sobre el cual se tendía un puente en ocasión de esta festividad. Aquellos días no se permitía la navegación por él ni a los botes de remo. Todo Mandria asistía a la procesión, con la diferencia de que la gente rica y distinguida —o la que por tal pasaba en Mandria— llevaba la ropa de los domingos, mientras los pobres vestían una especie de blusones blancos y bordados que les llegaban a los pies. Los campesinos de estas regiones de Italia se preparaban las mortajas con mucha anticipación a la muerte y las usan en todas las procesiones. La primera vez que Zia vio estos sudarios blancos y fúnebres, tuvo la clara visión de lo que Ursi llamaba el ímprobo esfuerzo de las clases sociales y las trágicas manifestaciones del mundo humano. El barbero Ettore Domeneghetti y el carnicero, Aldo Faggiani, avanzaban en medio de la procesión vestidos de azul, pero sus padres, los viejos Domeneghetti y Faggianis, usaban todavía las blancas mortajas de su ultramundana aparición ante el Señor. La procesión, con los blancos sudarios delante y los trajes azules detrás, en la cual la persona del general Hasparics representaba la cúspide de las clases sociales de Mandria, demostrando claramente que en la vida de la gente se produce una tranquila, persistente y apasionada migración, desde las blancas mortajas de Mungu o Tonia, hasta el ya un poco raído gabán de Demetrio Niccolini o el traje azul cruzado por dos filas de botones del *signor* Occhipinti, el farmacéutico.

La pública opinión casi exigió de Zia, como residente permanente, que tomase parte en la procesión. Occhipinti, organizador de los festejos, colocó a Zia hacia el centro de la procesión, al lado de Marica que, como representante del comercio turístico, se había naturalmente elevado del bajo nivel de sus padres y no llevaba ya la blanca mortaja. Se situó al lado de Zia vestida con un traje de seda negro que despedía aroma de perfume barato y un persistente olor de ajo. En nombre del patriotismo *mandriano*, y acaso por otras razones, no podemos censurar al farmacéutico Occhipinti que consideraba que la *signora* pertenecía a un rango social suficientemente elevado para merecer mejor sitio que Zia, cuyo pasado y persona continuaba siendo todavía un poco vago a los ojos de los habitantes de Mandria. Después de todo, Occhipinti sabía cuánto se pudiese saber acerca de la *signora*. Zia llevaba un traje negro y verde que había llevado por última vez, durante su vida pasada en un *garden party* dado por el embajador francés. Pocos días antes se había cumplido el segundo aniversario de su llegada a Mandria, después de la escena de Fuga Utca, y aquel día en su imaginación hubo un bullicio como pocas semanas antes en casa de Occhipinti, cuando los alguaciles y subastadores de alma de hiena se presentaron a husmear sus ropas, sus muebles y sus escasos artículos de valor, porque Occhipinti había sido lo suficientemente insensato para complicarse en una especulación financiera. Zia vio por casualidad la llegada de los funcionarios que venían a proceder a la ejecución final de Occhipinti. Desembarcando de la lancha a motor llegaron con sus carteras como si fuesen verdugos con el hacha bajo el brazo. Los amigos de Occhipinti habían decidido no permitir que se vendiesen todos

aquellos bienes por una tontería; decidieron adquirirlos paulatinamente por su cuenta a fin de írselos devolviendo poco a poco más tarde al farmacéutico. Pero no hubo necesidad de esa abnegada conspiración, porque Niccolini, el droguero, salvó la situación por su cuenta. Occhipinti, arruinado, estaba sentado en un extremo de la cama y sollozaba enjugándose los ojos con su invariable pañuelo perfumado.

Esto ocurrió el mismo día en que llegó el paquete de Ursi conteniendo veinte libros seleccionados. Estudios históricos y libros que trataban de literatura, arte, música y ciencias sociales y naturales en húngaro, alemán, francés e inglés. Una breve nota de Ursi se excusaba de la demora en el envío debido a que algunos de los libros estaban agotados y tuvo que buscarlos en librerías de lance. La fría y breve nota daba a entender que comprendía que el hecho de que la dama fotógrafo no hubiese ido al muelle a despedirle el día de su marcha, indicaba claramente que no le interesaba continuar su amistad con él. Zia buscó en vano la factura que le había pedido, pero no pudo dar con ella.

Contestó a la nota el mismo día. Vaciló un momento sobre la forma de saludo, porque no había llamado nunca a Ursi, por su nombre de pila, Miháil, pero había puesto en juego aquel talento especialmente notable de los aristócratas que les permite incluso durante semanas enteras amistad, emplear las más íntimas formas de tratamiento, talento que mantiene a sus amistades de rango inferior describiendo círculos como la pelota de goma puesta sobre el chorro de agua de un surtidor que ni la arroja ni la deja acercarse. El astrónomo debía tener un peso específico un poco superior al de la mayoría de la clase media, porque una vez, cuando su primera lección de historia, dirigiéndose a su ventana había gritado: «¡Teréz!». Y a partir de aquel día su plena voz masculina fue la voz de una simple y sincera amistad. La voz resonaba como el despertar de una advertencia, una nota seria de precaución que no carecía, sin embargo, de ternura y jovialidad como si quisiera proseguir: «¡Levántate, levántate, es hora de ir a la escuela!». Y a partir de entonces, durante cinco días, aquel «¡Teréz!» resonó a sus oídos como el tañido de las campanas de San Simeone.

Zia destapó su liviana y minúscula máquina de escribir, regalo de boda de tío Himi y comenzó a escribir rápidamente, porque las mujeres son mucho más rápidas en escribir que los hombres.

Querido Miháil:

Han llegado los libros y llenan mi habitación como huéspedes desde largo tiempo esperados.

Hizo una pausa al llegar aquí. La primera frase no le gustaba; tenía el estilo amable, pero hasta cierto punto distante, de una condesa. Sin embargo, prosiguió sin corregirla:

Grazie! Grazie! Los he ojeado un poco uno tras otro y tengo la sensación de que los ha escrito usted.

¿No le parece que cuando alguien recomienda a un amigo con insistencia un libro, asume hasta cierto punto la responsabilidad de autor? A propósito: le confieso amistosamente que echo mucho de menos sus lecciones de las tardes. Le prometo estudiar de firme y cuando volvamos a vernos (?) me someteré a sus exámenes. Por favor, piense alguna vez en su desterrada amiga y agradecida discípulo. ¿Dónde está la factura? ¿Cuánto le debo por los libros?

Cordialmente...

P. S.: A modo de honorarios por sus lecciones de historia le adjunto tres ampliaciones de cinco fotografías de Mandria. Las he terminado ahora mismo.

Zia releyó su carta y quedó especialmente complacida del paréntesis que encerraba el interrogante después de lo de «Volvamos a vernos». Y lo cierto es que sólo las mujeres saben cómo llegar al corazón de los secretos del destino con tal incalculable precisión mediante los signos ortográficos.

El título de la primera fotografía era: «Asuntos Intencionales». Representaba a Aldo Faggiani, el carnicero, y Ettore Domeneghetti, el barbero, en la terraza de la Trattoria Marica en el momento en que este último arrojaba los naipes sobre la mesa levantándose al mismo tiempo con los ojos congestionados y luchando por disputar al carnicero un billete que éste tenía en su mano. Una de las sillas estaba a punto de caerse. En el fondo, con los brazos levantados al cielo y la boca abierta, venía corriendo Marica. La segunda fotografía se llamaba «El general a la cabeza de sus tropas disponiéndose a ocupar el Corso Mussolini». Representaba al general Hasparics y sus cuatro perros fotografiados por detrás. La tercera era: «La mosca». Torriti, que era dueño de la lancha motora, estaba dormido sobre las losas tibias del muelle. Detrás de él, sin ser visto, estaba agazapado Fanfoni, el panadero, con una paja en la mano, conteniendo la risa. La cuarta se llamaba: «Lujuria». El veraneante conocido por «Calzón Roto» miraba, volviéndose por encima de sus lentes, el redondeado posterior de la mujer llamada «Gordinflona», que acababa de pasar por su lado con sus pantalones de franela. La quinta era: «Sin retorno». Representaba a Tonia de pie en el muelle, apoyando su mejilla en el índice de la mano izquierda y mirando al horizonte. Su expresión no podía delatar más profundo dolor ni más abnegada resignación. Zia añadió un subtítulo a esta fotografía: «Me representa también un poco a mí».

Con estas pocas palabras Zia trataba deliberadamente de decir algo respecto a su misteriosa estancia en Mandria. Una nota escrita a máquina es siempre algo como un impreso y despoja a una carta femenina de esa cosa íntima y emocionante que tiene escrita a mano, que habla con más elocuencia que una expresión facial. Zia, antes de firmar la nota, hizo un ensayo caligráfico. Cubrió una hoja entera de papel con el

nombre *Teréz*. Era la primera vez que escribía este nombre y, por consiguiente, cada una de las firmas salía más alegre, triste, entusiasta, anticuada, aburrida, excitada, nerviosa o fría. Finalmente eligió un *Teréz* que empezaba con una T mayúscula hecha de dos rasgos enérgicos y era sencilla, seria, cálida y amistosa: al verla le parecía oír la voz de Ursi cuando la llamaba cada tarde desde el pie de la higuera para la lección. Practicó la *Teréz* aquélla como había practicado las escalas al piano durante sus lecciones y la estampó al pie de la carta mecanografiada. Cuando vio aquel nombre escrito tuvo la sensación de haberse convertido realmente en *Teréz Hemli*, fotógrafo. Y esta nueva *Teréz* vestida de verde oscuro con reflejos dorados, brillaba todavía con la humedad de la tinta de la estilográfica, disponiéndose a dirigirse a alguna parte, aprensiva y elocuentemente.

Al llegar a la fábrica de salazones, la procesión tomó un callejón estrecho que trepaba por la colina hacia el Calvario. Los colores de las banderas de vieja seda se mezclaban suavemente con el sol de finales de octubre, lo mismo que los tintes blancos y escarlata de la capa pluvial del párroco Muzmics mientras avanzaba bajo palio. Diferentes tonos de voces subían hacia el cielo entonando cánticos sagrados, finas voces de soprano transformadas en un lamento, voces profundas de hombre que parecían brotar de gargantas cubiertas de pelo. Cuando la procesión pasó por delante de la villa Hasparics, los cuatro perros comenzaron a aullar, sollozar y llorar, cada uno de ellos en el tono que convenía a su presunta raza. En medio de los cánticos, entre dos estrofas, Occhipinti le hizo observar a Niccolini, que iba a su lado, que los perros aullaban porque el general no se había puesto el uniforme una sola vez durante los diez años que llevaba en Mandria.

El sendero subía en pronunciada pendiente hacía la cumbre de la colina y parecía que la procesión, guiada por una muchedumbre amortajada, no pusiese ya el pie sobre la tierra, sino que flotase en el aire entre el mar y el maravilloso cielo azul del otoño. Parecía que la blancura de las ultraterrenales mortajas se hubiese elevado en la altura, mientras el resto de la procesión, donde los trajes negros estaban agrupados, se arrastraban por el suelo como un negro y desfallecido animal. Zia hubiera querido flotar en las alturas con las mortajas blancas. Trató de cantar. Su voz tímida y suave se agarró al «alto», denso y metálico, de Marica como un chiquillo se agarra con las manos a las faldas de su madre.

La primera aparición del *bora* tuvo efecto a los pocos días y Zia le dijo a Mungu que desearía pasar algunos días en su bragozza para tomar fotografías de las aguas tempestuosas. Mungu estaba sentado en el suelo limpiándose las gruesas uñas negras y arrugadas de los pies. Miró con suspicacia a la fotógrafa morta, y se dijo que estaba completamente loca. ¡Imagínese a alguien queriendo salir al mar con aquel tiempo, no teniendo obligación de hacerlo! Después volvió a fijar su atención en sus uñas y empezó a discutir el asunto con ellas. Finalmente dijo que no quería llevar a nadie gratis. Pidió cinco liras diarias, quince liras por los tres días, pagaderas por anticipado. Zia le explicó que en vista de que los periódicos pagarían

las fotografías que hiciese en la bragozza y no quería explotarlo, la daría veinte liras diarias y sacó las sesenta liras. Mientras cogía el dinero, el rostro de Mungu delataba su inquietud ante el peligro de que la dama fotógrafo se volviese completamente loca durante el viaje.

Salieron al alba del día siguiente. El grumete de Mungu era Enrico, su hijo mayor, de dieciséis años y el viejo Antonio zarpó con la otra bragozza con su hijo político. Zia se llevó un saco de dormir, provisiones y un termo. Antes de zarpar observó que las jarras habían aumentado hasta el número de cinco por obra y gracia de las sesenta liras.

El viaje de tres días fue para Zia un desengaño. Había pensado ver el grado más alto del sufrimiento, como si fuese una aparición, y escuchar en la tormenta la trascendental música de órgano del peligro y de la muerte. En lugar de ello estuvo constantemente mareada pese a las píldoras que había llevado consigo. No sabía que las prosaicas consideraciones de la carne dispersan siempre los más magníficos fenómenos del espíritu. Y cuando se sintió mejor, se dio cuenta de que Mungu y Enrico, bajo la influencia del *vino rosso*, estaban silbando incesantemente, cantando y riéndose. Hasta la tarde del segundo día, al acercarse a Punta Dura, no cerraron la escotilla sobre los tres, con la expresión del hombre que cierra la tapa de su ataúd.

Y la misma expresión se dibujó en sus rostros al echarse en el suelo, porque la tormenta había comenzado a azotar furiosamente la bragozza y la embarcación se entregaba a unas contorsiones que parecían indicar su deseo de descender a las profundidades de la muerte. Pero la ductilidad del agua la recibía siempre sobre su superficie al volver a caer. Mientras yacían echados, rodaban algunas veces unos sobre otros y se encontraban entrelazados, pero esto no despertaba ninguna sonrisa en los labios de Mungu ni de Enrico. Durante aquellas horas sus rostros estaban rígidos como máscaras, como las caretas de los pueblos primitivos, que parecen conocer los más recónditos y herméticos misterios. Se tenía la sensación de que aquella pequeña estampa de la Virgen María y la tenue y vacilante llama de la lámpara votiva cumplían con su mudo cometido, durante aquellas horas extremas, con más eficacia de la que la voz humana, aun bajo mando, conseguiría.

El mar estaba completamente encalmado al día siguiente, pero todas las provisiones de la droguería de Niccolini fueron a parar a los pescadores, porque Zia quiso probar el régimen de *polenta*, pese al hambre devoradora que se había apoderado de ella al calmarse el mar. Pensó que había comido mejunjes mucho peores que la *polenta* en los restaurantes más caros de Londres, y cuando probó aquella noche los diminutos calamares fritos no supo ver la diferencia entre la sartén de Mungu y los famosos *frutta di mare* servidos en las mesas de los hoteles venecianos.

Ursi respondió esta vez con una larga carta, diciendo que desearía cargar el coste de los libros a cambio de más fotografías de Mandria, añadiendo que tenía fama de ser mejor hombre de negocios que astrónomo. Su carta estaba llena de buen humor y

a partir de entonces su correspondencia se hizo regular, si no frecuente.

A fines de noviembre el conde Dupi escribió que estaba un poco enfermo. Se quejaba del corazón y decía que aquel año su visita de fin de año tendría que ser suprimida. Amenazaba incluso con no ir a verla nunca más a Mandria.

Espero que esto hará salir a mi «Cricket» de su agujero, verdaderamente, no hay ya lógica alguna en este absurdo destierro.

Zia pensó que las palabras «verdaderamente, no hay ya lógica» querían decir que en Septemvir Utca se tenían, de una forma u otra, noticias de Filippo. Después de esta carta, Zia tuvo la sensación de encontrarse respecto a Mandria en ese punto teórico del espacio en el cual las leyes de la gravitación mantienen la tierra y la luna en constante equilibrio.

Se consagró a la lectura de los libros, que no la afectaron en la forma que al principio había imaginado, acaso porque tenía demasiados. Algunas veces le parecía oír la voz llena y, sin embargo, suave de Ursi, y esto la ayudaba en los pasajes más arduos y difíciles. Los libros devoran los días aprisa y así Zia se encontró pronto con que Navidad se le había echado encima.

Es lamentable que por aquellos tiempos, el punto de vista que Europa adoptó respecto a las amistades y alianzas contractuales fuese la del viejo prestidigitador retirado que se encuentra entre los más jóvenes, pero desprovistos de talento, porque, de lo contrario, todo el mundo hubiera debido necesariamente reconocer que el año 1934 comenzaba bien. En enero Alemania y Polonia firmaban un pacto de no agresión. En febrero, durante los días en que el cañón rugía en Viena, estaba bajo el tratamiento de los análisis terapéuticos de Occhipinti. Según el farmacéutico, era Hitler quien daba las cartas para una guerra civil entre la Heimwehr y los trabajadores socialistas porque estaban sembrando las semillas del nazismo en Austria, El aire estuvo saturado de humo durante algún tiempo, pero cuando vino la primavera comenzaron a llegar los primeros veraneantes a Mandria.

El 26 de abril, a las siete de la tarde, Zia caminaba a paso ligero por el Corso Mussolini cuando se detuvo a charlar con Tonia en el puerto. El barco entraba en aquel momento y por mera rutina Zia lo esperaba inmóvil en el extremo del muelle. Amarró como lo había hecho desde hacía dos años y medio, dejando tras él una larga cola de humo y allí, al pie del mástil, estaba la mancha amarilla que resultaba ser Aldo Faggiani con su saco a cuestras manchado de sangre, conteniendo el medio

ternero semanal.

Y aquella tarde fue cuando ocurrió el milagro. Ocurrió sencillamente, como el que cambia de opinión. Esta vez la mancha amarilla era verdaderamente la gabardina de Filippo. Filippo vio a Zia en el acto porque había muy poca gente en el muelle. Inmediatamente se precipitó hacia Zia, avanzando las dos manos. Pero el intento de abrazo se estrelló contra los ojos de Zia. Zia, mientras charlaba con Tonia, contemplaba el barco por encima del hombro y al ver avanzar a Filippo no se movió. No se hubiera mostrado más apática si hubiese sido Aldo Faggiani quien hubiera desembarcado. Observaba a Filippo de soslayo mientras se acercaba; ya no llevaba más que su mano derecha tendida y con una sonrisa ligeramente embarazada, dijo:

—*Bon soir, chérie...*

La mirada que brilló en los ojos de Zia fue de reconocimiento, la mirada que aparece cuando, al ver acercarse un desconocido, resulta ser una amistad. Dio media vuelta y tendió también la mano a Filippo cordialmente mientras sus labios esbozaban aquella sonrisa que las mujeres de alta cuna reservan con tanto calor y cortesía a los parientes lejanos o amistades superficiales al encontrarlos en un cóctel o reunión mundana. Y esta calidad había también en su voz al decir:

—*Bon soir, Prince Filippo.*

La palabra «príncipe» penetró en las carnes de Filippo como una espina. Filippo conocía el lenguaje usado en la conversación social de la alta sociedad; sabía que no había ironía ni sarcasmo en el empleo del título seguido del nombre de pila; sabía también que en aquel momento el empleo de esta palabra significaba que no había esperanza para él. No había creído que el encuentro se desarrollase de aquella manera. Había previsto un encuentro emocionante a puerta cerrada, porque, en realidad, no esperaba encontrar a Zia en el muelle después de dos años y medio. Había imaginado estrecharla entre sus brazos violentamente, abrir sus labios con los suyos y después caer mesando sus rodillas con sollozos de arrepentimiento, implorando el perdón, mientras la habitación se llenaba de explosiones de júbilo y de dolor; y después, mejilla contra mejilla, terminar entre lágrimas un reposo en el misterioso campo de una compenetración anímica. El muelle era demasiado vasto para la escena del encuentro que Filippo había proyectado minuciosamente y para conseguir el efecto que había esperado crear. El *Bon soir, Prince Filippo*, estaba saturado de una atmósfera de amistad y complacencia y, por esta misma razón, lleno de un fatal desdén que hacía toda explicación y súplica innecesaria. Zia fue la primera en hablar después del saludo.

—*Excusez-moi...*

Y volviéndose hacia Tonia se alejó unos pasos para terminar lo que había estado diciendo. Filippo se sintió como flotando en el aire en aquel momento, como alguien que en medio de un peligroso ejercicio de trapecio tuviese que recitar los versos que aprendió en ocasión del cumpleaños de la abuelita. En aquel momento su situación era desesperada porque su futuro económico dependía hasta un punto alarmante de su

reconciliación con Zia.

Zia regresó y durante algunos momentos su mirada inquisidora se posó sobre el rostro de Filippo. La boquilla de ébano con su aro de diminutos diamantes no se hallaba ya en la comisura izquierda de sus labios y su ausencia daba la impresión de que le faltaba un diente. A Zia se le ocurrió pensar que Kócsag, la *artista*, había dado muestras de la entereza de su carácter privando a Filippo de su adminículo y al mismo tiempo observó una ligera herida en el iris de su ojo derecho y dos marcas casi imperceptibles debajo. Zia se acordó en aquel momento de la mano regordeta de Eva Kócsag y de la imagen de aquella mano con sus uñas agudas y triangulares, tal como había quedado grabada en su memoria desde el día de su encuentro en «La rata ciega».

—¿Has reservado una habitación?

—Todavía no —dijo Filippo, obligado a comprender por el cortés y solícito tono de Zia que tenía el firme propósito de no pasar la noche en la misma habitación que él.

Zia se ocupó solícita del transporte del equipaje de Filippo y cuando los chiquillos agarraron las maletas, dijo: «Albergo Varcaponti».

Habían ya pasado por delante de la droguería de Niccolini antes de que Filippo rompiera el largo silencio.

—¿Podrás perdonarme...? —le preguntó suavemente.

Con una voz desprovista de todo apasionamiento, pero mirando a Filippo cara a cara, Zia respondió simplemente:

—*Mais je n'ai plus de rancune envers vous, Prince Filippo!* (¡Pero no tengo rencor, Príncipe Filippo!).

Filippo tuvo la sensación de que Zia blandía la palabra *Prince* como un arma cargada en su mano. No se cruzó una palabra más hasta llegar al Albergo Varcaponti.

—Espero que encuentres una habitación aquí —dijo Zia, tendiéndole la mano. Y añadió—: Imagino que querrás hablar conmigo. Estaré por aquí fuera mientras te arreglas.

Filippo se dio cuenta de que no era el momento de discutir, porque estaban rodeados por los arrapiezos que llevaban sus maletas. Asintió y entró en el Albergo Varcaponti. Zia comenzó a pasear lentamente entre la lechería y la panadería. El encuentro la había conmovido profundamente, estimulado y llenado de felicidad. Pero, en realidad, no tanto el encuentro con Filippo como el encuentro consigo misma. Porque había encontrado una nueva versión de sí misma, una versión hasta entonces inimaginable. Era la manera como un inválido podía verse después de una curación inesperada. O un prisionero después de largos años de cautiverio al encontrarse, en compañía agradable, con el juez que lo condenó. Zia encontró sumamente interesante observar que la panadería y la lechería estaban exactamente en los mismos sitios donde habían estado antes de su encuentro con Filippo. Experimentaba sólo una especie de piedad y repulsión por Filippo, pero sin ningún

deseo de venganza.

Filippo apareció inesperadamente a su lado. Era otro Filippo, uno que empezaba a parecerse al joven príncipe de Perusa. Su táctica había cambiado también, porque no usaba ya el pronombre de intimidación, pero en la ceremoniosidad de sus frases asomaba una leve sonrisa que decía que todo aquello no era más que un juego inocente, una preparación para algo más importante.

—¿Dónde podemos cenar?

—Podemos ir a casa Marica.

Cuando estuvieron sentados en la terraza de la Trattoria Marica y encargado la cena, Filippo puso su mano sobre la de Zia, se acercó a ella, y dijo con el tono de un viejo amigo, íntimo, comprensivo...

—¿Qué ha sido de ti desde entonces?

Zia le miró, inclinando la cabeza.

Es largo de contar. Pero convengamos en no hacernos preguntas uno a otro. Vamos al grano.

Retiró la mano de la de Filippo, sin brusquedad, sólo para arreglarse un mechón de pelo que saliendo de la boina le caía sobre la frente. Tenía una expresión preocupada, como si se estuviese mirando en un espejo.

—Quisiera que entablaras el divorcio cuanto antes. Acabemos de una vez con estas estúpidas formalidades.

—¡Esto está fuera del caso! —exclamó Filippo con vehemencia—. ¡Yo no quiero divorciarme de ti!

Zia estaba todavía ocupada arreglándose el pelo de la boina, prestando aparentemente más atención a lo que hacía que a sus palabras.

—La cosa no será tan fácil como eso. Mi diadema y mis perlas faltan de la caja de las joyas. Mi padre hizo abrir la caja de caudales en presencia de testigos oficiales.

Cesó de hablar mirando suavemente a Filippo.

—¿Es que tratas de hacerme un chantaje? —preguntó Filippo, con un destello en los ojos que recordó a Zia la forma como la había mirado el día que la golpeó.

—No, no trato de hacerte un chantaje. Pero si quieres luchar, entonces... —Guardó silencio. Después se volvió hacia Filippo con una curiosa sonrisa en los labios—. No te lo aconsejo... —Se acercó más a él—, ¿qué quieres de mí? No tenemos ya nada en común, Filippo...

Filippo hirió con la habilidad de un esgrimista en el punto en que faltaba la palabra «Príncipe».

—Me desprecias... —dijo dolorosamente.

Zia avanzó lentamente los labios haciendo un pucherito.

—No te desprecio —dijo mirando hacia el aire, secamente, como si contase una serie de números.

Su mirada estaba fija en el espacio. Recordaba lo que le había dicho Pringsheim respecto a la ilimitada miseria sexual que reinaba en el mundo. No veía ninguna

distinción entre ella y Filippo en este antro de miseria. Su voz estaba saturada de sinceridad y tristeza al repetir:

—No te desprecio...

Marica se acercaba con una enorme *orada* envuelta en una nube de ajo. El olor de la comida los devolvió a la realidad de aquellos manteles remendados de los que se habían evadido. Cenaron sin decir una palabra. Filippo estaba ya preparado para oír hablar de las joyas y había llevado consigo una explicación tan larga como un documento legal. Naturalmente, pensaba omitir la circunstancia de haberle regalado las principescas joyas a Eva Kócsag durante su viaje; y que, más tarde, Eva las había vendido sin conocimiento suyo, mientras se hallaban en difícil situación en Sudamérica, teniendo una serie de formidables peleas. Al final de su aventura, la actriz había conseguido apenas ganar Budapest desde Río de Janeiro, vendiendo las joyas más insignificantes que le había regalado el tratante en vinos de Miskolc. Por lo dicho se ve de manera evidente que la aventura terminó como era de esperar, como habían predicho los amigos bebedores de cerveza del restaurante «Runcsik», y cuando Eva Kócsag apareció inesperadamente una tarde en el ensayo, Ludasi la saludó al cruzarse con ella en el corredor.

—¡Hola! ¿Cómo va, Kócsag? Hace muchas semanas que no la veo... ¿Qué le ha pasado a usted? ¿Ha tenido la gripe?

En realidad, lo único inusitado de su aventura fue que duró más de dos años. Filippo había perdido el apetito y contemplaba absorto su plato; temía que no sirviese ya de nada la explicación que había elaborado cuidadosamente para justificar la desaparición de las joyas. Pero no abandonaba todavía la esperanza. Ponía todas sus esperanzas en la noche. El hecho de que Zia le hubiese esperado fuera del Albergo Varcaponti y le hubiese llevado a cenar a aquella populosa terraza de la Trattoria Marica, eran, a su juicio, armas de mujer débil que se defiende limitando las actuaciones a lugares públicos. Filippo mantenía cuidadosamente el vaso de Zia lleno de *vino rosso*.

Después de cenar fueron a dar un paseo: esto, por lo menos, era lo que Filippo pensó. Pero en la esquina de la callejuela sin nombre que llevaba a la Pensión Zanzottera, Zia le tendió la mano en señal de despedida.

—¿Mañana? —preguntó Filippo.

—Lo siento, mañana estoy comprometida. —Y sin vacilación, pero con un poco de cansancio y con visible fastidio, añadió—: Adiós, príncipe Filippo.

Y esta vez aquel «príncipe» le dio miedo a Filippo, porque en aquel momento de separarse tenía un aire de inquebrantable final, acaso por su misma indiferencia y trivialidad. Las palabras pronunciadas como a través de un bostezo reprimido pueden tener un efecto aniquilador sobre los hombres cuya fuerza yace precisamente en sus atractivos físicos.

Zia había dado ya la vuelta a la esquina cuando el *au revoir* de Filippo resonó en el aire vagamente. Fijó la vista en la negra garganta de la calle que se había tragado a

Zia.

«Tiene a alguien», pensó.

Y se imaginaba ya al hombre tendido en la cama, fumando impacientemente cigarrillos mientras esperaba a Zia. Se lanzó impulsivamente hacia la oscuridad por donde Zia había desaparecido. Tocó un timbre al azar y resultó ser el de la Pensión Zanzottera. Cuando abrió la puerta del vestíbulo iluminado, la *signora* estaba hablando con alguien. Filippo reconoció la voz de Zia y la vio desaparecer rápidamente por la puerta de enfrente. Pasando al lado de la *signora* sin dirigirle siquiera una mirada, se precipitó hacia la puerta, pero la encontró cerrada. Llamó con los nudillos.

—Querida, quiero hablar contigo...

Dijo esto en inglés, porque la *signora* estaba escuchando temerosa desde la puerta de la calle.

—Lo siento, estoy muy cansada.

La voz de Zia estaba saturada de indiferencia y hastío.

—¡Tengo que hablarte! ¿Lo oyes? ¡Es necesario! —gritó Filippo apasionadamente.

—Ya te he dicho que estoy cansada...

—¡Abre la puerta!

—¡No quiero!

Loco de furor, Filippo comenzó a sacudir el picaporte como si quisiera arrancarlo. Al ver esto, la *signora* salió a la calle oscura. No consiguiendo nada con el pomo de la puerta, Filippo trató de forzarla con su hombro. Era un hombre fuerte, pero la puerta no cedía con facilidad. Sin embargo, cedió por fin con un estallido. La habitación de Zia estaba a oscuras, y tuvo dificultad en encontrar al interruptor. Miró a su alrededor con la luz encendida; la habitación estaba vacía. La puerta abierta de la terraza mostraba el camino de su fuga. En el vestíbulo se oían pasos rápidos. Aldo Faggiani, el carnicero, fue el primero en aparecer, seguido de Domeneghetti, el barbero, Fanfoni, el panadero, y un gigantesco individuo inidentificado detrás de ellos. La expresión de todos revelaba una caballeresca actitud. Detrás de ellos, los ojos negros de la *signora* brillaban en su rostro pálido.

Es verdaderamente lamentable que los lingüistas no se hallasen presentes en aquel momento con sus cronómetros para registrar las velocidades que es capaz de alcanzar la lengua italiana. Cuando parecía que era imposible sobrepasar las aceleradas exclamaciones de los cinco hombres, intervino la *signora* metiéndose en la carrera con una velocidad *record*. El tema no era tanto el honor de la dama como la debida recompensa por la destrozada puerta. Cuando Filippo fue conducido al Albergo Varcaponti iba rodeado de tanta gente que no podía apenas moverse. Todos gritaban a la vez con igual vehemencia y la misma celeridad.

Zia pasó la noche en una silla en la cocina de casa de Tonia. En vano Tonia le ofreció la cama a su huésped; Zia no quiso aceptarla y su resistencia era comprensible

por buen número de razones. Tranquila y al acecho, pasó la noche sentada, con los brazos cruzados. Los caballeros de Mandria habían decretado que Filippo no debía esperar el barco del día siguiente para salir de Mandria; estaba obligado a salir al alba en la lancha de Torriti. Su marcha fue vigilada por Aldo Faggiani, que en su juventud había sido un victorioso campeón del Club Atlético de Fiume y que rogó cortésmente a Filippo —que se había inscrito en el Albergo Varcaponti como Filippo Fuga— que no acariciase jamás la idea de volver a visitar Mandria.

La carta más reciente de Ursi anunciaba su llegada para fines de junio. Lentamente fueron apareciendo los veraneantes de Mandria, exactamente diecinueve en número, todos ellos rostros nuevos, como si Mandria fuese una nueva máquina maravillosa para comprobar las leyes de probabilidades. Cada año había de dieciocho a veintiún habitantes de la tierra que, por razones ignoradas, decidían veranear en Mandria. Aquella temporada, entre los comprendidos en este número azaroso, se encontraba un matrimonio de Calcuta y una solterona de Filadelfia.

Y un cierto cuarto día de la semana, un jueves de finales de junio, llegó el barco llevando a bordo a Miháil Ursi. Zia lo esperaba en el muelle.

Sólo sus diarios pueden dar cuenta exacta de sus vidas durante los dos meses que siguieron. Debe admitirse, sin embargo, que ni Zia ni Ursi llevaban un diario aquellos días. Sin embargo, hay períodos de nuestra vida en que nuestras memorias operan con mayor sensibilidad y graban un más profundo recuerdo de cosas que tenemos que revivir una y otra vez en momentos de soledad. En estas ocasiones el espíritu y la carne aprenden instintivamente de memoria todas las impresiones y saben, por consiguiente, la respuesta adecuada en cualquier momento. Después de acostarnos y apagar la luz, repetimos conscientemente las palabras, gestos y miradas del día, como si fuesen una tabla de raíces cuadradas, destinada a rememorar las diferencias de nuestros sentimientos y las recónditas leyes físicas de los latidos de nuestro corazón. Transcurren años y a veces décadas durante las cuales no nos ocupamos de estas materias tanto como durante un período como éste, un período de pocas semanas. Sólo en estas ocasiones la gente vive una vida de orden elevado; por lo demás, se limitan a vegetar como plantas.

El diario que sigue está escrito entre humo de cigarrillos; Zia acostada en la cama antes de apagar la luz. Es, sin embargo, un diario, porque antes no encendía un cigarrillo al disponerse a dormir. Y también se redacta un diario similar en el Albergo Varcaponti no entre humo de cigarrillos —porque Ursi no fuma—, pero sí sobre la gruesa alfombra rojo langosta que se extiende bajo su sillón. El astrónomo se pasa la noche sentado en un sillón, hasta el alba algunas veces, apartando pacientemente el mechón de pelo castaño que le cae sobre la frente, ademan que en él es síntoma de la más profunda preocupación.

Aquí reproducimos, pues, fragmentos de estos diarios jamás escritos.

Ursi: «He llegado a Mandria el 28 de junio. Cuando estábamos todavía lejos de tierra he podido observar que T. estaba esperando en el muelle, a pesar de que era imposible distinguir la gente. Evidentemente, en estos casos, hay un sexto sentido que opera. He identificado una mancha verde e inmóvil, que lo mismo hubiera podido ser un arbusto, como Teréz. Estos momentos de atracar fueron maravillosos, porque T. nacía paulatinamente de una tenue nube verde, mientras iba apareciendo su rostro blanco, su boina colorada y sus blancos zapatos de tenis. Me reconoció a distancia y levantó un brazo. Cuando estábamos muy cerca me dirigió un saludo moviendo los dedos, que es un Fernán que no he visto hacer más que a las mujeres de París. Cuando me tendió la mano se limitó a decir: “Buenas tardes”. Pero sus extraños ojos verdes, que tienen siempre un brillo húmedo de intención, incluso cuando no hay motivo para ello, me miraron durante un segundo como si fuese la persona que había estado esperando toda su vida. Tengo que andarme con cuidado con no engañarme con vanas ilusiones. Temo sentirme inclinado a ello desde que conocí a T. Tengo que terminar un libro por Navidad».

Zia: «El barco estaba todavía lejos cuando vi la mancha color arena al pie del mástil. Esto me impresionó ya; sabía muy bien que era sólo el saco de Faggiani. Es agradable haberse liberado de algo que tenía sobre mí tal poder avasallador. Una vez leí que la libertad no depende de los demás, sino de nosotros mismos y, por primera vez, me he dado cuenta de la verdad de la frase. Era agradable estar esperando el barco. Empiezo a darme cuenta del valor de algo que es, me parece, la cosa más importante de la vida: la *tranquilidad*».

Ursi: «Es mi segundo día en Mandria. Al atardecer he ido a paseo por el borde del mar con Teréz. Un símil que se me ha ocurrido me temo que no sea muy original: el corazón es como un fruto, necesita tiempo para madurar. Y luz del sol, la luz del sol de la memoré y de la mente. También ella ha pensado a menudo en mí, según creo, desde que no nos hemos visto. Los dos estábamos pensando mutuamente uno en otro, y algo ha madurado dentro de nosotros hasta saturarnos a ambos de una mutua dulzura. Fue cuerdo no dejar que en nuestras cartas se infiltrase el más leve sentimiento de amor. La dulzura hubiera huido de nosotros como el aroma de un fruto abierto prematuramente. Cualquiera hubiera podido oír lo que hablamos durante nuestro paseo. Me ha contado lo que ha ocurrido en Mandria durante los últimos diez meses. Me ha citado nombres de los cuales no consigo situar facciones, y los acontecimientos no son muy interesantes tampoco. Yo he tratado de explicarle la situación política. He tenido la sensación, al nombrarle a Daladier o Suvich, de que estos nombres no tenían para ella mayor significado que Occhipinti o Niccolini para mí. Ahora sé ya que una declaración de amor no puede ser hecha en términos más bellos que: “Doumergue quiere moderar la loca carrera del parlamentarismo francés con reformas constitucionales”. Al mirarla, he visto que había comprendido lo que quería decir».

Zia: «Ayer cené con M. en la terraza de la Trattoria Marica. No sabe todavía, pero

yo sí, por lo que pasamos a los ojos de la sociedad *mandriana*. Cuando Fanfoni, Domeneghetti y Faggiani juntan las cabezas algunas veces en la mesa vecina siento claramente que han resuelto ya nuestro problema. Esto es algo que M. y yo no hemos sido capaces de hacer todavía. Sería difícil dar cuenta de mi estado de espíritu. Cuando estaba con Filippo tenía siempre miedo de algo; ahora lo sé seguro. M. parece estar en alguna parte fuera de mi mundo y, sin embargo, está maravillosamente cerca algunas veces. Esto sólo puede querer decir que también yo he ido lejos, muy lejos, pero no sé todavía dónde. Acaso esta clase de distancias no tengan nombre. Mientras cenábamos he mirado las manos de M.; tienen algo de la calidad de un instrumento simple, pero perfecto. Mongés dijo una vez que una orquídea puede ser francamente fea y un corcho o un martillo intensamente bellos. Las puntas de los dedos de Filippo eran ligeramente torcidas y sus manos temblaban siempre ligeramente. Antes no me hubiera atrevido jamás a confesármelo. En compañía de M. me asusta pensar cuán estrecha frente tiene mi hermano János y el parásito humano que es mi tío Fini».

Ursi: «Después de cenar T. y yo hemos escuchado la radio en el jardín del Alb. Vare. Todo Mandria estaba allí; los acontecimientos han inquietado a todo el mundo. He tratado de reflexionar sobre la situación, pero no lo he conseguido. La noche ha sido muy mala».

Zia: «Detesto la radio, no quiero saber nada del mundo. Lo único que quiero es esta isla de Mandria, sucia, ridícula y bella tal como es. Anoche la radio nos azotó la cara como una manguera de bomberos a unos pacíficos transeúntes. Pero escupía fuego. En una noche maravillosa de junio como ésta todas las radios del mundo estaban aullando que Hitler había sofocado el *putsch* de Roehm y al parecer lo había matado con su propia mano. Han asesinado al general Schleicher y su esposa en Berlín y a muchos más. Occhipinti dice que es cuestión de días; Mussolini está obligado a declarar la guerra a Alemania. M. tiene un punto de vista diferente de la situación; según él, el calibre de los asuntos internacionales ha degenerado hasta un punto alarmante con el asesinato en masa de los alemanes; pero cree que la opinión de Occhipinti es absurda, porque hace tan sólo dos semanas que Hitler y Mussolini se reunieron por primera vez en Venecia. Dice que no puede imaginar que estos dos dementes enemigos públicos hablasen de otra cosa que de pesca o del equipo de fútbol de Milán».

Ursi: «T. sigue aficionada a nadar durante largo rato a la caída de la tarde. Yo la sigo desde la playa o remo a su lado. No la dejo ir demasiado lejos. No sé qué piensa de ella la demás gente, pero yo la encuentro bellísima. Y me parece la clase de mujer que no me engañaría nunca. Si tuviese que enamorarse de alguien, me lo diría primero, como una chiquilla».

Zia: «La tétrica profecía de guerra de Occhipinti no ha resultado verdad, gracias a Dios. La atmósfera de Mandria es de nuevo pacífica. Los días son bellos. M. trabaja por las mañanas y pasamos juntos las tardes. Cada tarde, a las cinco, aparece bajo la

vieja higuera del jardín y me llama por la ventana: ¡Teréz! Su voz parece despertarme de un largo y profundo sueño, el sueño que he estado durmiendo desde que nací. Me veo convertida en una persona llamada Teréz y mis ojos de Zia observan sus palabras, sus movimientos y sus ideas. Me gusta esta Teréz».

Ursi: «Durante la cena de anoche tuve en la punta de la lengua la proposición de que nos refiriésemos la historia de nuestras vidas. La mía no es interesante. La suya sí, me parece. Ayer descubrí, por una cosa que dijo, que está divorciada. No me lo dijo, pero sé que su matrimonio no fue feliz. El tono de su voz me indicó que no quería hablar de su pasado. Trataré de imaginar cómo podía ser su marido. Supongo que se trata de un francés, delgado y nervioso, pintor o músico con una boina, un hombre de edad, conocido y con una buena renta, con pipa inglesa en la boca y un gran chorro de palabras. El don de la charlatanería; la locura moral del artista, probablemente. T. no quiere hablar nunca de sus padres ni de su familia. Su manera de ser, su conducta, sus movimientos, su seguridad en sí misma, la simple elegancia de su manera de vestir, delatan que tuvo una muy buena educación en circunstancias desahogadas. Si no quiere hablar de su pasado espontáneamente, no le preguntaré nunca por él».

Zia: «La *signora* tiene una mezquina opinión de mi amistad con M. como si fuese una violación de la más alta moral, de cuya salvaguardia está ella encomendada en Mandria. La verdadera razón es que se considera estafada y es difícil censurarla por ello. La semana que viene es su cumpleaños; le regalaré mi sortija con el diamante. Hasta ahora no ha hecho más que refunfunar a media voz. Ayer cené en el jardín con M.; hicimos una sopa de pescado sobre un fuego de llamas. La *signora* puso cara de vinagre cuando le pedimos que nos prestara la olla y nos pidió sarcásticamente que no prendiésemos fuego a la casa. A M. le gusta cocinar; yo estuve mirándolo. Se requiere un talento especial. Cuando el fuego ardía bien, cogió uno de los carbones que había rodado y tranquilamente lo puso en el fuego con un ademán pausado. No había visto más que a la gente del campo de Ararat manejar de esta manera los carbones encendidos, y a tío Carlos un pollo asado una vez, en el bosque; había hecho muchas excursiones mientras estaba cazando en África. M. es una curiosa mezcla de salvaje intelectual. Es maravilloso saber tantas cosas respecto a las costumbres de los peces, la composición química del fuego, las estrellas, las enfermedades, la historia, el arte y el mecanismo de la máquina de coser de la *signora*, que ayer reparó. Francamente, no me gusta nada la sopa de pescado, pero, desde luego, me mostré entusiasmada con ella».

Ursi: «T. y yo hemos hablado de amor por primera vez. Hemos discutido el amor en el mismo tono con que hubiéramos podido hablar de la Contrarreforma o de la segunda Época Glacial, o de la epidemia de gripe de la postguerra. Decidimos que el amor no tiene nada que ver con el carácter, la amistad y la felicidad. El amor brota del deseo sexual del cuerpo, cuidadosamente envuelto en los velos de la poesía o en las usadas zapatillas del matrimonio, porque hubiera sido demasiado bestial si se

mostraba sin adornos. El amor puede —y debe— estar presente en la asociación de toda la vida de dos personas, como la salud, un buen estómago, una dentadura firme, y no hace ningún daño llevarse de vez en cuando la ternura marital a casa del dentista. Pero la verdadera comunión es rara en el amor. Después de divagar sobreseí amor durante más de una hora, cada vez que caminábamos algunos pasos sin decir nada teníamos la sensación de que las silenciosas colinas, las olas, la ondulante brisa del Corso Mussolini y los implacables chillidos de la chiquillería en la playa estaban gritando con todas sus fuerzas que estábamos enamorados uno de otro, y esto nos proporcionaba una indecible felicidad. Pero no lo demostrábamos; cuando uno cita a Kant, Nietzsche o Galton durante una conversación, o toca unas notas de Chopin o unos acordes de Wagner, como si fuese en una trompa impresionante, es inadecuado mostrarse infantilmente feliz, porque esto comprometería la dignidad de estos valores mundiales del intelecto, que —si hay que decir la verdad— parecen idioteces comparados con lo que se siente en estos momentos. Me gustaría, por fin, besar una vez a T. Besar sus ojos cerrados».

Zia: «Siento en mi interior un vago terror curioso. Anoche soñé otra vez que mi madre, con el cuello cortado, era arrastrada por el cabello a lo largo de los corredores del castillo de Ararat, y su cuerpo dejaba un largo y rojo rastro de sangre sobre el mármol del pavimento. Hitler se arrollaba el cabello de mi madre en la muñeca y la arrastraba. Y tengo otro miedo semejante: tener un accidente de automóvil. Es curioso que no tenga miedo de los aviones, sino de los accidentes de auto. Y no tengo miedo de los caballos tampoco, a pesar de que he tenido alguna caída seria y me rompí el brazo izquierdo cuando tenía doce años y *Boby* me tiró. No estoy tranquila en automóvil más que cuando Oscar, el chófer de mi padre, conduce. En mi pesadilla de anoche iba sola en el coche de mi padre. El gran vehículo avanzaba por la carretera a velocidades vertiginosas, a pesar de que no se veía más que a veinte metros. Le pedí a Oscar que no condujese tan de prisa, y cuando volvió la cabeza vi que su rostro era el de Mussolini. Ayer le di a la *signora* mi sortija con el diamante. Ahora, al parecer, comparte mi felicidad. Me parece que los hombres de Mandria me han dado ya por perdida. El panadero Fanfoni no vuelve ya hacia mí su cara de rata arrugada, y el elocuente fuego se ha extinguido en el rostro de Occhipinti. Ahora, cuando paso por delante de la farmacia, sigue tranquilo ante la puerta, limpiándose las uñas. Antes solía ocultar el cortaplumas cuando me veía. Hoy hace tres semanas que llegó M.».

Ursi: «Durante los meses de invierno, T. se ha tragado los libros que le mandé hasta un punto inesperado. Ahora ve algunas veces con sorprendente claridad importantes relaciones entre las cosas y siente que las grandes verdades que rigen la humanidad (y que la política y la religión, como principales fuerzas han hecho excesivamente complejas) son simples y bellas. Tan simples que no admiten discusión ni controversia, como ciertas leyes de las ciencias naturales. Siento un gran placer al ver como T. recibe estas simples verdades y cómo su inteligencia va

tomando forma extendiendo sus ramas, floreciendo, madurando. Ayer, mientras estábamos sentados en el banco del Corso Mussolini, se echó súbitamente a llorar, a pesar de que hasta entonces su atención no se había apartado de lo que estaba diciendo, que versaba sobre un problema social. Es impresionante ver cuán súbitamente brotan estas tormentas de emoción en el alma de una mujer. Bajo este aspecto son diferentes de los hombres. Su manera de sollozar era bella; misteriosas lágrimas humanas que brotan de las profundidades. Al verla sollozar pasé mi brazo en torno de ella y traté de consolarla, pero no pareció darse cuenta. Cuando hubo acabado de llorar cuanto quería, se sonó, miró sus zapatos y dijo: “Estos zapatos los compré en París por ochenta francos”. Sabe ser una chiquilla, una mujer y un ser sobrehumano al mismo tiempo. La amo tanto ya, que algunas veces sufro».

Zia: «Ayer, por primera vez, M. habló del libro que está escribiendo y que lo ocupa desde la mañana hasta última hora de la tarde. El año pasado dijo casualmente que estaba escribiendo un libro sobre el problema de la propiedad de las tierras. Ahora sé que el libro trata del problema político agrario de Hungría, y más específicamente sobre el sistema húngaro de la posesión de las tierras. Al explicarme el fondo histórico del tema y citarme la lista de las inmensas propiedades de Hungría mencionó el nombre Dukay. No era la primera vez que oía mencionar mi nombre como a distancia y en una abstracción, porque aparecía en mis libros de colegio, y Dukay Utca en Budapest o en Sopron no significaba gran cosa para mí. Pero fue tan inesperado oír el nombre de Dukay en labios de M. que súbitamente me ruboricé y mi corazón comenzó a latir furiosamente. Era una severa opinión crítica de las grandes propiedades de Hungría. Esto no me sorprendió porque hay gente en nuestro propio círculo que piensa de distinto modo que mi padre. Recuerdo, cuando estaba todavía prometida, que caminando por el parque de Ararat una vez con tío Péter, analizó las razones por las cuales el sistema húngaro de tenencia de tierras era intolerable. Bajo este aspecto, dijo, éramos el último búfalo de Europa. Pero me pidió que no repitiese nuestra conversación ni a mis padres ni a mis hermanos o hermanas, porque, de todos modos, tampoco lo entenderían. ¿Qué ocurrirá cuando M. descubra quién soy? Quisiera que no lo supiese nunca».

Ursi: «T. ha sido hoy feliz todo el día. Me ha dicho orgullosamente que un periódico ilustrado le ha pagado doscientos cuarenta dólares por dos de sus fotografías “La moscas” y “Amor celestial”. Esta última muestra dos gaviotas acopladas en pleno aire. Analizando su género de vida aquí calculo que esta suma le permitirá vivir en Mandria por lo menos medio año. Pero sigo sin comprender qué la ha atado a este sitio durante años enteros».

Zia: «Todo ha ocurrido tan sencilla y maravillosamente... Estábamos sentados en el banco del Corso Mussolini, que M., después de pedirme respetuosamente permiso, ha bautizado como “banco Teréz”, y oscurecía. El general Hasparics y sus cuatro perros habían pasado ya en dirección a su casa. Estábamos solos y para mí era como si fuésemos los únicos seres en todo el vasto mundo. Súbitamente fui presa de una

sensación de tristeza al verme tan sola en la vida. ¿Mi madre? ¿Mis hermanos y hermanas? Son como parientes lejanos. En todo caso mi madre no ha sido nunca para mí más que una especie de institutriz usando corona y sentada en un trono. Papá es mi única familia, pero siento que en su vida figuro también como una agradable aventura bajo la categoría de amor paternal. Pido perdón por haberlo ofendido con este pensamiento.

»Estábamos, pues, sentados en el banco y escuchando, porque habíamos agotado los temas de conversación. De repente, cogí la mano de M. que reposaba sobre su rodilla, la abrí y puse mi puño cerrado dentro de ella, como si buscara refugio o tuviera frío. Uno tras otro cerré sus dedos sobre mi puño y después, cuidadosamente envuelto en su mano, lo volví a poner sobre su rodilla, como si fuese un objeto enteramente independiente de mí, un pobrecillo objeto digno de mejor suerte. Nos miramos y sonreímos con una sonrisa que era casi un sollozo. Jamás me había sentido tan tierna, tan femenina. Me rodeó con sus brazos y me dijo: “Me gustaría besar sus ojos”. Viniendo de sus labios, estas palabras eran tan sorprendentes como si la *signora* se pusiese de repente a recitar las leyes de Gay Lussac o alguna hermética fórmula química. Casi me eché a reír. Rodeé su cuello con mis brazos y le besé en la boca. Me acerqué a él y estuvimos besándonos largo rato sin decir palabra. Cuando volvimos a casa era completamente oscuro. Al llegar a las luces que brillaban en el muelle parecíamos dos extranjeros volviendo a la realidad desde un mundo fantasmagórico».

Ursi: «¿Por qué no era feliz ayer cuando me separé de T. después de cenar? Algunas de mis premoniciones son sorprendentes. He perdido completamente contacto con los asuntos del mundo. En este momento no tengo idea de si no seré llamado mañana a Budapest para incorporarme al ejército».

Zia: «Esta maldita radio se ha apoderado de Mandria una vez más. Ahora todo está patas arriba. Ayer los *putschistas*^[49] nazis asesinaron al canciller austríaco en su despacho. Lo recuerdo muy bien; una noche fue a cenar con nosotros en Bösendorferstrasse. ¡Pobre pequeño Dollfuss, con sus ojitos de niño! Sentado a la mesa parecía tanto un chiquillo que daba ganas de sentarlo en las rodillas. ¿Qué va a pasar en este espantoso mundo? Mussolini está movilizándose las guarniciones de la Italia del Norte, y ha mandado tropas al paso del Brenner y a la frontera *carintia*. ¿Tendría razón Occhipinti? La gente se reúne en grupos en la Piazza, los hombres están silenciosos y las mujeres rondan de una parte a otra diciendo que la guerra ha estallado».

Ursi: «La movilización italiana es un asunto muy serio. Espero el telegrama de Budapest de un momento a otro. Gracias a Dios había juzgado mal a Mussolini. Evidentemente, Hitler no consiguió doblegar la espalda de Mussolini durante su entrevista en Stressa; el Duce sigue hasta ahora haciendo su papel histórico. Será el hombre más famoso de su tiempo. Ya es hora de que los italianos, los anglosajones y los soviets se alíen y les quiten un poco el viento a las velas de los alemanes».

Zia: «El mundo bulle e incluso el mar parece adoptar esta noche un nuevo color. Tengo la sensación de que las colinas se mueven conmigo, como si quisieran desplegar sus alas. Todos volamos hacia alguna parte: el mundo entero. Miháil casi no dice una palabra en todo el día. No puedo decidir si su rostro está extrañamente transfigurado o simplemente preocupado. La hora de la cena había pasado hacía ya tiempo y mientras caminábamos a lo largo del mar donde la luz de las estrellas apenas dibujaba el perfil de las colinas de la costa, Miháil, inesperadamente, dijo con una voz profunda y preocupada, que era casi un susurro:

*Era una extraña noche de verano,
el ángel del odio batía
un tambor en él cielo...*

»Reconocí la cita, porque Kristina había recitado frecuentemente este poema de Ady después de la guerra. Estos dos versos se habían grabado también en la mente de papá y a menudo los recitaba con voz ampulosa cuando estaba preocupado.

»Mientras acompañaba a Miháil a través de aquella noche italiana, cálida y fétida, parecía verdaderamente que el ángel colérico, alocado, batiese el tambor en el cielo. El aspecto taciturno de Miháil parecía decirme que también él estaba escuchando aquel misterioso y potente redoble de tambor. Al acercarnos al muelle, los suaves sonidos de una mandolina salieron de la oscuridad. La terraza de Marica está desierta ya. Incluso durante la cena parecía saber que tenía que ocurrir algo esta noche. Pero no ocurrió. Excepto en mi interior».

Ursi: «Puedo ver ahora las cosas más claras. Yo también era víctima de una ilusión, si bien no tanto quizá como este farmacéutico charlatán. No por el hecho de que el peligro de la guerra haya pasado, sino por *la forma* cómo ha pasado, es concluyente con respecto a que los dos dictadores italogermanos gravitan uno alrededor del otro. Y temo que con irresistible fuerza. Durante algunos días T. ha estado como un chiquillo asustado. Quisiera estrecharla entre mis brazos y llevármela lejos, a cualquier sitio, fuera de este asqueroso mundo humano».

Zia: «También esto ha ocurrido simple y bellamente, como nuestro primer beso en el Corso Mussolini. Hemos cenado en casa de Marica y paseado por el puerto y entonces le he dicho a M. que como ninguno de los dos podría dormir era mejor que fuésemos a casa donde le haría un buen café y, además, tenía una botella de marrasquino. M. se ha marchado poco antes del alba, cuando todavía era de noche. ¿Qué hora es ahora? Pronto serán las doce. No tengo fuerzas para levantarme. Estoy todavía medio en sueños, en brazos de una maravillosa y dulce embriaguez que no tiene nada que ver con el licor, porque sólo hemos bebido una copa o dos cada uno. Las cortinas no están corridas, la habitación está medio oscura y me parece ver a Pringsheim sentado en el sillón. Veo sus plateadas patillas claramente y me parece oír su delicada voz vienesa y matizada. Y yo, con los ojos cerrados, sin decir nada... le

estoy repitiendo una y otra vez el perfecto ritmo y aquella otra palabra... no recuerdo ya».

Ursi: «Me casaré con T. No hemos dicho una palabra de ello, pero los dos sabíamos que tenía que ocurrir».

Zia: «Los días pasan tan rápidamente como si realmente volasen hacia alguna parte, y parece que no tenga importancia que el mundo se desvanezca entretanto».

Ursi: «Cuando aparezca mi libro, el Fiscal recibirá órdenes de la superioridad para abrir un proceso contra mí, por “intento de derribar el orden establecido en la sociedad...”. Esto es seguro. Espero pasar largo tiempo en prisión. Si se habla alguna vez de matrimonio, T. tiene que estar al corriente de ello. ¿Se desesperará? No lo creo. Comprenderá que no puedo abandonar la publicación del libro».

Zia: «Toda promesa que jamás me hiciese la vida ha sido cumplida».

Ursi: «Soy feliz, feliz hasta un extremo que no había creído posible. Tengo la cabeza clara cuando empiezo a trabajar por la mañana en mi libro y el trabajo avanza maravillosamente bien. Después, por la tarde...».

Zia: «Tenía ocho años. Recuerdo el pisapapeles de cristal de papá y la sombra irisada que lanzaba sobre el papel secante cuando caía sobre él el sol entrando por la ventana. Buscaba un lápiz colorado en la mesa de papá, pese a que aquello era terreno vedado. No encontraba el lápiz y comencé a buscar sellos extranjeros en el cesto de los papeles, porque siempre encontraba alguno para mi colección. Entonces fue cuando tropecé con el prospecto de Mandria. Lo cogí y escapé corriendo al oír llegar a alguien. Examiné el prospecto a hurtadillas, como si fuese un libro reservado a los mayores. Lo guardé durante años enteros y Mandria tomó cuerpo en mi alma como una milagrosa visión del futuro. Las trompetas del Juicio Final. El epitafio del Destino. Ahora sentía que la ruta que se abría ante mí sería larga, árida, humilde, acaso dura, pero bella. Me bordaré también una mortaja y recorreré grandes distancias para tomar parte en las procesiones de Mandria. Sólo la humildad de la muerte puede pagar la felicidad que Mandria me ha procurado».

Al llegar a este punto, el 31 de agosto de 1934, el diario no escrito toca a su fin. Toca a su fin este día porque una cruel y absurda tormenta derrumbó la ciudadela escarlata de la princesa Oasika y sus torres amarillas edificadas con tanto esfuerzo e industria sobre la Colina de las Naranjas por tigres y elefantes. Ni la vida ni Mandria podían tolerar por más tiempo aquella ciudadela de cuento de hadas. ¿Qué había ocurrido? ¿Se había desencadenado de nuevo la radio? No, ni la guerra ni los cataclismos de la historia pueden derrumbar tales ciudadelas.

Ocurrió otra cosa. El barco de Fiume se balanceaba en el puerto durante su día de reposo. Ursi tenía que embarcar en él a la mañana siguiente, porque sus vacaciones habían terminado. Pero escribió al Instituto Nacional Astronómico que llegaría con una semana de retraso. Estaba acumulando todas las cosas tempestuosas que quería

decirle a Teréz durante su última semana.

Y entonces, el 31 de agosto, todo se derrumbó. Por lo mañana, como de costumbre, Ursi trabajó a la sombra de los árboles del jardín Varcaponti, desde donde podía verse —si se quería— la Piazza Vittorio Emmanuele a través de las ramas. Sobre las once vio a Teréz pasar por delante de la droguería de Niccolini acompañada de un alto oficial de la marina con uniforme blanco. Fue sólo una visión fugitiva. Teréz llegó inesperadamente, a mediodía. Le pidió, sin darle importancia, que aquella tarde no fuese a verla, porque estaría ocupada. Esto es todo; desapareció sin esperar respuesta. Al llegar a la puerta se volvió para despedirse de él con un ademán de los dedos. Tenía prisa. Ursi volvió a su trabajo, pero no pudo jamás terminar la frase que había comenzado, como si toda fuerza hubiese desaparecido de su potente brazo. ¿Qué quería decir con aquel «estaré ocupada»? ¿Qué era lo que la ocuparía? ¿Revelando fotografías? No era probable. Era ya en ella inusitado que hubiese ido a aquella hora; no lo había hecho nunca por tácito respeto a sus horas de trabajo. Y la forma como había entrado diciendo aquellas palabras precisamente. «¡Voy a estar ocupada esta tarde...!». Y desapareció con el evidente propósito de eludir toda pregunta. Últimamente los encuentros por la tarde no habían comenzado con la llamada de Ursi desde el jardín; iba rectamente a su habitación, llamando levemente con los nudillos y entrando sin esperar respuesta, con quien tiene derecho a ello. Debía haber alguna razón seria para el aplazamiento de su visita. El estado agudo de felicidad en el amor es siempre propenso a los celos como una herida abierta lo es al peligro de la infección. Lápiz en mano, Ursi contemplaba su manuscrito con la mirada fija, pero ahora estaba ya totalmente desprovisto de significado para él, y la visión que tuvo de Teréz fue una visión inmortalizada desde el principio de los tiempos; misteriosa e indescifrable. Éste es el concepto que los hombres alegres y frecuentemente olvidan. Ahora recordaba que el año anterior, cuando sólo conocía a Zia de vista y paso varias semanas paseando por aburrimiento con Ljubica, la rubia de Zagreb, ésta estuvo constantemente contando chismes sobre todos los veraneantes de Mandria pero con mayor vehemencia y persistencia sobre la dama fotógrafo. Sostenía que aquella altanera y desdeñosa fotógrafa de París era una peligrosa ninfomaniaca que había tenido incluso un lío con el inspector de aduanas que fue asesinado el año pasado, el inspector se lo había contado a Domeneghetti, el barbero, el día antes de su muerte. Todo Mandria sabía en aquel mismo momento que tenía amores rivales con Occhipinti y Fanfoni, el panadero, Ursi no prestó atención a estos chismes porque Ljubica difamaba de la misma forma a todas las forasteras bonitas y era fácil ver que estaba obsesionada por el temor de que una mujer le robase su elegida presa. Su conducta era tan transparente que Ursi comenzó a evitar todo contacto con ella a los pocos días. Pero ahora volvían a él sus palabras. Era como si una serpiente desencarnada saliese de las sombras del árbol y reptase hacia el

manuscrito que estaba sobre la mesa. «Voy a estar ocupada esta tarde». ¿Quién era esta Teréz? En realidad no sabía nada de ella y las mujeres tienen a veces reservadas para los hombres sorpresas verdaderamente desagradables. Melanie... una vieja herida comenzó a abrirse de nuevo, como las burbujas de un cenagal. Cuando era todavía estudiante se había enamorado de una muchacha con quien había querido casarse y a la que creía el ángel más casto de la tierra hasta que averiguó, por puro azar, que era asidua cliente de un burdel privado. Teréz... ¿Quién era Teréz fuera de su profesión de fotógrafo parisiense? Aparte del hecho de que estaba llena de gracia y delicadeza, ardor y maravillas, ¿quién era? Una gran cantidad de sorpresas se ocultaban probablemente bajo estas cualidades. El misterio en el cual se envolvían indicaba muchas cosas.

Ursi luchó con estas ideas, como buscando aire para respirar, hasta las siete de la tarde. Entonces no pudo aguantar más y se dirigió hacia la Pensión Zanzottera. Los celos están siempre exacerbados en estas ocasiones, cuando se entra en una habitación con una cartera de documentos acusadores bajo el brazo, como un abogado que se dispone a acusar, pero en el corazón subsiste el deseo de retirar la causa, de llegar a un acuerdo. Tampoco estaba Ursi muy lleno de convicción mientras se dirigía a la Pensión Zanzottera, acumulando argumentos contradictorios y con ellos la esperanza. Quizá encontraría a Teréz delante de sus cubetas, con los baños de sus clisés, las mangas de su bata remangadas hasta el codo; quizá estaba preparando unas fotografías para darle una sorpresa. O la encontraría en animada discusión con una mujer de edad. Después de todo, no era seguro que hubiese visto pasar a Teréz con el oficial de marina, porque la visión había sido sumamente fugaz y desde entonces incluso el recuerdo de aquellas dos hojas de parra que le obstruían la vista, se le había grabado en el cerebro. Pero tales argumentos contradictorios no sirvieron más que para hacer el desengaño más explosivo. La *signora* respondió a la llamada. Mostró su sonrisa un momento, pero esta vez sólo fue una sonrisa mecánica y no escapó a Ursi que su vacilante mirada fue de la habitación de Teréz a él no una vez, sino dos veces, brillando de confusión y sorpresa, como si también ella supiese que su visita era extemporánea. Ursi se dirigió directamente a la habitación de Teréz y llamó, una llamada que oscilaba entre su tímida llamada habitual y la llamada oficial de un funcionario judicial. Entró sin esperar respuesta, con el corazón en la garganta y la torturada sonrisa de esperanza en los ojos, dispuesto a encontrar sus sospechas infundadas, a confesar contrito su estado de ánimo.

La cabina fotográfica estaba en el rincón derecho de la habitación. Al abrir la puerta se cerró la de la cabina. Durante un instante, a través del chasquido de la puerta al cerrarse, vio claramente desaparecer la blanca figura del oficial de marina. Teréz estaba en medio de la habitación con un ademán interrumpido, como una película fotográfica que se rompiese. Parecía que acababa de levantarse del sillón hacía un instante y su brazo en el aire sugería señalar al oficial de marina la única escapatoria; parecía incluso sentir flotando en el aire sus palabras de alarma al salir

de su boca. Su rostro era apenas visible, porque estaba de espaldas a la luz, destacándose sobre el marco azul de la ventana que iba ensombreciéndose, y la rama seca de la higuera en el fondo, como un trágico sueño. En la penumbra de aquel atardecer la gorra blanca del oficial se destacaba sobre la mesa anunciando el súbito fracaso de todo disimulo, porque en aquel momento, la gorra sola era más elocuente de lo que hubiera podido serlo la presencia del oficial. Había en la habitación un perfume de tabaco desconocido, un aroma del que se percata en el acto el hombre que no fuma. Dos copas de licor estaban al lado de la gorra, sobre la mesa; y allí estaba también la botella de marrasquino que ahora adquiría la forma de la extraña llave de un terrible secreto.

—Oh... perdóneme —dijo Ursi, y la puerta se cerró tras él casi sin haber detenido su balanceo.

Pocos minutos después se encontraba en el Corso Mussolini, donde, apoyando sus codos en un muro de piedra, parecía que hubiese recibido una terrible herida que lo hacía sangrar hasta la muerte. Una mujer con un gran cántaro de agua sobre la cabeza pasó en la penumbra de la tarde, como un fantasma ambulante de las pasadas eras de los latinos. La mujer le miró dos veces y el cántaro de la cabeza la obligó a imprimir un movimiento giratorio a todo su cuerpo. La penumbra se convirtió en oscuridad, las florestas de laureles de la colina saltaron sus velos de viento y el mar comenzó a respirar jadeante, pesadamente. Sobre un mantel purpúreo de nubes en el cielo de levante la luna brillaba ya, blanca, como una gorra de marino tropical.

Ursi comenzó a caminar pausadamente hacia el puerto. Debían ser sobre las ocho y media. El muelle estaba desierto y las luces amarillentas de algunas embarcaciones se reflejaban en el agua. Transcurrieron sólo algunos minutos antes de que apareciese Teréz del brazo del marino vestido de blanco. No vieron a Ursi, porque estaba en las sombras, pero pasaron por la zona de luz y Ursi reconoció en el acto al oficial de marina. El descubrimiento lo hirió como un rayo. ¡István Dukay! Ciertamente lo reconoció; aquel rostro era tan conocido en toda Hungría como el Puente Colgante o el Palacio Real. Y, súbitamente, todo cuanto había oído decir respecto a aquel legendario conde acudió a su memoria. Todo, sus queridas, sus harenas... En el acto el misterio quedó aclarado. Teréz era la amante de István Dukay. De pie, inmóvil en las sombras, era incapaz de apartar la mirada de István Dukay a quien había visto varias veces de cerca en los corredores del Parlamento, para él sólo unas vastas tierras, dos piernas y una voz recia envuelta en humo de los habanos. La gran lancha a motor se disponía a zapar. Los cegadores rayos de sus reflectores barrían la terraza de la Trattoria Marica en la ribera opuesta de la laguna. Los muros de las casas y las chimeneas se destacaban blancas sobre el fondo oscuro. El conde tomó a Teréz entre sus brazos y la besó. No era ya difícil distinguir la insignia del Bálaton Yacht Club en su gorra de marino. La lancha a motor se puso en marcha con ruido de ametralladora, y la blanca figura del conde permaneció rígida a popa, sin apartar la mirada de Teréz, que, levantando el brazo derecho y moviendo los dedos, dirigía un adiós al hombre

que se alejaba. En su ademán había una sensación de profundo dolor.

Ursi dio la vuelta y se perdió en la oscuridad. Zia se dirigió al Albergo Varcaponti y al no encontrarle allí lo buscó en la terraza de la Trattoria Marica, dejándole recado de que le esperaba en la pensión.

A la mañana siguiente apareció de nuevo en el Albergo Varcaponti donde se enteró de que el *signor professore* se había marchado inesperadamente en el barco de la mañana.

Así quedó reducido a nada el idilio de Mandria. El astrónomo se desvaneció en el torbellino de sus propios celos. Zia no tenía la menor idea de que hubiese reconocido a su padre, pero comprendía que su marcha era debida a la fatal interpretación. Comprendía que había sido cogida en su propia trampa porque era una falsa interpretación que no podía ser aclarada sin ciertas complicaciones. Las mujeres se sienten generalmente halagadas por los celos masculinos y lo que es dolor para el hombre, en casos como éste, es para la mujer una especie de placer. Pero cuando el alma de una mujer está completamente rendida, se siente herida y entristecida por los celos. Esto, o algo parecido, era lo que le ocurría a Zia.

Mandria quedó de repente reducida a cenizas; perdió todo su significado, su misteriosa magia interior. Durante algunos días anduvo errante y perdida por el Corso Mussolini esperando en vano un telegrama o algún otro signo de vida. Pero los días pasaban vacíos. La amargura y la rebelión se apoderaron de ella. Al parecer, todo era en vano. Y de repente sintió la añoranza, sentimiento que no había experimentado jamás. Esta añoranza era el ansia de la facilidad de su vida anterior. Desde hacía tres años se lavaba como un gato, bañándose en la bañera plegable que se había llevado consigo; ahora suspiraba por las bañeras de mármol y los grandes chorros de agua de los grifos de Septemvir Utca y el palacio de Ararat. Sus muñecas anhelaban el mango de la raqueta, sus manos, las riendas, sus muslos y su cintura el lento ritmo del galope y la delicada música, la suave fragancia de una silla de montar. Encerrada entre los muebles de la «Pensión Zanzottera» suspiraba por regresar al grave esplendor de sus habitaciones, el profundo, cálido y suave resplandor de los viejos robles. Su estómago ansiaba las obras de arte de *monsieur* Cavaignac, su oído tenía sed del cristalino tañido de las campanas de Ararat que parecían transportarla a su infancia. La piel de su cabeza, cada uno de sus cabellos, temblaban de deseo de sentir las manos de Kudera, el peluquero internacional, y ansiaba sentirse bajo el casco niquelado. La modista de sombreros, Anci Vóros, parecía llamarla con los velos franceses y las plumas de las aves del Brasil. Como Venus saliendo de las olas, la desnudez de sus hombros suspiraba por emerger de las sedas de su último traje de noche. Su lengua y sus dientes anhelaban el idioma familiar de su casa y su mundo. Su sentido del olfato echaba de menos el olor peculiar que despedían las escaleras de madera de su casa y la dulce fragancia que emanaba del estanque tapizado de lirios de agua durante el mes

de setiembre y que brotaba de los grandes árboles que se inclinaban saludándola al pasar. La herida que la marcha de Ursi le había hecho en su orgullo reclamaba ahora las reverencias de los lacayos. Todo esto constituía su añoranza. Su desilusionado espíritu anticipaba ávidamente los frívolos rasgos de ingenio de su tío Fini y quería reírse a gusto y bien alto de las tontas locuras del Park Club. Aquella alma que durante el transcurso de tres años había contemplado con tanta frecuencia la defraudadora visión de la mancha amarilla que luego resultaba ser el saco de Aldo Faggiani conteniendo el medio ternero, aquella alma, necesitaba ser refrescada. La plácida suciedad de la Piazza Vittorio Emmanuele, el sombrío mensaje del mar profundo, el alba y la revelación de los problemas del mundo al lado de Ursi, el hasta entonces ignorado deleite del amor, todo esto quedaría atrás en el cementerio de Mandria, en el invisible sepulcro de Teréz Hemli.

Comenzó a hacer el equipaje el quinto día, ocultamente, a fin de que ni la *signora* pudiese darse cuenta. Anunció su marcha como una sorpresa, diciendo que había recibido buenas noticias de su familia desde el extranjero. Dejó las telas con que había arreglado su habitación y al marchar le regaló a la *signora* un saco de mano que no había llevado nunca en Mandria. No dejó más que una carta, dirigida al párroco Muzmics. Cuando hizo sus cuentas vio que no había gastado siquiera setenta y dos mil liras durante su estancia de tres años en la isla. Convirtió la suma en francos y recordó que el traje verde y oro que había llevado en la recepción del marqués Delfrate había costado mucho más. Incluyó un cheque de doscientas mil liras en el sobre del párroco Muzmics, rogándole las distribuyese entre los pobres de Mandria. Incluyó también una lista de los beneficiados, porque conocía a todo el mundo y la fortuna de cada cual en Mandria. Estimaba que si hubiese vivido en otro sitio modestamente hubiera gastado mucho más.

Salió en el próximo barco. De pie sobre cubierta veía alejarse a Mandria. La playa iba disolviéndose paulatinamente en la oscuridad del crepúsculo. Durante largo tiempo permaneció a la vista el cementerio en lo alto de la colina, con las losas blancas y los altos cipreses negros que aparecían en la fotografía que le había hecho a Pringsheim; Zia pensó que Teréztien descansaba allí, en un lugar cercano a la mujer del médico vienés.

Lentamente Mandria desapareció debajo del horizonte. El clima de Mandria es fértil en leyendas. Con el tiempo, quizá se creará la leyenda de la *fotografié morta* entre los pobres de Mandria que con sus blancas mortajas caminan a la cabeza de las procesiones.

La aristocrática y joven dama que desembarcó en Fiume seguida de sus incontables equipajes era de nuevo Zia Dukay. Más que nunca Zia Dukay, quizá porque en ocasiones como aquélla, el alma se arropa incluso más cuidadosamente de lo necesario, habiendo perdido su seguridad en algún sitio y, hasta cierto punto, como

un corazón que trepa desde un valle profundo hasta el clima montañoso.

Es una ley tácita en estas montañosas alturas acoger al recién llegado sin sorpresa, sin estupefacción, sin preguntas indiscretas ni silencios significativos. El «Buenos días, Zia» y el frío beso de la condesa Mentí fueron verdaderamente la condescendencia levemente exagerada de una parienta lejana. La servidumbre consideró natural que la condesa —no le daban el tratamiento de princesa ya— recuperase sus habitaciones de soltera. De sus hermanos y hermanas, sólo Kristina y Rere estaban en Ararat. A fines de semana llegaron invitados llegó Elisabeth con su cabello de lino, que, por lo visto, vivía en marital beatitud con el señor Calandra, y Sigi y Ubi, y hay que confesar que se condujeron divinamente.

Su bienvenida redujo su estancia de tres años en Mandria a una ausencia de tres semanas. No obstante, Zia sintió en su discreción cuán pronto la olvidarían si se muriese.

Fue sólo cuestión de días volver a florecer en su suelo natal. Pasó las dos semanas siguientes en el castillo de Sigi, donde encontró a los soplos del Park Club, todos casados y la mayoría divorciados.

Sigi contrató algunos zíngaros para el domingo por la noche. Dos gendarmes los llevaron desde el condado limítrofe en un vagón atestado. Fue necesario hacerlo así porque la banda no quería ir o, mejor dicho, quería ir, pero los habían contratado para focal en casa del director de un molino, que celebraba su santo aquella tarde. Sigi llamo al primer violín y comenzaron las negociaciones, pero el director del molino no estaba dispuesto a renunciar a los derechos en favor del conde. En todo caso, estaba mal visto en el condado por algo que había ocurrido relacionado con la molienda del trigo, como consecuencia de lo cual se decía que era un peligroso partidario de las izquierdas. El funcionario del Gobierno estaba entre los invitados, en vista de lo cual dio orden a los gendarmes de que metiesen a los *zíngaros* en un vagón, a la fuerza si era necesario. En aquellos años había todavía en Hungría algunos condados donde el representante del Gobierno servía los intereses del conde más que los de la ley. Cuando los vio el director del molino, los zíngaros parecían ser llevados a galeras, pero se sometieron sin la menor resistencia y comenzaron a chillar y reírse en cuanto el vagón hubo salido del pueblo. Hay una diferencia, después de todo, entre tocar para el director de un molino o tocar para un conde.

Un gran festejo comenzó en el castillo. El grado de la fiebre y animación queda indicado por el hecho de que eran las once de la mañana cuando el grupo comenzó a deshacerse. Al marcharse los convidados, Sigi se ofreció a acompañar a Zia hasta su puerta. Iban cuatro en el *roadster*; Sigi conducía y el señor Calandra iba a su lado; detrás Zia y la rubia Elisabeth que estaba embarazada. Los Calandra se dirigían a Ararat a pasar unos días. El señor Calandra estaba tan borracho que se quedó dormido en cuanto subió al coche. Su cabeza, azulada y pulcramente afeitada Por la noche, pero sombreada ahora por el pelo, caía sobre su pecho. Algunas veces, le confiaba su mujer, se afeitaba tres veces al día. Sigi estaba en el apogeo de al humor endiablado.

Se daba órdenes a sí mismo riéndose al propio tiempo. Elisabeth lo reñía constantemente por usar expresiones inadecuadas en presencia de las damas. Zia apoyaba la cabeza en el respaldo del asiento y cerró los ojos. Había bebido copiosamente por Primera vez en su vida y comenzaba a sentir los efectos, tenía en los labios un torcido gesto de intoxicación y en la parte izquierda de la boca un frunce amargo mientras iba extrayendo sus ideas de la realidad. Ni siquiera abrió los ojos cuando Elisabeth lanzó un grito de terror porque Sigi se salió del parque a tal velocidad que el pilar de piedra de la entrada arrancó el guardabarro izquierdo con gran estruendo. «¡Hopla!» fue el alegre grito de despedida de Sigi al desaparecido guardabarro.

Pocos segundos después el coche saltaba como una pelota de goma sobre la carretera recta como una flecha. El soplo del aire de setiembre entonaba un himno digno y monótono en sus oídos. La aguda voz de una mujer resonó en la radio del coche cantando con acompañamiento de *jazz*:

Éste es un hermoso día, pam, pam. Éste es el único modo, pam, pam, de seguir adelante.

Acelerando progresivamente hasta alcanzar setenta millas. Sigi levantaba los brazos en aire siguiendo el compás como un director de orquesta: *¡pam, pam!*

Nadie supo lo que había ocurrido. Se oyó un golpe seco y el coche dio dos saltos mortales en el aire, el primero en sentido de su longitud, el segundo en el de su eje y se detuvo en la cuneta, mostrando su barriga al cielo, mostrando los grises intestinos de su mecanismo y el negro aceite de su sangre.

Un fuerte gruñido salió de debajo del coche, del pecho del señor Calandra. Ningún sonido venía de Zia, de Elisabeth ni de Sigi. Pocos momentos después los gemidos del señor Calandra cesaron.

Sólo la radio seguía tocando. De debajo del coche volcado, donde estaban sepultados destrozados cuerpos humanos, brotaba la voz aguda de una mujer, algo más apagada que antes, pero clara en el súbito silencio, cantando: *Éste es un hermoso día, pam, pam...*

A juzgar por el timbre de la voz, la mujer era negra.

CAPITULO XV

ERA el 14 de marzo de 1935. Las colinas de Buda ostentaban todavía sus gorros de nieve, pero estaban ya hechos jirones. En las orejas de esos gorros y a veces en lo alto de ellos salían tufos de cabello por las desgarraduras. Los bosques comenzaban a florecer y el cielo nuboso insinuaba aquí y allá el aspecto que tendría el primer día de primavera. La primera agachadiza había hecho su aparición durante el crepúsculo púrpura en los árboles de las villas de Fuga Utca, pero el aire conservaba todavía la humedad de la nieve.

Alrededor de las siete de la tarde Ursi entró en el café «Gugger». Cuatro hombres estaban sentados en su *stammtisch*, enfrascados en una discusión. Ursi dejó su cartera sobre una silla y se unió a ellos. Encargó café y tres huevos en una copa, que constituían su cena.

Ahora eran cinco alrededor de la mesa; Hámor, Futó, Ormai y Endre Makkosh, el funcionario municipal de Ararat. Pero había días en que eran veinte y había que juntar varias mesas. Estos grupos se reunían no sólo en el «Gugger», sino por todas partes, sin conocerse unos a otros, como en ostentación del instinto magiar de asociación y apoyo. Eran verdaderos magiares y cualquiera que los hubiese observado atentamente en aquel café de Budapest —cuya clientela en nada difería de las habituales de los cafés de París, Praga y Viena— hubiera visto las espléndidas trazas de ascendencias *kirghises*, *tártaras*, *ostyakas* y *turcas* en sus rostros, refinadas por el tiempo como los guijarros de un río. Pero en un período en que las teorías raciales eran moneda corriente, unían sus fuerzas para dar el mentís a la teoría racial, y allí había judíos intelectuales entre ellos, e incluso húngaros con apellidos alemanes. Se unían en la batalla contra las ideologías como si, deponiendo las armas entre sí, dispusieran a jugar una partida de ajedrez por correspondencia con adversarios que eran maestros en el juego. El gran error de su juego era que, pese a la excelencia de su combinación que llevaba (por ejemplo), a la jugada diecisiete, no tenían ni la paciencia ni la resistencia de las jugadas intermedias. Había entre ellos profesores, artistas, clérigos rurales y funcionarios municipales, incluso campesinos de altas botas que aportaban al *stammtisch* su pintoresco idioma y la sorprendente frescura de su espíritu como las flores al campo. Eran conquistadores que sólo tenían que conquistar algún estudiante universitario. Algunas veces lanzaban publicaciones en las cuales cada frase era una punta acerada, publicaciones de circulación sorprendentemente exigua, sin esperanzas de larga vida. La vida intelectual del funcionarismo, las sociedades literarias, eran, en sus puntos de vista, viejos chochos impotentes; consideraban que los clubs de escritores y periodistas eran una esclavitud a la pluma o la frivolidad de lo incongruente, y no sin cierta razón. Sólo en hombres de esta clase sobrevivía todavía una religiosa devoción hacia los derechos humanos; si algún idealismo de intelecto, si alguna agudeza de instinto estaba de manifiesto en Hungría durante estos años, era allí donde aparecía. Había una cierta cautela en su

falta de organización porque sabían que si se organizaban abiertamente la Prensa de las derechas los haría añicos, no con sus artículos —esto no los asustaba—, sino con el reclutamiento en el ejército germanófilo que apoyaba la reacción, y por otros e incluso más efectivos medios. Al propio tiempo la Prensa liberal no los miraba tampoco con ecuanimidad —en manos de los judíos principalmente— porque no consideraban a los judíos como corderos recién nacidos destinados al matadero. En resumen, estos hombres no eran verdaderos revolucionarios; ondeaban la bandera del idealismo puro con una mano y con la otra empujaban cochecillos de niños, y no era insólito que sus atareadas esposas, preocupadas con el problema de llegar a fin de mes, tuviesen voz en sus altos ideales. Algunas veces, desde luego, tendían a correr serios peligros.

Los habituales del «Gugger» se apellidaban a sí mismos los «János» porque la mayoría de ellos se llamaban János. János Futó, János Ormai... Magníficamente perdonaban a los Endres, Mihális y Ferencs que se unían con ellos por su deficiencia a este respecto. János Hámor, profesor en uno de los colegios modelo de Budapest, estaba muy por encima de la inteligencia media de un maestro de escuela secundaria. János Futó era considerado como un técnico en cuestiones agrícolas y especializado en asuntos de cooperativas agrarias. János Ormai dedicaba sus ratos perdidos a la práctica de la ginecología y, aparte las maravillosas anécdotas que refería sobre las damas nobles que pasaban por su despacho, no había quien estuviese más versado en literatura extranjera y moderna sociología.

Estaba hablando de uno de los nuevos ministros del gabinete, amigo personal de Hámor; éste pretendía que el hombre era radical en sus convicciones. Endre —llamado Bandi-Makkosh— movía la cabeza en desacuerdo.

—La forma como pensaba hace cinco o seis años no cuenta. Cuando un hombre llega a ministro no piensa ya con la cabeza, sino con las posaderas, que se le pegan al terciopelo del sillón. ¡Apuesto a que se le formará proceso!

Ante la palabra «proceso». Ursi miró a Makkosh, pero no dijo nada. Todo el mundo sabía que un proceso contra el libro de Ursi comprometería a Makkosh, porque si pasaba algo, una investigación revelaría que había procurado casi todo el material que hacía referencia a las propiedades Dukay. Hámor miró la voluminosa cartera.

—¿Pruebas convincentes?

Ursi se limitó a asentir con la cabeza mientras sorbía su café caliente.

—¿Está usted cansado de nosotros? —preguntó Futó, que tenía una cabeza ovalada como todos los magiares de Kunság—. No se le ha visto desde hace cinco semanas.

—He estado trabajando.

Se veía también en su rostro. Su aspecto taciturno y la lentitud de sus movimientos denotaban cansancio. Pero de todos sus amigos sólo Hámor sabía que en el estado de espíritu de Ursi había otra razón además del cansancio.

—¿Cuándo sale el libro?

—El jueves.

Futó cogió la cartera, la abrió y sacó las pruebas. Pasaron de mano en mano, examinando las hojas como expertos en balística podrían examinar detonadores, familiarizados con el mecanismo, pero no convencidos de su poder de explosión. No hicieron ninguna observación. Ursi volvió las hojas a la cartera. No se encontraba a sus anchas en la reunión. Había faltado a cinco semanas de sus discusiones y tenía la sensación de ser como una columna de una casa en construcción que ha sido olvidada al poner el techo. En todos los cafés y restaurantes del mundo se hacen edificaciones de éstas en gran escala; un poco como las construcciones de la princesa Oasika, aunque no fuese más que porque en éstas también se procede sin materiales, haciendo unos cimientos de meras ideas, subiendo los muros por mero temperamento, construyendo un tejado de conjetura e inclinación; así ocurrió una vez en los cafés de París, cuando Mirabeau se encontraba con sus amigos, o en el «Pilvax» de Budapest, o en el c Suizo, donde la calva cabeza de Lenin se inclinaba sobre el tablero de ajedrez, o en el «Steinecker», de Munich, donde un soldado de la segunda división de infantería se detuvo un día a la izquierda de la puerta, bajo una ardilla disecada. Era imposible hasta ahora saber qué raíces de la historia se aferrarían en la superficie de mármol de las mesas del «Gugger», pero es indudable que los tigres de colmillos afilados y los enormes elefantes estaban construyendo allí como en el cuento brahmánico. También allí, quizá, el edificio se derrumbaría en breve; o un bello día los muros y las columnas se volverán ofendidos la espalda separándose en diferentes direcciones, retirándose detrás de un coche de niño en un piso de dos habitaciones para alejarse y empezar a edificar nuevamente. Porque aquellas paredes recién ajustadas comenzaban a crujir ya. Sólo los cimientos los mantenían unidos, la esperanza de regeneración, el peligro del pueblo magiar; pero los muros más altos, los muros de la cuestión judía, de la revisión territorial y de la política extranjera no se aguantaban ya firmes, y por esta razón se agrietaban en las esquinas. Los cuatro hombres estaban ahora discutiendo los protocolos de Roma, pero sin Ursi, que tenía la mente en otra parte, y miraba por la ventana. En una tiendecilla donde vendían carne en la acera, frente a la calle, acudía la gente a comprar orejas de cerdo hervidas. La mirada de Ursi estaba fija allá, en aquella dirección, pero su pensamiento estaba claramente distante.

Mussolini y Laval habían firmado el Protocolo de Roma en enero; denunciaron el creciente armamento de Alemania como una violación del tratado y acordaron tomar la independencia de Austria bajo su protección. En interés de la amistad con Mussolini, Francia favoreció a Italia con los territorios menores de Trípoli y Somalia. Algunas semanas más tarde, Laval y Flandin fueron a Inglaterra, donde obtuvieron el aval británico del Protocolo de Roma y garantizaron una vez más la integridad de Austria. Parecía cierto que los mundos latino y anglosajón habían unido sus fuerzas bajo la jefatura de Mussolini contra el creciente clamor de Hitler, y el negocio de

venta de carne en la acera de frente al «Gugger» no estaba, de momento, en peligro. Hitler había atacado a la Unión Soviética en su *Mein Kampf* con una furia sin disfraz, había dicho claramente que la expansión alemana era sólo posible a expensas de los rusos; por consiguiente, todas las puertas le estaban cerradas por aquel lado. Ahora que Londres había aceptado el protocolo de Roma, otro de los planes de Hitler —una alianza con Inglaterra para terminar primero con Rusia y después con Francia— se desvanecía en humo. ¿Qué podía hacer solo contra todo el mundo? Chillaría un poco más y después se metería el rabo entre piernas. Ésta era, por lo menos, la opinión general en el *stammtisch* del «Gugger», donde las discusiones no carecían de juicio ponderado. Lo cual tiende únicamente a demostrar que los que aspiran a tener una clara visión de los asuntos internacionales no deben entregarse a juicios ponderados. El grupo comenzó a deshacerse al marcharse cada cual a su casa. Sólo quedaron allí Ursi y Hámor, que no tenían ni cena ni familia con quien reunirse.

—¿Ha terminado usted el prefacio? —preguntó Hámor, limpiando sus lentes con el pañuelo. Sin lentes parecía que le hubiesen arrancado una máscara del rostro, no dejando más que una piel humana sin vida. Cuando volvió a ponerse sus lentes, el rostro recobró la vida y se llenó de cordura otra vez.

Ursi asintió.

Hámor cogió la cartera.

—¿Me permite...?

Sacó las pruebas y comenzó a leer.

El lector quedará sorprendido al ver a un «astrofísico», después de publicadas algunas obras científicas de modesta dimensión, lanzarse súbitamente en los más profundos problemas de la política interior de Hungría. Esto no se aparta bajo concepto alguno de la perspectiva cósmica de conjunto del autor. Permítaseme emplear algunas palabras para explicar lo que entiendo por perspectiva cósmica. Ni el hombre ni el animal han podido tener existencia sin el mundo vegetal. Sólo las plantas son capaces de transformar sustancias minerales en materias comestibles; indirectamente, incluso los animales carnívoros podría decirse que viven de plantas. La gacela brota de la planta y la planta del mineral. El hombre, el león, el grillo, el bacilo, en un análisis final son todos consumidores de minerales. Por extraño que pueda parecer, todos subsistimos gracias a los cuerpos celestes. La planta, para convertir el mineral en alimento, necesita luz o sea luz de sol. Indiscutiblemente, nuestra vida depende del sol. Al llegar a este punto no haré ninguna digresión con respecto a los efectos de las manchas solares (faculae), erupciones y prominencias del sol sobre nuestros apetitos, nuestros sistemas nerviosos, nuestras preferencias políticas y muchas otras características humanas; quiero simplemente indicar que los conocidos efectos del sol y de la luna, a más de ser la fuente de la luz y el calor, rigen el flujo y el reflujo, día y noche, la suerte, y el cambio de los

siglos, efectos conocidos que no agotan su influencia del cosmos sobre la vida terrestre. Hoy día todo el mundo ha oído hablar de los rayos cósmicos sólo recientemente identificados por la ciencia. Estos rayos, de longitudes de onda mucho más cortas que la luz, representan vastas energías que están constantemente empapando la tierra, penetrando en nuestros huesos y tejidos, como los vientos del invierno en las ramas desnudas de los árboles. Proceden de todas las direcciones del espacio; penetran fácilmente una lámina de plomo de treinta pies de espesor; y según nuestra actual comprensión, pueden brotar tan sólo de la infinita aniquilación de la materia en los ilimitados límites del universo. Lo cual equivale a decir que la materia se transforma en energía; en otras palabras, que constantemente se producen en el universo tremendas explosiones. Las estrellas se desintegran, y llamamos a estas estrellas que han estallado en parte o por entero, novas o supernovas. Hoy, en 1935, sabemos ya mucho sobre el átomo, pero comparto el punto de vista de los físicos nucleares de que el átomo no puede ser desintegrado por medios artificiales, por agentes humanos, ni lo será en un previsible futuro.

(Ursi no sabía que el año anterior, en 1934, un joven físico italiano llamado Enrico Fermi había hecho ya estallar el primer átomo en el laboratorio de la Universidad de Roma. ¿Y cómo podía saberlo si el propio Enrico Fermi no sabía tampoco lo que había hecho? De haberlo sabido, la bomba atómica hubiera caído en manos de Mussolini. ¿Y qué hubiera hecho el Duce con ella? No cabe la menor duda de que el Mussolini de 1934, que redactaba ya el Protocolo de Roma con el fin de unirse a Francia e Inglaterra y doblegar al nazismo alemán, se hubiera vuelto hacia Hitler con la bomba atómica en las manos. El invisible clarividente que tiene el don de la preciencia está hoy en situación de revelar su secreto a todos; no ocurrió así. Pero ¿a qué turbar a Hámor que está leyendo el prefacio con los codos sobre la mesa, mientras Ursi mira, a través de la ventana, la carnicería? Todos sabemos que no ve la acuosa e intermitente nieve que va cayendo sobre la tierra a través de las luces de los reverberos, sino que piensa en la dama fotógrafo de Mandria que se desvaneció de su vida en medio de un estallido de fuegos artificiales, como los de Noya Tyeho —la única *supernova* observada por los astrónomos hasta la fecha— que fue visible en pleno día cuando abandonó la Vía Láctea).

Cuando el astrónomo deja sus complicados instrumentos, bolómetros, actinómetros, pireliómetros, prismáticos y espectroscopios graduados sabiendo que los cien billones de estrellas de la Vía Láctea sólo representan una fracción infinitesimal del universo; cuando el astrónomo, decimos, dice adiós a su laboratorio, a las nebulosas de Magallanes Mayor y Magallanes Menor, a la constelación de Andrómeda, a los montones de esferas que rondan por el espacio a distancias de centenares y centenares de millones de años de luz; cuando se sienta a cenar con el periódico de la noche en la mano, repetimos, el astrónomo no puede censurarse que

sus ojos se posen sobre la lista de impuestos propuestos por el ministro de Hacienda, o el crimen y robo de Dob Utca, o incluso sobre los precios de las legumbres en los mercados, considerando esto como un todo bajo el punto de vista del Universo.

Esto es lo que llamo yo mi perspectiva, cósmica, mi manera cósmica de pensar. La diferencia estriba en que cuando medito con el poreliómetro o el espectroscopio en la mano sólo entran en acción mis facultades mentales, mientras mi contemplación del destino del mundo, de Europa, del pueblo húngaro, se mezcla con factores emocionales, porque contemplo este destino no con el cerebro solamente, sino con el corazón también. Ni aun yo, un astrónomo, tengo una alta opinión del intelecto humano. No puedo, por consiguiente, menospreciar impulsos humanos que están gobernados por profundas emociones. Al llegar a este punto debo revelar que procedo de origen campesino, que mis padres eran labradores. Y debo explicar también que cuando hice mi primer viaje a los Estados Unidos en 1929, quería no solamente ver el reflector de Mount Wilson, que tiene dos metros y medio de espesor, y el telescopio de Yerkes, con sus lentes de ciento dos centímetros, sino también a mi madre. Porque mi padre fue llevado a la muerte y mi madre a la emigración, gracias al opresivo y homicida sistema de tenencia de tierras de Hungría. Mi padre fue jornalero primero y minero después. Hombre de sentimientos socialistas profundamente arraigados, recibió con anhelo la revolución que siguió al colapso nacional. Después del fracaso de la revolución, el nuevo Gobierno lo encarceló. Uno de sus compañeros de la mina trató de liberarlo; era un hombre conocido por su fuerza, hercúlea, pero no es tarea fácil derribar la puerta de una prisión. No sólo murieron en la lucha dos gendarmes, sino que el mismo hombre al que querían liberar halló allí la muerte. El minero pudo escapar con una bala en el brazo. Mi madre pudo escapar con él a Viena, donde más tarde se enteraron de la muerte de mi padre. Unos años después emigraron a Texas, debidamente casados. Menciono aquí esta circunstancia de mi historia personal sólo para arrojar alguna luz sobre los aspectos emocionales de mi libro. Algunos consideran prejuicio lo que es meramente emoción, pero quizá tengan razón. No obstante, si tenemos que llamar prejuicios a las emociones, entonces es el prejuicio lo que hace que los hombres se casen, se metan unos a otros en la cárcel o escriban libros. Admitir este prejuicio en mí mismo no es una virtud, sino simplemente la objetividad de un astrónomo que está acostumbrado a registrar concienzudamente por medio de un fotómetro o un espectroscopio todos los fenómenos que aparecen a la luz durante el curso de su investigación.

El hecho de que, como astrónomo, haya escrito un libro sobre política interior, es principalmente obra de la casualidad. En la primavera de 1933 apareció un libro titulado Mirando hacia delante. Explicaba cómo los

científicos de Nueva York dividían los estados en pequeños cuadrados y determinaban, para cada uno de ellos, su composición geoquímica, la naturaleza de su substrato, la acción de los vientos y nubes sobre el cuadrado, cuántos habitantes tenían aquellas varias millas cuadradas, cuáles eran sus ocupaciones, qué cultivaban, cuándo se instalaron allí, sus esperanzas sobre el nivel de vida, sus orígenes étnicos y el nivel de nacimiento; examinaban cincuenta mil millas cuadradas de esta forma, cuadrado por cuadrado. La investigación requirió quince años, pero valió la pena, porque éste fue el único Estado del mundo que pudo vanagloriarse de conocer lo que los demás Estados no han conseguido nunca: a sí mismos. Sólo después de haber terminado el libro miré el nombre del autor: Franklin Delano Roosevelt. Desde entonces he leído tres veces el libro de arriba abajo y lo releo todavía, como solía leer las obras de Flammarion durante mis épocas de estudiante. El interés que despertó estaba justificado por otras razones. La población del Estado de Nueva York es de doce millones en total. La población de la troncada Hungría de la postguerra es de once millones y medio. Me dije: en lugar de dejar que los agentes de Hitler empleen a nuestros graduados de la universidad y a nuestros estudiantes de los colegios en hacer demostraciones políticas a un pengö diario de sueldo, ¿por qué no aplicamos el sistema de Roosevelt a nuestra troncada Hungría, investigándola y definiéndola de una manera idéntica? Artículos míos en este sentido no hallaron eco en el Gobierno. Indudablemente, la aristocracia magiar y los grandes terratenientes tienen todas las razones del mundo para rechazar la idea de que un sistema americano de cuadrados escudriñase sus secretos.

He tomado el título de mi libro, *El gran barbecho*, del conde István Széchényi, el noble y trágico pensador de nuestro pasado siglo, cuyo intelecto y luchas en pro de la reforma me recuerdan tanto las de Franklin Delano Roosevelt. Dice mucho en pro de la aristocracia húngara que haya buscado mi inspiración para atacarla en su misma sangre, por así decirlo, si bien lo que pasó por reforma en 1835, aparece naturalmente de otra forma hoy en día.

Los barbechos húngaros; las grandes tierras bajas de Hungría, todas las de la troncada Hungría. El astrónomo que soy, que no deja de estar familiarizado con la meteorología y la geofísica también, sabe exactamente cuántos de los doscientos treinta billones de caballos de fuerza de energía que el sol lanza sobre la tierra, caen sobre estas tierras de barbecho. Así sabe el merecido renombre mundial del trigo húngaro, del alcohol de melocotones húngaro y del vino Tokay. Sabe cuántos cegadores almacenes se hallan situados más abajo de las tierras altas del barbecho que este chorro de energía, que está sobre nosotros, ha llenado en el transcurso de millones de años con energía en forma de petróleo, gas natural y agua hirviendo. Sabe que este miserable y diminuto país pagó el año pasado a Italia veintiún millones de pengos oro por productos fuera de temporada, por pimientos verdes, coles de Bruselas y rosas de la

Riviera, mientras esta suma hubiera podido ser aplicada a la industria del invernáculo en Hungría y cada invierno hubiéramos podido abastecer a Europa de flores fuera de temporada y producir a un cuarto de coste, actual, porque la profundidad de la tierra produciría calor gratis para estos invernáculos, irrigación gratis, y ningún producto de las costas francesas ni italianas podría competir en aroma y fragancia con el producto de nuestro suelo. Cuatro millones de campesinos húngaros de esta hondonada sin árboles, acumulan estiércol seco de yaca y calientan sus estufas con ese maloliente combustible y en invierno no se atreven siquiera a abrir sus ventanas, no sea que no se escape el mismo calor. Resultado: las estadísticas demuestran que el coeficiente de la tuberculosis en Hungría es el más alto del mundo. Somos diez millones de miserables desamparados que nos hemos sentado sobre nuestro cofre de riquezas y estamos condenados a morir, a pesar de que treinta millones de personas podrían vivir prósperamente en este hueco. Son los Dukay los que se han metido en el bolsillo la llave de este cofre, porque Franklin Delano Roosevelt es, a sus ojos, un asqueroso comunista. No considero a los Dukay como los asesinos de mi padre; los considero como los asesinos de la nación entera.

He dicho que el terreno bajo de Hungría es toda la truncada Hungría. Debo corregir. El barbecho húngaro es el mundo entero. No son sólo las grandes propiedades rurales de Hungría las que eluden rendir cuentas. Con el más vivo interés he seguido las actividades de los tecnócratas americanos, quienes estiman que el poder industrial que tenemos a nuestra disposición en el actual estado de desarrollo técnico podría asegurar a cuatro billones de personas un «standard» de vida igual al ingreso mensual de mil quinientos dólares a los precios corrientes, si se eliminasen los beneficios. No me extraña que encerrasen al fundador del movimiento tecnócrata, Howard Smith, en un instituto mental. Pero me pregunto, sin embargo, dónde acabará la humanidad bajo la jactanciosa cordura de los actuales gobernantes.

Temo que este libro caiga en manos no sólo de los que han de comprenderlo, aquellos que pueden y se atreven todavía a pensar, sino que llegará también, más rápidamente aún, a hombres que acudirán a la policía antes de haberlo terminado. Al seguir el nacimiento de las aristocracias francesa y americana, el pensamiento húngaro durante el pasado siglo era acaso el más brillante de todas las naciones del mundo; hoy, cien años después, el pensamiento húngaro se ha visto poner la camisa de fuerza por un sargento alemán que quizá se impone bajo la forma de un periodista o un industrial, un profesor de universidad, un general o un ministro, en proporciones de un setenta por ciento, a nuestra comunidad nacional; que consideró su derecho de atacar a nuestra clase media durante los años en que estábamos debilitados por la pérdida de sangre en la lucha por la liberación. Un sector influyente de nuestra clase

media —influyente no sólo en número, sino en potencialidad intelectual, sobriedad, industria, cultura y propósito— es el elemento alemán y suabio, que barre al magiar, en la mayoría de los casos, como grupo minoritario; pero esto no es una excusa para los magiares, es únicamente el certificado médico de la historia. Hablamos de problemas minoritarios, pero nos negamos a reconocer este definitivo problema minoritario de nuestra clase media. Comprensiblemente, la regeneración espiritual de Hungría no interesa a esta clase media que con tan cálido fervor está arrojando a su país en brazos de Hitler. A los ojos de la Nueva Alemania, alocada con su doctrina racial y su deseo de conquista mundial, somos simplemente unos “atrasados raciales” y sabemos ya hoy qué remedios reserva Berlín para los atrasados raciales. Hungría está perdida. Perdida, al lado de una Alemania victoriosa o vencida.

Budapest, 15 de marzo 1935».

Hámor dobló las galeradas, se quitó los lentes y procedió a limpiarlos cuidadosamente con el pañuelo. No dijo nada, pero asintió silenciosamente. Todo autor sabe cuándo es comprendida su obra y el ademán de Hámor fue elocuente para Ursi. Sabía lo que significaba, porque sabía también que no acudiría a las palabras para expresar su opinión ni sus emociones en aquel momento. Era un rasgo japonés en Hámor, cuyo rostro tenía un vago aire nipón; no hay en el abundante vocabulario japonés ninguna palabra equivalente a otra común en las lenguas occidentales: amor. Según los nipones, esta palabra no debe ser nunca pronunciada, porque cuando una persona ama a otra, ésta lo sabe siempre. Y si la palabra es pronunciada entonces no es verdad. Ahora estaban los dos mirando hacia la ventana. La carnicería estaba cerrada ya. Después de un largo silencio, Hámor dijo:

—Tres años, me parece. Tres años de presidio. Sólo por el prefacio.

Ursi sonrió tranquilamente, casi complacido.

—Finalmente, tendré tiempo para escribir mi estudio sobre el Gran Saco de Carbón.

—¿Qué saco es éste?

—El Gran Saco de Carbón es el nombre que los astrónomos damos a una de las más oscuras nebulosas de la constelación del Cisne.

Emprendieron juntos el camino de su casa y anduvieron en silencio. No dijeron nada siquiera cuando se estrecharon la mano al despedirse en la esquina de la calle. Como siempre al llegar al vestíbulo de su casa, Ursi buscó a tientas el interruptor y encendió la luz, no fuese que sus zapatos llenos de barro pisasen el correo que el cartero debió haber deslizado por debajo de la puerta durante el día. El último número de un periódico llamado *Estrellas* yacía en el suelo, y a su lado había una carta con un sobre bastante cuadrado como el papel de cartas inglés, de la mejor calidad. En el dorso había un escudo azul grabado con letras de oro y una corona de once puntas

encima del escudo. Hay cartas cuyo sólo aspecto parece amenazar tormenta. La abrió allí mismo, en el vestíbulo, sin quitarse el sombrero.

Mi querido doctor Ursi:

Estaría muy complacida si aceptase usted venir a tomar el té mañana por la tarde, miércoles, a las cinco. Teréz Hemli estará allí también, porque desea hablar con usted de un asunto muy importante. Hasta mañana, pues.

Cordialmente suya,

ZIA DUKAY

Las rodillas de Ursi estaban tan débiles que difícilmente pudo llegar a su habitación. Una vez allí, se sentó en una silla, con el gabán de invierno y el sombrero y volvió a leer la carta. Después la leyó por tercera vez y más tarde por cuarta. Examinó repetidamente el sobre para cerciorarse de que la carta estaba, en efecto, dirigida a él, porque en la casa de al lado vivía un ingeniero llamado Sándor Ursi cuyo correo le era entregado a veces a él por error. Examinó la fecha y el escudo azul: Septemvir Utca, número 1. Y examinó las palabras otra vez, una a una: Teréz Hemli. Después levantó la vista al aire.

¿Qué podía significar aquello? ¿Era posible que István Dukay hubiese recibido aviso del ataque preparado contra él? Si era así, la relación era evidente. Su amante, la dama fotógrafo, le había dicho que conocía al autor del libro. Y ésta era la manera de István Dukay de ponerse en relación con él. Pero, ¿quién era Zia Dukay? ¿La hermana del conde, su hija, o sólo una parienta? La escritura graciosamente curvada, escrita sin duda con plumilla inglesa, parecía joven. Pero, ¿cómo habría llegado a oídos del conde la noticia del libro próximo a aparecer? Las sospechas de Ursi se fijaron un momento en Futó. Pero no, Futó no podía ser tan vil. ¿Alguien de la imprenta? ¿Uno de los tipógrafos? Lame Jancer, quizá, que podía buscar este camino para ganar algún dinero. La pobreza es a veces una gran traidora.

Arrojó la carta sobre la mesa. La luz cegadora del nombre de Teréz Hemli se había desvanecido y sólo el trueno hallaba eco todavía en sus nervios y en su entendimiento. Le parecía oír las palabras de Teréz Hemli: «No discutas, Miháil, no seas loco». Y quizá ella misma sería quien le dijese la suma que el conde estaría dispuesto a pagar por la no publicación del libro. En sus nervios, en su mente, iba creciendo la tormenta. Esperó a tranquilizarse interiormente y volvió al vestíbulo donde colgó su sombrero y su grueso gabán, formulando, entretanto, lentamente, su respuesta. Volvió a su habitación y se sentó delante de la mesa.

Querida condesa:

Muchas gracias por su amable invitación que, desgraciadamente, las exigencias de anteriores compromisos me impiden aceptar.

Cerró el sobre, puso la dirección y se acostó. Abrió el número de *Estrellas* y comenzó a leer un artículo sobre astrometeorología. Después apagó la lamparilla. Pero aquella noche no pudo dormir mucho. Observando sus propios síntomas bajo un punto de vista meteorológico, descubrió una incesante alternativa de sordos truenos y cegadores relámpagos en su cerebro.

Cuando entró en su despacho al día siguiente, en el Instituto, llamó al conserje más viejo.

—Lleve esta carta a Septemvir Utca, No hay contestación.

El conserje se fue y Ursi, apoyando el antebrazo contra la pared, cerró los ojos. El relámpago brilló esta vez con tan cegadora luz que dio un salto y se precipitó hacia la escalera gritando:

—¡Traiga la carta! Acabo de recordar algo que quiero corregir. No, no espere, ya me ocuparé yo mismo de entregarla.

De nuevo a solas comenzó a trabajar con la mente más clara. Un hombre es débil únicamente mientras vacila; sólo la irresolución lo hace sufrir en su propia debilidad. Había decidido afrontar la entrevista. Un exponente de autoanálisis no le disuadió de su decisión. Le faltaba la fuerza de mantenerse alejado; una vez comprendido esto, sabía que era inútil luchar contra su debilidad. Pero si se le hacía una proposición, tendría fuerza suficiente para dar la debida respuesta. Su fuerza, en este caso, dimanaría de lo que él llamaba su perspectiva cósmica. Y ésta alcanzaría el encuentro también. Hemli no le había hecho ni exigido promesa alguna de fidelidad. La entrega de su amor en la Pensión Zanzottera había sido un don generoso. No exigió nada a cambio, ni siquiera lo que las mujeres estúpidas piden con tanta insistencia: eterna lealtad. No, Teréz era una mujer de una clase muy superior. Hubiese debido comprender que no vivía del producto de sus fotografías, que su cigarrera de marfil, su lujoso equipaje, su espejo de plata, sus ropas y perfumes, no provenían de la herencia de alguna tía difunta. Las fotografías ordinarias no tienen aquella ropa interior, aquellos ojos verde manzana, aquellos hombros, aquella fragancia. Y después, cuando ocurrió inesperadamente la brutal revelación, ni la persona de Occhipinti, el farmacéutico, ni el general Hasparics hubieran podido causarle tan amarga desilusión como verla con el propio István Dukay. En todo caso, Teréz Hemli era una mujer emancipada y si hay alguien incapaz de conciliar su espíritu con el concepto de una mujer emancipada, su perspectiva cósmica no vale un comino. Aquellas semanas habían sido maravillosas, de una belleza indecible... ¡Bendito sea el recuerdo de Mandria y de la Pensión Zanzottera!

Cuando pasó la puerta del jardín del palacio de Septemvir Utca a las siete de la tarde, no había en su corazón odio ni dolor; tan sólo su firme determinación de

rehusar cualquier proposición que pudiera hacersele. El viejo Sándor, con su abundante barba de plata, estaba al corriente de su visita. Un lacayo le esperaba al pie de las escaleras, vestido con librea húngara de color escarlata con altas botas relucientes y la pelerina franjada de amarillo de los tiempos de María Teresa. El rostro mostachudo y magiar de aquel hombre endureció todavía más el corazón de Ursi. Sin una palabra, el lacayo le acompañó por aquella escalera que tenía cuatrocientos años y que estaba cubierta por una espesa alfombra de color verde guisante. Abrió una de las grandes puertas de roble del entresuelo y dio paso al visitante.

Teréz Hemli, la dama fotógrafo, estaba con los brazos cruzados, de pie en medio del gran salón. Éste era quizá el único ademán que había heredado de la condesa Mentí. Llevaba un traje largo color verde oscuro recamado de oro viejo y una ligera cola, el mismo traje llevado en la recepción del marqués Delirase. Acaso llevase ya traje de noche porque esperaba gente a cenar y no quería acortar el tiempo de su entrevista teniendo que ir a vestirse. O quizá era uno de sus pretextos porque sabía el efecto que su traje tenía que producir.

Ursi se detuvo en el umbral y se inclinó ligeramente. Su expresión era cordial y amistosa, aun cuando tranquila y grave. Posiblemente un poco más grave de lo que hubiera querido. La forma de su encuentro no le sorprendió. Había contado con ser recibido por Teréz Hemli y no por Zia Dukay, desde luego, puesto que era ella quien tenía que abrirle paso para lo que tenía que seguir. ¡Pero su rostro! ¡Le parecía la mitad de lo que era la última vez! ¡Y aquella blancura de yeso...!

Así permanecieron mirándose uno a otro durante algunos momentos. Entonces Zia lo tomó de la mano, le llevó a una silla y se sentó a su lado. De nuevo permanecieron contemplándose unos segundos y entonces Ursi habló sin recriminación, con voz tranquila y afectuosa.

—¿Cómo no he sabido nada de usted desde tanto tiempo?

—He estado enferma —dijo Zia suavemente.

—¿Qué ha ocurrido?

—Un accidente de automóvil. Éramos cuatro en el coche, los otros tres se mataron. Yo me rompí la columna vertebral y he estado enyesada durante meses enteros. Ha sido un milagro que sobreviviese. Salí del sanatorio ayer por la mañana.

Ursi recordó haber leído el pasado otoño algo referente a un accidente de automóvil en el que se mencionaba el nombre Dukay. Quizá Teréz hubiese sido víctima de él. Sonrió alentadoramente mirando su blanco rostro.

—Gracias a Dios parece estar ya bien, ahora.

Los párpados del blanco rostro demacrado se cerraron a medias, y cuando una plácida y dolorosa sonrisa apareció en sus labios, Ursi sintió un formidable chispazo herir su corazón, porque la compasión puede algunas veces ser más fervorosa que el amor. Y entonces cometió un grave error. Pero no pudo evitarlo; evidentemente el alma humana está en verdad gobernada por leyes meteorológicas. Una especie de

trueno prolongado resonaba en sus nervios y en su cerebro e impulsivamente lanzó la pregunta que había estado en sus labios durante seis largos meses, en sus labios y en sus mismos tendones, la pregunta no formulada que había crecido en su interior y ahora estallaba de su cerebro, de sus nervios, de sus labios, sin un acuerdo con su intelecto:

—¿Qué ha sido de su amante?

La cabeza de Zia se levantó con un sobresalto, pero sólo duró un momento. Era la primera insinuación hecha por Ursi de que había visto la fugitiva figura en su habitación. ¿Qué otra cosa podía pensar?

—¿Cuál de ellos? —preguntó bromeando, pero provocativa.

—István Dukay. Estaba allí por casualidad cuando zarpó su lancha. Lo reconocí fácilmente.

—István Dukay no es mi amante —dijo Zia simplemente.

El trueno seguía rugiendo.

—Acaso es sólo un protector de las artes.

—Mucho más que eso.

Zia buscó su cigarrera de marfil. Encendió un cigarrillo y sólo después de exhalar la primera bocanada de humo se volvió hacia él.

—István Dukay es mi padre.

El rostro de Ursi no se alteró, pero aumentó su rigidez. Lentamente, casi imperceptiblemente, frunció el ceño.

—¿Es usted una hija ilegítima del Conde?

—No, Miháil. Es inútil ocultárselo por más tiempo. No soy Teréz Hemli sino Zia Dukay. Ya podrá comprender por qué usé ese nombre en Mandria. Pero tenía otras razones. Estaba casada con un italiano que me engañó vergonzosamente. Estaba herida y avergonzada cuando fui a ocultarme en la Pensión Zanzottera. Quería olvidar todo cuanto estuviera relacionado con mi exmarido. Y al propio tiempo le esperaba desesperadamente y sufría con intensidad.

Los ojos de Ursi encontraron los de Zia durante un momento. Lo que había dicho, y la necesidad de creerlo sin reservas, parecía simple y lógico.

Zia encendió otro cigarrillo. Era evidente que aquellos ademanes estaban encaminados a reunir sus fuerzas.

—Vuelvo de muy lejos —prosiguió con calma—: Puedo parecer todavía débil después de una enfermedad gravísima, pero mi espíritu está fuerte.

Mientras hacía una pausa, mientras vacilaba sobre sus palabras, mientras, de vez en cuando, se llevaba el cigarrillo a los labios con mano temblorosa, todos sus gestos estaban en contradicción con lo que decía.

—¿Qué quiere decir exactamente? —preguntó Ursi con suavidad.

—Sólo una vez en mi vida he estado enamorada: de mi marido. Pero ahora sé que aquello era más bien impaciencia y curiosidad como ocurre con la mayoría de las muchachas. Así es como lo veo hoy. Pero lo que siento por usted es completamente

diferente. —Zia se dio cuenta de que había caído en una trivialidad. Sus mismas palabras se lo decían. Retorció su cuerpo como para escapar a la presa de sus frases —. Mi querido astrónomo, no olvide que no es un fotógrafo quien tiene delante ahora, sino una auténtica condesa.

También su tono fue infructuoso. Se había apartada demasiado del punto que quería alcanzar. Esto, por lo menos, era lo que delataba el rostro de Ursi. Éste no contestaba, permanecía contemplando la alfombra. Durante un momento, Zia se sintió abandonada de todo valor. Pero su misma aprensión, al turbar su voz, le devolvió una humanidad que sólo raras veces se manifiesta. Levantó el dorso de su mano y la contempló.

Esta palidez, signo de la muerte, pronto se desvanecerá de mis manos y de mi rostro. Pero jamás, jamás, de dentro de mí misma. Quiero ser feliz. Y me pregunto: ¿cómo puedo conseguirlo?

Ursi sintió la lucha en su voz, la dificultad de expresar lo que quería decir. Y entonces pausadamente, valerosamente, hizo una pregunta:

—¿Quiere casarse conmigo?

No obstante, a modo de respuesta, Zia se echó atrás en su silla, como rindiéndose al agotamiento, pero con un aire de liberación y felicidad, reconocida por no tener que decir ella misma estas palabras.

Ursi la miró consternado. Después añadió:

—Pero es completamente imposible...

—¿Por qué? —preguntó Zia con voz casi inaudible.

Ursi levantó los brazos, consternado.

—¡Mi libro...!

—¿El de que me habló en Mandria? No tiene nada que ver con el asunto.

—No sabe lo que es mi libro.

—Cualquier cosa que haya en su libro, un ataque a mi padre, no tiene importancia. Eso no quiere decir que menosprecie su libro, pero debe comprender, de una vez para siempre, que he roto por completo con este mundo.

En aquel momento el efecto de luz de la habitación era tal que parecía que la *Mujer vestida de color púrpura*, de Corot, estuviese mirándoles fijamente desde el muro. Fijamente, es decir, a Zia, con una mirada de reproche. Un reproche semejante parecía expresarse en los tapices verdes cuatro veces centenarios, en la lámpara veneciana, en todos los muebles de la habitación. Zia fue quien de nuevo rompió el silencio.

—Dice que reconoció a mi padre cuando la lancha zarpó. Pero no creo que conozca a mi padre más que su rostro, su bigote, su figura. Pero no pretendo defenderlo al decirle esto.

—Mi libro es un ataque personal contra él.

—No olvide que la gente de nuestro círculo es muy poco sensible al ataque político. Han tenido tiempo de acostumbrarse a estas cosas. Tuve una larga

conversación con mi padre ayer, cuando me trajo del sanatorio. Cuando estuvimos solos un momento, segundos antes de marcharnos, puso su mano sobre mi hombro y me dijo: «Dios te ha devuelto la vida. Puedo decirte ahora que los médicos te habían dado por perdida. Pídeme lo que quieras... no hay nada en el mundo que yo no hiciera por ti».

—¿Cree que su padre pensará lo mismo después de la aparición de mi libro?

—Estoy completamente segura.

Ursi miró hacia la ventana.

—Aparte de mí, hay alguien cuyos nervios se rebelan contra este matrimonio. Alguien asiduo al café «Gugger».

Se inclinó sobre Zia, como si quisiera verter toda su alma en esta información.

—Este alguien soy yo. Mi libro aparece mañana. Levantará una tempestad de protestas. Es absolutamente seguro que seré llevado ante los tribunales. Uno de mis amigos dice que me impondrán tres años de presidio y yo lo espero y estoy dispuesto a ello. Los defensores de esta política de persecución son tarde o temprano atacados de amnesia. Espero salir dentro de un par de años. —Su mirada heló las palabras en labios de Zia—. Salgo libre y nos casamos. Yo, con la hija de Itsván Dukay. Y traiciono los tres millones de campesinos empobrecidos para quienes el libro ha sido escrito. Este hecho no puede explicarse. Ni yo mismo podría dar razón de él. No cabe la menor duda de que esto me haría completamente desgraciado. Y un hombre desgraciado no sería bueno con usted. Sin contar que las puertas de la prisión me están esperando. No es imposible tampoco que me salgan cinco años.

Ahora fue Zia quien volvió la vista hacia la ventana. Parecía sumida en profundos pensamientos. Hubo un largo silencio. Zia, apartando la vista de la ventana, fue la primera en hablar.

—Tengo un buen ingreso con mis fotografías. No quise decírselo en Mandria, pero todas las fotos firmadas Zia Photos son mías. Temí delatarme si se lo decía. — De nuevo guardó silencio y al cabo de un momento dijo—: Vámonos a América. A casa de su madre. Esperaré a que esté libre.

La expresión de Ursi no cambió. Aquellas pausadas palabras llenaban su corazón. Finalmente, una sonrisa de escepticismo apareció en sus labios.

—¿Cree que podríamos conservar este secreto?

—Así lo imagino. Pero suponga que no. Comprendo perfectamente su problema, pero no veo claro si su conciencia le pertenece a usted o a los demás.

Ursi levantó la vista sonriendo hacia Zia.

—¡No es un mal punto! Vamos a pensar en ello...

Cerró las manos sobre sus rodillas.

—¿Tendríamos acaso una conciencia si no existiese la sociedad humana que nos pide cuentas sobre ciertas cosas? Temo que no. Esto me lleva a creer que nuestra conciencia no reside en nosotros mismos, sino en la vigilancia de los demás. Hay alguien en el «Gugger», le he dicho, que se opone rotundamente a este matrimonio, y

este alguien soy yo. No me he expresado claramente: no solamente soy yo, sino todos mis amigos sentados alrededor de la mesa de mármol. Y detrás de ellos, la pública opinión, que tomará nota de este matrimonio. Ésta es la voz que llamamos nuestra conciencia. El hombre es un ser social, y sólo puede verse a sí mismo a través de los ojos de sus amigos y de la pública opinión, porque su valor es en mucho inferior a su vanidad. Oigo claramente las voces de mis amigos y veo sus expresiones. Sus voces son sarcásticas, y sus expresiones desilusionadas. En la perspectiva de este casamiento hay un elemento de novela barata; el vástago de unos campesinos casándose con una condesa Dukay. Así es; tenía que decírselo, aunque no fuese más que para descargar mi pecho. Ahora que está dicho, tendré el valor de verme con mis propios ojos, independientemente.

Zia no siguió el significado de las palabras de Ursi hasta un punto apreciable. Tenía la mirada fija en la ventana mientras él hablaba y su rostro parecía triste. Las mujeres se sienten siempre desconsoladas cuando tan sólo una mera idea las separa de aquello para lo cual han nacido, escrito tal como está en tal forma de su cuerpo y en el fondo de su alma. Se volvió hacia él y preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

Ursi tardó unos segundos en contestar.

—Vamos a pensarlo.

Y se levantó. Zia se puso en pie también y le tendió la mano.

—¿Cuándo nos veremos?

—Mañana.

—¿Quiere venir a mi casa?

Zia asintió sin decir palabra.

—Por la tarde. La esperaré a las cinco. Ya sabe dónde vivo..., solíamos escribirnos, después de todo.

Ursi se dirigió hacia la puerta. Zia le acompañó con su mano derecha apoyada sobre el hombro del astrónomo durante este trayecto. Ante la puerta, los ojos de ambos se miraron nuevamente.

Ursi bajó pisando las mullidas alfombras de la escalera sin encontrar a nadie. El lacayo invisible apretó un botón y la puerta se abrió por sí sola. Todo aquello tenía una calidad de cuento de hadas en aquel momento. Eran cosa de las siete y media y reinaba un aire frío en la calle. Caminaba sin saber dónde iba y de repente se encontró delante del café «Gugger». Esta noche había por lo menos diez personas sentadas en el *stammtisch* y Ursi, cogiendo una silla, se sentó al lado de Bandi Makkosh. La discusión era acalorada y, como ocurría desde algunas semanas, versaba sobre el Protocolo de Roma. Con la ayuda de ingeniosos y estratégicos argumentos, atacaban a Alemania con Stalin por la derecha y Chamberlain por la izquierda, Flandin por el Norte y Mussolini por el Sur. Cuando el círculo fue completo, cuando la tuvieron cercada por todas partes, se arrojaron sobre Hitler y se burlaron de él con agudas frases. ¡Que se salga de ésta si puede! No había nada absolutamente que fuese falso

en su razonamiento lógico. Después previeron el dominio del pensamiento latino en toda Europa, que no toleraría el retorno de los Habsburgo en ninguna circunstancia. Todo esto prometía un radiante futuro para Hungría y los ojos brillaban de emoción. El cáustico discurso fue interrumpido por alguna pulla humorística de vez en cuando o alguna accidental anécdota. Cuando alguien se dispuso a demostrar que la fatua política extranjera de Hungría estaba todavía forjando el eje Berlín-Varsovia-Budapest-Roma, Futó hizo observar:

—¿Conocen ustedes la última sobre Mussolini...?

Futó se inclinó hacia el centro de la mesa y los demás hicieron otro tanto, no fuese que las señoras que jugaban a la baraja en la mesa de al lado los oyesen.

Estallaron en una tempestad de risas de diferentes timbres. Cada uno de los hombres tenía su tono característico de reírse y las carcajadas habían casi cesado cuando Bandi Makkosh continuaba riéndose todavía. Ursi era el único que no se reía, pero nadie se dio cuenta de ello. En aquel momento era incapaz de ver nada en el mundo que no fuese aquella *Mujer vestida de color púrpura*, de Corot, difusa en el fondo, y en primer término un traje verde como la hierba, adornado con encajes oro viejo y un rostro extrañamente blanco y unos blancos hombros, un poco más delgados, que emergían del escote. Puso la mano sobre el hombro de Makkosh.

—Venga un minuto.

Se retiraron a otra mesa.

—¿Conoce usted a Zia Dukay?

—Ya lo creo... Fui yo quien celebré su matrimonio civil. ¿Por qué?

—Algo relacionado con mi libro. Pero, de momento, no tiene importancia. ¿Qué sabe usted de ella?

Makkosh pareció reflexionar.

—Se casó con un príncipe italiano sobre... Un momento..., hará cuatro años. Pero se divorció hace ya tiempo. Tuvo un accidente de automóvil muy grave en otoño. Creo que está todavía en un sanatorio.

Ésta es la primera información precisa que Ursi tenía del marido de Zia. No prosiguieron la conversación porque Futó se juntó a ellos creyendo que estaban hablando de *El gran berbecho*. Poco después, Ursi se despidió y se fue a casa. ¿Por qué había llamado a Makkosh aparte? ¿Por qué quería que Makkosh le hablase de Zia? Por nada. Pero necesitaba encontrar a alguien a quien poder anunciar su nombre... Tenía que decirlo porque bullía dentro de él. Si no hubiese podido pronunciar aquel nombre, sus sienes hubieran estallado. Se llevó a su casa el cuadro de Corot, como el resplandor de una lámpara eléctrica delante de la cual relucía el oro viejo de los adornos del traje verde manzana y aquel rostro pálido. A la mañana siguiente, cuando se fue al despacho, aquel mismo cuadro estaba delante de él incluso bajo la luz del día.

Zia llamó poco después de las cinco. Llevaba unos zapatos de gruesa suela en los cuales el barro delataba que había ido a pie. Su rostro no tenía aquella palidez mortal

de la tarde anterior. El viento cortante había dado animación a sus mejillas durante el largo camino. Ursi la cogió en sus brazos y la besó. Así la retuvo durante largo rato. Zia entró en su habitación y miró a su alrededor. La habitación era exactamente como la había imaginado, si bien algo diferente. Una enorme esfera de cerca de un metro de diámetro estaba colocada sobre las estanterías que cubrían una pared entera. Éstas le dijeron algo faltaban los lomos amarillos de las novelas francesas y una mirada bastó para decirle que era una biblioteca científica. Al lado de la ventana había una mesa y encima de ella, algunos instrumentos misteriosos. La habitación sólo contenía un sillón, siempre signo de soledad. Zia se asomó al diminuto dormitorio, contiguo también. Analizamos las habitaciones y los muebles de los que amamos con el mismo minucioso escrutinio que consagramos a sus familias en nuestro primer encuentro. En aquellas dos habitaciones, en medio de aquellos muebles, de aquellos objetos, Zia tenía la misma impresión que había sufrido durante su primer paseo con Ursi a lo largo del mar. Sentía la omnipotencia de su espíritu y recibía con ella una reconfortante sensación de seguridad. Habitaciones atestadas parecen a veces vacías, y algunas vacías parecen atestadas. Pensó en la atiborrada habitación de Filippo en Fuga Utca. Se sentó al lado de la mesa.

—¿Has pensado? —preguntó Zia sin mirar a Ursi.

—He pensado —dijo Ursi un momento después, tratando de abrir una lata de té. Su boca se torcía hacia el lado donde trataba de abrir la lata—. Pero espera, déjame que haga primero un poco de té.

Enchufó la corriente eléctrica. El tono en que contestó «He pensado» significaba que este pensar no le había llevado a ninguna parte.

El primer ejemplar de *El gran barbecho* estaba sobre la mesa. Zia lo cogió y comenzó a hojearlo. Entretanto, Ursi rondaba por la habitación; sacó tazas de un pequeño armario y las cucharillas tintinearón sobre la porcelana. Aquellos pequeños ruidos, el delicado crujir de la puerta del armario y el murmullo del agua hirviendo llenaban el silencio con una increíble sensación de vida.

Zia vio su capítulo titulado «Las propiedades Dukay» en el índice. Lo abrió en la página señalada y comenzó a leer la que se refería a las tierras de Terezia, porque aquellas tierras eran suyas, los tres mil acres que le fueron dados como dote en su matrimonio. Al feudo se le había dado este nombre cuando el nacimiento de Zia, de acuerdo con la costumbre de dar a una parcela de tierra el nombre de los recién nacidos a quienes iba destinada. Mientras el agua murmuraba en la tetera, Zia leyó el capítulo dedicado al feudo Terezia.

Esta colina solía ser llamada la «Colina del Pesar», a pesar de que no haya colina alguna por los alrededores. Es una propiedad situada en el tercer condado de la demarcación de Ararat. Su nombre tiene una significación simbólica; los pesares de sus habitaciones habían crecido hasta la altura de una montaña. He encontrado muchos nombres similares relacionados con las vastas

propiedades de los grandes terratenientes. «Hoyo de la Carroña», «Cañada del Dolor», «Granja de la Fosa», «Loma del Sepulcro». Los propietarios fueron dando sucesivamente a estos dominios los nombre de «Vega de Klementina», «Feudo Kristina»' o «Jardines István». Hay una especie de mejora por eufemismo, como si la ciencia médica decidiese llamar Resplandor del Crepúsculo o Pétalo de Rosa al cáncer o la tuberculosis. El administrador me dijo orgullosamente que una casa pequeña da de renta quince pengos al año. Esto de por sí parece ser justo en cuanto al bienestar hace referencia. Pero no debemos olvidar que una choza de barro como aquéllas, con su techo de bálago, difícilmente cuesta más de tres o cuatrocientos pengos. Y el arrendatario debe contribuir anualmente con veintiún días de jornal, además del alquiler. Por bajo que tomemos el jornal diario como tipo, esto constituye una renta anual de, por lo menos, el veinte por ciento del precio de coste.

Y cuando los Dukay cazan por estos campos, los dos o trescientos feroces perros no se preocupan si destrozan o no los campos de maíz. Sus servicios no les son recompensados y tienen que pagar el alquiler. Más aún, estos arrendatarios, no obstante, pueden ser desahuciados sin previo aviso. He hablado con un viejo campesino que sollozaba quejándose de haber sido expulsado de su casa con toda la familia por no haber podido pagar un alquiler demasiado elevado, a pesar de que su padre y su abuelo habían vivido allí y pagado el valor de la sórdida choza por lo menos cinco veces en el transcurso de aquellos setenta años. No había jamás un solo instrumento musical en una de estas casas. Jamás una sonrisa, ni aun en el rostro de los chiquillos. La consunción, la siniestra pobreza y el olor de la muerte por todas partes. Y la cruel maldición en el corazón de todos los campesinos.

Zia estaba pálida y muda cuando dejó el libro sobre la mesa; Ursi había dispuesto ya las tazas. Estaba a punto de decir que había pasado la noche reflexionando sin conseguir acariciar la idea de emigrar a América, porque incluso su madre soñaba en regresar a su país cuando fuese posible. Esto es lo que iba a decir, pero antes de que pudiese articular una palabra, la tetera se detuvo en el aire, porque vio que Zia estaba llorando. Las lágrimas corrían por debajo de sus párpados cerrados y la boca se torcía en un gesto de dolor. Esto prestaba una fealdad a su rostro, ya demacrado por la enfermedad; el rubor del viento había desaparecido y su rostro estaba de nuevo blanco como la cal. Ursi no sabía qué pensar de aquel súbito cambio de actitud. Sólo podía suponer que las pocas páginas de su libro que había ojeado la habían herido profundamente. Porque era también una Dukay. No podía saber que aquellas lágrimas eran tan sólo su alma humana que se despojaba de su vestidura.

En aquel preciso instante, Zia llegó a una solución.

Pero ni aún Ursi se enteró de ella aquella tarde.

CAPITULO XVI

«PORQUE la doctrina que amenaza al mundo por el Este, la doctrina que se abrió paso entre nosotros durante el breve pero sangriento período de 1919, cuando la caída de la Monarquía y, con ella, de Hungría, esta doctrina, no ha sido enteramente desarraigada de nuestra tierra. Es una monstruosidad que hoy se permita en nuestro mercado, en 1935, en un momento en que la desmembrada Hungría no puede buscar la mejora de su fortuna más que al lado de la Alemania hitleriana, la aparición de un libro como *El gran barbecho*. Los criminales que están dispuestos a cometer un asesinato si sus propósitos se lo exigen, no llevan el rótulo que diga “¡Soy un asesino!”. Y de esta forma Miháil Ursi se presenta bajo el aspecto de un agente de seguros, llamando a la puerta con el pretexto de que quiere asegurar, con tarifas preferentes, las vidas de los pobres campesinos húngaros. Estamos ya familiarizados con esta hipócrita artesanía de los agentes de Moscú; hemos aprendido ya a ver a través de estas barbas de Kossuth que se pegan en la barbilla. Estos agentes, estos terroristas, estos dinamiteros que tratan de hacer saltar el edificio de una nación de mil años y minar la civilización europea; estos subalternos están equipados con falsas credenciales y falsas referencias que pueden mostrar si la policía consigue seguir su rastro entre las sombras. Una de las cartas de crédito falsificadas que aparecen en el prefacio del libro de Miháil Ursi está firmado por la mano del actual presidente de los Estados Unidos. De momento no está a nuestro alcance determinar la naturaleza de las investigaciones sociográficas llevadas a cabo bajo la supervisión de este Gobierno, pero, de todos modos, no nos interesa, porque estamos en posesión de documentos que prueban de una manera concluyente, que tanto Franklin Delano Roosevelt, como su mujer, son de origen judío. La Primera Dama, nacida Rebeca Friedenstein, es la hija de un inmigrante tratante en caballos de Volhynia. Este libro sólo demuestra una cosa: la solidaridad del judaísmo internacional en su oposición al orden mundial. Es de una audacia sin precedentes y jamás igualada por parte de este mentecato astrónomo, referirse, como lo hace al Imperio germano, con la clara intención de apartar la creciente marea del justo odio antisemita y dirigirlo contra nuestros nacional-germanos y contra los húngaros de extracción germana. También nosotros, en estas columnas, que están dedicadas a la moralidad de Europa y al destino de Hungría, hemos expresado a menudo nuestra opinión sobre la aristocracia húngara y sus propiedades feudales. Pero el libro de Miháil Ursi no es un análisis objetivo ni un comentario social-político; es la rueda feroz de la ideología judaico comunista. Y no lo toleraremos. El pueblo húngaro no lo tolerará. Tenemos la esperanza de que el Gobierno húngaro no lo tolerará tampoco, porque se dará cuenta, por fin, de las consecuencias de su descuido en asunto de esta naturaleza. El espíritu reptil del derrotismo, que ocasionalmente se aventura en un abierto ataque debe ser desarraigado y exterminado. ¡Basta ya! ¡Ha llegado el momento de obrar! *Videant cónsules/»*.

—¡Absolutamente cierto! —exclamó el príncipe Andrés, golpeando la mesa en el salón del Casino Nacional cuando Su Excelencia Roberto Schurler terminó su' enfática lectura del editorial del periódico, que leyó como si se dirigiese a una numerosa convención política, a pesar de que sólo algunos escasos y ancianos aristócratas constituían su público. Pocos minutos después, en la contigua sala, las calvas cabezas se inclinaban sobre las ornamentales hojas de papel de escribir. El artículo era obra de Paul Fogoly que recientemente había remado hacia la otra orilla, abandonando su periódico liberal y, al propio tiempo, su amistad de toda la vida con Imre Pognár; bajo la poderosa influencia del artículo las calvas cabezas estaban escribiendo cartas de felicitación al director del periódico, Donáthy-Drexler, bajo cuyas instrucciones había sido escrito el artículo precitado. Otros que se quedaron en el salón, fueron también más lejos. Decidieron entrevistarse con el Regente aquella misma tarde y pedirle una investigación a fondo.

Toda la Prensa de derechas formó un frente de batalla para recibir *El gran barbecho*. La *Nueva Nación* llegó incluso a afirmar que Ursi, conocido anteriormente por Ungerleider, era hijo de un rabino. En los conflictos ideológicos de aquellos años la palabra *judío* constituía ya un formidable garrote. Las castas superiores de la clase media húngara habían estado satisfechas de tener este garrote en la mano. Los miembros de estas altas clases, que usaban discretas plumitas en sus sombreros e imitaban a la perfección a la aristocracia, consideraban servir la causa de la humanidad cuando, en medio de protestas de «Yo soy liberal, perdone», salían en defensa de sus prestamistas familiares de uñas sucias o en el mejor de los casos, de los médicos de la familia. Entretanto, cerraban los ojos y hacían dar vueltas al garrote sobre sus cabezas. El novelista inglés Galsworthy, que fue a Hungría como presidente del Pen Club, tuvo también sus desencuentros. Un club al que pertenecía toda la gente elegante de la ciudad declinó discretamente el honor de su visita con un comunicado confidencial en el que el club, lamentándolo mucho, decía no poder recibir judíos. Pognár tuvo suficiente sentido del honor para repetírselo a Galsworthy, quien se rió a carcajadas golpeándose las rodillas mientras lo leía. La cosa era fácil para él, puesto que era inglés y tenía el billete de retorno en el bolsillo. Probablemente tampoco los Roosevelt se lo hubieran tomado muy a pecho si hubiese caído en sus manos un ejemplar del periódico de Donáthy-Drexler. Pero en la vida pública de Hungría hubo quienes sintieron sobre sus cabezas toda la fuerza de este garrote y, si no cayeron muertos de repente, acusaron por lo menos una señal en la cabeza; incluso en el *stammtisch* del «Gugger» hubo quien preguntó excusándose, pero con un ápice de desilusión, de si era verdad que Ursi se había cambiado su anterior nombre de Ungerleider. La naturaleza humana es crédula y propensa a la suspicacia; por consiguiente, las marcas de este garrote tenían que convertirse algunos años más tarde en siniestros presagios.

La Prensa liberal, cuyos potentados propietarios judaicos y bien pagados redactores comenzaban a vivir en el temor de una excomunión gubernamental

acogieron la aparición de *El gran barbecho* sin moverse de la puerta. «¡Ah, ah! Parece que hay tiros, escudémonos al amparo de la puerta». Estos periódicos, de vasta circulación, demostraban su implacable valor con frases como ésta: «La política de impuestos llevada a cabo por el Gobierno amenaza los intereses de la industria doméstica y el comercio...». «No debemos economizar esfuerzos en nuestra lucha contra la tuberculosis...». «Charlie Chaplin se casa por cuarta vez...». Se parecían al judío del caftán que, al ver un ladrón acercarse a él y a su familia con un enorme cuchillo en la mano, no teniendo otra arma que su sonrisa, completaba ésta con frases así: «¡Vaya, vaya, señor Ladrón...! ¿Y cómo está usted hoy...?».

Newton no tuvo jamás la menor idea de que su ley de la gravitación se aplicaría a la Prensa; la circulación de los periódicos varía en razón directa del cuadrado de su cautela. Sólo los periódicos llamados *Frorirtera*, *Columna* o *Acusación* se atrevieron a ponerse al lado de Ursi. Y el mal de estos periódicos fue que exageraban las cosas. Su apasionado y enérgico apretón de manos dejaba siempre sin aliento y con los dedos estrujados al que lo recibía. *El gran barbecho* levantó mucho polvo, pero este polvo no se levantó del terreno mismo del barbecho; en el mejor de los casos se levantó en las mesas de los castillos, casinos, redacciones de los periódicos y cafés, y todos estos sitios suelen ser, en general, muy poco polvorientos. *Adalbert*, el elefante pintado de oro del Club Andalucía, no se enteró del libro de Ursi, como tampoco supieron de él las pesadas carretas que crujían sobre el barro al acarrear estiércol hacia la *puszta* húngara para el arado de la primavera.

Un telegrama del Ministerio de Cultura, con su suspensión de empleo y sueldo, no sorprendió a Ursi. Tan seguro estaba de ello que el día anterior se llevó a casa el cepillo, la toalla y el jabón que tenía en su despacho, pues aparte de estos adminículos no hay en las oficinas del Estado más que serviles empleados. Parece que la visita del Casino Nacional al Regente dio su fruto, porque a los tres días de su publicación el libro de Ursi fue proscrito, y el fiscal, aguijoneado por el furor de la Prensa, incoó proceso contra el autor. Durante el transcurso de aquellos días, Zia y Ursi se veían solamente por la noche, después de haber cenado juntos en un pequeño restaurante. No le permitía ir a su casa, porque se esperaba de un momento a otro algún registro y no hubiera sido agradable para ninguno de los dos que la policía encontrase a Zia en su casa. El timbre de su puerta llamaba constantemente. Venían amigos, todos los que frecuentaban el *stammtisch* del «Gugger», algunos de los cuales regresaban del campo para asistir al proceso, y franqueaban el umbral como si entrasen en un hospital para ir a ver a un pariente atropellado por el tranvía. Acudían desconocidos extravagantes llevando gruesos manuscritos con evidentes señales de haber sido, junto con sus autores, arrojados de incontables editoriales durante los últimos diez años. Iban también mujeres de edad de aspecto extravagante, astrólogos que llevaban en sus raídos bolsillos infalibles prescripciones para la redención del mundo. Un intendente, expulsado de una de las grandes propiedades, fue a ofrecer nuevas pruebas contra su exdueño.

Generalmente, con los interrogatorios de la policía y otros preliminares, transcurren meses antes de que estas causas políticas lleguen al día del proceso. En este caso, sin embargo, fue evidente que el procedimiento había sido acelerado por órdenes recibidas de la superioridad. Lo antes posible, como si fuese una bomba silbante y peligrosa, deseaban borrar de la vista del público todo rastro de *El gran barbecho*. Pocos días después del interrogatorio de la policía, Ursi estaba ya en el despacho del fiscal sometido a nuevo interrogatorio preliminar. Si Ursi experimentó alguna satisfacción hasta aquel momento fue el fiscal quien se la proporcionó, porque, pese a ser un hombre seco y taciturno que martilleaba sus preguntas como si estuviese interrogando a un tratante en opio o un ladrón de bicicletas, en el fondo de sus palabras parecía haber una tenue insinuación que decía: «Usted y yo somos hermanos». Cuanto más velada queda una insinuación de esta naturaleza, más bello es su significado. Los acusados políticos en procesos de esta naturaleza no siempre tienen motivos para temer a los miembros de los tribunales inferiores.

El proceso fue fijado para mediados de abril. Aparte los periodistas, aquella mañana lluviosa de primavera, no había más allá de treinta personas en los bancos de la pequeña sala. Había varios muchachos jóvenes que parecían estudiantes en la más estricta penuria. Imre Pognár estaba con los periodistas. Empujó con el codo a su vecino, el viejo Halászi.

—¿Cómo se llama el acusado?

—¿Ni eso sabe usted? Miháil Ursi.

Pognár movió la cabeza.

—Éste no es el acusado.

—Entonces, ¿quién es?

—El presidente de los Estados Unidos.

Se echó hacia atrás, estiró las piernas y se metió las manos en los bolsillos.

—Tengo curiosidad por ver cómo disponen los tribunales húngaros de los ideales predominantes en este siglo xx.

Al extremo del primer banco, apartados de los demás espectadores, estaban sentados dos caballeros de edad, bien alimentados, que susurraban tapándose la boca con la palma de la mano. Eran los emisarios de las asociaciones agrícolas, enviados para representar las grandes propiedades durante la ejecución. Una mujer con lentes negras estaba sentada en el cuarto banco; sin duda, una estudiante de la Universidad, a juzgar por sus ropas, o una nueva periodista. Nadie hubiera reconocido a Zia en ella. En el banquillo, frío y sereno, estaba sentado Miháil Ursi. Los fotógrafos de la Prensa no pudieron asistir, en parte porque prestaba juramento un nuevo ministro del Interior y en parte porque se bautizaba al primer hijo de una famosa estrella de cine. La atmósfera de aquella exigua habitación medio vacía, la lluvia que caía formando regueros en los cristales sucios, todo indicaba que aquellos ideales preconizados por el «mentecato astrónomo» yacían por el suelo sobre el fangoso pavimento como una pobre acémila caída.

Todos hacían conjeturas sobre la probable severidad de la sentencia. Tras las palmas de sus manos, los dos ancianos se habían puesto de acuerdo en cinco años. Los periodistas y los miembros del *stammtisch* se inclinaban entre dos y tres. El viejo Halászi, con sus cuarenta años de reportero judicial, consideraba indiscutible que la decisión final de este proceso sería enviada al Tribunal Supremo. Pognár estaba dispuesto a apostar a que el acusado sería absuelto. El viejo Halászi echó excitadamente mano a su cartera, llena de pases y papeletas de empeño. Sacó un billete de diez pengos doblado con matemática precisión y lo depositó sobre el banco como si fuese una mesa de bacarrá. Su ademán indicaba claramente que no estaba dispuesto a jugar con nadie que no pusiese el dinero por delante. Pognár esperaba perder la apuesta, porque por aquel tiempo su obra *Los chiquillos crecen* había obtenido también un considerable éxito en Viena.

El Tribunal entró. El fiscal y el abogado de la defensa ocuparon sus sitios. Un corresponsal de uno de los periódicos liberales, el grueso Bajomi, que no había tomado parte en las precedentes discusiones, se sentó con la expresión del hombre que sabe ya algo de antemano, cosa que no era del todo imposible, puesto que era cuñado del fiscal. El presidente del Tribunal abrió la sesión con voz clara y seca que advertía a los concurrentes que haría despejar la sala en cuanto alguno de los presentes hiciese el menor gesto de aprobación o reproche. Era como si advirtiese al caballo caído sobre el enlodado pavimento que no arrancase al galope ni se lanzase contra el tranvía que se acercaba. El único sonido que se oyó fue un bostezo medio ahogado de Bajomi.

La causa duró escasamente una hora. La información personal del acusado se desarrolló rápidamente, no sin que el presidente tuviese que hacer a Ursi este reproche: «¡Quítese la mano del bolsillo!». La experiencia ha demostrado que los acusados inocentes son los que suelen meterse la mano izquierda en el bolsillo de la chaqueta. Los asesinos suelen conservar una actitud rígida delante del tribunal. Después de un magistral reproche como aquél, un hombre experimenta la sensación de haber vuelto a la infancia. Ursi obedeció inmediatamente la poco amistosa orden presidencial, pero había una cierta tristeza en el movimiento de su mano al salir del bolsillo y colgar a su lado, como si se sintiese avergonzada del castigo. Y este sentimiento se reflejó también en los lentes negros de la mujer del cuarto banco. Durante un instante Ursi pensó en su libro *Cosmobiología*, que había aparecido en Inglaterra también y que el *Times* consideraba una de las obras más destacadas de la astronomía moderna.

El fiscal se levantó para pronunciar su acusación. Parecía un hombre joven, magiar, pero prematuramente calvo. Su demacrado rostro era prácticamente un testimonio de las dificultades ante las cuales, para salir adelante con el exiguo salario del Gobierno, se encuentra un fiscal con tres chiquillos. No prolongó mucho sus observaciones, pero las hizo secamente y con dureza, empleando frases breves. A costa de considerables esfuerzos, Hungría, destrozada por la Gran Guerra Mundial,

había alcanzado un estado de paz y seguridad que se extendía por todo el país y que era la garantía de su pacífico progreso. El Gobierno no tenía más sagrado deber que defender esta propicia situación del país, ganada a costa de tanto sacrificio, contra toda tentativa de subversión. El libro *en* cuestión era perjudicial a los intereses de la política nacional extranjera, porque adoptaba un tono ofensivo contra el Imperio alemán, defensor de las aspiraciones revisionistas de Hungría, con el cual la nación estaba en los mejores términos de amistad. El Estado solicitaba que se impusiese al acusado un severo castigo.

Kadar, miembro del *stammtisch* del «Gugger», actuando como abogado defensor, era un hombre pequeño, de unos cuarenta años, cuyos lentes, voz y aspecto conservaban fielmente la atmósfera jurídica del pasado siglo que, por fiel respeto, había absorbido el ambiente del antiguo magistrado con quien había servido. Hay hombres muy modernos de ideas que, por razones sólo de ellos sabidas, persisten en usar botines. Kadar elegía sus palabras con cuidado y sus «r» crujían como si, en medio de sus ademanes de orador, estuviese manejando un cascanueces. Su voz agradable y profunda no carecía ni de vehemencia ni de ardiente devoción a la causa que defendía; el único mal estribaba en que, accidentalmente, se iba por las ramas y cuando al describir la condición de los campesinos húngaros azotados por la miseria tenía ocasión de hacer referencia a la dureza de ganarse una educación, expresaba este concepto en fórmulas tan herméticas como: «La carta que aporta testimonio a las consecuciones educativas conseguidas en el transcurso de esta primera mitad del corriente año...». El lenguaje de la jurisdicción húngara era capaz de alcanzar increíbles alturas en este aspecto porque los mismos textos académicos estaban redactados en esta terminología. Era considerado un crimen capital expresarse de una manera simple, breve y comprensible.

El Tribunal se retiró para dictar su veredicto. De nuevo empezaron las conjeturas en los bancos de los espectadores. La mujer del cuarto banco oía hablar de tres años, de dos años y, horriblemente, de cinco años, en caso de que la causa pasase a un tribunal superior. Se hablaba de la posibilidad de que el acusado quedare preventivamente detenido desde aquel momento. Trató de imaginarse cómo serían aquellos años para ella. Miháil y ella habían hablado mucho de esta perspectiva, como inválidos moribundos que se encuentran frente a la muerte. Estos dos, tres, cinco años, eran como una muestra cortada en una interminable pieza de tela negra. Había pasado tres años en Mandria y ahora, al mirar hacia atrás, no le parecían tan largos. Sabía ya que los condenados estaban autorizados para recibir visitas una vez a la semana. Y la situación política podía cambiar también. Había tenido una idea de la que no había hablado a Miháil; se imaginaba a su padre en el despacho del Regente, solicitando la amnistía de Ursi.

El Tribunal ocupó nuevamente su sitio. Un gran silencio reinaba en la sala como

en todas las salas de juego cuando las apuestas son altas, antes de que el *croupier* de vuelta al último naípe. El presidente leyó unas largas parrafadas de las que nadie hizo caso, hasta que finalmente llegó a una frase que estalló en la sala como una explosión:

—¡Un año de prisión!

Hubo un murmullo de voces. Veinte o treinta gargantas exclamaron:

—¡Dios proteja a los tribunales húngaros!

El presidente golpeó el pupitre exasperadamente con el lápiz y de nuevo amenazó con hacer evacuar la sala si volvía a oír voces, como si hubiesen gritado:

«¡Abajo los tribunales!». Y esta amenaza carecía tanto más de significado cuanto que el espectáculo había terminado y la gente comenzaba a dirigirse hacia la puerta. Los propietarios de aquellas manos que ocultaban las confidencias dirigían miradas de desdén a los optimistas como si dijese: «Esperad un poco a ver qué tiene que decir el Tribunal Supremo». Entretanto, el presidente procedía a confirmar la aplicación de la sentencia. El murmullo de voces continuaba.

—¿Está usted conforme con el veredicto de este Tribunal? —preguntó el presidente al acusado.

Ursi miró a su abogado defensor, como habían convenido, y éste asintió vigorosamente.

—Conforme.

El presidente se volvió hacia el fiscal y al viejo Halászi, pues le parecía ya oír la respuesta maquinal de rigor: «Apelo a esta sentencia por falta de justa severidad». Pero el viejo Halászi se había ya levantado y, flotando en el aire porque el ministerio fiscal se puso en pie, dijo brevemente:

—Conforme.

Los miembros del Tribunal e incluso el abogado defensor se volvieron hacia el fiscal como si lo hubiesen entendido mal. De nuevo hubo un murmullo entre los espectadores. El presidente dijo las palabras que levantaban la sesión y se retiró con sus compañeros. Todo el mundo se puso nuevamente de pie, pero nadie se movió de la sala. Sólo el grueso Bajomi desapareció al instante, como si temiese que sus compañeros de Prensa, sabiéndolo emparentado con el fiscal, le devorasen a preguntas.

Los espectadores comenzaban a congregarse en grupos delante del Tribunal. Zia quedó unos momentos sola en los bancos y, para no parecer sospechosa, se levantó y se detuvo detrás de los que debatían. La viva y agitada discusión sólo le dijo que el fiscal había hecho algo inusitado al aceptar la leve sentencia, teniendo en cuenta las órdenes recibidas de la superioridad. Cuando el acusado y el fiscal aceptaban el veredicto, la sentencia quedaba firme; por lo tanto, la aquiescencia del ministerio fiscal salvaba el proceso de las manos del Tribunal Supremo. Había muchas probabilidades de que Ursi hubiera comparecido ante el magistrado *surányi*, antiguamente conocido por Schurler, hermano menor de Roberto Schurler. Era un

hombre severo e implacable que odiaba todo vestigio de sentimientos izquierdistas. Ursi difícilmente hubiera escapado a su jurisdicción con menos de cinco años.

Las dos manos se habían apartado de los labios que susurraban. Mudos y decepcionados, los dos emisarios de los terratenientes se mantenían apartados de los grupos que discutían. A su modo de ver, era claro lo que había sucedido. La artillería del Estado había fallado el tiro. Era un signo claro y fatídico de que el mecanismo del orden social estaba desquiciado.

Los periodistas y los abogados discutían las probables consecuencias de lo ocurrido. El viejo Halászi decía que con toda su experiencia sólo había visto un caso parecido en 1898 cuando Bánffy, el ministro, había incoado un proceso por difamación contra un periodista de la oposición. ¿Qué ocurriría ahora? Se tomarían medidas disciplinarias contra el fiscal, esto era seguro. Pero no, ni aun esto era seguro, porque una investigación sacaría a relucir las instrucciones secretas dadas desde arriba y esta revelación sólo conseguiría mermar la confianza pública en la pretendida imparcialidad de los tribunales de justicia. ¿Qué le ocurriría al acusado? El ministro de Justicia podía ordenar una revisión del proceso, pero esto estaría en contradicción con el propósito original, o sea, borrar cuanto antes de la vista del público todo rastro del asunto. Los periodistas de izquierda sostenían controversias con los de derecha, porque en aquellos años las diferencias de su visión internacional no habían turbado todavía su amistad, ni en los centros oficiales ni en torno de las mesas de juego. Finalmente, llegaron a la conclusión de que el caso no tendría continuación alguna. Pognár comenzó a chillar:

—¿Que no tendrá continuación? ¿Están ustedes locos? ¡Este caso recorrerá el mundo entero!

Zia y Ursi habían convenido no encontrarse en el tribunal. Antes de salir de la sala cambiaron una mirada. De pie, delante del Tribunal, Ursi estaba en animada conversación con su defensor.

La Prensa apenas se ocupó del asunto Ursi. El interés por el caso disminuyó rápidamente porque se celebraban discusiones mucho más importantes alrededor de las mesas de las conferencias en Europa. Por aquellos días Francia e Inglaterra, a instigación de Mussolini, convinieron en una segunda conferencia de Stresa. La conferencia condenó severamente la infracción de Alemania a las cláusulas del Tratado de Versalles que limitaba el armamento. Momentáneamente, esto creó una pausa en la Prensa germanófila de Hungría, que dependía, al fin y al cabo, del Gobierno. Y el Gobierno comenzaba a dirigir sus miradas hacia Inglaterra. Como resultado de esto, Goering, comisario de Prusia, fue precipitadamente a Hungría, y sus esfuerzos por deslumbrar a los hombres de Estado húngaros con su rutilante desfile de uniformes no fueron del todo infructuosos. En aquel tiempo era ya un apasionado coleccionista de las más altas jerarquías y títulos militares germanos, algunos de los cuales creó para su propio uso y se encargó un uniforme de distinto color y corte para cada jerarquía. Durante el desayuno, embutido en su uniforme

verde y plata de jefe forestal del Imperio germano, pronunció un discurso en Checoslovaquia que acababa de formar una alianza militar con la Unión Soviética, y media hora más tarde, usando los colores pardo y escarlata de mariscal de campo del Imperio alemán, explicaba cómo, bajo su dirección, la Aviación alemana había alcanzado tal poderío que en cuestión de días podría borrar a Inglaterra de la superficie de la tierra.

Las vueltas y vericuetos de los asuntos internacionales provocaban una enorme confusión en la mente de los hombres. Era ya imposible saber lo que ocurría ni lo que podía venir. Inglaterra, en junio, firmaba un tratado naval con Alemania, lo cual produjo un considerable aumento de la flota naval alemana. Al propio tiempo, el secretario del Foreign Office inglés, esperando conseguir una solución del conflicto abisinio, ofreció a Italia un plan de reajuste territorial que Mussolini rehusó diciendo que no tenía por costumbre acumular desiertos porque no tenía almacenes donde guardarlos. En agosto, los Estados Unidos firmaron el Acta de Neutralidad Durante algunos meses, el mundo de los hombres blancos parecía ser una estrella fija pese a que todo se encaminaba a la destrucción; incluso los más bélicos industriales firmaron contratos a largo plazo. Jamás historiógrafo alguno será capaz de fijar por qué misteriosos caminos la política italianófila de Laval, por ejemplo, o la dimisión del gabinete Mac Donald, o el estado de salud del primer ministro húngaro pudieron influir en un caso como el proceso Ursi. El caso es que Ursi, con buen número de otros condenados políticos, se vio favorecido con una amnistía a finales de setiembre, a pesar de que había apenas comenzado su estudio sobre el Gran Saco de Carbón, que es una de las nebulosas más oscuras de la constelación del Cisne. Zia fue a visitarle una vez a la semana durante sus cuatro largos meses de encarcelamiento.

Pocos días después de su libertad, Ursi recibió la siguiente carta con un majestuoso membrete que decía:

ADMINISTRACION CENTRAL DE LAS PROPIEDADES DUKAY:

Muy señor mío:

En nombre de Su Excelencia el conde István Dukay le escribo para rogarle el honor de su presencia en el castillo de Ararat el jueves, once de los corrientes, a las seis de la tarde. Su tren llegará exactamente a las cinco y diez minutos. Le esperaré en la estación con un carruaje. El tren de Budapest saldrá a la mañana siguiente a las nueve y dos minutos. Se dispondrá alojamiento' para usted en el castillo y Su Excelencia se sentirá muy complacido de contar con su compañía para la cena.

Queda de usted respetuosamente suyo.

Dr. Joseph Egry-Toth

Y el día fijado, con un guardapolvo sobre el brazo, un caballero de unos sesenta años, vestido de gris claro, caminaba de un lado a otro de la pequeña estación de Ararat que con los maceteros de las ventanas llenos de malvarrosas y betunias parecía un fragmento del mismo castillo. Evidentemente, la estación había sido construida por el castillo, porque no tenía la menor semejanza con los tétricos edificios de los Ferrocarriles Nacionales Húngaros, que delataban los apuros de los constructores de obras para salir del paso con la exigua subvención. La deliciosa estación de Ararat era una especie de apeadero que había prestado grandes servicios a los moradores del castillo durante el pasado siglo; pero desde la invención del «Daimler», el automóvil, la estación había sido relegada a la servidumbre como un objeto pasado de moda. Aquellos días era utilizada también por visitantes que no poseían automóvil, la mayoría de ellos llamados al castillo por algún deber. Así era como un tal Husnik, barbero de Buda, llegaba cada dos semanas durante los meses de verano para aplicar los instrumentos de arte sobre el cabello del conde Dupi. Se apeaba siempre del tren con su maletín negro en la mano, como un cirujano ilustre. Allí hacían su aparición los industriales, los sastres y zapateros llamados de Budapest, y los vendedores de libros, que estaban dispuestos a saltar el alto muro de piedra con tal de conseguir el acceso al castillo, y de los que, invariablemente, el señor Gruber rechazaba los ataques porque el castillo sentía un santo horror a la literatura húngara moderna. Los viajeros del tren eran esperados en la estación por un enganche de cuatro caballos, con unos arneses que parecían un tesoro histórico; el mismo carruaje que en los tiempos en que las líneas de ferrocarriles pasaban a considerable distancia de Ararat solía llevar velozmente a los visitantes a la capital, pero que hoy sólo servía para franquear los tres kilómetros que separaban la estación del castillo.

El anciano caballero que esperaba en la estación sacó su reloj de oro sujeto a una cadena del mismo metal y observó que el tren hubiera debido haber llegado ya, pero el empleado le hizo saber que llevaba diez minutos de retraso. Continuó su monótono paseo mientras las ideas iban acudiendo a su mente como si se hubiesen filtrado a través de la piel. Algunas veces su ceño se fruncía y murmuraba algunas palabras ininteligibles, como si estuviese discutiendo consigo mismo. No es difícil reconocer en él a Joseph Egry-Toth, el administrador de las propiedades Dukay. Tenía el arrogante porte masculino de los húngaros acomodados, aunque su figura fuese ya un poco basta debido a un exceso de alimentación. En términos de ganadería, hubiéramos podido llamarlo «cebado», pese a que conservaba ese aspecto oriental y agradable de la raza magiar: la gruesa nariz aguileña y las duras líneas de la boca. Sólo por atavismo se retorció todavía el bigote, porque lo llevaba retocado a la inglesa. En estas ocasiones, un diamante del tamaño de una lenteja, engarzado en una sortija, brillaba en su dedo en medio de una mata de pelo. Y aparecía también a la

vista su sortija de complicado sello azul celeste, revelando claramente al mundo — que no debía olvidarlo siquiera un momento— que aquel caballero administrador descendía de los Egry-Toth de Tórfalu y hubiese podido llegar a ser chambelán de la corte imperial, cuya alcurnia se sitúa por encima de la baronía, si su abuelo materno no hubiese sido casualmente curtidor en Debrecen. Egry-Toth pertenecía a la aristocracia media de Hungría. Entre los Egry-Toth figuraban un pintor de renombre, todo color y llama; un general, famoso en lejanas tierras por su estupidez, y varios funcionarios gubernamentales de menor cuantía que ostentaban su cerebro y su estatura moral en su sello en miniatura. Nuestro personaje formaba parte de la Junta Directiva del Casino Comunal y su posición era la definición exacta de la categoría que ocupaba en la sociedad húngara. El Casino Nacional era el terreno estampillado de condes, una amalgama de los intereses de los grandes terratenientes y una especie de tren que se arrastraba desde el trono real. El Casino Comunal era un retiro para la nostalgia de aquellos que no conseguían ser admitidos en el Casino Nacional. Por falta de comunidad de intereses, los miembros se inclinaban ante la aristocracia, contemplaban las clases sociales inferiores con cierto desdén aristocrático, mantenían un aire sin reserva entre familia y amigos, se comportaban con arrogancia y rudeza en oficinas y cuarteles, y consideraban la mera existencia de sus subordinados como un insulto personal. En general, detestaban todo trabajo y toda clase de fatiga intelectual. Las raras excepciones servían solamente para poner de manifiesto el histórico cenagal de sus orígenes, que envolvía a pendencieros oficiales, vocingleros seudopatriotas y títulos menores que se agarraban con fuerza a las feudales tradiciones de la vida comunal de Hungría. Durante estos años difícilmente existía en Europa otro tipo humano que se arrastrase de una forma tan rastrera por los bordes del bienestar económico y el rango social; la nobleza polaca era quizá su único rival; y no era mero accidente que tales compañeros de destino se endosasen mutuamente sus ropas. Aquellos gabanes largos hasta el tobillo y estrechos de cintura de la Polonia legendaria fueron después de la guerra, una visión corriente en las calles de la capital. Los nobles polacos los usaban también, pero los llamaban *bekecs*, según el nombre de un potentado magiar de los tiempos de Báthory; ésta, por lo menos fue la explicación dada por Izvolsky, el embajador polaco, durante una de las comidas en casa Dukay.

También el administrador llevaba un gabán semejante y —excepcionalmente— era dueño de una granja de mil ochocientos acres de tierra, que iba con el gabán. Si Joseph Egry-Toth fruncía el ceño en aquellos momentos era precisamente porque estaba pensando en esta propiedad y sus labios se movían mientras paseaba de un lado a otro. Cuando el conde Dupi dio la orden de invitar a Ursi, no violó ninguna confidencia al decir al administrador, que estaba en posesión de los más íntimos secretos de familia, que su hija Zia quería casarse con el astrónomo. Y esto fue todo lo que le dijo. Pero al cabo de veintitrés años de servicio, el taciturno rostro del conde era para Egry-Toth como un libro abierto.

Mientras esperaba el tren, Egry-Toth trataba de imaginarse la entrevista entre

István Dukay y Ursi, entrevista a la cual —por razones hasta ahora ignoradas— había recibido orden de asistir. Pero, después de todo, la razón primordial no le era totalmente desconocida; haría el papel de testigo. El astrónomo aventurero sería pagado y echado a patadas. No era la primera vez que a una dama noble se le ocurría una idea como ésta, lo cual, generalmente, terminaba con un nuevo dispendio a cargo de los cofres del patrimonio. En su imaginación, a Egry-Toth le parecía casi oír las palabras precisas con las cuales, de una manera cortés, el conde Dupi rompería las alas al condenado astrónomo, tranquila y delicadamente, pero con inquebrantable altanería. Esto era una cosa en cuyo arte István Dukay era maestro.

Los minutos pasaban y Egry-Toth esperaba el tren con creciente frenesí. La entrevista prometía ser violenta desde el primer momento. Aquel hombre había hecho en su obra, especial mención del administrador del conde, formulando esta pregunta: ¿Cómo había llegado Joseph Egry-Toth, ex empleado de la prefectura, sin un céntimo, a tener en sus manos aquella propiedad de mil ochocientos acres? Egry-Toth sabía todo esto de memoria porque su cerebro, ardiente de fuego y furia, había grabado aquellas palabras en su mente, con todas sus puntuaciones e interlíneas. Y desde la aparición del libro, diariamente, se había recitado este pasaje a sí mismo metido en la bañera o sentado en otro sitio antes de dormirse, o trabajando en su despacho, donde a menudo volvía la espalda a las visitas y se retiraba a su habitación para repetirse el fragmento a media voz, siempre con la ciega esperanza de encontrar una nueva palabra que cambiase un sentido, tan increíblemente claro consideraba el significado de aquellas líneas. El fragmento en cuestión, palabra por palabra, decía así:

«Si Egry-Toth ha adquirido sus mil ochocientos acres de terreno con los beneficios de su cargo de administrador —suponiendo siempre que economizase anualmente el importe íntegro de su sueldo con este propósito— tiene que llevar hasta ahora ciento treinta y cinco años de servicio, lo cual es improbable, puesto que, según el *Almanaque Agrícola*, este hombre tiene sólo sesenta y dos años y lleva al servicio del patrimonio Dukay solamente veintiséis. No hay ningún indicio de que este loable administrador haya heredado ninguna fortuna ni ganado un premio en la lotería. Su vida privada goza de la más alta reputación: no bebe ni fuma: por consiguiente, no puede haber tampoco obtenido una ganancia importante jugando a la baraja. ¿Cómo ha adquirido, pues, estos mil ochocientos acres de terreno? Éste es el problema que no ha preocupado en absoluto a Su Excelencia el conde, porque es sabido de todos que no tiene la menor idea de la proporción en cuestiones financieras. Es posible que fuese el mismo conde quien, en un momento de generosidad, le regalase esta granja a su fiel administrador; éste es un punto que sólo István Dukay puede negar o afirmar. Pero si no es un regalo, los orígenes de su considerable propiedad no dejan de ser un poco oscuros, por no decir más; ni aun en Hungría caen del cielo propiedades de mil ochocientos acres. Mencionamos todo esto —las vastas demandas de una abortada Prensa legitimista, las industriosas actividades de varios miembros de la familia alrededor de las mesas de juego, y los descarados ladrones de

ágiles dedos socialmente glorificados cuyas manos no siempre están muy limpias—, mencionamos todo esto, decimos, simplemente a modo de paréntesis para mostrar la forma cómo los recursos Dukay eran disipados al mismo tiempo que, según las estadísticas recopiladas durante dos décadas de antes de la guerra, ochocientos doce campesinos húngaros, habitantes de los dominios de Dukay, se echaron el hatillo a la espalda y, agarrando su bastón, emigraron al extranjero, familia y todo, diciendo un postrero adiós a las tierras que sus padres ocuparon bajo la jefatura de los Ordony, la tierra en defensa de la cual dieron su sangre durante un período de enteras centurias, defendiéndola contra los tártaros, los turcos y los teutones. Todo esto puede ser puesto como ejemplo para demostrar cuán inequitativamente la patria húngara distribuye sus hijos desde hace tantos miles de años».

Después de la aparición del libro, Egry-Toth fue a consultar al más conocido abogado libelista, fuera de las horas de despacho, no fuese que alguien lo viese en la sala de espera. Expuso su problema con el tono que una familia distinguida puede emplear al consultar a un médico respecto a una incipiente enfermedad venérea. El abogado, después de escucharlo atentamente, le aconsejó que no intentase la acción, explicándole que, en estos casos, el procedimiento civil húngaro convierte generalmente a los demandantes en acusados. Aquella misma tarde Egry-Toth entró en un sanatorio, y no sin parte de razón, porque aquellas líneas produjeron en la aguda sensibilidad de aquel hombre de noventa y ocho kilos un aumento de presión arterial. Mientras estaba en el sanatorio tuvieron que quitarle un cálculo hepático, y desde entonces llevaba el cálculo, del tamaño de un huevo de pichón, en el bolsillo del chaleco, envuelto en papel de seda y lo enseñaba a quien quisiera verlo. Era su manera, acaso inconsciente, de crear una compasión hacia el hombre enfermo víctima de un brutal ataque en el crepúsculo de su vida honorable. A menudo aparecían en su rostro síntomas de su pasada enfermedad, porque frecuentemente con un sobresalto, se despertaba de las profundidades de su sueño preguntándose si, después de todo, no se le ocurriría a István Dukay inquirir un día cuáles eran los orígenes de aquella propiedad de mil ochocientos acres. Pero se tranquilizó recordando una escena de antes de la guerra, en la que el conde Dupi, al final de una pródiga cena, después de una cacería, le regaló diez florines a un famoso primer violín húngaro que con sus veinte compañeros había amenizado la velada, viniendo a Budapest. El violín comenzó a murmurar, explicando que sólo los gastos de viaje habían ascendido a cuarenta y dos florines. El conde Dupi hizo un signo de asentimiento, sacó la llavecita que colgaba de la entonces elegante y larga cadena de oro, abrió la arquilla Westheim y le dio al músico, sin contarle, un fajo de más de cuarenta mil florines. Hizo todo esto con la más completa indiferencia, sin guiñar el ojo, y su gesto tenía la simplicidad que por sí sola es capaz de crear leyendas. No, el conde no tenía la menor idea de la proporción en cuestión de finanzas, si bien en estos últimos años había

empezado a sentirse ligeramente avaro, y Egry-Toth recordaba incluso haberle visto repasar altas columnas de sumas correspondientes a las cuentas de las tierras, cosa que no había hecho jamás. Y había también otra amenaza a la vista. El conde Dupi tenía ya sesenta y siete años y se suponía que estaba enfermo del corazón; no había manera de prever cuál sería el punto de vista que el conde Gyorgy, heredero del patrimonio, traería de América, donde, según se decía, había máquinas de sumar que tenían en cuenta incluso la congénita debilidad de la aristocracia húngara en cuestiones aritméticas.

La suave brisa otoñal de la tarde caldeada por el sol traía de los prados una fragancia de heno, y veíase a lo lejos el jadear de un tractor procedente de un bosque de acacias más lejano. El tren estaba a la vista, pero de momento parecía una caja de cerillas colocada en el punto donde se juntaban los raíles que, reluciendo bajo el sol, se alejaban hacia el infinito.

Egry-Toth se dispuso a preparar su expresión para el encuentro. El mismo Ursi había confesado en el prefacio que procedía de origen campesino, Y Egry-Toth pertenecía a ese tipo que odiaba a la gente del campo y la trataba como si fuesen brutos primitivos, cuya latente irascibilidad y abominaciones físicas y morales había que tener en cuenta. Egry-Toth sabía que un bofetón a tiempo, debidamente administrado, tenía mucho más valor al tratar con un campesino que cualquier argumento o explicación, y a este convencimiento se había doblegado más de una vez, sin darse cuenta de la desencadenada violencia y odio con que a estos bestiales bofetones habrían de responder en un momento histórico y oportuno, después de siglos enteros de silencio, porque Egry-Toth, como tantos de sus semejantes en Europa merecedores de mejor destino ignoraban todavía las leyes de la causa y el efecto social, Egry-Toth era un hombre dúctil, suave y atento, y esto según las observaciones de ciertos psicólogos, oculta siempre la rabia interior y la rudeza de un alma reprimida.

El tren se detuvo y se apeó, un solo viajero que no podía ser otro que el astrónomo. Vestía un traje gris claro con un sombrero de anchas alas; llevaba un gabán al brazo y una pequeña maletita en la mano; Egry-Toth no había previsto un hombre tan apuesto, de tan anchos hombros y tan despejada frente. Esperaba más bien un hombre de cuello de toro, cabeza redonda y aspecto rural, con un catalejo bajo el brazo y un pergamino en la mano, porque, después de todo, es imposible prever los gustos de una condesa. La misma condesa Ella, había llegado a tener un carácter tan imposible que acabó casándose con un abogado del Temesvár.

Avanzaron en el acto uno al encuentro del otro y se presentaron mutuamente. El ojo experimentado de Egry-Toth observó en seguida que el maletín del astrónomo era demasiado pequeño para contener un *smoking*, a pesar de que esta indumentaria era de rigor en las cenas Dukay, incluso cuando estaban solos. Con tranquila y maliciosa alegría, Egry-Toth anotó la ausencia del *smoking*. En interés de la precisión histórica, debemos hacer constar que el sentido del refinamiento social de Ursi era

verdaderamente deficiente a este respecto, porque era la primera vez en su vida que era esperado a cenar en la mesa de un conde.

—¿Ha tenido usted buen viaje, profesor?

Egry-Toth había decidido darle ese tratamiento mientras esperaba el tren, aunque no fuese más que porque era el que se aplicaba a los entrenadores de tenis y profesores de equitación e idiomas que acudían al castillo, así como al propio señor Badar. El tiro de cuatro caballos esperaba a la puerta de la estación y los cuatro fogosos animales de reluciente pelo tascaban impacientes el freno de plata. En el pescante estaba sentado un húngaro de rígida espalda y largos bigotes, vistiendo la pesada librea azul y roja pero en lugar de las ceremoniosas plumas de avestruz del sombrero negro de cochero, con las flotantes cintas hacia atrás, llevaba un sombrero de forma más sencilla rodeado de ramas de espolín de largas hebras blancas, adorno prescrito para la cabeza de los cocheros Dukay. El carruaje avanzó silenciosamente hacia el castillo y el único ruido era el golpear de los cascos sobre el suelo como el azotar de la lluvia.

—Siento muchísimo no haber tenido tiempo hasta ahora de leer su célebre libro, profesor —dijo Egry-Toth iniciando la conversación—. Desgraciadamente, nosotros, la gente del campo, vivimos muy alejados de la literatura. ¿No había estado usted nunca en Ararat?

—En el castillo, no —dijo Ursi, recordando su estancia en casa de Makkosh cuatro años antes, cuando, carnet en mano, exploraba los alrededores, suscitando incautamente la atención de la gendarmería que le dejó seguir adelante sólo porque supo que era huésped de un funcionario municipal.

El espectáculo que aparecía a los ojos al entrar en el parque, como una mágica visión proyectada en el espacio, no dejaba nunca indiferentes ni aun a los visitantes que estaban acostumbrados a ello. La ornamentada puerta de hierro con sus abiertos batientes dando acceso a dos altas hileras de árboles; las doradas puntas de la verja que montaban sobre el muro; la librea del portero que databa de la época de María Teresa; la bóveda catedralicia de las ramas encima del paseo, de maravillosamente recortados céspedes, tan limpios que algunas veces la mancha parda de una hoja seca parecía puesta allí con objeto decorativo, y las avenidas de suave arena amarilla; los puentes de barandilla de abedul que franqueaban el arroyo, y la vasta extensión de un verde amarillento cubierto de lirios de agua; la pagoda china, los sauces llorones y los avellanos, los castaños centenarios de largos brazos que apoyaban sus ramas sobre el suelo como gigantes gorilas; y después, súbitamente, el castillo, con sus amenazadoras proporciones extendiéndose sobre la inmensa meseta como una enorme nave encallada sobre el Monte Ararat, reminiscente de bíblicas escenas. Sin mirar al rostro de su compañero, Egry-Toth experimentó una secreta satisfacción por el efecto que debía haber producido sobre aquel astrónomo revolucionario salido de cuna campesina, porque había oído incluso a soberanos extranjeros lanzar exclamaciones al contemplar aquella visión en el momento de la llegada.

Varios criados con librea salieron del castillo para recibir el carruaje. De detrás de uno de los árboles salió un extraño personaje ataviado con una gorra *derby* y avanzó hacia el coche, pero se detuvo a respetable distancia. La aparición no sorprendió a Ursi, ya que Zia le había dado minuciosa cuenta de todos los miembros de su familia.

—El ayuda de cámara le acompañará a su habitación, profesor —dijo Egry-Toth. Pero con la expresión de un verdugo, añadió—: Mas debo rogarle que se presente en el estudio de Su Excelencia el Conde a las seis en punto exactamente.

Esta breve frase, capaz de helar la sangre de cualquiera, no estuvo en concordancia con el agudo grito femenino que brotó en aquel instante de una de las ventanas del primer piso:

—¡Miháil!

Zia se asomaba a la ventana, pero los dos sólo tuvieron tiempo de hacerse un saludo con la mano. Egry-Toth fingió no darse cuenta. No importa, pensó para sí, es como son las condesas; y se regocijaba de nuevo con la perspectiva de la entrevista entre el conde y el astrónomo, que su grado de cultura comparaba al espectáculo de un maharajá arrojando perros de caza a los tigres majestuosos con objeto de que los destrozaran dentro de la jaula, para entretenimiento de sus visitantes.

Faltaban sólo algunos minutos para las seis. Un lacayo le acompañó al estudio del conde Dupi, pues de lo contrario se hubiera perdido en aquel laberinto de corredores. Parecía que el señor Gruber le hubiese dado ex profeso una habitación de invitados desde la cual tuviese que efectuar un verdadero *cross-country* a través de los pasillos, pasando por las salas de armería, colecciones de porcelanas y aves disecadas en sus vitrinas. Subió también dos pequeñas escaleras de áureas balaustradas apoyándose sobre el mármol blanco, cruzó el gran vestíbulo que albergaba la gran estatua de Diana, vasto cuadrángulo que hubiera podido servir de universidad; se abrieron las puertas que daban a la cavernosa profundidad del inmenso comedor donde se había celebrado el banquete de bodas de Zia, vio la vasta biblioteca con sus dos altísimas cúpulas que cubría el magnífico suelo de mosaico, y los diversos salones que resplandecían con el color de las florestas otoñales en su altiva reclusión. Sólo dos clases de pinturas aparecieron durante su largo recorrido; los retratos de los antepasados con sus capas de leopardo y sus levitas indicadoras de los lentos siglos transcurridos y los innumerables paisajes ingleses que llenan los corredores, tantos, que Ursi estaba deslumbrado ante tantos idealizados caballos de cabeza pequeña y enormes grupas, y las inevitables chaquetas rojas de los cazadores y la jauría y aquellos imaginarios ciervos de gruesos cuellos manchados de sangre.

Encontró a Egry-Toth en el estudio del conde, con la expresión de severidad adecuada a las circunstancias, y el administrador lo saludó con un apretón de manos apropiado para saludar a una lejana amistad cuya identidad es relativamente vaga después de tantos años de separación.

El mobiliario de la habitación parecía del mismo conde. En un rincón, sobre una mesa, había una magnífica avutarda disecada con las alas abiertas, pronta al ataque. Sobre el cuero rojo de la mesa escritorio había un reloj de bolsillo del tamaño de una mano. Marcaba las seis en punto. Los otros muebles eran también de extravagantes dimensiones, especialmente los dos muelles sillones de piel, tan bajos que, al sentarse en ellos, se tenía la sensación de hallarse en las doradas galeras de los faraones de antaño. Igualmente exagerados eran los ceniceros, adornados con colmillos de jabalí y llenos de cigarros habanos gruesos como un tronco de pino, y los gruesos cirios que servían para encender los cigarros. Incluso las cerillas tenían medio pie de longitud y una cabeza como una habichuela, y, para acabar de completar la ilusión, sobre una mesita de laca china muy baja había una botella *magnum* de coñac de la altura de un niño de cinco años. Esta botella, digna de Gulliver, era una especie de reliquia de los transcurridos años de París, de la época del *charmant comte Dupi*, y era análoga a aquella violeta prensada entre dos páginas del devocionario de la condesa Mentí, símbolo de algún inocente y etéreo recuerdo. El mobiliario comprendía dos pieles de tigre colgando en los muros opuestos, trofeos de los viajes del conde a la India durante los años noventa de la pasada centuria.

El conde hizo esperar a sus visitantes. Por la ventana abierta que daba al parque entraba el olor suave y dulzón de las hojas caídas y, de vez en cuando, se oía el voluptuoso grito gutural de algún ave de rapiña. Egry-Toth permanecía silencioso, acaso con intención de intensificar la solemnidad del momento.

István Dukay apareció inesperadamente, sin producir el menor ruido, por la puerta del fondo de la habitación, separada de la habitación contigua por una pesada cortina. Los dos visitantes oyeron sólo el correr de las anillas de la cortina, y cuando volvieron la vista, el conde Dupi estaba en la habitación dándoles la espalda, ajustando cuidadosamente la cortina al volver a correrla. Hombres cuya vida es repulsiva y desordenada se toman a menudo increíbles molestias por arreglar la disposición de los lápices sobre la mesa o la distancia, que, en una cortina, separa al milímetro una anilla de otra. Pero aquel volverles la espalda, sugería también la idea de que el arreglo de la cortina era más importante para el conde que la presencia de los dos hombres que lo aguardaban. Egry-Toth y Ursi se habían puesto en pie. El rostro de Egry-Toth se puso rígido y sus ojos adquirieron la calidad de los de un pescado. En el transcurso de veintiséis años había tenido diferentes ocasiones de sufrir los espantosos estallidos de cólera del conde Dupi. Ahora tenía la sensación de que iba a ocurrir algo por el estilo. Quizá se le interrogaría sobre la granja de mil ochocientos acres. Conteniendo el aliento, en voz baja, se recitó de nuevo el terrible pasaje del libro de Ursi. Mientras contemplaba al conde ajustando cuidadosamente la cortina, en los labios de Ursi apareció una leve sonrisa de samoyedo. Por lo visto, el conde parecía satisfecho de su obra. Careciendo de testigos oculares no podemos dar por cierto, pero sí sólo como gran probabilidad, que aquella sonrisa fuese igual que las que aparecían en los ojos oblicuos de los chinos y demás pueblos orientales

cuando, en los tiempos antiguos, se enfrentaban con sus cortantes cimitarras, desnudos de cintura para arriba, en un duelo mortal.

Cuando el conde se volvió, Egry-Toth hizo una profunda reverencia.

—Buenas tardes, señor —dijo el conde con voz profunda tendiendo la mano al administrador.

En aquel «señor» no había ni intención ni sarcasmo; era la forma natural y aceptada como los grandes señores suelen dirigirse a sus subordinados. Y, no obstante, por muy natural que aquel «Buenas tardes, señor» pudiese parecer, había siempre algo en él que tenía una peligrosa semejanza con el tono que el conde Dupi empleaba invariablemente con *Herr Jordán*, el mayordomo.

Egry-Toth procedió a darle cuenta de diversos asuntos relacionados con las propiedades con respecto a un proceso incoado ante la Curia, y el conde Dupi lo escuchaba con las manos en las aberturas de su chaleco; un enorme cigarro habano en la boca le obligaba a descubrir sus dientes amarillos. Sin poderoso motivo Egry-Toth no se daba cuenta de todo aquello en ese instante. De esta forma mantenía el conde la conversación y dejaba que el astrónomo esperase, que se balancease en el aire como pájaro de galeras que era. Y consiguió su propósito porque, mientras escuchaba, el conde no miró a su alrededor ni parecía darse cuenta de la presencia de Ursi. Y entonces, inesperada e inexplicablemente, la situación cambió. Sin esperar el final de una de sus frases, István Dukay se volvió directamente de cara a Ursi, le tendió sus dos manos y estrechándoselas repetidamente le dijo estas palabras, en voz pausada y afectuosa:

—Celebro muchísimo conocerlo.

Las cejas de Egry-Toth se elevaron inverosímilmente. ¿Habría oído mal?

El conde Dupi puso sus dos manos sobre los hombros de Ursi y le miró fijamente a los ojos durante largo rato.

—¡Conque eres tú!

Su voz no estaba desprovista de emoción paternal. Pero Egry-Toth sólo fue capaz de captar lo suficiente para darse cuenta de que había empleado el tuteo de la amistad, y tenía la sensación de ser un verdugo que acaba de ser condenado a galeras. Su mano temblaba al abrocharse y desabrocharse la chaqueta, seguro ya de que la granja de mil ochocientos acres entraría en breve en la discusión.

El conde Dupi hizo sentar a Ursi en uno de los grandes sillones.

—Siéntate en la bañera ésa. Mi cuñado Fini dice que he mandado hacer estos sillones tan grandes para dar a los visitantes la sensación de pequeñez cuando se sientan. —Y se echó a reír con una sonrisa seca, extraña, gutural—. ¿Un cigarro?

El conde Dupi tendió la mano hacia uno de los botes que era un poco más pequeño que el maletín de Ursi.

—Gracias, no fumo.

La enigmática sonrisa se había desvanecido ya del rostro de Ursi y no se unió al alegre tono de voz del conde Dupi, como si conservase unas reservas mentales sin las

cuales le hubiera sido imposible aceptar esta entrevista.

Entretanto, Egry-Toth, obedeciendo a un signo de su dueño, escanciaba abundantes cantidades de la monstruosa botella de coñac, conduciéndose como un torpe levantador de pesos al cogerla de la mesa y volver a dejarla. El conde Dupi levantó su copa en dirección a Ursi y en sus ojos apareció aquel leve guiño que sólo asomaba en él en los momentos de más profunda amistad. Tendió su copa hacia Egry-Toth con el ademán del hombre que ofrece un terrón de azúcar a su caballo favorito. Cuando las copas hubieron sido depositadas sobre la mesita de laca china, tan cercana al suelo, el conde Dupi comenzó a mirar a Ursi fijamente.

—¿Te he visto ya en alguna parte?

—No —respondió Ursi tranquilamente—. Pero le conozco a usted de vista, desde luego.

Egry-Toth elevó nuevamente las cejas hacia el cielo, como si le pinchasen con una aguja. El astrónomo había respondido al conde con el mismo tono de amistad, un tono tan natural y seguro de sí mismo que sólo un chiquillo o un campesino inconsciente es capaz de usarlo. El conde Dupi se volvió hacia Egry-Toth.

—Le he pedido que asistiese usted a esta reunión... —Estaba encendiendo de nuevo su cigarro con una de aquellas enormes cerillas porque se había encendido mal y la operación requirió algún tiempo durante el cual el corazón de Egry-Toth comenzó a latir furiosamente—. Cuando el primer matrimonio de mi hija Zia — continuó el conde Dupi—, no transferí el título de la heredad Terezia a su nombre. En este momento sería difícil decir si fue precaución o presentimiento por parte mía. Ahora que va a casarse por segunda vez... —No se detuvo, sino que siguió hablando; pero aquellas pocas palabras: «ahora que va a casarse por segunda vez» eran decisivas, no necesitaban aclaración ni comentario y, al flotar en el aire, parecían rozar los nervios puestos al descubierto y producían diferentes efectos en los dos hombres; al propio tiempo aquellas palabras, pronunciadas sin énfasis y sin una pausa para respirar, eran capaces de dar la impresión de la carga del destino humano—. Ahora que va a casarse por segunda vez, considero esencial que el título sea transferido a su nombre sin demora.

—Como Su Excelencia desee —dijo Egry-Toth, inclinándose levemente, movimiento que su obesidad y la profundidad del sillón hacían muy cómico.

—¿Cómo está el asunto del divorcio de la condesa Zia? —preguntó el conde Dupi con una expresión que indicaba su aversión a hablar de este asunto.

—Los tribunales civiles concedieron el divorcio el año pasado, pero la anulación de la Santa Sede se demora todavía. Su Alteza el príncipe Achile Ozzolini ha prestado al asunto su más eficaz apoyo por medio del cardenal Fieri, cuyo primo se ocupa constantemente del asunto y ha tenido ya una audiencia con Su Santidad.

El conde Dupi lanzó un anillo de humo por cada lado de la boca y permaneció contemplándolos mientras se elevaban en el aire. Recordaba cuán enérgicamente se había opuesto a la idea del conde Péter de incorporar el pormenor de la bofetada,

reminiscencia del pasado, en el ritual de la boda de Zia. En aquel momento le parecía ver a la condesa Mentí avanzar por el centro de la iglesia cerrando el paso a Zia y Filippo, quitarse con un ademán de dignidad el guante de la mano derecha y dar un leve bofetón a su hija. Esta arcaica costumbre era prueba evidente de que los votos matrimoniales de Zia fueron prestados bajo el efecto de la dureza paternal. En cuanto a los viejos Ozzolini... guardaba de los padres de Filippo un agradable recuerdo. Estaba en amistosa correspondencia con ellos y durante su último viaje a Mandria había ido a verlos a Venecia, pero sin decírselo a Zia. El pobre matrimonio, de espíritu delicado y distinguido, estaba horrorizado y apenado por la escapada de Filippo, y el padre había cortado toda relación con su hijo.

El conde Dupi se volvió hacia Egry-Toth con un leve movimiento de cabeza.

—Muchas gracias.

Egry-Toth se puso en pie tan rápidamente como la dimensión, la altura del sillón y sus noventa y cinco kilos se lo permitieron, porque sabía que aquel «muchas gracias» significaba el despido. Se retiró con una profunda reverencia. Al llegar a su cuarto se detuvo con las manos en la espalda delante de la enorme estufa verde oliva y comenzó a reflexionar, si bien en su estado mental su cerebro sólo podía funcionar defectuosamente. Era cierto que lo grave habría pasado. El conde no le había hablado de la granja; sin duda, el asunto no se le había ocurrido siquiera. El administrador consideraba mucho más difícil reaccionar ante la impresión, no sólo de saber que István Dukay, consentía el matrimonio de su hija, sino que tomaba una actitud inesperada ante el problema. Al administrador le era imposible comprender todo aquello. Había dos cosas que Egry-Toth no tomaba en consideración. La primera era que el conde Dupi, casi setentón y familiarizándose, cada día más con la idea de la muerte, sólo sentía afecto por una sola persona en este mundo, su hija Zia. Tampoco podía Egry-Toth saber que cuando István Dukay visitó a su hija en el sanatorio, había puesto su mano sobre el demacrado hombro y le había dicho: «Dios ha operado un milagro al devolverte a mí. No hay nada en el mundo que puedas pedirme, mientras yo viva, que no esté dispuesto a concedértelo». Si Egry-Toth hubiese estado al corriente de todo esto tampoco hubiera aprobado la decisión del conde, porque esto no era un simple asunto de familia, sino el estallido, históricamente amenazador, de dos enemigos irreconciliables. No era su hija a quien István Dukay entregaba aquella tarde a un peligroso revolucionario —porque, al fin y al cabo, la defección de una condesa más o menos chiflada no tenía importancia—, sino que sometía a toda la aristocracia húngara a los ideológicos baluartes de todo un sistema de tenencia de tierras, que sufría ya ataques por otros lados. Sí, los ideológicos baluartes... una buena frase que emplearía en el Casino cuando discutiesen este escandaloso asunto. István Dukay rendía estos baluartes ideológicos a un terrorista que acababa de salir de la cárcel y, por consiguiente, prestaba a este granuja, no sólo el apoyo de su propia senilidad, sino también el del poderoso nombre de los Dukay, adoptando a su lado una actitud en la más monstruosa abdicación de derecho que jamás un noble húngaro

ha cometido. A los ojos del mundo entero acogía las viles acusaciones que un libro obscuro había dirigido, no sólo contra su persona, sino contra todas las grandes propiedades y no era imposible que, en este mundo inestable, fuese él quien iniciase la avalancha. Sólo una parálisis moral podía explicar su acción. Mucha gente sabía que el conde había tenido una enfermedad durante su juventud. Era posible que esta avalancha barriese todas las propiedades de más de mil acres de extensión; ya se había hablado a este respecto. El conde tenía el cerebro demasiado opaco para contar con estas consecuencias. Si el conde hubiese dado su hija a un atleta de circo, o un depravado bailarín mundano de rostro pálido y destrozado por la cocaína, bien; todo lo más hubiera sido otro asunto como el de la princesa real Luisa, que se enamoró de un bellissimo primer actor zingaro llamado Jancsi Rigó y lo seguía por todas partes como una foca amaestrada. Pero esto era algo completamente diferente. Egrý-Toth, abofeteador de campesinos, veía ya el brillo de millones y millones de hoces levantándose detrás de Ursi. ¿Qué diría el príncipe Andrés y todo el Casino Nacional? ¿Cómo aceptaría la prensa de izquierdas la noticia del matrimonio?

El administrador hizo crujir las articulaciones de sus dedos una por una. Después pensó tristemente en su propio destino, en lo extravagante de su posición en la sociedad. Como oficial de reserva de húsares, había estado en términos de intimidad con Péter Dukay, le había dado el fraternal «tú» mientras servían como voluntarios en el mismo regimiento. Pero había llamado siempre «Su Excelencia» a István Dukay y el conde, algunas veces, se dirigía a él como si fuese un cochero. Fini, el cuñado del conde, a pesar de que era un hombre de dudosa conducta y usaba de cierta familiaridad con periodistas de mala fe, lo llamaba siempre, al referirse a él, *Herr* «Administrador de Fincas». István Dukay se erigía como un recto acantilado delante de él y, con implacable persistencia le relegaba a las profundidades de la eterna servidumbre, pese a que el linaje Egrý-Toth no fuese menos antiguo que el de los Dukay y, mirado bajo una cierta luz, descendiese, a través de los Irlay, del clan Kürt y los colonizadores. Ahora, pensándolo bien, se acordaba de que hubiera debido tutear familiarmente a Ursi desde el primer momento de su encuentro. Ya tendría tiempo durante la cena. Mientras sus pensamientos, como dientes cariados, iban masticando con saña esos puntos, se dispuso a cambiarse para la cena, porque era para él el único consuelo de todo lo ocurrido durante la tarde, pensar que Ursi sería el único en cenar con ropa de calle; su indumentaria lo pondría, por lo menos, en su lugar.

Zia entró en la habitación donde su padre se hallaba en tranquila conversación con Ursi. Estaban hablando de astronomía, ciencia que no era totalmente desconocida al conde. Le estaba explicando que una vez se compró un complicado telescopio y estuvo suscrito a una revista inglesa de astronomía, pero finalmente se cansó de todo ello. El telescopio estaba en la biblioteca, donde algunas veces, los invitados y aun la servidumbre, miraban a través de él cuando no tenían cosa mejor que hacer.

Durante aquellos calurosos días de otoño el castillo no estaba, desde luego, sin sus habituales huéspedes. Mientras Zia acompañaba a Ursi a su habitación le dijo que, además de sus padres asistirían a la cena Kristina, el obispo Zsigmond, el príncipe Fini y el conde Péter y su esposa. Habían sido informados de todo, pero no oficialmente todavía; por consiguiente, no debía sorprenderse de verse tratado como otro invitado cualquiera al hacerse las presentaciones. Además de estos invitados, asistirían también a la cena dos diplomáticos, uno belga y otro turco, con sus esposas. La velada no se prolongaría, porque había una cacería por la mañana, de manera que los dos tendrían amplia oportunidad de charlar hasta medianoche.

—¿Qué te ha parecido papá? —preguntó Zia cuando estuvieron en la habitación de Ursi.

—Ha estado verdaderamente encantador —respondió Ursi.

Caminaba de un lado a otro de su habitación con una leve sonrisa en la comisura de los labios. Zia tomó aquella sonrisa como una avanzada, porque pensó que tenía algo más que decir. Le gustaba ya analizar las cosas entre ellos.

—He tenido la sensación de que te quiere mucho —dijo Ursi al final.

Zia pestañeó dos veces, porque sus ojos se habían humedecido imperceptiblemente. Esto le ocurría ahora cada vez que pensaba en su padre.

—La presencia del administrador —prosiguió Ursi, sin mirar a Zia— era necesaria por dos razones. La primera para ponerme al corriente, como si fuese por telegrama, de la decisión de tu padre y hacerme saber, sin dirigirse a mí directamente, que tiene la intención de transferir la propiedad Terezia a tu nombre. El administrador era también necesario para demostrar cómo un hombre de su estatura es capaz de inclinarse y humillarse ante tu padre.

Zia se echó a reír.

—¡Sí, éste es papá!

—Detrás de su decisión he podido ver no solamente su cariño hacia ti, sino la sutileza política de vuestra gente. Pensó las cosas a fondo y llegó, imagino, a la conclusión justa: que nada comprometería más la doctrina de la reforma agraria que el hecho de que un hombre como yo se casase con su hija. —Ursi hizo una pausa, se inclinó sobre una de las mesas y miró hacia el techo—. Y aquí es donde quedará sorprendido. Porque el sistema de la propiedad de las tierras en este país feudal nuestro tiene que ser derrumbado, aun a costa de una cruenta revolución. Me case con quien me case.

Zia no respondió. También ella estaba preocupada mientras permanecía con la vista fija en el suelo. Miró su reloj:

—Tengo que cambiarme.

A las ocho en punto sonó el gong y un lacayo acompañó a Ursi hasta el saloncito amarillo, contiguo al gran comedor, donde los invitados se congregaban para tomar un cóctel antes de ir a cenar.

Cuando Ursi entró no había más que siete personas en el salón. La condesa Menti, el matrimonio belga, el conde Péter y su esposa, Egry-Toth y Zia. La condesa Menti

estaba en pie, delante de la chimenea, sosteniendo en sus manos el leve abanico de marfil como si estuviese todavía posando delante de Lenbach para el retrato de cuerpo entero. Pasados los sesenta años, las líneas de su cuello y de su majestuosa silueta podían todavía atraer una muda adulación. El diplomático belga iba vestido con un *smoking* blanco y su esposa estaba inmóvil a su lado como si acabase de salir del escaparate de un almacén de novedades de París, donde los maniqués de cera parecen personas vivientes, con la única diferencia de que, en realidad, no existen mujeres tan bonitas. Pero *madame* Pinkers poseía, sin embargo, esta belleza. La sangre se hieló al ver estas bellezas flamencas rígidas y sin alma, porque dan la impresión de que su pecho, su vientre y sus muslos son de inmaculada cera, sin el menor vestigio de calor humano.

Zia presentó a Ursi a su madre. La condesa Menti le tendió la mano con aquella gracia consumada que tenía reservada a los *petits soupers*^[50] que había llevado hasta la perfección en el transcurso de cuarenta años delante de la misma chimenea. Cada sílaba de su saludo era articulada con la debida entonación: «Buenas noches». Mientras proseguía las presentaciones, Egry-Toth observaba con desdeñoso deleite que Ursi trataba de besar la mano a la belga muñeca de cera, tentativa que la muñeca resistía vigorosamente. Naturalmente, el campesino no sabía que esta ceremonia estaba reservada solamente a una cierta clase social. Aquel inoportuno gesto fue para Egry-Toth como si le hubiese visto tropezar con la alfombra. Después de las presentaciones, Ursi se volvió hacia la condesa Mentí, quién le dio a entender que en la biblioteca del castillo había un telescopio muy «in-te-re-san-te», donde podría verlo después de cenar, si quería. Expreso su opinión de que la astronomía era una ciencia muy bella y diferente de la astrología que estaba prohibida por la Iglesia, pese a que su hija Kristina fuese, desgraciadamente, una ferviente practicante de esas cosas. El príncipe Finí entró en la habitación aportando una nota típica con su traje de etiqueta color rojo tomate de sencillo hilo, pero perfectamente cortado. A fin de dar muestras de su familiaridad con la lengua húngara, saludó a Ursi en esta lengua, suponiendo, a juzgar por el modesto traje gris del astrónomo, que no hablaba una palabra de alemán. Ursi reconoció en el acto la cara de murciélago del príncipe por la descripción que de él le había hecho Zia. Kristina apareció con gran revuelo de sedas y se dirigió directamente hacia Ursi; el rápido aletear de sus pestañas fue la confirmación de los secretos de familia que compartían *en* común. El obispo Zsigmond entró también y dirigió a Ursi una mirada suspicaz al ser presentados, pero la forma con que le estrechó la mano significaba, quizá un poco tristemente, que estaba al corriente de todo y que, en vista de que no había nada que hacer, daba a este asunto su bendición, puesto que aquella misma tarde había sostenido una larga conversación con la condesa Mentí respecto al matrimonio de Zia, demostrándole que no debía ser considerado como un cataclismo, puesto que los archiducos Habsburgo, uno tras otro, se estaban también casando con muchachas burguesas. En todo caso, la circunstancia de que el prometido fuese astrónomo favorecía considerablemente la

cosa y no habría dificultad en obtener un nombramiento de miembro de la Academia para «este muchacho». No hizo alusión alguna a *El gran barbecho*, que había leído dos veces de arriba abajo con minuciosa aplicación, porque su instinto le decía —y con razón— que la condesa Mentí no lo había leído. También el conde Dupi conocía probablemente el libro a través de una sinopsis preparada por su secretario, de manera que, ¿qué beneficio podía sacarse de tratar de tan penoso tema?

El matrimonio turco entró en la habitación con la culpable sensación de su retraso. Los retrasos de las domésticas desavenencias no habían desaparecido de sus rostros; la querrela conyugal se había suscitado acaso porque la Rosa del Bósforo no era capaz de fijar la mirada en el reloj, mientras se vestía. La esposa tenía un cuerpo largo y unas piernas cortas, pero sus ojos eran del más bello terciopelo negro, con intenso fuego en sus profundidades, tan bellos, como cuanto la imaginación humana pueda concebir en materia de fuego interior. Un lacayo se apresuró a poner las copas de cóctel en sus manos.

Un hombre alto y delgado, de unos sesenta años, se acercó a Ursi, que no se había fijado en su nombre al ser presentado. Se parecía al conde Dupi, pero las líneas de su rostro eran más suaves y menos pronunciadas.

—Ya nos conocemos... —dijo. Y cuando Ursi le miró con la sorpresa pintada en los ojos, añadió: Hace usted referencia a uno de mis libros en el suyo.

Era Péter Dukay. En medio de aquella gran soledad, su voz fue un consuelo para Ursi, porque tenía la sensación de encontrarse desnudo en un laboratorio de rayos Rontgen con la placa de vidrio esmerilado sobre el pecho. A pesar de que el obispo Zsigmond estaba hablando con el diplomático belga de blanca chaqueta en el extremo opuesto de la habitación, sus ojos no se apartaban de Ursi. Desde otro extremo, Kristina lo estaba analizando también. Las dos miradas lo escudriñaban con la minuciosidad de un geómetra al levantar los planos de una triangulación. El último en aparecer fue el dueño de la casa, visiblemente recién afeitado.

Las puertas del comedor se abrieron de pronto. Severamente vestido de negro *Herr* Jordán se indino delante de la condesa Mentí y los huéspedes se dirigieron hacia la gran mesa cubierta de flores e iluminada por velas que parecía perdida en medio de aquella vasta sala. Al pasar por la puerta los invitados miraban el plano de los sitios puesto sobre una carpeta de cuero.

El obispo Zsigmond —*ecclesia praecedent*— se sentó a la derecha de la dueña de la casa, y a su izquierda el embajador belga, lo cual formaba un contraste, porque el diplomático era un hombre sumamente joven, que tenía quizá quince años menos que su colega turco. Más aún, bajo el punto de vista de área e importancia internacional, el exministro de Suleiman era mayor que Bélgica. Por consiguiente, debía haber alguna razón especial que justificase aquella violación del protocolo. Y existía esta razón, y que Dios amparase al señor Gruber, si jamás cometía un error en la disposición de los sitios. El embajador belga había asumido sus funciones en Hungría tres meses antes que su colega turco y esto era lo que determinaba su orden de

precedencia en la mesa. Aquella tarde el señor Gruber había sostenido dos largas conferencias interurbanas con el ministro de Asuntos Exteriores a fin de precisar exactamente la respectiva antigüedad de los dos embajadores. Cuando estuvieron sentados, Zia le explicó rápidamente todo esto a Ursi, con voz baja y el tono de la persona que hace visitar un exótico parque zoológico, revelando secretos de los gatos monteses y los erizos crestados que sólo los guardianes pueden conocer.

Ursi estaba sentado entre las dos hijas Dukay. La simpatía de Kristina se filtraba a través de un invisible muro de cristal. Ursi notó que no se parecía en nada a Zia. Había en ella una especie de fría beldad marchita que parecía emanar más de la belleza de la aristocracia que de su persona. Hay tipos de belleza que no pertenecen a quienes hacen ostentación de ella. En el extremo opuesto de la mesa, con la muñeca belga a su derecha y los ojos de terciopelo turco a su izquierda, estaba el conde Dupi, entronizado entre ellas como el rey David.

Por deferencia a los diplomáticos extranjeros, la conversación se desarrollaba en francés e inglés alternativamente, lo cual dibujaba una sombra de aburrimiento en el rostro de Egry-Toth, pues aparte del húngaro sólo hablaba alemán. Al propio tiempo quedó sorprendido al oír que Ursi manejaba los dos idiomas con la misma soltura que su lengua materna, y esto produjo un súbito cambio en la situación. Ahora era el administrador de fincas quien llevaba traje de calle y tuvo que reconocer que entre aquella concurrencia el conocimiento de idiomas era más útil que el más elegante *smoking*.

La conversación giraba sobre el estado de salud de Jorge V de Inglaterra, y se habló también de los amores del príncipe de Gales, sobre los cuales el embajador belga tenía precisos pormenores, a pesar de que la historia no era todavía conocida del público en general. Su relato no enaltecía mucho la dignidad de los príncipes soberanos, y el obispo Zsigmond, con el cuello congestionado, hizo observar con un tono de voz de una agudeza inusitada en él:

—*Cette histoire est cousue de fil blanc.* (¡Toda esta historia son cuentos y patrañas!).

Lo cual, en su pintoresco francés, venía a significar que todo era una maliciosa calumnia.

La condesa Menti a fin de disipar el embarazo producido por aquella observación se volvió hacia el embajador turco y le preguntó si estaba familiarizado con una sociedad de oficiales japoneses conocida con el nombre de «El Dragón Negro». El embajador cuyo anterior destino había sido el Japón, dijo que difícilmente podía estar familiarizado con ella, puesto que se trataba de una sociedad secreta. ¿Cuál era su propósito? Quitar de en medio a respetables políticos. ¿Por qué motivo? Porque éste era el propósito de todas las sociedades secretas formadas por oficiales del ejército. Todos los oficiales del ejército del mundo estaban preparándose para la guerra con el entusiasmo de un artífice ebanista que esculpe las ornamentadas patas de una arquilla. Querían, aseguraba el embajador, poner de manifiesto su talento. El príncipe Fini, que

recientemente había sido abogado de unas industrias de guerra, tomó su venganza pidiéndole por dos veces al turco que repitiese su florida frase e incluso se llevó la mano a su oreja de murciélago a fin de aprehender mejor a través de la mesa el balbuciente y vacilante inglés del turco. El conde Péter, sentado entre la muñeca de cera belga y Egry-Toth, miraba al príncipe Fini entornando los ojos. Kristina contemplaba distraídamente el mantel, ajena a la conversación, preguntándose cómo había podido desperdiciar aquella ocasión de once años antes, durante la celebración del trigésimo cumpleaños del príncipe de Gales, en 1924, cuando se encontró tres veces a solas con él y tuvo la certidumbre de que sus encantos triunfaban. Sin contar que la casa reinante inglesa no rodea los matrimonios de esas estúpidas y estrictas reglas de los Habsburgo.

Después de cenar se reunieron en el gran salón rojo que dadas sus vastas dimensiones los absorbió fácilmente, tanto más cuanto que el conde Dupi, el príncipe Fini, el embajador turco y la muñeca de cera desaparecieron como si se los hubiese tragado la tierra. Estaban jugando al *bridge* en la habitación contigua. La conversación tomó en el salón una orientación nueva como si quisiera ponerse a tono con la atmósfera remante. Egry-Toth arrastraba de un modo tan personal su involuntario silencio, como los esclavos, durante los días de la antigua Turquía, arrastraban la cadena atada a la bola de hierro. Y durante la cena, cuando adivinó que estaban hablando de la casa remante de Inglaterra, hubiera sido feliz pudiendo explicar, modesta e incidentalmente, que la abuela de la reina Mary de Inglaterra fue la bella condesa Julia Knevey, que se había casado con el príncipe Teck, y que había habido un Rhedey que se casó con Amalia Egry-Toth a principios del pasado siglo. Esta línea colateral de los Egry-Toth existió realmente en un tiempo, si bien la familia Rhedey se había extinguido desde entonces y, según cartas de nobles magiares, existentes en los expedientes de Buckingham Palace, la reyna de Inglaterra tenía más de dos mil primos hermanos en Hungría. Egry-Toth llevaba consigo los pormenores de este parentesco de la misma manera que llevaba tarjetas de visita, a cuya redacción y tipografía dedicaba considerable tiempo.

El embajador belga intentó contar algunas historias francesas cuyo picante contenido era el que aquellas asambleas no sólo permitía, sino que exigía, como las perdices o el faisán exigen un acentuado sabor. Sentado al lado de la condesa Mentí, con quien pocas cosas más tenía que hablar, los ojos del obispo seguían, bajo la velada luz, fijos sobre Ursi, cuyo aspecto físico no le había producido ninguna mala impresión. Le hubiera gustado llamar al astrónomo a su lado y preguntarle por la suerte de las tierras de la Iglesia en el futuro. Sobre este punto estaba tan equipado de argumentos que, como si poseyera excelentes normas, deseaba ansiosamente probar. Pero ahora era el conde Péter quien estaba sentado al lado de Ursi por haber sido abandonado por la esposa de ojos aterciopelados del embajador turco que consideró un deber social darle conversación a Egry-Toth.

—Tenemos mucho que hablar —le decía Péter Dukay a Ursi—, pero, de

momento, sólo le diré que su libro me produjo una gran impresión. Hay puntos que no comparto enteramente; pero esto no tiene importancia. Tengo hechos, por otra parte, que no podría incluir en un libro mío por el mero hecho de que soy un Dukay. Allí hay, por ejemplo, dos mil acres de tierras consagradas a coto de caza, junto al parque. No olvide echarles una ojeada. Un muro de piedra de seis pies de altura encierra el vedado. He estimado que este muro necesitó cerca de veinte millones de ladrillos; todos los pormenores de la construcción se hallan en los archivos de la familia. Fue construido por el sistema de imposición forzosa a principio de siglo pasado y duró más de diez años. Pero éste no es el aspecto más interesante del muro. Los siervos de los Dukay fueron obligados a traer cuezos enteros de huevos frescos que eran rotos a millones en las carretillas de cemento durante el transcurso de los años, porque Baumeister Kark tenía la obsesión de que los huevos frescos mejoraban la argamasa. Sí... acabo Péter Dukay satisfecho, sin añadir nada más y mirando al aire.

Su rostro parecía el del médico que acaba de diagnosticarse un cáncer a sí mismo y observa con calma el desarrollo del mortal crecimiento que ha arraigado en su cuerpo, tomando, al propio tiempo, interesantes notas clínicas. Todo aquello requería una cierta fuerza espiritual digna de encomio y una conciencia moral de la que no carecían, en realidad, algunos miembros de la aristocracia húngara. A pesar de que hablaban en voz baja, el oído de Egry-Toth recogió algunas palabras húngaras y se fue acercando paulatinamente, como un buey sediento que se aproxima al vado. El conde Péter se detuvo en medio de una frase, lo cual produjo a Ursi el efecto de ser indicio de una cierta alianza secreta y de gran alcance entre él y el conde Peter Dukay. La aproximación de Egry-Toth iba especialmente encaminada a demostrar, en presencia de Ursi, que usaba con el conde Péter el tú familiar. Después de que algunas de sus observaciones, hechas sin pretexto ni propósito alguno, hubieron encontrado la barrera del preocupado y casi repugnante silencio de Péter Dukay, Egry-Toth se batió en retirada con una ligera inclinación, como un trapecista acostumbrado al efecto de su trabajo. Fue a la habitación contigua y se sentó al lado del conde Dupi, pese a que no entendía una palabra de *bridge*. Pero era capaz de pasar horas enteras al lado del conde Dupi como si fuese la sombra de un grueso roble.

La mirada de Ursi buscaba de vez en cuando a Zia que estaba sentada a cierta distancia del embajador belga y esta vez quedó sorprendido al ver que la chaqueta blanca del embajador se había vuelto de color rojo tomate. Lo ocurrido fue sencillamente que el príncipe Fini había cedido al diplomático su sitio en la mesa de *bridge*. Ahora se reunía con ellos Kristina, y Ursi tenía la sensación de que estaban hablando de él, informando a Zia de la impresión que les había producido, con la poca sinceridad como el profesional que elogia la pintura o la ejecución de una obra musical al piano interpretada por una parienta aficionada. Al propio tiempo Zia miraba donde estaba Ursi y un instinto semejantemente sensible le hacía adivinar el

tema de las conversaciones que no podía oír.

Partiendo de la base del aforismo de Mahoma de que si la montaña no iba a él, él podía ir a la montaña, la cruz pectoral de oro del obispo Zsigmond apareció inesperadamente al lado de Ursi y el conde Péter. Ursi se levantó para ofrecer cortésmente su sillón al obispo y se sentó en un taburete. Su rostro aparecía de lleno bajo el círculo de luz descrito por la pantalla de la lámpara.

—He leído su libro, profesor —dijo el obispo; y Ursi quedó una vez más impresionado por la delgadez de la voz al brotar de aquel vasto diafragma—. Naturalmente, no estoy de acuerdo ni con un solo punto —prosiguió el obispo Zsigmond en consumada cortesía y una melancólica sonrisa en sus labios—, pero probablemente sabrá usted que la mayor fuerza de la Iglesia radica en la paciencia. Permítame que le haga una pregunta: ¿Es usted creyente?

—Sí.

—No me sorprende; en realidad, lo considero enteramente natural. Hoy en día los grandes naturalistas modernos, por no citar más que a Carrel, se unen a los fieles. ¿Es usted católico, profesor?

—Sí —respondió Ursi pacientemente. Y después añadió—: He sido bautizado en la fe católica.

El obispo se inclinó hacia adelante antes de hacer la siguiente pregunta. El conde Péter seguía el diálogo sin interrupción.

—Me gustaría saber qué objeciones interiores tiene usted que hacer contra el catolicismo. No me conteste, por favor, si no quiere. —El obispo levantó su delicada mano y volvió a colocarla sobre el brazo del sillón.

—Estoy de acuerdo con Wells.

El obispo Zsigmond sonrió.

—Preferiría que estuviese de acuerdo con Merejlcovski, Claude Farrère, Papini o Chesterton. Bien, veamos qué tiene Wells que decir. Siento tener que decirle que tuve que abandonarlo después de los Marcianos.

—Wells dice que san Pablo fue quien llevó las magníficas enseñanzas de Cristo a un callejón sin salida, cuando impuso el dogma y la organización sobre ellas.

—¡Oh, oh...! —dijo el obispo Zsigmond avanzando los labios—. ¿Callejón sin salida? *C'est cousu de fil blanc, je crois* (Son cuentos y patrañas, creo) —dijo volviéndose hacia el conde Péter y olvidando que había usado ya esta frase durante la comida y que Ursi hablaba el francés perfectamente. Parecía como si quisiera, por un momento, excluir a Ursi de la conversación, inconsciente tic verbal que él y los de su clase solían usar al mezclar mecánicamente frases francesas en presencia de criados o doncellas, incluso cuando no había nada secreto en lo que decían.

Éste es el significado que Ursi dio a la frase del obispo y no juzgó necesario proseguir en francés. El conde Péter no levantó la vista, desechando así la observación.

—Bien... San Pablo... —dijo el obispo solicitando una respuesta.

—San Pablo el primero y principal. No me entienda mal, Ilustrísima. Tengo el más profundo respeto por su capacidad sobrehumana, pero no puedo evitar que la obra de su vida me recuerde una bellísima leyenda medieval.

El obispo no consideró oportuno refutar de momento esta comparación. El propio Ursi hubiera querido retirar sus palabras si hubiese podido. Pero la interpelación francesa de un momento antes había despertado en él un cierto rencor.

Después de una larga pausa, el obispo frunció el ceño y señaló a Ursi con un dedo como si fuese un revólver.

—¡Un callejón sin salida!

—Retiro lo del callejón sin salida —dijo Ursi, como excusándose—. Hoy es difícil encontrar una expresión apropiada para describir el actual estado o, mejor dicho, la dramática disgregación de la Iglesia. En la cárcel he leído una novela húngara aparecida recientemente. Sé por casualidad que uno de los diálogos entre el protagonista y un clérigo francés tuvo efecto aquí mismo, en Budapest, entre el autor y un padre jesuita muy conocido.

—¿Y qué dijo Bangha? —preguntó el obispo, rápido en adivinar de quién se trataba.

—Me parece que la pregunta es más importante que la respuesta. La cosa fue así: En estos momentos, cuando todos sienten que el mundo se encamina a la catástrofe, cuando las leyes antisemitas de Nuremberg y la abierta esterilización secreta en Polonia nos ha descubierto el latente sadismo de la humanidad con un disfraz ideológico que se dispone a hacer la primera, la auténtica tentativa de aplastar, de una vez para siempre, las enseñanzas de Cristo, ¿por qué no se levanta en vilo la Iglesia y entra en acción? ¡Todas las Iglesias! ¿Por qué no tocan a rebato todas las campanas en este momento, el más peligroso que jamás ha amenazado a la Iglesia? ¿Por qué no se pone a la obra esta admirable maquinaria administrativa, organizando sus incontables millones de fieles en una espiritual batalla por el mundo entero? ¡Ahora, que la Iglesia despliegue *ahora* sus banderas procesionales! ¡Éste sería el verdadero triunfo del Cristianismo!

—La fe no puede pedir a sus adeptos que sean mártires —dijo el obispo sin levantar la vista mientras se arreglaba los pliegues de la sotana.

—Depende de la fe. Mi padre era un nazareno. Y cuando se dieron cuenta en el frente de que se negaba a disparar, le sentenciaron a muerte. Cuando se dispusieron a ejecutarlo el sargento le dijo al oído que se tirase al suelo después de la primera descarga porque dispararían alto. Ni un solo miembro del pelotón de ejecución era nazareno y casi no había tiempo para organizar este plan; no obstante, todas las balas fueron al aire. Esto demuestra que la idea cristiana es más fuerte que todos los armamentos del mundo, si muestra su fuerza en la muerte.

El obispo permaneció un momento silencioso y después, mirando hacia otro lado, preguntó:

—¿Y qué dijo Bangha?

Ursi no contestó. Se limitó a levantar sus manos con perplejidad.

El obispo Zsigmond comprendió el alcance del ademán, y él fue quien, en lugar de Ursi, pronunció estas palabras:

—Dad a César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios...

—Sí. Y esto es lo que es imposible. Puede llegar el momento (puede quizá haber llegado ya) en que el César diga simplemente: ¡Matad al Señor! En estas circunstancias, ¿cómo podría el humilde siervo de Cristo llevar a cabo la imposible tarea de inclinarse a la vez en dos direcciones? No cabe la menor duda de que una de las fundamentales aspiraciones del hitlerismo es el exterminio de ciertos pueblos. Nosotros, los húngaros, figuramos también en la lista de los «rémoras raciales». La palabra favorita de Hitler, *vernichten*^[51], es un puñal en el corazón de Dios. Quizá Hitler gane. Si gana, su victoria será el resultado de la eliminación de todo compromiso en su mente. Su doctrina es: «Dad al César las cosas que son... del período del César».

El obispo movió la cabeza suavemente.

—Hitler no ganará./.

—No me atrevería yo a afirmarlo con tanta certeza. Los que sobrevivan a todo esto podrán quizá un día decir que Hitler no ganó. Desgraciadamente, los que han perecido ya en campos de concentración y los que todavía habrán de perecer en ellos tienen una opinión enteramente diferente sobre este punto.

La partida de *bridge* había terminado y los cuatro jugadores entraron en el salón. El obispo Zsigmond tocó levemente la rodilla del conde Péter, y se puso de pie. Los invitados comenzaron a despedirse. Kristina se detuvo delante de Ursi con un carnet en la mano.

—He oído decir que se marchaba usted mañana. Tiene usted que decirme la fecha y hora de su nacimiento.

Ursi dio los datos pedidos con ese tono de condescendencia que un astrónomo adopta delante de una condesa aficionada a la astrología. Zia se puso a su lado.

—Quisiera dar un paseo por el parque antes de irme a la cama —dijo abiertamente.

Eran las once de la noche. Ursi y Zia salieron al parque y se dirigieron hacia la Puerta de Poniente que daba al pueblo. El pueblo estaba sumido en negra soñolencia; la única luz brillaba en la ventana del funcionario municipal.

Makkosh los estaba esperando impacientemente. Su mujer y los chiquillos habían ido ya a la cama. Al entrar, Ursi, hizo comprender a Makkosh que todo estaba en orden. Se sentaron y comenzaron a conferenciar en voz baja. Makkosh dijo que su mujer había estado todo el día haciendo *el* equipaje; se marcharían al cabo de unos días. Cambiaba de sitio con el funcionario de Dukay que se había precipitado ansiosamente sobre la oportunidad. La Heredad Terezia estaba en la linde de la

parroquia Duka, en el condado de Bihar, del cual tomaron un día su nombre los Dukay. Los tres mil acres de la Heredad Terezia eran los restos de la antigua propiedad de los tiempos de la conquista. Zia dijo que querían casarse civilmente lo antes posible, en el espacio de algunas semanas todo lo más. No se dijo una palabra de la «solución» de Zia, que hacía que el matrimonio fuese posible para Ursi.

A la mañana siguiente Zia acompañó a Ursi a Budapest. Había mucho que hacer en el piso antes de la boda. Había encontrado un estudio de cinco habitaciones en Andrásy Ut, y las dos mayores tenían que servir de taller. No conservó ningún mueble de Fuga Utca: vendió o cambió pieza por pieza.

La sociedad no supo nada de la boda, que se celebró sin ceremonias a comienzos de noviembre en el despacho del magistrado del distrito. János Hámor fue testigo de Ursi y Péter Dukay de Zia, pero no pusieron al conde Péter en el secreto del «plan» de Zia.

Después de la boda se fueron directamente a la Heredad Terezia donde les estaban esperando no sólo Makkosh, sino todo el *stammtisch* del café «Gugger». Todo estaba dispuesto. Unas trescientas personas seleccionadas habían sido convocadas a una reunión que el domingo por la mañana, después de la misa, debía celebrarse en el patio de la alcaldía de Duka.

Ursi asistió a la reunión pero Zia se quedó en casa del funcionario donde se alojaban. Cuando todos estuvieron reunidos, en su mayoría hombres jóvenes y viejos, de la clase más pobre, János Futó fue el primero en dirigirles la palabra. Subrayó las aspiraciones y ventajas de una explotación agrícola colectiva. Su discurso fue corto y claro y su principal inconveniente fue el tono bajo en que habló que obligaba a los asistentes, especialmente a los de las últimas filas, a gritar constantemente: «¡Más alto!». Pero la voz de Futó no tenía gran volumen en el mejor de los casos. El público tuvo la sensación de recuperar el sentido del oído cuando la voz gruesa y retumbante de Makkosh resonó en el pórtico del Ayuntamiento. Después de algunas observaciones preliminares comenzó a leer un documento que tenía en la mano y que decía así:

La Heredad Terezia de la parroquia de Duka. consistente en tres mil acres de tierras laborables y todas las instalaciones agrícolas pertenecientes a ella, ha sido dividida en parcelas de ocho a quince acres cada una por su propietaria la condesa Terezia Dukay quien hace entrega de estas parcelas de tierra a los habitantes de Duka aquí presentes. Las parcelas han sido adjudicadas en concordancia con el número de personas de cada familia, y la condesa ha registrado ya los títulos de cada uno de los nuevos propietarios. Las instalaciones completas de la Heredad, incluyendo a instalación de fuerza motriz, la destilería y la lechería, junto con las instalaciones esenciales al laboreo comunal, pasan a ser propiedad de la asociación cooperativa. En interés de la producción interrumpida, los intendentes y otros empleados de la

Heredad continuarán en sus puestos. Jamos Futó ha sido nombrado gerente de la Cooperativa Agrícola de Duka. Terezia Dukay desea poner de relieve que los beneficiarios de esta partición no deben considerar la donación como un acto de generosidad, porque es su convicción de que las personas aquí presentes han pagado ya el precio de sus parcelas con el trabajo forzado de sus antepasados durante las transcurridas centurias, la baja escala de los salarios de los tiempos más recientes y los inequitativos impuestos fijados por el Estado para los campesinos.

Firmado en Duka, 10 noviembre de 1905

Makkosh esperaba que los campesinos reunidos estallarían en vítores y llevarían en hombros a los visitantes. Pero nada de esto ocurrió. Los rostros de los hombres permanecieron impasibles y algunas mujeres con una tranquila sonrisa, se arreglaron el pañuelo que llevaban en el bolsillo. La reunión comenzó a disolverse sin mayor ruido. ¿Habían entendido mal la esencia de la donación? ¿La consideraban poco..., o los habría impresionado hasta el punto de que no lo creían? No había manera de saberlo. Pero en el silencio con que acogieron la declaración había algo que era casi amenazador.

Sin embargo, ésta era la solución de Zia que había asustado a Ursi la primera vez que se la dijo, porque veía claramente su influencia en tal decisión y sabía que era él el instrumento del proyecto. Tenía un aspecto desagradable, no sólo a causa de la opinión pública veía claramente que la decisión tendría repercusiones políticas, sino bajo un concepto personal también. En primer lugar, le disgustaba verse presentando el papel de *spiritus rector*. Éste había sido el tema de sus conversaciones durante las visitas semanales de Zia a la prisión y gradualmente había ido convenciéndose de que su decisión no era hija de sus puntos de vista personales. A menudo, cuando ella tenía la mirada perdida en el espacio, él era sólo capaz de distinguir vagamente lo que pensaba. Y no hubiera podido ver de otro modo, pues Zia no hablaba jamás de una aprensión interna que estaba quizá fuera del alcance de las palabras. Mientras se celebraba la reunión en el patio del Ayuntamiento, la ausente Zia no tenía la menor semejanza con la emancipada condesa forjada por la imaginación de un joven reportero de *Acusación*, que se hallaba presente. Con una gruesa bufanda alrededor del cuello estaba echada sobre la cama en casa del funcionario municipal, con un fuerte resfriado que había pillado durante el viaje a causa del frío viento de aquel húmedo noviembre. Tenía bastante temperatura y durante aquellas horas febriles sintió algo que hubiera sido incapaz de traducir en palabras, ni aun para sí misma. Sentía el vértigo amargo y dulce de la liberación y de haber sido reintegrada a sí misma, veía las largas agujas de hacer media de Berili relucir en la penumbra de la habitación de Septemvir Utca, y los botones de metal de la capa azul tórtola del abuelo Veyrac. Cerrando los ojos, le parecía ver también a María Antonieta y la

familia Eaverney en la habitación de alto techo del funcionario municipal; el marqués con su chaleco verde veneno, la rubia marquesa con su boca diminuta bajo la larga nariz y la voz impasible de la condesa Menti detrás de la puerta cerrada, censurando a tía Stefi y tío Paul el asunto del pato asado y, en un acceso de fiebre, le pareció ver a Tonia escuchando la pelea, apoyando su rostro entre los dedos y contemplando el mar desde el muelle de Mandria, y tío Dmitri aparecía en el momento de interrumpir una historia referente a Rusia. Todo esto se mezclaba en su interior de una manera calidoscópica, como el vago sufrimiento de una miseria mundial que a veces estallaba en aterradoras acusaciones. Una cosa era cierta: que en el momento de beber el té de hierbas de la señora Makkosh, el Crepúsculo de Cobre hundía sus ensangrentadas garras de bruja en el corazón de Zia.

Esperaron a que cesase la tormenta periodística en Budapest. Los diarios, desde luego, consideraron el asunto bajo el punto de vista de importancia política, brevemente o con gran extensión, pero la mayoría adoptaron un tono sarcástico y sospechoso. Uno de los diarios de derechas afirmó que la Heredad Terezia estaba desde largo tiempo cosida de deudas y, en todo caso, era absolutamente impropia para todo cultivo. Los periódicos del grupo Donáthy-Drexler revelaron que la infortunada condesa había pasado mucho tiempo en un asilo mental hacía algunos años, y que su persona y sus actividades no ofrecían, por consiguiente, ningún interés. Llamaba la atención sobre el astrónomo comunista que no se movía de su lado y con quien vivía en público adulterio. Pero la tempestuosa sensación no duró mucho tiempo porque tempestades mucho más amenazadoras se levantaban en los horizontes de Europa. Por aquellos días se aplicaron sanciones económicas a Italia como consecuencia de la guerra de Abisinia, amenazando alienarse a Mussolini de los poderes occidentales y arrojarlo en brazos de Hitler. Esta cuestión introdujo una nota de lúgubre antagonismo en todos los periódicos del mundo, y cuando Zia y Ursi regresaron a Budapest observaron con satisfacción que nadie se ocupaba ya de ellos.

El piso de Andrassy Ut estaba listo. La placa de cristal que rezaba «Fotos Zia», estaba también a punto y sólo faltaba ponerla en su lugar. Los escaparates estaban dispuestos en la entrada y el patio para que se pudiese elegir de entre las ampliaciones, entre las cuales figuraba, desde luego, la del Duce sonriendo. Ésta parecía ya un atavismo en aquellos días en que toda sonrisa había desaparecido de los labios de Mussolini, pero la fotografía servía todavía los intereses comerciales de Zia, si bien era imposible decir cuánto tiempo duraría aún.

A su llegada, Zia pasó la mañana entera arreglando sus escaparates y disponiendo sus fotografías. Cuando todo estuvo a punto fue a dar un paseo hasta la Opera y regresó. Al llegar a su casa miró distraídamente el rotulo como si fuese un transeúnte ocasional y cuando encontró que el efecto era satisfactorio volvió a mirarlo con los ojos de una dama desconocida de la sociedad. Caminando en dirección opuesta hizo una perfecta imitación del menudo paso de la condesa Ilona; se detuvo fingiendo sorpresa al ver la placa. «¡Ah Fotos Zia! ¡Entonces es aquí!». Así trataba de ver el

futuro en los ojos de sus amigos y relaciones.

A primeras horas de la tarde se dirigió hacia Septemvir Utca. Esperaba esta entrevista con cierta ansiedad. No podía imaginar cómo sería la escena con su padre, pero no compartía los temores de Miháil. Estaba de acuerdo con Miháil en que había sido mejor no dejar que nadie de la familia conociese de antemano su plan, y el último de todos, su padre. Zia fue quien insistió en añadir las frases que declaraban que las tierras repartidas habían sido pagadas desde hacía mucho tiempo en forma de trabajos forzados y otras penalidades. Ahora, al franquear el portal, tenía la seguridad de ablandar con pocas palabras el corazón de su padre, incluso si lo encontraba de mal humor, porque hacía ya tiempo que había perdonado las deudas de juego de Kristina que excedían en mucho al valor de la Heredad Terezia. Mientras subía la gran escalera pisando la alfombra verde guisante, las lágrimas acudían a sus ojos.

El despacho del secretario daba al estudio del conde Dupi. El señor Gruber se levantó de un salto al ver entrar a Zia.

—¿Papá? —dijo Zia en su tono habitual mientras se dirigía a la puerta sin vacilación. Pero el señor Gruber, pálido, le cerró el paso.

—Tenga la bondad de esperar un momento mientras anuncio a Su Excelencia.

Zia apenas tuvo tiempo de dirigir una fría mirada al señor Gruber por este tono inusitado. Sus grandes botas de color habían desaparecido detrás de la puerta que se cerraba. Y Zia no había reaccionado todavía cuando, de nuevo, vio delante de ella al señor Gruber, fijando uno de sus ojos en el espacio de una manera extraña mientras decía, con una expresión transfigurada y una voz que podría usarse para poner a alguien al corriente de un trágico accidente.

—Su Excelencia el conde lamenta que le sea imposible recibir a la condesa.

Durante un momento, la confusa sonrisa de Zia se fijó en el rostro del señor Gruber; después, dio súbitamente media vuelta y salió de la habitación sin decir nada.

Se tambaleaba al bajar las escaleras. Por primera vez durante aquellos momentos había conocido a su padre. Ahora, por primera vez en su vida, había conocido el verdadero carácter de aquel extraño ser humano. El señor Gruber no había estado en la habitación más allá de dos segundos; a István Dukay le bastaba un simple ademán negativo para mantenerla alejada de él. En un instante, aquella voz paternal arrulladora se convertía en nada; y se desvanecía aquel ligero guiño de amistad de su ojo izquierdo, y aquél tan sabido «Ven aquí; oye, *Cricket*», de la infancia, y las horas de camaradería de sus visitas a Mandria, y las manos puestas sobre sus hombros cuando estuvo en el sanatorio; el hombre se desvanecía en la nada y sólo permanecía el señor Gruber y su mirada fija de aquella manera peculiar en el aire mientras decía: «Su Excelencia el conde...».

István Dukay le hubiera perdonado a su hija cualquier otra cosa. Pero, *aquello*, lo que había hecho, no podía perdonarlo.

Zia había llegado ya a la calle. Al volverse a mirar un momento hacia atrás, la tierra parecía tragarse el palacio de Septemvir Utca.

Pero también era una Dukay y todo rastro de sollozos se ahogó en su garganta. Sólo su rostro parecía un poco más pálido que de costumbre mientras paraba un taxi, porque el aire helado de noviembre comenzaba a soplar otra vez.

CAPITULO XVII

EL autor se da perfectamente cuenta de que es caer en enojosa repetición terminar esta sección de esta historia con la muerte de otro monarca. El siglo XIX declino hacia su tumba con Francisco José, como podía decir la pluma de un historiador empleando un eufemismo. El féretro de Carlos IV contenía el último de los Habsburgo reinantes y ahora tenemos que despedirnos de otro monarca, quien, aun cuando no usase corona, era rey en sus dominios. En los anales de la humanidad hay incontables ejemplos de hombres inferiores a él que fueron llamados reyes.

Así, pues, el lector sabe ya que vamos a decirle adiós al conde Dupi. István Dukay murió el año 1939 a la edad de setenta y un años y su muerte representa otra ruda vuelta de las escaleras que llevan al profundo sótano donde el destino de los Dukay se cumplió finalmente.

Pero, entretanto, estamos en deuda de cuatro trascendentales años, puesto que hemos dejado a Zia saliendo del palacio de Septemvir Utca el año 1935 en un momento en que los transeúntes que la hubiesen visto y reconocido no hubieran podido adivinar que jamás volvería a franquear aquella puerta.

El año 1936 tenía reservados importantes acontecimientos para la familia Dukay.

Recordaremos aquellas dos damas americanas, *mistress* Steele y sil hija Gwen, que asistieron a la gran boda de Zia seis años antes. Sólo Zia sabía la verdadera razón de su presencia; los demás invitados se limitaron a hacer suposiciones. Familiarizados con las ocultas razones de las incursiones de los aristócratas europeos en América, podríamos suponer que *Mr.* Julián K. Steele pertenecía a las «sesenta familias» y gozaba de una fortuna de un billón de dólares, suma con la cual ningún libretista vienés escribiría ninguna obra. Pero debemos dejar este preciso camino a la fantasía. *Mr.* Steele era carnicero. Pero también debemos saber que esta denominación era debida en parte a la condesa Isabella y en parte a Otto Küegl. La condesa Isabella tenía por lo menos ciertas razones para calificar tan despreciativamente las actividades de *Mr.* Steele, puesto que había elegido a György para su hija Elly, y habían arreglado incluso la cosa de una manera definitiva con la condesa Menti hacía diez años. Actualmente, *Mr.* Steele era el director de una famosa casa de conservas de Chicago y era tan sólo una broma por parte de Isabella sostener que estaba detrás del mostrador con un cinturón manchado de sangre, cortando rajadas de salchichón para los trabajadores. Al contrario, *Mr.* Steele dirigía los asuntos de una industria internacional desde la gran mesa de madera de su despacho tapizado. Un ramo de frescas rosas adornaba constantemente su mesa, y dos grandes fotografías en su marco de plata estaban a su derecha y a su izquierda. Una era la fotografía de su esposa Peggy vestida de novia, y la otra representaba a sus dos hijos: Austin, a la edad de dos años, y Gwen, de uno. Pero de esto hacía muchos años, porque las fotografías de los chiquillos Gran sustituidas cada dos años a medida que

crecían, mientras la de su madre seguía obstinadamente en su sitio, acaso con la vaga esperanza de no engordar más y seguir siempre tal como fue de novia. Los ingresos anuales de *Mr. Steele* eran relativamente modestos, unos cuarenta mil dólares al año. Su estatura financiera quedaba empequeñecida ante la fortuna que Gyorgy Dukay heredaría un día, aun cuando consideremos la bella casa de ladrillos que *Mr. Steele* poseía en los alrededores de Chicago: y tampoco iría Peggy con las manos vacías el día que se casase con él.

La intención de estudiar la industria conservera con la vaga idea de montar un moderno matadero en la propiedad de Ararat fue lo que llevó a Gyorgy a Chicago. Allí, como economista graduado, obtuvo un empleo en la organización de *Mr. Steele* y por conducto suyo fue presentado —pero sólo casualmente, pues su dueño estaba ya harto de aristócratas europeos— a *Mrs. Steele* y Gwen. Madre e hija eran activas socias de la Sociedad de Amigos de Chicago.

Fue una suerte que mamá Peggy, sufriese de reumatismo durante los últimos diez años, porque su médico, entre otros recursos terapéuticos, le habló de los famosos baños termales de Budapest, y así fue como *Mrs. Steele* y su hija Gwen se encontraron en Budapest en la primavera de 1930. Gyorgy estaba enterado del proyectado viaje, a pesar de que hacía ya tiempo que no trabajaba en la firma. De modo que cuando regresó a su casa para asistir al matrimonio de Zia, era muy natural que, viajando con *Mrs. Steele* y su hija, se ofreciese a servirles de guía en Budapest e incluso que la invitación se extendiese hasta el matrimonio de su hermana.

Lo que *Mrs. Steele* y su hija vieron durante aquel día en Ararat las dejó sin aliento.

Gyorgy no volvió a los Estados Unidos hasta el siguiente año, pero la amistad se convirtió en regular correspondencia. Después del regreso de su hija, míster Steele no puso reparo alguno a la idea de invitar a György a su casa, pero cuando Peggy le susurró en privado que la cosa podía tener posiblemente consecuencias sentimentales, protestó vigorosamente contra la idea de un matrimonio. *Mr. Steele*, enmarcado por las cosas de su mesa, era un hombre de negocios americano y realista que tenía una pobre opinión de la Europa de aquel tiempo.

Pero las consecuencias sentimentales tuvieron efecto, y serios obstáculos se levantaron también delante de Gyorgy. Éstos no eran por cuestiones de sentimientos, puesto que el afecto entre el joven conde y Gwen era sincero y profundo; pero Gyorgy Dukay III que instituyó el mayorazgo y con cuya muerte en 1829 la línea ducal quedó extinguida, había estipulado que el heredero del mayorazgo debía casarse con una consorte que tuviese por lo menos dieciséis personas nobles en las líneas materna y paterna, diez de las cuales tenían que ser de alto grado. Los subsiguientes herederos del mayorazgo habían observado la disposición de la manera más estricta. Debemos recordar que el conde Dupi, antes de conocer a la princesa Klementina Schäyenheim-Elkburg en Londres, estaba enamorado de una condesa húngara de Transilvania y se hubiera casado seguramente con aquella Annah de ojos

azules si sus antepasados no hubiesen carecido, desgraciadamente, de dos de los títulos de nobleza requeridos como de primer grado, porque la aristocracia de Transilvania solía mezclarse con viejas familias magiares de menor nobleza. Una potente lupa no hubiera sido capaz de descubrir la menor mancha de nobleza inferior en el árbol de familia de la condesa Mentí que podía remontarse siglos atrás, mientras la misma lupa sólo hubiera hallado confusión en el árbol de familia de *miss Steele*.

Las leyes del mayorazgo permanecieron en vigor en Hungría después de la muerte del rey, y cuando el noviazgo de Gyorgy y Gwen fue oficial, Otto Kliegl, en nombre de su favorito y espiritual discípulo, el conde János, se armó de abogados del más formidable calibre y se dispuso a librar batalla. El conde János no tenía que ser excitado a combatir; los mortales e inevitables conflictos que, desde los comienzos de la historia, rodean siempre la sucesión real, se han suscitado en todo momento en cuestiones de herencias y sucesiones y eternamente entre el primogénito y el hijo menor.

El patrimonio no era generoso con los demás hijos. Zia y Kristina recibían sólo tres mil acres de terreno de todos los dominios, y János cinco mil. Al propio tiempo Gyorgy heredaría cien mil acres, así como toda la fortuna Dukay o, mejor dicho, la renta de esta fortuna. El resultado de esta disposición era, en general, que el hijo más joven contraía deudas o disipaba sus tierras, razón de más para odiar a su hermano.

En la batalla entre Gyorgy y János intervinieron pesadas consideraciones políticas. Si el matrimonio Steele descalificaba a Gyorgy para la herencia, János se convertía en el heredero y la vasta fortuna pasaría al servicio de los nazis. Esto no interesaba a nadie; ni siquiera al Gobierno húngaro en aquellos tiempos. Los abogados que defendían la causa de János eran, desde luego, pájaros gordos del partido nazi. La fortuna de los Dukay comenzaba a sufrir la misma suerte que Austria, o los *sudetes*^[52] o Checoslovaquia; ¿la ocuparían también los alemanes? Afortunadamente, las páginas esenciales de las cartas de mayorazgo comenzaban como sigue: «Es mi expreso deseo que la consorte del heredero...». Y un «expreso deseo» no es, necesariamente, una orden. Más aún, quedó netamente establecido que Gyorgy Dukay II concedió a su hijo Kálman Dukay «excepcional» permiso para casarse con la baronesa Melanie Alacsy, que sólo consiguió reunir ocho antepasados de gran nobleza entre sus progenitores. La pregunta era, pues: ¿Seguiría siendo Gyorgy Dukay el heredero si se casaba con *miss Steele*? Y la pregunta no era tan sencilla como parecía; tanto más cuanto que los abogados de ambas partes litigantes consideraban la controversia como una vaca lechera que espera ser ordeñada. Y una controversia de esta especie es incluso más condescendiente todavía que la vaca lechera, porque los tribunales no tienen prisa en dictar su disposición final. Así fue cómo el noviazgo de Gyorgy y Gwen Steele duro cuatro años hasta que, por fin, los tribunales decretaron que el matrimonio de Gyorgy no afectaría sus derechos a la herencia.

La boda se celebró en Ararat en abril de 1936 con asistencia de *Mr. Steele*. János y Zia estaban ausentes y la boda se celebró en modesta escala. En lugar de alquilar alguna casa para ellos, la joven pareja ocupó una serie de habitaciones en el palacio de Septemvir Utca y el castillo de Ararat, porque en aquella época Gyorgy administraba ya los asuntos del patrimonio.

Los acontecimientos de aquellos años no mejoraron el estado del corazón del conde Dupi. No hablaba jamás de Zia con nadie, prohibía mencionar su nombre en su presencia y todos se admiraban de su fortaleza de espíritu porque sabían que Zia era la más querida de todos sus hijos. Tomó, naturalmente, el partido de Gyorgy en la lucha contra János. El horror que había cobrado a aquel «muñequito alemán» se acrecentó cuando supo que se había afiliado a uno de los partidos nazis de Hungría de la Flecha y la Cruz. Pero el cabello del conde encaneció como consecuencia del pleito; a nadie le gusta que le canten el responso mientras está todavía vivo, y los documentos oficiales estaban constantemente llenos de frases tan tiernas como: «Debiendo, desgraciadamente, tener en cuenta la cercana muerte de István Dukay...». «En previsión de la cercana desaparición del cabeza de familia...».

Cada mañana, a las ocho, *Mr. Johnson*, el caballero, llevaba a la puerta del castillo al caballo ensillado del conde Dupi. Una mañana, el conde tenía ya el pie en el estribo cuando pareció cambiar de idea y le dijo a *Mr. Johnson* que aquella mañana no montaría. Al decir estas palabras, se llevó la mano al corazón como para darles mayor veracidad con un solemne juramento. Sin duda alguna en el momento de poner el pie en el estribo, le había dado un agudo dolor en el corazón. *Mr. Johnson* observó que su rostro adquiría un color gris de ceniza y, cuando su dueño regresó al interior del castillo, *Mr. Johnson* no pudo ya reconocer en él el orgullo que tiempo antes se evidenciaba en la actitud de la cabeza y en los hombros del conde.

En setiembre de 1936, Zia dio a luz una sana niña que fue bautizada con el nombre de Terezia por insistencia de Ursi. «Fotos Zia» era un negocio próspero. Miembros de familias de la alta sociedad que hacía décadas que no habían sido siquiera invitados al palacio de Septemvir Utca o al castillo de Ararat acudían a fotografiarse, dirigiéndose a Zia como si fuese el dependiente de una tienda de ultramarinos. La aristocracia acudía a ella movida, principalmente por la curiosidad, mirándola con el sentimiento de celos del chiquillo de seis meses que ve que su hermanita es capaz de sostenerse en pie. Zia iba pocas veces a ver a sus hermanos y hermanas, pero György y Gwen comían con frecuencia en su casa. En sus relaciones familiares había un afecto familiar sincero, pese a que Gyorgy y Miháil tenían puntos de vista completamente opuestos sobre varias cuestiones. Gyorgy pretendía que la socialización de los grandes patrimonios debían iniciarse no por abajo sino por arriba, y exponía sus planes con fervor mientras las dos mujeres, Zia y Gwen, sentadas bajo la luz de la lámpara de pie, discutían los complicados problemas de la educación de los chiquillos. Gwen esperaba ya su primer hijo. Miháil sostenía su punto de vista con

Gyorgy, pero las discusiones no se acaloraban nunca. Se había retirado recientemente del *stammtisch*^[53] del café «Gugger», consagrándose exclusivamente a las estrellas, lejano refugio. Trabajaba con ahínco en su libro sobre el Gran Saco de Carbón que es —como ya sabemos— la nebulosa más oscura de la constelación del Cisne. No hizo tentativa alguna para recuperar su puesto en el Gobierno, porque cada vez se sentía menos inclinado a servir en la actual administración. Sus artículos astronómicos tenían gran acogida en los periódicos de América, Inglaterra, Suecia y Suiza y era invitado a dar conferencias en gran número de universidades extranjeras.

La condesa Menti solía ir a ver a Zia una vez cada tres meses. En estas ocasiones se sentaba en medio del sofá con la cabeza inclinada hacia un lado, sosteniendo su parasol con una mano enguantada, con un ademán inigualable y con la espalda rígida como una barra de hierro, así era como solía mostrarse en las modestas casas de los maestros de Ararat donde había algunos enfermos incurables. A través de sus impertinentes, la condesa Menti examinaba con atención las fotografías de Zia, pero consideraba la profesión de fotógrafo como una especie de enfermedad incurable de la que era víctima su hija. En cada una de sus visitas informaba a Miháil de la existencia del telescopio de la biblioteca del castillo de Ararat, y expresaba su opinión de que la astronomía era una ciencia muy bella, contrariamente a aquel «extraños» arte de la astrología, pero, por lo demás, no encontraba gran cosa que decirle a su hijo político. Durante aquellos últimos tiempos la condesa Menti había empezado a sentirse presa de una melancolía espiritual. Algunas veces insinuaba levemente su «gran plan» en presencia de Zia, pero no revelaba jamás cuál era este plan. «*Sie werden das sehen Zia... ya lo verás*», decía misteriosamente, empleando el formal pronombre personal que usaba con todos sus hijos.

En enero de aquel año murió el rey Jorge V de Inglaterra; en marzo los alemanes ocuparon la Renacia desmilitarizada y en diciembre abdicaba Eduardo VIII al trono de Inglaterra. El romanticismo se puso galas reales para aparecer ante el pueblo en lo que tenía que ser su última aparición durante muchos años subsiguientes, queriendo acaso hacer una última ostentación de poder delante de todas aquellas cosas insignificantes y fugaces que los sentenciosos historiadores llaman la «nueva Era», las «cambiantes formas de la vida» o el «dinamismo de las clases sociales».

Nada más vacío ni triste puede imaginarse que el año que siguió, el 1937. Casi no vale la pena de mencionar el tratado de alianza italo-yugoslavo que Stojadinovic, por Yugoslavia, y el conde Ciano, por Italia, firmaron en Belgrado, porque no fue más que un vulgar vodevil.

Otro acontecimiento, mucho más importante, merece retener nuestra atención: una conversación entre dos hombres sentados en la desierta terraza de un café del Corso Danube, durante uno de los primeros días cálidos de la primavera. Uno de ellos se llama Paul Fürst y el otro es conocido por Otto Király. Al acercarnos a ellos reconocemos a Paul Fogoly y a Otto Küegl. Al analizar su reciente cambio de nombres, se tiene la sensación de que las razones de Paul Fogoly eran las más

honrosas, pues consistían tan sólo en adoptar de nuevo el nombre original de su abuelo en abierta y valerosa advertencia de su arrepentida adhesión a la gran idea germana después de una variedad de incursiones por los reinos del liberalismo y el nacionalismo húngaro. En el caso de Otto Kliegl, la intención no era tan clara. Podemos suponer que adoptó un nombre húngaro simplemente para abrirse camino con mayor facilidad en la confianza de ciertas zonas de la sociedad húngara, porque hay algunas de ellas sólo penetrables con esta estratagema. Por mucho que se diferenciaban Paul Fürst y Otto Király, bajo este concepto estaban completamente de acuerdo en que había sonado una hora trascendental en la historia de la raza germana y que, en interés de la idea, la exterminación primero de la raza judía y después de los pueblos atrasados, no representaba sino el cuidado con que un caballero cepilla su gabán antes de salir de casa.

Hablando de Paul Fogoly podemos dedicar también unas palabras a su ex inseparable amigo Imre Pognár que se casó con Eva Kócsag en octubre del año anterior, después de diez años de inquebrantable adoración. No debemos precipitarnos ofreciendo nuestro pésame a Pognár, que parecía digno de mejor suerte, porque la vida ofrece incontables ejemplos de mujeres como Eva Kócsag, la *artista*, e incluso de más tempestuosas cortesanas, que han sido después las esposas más fieles y perfectas. Hijas de ministros protestantes, de respetados consejeros municipales, que se acercan al altar con el virginal azahar de las más puras virtudes de la clase media, que conservan los ideales más puritanos durante su matrimonio, que son consideradas por la pública opinión como ejemplos matrimoniales, amargan las vidas de sus maridos por una inquebrantable aversión, por ejemplo, a las cebollas. O les hacen perder el tiempo en el momento de salir precipitadamente hacia la oficina haciéndoles cambiar la camisa rayada en castaño por otra rayada en azul; o por razones desconocidas, experimentan un odio apasionado contra la esposa, del dueño de su marido. A pesar de que las conveniencias sociales no permiten la separación se pasan la vida amenazándose con el abandono del domicilio conyugal. Por otra parte mujeres como Eva Kócsag se cansan de todas estas turbulencias antes de ingresar en el matrimonio. Sus frenéticas ambiciones son disipadas en escena, durante los ensayos y en sus fantasías, y así su cansancio se convierte en humildad, su desilusión en fidelidad conyugal, y sus tempestuosas desventuras financieras las transforman en mujeres de mesurada conciencia y mundana cordura que, en su ponderación en nivelar los ingresos y los gastos, podrían ser la envidia de contables de barbas grises.

También de cuando en cuando llegaban a Budapest noticias de Filippo. Durante los últimos años había abandonado su desordenada vida y participaba en la campaña de Abisinia como piloto aviador. El Duce lo había condecorado por su valentía en la acción, lo cual representaba que había volado sobre un poblado abisinio ametrallando a un grupo de chiquillos indígenas que miraban con la boca abierta.

El «gran plan» de la condesa Mentí salió a la luz finalmente una tarde al entrar en el estudio de su marido —quien sabía ya que sus raras visitas de esta especie tenían

siempre un grave significado—, y con el tono que hubiera podido emplear al discutir con *monsieur* Cavaignac las minutas propuestas, le dijo que quería retirarse a Almasko con su secretario, su dama de compañía, sus dos doncellas, dos lacayos, un chófer y el reverendo Alajos Galovics. Había dos razones por las cuales el conde Dupi no podía oponerse a su plan; primero, porque había sido el primero en prohibir la palabra *oposición* en su casa; y segundo, porque los dos mil acres de terreno de la propiedad de Almasko formaban parte de las vastas tierras de los *ochayenheim*, situadas en el norte del Danubio y extendiéndose a lo largo de la frontera checoslovaca, que pertenecían a la condesa Mentí por herencia personal. Salvo el intendente, aquellas treinta habitaciones del pabellón de caza estaban vacías.

A los sesenta y tres años, la condesa Mentí no se retiraba a esta remota tierra puramente por motivos de reposa. Una semana después de que ella y sus fuerzas hubiesen invadido Almasko, una extraña concurrencia se reunía en la casa. Había entre ella un joven pediatra, tres inspectores de infancia y un educando, a quienes la condesa Mentí expuso su plan. Comenzó afirmándoles que la humanidad era muy desgraciada. Ella no estaba en condiciones, triste era decirlo, de aportar la felicidad a más allá de unos cuantos millones de personas; la tarea era demasiado grande, pero todo el mundo debía colaborar en esta tarea según la medida de sus posibilidades. Había decidido, por consiguiente, formar a cien chiquillos en Almasko, cincuenta niños y cincuenta niñas, dentro de los más modernos principios de la higiene y educación. Hablaba en alemán porque era su lengua materna, y mientras hablaba iba consultando sus notas a través de los impertinentes. Mencionó minuciosamente los errores de los corrientes métodos educativos. Los chiquillos eran constantemente amenazados, asustados y generalmente crecían en un ambiente de miedo. Mencionó el interesante experimento llevado a cabo por un psicólogo americano que había hecho un estudio del desarrollo espiritual de dos niños. Uno de ellos fue educado a la antigua y errónea atmósfera del terror, mientras en la habitación contigua se soltaban serpientes y ratas; de la noche a la mañana vieron al segundo chiquillo jugar alegremente con los animales. Citó una monografía psicoanalítica que demostraba que no había que pegar a los chiquillos cuando ataban un gato dentro de un saco y lo mataban a palos o cuando arrancaban con los dedos los ojos de los gorriones. El Creador había dado al hombre la naturaleza de un animal con espantosas tendencias sádicas. Por consiguiente, había que animar a los chiquillos a que expresasen sus torvas pasiones durante la infancia. El horror de sus actos debía serles explicado con solicitud, no con golpes y amenazas; de lo contrario, su refrenado sadismo se convertiría en *Unwé bust* y, más tarde, cuando llegasen a oficiales del ejército u hombres de Estado, se manifestarían de forma espantosa. La conferencia de la condesa Mentí descubrió que sus conocimientos no se basaban únicamente en la lectura, sino, además, en otras cosas. Atacó el tópico de la instrucción primaria. En su

opinión, el alma de los chiquillos era alimentada con homicidios y matanzas en masa desde la primera hora de la escuela. Arguyo que los chiquillos deberían disponer de libros en los cuales la Guerra de Troya y otros horrores de la humanidad fuesen tratados muy discretamente. Al llegar a este punto, disertó también sobre el problema de la nutrición, y expresó su punto de vista de que mientras el hombre siguiese siendo carnívoro, mientras siguiese matando y devorando animales con tal repulsiva crueldad, no podían esperarse que refrenasen sus deseos de matar a sus semejantes. Por consiguiente, los cien chiquillos serían criados bajo un régimen vegetariano.

El reclutamiento de los chiquillos comenzó poco después. Las mujeres de los trabajadores, sobrecargadas de trabajo y chiquillos, llevaron allí sus retoños, de entre los cuales un examen médico eligió sólo los más sanos. El plan original fue modificado limitando a veinte el número de chiquillos admitidos en lugar de los cien proyectados, porque un minucioso cálculo demostró que sólo había fondos para mantener este número. Los gastos administrativos absorbían una parte considerable del presupuesto. Pero la condesa Menti y su personal esperaban que su movimiento llegaría a ser nacionalizado; a decir verdad, en opinión del reverendo Lojzi, alcanzaría proporciones internacionales.

La condesa Menti dio a su institución el nombre de «La Casa de Cristal». Inmediatamente después de su llegada dio órdenes terminantes de que nadie debía hacer referencia a ella dándole el título de «Su Excelencia la Condesa» o, como algunos erróneamente la llamaban, «Su Alteza la Princesa». En su lugar, todos los habitantes de la Casa de Cristal recibieron un nombre de pájaro, escogido por el Comité de Nombres. Desde el principio se formaron gran número de Comités. Entre otros estaba el Comité de la Leña, el Comité de la Conciliación, el Comité de las Toallas y el Comité de Adoración de la Naturaleza. La condesa Menti en su nueva encarnación, fue llamada Ibis, mientras el reverendo Alajos Galovics era bautizado con el nombre de Avutarda. Cuando la condesa Menti encontraba al jardinero durante su paseo matinal, el diálogo se desarrollaba de esta forma:

—Buenos días, Ibis.

A lo cual la condesa Menti daba digna respuesta, arrastrando las «r».

—Buenos días, Gorrión.

Durante la comida, el doctor Konhler, el educando, llamaba ocasionalmente al lacayo.

—Un poco más de asado, Mirlo.

Y el lacayo se acercaba a él con la salsera, diciendo:

—A su servicio. Flamenco.

Había un cierto número de miembros no residentes en la Casa de Cristal, elegidos con sumo cuidado por el Comité de Admisiones. A estos miembros se les daba también nombre de aves y no estaban desprovistos de un cierto sentido del humor. En vista de sus aspiraciones literarias Kristina, por ejemplo, fue llamada Pájaro Lira. A causa de su corto cuello, Gyorgy fue apellidado Lechuza, mientras Gwen, que tenía la

costumbre de silbar distraída, fue llamada Jilguero.

Entre las veinte criaturas había una zíngara, dos judías e, incluso, lo cual es casi increíble, tres protestantes. Difícilmente podríamos pedir mayores concesiones a la condesa Menti y al reverendo Lojzi, que eran miembros del Comité del Gobierno.

Todo esto tiende a demostrar que en la composición intelectual de la Casa de Cristal había algo de la noble herencia humanitaria de los cuáqueros americanos, cuyas semillas habían alcanzado a la condesa Menti por mediación de Gwen. No podemos mirar con suspicacia la forma cómo los espléndidos conceptos, los evangelios de William Penn, fundador de Pennsylvania, fueron implantados en el pabellón de caza de Almasko. Los grandes ideales rondan por estos mundos a paso de caracol y algunas veces adoptan nuevas formas en lugares diferentes. En la teoría «vegetariana» de la cría de los chiquillos podemos fácilmente discernir la influencia de los recuerdos de Gyorgy de la horrenda carnicería de los mataderos de Chicago. Aparte estas derivaciones, podemos ver que la Casa de Cristal era el triste e ineficaz retiro de una mujer sensible que se había apartado de un mundo que representaba la Europa de 1938.

El primer balance anual demostró que el presupuesto había sido sobrepasado. El número de criaturas a educar fue necesariamente reducido a la mitad, desgraciadamente, mientras, al propio tiempo, el personal administrativo era aumentado con un ayudante de jardinero, un chófer, un maestro de música y un contable.

Inútil decir que el conde Dupi consideraba a los componentes de la Casa de Cristal como una «pandilla de chiflados». A pesar de que el Comité de Admisión lo eligió socio honorario también por absoluta mayoría, se negó a tener nada que ver con la Casa de Cristal. Y, bien considerado, fue una suerte, porque si el lacayo a quien conocemos por Mirlo hubiese dirigido un jovial «Buenos días, Avestruz» al conde Dupi, estaba fuera de duda que le hubiera cruzado la cara de un bofetón, comprometiendo gravemente de esta forma los principios que reinaban en la Casa de Cristal.

La Casa de Cristal representaba para el conde Dupi algo enteramente diferente. La condesa Menti había tenido la idea de abandonarlo en aquel momento, cuando hubiera sido tan agradable permanecer los dos sentados en aquellos desiertos salones hablando de los días pasados. Lo había abandonado en los momentos de la vejez y la enfermedad, cuando más necesitaba la ternura conyugal que la reconciliación hubiera traído. En la ausencia de la condesa Menti le parecía sentir una cierta venganza, venganza de los primeros años de su matrimonio, cuando la había constante, pérfida y públicamente engañado. La *gute Menti* había guardado aquellos pesares tan cuidadosamente como archivaba cartas o anotaba las fechas de la adquisición de nuevas porcelanas para su colección y ahora en el borde mismo de la tumba, se los

devolvía. Si algo de esto había realmente en la acción de la condesa Menti, tenía que trascender de las profundidades de su subconsciente; pensamientos como éstos brotaban, más bien, de la culpable conciencia del conde Dupi.

Sedentemente el anciano conde de blancos cabellos había comenzado a hacer cotidianamente su aparición en un estanco cercano a Septemvir Utca. *Fräulein* Dora, la propietaria, usaba grandes peinetas de color de ámbar en su pelo grisáceo; era alta y firme y servía a los clientes haciendo jugar su esbelta cintura; su rostro conservaba todavía la frescura y suavidad de la juventud, pese a que era ya mujer de cuarenta años. Había conseguido el permiso comercial después de la muerte de su pensionada madre, y la munificencia del Gobierno era comprensible si se tiene en cuenta que su padre, siendo consejero de Estado, había prestado valiosos servicios al país. El conde Dupi elegía cuidadosamente sus cigarros cada mañana preguntando entretanto: «¿Cómo está usted, Dora querida?». Llevaba flores y bombones a la ya no muy juvenil «Dora querida» y se sentaba incluso a fumar el primer cigarro de la mañana en el estanco, produciendo de esta forma un embotellamiento en el tráfico del exiguo almacén. Nada de esto escapaba, desde luego, a la población de Buda y, como la humanidad se divierte siempre viendo a un anciano de setenta años cogido en las redes del amor, durante aquellas horas de la mañana había un incremento en la venta de los cigarros y cigarrillos de Dora, porque corría en Buda el rumor de que el imbécil conde Dukay se divorciaba de su mujer para casarse con la propietaria de un estanco. El rumor, como siempre, carecía de fundamento. Había un algo que la propia «Dora querida» ignoraba; algo que sólo el conde Dupi sabía. Dora era hija natural suya. Puede haber quien se sorprenda de la inusitada benevolencia demostrada por el Gobierno hacia la huérfana de un eminente funcionario civil; pero se tranquilizará al saber que fue el conde Dupi quien, permaneciendo discretamente en la sombra, obtuvo aquella licencia para Dora después de la muerte de su madre. Sentado en medio de nubes de humo, no era a Dora a quien veía en los movimientos de sus delicadas muñecas, en el brillo melancólico y ya un poco opaco de sus ojos violeta, era a su madre, cuyo único y trágico amor había sido él, pese a que ella no hubiese sido más que una fugaz fantasía para el conde. En aquellos viajes a la tienda, en las flores y en los bombones del conde Dupi, había un cierto tardío arrepentimiento y acaso también la orfandad de un corazón paternal. Buscaba compensación a la pérdida de Zia.

En otoño del mismo año el conde Dupi recibió un golpe más duro todavía de lo que había sido la Casa de Cristal. Murió Su Excelencia Roberto Schurler. El conde Dupi hubiera podido experimentar una felicidad inefable porque no despreciaba a nadie tanto como a aquel hijo del miserable a quien una vez había dado una patada en las posaderas, aquel asqueroso e insolente seudopatriota que, después del favor que el Regente le había concedido haciéndolo Excelencia, no olvidaba nunca llamarlo en voz alta: «¡Hola, Dupi!» cada vez que lo encontraba en el Casino Nacional y lo veía de lejos, y no había más remedio que tolerarlo porque era legitimista, si bien más

tarde batió alas hacia el cielo hitleriano, desde luego. Roberto Schurler murió en primavera y era de suponer que su recuerdo se perdería en el tumulto de acontecimientos históricos que siguieron. Pero cuando el conde Dupi regresó de Ararat en octubre, el rótulo de su calle le llamó la atención al apearse del coche. Sobre la bella puerta barroca, en lugar de aquel rótulo melódico y patinado del siglo XVIII que rezaba Septemvir Utca, otro rótulo recién pintado relucía con las palabras: «Roberto Schurler Utca». Pálido de ira levantó su bastón y le hubiera seguramente abierto la cabeza al portero de plateada librea si Sándor no se hubiese apartado. Un montón de acumulado correo le esperaba en el estudio, todo él dirigido a Su Excelencia el conde István Dukay, Roberto Schurler Utca núm. 1. Budapest.

Buscó febrilmente por los cajones hasta encontrar un papel de escribir —que estaba en su sitio habitual, desde luego— y empezó a escribir al rojo vivo, resoplando con furia, mientras trazaba las grandes letras de su escritura.

Señor Alcalde: Protesto contra la difamación de mi casa y mi persona... Haré quitar inmediatamente el rótulo de la calle y si es necesario contestaré a la fuerza por la fuerza...

Éste era uno de los párrafos más suaves de la carta que fue expedida por correo especial. El alcalde le contestó inmediatamente:

Excelencia: Muchas gracias por la amabilidad de su carta la cual no acabo de comprender. Si ha hecho usted ya quitar los rótulos de la calle, ¿por qué usa usted la dirección de Roberto Schurler Utca en su papel de cartas?

El conde Dupi se puso pálido. Ni al sellar el sobre se había dado cuenta de que el magnífico papel de cartas de los Dukay, embellecido por el pájaro carpintero y grabado en oro y rojo, ostentaba ya la nueva dirección de Roberto Schurler Utca núm. 1, consecuencia de la inquebrantable eficacia del señor Gruber en el cumplimiento de su deber. El señor Gruber había oído muchos, muchos gritos de guerra en aquel estudio, pero aquélla fue la primera vez que el conde llegó a amenazarle con una silla.

Entonces fue cuando el conde tuvo su primer ataque serio al corazón. A partir de aquel momento vio con ojos húmedos el desarrollo de los acontecimientos. El optimismo de su hijo Gyorgy, que pretendía que Hungría permanecería neutral en el improbable caso de una nueva Guerra Mundial, era en vano; István Dukay estaba inconsolable. Primero Francisco José, después la Monarquía, luego Carlos IV... y en su propia familia, Zia, y la Casa de Cristal, sin hablar de Rere, Kristina, János y la calle de Roberto Schurler: todo aquello eran síntomas de la cercana muerte, como el enfriamiento gradual que invade los miembros de un moribundo. Y estaba también György, buen muchacho, y serio, pero que con su cuello corto parecía el director de

un molino de provincias. ¿Dónde estaba el viejo encanto turco de los Dukay, su verbo, su arranque? Su sangre era sangre de los Zoskay, era cierto, pero los Zoskay no eran más que una casta media de los Ostyaks. Y todos aquellos planes que tenía, una especie de mesa revuelta americana... El príncipe Andrés y Egry-Toth tenían razón: a los campesinos hay que tenerlos a raya. Y la forma como György trabajaba de la mañana hasta la noche, como un banquero de mala reputación en apuros, podía considerarse indecente.

De todos los miembros de la familia sólo Rere permanecía al lado de su padre. Después de cenar, cuando el conde comenzaba a pasear de un lado a otro de la desierta habitación, con las manos en la espalda, Rere se sentaba en las profundidades del sofá, bajo la lámpara china, y leía infatigablemente las *Novelas Ejemplares* de Cervantes en el original español y se reía a carcajadas de vez en cuando, a pesar de que no entendía una palabra de español. Esto no turbaba el melancólico paseo del conde Dupi y una vez, incluso, se detuvo delante de Rere, para decirle: «Tienes razón, Rere. Tú eres el único que tienes razón...». Acarició el hombro de su hijo y prosiguió su paseo. Rere parpadeó como el hombre que le molesta que lo estorben mientras está leyendo.

Ésta era quizá la primera vez que el conde Dupi pasaba los calurosos días de agosto en el palacio de Septemvir Utca. Por tercera vez, en secreto, había leído recientemente *El gran barbecho*. El libro le produjo el efecto de una sentencia contra la cual no cabe apelación.

Y, por primera vez en su vida, durante aquellos días de meditación trató de hacer un resumen de toda su existencia, de las escapadas de la juventud, los asuntos amorosos, la lujuria de sus palacios, sus ingresos y sus gastos; en resumen, la forma cómo había invertido su dinero y su moral. Trató de contestar a sus acusaciones, pero sin éxito, porque no se sentía culpable y las acusaciones estaban formuladas en un lenguaje para él totalmente desconocido. Le parecía como si alguien compareciese con una lista de preguntas para pedirle cuentas de cómo había tenido la osadía de ir a cazar tigres en la India en 1894 o por qué usaba sales aromáticas en el baño. Pero tras estas acusaciones aparentemente absurdas sentía un cierto reto misterioso y amenazador que le exigía excusarse consigo mismo.

El mayordomo *Herr* Jordán, cuya alcoba había sido trasladada a la habitación contigua a la del conde Dupi, para estar cerca de él en cualquier momento, solía despertarse por la noche oyéndole gritar en medio de su sueño.

También el conde Dupi estaba al corriente de las relaciones de los archivos de familia que describían cómo habían sido edificados, hacia un siglo, aquellos quince kilómetros de muro alrededor del coto natural de Ararat y cómo los siervos fueron obligados a llevar los huevos frescos a millares para dar mayor solidez al mortero. Una vez soñó que de todos aquellos huevos machacados en el mortero Salían millares de polluelos amarillos que iban convirtiéndose paulatinamente en grandes pajarracos negros con espantosos picos y garras que rodeaban como buitres el castillo de Ararat.

El conde Dupi vivía con el terror de la declaración de otra guerra. Sabía que una nueva guerra sería inmediatamente seguida de una revolución y comprendía que esta revolución no cedería tan fácilmente como la que siguió a la otra guerra, durante la cual lo más horrible que ocurrió fue que el camarada Ibrik, que solía hacer la siesta sobre el sofá del salón del castillo de Ararat durante la fugaz existencia de la Commune, dejó una asquerosa mancha grasienta y negra sobre la noble sedería del tapizado. No; algo diferente, algo espantoso se avecinaba.

Algunas veces, avanzada la noche, aguzaba el oído creyendo oír gritos. Le parecía ver a un vendedor de periódicos corriendo por la calle con su fajo bajo el brazo y gritando con todas sus fuerzas: «¡Edición extraordinaria! ¡Ha estallado la guerra!».

Se precipitaba hacia las ventanas, apartaba las pesadas cortinas y el terror se reflejaba en su rostro. Sólo cuando comprobaba que era un pillete que llamaba a algún camarada suyo se tranquilizaba.

Y algunas veces un feroz deseo de ver a Zia se apoderaba de él. Una vez, su mano había alcanzado ya el timbre, dispuesto a pedir el coche e ir a ver a su «Cricket». Le parecía sentir que también Zia, en su alojamiento de Andrassy Utca vertía lágrimas suspirando por ver a su padre. Pero la visita no se celebró nunca porque a última hora el inflexible Dukay se erguía siempre delante del conde Dupi.

Y así llegó el 31 de agosto de 1939. El conde Dupi estaba escuchando la radio en el salón, después de cenar. Era el momento en que las campanas comenzaron a doblar anunciando a todo el mundo la declaración de la Segunda Guerra Mundial. Eran las diez de un jueves por la noche. El ultimátum alemán..., la movilización de Polonia...

Mientras caminaba impacientemente de un lado a otro de la habitación, con las manos en la espalda, entre la gruesa puerta de roble y la ventana, y mientras la *Mujer vestida de púrpura*, de Corot, y un pastorcillo que cogía florecillas en uno de los *gobelinos*^[54] contemplaban su monótono paso con la ansiedad pintada en sus rostros, el conde Dupi trataba de fijar sus angustiados pensamientos en otra cosa. No era fácil tarea porque el conde Dupi, según la escuela filosófica de Schmidt-Kooper, pertenecía al tipo humano criador de animales, desconocedor de la metodología del pensamiento sistemático, cuyas ideas, como las bestias, vagan libremente y siguen senderos irregulares. Careciendo de capacidad para el pensamiento objetivo, el conde Dupi sólo podía concebir en términos de personalidades los acontecimientos de los recientes años. No solamente las mentalidades influyentes y reflexivas de la aristocracia hacían su aparición en los *petits soupers* del castillo de Ararat y con mayor frecuencia en el palacio de Septemvir Utca, sino que asistían también a ellos miembros de los cuerpos diplomáticos que habían viajado mucho, e importantes personajes extranjeros. Por consiguiente, era tan natural para el conde Dupi dejar que esta sociedad escuchase atentamente su visión del destino del mundo, como permitir que *Herr Jordán* decidiese qué traje tenía que usar aquella mañana, rendirse ante la autoridad de *monsieur* Cavaignac en materia de elaboración de un puré de lentejas para acompañar las perdices, y dejar que el señor Gruber abriese su correspondencia.

Cuando el conde Dupi pensaba en el mundo veía ante él facciones humanas en lugar de mapas, naciones, pueblos, formas de gobierno o ideas abstractas. La idea de Alemania, por ejemplo, era para él la imagen del príncipe Fini, una imagen del príncipe cómodamente arrellanado en el sofá, entrelazando las anchas puntas de los diez dedos de sus manos y exponiendo, con tono de incontrovertible seguridad, una detallada exposición de la certeza del triunfo final del hitlerismo, mientras sus apergaminadas orejas de murciélago y las arrugas de su cara senil se ponían coloradas de íntima convicción. El príncipe Fini era el único representante en la familia de la incondicional adoración de Hitler; es decir, si no tenemos ya en consideración al conde János, a quien Fini sólo veía ahora en secreto como miembro de la familia.

A los ojos del conde Dupi, Italia era Achile Ozzolini, cuyas misiones oficiales como miembro del Gran Consejo Fascista lo llevaban con mayor frecuencia a Budapest, en cuyas ocasiones se hospedaba en Septemvir Utca. Él y su esposa eran invitados con frecuencia también a Ararat donde pasaban a veces semanas enteras sin mencionar los nombres de sus hijos que tanto se habían alejado de la protección de las alas paternas.

Para representar a Inglaterra estaba el conde Péter, el historiador, que había sido educado en Cambridge y hacía la más vehemente defensa de los intereses de Inglaterra cuando se suscitó una controversia sobre Hewlitt, el recién nombrado embajador de Inglaterra, que tenía la costumbre de mirar atentamente las puntas de sus zapatos durante las reuniones oficiales, o fijaba sus ojos en el cielo con un ligero balanceo de cabeza y mantenía, generalmente, un cauteloso silencio.

El intermediario de Francia era Gastón de Ferreyolles, primer secretario de la Embajada y pariente lejano de los Dukay también, porque, como sabemos, fue el marqués de Ferreyolles, hijo del general Bonaparte, quien se casó con Susana Dukay. Gastón era un hombrecillo con lentes, con algo del rostro de los zingaros y, a la inversa del embajador inglés, hablaba por los codos, durante cuyos momentos agitaba los brazos como las aspas de un molino; según Kristina, era el campeón del mundo en ceceo.

La Esfinge de Rusia era visible en este círculo de familia y amigos en la persona del conde Dmitri quien, después de su fuga a través de Polonia durante la revolución de Lenin de hacía veinte años, se había instalado finalmente en Hungría y, ayudado por el notable don de idiomas de los rusos, había aprendido el húngaro a la perfección. Hábil jinete, llegó a ser próspero tratante de caballos, además de que su conocimiento del ruso le permitía sacar provecho de él en las emisiones de radio de Hungría. Espiritualmente había sufrido también una prodigiosa transformación y en las discusiones defendía hasta la muerte la posición soviética. Esto no quería decir que se hubiese hecho comunista, pero consideraba a Rusia como su verdadera patria. «La patria. —solía decir— es como un diente. Se da uno cuenta de que lo tiene sólo cuando empieza a doler».

También estaban los Estados Unidos representados por la esposa de Gyorgy,

Gwen, cuyo hermano servía en el Departamento de Estado y aseguraba la constante presencia de la política americana y *rooseveltiana* en la casa, lo que a menudo era causa de reacciones excepcionalmente cálidas por parte del príncipe Fini. El tranquilo «Por favor, querido...», o el *Aber Fini!* de la condesa Menti, en vano trataban de apaciguar el violento cambio de palabras, y ocurría, no sin cierta frecuencia, que Gwen se detenía a media frase, se levantaba y salía de la habitación. En estas ocasiones, su muda salida y la línea de su bien formada espalda hacía casi audible la expresión de la opinión de Fini: *¡Es usted un idiota!*

El miércoles por la noche, cuando Hitler expresó su demanda de Dantzig en su respuesta a Inglaterra y al día siguiente, cuando Polonia comenzó a movilizar sus fuerzas, la princesa Karola estaba también sentada allí, al lado de la radio. Era la autoritaria princesa Karola, hija del príncipe Wieromiej que apareció por primera vez en Hungría durante los años noventa revestido de una importante misión diplomática secreta, pero perdió cuatro millones y medio de florines en una sola noche en el Casino y no pudo pagar más que tres. Desgraciadamente, tres años después, el príncipe Wieromiej se enteró, en el Club Húngaro de la Prensa, de la regla más importante del jugador, o sea que «las deudas de juego, si no son pagadas dentro de las cuarenta y ocho horas, quedan nulas y sin valor». La princesa Karola hacía mucho tiempo que no hablaba una palabra de polaco, pero en el fondo de su corazón era tan polaca como el conde Dmitri ruso. Quizá la única vez que su delicada cabecita de rata perdió su inmovilidad fue cuando la radio transmitió el trágico destino de su tierra natal, Polonia.

Nadie hubiera podido representar mejor a las naciones neutrales del norte de Europa —especialmente entre ellas, Suecia— que el marido de la princesa Karola, el barón Adam, con su bigote rubio rojizo y su tez sonrosada que había heredado de su madre, la hija del fabricante de hojas de afeitar sueco.

No sólo las naciones y los pueblos, vestidos de *smoking* o de frac, aparecían en aquel salón, sino también las ideologías dominantes del mundo. La Iglesia, por ejemplo, estaba representada por la aguda voz del obispo Zsigmond y su provocativo ceño, y otra figura frecuente en aquellos *petits soupers* era el príncipe Andrés, el «Príncipe Negro», que era realmente una estatua del feudalismo fundida en bronce, debido a que su piel delataba cada día más su enfermedad de Addison. La estatura hacía de vez en cuando cosas inusitadas; movía los brazos, comía, e incluso hablaba ocasionalmente.

Mientras el conde Dupi andaba de un lado a otro de aquella habitación iba pensando en estos seres humanos. Había sonado medianoche; el silencio y la oscuridad entraban por la ventana abierta. Durante otras noches de este cálido verano el silencio de la ciudad se saturaba de ardientes sensaciones y secretos y sensuales deseos. Trepando por las colinas, los taxis llevaban alegres mujeres a clandestinas citas en pisos de soltero, y, a distancia, el zumbido de los motores parecía el ronroneo de un gato. La música zíngara de las terrazas de los cafés de las riberas del Danubio y

de las grandes salas de techos de nogal no se oían casi desde allí, pero en cierto modo parecían llenar el silencio, como el aroma de las flores de los campos lejanos saturaban la cálida oscuridad del verano. Ahora, sin embargo, el silencio parecía sin vida, como si el estallido nocturno de la radio hubiese ahogado todo otro latente sonido.

Formas humanas parecían ocupar los asientos del vasto salón. Allí estaban todos en los sillones de seda, el obispo Zsigmond, los príncipes Fini, Andrés y Achile, los condes Péter y Lajos y Dmitri, el barón Adam y Gastón de Ferreyolles, la princesa Karola, Kristina, Gyorgy y Gwen, porque éstos habían constituido la familia del conde Dupi durante aquellos últimos diez años; la condesa Mentí estaba en la Casa de Cristal, János estaría Dios sabe dónde, y Zia... ¡Ah, sí, Zia! Hacía cuatro años, más o menos, que no había visto a Zia.

La reunión familiar con que su Imaginación poblaba ahora el gran salón parecía haberse reunido aquella noche para una conferencia fatal y decisiva. Representaban toda Europa; no, el mundo entero, porque el conde Carlos, el cazador de leones, hablaba alternativamente de África y de la India. Allí estaban todos sentados, accionando febrilmente, moviendo los labios sin cesar, pero sin voces, como si fuesen auténticos fantasmas.

Alguien faltaba.

El conde Dupi se detuvo como el hombre que acaba de recordar algo desde largo tiempo olvidado. Permaneció un momento rascándose los pelos del bigote con el dedo encorvado. Se acercó al teléfono y buscó un número; torpemente, como alguien no acostumbrado a este menester: Miháil Ursi. Para el conde Dupi aquel hombre, en aquel momento, representaba, no sólo a Zia, sino la siniestra, rugiente y vengativa masa de campesinos magiares apiñados en la oscuridad del extremo del hilo telefónico; significaba la muda Revolución cuyo recorrido en el espacio el astrónomo había fijado con la misma precisión que la curva parabólica de un cometa que se aproximaba. Marcó el número. Zia y Miháil debían acudir en el acto a Septemvir Utca. Tenía necesidad de hablar... ¿de qué? No importa de qué; había necesidad de hablar. ¿Qué hora era? No deberían dormir todavía; nadie en el mundo podía sentir necesidad de dormir en aquel momento. Debían fijar, en seguida, la marcha para el día siguiente por la mañana. La marcha al borde del mar, o a las playas del Balaton, con los dos chiquillos. Zia tenía ya dos chiquillos, una niña de tres años y un niño de dos, la edad en que los chiquillos son encantadores. Y no conocía siquiera a sus nietos. ¿Y qué otra cosa le quedaba en la vida? Tenía setenta y un años, y su corazón..., sí, su corazón... Ahora era el momento de marcharse de allí, en medio de las bendiciones del verano, con los dos chiquillos sobre las rodillas, para hablar de una y otra cosa y perdonarlo todo... No, perdonarlo todo, no. Pero había cosas que posteriormente habían adquirido a sus ojos un nuevo significado. El estudio fotográfico, las «Fotos Zia», por ejemplo, no eran una mala idea. ¿Quién sabe lo que podía traer el mañana, cuando Ararat, Septemvir Utca, la línea Maginot, Hong-Kong,

el mundo entero, se agitaba y estremecía como una hoja azotada por la tormenta?

El teléfono no respondió. Estarían probablemente fuera de casa. El conde Dupi reemprendió su monótono paseo con pasos más lentos todavía. La soledad le sofocaba, le daba un terror frío como jamás había sentido, un terror que ahora adquiriría la forma de unos diminutos puñales afilados que se clavaban en el corazón.

Pero no estaba solo. Había alguien más en la habitación, sentado, medio oculto en las sombras, bajo la lámpara china, mudo e inmóvil, con su gentil cara de caballo en la que se dibujaba una sonrisa de imbecilidad. Durante horas enteras el conde Dupi había estado tan absorbido por sus ideas que no se había dado cuenta de la presencia de Rere en el salón, como cada noche, tranquilo como un perro echado a los pies de su amo. Sólo por su obstinada y muda presencia había expresado últimamente Rere a su padre una devoción en la cual parecía sentir a la vez la soledad y la aproximación de la muerte. Sentado allí, inmóvil, su nariz iba goteando cada treinta segundos como un grifo descompuesto, porque llevaba varios días resfriado. Súbitamente, torcía su mandíbula inferior hacia un lado hasta hacer aparecer las encías de su boca de caballo y se tiraba de la nariz cuanto la piel podía ceder, y entonces con una espantosa mueca en el rostro lanzaba un estornudo con toda la fuerza de unregonero de antaño, tanta fuerza que la lámpara china parecía tambalearse y los gansos de la pantalla alejarse graznando de terror. Dos patas verdes de rana aparecieron en el bigote de Rere y una de ellas parecía ya estar explorando los alrededores para ver si podían saltar con seguridad. Rere buscó su pañuelo y cuando por fin consiguió sacar el húmedo trozo de tela del bolsillo una pata de faisán mascada asomó también por las narices y cayó sobre la alfombra. Rere la agarró, rápidamente y la apartó de la vista, mientras con la otra mano trataba de borrar del bigote los desagradables vestigios de su resfriado.

El conde Dupi levantó la vista alarmado al oír la detonación que hizo vibrar la lámpara china, como si alguien hubiese disparado contra él. Después, con un mudo ademán de su mano, hizo signo a itere de que se marchase del salón. Kere obedeció inmediatamente, pero no cerró del todo la gran puerta maciza de roble. No se retiró tampoco a su habitación, sino que siguió pegado a la pared del corredor. Presentía que aquella noche ocurrirían cosas extraordinarias porque el sistema nervioso de los idiotas tiene algo primitivo y es tan sensible como los instintos de los animales.

Al quedar finalmente solo, el conde Dupi hizo el último esfuerzo por comprender el estado de las cosas, buscar los eslabones que las unían y después detenerse delante de la *Mujer vestida de púrpura*, de Corot, y explicarle que todo lo que ocurría en el mundo en nada afectaría a aquellos muebles del palacio de Septemvir Utca, porque aquella mujer rompía por segunda vez el silencio y anunciaba con una voz clara, fantasmagórica, que no permitía contradicción: «¡No hay escape..., no hay escape...!». Tenía que tranquilizarla, como tenía que tranquilizar a la condesa Menti en momentos difíciles.

¿Y qué pasaba en realidad en el mundo? Príncipe Fini, Achile, conde Péter, Gastón de Ferreyolles y los demás... ¡contestad!

A finales de otoño de 1935, ¿o era todavía 1934? Fini regresó a casa con la impresión de una noticia confidencial de Berlín. El uso de planeadores y la construcción de automóviles de pasajeros había aumentado en proporciones fantásticas en Alemania. Hitler no había violado todavía los tratados de paz pero todo estaba dispuesto para su violación.

En otoño del año siguiente, el conde Peter regresó a casa diciendo que no había que temer por Inglaterra, porque los ingleses habían comenzado la construcción de dos maravillosos tipos de aviones, el *Hurricane* y el *Spitfire*. Era posible que los alemanes tuviesen un mayor número de aviones, sí; pero que esperasen a ver estos dos. Los dos nuevos tipos eran verdaderamente halcones. Al llegar a este punto de nuevo le tocó el turno a Fini de baladronear. Parecían dos chiquillos discutiendo las fortunas de sus padres. Los astilleros alemanes estaban ya trabajando en secreto en el *Bismarck* y el *Von Tirpitz*, ambos increíblemente grandes, ciento veinte mil toneladas cada uno. Las cifras de Fini no eran nunca dignas de confianza, pero Gastón y el barón Adam sabían también que el humo de las chimeneas de las fábricas cubría ya todo el suelo de Alemania, las tropas estaban haciendo ejercicios en los patios de los cuarteles y gigantescos y misteriosos camiones cubiertos de lona, avanzando a velocidades jamás hasta ahora alcanzadas, pasaban a los autos de turismo en las carreteras; indudablemente en Alemania se preparaba alguna sorpresa. Adam regresó de Estocolmo en aquellos días en que Suecia protestaba enérgicamente contra el programa alemán de servicio militar obligatorio. Pero Inglaterra mantenía su paz, e incluso llegaba a un tratado naval con Alemania. «Esto no significa nada —hizo observar el conde Péter—. El poderío naval alemán no puede ser jamás superior a la tercera parte del de Inglaterra». Fini respondió que este tercio era suficiente para asegurar el dominio alemán en aguas del Báltico.

Una noche del pasado verano, un curioso zumbido llenó el cielo de Ararat. La familia estaba cenando, pero todos salieron al parque. Un gigantesco zeppelin, como un palacio flotante con las ventanas encendidas, pasaba por delante del pálido creciente de la luna. El dirigible volaba en viaje de recreo sobre el suelo de Hungría, llevando a bordo a un puñado de periodistas que escribirían páginas enteras sobre el milagroso artefacto alemán. Kristina, desde luego, era una de las pasajeras. Gyorgy calculó que el dirigible alemán tenía quince metros más que el edificio del Parlamento. Los campesinos, que solían acostarse temprano, saltaron de la cama al oír el rítmico zumbido de los motores, lo que, en consecuencia, produjo al día siguiente dolor en el cogote a millares de curiosos. Alemania comenzaba a ejercitar sus músculos en público como un atleta en el centro de la plaza de una capital de provincia.

La creciente ascensión de Hitler comenzaba a atraer hacia él incluso a los elementos más antinazis del Casino. Schurler podía perfectamente ser uno de los agentes pagados por Hitler, a juzgar por la locuacidad de que dio muestras de repente. ¿Por qué no hacía nada Inglaterra? Porque si había una probabilidad contra cien de

poner en peligro la paz haciendo un movimiento de su parte, no lo haría; ésta era la repetición del conde Peter de las palabras de Baldwin. Cuando la Renania fue ocupada, Flandin pidió la movilización, pero Downing Street le volvió la espalda. Inglaterra no obraba porque era demasiado decadente; ésta fue la repetición hecha por el príncipe Fini de las palabras de Hitler. Alemania agitaba sus alas y se remontaba, incesantemente, arriba, arriba, más arriba. Su programa de rearme era desde hacía mucho tiempo una violación del Tratado de Versalles; había alcanzado sobre Inglaterra la supremacía del aire; había construido la Línea Sigfrido; había ganado un aliado en Mussolini como consecuencia de la campaña de Abisinia; se había tragado a Austria y a la primera doncella de la condesa Mentí, Jozefin, que solía arrojarse de rodillas delante de la radio, y entonces, despreciando al conde Lajos mientras movía la cabeza asombrado, se había tragado toda Checoslovaquia, incluyendo los talleres Skoda, y era incomprensible que Inglaterra siguiese sin moverse. Descartaron a Edén, que pedía urgentemente armamentos para el país entero mientras Chamberlain movía sus largos brazos ante el mundo tranquilizando y recomendando que, a toda costa, estuviese en buenas relaciones con los dictadores.

Entretanto iban naciendo cotidianamente nuevas pequeñas jirafas. Uno de los deberes del señor Gruber era repasar los periódicos humorísticos y frecuentar los cafés en busca de buenas historias que cada mañana refería al conde Dupi, como si fuese un jefe censor o un ministro, con un resumen del material acumulado. La historia de las jirafas se hizo popular cuando los judíos comenzaron a tener serias razones para mostrarse inquietos, y representaba a dos judíos delante de la jaula de las jirafas en un parque zoológico, contemplando una jirafa, recién nacida, con sus manchas y su largo cuello. Después de una prolongada pausa, uno de los judíos le decía al otro: «¿Qué te parece..., crees que esto nos va a servir de algo?».

—¿Nos va a servir de algo? ¿Qué nos puede servir de algo? Después del pacto de Munich llegó Gastón contando que Chamberlain, una vez se quedó solo con Hitler, le dijo: «Escuche, ahora que ya hemos llegado a un acuerdo vamos a tratar del punto más importante para los dos: la forma de barrer a la Unión Soviética de la faz de la tierra». «¡Excelente!», exclamó Hitler, y la discusión comenzó. Pero bajo la mesa había un dictáfono y al día siguiente Hitler le mandó la cinta a Stalin. Entonces, cuando la comisión anglo-francesa presidida por el almirante Drax y el general Doumenc llegó a Moscú para comenzar las conversaciones (era Dmitri quien relataba este incidente), los técnicos soviéticos que los recibieron ante la mesa de conferencias iban sin corbata y sin afeitarse y hablaban correctamente el alemán entre ellos. Una tarde los rusos rompieron inesperadamente las negociaciones y, al día siguiente, Ribbentrop y su escolta llegaron a instalarse en el mismo hotel donde residía la comisión franco-inglesa. Cruzando el vestíbulo a la mañana siguiente, el almirante Drax y el general Doumenc se quedaron pálidos al reconocer atónitos en los generales alemanes que hablaban con Ribbentrop a los técnicos soviéticos sin corbata de la víspera. Los rusos habían delegado a oficiales del Ejército alemán, de paisano

para conferenciar con los franceses y los ingleses y descubrir sus secretos militares. Stalin le había devuelto a Chamberlain la pelota de la conversación secreta. Imposible saber hasta qué punto todo esto era verdad, porque a Dmitri le gustaba también marcar un punto; pero los resultados, en todo caso, eran fáciles de prever.

Todo era angustioso y desconsolador. Algunas veces el conde Dupi se desplomaba en un sillón y permanecía horas enteras con los brazos colgando, inmóvil como la estatua de Lincoln. Después volvía a reanudar sus paseos. Al cabo de un momento agarraba de nuevo el teléfono. A juzgar por su expresión hubiera podido creerse que llamaba a un médico. Pero era el número de Zia el que marcaba. El rítmico sonar del timbre al otro extremo del alambre resonaba lúgubramente, pero el número no respondía. El conde Dupi volvía a colgar el receptor con el gesto del hombre que ha perdido toda esperanza.

Y ahora incluso la pastorcilla que cogía flores levantaba la vista y murmuraba algo incomprensible. María Antonieta no decía nada, a pesar de que también ella estaba allí, sobre un fondo de ventanas abovedadas de un palacio, bajo el brillo peculiar y cobrizo del crepúsculo. La reina no decía nada, pero su mismo silencio era más elocuente que todas sus palabras cuando el conde Dupi se detenía un momento en medio de su caminata.

Sus pasos comenzaron de nuevo, pero ahora parecía que el peso del cuerpo que tenían que soportar aumentase por momentos. Esta vez el conde Dupi se detuvo delante de una ventana abierta, apoyando sus manos en el alféizar. Escuchaba el pesado y sombrío silencio.

*Era una extraña tarde de verano;
él ángel del odio batía un tambor en el cielo...*

No pronunció estas palabras en voz alta; los versos del poeta difunto acudieron simplemente a su memoria, como un sudor frío a su frente.

Durante largo rato permaneció delante de la ventana escuchando claramente en el cielo el tambor del ángel enfurecido. El sordo redoble del tambor era como el golpear del mazo en una inmensa subasta pública. *Mujer vestida de púrpura*, de Corot. ¿Cuánto dan...? *Una potranca de dos años de la yeguada de Gere...*, ¿cuánto dan...? *Una fotografía del rey Carlos IV firmada por su propia mano...*, ¿cuánto dan...? *Una rara edición del Dante, encuadernada en piel humana...* *La cautivadora sonrisa de la archiduquesa K...* *Las bolas de billar de Napoleón...*, ¿cuánto dan?...

Rere seguía detrás de la puerta, inmóvil y mudo. Estaba escuchando el sordo y metódico paso de su padre sobre la alfombra. Después, súbitamente, observó que estos pasos se detenían. Oyó crujir una silla y un ruido sordo como el de un cuerpo que cae al suelo. Después, una especie de gemido plañidero.

En aquel momento entró en el salón. El conde Dupi yacía sobre la alfombra, con el rostro lívido y una de sus manos agarrándose convulsivamente a la pata de una silla

derribada. Rere se acercó a su padre, levantó su cuerpo inconsciente con sus brazos de gorila y se dirigió hacia el corredor. Se detuvo al pie de las escaleras, acunando su presa y comenzó a lanzar largos y agudos aullidos. Al oír aquellos extraños ruidos se abrieron las puertas de roble por todos lados, como si los párpados cargados por el sueño del palacio se abriesen asustados. En cuestión de segundos todo el mundo vio claramente la situación. Piernas desnudas y formas en pijama subían y bajaban las escaleras abarcando dos o tres peldaños a la vez. Los timbres comenzaron a sonar, todos se precipitaron hacia el teléfono, se veían luces por el patio y franqueando la puerta; toda la servidumbre estaba despierta ya y se oía el zumbido de los motores de los automóviles. Entretanto, Rere bajaba cautelosamente la alfombra verde de la escalera, llevando siempre su carga que no cedía a nadie, que él mismo colocó en el interior del coche que esperaba. El coche arrancó en dirección a una clínica.

La noticia no llegó a la condesa Menti en la Casa de Cristal hasta la mañana siguiente, mientras estaba presidiendo la sesión del Comité de Diversiones. A primeras horas de la tarde estaba al lado de su esposo. Los miembros de la familia pasaron aquella noche en la clínica. János y Zia se encontraban ausentes de Budapest.

A la mañana siguiente el reverendo Lojzi administró la Extremaunción al conde Dupi. La entereza de la condesa Menti no vaciló un solo instante; con la mayor fortaleza espiritual y práctica circunspección, se ocupó de que todo estuviese a punto para el sacramento; la mesita con su mantel blanco, el crucifijo entre los dos cirios encendidos, el bol de agua para que el reverendo Lojzi se lavase las manos, la cucharilla al lado del bol, los platillos con sal, miga de pan y algodón para secar el óleo de los miembros del agonizante. El reverendo Lojzi mojó una hoja de palma en el agua bendita y asperjó la habitación.

—*Pax huic domui et omnibus habitantibus in ea...*

Se arrodilló orando y roció el lecho del moribundo con agua bendita.

Asperges me, Domine, hyssopo et mundabor... (Úngeme, Señor, con crisma y seré lavado...). En Nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, invoco a los ángeles benditos, los arcángeles, los patriarcas, los profetas, los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes y todos los Santos, para que rechacen y alejen todos los poderes del antiguo enemigo de la Iglesia. Amén.

Los ojos del conde Dupi estaban fijos en el techo durante toda la invocación y súbitamente exclamó, con toda la fuerza de su voz:

—*¡Caballería! Rechter Flügel...! Links um! (¡Ala derecha! ¡A la izquierda!).*

Deliraba. Era probable también que el fantasma de la guerra hubiese llevado a sus labios estos viejos gritos militares de los ulanos.

El reverendo Lojzi continuaba administrando devotamente el Sacramento. Ungió

los ojos del conde Dupi, sus orejas, labios y manos, dando así la absolución de todos los pecados por la vista, el oído, el sabor o el tacto. Finalmente, levantó la manta y descubrió los pies del conde Dupi.

—... por esta unción y por la más pía merced sé perdonado de tus pecados de transgresión y carnal lujuria...

Al oír estas palabras, el rostro de la condesa Menti se puso un poco más rígido, si es que era posible sobrepasar aquel grado de rigidez.

La voz del reverendo Lojzi se elevó en exaltación.

—Por autoridad de la Santa Sede, te otorgo la Bendición Apostólica que es la aproximación del adiós postrero. ¿Te sometes a la santa voluntad del Señor? Como Él te juzgare, sea hecha Su Voluntad.

En el extremo más ancho del corredor exterior se habían colocado sillas tapizadas de rojo alrededor de una mesita. Eran para las visitas. El príncipe Andrés, el conde Lajos y otros estaban ya sentados allá, diez en total, la mayoría de ellos en el borde de la tumba. Salían de sus coches a la puerta de la clínica, apoyándose en sus bastones, acudiendo a decir adiós a su más viejo amigo. Pero no se les permitía entrar en la habitación del enfermo de la que acababa de salir un médico de bata blanca en aquel momento. Al pasar por su lado hizo un ademán con la mano para responder a la pregunta que había en todas las miradas, indicando que el final era cosa de momentos.

Egry-Toth, el señor Gruber, el señor Badar, *Herr* Jordán y la Regente del Ojo Único estaban de pie, silenciosos en el extremo opuesto del corredor, todos llenos de profunda piedad hacia sí mismos, porque no era cosa cierta que el conde Gyorgy los conservase a su servicio.

Los amigos reunidos decían adiós al conde Dupi en voz baja. El príncipe Andrés, que había servido con él en los ulanos de Levovice, recordaba al Círculo Literario de Oficiales, la compra en globo de toda la plaza del mercado de Lemberg y la serenata a Fanny Nathanovics. Sí, todo aquello había ocurrido hacía cincuenta años. ¿Quedaba acaso hoy en el mundo un más noble caballero, más generoso, hasta el punto de la prodigalidad, tan cortés, tan encantador como el conde Dupi?

El conde Carlos explicaba cómo Dupi y él ante una invitación del Emir, salieron para la caza del hipopótamo en 1902; Dupi viajaba con dieciséis grandes baúles. El Emir se asustó temiendo que su invitado pensase instalarse definitivamente. Los baúles estaban llenos de trajes de todas clases y mientras el yate del Emir iba remontando el Nilo, Dupi se ponía un traje diferente cada mañana. Se mostraba a los indígenas con el uniforme magiar de húsares, adalid de la época de Arpád, deshollinador, cartero e incluso de rey Lear; y no olvidó tampoco hacerles una demostración de las danzas nacionales.

Todos estaban de acuerdo en que había sido el caballista más famoso de la Monarquía y en que el propio príncipe de Gales le había envidiado su elegancia en el vestir. Elogiaban su acérrimo conservadurismo y el príncipe Fini recordaba que el

pobre Dupi estaba desesperado cuando las mujeres comenzaron a cortarse el cabello, porque el cabello largo proporcionaba uno de los mayores placeres sensuales. Una noche, cuando esta nueva moda era el principal tema de las conversaciones en el Casino, dijo, con aquel guiño habitual en él de su ojo izquierdo: «He encontrado una manera de solucionar la manía de estas imbéciles. Me he hecho hacer en casa de mi peluquero una peluca de mujer con el cabello largo y la he clavado en la cabecera de la cama (hablaba de su piso secreto, desde luego). Cuando estoy con una mujer apago la luz, agarro la peluca con las dos manos y la ilusión es perfecta. Por mí, pueden empezar a afeitarse la cabeza».

El conde Joachim trazó un fiel esbozo del carácter de su primo, poniéndolo como el modelo del noble magiar. El conde Dupi había sido leal con su emperador, pero su espinazo no se doblaba ante nadie. Cuando los *suabios* del consejo municipal de la ciudad comenzaron a disputar unos con otros dando a cada calle, plaza y puente de Budapest el nombre del matrimonio imperial y de los archiduques y archiduquesas, Dupi, como miembro más joven de la oposición en el Parlamento, propuso que se diese a las cuarenta millas cuadradas de cielo que cubría Budapest el nombre de Vía Celestial Francisco José.

Éste fue, desde luego, su primer discurso, y también el último, durante los treinta años de actuación en el Parlamento.

Así seguían conversando sin darse cuenta de que estaban diciendo adiós no a un hombre, sino a toda una época.

Un empleado de la clínica colocó los periódicos de la mañana delante de ellos. En el acto cesaron las conversaciones. Las calvas cabezas se inclinaron sobre los grandes titulares.

De la calle llegaba el agudo vocear de un vendedor de periódicos.

—¡Declaración de guerra...! ¡Comienza la matanza en Polonia...!

El moribundo miró hacia la puerta y preguntó en voz baja, pero impaciente:

—¿Todavía no?

—En seguida... de un momento a otro ya... —respondió suavemente Kristina.

El conde Dupi cerró los ojos, como alguien resignado no tanto a la muerte como a la espera.

La puerta se abrió y entró el conde János, con botas negras y camisa verde. La turbia mirada de su padre delató la decepción al ver al recién llegado. El conde János, que no estaba en buena relación con un solo miembro de la familia, se detuvo de pie al lado de la ventana con la expresión de un testigo presencial en un proceso de asesinato, convencido, por lo menos, de su propia inocencia. Pero esto no eludió el hecho de que había contribuido materialmente a la enfermedad de su padre.

El conde Dupi recorrió con la mirada a los miembros de su familia reunidos alrededor de la cama con sus rostros solemnes. Tendió la mano y fue señalándolos uno a uno mientras iba diciendo con una voz que recobraba su fuerza:

—No hay escape..., no hay escape para ninguno de vosotros... —Con los ojos

cerrados, parecía poner una cierta melancólica malicia en sus palabras. Ésta fue su última frase.

Cuando la puerta se abrió nuevamente y entró Zia en el aposento con el rostro descompuesto, el conde Dupi sólo tuvo fuerzas para levantar la mano hacia ella. Zia cogió aquella mano y cayó de rodillas al lado de la cama. Al morir, el conde Dupi esbozó una leve sonrisa.

—*Vater unser...* (Padre nuestro...).

Y la voz ligeramente apagada del conde János prosiguió la plegaria:

—*Der du bist im Himmel...* (Que estás en el cielo...).

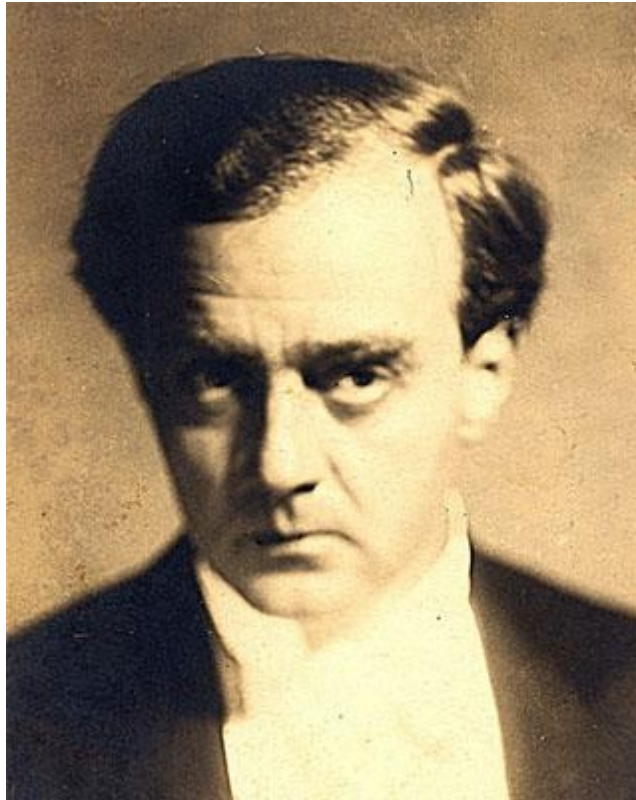
Súbitamente, inesperadamente, la voz de Gyorgy Dukay que era ya el jefe de la familia a partir de aquel momento se elevó en un tono que era una orden incontrovertible. Comenzó el Padrenuestro desde el principio, en húngaro:

—*Miatyánk Isten, ki vagy a mennyekben...*

La voz aguda de Zia mezclada de sollozos le respondió la primera y después Kristina, y después las voces de todos los demás. De nuevo, en el lecho de muerte de István Dukay, se encontraban en conflicto espíritu del emperador Otto el Grande y un adalid de los Ordony.

Mientras seguían las plegarias, Rere trazaba misteriosas palabras en el suelo con su dedo índice. No había manera de saber lo que pasaba por aquella mentalidad simple, indiferente...

FIN



LAJOS ZILAHY (Hungría 1891 - Serbia 1974) Narrador y dramaturgo húngaro. Dotado de una minuciosa capacidad de observación que dejó plasmada en casi todos sus escritos, destacó sobre todo por un puñado de novelas que, traducidas a muy diversos idiomas, se difundieron como auténticos *best-sellers* por todo el mundo durante la primera mitad del siglo xx.

Sus primeras inquietudes literarias le llevaron a enfocar su reveladora lente novelesca sobre los problemas morales y las vicisitudes sociales que envolvían a las clases burguesas europeas del período de entreguerras, aunque posteriormente se fue decantando por el análisis de otros grandes grupos sociales de poder, como la aristocracia y las altas esferas financieras.

Finalmente, en una tercera etapa de su producción novelesca, coincidente con la fase de su vida que se desarrolló en los Estados Unidos de América (en donde fijó su residencia a partir de 1948), Lajos Zilahy cultivó una prosa bastante menos ácida en su sátira social, ahora suavizada por la evocación nostálgica de tierras lejanas y tiempos pasados.

Entre las principales narraciones extensas del escritor húngaro figuran algunos títulos que, traducidos al castellano, hallaron un amplio eco entre la crítica y los lectores españoles. Así ocurrió con *Primavera mortal* (1922), *Las cárceles del alma* (1927), traducida también como *Los dos prisioneros*, *Algo flota sobre el agua* (1928) y, muy especialmente, *El desertor* (1930), una interesante reconstrucción novelesca de las experiencias vividas por el propio autor durante su intervención en la I Guerra

Mundial. Además de estas obras, Lajos Zilahy escribió otras novelas de gran interés, como las tituladas *El alma se apaga* (1932), *El ángel enfurecido* (1953) y *El siglo feliz* (1960).

Pero sus habilidades en el cultivo de la prosa de ficción no se limitaron a la redacción de narraciones extensas, ya que también cosechó grandes elogios con sus brillantes relatos breves. La mayor parte de los cuentos de Lajos Zilahy vieron la luz a través de varias recopilaciones, entre las que sobresalen las tituladas de *Gran dilema*, *El velero blanco* e *Idilio de pescadores*. Por último, en su faceta de dramaturgo, el escritor estrenó en su país varias piezas teatrales que también contribuyeron a acrecentar su prestigio literario; entre ellas, cabe recordar las tituladas *Luce el sol* (Süt a nap), 1924, *El general* (A tábornok), 1928 y *El pájaro de fuego* (Tüzmadár), 1932.

Notas

[1a] *kepis*: gorra militar. Suele estar hecha de tela blanda, con visera, y su cuerpo tubular se remata en la parte alta con un círculo rígido. Se considera el tocado tradicional de la oficialidad de los ejércitos franceses, aunque desde fines del siglo XIX era ya común en diversos ejércitos de Europa y América. (*N. del Ed.*) <<

[1] *Gotterhalte*: Himno nacional del Imperio austrohúngaro. (N. del Ed.) <<

[2] *edelweis*: conocida como flor de las nieves, es una planta de la familia de las Asteraceae. Se trata de una flor que crece en pequeños grupos en las praderas alpinas y roquedos de altura de las cordilleras europeas, de no más de 10 cm de altura, con brácteas gruesas, carnosas y cubiertas de una fina pelusa, con un color blanco y tonalidades verdosa o amarillenta. Es la flor nacional de Austria, motivo por el que se encuentra en su moneda de 2 céntimos de euro. (N. del Ed.) <<

[3] epoda: En la poesía griega y latina, combinación métrica, generalmente de carácter festivo o satírico, compuesta de un verso largo y otro corto. (*N. del Ed.*) <<

[4] esturión con salsa verde. (N. del Ed.) <<

[5] *lingerie*: ropa interior de mujer. (N. del Ed.) <<

[6] esportillado: Borde o boca roto, desconchado o mellado al que le falta un trocito.
(N. del Ed.) <<

[6a] *Gnädige Frau*: Señora. El adjetivo *gnädige*, cuyo significado es «benévolo, indulgente, condescendiente», no se traduce. Se coloca como forma de tratamiento o gentileza. (N. del Ed.) <<

[7] *caille*: codorniz. (*N. del Ed.*) <<

[8] *potins*: chismes. (*N. del Ed.*) <<

[9] *Strengst reserviert*: Estrictamente reservado; confidencial. (N. del Ed.) <<

[10] *estirias*: Naturales de Estiria, uno de los nueve estados federados de Austria y lindante con Eslovenia. Su capital, al tiempo que la ciudad más grande del estado, es Graz. (N. del Ed.) <<

[11] *puszta*: término húngaro utilizado para indicar vastas extensiones de llanura esteparia, típicas de las tierras planas de Hungría. (N. del Ed.) <<

[12] En el idioma alemán como en el español existen los artículos en los tres géneros: der (másculino), die (femenino) y das (neutro). Lo único que los géneros en muchos casos son diferentes, por ejemplo «el perro» en alemán corresponde a neutro (das Hund), o como «la luna» que en alemán es masculino (der moon). (*N. del Ed.*) <<

[13] En realidad las palabras *bolchevique* y *menchevique* se derivan de las dos palabras rusas *bolche* y *menche*, o sea «más» y «menos». En resumen, equivalían a «mayorías» y «minorías». *N. del T. (N. del Ed.)* <<

[14] *kirghises*: zona del Turquestán. (N. del Ed.) <<

[15] espúreos: adulterados. (*N. del Ed.*) <<

[16a] *communards*: La Comuna de París fue un breve movimiento insurreccional que gobernó la ciudad de París del 18 de marzo al 28 de mayo de 1871, instaurando un proyecto político popular autogestionario, se asemejó al anarquismo o al comunismo. La Comuna gobernó durante 60 días promulgando una serie de decretos revolucionarios, como la autogestión de las fábricas abandonadas por sus dueños, la creación de guarderías para los hijos de las obreras, la laicidad del Estado, la obligación de las iglesias de acoger las asambleas de vecinos y de sumarse a las labores sociales, la remisión de los alquileres impagados y la abolición de los intereses de las deudas. Muchas de estas medidas respondían a la necesidad de paliar la pobreza generalizada que había causado la guerra. Sometida casi de inmediato al asedio del gobierno provisional, la Comuna fue reprimida con extrema dureza. Tras un mes de combates, la reconquista del casco urbano provocó una fiera lucha calle por calle, la llamada «Semana Sangrienta». (Semaine sanglante) del 21 al 28 de mayo. El balance final supuso unos 10 000 muertos, el destrozo e incendio de más de 200 edificios y monumentos históricos, y el sometimiento de París a la ley marcial durante cinco años.

Ya que los sucesos de la Comuna de París tuvieron lugar antes del cisma entre anarquistas y marxistas, ambos movimientos políticos la consideran como propia y la celebran como la primera toma de poder de las clases proletarias en la historia de Europa occidental. Karl Marx la describió como el primer ejemplo concreto de una dictadura del proletariado en la que el Estado es tomado por el proletariado, a lo que Bakunin respondió que —al no depender de una vanguardia organizada y no haber arrebatado el poder al Estado francés o intentado crear un estado revolucionario— la comuna parisina era anarquista. (*N. del Ed.*) <<

[16] «La ciudad muerta». (*N. del Ed.*) <<

[17] «Los tiempos han cambiado». (*N. del Ed.*) <<

[18] Literalmente «Moriremos por nuestro rey, María Teresa», es una expresión latina que fue utilizado por la nobleza húngara en el acto de jurar lealtad a María Teresa de Austria. (*N. del Ed.*) <<

[19] *bona fide*: de buena fe. (N. del Ed.) <<

[20] *raconteurs*: cuentistas, narradores de historias. (N. del Ed.) <<

[22] *musculus detrusor vesicae*: músculo que facilita el vaciado de la vejiga durante la micción por su contracción. (N. del Ed.) <<

[23] *arrondissement*: distrito; división administrativa común en algunos países francófonos y también en los Países Bajos. (N. del Ed.) <<

[24] Camino privado. No hay tráfico. (*N. del Ed.*) <<

[25] *moules mariniere*: mejillones a la marinera. (N. del Ed.) <<

[26] *grue*: literalmente hace referencia al ave grulla, pero en Francia también se les denomina así a las mujerzuela, putas, zorras... <<

[27] *papier mâché*: técnica artesanal antigua, originaria de la China, India y Persia, consistente en la elaboración de objetos, generalmente decorativos y artísticos, usando pasta de papel. Su denominación proviene de la expresión francesa *papier mâché* (papel masticado o machacado), pues, antes de existir molinos, la pasta se elaboraba masticando los desechos de papel. Si se combina con yeso o escayola, usualmente para elaborar escenarios de teatro o cine, el término es cartón piedra. (N. del Ed.) <<

[28] *cheminots*: empleados de las compañías ferroviarias. (N. del Ed.) <<

[29] *beau garçon*: chico guapo. (N. del Ed.) <<

[30] *suabios*: perteneciente a Suabia, región histórica repartida actualmente entre Baden-Wurtemberg y Baviera en Alemania. Hoy en día Suabia es también una región administrativa del Estado libre de Baviera (capital: Augsburgo). (*N. del Ed.*) <<

[31] *mots*: ocurrencias. (N. del Ed.) <<

[32] *couturières*: costureras. (N. del Ed.) <<

[33] Oh, sí, sí, excelencia! Las últimas palabras de Goethe: más luz que nos una a todos los europeos. (*N. del Ed.*) <<

[34] *quattrocento*: es uno de los períodos más importantes del panorama artístico europeo, que tiene su origen en Italia. Se sitúa a lo largo de todo el siglo XV y es la primera fase del movimiento conocido como Renacimiento. (N. del Ed.) <<

[35] *condottieri*: mercenarios al servicio de las ciudades-estado italianas desde finales de la Edad Media hasta mediados del siglo XVI. (N. del Ed.) <<

[36] *ius primae noctis*: derecho de pernada, el cual se refiere a un presunto derecho que otorgaba a los señores feudales la potestad de mantener relaciones sexuales con cualquier doncella, sierva de su feudo, que fuera a contraer matrimonio con uno de sus siervos. Este derecho tuvo, supuestamente, vigencia durante la Edad Media de Europa occidental (aunque hay paralelismos en otras partes del Mundo) como componente del modo de producción feudal. El Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española recoge esta acepción estricta, pero también añade una segunda acepción coloquial, más amplia, referente al abuso de autoridad. (*N. del Ed.*)

<<

[37] *fundus instructus*: producciones agrícolas. (N. del Ed.) <<

[38] *orada*: dorada: especie de pez del género Sparus, muy consumida dentro de la gastronomía española. Su nombre común viene de la franja dorada característica que se encuentra entre sus dos ojos. Es una especie costera, llegándose a encontrar incluso en estuarios, y es típica de la pesca deportiva. (N. del Ed.) <<

[39] *branzino*: lubina, pez perciforme de la familia Moronidae. Es propia del mar Mediterráneo y el océano Atlántico, desde las costas africanas (Senegal) hasta Noruega. Este pescado es muy apreciado por su valor culinario y en la pesca deportiva. (N. del Ed.) <<

[40] *sam-pietro*: gallo, pez pleuronectiforme de la familia Scophthalmidae. Se trata de un pez aplanado y de cuerpo muy alargado. (*N. del Ed.*) <<

[41] *scampi*: gambas. (N. del Ed.) <<

[42] *brodetto*: plato de pescado típico de la cocina italiana. (N. del Ed.) <<

[43] *barrage*: bombardeo. (N. del Ed.) <<

[44] *padlizsán*: berenjenas (en húngaro). (*N. del Ed.*) <<

[45] *roadster*: coche de dos plazas descapotable. (N. del Ed.) <<

[46] *bragozzas*: barcas de pesca a vela. (N. del Ed.) <<

[47] Psicología de las masas y análisis del yo. (N. del Ed.) <<

[48] *deshabille*: camisón. (N. del Ed.) <<

[49] *putschistas*: los que intentan derrocar a un gobierno. (N. del Ed.) <<

[50] *petit souper*: pequeña cena informal a la que están invitados sólo unos pocos amigos íntimos. (N. del Ed.) <<

[51] *vernichten*: destruir. (N. del Ed.) <<

[52] *sudetes*: cadena montañosa de la Europa oriental, localizada entre los estados de Bohemia, Baja Silesia, Silesia Checa y Sajonia. Comprende parte del territorio de la República Checa, Alemania y Polonia.

Tras la anexión de Austria en marzo de 1938, Hitler se erige como defensor de los alemanes de Checoslovaquia desatando la crisis. El Partido Alemán de los Sudetes promulga los decretos de Carlsbad el 24 de abril de 1938, en los que exige autonomía y libertad para profesar la ideología nazi. El Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte envía a Lord Runciman para negociar un acuerdo con el gobierno checo, liderado por el presidente Edvard Beneš, que fracasó por la decisión de Hitler de ordenar a Henlein que realizara demandas imposibles de aceptar por el gobierno checo. (N. del Ed.) <<

[53] *stammtisch*: mesa utilizada para reuniones informales. A menudo redonda en torno al cual se reúne el grupo. Tradicionalmente, estaba señalada con un signo que indicaba que estaba reservada para los asiduos. (N. del Ed.) <<

[54] *gobelinos*: tapices hechos en la Manufacture Royale des Gobelins de Paris o una imitación suya. Entre los gobelinos son famosas las series de La historia de Constantino, Las Musas, La historia de Alejandro, La vida de Moisés y Don Quijote. Toma el nombre de Jehan Gobelins, un tintorero de lana que se dio a conocer a mediados del siglo XV por el color rojo escarlata que conseguía. Tenía su taller en París, junto al Bièvre, y la reputación de su familia superó a la del resto de tintoreros tanto que el río y la zona tomaron su nombre a mediados del siglo XVI. (*N. del Ed.*)

<<